Biblioteca de I. Urrutia C.

LA

Revista Cómica

PERIÓDICO SEMANAL

LITERARIO, ILUSTRADO

DIBUJADO

POR

LUIS F. ROJAS

AÑO I

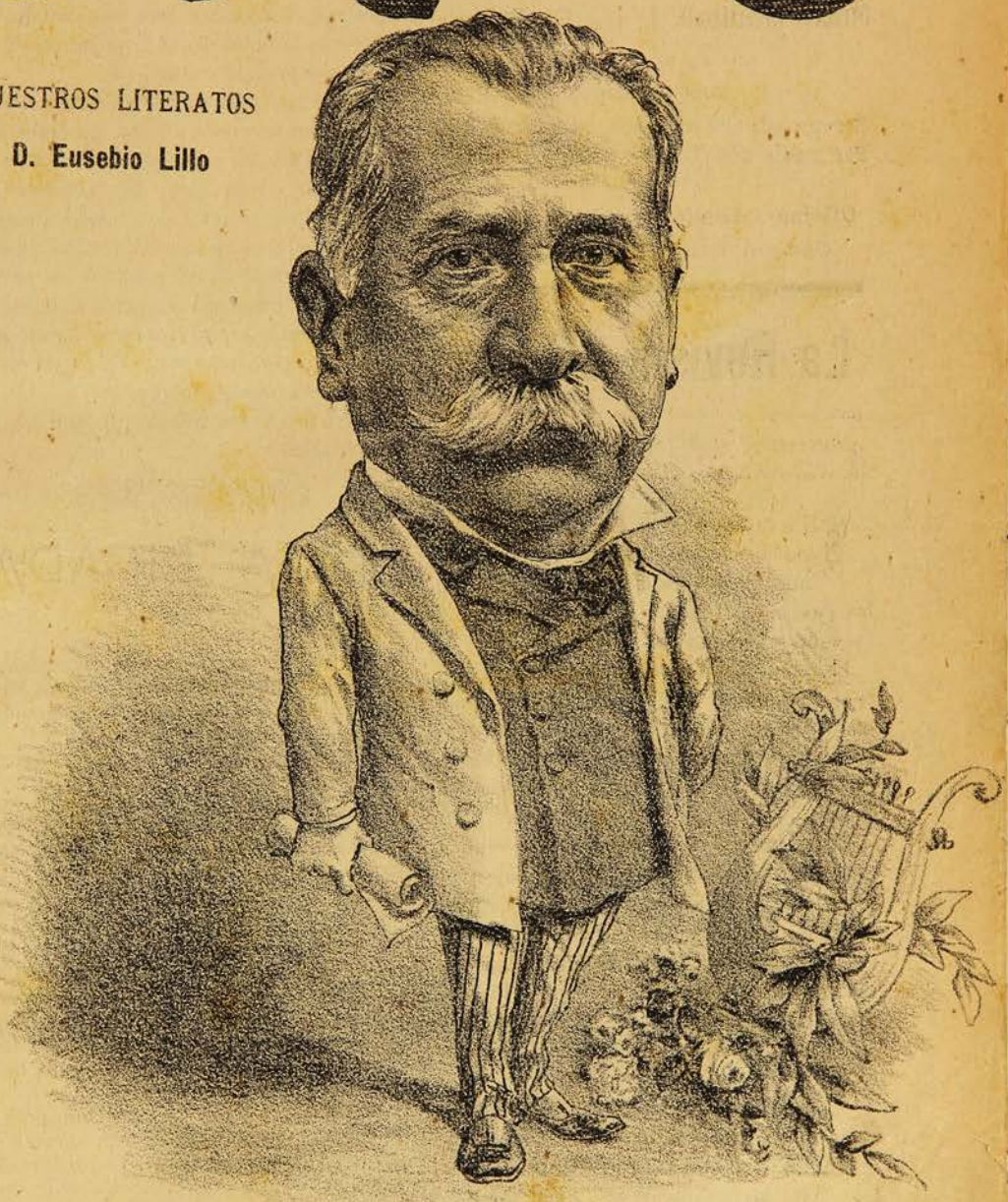
SANTIAGO DE CHILE

1895

La Revista Cómica

NUESTROS LITERATOS

D. Eusebio Lillo



Político sin doblez
i distinguido poeta,
es un tipo de honradez
que todo el mundo respeta.

AÑO I SANTIAGO, A 4 DE AGOSTO DE 1895 NÚM. 1°

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale a luz los Domingos.

Director:

Ricardo Fernandez Montalva

Director Artístico D. LUIS F. ROJAS

SUSCRICIONES

Por un año (50 números)..... $ 3.00
Por medio año (25 »)..... 1.50

Oficina i Administracion-Estado 34
Casilla, 1106, Teléfono, 1273

La Revista Cómica

SANTIAGO, A 4 DE AGOSTO DE 1895

SE levanta el telon. En el vasto escenario la comedia empieza. En la fisonomía, la voz i los ademanes del artista, las pasiones humanas se retratan, i el público aplaude entusiasmado.

Para aquellos que miramos desde el balcon, que leemos en el fondo de las almas las íntimas verdades, es espectáculo curioso e interesante ver cómo, sobre el tablado de la vida política i social, se suceden los actores.

Traen unos el oro deslumbrador en los trajes multicolores, remedan los majestuosos ademanes olímpicos, calzando el coturno de los dioses paganos; sacrifican los otros vidas i haciendas por ser luminarias de un instante, ídolos de ocasion; mas, ninguno lleva en el fondo de su alma la virtud de las cosas sentidas, la real majestad de los sentimientos verdaderos.

Cuando la representacion ha terminado, cómo ruedan los oropeles en el sucio pavimento de la alcoba, i las máscaras brillantes de los afeites dejan ver las arrugas de los semblantes envejecidos por el vicio i por la edad!...

Hablemos la verdad alguna vez. Descifremos el logogrifo de la sociedad moderna, viendo claro tras la cortina celeste de las cunas doradas, levantando los harapos de penitencia que cubren los descotes de las viejas Mesalinas...

Ríamos... pero, en medio de la orjía de nuestras mundanas pasiones satisfechas, lancemos la nota risueña, poniendo un poco de ajenjo en el champagne.

A esto viene LA REVISTA CÓMICA... a reir i llorar con las cosas diarias, sin ódios para nadie, sin adulos para nadie, como un estudiante que, en su viaje de vacaciones, vá de ciudad en ciudad, por teatros i paseos, haciendo el amor a las muchachas buenas mozas; arrancando la peluca a los sátiros decrépitos; buscando recuerdos de impresiones muertas, en las ruinas de los antiguos poderíos, i poniendo motes de ironía en los mármoles i bronces modernos.

Sin ódios i sin adulos... i tambien sin pretenciones.

PAJA PICADA

Los redactores de periódicos estan de plácemes. Delante de ellos se alza un Ministerio nuevo, con programa nuevo, con elementos políticos nuevos.

Los que han quedado fuera, gruñen; los que han subido, rien.

Con sus punteagudas narices judías i gafas verdes, ante mesones llenos de recortes de diarios estranjeros, sentados sobre bolsones de oro, escriben unos con plumas tajadas en uñas; otros, con largos ropajes negros de seda, con una luna llena, blanca, en mitad de la cabeza, trazan en elegantes mesitas doradas, parrafitos cortos, con plumas de pavo real; los mas, con gabanes rotos, sombreros atortillados, ojos relampagueantes de fiebre, respirando mui fuerte, rasgan el papel con plumas de palo, borroneando enormes caractéres...

A todos preocupa la situacion política. Todos son astrónomos que predicen sobre el nuevo astro ministerial. Trazan su órbita probable, descomponen los rayos de su luz i miden su fuerza de atraccion.

Mas léjos, unos cuantos descamisados, se revuelcan con estremecimientos de baile de

AÑO I SANTIAGO, A 4 DE AGOSTO DE 1895 NÚM. 1

San Vito, en la larga cabellera blanca i caliente del astro recien aparecido...
Los hijos del presupuesto!...

*
* *

Veinte i tantos combatientes,
gritos, palos, bofetadas,
tres narices aplastadas
i cuatro bocas sin dientes...

I qué era aquello en verdad?
Por qué tanta ajitacion?
Nada, que estaba en sesion
la Municipalidad.

*
* *

Marte está limpiando sus armas. Vulcano enciende su fragua para forjar corazas i yelmos. Los muchachos de las escuelas hacen ejercicio con fusiles de verdad, i las madres al verlos pasar, arrogantes i fieros, saludan con un beso a los futuros Napoleones i Bayardos...

Cain i Abel. Dos hermanos que se han puesto de punta por la punta de una montaña. Unos cuantos perdidosos en el juego político, que ejercitan el derecho de *pataleo*, recordando el número que quebró la banca de Monte Cárlos...

En la nube tempestuosa, Voltaire lanzando a los vientos la ironía de su carcajada eterna, miéntras Arquímedes resuelve el problema de cuántas pulgadas de tierra conquistada corresponden a cada soldado muerto en la batalla.

I qué simpática i graciosa estaba la Estrellita Astol, en el Santiago, cuando cantaba aquello de *La Pericola* que dice:

¡Oh, qué nécios son los hombres,
que nécios son!

*
* *

Una noche, en la calle, me detuvo un individuo para pedirme veinte centavos.

—Qué va a hacer usted con ellos;—le dije.

—Comerme un bisteque, porque me muero de hambre, me contestó.

I al volverse para entrar en un café cercano, dejóme ver, bajo su paltó algo corto, los faldones de un frac...

*
* *

Medio reclinada en el borde de su palco, toda vestida de seda blanca, con diadema de brillantes en la cabeza, ella pensó de pronto, cuando el tenor cantaba el ária final del primer acto de *I pagliaci*, que la cocinera le habia dado cinco centavos de ménos en un vuelto...

*
* *

Cuando sientas en el alma
la necesidad de amar,
ven a avisármelo al punto,
que yo te sabré buscar
quien te diga frases tiernas
i se deje acariciar...

A una Coqueta,

estérilmente arrepentida en sus maduros años

(Improvisacion con consonantes forzados.)

Vano es que hoi trates de abjurar la *maña*
del coquetismo vil, i en vano *sueña*
tu pecho amor, i en reparar se *empeña*
el hondo mal que orijinó su *saña*.

Tu pensada virtud, que al vulgo *estraña*,
rápida en el abismo se *despeña*,
i, sin que seas de evitarlo *dueña*,
hoi ni a los ciegos tu hermosura *engaña*.

Ya, aunque te esfuerzas por hacer de *niña*,
el vecindario no te apea el *doña*,
por mas que airada tu impotencia, *gruña*.

Con tus cabellos la emprendió la *tiña*;
con tus mejillas, la senil *ponzoña*,
i ya en tu fama la opinion *rasguña*.

JULIO VICUÑA CIFUENTES.

Baturrillo

De las buenas letras nadie ya se ocupa en Chile, como no sean las de cambio. El positivismo lo va abarcando todo, la literatura inclusive.

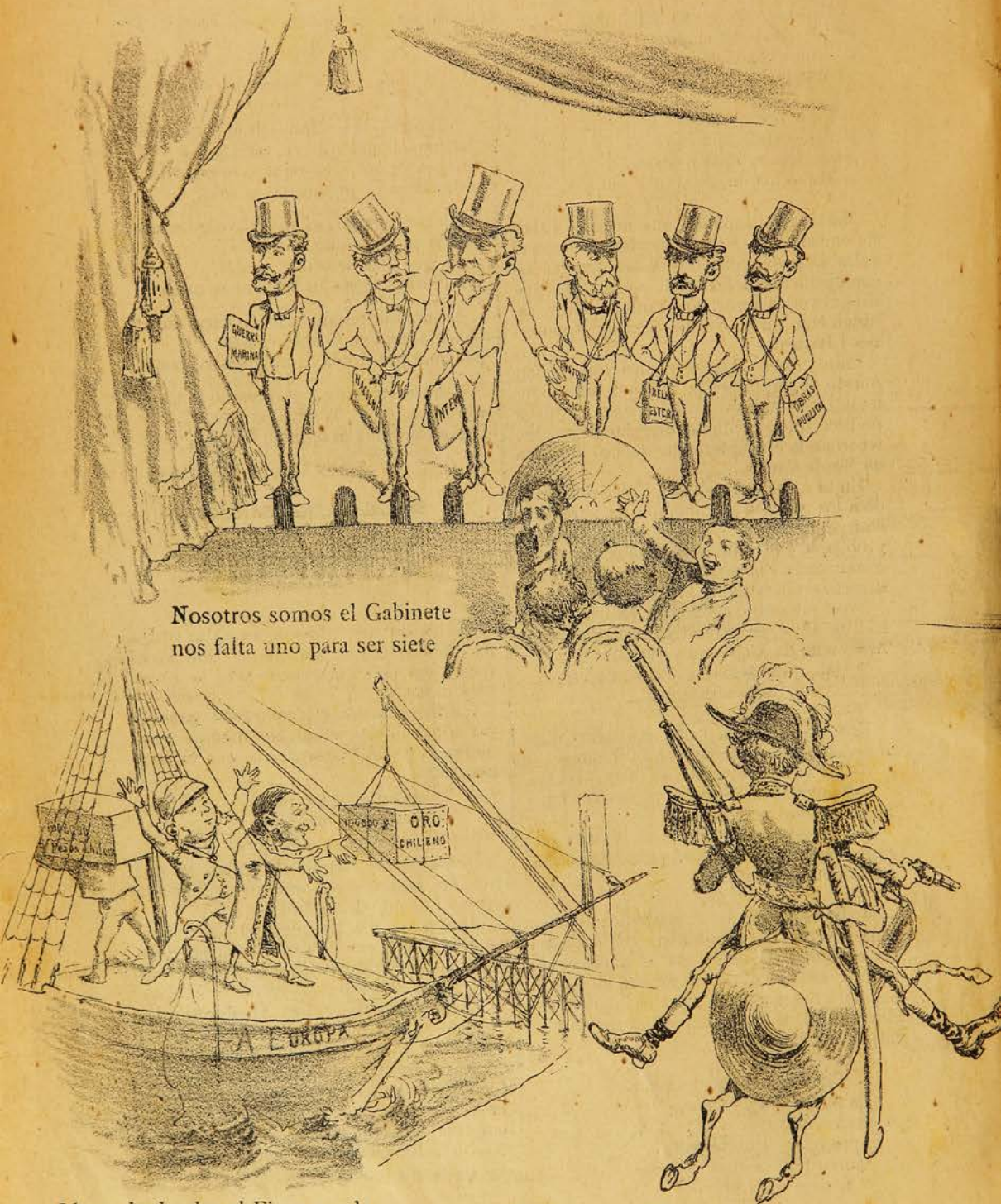
No declamamos en contra del presente por aquello de que cualquier tiempo pasado fué mejor, ni por lo otro de que ya no se cosechan

aquellos vinos puros,
jenerosos, maduros,
que se cojian ántes.

Declamamos, porque la verdad es que muchas letras nacionales andan por ahí completamente desmedradas.

¿Quién escribe hoi algo que signifique estudio, contraccion, perseverancia? Solamente el señor Barros Arana, que continúa trabajando su voluminosa *Historia de Chile*.

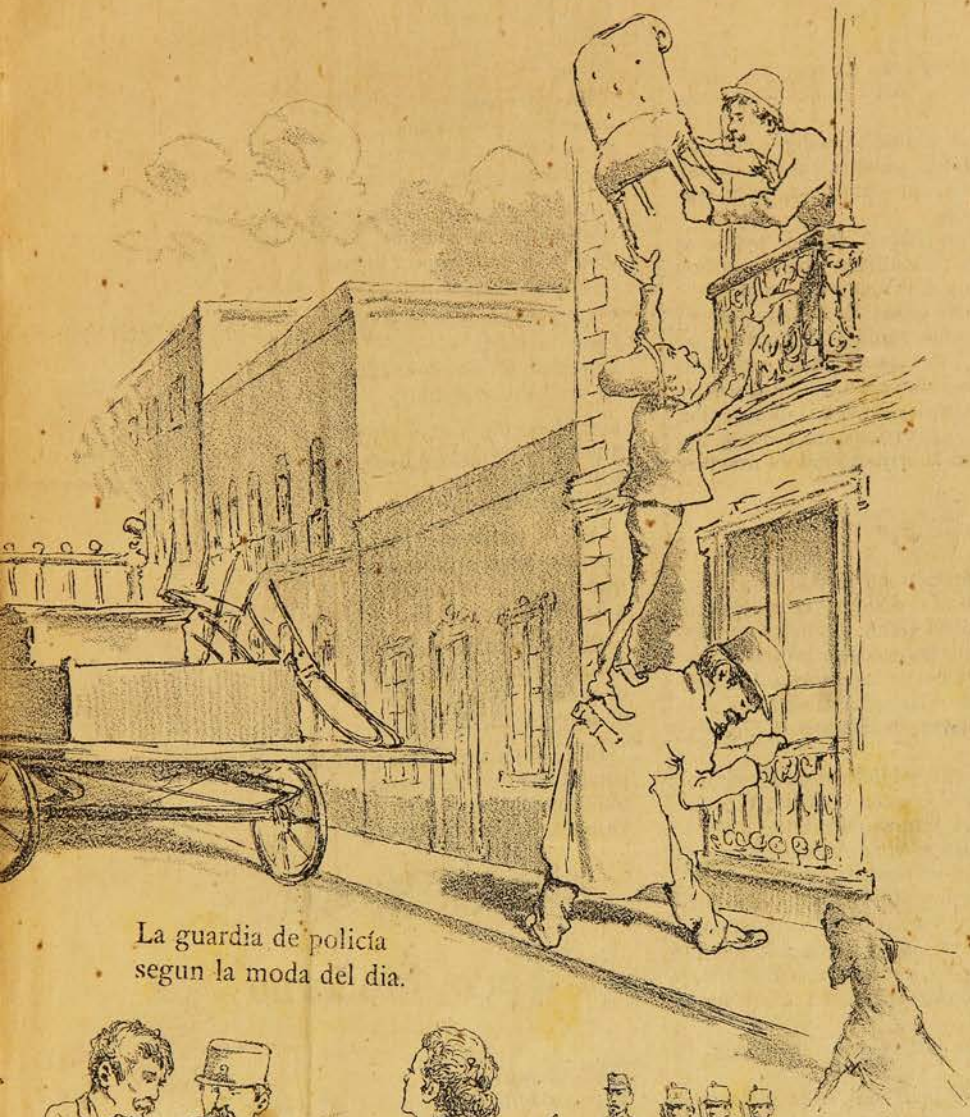
Nuestra prensa llena su vientre con los despojos que encuentra en la estranjera. Ni siquiera se traduce, porque los cuentecillos franceses que suelen darnos los diarios, son tomados de periódicos arjentinos. En Chile no se puede fundar un diario, sin que la empresa o el editor de él se suscriba a *La Nacion* de Buenos Aires. Es en este gran diario arjentino donde se ejercita la tijera del llenador.



Nosotros somos el Gabinete
nos falta uno para ser siete

Lleno de deudas el Fisco queda,
pero circula nuestra moneda.

Para evitar a Chile una desgracia
así se estila ahora la diplomacia.



La guardia de policía
segun la moda del dia.



Justicia que da la muerte
es derecho del mas fuerte.

AÑO 1 SANTIAGO, A 4 DE AGOSTO DE 1895 NÚM. 1

Sin *La Nacion*, no hai correspondencias *especiales* de Europa ni cuentos franceses.

I despues de esto, consolémosnos con que tenemos prensa.

***

¿La poesía?

Pues hoi la poesía en Chile no da signos de vida, como las daba hace mui pocos años.

I aquel que se dedica hoi a ella tiene que entrar por la senda modernista o decadentista o gongorista, que tanto da, para que nadie le entienda.

Ahora, muchos poetas—esto de poetas es un nuevo convencionalismo entre nosotros—no saben sino hablarnos de los policromos, de las tardes grises, de los sonetos negros, de las estrofas azules; i, en vez de hacer medianos sonetos o décimas pasables, nos brindan *medallones* i otras estulteces, que no son sino imitacion servil de injenios estraviados de otros paises americanos. No tenemos siquiera la orijinalidad de muchos desatinos.

***

Matta, vive metido en la política; Lillo, apartado del mundo, diz que escribe, pero nada publica; Blest Gana, envuelto en una intendencia en los papeleos de las transcripciones, sin acordarse de las primitas bonitas con que su musa solia solazarse en mejores tiempos; De la Barra, dedicado a la filolojía únicamente.

I como estos viejos soldados de la poesía, se hallan los jóvenes: Concha Castillo, Vicuña Cifuentes, los del Campo, Montaner i otros apenas dan señales de vida. A veces, Ricardo Fernandez Montalva nos ofrece algun delicado fruto de su injenio, Gustavo Valledor nos brinda algun soneto bien cortado, con dejos de decadentismo, i Gonzalez, abandonando abstrusas disquisiciones filosófico científicas suele dar espansion a su fantasía.

Pero todo esto ocurre mui de tarde en tarde.

A consecuencia de lo cual, se estan introduciendo furtivamente en la prensa, porque se hallan casi en despoblado, algunas personas que, como un señor Erices Moreno don Zenon i no sé cuantos otros Erices Morenos mas, creen que se puede andar en nuestro campo literario como si no hubiera vivos que los contuvieran.

ANTON PERULERO.

Carta Abierta

Señora Lolo Aguilar:
he recibido de usté
hoi dia una carta, que
me apresuro a contestar.

Me dice usté que leyendo
unos versos mios hoi,
ha sabido que me estoi
por sus encantos muriendo;

i que, en premio a mi cancion,
viene usted en declarar
que, en todo tiempo i lugar,
es mio su corazon.

Le confieso que hace dias,
i por consonancia solo,
he puesto su nombre: Lolo,
en unas estrofas mías;

mas, debo tambien decir
que no la conozco a usté,
i ni aún sabía que
pudiera usted existir.

Yo soi casado, señora,
i puede usted comprender
que no la puedo querer...
a lo ménos por ahora.

Si mas tarde necesito,
aprovecharé contento
el amante ofrecimiento
de su corazon, Lolito.

Pidiendo a usted mil perdones
por mi involuntario error,
me ofrezco su servidor
i amigo,—*Pedro Quiñones.*

El Amor Moderno

ÉL.—Señorita...

ELLA.—Qué quiere usted caballero?

ÉL.—Desearia decirle a usted dos palabras...

ELLA.—Puede usted decirlas...

ÉL.—Es el caso que...

ELLA.—Perdone. No podemos estar así en medio de la vereda. Todo el mundo nos mira.

ÉL.—Tiene usted razon. Casualmente, tenemos ahí un café, donde podremos conversar tranquilamente.

(Entran al café, i se encierran en un saloncito particular.

AÑO I SANTIAGO, A 4 DE AGOSTO DE 1895 NÚM. 1

El mozo.—¿Qué les sirvo a ustedes?

El.—Trae unas copitas de Jerez i unos biscochos. Aguarda. Quiere usted comer algo, señorita?

Ella.—Si usted lo permite...

El.—Pida todo lo que desee.

Ella *(al mozo)*.—Tráeme un bisteque...

El mozo.—¿Con huevos?

Ella.—Por supuesto.

(El mozo sale)

El.—No puede usted comprender, señorita, las emociones que han embargado mi espíritu...

Ella.—¿Quiere usted llamar al mozo?

El.—Con mucho gusto.

Ella.—Se me acaba de ocurrir la idea que en este café, como que es un depósito de ostras...

El.—Le agradan a usted las ostras?

Ella.—Muchísimo.

(Viene el mozo)

El *(al mozo)*.—Traiga una docena de ostras.

El mozo.—Al instante. *(sale)*.

El.—Como decia a usted, desde el momento en que la hallé a usted en la calle, mi corazon...

Ella.—Sabe usted que el servicio no es mui bueno en este restaurant? Hace una hora que hemos pedido el jerez i todavía no viene.

El.—Tiene usted razon. Voi a llamar.

(Entra el mozo con el jerez i los biscochos.)

Ella.—Este jerez es delicioso. *(Al mozo)* Apure usted las ostras i el bisteque, porque se me ha abierto un apetito...

El mozo.—Voi corriendo. *(Sale)*.

El.—Usted es la mujer mas hermosa que he conocido. Si usted quisiera amarme un dia, una hora, un segundo, yo seria...

Ella.—Si pudiera usted pedir otros biscochos...

(Entra el mozo con las ostras)

El.—*(Al mozo)*.—Traiga usted mas biscochos.

Ella.—*(Al mismo)*.—I una botella de vino blanco. Me gustan las ostras con vino blanco.

(Sale el mozo)

El.—Los ojos de usted me embriagan de tal manera...

Ella.—¿Por qué no se sirve usted?

El.—No tengo apetito. Al lado de una mujer hermosa como usted, el espíritu...

El mozo (entrando).—Aquí está el vino. Voi a buscar el bisteque. *(Sale)*.

El.—Dígame usted una sola palabra de amor, una sola, i me verá caer a sus pies...

Ella.—¿A qué fecha del mes estamos hoi?

El.—A 28.

Ella.—Dios mío! Dentro de dos dias tengo que pagar el arriendo de mi casa. Si usted fuera tan amable que me prestara unos cien pesos... Se los agradeceria a Ud. muchísimo!

El.—*(Poniéndose de pié, i mirando su reloj.)* Las cuatro. Perdone usted. Habia olvidado que tenia una cita con un amigo. Otro dia hablaremos mas despacio.

Ella.—Cien pesos solamente, i prometo a usted...

(Entra el mozo con el bisteque.)

El.—*(Al mozo)*.—¿Cuánto se debe? Trae la cuenta.

Ella.—I una tacita de café...

(Sale el mozo)

El.—Usted va a perdonar si no la acompaño mas tiempo. La cuenta queda pagada. Hasta luego. *(sale)*.

Ella *(Bebiendo un vaso de vino)*.—¡I crea usted en las palabras de los hombres!

R. Fernandez Montalva

Cuando me case....

Cuando me case, como desearé que mi mujercita vista mui elegante, le regalaré un corte de unos jéneros de seda que han llegado a la *Casa Prá*; con los cuales pueden hacerse preciosas blusas que van con toda clase de polleras.

Asi mismo compraré, en la misma casa, los muebles que necesite para dormitorio i comedor, por cuanto un distinguido artista parisiense sabrá darme las últimas novedades en la materia.

I para que mi mujercita no se aburra, miéntras yo esté en el Club, el amigo *A. Tesche* me facilitará útiles de dibujo, a precios mui reducidos.

He de buscarme una compañera que ame la bella literatura, que lea las obras de los grandes injenios, i me será mui fácil tenerla al corriente del movimiento literario europeo, yendo a la *Ville de Paris*, que, por ejemplo, acaba de recibir por el último vapor *Kamtchatka* de Alfonso Daudet i *Les gens chics* del celebrado Gyp.

Todo esto haré cuando yo me case.

Litografía, LUIS F. ROJAS y Cª
Calle del Estado núm. 34, frente al Pasaje Matte
SANTIAGO
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS
Litográficos i Tipográficos
Especialidad en ilustraciones para obras i periódicos
Precios Módicos

Imp. i Lit. Luis F. Rojas i Ca.

LA JUVENTUD DORADA



A las cuatro de la tarde.



A las cinco



A las siete.



A las nueve.



A la una de la mañana.

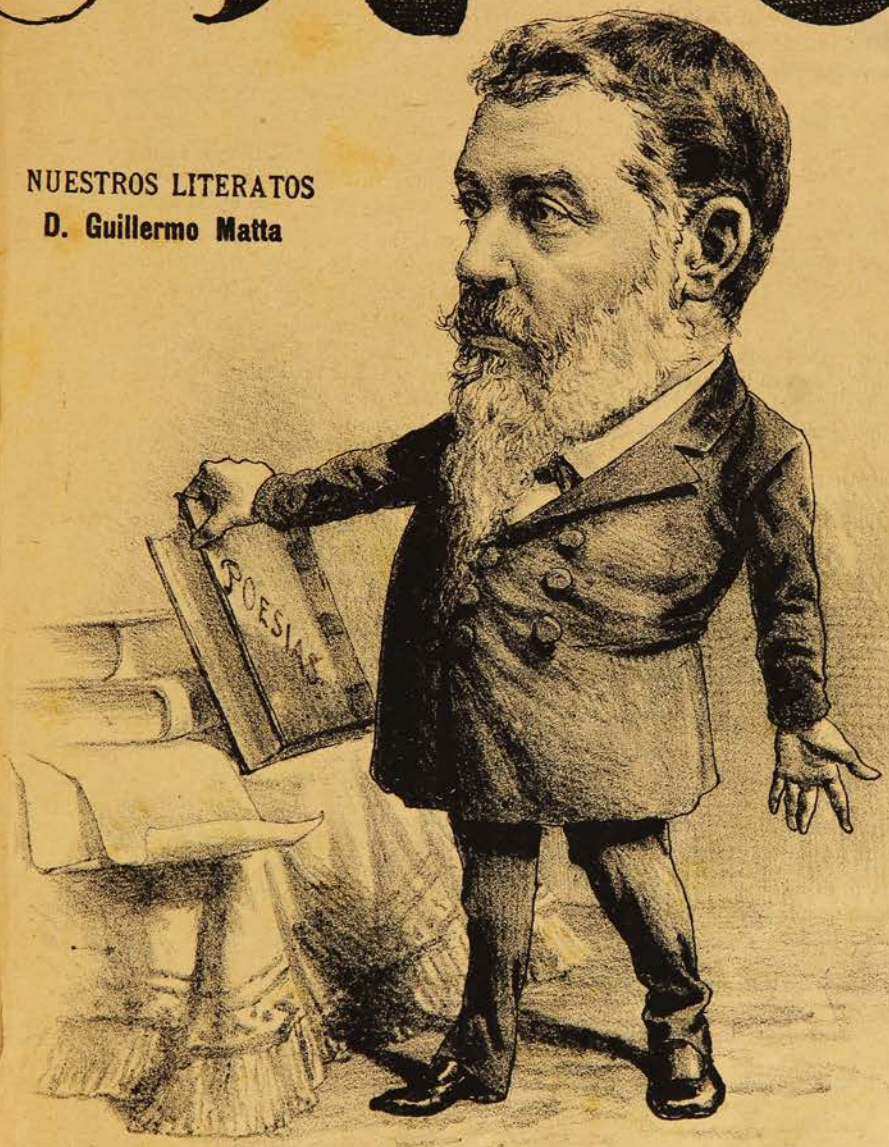


A las cuatro de la mañana.

La Revista Cómica

NUESTROS LITERATOS

D. Guillermo Matta



Cuando, sin humos científicos,
pulsó la lira patriótica,
prorrumpió en himnos magníficos.
Hoy, escribe jeroglíficos
de inteligencia caótica.

AÑO I SANTIAGO, II SEMANA DE AGOSTO DE 1895 NÚM. 2

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

Director:

Ricardo Fernández Montalva

Director Artístico, LUIS F. ROJAS

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 3.00
Por medio año (25 »)..... 1.50

Oficina i Administración-Estado 34
Casilla, 1106, Teléfono, 1273

PAJA PICADA

—El Ministerio es bueno.
—El Ministerio es malo.

Y en el banquete del Congreso, allí están todos, dando su opinión sobre el nuevo guiso político.

Cuestión de paladares...

Lo que sobra son discursos. El país sabe perfectamente qué desea cada partido y sabe también que las ubres del presupuesto no son tan numerosas como las bocas que las solicitan.

A cada cual su turno.

***

Ha llovido.

¡Qué hermosa es la lluvia, contemplada á travez de las amplias cortinas, en las alcobas tibias y perfumadas!

Tiene su ruido algo de una música lejana, misteriosa, que trae el recuerdo de las odaliscas danzando lánguidas y voluptuosas en los haremnes orientales...

Y luego la amada, con su cabecita rubia, apoyada en nuestro hombro y un gran deseo en los soberbios ojos azules bien abiertos...

Bien hacen en amarte ¡oh, invierno! los mimados de la fortuna de la tierra!

***

En la calle llena de lodo, tiritando de frío, el harapiento mendigo.

—Una limosna por el amor de Dios!

Y pasan los carruajes, con sus briosos caballos cubiertos de coberturas de lana, golpeando con uñas bien herradas los duros y brillantes pavimentos.

—Oh,—dice el miserable;—unas de esas coberturas!...

Una Exposición

Hizo el León saber por todas partes
que una grandiosa Exposición se haría
para premiar las ciencias y las artes.

Y era de ver con qué gentil porfía
de sus talentos á exponer el fruto
la multitud alígera acudía.

Nombróse al Tigre juez, i el feroz bruto
comenzó luego á condenarlo todo
con una ceguedad que no discuto.

Y callando lo bueno, por el lodo
lo que juzgaba malo su impericia
lo revolcaba con airado modo.

El Mono protestó de esta injusticia,
y al ver que el monstruo su ilusión defrauda,
así le dijo con gentil malicia:

—«Lo malo desechad con mano ráuda,
pero es justo también, y el caso es grave,
que lo que aplauso mereció se aplauda».

—«¿Quieres, entonces, que lo bueno alabe?»
rugió el bárbaro juez de orgullo henchido.
«¡Lo que es censura este señor no sabe!»

Semejantes al Tigre, he conocido
muchos censores que con voz de trueno
lo malo execran sin piedad ni olvido,
pero se guardan de alabar lo bueno.

JULIO VICUÑA CIFUENTES.

CANTARES

Á QUIEN YO SÉ

Oye, mujer, mi confesión sincera:
No te guardo rencor, yo te lo juro:
Creo que si tu labio fué perjuro,
No lo fué por maldad...fué por *tontera*.

—

EL MAYOR SUPLICIO

Yo conozco un suplicio más horrible
Que el suplicio de Tántalo sediento:
Abrasarse en amor inextinguible
Siendo víctima muda el pensamiento.

—

MALAGUEÑA

El mejor de los cantares
Es el que no tiene canto;
Pues se escribe con suspiros
Y con música de llanto...

ENRIQUE DEL CAMPO.

AÑO I SANTIAGO, II SEMANA DE AGOSTO DE 1895 NÚM. 2

IDILIO

Se acababan de casar.

Como personas prudentes, habían esperado veinte años el suspirado instante, para estar seguros de que era eterno el amor que los unía.

Los dos, con adorables cabecitas blancas, i deliciosas arrugas en el rostro, apagados los ojos por la edad, hacían una pareja envidiable.

Cuando los dejaron solos, buscaron un sofá apartado, cerca de una ventana á través de cuyos vidrios se contemplaba la risa azul de un cielo primaveral, y empezaron á contemplarse en silencio llenos de turbación y de deleite.

¡Qué hermosa estaba ella con su vestidito blanco y su corona de azahares!

De pronto.

—Dame un beso! le dijo él.

Y la vírjen desposada, con el pudor propio de sus cincuenta y cinco primaveras, acercó tímidamente su rostro al rostro de su amado.

I se unieron en un beso mudo, largo, interminable...

De repente, echóse él para atrás con ansias de ahogado, dejando enredada su peluca en los cabellos de su esposa.

—¿Qué tienes, amor mio?

—Nada, mi pichona; que casi me he ahogado con uno de tus dientes....

Entonces ella, con una gracia inimitable, arrancó de su boca la plancha, dejando ver el carmín pálido de sus ensías.

Efectivamente, faltaba un colmillo,

—No importa—dijo él,—mañana mismo, haré arreglar tu dentadura.

Rieron largo rato del percance, y, enseguida,

—Mira, cuando nos besemos, tú te arrancarás los dientes y yo la peluca.... Estaremos más cómodos!...

EL ENVIDIOSO

(Silueta al carbón)

Hosca la faz, sombría la mirada,
Los contornos agudos y salientes,
La blasfemia en los labios insolentes,
Prontos á dar violenta carcajada.

Vida estéril y triste, dominada
Por ambiciones locas, imprudentes;
Rencores repentinos, impacientes,
Al ver que su destino es sombra y nada.

A cada gloria nueva que se alza,
Prorrumpe en grandes ímpetus de envidia,
Con torpe adulo y con sonrisa falsa.

La belleza suprema le fastidia,
Y al mundo, que ni le ama ni le enzalsa,
Él quisiera aplastar con su perfidia.

Gustavo Valledor

El Vértigo

A Francisco Pardo Duval

—

Al salir del Club, Alberto se dirijió á casa de su querida, una muchachita de dieciocho años, que, para amarle, había abandonado su familia, y vivía, oculta á las miradas de todo el mundo, en una casita situada en un barrio apartado de la ciudad.

La situación de Alberto era grave. Aquella misma mañana, había prometido á su madre casarse con una rica heredera, facultándola para pedirla en matrimonio inmediatamente.

A diferencia de otros, el joven no comprendía, dentro de su criterio honrado y leal, que pudiera partirse el cariño entre una esposa y una querida.

Al subir al tálamo nupcial, debía, pués, abandonar á la que, desde hacía más de un año, lo quería franca y desinteresadamente.

Todos los medios vulgares de abandono, encontraban en el corazón de Alberto una resistencia invencible.

Devolver á su familia aquella descarriada oveja de amor, era producir un escándalo, en que el nombre del joven tenía necesariamente que ser pronunciado por la niña, como justo y vengativo desahogo á la muerte violenta de sus ilusiones amorosas.

Tampoco podía abandonarla sola, con un puñado de oro, á las batallas de la vida. Con solo la idea de saber que estaba degradada, descendiendo al abismo á que él la había arrojado, vendedora de besos y caricias, prostituyendo aquellos labios que había desflorado con los suyos, sentía Alberto arder en sus venas la sangre de los celos y de los remordimientos.

Quizás, era buen medio comunicar el secreto de aquella muchacha á un buen amigo que la hiciera feliz; pero, aquí también los celos levantaban su cabeza de serpiente, y el hecho de haberlo imajinado, trajo á la memoria de Alberto las historias que había oido de los amantes engañados.

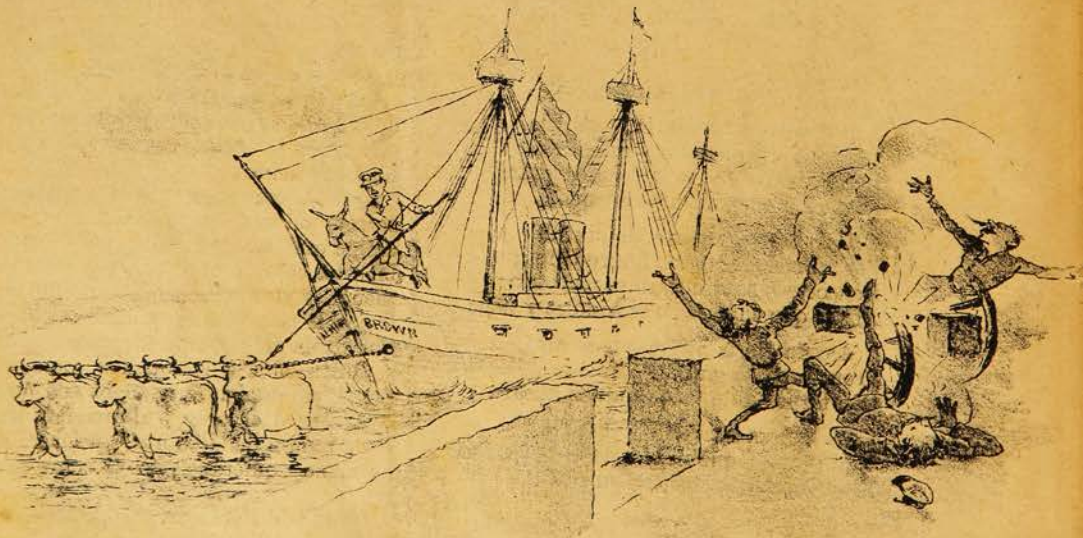
Quién sabía si en aquellos momentos su amada no estaba ó no soñaba con otro.

Apresuró el paso, y al meter la llave en la cerradura de la puerta, sin hacer ruido, su mano izquierda se apoyó sobre su revólver.

Nada turbaba el silencio de la casita. Como un ladrón entró, apagando el ruido de sus pasos en las alfombras, sin encender luz.



Nada mas cómodo y sano
que viajar en carro urbano.



El ejército y marina
en la nación argentina



Cuando llueve, es cuando creo
que hay Policía de aseo



La arjentina policía
halla en un clown...un espía!



Todavía no he logrado
ni ser... ministro de Estado!

AÑO 1 SANTIAGO, II SEMANA DE AGOSTO DE 1895 NÚM. 2

Cuando llegó al dormitorio de la joven, débilmente alumbrado por una lamparilla de aceite, un sudor frío le corría por las sienes.

Entró.

Apoyada la rubia cabecita en uno de sus brazos desnudos, los labios entreabiertos y sonrientes, con la tranquilidad de un niño y la hermosura de un anjel, ella dormía.

I miéntras Alberto la contemplaba extasiado, de pié en medio de la alcoba, con una voz muy débil y muy dulce, pronunció un nombre:

—Alberto!

Al sentirse así nombrado en medio del sueño; al respirar la atmósfera de la alcoba, cargada con los aromas favoritos de la niña, que emanaban las ropas esparcidas; hambre y sed de caricias sintió el joven.

Más, al querer lanzarse á estrechar entre sus brazos aquel ídolo, como un fantasma, alzóse entre él y el lecho, la promesa que aquel mismo día habia hecho á su madre...

Quedóse inmóvil.

En su espíritu, la lucha del deber y del amor, entablóse.

¡Ah, era preciso tener corazón de fría piedra, para romper aquellos lazos, y dejar después que otro cualquiera pudiera unirlos!

Menor sería su pena, si la viese muerta. Así, a lo ménos, estaría seguro de que aquellos ojos no mirarian con amor á otro ninguno; de que aquella boca no tendría besos para nadie; de que aquellos brazos desnudos no estrecharian ya nada más en adelante...

Entonces, ella muerta, muerta sin haber amado sino á él, sería un sueño delicioso, en las largas vijilias de la ancianidad, leer en la memoria esa pájina blanca de cariño, con la certidumbre de haberla escrito él solo, de haberle pertenecido toda entera...

Lenta, pero cada vez más persistente, una idea horrible empezó á encadenarle el corazón.

¿Quién lo sabría? No habia hecho él de aquellas relaciones el secreto mas absoluto? La casa desierta, ella sola. Morir, antes que el dolor del mundo empañe el brillo de nuestras miradas; morir en plena primavera, sin ver venir la muerte; pasar de un sueño á otro sueño, con un nombre amado entre los labios; irse, dejando una memoria dulce y acariciadora; saber que siempre, hoy, mañana, habrá álguien que nos recuerde con cariño y gratitud, y que venga á poner flores sobre nuestra tumba...

No todos en el mundo tienen una suerte semejante.

Aquello, más que una idea, era una embriaguez; era como una nube de locura que subía al cerebro y nublaba los ojos, dando palpitaciones estrañas á los nervios.

En la cabecera del lecho de la niña, colgado al lado de un retrato de familia, habia un pequeño puñal florentino, un juguete, de hoja triangular, de mango de marfil, arma de mujer en traje de baile, que, al herir, apenas si dejaría aparecer sobre la cutis una gota de encarnado.

Ella se lo habia pedido un día, cuando recién se conocieron, diciéndole entre beso y beso, que era para matarlo cuando le fuese infiel.

De súbito, como empujado por una fuerza irresistible, en un momento de vértigo, sin conciencia ni voluntad, víctima de una fatalidad ciega é inevitable, sintió Alberto que su cuerpo avanzaba, se estendía su mano y algo helado era oprimido por sus dedos.

Lanzó un grito y cayó de rodillas.

Sobre el desnudo seno de la niña, clavado hasta el mango, el puñal florentino daba reflejos nacarados.

I ella, sonriendo aun después de muerta, parecía guardar entre sus labios el final de una palabra que no habia tenido tiempo para pronunciar entera:

—Alber...

R. Fernandez Montalva

MI SUEGRA

Á mi suegra respeto
porque es un animal extraordinario.
Hay un veterinario
que ha querido comprarme su esqueleto,
que ella no pertenece de la vida
á familia ni especie conocida.

Es manca, tuerta, coja, calva y flaca,
tiene dientes postizos y joroba,
y sus piernas son dos palos de escoba
que llevan en la punta una matraca.

Un dia que en la calle andaba suelta,
un inglés, con revólver en la mano,
la quiso enamorar, y un soberano
bofetón recibió de mano vuelta;
que hizo al temerario
estudiar el sistema planetario.

Otra vez, en un rapto de cariño,
á una guagua besó con tal delicia,
que un mordisco le dió, muriendo el niño
diez minutos después de la caricia.

En fin, que con su cuerpo problemático
y su arrugada faz de forma elíptica,
es una bruja huida del sabático,
una espantosa bestia apocaliptical

AÑO I SANTIAGO, II SEMANA DE AGOSTO DE 1895 NÚM. 2

Congreso Chino

Sesion ordinaria en 22 de Julio de 1895

PRESIDENCIA DEL SEÑOR DORMILON

Se abrio la sesion a las tres de la tarde con asistencia de cuarenta señores Diputados y todos los Ministros.

Se leyo y fue aprobada el acta de la sesion anterior.

Preferencias

EL SEÑOR PECULADO *(don Pedro)*.—He pedido la palabra para rogar á los miembros de la comisión de guerra, el pronto despacho del proyecto en que se acuerda comprar á mi sobrino Anastasio, cien mil fardos de pasto para los caballos del gobierno.

EL SEÑOR BOBALICÓN *(don Daniel)*.—Yo también rogaria á la comisión de hacienda, que despachara el proyecto en que se manda comprar un sitio de mi propiedad para establecer un matadero.

EL PRESIDENTE.—Se hará como desean los señores diputados. Entrando á la orden del día, tiene la palabra el señor Uñaslargas, don Juan.

Voto de Censura

EL SEÑOR UÑASLARGAS *(don Juan)*.—Al terminar mi discurso en la sesión anterior, decia, señor Presidente, que la conducta del Ministerio, en la cuestión económica, habia sido contraria al programa que presentó cuando vino á ocupar esos bancos.

Los últimos empréstitos, no han bastado á nuestras necesidades más indispensables. Muchos de nosotros, y sobre todo el que habla, no han podido siquiera comprarse un gabán de pieles con que presentarse decentemente en la Cámara.

Por estas razones, pido un voto de censura al Gabinete.

EL MINISTRO DE HACIENDA.—Una sola palabra, señor presidente. Es cierto que el señor Uñaslargas, y sus correlijionarios, no han usufructuado bastante de los últimos empréstitos; pero, la razón de este hecho, no se escapará á la penetración de la Cámara, si considera que á cada nuevo empréstito se hace más numeroso el partido que apoya al Ministerio.

Puedo declarar ante la Cámara y el pais, que los últimos empréstitos han sido repartidos equitativamente. *(Aplausos)*

EL SEÑOR URDEMALES *(don Saturnino)*.—Perdone el señor ministro. A mi por ejemplo...

EL PRESIDENTE.—Ruego á su señoría que no interrumpa.

EL MINISTRO DE HACIENDA.—He terminado, señor Presidente.

EL SEÑOR PECULADO.—A nombre de la mayoria, me es grato espresar que el ministerio, á nuestro juicio, ha estado á la altura de sus deberes de patriotismo y de protección á sus amigos.

Votaremos, pués, en contra del voto de censura, por considerarlo injusto y altamente depresivo para la honra nacional.

(Grandes aplausos. Varios diputados se acercan á felicitar al orador.)

EL PRESIDENTE.—En votación.

Recojida la votación, dió el siguiente resultado: treinta y cinco votos á favor del Ministerio y cinco en contra.

EL PRESIDENTE.—Si á la Cámara le parece, podremos entrar á discutir el proyecto que concede una pensión de gracia á las viudas de los militares muertos en defensa de la Patria.

EL SEÑOR BOBALICÓN.—Pido que ese proyecto pase á comisión.

EL PRESIDENTE.—Ya ha estado tres veces en la comisión, señor diputado.

EL SEÑOR BOBALICÓN.—Pues, que vaya otra vez. Estos asuntos hay que meditarlos maduramente. No es posible disponer á ciegas de los dineros del Estado.

EL PRESIDENTE.—Si no hay oposición, se hará como lo pide el señor diputado.

No habiendo otra cosa de que tratar, se levantó la sesión.

Eran las cuatro.

UN BESO

Me dijo ayer Salomé,
con muchísimo donaire,
que era un beso, como el aire,
que se siente y no se vé;

más, al besarla en la frente,
agregó la niña luego,
que era un beso, como el fuego
que, sin mirarlo, se siente.

R. FERNÁNDEZ MONTALVA

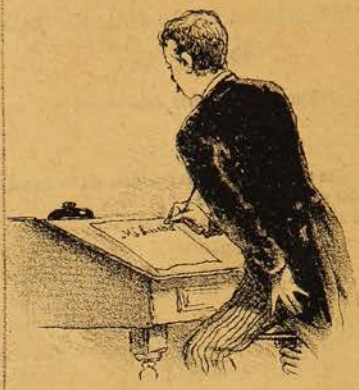
Litografía, LUIS F. ROJAS y Cª
Calle del Estado núm. 34, frente al Pasaje Matte
SANTIAGO
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS
Litográficos i Tipográficos
Especialidad en ilustraciones para obras i periódicos
Precios Módicos

Imp. i Lit. Estado 34.

EL EMPLEADO PÚBLICO



Tengo mucho que hacer.



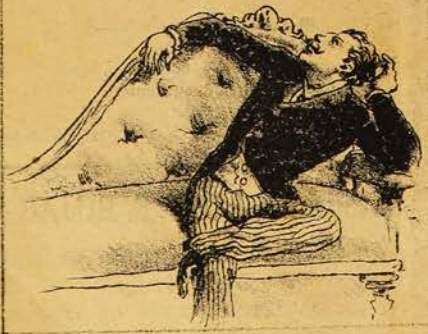
Trabajemos



Servidor de Ud...



Vuelva Ud. otro día.



Descansemos un rato

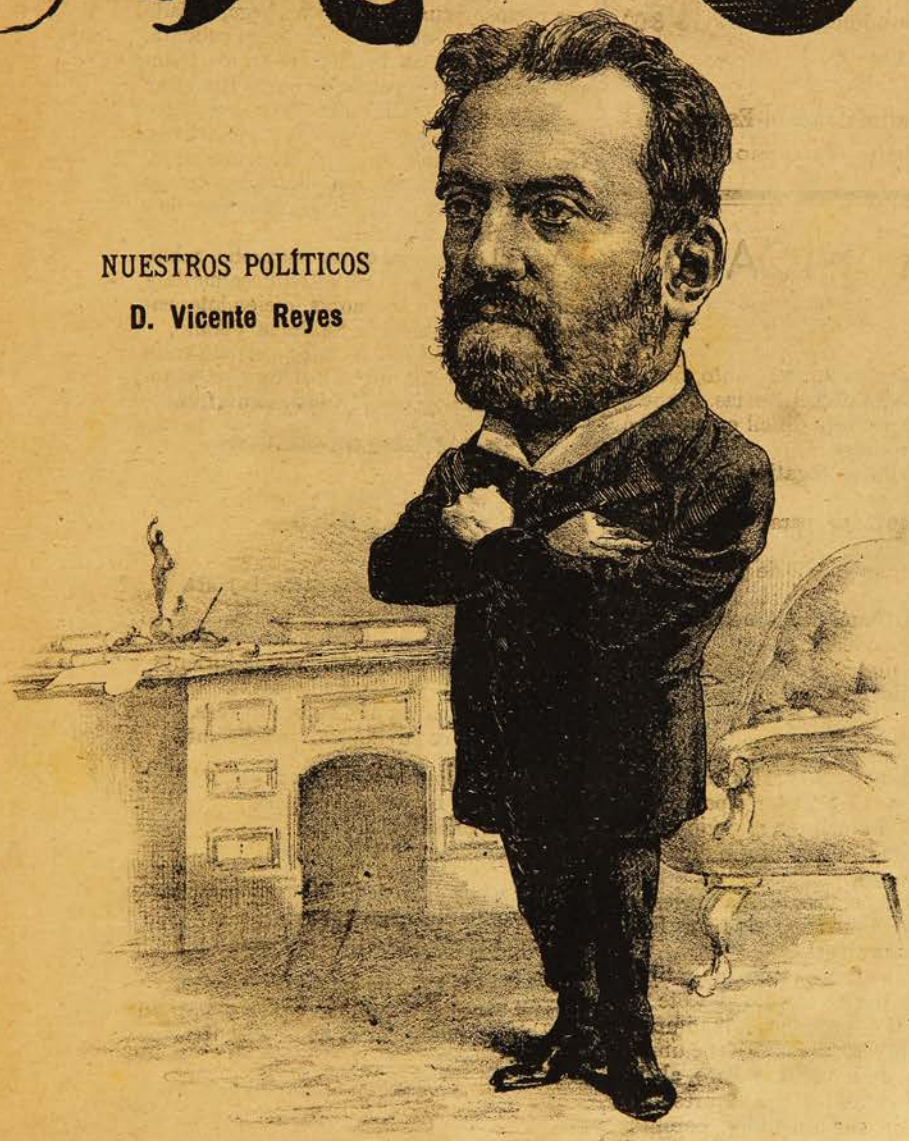


Trabajaré mañana.

La Revista Cómica

NUESTROS POLÍTICOS

D. Vicente Reyes



Político consecuente
patriota, honrado y discreto.
¡Un estadista completo...
si fuera más diligente!

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1895 NÚM. 3

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

Director:

Ricardo Fernández Montalva

Director Artístico, LUIS F. ROJAS

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 3.00
Por medio año (25 »)..... 1.50

Oficina i Administración-Estado 34

Casilla, 1106, Teléfono, 1273

PAJA PICADA

Desearia yo ser cualquier santo, menos San Isidro, el padre de las lluvias. Porque, verdaderamente, es muy difícil contentar á estos egoistas mortales.

¿No llueve?—Pues, rogativas para que llueva.

¿Llueve? — Novenas para que deje de llover.

En fin ,que no hay medio de tener á todos contentos.

Dadnos! oh, santo! una prueba
de tu sublime poder,
haciendo que nunca llueva
y no deje de llover.

*
* *

A través de la noche, por las calles desiertas, pasa el poeta soñador y pobre. Sus zapatos rotos se hunden en el lodo de las aceras, y su mirada en la profundidad serena de los cielos estrellados.

A veces se detiene, frente á la magestad de algún palacio, á escuchar las notas fugitivas de las danzas alegres.

Y sueña. En el salón perfumado y tibio, Venus luciendo por el amplio descote de su vestido de seda blanca, la riqueza imponderable de su cutis sonrosada. Tiene un hoyuelo en medio de la barba, y Baco, al tocarla con su dedo lascivo, ha impreso un lunar en uno de sus soberbios hombros desnudos.

I el poeta ríe. Porque vé á Venus, salir del baile, envuelta en pieles, del brazo de su galán, y estornudar como vulgar plebeya al recibir el aire frío de la noche...

*
* *

Frente á mis ventanas, al otro lado de la calle, hay un balcón con marco de enredaderas. Y asoma, todas las tardes, una morena, ligeramente vestida, con una rosa blanca en los cabellos negros desatados, que riega cantando los maceteros en flor. Se llama Primavera.

Su padre es un viejo de venerable cabeza blanca, que sale apoyado en el brazo de sus nietos, y cuando la noche llega, al lado del bracero en que un buen fuego calienta, relata sus hazañas de guerrero en los tiempos heróicos de la patria. Se llama Invierno.

El amante de la jóven es un poeta, flaco y pálido, de ojos hundidos y pensativos, frente ancha, que canta en canciones muy tristes y con una voz muy debil, las dichas que han pasado y las esperanzas que han muerto. Se llama Otoño.

Y rival del poeta, es un mancebo rubio, de ojos azules, que ríe estrepitosamente y hace cosquillas á las mozas, diciéndoles cosas alegres y atrevidas. Se llama Verano.

Y son cuatro amigos míos que jamás he hablado, pero que miran con ojos protectores mis largas horas solitarias y pensativas...

A Fabio

perseguido de la crítica injusta

No creas, Fabio, que la chusma hiriente
haga justicia á tu saber, ni creas
cuanto en letras de molde escrito veas,
que el vulgo es envidioso y maldiciente.

Es manía común de cierta gente,
(manía harto brutal, si lo deseas,)
alabar del pasado las ideas
y renegar feroces del presente.

Lo que hoy dicen de tí, de cien lo han dicho,
y de cien lo dirán, mientras fecundo
aborte el suelo tanto ilustre bicho.

Libre es el asno de atronar la cuadra
con rebuznos sin fin, que aquí en el mundo
el sabio escribe mientra el necio ladra.

JULIO VICUÑA CIFUENTES.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1895 NÚM. 3

LA RIMA

La Rima va sonriendo. Es la coqueta
á que un cortejo juvenil apremia.
Más, se entrega cantando y sólo premia
á quién de su favor menos se inquieta.

Y en sus estravagancias de griseta
y en su instinto salvaje de bohemia,
se burla del laurel de la Academia...
y va á colgarse al brazo de un... veleta.

La Prosa va sin tacha y sin mancilla.
Su magestuoso porte de Matrona
es de los pedagogos maravilla.

Más, ay, la juventud no reflexiona!
Ama á la pecadora en la bohardilla
y deja á la burguesa... solterona.

René Brickles

Baturrillo

Nunca como ahora, decía en mi charla anterior, la literatura nacional ha permanecido más lánguida y adormida.

No por que escaseen los talentos, ni porque la ilustración, en general, haya venido á menos.

Las causas debemos buscarlas en otras partes y son de orden complejo.

Una de ellas consiste en que ha querido imprimírseles á los estudios cierto rumbo pseudo científico, con lo cual se han enmarañado no pocos ingenios dúctiles y susceptibles de sentir y pensar y escribir con arte. No solamente se han inficionado con este mal los jóvenes, que también los viejos andan por ahí descarriados, en íntimo trato con la poesía positiva. Resultado de esto es que, huyendo de la poesía metafísica, como se ha querido llamar al género esencialmente lírico en que se espaciaron los grandes poetas del siglo de oro, hayan caído en el otro estremo de la poesía científica, con su tecnicismo, sus axiomas y otras cosas de este jaez, agenas al verdadero arte.

***

De tantos jóvenes que han cortado por el atajo de una educación pseudo científica; de tantos que, según entiendo, consagran su tiempo á la lectura—no siempre bien digerida de Spencer, de Bain, de Sumner Maine, de Tyllor y otros sabios,—no tenemos una muestra siquiera de provecho. No hay un libro escrito que demuestre el fruto de estas lecturas.

No pasaba otro tanto antaño, cuando los Blest Gana, los Lira, los Sanfuentes, los Lastarria, los Matta, cultivaban la literatura. En obras numerosas y meritísimas se encuentran las huellas de sus estudios.

***

Vamos á otra causa, que tiene por fundamento una razón de conveniencia.

Es el espíritu de lucro que nos va invadiendo de modo tal, que todo el mundo quiere en un periquete convertirse en millonario. Si este afán lucrativo no se transparentase, con mengua de la literatura, á la cual manifiesta la juventud presente olímpico menosprecio, loable sería el propósito de aumentar el peculio particular y con ello la riqueza nacional.

Pero no, señor. Hoy se considera compasivamente á los que logran darse á conocer como escritores ó poetas.

Cualquiera de éstos es para aquellos señores un desocupado, quizás hasta un ignorante.

Hace versos? Qué irrisión!

Escribir correctamente y tener ideas? Qué tontería! Qué falta de mundo, qué concepto tan errado de la vida!

Y escriba V. con gusto, en seguida de ser recibido con reservas por aquellos señores de las ciencias biológicas y sociológicas y de otros vocablos de parecidos términos!

A. Perulero

ÍNTIMA

(De un libro en preparación)

—

Cuando la confesé mi amor ardiente
Lanzó una carcajada,
Miróme entre burlona y sonriente
I... no me dijo nada...

Aunque sentí en el alma de rechazo
El golpe que me hería,
Algo, no obstante, en invisible lazo,
Nuestras almas unía.

Y hablamos del amor, de los placeres,
Del lujo mundanal,
Del destino feliz de muchos seres
Y del bien... y del mal...

Luego, al compás de cadenciosa danza,
Cruzamos el salón;
Y al sentirla en mis brazos, la esperanza
Nació en mi corazón.

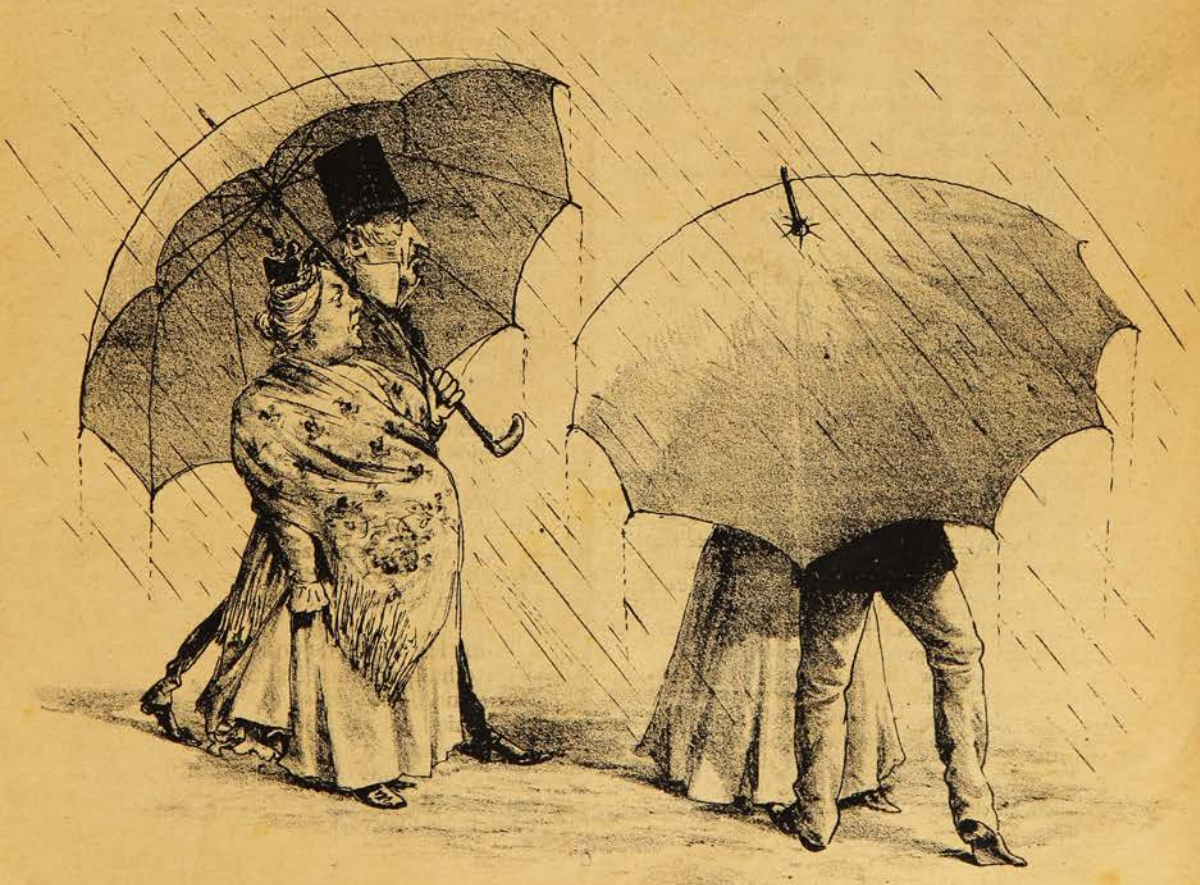


En las calles de Santiago
es muy frecuente este halago.





Ejercicios doctrinarios
de argentinos temerarios!



Son incómodas las aguas...
pero, cómodo el paraguas!

AÑO 1 SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1895 NÚM. 3

Encendida la faz, inquieto el seno
Se sentó á reposar;
Y ví turbado el luminar sereno
De su dulce mirar.

Era que su alma indiferente y fria
Despertaba al amor:
¡Ay, mísero de mí! desde aquel dia
Desperté yo al dolor...

ENRIQUE DEL CAMPO

AMOR AL ARTE

Por fin mi viejo amigo Sebastián es feliz. Ayer hemos conducido sus restos al cementerio. Fuera del sepulturero, formábamos el cortejo fúnebre dos personas: su perro y yo.

Hace dos años, contra la voluntad de todo el mundo y el consejo de todos sus amigos, contrajo Sebastián matrimonio con Laura, una muchacha de veinte años, muy aficionada á las lecturas románticas.

El pobre viejo de mi amigo, locamente enamorado de ella, era, más que un marido, un esclavo de su esposa, la cual abusaba de él cuanto podia.

Es Laura de esas mujeres que pretenden convertir hasta el más insignificante detalle de la vida diaria en una escena de teatro.

Diré más claro que Laura, tiene la monomanía del arte dramático.

Si no fuera por ciertas consideraciones sociales, hace ya tiempo que la tendríamos en el escenario de alguno de nuestros coliseos.

Ella, en cambio, representa en su casa.

Y la escena que más le agradaba era la de mujer adúltera, sorprendida por su marido.

Varias veces fuí testigo de lo siguiente.

Encerrábase Laura, en su alcoba, con un primo suyo. Llegaba Sebastián, con un puñal en la mano, dispuesto á matar á los culpables. El primo huía, arrojándose por el balcón, á trueque de romperse la cabeza, y la esposa arrastrábase á los piés de su marido, pidiendo á grito que la matase.

Mi amigo Sebastián, á trueque de conservar la paz conyugal, prestábase gustoso á tomar parte en estas comedias, que se repetían por lo menos una vez al mes.

Cuando hacía noche de luna, aunque marcara el termómetro cuatro grados bajo cero, gustaba á Laura ir del brazo de su marido á orillas de algún arroyuelo, cerca de algún bosquecillo. Sebastián, que habia aprendido, para el caso, algunos versos de amor de poetas sentimentales, se arrodillaba al lado de su mujer y, teniendo sus manos entre las suyas, le declamaba en voz baja, como jóven enamorado.

Imposible decir cuántos romadizos y pulmonías cojió mi amigo, después de estas calaveradas.

Ocurriósele, por último, á su mujer, que Sebastián entrase por la ventana á la alcoba conyugal.

A las diez u once retirábase Laura á sus habitaciones, y quedábase mi amigo en el comedor, leyendo hasta que la servidumbre toda se hubiese recogido.

A media noche bajaba al jardín, apoyaba una escalera en el balcón del domitorio de su esposa y subía.

Laura lo esperaba con los brazos abiertos, vestida con un simple peinador, y así pasaban media hora en amante conversación, colocados ámbos como en el cuadro tan conocido de Romeo y Julieta.

Otras veces, á los primeros rayos de la aurora, despertaba Laura sobresaltada, y era preciso que Sebastián se levantase y saliese por el balcón, de modo de no ser visto por la servidumbre.

Una mañana, hace pocos dias, al bajar la escala, mi amigo perdió el equilibrio y cayó, quebrándose dos costillas.

De resultas de lo cual ha muerto.

Cuando Sebantián moría, rogaba Laura á los presentes que le diesen algún veneno, para ser enterrada junto con su marido.

Hablaba también de que iba á entrar en un convento, para pasar llorando el resto de sus días.

Pero, tengo entendido que su primo no es de la misma opinión.

Por lo cual, me parece que Laura olvidará pronto á mi viejo amigo.

JUAN DE SANCHEZ

LA NOVIA

Mi querido Nicolás:
es preciso que te escriba,
porque ya no puedo más
de triste y de pensativa.
Desde que en la armada estás
vivo más muerta que viva.
Estar siempre en la inacción
es horrible situación!

Por qué has escogido, dí
de las armas la carrera?
Solamente para tí
tiene flores mi pradera.
Desde que te prometí
amarte la vida entera
tú llenas mi fantasía
y te espero noche y día.

Como dos años van ya
que lejos de mí te ves;
todo el mundo te dirá
que fiel tu novia te es.
¿Hasta cuándo durará
de tu amada la viudez?
Es preferible la muerte
á vivir así, de esta suerte!

Todos los mozos de aquí
la corte haciéndome están,
y aun que nunca causa dí
tengo miedo al qué dirán;
ya las fuerzas, ay de mí,
abandonándome van,
y me siento fallecer.
Tú deberías volver!

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1895 NÚM. 3

Pídele á tu comandante
algún permiso, entre tanto,
y ven la semana entrante
para el día de mi santo.
Díle que estando distante
de tu lado, ahogada en llanto
por la pena que la agobia
se está muriendo tu novia!

Por tí solo, Nicolás,
mi pecho amoroso late;
más, si siempre ausente estás
puedo hacer un disparate;
y no quiero que jamás,
ni aún en broma, nadie trate
de echar sombras en la fama
de la mujer que te ama!

El ojo de mi suegra

Mi suegra tiene un ojo de cristal.

Solamente después de casado he venido á saberlo.

Y á esplicarme el empeño que ponía siempre mi mujer, en que nos colocáramos al lado derecho de su madre.

Mi suegra no vé sino por el ojo izquierdo.

Todas las noches, al acostarse, deja mi señora suegra su ojo de cristal en un vaso de agua, á la cabecera de su cama.

Sucedió que un día, no sé cómo, el gato de mi casa se tragó el ojo de mi suegra.

Y hubo que matar al gato para sacarle el ojo, porque el ojo no quiso salir de otra manera.

A pesar de sus cuarenta y cinco años, mi suegra es todavía una mujer que bien podría de nuevo subir al tálamo nupcial.

Hubo un antiguo militar que le hizo la corte, y que casi se casó con ella.

Pero, el día antes de la boda, en un rapto de cariño, saltó el ojo de mi suegra y se metió por el cuello de la camisa del novio.

Y éste retiróse de la casa, para no volver más, protestando que aquello era contrario á la ordenanza.

Y se fué, llevándose el ojo.

Por cuyo motivo tuve que ir á su casa á rogarle que lo devolviese, nó por el valor del ojo, sino por ser un ojo al cual mi suegra le tenia mucho cariño.

Hay frases que mi suegra no pronuncia jamás.

Por egemplo:

—Esto me cuesta un ojo de la cara

Porque cualquiera podría creer que hacía referencia á su ojo de cristal.

Que, verdaderamente, es un ojo que cuesta caro.

Como que es impagable, por cuanto no sabe llorar, no vé las miserias de la vida, ni delata los deseos que el alma quiere guardar en secreto.

A Pepa

Mira, Pepa, y no te enfades:
es en vano que pretendas
con afeites y postizos
reconstituir tu belleza.

¿Ni cómo borrar podrías
los años que al hombro llevas,
si existen tantos galanes
que tus amores recuerdan?

Despójate de esas joyas,
de esos encajes y sedas,
que está destruido tu trono
y tu corona deshecha.

Deja pretenciones tontas;
ya no hay necios en la tierra;
de la ropa sucia, solo
se ocupan las lavanderas!

Correspondencia

Sr. L. S. H.—Verdaderamente que tiene Ud. vena poética. Pero... no me es posible por ahora publicar sus versos.

¿No encuentra Ud. que es un poquillo decadente eso de

¿Cuántas ilusiones son
las de un ser que en el alma siente,
por una mujer del corazón
fiel cariño hasta la muerte?

Litografía, LUIS F. ROJAS y Cª
Calle del Estado núm. 34, frente al Pasaje Matte
SANTIAGO
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS
Litográficos i Tipográficos
Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos
Precios Módicos

Imp. i Lit. Estado 34.

HISTORIA DE JUAN LANAS



Soy un hombre muy desgraciado!



Me casé con una mujer hermosa...



y me tocó una suegra que es una harpía...



y mi mujer tiene un primo que es teniente de artillería...



con el cual sale á paseo...

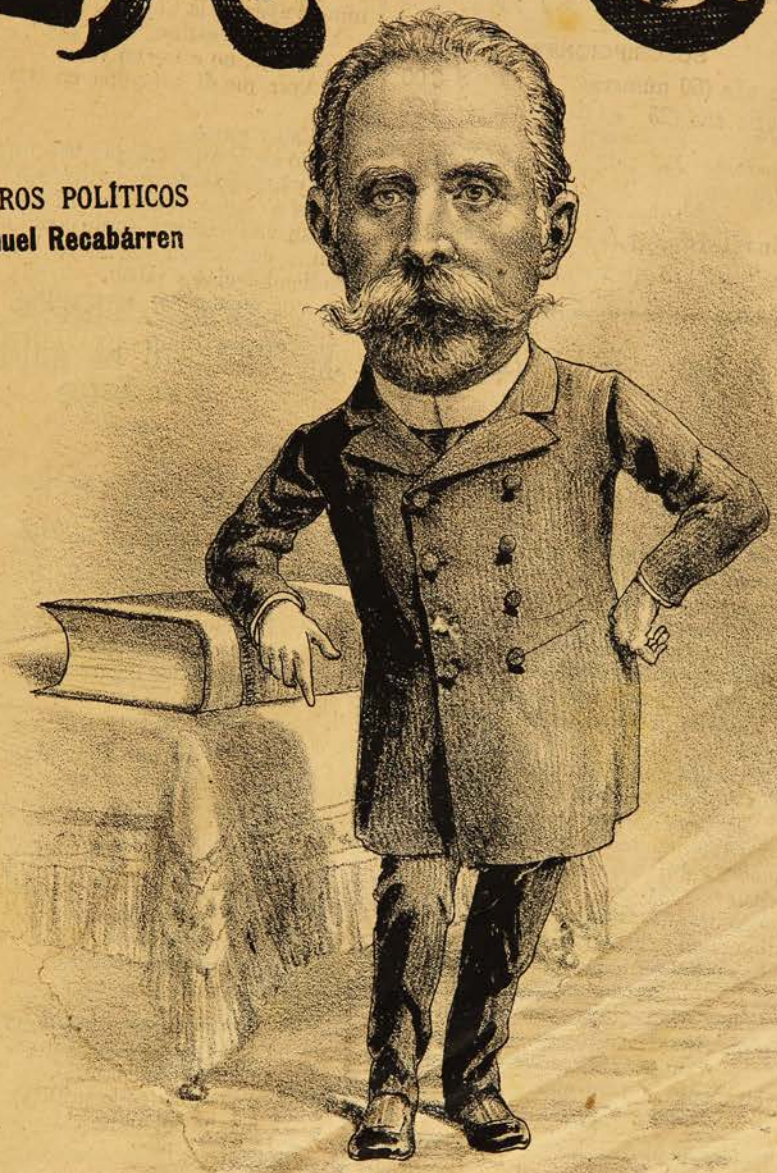


dejándome al cuidado de los chiquillos!

La Revista Cómica

NUESTROS POLÍTICOS

D. Manuel Recabárren



Abnegado defensor
de la causa radical,
la serviría mejor
si pusiera más ardor
en perseguir su ideal.

AÑO 1 SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1895 NÚM. 4

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

Director:

Ricardo Fernández Montalva

Director Artístico, LUIS F. ROJAS

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... **$ 3.00**
Por medio año (25 »)..... **1.50**

Número del día..... 0.05 cts.
Id. atrasado..... 0.10 »

Oficina i Administración-Estado 34

Casilla, 1106, Teléfono, 1273

PAJA PICADA

ARREBUJADO en su capa, la espada bajo el brazo, por donde la sombra es más espesa y está la calle más desierta, atraviesa la gran ciudad en las altas horas de la noche, el hijo desterrado de los cielos.

A todas las casas entra, sin abrir las puertas, como entra, á través de los cristales el rayo de luz, y en los lechos de la virginidad rompe con su acero los pechos inocentes para inocular el vírus de los sueños deshonestos.

Y la púdica doncella, cuyos labios en flor no han recibido todavía la gota de rocío del amor, arrójase, durmiendo, en brazos de un galán, bebiendo hasta las heces en el vaso citeréo las voluptuosidades de la carne y del espíritu.

Luego después, despierta azorada y confundida, viendo brillar en la sombra los ojos luminosos del tentador eterno; mientras el Angel de su Guarda, temblando de miedo, tiende hacia la maldad sus dedos en cruz.

En los lejanos patios, el gallo dá la voz de alerta y canta tres veces, sacudiendo sus alas en medio de las tinieblas.

***

Primero, el Mojón de San Francisco; ahora, Pastos Grandes.

Está visto que los argentinos no se paran en pelillos.

Siempre buscan cosas nutritivas.

¡Qué les aproveche!

Siempre he compadecido á los poetas, á los músicos y á los oradores.

No hay gente más desgraciada.

No pueden asistir á ninguna fiesta sin que se les exija dar una prueba de su talento.

Sólo se les convida para eso.

—Periquito, improvísenos Ud. algo.

—Mateito, toque Ud. alguna cosa.

—Danielito, díganos el discurso que pronunció ayer en la Cámara.

Y así por el estilo.

—Señora, no estoy en vena.

—Ayer me dí un golpe en la mano derecha.

—Estoy ronco.

Todo es inútil. Es preciso improvisar, tocar y hablar, ante un auditorio compuesto de tres ó cuatro personas: una señora mayor, un viejo militar, sordo como una tapia y un... cualquiera que se ha enriquecido vendiendo velas y jabón.

EL CONCIERTO DE ANIMALES
Y EL ASNO

PARA ablandar los rigores
del *ángel de sus amores*,
mandó el León con acierto,
organizar un concierto
de mirlos y ruiseñores.

La selecta concurrencia
ocupó con impaciencia
los designados lugares,
escuchando los cantares
con silenciosa presencia.

Un importuno Jumento,
que por hacerse notar
tardó en ocupar su asiento,
juzgó llegado el momento
que aguardaba, para entrar.

Con paso grave y ruidoso
á la escena adelantó,
y en medio de ella lanzó
un rebuzno estrepitoso
que á todos sobrecogió.

Contra desmán tan notorio,
el León, ardiendo en furia,
dió fallo condenatorio,
y el Asno pagó la injuria
á manos del auditorio.

Sujetos de esta calaña
conozco yo más de cuatro,
que, ansiando una gloria extraña,
lucen tan necia artimaña
en las funciones de teatro.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1895 NÚM. 4

¡Lástima grande es, por cierto,
que el auditorio no pueda
premiarles con el acierto
con que, como dicho queda,
lo fué el Asno en el concierto!

Julio Vicuña Cinfuentes

Baturrillo

APROVECHANDO el despoblado en que hoy viven las letras, un señor don Enrique Villalón y Ogass ha publicado un *poema en XXXIII cantos*—según reza la portada del librejo—titulado *Numilda*.

Como ven Uds., el nombre, desde luego, es romántico.

El caso es que el señor Villalón y Ogass vivía hasta hace poco tranquilo, sin que la crítica de nadie le zumbara al oído; pero no sin haber publicado varias obras poéticas y dramáticas, de las cuales solo ahora tenemos conocimiento, porque el propio señor Villalón y Ogass se encarga de decírnoslo en la última página de las tapas de *Numilda*.

*

Por todo esto se colige que no es un principiante; y, aunque no ha escrito tanto quizás como D. Manuel A. Hurtado, ni se le ha premiado ninguna oda como al señor Préndez, el señor Villalón y Ogass se insinúa á modo de una futura calamidad literaria.

Numilda quiere ser un poema al estilo de los de Núñez de Arce. El señor Villalón y Ogass no solamente usa las estrofas del *Idilio* sino que busca sus personajes en la costa, como en *La Pesca*.

El caso de *Numilda* es que había
cerca del mar, en la ribera hermosa,
do tierna y amorosa
la gaviotilla sus placeres canta,

una choza en que vivía un pescador, que tenía por cierto una hija, la cual á su vez tenía—no una hija—sino un amante, que se ausentó, como todos los amantes de los cuentos, haciéndose esperar día á día. *Numilda* era la muchacha, el pastor Tarfe el amante ausente y D. Carlos un cierto duque que de incógnito una noche se mete en la choza de Numilda, que estaba sola, queriéndola obligar á que fuera su esposa. Numilda, por cierto, desprecia las riquezas y el nombre de D. Cárlos y se niega á unirse con éste. Todo iba mal para la pobre heroina del señor Villalón y Ogass, porque D. Carlos insistía, cuando hé aquí que Tarfe se mete de rondón en la pieza y se arma la grande. Por casualidad, al *terciar* (sic) sus espadas Tarfe y D. Carlos, hiere éste y mata á Numilda; visto lo cual por aquél, no solamente arremete con furor contra el homicida y lo tiende á sus pies, sino que se inmola, en seguida, sobre el cadáver de la hija del pescador.

Después de estas tres muertes, el señor Villalón y Ogass se queda tan fresco.

*

Para que se vea cuán grande es el despanzurro literario del señor Villalón y Ogass basta presentar, como muestra, unos pocos botones.

Hé aquí la escena entre Numilda y D. Carlos

—Maldición! dijo el duque. Serás mía.
En vano es la porfía
que mostráis: al pastor he de matarlo.
—No, jamás; vos no sois ningún menguado.
Y ya que habeis jurado
que me amáis, no debéis de asesinarlo.

Clara se vé la lógica de Numilda: puesto que D. Carlos la amaba á ella, no debía matarle a su amante Tarfe...

Véase como Tarfe, convertido de pastor en marino, entró en la estancia á sacar de apuros á Numilda:

Y abrió. Y al abrirla entró en la estancia
con lucida arrogancia
un gallardo marino, saludando.
Era Tarfe, el pastor de aquellos rizos (!!!)
con mágicos hechizos
hoy marino y de un buque al digno mando.

Con este último verso el señor Villalón y Ogass demuestra que no conoce ni de oidas la gramática ni el sentido común.

*

Después de tales desatinos se me ocurre preguntar: ¿es el señor Villalón y Ogass el único versicultor que anda por esos mundos?

Por cierto que no, pues ya sabemos que abundan les Erices Morenos en todas partes.

La culpa de esta invasión de los hunos literarios la tienen los que, pudiendo escribir, no escriben, nada más que porque no los tomen por cualquier Préndez de arte mayor.

Antón Perulero

TEATRO MUNICIPAL



Adela Gini-Pizzorni

PRIMERA SOPRANO ABSOLUTO

Eugenio Salto

PRIMER TENOR ABSOLUTO



Con modelos de esta clase
no se sabe lo que se hac





¿Quién soy?



La unión hace la fuerza.



Maneras de uso corriente
de morir... CÓMODAMENTE!

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1895 NÚM. 4

Letrilla

QUE ame á Juan doña Violante
porque es joven y arrogante,
ya lo veo;
pero que Juan la ame á ella
porque, aunque vieja, es doncella,
no lo creo.

—

Que un gobierno en elecciones
hable de no intervenciones,
ya lo veo;
mas, que lo cumpla el Ministro
si á manos halla un registro,
no lo creo.

—

Que la mujer que es honrada
se guarde sin ser guardada,
ya lo veo;
mas, que á una... viva de ojos
puedan guardarla cerrojos,
no lo creo.

—

Que vocifere arrogante
de *independencia* un cesante,
ya lo veo;
mas, que no adule ladino
al que le ofrezca un destino,
no lo creo.

—

Que Gil, al Portal, de día,
lleve del brazo á su tía,
ya lo veo;
pero que el pillo lo hiciera
si pobre ó tacaña fuera,
no lo creo.

—

Que la mujer que es celosa,
casi siempre es buena esposa,
ya lo veo;
mas, que celosos diablos
nos aseguren... de incendios,
no lo creo.

—

Que su virgínea corona
dé á Cristo una solterona,
ya lo veo;
pero que no se la quite
si alguno acepta el envite,
no lo creo.

—

Que, en fin, yo escriba letrillas
garabateando cuartillas,
ya lo veo;
mas, que aunque en ellas lo intente,
haga reir á la gente,
no lo creo.

Nadie

La noche antes

TODO estaba preparado para la boda. Sobre uno de los sofáes yacía estendido el traje blanco; y la diadema nupcial, sobre el borde de la caja de cartón, entre papeles de seda, asomaba la nieve inmaculada de sus azahares. Y más lejos, cubriendo distraido un grupo en marmol, que representaba las tres Gracias, la nube perfumada del velo...

La novia, sola y temblorosa, sentada en el borde del lecho, contemplaba, como soñando, sus atavíos del día siguiente, á la ténue luz de una lamparilla de noche, con tubo de color de rosa. Se hubiera dicho que tenía miedo de acostarse, rodeada de aquellos mensajeros de placeres desconocidos.

De pronto, una idea extraña y bizarra, vino á su mente enardecida. Nadie podía verla. Las personas de su familia, dormían ya.

Fué á las puertas de la alcoba, para convencerse de que estaban bien cerradas, y luego, ante el inmenso ropero de espejo, comenzó á desnudarse, los nervios agitados.

Sin hacer ruido, vistió el traje blanco, bien ajustado. Después, colocó sobre sus sienes la corona de azahares. Extraña sensación de frío corrió por sus venas al sentir en su frente las heladas flores virginales.

Faltaba el velo. Fué un gran trabajo el que ella pudiera colocárselo, dando á los pliegues abandonados la línea elegante y graciosa.

Vestida ya, contemplóse largo rato ante el gran espejo. Y como no veía bien para juzgar de ciertos detalles, encendió los cuatro mecheros de la enorme lámpara de gas, que, en medio de la alcoba, colgaba sus lágrimas de cristal, que despedazaban la luz en siete colores.

Molestábale, para andar, la cola del vestido, y estudió la manera de llevarla, dando desenvoltura y donaire á la curva de su brazo derecho.

Ocurriósele una duda. Quién sabe, en el momento de la eterna alianza, si el tono de su voz, al dar el *si*, correspondería á la modestia y dignidad que le era menester guardar...

Y con voz al principio muy debil, un poco más sonora á consiguida, empezó á decir *si... si... si...* hasta que creyó encontrado el tono preciso, indispensable.

Satisfecha, fué despojándose, una á una, de las nupciales prendas, y con la fatiga de una embriaguez demasiado fuerte, echóse sobre el lecho, encontrándolo más frío que de costumbre.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1895 NÚM. 4

Apenas el sueño hubo tendido sobre ella sus alas misteriosas, despertó y sus mejillas se encendieron de carmín.

Soñaba que alguien, á su lado, más que dicho, había suspirado la májica palabra:

—*Ma... má!...*

R. Fernández M.

HAYDÉE

HAYDÉE, la bella sultana
soñadora y voluptuosa,
amaneció una mañana
pálido el cútis de rosa,
blancos los labios de grana.

Y el sultán, que la adoraba
con frenesí, con delirio,
amante le preguntaba:
—¿Qué produce tu martirio?
y la sultana callaba—

Seguía tierno el sultán:
—Es preciso que responda
tu dulce labio á mi afán.
¿Quiéres perlas de Ceylán
y brillantes de Golconda?

¿Por qué tu pecho suspira
y no dá respuestas francas?
Haydée, mi adorada, mira:
¿deseas esclavas blancas
y chales de cachemira?

Una palabra, y saldrán
mis esclavos á traer
lo que desees tener...
Y lloraba el buen sultán
como una débil mujer.

Por fin Haydée, acariciando
la negra barba al esposo,
dijo con acento blando:
—Sultán, ¿me estás preguntando
lo que turba mi reposo?

Pues escucha, caro dueño,
la causa de mi tristeza:
Anoche he tenido un sueño
y amanecí con empeño
de realizar su belleza.

Soñé que en un sitio bello
en mis brazos te veía,
que al rededor de tu cuello
poco á poco yo envolvía
la trenza de mi cabello.

Y que dulces embelesos
y voluptuosidad sintiendo,
iba el cabello envolviendo...
y que te daba de besos
mientras te ibas muriendo!...

Y Haydée, la bella sultana,
soñadora y voluptuosa,
iba teniendo, ardorosa,
rojos los labios de grana,
rosado el cutis de rosa.

COSAS DE GEDEON

BERTA, es una muchacha muy aficionada á rifas y loterías; pero, tiene tan mala suerte, que nunca ha logrado sacarse un premio.

Consultando el caso con su novio Gedeón, éste le dijo un día:

—Existe una manera segura de ganar.

—¿Cuál es?—

—El día antes de aquel en que debe tirarse la rifa, se meten en una bolsa tantas bolitas como números de ella se han puesto en circulación, de modo que cada bolita lleve su cifra de orden.

—Y después?

—Se busca una muchacha que sea tonta, y se le hace sacar una bolita, y el número que saque la tonta, será el premiado.

No tardó en presentarse ocasión para poner en práctica la idea de Gedeón, idea que éste dijo haber encontrado en un pergamino escrito por un antiguo nigromántico.

Ni fué difícil encontrar una tonta.

Preparada la bolsa con las bolitas, le fué presentada á la muchacha, haciéndole comprender que solamente debía sacar un número.

Metió la tonta la mano en la bolsa, con cara sonriente.

Berta esperaba anhelante el resultado.

Pero, la tonta, sin dejar ver el número que había sacado, se lo echó á la boca y lo tragó, creyendo que era un confite.

Gedeón, que estaba á alguna distancia y era corto de vista, dijo entonces con acento convencido:

—Ese número saldrá mañana!

—Imbécil! murmuró Berta.

—Te digo que saldrá mañana, repitió Gedeón.

Efectivamente, el número salió al día siguiente.

Pero, no salió premiado.

Julián de Sanchez

Imp. i Lit. Estado 34.

NADIE SABE PARA QUIEN TRABAJA



La Revista Cómica

NUESTROS LITERATOS

D. Eduardo de la Barra



Bardo de frescura lleno
y brillante polemista,
no tiene igual, como artista,
en el Parnaso Chileno.

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1895 NÚM. 5

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR, **R. Fernández Montalva**

DIRECTOR ARTÍSTICO, **Luis F. Rojas**

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 3.00
Por medio año (25 »)..... 1.50

Número de la semana..... 0.05 cts.
Id. atrasado..... 0.10 »

Oficina i Administración-Estado 34
Casilla, 1106, Teléfono, 1273

PAJA PICADA

SOBRE un montón de paja, en la cabaña miserable, muere el poeta de hambre y de frío. Y mientras muere, atraviesan su cerebro lleno de fiebre, las visiones misteriosas de la fortuna y del amor. Se cree recibido por las hadas en los palacios dorados, en cuyas salas tapizadas de seda, orquestas invisibles dirigen la danza voluptuosa de las morenas bayaderas.

Mientras tanto, una vieja pordiosera, acurrucada en un rincón, bosteza aburrida, esperando que llegue la muerte para cerrar los ojos del poeta soñador...

***

Alejandro, al bajar de su coche frente al Teatro Municipal, es detenido por un pordiosero que le tiende la mano.

Saca una moneda de cinco centavos y se la pasa.

El harapiento retira la mano, como avergonzado de recibir tan pequeña suma.

Entonces Alejandro, vivamente:

—Si es para que usted la dé de limosna!...

***

—Te casaste al fin, Pedro,—preguntaba un hacendado á su inquilino.

—Sí, señor.

—Y te ha salido fiel tu mujer?

—Su merced podrá decirlo...

***

Pensamientos:

—Amar solamente á uno después de haber amado á muchos, no es arrepentirse, sino beber toda la copa de un solo trago.

—El que se casa una vez es un valiente; pero, el que se casa dos veces, es un tonto.

AL ARTE

Impromtum

A LUIS F. ROJAS

Un pedazo de mármol, que reviste
la forma augusta del ideal soñado;
que recuerda las dichas del pasado
y la amada mujer, que ya no existe...

Estar enfermo, pensativo y triste,
tener el corazón desesperado,
y encontrar en un libro apasionado
la fuerza que al dolor vence y resiste...

En los largos insomnios del artista,
eres ¡arte! la maga encantadora
que de dulce ilusión extiende el velo,

de par en par abriendo á nuestra vista
las ventanas de rosa de la aurora
y las puertas magníficas del cielo!

R. Fernández M.

A 26 de Agosto de 1895.

Baturrillo

AL deplorar el decaimiento de nuestra literatura en general, he tocado especialmente la poesía para decir que los poetas de más nombre que tenemos, se están callados en sus casas, sin salir siquiera de vez en cuando á hacer alguna escursioncita por el Pindo y el Parnaso y á retozar con las nueve de Helicón.

Pues ¿qué decir del periodismo?

*

Hoy ya basta con que el primer pelafustán tome la pluma en la mano, para que se crea diarista y pretenda obligar al público á que por tal lo tome.

Apenas de tarde en tarde, en la sección principal de los diarios, aparecen artículos escritos á conciencia, en buen castellano y con buena lógica.

No hay sino ver cómo el más antiguo de los diarios de Santiago, *El Ferrocarril*, del cual fueron redactores en tiempo no demasiado remoto los Arteaga Alemparte, los Godoy y otros, hoy día se halla entregado al brazo secular de redactores que quizás solo por referencia no ignoran que la gramática es una cosa no del todo inútil.

No quiero mezclarme en el fondo de las cuestiones, que á su cargo toman los diarios, asunto asáz escabroso é inadecuado para ser

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1895 NÚM. 5

tratado en La Revista Cómica. Concrétome á la forma de los artículos en que aquellas se estudian.

¿Hay algo que inspire más lástima que esos períodos sin hilación lógica, atiborrados de tantologías, de defectos sintáxicos y prosódicos, donde, á consecuencia del mal empleo de los términos, resultan pensamientos anfibológicos?

Quien tenga mediano gusto literario, debe resolverse á no echarse jamás la lectura de los artículos editoriales de nuestros diarios, especialmente los de *El Ferrocarril*, sino antes de comer. En seguida del almuerzo y de la comida, se expone uno á cada indigestión, capaz de producir una pataleta. Aquello da en el estómago, en la misma boca del estómago.

Que hay excepciones, que algunas veces aparecen artículos legibles, dicho está ya; pero eso no es el plato del día.

*

¡Y pensar que el público estimula á estos diarios! ¡Y pensar que *El Ferrocarril*, el diario mas soso del pais, penetra á todas partes como una necesidad! Antes han de faltar en los hogares los elementos necesarios para el puchero de la comida, que *El Ferrocarril.*

Personas conozco, á quienes se las tiene por sabidas, que pasan el día intranquilas cuando... no han leido *El Ferrocarril!*

Y escriba Ud. en presencia de este criterio del público, y esmérese en seguida, en castigar el estilo, en ordenar artísticamente las frases y conceptuar bien las ideas!

Ahora sí que puede repetirse con razón entre nosotros, respecto del público, lo que Lope decía respecto del de las comedias de su tiempo:

.....como las paga el vulgo, es justo
hablarle en necio para darle gusto.

Antón Perulero

Se ruega á los señores Agentes de "LA REVISTA CÓMICA", den cuenta puntualmente á esta dirección, para la buena organización del servicio.

EN UN ALBUM

LAS almas sensitivas
y todos los poetas soñadores,
proclaman, como rey de los olores,
el olor virginal de flores vivas.

Rubén Darío

El Sol

¡EL Portal!... ¡Qué hermoso ha estado el Portal en estos últimos días!

Cuando ya recelaban algunos espíritus timoratos estar asistiendo á las vísperas de un nuevo diluvio, no previsto en los sagrados libros, aparece el sol, el espléndido sol de primavera; aquel sol que engendra y vivifica; que hace ascender la savia y cuajar el fruto; que con su tibio ardor transparenta en las venas la sangre generosa que dá vida; que alegra el ánimo, y despeja el celebro de las imágenes siniestras, como derrite en la falda de los montes la nieve acumulada por los rigores del invierno.

Las brumas invernales, sombrías inspiradoras de los cuentos de Hoffman y de los cantos de los poetas de los lagos, ceden ya el paso á los efluvios primaverales que engendraron los himnos de los bardos del mediodía.

En las calles, en los paseos públicos, el alegre y ligero sombrerillo, esmaltado de flores que surgen de entre la brillante pasamanería, corona las cabecitas de las niñas hermosas, mientras huyen despavoridas, como mochuelos á quienes sorprende el día, las brujas de tocas negras, de ojillos hundidos, de pómulos salientes y barbas puntiagudas, evocando recuerdos de belleza que hoy nadie sospecha en sus apergaminados semblantes.

¡El sol!... ¡Oh! qué hermoso es el sol, siempre joven, siempre galán, siempre indiscreto... iluminando con los mismos rayos los mórbidos contornos de la juventud, y, la ajada y borrosa silueta de la vejez!

Nadie

Cerebrus potens

HAY hombres que me abruman. Con sus dichos
y estúpidos caprichos
se hacen por la razón ingobernables.
¡Oh, atletas formidables!
Al fin me vencen y mis armas quiebro,
porque esos miserables
tienen la *fuerza bruta*... en el cerebro!

Carlos G. Amézaga

UNA AVENTURA

—QUISIERA hablar con usted una palabra á solas.

Quiso ella enojarse; pero se contuvo.

—Caballero,—le dijo,—salga usted por aquella puerta, y espéreme en el fondo del segundo patio.

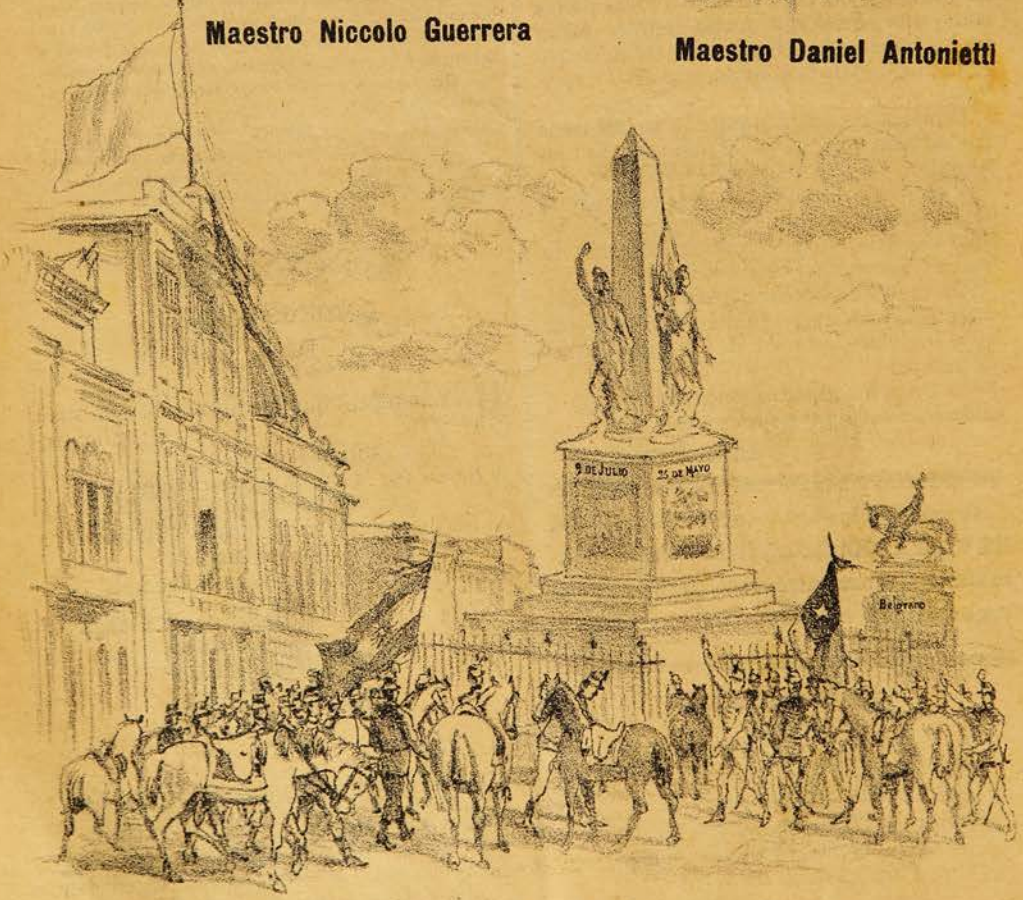
TEATRO MUNICIPAL



Maestro Niccolo Guerrera



Maestro Daniel Antonietti



Buenos Ayres. Pronósticos uruguayos



Carlos W. A. Sanders

DISTINGUIDO OFICIAL INGLÉS,
QUE VIENE Á INCORPORARSE AL EJÉRCITO DE CHILE



—¿Es verdad que no me quieres?
¡qué necias son las mujeres!



—Dígame Ud. señora ó señorita... me es igual!...

AÑO 1 SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1895 NÚM. 5

En los vastos salones la concurrencia reía y danzaba. Graciela abandonó el brazo de su galán, y fué á sentarse al lado de su marido.

Pedro, esperó cinco minutos, y, en un momento en que creyó que nadie lo veía, salió, dirigiéndose al lugar de la cita.

Era su primera aventura de amor. Nunca hubiérase creido capaz de tanto.

Profunda oscuridad reinaba en el segundo patio.

Avanzó á tientas. Halló una gran puerta y la abrió. Eran las caballerizas. Tres ó cuatro animales de pura sangre inglesa, descansaban de las fatigas del día. Aquel era un buen escondite en caso necesario.

A los pocos instantes sintió pasos que se dirigían hacia él. Era el marido de Graciela.

Entróse Pedro en el pesebre, sin hacer ruido, y cerró la puerta.

En ese momento, hubiera dado diez años de su vida por no encontrarse donde estaba.

El marido, abrió la puerta y presentó á Pedro dos cosas: el chorro de luz de una linterna y la boca de un revólver.

Y luego,

—Caballerito, ¿qué hace usted aquí?

—Yo...—balbuceó Pedro, muerto de miedo,—venía á ver si tenían bastante pienso los caballos!...

—Según eso, es usted muy aficionado á los animales...

—Un poco.

—Estonces, me hará usted el servicio de asear las caballerizas; porque hoy día el mozo ha tenido mucho que hacer.

—Pero, señor!...

—Ni una palabra. Hará usted lo que le digo. Si nó, este revólver hablará por mí.

Vió Pedro que estaba perdido. Era indudable que la infame de Graciela había contado todo á su marido.

Tomó una escoba, y empezó á barrer. Nada más divertido que aquel mozo de frac y guante blanco.

Resonó, entonces, una ruidosa carcajada.

Graciela, seguida de varias señoras y niñas, entró al recinto.

—No podeis decir, mis amigas,—dijo el marido, riendo,—que tengo un mal palafrenero...

Y dirigiéndose á Pedro,

—Y tú ¿cuánto quieres por tu trabajo?

Miró Pedro la boca del revólver, miró á las damas, y luego, como queriendo seguir una broma,

—Nada, señor... si lo hago por gusto!...

Popeta

ÍNTIMA

MÁS que un beso de fuego de tus labios
y una mirada tierna de tus ojos,
me agrada que me hieran tus agravios
ó víctima morir de tus enojos.

Que tu mirada y beso pertenecen
á cuanto joven por tu calle pasa,
á los que vil adulación te ofrecen
ó visitan tu casa.

Y, estando prostituidas ambas cosas,
prefiero tu odio virjen, tu desprecio,
que recibir caricias amorosas
que gozar ha podido... cualquier necio! ..

R. F. M.

DISTRAIDO

FABIÁN, es un hombre muy distraido. Es de los que buscan su sombrero, teniéndolo puesto, y su bastón, llevándolo bajo el brazo.

En la noche del día de su matrimonio, cuando la concurrencia se retiraba, despidióse él también de su novia y salió de su casa como tenía costumbre de hacerlo. Fué preciso que un amigo le llamara á la realidad y le hiciera volver.

Otro día, en un banquete oficial, empezó á decir el discurso fúnebre que por la mañana, había pronunciado en la tumba de un amigo.

Es muy aficionado al juego de baccarat, y oyendo una vez á un suplementero que gritaba, según acostumbran, *El Carril*, en vez de *El Ferrocarril*, Fabián, creyéndose en el Club, le contestó:

—Conmigo! ¿Por cuánto?

La semana pasada tuvo que hacer un viaje á Talca. Llegó tarde al hotel y halló que todas las habitaciones se encontraban tomadas. La única cama disponible estaba en un cuarto, donde dormía un negro.

Manifestó Fabián que aquello le molestaba mucho; pero, no hubo remedio. Tuvo que aceptar aquella cama. Al acostarse, ordenó al mozo que lo despertara á las seis de la mañana.

Apenas se hubo quedado dormido, el negro, que lo había oido manifestar su repugnancia de dormir cerca de un individuo de

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1895 NÚM. 5

color, tomó una caja de unto, lo preparó con un poco de goma y agua, y tiñó completamente la cara de Fabián.

Este, fué despertado al dia siguiente, y al dirigirse al labatorio, vió su cara en el espejo.

—Imbécil,—exclamó, refiriéndose al mozo;—pues no ha despertado al negro, en vez de despertarme á mí!

Y volvió á acostarse tranquilamente.

Julián de Sánchez

DOLORA

ENCARNACIÓN, de pura enamorada
sus gracias peregrinas ha perdido,
y es hoy como una rosa deshojada
que arrebatan los vientos del olvido.

Más, no está arrepentida
de haber vivido así, tan locamente,
que, recordando su pasado, siente
las grandes alegrías de la vida.

Que vale más, en esta vida oscura
do siempre se nos va lo que se quiere,
el placer ideal, que nunca muere,
que el humano placer, que nunca dura.

R. F. M.

EPIGRAMAS

VIÉNDOLE hacer con afán
á un chico mucho cariño,
le pregunté si aquel niño
era hijo suyo, á don Juan.

Y el simplón, los ojos llenos
de sinceridad risible,
me contestó:—«Es muy posible;
nació en casa, por lo menos.»

* * *

Un revólver Diego toma
apunta, dispara y hiere
de muerte al Padre Coloma;
y al ver que el Padre se muere
le dice:—¡Si ha sido broma!

* * *

El comerciante Avilez
me dijo:—Suerte más negra!
no me he presentado en quiebra
ni tan siquiera una vez!

A UNO Y A TODOS

NO dudo que tu familia es muy respetable y que posées una gran fortuna.... A esto se reduce toda tu valía.

Si estas dos cosas te faltaran, serías una nulidad completa.

No has querido instruirte por dos razones: primero, porque no lo has creído necesario; segundo, porque eres un imbécil.

Piensas que, con tener un nombre esclarecido por tus abuelos y un puñado de oro almacenado por tus padres, ya has cumplido con tus deberes de hombre y de ciudadano.

Te vistes á la última moda. Siempre llevas flores en el ojal de tu levita. Tu bastón tiene empuñadura de plata, con tu monograma.

Cuando vas al teatro, esperas que la representación haya comenzado, para entrar á ocupar tu asiento. Y durante toda la representación das vuelta la espalda al escenario para mirar á los palcos. O entonas el aire de la ópera para hacer ver á tus vecinos que no es la primera vez que la has oido.

Se te puede encontrar en los Portales, de cuatro á seis de la tarde. Y es de ver, entonces, con qué atrevimiento diriges frases insolentes á las jóvenes que pasan á tu lado.

Si vas á un baile ó á una tertulia, apenas si te preocupas de bailar y de atender á las señoras. En la sala de fumar, críticas con necedades á los dueños de casa, y, en el comedor, llenas tu copa hasta el borde y te embriagas.

No hay mozo de café que no te conozca, ni cochero que no te llame á la pasada, para ofrecerte una buena empresa. Porque eres generoso. Como que gastas un dinero que tú no has ganado.

Si encuentras á un buen muchacho, honrado é inteligente, que ha sido tu condiscípulo, pero que viste pobremente, tú no lo saludas.

Y por el contrario: para todos los millonarios tienes reverencias y atenciones de cortesano.

Para tí la pobreza es una deshonra.

¿Qué te molestan mis verdades?

Tienes razón.

Al fin y al cabo, los mozos como tú, apenas si valen el desprecio con que los mira la gente instruida y seria.

Litografía, LUIS F. ROJAS y C.ª

Calle del Estado núm. 34, frente al Pasaje Matte

SANTIAGO

SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS

Litográficos i Tipográficos

Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos

Precios Módicos

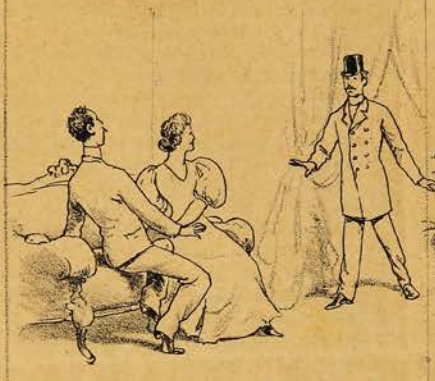
Imp. i Lit. Estado 34.



—Tú sabes que siempre
te he sido fiel.



—Ya puedes salir.



—Se me olvidaba el pañuelo.



—Infame! vas á morir!...



—Si es mi primo!

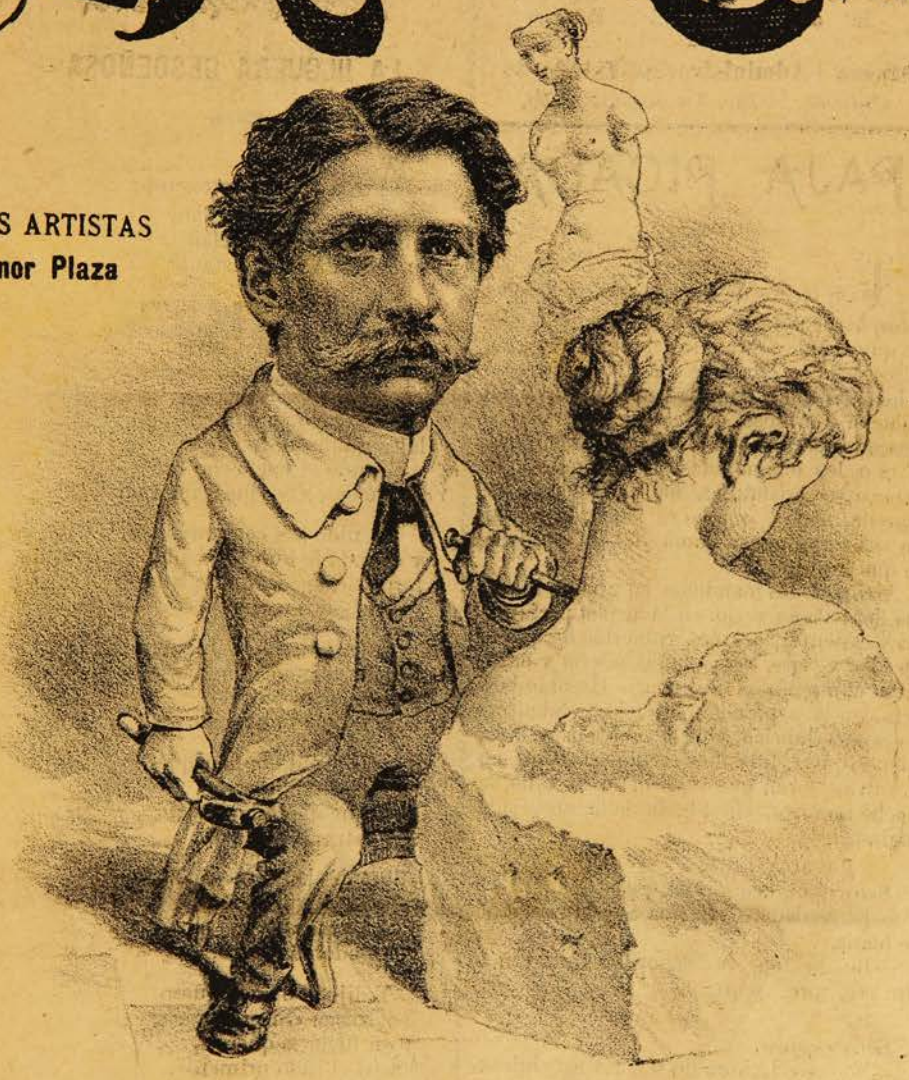


—¡Cuánto gusto de conocer
á Ud.. caballero!...

La Revista Cómica

NUESTROS ARTISTAS

D. Nicanor Plaza



De genio y audacia llena,
fué su mente soñadora
la que despertó la aurora
de la escultura chilena.

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1895 NÚM. 6

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR, **R. Fernández Montalva**

DIRECTOR ARTÍSTICO, **Luis F. Rojas**

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... **$ 3.00**
Por medio año (25 »)..... **1.50**

Número de la semana..... 0.05 cts.
Id. atrasado..... 0.10 »

Oficina i Administración-Estado 34
Casilla, 1106, Teléfono, 1273

PAJA PICADA

LOS techos de las casas y los árboles están blancos, blancos con la sábana de nieve que tiende sobre ellos el viejo invierno. Ellos, los dos, Malvina y Fulberto, jóvenes y hermosos, acurrucados en el umbral del palacio suntuoso, estrechan sus cuerpos buscando el calor que les niegan sus harapos. Y ríen, los enamorados, ríen con grandes carcajadas cristalinas, haciendo burla de aquella noche, que no es capaz de enfriar en sus corazones la llama del amor ardiente que los une.

Arriba de los mendigos, en una de las salas del palacio regio, en la alcoba perfumada y caliente, los pies cubiertos de pieles de león y tigre, cerca de la ámplia y bulliciosa chimenea, el millonario Haroldo bosteza con la aspiración del lecho, mientras su esposa Gabriela, que le vuelve la espalda, piensa quizá, los ojos medio cerrados, en el último joven que estrechara su talle, la noche anterior, en el baile de la embajada inglesa...

***

Entre el profesor y el discípulo.

—El verdadero sistema es escribir como se habla.

—Bi ..bi...en, se...señor. Lo ten...ten... dré pre...pre...sente.

***

Entre cuy mos.

—No veo la hora de tener á un chileno frente á mí.

—Para qué?

—Para..... convidarlo á mi casa á tomar mate.

Por haber obtenido sólo á última hora el retrato de la señora Roluti, no pudimos darlo en el mismo número en que apareció el del señor Eugenio Salto, su marido.

Damos esta esplicación en obsequio de ambos esposos.

***

Pensamientos:

Aceptar un servicio de una mujer, es la mayor prueba de cariño que puede dársele.

El amor es como un cigarro: no se debe encender después de haberse apagado.

LA JILGUERA DESDEÑOSA

A una Jilguera arrogante
dos Jilgueros pretendían,
y con sus cantos hacían
su delicia á cada instante.

Mas ella, esquiva, á la vez
que afable, les escuchaba,
y ni esperanzas les daba
su misteriosa altivez.

Uno creyó penetrar
la causa de su desvío,
y alzando el vuelo con brío
se fué en el bosque á internar.

Un nido allí construyó,
y cuando le hubo acabado,
tornó de su amante al lado,
y allí á su rival halló.

Ante la hermosa Jilguera
llegóse de amor rendido,
y con acento sentido
la dijo de esta manera:

—«Un nido te fabriqué
en el vecino boscaje,
para que digno hospedaje
á nuestra dicha le dé.

«Sino desdeñas mi amor,
dímelo, Jilguera, aquí»,
y la hermosa le dió el *sí*
con pudoroso rubor.

Y dijo al otro Jilguero
con sorna: «Si pretendeis,
y ser dichoso quereis,
haced el nido primero».

Julio Vicuña Cifuentes

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1895 NÚM. 6

MI VIDA

Mi vida es una nave que, perdida,
Cruza la inmensidad de un ancho mar,
Roto el timón, la vela desprendida,
Juguete de los vientos y el azar.

Brújula es la razón, que ya impotente
Quiere el perdido rumbo dirijir,
Que la pasión cual huracán rujiente
Empuja el débil barco á sucumbir.

Y la noche, que avanza pavorosa
Como la sombra de un funesto amor,
Tiene las lobregueces de una fosa
Que llena el pecho de mortal pavor.

Cuando llegue la luz del nuevo día
¿Qué será de esta pobre embarcación?...
Si habrá hallado en la mar su tumba fría
O en ignorado puerto salvación!...

Enrique del Campo

Baturrillo

Después del señor Préndez, el señor Ortíz; digo, después del plagio cometido por el señor Préndez de las obras de Pelletán, el señor don Tomás G. Ortiz ha publicado recientemente una pieza de música titulada la *Caridad*, de cuya letra se dice autor, la cual ha dedicado a la señora doña Juana Ross de Edwards.

Todo esto es perfectamente inocente, y dueño es el señor Ortíz de publicar lo que se le antoje. Pero sucede que la letra de la *Caridad* pertenece al poeta don Benjamín Vicuña Solar, que la publicó hace años, y aquí está lo malo. Porque el señor Ortiz no debió dar como cosa propia lo que es ageno; no hacer, en suma, lo que hace el señor Préndez, que saquea á Pelletán y se queda tan campante.

* * *

El señor Ortiz ha creído quizá que aquí no tenemos memoria. Leyó la composición del señor Vicuña Solar y le gustó; y leerla y atrapársela en un periquete, fué todo uno. Pero como, á lo que entiendo, al señor Ortiz le agrada tomar lo ageno con beneficio de inventario—tal como se hace con las herencias, según nuestro Derecho—quiso cambiarle á la composición del señor Vicuña Solar, que es endecasílaba, algunos versos que le parecerían quizá flojos ó prosaicos; y donde el señor Vicuña Solar dice

Si no tienes un pan dale una lágrima,

el señor Ortiz pone

Si no tienes pan dale una lágrima.

Dice el señor Vicuña Solar:

Ese lleva la risa entre los labios,

y al señor Ortiz se le ocurre:

ese lleva la risa entre los dientes.

Sin duda cree el señor Ortiz que, tratándose de la caridad, que al fin se convierte en pan, la risa es un bocado cualquiera que no debe hallarse entre los labios sino entre los dientes.

De manera que el señor Ortiz, á más de hurtar los versos al señor Vicuña Solar, lo calumnia suponiéndole ideas que éste no expresó.

No consuena el título, ni la dedicatoria con el plagio del señor Ortiz.

Porque plagiar no es egercer la caridad, ni solicitarla.

Y dedicar un plagio es ejecutar una mala obra. Es, como decimos vulgarmente, pasar gato por liebre.

Ni siquiera puede defenderse el señor Ortiz con que no contaba que lo pillaran. Eso no sería serio, ni propio de un compositor.

Los compositores necesitan también no ser como el señor Préndez. Necesitan ser personas formales, aunque dediquen inocentemente sus trabajos á las personas caritativas.

Lo único que faltaría para que el señor Ortiz hubiera coronado su obra, es que, ya que la letra de *Caridad* es agena, fuera la música... también agena.

Con lo cual el señor Ortiz aventajaría al señor Préndez, á quien el diablo no ha tentado hasta aquí con la música.....

Antón Perulero

ÍNTIMAS

Y bien! ¿qué mal hay en eso?
Deja fútiles agravios,
que si Dios nos puso labios
fué porque quería el beso!

* * *

¿Sabes cómo los ángeles adoran
al soberano Dios?—Mírame á mí.
Se ponen de rodillas á su frente
y le miran así...

TEATRO MUNICIPAL



Pía Rolutti de Salto

PRIMERA SOPRANO DRAMÁTICA ABSOLUTA

Magini Coletti

BARÍTONO

En la ópera, CRISTÓFORO COLOMBO



Temporada hípica



—¿Por qué no prestas auxilio?
Porque corresponde á la otra comisaría!



Ensayándose para el porvenir



—Qué breva!



—Dónde los has puesto?—

AÑO 1 SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1895 NÚM. 6

El beso que me diste el otro día,
en mis labios lo guardo con cuidado;
pero es un negro crimen, niña mía,
el dejar este beso abandonado,
siendo que tienes, juguetona y loca,
tantos besos que sobran en tu boca.

De manera que espero
que le dés á este beso un compañero.

*
* *

De todos los amigos que he tenido,
el amigo más fiel y verdadero
es aquel que robóme traicionero
á la única mujer que yo he querido!

*
* *

Mira! de esa mujer, y no te arguyo
con mentida razón ni con falsía,
el cuerpo solamente ha sido tuyo,
el alma, nunca! porque su alma es mía!

R. F. M.

LA VIUDA

PEDRO, fué un hombre muy desgraciado: se casó con una viuda.

Empezó á sufrir desde el primer día de la luna de miel.

Al estrechar á su novia entre sus brazos,

—Anacleto mio!—le decía ella,—recordando el nombre de su primer marido.

—Pero, mujer....

—Si supieras cómo soy feliz! Te quiero tanto, como quería á mi difunto. No extrañes, pues, que me equivoque de nombre!

I ella estaba tan hermosa, que había que perdonarla.

Luego empezaron las exijencias.

—¿Quieres hacerme un servicio?

—El que tú desees...

—Córtate la barba. Mi Anacleto se afeitaba diariamente. Y estoy tan acostumbrada!...

Y en la noche, cuando Pedro quería apagar la vela,

—Déjala encendida.

—Si yo no puedo dormir con luz...

—Ya te acostumbrarás. Yo era lo mismo. Pero, Anacleto que sufría del corazón, dejaba siempre la vela encendida.

Pedro le dijo una vez:

—Quisiera comer una tortilla de erizos.

—La harán inmediatamente,—respondió ella.

—Muchas gracias.

—No tienes nada que agradecerme, porque me haces dichosa recordándome á mi primer marido, á quién gustaban tanto las tortillas de erizos.

Tenía ella un anillo de brillantes de gran valor.

—¡Qué hermosa joya!

—Es un regalo de Anacleto.

Iban los dos al teatro.

—Es bello ¿no es cierto?

—Oh, si! Es la parte de la Ópera que gustaba más á mi marido.

Llegó el santo de Pedro, y él, como de costumbre, quiso celebrarse.

No pudo hacerlo. Ese dia era el aniversario de la muerte de Anacleto. Hubo que ir al panteón á colocar una corona sobre la tumba del muerto.

Al año de haberse casado, dió ella á luz un hijo.

—¿A quién se parece?—preguntaba Pedro.

Y su esposa, sonriendo,

—Si es el retrato de Anacleto!

Juan de Sanchez

Se ruega á los señores Agentes de "LA REVISTA CÓMICA", den cuenta puntualmente á esta dirección, para la buena organización del servicio.

RECUERDOS
DE UNA SOLTERONA

Después de tantos años que he vivido
me parece la vida sueño leve.
Todavía cuarenta no he cumplido
y represento ya cuarenta y nueve.

Como todos los hombres son traidores
y tan crédulas somos las mujeres,
he tenido en mi vida cién amores
más llenos de dolor que de placeres.

En mi carrera artístico—amorosa
el nombre de *coqueta* he conquistado,
y, por hacer papel de mariposa,
jugando con las llamas me he quemado.

He sido, lo confieso, amando tanto,
una mujer á todas parecida,
y si lloro, es la causa de mi llanto
no haber amado más en esta vida.

Como siempre un marido es necesario,
buscándolo pasé mi primavera,
que, á pesar de que digan lo contrario,
no hay mujer que por gusto esté soltera.

Aunque algunas se ofendan, no me esplico
lo que ciertas mujeres se conceden,
pues nadie ha despreciado á un hombre rico
y tan solo se casan las que pueden.

Muchos hombres me amaron locamente
con amor que rayaba en platonismo.
Todos me abandonaron de repente,
huyendo de mi torpe coquetismo.

Comprendiendo los males que me hacía
quise cambiar al punto de sistema;
aún en ese tiempo no sabía
que mirada voluble á nadie quema.

De modo que en la lucha por la vida
me ceñí de inconstante la corona,
destinada á escuchar, por presumida,
el que todos me llamen *solterona*.

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1895 NÚM. 6

Después de mucho tiempo, ayer he visto
á Daniel, ese joven zalamero
que dijo: A tu hermosura no resisto,
y, si tú no me quieres, yo me muero!
¿Cómo era yo tan necia que creía
en palabras de amor que lleva el viento?
Lo que Daniel me dijo en aquel día
aún lo escucha decir mi pensamiento.
Recuerdo que esa tarde, temblorosa,
le ofrecí la mejor de mis miradas,
y luego en el jardín cojí una rosa
de aquellas por mi mano cultivadas.
Él, la rosa le dió, seguramente,
á Leonor, esa dama vivaracha,
que, aunque me lleva en años mas de [veinte,
aspira todavía a ser muchacha.
Rejistrando un cajón de mi escritorio,
hallé la carta que me envió entre flores,
un galante don Juán, que no Tenorio,
hizo de Juán Tenorio en mis amores.
La carta dice así: «Querida mía:
de tu hermosura ante el altar postrado,
toda la noche paso y todo el dia,
mirando tu retrato embelesado.»
«Mañana, cuando pase por tu casa,
de las que guarda tu cabello de oro,
arrójame una flor, ofrenda escasa
que vale para mí todo un tesoro!»
Por cierto que este joven escribía
empapando su pluma en miel rosada,
y que adular á la mujer sabía
de una manera fina y delicada.
Mi cariño con Juán duró bastante,
hasta que un día se hizo necesario
su nombramiento revocar de amante,
para no dar que hablar al vecindario.
Fué momento bien triste aquel momento
en que rompimos los eternos lazos.
Era tanta mi pena y su tormento
que caí desmayada entre sus brazos!...
Jorje, Roberto, Luis... cada uno era
al jurarme su amor un badulaque.
De mujer como yo, que está soltera,
es siempre el corazón un almanaque.
¡Y pensar que yo he visto á todos ellos
pendientes de mis labios y mis ojos,
cuando eran hebras de oro mis cabellos
y rosas escendidas mis sonrojos!
He llegado á la edad en que es locura
pensar en el amor y en su desvío.
Una vez que se pierde la hermosura
cautivar no se puede el albedrío.
¿Qué gano al recordar, si todo ha huído,
de mis amores los instantes bellos?
La frescura del cutis he perdido
y están blancos de canas mis cabellos.
Muchos de los que ayer me pretendieron,
indiferentes pasan por mi lado,
y niegan los demás que conocieron
á la infeliz mujer que han engañado.
¡Cómo se pasa el tiempo! No se crea
que, inútil para amar y ser amada,
los espejos me dicen que soy fea
y que brillo no tiene mi mirada.
Aun podría ganar en los amores
más de un laurel con que adornar mi frente,
y verme comparada con las flores
en una carta de pasión ardiente.
Pero á mí no me gustan los hechizos
que las pomadas á la cara prestan,
ni me agrada adornarme con postizos
que pesan mucho más de lo que cuestan.
Vieja me encuentro ya, y aunque lo siento,
como mi jenio á todo se acomoda,
es mi deseo entrar en un convento
ya que esto es de buen gusto y es la moda.

R. Fernández M.

HUMORADAS

EL hombre más feliz, es el que siente unirse lo pasado á lo presente.

—

Aunque tu boca sin piedad me riña,
mi experiencia de viejo te aconseja,
el ser más vieja miéntras eres niña,
que así serás más niña siendo vieja.

—

Sabía que la ingrata me engañaba
y á pesar de todo eso.. la adoraba!

—

Si darme tú quisieras
la mitad del amor con que lo quieres,
envidia al mundo dieras
siendo la más feliz de las mujeres.

Litografía, LUIS F. ROJAS y Cª

Calle del Estado núm. 34, frente al Pasaje Matte

SANTIAGO

SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS

Litográficos i Tipográficos

Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos

Precios Módicos

Imp. i Lit. Estado 34.

1



¿Aquí será donde se aloja?

2



¡¡Ahaaj!! Jesús, María y José

3



¡Diablo! que esto se sume!

4



¡Yo le he de encontrar la maula!

5



Lo mejor será á lo que te criaste

6



¡.....!

La Revista Cómica

NUESTROS ARTISTAS

D. Eliodoro Ortiz de Zárate



Músico docto y galano,
pronto ceñirá á su frente
el laurel resplandeciente
La Florista de Lugano.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1895 NÚM. 7

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR, R. Fernández Montalva

DIRECTOR ARTÍSTICO, Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 3.00
Por medio año (25 »)..... 1.50

Número de la semana..... 0.05 cts.
Id. atrasado..... 0.10 »

Oficina i Administración-Estado 34
Casilla, 1106, Teléfono, 1273

PAJA PICADA

¡Qué amargo es el fondo de la copa! Baco y Loreley son hermanos. Atraen con canciones muy dulces, y luego, cuando deseamos gozar las dichas de sus promesas tentadoras, nos arrojan al abismo de las eternas desventuras de la vida.

¡Oh, pálido Alfredo de Musset, yo he bebido tu ajenjo opalino, en aquel pequeño café, frente á la Avenida de la Opera, y, desengañado, he arrojado la carcajada irónica sobre todas las cosas de la tierra!

***

Ofelia! cuántas vírjenes
que tienen, como tú, diademas rubias,
van derramando flores
sin recojer ninguna!

***

Un conocido fotógrafo de Santiago, fué llamado para retratar á un caballero que acababa de morir.

Después de arreglar convenientemente su máquina, en un momento de distracción y guiado por la costumbre, se dirije al cadáver diciéndole:

—Fije la mirada en este cuadro,—señalando uno que había colgado en la pared.

***

En la Cámara.

—Parece que la discusión va á ser acalorada.

—Me alegraría de ello, por que siento un frío atróz.

***

«Querido amigo:

La desgracia no cesa de perseguirme. Mi suegra, que durante seis meses ha luchado desesperadamente entre la vida y la muerte, ha logrado por fin vencer á ésta y hoy se encuentra totalmente restablecida. En cambio, mi caballo *Perla*, que debía correr en la próxima temporada, se quebró esta mañana la pata izquierda, quedando inutilizado para siempre.

Compadece á tu pobre amigo

ARTURO.»

***

—¿Mucho sufrió Pepe al morir?

—Creo que nada, pues no vió llegar la hora suprema.

—Tienes razón. Olvidaba que el pobre era ciego.

***

Dos amigos se encuentran en el Portal.

—Adios *Estrecho*,—le dice el uno al otro.

—Por qué me llamas así?

—Pues, por tu apellido.

—Pero si soy Magallanes.

—Por eso mismo!

ORIENTAL

EN UN ÁLBUM

—¿«QUÉ tienes, mi cristiana? preguntaba
el sultán á María.—
Ya todo cuanto tu ambición deseaba
te he brindado, alma mía.
¿Qué más anhelar puedes? Mi diadema
rendí á tus piés esclavo,
y hasta mi harén, de mi opulencia emblema,
de cerrar por tí acabo.
¿Qué causa tus enojos, nazarena?
Tu frente se oscurece,
y de tus ojos la expresión serena
se nubla y desparece.
Guardan mis arcas para tí un tesoro
que te daré al instante,
y un talismán que fabricó un Rey Moro
profundo nigromante.
En él tendrás la prenda que te guarde
de mi celoso encono;
le heredarán tus hijos, y más tarde
se partirán mi trono.
Mas, sino bastan á calmar tu anhelo
tesoros tan preciados,
pide otros y otros sin temor ni duelo
y te serán buscados.
¿Qué causa tus enojos, nazarena?
Tu frente se oscurece,
y de tus ojos la expresión serena
se nubla y desparece.»

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1895 NÚM. 7

—«Poseyendo tu amor nada me falta,—
contestóle María,—
más un cuidado, á mi pesar, me asalta
que embarga mi alegría.
Y si quieres calmar la pena triste
de mi pensar tirano,
de tu funesta religión desiste
y hazte ¡oh Sultán! cristiano.»
—«¿Qué más tiene Jesús ni qué Mahoma
ante el amor, bien mío?»—
Dijo el Sultán, en su elocuente idioma
de oriental atavío.—
Si más que el trono y la guerrera fama
y el poder que me asiste,
estimo yo la deleitosa llama
que en mi pecho encendiste;
Si por una mirada de tus ojos
renuncio ya sumiso
á la más bella hurí de labios rojos
que guarda el Paraíso;
Si á tu nevado cuello de paloma
enlacé mi albedrío,
¿qué más tiene Jesús ni qué Mahoma
ante el amor, bien mío?»
Sonrió la hermosa, al escuchar la instancia,
con lánguido embeleso,
y un callado «¡es verdad!» se oyó en la estancia
entre el rumor de un beso.

Julio Vicuña Cifuentes

Baturrillo

ESTO va con don Carlos A. Gutiérrez, que en *La Ley* recientemente ha publicado una composición muy mala.

Pero muy mala.

Que, no obstante su calidad, la ha obsequiado á una señora, en forma de aguinaldo de año nuevo.

Los copleros son así. Apenas producen algo ó antes de producirlo le ponen dedicatoria. Hacen lo que los aficionados á la hortaliza, que envían las primicias del huerto á la vecina ó á la comadre del frente.

***

Lo primero que se le ocurre al señor Gutiérrez es que la señora á quién endereza su aguinaldo tiene

las alas de oro
del corcel alado de la inspiración;

con lo cual se nos ocurre que quiere decirle que ella es poetisa, lo que ya es decir mucho, si no demasiado. Al menos, si el hecho es efectivo, no es del dominio público; y mal hace el señor Gutiérrez en prodigar epítetos de apreciación estrictamente personal. Pero admito que sea verdad lo que el señor Gutiérrez dice. En este caso lo que queda por reprocharle al señor Gutiérrez es la ripiología de su aguinaldo, donde todo es adgetivar y complementar las palabras, el prosaismo de sus versos y los desaguisados cometidos con la gramática.

El señor Gutiérrez está como los estudiantes de retórica que, por haber leido versos extrangeros, no encuentran á la mano otras ideas para comparar á los cantores que el ruiseñor y para señalar la época de las flores que el Abril florido. Probablemente cree de buena fé que la primavera en Chile comieza en Abril y que los ruiseñores pululan en nuestros bosques.

Véase, si no, lo que dice el señor Gutiérrez:

Ruiseñor de los bosques floridos
que resuene tu canto en las frondas,
que recuerde los tiempos ya idos
con sus varios y acordes sonidos
de tu dulce armonía las ondas.

En estos versos no hay idea alguna: todo es anfibológico, sobre todo en el último, donde no se sabe quien es el que recuerda, si el ruiseñor ó la fronda.

Y luego, aquello de los *recuerdos de los tiempos ya idos* tiene muchísima gracia. Curioso sería recordar los tiempos futuros, señor D. Carlos A!

Aunque el señor Gutiérrez quiere reforzar el acento de los versos dodecasílabos que emplea, le salen algunos verdaderamente cojos, vgr:

Ven, es tuyo el pais del encanto,
tuyo el dosel de su manto...

donde se ve que éste último se ha quedado corto, pequeñito, junto á su compañero, que es tan robusto como es capaz de hacerlos el señor Gutierrez.

Por todo lo cual se colige que el resto del *aguinaldo* es tan malo como lo que queda citado y se demuestra lo que vengo sosteniendo desde el comienzo de mis *Baturrillos*, á saber, que lo que se nos quiere brindar hay día por poesía no es sino un amontonamiento á veces armónico de muchos disparates.

Erices Moreno, Villalón y Ogass, Gutiérrez y...

Aquí les corresponderá su turno á otros. Paciencia! Ya vendrán.

Antón Perulero



TEATRO MUNICIPAL

A. Sabellico

Bajo



Hoy día el traje lo es todo,
y así vemos, con dinero,
á cualquier tuno ó beodo
convertirse en caballero!



—Y bien!... debes estar contento de que me atiendan!



TEATRO MUNICIPAL

Vittorina Fabbri

MEZZO-SOPRANO



AÑO 1 SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1895 NÚM. 7

LA ESTATUA

ERA la estatua aquella
entre todas las otras, la más bella;
que el aplaudido y soñador artista,
esculpiendo sus formas virginales,
tuvo, como modelo, ante su vista,
el ideal de sus sueños orientales.

El mármol de Carrara,
que en esa estatua el escultor usara,
tenía la blancura cristalina
de la cutis, tan suave y reluciente,
tras de la cual al punto se adivina
la sangre joven, bulliciosa, ardiente.

La alegre primavera
derrocha sus bellezas por doquiera.
La magestuosa estatua resplandece
besada por el sol y por el viento,
y sobre el rico pedestal, parece
como animada por vital aliento.

Al verla se diría
que brota de sus ojos poesía;
que de su labio, de caricias lleno,
se escapan tiernas frases amorosas,
y que su blanco, su turjente seno,
se extremece con ansias voluptuosas!

El escultor se queda
absorto ante ese mármol, que remeda
la hermosa realidad de sus anhelos,
y lleno de emoción se maravilla,
y, como frente á un angel de los cielos,
delante de la estatua se arrodilla!

Y la visión aumenta
y cada vez más bella se presenta,
hasta que el escultor, en su embeleso,
entre sus brazos estrecharla ansía,
y al darle, loco de pasión, un beso,
la encuentra inmovil, silenciosa y fría!...

Yo soy el escultor, tú la escultura;
sensible te creí y eres de roca.
¡No conozcas jamás la desventura
de aquel que busca amor, y en su locura,
el mármol de una estátua sólo toca!

R. Fernandez Montalva

Se ruega á los señores Agentes de "LA REVISTA CÓMICA", den cuenta puntualmente á esta dirección, para la buena organización del servicio.

FRINÉ

FRINÉ, la hermosa esclavá griega, libre y rica ahora por la muerte y la liberalidad póstuma de su viejo señor, es presa de anhelos desconocidos.

Por primera vez, y junto con aspirar el aura de la libertad, su pecho vírgen ha palpitado de una manera distinta de aquella que estaba habituada á escuchar en las horas tranquilas de su monótona existencia.

Friné siente una vaga inquietud. Ya no sacrifica con igual fervor palomas blancas en las aras de Artemis: su corazón anhela otro culto; sus ojos buscan otro santuario.

Sus miradas, húmedas de emoción, apartándose más cada vez de la diosa que ilumina su frente con la luz del astro de la noche, se detienen ansiosas en la concha simbólica, arrastrada por blanquísimos cisnes, que conduce á la hija del Mar, dispensadora de los placeres, emblema de la hermosura, desceñida la túnica y escoltada del grupo de las gracias.

Friné siente el amor; pero no ama aún.

***

La hora del crepúsculo avanza. La diosa de la noche suelta su velo de sombras y lo arroja sobre el mundo.

En magnífica estancia, donde humean pebeteros de Arabia, Friné, la hermosa Friné, reclinada indolentemente sobre su nido de plumas y de tules, prendida la túnica en los desnudos hombros y recogida debajo del seno por el amplio cinturón, vela con los ojos medio entornados, recreándose acaso en las primeras visiones del amor. Atenta, como quien aguarda, al más ligero ruido, sus miradas se fijan á cada instante, con inquieta insistencia, en la espesa cortina que oculta una de las puertas.

De pronto, Lais, su esclava favorita, aparece en el umbral, y después de dar paso á un hombre, se inclina respetuosamente y desaparece.

Friné hace adelantar al recien venido. Su cuerpo es pequeño y obeso; y el riquísimo manto que le envuelve, solo sirve para modelar mejor sus bastos contornos, dejando al descubierto sus piernas torcidas y deformes. En sus ojos pequeños y saltones, apenas si la expresión crasa del deseo alcanza á velar la imagen de su pasión única: la avaricia.

—Te amo, Friné, dice el miserable. No tuerzas el ceño ante las imperfecciones de mi cuerpo, ni ante las hebras blancas con que el tiempo comienza á injuriar mis cabellos, negros ayer como el ala del cuervo. ¡Te amo!... Y para compensar la belleza de que carezco, tengo más oro que el que podrías soñar en toda una vida de ambiciosos anhelos.

Por toda respuesta, Friné dió un golpe, con una varilla de metal, en un bruñido espejo de plata que colgaba á su alcance. Lais alzó la cortina, y á una señal de su ama condujo fuera de la estancia al abominable viejo.

Adelantó un nuevo personaje: alto, enjuto, surcada la frente por hondas arrugas, y estereotipada en el áspero entrecejo la expresión de orgulloso dominio.

—Te amo, Friné, dijo también este hombre. Soy rico, los años aún no han amortiguado en mi pecho el fuego de las pasiones, y dispongo del poder, de aquel ilimitado poder que todo lo alcanza, que todo lo transforma. ¿Quiéres ser reina?... Pues bién, la República, que rijo á mi antojo, caerá mañana, y la corona de los

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1895 NÚM. 7

antiguos reyes, que cuelga como trofeo en el peristilo del templo, adornará mis sienes, y partiré contigo su prestigio.

Friné, como sino le hubiera escuchado, tornó á golpear con su varilla en el espejo, y Lais repitió en este pretendiente lo que ya hiciera con el primero.

Un tercer personaje se presentó en escena.

Joven aún, mostraba en su semblante las huellas de una hermosura prematuramente ajada por los excesos. Su cuerpo, que debió ser esbelto, comenzaba á doblarse, extenuado por las orgías.

—Te amo, Friné, dijo este á su vez, devorando las desnudas formas de la joven con miradas en que se transparentaban sus ya impotentes anhelos. Soy noble y rico aún, tu belleza me devolverá sin duda la energía que principia á abandonarme; y yo, en cambio, que poseo el secreto y la experiencia de los placeres, te haré gozar lo que hoy no puedes comprender. ¡Ámame!

Con visibles muestras de hastío y desencanto, Friné repitió la ceremonia anterior, y un cuarto personaje vino á ocupar el puesto del decrépito mancebo.

Era este un joven de veinte años, cuyos arreos denunciaban al cazador de oficio, habitante de las montañas, libre como el aire que en ellas se respira, ágil, fuerte, desembarazado, bronceada la tez por el sol del mediodía.

—Te amo, Friné, dijo el cazador. No tengo el oro que se hereda en la cuna, pero poseo la fuerza que lo conquista. La atmósfera de las ciudades no ha viciado mi espíritu, ni los placeres del dicterión han enervado mi cuerpo. Cuando, después de correr por la pradera en pos de la ágil corza, llego á la cima de la montaña, mi torso se dilata sin fatiga, mis pulmones aspiran el aire sin la precipitación del cansancio, y desciendo á la llanura cargado con la rez, atravesada sobre mi robusto cuello, con menos esfuerzo que el que tú necesitas para llevar tu collar. ¡Ámame, Friné! No tengo el oro, el poder, ni la nobleza que otros te han ofrecido; pero poseo la juventud, que es la fuerza que todo lo alcanza.

Friné, pálida, temblorosa, húmeda y brillante la mirada, calló también esta vez; pero la varilla de metal no hirió la bruñida superficie del espejo, y Lais, sin ser llamada, solo entró á la estancia de su ama cuando ya el sol iluminaba la tierra desde el cenit.

Nadie

ÍNTIMAS

Es poca cosa querer:
lo más serio del asunto
es saber hasta qué punto
puede amar una mujer.

***

Dime otra vez que me amas! Si supieras
cuánto placer me brindan tus palabras!
Siéntate aquí... á mi lado... no tan lejos...
así... ahora repíteme que me amas!

Traedme todo el cieno de la tierra,
la escoria de las almas pervertidas;
traedme á Satanás con su cohorte
de hijos de la sombra y la perfidia;
y todo junto, todo! un sólo instante
ponedlo ante mi vista:
yo quiero ver si hay algo más horrible
que el corazón de una mujer que olvida!

R. F. M.

HÍPICAS

—Tomo la cancha y doy á Pisco.
—Si Pisco no corre...
—Pues, por lo mismo.

—

Un grueso provinciano, pregunta á su vecino.
—Quisiera Ud. decirme cuál es Proyectil?
—Ahí lo tiene Ud. frente á nosotros.
—¿Por qué han puesto en el programa que tiene las mangas verdes?
—Eso se refiere al traje del ginete.
—Ah, es entonces el ginete el que se llama Proyectil?.....

—

—Qué caballo ha llegado primero?
—Gambetta II.
—Y cuál ha ganado?

—

Dada la señal de partida, Juan, el ginete de Pompeya, se queda parado, mirando á todas partes.
—¿Por qué no corres?—le grita álguien.
—Si no sé para qué lado es la carrera.

—

En el patio del peso:
«Se prohibe á los ginetes tomar purgante el día que deben correr.»

Correspondencia

Sr. A. C. G.—Con mucho gusto publicaríamos su trabajo, si su índole correspondiera á los propósitos de La Revista Cómica. Agradecemos sus aplausos.

Sr. S. M.—Lo mismo que al anterior.

Litografía, LUIS F. ROJAS y C.ª
Calle del Estado núm. 34, frente al Pasaje Matte
SANTIAGO
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS
Litográficos i Tipográficos
Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos
Precios Módicos

Imp. i Lt. Estado 34.


AQUÍ ESTA SILVA
¡PASAR A VERME, NIÑOS!

La Revista Cómica

NUESTROS LITERATOS

D. Guillermo Blest Gana



Poeta de dulce acento,
correcto, tierno, inspirado,
siempre en su lira ha pulsado
la cuerda del sentimiento.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1895 NÚM. 8

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR, **R. Fernández Montalva**

DIRECTOR ARTÍSTICO, **Luis F. Rojas**

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 3.00
Por medio año (25 »)..... 1.50

Número de la semana..... 0.05 cts.
Id. atrasado..... 0.10 »

Oficina i Administración-Estado 34
Casilla, 1106, Teléfono, 1273

PAJA PICADA

MIENTRAS la Patria celebraba su natalicio, y la ola humana se lanzaba riendo carnavalescamente por teatros y paseos, un mozo joven, con un manto de púrpura hecho girones, el sombrero echado á los ojos, las manos cruzadas por la espalda, vagaba soñando por las calles las melancolías del amor y la fortuna.

Más de una muchacha alegre, al pasar á su lado, volvió la cabeza para lanzarle una caricia con los ojos, misericordia que se perdía en el espacio arrebatada por el viento.

Y en tanto que iba, viajero desconocido, dios desterrado de los cielos, vagando sin rumbo, arrastrado á veces por la muchedumbre, el mozo sentía en su cerebro el aleteo primaveral de los ideales azules.

Y se le vió de pié sobre una roca negra del Santa Lucía, destacando su busto en el azul infinito, sintiendo á sus pies el bullicio ensordecedor de la ciudad alegre, verter de sus ojos claros una lágrima que rodó de peña en peña, como brillante desprendido de una diadema real.

Un borracho que pasaba cantando una canción de taberna, la vió á sus piés y rabioso de saber que álguien lloraba mientras él reía, aplastó la lágrima con sus gruesos zapatos enlodados, amenazando con el puño y lanzando una blasfemia á la silueta del poeta medio borrada por la distancia en las alturas de la roca.

*
* *

Vino un anciano, y á la amada mia dijo de esta manera:

—Soy el Invierno, pero yo podría con tu beso de amor, ser Primavera!

Pensamiento:

—No me pesa haberlo engañado; pero, me avergüenzo de haberle mentido.

Se ruega á los señores Agentes de "LA REVISTA CÓMICA", den cuenta puntualmente á esta dirección, para la buena organización del servicio.

A...

(Páginas del *Libro Viejo)*

YO soy el trovador, que vago errante
por los verjeles de mi patrio suelo,
la vista fija en la región distante,
en pos de un loco, irresistible anhelo.

Yo soy el trovador de los jardines;
el que perdido en la floresta umbría,
entre nardos y mirtos y jazmines
ve nacer y morir la luz del día.

Yo soy el trovador de los amores,
que persiguiendo un idëal soñado,
la vida surco derramando flores
do quier me arrastra la esquivez del hado.

Y llevo entre las cuerdas vibradoras
del sonoro laud que me acompaña,
esas notas de amor embriagadoras,
bálsamo al pecho en que el dolor se ensaña.

Y de los versos que locuaz murmuro
allá en mis horas de pasión ardiente,
la miel destila en arroyuelo puro,
y el alma en ellos palpitar se siente.

Yo soy el trovador, que vago errante
por los verjeles de mi patrio suelo,
la vista fija en la región distante,
en pos de un loco, irresistible anhelo.

¡Ven, mi idëal soñado! Entre mis brazos
dichas sin cuento halagarán tu vida,
sin que el recuerdo de caducos lazos
turbe la paz con que el amor convida.

Yo velaré tu deleitosa siesta
bajo la sombra del boscaje extrecho,
y arrancaré de la gentil floresta
lirios y rosas para ornar tu lecho.

Yo tejeré á tu frente una guirnalda
que realce tu espléndida belleza,
y flores mil arrojaré en tu falda,
y ungiré con aromas tu cabeza.

Yo beberé tus lágrimas si lloras,
celebraré tu dicha cuando rías,
adoraré en silencio lo que adoras,
y haré tu pena y tu ventura mías.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1895 NÚM. 8

Y en las tranquilas noches del estío,
mientras la luna del cenit se aleja,
yo, arrebatado en ardoroso brío,
himnos de amor entonaré á tu reja.

Y cuando el miedo que la sombra inspira
niegue á tu pecho bienhechor sosiego,
yo en tu ventana templaré mi lira,
y grata paz te infundirá mi ruego.

Te contaré la deliciosa historia
de dos amantes que juntó la suerte,
huéspedes de esta vida transitoria
que en vano quiso separar la muerte.

Sabrás cómo burlando la demencia
de su dueño brutal la niña hermosa,
alegró en el misterio su existencia,
y fué, á escondidas, con su amor dichosa.

Oirás sus palabras sin sentido,
de su férvido amor en los excesos,
y halagará tu desvelado oído
la música sublime de sus besos.

¡Oh! cuántas cosas mi pasión ardiente,
por aliviar tu afán, te contaría!
¡Cuánta firmeza, abnegación paciente
en mis cantos de amor recordaría!

¡Ven, mi idëal soñado! Entre mis brazos
dichas sin cuento halagarán tu vida,
sin que el recuerdo de caducos lazos
turbe la paz con que el amor convida!

Julio Vicuña Cifuentes

Baturrillo

ELLO es que don Sandalio Letelier, con ser excelente profesor de gramática, no ha podido hasta hoy cimentar su fama como fabulista.

Tantas y tan malas son las que viene publicando de algunos años acá, que nos ha convencido de que no le llama la suerte por ahí.

Cosa curiosa, pero no absolutamente extraña, es observar que individuos discretos y no vulgares, pretendan ejercitar aquellas dotes que menos favor han recibido de la naturaleza. ¿Acaso á don Manuel A. Matta no le dió por la poesía, lo mismo que á Lastarria en los últimos tiempos?

No hay más que leer aquellas estrofas del señor Matta, donde había de todo, menos poesía, ni arte, ni nada. Y ¿qué decir de los himnos compuestos en los últimos años por Lastarria, nuestro primer publicista?

*

Sucede con el señor Letelier lo propio que con los señores Matta y Lastarria.

¡Si Dios no le llama por ese camino, señor Letelier!...

Pero esto es hablar inútilmente, porque el señor Letelier, á lo mejor, nos espeta en *La Libertad Electoral* una fábula en prosa rimada, capaz de poner en apuros al espíritu más enegético.

Porque, en primer término, el señor Letelier, siempre que escribe fábulas, se olvida completamente de los preceptos; de donde resulta su ficción forzada y literariamente inverosímil. Así, cuando quiere hacer hablar á dos pájaros, alude, por ejemplo, á que uno de ellos se ha quitado los guantes ó el sombrero, etc.

La fábula no puede llegar hasta el absurdo, suponiéndoles á los animales cosas que no son necesarias para el desarrollo del drama.

Bien está que hablen los pájaros y en eso consiste precisamente el apólogo; pero no está bien que el señor Letelier los vista como los humanos, nada más que porque los discursos de aquellos nos los traducen á nuestro idioma los fabulistas.

*

Y como el señor Letelier quiere ser á toda costa un Lafontaine, sigue publicando fábulas en *La Libertad Electoral*, la última de las cuales versa sobre una conversación entre el Buitre i el Ganso, acerca de los méritos de la Garza, la Gaviota, el Cuervo y muchos otros individuos del reino volátil.

Todo por cierto en verso flojo, prosáico, descoyuntado, donde se encuentran las muletillas que usan todos los versificadores ramplones:

> Y la historieta que ahora
> voy, *lectores*, á contaros
> sucedió, *puede decirse*...

Lectores y *puede decirse* son lugares comunes, indignos de un mediano versificador, y apenas tolerables en las charadas con que se entretienen los muchachos en los colegios.

La gramática, que tanto servicios debe al señor Letelier, como catedrático y como autor de algunos interesantes opúsculos didácticos, no sale mejor parada de manos del señor Letelier, en estrofa como ésta

> Como en Roma, la república
> se regía entre los pájaros,
> *dirigiendo* los negocios
> un doble anual consulado.

Dejando á un lado aquello del *doble anual consulado*, que es un verdadero logogrifo ¿le parece bien el empleo ahí del gerundio, según la significación que Bello da á los tiempos del verbo?

¡Cuánto mejor que el señor Letelier se dejara de fábulas!

Y de versos.

TEATRO MUNICIPAL



Señorita Vittoria Repetto
SOPRANO LIGERO

Señor Carlos Mariani
BARÍTONO



—Tú eres el único hombre á quien he amado!...



El 19 de Septiembre en el Parque Cousiño

AÑO 1 SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1895 NÚM. 8

Así imitaría al señor Barros Grez que, después de haber publicado un tomazo de fábulas, se fué á su casa y se está ahí tranquilo, sin que le quiten el sueño ya Phedro, Esopo, Lafontaine é Iriarte.

La razón del señor Barros Grez es clara. Ha comprendido que no tenia dedos para organista.

Antón Perulero

PÁLIDA Y RUBIA

DE RICHEPIN

PÁLIDA y rubia, como ideal, muy pálida
Muy rubia, corazón, así la quieres
Cuando el tedio sombrío
Extiende sobre tí sus alas leves;

—

Cuando sientes adentro el gusto amargo
De los vagos placeres de otros tiempos,
Cuando quisieras todo el mar beberte
Y ahogar en él tus pensamientos negros;

—

Cuando sientes de huir lejos del mundo
Irresistibles ansias:
Así la quieres, corazón enfermo:
Rubia, muy rubia, pálida, muy pálida.

—

Rubia como nacida en el invierno,
Pálida como la hija de un anciano,
Tan rubia como el ámbar, y tan pálida
Como un claro de luna entre nublados.

—

Su cabellera es amplia,
Y acaricia flotando sus contornos...
Contémplala qué pálida y qué rubia
Con sus cabellos que evapora un soplo...

—

Y está allí, corazón, pálida y rubia
Sollozando á tus puertas...
Déjala entrar y que en sus brazos lánguidos
Enfermo corazón te desvanezcas...

—

Es la buena cerveza... Tiende el cuello,
Abre la boca entera..
Bébela toda. Vamos, vamos! Mira
Como el tedio se ahoga en la cerveza!

Luis A. Navarrete

La maldición del poeta

—MAÑANA, miércoles, hay recepción en casa de doña Escolástica,—me dijeron varios amigos,—y tú estás anunciado.

—Pero quién es esa señora?—les pregunté, no recordando haber oido nombrarla anteriormente.

—Una solterona muy romántica, muy desgraciada, muy... y, en el fondo, una buena mujer, que tiene la historia más peregrina que darse puede.

—¿Cuál es ella?

—Ya la sabrás.

No me dieron más explicaciones. A la noche siguiente, á las nueve, llegamos á casa de doña Escolástica. La concurrencia más abigarrada llenaba el saloncillo, que era igual á todos los soloncillos de *medio pelo*.

Hombres de todas edades y condiciones sociales, departian amistosamente con las señoras y señoritas cursis que lucian aquí y allá sus vistosos perifollos.

Fuí presentado á doña Escolástica, y, vencido de la curiosidad, instaléme resueltamente á su lado, dispuesto á arrancarle la peregrina historia de su vida. Frisa la edad de tal señora en los cincuenta y cinco años: alta, delgada, simpática hasta cierto punto, de mirada gachona y pudibunda, vestida con traje de colores muy vivos lleno de cintas y de pliegues, todo su aspecto exterior revela á la solterona que aún no se dá por vencida.

Hablamos largamente de todo: del tiempo, de la moda, y de otras insulseces por el estilo, en que mi interlocutora no desdeñaba la ocasión de lucir á mis ojos su erudición de almanaque y sus ternezas de novela por entregas.

De esta inocente manía tomé yo pié para decirle en un arranque:

—Mientras más la escucho, señora, menos me explico cómo persona de tan altas dotes ha podido permanecer soltera.

Un profundo y prolongado suspiro fué la respuesta á esta vulgar galantería.

—Acaso usted como tantos otros seres superiores, ha tenido aversión al matrimonio,—insistí yo.

—¡Ay, nó!—arrulló doña Escolástica.

—Entonces, la ceguedad de los hombres, que no saben comprender...

—Tampoco.

—Pues no me explico...

—Oiga usted: es una historia terrible!—me dijo casi al oido, impresionada y temblorosa, y en tono melodramático.—Yo era joven y hermosa. Asistía á los bailes, y en uno de ellos me conoció el autor de mi desgracia. Era éste un joven poeta, que se enamoró perdidamente de mí. Yo le estimaba, pero no hasta el punto de amarle, pues su juventud y escasa fortuna no hacian de él el mejor partido. El insistió, y yo hube de desengañarlo. Entonce... comenzó á enflaquecer, á ponerse tísico, y la víspera de morir, me envió una tarjeta en que iba escrita la horrible maldición que me anonada.

—Una maldición!...

—Sí, sí,—gimió la infeliz,—una maldición espantosa.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1895 NÚM. 8

—¿Y cuál fué ella?

—Nó, nó... no me atrevo á recordarla.

—Atrévase usted señora, puede que...

—Oiga usted, la tarjeta decía...

Y entre suspiros y lágrimas, doña Escolástica murmuró muy bajo la siguiente estrofa:

«¡Yo te maldigo!... ¡Vengador el cielo,
maldigate también, pérfida bella!
y ardas en vano en amoroso anhelo,
y te sorprenda la vejez doncella.»

Y la pobre señora lloraba, lloraba como una Magdalena (tal vez por no haber podido serlo) al pronunciar el último verso.

—Maldición terrible, señor, me dijo la infeliz doña Escolástica. Maldición inhumana, que se ha cumplido al pié de la letra, y de la que yo me burlé entonces, porque no comprendí al pronto su espantoso alcance. Pero... ¿no es verdad que no puede ser eterna?... Alguien me ha dicho que solo otro poeta puede levantar el anatema que aquel fulminó, y acaso usted...

Crei penetrar el sentido recóndito de la alusión, y poco aficionado á este género de aventuras, con el tono más solemne que me fué posible encontrar en la garganta, ahuecando mucho la voz, le dije:

—La maldición de un poeta que muere de amor, solo Dios puede revocarla, señora. ¡Haga usted oración, mucha oración!

Y escapé apresuradamente.

Alcancé á oir á doña Escolástica que decía:

—Que ore, que ore... He orado ya tanto... ¡y como si tal cosa!

¡Oh! la maldición del poeta!

Alguien

PASEO SENTIMENTAL

DE VERLAINE

EL sol del crepúsculo—sus rayos lanzaba
Y el viento mecia—nenúfares pálidas...
Las grandes nenúfares—por entre las cañas
Tristemente brillan—tristemente vagan
Reflejadas sobre—las tranquilas aguas...
Por el largo estanque—solitario erraba
Debajo los sauces—de las ramas lánguidas,
Pascando mis penas.—Una bruma vaga
Evoca la idea—de un blanco fantasma.
Mientras las sarcelas—batiendo las olas
Con su grito lúgubre—tristes se llamaban
Debajo los sauces—de las ramas lánguidas...
Y allí erraba solo—mis penas paseaba...
De negras tinieblas—la espesa mortaja
Ahogó los supremos—destellos que lanzo,
El sol del crepúsculo,—en sus ondas pálidas...
Mientras las nenúfares—por entre las cañas
Tristemente brillan—tristemente vagan
Reflejados sobre—las tranquilas aguas.

Luis A. Navarrete

HUMORADAS

AMAR á una mujer y tener celos
es quedarse á las puertas de los cielos.

***

La mirada brillante,
me dijo con acento tembloroso:
—Si tú me quieres siempre como amante
he de quererte mucho como esposo.

***

Después de lo que he amado y he sufrido,
hoy estoy convencido,
de que en amores la mejor fortuna
es no tener ninguna.

IMÁGENES Y MUJERES

CAE la vieja imagen
del pedestal de piedra en que se alza,
y rota en mil pedazos
al cieno es arrojada.

Lo que antes se adoraba con fé ciega
es objeto de escarnio.
¡Yo que he visto caer tantas mujeres
y hallar un nuevo altar en el pantano!

R. Fernández M.

Correspondencia

Sr. A. Z. V.—Aunque Vd. fuera mi amigo más íntimo, no publicaría trabajos suyos tan malos como los que me ha enviado.

Sr. J. K.—Cuando sea Vd. un poco más ilustrado, si es que puede serlo, me dará las gracias por no haber publicado su artículo.

Sr. Un suscriptor.—¿Quién le ha dicho á Vd. que los suscriptores de La Revista Cómica pueden disponer de sus columnas?

Si quiere, le devolveré su dinero.

Litografía, LUIS F. ROJAS y Cª

Calle del Estado núm. 34, frente al Pasaje Matte

SANTIAGO

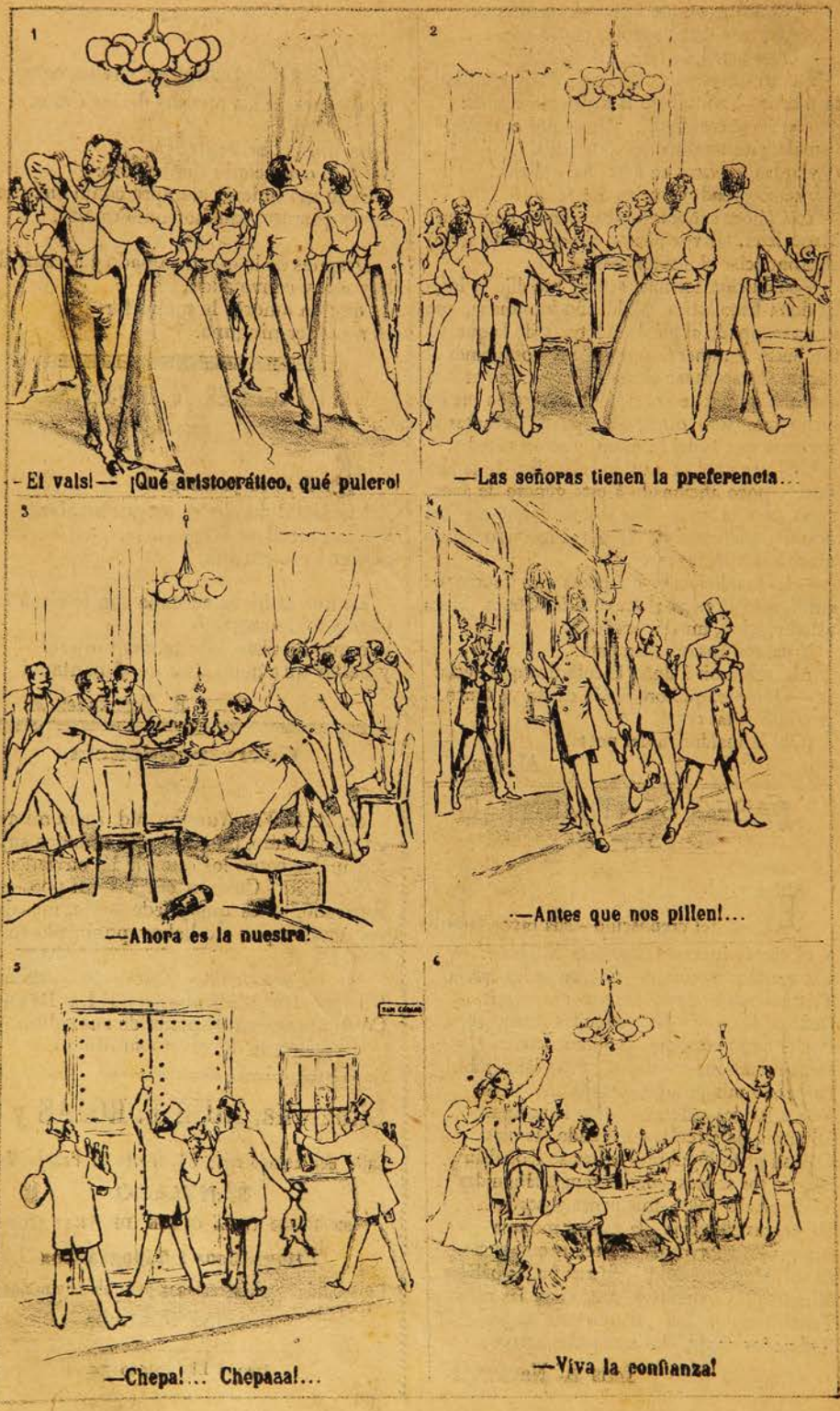
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS

Litográficos i Tipográficos

Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos

Precios Módicos

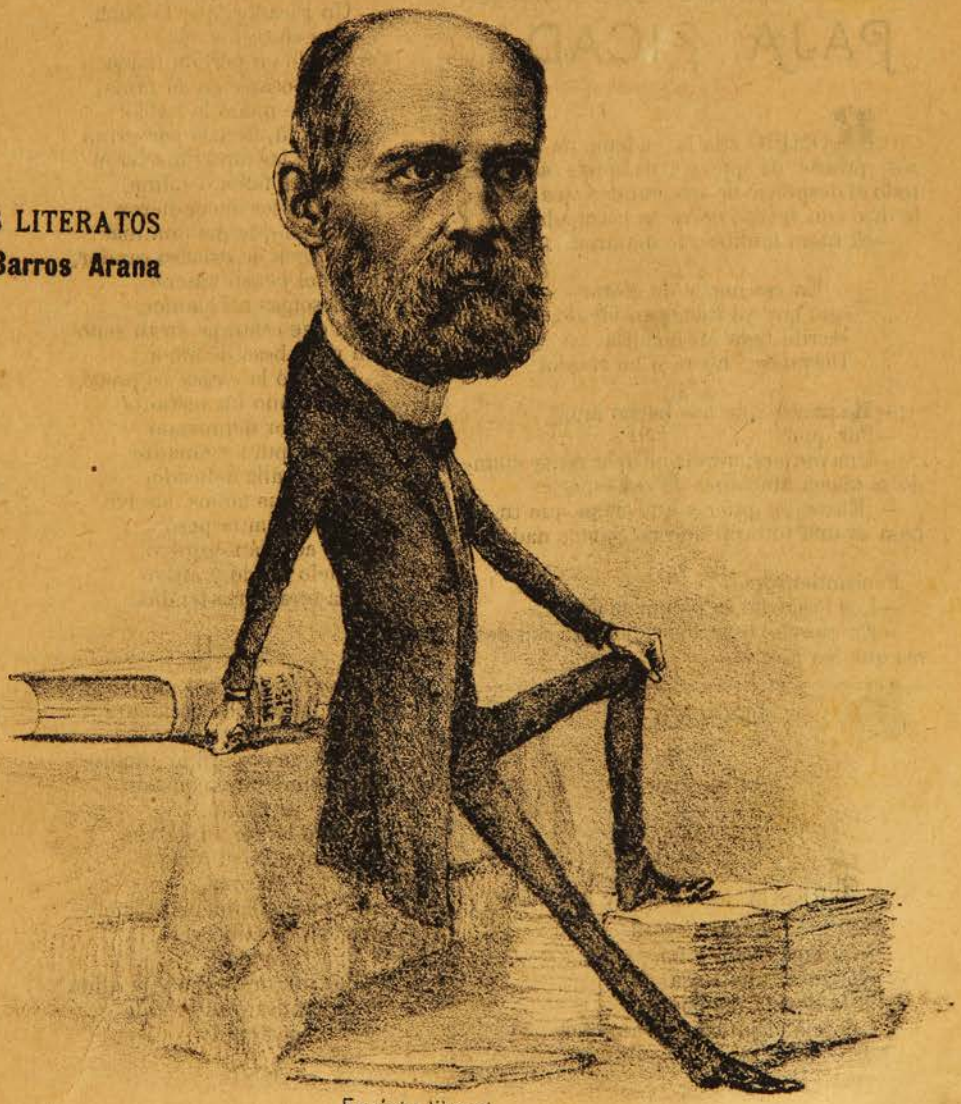
Imp. i Lit. Estado 34.


1
2
—El vals!— ¡Qué aristocrático, qué pulero!
—Las señoras tienen la preferencia...
3
4
—Ahora es la nuestra!
—Antes que nos pillen!...
5
6
—Chepa!... Chepaaa!...
—Viva la confianza!

La Revista Cómica

NUESTROS LITERATOS

D. Diego Barros Arana



Espíritu liberal,
derrama ciencia doquiera
y es hoy la mejor lumbrera
de la historia nacional.

AÑO 1 SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1895 NÚM. 9

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR, **R. Fernández Montalva**

DIRECTOR ARTÍSTICO, **Luis F. Rojas**

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 3.00
Por medio año (25 »)..... 1.50

Número de la semana..... 0.05 cts.
Id. atrasado..... 0.10 »

Oficina y Administración-Estado 34
Casilla, 1106, Teléfono, 1273

PAJA PICADA

ROMPIÓ ella la cadena de sus brazos, púsose de pié, y lanzándole á la cara todo el desprecio de sus grandes ojos negros, le dijo con acento de reina ultrajada:

—Si fuera hombre, te mataría!...

*
* *

En esa noche de gloria
que hoy ya tienes en olvido,
escribí toda mi historia...
Después... no sé si he vivido!...

*
* *

—Me parece que has hecho mal.

—Por qué?

—Una mujer honrada no debe reirse cuando se hacen aluciones de esa especie.

—¿Entonces quieres que crean que tu esposa es una imbécil que no conoce nada?...

*
* *

Pensamientos:

—Los besos no se piden: se dan.

—En ciertas cosas, los viejos aún son peores que los jóvenes.

APÓLOGO

(EN UN ÁLBUM)

—

I

FRESCA, encendida y hermosa
cual la virgen pudorosa
de la encantada Sión,
ayer lucía una Rosa
en la florida mansión
donde el junco y la amapola
su trono tienen alzado,
do crece el lirio aromado,
y exhala la humilde viola
su perfume delicado.

Virgen de amor, inocente,
y al mundo apenas nacida,
contemplaba indiferente
la tempestad inclemente
que iba amagando su vida.

Y desdeñando el murmullo
que activo el mundo formaba,
de inquieta linfa al arrullo,
cerrado el tierno capullo,
dichas eternas soñaba.

Y en vano el céfiro alado,
por flores mil envíado,
besos de amor la traía:
jamás la *virgen del prado*
sus tiernas quejas oía.

Un Picaflor, que la fama
de sus encantos oyó,
ardiendo en pérfida llama
voló á posarse en su rama,
y de este modo la habló:

«¡Oh tú, la más peregrina
flor que las auras mecieron
en prado, falda ó colina,
tus hechizos encendieron
la pasión que me domina!

«Virgen de excelso candor,
gala del pensil ameno,
no desoigas mi clamor:
deja que estampe en tu seno
un puro beso de amor.»

Tembló la *virgen del prado*,
y, vacilando un instante,
al seductor depravado
sencilla, pura y amante
abrió el cáliz delicado.

En él sus labios, lascivo,
el falso amante posó,
y con ademán esquivo
el vuelo ráudo y altivo
hácia otra parte tendió.

II

Tres veces el sol poniente
las montañas de occidente
coronó,
desde que el pérfido amante
de la pradera, inconstante,
se partió.

Llora la flor su desvío,
acrecentando el rocío
matinal,
que, mancillado, en el suelo
mira su cándido velo
virginal.

Por fin, deshecha y perdida
la esperanza que su vida
sustentó,

AÑO I SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1895 NÚM. 9

dobló la Rosa la frente,
y en el cristal de la fuente
se arrojó.

III

Así en el mundo malvado,
deslumbrado
por una loca ilusión,
de la inconstancia al abismo
por sí mismo
se abalanza el corazón.
Así el hombre con porfía
se desvía
del honor y la verdad;
y con el llanto cobarde
crée más tarde
enmendar su liviandad.
¡Ay! que en el mundo, amorosas
muchas rosas
se han secado en el albor,
porque en las lides de amores
picaflores
nunca faltan en redor.

Julio Vicuña Cifuentes.

Se ruega á los señores Agentes de "LA REVISTA COMICA", den cuenta puntualmente á esta dirección, para la buena organización del servicio.

Baturrillo

EL señor don Pedro A. González es uno de los jóvenes poetas de más esperanza ó de más presente con que cuenta la literatura nacional.

No carece de inspiración y sus versos suelen ser expontáneos y fluidos generalmente.

Pero, cuando le da por el decadentismo ó por la poesía científica y se echa á formular en verso teoremas tomados de la *Filosofía de la Educación* del señor Letelier, se enmarañan completamente sus ideas y le resultan indescifrables sus estrofas.

Yo le he aplaudido muchas veces lo bueno que ha solido publicar antes de ahora; pero, desde que ha entrado en campos por hoy vedados á la poesía y desde que ha querido exotizarse, bajo la influencia no bien sentida de Richepin, de Verlaine y demás maestros franceses, he tenido que dudar de la bondad de sus lucubraciones poéticas.

Lo propio le pasa cuando entra de hoz y coz en el género obligado del album, donde se ve constreñido á engarzar en el verso ideas abstrusas, de puro alambicadas.

***

Con el título de *Natalicio* ha publicado en *La Ley* hace pocos días unas estrofas dedicadas á una señorita, que iba á cumplir apenas quince años. La señorita, como se vé, se halla en aquella edad que don Carlos A. Gutiérrez, llamaría el comienzo del Abril florido...

Y, aunque *Natalicio* contiene muchas cosas *sedeñas, azules, undívagas, edénicas*, ó por mejor decir, mucho *modernismo*... convencional, los versos le han resultado desmedrados, gárrulos, sin una idea preconcebida. Aquello ha salido como la rima lo iba exigiendo y nada más.

Y tánto es así, que el señor González ha caido en contradicciones flagrantes propias sólo de los copleros insustanciales que, á trueque de producir arpegios más ó menos armoniosos, no trepidan en decir que son blancas las hormigas.

Después de declararnos el señor González que la niña es morena:

Melancólica niña morena,
de magníficos bucles castaños,

agrega, muy serio, que es blanca como el alabastro:

Virgen griega de olímpica frente
y de cuello de terso alabastro.

¿En que quedamos, señor González? Es la niña morena ó blanca? O es bicolor?

Me recuerda el señor González con estos *lapsus* á aquel otro que decía á su amada, en versos que dió á la publicidad:

Y tu cutis es tan blanca
cual la camelia rosada.

O el conocido cantar:

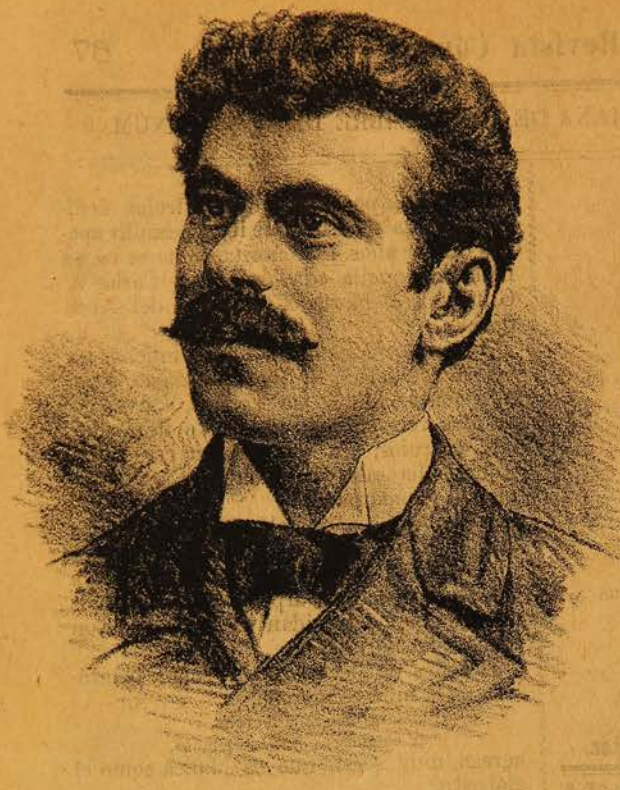
A la puerta de un sordo
cantaba un mudo
y un ciego lo miraba
con disimulo.

Antón Perulero

A LA INTELIGENCIA

¡SUBLIME inteligencia! Claro día
dó la mente del hombre se endiosea!
Seguro y recto guía
de la conciencia humana;
tú gobiernas los pueblos con la idea,
y, en medio de la sombra aterradora,
tú enciendes la mañana
de los vicios del mundo redentora!

Tú pueblas con magníficos boscajes
el manto sin color de la llanura,
y, doquiera trabajes
con brazo noble y fuerte,
estallan explosiones de hermosura:
que eres la vara de Moisés, que toca
y en oasis convierte
el páramo insensible de la roca!



TEATRO MUNICIPAL

Sr. P. Ferrari

PRIMER TENOR ABSOLUTO



—Maldita inspiración!...
¿á donde se habrá ido?...



--Mira, hombre ¿crees tú que está lloviendo?
—¡Quién sabe! Yo tengo el traje todo mojado..



—¿Para qué sirve á Vd. el quitasol
:n los dias nublados?
·Para librarme de miradas indiscretas.....



—¿Vendrás á casa temprano?



AÑO I SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1895 NÚM. 9

Por tí el piloto, con segura mano,
dirige el barco entre borrascas fieras
del magestuoso océano;
por tí en los campos ruje
la metralla y ondulan las banderas,
y todo, en esta vida transitoria,
obedece á tu empuje,
se inclina como esclavo de tu gloria!

Del almo sol á la potente lumbre,
se deshacen las nieves sempiternas
de la soberbia cumbre,
y baja de la altura,
salvando precipicios y cavernas,
el río—á fecundar—en son de guerra
en la vasta llanura,
el benéfico seno de la tierra!

Así cuando la hora de enseñanza
resuena en el reloj de las naciones,
tu resplandor se lanza,
en alas de la ciencia,
á poblar con sublimes creaciones
la mente de los pueblos abatidos,
que enlodan su conciencia
por gobiernos venales conducidos!

Más; ay, Inteligencia! A veces lloras
la cruel exclavitud de la miseria,
ó las artes traidoras
de la envidia ignorante;
y, de los pueblos en la inmensa feria,
te arrastras fatigada por el suelo,
tú, que con voz tonante,
te atreves á batir al Dios del cielo!

Pero nada detiene tu carrera
á través de los siglos, vencedora!
Eres la primavera
del mundo, única mano
que señala el camino de la aurora;
de esa aurora inmortal, do se endiosea
el pensamiento humano
cuando—hija de la luz—surje la idea!...

R. Fernández Montalva

AMORÍOS

HOY día, anda el amor botado por las calles, á la disposición de todo el mundo.

Antes de fumar el primer cigarro y beber en el restaurant la primera copa, los imberbes hablan de sus amadas y relatan aventuras galantes que allá se las quisiera para un día domingo el tradicional don Juan.

—Mire Vd.—me decía doña Crisóstoma; —en mis tiempos no era permitido enamorarse sino á los que tenían de veinte y cinco años para adelante; pero, lo que es ahora, los niños empiezan á vivir haciéndole el amor á sus nodrizas.

Y la verdad es que da grima ver por esas calles de Dios, á tanto mocito gusto á leche, siguiendo los pasos de las jóvenes y paseando frente á los balcones de sus *prendas*.

—¡Si son señales del día del juicio!—agregaba doña Crisóstoma.—Aquí donde usted me vé, tengo dos muchachas, la mayor de doce años y la otra de diez, que no son feas, como que se parecen á mí cuando yo era joven, aunque me esté mal el decirlo. Pues bien, hay una docena de mozalvetes que no me las dejan tranquilas ni un minuto. No es que las pobrecitas tengan la culpa, ni que sepan lo que aquello significa; pero, vamos, que me las llenan de ramos de flores, confites y cartitas copiadas de la *Correspondencia de los amantes*.—Si es de volverse loca. No hace mucho, pillé á uno de los galanes, conversando con la menor de mis hijas por una ventana de la calle atravesada, y, como le diera un tirón de orejas al perillán, me puso de vuelta y media y me dijo que diera gracias á Dios de ser mujer, porque de otro modo me habría mandado sus padrinos!...

Y terminó doña Crisóstoma:

—Si yo fuera Presidente de la República, lo que Dios no permita, dictaba una ley declarando delito el enamorarse ante de los treinta años!

Juán de Sánchez

CARTA ABIERTA

QUE es mucho lo que te quiero
no lo dudes, vida mía;
pero, nada vale hoy día
una pasión sin dinero.

Es un axioma, probado
por muchísima experiencia,
que es preciso en la existencia,
de vez en cuando, un bocado.

Pues el hombre sin comer
vivir mucho no podría,
y menos en compañía
de una adorada mujer.

No es que desprecie tu beso
ni que desdeñe tu amor,
pero yo almuerzo mejor
con un pedazo de queso.

Un hombre solo, se basta
en la vida para todo,
y consigue de cualquier modo
el dinero que se gasta.

Pero muy difícil es
en los tiempos que alcanzamos,
encontrar con qué comamos
primero dos... ¿y después?...

AÑO I SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1895 NÚM. 9

Por la razón que te explico
me debes, pues, esperar.
Contigo me he de casar
una vez que sea rico!

Popeta

SILUETA

UNA vez,--en un café escondido en uno de los barrios más apartados de la capital opulenta—encontré un hombre vestido con los últimos harapos de la miseria, y en cuyo rostro había dejado la vida la huella de todas sus desventuras.

Acercóse á mí arrastrando una pierna inválida, miróme á la cara como queriendo descubrir en mi fisonomía los rasgos de un amigo antiguo y largamente olvidado, y luego, con tono seco en que se ocultaba la vergüenza bajo las intemperancias de la embriaguez, me pidió un pan y un vaso de cerveza.

—Pide,—le dije,—cuanto quieras.

Hice que, á mi lado, tomara asiento en una mesa pequeña, y, con la curiosidad del que busca siempre en los menores detalles la solución de los problemas tenebrosos de la vida.

—Tú debes tener una historia,—murmuré á su oido.

Quedóse mirándome con curiosidad mezclada de estupor.

Y haciendo un movimiento de rabia concentrada, como avaro á quién descubren su tesoro, púsose de pié, tomando la actitud de rey destronado, y dijo:

—¿Qué sabes tú?

Había en su voz la amarga hiel de las palabras que brotan del corazón como la sangre de una herida.

Y entonces, en sus ojos antes medio dormidos con el sueño del alcohol, vió mi alma, que pensaba en los paisajes misteriosos de todos los placeres de la tierra, reproducirse la historia de la juventud rica y poderosa; que batalla con la vida en los subterráneos de la bohemia, y soñando glorias y fortuna, desde la cumbre de sus ideales marchitos, cae, como brillante en el abismo, conservando en medio del lodo del pantano, las facetas brillantes y puras que le imprimiera la mano del Artista Supremo.....

Matías

SED INSACIABLE

(CONTRA-RIMA)

—YO soy hermosa, yo soy ardiente,
puedo brindarte supremo bien;
puedo de sueños llenar tu mente:
¿A mí me buscas?—A tí, sí, ¡ven!

—Yo soy humilde, yo soy sencilla,
y en tu cariño busco un sostén,
baldón impuro no me mancilla:
¿Quiéres amarme?—Si, quiero ¡ven!

—Yo soy celosa; yo no prosterno
nunca al ultraje mi altiva sien;
mi amor es negro como el infierno:
¿Voy á tus brazos?—Te aguardo, ¡ven!

Nadie

HUMORADAS

ES el amor más sano,
según un bardo enamorado y tierno,
con una virgen rubia en el verano
y una virgen morena en el invierno.

*
* *

El amor idëal en lo terreno
tan sólo lo comprendo en huerto ageno.

*
* *

Me dices de tal modo que me quieres
que no te cambiaría en este instante,
aunque fueras la peor de las mujeres,
por la mujer más buena y más constante.

*
* *

Si quieres que te quiera,
mírame siempre así... de esa manera!

*
* *

Han sido de mi vida los amores
las mujeres, las aves y las flores.

R.

Litografía, LUIS F. ROJAS y C.ª
Calle del Estado núm. 34, frente al Pasaje Matte
SANTIAGO
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS
Litográficos y Tipográficos
Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos
Precios Módicos

Imp. i Lit. Estado 34.



—Maldito moscardón!



—Espérate un poco.



—Toma!



—Te escapaste, eh!



—¿Todavía?



—Mi coronel!!.....

La Revista Cómica

NUESTROS MARINOS

D. Juan José Latorre



El héroe de Angamos es;
por nobleza y valentía
ha llegado á ser hoy día
de la Marina honra y prez.

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1895 NÚM. 10

La Revista Cómica
PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO
Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR, **R. Fernández Montalva**
DIRECTOR ARTÍSTICO, **Luis F. Rojas**

SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 3.00
Por medio año (25 »)..... 1.50

Número de la semana..... 0.05 cts.
Id. atrasado..... 0.10 »

Oficina y Administración-Estado 34
Casilla, 1106, Teléfono, 1273

PAJA PICADA

ALLÁ en lo alto, cerca del techo, perdido entre la muchedumbre miserable de la galería, en el amplio y brillante coliseo, el enamorado harapiento, la cabeza llena de sueños, contemplando, los ojos humedecidos por las lágrimas, á la artista hermosa y soberbia que teje á sus pies alfombra de laureles sobre la escena lírica.

Y cuando el público delirante bate palmas, y ella, la diosa, se inclina sonriendo, qué rabia de celos en aquel corazón que quisiera ser solo para verla y arrojarle coronas, amarla y oirle las sublimes notas.....

***

Margarita se ha convertido. Oye misa los domingos y se confiesa todos los sábados.

—Y bien! se puede ser todo lo que tú quieras, pero eso no obsta para que se tengan sus bíblicos temores en las noches solitarias..

***

—Olvidarte?—Yo lo quisiera, pero me es imposible!

***

Tú tienes, en verdad, ojos tan bellos, y encantan tus miradas de tal suerte, que, ver tus ojos y no verse en ellos es ver la vida y encontrar la muerte!

***

La reina Mab se divierte. Una vieja de ochenta inviernos ha soñado anoche con los amores de un galán de veinte años, y se ha entretenido esta mañana en amarrar sus canas con cintas azules..

***

Pensamiento:

—Habiendo yo sido su primer amor, no me importa que hoy ame á todo el mundo.

EL CANTO DEL CÓNDOR

A RICARDO FERNÁNDEZ MONTALVA

SOBRE mi frente el límpido
azul del firmamento,
bajo mis piés la altísima
montaña secular:
yo tiendo el vuelo rápido
cuando despierta el viento,
y caigo en sueño próvido
cuando se agita el mar.

«La humanidad... ¡Cuán mísera!
Yo valgo más que ella:
posado en la cumbre áspera
más cerca estoy de Dios;
y su divina cólera
contemplo en la centella
que, el aire hendiendo alígera,
la muerte deja en pos.

«Del sol el disco fúlgido
no turba mi mirada:
sus resplandores vívidos
atráenme do quier;
y veo en él con júbilo
mi imagen reflejada,
cual sobre espejo nítido
de sin igual poder.

«En los peñascos cóncavos
el agua fresca bebo
que las brumosas túnicas
depositando van,
y los despojos lívidos
que entre mis garras llevo,
del polvo en sangre áun húmedo
recojo con afán.

«Yo veo, insomne y plácido,
rodar los ventisqueros
que el hombre juzgó inmóviles,
en la región del sud;
los derretidos témpanos
que acrecen los esteros,
los diáfanos carámbanos,
el vertigoso alud.

«Mi estirpe es clara y lúcida.
¡Oidme! Yo desciendo
de los gigantes cóndores
que en la pasada edad,
sobre el cadáver rígido
del invasor cayendo,
graznaron con estrépito:
«¡O muerte ó libertad!»

«Sus grandes alas túrgidas
batieron mis abuelos
sobre los campos áridos
del Roble y de Maipú;
y yo, más tarde, ¡oh pátria!
en pié sobre los hielos,
dos pueblos ví, que armábanse
mientras dormías tú.

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1895 NÚM. 10

«Yo ví en el ancho piélago,
sobre indefensa quilla,
á un capitan indómito
envuelto en su pendón;
y ví sus restos gélidos
tendidos en la orilla,
de la enemiga pléyade
con muda admiración.
«El rostro ardiente y cárdeno
del héroe de Chorrillos,
en medio el caos bélico
cien veces refresqué;
y el tricolor simbólico
en plazas y castillos
de los vencidos émulos,
alzado contemplé.
«Y firme, en la alta cúspide,
sin abatir la frente
ante el cansancio físico
de la vigilia—estoy;
y los rumores bélicos
que suben del Oriente,
escucho, y el ¡apréstate!
con mis graznidos doy.
«Yo soy de Chile el árbitro,
y de sus hechos grandes
desde mi solio altísimo
constante inspirador.
Yo soy, monarcas débiles,
el *Cóndor de los Andes*:
callad ¡oh turba estólida!
¡Yo soy vuestro señor!»

Julio Vicuña Cifuentes.

Baturrillo

PROPIAMENTE, aquello del genio irritable de los vates no reza con el señor D. Sandalio Letelier.

Por una razón muy sencilla.

Porque don Sandalio no es vate, ni cosa que se le parezca.

Sin embargo, con motivo de haber dicho yo que don Sandalio no es fabulista, ni gana, me expeta una nueva fábula, con la cual sin quererlo corrobora mi aserción.

***

La cual fábula se titula *El Gallo y el Tiuque*.

Para D. Sandalio, tratándose del apólogo, todo es permitido; y, dentro de este criterio, toma á los dos primeros pájaros ó animales que halla á mano, sin cuidarse de si puede haber relación entre ellos.

¿Tiene relación el tiuque con el gallo? Ninguna. Es posible que no se han tratado jamás, porque el gallo se lo pasa, como lo dice el señor Letelier, en su gallinero, y el tiuque en el campo, atisbando los gusanillos que el surco del arado descubre en la tierra.

Pero D. Sandalio los hace amigos y lleva, ni más ni menos, de la mano, digo, de las alas ó de las patas, al tiuque cerca ó dentro del gallinero:

Cantando se hallaba un día
un gallo en su gallinero
y con tono placentero
(que es un zipio majadero)
co-co-ro-có repetía.

Supongamos que los renglones anteriores fueran versos admisibles, se me ocurre decirle al señor Letelier, que no ha estudiado, como el padre Valdesebro, la vida y costumbres de los animales.

A nadie se le ocurre, al hablar del canto del gallo, representar este con el *cocorocó*. Todo el mundo, los niños inclusives, que lo practican en sus juegos, dicen *quiquiriquí*. Más propio es que la gallina diga *cocorocó* que no el gallo.

El señor Letelier cree, como autor de la última fábula, que el tiuque le tiene envidia al canto del gallo. ¡Si no hay tales gallos ni tiuques, señor Letelier!

Y luego explica cómo el gallo contestó á la observación del Tiuque:

Yo para Usía no canto

Pero ¿es cierto que el gallo, creyéndose superior al tiuque, le trata de *usía?* ¿O será por razón de que el *tú* ó el *usted* dejaban cojo el verso?

Yo para Usía no canto.
Si le desagrado tanto,
Volarse, y se acabó el cuento!

Eso digo yo también, con la diferencia de que, antes de volarse el tiuque, debe volarse el mal cantor.

***

Por la moraleja de la fábula del señor Letelier, se desprende que nuestros oidos han de estar expuestos diariamente á los descompases del primer coplero á quien se le ocurra ponerse á cantar en las calles. ¡Qué ha de ser eso, señor Letelier, moraleja! La moraleja debe consistir en una sentencia saludable y no en una majadería.

Si los que reconocen que el cielo no les dió fuerza para más, quieren entretenerse en hacer versos malos, háganlos enhorabuena.

Pero en familia.

Es decir, que el público no se dé cuenta de ello.

Porque, de nó, silba. Y silba con razón, pues las cosas domésticas, deben pasar de puertas adentro.

En resumen, los fabulistas caseros deben quedarse en casa.

Antón Perulero

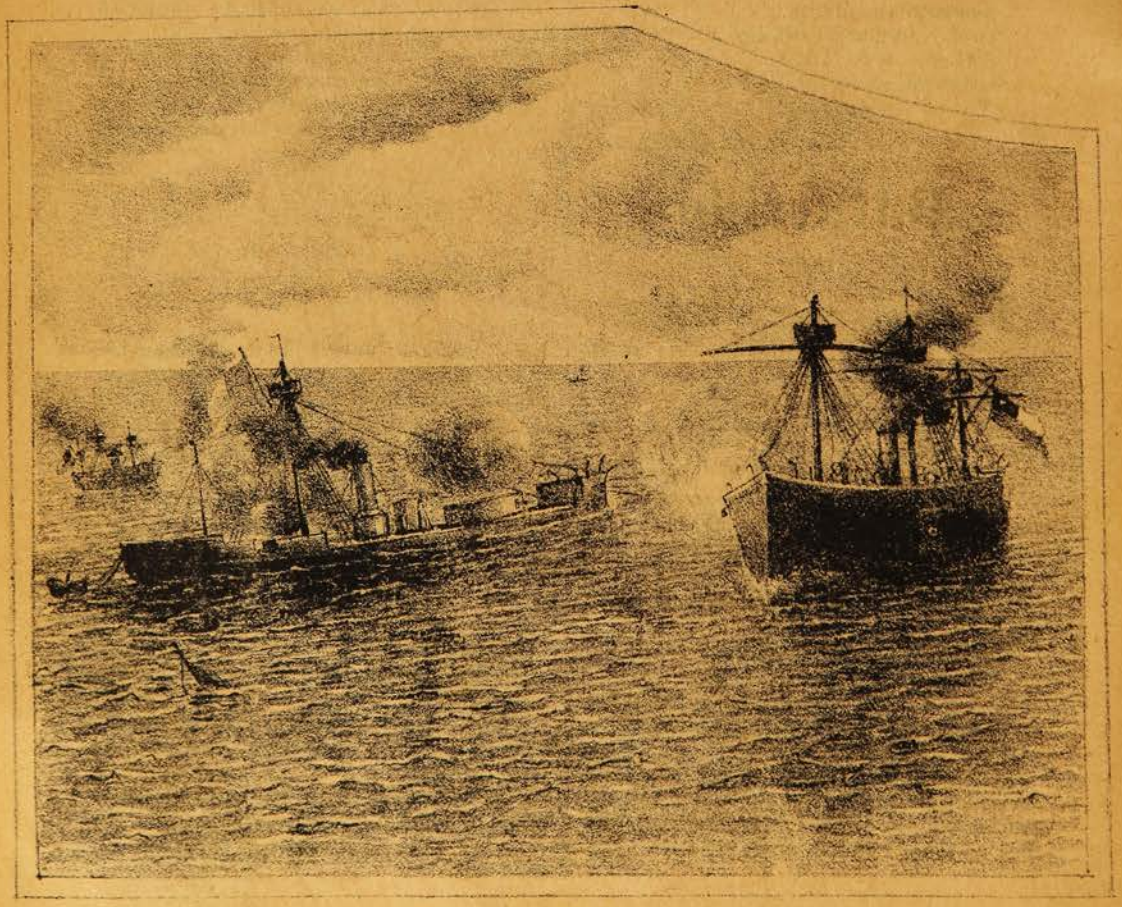


TEATRO MUNICIPAL

Sr. Achiles Sthele

TENOR ABSOLUTO





El combate de Angamos.



La nota cómica del día.



Te compadezco! Te felicito!

AÑO 1 SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1895 NÚM. 10

MINIATURA

Yo sé que en vano á ser tu dueño aspiro;
yo sé que en vano ser tu esclavo espero,
y sin embargo... sólo á ti te quiero,
y sin embargo... sólo á ti te miro.

Yo sé que ni odio ni pasión te inspiro;
yo sé que tienes corazón de acero,
y sin embargo... por tu amor me muero,
y sin embargo... por tu amor deliro.

Ignoro, niña, si este amor concibes
y si, al saber que sin piedad me hieres,
lograré, al fin, que de reir te prives;

Ignoro si aman, como yo, otros seres...
yo sólo sé que vivo porque vives;
yo sólo sé que moriré si mueres!

J. Federico Barreto

Perú, 1895.

REBECA

I

Rebeca, la pastora de blondos cabellos y nevado cutis, vaga por los prados, resplandeciente de alegría su hechicero rostro.

No conoce la niña de quince primaveras las espinas y abrojos que crecen en el erial de la existencia.

El sendero que su planta ha recorrido, está todo sembrado de flores.

Ni la mas ligera sombra empaña el blanco cristal de su alma pura.

La dicha le sonríe por todas partes.

Sus corderos y cervatillos la siguen, juguetones, á donde vá.

La brisa pasa murmurando á sus oídos tiernas frases de amor.

El arroyo le canta endechas apasionadas.

Y las avecillas que vuelan á su alrededor le cuentan, con su armónico lenguaje, pequeñas historietas de hadas y de príncipes con mantos de azul y escarlata.

Rebeca, la linda zagala del valle, es feliz.

II

Ricardo, el primogénito del señor de la comarca, se consume lentamente, víctima de extraña y desconocida enfermedad.

Ya no pasea por los bosques de su heredad; la trailla descansa en la perrera, y los fogosos corceles devoran ociosos el pienso en las cuadras.

En el soberbio palacio de los condes de XXX reina la más profunda tristeza.

Hábiles facultativos no han podido descubrir el mal que lleva á Ricardo camino de la tumba.

Pero nosotros lo sabemos.

Yendo de caza una mañana, el joven heredero divisó en el bosque á Rebeca, la pastora, y sintió latir repentinamente su corazón.

Tornó á verla una y otra vez sin que ella lo notára, y desde entonces perdió para siempre la calma.

Ricardo era honrado, y jamás pasó por su mente la idea de atentar contra la virtud de la linda zagala.

Sofocando su ardiente pasión, no se atrevió á acercarse á ella para confesarle el estado de su alma.

¿La llevaría á compartir el tálamo, ofreciéndola el dulce nombre de esposa? Imposible!

Sus padres no lo consentirían jamás. Eran demasiado orgullosos para permitir que se mancharan sus blasones, incorporando á la familia á una plebeya!

El pobre Ricardo sufría, pués, en silencio.

III

—Yo creo que la leche de mis cabras podría devolver la salud al señorito, se dijo una mañana Rebeca, que tenía noticias del estado angustioso del joven visconde de XXX, y ordeñando la mas hermosa del rebaño, llenó su cántaro, que llevó á la mansión señorial.

Los padres de Ricardo no conocian á Rebeca, de manera que al verla se quedaron deslumbrados ante su hermosura, y, mucho más, ante el virjinal candor que trasparentaban sus ojos, color del cielo.

La condujeron á presencia de su hijo, para que ella misma ofreciera á Ricardo el precioso néctar.

Y el joven enfermo, temblando de emoción, asió el cántaro de la pastora para llevarlo á sus labios, pero éste se escapó de sus trémulas manos, yendo á romperse en mil pedazos sobre el pavimento.

IV

Las campanas de las altas torres del Castillo repican con alegre són.

Al pié de la escalinata del templo aguarda una multitud de aldeanos, vestidos con sus trajes de gala.

En todos los semblantes se retrata la mas franca alegría.

Del interior de la iglesia, precedidos de brillante comitiva, sale Ricardo, radiante de felicidad, conduciendo de la mano á Rebeca, la pastora, mas hermosa que nunca con su blanco traje de raso cubierto de nívidos azahares.

V

La leche de las cabras de la zagala del valle habia devuelto la salud al joven visconde de XXX asegurándole á la vez eterna ventura.

Raul.

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1895 NÚM. 10

LA CANCIÓN DEL POETA

SOBRE la inmensa esfera
resplandecía el sol.—Era la hora
en que es más seductora
la risa de la joven primavera.
Del bosque pintoresco
bajo el verde ramaje,
donde el aire es más fresco
y más lleno de tintes el paisaje;
donde el suave murmullo
del arrollo adormido,
mezcla sus notas al ardiente arrullo
de la blanca paloma sobre el nido;
tomó el laud sonoro
el poeta inspirado,
y, pulsando las ricas cuerdas de oro,
entonó el himno lírico.
El amado
que reclina la frente
sobre el seno temblante
de la amada gentil, y que se siente
acariciado por la mano amante
del anjel de su amor; no tiene acentos
más llenos de terneza.
Aún quedan en el ala de los vientos
las notas de aquel himno á la belleza!

***

Amo el rayo de luz, la onda clara,
las flores entreabiertas.
Amo la rica y rara
impresión de frescura
de las selvas desiertas.
Amo el arrullo, la encendida nota
que cadenciosa brota
impregnada de amor y de ternura.
Amo la hoja verde
que se extremece al soplo de las brisas;
la fuente que se pierde
bajo un manto de flores;
las voces indecisas
de la rama que cruje.
Amo los resplandores
que, con soberbio empuje,
barren la sombra triste, abrumadora;
lo gota de rocío
del caliz virjinal, y la sonora
fertil ribera del inmenso rio.
Amo el mar: sus tranquilas majestades,
y sus cóleras locas,
la ola, que al rujir las tempestades,
coronada de espuma,
batalla con las rocas;
el tul tenue y plateado
de la ondulante bruma,
y el reguero de oro incandescente
del rayo fulminado,
á los bordes del lecho, en el poniente!
Amo el corcel airoso
que conduce á los heroes á la lucha,
el pabellón glorioso
que se agita en los campos de batalla,
y el trueno que se escucha
cuando ruje el cañón y la metralla.
Amo el laurel que ciñe
la frente de soldados vencedores.
El eco que retiñe
los gritos de victoria,
los vítores, loores,
y los himnos marciales,
que, al entrar por la puerta de la gloria,
se entona á los guerreros inmortales
Amo los labios frescos
de las vírjenes rubias, soñadoras;
los rostros picarescos;
las manos seductoras;
el rayo abrasador de la mirada
que enciende los amores instantaneos,
el alma enamorada
y el delirio del vértigo en los craneos!
Amo el suspiro ardiente,
el roce de las manos,
el pudor en la frente
y los celos tiranos.
Amo el desasosiego
de los pechos amantes,
la caricia de fuego
y la luz del placer en los semblantes.
Amo leales corazones francos;
el incienso que brilla en los altares;
los velos tenues, blancos;
y la novia cubierta de azahares.
Amo la dulce madre, que vijila
el sueño de sus hijos,
que muestra la virtud en la pupila
y tiene en el deber los ojos fijos;
que abnegada y sublime
forma los corazones,
que consuela al que jime
y salva á los que arrastran las pasiones;
que á soportar la vida nos alienta,
que es la sola ilusión que nunca muere,
el puerto más seguro en la tormenta,
la única persona que nos quiere!
Amo el bien; lo que labra
el bronce de la estátua majestuosa;
lo que surje y palpita en la palabra
del genio prepotente,
lo que forma una aureola esplendorosa
al rededor de la inspirada frente!

***

Así cantó el poeta.
En la floresta
murió el sonido de su voz vibrante.
En los calientes nidos,
sonaba en ese instante
la hora de la fiesta.
De amor extremecidos,
los pájaros cantores,
saludaban al sol, que se moría
en tumba de rojizos resplandores;
en tanto que la luna,
radiante de fulgor y poesía,
con su corte de estrellas, esplendente,
se alzaba de la cuna
del nacarado oriente!

R. Fernández Montalva

Litografía, LUIS F. ROJAS y C.ª
Calle del Estado núm. 34, frente al Pasaje Matte
SANTIAGO
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS
Litográficos y Tipográficos



Érase un joven...



que se moría de hambre
delante de los escaparates.



Comenzó á escribir...



y logró grandes triunfos.



Al fin murió de miseria.

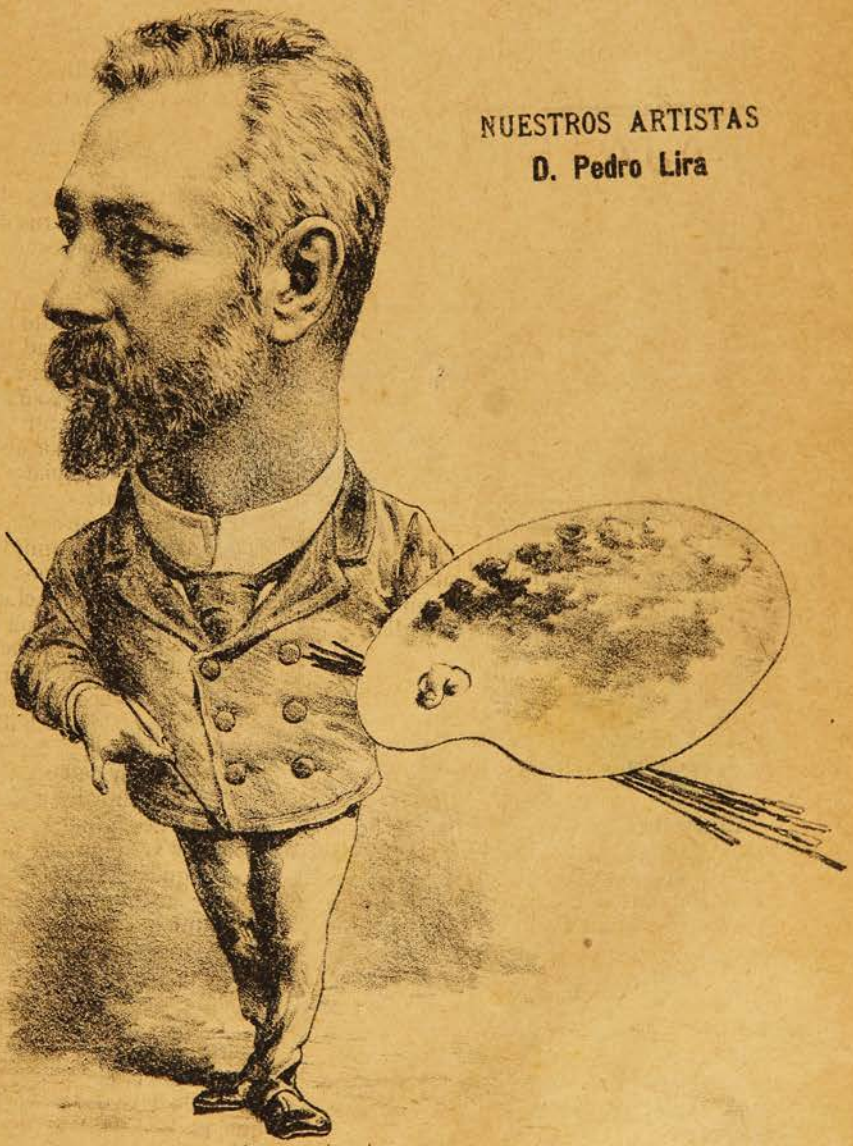


y, delante de su estatua pedían
limosna su viuda é hijos.

La Revista Cómica

NUESTROS ARTISTAS

D. Pedro Lira



Van trazando sus pinceles
en rica tela dorada
una página ignorada
del album del viejo Apeles.

AÑO 1 SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1895 NÚM. 11

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR, **R. Fernández Montalva**

DIRECTOR ARTÍSTICO, **Luis F. Rojas**

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 3.00
Por medio año (25 »)..... 1.50

Número de la semana..... 0.05 cts.
Id. atrasado..... 0.10 »

Oficina y Administración-Estado 34
Casilla, 1106, Teléfono, 1273

PAJA PICADA

MANÓN, reclinada en los cojines de su landeau, toda vestida de seda blanca i cubierta de pedrerías, pasa por la ancha avenida, bajo la sombra de los viejos árboles.

En la puerta de los cafées, los mozos rien, haciéndole señas, y un caballero viejo, que lleva del brazo á su señora, disimula su turbación con un acceso de tos seca.

Manón, orgullosa, apenas si deja ver en sus labios la sombra de una sonrisa, ante el escándalo de su hermosura i de sus galas.

Una vieja, toda harapienta, la cabeza anudada con un gran pañuelo á cuadros, gruñe con dignidad, mientras barre un lodazal:
—A su edad... si yo hubiera querido...

***

Yo haría una pregunta:

—Si todas las mujeres, sin excepción, engañaran una vez á sus amantes ó maridos, ¿en qué época preferiría usted el engaño?

***

Allí estaban los dos, en la alcoba perfumada y tibia...

Ella, de pié, altiva, con una de sus manos cubría su seno con los encajes desgarrados, y con la otra apartaba de su frente los rizos de su magnífica cabellera rubia, destrenzada.

El, arrojado en un diván, se cubría la cara con las manos, y lloraba desesperado no poder perdonarle su delito...

Sobre la chimenea un Mefistófeles en terracota, abría su boca sin dientes riendo burlescamente, cruzado de brazos, acariciándose el mentón...

AL EGREGIO POETA ESPAÑOL

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

¡POBRE Gaspar!... Si con gentil largueza
vertió naturaleza
sus dones mil en tu inspirada mente;
y si, premiando tu valer, el mundo
con respeto profundo
en lauro eterno coronó tu frente;
Dios ¡ay! probar tu sufrimiento quiso,
antes que al Paraíso
volara tu alma; y con rigor notorio,
por castigar los inocentes daños
de tus primeros años,
te designó en la tierra un Purgatorio.
Ya me parece ver el ceño adusto
del Sér Magno y Augusto,
y oir su acento atronador y grave,
que, dominando la terrestre lucha,
grita:— «¡Gaspar! escucha
el justo fallo que á tus culpas cabe!
«Atiza, atiza tus recuerdos, hijo,
y con ardor prolijo
piensa y medita en tu pasada historia:
verás cómo al instante te remuerde
de aquella edad tan verde
la abrumadora y tétrica memoria.
Hoy, pués, tus culpas á penar me entrego,
y ensayaré en tí luego
el vasto plan que por ahora callo.
No emplearé la expiatoria llama:
el mundo, que te aclama,
se encargará de ejecutar mi fallo!
Dijo; y la tierra vomitó cien coros,
que en rebuznos sonoros
cantan los goces que el amor esparce.
Mas ¿sabéis quiénes son esos cantores?
—Son los *imitadores*
del pecador Gaspar Núñez de Arce.
Son los podencos de esa gran jauría
que plagia cada día
del bardo ilustre la fecunda idea;
son necios sin pudor y estrafalarios,
vampiros literarios
ansiosos de chupar la miel hiblea.
Son los verdugos del insigne vate,
que á todo disparate
que de sus plumas incansables brota,
llaman *imitación* del bardo agregio,
(¡terrible sacrilegio!)
jugando con su nombre á la pelota.
¡Pobre Gaspar! Ni á Tántalo, imagino,
más horrible destino,
suerte más dura y desdichada cupo,
que la que el cielo en su implacable ira
le deparó á tu lira,
que, grata, solo deleitarnos supo.
Mas si hoy te agobia la desgracia impía,
pronto lucirá el día

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1895 NÚM. 11

en que, venciendo el mundanal delirio,
de la inmortalidad la augusta diosa
descenderá piadosa
á resarcirte de tan cruel martirio.
No desmayes, Gaspar, por más que airada
la jauría porfiada
te acose y roa, te calumnie y hiera:
piensa en el premio que obtendrás más tarde,
y, sin llanto cobarde,
con la mirada en Dios, *sufre y espera*.

Julio Vicuña Cifuentes.

Baturrillo

COMO la literatura es una planta que oy en Chile corre peligro de marchitarse, todo el mundo procura ya prescindir de ella.

No hay duda de que es mucho más expedito escribir mal que bien.

De ahí que las gentes poco leídas pregonen que el buen decir es cosa que no vale la pena de preocupar el entendimiento de nadie.

Cualquiera que hoy se haya atiborrado de un poco de lectura científica, sin digerir nada de ésta, sostiene á pié juntillas que la literatura no tiene importancia alguna en estos tiempos, y que lo único que debe preocuparnos es deslindar lo *cognoscible* de lo *incognoscible* y otras cosas del sistema spenceriano.

***

Dentro de este concepto, sucede que ahora nuestros documentos oficiales salen de manos de sus redactores plagados de incorrecciones y disparates.

El diputado no se cuida en sus discursos de concluir las oraciones, completándolas siquiera con el verbo; el ministro redacta decretos de significación ambigua, llenos de considerandos de lugares comunes; el juez expide sus sentencias en forma tal que se necesita de otro juicio para interpretar en definitiva la resolución. Y así la cadena es interminable.

¿Y nuestra diplomacia?

Da grima leer algunas comunicaciones diplomáticas, donde se ve la más absoluta falta de toda noción gramatical y hasta de lógica.

Y, si esto ocurre con funcionarios de orden superior ¿qué queda para los subalternos?

***

O hablamos el castellano ó no lo hablamos.

Si lo primero, debemos ajustarnos á las leyes de este idioma.

Si lo segundo, no debemos vincular nuestra literatura á la española.

Dejémonos, en consecuencia, de citar á Cervantes como uno de nuestros maestros.

Hagamos un idioma aparte, como lo quiere el Consejo de Instrucción Pública, que adopta sistemas ortográficos de carácter general con una tranquilidad estoica.

¡El Consejo de Instrucción Pública creando ortografías!

Ni más ni menos.

Aquello es una ortografía andrógina, que participa de ambos sexos. En parte se sigue á la Academia, en parte á Bello y en parte á cualquiera de los miembros del Consejo.

¡Y vengan después á decirnos que no tenemos sabios!

¡Y dígasenos que no sabemos inventar nada!

Desde que don José Joaquín de Mora dijo que hablábamos

lengua española vuelta algarabía

¡cuánto hemos progresado, Dios mío! Porque ya aquello de lengua española es un anacronismo entre nosotros.

Hoy no se habla en Chile español ó castellano, como VV. quieran.

Hoy se habla chileno.

Debemos esta invención al Consejo de Instrucción Pública, que pregona sus leyes en los *Anales de la Universidad*.

Antón Perulero

SOBERBIA

EN vano pones en odiarme empeño
y te muestras conmigo huraña y fría;
yo he soñado una noche que eras mía,
y he de morir ó realizar mi sueño.

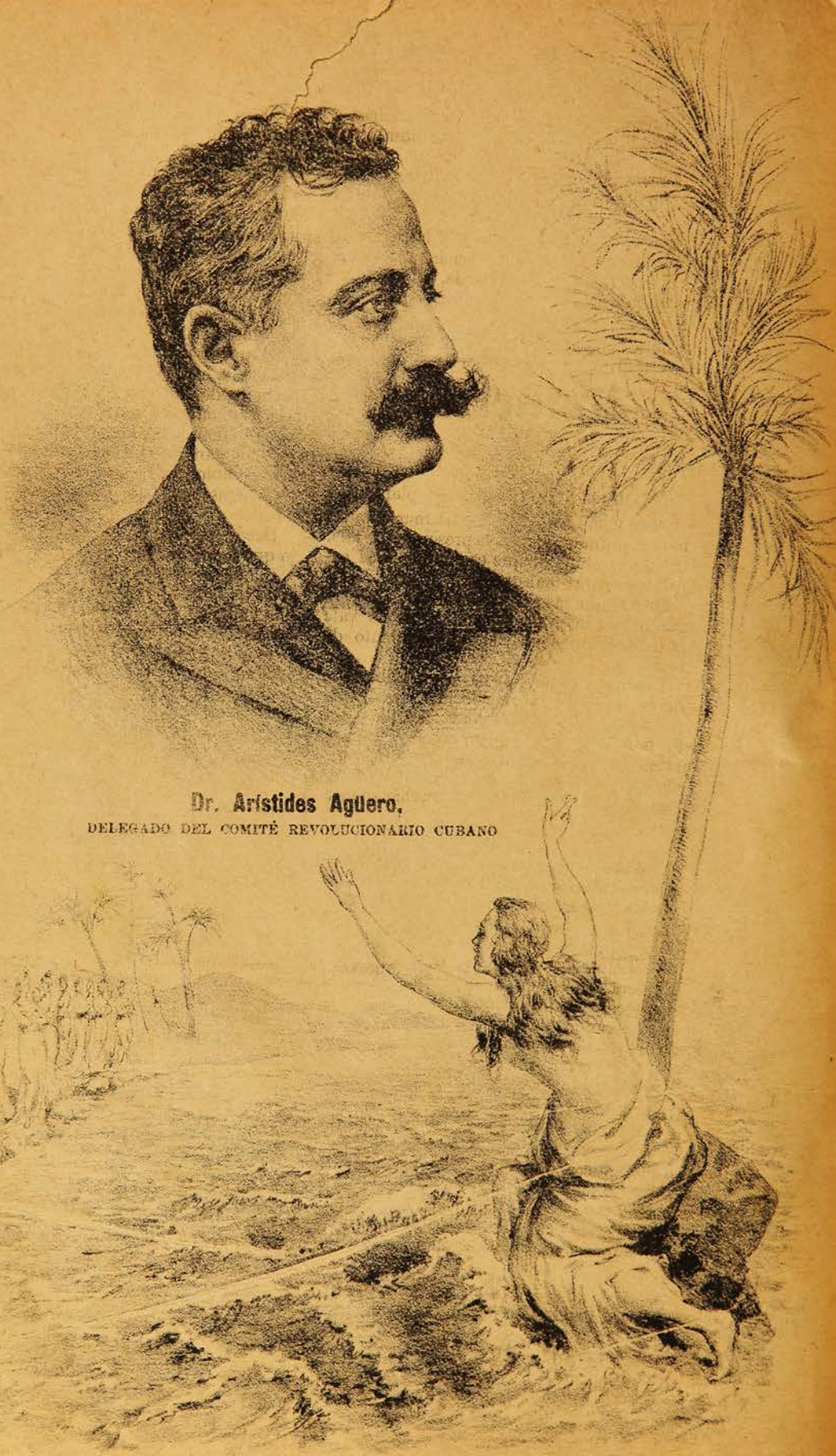
En vano arrugas tu adorable ceño
para probarme ¡ingrata! tu energía,
antes de mucho, en no lejano día,
yo seré ¡vive Dios! tu único dueño!

¿Te ríes? Bien! Acepto el desafío,
más debes de saber, arcángel mío,
que si algún día me abandona el cielo

y otro hombre logra que tu amor irradie,
te mataré cien veces, como Otelo:
¡ó serás mía ó no serás de nadie!

J. Federico Barreto

Perú—1895.



Dr. Arístides Agüero,
DELEGADO DEL COMITÉ REVOLUCIONARIO CUBANO

Egoismo americano



Una Julieta moderna.



Luis Pasteur

† EN PARIS, EL 28 DE SEPTIEMBRE ÚLTIMO



¡Cuándo tendremos otro empréstito chileno!



¡No me diga Vd. esas cosas!

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1895 NÚM. 11

TUS OJOS

(EN UN ALBUM)

—

En la fresca mañana,
cuando una brisa suave
entreabre el cristal de tu ventana,
haciendo penetrar la luz del día,
¿sabes, Hortensia, lo que dice el ave
entre el ramaje de la selva umbría?

Pues yo, que soy poeta
que el idioma interpreta
de los amantes pájaros cantores;
yo te diré que el ave, entusiasmada,
del sol á los primeros resplandores,
canta que es más divina y seductora
la luz de tu mirada
que la luz de la aurora!

Cuando la dicha y la serena calma
se pierden de la vida en los abrojos,
hacen nacer auroras en el alma
con sus miradas, tus hermosos ojos!
y ¿cómo comparar, amiga mía,
la aurora que abrillanta el firmamento,
con la aurora de dulce poesía
que brota con la luz del sentimiento?

El cielo, deseoso
de lucir su poder y su riqueza,
dió á la naturaleza
del arroyo el murmullo cadencioso,
el beso de la brisa perfumada,
de la luna el brillar, del ave el trino,
el rocío, las flores, la enramada;
á tí te ha dado un algo más divino:
te ha dado la mirada!

Esa mirada, de ternuras llena,
que el fondo de las almas ilumina;
que las densas tinieblas de la pena
dispersa y extermina;
que es manantial purísimo, infinito,
de gracia, sentimiento e inocencia;
que conmueve los pechos de granito
y les enseña del amor la ciencia!

Son, Hortensia, los ojos,
espejo de las almas bondadosas,
y dicen muchas cosas
cuando miran sin odio y sin enojos;

El amante rendido,
la verdad busca en ellos
de si es ó nó su amor correspondido:
que no mienten amor los ojos bellos!

Así como en la llama delicada
las mariposas mueren amorosas,
son los hombres, á veces, mariposas
que mueren en la luz de una mirada!

Jamás la nube de un amargo duelo
encubra de tus ojos la hermosura,
y sea para tí la vida, un cielo
de armonía, de amor y de ventura!

R. Fernández M.

Los Mendigos

No sé dónde.... quizá la noche en que cené con Margarita en casa de Federico—me contaron esta historia. Federico es un buen muchacho, amigo del ajenjo y de contemplar, á la luz indecisa de la mañana, la mesa de cena con su vajilla en pedazos y sus manteles húmedos de champagne, rodeada de rostros jóvenes y bellos, palidecidos por el insomnio y el amor...

***

Era una hermosa muchacha, aquella mendiga que, todas las mañanas, los ojos sin luz y los labios mudos, tendía la mano, pidiendo una limosna bajo el arco inmenso de la entrada del templo.

Más de un mozo sentía ideales que lloraban en su corazón, al ver esa Venus de Milo que, á pesar de sus imperfecciones, producía la sensación magnífica de los supremos embelesos.

La conducía un muchacho de diez años, un pilluelo, que la dejaba sola horas enteras para ir á jugar con otros holgazanes en un jardín público cercano.

Sucedió que un dia, el bribón del lazarillo, topó con una moza de su edad, que le dió pastillas de menta y le puso en el ojal de su blusa sucia y rota, una flor recogida al borde del arroyo, que había sido arrojada al suelo y pisoteada por un galán, después de sorprender á su novia hablando con su rival en la puerta de su casa.

Y ¡cosa rara! También ella, la andrajosa, tenía por oficio conducir á su sitio acostumbrado á un joven mendigo, sordo y mudo...

Fué idea peregrina y feliz de aquellos dos enamorados de diez años,—para quienes los harapos de la miseria, dorados por el sol de la juventud, eran túnicas reales de emperadores destronados,—unir á sus amos.

Así, una mañana, la gente devota que salía de la iglesia, llorando aún las amarguras de un sermón de semana santa—encontró, al lado de la mendiga hermosa, á un joven harapiento que, como ella, mostraba también ojos sin luz y labios mudos...

Los dos estaban cerca, tan cerca, que, con alargar sus manos, podían tocarse. Pero, cómo podían saberlo en el silencio de sus noches eternas?

***

Sucedió...

Recuerdo ahora, que, cuando me contaron esta

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1895 NÚM. 11

historia, Margarita tenía un traje blanco de descote, y en uno de sus magníficos hombros desnudos, mostraba un lunar que me tenía ciego de mirarlo.

Sucedió en un día de invierno.

Los mendigos, tiritando de frío, alargaban sus manos en actitud suplicante... pero, nada caía en ellas.

La devoción había tenido miedo aquella mañana de coger un romadizo.

De pronto, sus manos se tocaron y se unieron.

* * *

Y cuando los enamorados de diez años,—que había pasado el tiempo fabricando duendes jorobados con la nieve, en medio de la calle,—volvieron para conducir á los mendigos, se quedaron absortos, contemplando una escena maravillosa, inexplicable.

Sin verse, sin hablarse, con tan sólo estrechar sus manos un instante, aquellos dos seres habían escuchado en sus corazones la voz de los sexos, que ordena amarse los unos á los otros, y sus labios mudos se unían en un beso...

R. F. M.

EL MONO Y EL PAVO

UN día que hambre tuvieron,
y por ganarse un ochavo,
un Mono joven y un Pavo
á la palestra salieron,

Donde el sesudo auditorio
que á verlos allí acudía,
al más gracioso daría
el premio, como es notorio.

Mostróse el Pavo primero,
y aunque en bailar se dió prisa,
no consiguió una sonrisa
de aquel jurado severo.

El Mono á su vez salió,
y sólo al verle salir,
con gran contento á reir
la concurrencia se echó.

Y entre alegres ovaciones
le acordaron á porfía
el premio, que consistía
en muchos buenos doblones.

Deben de esto aprovechar
los que en la arena se lanzan
sin méritos que alegar,
porque, si bien todos danzan,
no todos saben danzar.

Nadie.

LA DUDA

Del huracán á los violentos giros
el ponto brama, y con sus ondas moja
el fuerte muro, y nauseabundos *huiros*
y hermosas perlas á la playa arroja.

Cuando agita la duda el pensamiento
con suspicacias que su calma agotan,
como del ponto que conmueve el viento,
huiros y perlas de su seno brotan.

J. V. C.

LIBROS RECIBIDOS

EDUARDO DE LA BARRA.—EL ENDECASÍLABO DACTÍLICO. *Estudio crítico-histórico, Un romance arcaico.—Rosario de Santa fé. J. Ferrazini y Comp.*—1895.—1 v., 88 pags.

Con motivo de un artículo de Clarín en que negó que fuera *verso castellano* el endecasílabo dactílico, que usó Rubén Darío en su *Pórtico* á un libro de Salvador Rueda,—el señor de la Barra, entra en el análisis crítico é histórico de dicho verso, probando, con numerosísimos ejemplos, que se encuentra usado, desde muy antiguo, en las obras poéticas de célebres autores españoles é italianos.

La última parte del folleto, sin relación con la anterior, comprende un romance en español antiguo, con el cual colaboró el señor de la Barra en un Album que se obsequió por sus amigos al señor Guido Spano.

EMILIO RODRÍGUEZ M.—*(A de Géry)* GOTAS DE ABSINTIO.—*Prólogo de Rubén Darío. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes. 1895.*—1 v., 74 pags.

Contiene once cuentos, á estilo de los de Edgardo Poe algunos, que se titulan: *El sueño de un borracho; Musotte; El último beso; El pequeño clown; Poe; Un soñador; Bohemios; El relato del cuervo; Luciérnagas; Gervais, y Nocturno.*

Litografía e Imprenta
LUIS F. ROJAS y C.ª
Calle del Estado núm. 34, frente al Pasaje Matte
SANTIAGO
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS
Litográficos y Tipográficos
Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos
Precios Módicos

Imp. i Lit. Estado 34.



Gedeón es muy pobre;



pero, pide un par de pantalones á un amigo;



á otro un frac;



sombrero de pelo á un tercero;



y vestido con estas prendas,



hace la corte á las muchachas buenas mozas.

La Revista Cómica

NUESTROS LITERATOS

D. Luis Rodríguez Velasco



La musa de la Elegía
al brindarle sus encantos,
impregnó todos sus cantos
de dulce melancolía.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1895 NÚM. 12

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR, R. Fernández Montalva

DIRECTOR ARTÍSTICO, Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 3.00

Por medio año (25 »)..... 1.50

Número de la semana..... 0.05 cts.

Id. atrasado..... 0.10 »

Oficina y Administración-Estado 34

Casilla, 1106, Teléfono, 1273

PAJA PICADA

DESESPERADO, arrojó la pluma, y asomóse al balcón. Era la tarde. Las copas de los árboles, doradas por el sol poniente, se ajitaban sollozando...

Pasó un carruaje descubierto, con cuatro niñas jóvenes, vestidas de rosa, que reían alegremente.

Una de las muchachas alzó su mano enguantada y señaló á sus compañeras aquella silueta fantástica del mozo pálido, los cabellos en desórden, que inclinaba el cuerpo peligrosamente fuera del balcón para mirarlas á ellas.

¿Qué dijo?

Cuando hubieron desaparecido á lo lejos, como visión primaveral desvanecida por intempestiva sombra de invierno, en la mente del poeta cantaron las aves azules el himno de las sensaciones nupciales.

Tomó la pluma de nuevo, y sobre la hoja en blanco, con caracteres nerviosos, escribió una palabra:

—Fatalidad!

***

Con el semblante muy serio
dijo en el teatro el bufón:
—Se suspende la función
por falta de Ministerio.

***

Mientras tomábamos una copa de ajenjo, antes de comer, en la terraza del café, me dijo un amigo:

—¿Qué harías tú, si no existiese el ideal?

Estaba mirando á una desgraciada, cubierta de seda y muerta de hambre, que me hacía señas desde el otro lado de la calle.

—¿Qué haría?—le contesté—pues, decirle á Palmira que nos acompañase á beber un trago.

8—A. M.—La sigo desesperado.

9—A. M.—Ha vuelto una vez la cara y me ha sonreido.

11—A. M.—Se ha detenido frente á las vidrieras de un almacén de joyas, haciéndome señas para que me acerque.

12—M.—Almorzamos juntos. Ella luce en su brazo un riquísimo brazalete que le he comprado.

2—P. M.—Soy feliz.

3—P. M.—Empieza á molestarme. Me parece que no es la misma mujer de hace una hora.

4—P. M.—Le he dicho que se vaya, y se ha quedado.

4 y media—P. M.—Le he dado un puntapié, y se ha ido insultándome.

5—P. M.—El fondo de la copa de la felicidad, tiene un dejo amargo!

***

Pensamientos:

—Las almas se comprenden mejor en el silencio. Cuando soy feliz, las palabras me molestan.

—Mientras más rico, más tonto. El talento es un vanidoso que gusta de la sombra de la pobreza para lucir mejor.

SONETOS

LA FAMA DE ESCRITOR

(Traducción del italiano, de Guiseppe Giusti.)

LA fama de poeta y literato
tales frutos produce, amigo mío,
que es el más suave, el arrostrar con brío
de necios siempre el importuno trato.

El simple, el ignorante, el mentecato,
y demás bobos de este mundo impío,
libres del entusiasta desvarío
la paz encuentran y el silencio grato.

Pero el *ingenio popular* que suda,
es el asno de un público insolente
que monta en él, sin que á su pienso acuda.

Y ¡ay! de él si intenta resistir valiente!
O el anca inclina á la exigencia ruda,
ó le confunden con la necia gente.

A...

(PÁGINAS DEL *Libro Viejo*)

¡AH! no me exijas que tu hogar frecuente
donde la dicha sin rival impera!
Yo sé que el bien de tu existencia entera
pide este esfuerzo á mi pasión doliente.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1895 NÚM. 12

Caprichosa deidad, ciega, inclemente,
alzando entre los dos una barrera,
hizo que un niño, por mi mal, yo fuera
cuando tú al mundo te lanzaste ardiente.
Otro sér más feliz, si menos tierno,
te abrió muy pronto los amantes brazos,
é hízote suya un juramento eterno.
Y pues respetas tan amargos lazos,
sabe que tu amistad es el infierno
para este corazón hecho pedazos.

Julio Vicuña Cifuentes.

Baturrillo

LA prensa grande no ha dado en la última semana ningún trabajo literario.

Salvo unos *poemas íntimos* de un señor don Juan Eduardo Moreno que *La Ley* publica y que dicen en sus comienzos:

Cuando ese hilo de luz tan inclemente
besó el cristal y penetró hasta el fondo,
el ángel de mi amor bajó la frente
y dió un suspiro entrecortado y hondo.

Antes de hablarnos de ese hilo tan inclemente, debía habernos dicho el señor Moreno de qué hilo se trataba, y no hacer como que estábamos en autos de todo. Lo cierto es que nada sabíamos de ese hilo; y, aunque al principio se nos ocurrió que fuera de la marca N. M. T., calculamos, en seguida, que no había por qué tratarlo de inclemente, cuando su cualidad característica es la resistente, consonante que pudo usar el señor Moreno.

Y, luego, aquello de que el hilo bese el cristal, nos vino ya á persuadir de que el señor Moreno se refería á otra clase de hilos.

Porque los hilos que todos conocemos no besan.

El resto de los poemas íntimos es por el estilo del comienzo, de modo que no entraré por los vericuetos de interpretaciones cabalísticas, en que corre uno peligro de sacar aturdido el cerebro de tanto descifrar ideas é imágenes extrañas.

*

Con todo esto, la versificación del señor Moreno no va tan mal. El señor Moreno—que presumo no peine canas—puede dar con el tiempo algo mejor que estos poemas íntimos.

Al ver la forma de estos poemas, casi me privo de leerlos, persuadido por el momento de que quien los firmaba era el señor Erices Moreno, aquella calamidad que, desde el apartado rincón en que sin duda vive, envía de tarde en tarde sus lucubraciones á *La Ley*, sobre la base de que la ley sobre abusos de la libertad de imprenta, no reza con las injurias á la literatura; pero me tranquilicé pronto, cerciorándome de que no había tal Erices Moreno á la vista.

Va siendo tiempo de tomar ciertas precausiones antes de leer los trabajos literarios que publica la prensa; porque, á las veces, suele también ocurrir que firmas más ó menos discretas estampen soserías increibles que más vale no leerlas.

No estará de más recordar, á este propósito, que hace poco un joven que ha conquistado cierto nombre literario, nos pintaba las resistencias de San Pedro para admitir á una muñeca en el cielo, fundado nada más en que ella se había hecho *pipí* (sic), según se hacía un deber en declararlo la niña que la llevaba en brazos y que instaba al santo portero á que dejase á un lado escrúpulos tan nimios...

Bueno es que el señor Orrego Luco no nos cuente los pecadillos de las muñecas inocentes. Porque no hace falta.

Antón Perulero

NUEVA MAGDALENA

LA frente oscura, la mirada incierta,
un día vino triste, arrepentida,
y de mi corazón llamó á la puerta
con las últimas fuerzas de la vida.

Era una flor que el huracán sombrío
rompió siniestro en su primer aurora,
y que, temblando de pasión y frío,
buscaba alguna luz consoladora.

Le abrí mi corazón, y en los despojos
de mis dulces y muertas ilusiones,
buscó por largo tiempo con los ojos
del amor que le tuve los jirones.

—«De aquellos felicísimos instantes
nada conservas hoy»—clamó afanosa,
y húmedos ví sus ojos suplicantes
entornarse, cual pétalos de rosa.

Era su voz como el amante arrullo
de la paloma en el desierto nido,
como ese tenue, soñador murmullo
de un arroyo en los bosques escondido.

—«Murió—le dije—con mi amor risueño
toda la luz que nuestro sér encierra.
Ya desperté del misterioso sueño
con que se entra á la vida de la tierra.

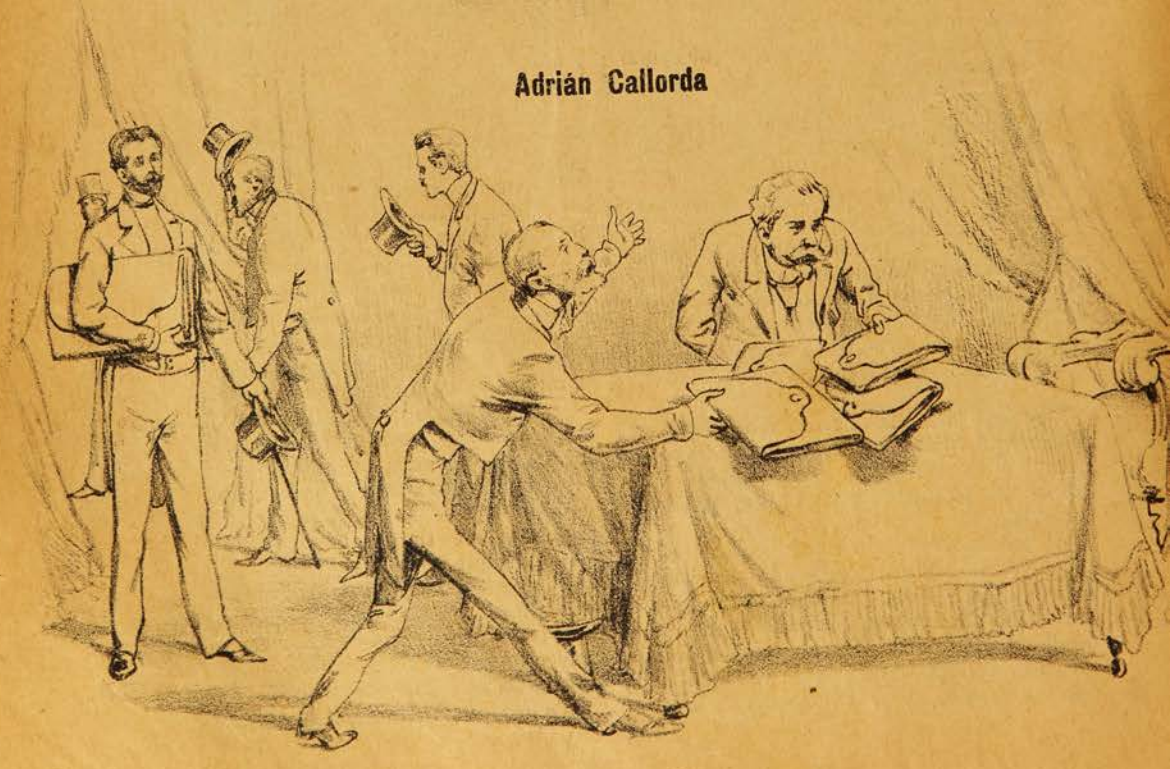
«Todo lo puse un día en la barquilla
de unos amores tiernos, bendecidos,
y tú sabes que lejos de la orilla
sopló la tempestad de los olvidos!...»

Quedó un instante muda, pensativa,
cual bajo el peso cruel de un pensamiento,
y luego levantó la frente altiva
con mezcla de valor y desaliento.

Una lágrima, entonces, de sus ojos



Adrián Callorda





Por haber hecho en el río cosas que muchos hicieron,
los policiales, con brío, en la carcel los metieron,

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1895 NÚM. 12

resbaló como perla cristalina.
—«Si supieras!—me dijo—tus enojos
son agudo puñal que me asesina!
«Yo daría mi vida toda entera
por borrar mi pasado, y nuevamente,
con el fulgor de tu ilusión primera,
ver alumbrada tu serena frente.
«Por ese Dios que en el Calvario un día
murió de amor por redimir los seres,
yo te juro que es mucha mi agonía:
¡soy la más infeliz de las mujeres!...
«Yo fuí por la ambición arrebatada
á la cumbre de anhelos infinitos,
y he sido de repente despertada
de mi negra conciencia por los gritos!
«Soy joven todavía y ya mi pecho
es tumba de gusanos roedores...
Está mi pobre corazón deshecho
y no miro en mi cielo resplandores!...
«Yo tengo á tu perdón derecho santo,
pues, sin tu amor, que relegué al olvido,
no vertería, como vierto, el llanto
de un corazón por la conciencia herido!
«No hay en la vida más fatal destino,
ni tormento más cruel y envenenado,
que hallar á cada paso en el camino
las huellas de un amor que fué burlado.
«¡Cuánto me duele haber, indiferente,
desoido tu ciega idolatría!
Por borrar esta mancha de mi frente
todo el dolor del mundo sufriría!
«Si tú no tienes corazón de roca,
perdona á esta mujer, mujer precita,
que en todo aquello que su mano toca
la maldición del cielo deja escrita!...»

.....

Su cabellera suelta, le caía
por el cuello de nieve, destrenzada,
y de sus ojos límpidos, nacía
como rayo de fuego la mirada!
Había en su actitud altiva y grave,
en su mirar amante y confundido,
la candorosa timidez del ave
y el orgullo del león jamás vencido!
Ya lucía en sus labios la sonrisa,
ya se inclinaba con mortal desmayo,
ya era una flor mecida por la brisa,
ya la alta cumbre do se forja el rayo!
Era una diosa del Olimpo griego
que, arrojada del templo de los dioses,
mezclaba, con lo humilde de su ruego,
el tono imperativo de sus voces!
Mi mano le tendí... su tibio aliento
rozó mi cutis como beso blando...
—¡Perdón!...—me dijo con humilde acento...
y la estreché en mis brazos esclamando:
—«Tú tierno ruego mi rigor quebranta
¡oh, nueva Magdalena arrepentida!
Pues tu alma todavía es pura y santa,
á la vez que el perdón, te doy la vida!...»

Ricardo Fernández M.

FILIGRANA

VEN, Fiametta, y trae tu abanico de nácar verde y rosa.

Yo soy un Watteau, un Lancret, un famoso artista que triunfa en la tela sutil de ese *bibelot* precioso de abanico.

Gavarni me ha regalado su lápiz mágico.

En mi paleta están el arco iris y los cambiantes colores de los aljófares del alba.

Niná, el hada que duerme con los silfos en las corolas cándidas, me ha obsequiado unos cuantos rayos de sol, encerrados en una diminuta caja de lapiz lázuli, que tiene, en la cubierta, una magnífica alegoría de Venus, hecha con diamantes purísimos...

Aquí, aquí! Ahora siéntate en esta otomanita de raso ocre.

Bien. Para principiar, un beso... Ya está. Ahora, chit! Cuidado! No permitas que ese menino ceguezuelo venga á interrumpir la obra de arte.

Venga un rayo de luz de tus ojos negros...

Pero, sabes? Me parece que te vas á poner muy orgullosa con esta joya.

¡Eh! No importa ¡oh! Esto tiene que ser muy lindo, algo fantástico.

Espera, voy á soñar con el Oriente.

¿Quieres chinos con coletas y mechones grises, ó un real champán con los linos desplegados en un golfo asiático? ¿Un templo búddhico? ¿ó el mar Amarillo con menhires jigantescos y brillantes?

Bueno... Bueno! Estás impaciente. Ahora si que empiezo.

*
* *

...Esta es el ave que va, desde la tierra de los obeliscos y pirámides, hasta la gloriosa del griego Príamo, al sarcófago donde duerme Memnón, el ave memnónida.

He aquí las fiestas léneas. Los atenienses festejan al dios de los pámpanos. El poeta triunfa en el certamen.

Ahora, un gran combate jímnico. Los fuertes atletas con el cuerpo lustroso de ungüentos aromáticos, se egercitan en el pugilato.

Una escena medioeval: los arrogantes caballeros van corriendo á clavar las robustas lanzas en la pandorga giratoria; flamean los penachos multicolores, relucen al sol los escudos y las armaduras resistentes; las damas animan á los paladines; los príncipes también toman parte en el torneo; ese doncel apuesto ha triunfado, ha clavado muchas lanzas y el heraldo, con su trompeta de bronce, proclama su victoria

Estas son las pegásides...

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1895 NÚM. 12

Voy á mojar mi pincel en uno de los rayitos de sol... ¿Ves? Una lluvia de oro que cae sobre las siete flores azules, blancas y purpuradas del jacinto, mientras un neuróptero, con sus ojillos brillantes, mira sorprendido.

En ese pebetero se quema el orobias, el más rico incienso.

Aquí, Sagitario; un sicomoro oriental. Mira, el flechero en su actitud cinegética. ¿Verdad que está hermoso?

Y aquí una oropéndola con el pico rojo, con la cola de plumas negras y amarillas. Tiene todo el cuerpo manchado de oro y verde.

...Más todavía? ¿Qué? Pero ya no hay lugar. ¡Ah!... ¿No? Pues, otra cosa.

***

¿Sabes, Fiametta, que tu abanico va á quedar lindísimo?

¿Y, qué le vas á pagar á éste tu complaciente artista?

...Riz-raz. Una raya. Aquí llega la magia blanca. ¿No adivinas? De esta gran violeta de Parma surje el diablillo Cupido, riendo picarescamente con las alitas extendidas, el carcaj á la espalda. Se queda flotando en el aire, sobre aquellos rosales en flor. Va á disparar una zaeta á aquella núbil pensativa que aspira el perfume de un dafne.

Ya le apunta el malvado medio á medio del ondulante seno. Las rosas se purpuran mas, los regios claveles se dilatan, esa tenca diminuta ya abre el pico para lanzar del buche los armoniosos *ritornellos*...

Que quede así...

***

¡Oh! Nunca dejes este abanico, llévalo siempre contigo; que él sea tu confidente, quien recoja tus suspiros, tus sonrisas.

Colócalo junto á tu pecho y háblale de mí, ó bajo la almohada en donde reclinas tu adorable cabecita rubia, y él te dará sueños deliciosos; él te dirá que me quieras mucho, mucho, porque soy un pobre jitano que no tengo á nadie; un pintor de abanicos que se muere de amor; un artista que vive de ideales, que tiene horas muy tristes...

¡Oh! Fiametta, mi adorada Fiametta, quiere mucho á tu esclavo.

Príncipe Azur

EROS

¡AMADA! aquí en mi pecho
arde un volcán. Yo digo las palabras
empapadas en miel y que acarician
como un beso. En mi harpa
sé modular canciones
que alegran y que embriagan
más que el aureo licor de los festines...
Yo sé cómo se ama
sobre los nidos tibios, perfumados...
¡Soy poeta! Tengo alas!
Las rosas entreabiertas,
al beso de la luz se doblan lánguidas.
Hay voces misteriosas en el aire
que hablan del paraiso. En la enramada
se escuchan aleteos
y soñadores cantos...
¡Dulce amada!
ardo en ansia de amor. En la pradera
he visto una paloma, toda blanca,
arrullar con ternura á su palomo
sobre el nido nupcial. Ardiente llama
quema mi corazón... ¡Yo quiero un nido
y una paloma blanca!...

R. F. M.

Correspondencia

Señor A. C. C.—Verdaderamente que *La Felicidad* es muy difícil de encontrar; pero, con estudio y perseverancia, se logran muchas cosas; v. gr.: escribir buenas composiciones literarias.

¡Hasta entonces!....

Señor X. Y. Z.—Se equivoca usted. No es nuestra intención encerrarnos en un círculo de hierro, ni menos desechar sistemáticamente toda colaboración estraña, como usted dice. Por el contrario, no deseamos otra cosa que dar á conocer nombres y trabajos nuevos; pero... (y aquí está el *quid*) que valgan siquiera medianamente la pena de la publicidad á que aspiran.

Señor J. C.—Ni ahora ni nunca: usted no tiene compostura.

La Ondina del Caohapoal, precioso vals publicado últimamente por E. Ortiz de Zárate, se vende en la Litografía Rojas y Ca. Estado 34, frente al Pasaje Matte.

Litografía e Imprenta
LUIS F. ROJAS y Cª
Calle del Estado núm. 34, frente al Pasaje Matte
SANTIAGO
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS
Litográficos y Tipográficos
Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos
Precios Módicos

Imp. i Lit. Estado 34.



Desea Florencio Arbela
ir á sacarse una muela



y la coloca á la vista
del más eximio dentista,



el cual el gancho prepara
y á una dama da la cara,



arrancando al infeliz
la mitad de la nariz

La Revista Cómica

NUESTROS ARTISTAS

D. Alfredo Valenzuela Puelma



Artista de corazón,
busca en la naturaleza
los modelos de belleza
que su pura gloria son.

AÑO 1 SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1895 NÚM. 13

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR, **R. Fernández Montalva**

DIRECTOR ARTÍSTICO, **Luis F. Rojas**

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 3.00
Por medio año (25 »)..... 1.50
Número de la semana..... 0.05 cts.
Id. atrasado..... 0.10 » .

Oficina y Administración-Estado 34
Casilla, 1106, Teléfono, 1273

PAJA PICADA

¿DESPUÉS?

El teatro oscuro, solo, con su pequeña claridad, como una gota de luz suspendida en medio de la techumbre inmensa.

El rey africano, se desviste de sus plumas y pedrerías, y humilde burgués, fumando un cigarro, se va, con las manos en los bolsillos, silvando un aire de la ópera, á tomar una tasa de té sobre el mesón grasiento de un café, que cierra ya sus puertas.

* * *

Yo sé que has llorado recordando aquella historia, y que vendrías á mis brazos, más amante que nunca, si el demonio del orgullo no sujetara tu corazón con brazos velludos y salvajes.

* * *

No te avergüenzas de haber caido, sino de creer que no te defendiste lo bastante.

* * *

Eso es. Cuando llega la hora, se preparan las cuartillas con mucho orden, y se empieza á escribir con caracteres nerviosos, hablando de las cosas azules que brillan, como almas errantes, entre los follajes primaverales de las selvas, bajo la mirada triste de la reina de la noche.

En seguida... á la imprenta.

Pues que no hay nada más facil que tener talento y conquistar la gloria!

* * *

—Me quieres mucho?
—Mucho.
—Más que á tu muñeca?
Una pequeña vacilación.
Luego,
—Mucho más,—con un suspiro.

* * *

Manón está furiosa con los médicos. Su perrita faldera se ha quebrado una pata, y el Doctor no ha podido aún descubrir la causa de la enfermedad.

LA NOCHE

HUYÓ ya el astro luminar del día;
huyó la tarde con su tren de hechizos;
y las tinieblas de la noche umbría
la luna rasga con sus bellos rizos.

El ave duerme en el tranquilo nido;
la calma reina en la feraz pradera;
y de la brisa el acordado ruido
se eleva audaz á la celeste esfera.

Tranquila corre la argentada fuente
por entre el césped de la inculta loma;
las flores dán al apacible ambiente
de su frescura el delicado aroma.

Perlas de brillo y extensión variada
esmaltan el zafíreo firmamento;
la luna alumbra con su luz plateada
los horizontes de su régio asiento.

Es la hora grave en que el feliz amante
piensa en la hermosa que su pecho adora,
la vista fija en la región distante
donde ella acaso su tardanza llora.

En que el cuitado, á su dolor rendido,
á hacer memorias del pasado entra,
que en los recuerdos del placer perdido
un cierto halago el corazón encuentra.

En que el poeta diviniza ardiente
cuanto en su noble corazón palpita,
y uno arrastrado á contemplar se siente
al Sér divino que el empíreo habita.—

Yo te saludo ¡oh noche! En tí mi alma
encuentra el bello ideal con que delira,
porque á la sombra de tu leda calma
las ilusiones del amor aspira.

Yo te saludo, sí, noche sombría;
yo amo tus nieblas, tu quietud anhelo;
y más que el sol mi corazón ansía
tu hermosa luna que ilumina el cielo.

Julio Vicuña Cifuentes.

Baturrillo

CREO haber hablado antes de ahora de cómo nuestra prensa, en general, no tiene vida propia y se viste únicamente con el ropaje de la extrangera.

Vuelvo ahora sobre este mismo punto para dejar sentada como cosa indiscutible esta aserción.

Si no, veamos cuál es el material de nuestros diarios.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1895 NÚM. 13

El patrón está formado ya para todos ellos. Primeramente, la sección política llamada editorial; en seguida, artículos de la misma índole, aunque de caracter ligero; luego, artículos sobre diversas materias, escritos en un lenguaje de ropa hecha; y sucesivamente, la crónica en que se da cuenta de los sucesos de policía, la sección remitidos en que se injuria á mansalba. Los telegramas del extrangero, que entran tambien en el material, suelen ser á veces sobre sucesos tan fútiles como el desrielamiento de un tren, sin consecuencias, ó el compromiso nupcial de algún príncipe. Termina la composición del diario con algún novelón extrangero que hace las delicias de la gente sensiblera y carga la boca del estómago del buen gusto: algún engendro de Ponson, de Montepin de Angelón, ó de otro autor de los quilates de éstos.

***

Examinando el material, resulta al fin que lo único que hay verdaderamente original es la parte política, y que todo lo demás no vale la pena y es cosa de poco momento.

Ni un artículo literario que denote estudio y buen gusto, ninguna idea de interés general.

Por eso sucede que en Chile, cualquier individuo que escribe con regular ortografía puede ser periodista y se considera con derecho á solicitar la redacción de cualquiera sección de un diario.

Leer la prensa extrangera, saturarse de conocimientos generales, tener nociones fundamentales de literatura, de política, de ciencia: todo eso, de nada sirve en el concepto de los directores de diarios. Hasta hay algunos de éstos que estarían mejor en la mayordomía de trabajos manuales que á cargo de la dirección de un diario.

***

Los mismos redactores principales de muchos diarios ¿quiénes son? Fuera de tres ó cuatro escritores conocidos, el resto lo componen improvisados, faltos de cultura y preparación necesarias.

¿Qué se han hecho los Arteaga Alemparte, los Zorobabel Rodríguez, los Blanco Cuartín, los Godoy?

Unos reposan en el silencio de la tumba y otros se hallan hoy reemplazados—¡tente, pluma!...

En fin, no sé por quienes están reemplazados...

Pero sé que son reemplazantes que no saben reemplazarlos.

Antón Perulero

Para afinación de pianos y composturas de instrumentos musicales, recomendamos al señor Farquharson. Diríjanse á esta imprenta.

RECUERDOS

HACE aún poco tiempo. Mi memoria,
En su libro inmortal, con letras de oro,
La página conserva de esa historia...
De esa historia de amor que tanto adoro!

No la forjaron la ambición, ni el necio
Orgullo de la humana fantasía;
Sino el impulso del más santo aprecio,
La inspiración de honrada simpatía.

Fue una noche de enero. A los fulgores
De la plácida luna, deslizaba
Su pie de virgen, derramando amores
Una hermosa mujer que suspiraba.

En su *frente nupcial*, con embeleso,
Con férvida ternura, las estrellas
Depositaban un ardiente beso,
Al escuchar sus íntimas querellas.

También mi corazón voló hacia *Ella*,
Trémulo de pasión, con ansia loca,
De mi esperanza la ilusión más bella
A buscar en el *cielo de su boca!*

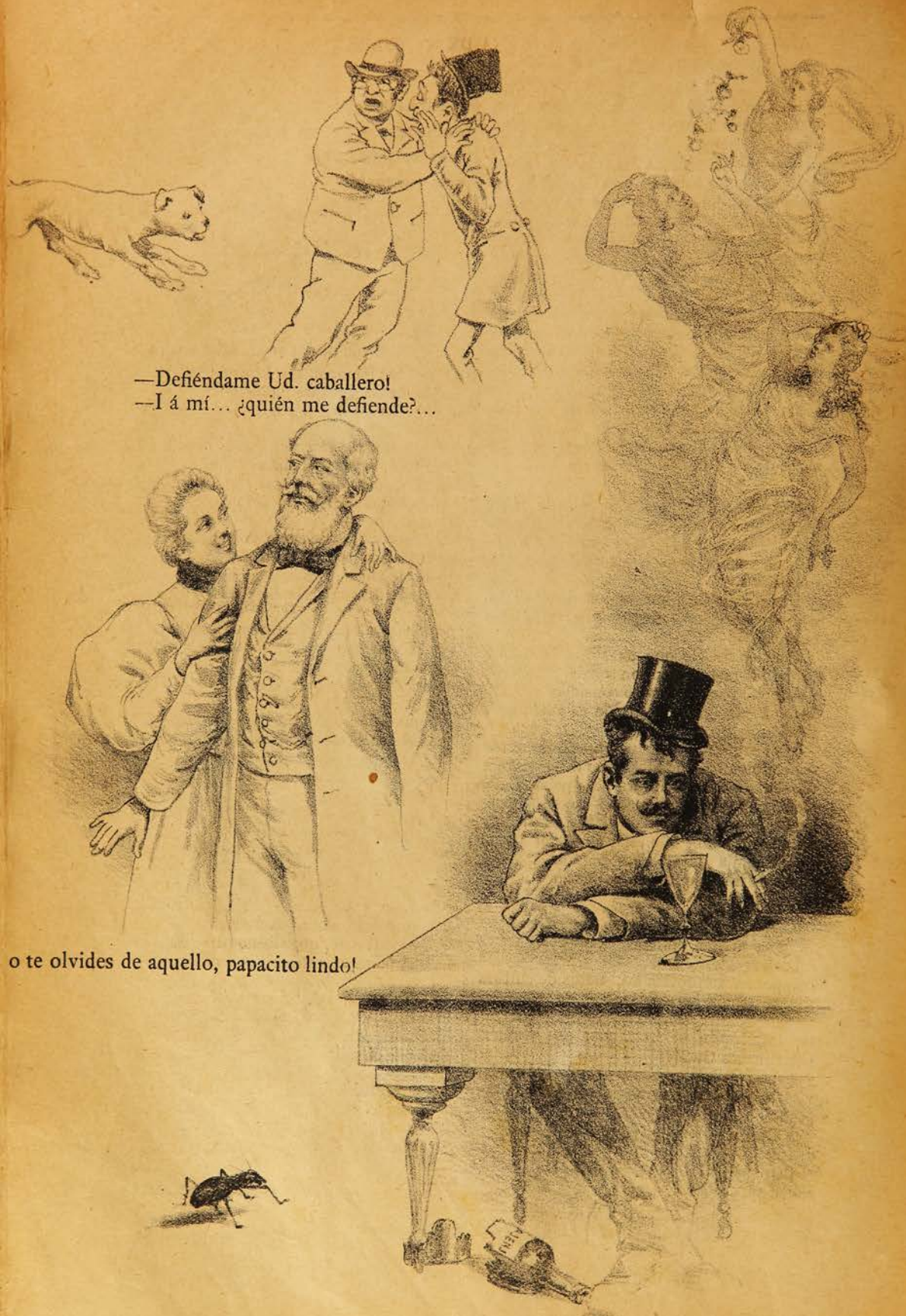
Y allí la hallé!... porque al sentirse opreso
Su palpitante corazón al mío,
Me brindó de su amor el embeleso
En yo no sé qué dulce desvarío!...

¡Y desde entonces soy feliz! Mi estrella,
Bajo otro cielo, brilladora y pura,
Le dá á este amor que aliento para *Ella*,
La más tierna expresión de la ternura!

¡Mitad del corazón! *¡Elena mía!*
Si estas dulces memorias inmortales
Que te lleva mi amante poesía
Para que en ellas un suspiro exhales,

Te recuerdan dulcísimas la historia
Del infinito amor que nos ha unido,
Mi mayor gozo y mi más pura gloria
Será que no las eches al olvido!...

Francisco J. Urzúa Silva



—Defiéndame Ud. caballero!
—I á mí... ¿quién me defiende?...

o te olvides de aquello, papacito lindo!

El fondo de la copa.

Santiago nocturno.



Los perros de la ciudad
serán muertos sin piedad.



Esceptuando solamente
á todo perro decente.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1895 NÚM. 13

LA MUJER IDEAL

AYER fuí á visitar á mi amigo Nicolás, un mozo soñador y pobre, á quien no veía desde mucho tiempo atrás.

Lo encontré como siempre, sentado frente á su mesa escritorio, fumando cigarrillos y escribiendo poemas.

—Ya sé á qué vienes,—me dijo;—te habrás extrañado, como mis otros amigos, de mi voluntario retraimiento. Ya no frecuento los cafées ni los paseos. Vivo encerrado en mi casa, como un hermitaño en su cueva del monte.

—Tienes razón,—le contesté;—creí que estuvieras enfermo.

—Nunca he estado mejor de salud.

—Entónces....

Se puso de pié frente á mí, y mirándome fijamente,

—¿Crées tú en la felicidad?—me dijo.

—En cuál?

—En la verdadera, en la única. En esa felicidad que consiste en la posesión de una mujer hermosa, fiel, constante, compañera inseparable de nuestros días y nuestras noches.....

—Tú la has encontrado?

—Sí!

—¿Dónde?

—En un almacén.

—Alguna modistilla?....

—Nada. Mejor que eso.

—Cuenta.

Era la tarde. Por la ancha ventana abierta del escritorio, se veía á lo lejos la cima nevada de la cordillera, bajo un dosel de nubes teñidas de oro por los últimos rayos del sol poniente.

—Un día,—comenzó mi amigo—en que desesperado de la vida más que nunca, había pensado dos ó tres veces en el suicidio, y en que yo vagaba sin rumbo por las calles, envidiando los poderíos de la tierra frente á los palacios suntuosos de los potentados de la fortuna, detúveme frente a un almacén de novedades....

—Una mujer...

—Sí, una mujer hermosísima atrajo mis miradas. Estaba vestida toda de blanco. Era morena con ojos azules. Magnífica cabellera de hilos de oro le caía destrenzada por la espalda. Entré, y fué mía.

—Hombre!

—Casualmente, llevaba el dinero necesario en mi bolsillo. Aquel día había vendido mi última joya, para divertirme por última vez. No puedes comprender con qué placer la traje á mi casa. Por fin, había encontrado la mujer ideal.

—Y ¿la tienes aquí?

—Por supuesto. Ahí está en mi saloncito.

—Me la presentarás ¿verdad?

—Ya lo creo. A todos los que vienen á verme se la presento.

—Y ¿no temes?...

—¿Qué me sea infiel? Eso, jamás. Podrán robármela, pero siempre será mía. Por otra parte, nadie lo pretenderá.

—Entonces ¿te ama mucho?

—No sabe lo que es amor; pero, tampoco sabe lo que es odio. Es una mujer para quién el mundo no existe.

—Te burlas?

—A su lado, sueño en silencio la realidad de los misterios nupciales. Nunca mi mano ni mis labios la han profanado. Es virgen y morirá virgen.

—Sabes que ardo en deseos de conocerla?

—Ven.

Abrió mi amigo una puerta, y me hizo entrar.

En un saloncito pequeño, adornado con lujo, reclinada en un diván, ví una mujer toda vestida de blanco, que apoyaba su cabeza en una de sus manos.

—Ahí la tienes! Esa es la mujer ideal.

Acerquéme para saludarla. Ella no hizo movimiento alguno.

Ya á su lado,

—Pero, si esta es una muñeca!—exclamé.

Entonces mi amigo,

—¿Creías tú—me dijo;—que un ideal podía ser de carne y hueso?

Juán de Sánchez

La Ondina del Cachapoal, precioso vals publicado últimamente por E. Ortiz de Zárate, se vende en la Litografía Rojas y Ca. Estado 34, frente al Pasaje Matte.

EL ÚLTIMO BESO

TRANSIDO de dolor posó sus labios
en los ojos sombríos de la muerta.
¡Lo había prometido! ¡Con qué angustia
cumplía en ese instante su promesa!

Pasaron muchos años y la imagen
de la pálida niña persistía:
el hielo de esos ojos empañados
todo su sér aún extremecían!

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1895 NÚM. 13

Mas, una vez en su febril locura
quiso probar en otro amor, olvido,
y, al acercar sus labios á otros ojos,
de aquellos apagados sintió el frío!...

Celia.

REDENCIÓN

Su resolución estaba tomada. Era preciso morir. Ante sus ojos se presentaba la vida como un fantasma harapienta, de grandes fauces hambrientas.

Había perdido en el juego toda su fortuna.

Con mano convulsiva, tomó el arma fatal.

De pronto, una idea extremeció su cerebro.

Debía, por lo menos, dejar una frase escrita á su mujer, esa niña cándida y pura, que le amaba tanto, y que, al ruido del disparo fatal, saltaría del lecho destrozando los velos de rosa de sus sueños juveniles.

Sí; le pediría perdón.

Sentóse ante su mesa escritorio, frente á la lámpara de aceite que alumbraba apenas la pieza, y empezó á escribir.

¡Cómo se sentía miserable en esos momentos!

¿Con qué derecho, dos meses antes, había encadenado á su destino sombrío y criminal, aquella existencia pura, aquella juventud primaveral?

Escribió.

Fué sincero. Confesó su crimen y pidió perdón.

Con los ojos humedecidos por las lágrimas,—las primeras lágrimas de hombre, que debían ser las últimas—iba á firmar, cuando sintió sobre su nuca un aliento tibio y perfumado.

Su mujer, vestida con un amplio peinador azul pálido, estaba allí sonriente, hermosa como nunca, inclinada sobre él, diciéndole con voz baja y llena de turbaciones pudorosas...

—Tardarás mucho todavía?

El, entonces, rompió la carta, y cayendo una de sus lágrimas en la balanza de la vida, sintió inclinarse hácia él el platillo de las redenciones coronadas de luz...

R. F. M.

EXCELSIOR

HAY una voz interna
que —*¡adelante!*— nos grita,
Como el timón al barco, nos gobierna
y los volcanes de la mente agita.

El hombre que la escucha
marcha sereno á combatir los males,
y tiene—como premio de la lucha—
blanco nimbo de luces inmortales.

Es esta voz celeste la que labra
en los cerebros la potente idea,
y la vierte en el bronce y la palabra
y con ella á los hombres endiosea!

Sólo en los pechos donde mora el crimen
se mantiene callada.
¡Los que mordidos por la envidia gimen,
nunca alcanzan la cumbre iluminada!...

R. F. M.

CUADRO

¿CÓMO?...
Luz color rosa.
Un pequeño salón de seda blanca.
Muchas telas. Un mármol reluciente
con formas de mujer envuelta en gasas.
Arriba, plumas irisadas. Cantos
lejanos, besos, muchas carcajadas.
Y luego tú, magnífica, en mis brazos,
sonriente, muda, pálida.

Sabes? por este cuadro
daría, en cambio, el alma!

R.

Correspondencia

Señorita Celia.—Con agrado vería que usted siguiera favoreciendo La Revista Cómica, con trabajos como el que ahora publico.

Señor X. X.—No publico sus versos á Cuba, por evitarle á esta nación mayores desventuras. Quedan satisfechos sus deseos.

Señor Fausto.—Podrá ser la pura verdad, pero eso no es verso ni nada.

Señor M. C. S.—Ya lo sabe usted. Siempre que sean buenos, con muchísimo gusto.

Litografía e Imprenta
LUIS F. ROJAS y Cª
Calle del Estado núm. 34, frente al Pasaje Matte
SANTIAGO
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS
Litográficos y Tipográficos
Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos
Precios Módicos

Imp. i Lit. Estado 34.

Escenas matrimoniales









La Revista Cómica

NUESTROS LITERATOS

D. Zorobabel Rodríguez



Distinguido economista
y muy correcto escritor,
ha esgrimido con honor
la péñola del diarista

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1895 NÚM. 14

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR, **R. Fernández Montalva**

DIRECTOR ARTÍSTICO, **Luis F. Rojas**

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 3.00
Por medio año (25 »)..... 1.50
Número de la semana..... 0.05 cts.
Id. atrasado..... 0.10 »

Oficina y Administración-Estado 34
Casilla, 1106, Teléfono, 1273

PAJA PICADA

LA noble dama cubierta de sedas, que habita palacios y huella con sus pies bien calzados tapices de Persia, que se aduerme en un lecho de palo de rosa á la tenue claridad azul de una lámpara escondida entre encajes; contempla altiva y fiera á la pobre mozuela que, vestida de harapos, pasa por las calles á la media noche vendiendo besos y sonrisas.

Y no piensa, la nacida en cuna de oro, que hace frío y hambre cuando llega el invierno, y que, si un hado fatal detuviera la rueda de su fortuna, ella también, siguiendo los anhelos de su fantasía loca y las aspiraciones de su sensibilidad bruscamente despertada, rompería las vallas de la ley social para, en roto y sucio jergón, amasar el pan de la vida, ofrendando en el altar de la madre naturaleza.

—Mira! Yo he visto á las reinas de la tierra, enlodar sus alas en los pantanos de la miseria, mientras los borrachos jugaban á puntapiés con sus diademas imperiales rotas!...

***

—¿Por qué, cuando la mano del dolor desgarra mi alma, te apareces tú, visión sonriente del pasado, para hacer más amarga mi agonía con el recuerdo de las ilusiones muertas y las esperanzas desvanecidas?

***

La primera vez que te ví vestida de blanco, fué cuando creí que, efectivamente, las apariencias engañaban.

***

De pronto, rompió la cadena de sus brazos y huyó del lecho, pálido el rostro, los cabellos en desorden, apretando con mano convulsiva su corazón, que parecía querer saltársele del pecho.

Era que, á su lado, recordando la antigua fé jurada, la sombra de su primer marido muerto, la había mirado con ojos brillantes cargados de desprecios...

***

A última hora, se descompuso la guillotina, y el verdugo, con toda calma, fumando un cigarrillo, empezó á componerla.

El reo, pálido, tiritando,
—Dése Vd. prisa,— le dijo.
Y el verdugo, con rabia:
—Si no le gusta, lo deja!

NOCHE

I

EL alma siente los rumores vagos
de la nota gigante desprendida
de los mares, las selvas i los lagos.
La inmensidad, abierta
á las ondas de fuego de la vida,
hasta en la roca inerme
parece que de súbito despierta
un germen vibrador que en ella duerme.

II

¿Por qué, entretanto que la luz derrama
en espléndidas ráfagas de aurora
su fecundante llama;
por qué, tenaz, inexorable, fría,
sólo reina la noche abrumadora
en la conciencia mía?...

Eduardo Grez P.

Baturrillo

EN lo que respecta á las buenas letras, ocurre en Chile lo que en ninguna parte.

Aquí el ser literato es casi, casi mal considerado. Acaso suele ser para nuestros hombres públicos un obstáculo para ocupar una cartera.

No se me diga de la época de Sanfuentes, de Lastarria, de Amunátegui i de pocos más. Esos tiempos ya pasaron. Y pasaron para no volver acaso más.

De los hombres que hoy figuran en la política ¡cuán contados son los literatos ó, por lo menos, los que saben escribir regularmente!

Los que lo son se ven pospuestos por los que llevan en pos de sí el vellocino de oro.

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1895 NÚM. 14

Huelga aquí citar nombres. Basta hacer la observación, para demostrar con los hechos que los tiempos que alcanzamos no son en Chile para literatos.

Y—¡cosa aún más depresiva para el país, que somos todos nosotros!—sucede que talentos preparados á las veces para brillar en el empinado cielo del arte contienen sus naturales inclinaciones. ¿Por qué? Sencillamente porque no se les tome por literatos y se les escatime un asiento en las Cámaras ó una cartera en el Gobierno. Al parecer, la tesis de Rousseau, acerca de la influencia de las ciencias y las artes en la civilización, no es entre nosotros una idea del todo exótica.

* * *

No ocurre otro tanto entre los políticos de Europa y del resto de la América.

En Inglaterra, Disraeli, Gladstone y tantos más han ambicionado y logrado los triunfos literarios; lo propio en Francia, Thiers y Guizot.

En España hoy día lucha Cánovas del Castillo por universalizar su talento, cultivando todos los géneros, desde la historia hasta la poesía lírica, mientras Castelar, el atleta de la tribuna española, lanza á todos los vientos sus estudios históricos en forma de correspondencias, y Núñez de Arce escribe tiernísimos poemas.

Si en Chile á alguno de nuestros hombres públicos se le ocurriera enviar correspondencias firmadas á la prensa extrangera, v. gr. á la de Buenos Aires, la gente grave se reiría y lo tendría en menos.

En América, el actual presidente de Colombia, es Caro, crítico eminente, y su antecesor, Rafael Núñez, era un poeta de alto vuelo; en la Argentina, Mitre, Zeballos, Cané, son hombres distinguidos en el campo literario; en el Ecuador, el ex-presidente Cordero hace versos de armonioso corte; en el Perú, las personalidades más altas de la política, como los Pardo, los Paz Soldán, los González Prada, han sido y son literatos.

Solamente en las guerras civiles se ve subir á los altos puestos del Estado, en aquellas Repúblicas, á personas de inteligencia inculta, que no tienen más mérito que la audacia.

Cuando la designación de los hombres de Gobierno se hace al amparo del derecho, solamente se exaltan á los ilustres por su saber y su preparación.

Aún los candidatos militares, suelen tener talento bastante para rodear su Gobierno de hombres que les presten realce con el brillo de sus nombres y de sus obras.

Antón Perulero

La Ondina del Cachapoal, precioso vals publicado últimamente por E. Ortiz de Zárate, se vende en la Litografía Rojas y Ca. Estado 34, frente al Pasaje Matte.

LA SONRISA DEL RETRATO

PINTABA un gran artista la figura
de una mujer; pero en la boca había
un rasgo que á su genio se escondía,
que escapaba al pincel y á la pintura:
una sonrisa de ideal belleza,
que era como un destello de ternura
perdido en una sombra de tristeza.

De repente el pintor, en la ansia loca
del genio que al crear se inmortaliza,
con un golpe de luz trazó en la boca
la secreta expresión de la sonrisa.

Miró su obra el artista un largo rato
con la muda ansiedad del embeleso,
y después, en un íntimo arrebato
acercóse frenético al retrato,
y borró la sonrisa con un beso!

Isaías Gamboa

NOCHE HORRIBLE

HACE varios años tuve que hacer un viaje á un pueblo de provincias, por asuntos de negocios.

Llegué muy tarde de la noche, y sólo encontré alojamiento en un pequeño hotel, que se me indicó por un transeunte.

Un individuo de mala catadura, me abrió la puerta, y me condujo á un cuarto situado en una especie de granero, con ventana á la calle.

Al ver el aspecto del cuarto, y sobre todo del hostelero, tentado estuve de volver sobre mis pasos, y buscar otro sitio donde dormir.

Se me ocurrió que estaba en una cueva de ladrones, y que, en la noche, podía ser asesinado.

Debo advertir que siempre he sido cobarde, pero muy cobarde, de tal manera que el miedo es en mí como una enfermedad.

Dominando mis nervios, y pensando que á esa hora sería imposible encontrar otro hotel abierto, me quedé.

Cerré con todo cuidado la puerta, y me dispuse á pasar la noche lo mejor que pudiera.



D. José Martí

HÉROE MÁRTIR DE LA REDENCIÓN DE CUBA



General don Julio A. Roca

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ARGENTINA



No vayan á tomarme por algún perro, estos señores pacos... Apretemos el paso!





LA FLORISTA DE LUGANO.

ESCENA FINAL DEL ACTO I.

AÑO 1 SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1895 NÚM. 14

El lecho donde debía reposar mi pobre humanidad, era de madera, excesivamente ancho, pudiendo dormir en él hasta tres personas, sin tocarse.

Haciendo, como vulgarmente se dice, de tripas corazón, me desnudé y, encomendando mi alma á Dios, me metí en la cama, ocupando un lugar bien cerca de la pared.

Un hombre, que hubiera querido herirme, tenía que subirse sobre el lecho para alcanzarme.

Después de batallar como una hora con mis temores, empezaba á quedarme dormido, cuando sentí un ruido en la ventana. Casi inmediatamente, ésta se abrió, y á la tenue claridad de la luna, ví que entraba un hombre en mi pieza.

Quedé inmóvil. Se ahogó la voz en mi garganta, y mis miembros se paralizaron por completo. Sentía un miedo horrible.

El bandido, así yo lo consideraba, cerró la ventana sin hacer ruido, dejando el cuarto completamente á oscuras.

Pasó un momento, que me pareció un siglo.

Sentí que el hombre se acercaba al lecho y se subía sobre él.

Mi corazón dejó de latir. Un sudor frío inundaba todo mi cuerpo. Suspendí la respiración y cerré los ojos. Mis labios murmuraron una oración.

No sé cuánto tiempo permanecí en este estado. Debí desmayarme.

Cuando volví en mí, admirado de hallarme vivo todavía, escuché á mi lado los ronquidos de un hombre que dormía.

El bandido se había acostado en mi propio lecho.

Cualquiera puede figurarse mi situación

Por una causa que no sabría explicar, adquirí algo de valor, y procuré escurrirme, como una serpiente, hacia los piés del lecho.

Iba ya á lograr mi objeto, cuando tropecé con uno de sus pies.

El hombre dió un grito y saltó del lecho, dirigiéndose á la ventana; pero, encontró dificultades para abrirla.

Mientras tanto, había yo abierto la puerta, y bajado las escaleras, pidiendo socorro.

En un minuto, toda la gente del hotel estuvo en pie, rodeándome, preguntándome lo que me pasaba.

Subieron á mi cuarto.

La ventana estaba abierta. Al lado del lecho se veían, junto con las mías, las prendas de vestir de un hombre.

No tardó en descubrirse el misterio.

Mi extraño visitante era un pobre idiota, que tenía por costumbre venir á dormir en el cuarto que se me había dado, por cuanto casi siempre estaba desocupado.

Juán de Sánchez

EL HOGAR

EL tierno pajarillo, antes que vuelva
el frío invierno, forma, suspendido
entre el ramaje de la verde selva
y al abrigo del viento, un blando nido.

Allí á sus hijos amoroso cría,
con amor paternal los alimenta,
y allí, en la noche tenebrosa y fría,
con su rico plumaje los calienta!

Ven al pie del altar! En la colina,
donde amor va la brisa suspirando,
una cabaña humilde y blanquecina
será de nuestro amor el nido blando!

Vayan otros al campo fratricida
á conquistar laureles de victoria,
á dar la muerte y despreciar la vida
en los altares de infecunda gloria!

Vayan otros, sedientos de riqueza
á ser tiranos en su propio suelo,
ó de una ciencia vil con la impureza
á querer arrojar á Dios del cielo!

Yo sólo quiero, al pie de una colina,
lejos del mundo y su engañoso brillo,
una cabaña humilde y blanquecina
en el medio de un verde bosquecillo.

Allí pasar contigo la existencia,
siendo tu risa mi anhelada gloria;
siendo adorarte mi sublime ciencia,
y el templo de mi fama tu memoria!

Lo santo y verdadero es en la vida
vivir de amor en un perenne encanto,
contemplar nuestra dicha compartida,
tener un sér que enjugue nuestro llanto!

Un sér que, como tú, bello, inocente,
amor nos diga con su dulce acento,
en cuyos ojos de mirar ardiente
resplandezca la luz del sentimiento.

Sér de alma noble y corazón sincero,
más puro que una perla de rocío;
sér que nos pertenezca todo entero
como la luz al sol, el cauce al río!

Sólo las dichas del hogar son ciertas;
ellas tan sólo dan, cuando perdida
el alma gime entre ilusiones muertas,
al triste corazón, calor y vida!

¡Cuántas veces el genio, fatigado,
después de los aplausos recibidos,
al verse, solitario, abandonado,
lanza en la soledad hondos gemidos!

Y cambiara su pluma y su renombre,
la gloria por el mundo tributada,
por una de esas dichas que halla el hombre
al lado de una esposa idolatrada!

AÑO I SANTIAGO, 1ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1895 NÚM. 14

¡Desgraciado de aquel que no comprende
del dulce hogar la bendecida calma,
y en fuego impuro de ambición se enciende,
despedazando la virtud del alma!

¡Desgraciado del hombre que abandona
las dichas del hogar, y quiere, ansioso,
en su frente poner otra corona
que la corona de ejemplar esposo!

Poco vale la gloria de la guerra,
poco vale el aplauso de la fama,
cuando en el pecho la virtud se encierra
y una mujer amamos, que nos ama!

¡Ven al pie del altar! En la colina,
lejos del mundo y su placer mentido,
una cabaña humilde y blanquecina
será de nuestro amor el blando nido!

R. Fernández M.

Para afinación de pianos y composturas de instrumentos musicales, recomendamos al señor Farquharson. Diríjanse á esta imprenta.

EL TENIENTE RASQUETA

EL capitán del *Brown*, una mañana, se paseaba en la cubierta de su buque, cuando se le vino á avisar que un oficial pedía hablar con él.

—¿Quién es?—preguntó.

—El teniente Rasqueta.

—No lo conozco.

—Dice que trae una carta para Vd.

—Pues, que venga.

No tardó en presentarse un gallardo mozo de veinte y cinco años, alto, esbelto, cara sonriente, con una carta en la mano.

—¿Qué desea Vd.?

—Que se imponga de esta carta.

El capitán, la tomó, y leyó lo siguiente:

«Mi querido capitán:

El portador de esta es el teniente Rasqueta, que ojalá Ud. ocupara en su buque. Es un buen oficial, muy cumplidor de sus deberes, y que no tiene más defecto que una pasión ciega por las apuestas. Como ya me ha ganado muchas, y como sé que á Vd. no le gusta el juego, se lo envío.

Saluda á Vd.

El Comandante Ross.»

—Está bien, teniente. Desde este momento empezará Vd. á servir en el *Brown*,— dijo el capitán, no sin reir un poco en vista del contenido de la misiva.

Cinco días mas tarde, en una reunión de oficiales, el teniente Rasqueta sostenía que era imposible que un hombre de la corpulencia del capitán, pudiera, estando en cuatro pies, levantarse sin que nadie le ayudara.

El capitán, que estaba en un camarote cercano, oyó la discusión y vino á tomar parte en ella.

—De manera,— dijo al teniente,— que Vd. cree que yo no puedo hacer lo que Vd. dice?

—Sí, mi capitán.

—¿Sería Vd. capaz de apostar algo?

—Lo que Vd. quiera.

—¿Cien pesos?

—Como Vd. guste.

Entonces el capitán, púsose en cuatro piés, delante de sus oficiales, y, con la mayor facilidad, volvió á levantarse.

—He perdido,— dijo el teniente,— y aquí tiene Vd. los cien pesos.

El mismo día el capitán del *Brown*, escribía á su compañero de armas, lo que le había pasado con el teniente.

Horas después recibía la respuesta siguiente:

«Capitán,

Se muestra Vd. muy contento de haber ganado cien pesos. Pues, yo, con lo que Vd. ha hecho, he perdido mil, por cuanto había apostado con el teniente Rasqueta, que Vd. no sería tan necio que se pusiera en cuatro pies delante de sus oficiales.

Suyo afmo.

El Comandante Ross.»

Litografía e Imprenta

LUIS F. ROJAS y Cª

Calle del Estado núm. 34, frente al Pasaje Matte

SANTIAGO

SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS

Litográficos y Tipográficos

Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos

Precios Módicos

Imp. i Lit. Estado 34.



1.º DE NOVIEMBRE

La Revista Cómica

NUESTROS JURISCONSULTOS

D. Marcial Martínez



Orador lógico y culto.
en todas leyes versado,
la gloria se ha conquistado
de ser gran jurisconsulto.

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1895 NÚM. 15

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR LITERARIO:

R. Fernández Montalva

DIRECTOR ARTÍSTICO, **Luis F. Rojas**

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números).....	$ 3.00
Por medio año (25 »).....	1.50
Número de la semana.....	0.05 cts.
Id. atrasado.....	0.10 »

Oficina y Administración-Estado 34

Casilla, 1106, Teléfono, 1278

PAJA PICADA

LA FLORISTA DE LUGANO... una preciosa muchacha, que vaga por las riberas del lago, desparramando flores entre las hermosas, que ama á un caballero, siendo la novia de un pescador, y que huye á la media noche, para morir, abrazada á su amante, en la barca agujereada, en medio de las olas agitadas, bajo el ala negra y fatídica del huracán que pasa rugiendo...

***

La música!

La música es la voz de la madre naturaleza que sueña en las brisas, ama en los ramajes que inclinan los nidos, acaricia en los trinos de las aves, solloza en las corrientes, gime en las riberas, amenaza en los huracanes, ruge en los truenos y mata en el relámpago.

La música eres tú, Laura gentil, enamorada, que acaricias á la puerta de los palacios y lloras tu desgracia en medio de los elementos desatados!...

***

¡Cómo vuelan los pájaros negros, buscando reflejos para sus plumas desteñidas, al rededor del sol de genio que desparrama en torno suyo los vívidos rayos de la gloria!

***

¡El maestro!

¿Cómo?

Ese que iba, con su manuscrito bajo el brazo, la frente inclinada modestamente, en medio de la turba de Zoilos burlescos, recibiendo á cada paso la sátira y el escarnio; ese... es un maestro?...

¡Ah, es que en la cumbre de los Tabores, cuando baja sobre la frente elegida la diadema de fuego y truena la tempestad de los vítores triunfales, el humilde hijo de Judea se transforma en Dios grande y poderoso!

***

Yo ví acercarse á Ortiz de Zárate, cuando bajaba el telón entre gritos de aplauso y de victoria, á un andrajoso del genio, que el alma devorada por la envidia, con la faz hipócrita, murmuraba las palabras del elogio, en medio de la turba que aclamaba al maestro...

UN AMOR

En mis noches solitarias
de pesar y desaliento,
cuando en las alas del viento
eleva el bosque plegarias
tan tristes como un lamento;

Se ajitan en mi memoria,
ricos de luz y colores,
los recuerdos seductores
de una peregrina historia,
la historia de mis amores.

¡Fue tan dulce! fue tan breve!
Hoy medito con sosiego,
y me admira que tan luego
se hayan convertido en nieve
las cenizas de aquel fuego.

Era ella tímida y bella,
era yo joven y ardiente.
Fue nuestro amor inocente
como el fulgor de una estrella
en las aguas de una fuente.

¡Oh, qué hermosa se veía
cuando de blanco vestía!
Ella, de belleza egemplo,
era una Virgen María
escapada de algún templo.

Me llamaba *su poeta*,
yo *mi musa* la llamaba,
y era su dicha completa
cuando yo la regalaba
un clavel ó una violeta.

El buen cura del lugar,
al contemplarnos pasar
siempre juntos á los dos,
solía alegre exclamar:
—¡Niños! qué os bendiga Dios!

Así crecimos en años
amándonos con ternura,
sin que nunca la amargura
de los crueles desengaños
turbara nuestra ventura.

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1895 NÚM. 15

Más ¡cosa rara! A medida
que era mayor nuestra edad,
lo que *amor* en la partida
fue siendo sólo *amistad*,
amistad correspondida.

Y cuando los dos llegamos
á ser personas formales,
un día nos preguntamos
con intenciones iguales
y admirados:—¿Nos amamos?

Una nube de tristeza
vino á empañar la limpieza
de su mirada expresiva,
y, doblando la cabeza,
quedó muda y pensativa.

Ni una frase de reproche
de nuestros labios brotó.
—Aquel amor se acabó!...
dijimos.—Era de noche
cuando la escena pasó.

Muchas veces nos hallamos
en la senda de la vida.
Ella se pone encendida
cuando juntos recordamos
aquella infancia querida.

Fue tan dulce! fue tan breve!
fue tan llena de terneza!
Hoy queda de esa belleza:
en el pecho, duda y nieve,
y canas en la cabeza!...

R. Fernández M.

Baturrillo

TODAVÍA entre nosotros no ha entrado la manía de traducir lo que está ya traducido.

Salvo uno que otro caso, aquí nos contentamos con lo que viene bien ó malamente traducido de afuera.

Unos de estos casos son los de los presbíteros señores Román y Salas, el primero de los cuales nos brinda una traducción de los *Tristes* de Ovidio y el segundo de una tragedia de Esquilo.

Claro está que estas traducciones, así como el *Intermezzo lírico* de Heine que nos dió en castellano, hace años, don Benjamín Gaete Varas, no son sino paráfrasis de otras versiones así francesas como castellanas.

*

Pero, á falta de la manía enunciada, se sabe aquí copiar del francés á roso y belloso.

Si tomamos algunos de esos libros de ciencia política que corren por ahí como originales, podemos ver que sus autores han entrado á saco en el predio de Spencer, de Sumner Maine, de Holtzendorff y otros autores franceses, ingleses y alemanes.

Y de esta manera se adquiere título de autor y nombradía de sabio.

En seguida, si alguien grita: ¡al ladrón! se le contesta que es envidia.

Y estos remendadores cobran ciertos humos que no son para contados, y miran en poca cosa á los que no tienen la audacia de apropiarse de lo ajeno.

*

Estas reflexiones, que apuntamos á la ligera, nos las ha sugerido una traducción de la *Graciella* de Lamartine, recientemente publicada en Buenos Aires. El traductor es el señor Miguel Navarro Viola que, á lo que entiendo, creyó talvez que en América la novela de Lamartine era poco menos que desconocida.

Se conciben las distintas traducciones en verso, porque el versificador puede producir versos de más ó menos cadencia, que establezcan diferencias con los de otras versiones.

Pero la prosa, aún la de Lamartine, que tiene mucho de poética, no da campo bastante para veinte ó treinta traducciones.

¿Quién no conoce á *Graciella?* ¿Cuántas traducciones no se han hecho de ella al castellano?

Sólo se concibe este afán de traducir lo que ya está puesto en nuestro idioma, en el caso en que se quisiera hacer una obra acabada.

Para ello se necesita poseer una dosis muy considerable de presunción.

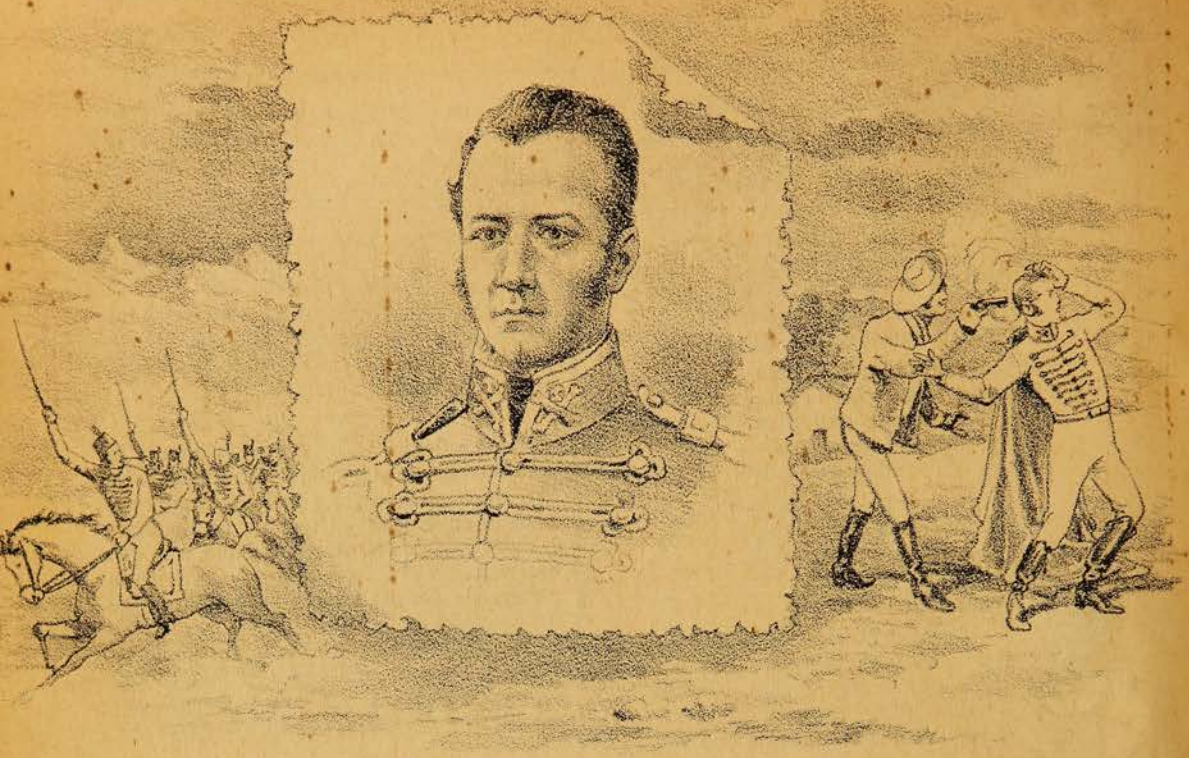
En todo caso, si el traductor tiene tan buenas disposiciones para emprender un trabajo de esta índole, ¿por qué no aprovecha aquéllas en hacernos conocer tanto bueno que hay escrito en otro idioma que el nuestro y que aún no se ha traducido?

Antón Perulero

NADA MAS!...

AMOR, promesas, juramentos, luego
la bendición nupcial;
un mundo de ilusiones y enseguida
desencantos, dolores... ¡nada más!

Burbujas de jabón que brillan sólo
un instante fugaz,
son los sueños ansiados de la vida
sus anheladas dichas... ¡nada más!



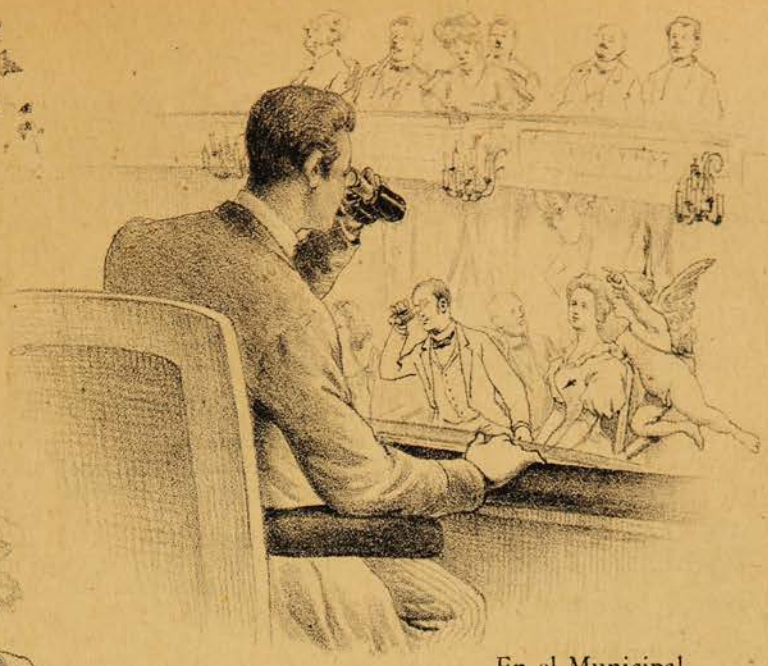
Manuel Rodriguez



Un general argentino:
—Yo me río de los chilenos!



Un mozo:
—Ahí viene un chileno!...



En el Municipal



Y dicen que estoy curado!



Si yo fuera el premiado en vez de ese animal
qué honor para mí y para mi familia.

AÑO 1 SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1895 NÚM. 15

¡Que es la vida la huella imperceptible
que la nave al pasar
deja por breve espacio en el Océano
y que se borra presto... ¡nada más!

Así el amor, la gloria, los honores
ambición, amistad,
son signos en la arena que deshace
el viento del olvido... ¡nada más!

Celia

CINTIA

ES la mujer alba, la de ojos garzos y pestañas crespas.

Allí está melancólica, pensativa. Ella es Flora, la reina, la diosa triunfal. Por ella gorgoritean las diucas pardas y dan sus ritornellos los gilgueros de alas grises y de tibia pechuga áurea; las flores radiosas se ostentan con los colores múltiples del iris para que ella las mire hermosas. Su pensil es el gran pebetero de donde se exhalan los perfumes que embriagan como el absinto, dulcemente, como el licor de ópalos líquidos, que hace la delicia en el aduar de los bohemios harapientos.

Las hebras de sus bucles negros, muy negros, son las cuerdas de un harpa eólica que vibran cuando la ráfaga de alas murmuradoras las roza tan suave que produce apenas un chasquido parecido al del beso que se deposita en los labios purpúreos; y sus megillas, la nieve rosácea de las cordilleras al sol de acaso; y su garganta, el nido de las libélulas soñadas; y sus pechos, las pomas erectas y túrgidas, que se dilatan como la onda que se esponja, y... toda, toda ella es Eros, esencia purísima del buen dios del amor.

*
* *

Y allí está con la mirada perdida en el éter azul.

Sueña.

... Es la prometida del garzón de negro sedeño bozo, de color moreno, valiente como el león de la caliente africana selva; enamorado como la tórtola que arrulla en las nítidas auroras primaverales... Pero, él es un poeta pobre, loco, extravagante, que va presuroso y desatentado tras de una sombra que se llama ideal, que busca el laurel de las pegásides y el aplauso de los eternos despreciadores de todo lo grande y de lo bello, del vulgo, Arlequín que ríe con cascabeles de metal despreciable... Ella abre los brazos porque cree que va á estrechar á él...

Ah, amada, ese soy yo, el pobre diablo que se muere por tí, el que rima las estrellas con los pétalos satinados, el que adora lo imposible, el que canta por el placer de cantar, llevando el ritmo de las palabras dulces, de los versos grandes y soberbios de las endechas eróticas, con el pié que cojea como el del semidios Byron.

¡Yo te amo!

Ven aquí, y con mi harpa hecha de un rosal nuevo que tiene alma, te daré el himno que enciende la sangre en las venas y tiñe de rosicler las megillas y hace estallar en espasmos. Te cantaré la victoria de la áurica lluvia que envuelve á la mujer amada del padre Zeus, y el triunfo del cisne de enarcado cuello en el cristal de las aguas azules.

¡No puedo vivir sin tí!

Mujer alba, yo quiero que seas mía!

Ven, y en medio de la floresta virgen, mientras revuelan los gilgueros y cantan los cigarras y los insectos tienden al sol del medio día sus tenues hilos argénteos, entonemos el hosanna á la gran naturaleza que hace verdeguear los campos y reventar la savia en los brotes con su aliento de amor, con su aliento de fuego.

Cintia, mujer alba de ojos negros y pestañas crespas, yo quiero que seas mía!...

Príncipe Azur

LAS FLORES

CUIDA, niña, esas flores
que esmaltan tu jardín y dan al viento
balsámicos olores.
Eres muy joven; llegará el momento
en que comprendas, niña candorosa,
que, á veces, en las horas de amargura,
un clavel, una rosa,
bastan para volvernos la ventura.

Riega, riega tus flores. Siempre cuida
que el viento no les dé besos helados,
que los besos de fuego dan la vida
y los fríos... están envenenados!...

¡Cuántos hombres, que amaron con ternura,
y fueron leales y constantes fueron,
duermen en ignorada sepultura
sin que nadie se acuerde que vivieron!
Y hubieran dado cuanto
hay en la vida que despierte amores,
porque en sus tumbas derramacen flores
y una gota de llanto!...

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1895 NÚM. 15

Ahora sólo sabe tu inocencia
que, al adornar con flores tu cabello,
vas derramando en derredor esencia
y es tu rostro jentil mucho más bello.

Acaso en otro dia
no lejano, sabrás de qué manera
el alma, el alma entera,
dentro del cáliz de una flor se envia!...

R.

La Ondina del Cachapoal, precioso vals publicado últimamente por E. Ortiz de Zárate, se vende en la Litografía Rojas y Ca. Estado 34, frente al Pasaje Matte.

LA PLUMA

La pluma es amenudo un instrumento infiel. Sobre ella, tienen ventaja prodijiosa el pincel, la lira y el buril.

El pintor tiene los juegos de luz, el claro oscuro, los cambiantes suaves de las sombras, para la perspectiva; y ve satisfechos sus esfuerzos cuando ha conseguido trasladar al lienzo un trozo de cielo ó un pedazo de la naturaleza. De allí, la sonrisa de Jarpa al contemplar sus puestas de sol ó sus paisajes andinos. Tiene también el modelo que interesa á veces al corazón tanto como al pincel: entonces, amor y arte aunados dan vida á la tela. De allí, las vírgenes de Rafael, las joyas de Vernet.

El poeta tiene el ritmo; se ayuda con la melopea; le da riqueza la rima, y gracias á ellos, repite el labio enardecido, la oda heroica ó el verso primoroso y musical. De allí, el laurel resplandeciente en la frente de Píndaro ó Virgilio.

El escultor tiene la piedra que ablanda, el mármol blanco de Paros; ama el desnudo, hace vírgenes, petrifica la sonrisa; expresa el éxtasis. Como Dios, crea. Cuando Fidias hizo su Minerva, probó que era de la estirpe de los dioses. Júpiter, en su alto solio, tembló ante la audacia del genio.

El orador tiene la eufonía, la magnificencia de la metáfora, la frente iluminada, el gesto inspirado; y la palabra brota entonces del labio con timbres cristalinos, como himno que canta. Por eso, á través de los siglos, se escucha todavía la palabra de Demóstenes en el foro de Atenas, la de Cicerón en el senadó de Roma y la de Mirabeau en la Asamblea Constituyente. En las horas de las grandes luchas, como el eco de un trueno, se dejan oir esas voces que hacen temblar tronos y romper cadenas.

El escritor sólo tiene recursos estériles: no tiene sino la simplicidad de la palabra escrita y muda. Si un rapto de inspiración hace correr la pluma sobre las blancas cuartillas, va cayendo y levantando, como águila herida.

La pluma es impotente para expresar con felicidad el pensamiento: por eso, muchas veces la he quebrado febrilmente con el desdén que se tiene por un instrumento de barro.

Para comprender al escritor, es necesario hacer un trabajo intelectual, es menester pensar con él. El que escribe es siempre un pordiosero que pide la moneda de su lectura.

Imbert Galloix

Para afinación de pianos y composturas de instrumentos musicales, recomendamos al señor Farquharson. Dirijanse á esta imprenta.

CORRESPONDENCIA

Sr. Imbert Galloix.—Gracias. Las columnas de La Revista Cómica están á su disposición.

Sr. O. J.—¿No tiene su señor padre algún fundo de campo?—¿Por qué no se dedica Ud, á la agricultura?

Sr. E. K.—El ajenjo es un licor que sólo produce inspiraciones en las personas inteligentes. Aunque se tomara Ud. dos arrobas!...

Sr. J. L.—Siento no poder complacer á Vd.; pues, su soneto, aunque bueno en el fondo, es malo en la forma. Corrijalo Vd.

Litografía e Imprenta

LUIS F. ROJAS y C.ª

Calle del Estado núm. 34, frente al Pasaje Matte

SANTIAGO

SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS

Litográficos y Tipográficos

Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos

Precios Módicos

Imp. i Lit. Estado 34.



Malditos médicos!



Se enferma mi mujer,
y llamo á uno.



que se toma con ella toda clase
de familiaridades,



y todavía tengo que darle dinero!

La Revista Cómica

NUESTROS ARTISTAS

D. Virginio Arias



De su martillo al golpear
va labrando su cincel
la corona de laurel
que su frente debe ornar.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1895 NÚM. 16

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR LITERARIO:
R. Fernández Montalva

DIRECTOR ARTÍSTICO, **Luis F. Rojas**

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números).....	$ 3.00
Por medio año (25 »).....	1.50
Número de la semana.....	0.05 cts.
Id. atrasado.....	0.10 »

Oficina y Administración-Estado 34
Casilla, 1106, Teléfono, 1273

PAJA PICADA

SIEMPRE, cuando él llegaba tarde de la noche, borracho, después de haber perdido en el Club hasta el último centavo, su mujer le recibía con palabras amargas, en que el desprecio y el insulto se unían, hiriendo como un latigazo...

Pero, llegó un día en que ella nada le dijo. Al contrario, le tendió los brazos y le llamó amado esposo.

En el cerebro del tuno, entonces, floreció la espina de la sospecha horrible, y entre los vapores de la embriaguez, vió pasar á lo lejos, extrechamente enlazados, á Francisca de Rimini y Paolo....

En su rostro, mordido por el insomnio y estrujado por la orgía, quiso expresar la rabia del esposo ultrajado, mientras sus labios pálidos, que hedían como un pantano, buscaban las frases indignadas y severas.

Pero, nada. Cayó, vencido por la embriaguez, en medio de la pieza, y se durmió roncando.

Ella, volvióse en el lecho, diciendo:

—Bah!

Y con la lengua, buscó en el borde de sus labios, aún húmedos, el sabor del último beso de su amante.

*
* *

Día de sol. Las muchachas jóvenes y alegres, con vestidos claros de fiesta. En medio de la calle, el organillo festivo, con un mono vestido de colorado, bailando al compás de las notas cansadas y chirriantes.

Manón, se asoma á su balcón, pasándose las manos por los ojos, soñolienta, los soberbios brazos desnudos, envuelta apenas en un peinador de seda color crema.

Mira un instante la bulliciosa alegría exterior, y, al ver los rayos primaverales, bosteza largamente, dejándose caer en un diván, desfallecida, molesta de tanta luz.

Bohemia de alma ligera, se aburre durante el día, esperando la cena nocturna, después del teatro, en los salones azules, llenos de espejos y molduras de oro, que rompen la claridad de las bugías en los colores del iris, y donde la alegría se desparrama de los labios como la espuma del champagne de las copas diáfanas.

*
* *

La vistieron de blanco. Le pusieron en el pecho un ramo de claveles, su flor favorita. Unidas sus manos por una cinta azul, sostenían un crucifijo que desde niña, había llevado colgado al cuello bajo sus harapos de hija del arroyo, primero, y después, bajo sus atavíos de fiesta de hija mimada del amor y la fortuna.

Así, quedó expuesta todo el día y toda la noche, en su lecho, nido de tantas caricias, trono de tantas impurezas soberanas.

¿Quién la mató? Un mocito rubio, barbilampiño, casi adolecente, que hizo nacer en su corazón la rosa redentora de un amor único y pudibundo, y después la abandonó por una modistilla vulgar, sin siquiera decirle adios.

Ella, tomó arsénico.

Su amante la vió pasar cuando la llevaban al panteón. Estaba con otros amigos tomando copas en la terraza de un café.

Se retorció los bigotes con aire de Tenorio, y riendo, dijo con acento desdeñoso, á fuer de hombre de experiencia, despreciador de las vulgaridades de la vida:

—Matarse porque la dejé! Sería tonta!...

Y, al oirle, los mozos todos lanzaron una carcajada.

Menos uno, que nunca había visto á la joven sino de lejos, y que, volviendo la cara, vertió una lagrima por las rosas marchitas y la impiedad de los gavilanes de garras de oro.

DESEO

YO quisiera escribir unas estrofas
formadas de dulzuras y de aromas,
fragantes cual la brisa entre las hojas
y más dulces que arrullos de palomas.

Dártelas á leer en la enramada,
al borde de un arroyo transparente,
viendo en su pura linfa reflejada
la casta imagen de tu blanca frente.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1895 NÚM. 16

Observar luego en tu semblante inquieto
la duda y el anhelo y la esperanza,
arrancando á tus labios el secreto
de una sublime, eterna venturanza.

Y en seguida... en las ondas del Leteo
sepultar el recuerdo de esa gloria,
y soñarla después como hoy la veo
seductora, engañosa y transitoria.

Enrique del Campo

Baturrillo

HEMOS tenido novedades en los últimos días.

D. Valentin Letelier ha dado á luz algunos artículos, que había publicado en diversos diarios, recopilados en un volumen con el título de *La lucha por la cultura*; D. Emilio Rodríguez Mendoza *(A. de Géry)*, ha lanzado su primer libro *Gotas de absintio*, y D. Claudio Barros sus poesías en un tomo voluminoso.

*

No soy de los entusiastas por el señor Letelier. Le alabo su paciencia, su poder de asimilación y su valor en ciertos respectos; pero el literato, el artista, no se transparenta en ninguno de sus trabajos. La ciencia que sus admiradores dicen que campea en éstos es de segunda mano. El señor Letelier, si bien no posee estilo ni amenidad demuestra, en cambio, un propósito leal al luchar por la cultura, en el sentido que la entendemos con el espíritu del siglo, es decir, ajustada á la ciencia experimental.

El señor Rodríguez Mendoza hace sus primeras armas con un librito que es una esperanza. *A. de Gery* revela talento y cierto espíritu penetrante para sintetizar una idea ó sondear un sentimiento. Lástima que el decadentismo—un decadentismo convencional y por lo mismo exótico—ande por los trigos de *A. de Gery*. Si el señor Rodríguez Mendoza logra sustraerse á él y no vuelve á acordarse de Rubén Darío como maestro, estoy seguro de que su labor literaria no pasará desadvertida, ya que posee condiciones de literato. El estudio, sobre todo, señor Rodríguez Mendoza, y nada de erudiciones á la violeta y francesismos.

Del libro del señor Barros nada puedo decir, porque no lo tengo á la mano y solamente lo he visto expuesto en los escaparates de las librerías. Pero el señor Barros ha sabido hacer versos buenos. Mucho me temo, con todo, que, siendo tan voluminoso su libro, haya en él mucha gazapería y mucho ripió. No es fácil hacer buenos versos y menos fácil es todavía unir el número á la calidad.

*

Y sin embargo de aparecer tres libros, no podemos decir que sean novedades.

Porque tanto la prosa de los señores Letelier y Rodríguez Mendoza como los versos del señor Barros no son sino recopilación de lo que, en gran parte, hemos visto publicado en nuestros diarios y revistas. Algunos de estos trabajos han sido escritos á carrera, bajo las exigencias del diarismo que exige las notas últimas, palpitantes de vida, para satisfacer á ese gran señor que se llama el Público.

Antón Perulero

MIS VERSOS

HAY una voz que brota de las ruinas
y mustias soledades,
cuando sacude los ramajes trémulos
el viento de la tarde.

Voz que imita rumores apagados
de muchedumbres locas,
y que trae á la mente pensativa
ideas melancólicas.

Perdidas ilusiones son las ruinas
que se alzan en mi pecho.
Cuando el recuerdo á removerlas viene
brotan—de ellas—mis versos!...

R. F. M.

CUENTO DE NAVIDAD

Imitación de Dickens

LA pobre escuela del monasterio debía cerrarse aquel día—la víspera de Pascua, el último del año escolar.

Talvez por eso, la más vieja de las religiosas del convento había llegado trabajosamente aquel día hasta la puerta de la escuela para despedir, acaso por última vez, á todas aquellas pequeñuelas de cabecitas rubias que habían llegado á ser una necesidad de su existencia.

La madre María, como la llamaban en la escuela, se quedaba sola y triste con su cabeza temblorosa bajo las grandes alas de su toca blanca.

Y las muchachas, formadas de á dos en dos, salían ya muy alegres de la escuela á que talvez no volverían.



¿Soy linda?



D. Gabriel Cantilo

DISTINGUIDO ESCRITOR Y CRÍTICO ARGENTINO,
FALLECIDO RECIENTEMENTE

El principio de autoridad.



La Musa y el Poeta.



—La señora X... quiere hablar contigo.

—Pero... si estoy en camisa!

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1895 NÚM. 16

Una, la más pequeña, la más humilde, miró á la monja con indecible ternura al salir.

Era á ella á la que le había dicho sonriéndose la madre María:

—Inesilla ¿te quedarás conmigo?

—Sí—le respondió con timidez la muchacha besando la mano arrugada de la vieja monja, á quien emocionó tal expresión tierna caricia de aquellos labios infantiles.

*

Libre ya, lejos de la escuela, la bulliciosa turba empezó sus diálogos inocentes y locos.

—Hoy es Pascua!

—La Pascua del niño...

Un grupo numeroso, sonriente con esa sonora alegría juvenil, se encaminó á una de las calles del barrio comercial donde están las grandes tiendas y las lujosas vidrieras, que se ostentan repletas de polichinelas y reyes magos vestidos con vistosos colores.

La muchacha siguió á aquel grupo y continuó andando sin saber por qué, avergonzada de su traje.

Todos iban contentos bajo el cielo puro de navidad.

La muchacha se detuvo á mirar con sus grandes ojos negros muy abiertos los prodijios y los sueños infantiles de Navidad: muñecas de ojos de cristal azul, tambores, cornetas, palacios de cartón, reyes magos, negros, como tallados en ébano, novias vestidas de blanco, cubiertas de azahares, envueltas en el albo y trasparente velo nupcial...

—La muñeca vestida de novia!—pensó la muchacha y dijo tristemente que no la volvería á ver...

Y con su carita más pálida, la muchacha volvió á su miserable cuartito de arrabal pensando siempre, muy preocupada, en la muñeca y en aquellos espejos en que se había visto tan pobre al pasar...

Entró en silencio.

La muñeca, la novia, no se le apartaba un instante de la mente.

—No tengo nada—pensó en ese instante y corrió con las mejillas encendidas en busca de una muñeca que había nacido, entre lágrimas y miserias, en aquel mismo cuarto, tan frío en invierno.

La besó y la dejó luego abandonada sobre su lecho.

El sol, próximo á ocultarse, llenaba la habitación de suave languidez.

Sólo ecos y rumores de fiesta venían á interrumpir el silencio de aquel cuarto triste, sin estera, sin muebles y hasta sin esos santos descoloridos que alegran tanto con su apacible compañía los cuartos de los pobres.

Las campanas empezaban á llamar: era la oración, el *angelus* de una tarde que se iba, envolviendo á un sol rubio y hermoso con los rubores de virjen enamorada en que lo envolvían los cendales blancos con que se adornaba el día para morir.

.....

La muchacha hojeaba una viejísima revista ilustrada que había encontrado rejistrando al azar.

Miraba con sus ojitos negros, como velados por un ensueño, una borrosa alegoría de Navidad que había encontrado en aquella pobre revista... Entonces, la muchacha fué otra: se pintaban en ella las más extrañas impresiones de gozo, confusión y alegría: la muñeca vestida de blanco había trastornado su cerebro.

En aquella figura, en aquel cuadro oscuro, en aquella borrosa alegoría de Navidad había flores, luz, los colores del verano y un ánjel de cabellos negros y ojos azules, descendía de lo alto, en medio de la noche, cargado de juguetes y aguinaldos: era el ánjel de los niños pobres!...

Descendió á ella, batiendo sus enormes alas blancas...

Rompió á llorar y en su delirio rió después con el más dulce gozo juvenil: veía que el ánjel traía sus muñecos cojidos á montones de las piernas y de los cabellos...

Entónces, fué en busca de esa pobre muñeca que había abandonado, la llenó de besos y después reclinó pesadamente su cabecita rubia, poblada de mil visiones risueñas, en la almohada de su lecho.

*

Cuando despertó, las campanas llamaban á que todos fueran á saludar al niño, al Dios de cabellos rubios, que dormía en el fondo de una gruta, perdido entre la luz de los cirios, en medio de la atmósfera suave, perfumada por los frutos que había dejado á sus pies, como humildísima ofrenda, el labriego pobre y feliz.

—Estás durmiendo?—le preguntó su madre, desde la oscuridad.

—Un ánjel me ha venido á ver,—balbució con timidez la muchacha.

—Está enferma—murmuró con tristeza la mujer—Ayer no ha comido y tiene fiebre...

—Ahora volverá—continuó la muchacha, meneando sus pequeñas manos enflaquecidas.

Y se quedó dormida, pensando en el ánjel de ojos azules—como la esperanza—y de ojos negros—como la muerte...

A. de Géry

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1895 NÚM. 16

SOY YO....

ESTABA pensativa, contemplando
la inmensidad azul...
En sus manos un libro, en su mirada
explosiones de luz.

¿En qué soñaba?... Había entre sus labios
como un beso de amor...
Llegué sin ruido... la toqué en el hombro
y le dije:—Soy yo...

R.

GOLPE MAESTRO

—Y bien, Juan,—dijo el Juez del crimen dirigiéndose al criminal, un muchacho de veinte años, que había pasado tres en prisión por robos de portamonedas y relojes;—por qué te traen hoy?

El ladronzuelo, encogiéndose de hombros:

—He encontrado un reloj.

—Dónde?

—En el bolsillo del chaleco de un caballero.

El Juez, al policial:

—Tiene Ud. el reloj?

—Aquí está, su señoría.

Y presenta un remontoir de oro con su cadena correspondiente.

—Es un caso ordinario,—dice el juez—enviaremos al culpable á pasar dos meses en la cárcel. ¿Dónde está el robado?

Entonces aparece un jóven, decentemente vestido, aunque con cierta afectación.

—Este reloj es suyo?

—Sí, señor juez.

—A juzgar por su aspecto, debe Vd. ser de provincias.

—De Talca, señor juez.

—Perfectamente. ¿Cuándo llegó Vd?

—Ayer tarde.

—¿Conoce Vd. en Talca, á mi colega, el señor Anriquez?

—Somos vecinos; y, además, me veo con él todos los dias.

—¿Qué profesión tiene Vd?

—Militar.

—¿Qué puesto desempeña?

—Soy el jefe de Policía de Talca.

El juez guarda silencio.

El ladronzuelo Juan, se ríe.

—Este golpe me hará célebre,—dice;—he robado á un jefe de policía!

—Silencio!—grita el juez.—El asunto es mas grave de lo que yo creía.

—Nó, por cierto,—responde el de Talca;—diré la verdad á su señoría. He venido expresamente de Talca para aprender la manera de obrar de los ladrones santiaguinos. Estoy preparando un libro sobre la materia. El culpable, ha encontrado en mí á un necio provinciano, que estaba con la boca abierta delante de una vidriera; pero, él no sabe que, mientras me robaba, yo estudiaba con toda tranquilidad la manera cómo lo hacia.

Esta vez es el juez quien ríe y el ladrón queda estupefacto.

Dictada la sentencia, el juez invita á su colega de Talca, á su casa, donde se entretiene con él hasta tarde de la noche, hora en que éste se retira al hotel en que dice estar alojado.

En el momento de ir á acostarse, nota el juez, con asombro, que han desaparecido su reloj y su cartera, conteniendo, esta última, una gruesa suma de dinero.

A la mañana siguiente, envia un telegrama á Talca, preguntando por el jefe de policía.

Se le contesta que éste no haba abandonado la ciudad.

Juán de Sánchez

CORRESPONDENCIA

Sr. C. B. M.—Siento no poder satisfacer los deseos de Ud. Su trabajo no vale la pena.

Sr. Monroe.—Tiene Ud. muy bonita letra. Lo felicito.

Sr. L. M. S.—Preciosa su composicion. Sobre todo la estrofa que dice:

Angel de amor, querido amante,
un cuerpo viene tu sueño á despertar,
como el ave presurosa y caminante
desea ya en la noche reposar.

Sr. A. C.—Con que Ud. quiere á una negra que es esa papa?—Pues, que le aproveche!

Sr. Soloque.—Su artículo, lo publicaré en el próximo número.

Srta. Celia.—Su último trabajo no tiene importancia.

Litografía e Imprenta
LUIS F. ROJAS y Cª
Calle del Estado núm. 34, frente al Pasaje Matte
SANTIAGO
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS
Litográficos y Tipográficos
Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos
Precios Módicos

Imp. i Lit. Estado 34.

EL HOMBRE CONVENCIDO

D'après Mestres.



Desde el primer ciudadano...



hasta el último..



todos carecen de energía!
¡No hay resis[illegible]!



El lazo de la familia está deshecho...



Y si los hombres pacíficos no hacemos un esfuerzo sobrehumano



¡la anarquía nos aplasta!

La Revista Cómica

NUESTROS ARQUITECTOS

D. Manuel Aldunate



En arte de construcciones
artista avezado y diestro,
ha sido digno maestro
de varias generaciones.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1895 NÚM. 17

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR LITERARIO:

R. Fernández Montalva

DIRECTOR ARTÍSTICO, **Luis F. Rojas**

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números).....	$ 3.00
Por medio año (25 »).....	1.50
Número de la semana.....	0.05 cts.
Id. atrasado.....	0.10 »

Oficina y Administración-Estado 34

Casilla, 1106, Teléfono, 1273

PAJA PICADA

¿VES ese pedazo de cielo perdido allá á lo lejos, en medio de la selva?

Es en los Trópicos. Sobre la hamaca blanca, á la sombra de palmeras y cocoteros, la muchacha hermosa y joven, vestida de claro, duerme la siesta, mientras una esclava negra, con un inmenso abanico de plumas, que mueve con un compás lánguido, espanta á los insectos zumbadores.

El sol, rompe los ramajes en flor, para besar con un rayo la frente de la virgen.

Silva una serpiente entre la yerba, la esclava da un grito, y levántase asustada la tímida doncella, teñidas de carmín las mejillas de terciopelo, con un gran temor en los ojos negros, rasgados, muy abiertos...

* * *

Tarde. El inmenso mar al frente, tranquilo, como soñando. En lontananza, una vela blanca que va perdiéndose, perdiéndose en la bruma lejana...

Sobre una roca, en la playa plomiza y brillante, un anciano de cabellera blanca, trazando sobre la arena con su grueso bastón caracteres de palabras viejas, rasgos de sombras desvanecidas...

—¡Cuánto diera, ¡oh Dios! por amar un minuto más, todo lo que he amado!...

BALADA

BAJO la encina sombría
Quedaron solos los dos:
La virgen de casta frente
Y el poeta soñador.
El la miró sonriendo
Y ella los ojos bajó;
Y pálido, tembloroso
La atrajo á su corazón,
Pidiéndole que le diera
El primer beso de amor.
La ternura en su mirada,
Sobre su rostro el rubor,
Ella sus purpúreos labios
A los del bardo acercó;
Y sus bocas se juntaron
En un beso embriagador,
Mientras palpitaba el pecho
Lleno de dulce emoción,
Y sus frentes envolvía
Un mismo rayo de sol,
Y en las ramas entonaban
Los gilgueros su canción.

Paolo Fiore

Baturrillo

SI las cosas dependiesen de ciertas gentes, no habría crítica literaria.

Entonces sí que los zampatortas y destripaterrones del idioma y los poetillas de tres al cuarto harían su agosto. Se hallarían como moros sin señor.

Por desgracia para ellos, el gusto ha dispuesto las cosas de modo distinto y ha creado la crítica, para estímulo de los buenos y castigo de los malos.

* * *

Entre nosotros, ocurre á los escritorzuelos lo que á los ratones en sus cuevas. Antes de salir á merodear por las alhacenas, formulan votos fervientes por la extirpación absoluta de los gatos y declaman en contra de las uñas, del apetito y de la crueldad felina.

Muertos los gatos, todos los ratones tendrían libertad para entregarse á roer el queso y toda clase de golosinas, sin ser asaltados por temor alguno.

Desapareciendo la crítica, todos esos que se pirran por pasarla de escritores y poetas no dejarían papel blanco sin borronear.

De ahí que veamos con frecuencia, en la prensa, prodigado el elogio mutuo de los ratones y maldecidos los críticos, raza de escribas y de fariseos.

Para estos seudos literatos, no debe haber distinción alguna entre lo bueno, lo mediano y lo malo.

La crítica debe subordinarse al compadrazgo. Si el autor es amigo ó cofrade, lo que produzca debe calificarse de bueno; si nó, todo lo que escriba no vale un comino.

Muchas reputaciones ficticias que hay actualmente en nuestra literatura arrancan su origen de este modo de pensar.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1895 NÚM. 17

Autores hay á quienes sus turiferarios le toman el aliento, para decirnos que huele á ambrosía, aunque huela á cebollas.

Conviene, con todo, que nos unamos todos los que tenemos algún cariño por el buen gusto y que resistamos los esfuerzos de los ratones que se nos quieren echar encima.

Antón Perulero

REMEMBER

LA blanca mano de la hermosa virgen
en mis manos ardientes oprimí:
un mar de fuego recorrió mis venas
y la conciencia de mi ser perdí.

A las blancas mejillas de la joven
en rojas olas asomó el carmín,
en sus pestañas titiló una lágrima
... y la ví sollozar y sonreir !

Antonio Contreras

LA MUERTE DE PLUTÓN

A Max.

CUANDO Sapín despertó, la primera idea que tuvo fué la de la enfermedad de Plutón; vistióse apresuradamente, y se fué á la cuadra del circo, seguido de sus perros, que le miraban con extrañeza, sin duda porque esa mañana no les había acariciado como de costumbre.

Plutón estaba tendido en su pesebre, rijido, con las patas enormemente largas, la cola desgreñada y húmeda y el hocico entreabierto, mostrando sus grandes y amarillosos dientes de caballo viejo.

Sapín sintió que el corazón se le achicaba, se le achicaba, hasta casi no sentirlo, cuando vió muerto á su caballo mas querido. Plutón, su compañero de ocho años, que tan bién había aprendido lo que á él, en sus fantasías de *écuyer*, se le había ocurrido enseñarle. Manso, dócil como un cordero, infatigable para el monótono trote cirquero, y sobre todo hermoso era Plutón, con su piel negra y seca como tinta china, su estrella blanca en la frente y su cola sedosa, rizada como cabellera de mujer.

Sapín había hecho de Plutón el favorito del público, que le recibía siempre con prolongados aplausos, cuando, sirviendo de caballero á su hija—una rapazuela raquítica y descolorida—la colocaba suavemente sobre las redondas ancas del caballo, y ajitando la larga fusta, le lanzaba á dar vueltas y más vueltas por la extrecha pista, mientras la rapaza bailaba y brincaba sobre él.

Tres noches antes de la muerte de Plutón, Sapín había notado en él algo extraño: hubo de prodigar la fusta con frecuencia jamás usada, y el hermoso bruto se manifestó decididamente enfermo cuando lo retiraron de la pista. Esa noche, Sapín no durmió, y al día siguiente principió la curación de su caballo, que constituía la mejor parte de su capital de empresario de circos populares.

Muerto Plutón, el circo decaería indudablemente. Apenas se supo que estaba enfermo, que no luciría su esbelto talle ni bailaría en dos patas al compás de los truhanescos valses de la fanfarria, el público disminuyó, y Sapín empezó á apurar sus conocimientos en veterinaria para sanar su caballo.

Todo inútil.

Plutón murió, se extinguió tranquilamente en su pesebre, con una muerte dulce, sin ruido, como mueren los que mueren con la conciencia de que han cumplido su deber sobre la tierra.

Sapín lloró, se arrodilló ante el cadáver de su caballo, y estuvo á punto de rezar una oración por el descanso de su alma. Cuando sus compañeros y empleados fueron al pesebre, encontraron á Sapín inmóvil con un pié sobre las costillas de Plutón, y mirando fijamente á uno de sus perros, que olía, receloso y con las orejas enhiestas, la boca del noble bruto.

Le sacaron de ahí, y por medio de cuerdas atadas á las patas traseras y á la cola, dos de los payasos, con la cara aún pintarrejeada á trechos, arrastraron á Plutón hasta la calle, para echarle en una carreta que le llevara al pudridero.

Cuando le echaban á la carreta, uno de los curiosos dijo á Sapín, que cariñosamente sostenía la cabeza de Plutón:

—¿Quiere vendérmelo?

Sapín pareció no entender y acarició las heladas narices del animal.

—Es viejo el caballo; pero el cuero está en regular estado. Le ofrezco cinco pesos por él.

Sapín soltó bruscamente la cabeza del animal, que chocó contra las piedras produciendo un sonido hueco, de muerte, y dijo:

—Vengan.

Cuando acabó de contar el dinero, alzó la vista, y vió que se alejaba pesadamente la carreta que se llevaba á Plutón, cuya cabeza pendía, moviéndose, sobre una rueda, y cuyos ojos abiertos, enormemente abiertos, parecían mirarle con aire de reprocho.

René Vinci

Santiago, Noviembre 22 de 1895



D. Nicolás Peña Vicuña

† EL 16 DEL PRESENTE



En los cuernos de la luna.



—Si, señor; todo... menos Ministro!



D. Máximo Gomez

GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO LIBERTADOR DE CUBA



D. Antonio Maceo

MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO LIBERTADOR DE CUBA



—¡Por favor!... no me comprometa Vd!

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1895 NÚM. 17

ABANDONADA

SOBRE la playa desierta,
en una roca sentada,
una mujer, enlutada
y pálida como muerta,
dirije al mar su mirada.

Tiende la noche su manto,
la luna brilla en la esfera,
y, con la voz lastimera,
la mujer, ahogada en llanto,
dice allí de esta manera:

—«¡Adiós ilusión querida,
adios goce, adios amor!
Desde hoy no queda en mi vida
ni una esperanza florida,
ni el perfume de una flor.

«Se fué, para no volver,
el dueño del alma mia,
el que en horas de placer
tantas veces repetía
que era eterno su querer.

«Y en el último momento,
cuando la mano le dí,
él no tuvo para mí
ni de amor un dulce acento,
ni un:—Me acordaré de tí!

«¿Acaso siempre ha mentido?
¿acaso no me ama ya?
¡Ay! sólo sé que se ha ido
sin haberme prometido
recordarme por allá!...

«Es mi senda tan obscura,
mi destino tan horrible,
que sólo se me figura
hallar descanso posible
en la helada sepultura!»

Y de esta manera hablando
sin lágrimas que verter,
la abandonada mujer
el bajel está mirando
donde se vá su querer.

Desfilan en su memoria,
como en májica linterna,
aquellos sueños de gloria,
aquella promesa eterna:
de su amor toda la historia.

Queda silenciosa, queda
como estatua del pesar,
á las orillas del mar,
entre la ola que rueda
y de la luna el brillar.

¡Cuántas, como ella, en la orilla
del turbio mar del olvido,
no han mirado á un sér querido
que se aleja en la barquilla
de un amor que fué mentido!

A veces no halla consuelo,
el corazón en su duelo,
y vé, triste y moribundo,
burla y desprecio en el mundo
é indiferencia en el cielo!..

—

La dulce aurora despierta
y un cuerpo se alcanza á ver
sobre la playa desierta.
Es que yace una mujer
triste, abandonada... y muerta!...

R. Fernández M.

EN LA VENTANA

BAJO un cielo gris, duerme la gran ciudad en la vaguedad enervante de las tardes brumosas.

A lo lejos, el paisaje de las verdes laderas y de las casitas multicolores, va perdiéndose en la nube que camina, se levanta, camina hasta fundirse en torrentes que devorará muy luego el Mar, ese regio Saturno de las aguas.....

.....

Ella, mi amor, á quien siempre llamo el brillante luminar de mis noches tristes, me habla sonriente al oido...

Del obscuro cuadro surje como la pálida Ofelia desparramando flores; Ofelia! leve criatura esfumada entre las ondas del lago al deshojar un lirio.....

.....

¡Primavera!

Arriba, en el balcón, gorjea la banda azul, mientras el inmenso manto lóbrego de tonos grises, envolviendo sigue á la gran ciudad en la inquietante bruma de las tardes heladas.

Oliverio Bertin

EN UNA PELUQUERÍA

ES domingo. En dia tan solemne parece justo hacer una visita á la peluquería.

Me levanto, y me lanzo á la calle. Mientras camino, acariciándome la barba, no puedo menos que considerar el flaco servicio que nos ha hecho naturaleza, al ponernos estos pelos para mortificación de nuestros bolsillos.

Hasta en esto, me digo, son felices las mujeres: como no tienen barba, se *afeitan* sin navaja y sin mano de barbero.

Héme ya en la peluquería. Empujo la mampara. El salón está lleno de jente que espera. Hago ademán para irme; pero el peluquero, que seguramente no ha sido nun-

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1895 NÚM. 17

ca empleado de la Moneda, sale corriendo á mi encuentro, y me dice con amabilidad extrema:

—A usted, señor, le va á tocar... ¡un minuto!

Espero; y espero leyendo los periódicos, la mejor manera de esperar en peluquería.

Un anciano completamente calvo, se hace la *toilette* en una silla cercana á mi asiento. Ha asistido impasible, mudo, á la transfiguración de su arrugado rostro. Por fin, cuando ya va á levantarse, mueve su cabeza, sus labios y habla:

—¿No habrá algún remedio para que salga pelo?

—Sí; contesta el barbero; mi señora prepara uno que ha dado muy buen resultado; muy bueno, muy bueno.

—¿Y para conservar el pelo?

—También; mi señora prepara uno... que ha dado muy buen resultado; si, señor, muy buen resultado.

El anciano, que si carece de pelo, no carece de experiencia, pasa tristemente su mano por la ancha calva, paga y se va.

Un joven de buena figura, de rostro femenino, sigue con vivo interés el movimiento de la tijera que recorta su barba. Se yergue, se inclina, se acerca al espejo grande, se mira á derecha é izquierda, por arriba y por abajo, y señala al peluquero los puntos defectuosos de la *toilette*. Pide luego un espejito, y repite delante de él, el espectáculo anterior. Satisfecho, en fin, de su hermosura, se pone de pie, y después de dar á ambos espejos una última mirada, paga, pagara doble si tuviese, y algo silbando, algo cantando, se dirije á la calle. ¿Qué grande conquista lleva en su cerebro!

Pero ¿y ese ruido? Un desventurado, con el rostro cubierto de sangre, altercа furiosamente con el barbero.

—¡Animal! ¡me ha hecho usted un tajo!

—Es que no hay por donde pasar la navaja.

—Debiera usted pasarla con cuidado.

—Con un poco de piedra alumbre.

Habla el uno y grita el otro, y por fin se conviene en continuar la obra comenzada. Vuelve la navaja, y, venciendo obstáculos mil, entre montes, valles y espesuras, prosigue su marcha sangrienta y triunfal.

—Señor; dice el barbero á su víctima, presentándole un cuaderno, ¿ no querria usted tomar un numerito en la rifa?

—¡¡Qué!! ruje la víctima furiosamente.

—La rifa de pascua ¿Le apunto un numerito, señor?

—¡Numerito! numerito! sale gruñiendo el joven ensangrentado.

—A usted le toca, señor.

Llega, por fin, mi turno. Ha trascurrido ya el minuto, el minuto peluquero: poco más de una hora.

—¿Qué decía usted, señor?

—Aféiteme

—¡Como nó, señor!

Y con la sonrisa del hombre práctico, del obrero intelijente, del que tiene conciencia de su aptitud, prepara el barbero la navaja destinada á mi tormento. ¡Qué víacrucis! La navaja juguetea rasando los pelos de mi barba: y yo, en mi martirio alzo la vista como para pedir al cielo reparación y venganza; y al encontrarme con los ojos grandes, inmensos del barbero, clavados en mí, una idea horrible cruza mi mente y pone en ajitación la sangre de mis venas. ¡Oh! si el barbero fuese decadente, de los que beben ajenjo ¡con qué placer no hundiría su navaja en mi garganta para saborear los estertores de mi agonía! Pero esta impresión no dura más que un instante. El barbero es hombre honrado, me digo; nada entiende en literatura, y al deleite del exotismo, prefiere la dulce tranquilidad de una vida común.

Lo que pensaba el peluquero, al fijar en mí sus grandes ojos, era que me vendría muy bien *una lavadita de cabeza*. Así me lo manifiesta con sumo desinterés. Pero, yo disiento de su opinión. Toma entonces un peinecito para probarme de una manera muda, pero elocuente, la necesidad impres cindible del *champou*. Pensando siempre en mi conveniencia, recurre luego á la quinina; y gran conocedor del corazón humano, armado ya con la experiencia del *champou*, no me consulta sobre aquel específico, sino que, sin darme tiempo para hablar, me hace la fricción con toda rapidez y contra toda mi voluntad. Y como si tantas atenciones no fueran suficientes, me obliga á tomar un numerito en la rifa.

Porque

Litografía e Imprenta

LUIS F. ROJAS y C.ª

Calle del Estado núm. 34, frente al Pasaje Matte

SANTIAGO

SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS

Litográficos y Tipográficos

Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos

Precios Módicos

Imp. i Lit. Estado 34

EN EL SALON DE BELLAS ARTES



—¡Ese es mi retrato!



—¡No mires eso!



—¡Si es el cuerpo de mi mujer!...



—Aplauda Vd. mis obras, ó lo aplasto!...

La Revista Cómica

NUESTROS ARTISTAS

D. José Miguel Blanco



El genio de la escultura,
dióle al cincel, en su mano,
el esplendor soberano
del arte, que siempre dura.

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1895 NÚM. 18

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR LITERARIO:

R. Fernández Montalva

DIRECTOR ARTÍSTICO, **Luis F. Rojas**

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 3.00
Por medio año (25 »)..... 1.50
Número de la semana..... 0.05 cts.
Id. atrasado..... 0.10 »

Oficina y Administración-Estado 34

Casilla, 1106, Teléfono, 1278

PAJA PICADA

Llega la hora de clase.

El viejo profesor toma asiento en su alto sillón, ante la mesa llena de papeles é instrumentos de cirugía.

En medio de la sala, cubierto enteramente por un paño blanco, está el cuerpo destinado ese día á revelar los profundos secretos de la ciencia.

Un alumno avanza.

Es un mozo pálido, de grandes ojos soñadores.

—Abra Ud. el corazón de ese cadáver, dice el profesor.

Y el alumno, alzando el paño, descubre sobre la mesa el blanco cuerpo de una niña.

Un grito ahogado escápase de su garganta, arroja el bisturí, y, tomándose la cabeza entre las manos, solloza:

—Ella!...

* * *

—Dentro de algunas horas, todo habrá terminado!—dijo ella, con voz muy dulce, incorporándose en su lecho. Vestidme de blanco. Quiero morir en medio de mis flores, á los rayos del sol.

Era un hermoso día de primavera. Bajo el azul inmenso y puro, cantaban muchas aves, sobre los nidos, en los ramajes en flor.

Un viejo doctor de luenga barba blanca, que tenia los ojos húmedos, quiso hablar y sólo pudo mover la cabeza en señal de aprobación.

Pálida, muy pálida, en brazos de sus amigas, fué ella de macetero en macetero, acariciando sus flores favoritas, diciéndoles adiós.

Y después, sentándose á la sombra de unas ramas de azahares,

—Amigas mías,—dijo, fijando en ellas la dulce mirada de sus profundos ojos verdes;—me voy porque me llaman. Desde hace varias noches, cuando duermo, viene á mi un joven rubio y enamorado, que tiene alas, que pasa mucho tiempo, estrechando mis manos en silencio, sus ojos en mis ojos. Anoche me ha dicho que es preciso que le siga, porque ya tiene preparado mi velo nupcial en los altares del paraiso...

Hablaba como soñando, en voz baja, los ojos fijos en el cielo azul que sonreía.

Ya á la tarde, recordó un momento los placeres humanos, y despreció con palabras magníficas las vanas exterioridades de la vida.

Cuando llegó la noche y la inmensidad empezó á cubrirse de estrellas, quisieron sus amigas llevarla al lecho; pero, ella no podia ya entenderlas.

Y se durmió tranquilamente diciendo: soy tuya!—al joven rubio y enamorado, que tenia alas, y recibiendo sobre su frente los pálidos rayos de la luna.

MORIR...

NO me causa terror; cuando he mirado
A la muerte en el mundo dominar,
He buscado consuelo en esa incógnita
Que existe más allá...

Si yo sé que el camino de la vida
A la muerte va á dar,
Sé también que el camino de la muerte
Lleva á la eternidad.

Luis Rodríguez Velasco

SILUETAS AMERICANAS

JUAN MONTALVO

SUS enemigos le llamaban loco.

Si el idealismo impenitente pudiera ser calificado en estos tiempos que corren al par que la locura, bastantes puntos de loco tuvo indudablemente Montalvo, pues fué idealista hasta donde ser se puede. Y locura

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1895 NÚM. 18

suya parece, en verdad, soñar lo que soñaba en sus arrebatos fantásticos; decir lo que decía en sus arrebatos coléricos, cuando se piensa entre qué tristes realidades soñaba y entre qué clase de hombres atreviase a hablar. Fué loco porque nunca experimentó la dulce satisfacción del ideal alcanzado, de la buena voluntad triunfante.

En sus escritos háse querido encontrar también rastros de la descomposición de su juicio: ese desorden que se nota en ellos, la falta de cohesión de sus partes, las digresiones tan ajenas al asunto principal: todo ello es explicable fácilmente, si se considera la viveza de su imajinación y el contínuo estado de exitación de sus nervios, producido por las luchas políticas, en que casi siempre salió vencido; por el poco aprecio que de su talento hicieron muchos de sus compatriotas, algunos de los cuales llegaron hasta negárselo; y por las persecuciones de que fué víctima, á causa de sus ideas liberales, persecuciones que llegaron hasta el extremo de hacerle salir extrañado de su país.

Dotado de imaginación vivísima i de instrucción variada y profunda, ha—si se me permite el símil—empedrado sus escritos de imágenes llenas de lucidez, y elegancia, y de oportunas alusiones históricas del mejor efecto. Abundante sin ser difuso; magnífico sin ser campanudo; castizo y puro al extremo es su estilo. Sus frases sonoras, llenas, musicales, se juntan, se entrelazan, formando armoniosos períodos, que, sin tener las bruscas quebraduras y violentos tajos de los Alpes, tienen los suaves declives y hondonadas del Guayas. Su estilo es tan suave y tierno á veces, que suena como ruido de cristales agitados por el viento; tan solemne y elevado otras, que recuerda la grandilocuencia de Victor Hugo y de Emilio Castelar: encanta, arrebata, fascina, y tan elocuente suele ser que extravía nuestras ideas y domina nuestra voluntad. Adaptándose, como por arte divino, á todas las circunstancias, no desciende jamás de su altura eminente: cuando critica, lo hace con la fría sonrisa de Voltaire y cada frase es un aguijón que llama la sangre; si el entusiasmo le hace tomar la pluma, prorrumpe en tan elocuentes acentos que, como un cuerpo magnetizado, comunica su fuerza magnética á otro, comunica el entusiasmo á quién le lee; ahógale la rabia: hínchanse sus venas, inyéctanse de sangre sus pupilas y cada frase es un rujido de león que hace temblar las carnes.

Como filósofo, fué un cristiano que hubiera deseado ver á María con el cuerpo de Venus, y á Jesús con el de Apolo.

René Vinci

Santiago, 1895.

Sonetos

EN SEVILLA

GALEROSA sevillana,
coje el mantón de Manila
y vete, alegre y tranquila,
á la verbena cercana.

Hay jolgorio y hay jarana,
y hoy que el *gremio* allí se asila,
su alegre y ruidosa fila
te aclamará su sultana.

Á bailar! Que por tu vuelo
y tu talle de manola,
los chulos, llenos de anhelo,

dirán, al son de la viola:
«¡Olé, virgen del Carmelo!
«¡Viva tu gracia española!»

EN LA MONTAÑA

INDIA bella, Cori huraña,
ponte tu *incuña* (*) florida
y en secreta y dulce huida
vámosnos á la montaña.

Haremos una cabaña
y en ella, chola querida,
será dulce nuestra vida
como la miel de la caña.

De día iremos, sin penas,
á buscar flores y nidos
en las riberas amenas,

y de noche, siempre unidos,
tocaremos nuestras quenas
hasta quedarnos dormidos...

J. Federico Barreto.

Perú—Locumba—1895.

(*) Incuña, especie de toca de colores que las indias peruanas llevan en la cabeza. Se cuenta que las indias siguen al hombre que les arrebata esta prenda.

N. DEL A.



Alejandro Dumas (hijo)

† EN PARIS EL 28 DEL PRESENTE



¡Al fin tenemos opereta!



Mme. Lucy Audi

DE LA COMPAÑÍA FRANCESA DE VARIEDADES



Pablo Braceschi

MINISTRO DE ITALIA EN CHILE.
† EN SANTIAGO EL 22 DEL PRESENTE.



Ya se va á cerrar, señor.



Mme. Charlotte Davigny

DE LA COMPAÑÍA FRANCESA DE VARIEDADES



¡Al fin tenemos Ministerio!

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1895 NÚM. 18

ARCANO

Él la amó con la inscontancia de todos sus amores, con el fuego de su naturaleza activa, desbordante de vigorosa savia juvenil. Le amó ella con la fé del amor primero, con la fuerza apasionada de su espíritu soñador, con la convicción honrada de su alma.

El, encontró una mujer; ella, su ideal.

El, apuraba con singular delicia aquel corazón que se le abría con la confianza del más injenuo candor. Ella sentía que brotaban de su alma todos los amores al calor de aquel amor. Y soñaba una vida siempre hermosa, alumbrada por eterno sol primaveral.

Ella, temblaba como una hoja al contacto de su mano viril; y él, reía de su viva ajitación: artista en amor, seguía con interés la impresión desnuda de artificio, reflejada en aquellos ojos límpidos, ojos profundos, de franco y sereno mirar.....

Y los ojos profundos aguardaron en vano cuando, aquel dia, él no volvió, y la voz alegre tornóse dolorida y fijo y severo el sereno mirar.

Y mientras él seguía alegre la vida, moría en aquella alma cándida la fé, con que vive en el mundo toda belleza y en los hombres toda virtud.

Y la fantasía enferma, que desnudara de toda belleza al mundo y de toda virtud á la humanidad, veía siempre bello y bueno al infiel.

Y así se extinguía aquella alma doliente, consumida por su amor, y marcaba cada paso honda huella en la faz.

El la vió, al pasar en ráudo vuelo de placer, y contempló con extrañeza la palidez intensa del rostro y la mirada profunda de aquellos ojos. ¡Y era ella! Ella, que en honda angustia, se sentía ahogada por la pena

.....

.....

¿Acaso él la amaba todavía?

¿O se conmovió su corazón ante la constancia con que aquella mujer hermosa y buena le enrostraba tácitamente su veleidad? ¿O fué que ávido, siempre de emociones, quiso profundizar tan rara fidelidad?

Quién sabe!

Pero aquello no era ya un sueño febril del alma enferma. Era la verdad. Con la acariciadora mirada azul y con aquella voz que la conmoviera tan dulcemente en otro tiempo:

—«¿Siempre?»—preguntó él, ¡y la mirada profunda y la voz apasionada:

—¡«Siempre!«—le contestaron

¿Fué el alma de aquella mirada, fué el aliento apasionado de aquella voz?

¿O es ley misteriosa la atracción del sér amado con tal locura?

Así, misteriosamente irresistible, fué el impulso que le llevó hacia ella. Comprendió en un segundo un siglo de amargura. Tuvo en aquel instante la visión de su felicidad.

Arcano del alma humana. El ateo invocaba á Dios. Caía de rodillas ante el altar que abandonó, y, cual nunca amante, le alzaba la diosa, la diosa tan triste y tan pálida, riente en su llanto.

Y se oyó aún, entre música de besos:

—«¡Y yo, loco ¡que iba á perder tu amor!»

Y la voz enamorada:

—«¡Eso, nunca!» dijo entre lágrimas.

Cage

23 Nov. 95

Nuestras lectoras, para la fabricación de flores artificiales, pueden dirigirse Dominica 31, con la seguridad de hallar una inteligente profesora.

INVIERNO

I

Es una noche del helado invierno,
Junto al brasero estoy;
¡Qué de ideas se agolpan á mi mente
Al contemplarlo hoy!

Ví á las brasas ardientes, encendidas,
La ceniza cubrir,
Y el calor que esparcían por la estancia
Poco á poco morir.

Acerco bien las manos al brasero
Buscando su calor,
Y sólo encuentro la ceniza triste
Y un frío aterrador.

II

Ayer ví que mi amada dentro el pecho
Ocultaba un volcán;
Ardió mi corazón en aquel fuego
Con insaciable afán.

Hoy, de mi vida en el invierno crudo,
Recurro á ese calor;
Sólo encuentro cenizas de aquel fuego
Y un hielo matador.

Poso mi fría mano sobre el pecho
Y está helado también!
Miro al prado...y heladas. ¡ay! diviso
Las flores de mi edén.....

Víctor Atilio Lillo.

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1895 NÚM. 18

EL CENSO

—MARIANITA, mañana es el censo.
—Y ¿á mí, qué?
—Nada. Hay que decir qué personas han dormido en la casa.

—

Con doña Encarnación, que tiene seis hijas solteronas.
—¿Qué edad tiene Ud.?
—Treinta y cinco años.
—Y ¿su hijita mayor?
—Veinte y cinco.

—

—Ud. vive sola?
—Y ¿á Ud. qué le importa?

—

—¿Su estado?
—Viudo, por la gracia de Dios.

—

—¿No hay más personas en la casa?
—Sí, señor; mi perrita, que se llama Finette.

—

—Su mujer ¿tiene algún defecto?
—Ninguno.
—Me han dicho que es muda.
—Cierto; pero, ¿es ese un defecto en una mujer?

EL CABALLERO BORRASCA

"AMADA mía, la hora
ha llegado de que partas;
en la escalera de mármol
el altivo potro piafa,
mueve la cola impaciente
el galgo de fina raza,
y el paje de faz hermosa
enamorado te aguarda."

Así el caballero noble
habló á la niña de su alma.
Un beso la dió en la frente,
otro en las mejillas pálidas,
breve momento en sus brazos
la mantuvo aprisionada,
y con voz de emoción trémula
de nuevo la dijo: «Marcha!»

Subió al palafrén la niña
ligera como la cabra
que al borde del precipicio
de un risco á otro risco salta.
Sentada bien en la silla,
tomó en la diestra la huasca,
y asegurando las riendas
partió cual zaeta rápida,
seguida del paje hermoso,
del galgo de fina raza
y de los ojos de fuego
del Caballero Borrasca...

Antonio Contreras

CORRESPONDENCIA

Sr. N. L.—Siento no poder publicar su artículo.
Sr. Jotageme.—¿No vé Ud. que éste no es periódico para principiantes?
Sr. Serrot.—A otra esquina.
Sr. Jotaviz.—Con otra pesadilla como esa, puede Ud. volverse loco.
Sr. Wherter.—Eso no es soneto... ni nada.
Sr. B. del C.—Sus Epigramas, son muy... pero, muy...
Sr. Faro.—No puedo.
Sr. Colchaguino.—Es largo, y, sobretodo, sin gracia alguna.

DEL ÁLBUM DE A. DE GÉRY

SIN la serpiente; Adán habría quedado en ridículo ante los ojos de Eva.—*E. Lynch.*

* * *

Al salir del teatro, el joven y la muchacha entraron riendo á un carruaje que chorreaba agua y barro. Llovía á cántaros.

El carruaje iba á partir cuando se acercó á él una pobre mujer á pedir limosna.

—Mi madre! —dijo por lo bajo la muchacha al ver á aquella mujer, y luego, golpeando los vidrios empapados de la portezuela con la punta de sus manos enguantadas, le dijo: suba al pescante!

—Quién será esta señorita tan piadosa, murmuró la infeliz, muerta de frío é iluminada de soslayo por las ventanillas rojas del carruaje.

A. de Géry

Litografía e Imprenta
LUIS F. ROJAS y Cª
Calle del Estado núm. 34, frente al Pasaje Matte
SANTIAGO
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS
Litográficos y Tipográficos
Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos
Precios Módicos

Imp. i Lit. Estado 34



Pierdo veinte mil pesos!



Asegurémosnos.



Incendio!



Liquidación completa!



Ante el juez.



¡Qué buen negocio!

La Revista Cómica

NUESTROS LITERATOS

D. Adolfo Valderrama



Es médico distinguido,
poeta, orador, prosista—
es un corazón de artista
por todo el mundo aplaudido.

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1895 NÚM. 19

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR LITERARIO:

R. Fernández Montalva

DIRECTOR ARTÍSTICO, **Luis F. Rojas**

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números).....	$ 3.00
Por medio año (25 »).....	1.50
Número de la semana.....	0.05 cts.
Id. atrasado.....	0.10 »

Oficina y Administración-Estado 34

Casilla, 1106, Teléfono, 1273

PAJA PICADA

EN el arroyo, la madre harapienta y el hijo desnudo. Tienen hambre y tiritan de frío. Sobre ellos, el cielo de invierno extiende sus nubes negras y apiñadas.

Bien vestidos, bien cubiertos con holgadas pieles, con sus juguetes en la mano, pasan los hijos de los ricos, riendo, cantando las canciones de las venturas de la vida.

—Madre, tú eres mala!

—¿Por qué, hijo mío?

—¿No ves? Las madres buenas visten á sus hijos, les dan de comer y les compran juguetes!...

*
* *

Si; le diría que ya nada podía existir entre los dos, que ella había borrado con su perfidia las páginas todas del libro del amor, que era el único libro de su vida.

Ató, con una cinta azul, sus cartas y, en un pequeño estuche, encerró las flores de los días felices y risueños.

Faltaba su retrato. A la cabecera de su lecho, en un marco dorado, reía la infiel con su carita blanca y sus profundos ojos soñadores. Pensó que iba á quedar muy solo en su pieza; que, antes de dormir, ya no podría recitar un instante la oración de los recuerdos, ante la imagen tantas veces acariciada por sus labios.

Era demasiado. Conservaría el retrato á pesar de todo. El era su tesoro, la mitad de su existencia.

Ella llegó.

Sin hablar palabra, tendió su mano temblorosa y tomó, de encima de la mesa, sus cartas y sus flores, sin atreverse á mirarlo.

Tras un instante de vacilación, como rompiendo un nudo en su garganta, bajo, muy bajo,

—Y mi retrato?—preguntóle.

El movió la cabeza tristemente, el corazón sofocado, y mintió:

—Lo he roto!

Á TÍ

(En el álbum de la señorita limeña E. W. L.)

—

AL escribir la página primera
Del libro venturoso de tu vida,
Te sonrió con amor la primavera
Y puso sus encantos de hechicera
Sobre tu faz dormida.

—

La histórica ciudad, con sus torreones
Plateados por los rayos de la luna,
Veló tu sueño, inquieto de emociones,
Y el Rimac, murmurando sus canciones,
Arrulló con amor tu blanca cuna.

—

Como diadema real, en tu cabeza
Puso Dios los mas castos ideales:
Le dió á tu faz la gracia y la belleza
Y hermanó la virtud con la pureza
En tus diáfanos sueños orientales.

—

El destino, en sus horas de locura,
Traerte un día á nuestras playas quiso,
Para hacernos soñar con tu hermosura
Y abrirnos ese cielo de ventura
Que además de tu hogar, es Paraiso.

—

Y después de esta obra bendecida,
Que encierra tantas y preciosas glorias,
¿Quién pudiera con alma convencida
Dejarte alguna ofrenda merecida
En el libro que guarde tus memorias?

—

Yo, que me siento audaz en tu presencia,
Porque mi tedio insoportable alegras;
Yo, que veo en tu imagen de inocencia,
Algo de providencia
En mis noches más negras!

Jermán Munita M.

Santiago, 5 de Diciembre de 1895.

Baturrillo

TAMBIÉN en Los Ángeles existen colibríes decadentes, y, si no, ahí está D. Antonio Bórquez Solar que no me dejará mentir.

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1895 NÚM. 19

Hace algún tiempo que viene publicando unos versos gongóricos, que es menester leerlos para alcanzarles el sentido, cuando lo tienen, con ayuda de diccionarios y de intérpretes.

Y es lástima grande que esto haga el señor Bórquez Solar, cuando demuestra que tiene ciertas aptitudes no del todo faltas de inspiración.

La escuela rubendariaca es la causa de los desaguisados literarios del señor Bórquez Solar, quien, sin duda, cree que Rubén Darío es un maestro infalible. Pero no hay tal maestro, ni tal infalibilidad, porque el poeta nicaragüense es imitador de la escuela francesa del decadentismo y, por otra parte, suele desbarrar muchas veces, no obstante su gran talento lírico.

Con el título de *Primaveral* el señor Bórquez Solar ha dado á luz hace poco una poesía—ó como quieran V. V. llamarla—dedicada á la señorita Helena Wenzel; lo cual sería una galantería, si no impusiera á la señorita un trabajo sobrehumano para decifrar los pensamientos que el señor Bórquez Solar ha querido, sin duda, expresar.

Todo en ella consiste en el lenguaje gastado ya por Darío, Mayorga Rivas, Solórzano, López Penha, Gamboa y otros poetas jovenes americanos de indudable talento y estropeado por imitadores faltos de vuelo, de ideas y de arte.

Las vírgenes yermas, las vivientes liras, los iris rutilantes, los himnos aurorales, la áurica garganta y otras expresiones de este jaez constituyen en parte principal, el ropaje de la *Primaveral* del señor Bórquez Solar, para decir que el jilguero

> en la áurica garganta
> guarda el gorjeo y la brisa fresca
> se detiene, para oirle, silenciosa,
> porque es el rey del mundo

y para concluir con que es éste el esclavo de

> la virgen blanca de cabellos rubios.

Nada quiero decir de aquello de que del nido han de salir, según se le antoja al señor Bórquez Solar

> las vidas nuevas
> con el canto en el buche

que no puede ser sino un solemne desparate, á no ser que los jilgueros sean ventrílocuos.

Pero es conveniente advertirle al señor Bórquez Solar que en su *Primaveral*, si hay ideas, son tan abstrusas que á los lectores vulgares, que no sean los iniciados en el arte decadente, no se nos alcanzan.

Y también, para coronar su obra, el señor Bórquez Solar, después de no exhibir ideas, nos brinda un verso suelto sin cadencia y hasta cojo, que de puro suelto no es verso ni cosa parecida.

Si la poesía consiste para el señor Bórquez Solar en la falta de ideas y de rima y en emplear una forma posaica de versos, como algunos de los que he citado, preciso es convenir en que el señor Bórquez Solar se halla en Babia.

Antón Perulero

RIMA

DIJE, sin conocerte, yo á un amigo
que de tí me contaba la perfidia
con que su amor pagaste:—«A esa ingrata
la mataría!»—

Después te conocí rubia hechicera
de rostro pálido, y mirada ignea,
y al carro dejé uncir de tu belleza
mi alma cautiva.

Amor eterno me juraste entonces...
y en ese juramento yo creía...
Mas, luego á otro tu promesa amante
también hacías.

Conozco tu traición; y no te he muerto!
No creas que por falta de energía,
nó: tu negra traición me hirió en el alma
y mi amor escapóse por la herida!

LAS FLORES DEL DÍA LUNES

UNA de esas mañanas en que el invierno empieza á languidecer entre los últimos jirones de niebla que se arrastran humedeciéndolo [illegible] minó al cementerio, llevad[illegible] verdaderamente [illegible]



Junto á la [illegible], inmóvil sobre las piedras empapadas, un *coupé*, arrojaba sobre el pavimento los primeros reflejos brillantes del sol que se asomaba á ratos.

Los caballos agitaban de tiempo en tiempo sus frenos de acero reluciente, y un ruido cristalino, alegre, verdadero ruido de fiesta, penetraba por la ancha puerta del cementerio, miéntras el cochero se encojía bajo los plieges de su rígida librea gris.

Mas allá de la reja, cerca de la pequeña capilla que custodian dos ángeles de bronce desteñido, se tendían, casi oscuras, las interminables avenidas bordeadas de cipreses, que sólo dejaban ver á la distancia volutas aisladas ó ángeles de mármol.

—

Apareció de repente, en medio de una de las avenidas, una mujer vestida de negro.



D. Manuel Gutiérrez Nájera

EMINENTE POETA MEJICANO



Chile y la Argentina



En la calle, ante la soberbia entrada del palacio, la harapienta tiende al millonario su mano temblorosa. Y el millonario pasa, molesto y desdeñoso, lanzando á la mendiga una mirada de desprecio.





—¡Adiós, lindura!
—¡Adiós, abuelo!...



Cayó la bella amorosa
de su galán en los brazos,
destrozando en mil pedazos
sus alas de mariposa.



—Ah, si fuera un billete!

AÑO 1 SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1895 NÚM. 19

Llevaba de la mano á una pequeña muchacha.

Los ojos de enferma de aquella mujer parecían haber llorado.

Y ¡qué contraste formaba con la muchacha!

La tristeza y la alegría marchando de la mano en medio de aquella ciudad de tumbas: un florero con flores ya muertas!

El mes de los difuntos llegaba á su término.

Sobre las gradas de un humilde monumento de piedra verdosa, había un diario lleno de violetas blancas: eran las flores, el llanto, de un corazón por otro corazón...

Aquellas violetas las había dejado allí, sobre las gradas de esa tumba, la mujer vestida de negro que se alejaba ya con su niña de la mano.

¡Qué ofrenda más significativa que esa de las violetas blancas, como flores de llanto!...

¿Sería un amor de otro?

—¡Quién supiera esa historia!—pensé....

.....

Un ángel de cabellos negros y ojos azules y llorosos, con alas oscuras, salpicadas de plumas rosadas, como gotas de sangre, llegó entonces, miéntras meditaba en aquella historia, para mí misteriosa, y tomando amorosamente las violetas penetró en silencio á la humilde tumba de piedra verdosa...

—Soy el ángel de los amores desgraciados,—me dijo al salir, cerrando lentamente la puerta de hierro de la tumba.

Y se detuvo un instante, arrugando entre sus manos el papel en que había hallado las violetas.

—Y esas flores?—le pregunté

—Ah! esas flores,—me respondió; las trae aquí todos los lunes esa mujer vestida de negro que se aleja á la distancia... Las deja aquí en la tumba del hombre que la amó con más desgracia y que murió por amarla.

El ángel, aquel tímido ángel de los amores desgraciados, empezó á llorar.

—Mientras él vivía—continuó—se las llevó siempre todos los lunes— Una vez le dijo con los ojos llenos de lágrimas: «Mira, estas flores te las voy á traer todos los lunes de mi vida, y cuando seas mía, te las daré siempre en los meses de crudeza invernal...; te daré orquídeas, violetas blancas y moradas, en primavera, y en el verano te buscaré claveles rojos y botones de rosa. Y si tú no eres mía ¿me prometes ir también todos los lúnes á dejar sobre mi tumba abandonada algunas flores de recuerdo?—terminó el enamorado llorando.»

Ella—continuó el ángel—bajó la cabeza y también lloró, como símbolo de promesa. Y ha cumplido bien la pobrecita... Viene aquí todos los lunes; deja las flores y se aleja llorando.—Yo, tomo entonces las flores y, al arrojarlas sobre el ataud carcomido, siento temblar los huesos del muerto.

Cuando el ángel concluyó su relato, pasó un joven con un ramo de flores en las manos.

El ángel de cabellos negros y ojos azules y llorosos, con alas oscuras salpicadas de plumas rosadas, como gotas de sangre; el anjel de los amores desgraciados, murmuró entonces, mirando á aquel joven:

—Voy á dejar sobre un cuerpo de virgen la ofrenda de ese pobre enamorado!

¡Qué tristes historias sabe ese anjel, Cupido ó Demonio!—pensé alejándome.

Tatín

Nuestras lectoras, para la fabricación de flores artificiales, pueden dirigirse Dominica 31, con la seguridad de hallar una inteligente profesora.

SUEÑO

NO estaba solo: las nocturnas sombras
en silenciosa turba se ajitaban;
parecía sentir sobre mi frente
el suave roce de invisibles alas.

El artístico ramo que esa noche
al latir de su seno se mecía,
estaba allí; sus mágicos efluvios
en red embriagadora me envolvían.

Duraron este insomnio, esta locura,
¿cuánto tiempo? No sé, sólo recuerdo
que las flores del ramo se animaron
y vida disfrutaron en mi sueño.

Ví levantarse una gallarda rosa
que, al ostentar su mágica belleza,
dijo: «Envuelta te envío en mi perfume
de su alma virginal la pura esencia.»

Y un junco dijo, alzando su corola
que ante la rosa tímido ocultaba:
—«Yo guardo los suspiros inocentes
que en el silencio de la noche lanza.»

Y una tras otra, en su lenguaje bello,
se expresaron también las demás flores,
las unas su esperanza me traian
y las otras sus puras ilusiones.

Y en el silencio de la noche obscura,
se oían risas, frases y suspiros,
semejante á una música divina
que dulce adormecía mis sentidos.

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1895 NÚM. 19

El ruido cesa, lentamente el ramo
en la ancha copa de cristal se extiende,
crecen las flores; de la blanca rosa
vienen las hojas á tocar mi frente.

Como un beso sentí y abrí los ojos,
y la brillante claridad del día
mi sueño disipó. Sobre la mesa
miré las flores pálidas, marchitas!

Paolo Fiore.

COLABORADOR

—¿EL director?...

—Servidor de Vd.

—Como me gusta mucho su periódico, le traigo unos versos para que los publique...

—Si ellos son buenos...

—Mire Vd. Son míos.

—Tanto gusto...

—Los he escrito en diez minutos. Estaban presentes mi mamá y mis hermanos, que pueden atestiguarlo. Se los he leido á Rosalía, y los ha encontrado magníficos...

—¿Rosalía?...

—No la conoce Vd?— Es mi amada. Una muchacha muy buena moza, si señor. Tiene unos ojos, y un cuerpo, y una manera de hablar...

—Perdone Vd., estoy muy ocupado y...

—No importa. Lea Vd. mis versos. Son apenas cuarenta estrofas...

—Es mucho. El periódico es tan pequeño.

—Pues, publíquelos Vd. en dos números.

—Lo siento mucho, pero...

—Nada, nada. Que es preciso que Vd. los publique. De lo contrario, no compraré más el periódico.

—Qué le haremos...

—Y Rosalía se enojará con Ud...

—No me hace daño.

—¿Cómo? La insulta Ud?

—Nó, señor.

—Porque soy capaz de partirle á Vd. la cabeza!

—Sentiria mucho que Vd. lo hiciera.

—Vendré mañana á corregir pruebas.

—Ni mañana, ni nunca...

—¿Qué dice Vd?

—Que si no se retira inmediatamente lo haré sacar por mis criados...

—Insolente!

—Canalla!

—Miserable!..

Piff, paff...

Dos bofetadas

Juan de Sánchez

DESPOJOS

HEBRAS de luz que en el espacio flotan,
ráfagas tibias de una noche pálida,
trémulas notas de armoniosa lira,
dulce perfume de azahar y malvas,
tal es lo que nos queda
cuando el amor por nuestras almas pasa.

Húmedas brisas del helado invierno,
sombras revueltas que en el éter vagan,
ecos dolientes de lejanos himnos,
hojas marchitas de una rosa blanca,
tal es lo que nos deja
el dolor cuando toca nuestras almas.

Tché

EL NIÑO

(BALADA)

—¿QUÉ buscas en esta tumba
pobre niño desvalido?
—Busco, señor, á mi madre,
que tengo hambre y tengo frio.
—Y piensas...
—Que al escucharme
abandonará este asilo.
—¿Era buena?
—¡Qué pregunta!
—¡Pobre niño! ven conmigo.
Yo te daré lo que quieras,
que tu madre se ha dormido
y despertar ya no puede
sin dejar este recinto.
—No, señor. Cuando ella sepa
que tengo hambre y tengo frío,
como es tan buena, al instante
me dará lo que le pido!
Y sin querer separarse
de aquel fúnebre recinto,
en la tumba de su madre
murió de miseria el niño!

R. F. M.

Litografía e Imprenta
LUIS F. ROJAS y C.ª
SANTIAGO
Calle de Argomedo núm. 20, entre Maestranza y Lira
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS
Litográficos y Tipográficos
Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos
Precios Módicos

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª, Argomedo 20

La Semana al Lápiz



Los esqueletos se dieron un último apretón de manos, se dijeron, suspirando, adios y se escondieron en sus tumbas: era Diciembre que llegaba alegremente acompañado de ecos festivos, dos ó tres Ivettes de mísera muerte que cantan muy malas *chanssonets* y de un monsieur Casthor—que rie y hace morisquetas, canta y llora...



* * *

Fué tanto el calor de la semana pasada que una señora de sesenta años decía, realmente sofocada:

—Oh! estoy hirviendo!...

Nos pusimos pálidos al oirla.

* * *



Abrimos el diario y encontramos una novedad: un suicidio por religión:

—He ahí un doble amor pensamos...

Esa mujer ha podido decir:

—La religión fué mi vida y la religión fué mi muerte...

Nosotros diremos riéndonos, bebiendo una copa i pensando en una mujer:



—Sus labios fueron mi vida; sus labios fueron mi muerte...

* * *



Por la acera llena de sol iba un pobre diablo echado adelante con el peso de sus mamarrachos de yeso...

Pasó un viejo, un pobre viejo y lo miró furioso:

—Me roban!

—Nó—le contestamos; el talento no se lo pueden robar á usted.

Entonces el pobre viejo sollozó:

—¿Talento... dinero!...

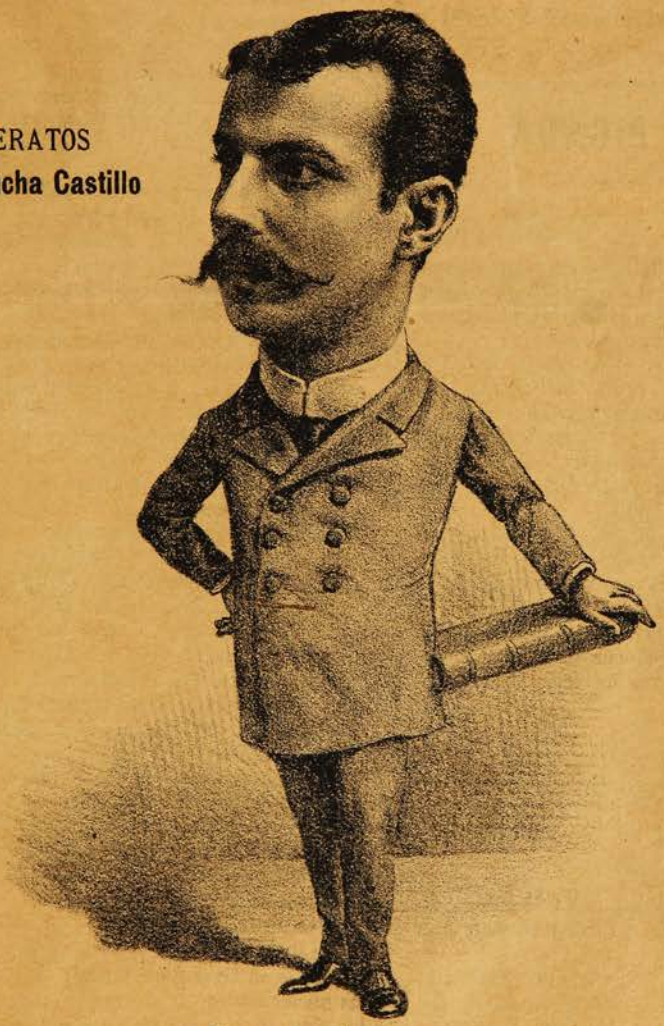
El viejo era Blanco: se refería á los que le saltean sus obras haciendo de ellas reproducciones infames.

A. de Géry

La Revista Cómica

NUESTROS LITERATOS

D. Francisco A. Concha Castillo



En su inspirado laud,
vibra el cántico sonoro
de los sueños rosa y oro
de la ardiente juventud.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1895 NÚM. 20

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR LITERARIO:

R. Fernández Montalva

DIRECTOR ARTÍSTICO, **Luis F. Rojas**

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 3.00
Por medio año (25 »)..... 1.50
Número de la semana..... 0.05 cts.
Id. atrasado..... 0.10 »

Oficina y Administración-Moneda 60 A

Casilla, 1108, Teléfono, 1273

PAJA PICADA

UNA noche,—y esto sucedió en París hace cuatro años—hallé en un pequeño restaurant, frente á la Estación de San Lázaro, á Catulle Mendés, el célebre y elegante narrador de poemas en prosa.

Con sus pequeños ojos azules muy brillantes, su melena rubia encrespada, sus anchos hombros, medio perdido en la penumbra de uno de los rincones del salón, reía, el maestro, con una risa nerviosa, mientras apuraba á pequeños tragos una copa de ajenjo opalino.

Frente á él, en la pequeña mesa, una muchacha pálida, que moría de tisis, fea, contaba una historia en voz muy baja, los ojos humedecidos por las lágrimas.

—Amigo mío,—me decía Mendés, poco más tarde,—para conocer bien á las mujeres, es preciso estudiarlas feas... y enamoradas!...

* * *

—Porque las hermosas—continuó;—preocupadas siempre de sí mismas, de sus trajes y sus joyas, de sus aduladores y de sus amantes, no tienen tiempo para ser mujeres.

* * *

No te extrañes, pues, bella Mignone, de que, á tu lado, calle mi lira y suenen mis besos.

Repleto el corazón de ansia de admirarte, mi espíritu se aduerme en el regazo de las materiales venturas de la vida. Porque tu hermosura, que todo lo vence y todo lo domina, produce más miedo de perderla que deseo de cantarla.

DELIRIUM TREMENS

(A JOSÉ S. CHOCANO)

EN medio de los gritos de la orgia
se levantó el poeta,
y, tomando con mano temblorosa
la copa de ginebra,
cerró los ojos, rechinó los dientes
y en seguida cantó.
—¿Qué?
—Este poema:

* * *

«En las noches sombrías del Invierno,
cuando parece un panteón la tierra,
y hay frío, mucho frío, en las cabañas
y nieve, mucha nieve, en las aceras,
¿quién da calor, decidme, á los mendigos
que gimen en los quicios de las puertas
con el pecho desnudo
y cubierta de escarcha la cabeza?
¿Quién inspira al filósofo y al sabio?
¿Quién ilumina el alma del poeta?
¿Quién consuela, por fin, al mundo todo?
¿No lo sabéis? Pues esto: la Ginebra!»

«Salve, licor bendito!
Salve, sublime néctar,
que á la vejez y á la impotencia animas
y á la orfandad alegras!»

«Salve! Tú tienes el poder grandioso
de alentar al soldado en la pelea
y de darle coraje y darle empuje
para morir al pie de su bandera.
Tú, al peregrino de este mundo loco,
brio y valor le prestas,
y, cuando lleno el corazón de tedio,
inclina sobre el pecho la cabeza,
y alza el puñal sangriento del suicida
para apagar la luz de su existencia,
tú, licor de los dioses,
tú, licor de los sabios y poetas,
viertes sobre él el bálsamo divino
de la embriaguez que inspira y que recrea!»

«Salve! Tú inspiras las pasiones grandes
y las grandes ideas;
tú electrizas las almas,
coronas de centellas las cabezas
y haces brotar de las sonoras harpas,
como bandada de aves vocingleras,
los cuartetos flamantes
y las silvas robustas y opulentas!

«Salve, mil veces salve!
Ningún licor te iguala á ti en la tierra.
Tú superas en fama y en dulzura
á las mieles hibleas,
á los vinos de Naxos y de Chios
y á todos los licores de onda cretgia
que allá, en los tiempos de la Teogonia,
apuraron los dioses de la Grecia

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1895 NÚM. 20

en jarrones etruscos
coronados de pámpanos y yedras!
Tú tienes el color de los cabellos
de la rubia deidad de mis endechas,
aquella hermosa niña
que me hace con los ojos mil promesas,
y que yo amante siempre
del candor, de la gracia y la belleza,
invoco noche y día
con toda mi ternura de poeta!»

«Salve! Yo siento, al apurar tus heces,
¡oh, clásica ginebra!
que el corazón se ensancha entre mi pecho
y que me corre lava por las venas!
Yo siento que tu savia generosa
me anima y me consuela,
que ella es la vida de la vida mia,
que ella hasta Dios me empuja,
que ella hasta Dios me eleva,
y que ella, en fin, alumbra mi cabeza
cuando, lleno de encono ó de ternura,
empuño entre mis manos altaneras
la lira patria de González Prada
ó la guzla romántica de Selgas!

«¡Salve, ginebra, salve!
A ti te debo yo, sobre la tierra,
mis más brillantes glorias,
mis venturas más bellas
y mis triunfos, en fin, y mis ensueños,
y mis mejores odas y poemas!
A ti te debo esta alegria loca,
que los necios traducen de indiscreta,
y que yo siempre en mi semblante llevo
á pesar de mis duelos y miserias!
Oh, elixir de la vida!
Yo amo y venero tu bondad suprema,
y hoy que el dolor me acosa
y me golpea el craneo y me atormenta,
quisiera, como un último consuelo,
morir ahogado por tu dulce esencia
como murieron en mejores dias,
Edgardo Poe, Byron y Espronceda!»

«Dadme ginebra! Quiero cobrar brios
para entrar otra vez en la pelea
y aplastar, bajo el peso de mi mano,
á la turba funesta
que, apostada en mitad de mi camino,
se retuerce envidiosa y altanera,
é intenta detener con torpes vallas
el carro de anchas ruedas
en que yo—como un dios de origen griego—
voy, á galope, al templo de Minerva!»

«¡Dadme ginebra! Quiero alzar el vuelo
á la región eterea,
y reirme del mundo y sus falsias,
y reirme del cielo y sus promesas!»

«Mis amigos, asi! Llenad las copas
con ávida presteza
y dejad que las horas y los dias
sigan y sigan su veloz carrera.
¿Qué nos importa el mundo? Qué la vida?
¿Qué las criticas necias?
¿Qué la envidia y el odio
de la canalla abyecta?
¿Qué, en fin, la muerte que nos amenaza
con su guadaña infatigable y fiera?...
A reir! A beber! Es necesario
despreciar la existencia,
que todas sus venturas y esperanzas
y todos sus encantos y grandezas,
no valen ¡vive el cielo!
lo que vale una copa de ginebra!»

***

Calló el poeta.

Una muchacha hermosa
de ojos de fuego y blonda cabellera,
se le acercó con aire enternecido
y le besó la frente y la cabeza.

Después... siguió la orgia
entre cantares, gritos y blasfemias...

J. Federico Barreto

Tacna, 1895.

Baturrillo

LA mejor prueba de que los tiempos no son para la literatura, es la conspiración del silencio con que se han recibido en el último año diversos volúmenes de poesías.

Primero fué el señor Walker Martínez (D. Carlos), que dió á luz en un grueso volumen cuantas estrofas ha compuesto en su vida.

En seguida, D. Luis Barros Méndez nos lanzó al rostro un volumen análogo al anterior, si bien de porte más limitado.

Y por fin D. Claudio Barros Barros que ha dado á la estampa sus *Poesías*.

¡Y pensar que estos tres libros, lo mismo que *Los Tristes* de Ovidio, traducido por el señor Román, son un primor como elegancia y cuidado en la impresión!

La crítica no se ha ocupado de ninguno de los libros anteriores.

Hablo de la crítica seria, de la verdadera; no de aquella gárrula de los amigos de los autores, que viene á decirnos al fin que, *salvo ciertos defectos que no obscurecen la belleza del libro, el resto demuestra en el autor grandes dotes líricas, etc.*

*

Yo deseo ocuparme de los versos del señor Barros Barros, á quien le encuentro cierta relativa inspiración.

¡Pero es tan voluminoso su libro!

En realidad, se ha menester decisión y resignación especiales para echarse á nado en un mar de estrofas.

Y como el numen del señor Barros Barros debe tener ciertos límites—y no muy





Buenos dias, abuelito!



¡Cuántas veces de pasada,
al encontrarse los dós,
se dan un beso de adiós
por medio de la mirada!



—¿Le escribiré?

—A la salud de nuestros amores!

AÑO 1 SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1895 NÚM. 20

extensos—temo que, vaciándose en tantas páginas, se haya desvirtuado de tal modo que me lleve un solemne chasco.

De ahí mis temores y mis reservas. Yo querría... pero el cómo salvar mis escrúpulos y temores no se me ocurre.

Héteme, pues, en situación difícil. Y mientras más pienso en ésto, se me aleja más también la oportunidad de estudiar las *Poesías* del señor Barros Barros.

Pero, puede que al fin venza mis nervios y me lance por entre las estrofas de las *Poesías*, donde seguramente voy á encontrarme con algunas místicas muy indigestas, que antes ha insertado el señor Barros Barros en varias revistas y periódicos.

Antón Perulero

OFRENDA

(En el álbum de la señorita E. W. R.)

—

FUÉ del Rimac en la orilla
donde se abrieron tus ojos,
y donde tus labios rojos
balbucearon la sencilla
primera estrofa que brilla
de la infancia en el laud;
tu hermosura y tu virtud
allí vistieron sus galas,
y allí desplegó sus alas
tu risueña juventud.

En nido blando de amores
vivías allí dichosa,
cual vive la mariposa
del pensil entre las flores;
pero un día los rigores
de la inconstante fortuna,
sin darte razón alguna
te arrastraron á otro clima,
y quedó tan triste Lima
que aún llora sobre tu cuna.

En cambio aquí, en nuestro suelo,
vino otro astro á brillar,
más bello que el luminar
que resplandece en el cielo.
En los pliegues de tu velo,
que tanta dicha atesora,
nos trajiste seductora
toda la gracia infinita
que allá, en tu patria bendita,
vierte al nacer cada aurora.

Hoy, que el bajel de tu vida
se detiene en esta tierra,
que si atractivos encierra,
no es la tierra prometida;
hoy, que á nosotros unida
vas á pasar la existencia,
ornando con tu presencia
de la amistad los altares,
permite que estos cantares
ofrende yo á tu inocencia!

Salvador Allende

Diciembre de 1895.

CANTILENA

TRISTE, siempre triste, la esclava solitaria entona canciones que encierran un poema de dolor y expresan la amarga nostaljia que siente su alma...

Canta dulcemente, melancólica como el cisne al morir, como el ave herida al abandonar á su tierno amor!

Llora en sus cantos con el sentimiento del que no ha visto nunca el azul del cielo, el rosado de la aurora, el broche de la flor y tiene nostaljia infinita de luces y de colores...

Ella no conoce nada; pero presiente un mundo que la extasía; jerminan en su corazón dulces, misteriosas sensaciones; adivina la silueta adorada del que en sueños embellece su existencia.

¡Esclava feliz! Confórmate con tu sino, ama tu cárcel dorada, agradece al señor que te aprisiona con el dulce lazo del amor, por tí no correspondido!

No ames; solamente déjate amar, que son bien amargas las heces que la copa del amor nos brinda!

No rías, que con la fuerza de la carcajada se destroza el alma!

Llora, canta con esa tristeza inimitable y dulce que arranca la esperanza de una soñada ilusión; con esa ternura infinita de lo que se presiente y se ansía; canta con esas notas melancólicas que demuestran el dolor y la nostaljia, pero nó la desesperación y el hastío...

Canta, el canto de las esperanzas; pero jamás el de las ilusiones marchitas!

Celia

RIMA

Alguien, quizás un torpe, en sus oidos
deslizó envenenada esa palabra;
quiso con ella desgarrar las fibras
recónditas de su alma.

El carmín del rubor, de sus mejillas
presuroso tiñó las rosas pálidas,
sus labios se entreabrieron y al infame
ella le dijo: «Gracias!»

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1895 NÚM. 20

La delicada flor que aquella noche
plantamos en el rústico jarrón,
con el amargo riego de mis lágrimas,
anémica creció.

Ayer sus hojas se doblaron tristes,
la delicada flor se marchitó
¡Quién sabe si el amor que me juraste
murió en tu corazón!

Antonio Contreras

LA MUERTE DEL NIÑO

TODO es silencio en aquella alcoba, iluminada poco antes por la aureola de un ángel. Por entre los pliegues de oscura colgadura penetra la mortecina luz crepuscular. Y aquel silencio y aquella luz hacen más lúgubre el cuadro conmovedor.

En su blanco lecho duerme el niño de cabellos de oro. Sobre la almohada, tibia aún, reposa inerte su cabecita. Sus bucles rubios le rodean como un nimbo de luz. Pero, la muerte no ha podido imprimir su rijido sello sobre aquel rostro infantil. Parece que de aquella boquita entreabierta se exhala aún suave la respiración. Que aquellos ojos entornados no lo están para siempre. Y que bajo aquella piel transparente es viva aún la sangre de las venas azules.

Así piensa la pobre madre. Apoyado el cuerpo sobre el lecho, oculta la faz entre las ropas, trató de apartar la visión horrorosa. Y aún ahora, no crée en la realidad; aún espera que sus sentidos la engañen.

¡Su hijo muerto!

En su cerebro no cabe tan horrible verdad! Y con los ojos desmesuradamente abiertos, contempla al niño con hipnótica fijeza.

Y la noche va cayendo. Aquello ha sido talvez un sueño. Ella oye su respiración. Y siente que la llama su voz. Nó, no se engaña. Tiende los brazos y estrecha al niño. Nó, aquel frío no es mortal. Ella volverá el calor al cuerpo de su hijo, y su boca junto á su boca dará la vida á aquel sér. .....

.....

.....

Y cuando vino el día, iluminó el mismo grupo: dormida una pálida cabeza sobre el cuerpo helado del muerto.

Y se sintieron pasos sigilosos y se oyó murmullo de voces contenidas. Y cual ladrones que huyen con un tesoro, pasaron presurosas unas sombras que se llevaron al niño .....

.....

.....

Y cuando de súbito se sintió el lúgubre rodar del carruaje que se lo llevaba tan lejos, levantóse ella como herida por choque eléctrico. Sus ojos fijos, como los de una sonámbula, miraron en aquella dirección. Nada veía, pero todo lo presintió. Con sus movimientos vagos, con su andar débil, quiso correr, y cayó desplomada sobre el lecho vacío. ¡Había sentido en el pecho el hielo de la tumba de su hijo!

Cage.

A 12 de Diciembre de 1895.

RIMAS

Deslumbrante de gracia y hermosura,
cerca de mi pasó
la mujer que la noche de mis penas
con la luz de su amor iluminó.

—

Al mirarme, sus pálidas mejillas,
emblemas de candor,
suavemente de grana se tiñeron,
denunciando de su alma la emoción.

—

Su hermoso seno de marfil torneado
convulso se ajitó,
y en el coral de sus divinos labios
una sonrisa de ánjel asomó.

—

Y sus hermosos ojos, manantiales
de luz y de esplendor,
en su tierna mirada me expresaron
todo lo que su labio me calló.

O. S. Z. Z.

1895.

Correspondencia

Sr. L. Vivar.—Sus versos son muy malos.

Sr. G. V.—Valparaiso.—Hay ideas, pero muy fea forma literaria. Estudie Vd. un poco más.

Sr. J. F. Y.—No tienen corrección.

Sr. S. Delanel.—No valen gran cosa.

Sr. B. D. P.—No me gusta.

Litografía e Imprenta
LUIS F. ROJAS y C.ª
SANTIAGO
TALLERES: Argomedo 20
ENTRE MAESTRANZA Y LIRA.
Oficina: Moneda 60 A
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS
Litográficos y Tipográficos
Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos
Precios Módicos

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª, Argomedo 20

La semana al Lápiz



¿Y de qué vamos á hablar?...

El mes va rápidamente camino de la Pascua; los niños y las mujeres á las tiendas; los viejos á tomar aire á la Alameda y la jente alegre al cerro, *á las bailables*



Cuando sale la función y el carcomido y pretencioso cerrito empieza á quedar á oscuras, se ve á lo lejos, confundiéndose con las sombras, como una nube blanca en medio de un cielo de nubes negras, la pollerita de tul de una bailarina...

¡Qué semana! Empezó levantando la pierna con el cancán y concluyó llorando.

Lágrimas, *cenas y escenas* cómicas; dolores, infamias y miserias ..

De todo eso hemos tenido un poco; y además, mucho calor y la pluma reseca.

—Sí; mucho calor.



Santiago se saca actualmente la chaqueta... para ponerse un saco de viaje y marcharse al campo...

La gente—es decir las mujeres, porque no reputamos como gente lo demás del jénero humano—empieza á irse



La plata ha hecho lo mismo: en cuanto llegó el diez se mandó cambiar!—nos decía un parroquiano del Setiembre.

Sin embargo, los restaurants, las cantinas y... todo ha estado lleno de gente muy alegre y bastante pobre.



Y músicas y musiquitos á destajo; en la plaza niñas «para la vista», en el Politeama cancán y en los bancos *chauchas* y pesos fuertes á disposición del *público inteligente*.

Y... *au revoir!*



La semana se va representada por una caja de fondos cerrada por delante, por arriba, por abajo, abierta por detrás y vigilada por un *paco* que se entretiene viendo cómo se escapan, volando entre destellos de luz, los escuditos de oro.

Ade Géry

La Revista Cómica

NUESTROS LITERATOS

D. Efrain Vasquez Guarda



Con su látigo de crítico
dia á día ha fustigado,
todo lo malo y raquítico
que en Chile se ha publicado.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1895 NÚM. 21

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR LITERARIO:

R. Fernández Montalva

DIRECTOR ARTÍSTICO, **Luis F. Rojas**

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 3.00
Por medio año (25 »)..... 1.50

Oficina y Administración-Moneda 60 A

Casilla, 1106, Teléfono, 1273

SALUDO

LA REVISTA CÓMICA, saluda al dulcísimo poeta Eduardo de la Barra, á su vuelta á la Patria y la familia, y hace votos porque las heridas del pasado, cicatrizadas por completo, permitan al egregio literato consagrar las horas de su vida á engrandecer aún más, con sus obras y su enseñanza, el país en que ha nacido.

PAJA PICADA

DENTRO de tres días, la Pascua.

En un pesebre, un niño rubio, que nace, destacándose en un nimbo de oro.

En el lejano oriente, tres sabios que ven aparecer la estrella de las viejas profesías.

Y, en medio del campo, los pastores, despertados por un ángel...

Portada á medias tintas del libro magnífico del dogma nuevo, firmado con sangre en la cima de una roca.

* * *

En otros tiempos, los niños buenos dejaban sus zapatitos en la chimenea, para que el Angel de Navidad, pusiera en ellos juguetes y bombones.

Pero, ahora... ya no existen ángeles de Navidad.

¡Son tan raros los niños buenos!

* * *

En medio de la Alameda, descalzo, sin sombrero, el traje hecho pedazos, un beodo grita:

—Viva la Pascua!

Y un policial lo toma del brazo y lo conduce á la comisaría.

—Estaba promoviendo desórdenes,—dice al oficial de guardia.

Ante la ventana abierta, cruzado de brazos, el bohemio contempla, á lo largo de la calle, los grupos gozosos que van al templo, á la misa de media noche.

Por su cerebro de poeta incorrejible, cruzan los fantasmas de sus dudas, las quimeras de sus sueños.

Aletea el gallo y canta:

—Cristo nació!

Y entonces el bohemio, clava su mirada en la profundidad azul, mientras un rayo de la luz de la luna, besa su frente pálida y tormentosa.

PRO CUBA

EN medio de los mares antillanos,
hay un pueblo de hermanos
por Dios vestido de belleza suma:
es de radiantes soles su diadema
y le canta un poema
el mar con ritmos de ondulante espuma.

En las cuerdas de oro de su lira,
el dulce amor suspira
sagrados cantos de la musa griega;
y son, del templo de su amor, vestales,
mujeres ideales
de labios rojos y mirar que ciega!

Tal es Cuba, cautiva soberana,
que de la vida humana
sufre las penas y desdichas todas:
novia que, en cuatro siglos de agonía,
no encuentra todavía
altar en donde celebrar sus bodas!

Desamparada y sola ante la América,
en ruda lucha homérica
la extrangera opresión rechaza altiva,
y cifrando en sí misma su esperanza,
al combate se lanza
prefiriendo la muerte á estar cautiva!

Aquellos que han tenido la fortuna
de hallar sobre su cuna
el pabellón de Libertad izado,
no pueden comprender la pena inmensa
de aquel que, triste, piensa
en que, al nacer, estaba encadenado!

¡Hasta el ave que cruza los espacios
y que teje palacios
entre el follaje de la selva umbría,
libre y feliz por la extensión del cielo
emprende el raudo vuelo
guiada por su propia fantasía!

Sólo Cuba, nación desventurada,
de cadenas cargada,
en el libre festín no tiene asiento,
ni, en la desgracia que su tumba labra,
escucha una palabra
que venga á darle bienhechor aliento.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1895 NÚM. 21

¿Quién no siente su pecho conmovido
al amargo gemido
de esa hermana infeliz, ahogada en llanto,
que, cual nosotros, en la vida humana,
quiere ser soberana,
quiere ser libre en su delirio santo?
Tended, tended la mano compasiva:
que el ¡ay! de la cautiva
en vuestras almas las piedades vibre,
y pueda la bandera americana
desplegarse mañana
en todas partes, triunfadora y libre!

Ricardo Fernández Montalva

Diciembre de 1895.

Baturrillo

SI el límite de las columnas de LA REVISTA CÓMICA lo permitiera, yo diría mucho, y mucho bueno, de los RITMOS del señor González, recientemente publicados; porque no hay duda de que el autor de ellos sabe sentir y pensar hondo.

Antes de ahora lo he dicho: el señor González tiene estro poético y sabe envolver sus ideas en un ropaje en que se maridan la corrección y la cadencia.

Es difícil que en un volumen que contiene tantas composiciones, como *Ritmos*, no haya lunares, desfallecimientos de la inspiración; pero no me cumple, en un artículo como éste, tocar esos lunares que, á más de ser pocos, no son de aquellos que pueden amenguar la calidad de todo el libro.

*

El señor González es poeta, en cuanto lo permite la acepción de la palabra entre nosotros.

Su musa es varonil y los arranques de la lira suenan á veces como estampidos de batalla.

Tienen sus versos mucho nervio, y propenden al cincelamiento de la idea en forma concisa, y á veces, apotegmática. Afortunadamente no abusa de esta forma, que podría arrastrarlo á la oscuridad.

Se conoce en *Ritmos* la influencia de Víctor Hugo, á la par que la de Núñez de Arce; á aquel sigue en los conceptos de corte sentencioso y á éste en el vigor de la estrofa.

El *decadentismo* anda por los *Ritmos*, pero casi á escondidas.

El señor González se ha colocado en cierto punto médio, bastante discreto, entre las escuelas que pugnan hoy por el triunfo de sus ideales.

Fuera nimiedad mía, citar las mejores composiciones del señor González; pero no hay duda de que los fragmentos del poema *El Monje*, son fehaciente muestra de que tiene inspiración el autor de los *Ritmos*, y es capaz de desarrollar un tema hondo y trascendental.

Eso sí que no entiendo cómo, el señor González, se entusiasme tanto y sea capaz de poner á prueba su inspiración ante la lectura de la *Filosofía de la Educación* del señor Letelier, asunto que no tiene nada de poético.

Delante de una obra de arte ó de un libro de grandes vuelos, concibo esos entusiasmos; pero nó en presencia de una obra, donde lo único digno de loar que tiene, es la intención de servir, porque la orignalidad del señor Letelier, ya se sabe que no existe, después de leer á Spencer.

Pero, en fin, el hecho es que los *Ritmos* de González es un libro digno de ser leido y aplaudido.

Antón Perulero

TÚ Y YO

AL PARTIR LA SEÑORITA ***

I

TÚ eres el claro, límpido arroyuelo,
Que juega en el verjel;
Y yo el ave sedienta que mi vuelo
Detengo junto á él.

Quiero apagar mi sed, ahogar mis penas
En tu cauce veloz,
Y gozar noches puras y serenas
En tu ribera yó.

Tú eres la escultura, blanca piedra
De magistral cincel;
Y yo la humilde, enamorada hiedra
Que Dios puso á tus pies.

Quiero vivir asido eternamente
Á tu albo pedestal,
Y, alzándome algún día hasta tu frente,
Tus sienes coronar.

II

Mas... eres sol que el valle necesita,
¡Aquel valle feliz!
Y yo, la flor que, sin calor, marchita
Va lánguida á morir.

Sigue ¡astro! tu curso por tu esfera,
Pero al tornar después,
Alumbrarás tan sólo en tu carrera
Mi tumba y su ciprés.

Víctor Atilio Lillo



LA PASCUA



—¡Viva la Pascua!



—Ah, los ricos!



—Tonto!



—Escríbeme siempre!

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1885 NÚM. 21

A los Agentes de LA REVISTA CÓMICA, que no han rendido sus cuentas con puntualidad, se les avisa que se les suspenderá la remisión del periódico, si no lo hacen antes del 1.º de Enero.

CUPIDO

EL sol alumbraba por vez primera las vírgenes campiñas de la creación, enviando torrentes de luz por todos los ámbitos del inmenso escenario. La bestia salvaje buscaba una caverna en la profundidad de las selvas, y el alegre pajarillo hendía el aire con sus primeras armonías.

Los dioses atravesaban la Tesalia y fijaban su morada en el Olimpo.

Y cuenta la tradición, que la Noche, fecundada por el Céfiro, cubrió con sus alas de sombras el germen de donde debía salir Cupido ó el Amor; pero, la historia de los dioses, le señala por padres á Venus y Marte.

Al despuntar la aurora de un día primaveral, vino al mundo en un tálamo cubierto de laureles y rosas, el niño de las alas doradas. Las flores abrieron sus cálices, palpitando de alegría, y el ruiseñor elevó su canto melodioso para celebrar el nacimiento del Amor.

Pero Júpiter, previendo todos los males y discordias que iba á causar entre los mismos dioses, lo proscribió del Olimpo. Venus lo confió entonces á los pobladores de las florestas de Chipre, y allí creció en el poético horizonte de los valles y las montañas.

Luego construyó un arco lijero de una rama de fresno y un carcaj bien provisto de flechas de ciprés. Bien presto, ensayando su arco sobre las aves que poblaban la selva, llegó á ser el más diestro tirador.

Llevaba en su aljaba dos clases de flechas: unas eran de oro, las otras de plomo; aquellas, hiriendo levemente el corazón, producían el placer más delicioso, á la par que, las de plomo, abrían la herida punzante de los celos.

El Olimpo estaba de gala: se celebraban las bodas de Tetis y Peleo. Desde una nube teñida con los colores del arrebol, Júpiter, sentado en su trono de oro y marfil, precedía la fiesta. En un sitial de topacio aparecían los desposados, mientras que las ninfas náyades ejecutaban mil caprichosos movimientos en los espacios azules. A instigación de Venus, Tetis introduce á Eros hasta el trono de Júpiter, solicita y obtiene su perdón, y desde ese día el Amor ocupa un lugar entre los dioses.

Pero, el corazón de Cupido había de salir herido con su propia flecha. Queriendo un día llevar á cabo los proyectos de venganza de Venus, su madre, salió en persecución de la bella Psiqué, joven de lánguidos ojos y húmedos labios, en cuyas espaldas llevaba alas de mariposa para caracterizar la lijereza de su alma, cuyo símbolo es este insecto volador. Cupido vuela tras ella, pero esta bate sus alas con rapidez y hace inciertos los golpes de su arco. En la precipitación del vuelo, el Amor sale herido y queda cautivado de Psiqué. Por fin, logra alcanzarla y Psiqué cede á las gracias de Cupido; este la lleva al Olimpo. Los dioses reciben con muestras de júbilo á su nueva compañera, el himeneo establece su unión y Júpiter en persona les presenta la ambrosía.

Y pasado el tiempo, Cupido abandonó á su bella consorte y Psiqué siguió volando con sus alas de mariposa.

Los antiguos lo representaban como un niño, con una venda en los ojos y que es guiado por una mujer que lleva un báculo en la mano. La tradición refiere que jugando un día el Amor con la Locura, se suscitó una querella entre los dos; Cupido propuso reunir el consejo de los dioses para juzgarlos, pero la Locura no tuvo paciencia para esperar: dió un golpe terrible en el rostro varonil de Eros, dejándole ciego. Desde entonces se ve ciego al Amor: dispara sus saetas al acaso sin ver los defectos de la persona amada.

Aunque ciego, no se apagó en su alma el fuego divino que constituía su poder. Olvidó á su Psiqué, abandonó el límpido cielo de la Hélade, su patria, y desplegando sus alas de oro, emprendió el vuelo á través del mar Ejeo, para recorrer el mundo recien creado y para no dejar en el orbe entero un corazón sin herir.

L. von Schneeberg.

FLOR-DE-TÉ

HIJADA de un Mandarín
Flor-de-té, nació en Cantón.
Le adoré con tal pasión,
y con tal ternura, en fin,
que casi fuí hasta Cantón
á pedirla al Mandarín.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1895 NÚM. 21

Sedoso era su cabello,
y sus labios de coral;
su pie breve; sin igual
su carácter por lo bello
cual sus labios de coral
y su sedoso cabello.

Mucho fuego en su mirada
cuando expresaba el amor,
pálido mate el color
de su tez. Una monada
cuando expresaba el amor
el fuego de su mirada.

Pequeñita de estatura,
más de donaire ejemplar:
se la podía llamar
Vénus china en miniatura
por su donaire ejemplar
y su pequeña estatura.

Eterno amor la juré
y eterno amor me juró.
—¿La fuí infiel?—Creo que nó.
—¿Me fué ella fiel?—... Sólo sé
que eterno amor me juró
por el que yo la juré.

Mas, un día supe yo
que algo ocultaba de mí,
tras el biombo carmesí
que Win-Chong le regaló.
—¿Qué haces oculta de mí,
chinita?—pregunté yo.

Y ella me dijo con voz
dulce y con modo sencillo:
—Me cómo aquí un ratoncillo
que he guisado con arroz—
¡Dijo con modo sencillo
y con dulcísima voz!...

La reprendí; y el esplín
me atacó desde aquel día;
y al verme adusto, sufría
la ahijada del Mandarín
hasta que al fin llegó un día
en que la mató mi esplín!

¡Sin quererlo, la maté,
poniéndole el rostro serio!...
y allá en el Celeste Imperio
resucitó *Flor-de-té*,
después que, poniendo serio
el rostro, yo la maté!

Mi amoroso corazón
suspiros le manda á ella
con la vagarosa estrella
que de alba se va á Cantón
¡Mas, nunca contesta ella
á mi amante corazón!

J. G. O.

ROSAS BLANCAS

UNA tarde que se paseaban bajo los ramajes en flor, cojiendo rosas blancas,

—Mira,—le dijo él;—plantemos un rosal, y nos casaremos cuando esté florido. Sus primeras rosas serán tu corona nupcial.

—Sea!—respondióle ella.

Y en un rincón del jardín, cerca de un naranjo, con sus dedos finos y delicados, hizo ella un pequeño hoyo en la tierra negruzca. Allí plantó un brote.

Desde ese día, todas las mañanas, al despertar, apenas envuelta en su peinador color rosa, iba ella, con un jarrito de agua en la mano, á regar el pequeño árbol.

¡Con cuánto susto pasó el invierno, temiendo que las brisas frías mataran la savia de las débiles ramas!

Cada hoja seca que caía, la guardaba, porque aquel rosal era para ella como su felicidad misma.

El, muy á menudo y sonriendo, le preguntaba:

—Y las rosas?

—Ya vienen cerca,—contestaba ella, ruborizándose.

A la segunda primavera, aparecieron los primeros botones.

Ese día, poco faltó para que se volviera loca de contenta.

Iba y venía por toda la casa, contando á todo el mundo su ventura, y pasó más de una hora, arrodillada ante el rosal, los ojos fijos en el estuche de las primeras flores.

Pero, ese día, su amante no vino.

Ni vino al día siguiente ni después.

Y ella, que veía cómo se abrían los botones y empezaban á nacer las rosas, se puso pálida y triste, y, vagando solitaria por los jardines, sentía en su alma el horrible frío de la muerte.

Y aquel rosal, que tanto amaba antes, era para ella, ahora, como la imagen viviente de sus ilusiones muertas.

Ya no le cuidaba, por el contrario, procuraba no verlo, hubiera dado mucho porque se secara y muriera...

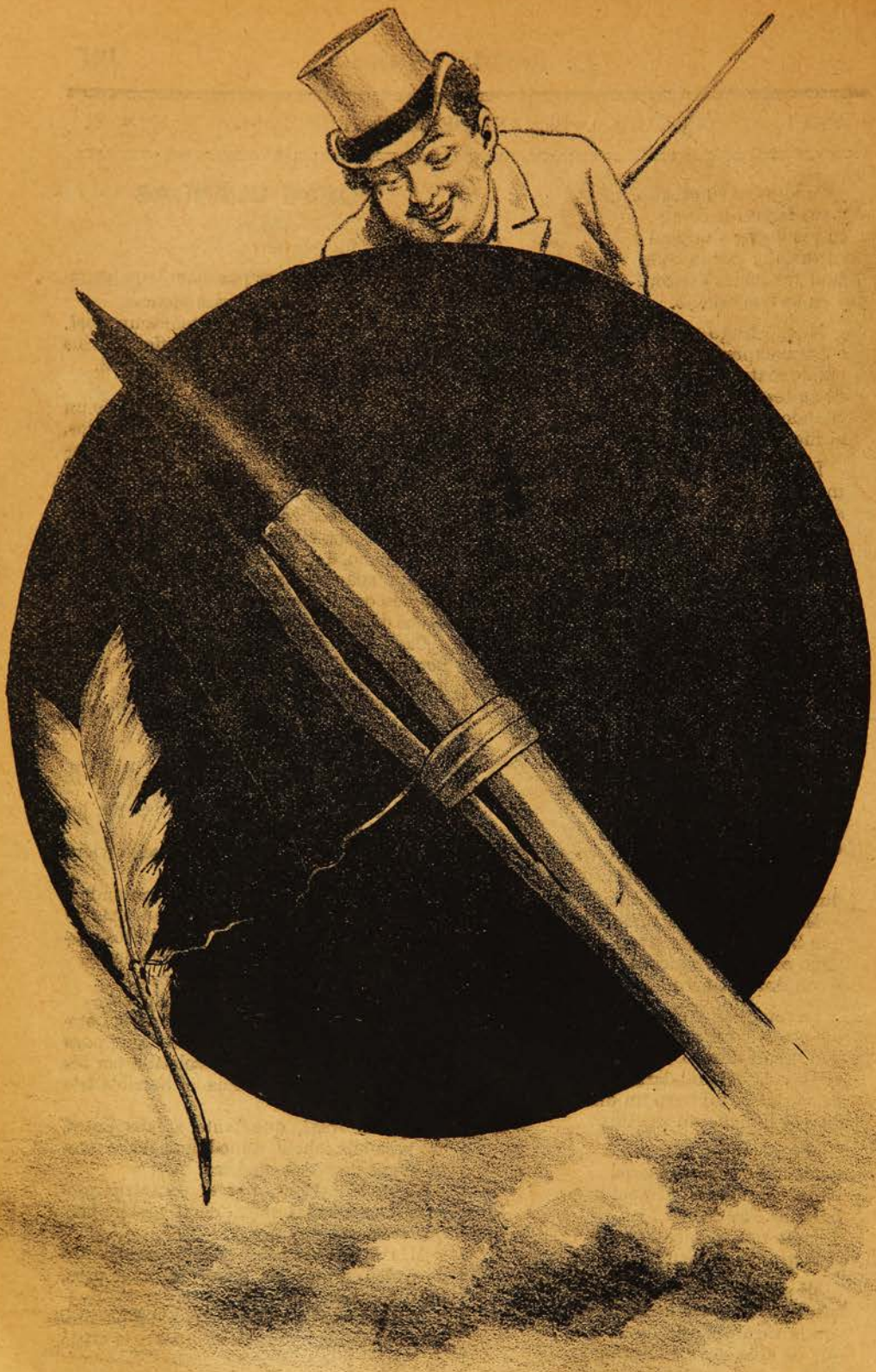
Más de una vez pensó en arrancarlo, antes de verlo ostentar las primeras rosas; pero, no tuvo valor para ello.

Y llegó un día en que la pobre niña, murió de pena, y, entonces, su madre, la vistió de blanco y la adornó con flores.

Y las primeras rosas blancas que debieron ceñir su frente de alegre novia, fueron la diadema de sus desposorios con la muerte.

Juan de Sánchez

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª, Argomedo 20



¿Y la Semana?

La Revista Cómica

NUESTROS LITERATOS

D. Vicente Grez



De nuestro medio social
haciendo historia cumplida,
en sus obras halla vida
la novela nacional.

AÑO I SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1895 NÚM. 22

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR LITERARIO:

R. Fernández Montalva

DIRECTOR ARTÍSTICO, **Luis F. Rojas**

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 3.00
Por medio año (25 »)..... 1.50

Oficina y Administración-Moneda 60 A

Casilla, 1106, Teléfono, 1273

PAJA PICADA

IBA muy hermosa y muy elegante, con su vestidito de percal, su sombrero de paja con flores de seda, por en medio de la Alameda, lanzando á los paseantes, con coquetería juvenil, toda la luz de primavera de sus ojos negros de sultana.

—Viva!—gritó un poeta, arrojando á su paso un ramo de flores, que no tenía con qué pagar.

Y una vieja, con un vestido lacre, que pasó cerca de ella, la miró de alto abajo y, con desprecio, dijo:

—Vean!... Mañana dormirás en el hospital!

* * *

Un día, sin saber cómo, recibió la herencia de un pariente lejano, que lo nombró su único heredero.

Un notario, rigurosamente vestido de negro, trajo á su casa, con profundas reverencias, un grueso atado de billetes de banco.

—Su excelencia!...

Entonces él, el pobre bohemio, rió á grandes carcajadas, al oir el saludo, y miró su traje roto, sus zapatos sin suelas.

Y luego, con gesto olímpico, tomó los billetes, los miró largo rato, y se los devolvió al notario, diciendo:

—No quiero pervertirme! En las jaulas doradas, las aves se mueren. Amo el canto libre, en medio de los ramajes floridos, bajo la eterna sonrisa del cielo azul.

La mayor riqueza es no tener nada!

Desde el 1.° de Enero, se suspenderá la remisión del periódico, á los Ajentes que no han rendido cuentas.

LA HISTORIA DE MARÍA

TAN bella como buena,
de negra cabellera y tez morena,
la inocente María,
un ángel de doce años,
le relataba á su querida tía
una historia de amargos desengaños.
«Dos aves,—le decía,
en medio de la selva rumorosa,
con pétalos de rosa
fabricaron un nido.
Y en coloquios de amor y de ternura,
al rayo bendecido
de la luna gentil, hermosa y pura,
forjaban mil proyectos halagüeños,
un mundo de ventura
y centenares de dorados sueños.
«Eran sus plumas suaves
de brillantes colores,
tan llenas de primores,
que no se vieron antes
otras iguales en canoras aves;
pues quiso el cielo, con amor profundo,
hacer de los amantes
los pájaros más bellos en el mundo!
«Cuando la aurora, en el lejano oriente,
encendía su llama
de rosa y oro, al despertar sonriente,
en una misma rama
y con un mismo canto,
las tiernas avecillas,
bendecían de Dios las maravillas,
de la mañana el celestial encanto.
«Y allá en la noche misteriosa, cuando
acariciaba sus plumajes bellos
de céfiro aromado el beso blando,
y arrojaban vivísimos destellos
las plácidas estrellas;
los rendidos esposos,
con canciones muy bellas
y trinos amorosos,
se decían, de dicha extremecidos,
unas cosas tan dulces, tan benditas
cual nunca, conmovidos,
los humanos amantes
en sus nocturnas citas,
han podido decirse semejantes!»
Aquí llegaba en su sabroso cuento
la inocente María,
cuando, con seco y desabrido acento,
le interrumpió la tía:
—Y ¿dónde has aprendido, picaruela,
á contar esta historia?
Y respondió la niña: —Allá en la escuela
me la enseñó el maestro don Alberto
para que la aprendiese de memoria.
—Cosa rara, por cierto,—
prosiguió la señora,—es que te cuente,
teniendo tú doce años solamente,

AÑO I SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1895 NÚM. 22

historias maliciosas,
como son las historias amorosas.
Bajaba el sol detrás de la colina
y era tenue su luz y vacilante.
En ese triste instante,
—continua,—le dijo á su sobrina,
la tía, con voz firme y altanera.
María continuó de esta manera:
«Todo en la vida es vano y caprichoso
y al lado del jardín está el abismo.
Este idilio tan tierno y venturoso
tuvo funesto fin.—Bajó, lo mismo
que fuerte catarata
que todo lo aniquila ó lo maltrata,
de la montaña, un día,
un fiero cazador con su jauría.
«De un roble corpulento
en las ramas más altas y escondidas,
con tiernísimo acento,
las dos aves queridas,
risueñas y confiadas y amorosas,
cual siempre, se decían
unas cosas muy dulces, unas cosas
que ellas sólo sabían.
«El crüel cazador, sin ser sentido,
avanzó hacia las aves lentamente,
y luego, de repente,
escuchóse en la selva un estampido.
«Los amantes cayeron en el suelo
con los cuerpos en trozos divididos. .
Mas, tuvieron siquiera ese consuelo:
el de morir unidos!!»—
Calló María.
Triste y silenciosa,
la noche de aquel día,
principiaba á extender su negro manto.
Miró la tía á su sobrina hermosa,
y vió que las mejillas de María
humedecía el llanto.
—¡Pobre niña!—se dijo la señora;
á los doce años llora,
y la pasión sencilla y desgraciada
de dos aves, comprende y compadece...
¿Será aprehensión? ¿Su historia, por acaso,
se encuentra en ese cuento retratada?
El porvenir...
Detúvose asustada
y principió á subir por la colina,
llevando de la mano á su sobrina.

Ricardo Fernández Montalva

FANTASIA

AQUEL día, el gran artista, volvió á su casa más triste que de costumbre.

Sin hablar con nadie, se encerró en su inmenso taller, cerrando bien las puertas, y, arrojado sobre un diván, lloró en silencio largo rato, la cabeza cubierta por las manos.

A su alrededor, bañadas de luz, las telas magníficas—algunas encerradas en gruesos marcos dorados, otras de pie sobre los caballetes—parecían animadas por la vara mágica de un genio. Las caras rubias de las Vírgenes sonreían; los Niños Dioses alzaban sus manecitas blancas llamando al Padre que está en los cielos; un guerrero antiguo, que apoyaba la diestra en la empuñadura de su espada, fruncía el entrecejo, como si viera acercarse á lo lejos un enemigo; una muchacha morena, que vendía flores á la puerta de una iglesia, parecía tiritar de frío bajo su chaquetita rota, y un San Antonio, tentado por el Mal en forma de mujer hermosísima, hacía temblar sus dedos crispados en cruz...

De pronto, el artista, levantóse, contempló fijamente sus obras, una á una, y, tomando la paleta y los pinceles, trazó, sobre un lienzo en blanco, la cara llorosa de una mujer.

Cuando hubo terminado, de pié ante el retrato—porque había pintado el retrato de su amada, que acababa de morir,—quedóse mudo, inmóvil, en larga y amorosa contemplación.

Poco á poco las sombras fueron invadiendo el inmenso taller. Desvaneciéronse los colores de los cuadros, las figuras disipáronse, y apenas, de los marcos dorados, brotaron, cada vez más débiles y raros, destellos de luces rápidas y tembladoras...

Y fué la noche, la negra noche muda, que cubre, implacable, con su manto de sombras, todas las bellezas de la vida.

Pero, en medio de la oscuridad, el artista siempre de pié, miraba su retrato que, solamente para él, se destacaba luminoso, como animado por un soplo vital.

Y pudo oirse, hasta muy tarde, como un ruido de palabras dichas muy quedo, como un ruido de besos temblorosos y fugitivos...

Amaneció. Vencido por el pesar y por el sueño, el artista dormía ante la tela.

Pero, ya no se veía el retrato. Lo habían borrado los labios del amante.

Juan de Sánchez

RITMICAS

QUISIERA ser la ola cristalina
que juega en torno de tu ebúrneo cuerpo,
columpiarte cual náyade en mi espuma,
y entre caricias y amorosos besos,
traidora, como tú, arrebatarte,
y sumirte, cadáver, en mi seno.

Al pasar junto á la gentil pareja
el novio, apasionado, la dió un beso;

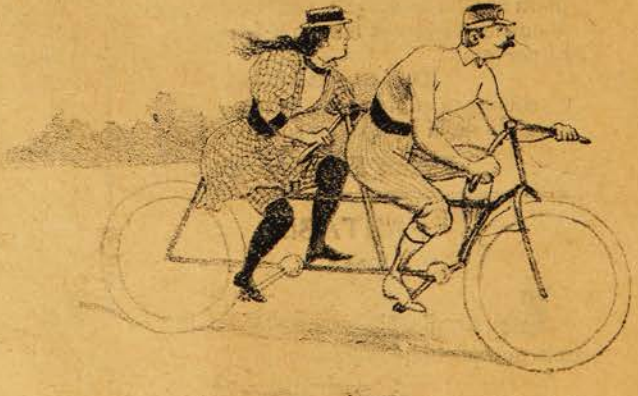


Una carta de la prenda

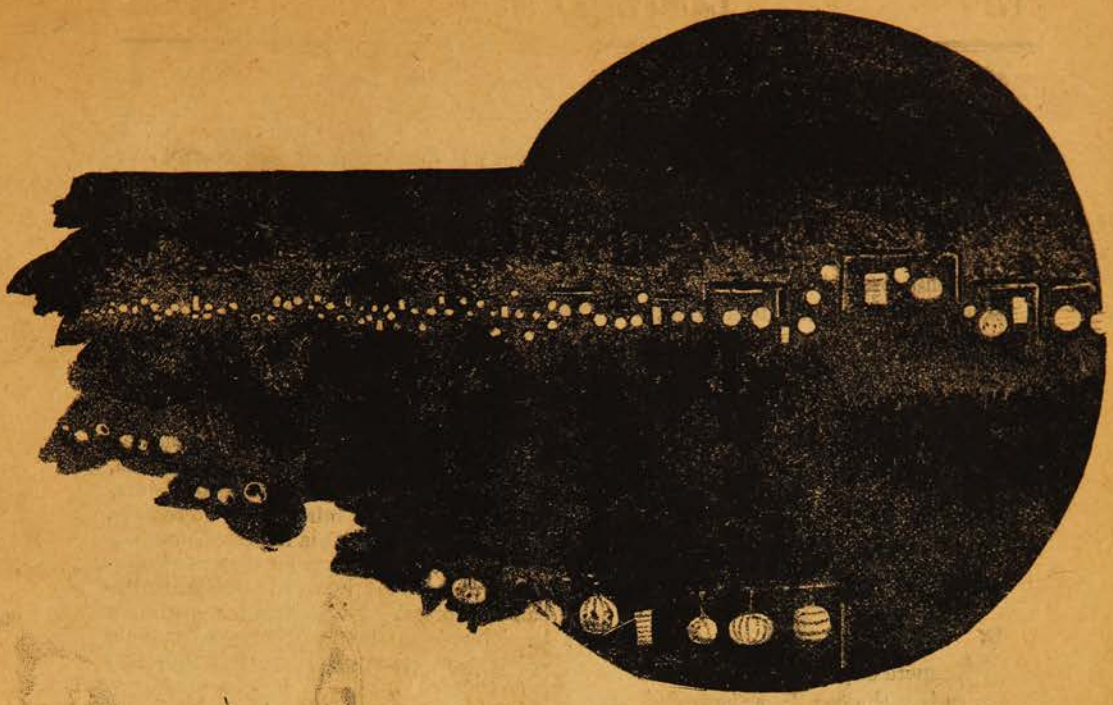
—¡Dios me la guarde, tan requetelinda!



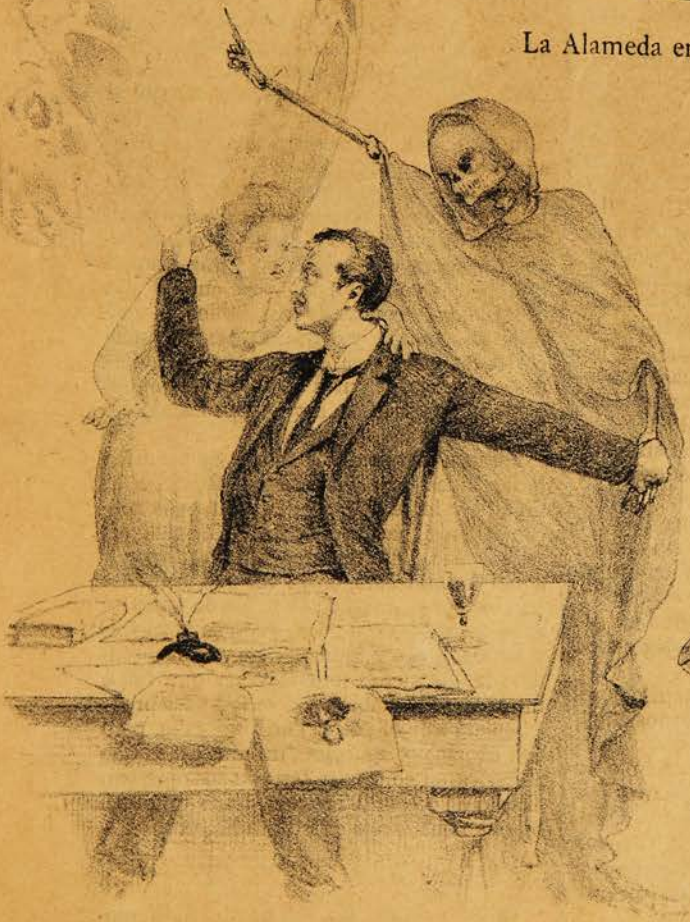
¡Hasta más ver!



Progresos de la bicicleta



La Alameda en noche de Pascua





Un artista bohemio

AÑO I SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1895 NÚM. 22

ella volvió la faz y al divisarme
sus pálidas mejillas se encendieron;
él pensó en la inocencia de la niña
y yo consideré, en ese momento,
que en los semblantes la virtud y el crimen
se anuncian con relámpagos de fuego.

Yo sé que las miradas de tus ojos,
cuando me miras tú, me dicen: te amo,
y siento el rumoreo de mil ósculos
que vuelan de tus labios á mis labios.
Nada me importa verte así, de léjos,
descansar de otro amante entre los brazos:
el sol está más lejos y me envía
luz y calor en sus ardientes rayos.

Tché

LA MUERTE DEL BOHEMIO

Se muere el poeta bohemio.

En ruda lucha con la enfermedad, yace su cuerpo sobre el lecho.

Y el hálito de la muerte se siente ya. El desorden de las ropas, las almohadas que sostienen el busto ansioso, el gorro de hielo que cubre la pobre cabeza inclinada con dolor, los vapores de éter que saturan el aire, el cortejo de sábanas y frascos, y aquella horrible respiración ronca, todo de lata al genio implacable que se aproxima.

Afuera, en tanto, cae incesante una lluvia helada y fina. Y gime el viento con tristeza, como en un adiós á la vida.—«Muere», parece decir al infeliz la cadencia monótona de la lluvia, «muere, que ya no volverán los alegres días de primavera que hicieran volar cual mariposas los sonoros ritmos de tu pluma».—Y haciendo duo á la lluvia, «muere» gime el viento en silbante *crescendo*, al azotar los inseguros cristales de la ventanilla.

A intervalos, despertado de su letargo por los ecos pavorosos, había abierto el moribundo los ojos. Pero, ahora, siguen inmóviles, en una dolorosa mirada de agonía.

¡Nada pudo la ciencia! ¡No hubo un recurso para salvar aquella naturaleza generosa, á pesar de impetuosa y loca!

Lenta, angustiosa fué la agonía. ¡El pobre no quería morir! ¡Juventud, amor, ansia del vivir!

El convulso movimiento del pecho y la respiración fatigosa, revelaron los últimos esfuerzos de la vida contra la muerte. Cesó al fin la ansiosa convulsión y, poco á poco, el horrible estertor se fué haciendo más y más lento, más y más ronco, hasta apagarse en lúgubre silencio.

Y oíanse más tristes, en medio de aquel letal abandono, la cadencia monótona de la lluvia y el fúnebre gemir del viento. «Nadie, parecían decir, nadie cerrará esos ojos? ¡Ni una lágrima sobre los pobres despojos!»

.....

.....

.....

Con el rumor suave de las hojas que acaricia la brisa, deslizóse una sombra hasta allí. Cual si de súbito hubiera cesado la fuerza que le animaba, quedóse inmóvil como una estátua al llegar. Sin una palabra, sin un movimiento, permaneció clavada en el sitio. Con expresión de infinita tristeza, contemplaba el rostro cadavérico. Lentamente, paseaba su mirada por la castaña cabellera revuelta, por la frente redonda como la de una virgen, por las sienes deprimidas y los cabellos húmedos que aumentaban la depresión, por la fina barba rubia y los labios secos por la fiebre, y se detenía en los ojos claros que parecía la miraban con espanto.

Con un suspiro, como saliendo de un sueño, movióse al fin la aparición. Como un sér sobrehumano, sin conmociones de dolor, sin temor á la muerte, llegóse al lecho. Tranquila, ordenó las ropas. Sin esfuerzos, con ademanes de caricia, colocó aquel cuerpo en la actitud de un dulce reposo. Luego, naturalmente, se arrodilló junto al muerto. Así permaneció largo tiempo, una de las manos heladas sobre su pecho. Y como despertada su alma á aquel prolongado contacto, agitó su cuerpo una convulsión, escapóse de sus labios un suspiro, un gemido, y corrieron las lágrimas por la faz marmórea. No tuvo contorciones desesperadas ni gritos de dolor: sólo aquel pesar mudo, intenso, severo y profundo como el de un dios.

Pasaron algunos instantes, en idéntica inmovilidad los dos cuerpos. Irguióse al fin ella, y lenta y tranquila, con pena profunda y resignación infinita, se iba á alejar. Al volverse, para dar una última mirada á aquel sér que amó, creyó ver que la llamaban los ojos claros con su mirar de espanto. Llegóse nuevamente á él, y con su boca fría y amorosa, cerró aquellos ojos y se desprendió de los suyos una lágrima que fué á humedecer los labios que secara la fiebre.

Quedó solo el poeta bohemio. Solo, pero con expresión de calma infinita desde que se cerrraron con tanta ternura sus ojos, con el velo de celestial sonrisa desde que recibiera en sus labios el tributo amoroso.....

.....

.....

Cuando al otro día, con un aire indiferente, cegó el sepulturero la huesa, todo siguió tranquilo en la tierra.

AÑO I SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1895 NÚM. 22

Ya no se oía el murmurar de la lluvia, ya no gemía triste el viento.

Pero, en alas de la brisa, llegaba desde lejos, una amorosa plegaria que se elevaba ferviente por el alma de un bohemio.

Gage

27 de Diciembre.

DUDAS

DEL llanto de una madre en un sollozo
Del párpado bendito desprendime;
Y hoy á tus piés, mujer, por piedad dime
¿Qué es lo que ahora soy?

.....

En el mar de la vida soy la gota
Que en las olas amargas se confunde,
Y al vivo fuego que tu sér difunde
A evaporarme voy.

Dí ¿vagando esa lágrima tristísima
De los pesares en la densa nube
Se prenderá en tus alas de querube
Para morir ahí?
O acaso errante en el inmenso espacio
Morirá de ese mar entre las brumas,
Si al agitar las esmaltadas plumas
Tú la arrojas de tí?...

Víctor Atilio Lillo

ACUARELA

(De mi libro «Cupido»)

LLEGA la primavera, florece la oxiacanta con sus rositas encarnadas, el sol va á ocultarse tras su cortina de púrpura y oro; un hombre toca un cuerno de caza delante de un vetusto castillo: es el trovador que pide hospitalidad. Un paje acompaña al recién venido, pero antes de suspender el puente levadizo, un niño de aire sonriente y de mirada picaresca, se desliza al interior de la portada: es Cupido que va en busca de corazones.

A la alborada del siguiente dia, salen los huéspedes del castillo, y el trovador, seguido de Cupido, en cuyo carcaj hay una flecha de menos, continua su poético vagabundeo á travez de la campiña.

En la llanura se agrupa un inmenso jentío: se divisan caballeros de relucientes armaduras, alistándose para la refriega: hermosas damas, prodigando sus sonrisas al valor y la destreza. Llegan los luchadores á la liza; la ansiedad se pinta en los rostros; luego se estrechan, se derriban, se levantan y vuelven á caer. El silencio sigue á la lucha, los heraldos proclaman el vencedor; este avanza, con la corona del triunfo entre sus manos, para elegir á la reina de la hermosura. Allá se sienta una mujer de formas ideales; Cupido se balancea en el aire, reluciendo sus alas multicolores, emblema de la inconstancia; prepara su arco fatal, y va á herir al vencedor y á la beldad. Aquel se acerca á la joven, cuyo pecho se agita al impulso de emociones desconocidas, y coloca la corona de laurel sobre su rubia cabellera.

Dirigid vuestra mirada á lo largo de aquel boulevard: allá va Cupido, con su aljaba en las espaldas; atraviesa el pórtico de un palacio; y en un regio gabinete, oculto entre los pliegues de una cortina color rosa, se vé al niño ciego que está en acecho. Oye el ruido confuso de voces, risas, suspiros y besos, entre los compases de la danza mundanal. Alza su cabeza varonil, tiende la cuerda de su arco, y una flecha de oro va á clavarsé en el pecho de una mujer joven y bella: aquella mujer se llamó Margarita...

Mirad hácia el lado del mar: bajo un cielo sin nubes, sobre la alfombra gris de la arena, se mueven dos puntos sin forma definida; acercáos un poco y veréis la más encantadora pareja: una joven alta, de pelo castaño y ojos soñadores, lleva un cestito en la mano y va recogiendo las conchuelas de la playa, que encuentra á su paso; á su lado va un mozo de tostada tez y facciones expresivas. Un enjambre de gaviotas juguetea á la orilla de la playa, mientras ellos se entretienen en mirar los dibujos caprichosos que, cual variados arabescos, han sido grabados en la roca por el choque contínuo de las aguas ó en contemplar la espuma que las olas levantan al chocar y que, dividiéndose en mil partículas, el sol las hace brillar con todos los colores del prisma.

Incautos! Siguiendo sus pasos va el niño terrible.

Luego se sientan sobre un montículo de arena, dirigen sus miradas al lejano horizonte, donde se confunden unidos el cielo y el mar. Cupido, oculto tras una roca, observa á sus víctimas, toma una flecha de su aljaba y, sonriendo, tira el arco fatal; el golpe va recto al corazón. Ella ha olvidado su cestito de conchas, él la toma de la mano, al mismo tiempo que, en los labios de la joven, se dibuja una tímida sonrisa; la conversación va siendo más lenta, hay palabras entrecortadas, suspiros, y después, entre el ruido de las olas, pudo oirse el sonido misterioso de un beso...

Cupido emprendió el vuelo, y bien luego sus formas divinas desaparecieron en el éter azul.

L. von Schneeberg.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª, Argomedo 20

La Semana al Lápiz



Cayó del cielo, un sinnúmero de farolitos chinescos —pedacitos de estrellas esparcidos entre el verde acerado de los árboles— y cantó el gallo: *Cristo nació!*





Lejos del bullicio, muy lejos del paseo poblado de mil luces multicolores, adonde tenía su triunfo la dama popular y el don Juan plebeyo, resonó también lánguidamente la voz de un viejo:

La noche buena se viene
la noche buena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

....

Y así, entre un suspiro y una sonrisa—un suspiro por el que se va y una sonrisa por el que viene—esta última semana del año se marcha, uniendo alegremente la Pascua con el Año Nuevo.

Y la Pascua se ha escondido ya, llorando, entre las ramas desnudas del árbol de Navidad, mientras se eclipsa la estrella de Belén y los reyes magos se alejan entristecidos...





Pero el año llega á su término, y en medio de las sombras fúnebres que lo envuelven, se ve su esqueleto alado, entre cruces, las cruces del recuerdo,—que trae reclinado en su seno al año que se acerca.

El Año se va y se van con él muchas ilusiones!—flores segadas por la mano del desengaño..

....



Saquémosnos el sombrero ante el muerto que se va; inclinémosnos ante el año que llega y, que el que viene, sea mejor que el que agoniza.

Así lo desea á todos, queridísimos lectores

A. de Gery

La Revista Cómica

NUESTROS LITERATOS

D. Benjamín Vicuña Solar



En sus cantos han vibrado
patriotismo y sentimiento,
y ha sido su gran pecado
vivir siempre relegado
en estéril aislamiento.

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE ENERO DE 1896 NÚM. 23

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR LITERARIO:

R. Fernández Montalva

DIRECTOR ARTÍSTICO, **Luis F. Rojas**

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 3.00
Por medio año (25 »)..... 1.50

Oficina y Administración-Moneda 60 A

Casilla, 1106, Teléfono, 1273

PAJA PICADA

SANTIAGO se marcha...

Las alegres muchachas de rostros de ánjel, con sus vestiditos de percal y sus grandes sombreros coronados de cintas, abandonan la calurosa capital, para ir á buscar, á orillas de los mares ó en medio de los campos, el aire fresco que da la vida; el horizonte abierto que ensancha el espíritu, y la tranquila soledad, propicia á los pensares hondos y los recuerdos acariciadores.

¿Á dónde iremos nosotros, clavados al poste de la tarea diaria, obreros de la pluma, que, en cada línea que escribimos, dejamos un poco de nuestra vida propia, un latido de nuestro corazón, infatigable soñador de cosas imposibles?

* * *

Y la ciudad va poniéndose triste, y parece, en las horas del medio día, cuando quema el sol desde la mitad del cielo, que pasa, por en medio de las largas calles desiertas, el ánjel taciturno de los pesares, batiendo en silencio sus enormes alas negras...

¡Oh, Enero! Tú eres el mes de las envidias!... la envidia de los que se quedan hacia los que se van...

Porque al otro lado de las montañas, al otro lado del túnel por donde entra bramando la rápida locomotora, está la roca dorada por el sol, que besa amorosamente la ola del mar; está el bosquecillo perfumado, á cuya sombra, oyendo las aves que trinan, se olvidan, con las embriagueces de los sueños, las miserias de la vida; está el rostro sin máscara, la mirada sin miedo, la risa sin timideces, el reposo sin zozobras...

ENAMORADO

TÚ eres virgen, graciosa,
son doradas las hebras de tu pelo,
son tus mejillas de color de rosa
y son tus ojos de color de cielo.

Tienes un alma ardiente
que sueña sin cesar cosas muy bellas,
y que te dice, á veces, que se siente
el lenguaje con que hablan las estrellas;
que son las luces que te mandan ellas
besos que depositan en tu frente.

Te pones colorada
y sientes un placer desconocido,
cuando un ave prepara en la enramada
un nido entre las hojas escondido,
y quisieras ser ave enamorada
y poder, tú también, tejer un nido!

Tus mejores amigas son las flores,
el puro cielo azul tu confidente,
y crees que la brisa en sus rumores
te trae las palabras de un ausente
que te llama el ideal de sus amores!

Tú quisieras tener, siempre á tu lado,
un trovador que te dijera historias,
que te contara glorias
de los heroicos tiempos que han pasado;
que, sentado á tus pies, en la callada
noche, cuando la flor se abre y suspira,
con fuego en el acento y la mirada,
por tí arrancara de la suave lira
soñadora canción enamorada.

Niña hermosa! tus sueños, tus anhelos,
los puedo realizar cuando tú quieras!
Yo tengo un sol para alumbrar tus cielos
y flores para darte primaveras!

Ven á mis brazos, candorosa y bella,
y sentirás ¡oh, niña! más ardiente
que el beso de la estrella,
el beso de mis labios en tu frente!

Sienta yo el roce de tu mano suave
acariciar mi frente, y los latidos
de ese tu pecho que engañar no sabe;
y pasarás la vida, como un ave,
cantando amores y tejiendo nidos!

En mi hombro ¡dulce amada!
reclina tu cabeza, que delira
por una dicha azul y delicada...
Yo cuidaré tu sueño!... De mi lira
surjirá la canción enamorada!

Te diré muchas cosas
que ignoras todavía:
por qué se tiñen de rubor las rosas
cuando las besa con su luz el día,

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE ENERO DE 1896 NÚM. 23

por qué exhala querellas
la suelta rama que deshoja el viento,
y es pálida la luz de las estrellas,
y es azul el color del firmamento,
y la flor tiene aromas,
misterios la enramada,
arrullos las palomas
y besos la mirada!

A tu lado, mirándome en tus ojos,
fiel esclavo de todos tus anhelos,
bebiendo miel sobre tus labios rojos
seré envidia del mundo y de los cielos!

Y ayudado por tí, será bastante,
en la mundana lucha transitoria,
lanzar tu nombre, para ser triunfante!
poseer tu amor, para ganar la gloria!...

Ricardo Fernández Montalva

Baturrillo

ES fuerza que volvamos á ocuparnos nuevamente del señor don Sandalio Letelier, quien, después de algún tiempo de silencio, acaba de publicar uno de esos trabajos que, á modo de fábulas, viene dando á luz hace años.

El Jumento cargado de comestibles se llama la composición del señor Letelier, y el *drama* consiste en que un Jumento lleva sobre sus lomos un cargamento de vituallas que, en el camino que recorre, le arrebatan otros animales, no reservándole al pollino ni siquiera una mascada de alfalfa.

Versos más prosaicos, nimiedad más insustancial, no he leido yo jamás comparables á los de la *fábula* del señor Letelier.

Criticar uno á uno los versos y las ideas, sería cosa de escribir cuartillas sobre cuartillas. ¡Si no hay un lampo de ingenio en ese párrafo de vulgaridades y de ñoñerías!

Y para que no se crea que somos injustos, ahí va una de las estrofas de la fábula, á fin de que cada cual aquilate tanto desatino y tanto prosaismo:

> Fastidiado y hambriento el Borrico,
> exijió para sí una mascada:
> un cachejo de alfalfa; eso es nada;
> muy contento con él quedaré.
> —¿Qué pretendes? dijeron los otros;
> ¡tú comer!—¿Por qué nó? si yo cargo
> para todos... —A tí, sin embargo,
> te daremos la punta del pié.

Según la redacción, uno no sabe, por los cuatro primeros versos, quién es el que habla; pues se hallan confundidas ahí la persona del autor y la del Jumento.

Luego comprende uno que es éste último el que tiene la palabra; pero el señor Letelier termina haciendo decir á uno de los animales que van á dar al jumento la *punta del pie*.

¡Por Dios, señor Letelier! ¿No sabe Vd. que los animales no tienen pies sino patas? ¿Ignora Vd. que en la fábula no se toleran estas licencias, que son verdaderos disparates?

Lástima grande es que un hombre de la ilustración del señor Letelier, por pura afición á una gloria que jamás podrá alcanzar,—cual es la de ser fabulista,—se entregue á lucubraciones faltas de sentido, de gusto y de arte, como ésta de que me vengo ocupando.

El Jumento cargado de comestibles, es una composición que difícilmente se atrevería á firmar un niño que pretendiese hacer sus primeras armas en las letras.

Perdone el señor Letelier; pero es necesario detener el avance de la ramplonería literaria.

Antón Perulero

LA ORGÍA

CAE á torrentes la lluvia,
y en las enlodadas calles
no se ven los frescos talles
de las hijas del amor.
El agua huir las ha hecho,
y en confortables salones
rienda dan á sus pasiones
entre el baile y el licor.

Cien ardorosos galanes
ciñen sus leves cinturas,
y en posiciones impuras
siguiendo la danza van;
y con igual entusiasmo
en serios valses se empeñan,
ó ruidosos se despeñan,
en el hervido cancán.

En los labios la impureza,
en los ojos la lascivia,
cada cual la sed alivia
en el báquico licor,
para ir con ánsia loca,
presa de ardiente embeleso,
á devolver algún beso
de torpe y lúbri-

La-



e armado



D. Melquíades Valderrama
Distinguido Jurisconsulto
† RECIENTEMENTE



Personas de graves ocupaciones.



Díme, qué dice la Bonifacia?

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE ENERO DE 1896 NÚM. 23

no se escuchan; porque saben
que apenas despunte el día,
de aquella loca alegría
no debe un recuerdo haber.

En repugnante contraste
aquí una canción se escucha,
allí la voz del que lucha
con la estúpida embriaguez;
éste ríe y alborota,
aquel amenaza y grita,
uno en la danza se agita,
y otro se duerme talvez.

La aurora brilla en oriente:
los hombres al patio afluyen,
y, sin despedirse, huyen
con ansiosa prontitud;
llevando sólo en el alma,
de aquel fatal extravío,
remordimiento y hastío,
vergüenza, rabia, inquietud.—

Ciegos, que al goce del cuerpo
sacrificais el del alma,
pronto cogereis la palma
de vuestro imbécil error:
decrepitud prematura
sobre vosotros ya pesa,
y bajareis á la huesa
sin recuerdos, sin amor.

Y en la funeraria losa
que á vuestros nombre se erija,
de vuestra historia prolija
en recuerdo escribirán
vuestros cómplices funestos
con un sarcasmo profundo:
«otra víctima del mundo
que en el mundo olvidarán.»

Redimido

EL MILLONARIO

ESTABA el millonario en su sillón de anchos brazos, la cabeza erguida, hundidos los pies en una piel de tigre. Por sus labios vagaba una sonrisa, y sus ojillos brillaban como carbunclos en el fondo de sus órbitas sombrías.

Y vino un campesino, que había perdido á su madre, y, llorando, le pidió algunos reales para comprar el cajón y arrendar un pedazo de tierra en el campo santo.

Y el millonario dijo:

—Nó!

Y vino un artista, célebre en el mundo, llevando en la mano el modelo de una estátua de Venus, que era una maravilla, aplaudida por los críticos y admirada por los maestros. Pidió el artista un poco de dinero para vaciar su obra en bronce y honrar con ella la patria en que había nacido.

Y el millonario dijo:

—Nó!

Y vino un sabio que había sorprendido el secreto de la vida y de la muerte, y pidióle recursos para llevar la salud y la alegría á los hogares de los moribundos y lisiados.

Y el millonario dijo:

—Nó!

Y vino una monja de caridad, con su toca blanca y su cara de anjel, y para los niños huérfanos y madres viudas, rogóle que le diera un pedazo de pan y un trozo de tela usada y vieja.

Y el millonario dijo:

—Nó!

Y vino una muchacha alegre, que esparcía flores, cantaba canciones muy atrevidas, y desafiaba la virtud con locas carcajadas de vicio y de placer.

Y entonces el millonario, tendiéndole los brazos, ofrecióle todo el oro de sus cofres y toda la pedrería magnífica de sus joyas.

Y en tanto que los dos gozaban del amor y la fortuna, el campesino jemía ante el cadáver de su madre insepulta, rompía el artista desesperado el modelo de su Venus, contemplaba el sabio con angustia la obra de la muerte, y la monja de caridad lloraba amargamente entre los niños huérfanos y las madres viudas...

Juan de Sánchez

A TÍ

COMO se evoca una dulce imagen, antes de entregarnos al sueño, quiero pensar una última vez en tí, antes de cerrar mis ojos á la vida.

Sí; no has podido apagar la luz de aquel recuerdo con el muro helado de tu desdén. Brilla siempre con su mismo vivido fuego, que consume mi alma y mi cuerpo.

A veces siento que las fuerzas me abandonan, que voy á descubrirte esta horrible llaga, que siempre mana sangre, porque el tiempo más y más la ahonda.—Pero tengo también un templo para calmar mi sufrir. —Es ese rincón del mundo donde te veía en un tiempo con un alma joven y bella.

Ni una sola vez, desde los felices días, he pasado por delante del ruinoso edificio sin visitar aquel sitio. Con la impresión dolo-

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE ENERO DE 1896 NÚM. 23

rosa del que se llega á una tumba, con la fé del creyente ante su altar, me acerco á la pobre cuna de mi amor.

¡Cuántas lágrimas he derramado junto al rústico banco, mudo testigo de tanta pasión!

Nada ha cambiado allí. Nada está sujeto á mudanzas cual tú. Y yo, yo llego también como entonces. Me siento, y escucho, y miro, y toco, y no creo á mis sentidos, y pierdo la razón.

Talvez, pienso, talvez va á venir. Sueño imposible, esperanza vana. ¡Es vano! Así repite todo á mi alma. Hasta las moscas, que como entonces me siguen en bullicioso enjambre hasta la puerta, zumban «en vano» sobre mi cabeza.

Y aún espero. Y al alejarme, miro al ángulo del aposento. Y el deseo ardiente y la fantasía loca, piensan va á alzarse fina y elegante tu silueta.

Rómpese entonces el encanto en que por largas horas se extravía allí mi ánimo. Mil veces, perdida la conciencia de lo real, he vuelto á vivir aquella vida. Cual entonces, te siento junto á mí, en esa unión dichosa en que debí morir. Antes de verlo, adivino cada movimiento tuyo, siento el joven y suave latir de tu sangre bajo mi mano, mis ojos siguen ansiosos las páginas que devoran los tuyos también, y cuando te espero un instante al volver cada hoja, siento tu aliento querido junto á mi boca y fijar en mí tus pupilas soñadoras.....

.....

.....

Me detengo, otras veces, al borde de la corriente que pasa bajo tus ventanas. Siento en su sonoro murmullo algo como un eco lejano de tu alegre carcajada.

¡Cuántas flores arrojé á esas ondas que irían á tus plantas! Pero ni las flores que iban en el agua murmurante, ni los suspiros que llevaba el aura dijeron nada á tu alma.

Y sin embargo, te sueño tanto á mi lado. Mientras alienta, el náufrago espera una barca, y sigue en tanto avanzando la ola enorme que ahogará toda esperanza.

Soy el náufrago, pienso.

Mas con la insensibilidad del ebrio, nada espero, nada temo.

Immer

Desde el 1.º de Enero, quedó suspendida la remisión del periódico, á los Ajentes que no han rendido cuentas.

ELENA...

SÓLO el poeta que goza en los coloridos brillantes, en los ritmos voluptuosos de la poesía erótica, y cuya alma vive en las cuerdas de una lira ó de un arpa vibrante, cantando constantemente las hechiceras gracias galanas, podría darnos un boceto aproximado siquiera, de Elena L. H..., porque la rosa se marchita y languidece aislándola de los suaves reflejos de la aurora y de las brisas perfumadas.

¿Cómo estereotipar su belleza, cuando fascina, cuando confunde?

¿Cómo apreciar debidamente la dulzura de su mirada, cuando atrae el espíritu para asimilarle á su fuego y fundirlo en su propio reflejo?

La pureza de su alma y la ternura de su corazón, semejan la blanca corola de los lirios acariciada por rayos de sol, gotas de rocío y céfiros blandos.

Todos los rayos de su fisonomía angelical, tienen un contorno poético, un reflejo vago, un tinte melancólico y soñador.

Es su voz más delicada y melodiosa que el lánguido gemido del ave que cruza los bosques llorando talvez alguna ilusión perdida.

Con entera justicia podría decirse de Elena, lo que se ha dicho de Aspasia: lleva á todas partes las centellas de su espíritu y de su hermosura, produciendo siempre algo nuevo, algo bello.

Santiago, Diciembre 26 de 1895.

Egap

Litografía e Imprenta

LUIS F. ROJAS y C.ª

SANTIAGO

TALLERES: Argomedo 20

ENTRE MAESTRANZA Y LIRA.

Oficina: Moneda 60 A

SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS

Litográficos y Tipográficos

Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos

Precios Módicos

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª, Argomedo 20



–Quién trabaja con tanto calor?

La Revista Cómica

NUESTROS ARTISTAS

D. Cosme San Martin



Con su pincel sabio y diestro,
el arte en la noble historia,
su nombre escribe el maestro
con caracteres de gloria.

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE ENERO DE 1896 NÚM. 24

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR LITERARIO:

R. Fernández Montalva

DIRECTOR ARTÍSTICO, **Luis F. Rojas**

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 3.00
Por medio año (25 »)..... 1.50
Número de la semana..... 0.05 cts.
Id. atrasado..... 0.10 »

Oficina y Administración-Moneda 60 A

Casilla, 1106, Teléfono, 1273

PAJA PICADA

EN las tardes, por la playa, una muchacha morena vaga pensativa, clavada la vista en la linea en que se besan los cielos con el mar.

Lejos, muy lejos, una vela desaparece poco á poco, hundiéndose en las olas.

Y la niña sueña con un pañuelo blanco que se ajita sobre el puente de la barca, con un beso de adiós que cruza los espacios sollozando...

***

Cuando Dios quiera hacerme feliz, que me transforme en la flor que arranca tu mano delicada, para hacerla morir de orgullo entre los rizos de tu cabellera rubia!...

***

¡Cómo estaba alegre aquel mozo, oyendo las frases de amor que le dirijía la muchacha hermosa, en voz alta, para que el áspid de los celos mordiera en el corazón á su amado indiferente!

***

—¿Con que es cierto?

—¿Qué cosa?

—Que te presentas como candidato á la Presidencia de la República...

—Sí, es verdad.

—Y ¿con qué méritos cuentas?

—Soy hijo de mi *papá*!...

***

—Ajenjo!—gritó el poeta.

Y cuando estuvo ébrio, vió á su amada que le sonreía, ofreciéndole una corona de rosas.

Nunca me he reido más, que aquel día en que, como Pedro á Cristo, me negaste tres veces, porque tú ibas muy elegante, y yo tenía rotos los codos de mi levita...

***

—Del mal el menos!...—gritaba un borracho.

Y se había caido dentro de una pipa de vino!...

EN UN ALBUM

¿QUÉ quieres que te cuente,
hermosa niña de mirar ardiente;
qué quieres que te escriba,
si ya ha perdido el corazón su encanto,
y marcho, con la frente pensativa,
entre nubes de espanto?

Si ya mi juventud no tiene flores
con que adornar la frente de las bellas,
ni lucen en mi cielo las estrellas
que alumbran el edén de los amores:
¿qué quieres que te cante
que digno sea de halagar tu oido,
aumentando siquiera en un latido
las emociones de tu pecho amante?

¡Cuánto no hubiera dado
en otros días de belleza y calma,
por brindarte, en un verso apasionado,
todo el fuego de amores de mi alma;
y en dulces embelesos
de pasión y ternura,
ceñirte la diadema de mis besos
adorando á Dios mismo en tu hermosura!

Más, hoy que apenas arde
la antorcha de mi vida,
y me siento cobarde
para emprender de nuevo la partida;
¿qué quieres que te cuente
hermosa niña de mirar ardiente?

Cuando te ví llegar á mi retiro
donde olvidado de los hombres muero,
donde nadie responde á mi suspiro
ni quiere lo que quiero;
ante la luz que tu belleza lanza,
mi corazón marchito
sintió como el calor de una esperanza
y se creyó bendito.

¿Qué quieres que te cuente,
reina de los amores,
si ya mi juventud no tiene flores
con que adornar tu frente?

N. L.

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE ENERO DE 1896 NÚM. 24

AÑO NUEVO

Y todo el mundo,—como en años anteriores—ha forjado, para el año que comienza, mil proyectos de felicidad.

Ya no sé qué secreto encierra el primero de Enero, que así mueve los jóvenes como los viejos corazones, haciéndoles sentir la esperanza de placeres nuevos y fecundos.

Como si el tiempo—en su carrera infinita—pudiera tener términos y principios para las horas rápidas de nuestra vida.

¿Qué más vale—digo yo,—arrancar la última hoja del viejo calendario, que arrancar la primera del nuevo?

Nada tiene que ver, la humana vida, con esos principios y fines que la ciencia humana—en sus veniales pecados de omnipotencia—pretende dar al giro de los astros y al paso de las variadas estaciones.

Para el placer y para el dolor, todos los días son iguales.

Ni el sol que brilla en medio de un cielo azul sin manchas, puede aminorar nuestra tristeza; ni el siniestro relampaguear de una noche tempestuosa, término podrá poner á nuestras alegrías.

¿Qué más vale el inverno que el verano, el otoño que la primavera, para el mimado de la fortuna ó para el desheredado de la suerte?

Cuando se está alegre ó cuando se está triste, la naturaleza es sólo el marco de nuestra alegría ó de nuestra tristeza.

Ni ella con sus flores primaverales puede amenguar nuestros dolores, ni con sus nieves de invierno enfriar nuestras dichas.

Las sensaciones materiales de calor y frío, nada importan para el espíritu que tiene alas con que elevarse sobre la tierra.

De aquí por qué no doy importancia alguna al año que se va, ni al año que viene.

Para mí todos los años son iguales.

Lo único que cambia es el corazón humano—vencido por la desgracia ó coronado por la felicidad—que piensa, cree, duda, ora ó espera.

Juan de Sánchez

RITMICAS

SOY el pálido rayo de luna
que baña amoroso tu cándida sien;
el suspiro del aura apacible,
la tímida ola que muere á tus pies.

Soy la vaga armonía que flota
cuando alza la tarde su clámide azul;
el lucero que ves misterioso
lucir en las noches con trémula luz.

Soy la gota de fresco rocío
posada en el cáliz de lirio jentil;
delicioso y sagrado perfume
que esparcen sus ondas en torno de tí.

Soy el beso feliz que aletea,
prendido á tus labios de fino coral:
de tus ojos la ardiente mirada,
la tierna sonrisa que alegra tu faz.

Soy errante y fatal mariposa
que junto á tí vuela buscando el amor:
dadme vida, dejadme abrasado
morir en el fuego de tu corazón.

Tché

AJENTE GENERAL EN PROVINCIAS
DE LA REVISTA CÓMICA

El señor JULIO REAL y PRADO, está plenamente autorizado para recibir suscripciones á LA REVISTA COMICA, arreglar cuentas con los Ajentes, y suprimir ó crear nuevas ajencias, donde lo creyere conveniente.

LOS DIRECTORES.

IMPOSIBLE!...

AMARLA tanto; el corazón tras ella
volar, rendido á su capricho aleve,
cual tras el para-rayo la centella,
como tras el imán la aguja leve;

y contemplar en su qujante vuelo
que es un ídolo el dios que alzó en su daño,
y despeñarse, al escalar el cielo,
en el infierno atroz del desengaño!

¡Martirio horrible, comparable sólo
al que padece el inmortal precito,
rasgado el velo del mundano dolo,
en las negras entrañas del Cocito!

¿Y qué he de hacer, si mi destino es ése,
y jamás nadie resistió al destino;
si siempre la he de hallar, mal que me pese,
interpuesta en mitad de mi camino?

¿Ni cómo huir, si el corazón tras ella
las raudas alas, delirante, mueve,
cual tras el para-rayo la centella,
como tras el imán la aguja leve?

Resignado







En el campo





En la playa

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE ENERO DE 1896 NÚM. 24

DE AQUELLA EDAD...

De aquella edad de amor, edad dichosa,
¡cuánto tiempo ha pasado!
Tú sigues como antes tan hermosa...
¡mi pobre corazón sólo ha cambiado!...

Todas las flores que tu mano amante
puso en la senda de mi vida obscura,
al soplo del dolor, en un instante,
perdieron su perfume y su frescura.

En tanto que, mimada por la suerte,
en tu marcha triunfal me diste olvido,
en mi frente las alas de la muerte
con afán incansable me han herido.

No quedan en mi cielo ni girones
de ese color azul que amabas tanto,
ni ya mi lira vierte en sus canciones
esa miel ideal que era tu encanto.

Mi cielo está nublado
y mi lira perdió sus cuerdas de oro...
Hoy sólo sé que soy muy desgraciado,
que no puedes quererme y que te adoro!...

R.

LA ROSA Y LA VIOLETA

¡Oh reina del verjel, qué hermosa eres! —decía una violeta á una rosa que el céfiro mecía muy ufana y coqueta, eres de los jardines primorosos la más preciada flor, la preferida de la mansa brisa, su predilecto amor; eres mimada por los besos cálidos del sol que te acaricia, y al picaflor tu néctar deleitoso le brinda mil delicias: prendida entre la negra cabellera de una mujer hermosa, cómo luce su pálida belleza por tí realzada ¡oh rosa!

Una cosa tan sólo no comprendo, mi amiga peregrina: por qué haciéndote el cielo tan hermosa, te dió crueles espinas!

La altiva rosa, que en su tallo esbelto se mecía jentil, volviéndose á su humilde compañera, le respondió así:

—Al lado del placer, amiga mía, siempre existe el dolor y, con quemantes lágrimas, se ha escrito esta palabra: amor! Siempre en pos de la dicha la amargura nos ofrece su hiel: esa mezcla en la vida nunca falta: de dolor y placer. Entre mis blancos pétalos un mundo escondo, ¡ay! de ilusión: reclinada en el seno de una bella, le inflamo el corazón; mas, oculta en mis hojas cruel espina, por mandato del cielo, hago ver que en la tierra no se cumplen jamás nuestros anhelos: por eso es que hay espinas en mis tallos: tras de la risa el llanto, á todo amor que nos parece eterno le sigue el desencanto.

Todo en la vida es penas y alegrías, venturas y dolor, y, con risas y lágrimas, se ha escrito esta palabra: ¡amor!

Cesó de hablar la rosa, y la violeta le dijo: Dulce amiga, me brindas tu amistad y tu regazo, yo te amo con espinas! Esa mezcla de aromas y de abrojos, consuelan mi existir: vivir quiero á tu lado y en tus ramas reclinada, morir!...

Celia

Toda comunicación, referente á LA REVISTA COMICA, debe dirigirse a R. Fernández M., Santiago, casilla 1106.

EL PAJARO BLANCO

Me encontraba solo en una pequeña pradera, limitada por todas partes por una doble línea de cipreses, y cuyos contornos de verde obscuro, se dibujaban sobre un cielo de pinceladas tristísimas.

La noche había tendido su manto misterioso de melancolías infinitas, el palido disco de la luna aparecía con serena majestad por entre las ramas encorvadas de los cipreses, alumbrando con sus rayos plateados dos lápidas de piedra, que yacían en aquel sitio á la sombra de un sauce llorón; sobre mi cabeza se extendía la bóveda celeste matizada con tintes vagos que descendían del cenit al horizonte.

Mis miembros inertes temblaban al soplo del cierzo helado.

Acerquéme á una de las tumbas; un rayo de luna alumbró en ese instante un esqueleto envuelto en blanco sudario, cuyo craneo amarillento se apoyaba en la cruz de madera que adornaba su tumba, mientras su boca despojada de carne, al dejar descubiertos sus dientes, parecía sonreir con la sonrisa amarga del dolor.

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE ENERO DE 1896 NÚM. 24

El esqueleto crujió de un modo pavoroso, tétrico, y luego, inclinándose, me dijo:

—Bienvenido mortal. Tú, como todos, sigues tras aquel fantasma seductor que se llama la felicidad.

¿Sabes tú lo que es la felicidad?—¿Ves aquel pájaro de plumaje blanquísimo que vuela en rápidos jiros allá?—Y me señalaba con su mano descarnada un punto blanco en la altura, que se mecía cual un copo de nieve al caer.—Aquella es la felicidad,—prosiguió;—ese mismo pájaro veleidoso es el que persiguen los mortales en la tierra, sin que nunca alcancen á poseerlo. También batió sus alas cerca de mí: mi pecho palpitó de alegría cuando entreví la primera sonrisa de una mujer. Ese mismo pájaro me cubrió bajo sus nítidas alas; hizo más tarde su nido en la techumbre de mi hogar, y fuí feliz; mas, una noche de Otoño, en que elevaban su lúgubre canto las lechuzas en el bosque, aquel pájaro que ves allá, tendió sus alas, abandonó su nido, y desde entonces camino solo en la noche de mi infortunio. ¡Ves esa tumba que yace al lado de la mía? Desde que voló aquel pájaro hermosísimo, allí yace el ánjel de mis amores. Ah! Terrible condición de la no existencia: no poder sentir el calor de sus besos, no poder verme en el espejo purísimo de sus ojos azules! Pasó el tiempo, y, ya ves: amor juventud, belleza, se han reducido á un mísero esqueleto, y héme aquí, solo, en el letal abandono del olvido. Pájaro blanco ¿por qué alumbraste sólo un instante el cielo de mi amor?...

Calló el esqueleto. De sus cuencas vacías ví caer dos gotas cristalinas, y la sedienta tierra bebió anhelosa aquellas lágrimas de su ternura.

Después, como levantada por mano invisible, ví alzarse la piedra mortuoria. En la oscuridad de su tumba vi desaparecer al esqueleto, y, al caer al fondo de su ataud carcomido, produjo un ruido estridente que resonó en la quietud de la noche cual eco extraño que viniera de los confines del más allá.

Más tarde, el silencio: sólo se oía el suave roce de las hojas de los ciprêses que se mecían alegremente besadas por las brisas húmedas de la noche.

El pájaro blanco seguía moviéndose en el cielo, semejando una nubecilla de verano.

Lo ví descender lentamente y posarse en un brazo de la cruz de madera. Avancé en dirección á él, y al admirar su plumaje resplandeciente, movido por loca ambición, quise tomarlo; más, tendí ambos brazos para estrecharlo, y cuando iba á ser mia el ave, de un aletazo vigoroso, huyó de entre mis manos y su silueta fué á perderse en la sombra de los cipreses. Como único despojo, quedó entre mis dedos una plumita blanca de su pecho.

El disco de la luna se tiñó de sangre, á mi vista desfilaban mil sombras tenebrosas, extraños fantasmas. A mis pies se extendía un precipicio que, cual hambrienta tumba, parecía querer devorarme. Sentí que una mano de hierro me suspendía en el abismo y ¡qué horror!..... iba á caer; dí un grito de angustia, abro los ojos y..... estoy en mi pieza.

Reconozco la fisonomía simpática de la vieja Pabla, que me llevaba la tasa de leche de todas las mañanas. Lo demás: un sueño

.....

.....

En mi mano derecha apretaba con movimientos febriles, un rizo de cabellos castaños que había colocado esa noche debajo de la almohada de mi lecho. *Ella* me lo había regalado en otro tiempo: era una pluma de una avecita hermosa que también voló!

L. von Schneeberg.

AQUÍ...

Aquí, de la pasión en los excesos,
trémula, dulce, triste y sometida,
ennobleció mi frente con sus besos
la que ha sido la gloria de mi vida!

Aquí, sin las inútiles promesas
que viento son y que arrebata el viento,
nuestras almas, altivas proclamaron
la augusta religión del sentimiento!

Y aquí, en las horas de terrible calma,
sombra en los cielos, en los pies abrojos,
para llorar las penas de mi alma
vino á ofrecerme el llanto de sus ojos!...

Ceta

Litografía e Imprenta
LUIS F. ROJAS y C.ª
SANTIAGO
TALLERES: Argomedo 20
ENTRE MAESTRANZA Y LIRA.
Oficina: Moneda 60 A
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS
Litográficos y Tipográficos
Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos
Precios Módicos

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª, Argomedo 20



Tengo una suerte tan negra,



que, cuando sigo á una hermosa,



ó me encuentro con mi esposa,



ó tropiezo con mi suegra!

La Revista Cómica

NUESTROS LITERATOS

D. Julio Vicuña Cifuentes



Su Musa, que es una diosa
del antiguo Olimpo griego,
tiene mirada de fuego
y se viste color rosa.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE ENERO DE 1896 NÚM. 25

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR LITERARIO:

R. Fernández Montalva

DIRECTOR ARTÍSTICO, **Luis F. Rojas**

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 3.00

Por medio año (25 »)..... 1.50

Oficina y Administración-Moneda 60 A

Casilla, 1106, Teléfono, 1273

PAJA PICADA

AMANECE...

Un policial, que ha pasado la noche en el umbral de la puerta de un palacio, bosteza al abrir los ojos, satisfecho de su celo por cuidar la propiedad agena.

Pasa un trasnochador, con el cuello de su gabán levantado hasta cubrirle las orejas. Va de prisa, el bastón bajo el brazo, las manos en los bolsillos, el cigarro en los labios.

Se abre la puerta de una casa, y sale una muchacha con una canasta vacía. Es joven y hermosa. Cuenta en su imaginación la ganancia de la sisa del día.

Una vieja, ata las patas traseras de una vaca negra, y prepara su mesa pequeña con dos vasos opacos y una botella de cogñac, esperando á los parroquianos.

La manta sobre el hombro, el sombrero de paja de grandes alas echado adelante, con sandalias, el obrero se dirige á su trabajo.

Y allá en lo alto, abre el bohemio la ventana de su bohardilla, y, afiebrado todavía con el último esfuerzo del último verso de su canción de amor, recibe en su frente pálida el primer beso de luz que envía el sol desde lo alto de las montañas de oriente.

***

El mozo, una vez que fué engañado, puso en venta donde Möder el retrato de su dama.

Pobre Hortensia!

***

Hay en proyecto varias convenciones para elegir candidato á la Presidencia de la República.

Vendrán delegados de todas las provincias.

—Mire Ud.—me decia un comerciante de ropa hecha;—ponga Ud. en LA REVISTA CÓMICA que *arriendo* levitas...

ACUARELA

PARA CARLOS A. SILVA CRUZ

BAJO el tul de la pálida bruma,
en el tibio crepúsculo vago,
se dan besos de luz y de espuma
la estrella y el lago.

Y confunden sus rítmicas ondas
en las sienes de mármol de Ucle,
de las pálidas vírgenes blondas
el aura y el bucle.

Y entre el cielo azulado y la cuna,
bajo un nimbo de cándido armiño,
se dan cita en un rayo de luna
el ánjel y el niño.

Y con lánguido beso risueño,
ébrios de ámbar y orlados de nardo,
ante el ara de luz del ensueño
se desposan la vírgen y el bardo.

Pedro A. González

DE VACACIONES

CUANDO volvió de la Estación, á donde había ido á dejarla, para que se fuera con su madre á un puerto de baños,—porque él aun no podía salir de Santiago—sintió que se quedaba muy solo, tan solo como los muertos que llevan á dormir al cementerio. Porque él amaba á su esposa como se ama la propia vida, con un amor que era como la necesidad única de todas sus facultades... y era la primera vez que se separaban.

Atravesando las calles de la gran ciudad, le extrañó la ausencia de gentes conocidas, y pensó que solamente los infelices, los necesitados, no salían al campo, ó á las orillas del mar, huyendo de aquel sol que transformaba la atmósfera en un soplo de fiebre.

Llegó á su casa. En los balcones, con cortinas blancas, no asomaba la cabeza de su amada, esa cabecita rubia que lo esperaba impaciente todas las tardes, al volver de la oficina, para saludarlo desde lejos con una sonrisa, de cerca con un beso. Le asustó el silencio que dominaba en las habitaciones, donde había enmudecido el alegre canto, con que Luisa, su esposa, acompañaba sus quehaceres del hogar.

Cuando vinieron á avisarle que la mesa estaba puesta,

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE ENERO DE 1896 NÚM. 25

—He comido,—dijo al criado, y se encerró en su pieza, dispuesto á olvidar, con el sueño ó la lectura, aquella tristeza que le dominaba. Pero, todo fué inútil. El libro favorito suyo, caía de sus manos; en el lecho frío y desierto, el sueño huía de sus párparos.

A veces, le parecía sentir el ruido apagado de unos pies desnudos, que se acercaban á él como si ella, con temor de despertarle, viniese á verlo dormir.

Ya era una puerta que se movía, como si una mano la empujase suavemente; ya una voz muy débil, que pronunciaba un nombre—el suyo;—ya le parecía sentir sobre el rostro el calor de un aliento, y abría los ojos con súbito extremecimiento, creyendo hallar su carita de ánjel que le sonreía...

Tarde, muy tarde, lo venció la fatiga. Pero, no se durmió del todo. Quedó en ese estado letárgico, en que uno tiene la conciencia de estar despierto, aun que no se dé cuenta de lo que pasa á su alrededor.

Entonces, vió una cosa inaudita. En un salón que apenas alumbraba la luz de una lámpara, envuelta su esposa en un simple peinador, abandonaba su mano á los besos de un galán arrodillado á sus pies. Y en los ojos de la adúltera, había una mirada húmeda de pasión, y una sonrisa en sus labios que entreabría la embriaguez, en tanto que se agitaba su seno con violencia. Y la vió inclinarse poco á poco, tomar entre sus manos la frente del amante, y besarle con un beso que no terminaba nunca.

Dió un grito y saltó del lecho.

La tenue claridad de la mañana, entraba á través de las cortinas, por los balcones medio abiertos. Se oía afuera, en los jardines, el balbuceo de los cantos matinales, las primeras notas del himno nupcial al sol.

—Es imposible!—exclamó, pasándose la mano por los ojos.

—Y ¿por qué?—agregó luego.

Se vistió apresuradamente. ¡Cuán largas le parecieron las horas hasta la salida del primer tren!

Durante el viaje, acurrucado en un rincón, sin hablar palabra, los ojos medio cerrados, iba pensando en horribles venganzas. ¡Ah, la perjura! oh, la infiel! Era poco matarla! Había que darle un castigo que duraran mucho tiempo, que hiciera mil muertes de una sola, que agotase en su sensibilidad todas las impresiones dolorosas de la naturaleza humana.

Aún no se detenía el tren, cuando saltó á tierra.

Era la hora en que, después del baño, los veraniantes se pasean á lo largo de la playa, formando ese golpe de vista espléndido que ofrecen los colores claros de los trajes y sombreros sobre el plomizo de la arena, el negro de las rocas y el azul pálido del mar.

Apartada del grupo bullicioso, sola, sentada en una peña, la barba apoyada en una de sus manos y con la otra escribiendo con la punta del quitasol sobre la arena, estaba su esposa.

¿Cómo sucedió? Antes de llegar él, ella volvió la cabeza, y corrió con los brazos abiertos á su encuentro, gritando como una chiquilla.

Diez minutos más tarde, acordándose del por qué de su venida, y mirándole á los ojos fijamente, le preguntó:

—Cuando yo llegué ¿en qué pensabas?

Y ella riendo:

—Tonto!—le dijo, y le mostró su nombre escrito mil veces sobre la arena de la playa.

Juan de Sánchez

LA MUSA

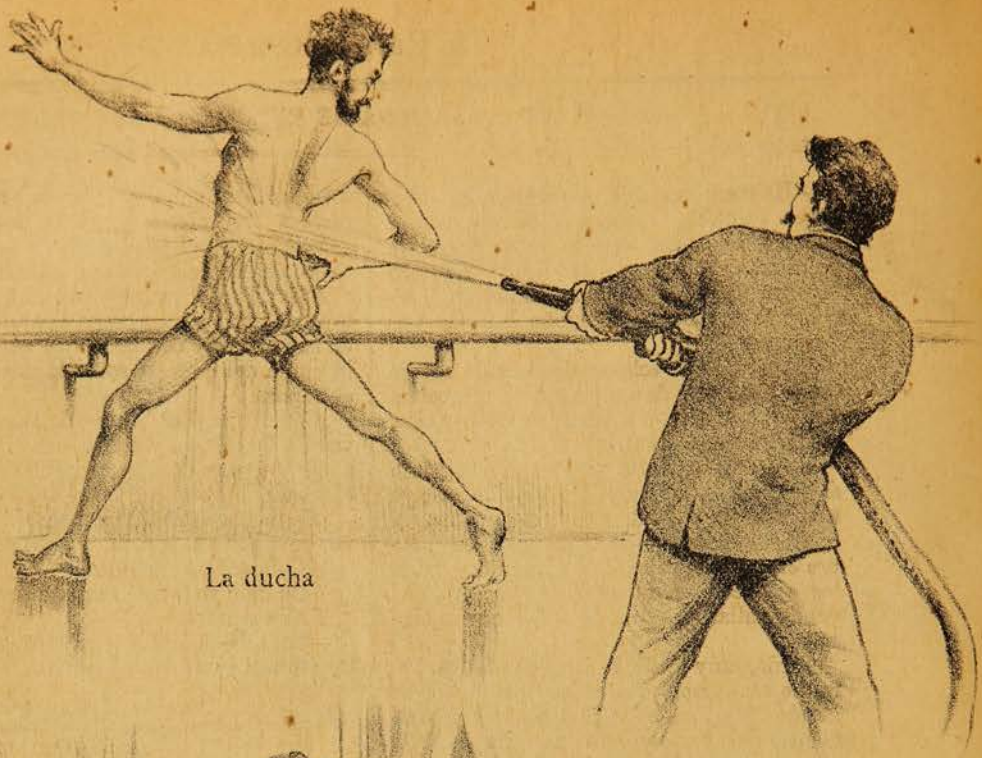
VIENE la alegre Musa
en su carro triunfal. Tul color rosa,
más tenue que la luz, tímidamente
cubre las castas formas de la diosa.

El sol de la mañana
besa su pura frente
con un beso de amor, cantando *hossanna*;
y diciendo: *te adoro*,
en su carrera leve
la mansa brisa mueve
las ricas hebras de sus trenzas de oro.

Viene la Musa alegre. Desbordante
de rica inspiración, la copa tiende
en que bebe sus sueños el amante,
y en cuyas embriagueces
el artista comprende
los secretos profundos,
que mueren á los pies de los cipreses
como última palabra de los mundos.

Tiendo á ella mis brazos, ya cansados
de soportar el peso de mis penas,
pidiendo los calores disipados
que encendieron la sangre de mis venas;
y arranco de su mano encantadora
la copa desbordante, inspiradora...

¡Oh, supremo placer! El alma mía
recobra antiguas galas;
con poderosas alas,
tiende el vuelo mi loca fantasía
en pos del infinito;
siento desconocidos embelesos,
y en mi labio marchito
aletea la turba de los besos...



La ducha





La pesca

La caza







La juventud dorada

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE ENERO DE 1896 NÚM. 25

Mi dulce amada, luego
á mí se acerca candorosa y pura;
apasionado fuego
en su mirar fulgura,
y, removiendo el humeante escombro
de su pasión mentida,
apoya su cabeza sobre mi hombro
y se queda dormida...

Y mientras duerme, siento
en mi inspiración loca,
el aromado aliento
que la virgen exhala de su boca;
el rápido latido,
de su pecho rendido,
y siento que su voz, como un reclamo,
en sueño dice: *te amo!*

Viene la Musa alegre. Desbordante
la dulce copa inspiradora ofrece,
y el alma que, entre penas, desfallece,
la bebe, y se alza de su amor triunfante!

Ricardo Fernández M.

1896.

OPIO

UN día, que fué á una venta pública de casas viejas y raras, encontró en un rincón una pipa para fumar opio, de esas que usan los asiáticos. Sin saber por qué, la compró y se la llevó á su casa.

Cuando llegó la noche, á la miserable luz de una vela de sebo, que humeaba, empezó á imaginarse el placer desconocido de los sueños del opio, del opio que realiza todas las ambiciones de amor y los anhelos de grandeza; que va matando lentamente, envolviendo el alma en la gasa opalina de sus visiones voluptuosas, orientales.

Y hubiera dado mucho, por poseer un pedazo de esa materia negruzca, por adormecerse en el letargo misterioso, puerta de las cosas fantásticas.

Y, en la imposibilidad de poder hacerlo, escribió con mano febril, sobre una hoja en blanco, en versos magníficos, la canción del opio.

Al día siguiente leyó aquello á sus amigos en la mesa de un café, y todos aplaudieron.

Y la canción fué de boca en boca por el mundo, declamada por los mozos alegres, en las cenas de amor, al oido de las muchachas jugutonas.

Se llamó al poeta, el poeta del opio.

Y se dijo que pasaba las noches, en su pieza, fumando opio en una larga pipa; y ya nadie se extrañó, al verle, que tuviera los ojos hundidos, las mejillas secas, amarillo el color y los miembros débiles, ni que, en ocasiones, clavada la mirada en un punto invisible y lejano, se quedase horas enteras, ajeno á cuanto pasaba á su alrededor, sumido en hondas meditaciones.

Nadie supo jamás que el bohemio había muerto de hambre, de miseria.

Para el mundo, murió de opio, y un amigo puso á su lado, en el hoyo en que lo echaron, la vieja pipa que había sido comprada en una venta pública de cosas viejas.

Después vinieron muchos imitadores de la canción al opio, jovencitos imberbes que, con el mayor aplomo del mundo, hablaban de sus noches adormecidas por el moreno jugo de las cabezas de las adormideras verdes.

Matías

AJENTE GENERAL EN PROVINCIAS
DE LA REVISTA CÓMICA

El señor JULIO REAL y PRADO, está plenamente autorizado para recibir suscripciones á LA REVISTA COMICA, arreglar cuentas con los Ajentes, y suprimir ó crear nuevas ajencias, donde lo creyere conveniente.

LOS DIRECTORES.

A LA NOCHE

TIENDE, noche, tu manto tenebroso,
trocando así del bullicioso día,
los rumores y gritos de alegría,
por tu grato silencio y tu reposo.

Cuando se encuentra el corazón penoso
ó sumido en letal melancolía,
grato es bajo tu bóveda sombría
dar riendas al espíritu angustioso.

El mundo yace de la calma en brazos;
calla el ave y la fuente; calla el viento;
todo dormita en plácidos regazos...

Y en medio de su triste abatimiento,
desata el alma sus terréneos lazos
y eleva á lo infinito el pensamiento!

O. S. Z. Z.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE ENERO DE 1896 NÚM. 25

NADIE

—¿QUIÉN te pegó?
—Nadie.
Nadie es, en la escuela, el muchacho holgazán y guapetón, á quien no se acusa nunca, pues sabe vengarse de manera terrible, é infunde mayor temor con lo que puede hacer que con lo que hace.

—

—Quién te lo ha contado?
—Nadie.
Este *Nadie*, es á veces la calumnia que va sin nombre y sin responsabilidad, enlodando las honras con su baba inmunda.
En los labios del niño, es el precoz despertar de la inteligencia, la observación que avanza á la edad.

—

—Había alguien en el teatro?
—Nadie.
Nadie es la amada, que llena con su sola presencia toda la sala: es el amigo que se ha ido á buscar para pasar un rato de alegre charla.
En este caso *Nadie* se dice desesperado ó bostezando.

N. N.

NOCTURNAL

TENGO una amada. Su frente
es pálida. Siempre lleva
sobre sus hombros un manto
de claras luces de estrellas.

Con su labio frío y trémulo
sobre la frente me besa,
con el beso de la madre
á los hijos que venera.

Ella me dicta los versos,
cuando siento en la cabeza
que el ave azul se extremece
con su plumaje de ideas.

Ella se viene á mi lado,
dulces historias me cuenta,
y me dice de mi infancia
las travesuras risueñas.

En mis horas pensativas,
en mis intimas tristezas,
cuando todo en torno mio
es melancólico y tiembla;

aumenta los resplandores
de las pálidas estrellas,
hace cruzar por el aire
á las sílfides esbeltas,

y los ramajes inclina
en las seculares selvas,
y los llena de aleteos
y de labios que se besan.

En invierno, airada agita
su túnica de tinieblas,
y con la luz de sus ojos
los viejos bosques incendia.

Con sus gritos extremece,
dándole espanto, á la tierra,
é hincha el agua del lago
para azotar la ribera.

Y revolviendo lo interno
de volcánicas cavernas,
rojos penachos de llamas
da á las cumbres por diadema.

Ella es la esposa, la madre
del desgraciado que pena;
la que á los amantes fieles
les brinda la cita tierna.

Ella tiene ángeles bellos
que sobre los lechos vuelan,
acariciando las frentes
de las vírgenes que sueñan;

y ella, en las horas de insomnio,
con los fantasmas que aterran,
prepara un infierno en vida
para las almas perversas.

¡Oh, noche! tú eres mi amada!
Yo te amo, cuando te acercas
trayendo sobre tus hombros
seberbio manto de estrellas.

R. F.

Litografía e Imprenta
LUIS F. ROJAS y C.ª
SANTIAGO
TALLERES: Argomedo 20
ENTRE MAESTRANZA Y LIRA.
Oficina: Moneda 60 A
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS
Litográficos y Tipográficos
Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos
Precios Módicos

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª, Argomedo 20



Antiguo comerciante



Con familia incompleta



ersonaje de importancia... en los carruajes



Trasnochador



Jugador



Artista

La Revista Cómica

NUESTROS ARTISTAS

D. Juan E. Harris



Sube al carro de victoria
del arte, con tal bagaje,
que hará muy rápido viaje
para llegar á la gloria.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE ENERO DE 1896 NÚM. 26

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR LITERARIO:

R. Fernández Montalva

DIRECTOR ARTÍSTICO, **Luis F. Rojas**

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números).....	**$ 3.00**
Por medio año (25 »).....	**1.50**
Número de la semana.....	0.05 cts.
Id. atrasado.....	0.10 »

Oficina y Administración-Moneda 60 A

Casilla, 1106, Teléfono, 1273

PAJA PICADA

CORRIENDO va la nave sobre la azulada sábana del mar, las velas desplegadas al beso propicio de la brisa. A lo lejos, en medio de las montañas, las casitas blancas del puerto, escalonadas en la falda, esperan á los marinos.

A bordo, todo es alegría y movimiento. Piensa el amado en su amada, el hijo en su madre, el padre en sus hijos. Y hay quienes ven, á través de la larga distancia, pañuelos que se ajitan en los balcones de sus hogares.

Solamente un joven, apoyado de espaldas en el mesana, cruza los brazos y mira con angustia la mole inmensa del faro sobre el pico más alto de la costa.

Sabe él que nadie le espera, porque un papel orlado de negro, que recibió en el extrangero, fué á decirle que el nido estaba vacío y roto bajo el centellea de colores que salva á los marinos en las noches tempestuosas...

***

—Y ¿qué es el poeta sino un mendigo, que va por pueblos y campiñas, por palacios y cabañas, pidiendo un pedazo de amor y de ternura para satisfacer su infinita hambre de belleza?

***

En medio de las sombras recorre los espacios el eco lúgubre de la campana de incendio. Y salen de sus casas, con sus casacas rojas y azules, sus cascos relucientes, los bomberos.

Al verlos pasar delante de mis ventanas, recuerdo aquel airoso joven de veinte años, enamorado y feliz, cuya silueta vi una noche destacarse sobre el fondo rojizo de las llamas, en lo alto de una techumbre, que se hundió, con sordo estruendo, arrebatando á su abismo las flores de azahares de una niña y el paño de lágrimas de una madre...

***

—Centinela, alerta!— grita en lo alto de la torre el viejo soldado, que ilumina pálidamente la luna, fijando su mirada en la vasta llanura, donde vagan los fantasmas de las sombras de los árboles.

Adentro, en el baluarte, duermen los héroes, abrazados á la bandera, la espada desnuda al alcance de la mano.

Y sueñan... sueñan que respiran el aire cargado de humo de pólvora del combate; que suena en sus oidos el silvido de la bala que pasa en alas de la muerte, y sienten extremecido el corazón con el anhelo supremo de la gloria.

—Centinela, alerta!

LA VENTA DEL ADEREZO

UN magnífico aderezo
Gil á su esposa compró;
sufrió en la Bolsa un tropiezo,
y el infeliz arrapiezo
vender la joya pensó.

Dos mil quinientos doblones
había dado por ella,
aparte de comisiones,
y ahora, al querer vendella,
todos le decían *nones*.

Quién la mitad le ofrecía;
quién por amistosa gracia
un doblón más prometía;
y cada cual su desgracia
tiranizar pretendía.

El viento de la fortuna
tornó benigno á soplar,
y sin mudanza ninguna,
á los cuernos de la luna
tornóse Gil á elevar.

Subidas proposiciones
tuvo entonces por la joya,
pero él, que por mil razones
comprendió aquella tramoya,
á todos les dijo *nones*.

Al que con la soga al cuello,
sin el metal por escudo,
demanda al mundo un resuello,
todos con aire muy bello
corren á apretarle el nudo.

Pil-Pay

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE ENERO DE 1896 NÚM. 26

CURIOSO DUELO

ERA la tarde de un Domingo.

En la «*Marta*» se notaba un extraordinario ir y venir de los mineros.

¿Qué acontecimiento motivaba aquel movimiento inusitado?

Poca cosa: un nuevo trabajador que llegaba con su mujer y su hija.

Mujer en una mina?... Pues, señor, ¡adiós nuestra tranquilidad! Y Clara, ¡qué moza aquella tan garrida y bizarra! Y la historia que ella tenía...! Cuando fué asaltada la mina *Fortuna*, ella sola fué la que mató á tres...

Con estos antecedentes, ¿sería bien recibida? Ya lo creo!

II

—Oiga *don Sánchez*...

—Qué decía, *ño José?*

—La Clarita le tiene ley á Ud., y como yo me despepito y me deshago por ella, porque eso sí, la chiquilla es bien buena moza, y todos saben ya que yo no acostumbro negarle á *nadies* mis sentimientos, porque para eso soy bien hombre y bien franco, y...

—Pero, *ño José*, á mí qué me dice...?

—Yo creo, pues, *don Sánchez*, que es bueno que *los* arreglemos como hombres que somos. Estas cosas no pueden seguir así, y como *ambos* dos *pretendimos* la *mesma* cosa, me parece que uno de los dos sobra, es decir creo que usted está demás...

—Bueno, pues, *ño José*, y qué quiere que le hagamos...?

—Cómo qué quiere! Yo estoy resuelto á matarme por la Clarita, y ya Ud. sabe que mi *corvo* sale bien de su vaina, y si Ud. es hombre...

—Está bien, pues! El *Borrao* arreglará esto.

III

A trescientos metros bajo la tierra.

Un *rajo* de cincuenta.

El Borrao:—Aquí *don Sánchez*... allí *ño José*...

Ño José:—*Don Sánchez*, dígame, ¿me deja el campo libre?

Ya tengo *barrenao* mi tiro... tiene cincuenta pulgadas.

Don Sánchez:—La Clara es mía, y antes que sea de Ud. ni de *nadies*, tiene que cortarme la vida *San Lorenzo*...

Me falta poco para concluir... ¡Aja á! ¡Aja á! ¡ay pillillai!

El Borrao.—Tiro de cincuenta, carga de veinte y taco de treinta pulgadas.

Don Sánchez se sentará encima del tiro de *ño José*, y *ño José* encima del tiro de *don Sánchez*.

¡Al avío!...

¡Con fuego!!!

IV

—Pues señor, los *niños* han hecho su gusto, según he oido el disparo,—exclama el *Borrao*. En fin, sea lo que Dios quiera, y vamos á ver en qué paran estos *gallos*...

¡Ay!... ay! se sienten unos lúgubres quejidos—

—Cuál de ellos será?...

Es Sánchez, que, por efecto del tiro, se encuentra tendido sobre la roca con sus dos piernas quebradas.

—Y *ño José?* le pregunta el *Borrao*.

—Allí... exclama moribundo Sánchez.

Efectivamente, José Urquieta, el incansable para el trabajo, el minero envejecido casi en las entrañas de la tierra, yace en un charco de sangre, hecho un montón informe de carne, trapos... ¡Horror! En medio de este horrible destrozo, se distingue una mano que aún empuña un martillo...

Es el martillo que horadó la piedra de su sepulcro y á cuyos terribles golpes acudió la Muerte con su siniestra, fatídica figura...

Así muere el hijo del trabajo!

Desesperado

EL HIMNO DE LOS ANDES

ES himno que revienta formidable
en la alta cumbre que amenaza al cielo,
con fragores de trombas y aquilones
que despliegan el vuelo,
rozando con sus alas poderosas
de las áridas rocas los filones;
en donde los ingentes monolitos
libran ruda batalla,
con prepotentes gritos,
con huracán que rimbombando estalla..

Es canto audaz de rebelión y guerra,
en que vencer procura
esa lira de rocas de la tierra,
á la lira de nubes de la altura!

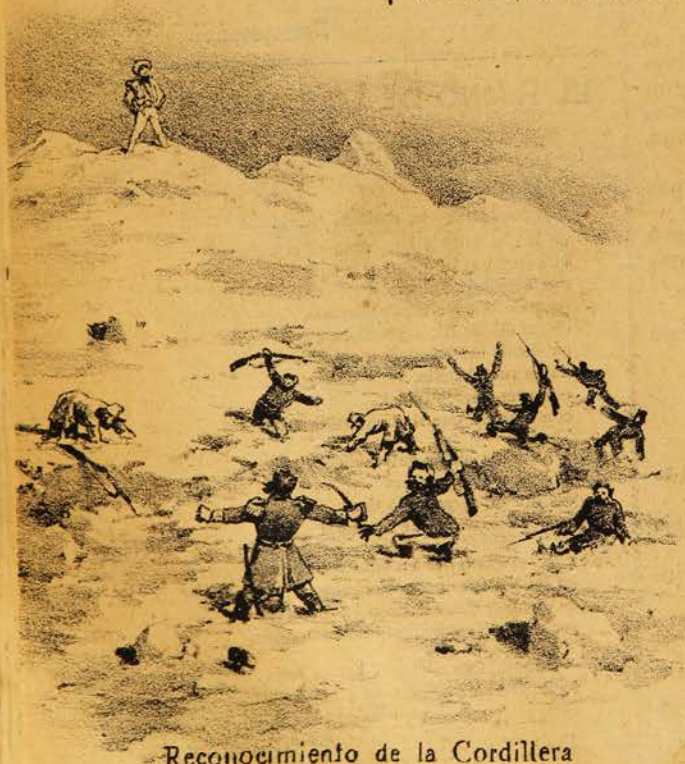
Es el canto que entonan los atletas
en las hórridas noches nebulosas,
es el canto que escuchan los planetas
recorriendo las órbitas radiosas.

Es el himno ciclópeo que se forja
en el yunque soberbio de granito,
de los rojos volcanes en el seno,
ibra y repercute en lo infinito
cuando revienta formidable el trueno;
es la marcha triunfal que infunde aliento



Mr. Carlos Tomás Floquet

† EN PARÍS, EL 18 DEL PRESENTE.



Reconocimiento de la Cordillera
por un destacamento argentino.



—Qué sabes tú de candidato?
—No he recibido un chico todavía.



Situacion Internacional



—Si no nos ven!...



Dulce confidencia

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE ENERO DE 1896 NÚM. 26

á olímpico Vulcano,
con notas de martillo que chispean
con fragoroso acento,
con ritmo crepitante y soberano;
es el canto del bronce que se funde,
el canto de la chispa de los rayos,
la gran canción eterna
que brota sin desmayos,
que se espande tronando en la caverna
que sostienen columnas de esmeralda,
que rueda de las cumbres
hasta las guijas de la agreste falda
en medio de volcánicas vislumbres!...

Es el coro del bloque y de la lava
que bulle en las entrañas de Los Andes:
yambo que entona la corriente brava
que late y ruge con clamores grandes!

O es el himno de nota cristalina
que modula la agreste cordillera
cuando el sol ilumina
el alta cumbre en su triunfal carrera.
Es el coriambo expléndido de auroras
que dan las harpas de cristal de nieve,
y á su májico són danzan las horas,
al són del ritmo breve.
Los iris cabrillantes de cascadas,
las nieblas, las espumas,
primaverales brisas perfumadas,
el ténue polvo de oro,
y los celajes grises y las brumas
dan una nota en el soberbio coro!...

... Y al bronco acento poderoso asciende,
desde el agrio peñón cortado á pico,
el ave soberana, el cóndor regio,
cuando el rayo se enciende
y, en armonías gigantescas rico,
brota el triunfal y luminoso arpegio.
Y el águila caudal, la reina altiva
surge también y prepotente vuela
hasta la azul estrella pensativa
de luminosa estela;
ó en el nido que cuelga en la montaña,
junto al gran ventisquero,
callada escucha la canción extraña
que entona ronco el huracàn guerrero!

A. Bórquez Solar.

AJENTE GENERAL EN PROVINCIAS

DE LA REVISTA CÓMICA

—

El señor JULIO REAL y PRADO, está plenamente autorizado para recibir suscripciones á LA REVISTA CÓMICA, arreglar cuentas con los Ajentes, y suprimir ó crear nuevas ajencias, donde lo creyere conveniente.

LOS DIRECTORES.

LOS ASESINOS

UNA tarde, la señora Pascuala leía el diario, en la puerta de su restaurant. Eran las diez de la mañana, y no llegaba todavía ningún parroquiano.

Y leyó:

«Un crímen horrible acaba de cometerse en la calle de la Recoleta. Una señora de setenta años, que vivía sola, ha sido asesinada y robada. La policía persigue á los asesinos, que parecen ser dos individuos que, desde hace días, rondaban la casa. Uno de ellos es alto, flaco, moreno y lleva toda la barba; el otro es pequeño, grueso, ojos azules y cabellos rubios»...

—Señora,—dijo entonces una voz detrás de la lectora.

La señora Pascuala se volvió y tembló de los pies á la cabeza. Dos hombres acababan de llegar, que correspondían en todo á las señales que daba el diario.

—Tiene, Ud.,—siguió el que había hablado,—una piecesita donde podamos beber una copa y hablar sin que nos molesten.

—Sí... caballeros...

Y condujo, temblando, á los visitantes, á un saloncito, el único del restaurant, cuya puerta la formaba una cortina de percal.

Puso sobre la mesa una botella de cerveza con dos vasos, y se retiró.

Fijó de nuevo los ojos en el diario... «alto, flaco, moreno, y lleva toda la barba; el otro es pequeño»...

No cabía duda alguna. Aquellos eran los asesinos. Salió á la puerta. Casualmente, pasaba en ese instante un policial. Lo llamó y le comunicó sus sospechas.

Se llamó á clase. Vino un inspector con dos soldados más. Una vez todos reunidos, entraron al restaurant silenciosamente y se pusieron á escuchar á la puerta del saloncito, mirando por las roturas de la cortina.

—¿De manera,—decía el alto, flaco;—que es preciso romper la caja de fierro?

—Sí, respondía el otro;—pero, será preciso ocultar algunos billetes de banco en la cama del sirviente, para que sobre él caigan las sospechas.

—Y al viejo?

—Se le mata. No hay más remedio. Queda la muchacha y á esa...

—No le hareis nada!—gritó el comisario, entrando revólver en mano en la sala, seguido de los policiales con sables desenvainados.

—¿Qué significa ésto?—exclamaron los presuntos asesinos, poniéndose de pié.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE ENERO DE 1896 NÚM. 26

—Que están Uds. cogidos,—rugió el inspector,—y que darán cuenta, no sólo del crimen que han cometido, sino del que ahora estaban forjando...

—Pero, si nosotros...

—Nada, ni una palabra. A la cárcel todo el mundo!

Los mozos cambiaron una mirada, y, sin hacer resistencia, se dejaron conducir.

Una vez en la comisaría, después que el comisario hubo terminado su acusación, ellos sacaron sus tarjetas y las presentaron al oficial de guardia. Se llamaron testigos para identificar sus personas, y resultaron ser los conocidos autores dramáticos señores Z. y L..., que habían estado discutiendo el argumento de su próxima obra. Por una coincidencia, sus físicos correspondían á la de los presuntos asesinos de la calle de la Recoleta.

Fernán Rodríguez

EL VENGADOR

Es una historia que me ha contado un viejo minero.

Estaban los trabajadores reunidos, descansando de las tareas del día, al rededor de pequeñas mesas, bebiendo un trago.

Un hombre entra, recorre con la vista los diferentes grupos, y se acerca á uno de ellos, donde un joven extrechaba la mano de sus compañeros, de vuelta de un largo viaje.

—Al fin!—exclama.

Y hunde hasta el mango en el pecho del recien venido su ancho puñal.

Los testigos de la escena, quedan pálidos y mudos.

El hombre enjuga su arma en la falda de su blusa, y sale, desapareciendo en medio de las sombras con que la noche envuelve las montañas.

Momentos después, el hermano de la víctima, viene del fondo de la mina, y sobre el cadáver aun tibio, jura la muerte del asesino.

***

Y se encontraron al fin, después de muchas horas, al despertar el día, en una extrecha quebrada, en cuyo fondo serpenteaba un arroyo.

—Defiéndete!—gritó el hermano, blandiendo su puñal.

Quedóse el asesino un momento, batallando con su conciencia. Después, lanzando lejos de sí el arma sangrienta todavía,

—Hiere,—contestó;—tienes derecho para matarme!

E irguióse, al borde del abismo, alto, seco, pálido, abierta la camisa en la mitad del pecho.

—Nó,—respondió el vengador;—es preciso que te defiendas. Así matarte, sería una cobardía. Jamás he de ver mi puñal teñido con la sangre de un cobarde. Mi hermano muerto clama venganza. Seré tu matador, pero nunca tu asesino.

—Hiere!—continuó el otro;—no me defenderé. Hice mal, y debo pagar mi culpa.

Y así hablaron los dos, el uno con ansia de matar, el otro con deseo de morir.

Y fué en valde. No quiso el asesino defenderse, condenado por su conciencia; ni el hermano de la víctima herir quiso, detenido por su hidalguía.

Y se dijeron por última vez:

—Defiéndete!

—Nó!

Entonces el vengador, con la rabia de no poder matar á su enemigo indefenso, hundióse en el corazón su propia arma, lanzando al asesino una mirada de desprecio.

Juan de Sánchez

PENSAMIENTO DE NAVIDAD

Tus miradas, dulce niña, huyen de las mías; tu rostro se enciende y palidece; tu blanca mano va, distraida, sobre la mesa, de un objeto á otro.

Y si á hurtadillas, fijas los ojos en mí y yo sorprendo la mirada, tiemblo de placer y de esperanza, porque en el fondo de tus húmedas pupilas negras, me parece ver brillar una luz celeste semejante á la que atrajo á los magos y á los pastores. Y mi corazón salta como un corderillo, porque me parece que, por fin, el nuevo Dios va á nacer y que habrá que celebrar, en mi alma, la alegre, la pura, la grandiosa y sencilla fiesta de Navidad.

Alone

Litografía e Imprenta
LUIS F. ROJAS y C.ª
SANTIAGO
TALLERES: Argomedo 20
Oficina: Moneda 60 A
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS
Litográficos y Tipográficos
Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos
Precios Módicos

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª, Argomedo 20



Caridad



Avaricia



Cólera



Piedad



Dolor



Intemperancia

La Revista Cómica

NUESTROS SABIOS

D. Rodulfo Amando Philippi



Honor y glorias á él,
que ha pasado su existencia
conquistando de la ciencia
las coronas de laurel.

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1896 NÚM. 27

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO, SATÍRICO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTOR LITERARIO:

R. Fernández Montalva

DIRECTOR ARTÍSTICO, **Luis F. Rojas**

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 3.00
Por medio año (25 »)..... 1.50

Oficina y Administración-Moneda 60 A
Casilla, 1106, Teléfono, 1273

Por exceso de trabajo en los talleres de la LITOGRAFÍA ROJAS y C.ª donde se imprime LA REVISTA CÓMICA, esta no pudo salir á luz con puntualidad. Pedimos disculpas á nuestros lectores.

PAJA PICADA

DESPRENDIÓ de sus hombros la túnica de púrpura, arrojó lejos de sí la corona de oro, y vestida con humilde traje de campesina,

—Vengo,—dijo, entrando á la cabaña del poeta;—á buscar entre tus brazos la ventura de la vida.

Entonces el bardo, rompiendo la pluma con que estaba escribiendo un poema á la belleza,

—Sea!—contestó.

Y bajo un ramaje en flor, donde aleteaban las aves en sus nidos, tuvo lugar el himeneo.

Y conoció la princesa que era más grande y más dichoso ser reina del espíritu que reina de la tierra.

* * *

—¿Me amas?

—¡Te amo!

Y ese dia bajó Dios de lo alto para abrir á los hombres las puertas de los cielos.

* * *

La noche ha tendido sobre el mar un manto de argentadas brumas. Las olas, como dormidas, apenas besan la arena brillante donde una luna pálida refleja sus rayos pensativos. Parece, á la distancia, que una vela blanca se despliega, y que cruza por los aires el canto melancólico de un marino.

Desde lo alto de mi balcón, á cuyos pies gime el océano, contemplo la inmensidad.

Estoy solo.

Cruza una gaviota de alas negras, lanzando un grito.

Y pienso.

¡Oh, amada! ¿dónde estás? Mi corazón tiene hambre y sed de tu presencia. Una hora de tu amor, y sobre la densa bruma de los cielos aparecerá *Cirius*, esa estrella que es nuestra, porque nos ha visto felices!

AYER Y HOY

I

"ADIOS!"—le dije con el alma herida
por inmenso dolor;
y ella, temblando, pálida y convulsa,
"adiós!"—me contestó.

—"No me olvides jamás"—agregué luego
con temblorosa voz;—
—"Quien ama como yo, jamás olvida"—
ella me respondió.

En seguida extreché sus blancas manos
con nervioso temblor,
y de su lado me alejé llevando
transido el corazón.

III

Hoy vuelvo á estos lugares donde un día
tan venturoso fuí.
Pero vuelvo más triste, más sombrío
que el día en que partí.

Desde aquel tiempo que fugaz rodara
todo ha cambiado ya:
las cosas que ayer fueron mis delicias
hoy me causan pesar.

Y ese ángel que me amara, como saben
los ángeles amar,
cerró sus ojos al eterno sueño
y de un sauce á la sombra duerme en paz.

O. S. Z. Z.

EL JUGADOR

ERA la media noche cuando abandonó la mesa de juego. Había perdido toda su fortuna. Instintivamente tomó el camino de su casa. Su cabeza ardía. Aplastaba su cerebro un peso enorme.

Y pensó.

Pensó en su familia: en su mujercita que, á esa hora, debía esperarlo temblando de frío y de zozobra, al lado de la cuna de su hijo durmiendo.

¿Qué le diría?

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1896 NÚM. 27

El cielo, cubierto de estrellas, resplandecía, indiferente, sobre su frente pálida

De vez en cuando, un trasnochador, con el cuello del gabán subido hasta las orejas, marchando de prisa, pasaba por su lado, mirándolo con desconfianza.

Y el miserable daba vuelta la cara con miedo de ser conocido, de que leyeran en su rostro la infamia cometida.

Llegó.

Con mano convulsa, metió la llave en la cerradura, y tembló al escuchar el ruido de la goznes que gemían.

La voz del remordimiento gritó en ese instante en su conciencia.

Sintió un puñal que le destrozaba las entrañas.

—¿Eres tú?

Y dos brazos le extrecharon, y unos labios le besaron en los labios.

—Mira! Es una cosa horrible. Estaba pensando en que lo habías perdido todo, en que no teníamos ya donde colocar la cuna de nuestro hijo. ¡Qué tontería! ¿verdad?

Y ella le decía todo aquello, los ojos clavados en sus ojos, apretándole las manos, sonriente de verlo llegar á tu buena hora, dichosa de tenerlo á su lado.

—Y ¿si fuera cierto?

Lo dijo con un tono frío, seco, con el tono del que, conociendo su falta, pretende evitar el castigo haciendo sentir la superioridad de sus fuerzas materiales.

Quedóse la mujercita con los ojos muy abiertos, casi espantada.

Porque misterioso presentimiento decía la verdad á su corazón.

Luego, una mano apoyada en la cuna del niño,

—¿Qué importaría?—dijo.—Una madre siempre encuentra con qué darle de comer á su hijo!

Y había tal majestad en su actitud, tan fiera altivez en su mirada, que el miserable, cayendo do rodillas,

—Perdón!—gritó, deshecho en lágrimas.

***

—Desde ese día—continuó Nicolás,—Tomás fué el mejor de los esposos y el más honrado de los hombres. Vencido por la virtud de una madre, de la madre de su hijo, no quiso ser menos que ella, y, obrero infatigable del trabajo, rehizo con creces la fortuna que había perdido.

Juan de Sánchez

PRIMAVERA

TODO en el mundo adquiere nueva vida
al soplo del amor. El ave arrulla
en los verdes ramajes escondida,
y son sus notas música celeste
que embriaga el alma y de placer la llena;
sobre la playa amena
rueda la ola perfumada, y canta
un poema de amores
al deslizarse en la menuda arena;
ofrece el campo las pintadas flores
que el aire impregnan con aromas suaves;
con plácidos rumores
el cristalino río se dilata
como cinta de plata,
y allá en el cielo, fúlgidas y bellas,
en la noche callada y misteriosa,
resplandecen las tímidas estrellas,
cual vívidos diamantes engastados
en la nupcial diadema de una esposa.

Hoy el mundo, sonriendo, se extremece
al soplo del amor. La primavera,
como una virgen célica, se ofrece
á la caricia tierna y delicada
del canto del poeta.
En su frente de luz está grabada
la dicha más completa.
Todo en ella es ternura y sentimiento,
tranquilo bienestar, serena calma,
y, á los rumores tiernos de su acento,
parece que la tierra, extremecida,
hoy recibiese un alma,
para cantar, sublime, pura, ardiente,
los explendores de su nueva vida
y los nuevos laureles de su frente!

Es esta la estación de los amores,
la juventud del mundo!
Bajo ese cielo azul, limpio y profundo;
sobre esos campos de pintadas flores;
siente el alma dulcísimo embeleso,
es cada cabellera una diadema,
cada mirada un beso,
cada frase un poema!

Todo convida á amar y ser amado
en esta edad de flores y placeres,
todo convida á un culto apasionado,
á la verdad, el bien y las mujeres!
Y, si traidora suerte
de nuestra vida el término señala,
hasta es bella la muerte
cuando se le recibe entre las flores
de la dulce estación de los amores!

R. F.

Este apresto femenino
que, por supuesto, no aterra,
será la gloria, en la guerra,
del ejército argentino.



Ensueño





—Atrévete, no más!



—Es Vd. un imbécil!
—¿Su intención es insultarme?



—Aún estoy verde



—Un amigo fiel



—Pero, hombre .. si no me atrevo!

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1896 NÚM. 27

EL VINO DEL CURA

En el pueblo de Navidad, situado en la desembocadura de un gran rio, en una falda de montaña que se pierde en el mar, hay un cura, un viejo sacerdote, encanecido en el ejercicio de la virtud.

Y tiene este cura,—de ochenta años, que anda apoyado en un bastón,—en una bodega subterránea, un vino que ha conservado durante diez, encerrado en pipas—todas del mismo tamaño,—que parecen formar la guardia á lo largo de la pared.

Y tiene además el cura una vieja mujer, —regañona y fea,—que hace las veces de llavera, y que es la suprema dispensadora del vino.

Sucede que muchas gentes van á ver al cura,—y perdóneseles la impiedad,—para gustar de su vino, el vino de diez años.

Pero la vieja criada, apenas si,—en las comidas,—permite á los comensales gustar más del un vaso de néctar exquisito.

Entonces—un día—un mozo diablo, para castigar á la vieja, llegóse á las casas del curato en circunstancias que el buen sacerdote estaba ausente.

—Mire Ud.—dijo á la llavera;—el señor cura, que Ud. sabe anda escaso de fondos, me ha ofrecido venderme una parte de su vino, y como yo deseo hacer luego este negocio, y él está ocupado, cuidando á un enfermo, me ha dado esta orden para que Ud. me haga el servicio de permitirme probar el vino en las pipas.

Y mostró á la vieja un papel, en el cual habian varias líneas escritas.

No sabía ella leer; pero, creyó al mozo y lo condujo á la bodega.

Con un barreno, abrióse una de las pipas. Gustado el vino, encontrólo el comprador á su gusto; más quiso ver si las otras lo contenían igual en calidad, y, haciendo que la criada detuviera con un dedo puesto en la abertura hecha, la salida del néctar, barrenó la pipa inmediata.

Quedóse la vieja, de rodillas en el suelo, los brazos abiertos, sujetando con sus dedos la salida del vino de las dos pipas. Y era de ver la ansiedad con que esperaba que el parroquiano terminase su examen, para salir de tan incómoda posición.

Pero, el mozo no se daba prisa alguna. Tomaba el vino á pequeños tragos, murmurando de vez en cuando:

—En verdad; no está malo.

—Entonces... —murmuró la vieja.

—Negocio concluido. Dirá Ud. al señor cura qué mandaré más tarde por estas barricas.

Y salió de la bodega.

En valde fué que la criada gritara una y mil veces, que la ayudase á tapar los agujeros. No le hizo caso.

El señor cura, efectivamente, auxiliaba á un enfermo, y no volvió ese día hasta muy tarde de la noche.

Asombróle no encontrar á su llavera, y busca que busca, la halló al fin en la bodega, muerta de cansancio, los brazos abiertos, conteniendo con sus dedos el vino de las pipas barrenadas.

Fernán Rodríguez

LA COPA

¡Venga una copa llena
de espumoso licor,
para olvidar esta terrible pena,
para apagar las chispas de mi amor!

Todavía la ingrata
se atrae mi pensar;
todavía su olvido, que me mata,
no puedo de mi pecho desterrar!

Lo sé; nunca podría
ella mi esposa ser;
pero es tan bella, la creí tan mía,
que no puedo su olvido comprender!

Aún verla me parece
mis versos declamar;
en mis noches de insomnio se aparece
y la siento mi frente acariciar!

Es ella! es ella misma
la que llega hasta mí!...
Dudo... vacilo... mi razón se abisma...
¡la copa!... ¡y muera al contemplarla así!...

Fausto

ESTUDIOS HISTÓRICOS

El Abanico

—

El origen de los abanicos se pierde en la más remota antigüedad. Es indudable que su uso comenzó en los paises cálidos, donde los labradores y demás gente del campo, en las horas de la siesta y descanso, acostumbrarían darse aire con las grandes hojas de los árboles tropicales.

En tiempo de los Faraones, según se ve en dibujos de la época, los abanicos eran formados por manojos de plumas de pavo real, avestruz, papagallo ó faisán, atadas al extremo de un mango de madera ó metal con piedras preciosas. Al principio, dicen

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1896 NÚM. 27

algunos escritores, el uso de esta clase de abanicos sólo era permitido á los miembros de la familia real, y existían esclavas cuya única ocupación era moverlos al lado del rey en las grandes solemnidades.

Los griegos usaron varias clases de abanicos, y se consideraba entre ellos como gran prueba de cariño y atención, el que un recién casado abanicase á su esposa mientras dormía. El abanico era considerado como el cetro de la hermosura de las mujeres, y así, en los paseos, un esclavo conducía varios abanicos en una cesta para que su ama pudiera renovarlos continuamente.

Los romanos, en sus convites, acostumbraban poner detrás de cada uno de los comensales, á una bella esclava, la cual, durante toda la comida, no cesaba de dar aire con un abanico. Estas esclavas tenían el nombre de *flabellífera*, de flabelo, que era el nombre de los abanicos que usaban.

La dama romana no salía nunca de su casa, en las horas de calor, sin una esclava que le fuera abanicando.

***

Los chinos y japoneses reclaman para sí las primicias del uso de los abanicos, los cuales, en ambos países, representan papel importantísimo en las costumbres. Los usan hombres y mujeres, y una persona que no lo lleva en la mano, produce la impresión que haría entre nosotros la vista de un individuo en mangas de camisa en un salón de baile.

Algunos dignatarios chinos, acostumbran pedir á los hombres ilustres que conocen en el extrangero ó visitan su país, autógrafos para la seda de sus abanicos.

El japonés, sin duda alguna, es el que más uso hace del abanico: en él escribe sus apuntes, alarga la limosna á los pobres, envía los regalos, saluda, y, finalmente, á los criminales de alta jerarquía se les ofrece un rico abanico y se les corta la cabeza en el momento en que van a cojerlo.

Sólo los miembros de la familia real del Japón tienen derecho para usar abanicos de ciertos colores y formas.

El más humilde japonés, puede estarse muriendo de hambre, puede no tener con qué cubrir su desnudez, con qué alimentar á sus hijos; pero, siempre tiene dinero para comprarse un abanico.

***

Los abanicos de abrir y cerrar, parece que fueron construidos por primera vez en la Corea, de donde pasaron á la China y después á Europa, traidos por misioneros jesuitas.

Fué Catalina de Médices, la célebre madre de Carlos IX, quien los introdujo en Francia, donde llegaron á ser usados por hombres y mujeres en los reinados de Luis XIV y Luis XV. En este tiempo, los abanicos eran enormes y adornados con las telas más delicadas, las joyas más ricas, la más lujosa pedrería.

En 1774, la reina de Suecia, Luisa Uldrick, fundó la orden del abanico, para las damas de su corte.

***

El abanico ha sido causa de la pérdida de un imperio. En 1827, el bey de Argel, en un momento de cólera, azotó con su abanico el rostro de Mr. Duval, representante de Francia en esas regiones. Y Argel fué conquistado por los franceses.

***

El abanico tiene su lenguaje especial, muy usado por las damas, sobre todo en los casos en que una mamá regañona y celosa, prohibe acercarse á los que se aman.

El célebre poeta inglés Addison, hizo un viaje á Andalucía, especial y únicamente para aprender el idioma del abanico usado por las graciosas sevillanas.

Hé aquí lo que sabemos de este idioma:

—Apoyar los labios en los padrones, significa: *No me fio;* quitarse con ellos el cabello de la frente: *No me olvides;* abanicarse muy despacio: *Ya me eres indiferente,* pasear el índice por las varillas: *Tenemos que hablar;* entrar á la sala ó salir al balcón abanicándose: *Luego salgo;* entrar cerrándolo: *No salgo hoy;* abanicarse con la mano izquierda: *No coquetees con ese,* etc.

Por supuesto que este idioma es á veces y casi siempre, condicional. Lo que hemos dicho de él, nos lo ha dictado una amiga, que acaso tiene motivos para saberlo.

R. Fernández M.

AJENTE GENERAL EN PROVINCIAS
DE LA REVISTA CÓMICA

El señor JULIO REAL y PRADO, está plenamente autorizado para recibir suscripciones á LA REVISTA CÓMICA, arreglar cuentas con los Ajentes, y suprimir ó crear nuevas ajencias, donde lo creyere conveniente.

LOS DIRECTORES.

Litografía e Imprenta
LUIS F. ROJAS y C.ª
Oficina: Moneda 60 A

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª, Argomedo 20

La Revista Cómica

Es propieda

NUESTROS LITERATOS

D. Pedro A. González



En sus estrofas, vaciadas
en moldes de bronce y oro,
se escucha cantar el coro
de las almas inspiradas.

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1896 NÚM. 28

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Ricardo Fernandez Montalva y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 3.00
Por medio año (25 »)..... 1.50

Oficina y Administración-Moneda 60 A
Casilla, 1106, Teléfono, 1273

AGENTE GENERAL EN PROVINCIAS
Julio Real y Prado

PAJA PICADA

(COLABORACIÓN)

PASÓ la hermosa, cubierta de sederías, cuajada de encajes y joyas, muellemente reclinada en el abierto carruaje que arrastraban dos caballos de raza.

Iba deslumbradora.

Y una pobre muchacha andrajosa, que cruzaba la acera, se volvió con sorpresa:

—Mi prima!... Dios mío, cuánta elegancia!

Luego se quedó pensativa; y por un instante, la virtud, vestida de harapos, sintió envidia del vicio, vestido de oro y seda.

***

Murió... como una de tantas.

A las ocho se la llevaron al cementerio.

A las doce... sus compañeras bailaban en el salón de la orgía, que estaba más brillante y más alegre que nunca.

***

En la cartera de un tenorio de fama:

«Mientras tomé sin pedir, fuí el más feliz de los hombres.

«Quise un día ser urbano, y pedí... y me dieron con la puerta en las narices.»

***

—¿Me quieres?

—¿Con toda el alma ¿Y tú?

—Más que á mi vida.

Luego él á un amigo:

—La infeliz me cree á pié juntillas.

Y ella, á la oreja de una amiguita:

—¡Cómo engaño al infeliz!

***

En sus brillantes estrofas jugueteaba el ritmo de las danzas desenfrenadas, chispeaba el oro del desbordante champagne y estallaban las risas de las mujeres hermosas.

Todos creían su vida la de un Byron en miniatura.

Pero un día, cierto indiscreto, descorrió el misterioso velo, y el desencanto fué horrible: el poeta de las orgías no fumaba, no bebía ni bailaba; y además, era feo, y trabajaba todo el día en una oficina y se acostaba á las diez de la noche, como el más prosaico de los burgueses.

G. de A.

A ...

Cuando inciertos se extinguen tristemente
los resplandores últimos del día,
puesta la mano en la ardorosa frente,
hago de tí recuerdos, vida mía.

En mi amoroso éxtasis absorto,
dirijo la mirada al firmamento,
y al lugar donde habitas me trasporto
en alas de mi amante pensamiento.

Y verte me parece cual solía:
gentil como la arábiga palmera;
deslumbrante de gracia y simpatía;
suelta al aire tu blonda cabellera.

Escuchar creo tu divino acento,
que imita una cadencia melodiosa,
más juguetón que ráfaga de viento
que suspira en el cáliz de una rosa.

Tus ojos contemplar se me figura
y sentir el ardor de tu mirada,
cuya luz, ahuyentando mi amargura,
llega al fondo de mi alma enamorada.

Tanto me había acostumbrado á verte,
y hoy distante de tí sufro tal pena
que lloro sin cesar la injusta suerte
que á vivir separados nos condena

Sin admirar tu gracia y tu belleza,
la vida encuentro triste y desolada;
y en medio de mi noche de tristeza
lo que inspira pesar sólo me agrada.

No encuentro en mi letal melancolía
aromas en la flor, luz en el cielo,
ni en la voz de las aves armonía,
ni á mi inmenso dolor hallo consuelo.

Odio por eso el día y sus rumores;
amo la noche y su bendita calma,
porque su sombra que á otros causa horrores,
se parece á las penas de mi alma.

Por eso cuando mueren en el cielo
las luces del crepúsculo sombrío,
se inunda mi alma de amoroso anhelo
y hacia tí vuela el pensamiento mío.

F. G. D.

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1896 NÚM. 28

LA POLÍTICA

HASTA los treinta años, vivió Juan en el campo, entregado á negocios agrícolas. Casado muy joven con una hermosa y buena mujer, no había para él dicha mayor, después de las pesadas tareas del día, que descansar en medio de su familia, jugando y riendo con sus hijos.

Pero, un día, algunos amigos suyos, conocedores de su inteligencia, le obligaron, casi á la fuerza, pues Juan no era ambicioso, á aceptar el cargo de diputado del departamento.

Nombrado que fué, y aceptados sus poderes, tuvo que venirse á Santiago, abandonando por completo sus tierras.

Para recibir á sus nuevos amigos y llevar con honra el puesto popular con que se le había honrado, tuvo que amoblar su casa con lujo, recibir todos los días gente á comer y dar bailes y saraos.

Su riqueza lo hizo ser recibido en todas partes, halagado por sus conocidos y adulado por esa turba de logreros santiaguinos que son la sombra de millonarios y banqueros.

Durante el primer año de esta vida, Juan no se dió cuenta de lo que ella le costaba en dinero. Pero, cuando recibió la cuenta de sus administradores, se quedó asombrado de haber comprometido hasta el mismo capital.

Por otra parte, ya no pasaba sus noches en el hogar, al lado de su esposa é hijos. Tenía que ir al Club, y se recogía tarde de la noche.

Su salud, que era antes inmejorable, empezó á quebrantarse y frecuentes enfermedades le aquejaban.

El segundo año, fué peor aún. Obligado á tomar parte en la discusión de un proyecto político, mereció ataques y calumnias de la prensa adversa al partido en que militaba. Se dijo de él que era un hombre sin honradez y sin decoro, que usufructuaba de su puesto de diputado para servir sus intereses personales y los de sus amigos.

Entonces, su carácter, agriado por el insulto, de franco, alegre y confiado, se hizo retraido, seco y propenso á la cólera.

Cosa que no había sucedido jamás, trató mal á su mujer por una leve observación. Le disgustó el ruido de los juegos de sus hijos, y los apartó de su lado en las horas de comida. En una palabra, la vida tranquila y santa del hogar, que había sido su más gran delicia, llegó á serle desagradable. Porque sus nervios, excitados por las luchas políticas, necesitaban del bullicio, de la agitación, del peligro.

Al ver la asiduidad con que uno de sus amigos visitaba la casa, tuvo celos de su esposa y llegó hasta maltratarla.

La ambición despertó en su corazón con todas sus malas consecuencias. Para ser reelejido, comprometió la mitad de su fortuna.

Sus hijos, privados de la mirada vigilante, del consejo sabio de su padre, crecieron sin conocer los escollos de la vida, sin que nadie los hiciera pensar en las necesidades del porvenir.

Y así fué Juan avanzando por el mar de la política, recibiendo cada día un desengaño, sufriendo ataques, siendo blanco de calumnias infames, arrebatado por ambiciones locas y—lo que es peor—sin cumplir con sus deberes de esposo y padre de familia.

Hoy gastado por la edad y sufrimientos físicos y morales, con sus hijos ya grandes que no le aman, su esposa muerta de abandono, sus amigos huidos, su fortuna evaporada, inclina su cabeza blanca al borde de la tumba, y llora, llora amargamente recordando los años quietos y felices de su juventud, cuando vivía para él y su familia, sin aspiraciones locas ni desengaños matadores.

Fernán Rodríguez

LOS ROBLES

(FANTASÍA)

TRUENA en los montes lejanos
la tromba de la tormenta,
y los viejos robles fuertes,
se extremecen en la selva.

Mil veces ellos han visto
el cielo con nubes negras,
y oido la voz del trueno
que sigue al rayo que ciega.

Entonces sus copas altas
de hojas y nidos cubiertas,
resistieron el soberbio
empuje de la tormenta.

En vano vientos veloces
los azotaron con fuerza,
que eran jóvenes los robles
y eran verdes sus cortezas.

Hoy tiemblan como los niños,
ante el huracán que truena:
han secado sus entrañas
los gusanos de la selva.



Recuerdos de antaño.



Así como en la llama delicada
las mariposas mueren amorosas,
son los hombres, á veces, mariposas
que mueren en la luz de una mirada.



—La situación del país es tan grave, que



—Ay, qué pícaros!
—Dios mío, quién lo creyera!



—Me amas?
—Un poquitito!

En la playa.

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1896 NÚM. 28

Entre sus ramas desnudas
ya las aves no se quejan,
y rotos caen los nidos
apenas el viento llega.

La lejana voz del trueno,
qué de recuerdos despierta
en esos altos y viejos
moradores de la selva!

No hace mucho vino un joven
con su amada compañera,
y á la sombra de los robles
habló de amores con ella.

Brillaba el sol. Entonaban
sobre las copas soberbias,
las aves el himno tierno
de la dulce primavera.

Muchos rudos leñadores
vinieron desde la aldea,
y se llevaron un roble
é hicieron con él la iglesia.

Esa iglesia que allá lejos
levanta su torre esbelta,
donde arrullan las palomas
y las campanas se quejan.

El campo ante ellos se extiende
lleno de espigas que ondean:
los robles dieron arados
para sembrar esa tierra.

El ronco huracán estalla
con faz iracunda y negra.
Mira un instante á los robles
y arroja un rayo en la selva.

Rojo penacho de llamas
ruge, se alza y balancea...
Allá lejos, las campanas
tocan á muerto en la iglesia.

Es que el roble, aquel que un día
se llevaron á la aldea,
tiembla al morir sus hermanos
y con él la torre tiembla!...

R. F.

JUSTICIA

VENÍA yo de Valparaiso, en el tren expreso de la tarde. Una sola persona me acompañaba en el wagón. Era un caballero entrado en años, vestido de negro, con anteojos. No tardamos en entablar conversación. Esta cayó de pronto sobre la pena de muerte. Al día siguiente debía efectuarse un fusilamiento en Santiago.

—Debe ser terrible,—le dije;—firmar una sentencia de muerte.

—Ah, señor,—me contestó:—¿a quién se lo dice Ud? Yo soy juez.

—¿De veras?

—Y el reo que fusilan mañana, ha sido condenado por mí.

—Y ¿no siente Ud remordimiento?

—¿De qué?

—De disponer de la vida de un semejante.

—Algunas veces.

—¿Cuando?

—Cuando el reo es inocente.

—¿Cómo?

—Voy á ser franco con Ud. Nuestra profesión es muy ingrata. Figúrese Ud. se que comete un crimen que llena de espanto y de horror á la sociedad. ¿Qué sucede? Toda la culpa se la echan á las autoridades, y, si ésta no encuentra al culpable, se la insulta y se la befa. Es necesario, pues, que el culpable sea habido, que la justicia se cumpla, de cualquiera manera que sea. ¿Qué se hace entonces? Por medio de torturas se arrancan confesiones imaginarias, y la vindicta pública queda satisfecha.

—Lo que Ud. me cuenta es horrible, no lo hubiera creido nunca.

—Estamos de acuerdo.

—Un hombre honrado no debería...

—Y el sueldo, señor? Es preciso dinero para vivir. ¿Qué vale un hombre más ó menos? Por otra parte, Ud. sabe que el castigo ejemplariza. Por un inocente que muere hay diez culpables que se moralizan.

No le contesté. Habíamos llegado. Abrí la portezuela, y salté del wagón sin despedirme de aquel hombre.

Después, cada vez que leo una sentencia de muerte, me acuerdo de esta conversación y siento horror por el juez que la ha pronunciado.

N. L.

NOCHE DE LUNA

NO sé qué secreto encanto
para mí la noche tiene,
cuando en primavera viene
con luz de luna en su manto.

¿Será porque es pensativa
y muestra pálida frente
cual esa niña inocente
que tiene mi alma cautiva?

¿O será porque convida
con su silencio y su calma,
al sueño azul, en que el alma
huye lejos de la vida?

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1896 NÚM. 28

Yo sé que en las noches bellas,
de entre las ondas del mar,
salen ninfas á pasear
al fulgor de las estrellas;

que en cada rayo de luna
desciende un ángel sonriente,
para besar en la frente
al niño que está en la cuna;

que la brisa roba aromas
de los cálices cerrados,
para tener perfumados
los nidos de las palomas,

y que pinceles prolijos
tiñen aureola radiosa,
al rededor de la esposa
que está velando á sus hijos.

¿Quién no tiene una mujer
para mitigar sus penas?
¿quién en las noches serenas,
no ha sentido con placer

que su corazón se inflama
y palpita con violencia,
cuando se halla en la presencia
de la mujer á quien ama?

Yo tan sólo sé decir,
que, conversando con *élla*,
me asalta en la noche bella
el deseo de morir.

Y la vida transitoria
dejar de este modo, fuera
morir como un dios muriera:
entre explosiones de gloria!

R.

LA PRIMERA LÁGRIMA

ERA la primera flor que nacía en su jardín. La había cuidado con todo el cariño de una madre, mimándola, pasando horas enteras en muda contemplación ante ella. Cuando apenas era un botón, con qué emoción seguía su crecimiento, qué angustias no le daban las noches en que se cubrían las estrellas y era frío el beso de las sombras. Por fin, una mañana, en que el sol había despertado de buen humor y reía como un amante feliz sobre el espléndido cortinaje azul del cielo, la flor amada—era una rosa blanca—abrió de súbito su cáliz, esponjando su rico atavío de reina virgen. ¡Oh, dicha! Lanzó la niña un grito de entusiasmo y admiración, y de rodillas, al lado de la flor, juntó sus manecitas de quince años, y dió gracias al Señor, con esa ingénua confianza de la juventud, que, una vez perdida, se lleva consigo todo lo bello y bueno de la vida.

Mas ¡ah! que aquella dicha de la flor primera, apenas si duró breves instantes. A pesar de todo su cuidado, la rosa blanca fué palideciendo poco á poco. Abriéronse sus pétalos, como fatigados brazos que extrechan, y cayeron uno á uno, arrugados por el extremecimiento del dolor de la muerte. Y la soberbia flor, orgullo del jardín, alegría de la niña, amada de los rayos del sol, murió, quedando de toda su belleza apenas un informe botón oscuro...

Y ante el cadáver de su primera rosa blanca muerta—que era su primera y santa ilusión de niña que tronchaba la inconstante mano del destino—lloró la pobre joven sus lágrimas más amargas.

Después, más tarde, cuando empezó á arrancar de sus alas, la mano de la vida, el polvo de oro de su inocencia, la niña—convertida en mujer—conservaba, como el más puro de todos sus recuerdos, el recuerdo de aquella flor blanca por quien había vertido sus primeras lágrimas...

Juan de Sánchez

DE VERANO

LA rubia Venus duerme la dulce siesta
bajo el florido bosque primaveral.
Blando susurro de hojas forma su orquesta
y rosas abiertas su lecho nupcial.

La diosa sonríe en su sueño. Parece
que miro en sus labios un beso aletear,
que su blanco seno de amor se extremece
y se abren sus brazos deseando estrechar...

Me acerco sin ruido... Despierta la diosa
y cubre su rostro risueño arrebol...
¡No es Venus!... es *ella!*... mi niña amorosa
¡y unidos nos besan los rayos del sol!...

Litografía e Imprenta
LUIS F. ROJAS Y C.ª
SANTIAGO
Oficina, Moneda 60 A. Talleres; Argomedo 20
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS
Litográficos y Tipográficos
Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos
Precios Módicos

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª, Argomedo 20



Resolución.



Incertidumbre.



Cortedad.



Vacilación.

La Revista Cómica

NUESTROS MARINOS

D. Vicente Merino Jarpa



De los marinos lumbrera,
de noble y leal corazón,
es hoy para la Nación

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1896 NÚM. 29

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Ricardo Fernandez Montalva y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 3.00
Por medio año (25 »)..... 1.50

Oficina y Administración-Moneda 60 A
Casilla, 1106, Teléfono, 1273

AGENTE GENERAL EN PROVINCIAS
Julio Real y Prado

PAJA PICADA

SOBRE la yerba, en el campo, bajo los álamos sonoros... Ella y él, los dos enamorados jóvenes y bellos, amándose á la caricia perfumada de la mirada azul del cielo. En rededor, el buey paciente, la oveja de rizadas lanas blancas, el perro vigilante, el caballo humilde.

El viento, suspirando entre las hojas; el arroyo, gimiendo entre las piedras.

Y lejos, muy lejos, en medio de la portada de un gran incendio, el sol, hundiéndose en su lecho de sábanas de púrpura....

***

—Por supuesto, que lo dejé. Era insoportable. Figúrese Vd. que se pasaba todo el día y toda la noche en frente de mis balcones, para ver quién entraba y quién salía. A cada momento, disputas. Y luego los celos: Otelo, bajo la forma de un joven rubio, imberbe, pensativo. Nó! Prefiero mi libertad. Yo quiero ser libre para recibir ramos de flores de todos mis amigos, y salir á pasear con un traje del color que me guste. No quiero espías. El amor no debe esclavizar. Y sin embargo, mire Vd.: hace dos días que no lo veo, y siento así como un deseo de ir á rogarle que me diga lo que me decía antes. Pero, hágame Vd. el servicio de no contárselo!

***

En el vasto y espléndido salón, la muchedumbre inquieta y bulliciosa, entregada á las locuras de la vida... Reyes y pastores, guerreros y bandidos; una muchacha rubia, disfrazada de Noche, y una morena haciendo de María Antonieta... ¡Oh, Carnaval! cuando llegas tú con tu máscara de seda y tus campanillas de plata, la humanidad, rejuvenecida, siente correr savia de fuego por sus venas exhaustas, y la risa, la risa benévola—máscara también—crispa sus labios pálidos...

Afuera, sobre la puerta, una vieja arropada en un gran manto blanco, dejaba escapar, de su boca sin dientes, una carcajada hueca y lúgubre.

¡La Muerte, que vela á la salida de los bailes y las fiestas, con su guadaña siempre dispuesta!

PASIÓN

(Para ella)

CAE una lluvia y otra en la pradera,
y se forma el parlero manantial,
que á la luz de la luna reverbera
como un brillante escudo de cristal.

Pasa un invierno y otro por el mundo,
y el manantial, que entona himnos de amor,
baja hasta el valle cálido y profundo,
convertido en arroyo bullidor.

Mas, á la vez que avanza, á su albedrío,
crecen, también, sus aguas sin cesar,
y el arroyuelo se convierte en río
y el río, luego, en proceloso mar.

—

Así nació, mujer, la pasión pura
que hoy doblega á tus plantas mi cerviz:
primero te admiré por tu hermosura
y con sólo ello me juzgué feliz.

Luego, atraído por tu amor, que alabo,
corrí, anhelante, de tu sombra en pos;
luego fuí tu poeta, fuí tu esclavo
y después, por tu causa, olvidé á Dios.

Y así, en continua progresión, bien mío,
te he llegado, por fin, á idolatrar...
¿Ves?... El arroyo se ha trocado en río,
y el río, luego, en proceleso mar...

J. Federico Barreto

Perú.

TRANSFIGURACIÓN

Y llegó el viejo sacerdote de larga barba blanca, al lecho de la moribunda.

Era en una pieza pequeña, donde el techo abierto y las paredes rotas, dejaban entrar la lluvia y el frío viento del invierno.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1896 NÚM. 29

Sobre un lecho de madera, apenas cubierto con un pedazo de colcha, estaba ella, la dichosa, en cuya frente había soplado la muerte la esperanza de las cosas divinas y eternas.

Sin mirarla, el ministro de Dios, sentóse á la cabecera de la cama, hizo la señal de la cruz, y escuchó.

Escuchó una larga historia de amores, en que ninguna mano malévola había dejado huellas de lodo, en que ninguna duda había arrojado sombras.

Cuando ella hubo terminado, con su voz apenas oída,

—Te envidio!—dijo el ministro del altar.

Y vió sobre el lecho—donde yacía una anciana de setenta años— á una mujer joven, de célica hermosura, rodeada la cabeza de una aureola de luz resplandeciente.

Juan de Sánchez

RESOLUCIÓN

VÍCTIMA injusta de insensata guerra,
objeto de cobardes vejaciones,
va buscando, mi amor, sobre la tierra
el ángel de sus dulces ilusiones!...

Hay horas para él de negra duda,
de desconsuelo y matador tormento;
pero, cobra valor porque lo escuda
el ideal de un noble sentimiento!...

¡Y tendrá que triunfar, él, que batalla
con la fé inquebrantable que lo anima;
no podrá hallar, en su camino, valla
que sus santos propósitos reprima!

.....
.....

Naciste de la célica mirada
de una estrella del cielo desprendida,
¡oh, santo amor! ¡pasión inmaculada!
¡adoración y encanto de mi vida!

Deja que te persiga la venganza
y que la envidia su furor desate:
¡nunca el puñal de la traición alcanza
á quien ampara Dios en el combate!...

¡Adelante, mi amor! La ansiada gloria,
por la que ardiente tu pasión delira,
al ósculo del sol de la victoria
bella y radiante despuntar se mira!...

Francisco J. Urzúa S.

¿...?

Llegó á su casa de mal humor. Un amigo, á quien había prestado dinero, acababa de marcharse del país, huyendo, sin dejar un centavo con que responder á sus deudas.

Su mujer, solícita y amante,

—¿Qué te pasa? le preguntó.

Estuvo por contárselo todo; pero, luego, con tono desabrido:

—Nada!

Y, en la mesa, distraído, sin hacer caso de las caricias de sus hijos, apenas probó bocado.

Ella, en tanto, le hablaba sin cesar. Comprendía que algo grave le pasaba á su marido, y quería distraerlo con las historias del barrio, los chismes de las amigas, los recuerdos del pasado.

Fué inútil.

Cuando se le hacía alguna pregunta, contestaba *sí*... ó *nó*... sin agregar una palabra más.

Por fin, ella enmudeció.

Entonces, él, que tenía necesidad de oir, de que hablasen, empezó á buscar por la pieza, debajo de la mesa y en los rincones.

Al cabo de cinco minutos:

—¿Qué buscas? dijo ella.

Y él, levantando una punta del mantel,

—Tu lengua,—le contestó.

N. L.

LA FLOR DE LA VIRTUD

ENTRE las zarzas de la humana vida,
ostentando su aroma y su explendor,
por la mano del cielo protegida,
luce sus galas una hermosa flor.

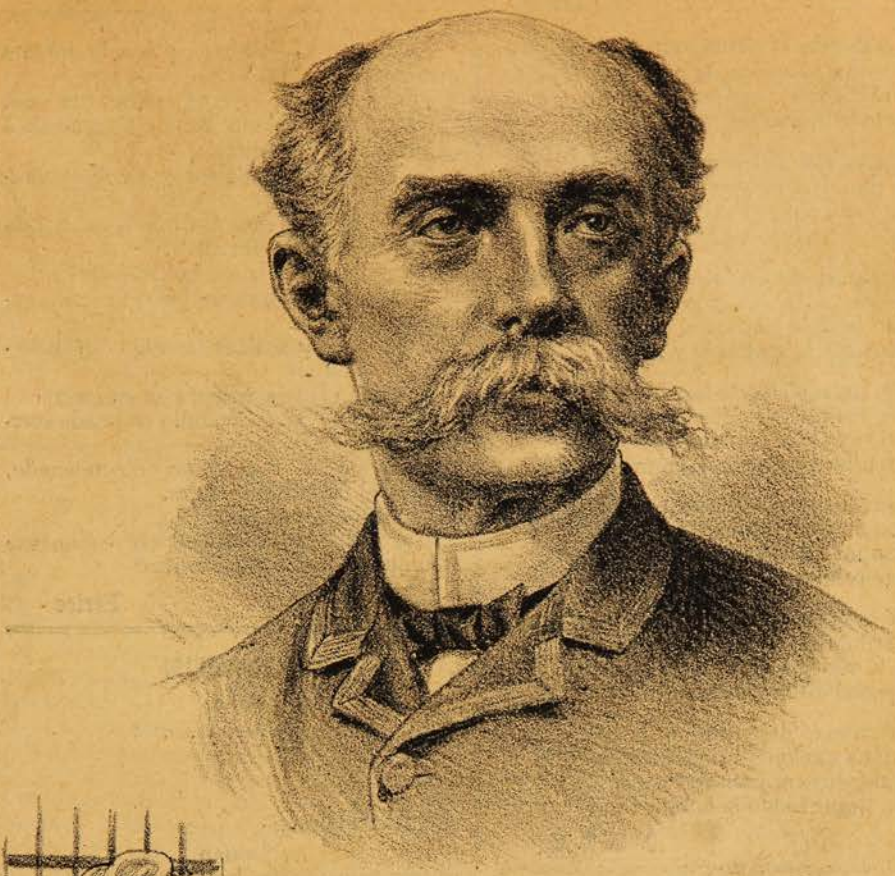
Flor divina que afable brinda al alma
guardándola del mal y del dolor,
una tranquila y deliciosa calma
donde se aduerme con perenne amor!

Y esa flor, deslumbrante de hermosura,
que engalana tu tierna juventud,
y te brinda tesoros de ventura
es, Carmela, la flor de la virtud.

La flor de la virtud, que siempre airosa
en su tallo arrogante se ostentó,
y bajo un cielo de color de rosa
adornada de encanto se meció!



Carnaval.

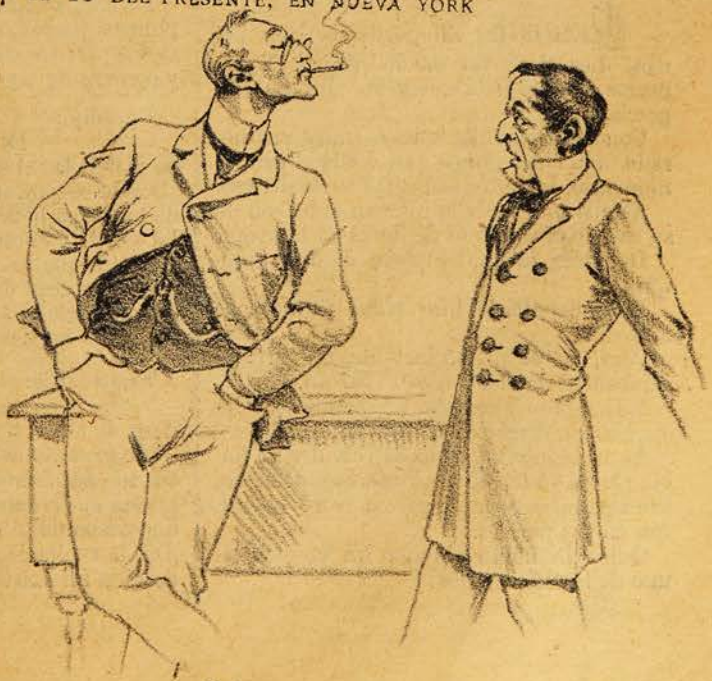


D. Manuel J. Irarrázaval

† EL 13 DEL PRESENTE, EN NUEVA YORK



No te vayas, mi alma!



—Cuba sera libre!

—Qué se ha figurado Vd., Cuba será siempre de España!

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1896 NÚM. 29

La flor de la virtud, que desde el cielo,
como una muestra de su inmenso amor,
brindándonos venturas y consuelo,
ha enviado á la tierra el Creador!

Cuántas dulzuras la virtud encierra
que dan dicha y encanto al corazón!
Los goces y las glorias de la tierra
que á su influjo no alientan, falsas son!

Todo en el hombre es pasajero y vano,
y rueda al fin con el ataud,
como ruedan los ríos al oceano:
solamente es eterna la virtud.

De los sepleros el terrible frío,
ni de las tempestades el furor,
ni el rayo aún del huracán bravío
marchitar pueden tan hermosa flor.

Que así contemplarás tu vida entera
llena de goce y libre de pesar,
como no interrumpida primavera,
entre celajes fúlgidos pasar.

Y la existencia para tí, un concierto
de armonías, de amor, de luz será,
y á la ventura y al placer abierto
tu pecho dulcemente latirá.

Y cuando deje tu alma la envoltura
y ufana vuele de lo eterno en pos,
esa flor te será prenda segura
para llegar á donde habita Dios!

O. S. Z. Z.

PERROS

DEMÓFILO, no puede ver á los perros. Les tiene un miedo pánico. Y los perros han sido la causa de todas sus desgracias.

Conoció Demófilo, que es muy enamorado, una chica guapa que, desde el primer momento, le hizo caso, como suele decirse.

Estaba una tarde la niña en el balcón de su casa, con un ramo de flores en la mano.

Demófilo la contemplaba desde una esquina.

Entonces ella le hizo señas para que se acercara.

Pero, en el mismo instante, un perro se echó en la vereda, cerca del balcón.

Y Demófilo, sin dudar un momento, echó á andar en dirección contraria.

Al día siguiente, cuando volvió y no había perros en los alrededores, la muchacha, con una mirada de desprecio, cerró el balcón en sus narices.

Quiso Demófilo obtener un empleo en uno de los Ministerios.

Habló con el Ministro, y éste le dió cita en su casa para las nueve de la noche.

Fué él exacto; pero, al entrar á la casa, vió dos perros que montaban la guardia á la entrada del pasadizo.

No se atrevió á entrar y perdió el destino.

Con el ítem de que resultó después que los perros eran de bronce.

Demófilo, se ha casado últimamente.

Y le ha tocado una mujer que ama mucho á los perros.

Y que siempre tiene consigo un falderillo.

Al cual, además, acuesta en su lecho.

Por todo lo cual, Demófilo no puede acercarse nunca á su mujer.

Y huye de la casa, como un condenado, cuando el falderillo le ladra.

Demófilo se pregunta:

—¿Por qué me ladrará el perro solamente cuando mi mujer tiene visitas?

Perico

SUMMUN

Para la señorita A. L. O. V.

—

TRES artistas.
Tenían
rostros pálidos, fijas las miradas
en viejos pergaminos que leían
con las cabezas blancas inclinadas.

La habitación estrecha. En los rincones
plumas, harpas, redomas y pinceles;
en las paredes viejas inscripciones
y coronas de myrto y de laureles.

Uno dijo:
—Es en vano,
yo pierdo la cabeza.
¿Dónde encontrar el molde soberano
de la eterna belleza?
La arcilla y el cincel.—Muevo la mano
y se alza una mujer en mis talleres,
¡la mujer ideal de mármol fríol
¿Cómo darle la vida de los seres
y algo de luz del pensamiento mío?

El otro dijo:
—Y bien! La nota suave,
llena de amor, que llega hasta el oido
como el canto del ave
cuando acaricia el sol su blando nido;
puesta en humana boca
que desborde la gracia y la elocuencia.
¡Oh, la aspiración loca
de toda mi existencia!

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1896 NÚM. 29

Y el tercero agregó:

—La rosa blanca,
la azucena y el lirio.
Un alma toda pura, toda franca,
sensible y compasiva... ¡Es un delirio!...

Callaron.

—Luz azul, intensa, extraña,
bajó desde la esfera
á iluminar la mi era cabaña,
y una voz que venía desde afuera.

—Yo soy lo que deseais!—dijo:

Salieron
los sabios á mirar... y á tí te vieron!

R. Fernández M.

LITERATOS

Sí, señor: hay gentes que creen que, para ser literatos, basta garabatear unos cuantos renglones con palabras altisonantes y rebuscadas.

Y qué tono no se dan cuando logran, con alevosía, corromper algún director de periódico, que da á luz sus producciones...

Como que salen á la calle con el diario en la mano, y lo muestran á todo el que pasa.

—Ha visto Vd?

—No, señor.

—Pues, es un artículo que he escrito.

—Tiene Vd. muy buenas disposiciones.

—Así lo dice mi tía, á quien escribí una carta en verso el día de su santo.

Hay que tener mucho cuidado con estos... literatos.

En lo mejor, le hacen á Vd. una biografía en que lo ponen en los cuernos de la luna.

Y el público puede creer que Vd. ha pagado aquello, porque, siendo Vd. un pobre servidor de su país, aparece en el artículo poco menos que como padre de la patria.

Estos señores—los... literatos—son siempre periodistas.

—Nosotros los periodistas... —me decía un mozalvete que había escrito dos líneas en un periódico semanal.

Así como hay leyes que castigan cosas que no deben castigarse, yo sería de opinión que las hubiera también contra los crímenes literarios.

Porque, lo cierto, es que hoy por hoy, anda por ahí una turba de mequetrefes, que conocen la *o* por lo redonda, y que se dan las ínfulas de un Valera, de un Menendez Pelayo, de un Castelar.

Pues bien: que se les meta en prisión por el delito de lesa majestad contra las letras.

Y que empiecen por este seguro servidor de ustedes.

Benito Cánepa.

MAÑANA, TARDE, NOCHE

¿Por qué dí, lloras tú pobre poeta,
como el ave en el yermo desolada,
mientras de grana y oro revestidas
te convidan á amar las dulces auras?

¿Por qué si ardiente el sol desde los cielos
sus fulgores magníficos derrama,
pasas tú cómo el rayo de la luna
al travez de las tumbas olvidadas?

¿Por qué si del crepúsculo la sombra
te sorprende al rayar en las montañas,
cruzas tú como el eco plañidero
que envía al fenecer el harpa eoleana?

Y cuando ya la noche se desliza
como ensueño feliz, allá en el alma,
tus gemidos de muerte, triste lloras,
tus quejas más sombrías se levantan?

EL POETA

Pregunta á los albores matutinos
cuando llegan de inviernos las escarchas,
por qué su luz glacial allá ennegrecen
los horizontes que la vista alcanza?

Pregúntale á los días otoñales
por qué huyeron las aves á bandadas?
—Los ábregos decírtelo podrían;
mas, ya nó, de las aves las palabras.

Pregúntale á la tarde cuando tiñe
con sus rayos postreros la onda helada,
por qué como los sueños destallece,
por qué gime al morir como las auras?

Y á la noche que el velo majestuoso
sobre el mundo dormido desencaja,
pregúntale también por qué sonríe,
mientras llora mil lágrimas en calma?

Mas ¡ai! no me preguntes importuno
por qué llevo yo el lloro entre mis ansias.
—Tardes y días, noches y tormentas
decírtelo podrían, mas no el alma.

Quen Brignose

Litografía e Imprenta
LUIS F. ROJAS Y C.ia
SANTIAGO
Oficina, Moneda 60 A. Talleres; Argomedo 20
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS
Litográficos y Tipográficos
Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos
Precios Módicos

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª, Argomedo 20





—Háse visto desfachatez.
Por no ser impolítico...
—Y qué bien huele esta breva.



La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS LITERATOS

D. Juan Agustín Barriga



Como hablista, sin rival;
como orador, elocuente;
un literato eminente,
y un hombre á carta cabal.

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE MARZO DE 1896 NÚM. 30

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 2.50
Por medio año (25 »)..... 1.25

Oficina y Administración-Moneda 60 A
Casilla, 1106, Teléfono, 1273

AGENTE GENERAL EN PROVINCIAS
Julio Real y Prado

DOS PALABRAS

EL cambio parcial efectuado en la dirección de LA REVISTA CÓMICA, no altera de modo alguno su programa.

Por el contrario, abundando en los mismos propósitos, y dentro de las conveniencias que deben regir una publicación de esta especie, el criterio más ámplio presidirá siempre su marcha; tanto en lo que atañe á la publicación de retratos de personajes distinguidos, como en lo que concierne á la admisión de los trabajos que nuestros colaboradores nos envíen.

Si alguna innovación introducimos en lo sucesivo, será únicamente con el objeto de servir mejor al público que nos honra y alienta con su protección.

Los Directores

MOSAICOS

"MIOS son los tesoros que, guardados,
surcan el mar en los flotantes leños,
desde el país de los alegres sueños,
por la codicia ó el azar llevados.

"Mío el hondo secreto de los hados,
del misterioso acaso los empeños,
y míos de la virgen los ensueños,
y los placeres del amor vedados".

Así cantó el poeta. En su escondrijo
le oyó un borracho; sonrió impudente;
y alzando el brazo con afán prolijo,

"Triunfos mayores mi ambición demente
guarda en el fondo de esta copa", dijo...
y se bebió de un sorbo el aguardiente.

***

—¿Y bien?... dijo el confesor.

—Me lancé al mundo, padre mío. Busqué los placeres, el amor en todas sus manifestaciones, la locura en todas sus formas. Pedí al vino los sueños excitados; al juego las emociones violentas; á la mujer la realización de mis delirios. Bebí en la copa fatal, y solo hiel gustaron mis labios.

—Poco bebiste, hijo mío, sino probaste más que las amarguras, dijo sencillamente el sacerdote. La miel, cuando es mucha, se precipita al fondo. ¡Ay de tí, entonces, si bebes más y llegas hasta ella!

Toda comunicación referente á La Revista Cómica, deberá ser dirigida a sus Directores, Santiago, Casilla 1106.

LE VASE BRISÉ

de Sully Prudhomme

A Emma

ESTE vaso en que mueren las verbenas
á un golpe de abanico se trizó,
debió el golpe sutil rozarlo apenas
pues ni el ruido más leve se sintió.

Mas, aquella ligera trizadura,
cundiendo día á día, fué fatal:
su marcha imperceptible fué segura
y lentamente circundó el cristal.

Por allí filtró el agua gota á gota
y las flores sin jugo, mueren ya!
Nadie el daño impalpable, nadie nota...
Por Dios! no lo toquéis, que roto está!

Así suele la mano más querida
con leve toque el corazon trizar,
y el corazón se parte, y ya perdida
ve la verbena de su amor pasar.

Júzgalo intacto el mundo, y él, en tanto,
la herida fina y honda que no veis,
siente que cunde, destilando llanto...
¡Por Dios, que roto está... no lo toquéis!

E. de la Barra

Buenos Aires, mayo de 1894.

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE MARZO DE 1896 NÚM. 30

UN BUEN GOLPE

EL viejo y devoto millonario se moria. Durante su enfermedad habia ya confesado varias veces, según tenia costumbre, y los que le rodeaban, y cuantos en la ciudad le conocian, aguardadan por instantes el desaparecimiento de ese hombre justo, que habia edificado con su ejemplo á varias generaciones.

En los primeros dias de enfermedad, su tranquilidad era completa. Sin embargo, y á medida que el mal avanzaba, se notaban en el ilustre enfermo señales inequivocas de una inquietud siempre creciente.

¡Escrúpulos de santo! decia la gente sencilla.

El mal arreciaba, y el desasosiego del enfermo crecia en proporción igual.

—Llamadme al padre Juan, dijo una mañana.

Un cuarto de hora después llegaba el anciano sacerdote, su confesor habitual, y por indicación del enfermo echaba la llave á la puerta del dormitorio, quedando á solas con él.

—Padre, me muero y deseo confesarme, balbuceó el millonario.

—Estoy á vuestras órdenes, dijo el anciano, sonriendo benévolamente.

—Gracias. Quiero hacer una confesión general.

—No lo creo necesario; y, además, os fatigareis demasiado. Pero si os empeñais...

—Si, sí... lo deseo.

Reconcentrose un instante en sí mismo el enfermo, y, al fin, esforzándose, dijo bruscamente:

—¿Creeis, padre, en que haya una otra vida?

Abrió desmesuradamente los ojos el anciano sacerdote, y enmudeció de sorpresa.

—¿Creeis, continuó el enfermo, en que los crímenes, por grandes que sean, quedan perdonados por la confesión?

El sacerdote, espantado, no acertaba á responder.

—Pues bien, yo he sido un gran criminal; yo he sido un hipócrita que os he engañado á vos y á la sociedad en que he vivido. Ahora estoy arrepentido: oidme, pués, en confesión.

El padre Juan se acercó maquinalmente al enfermo.

—Si, yo soy un miserable, continuó éste. Yo no soy quien parezco: el nombre, la fortuna, la máscara de virtud con que me disfrazo, todo es usurpado. Yo era, allá en mi pueblo, un humílde criado, y servi al mejor de los amos. Honrado con su confianza, estaba en posesión de todos sus secretos. A causa de graves disgustos domésticos, vivia él separado de su esposa. En el juicio de divorcio cobrábale ella la mitad de la fortuna, y él, por justos motivos, se resistia á complacerla. A fin de burlar la acción de la justicia, enagenó mi amo secretamente algunas propiedades por valor de dos cientos mil pesos —pues era muy rico—, empleando ese dinero en valores al portador, que depositó en su caja de fondos. Yo lo supe—pues ya he dicho que él no tenia secretos para mi—, y desde el primer momento me di á discurrir el medio de apoderarme de ese dinero. Solo habia uno posible: matar á mi amo y robarle. No vacilé un instante, y solo me di el tiempo necesario para disponer el plan. Lo primero era no dejar rastro á las sospechas más suspicaces, y mi astucia me valió en esta vez como en tantas otras de mi vida. La noche fijada para el crimen, preparéle el té—que tomaba él en la cama—en agua en que préviamente habia echado á hervir algunas cabezas de adormidera. Durmióse el buen señor como un justo, y yo me apoderé de los valores sin ninguna dificultad. Hecho ésto, y dejadas las cosas en el estado en que las encontré, (menos el dinero, que escondi cuidadosamente), abri el mechero de gas de la alcoba de mi amo, y me fui á dormir tranquilamente.

—¡Astucia infernal! murmuró espantado el sacerdote.

—¡Ah!—dijo el miserable, chispeándole los ojos de satánica alegria.—¡Os aseguro que fué un golpe magnifico!

El anciano religioso se cubrió la cara con las manos.

—Dormí perfectamente, continuó, á pesar de ser mi primer ensayo en el crimen; y quiso mi buena fortuna que asi fuera, para dar tiempo á que un amigo del amo viniera á buscarle antes de estar yo en pié. Llamó, salí á abrirle precipitadamente, á medio vestir, y juntos entramos en el dormitorio del señor. Mi corazón estaba tranquilo: ni un solo latido de más, ni uno solo de menos. Al abrir la puerta, retrocedimos ambos, lanzando un grito de espanto: la atmósfera de la alcoba estaba saturada de gas hidrógeno. Nos precipitamos juntos al lecho del amo, y juntos también... constatamos su muerte. La afixia habia sobrevenido!

¡Cuando os digo que fué un golpe magnifico!... Ni una sospecha, ni una mala sospecha de parte de nadie: justicia, público, herederos... todos encontraron la cosa muy natural; y sobre la suerte corrida por el dinero de las propiedades realizadas, se culpó al principio á varios amigos, hasta que alguien aseguró que el difunto era jugador y lo habia perdido al bacará —él, que no conocia los naipes. Respecto á mí, solo frases de cariño y de encomio por mi abnegación se pronunciaron. Verdad es que, también, yo le lloré mucho, mucho...

—¡Satanás!— balbuceó el sacerdote.

—Después, muchos meses después, salí del pueblo, despidiéndome tranquilamente de todos mis conocimientos; viajé un par de años, y llegué rico á esta ciudad... á esta ciudad en que todos, incluso vos, me habeis creido un santo

—¡Satanás!... repitió el religioso.



D. EUGENIO MARIA HOSTOS

PATRIOTA PORTORRIQUEÑO

Eminente literato y educacionista

RECTOR DEL LICEO "MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI"



BELIGERANCIA DE CUBA



D. J. FEDERICO BARRETO

DISTINGUIDO POETA PERUANO

Colaborador de **La Revista Cómica**



EL POETA I EL DESTINO



LA COMEDIA DE LA VIDA

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE MARZO DE 1896 NÚM. 30

—Pero yo me muero, padre mio, y deseo salvar mi alma. El esfuerzo que acabo de hacer ha agotado mis fuerzas. En mi testamento dejo toda mi fortuna para obras de caridad. Me habeis oido en confesión: absolvedme pués.

La expresión de fiereza y de cinismo habia desaparecido del rostro del miserable: solo el terror, el terror cerval de la última hora, se pintaba en su semblante, reflejo de un alma en que el arrepentimiento no tenia cabida.

El anciano sacerdote, pálido y temblloroso, extendió las manos sobre el moribundo y pronunció la absolución. Minutos después abandoba la alcoba, y al atravesar la sala en que aguardaban algunas personas que habian ido á informarse de la salud del enfermo, dijo á los que se le acercaron:

—¡Orad á Dios, orad á Dios por un gran pecador que acaba de morir!

Un grito de espanto y de sorpresa siguió á las palabras del religioso.

J.

LUZBEL

PARA

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEJAS

(en Bogotá)

¡VEDLE! De pié sobre un peñón inerte,
que el mar arrulla con extrañas notas,
Luzbel, el ángel de las alas rotas,
reniega, enfurecido, de su suerte.

Mira al cielo, después, y con voz fuerte,
que hace temblar las playas más remotas,
—"Oh Dios! exclama, mi paciencia agotas;
hazme ya descansar... ¡dame la muerte!"

Así, como ese arcángel desgraciado,
yo también grito, y nadie se apercibe:
—¡Quitame, oh Dios, la vida que me has dado!"

Y Dios que es justo y sólo el bien concibe,
para hacerme purgar lo que he pecado,
—"¡Vive!—me dice con imperio—¡Vive!"

J. Federico Barreto

Perú.

A UN NIÑO

FALLECIDO A LOS POCOS DIAS DE HABER MUERTO SU MADRE

ERA un ángel:—Volaba por la altura
y ella llamóle con sin par cariño;
atrájole su cándida hermosura
y vino á ser en su regazo un niño.

Heló la muerte de esa vida el fuego;
subió al empíreo deificada el alma;
y el niño en ángel transformado luego
voló tras ella á dividir la palma.

J. V. C.

UNA HISTORIA FIN DE SIGLO

(PSICOLOGÍA MÉDICA.)

—

LA niña tenía ocho meses y enflaquecía gradualmente. Esforzando su debilitado cuerpecito, y tendiendo siempre las manecitas hácia un mismo lugar, indicaba á todas horas á su nodriza que la asomara al balcón; pasándose los dias muertos en la contemplación de la casa vecina, fijos los hundidos ojillos en una ventana siempre cerrada.

En esos instantes, la tranquilidad de la enfermita hacia abrigar esperanzas de mejoría; pero, cuando por la tarde se la retiraba de su sitio favorito, la inquietud renacía en ella nuevamente, y una fiebrecita lenta, pero cada vez más tenaz, llenaba de miedo á los atribulados esposos.

La joven nodriza, que amaba entrañablemente á la criatura, espiaba sus menores movimientos. Una mañana en que, como siempre, procuraba distraer á la niña en el balcón, se abrió repentinamente la ventana de la casa vecina. La pequeña enfermita se incorporó de súbito, y dejó escapar un grito extraño, mezcla informe de sorpresa, de satisfacción y de esperanza. La silueta de una criada vieja, cuidadora de la casa deshabitada, se dibujó en la ventana, y la niña ahogó un suspiro, al mismo tiempo que rodaba una lágrima por sus enflaquecidas mejillas, tornando poco después á su inmovilidad habitual.

La nodriza no había perdido ningún detalle de esta singular escena. Al principio, la sorpresa, la duda se pintaron en su semblante; después, una maliciosa sonrisa dilató sus labios sonrosados, y con la seguridad de quien ha encontrado la solución de un árduo problema matemático, dijo, hablando consigo misma:

—Ya sé lo que tiene la niña... ¡Dios mío! ¿Quién lo hubiera pensado?... Y acariciando locamente á la chiquitina, fué á informarse de la hora en que llegaría el médico.

***

Momentos más tarde, el viejo doctor entraba en el dormitorio, restregándose las manos con su satisfacción acostumbrada, y mostrando orgulloso sus coloradotes carrillos, envidia y desesperación de sus clientes anémicos.

—Salud... Muy bien... Gracias... dijo, al entrar, con su habitual alegría. ¿Y la pequeña?... ¡Siempre lo mismo!... No importa... Esto pasará, pasará...

Y llevando al balcón á la chiquita, comenzó á examinarla, haciéndole mimos y dándole cariñosas palmaditas.

La niña mantenía fija su mirada en la ventana de enfrente.

—Si, sí...—dijo el doctor. No hay más que hacer. Seguir con el mismo tratamiento...

La nodriza, que hacia rato movíase inquieta, sin atreverse á hablar, dijo por fin:

—Yo sé lo que tiene la niña...

—Tú!... exclamó la desconsolada madre.

—¡Vaya!... dijo el buen doctor, con su tono siempre afable y escéptico.

—Pues dilo, alentó la joven esposa.

—Si, sí, que lo diga, sonrió alegremente el doctor. Oigamos este nuevo diagnóstico.

La joven nodriza, picada del tono zumbón del viejo señor, se decidió á hablar.

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE MARZO DE 1896 NÚM. 30

—Pues lo que tiene la niña es... amor—dijo, poniéndose encarnada.

Una franca y ruidosa carcajada del alegre doctor, atronó la estancia.

—Sí, sí... dijo la muchacha con resolución: amor!

Y dirijiéndose á su ama:

—¿No ha notado la señorita que la niña está mala desde que mudó de casa la familia de enfrente?... ¿No se ha fijado en que suspira á todas horas por asomarse al balcón?

—Sí, sí... pero...

—Pues esta mañana, y por primera vez desde entonces, se abrió la ventana de la casa vecina, y la niña dió un grito de alegría; y cuando asomó á ella la cuidadora, el angelito suspiró, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

El doctor ya no reía.

—¿Y bien? dijo con interés.

—Y bien... repitió la muchacha. Que la familia que vivía en esa casa tenía una guagua, que jugaba en ese mismo balcón, y la niña...

—Basta! dijo el doctor, y, volviéndose á la joven esposa, agregó:

—¿Sería posible, señora, encontrar á ese niño?

—Sí, sí, dijo la joven. Casualmente su madre es amiga mia.

—Pues al momento: que le traigan y le asomen á la ventana de enfrente.

—Pero, doctor...

—Al momento, al momento.

La pobre madre, sin comprender claramente de qué se trataba, salió á cumplir las órdenes del médico, mientras éste se paseaba ceñudo y pensativo. Una sonrisa de satisfacción iluminaba el fresco semblante de la nodriza.

Media hora después se abría la ventana de la casa vecina, y aparecía en ella un rorro coloradote y mofletudo, con tres dedos adentro de la boca. Todo un don Juan de poco más de un año de edad.

La enfermita, desde el balcón, dejó escapar un grito—el grito de Julieta al divisar á Romeo—; palideció intensamente un instante, y el color de la rosa tiñó en seguida sus enflaquecidas mejillas.

Luego, como el pudor no es muy duradero en los niños, principió á hacerle fiestas con las manecitas, acompañando estas demostraciones con muecas y gritos de los más decidores.

El mamón, en tanto, la miraba con glacial indiferencia, entretenido en saborear sus rollizos dedos.

***

Desde ese instante, y por mucho tiempo, el niño fué llevado diariamente á casa de la enamorada paloma, la que robusteció muy pronto al calor de aquella ardiente mirada.

El viejo doctor escribió en su cartera:

«Raquitismo, enflaquecimiento progresivo en niñas menores de un año:—Lo primero, averiguar si hay algún muchacho en la vecindad de quien puedan estar enamoradas.»

Entre tanto, la despierta nodriza murmuraba con sorna:

—Digo!... podrán ser muy sabios todos estos señores, pero en achaques de amor, nadie como las nodrizas. Y sino...

J.

CÆSAR AD PORTAS!

ALEGORÍA

A nuestros gobernantes

Hay siniestros rumores y presagios
que á la ciudad inquietan:
las legiones triunfantes de la Galia
se alzan en són de guerra.

Sublevadas, sus águilas de bronce
hasta los Alpes llegan.
«¡Despierta, gran Pompeyo!» Roma clama,
defiéndenos de César!

Pompeyo altivo, en su confianza ciego,
con gran desdén contesta:
«Hiera mi planta el suelo y cien legiones
brotarán de la tierra.»

—¡Ya los Alpes salvaron!... Gran Pompeyo,
confiado, no nos pierdas!
—¡Oh, pueblo de soldados vencedores,
Pompeyo soy; no temas!

—¡Avanzan, siempre avanzan!—Bien! ¿Y á Roma
quién piensa que se atrevan?
—Ya en el sagrado Rubicón acampan!...
—Infranqueable frontera!

—¡Padres conscriptos, la ciudad peligra;
la tempestad arrecia;
ya se oyen los clarines!... Armas!... Armas!...
—Dormid! Pompeyo vela.

Y los ciegos de Roma alegremente
los avisos desprecian,
y, sin saber, sus propios funerales
impávidos celebran.

César en tanto, con valiente empuje
el Rubicón franquea,
Y en alas de sus águilas audaces
á Roma misma llega.

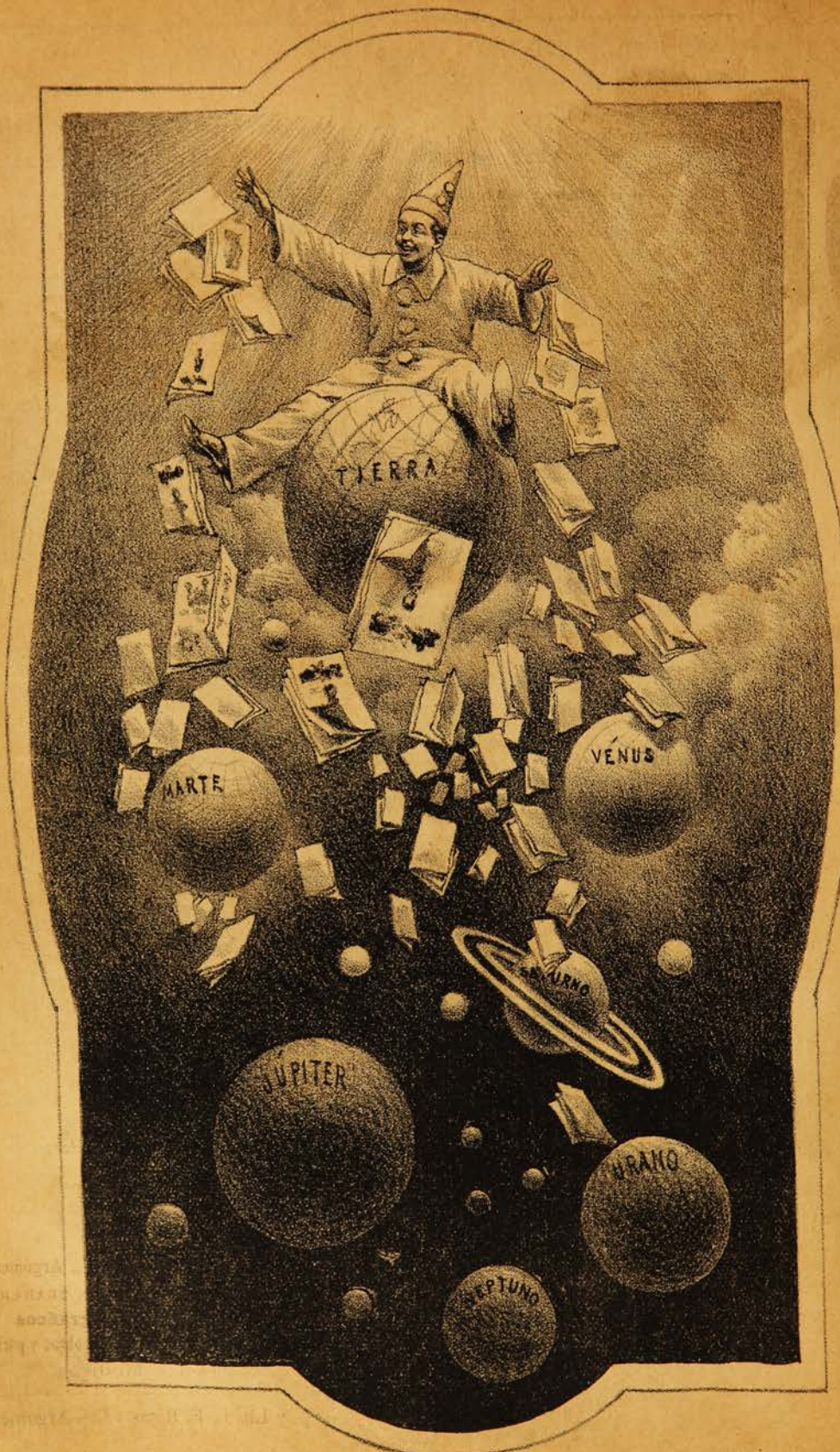
Huye Pompeyo, y Roma abandonada
cae á los piés de César:
el mundo se le rinde, y de Pompeyo
le ofrece la cabeza.

E. de la Barra

Limache, febrero 18 de 1896.

Litografía e Imprenta
LUIS F. ROJAS Y C.ia
SANTIAGO
Oficina, Moneda 60 A. Talleres; Argomedo 20
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS
Litográficos y Tipográficos
Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos
Precios Módicos

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª, Argomedo 20



UNIVERSALIDAD DE "LA REVISTA CÓMICA"

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS HOMBRES PÚBLICOS

D. Francisco Echáurren Huidobro



Patriota de corazón
y filántropo abnegado,
las lágrimas que ha enjugado
sus lauros más bellos son.

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE MARZO DE 1896 NÚM. 31

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 2.50
Por medio año (25 »)..... 1.25

Oficina y Administración-Moneda 60 A
Casilla, 1106, Teléfono, 1273

AGENTE GENERAL EN PROVINCIAS
Julio Real y Prado

MOSAICOS

CONTEMPLABA una mañana, en compañía de mi amigo Luis, el desfile de niñas hermosas en el Portal. De pronto, la aglomeración de curiosos en torno de un grupo pequeño de personas, llamó nuestra atención.

Nos acercamos.

Una pobre mujer era arrastrada violentamente hacia la calle por un *agente del órden*. Preguntamos por el delito de la reo, y se nos respondió que su pobreza... Es decir, se la encerraba por escándalo, porque á traves de sus harapos se divisaban sus carnes ateridas y desnudas.

Una mujer hermosa, vestida de pieles, pasó en ese instante a nuestro lado, concitando, con sus ojeadas y meneos provocativos, la larga fila de los tontos que la admiraban.

El *agente del órden* se hizo á un lado, para dejarle paso.

Mi amigo, que es un tanto filósofo, exclamó:

—A ésta arrastraría yo de preferencia á la cárcel.

—¿Por qué?

—Porque las pieles que viste, si recatan la desnudez de su cuerpo, dejan al descubierto y dan mayor realce á sus intenciones, que son, en la mujer, las más peligrosas desnudeces.

*
* *

A UN POETASTRO.

Arde en tu mente el apolíneo fuego
que las regiones del Olimpo inflama;
brilla en tus versos tan radiosa llama
que uno se queda, al contemplarlos, ciego.

Y cuando en tierno te transformas luego,
y amores cantas á tu insulsa dama,
Apolo mismo tu armonía aclama,
y Heros se embebe en tu amoroso ruego.

Y en elegías, odas, madrigales,
de tu lira fantástica y vehemente
brotan los... disparates á raudales.

Sigue, vate inspirado, la esplendente
senda que han ilustrado tus iguales,
que al fin Plutón coronará tu frente.

*
* *

—¿Con qué te casas?

—Sí.

—¡Tú!... Tú, que has apurado todos los placeres; tú, para quien el amor no tiene secretos, ni encantos, ni ilusiones; tú, que has perdido la fé en la virtud, la confianza en el cariño, la esperanza en el hogar... Tú, insensible á todo afecto delicado, ¿te casas?... ¿Y qué llevarás en dote á tu esposa?

—Lo que la he prometido, al exigir igual cosa de ella: mi mano... El corazón—ya tú lo has dicho—no puedo dárselo, pues quedó perdido entre las zarzas del camino.

CANTO Á LA TARDE

CAE el sol en el vasto océano,
y al morir, con sus rayos enciende
el crepúsculo bello que extiende
en ocaso su vário color:
dibujando en las nubes errantes
cordilleras de cimas nevadas,
ó palacios que habitan las hadas
entre danzas y cantos de amor.

Desde el limpio cristal de las ondas
se levanta un murmullo süave:
no es el dulce cantar de alguna ave
que se mece en las olas del mar;
ni la tierna plegaria que al cielo
los marinos contritos elevan,
y las auras recogen y llevan
en sus alas do quiera al cruzar.

Menos es el salvaje rüido
que alza la ola al tumbarse en la arena,
cuando oscuro los ámbitos llena
de la noche el pesado capuz.
Es la voz de algún genio invisible
que en la tarde tranquila se inspira,
y saluda en su armónica lira
ese manto de sombra y de luz.

Salve! salve! En esta hora bendita
la alma joven y ardiente se lanza,
con sus alas color de esperanza
donde un mundo de amor se forjó;
y quizás en su orgullo indomable,
dando empuje á su rápido vuelo,
ambiciona escalar ese cielo
donde el Sér su grandeza encerró.

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE MARZO DE 1896 NÚM. 31

Ya recuerda la dulce promesa
escapada de un labio querido,
de candor é inocencia encendido
é irradiando ventura y placer;
ó ya triste medita en lä hora
en que, ráuda y vistosa cual ave,
vió alejarse del puerto una nave,
y con ella á un angélico sér.

Salve! salve! La tarde se ha ido!
Se oscurece el rojizo horizonte;
niebla espesa en la cima del monte
vá formando tupido capuz.
Del Coquimbo las verdes orillas
medio vela la noche importuna;
pero asoma en oriente la luna
derramando su pálida luz.

Benjamín Vicuña Solar

THAMAR

Y dijo la vieja criada:

—Thamar, hija de Simuel, hijo de Joás, hijo de Saul, hijo de Amón, hijo de Joaquín, las rosas de tus mejillas palidecen, el brillo de tus ojos se empaña, y el cielo purísimo de tu frente se nubla. La vigilia hincha tus párpados, cargados con el peso del insomnio, tu aire es triste y preocupado, y tus pasos vacilan cual si les fatigaran los achaques de la vejez. Thamar, mi querida hija Thamar, quién pudo arrojar sombras sobre el azul inmaculado de tu alma?

Así decía, presa de visible angustia, la anciana Salomith, dirijiéndose á la encantadora Thamar, la perla de la Judería, que la escuchaba con indolente indiferencia.

Thamar era hermosa. Alta, esbelta, vestía una ancha túnica azul de brocado, larga hasta cubrir los piés, recogida debajo del seno en una ondulante plegadura por un cíngulo de oro; los hombros, la parte media del pecho, descubiertos y resplandecientes de blancura; con una ligera toca de seda sobre los larguísimos cabellos, peinados en gruesas trenzas más negras que el azabache; con riquísimas babuchas en los piés, recamadas de pedrería, y cubiertos los dedos y los brazos de sortijas y brazaletes, parecía, á la luz de las pequeñas lámparas de ágata, reflejada en mil cambiantes por las colgaduras multicolores de las paredes, una aparición fantástica, producto de los sueños agitados.

—¿Qué tiene la más bella reliquia de nuestra raza? insistió la anciana criada.

—No lo sé, madre Salomith, suspiró la joven. Pero tengo sueños muy hermosos, y me siento languidecer en un éxtasis divino.

—¿Sueños? ¿Acaso sueña ya la inocente hija de Judea?

—Sí, sí, madre Salomith.

—¿Y no podría saber la madre los sueños de la hija querida?

El rubor más hermoso coloró las mejillas de la joven, y la indecisión se pintó en su semblante.

—¿Desde cuándo la hija tiene secretos para la madre? murmuró con gravedad, no exenta de angustia, la cuidadosa anciana.

—Nó, nó... No sé si debo... Pero yo os lo diré... dijo con agitación la joven; y reconcentrándose un instante en si misma, continuó:

—Sabed, mi querida madre Salomith, que desde hace un mes me visitan, por la noche, los sueños más encantadores, las visiones más extrañas.

—¿Sueños?... ¿Visiones?...

—Sí. Cuando el sueño cierra mis párpados, y el alma, alejándose de la tierra, comienza á vagar por los espacios infinitos, un ligero ruido, algo como el roce de un ala sobre el cristal del balcón, me advierte de la presencia del ángel de mis sueños.

—El ángel de tus sueños... ¿Estás loca, hija mía?

—Nó, madre Salomith. He dicho un ángel; pero no es un ángel, aunque se le parece. Es un hombre.

—¿Un hombre?...

—Una visión, una sombra en la figura de un hermoso mancebo.

—Pero ese hombre, esa visión, esa sombra...

—Escuchad, madre Salomith. Es muy hermoso... No tiene esa barba hirsuta y puntiaguda que lleva mi padre Simuel, y su mirada es límpida y abierta, no velada y recelosa como la de mi primo Adonías. Su frente, espaciosa y serena, parece como si fuera el arca de los buenos pensamientos. Sus labios...

—Pero ese hombre, hija mia, ¿te habla acaso?

—¡Ah, nó! Sus labios se abren apenas para suspirar, cuando, antes de asomar los primeros tintes del alba, se desvanece en el balcón.

—Pero recordarás su semblante...

—¡Ah, sí!... aunque el brillo de su mirada ciega á veces mis ojos.

—¡Tanto poder tiene sobre tí esa visión!

—¡Tanto!

—Recordarás su traje... cómo viene vestido...

—No lo recuerdo muy bien; pero os aseguro que no viste como mi primo Adonías.

—¿Lleva barba sobre el labio superior?

—No sé...

—¿Cuelga de su cinto una espada?

—¡Oh! no recuerdo!... Pero os lo diré mañana, madre Salomith. La hora del reposo ha llegado, y...

—Vete á dormir, hija mia, y Jehová aleje de tu lecho los malos ensueños. Y la vieja criada, después de cerciorarse de que la cerradura del balcón no podía ser abierta, besó á Thamar en la mejilla y salió de la alcoba.

***

Y huyó la noche ante las primeras luces del alba, y transcurrió el día, y llegó la noche otra vez.

—Thamar, mi querida hija Thamar,—dijo la anciana criada—la palidez de tus mejillas, el color de tus párpados insomnes, el calor febril de tu frente, me dicen que el sueño no ha batido sus alas sobre tí. ¿Es que otra vez te visitó anoche la extraña visión?

—Sí, madre Salomith.

—¿Y reparaste?...

—En todo, como os lo prometí. Viste ropilla ceñida al cuerpo, medias finísimas de seda calzan sus piernas, y un objeto largo y brillante cuelga de su cintura. De su pecho, sostenido por una cadena de oro, pende tambien un amuleto, cuya forma no pude distinguir.

—¿Un amuleto?

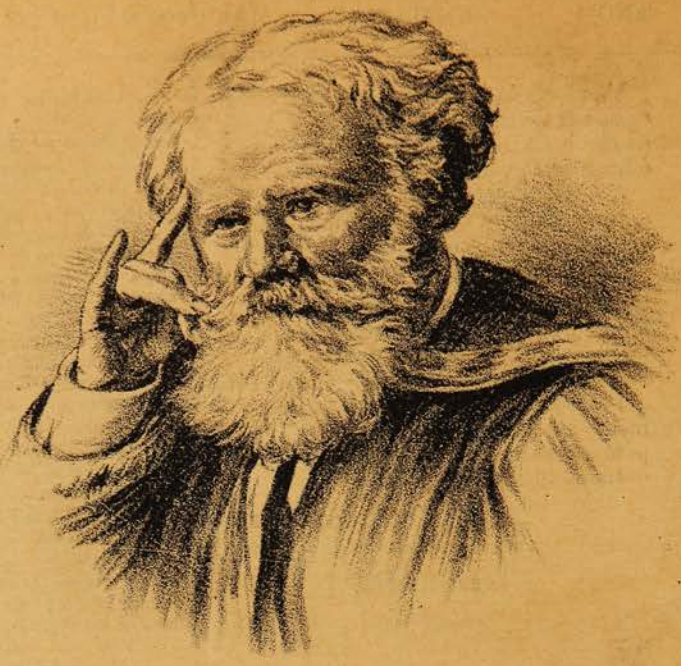
—Sí.

—¿Y no recuerdas?...

—Nó. Pero os lo diré mañana.

***

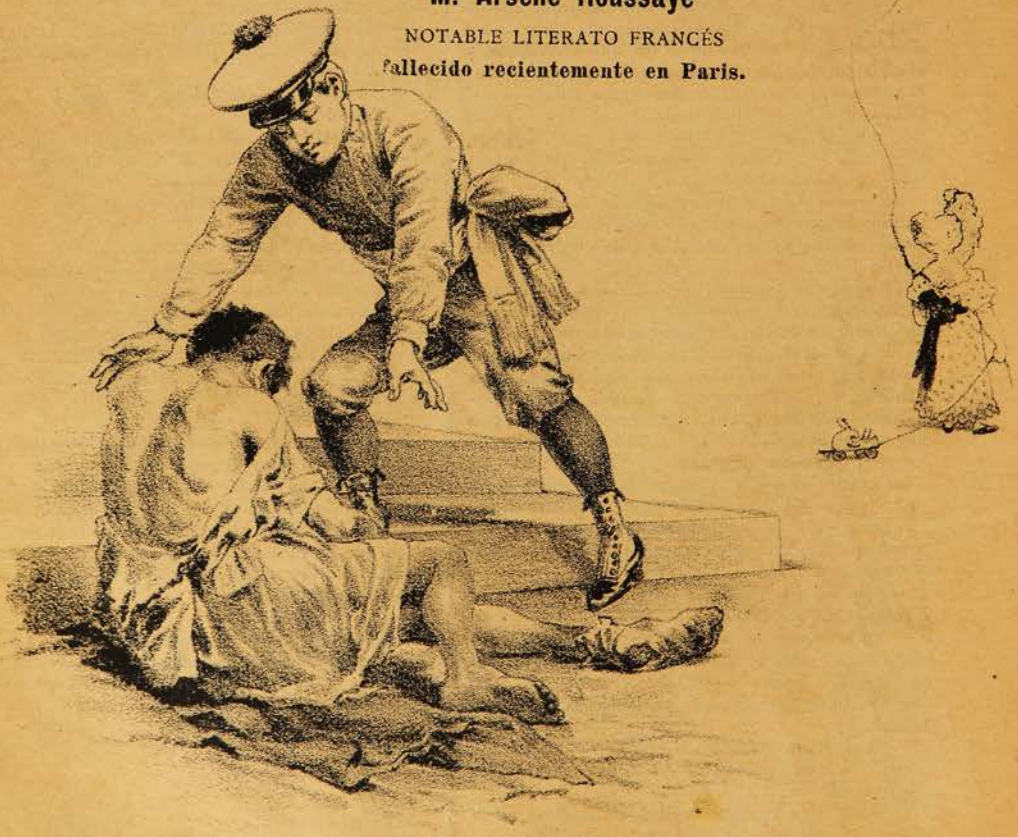
Y transcurrió la noche, y el día, y llegó la noche otra vez,



M. Arséne Houssaye

NOTABLE LITERATO FRANCÉS

Fallecido recientemente en Paris.



Conmiseración.



—Déme Vd. siquiera una esperanza.
—Abuelito, se la doy para la encarnación próxima



Si se acordará de mí.



—¡Mira, niña, estos pololos!
—¡Ai! i qué grandes! ¿Los mato?

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE MARZO DE 1896 NÚM. 31

—Thamar, mi querida hija Thamar,—dijo la anciana criada—la vigilia se dibuja en tu semblante. ¿Es que tampoco dormiste esta vez?

—Yo no sé si he dormido, madre mía; pero el ángel de mis sueños ha velado cerca de mí, y he visto que una cruz colgaba de su pecho.

—¡Una cruz!... Luego es un cristiano, un enemigo de nuestra raza...

—Pero solo una sombra, madre mía.

—Una sombra... ¿Y sino lo fuera?

—Sino lo fuera... ¿Sino lo fuera, decis?...

Y la joven, animándose súbitamente, encendida la mirada en un extraño fuego, y como respondiendo á una sospecha recóndita, murmuró:

—¡Ah, nó! Sería demasiada felicidad!

Salomith, espantada, y comprendiendo el sentido de las palabras de la joven, alzó las manos al cielo y exclamó:

—No me castigue Jehová por la sospecha, pero he creido oir que la hija de Saul estaría dispuesta á amar al enemigo de su pueblo...

—¿Y qué, madre Salomith,—dijo la joven judía—acaso el amor tiene por vallas las enemistades de los hombres?

Y agregó, suspirando:

—Pero ¿por qué os inmutais? ¿No es todo un sueño, un hermoso sueño?

—Un sueño, un sueño...—dijo la anciana. No sé si será un sueño; pero Simuel lo sabrá.

Se escuchó un ligero ruido, algo como el roce de un ala sobre el cristal del balcón, y giró una puertecilla disimulada en el muro, y apareció por ella un arrogante mancebo.

—¡El!... exclamó Thamar.

—¡El!... repitió como un eco Salomith.

—¡Sí, yó!, dijo el apuesto mozo Yo, que amo á esta doncella, y que la haré mi esposa, aunque el mundo entero se oponga.

—¡Simuel!... alentó Salomith...

—Simuel callará, dijo el caballero; y sinó, sabrá el Rey por consejos de quién fué robado el diamante de Salomón, y quién lo compró á vil precio.

La puerta de la alcoba se abrió, y pálido y temblo-roso se precipitó en la estancia un hombre. Era Simuel.

—¡Oh! callad!... dijo en ademán suplicante. ¡Callad... y Thamar es vuestra!

—Bien lo sabía yo, dijo el caballero, rodeando con sus brazos la cintura de la joven, que cayó en ellos desvanecida.

J.

Toda comunicación referente á La Revista Cómica, deberá ser dirigida a sus Directores, Santiago, Casilla 1106.

INVIERNO Y PRIMAVERA

I

HAY nieve y noche allá afuera,
allá afuera gime el viento;
pero, en cambio, el fuego amigo
chisporrotea acá adentro.

Un mantel blanco la mesa
cubre, y anuncian contento
el pan tierno y las lucientes
ánforas de vino añejo.

Aquí hay labios que bendicen,
aquí hay sonrisas y besos:
acá adentro hay primavera,
allá afuera está el invierno.

Mirad! esposo y esposa,
ambos jóvenes y buenos:
el amor que une las almas,
tiende sus alas sobre ellos.

En su cunita celeste,
girón arrancado al cielo,
duerme sonriendo el infante
y ellos sonrien al verlo.

¡Cuán felices!... ¡Ah, qué importa
cuando hay paz y amor adentro,
que afuera caiga la nieve
y se desaten los vientos!

II

¡Día espléndido! Reluce
azul purísimo el cielo;
y en las ramas saltan perlas
sobre los verdes renuevos.

Cantan y pían los nidos,
y un grato extremecimiento
de gozo, cunde en el bosque,
como la fiebre de un beso.

Todo es fruición y alegría,
todo misterioso aliento;
botones que abren, y venas
viriles, llenas de fuego.

Corre un susurro de amores,
todo huele á campo nuevo,
se hinchan las ubres rosadas,
las flores abren á un tiempo.

Alguien pasa, amor y vida
por el ambiente esparciendo.
—Es la núbil Primavera
que celebra sus misterios.

.....

¡Acá adentro, cuán distinto!
La oscuridad causa miedo:
allá luz y vida y flores,
acá duda y rabia y celos.

Sombrío el esposo, ella
pensativa y en silencio,
el niño olvidado y triste,
el hogar frío y deshecho.

¡Qué importa que ría y cante
allá afuera el mundo entero,
qué importa la primavera
si dentro gime el invierno!

E. de la Barra

Limache, febrero 28 de 1896

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE MARZO DE 1896 NÚM. 31

LA PRIMERA CARICIA

HACE ya mucho tiempo.

Yo era todavía muy joven; pero no tanto que no hubiera tenido ya muchos de esos sueños llenos de miradas ardientes, labios encendidos y trémulos, desnudeces deslumbradoras.

Ella era hermosa. Hermosa y pensativa. No sé bien si el exceso de meditación ó la llama devoradora del pensamiento, habían puesto en su frente y en sus ojos, rodeados de una sombra leve, esa dulce y vaga melancolía que dá tan singular encanto al rostro de las mujeres pálidas.

Sentía yo cierta simpatía por esta niña pensativa y sombría, siempre silenciosa, siempre absorta, que parecía como prestar oído á una voz lejana, que parecía mirar algo visible solo para ella.

Su tristeza me agradaba. Y ella, talvez conociéndolo, me trataba con una afectuosa amistad. Algunas veces parecía emplear toda su atención en leer unos desgraciadísimos versos que yo hacía entonces; y después de leerlos, se quedaba pensativa un largo rato, y luego me miraba con una atención profunda, como queriendo leer en mi semblante. Y yo me preguntaba qué significaba aquel exámen tan atento y profundo que ella hacía de mi frente y de mis ojos.

Un día se sonrió al hablarme no sé de qué, y sin darme cuenta de ello, mis ojos se fijaron con avidez en sus labios frescos y encendidos. No sé cuanto tiempo los estuve mirando. Cuando levanté la vista, la mirada brillante y tenebrosa de sus ojos de un negro sombrío, me turbó completamente: me ruboricé como una niña.

Ella estaba muy cerca de mí. Lo mismo que otros días, me miraba con una atención profunda. Pero en esos momentos yo no era el mismo de antes: sentía vergüenza de mirarla... y seguía pensando en esos dientes tan blancos, en esos hoyuelos tan hechiceros, en esos labios tan rojos y tan frescos.

Yo había inclinado la frente, encendida no sé por qué llama desconocida. Aquella sensación extraña era enteramente nueva para mí: estaba trémulo, sentía algo como fiebre.

Ella, de súbito, haciendo un movimiento rápido, se sentó á mi lado en el sofá en que yo estaba; y echándome los brazos al cuello, atrajo lentamente mi cabeza hacia la suya, mirándome lánguidamente, hasta juntar nuestros labios. Yo me quedé asombrado y aturdido. Pero pasó un instante y comprendí; y entonces la miré, temblando de voluptuosidad; y ella me estrechó nuevamente entre sus brazos, y me dejó embriagarme un largo rato, besándola en la boca, en el cuello, en los ojos, aspirando ese embriagador aroma de mujer que me encendía la sangre, estrechándola contra mi pecho con abrazos locos...

Y desde entonces, cada día, á la hora deliciosa del crepúsculo, en la vaga penumbra de aquel extenso salón, ella me echaba los brazos al cuello, aquellos brazos desnudos y blancos, y me besaba con una especie de rabia, con un frenesí devorador. Y ese ardor, y ese perfume de mujer que yo nunca había sentido, me trastornaba por completo, y enloquecido, frenético también, estremecido por la fiebre del deseo, la besaba, una y mil veces, en la boca, en los ojos, en el cuello, y la extrechaba contra mi pecho, y me embriagaba con su aliento, hasta quedar medio desvanecido entre sus brazos...

¿Qué fué de ella? Lo ignoro.

Pero yo siempre la recuerdo con cariño; porque ella fué la primera en revelarme el misterioso tesoro de delicias que encierran los labios de una mujer.

Catulo II.

A...

AYER bogaba en cristalino lago
y blanca perla al fondo divisé;
ambicioso anhelando aquel tesoro
al hondo seno, loco, me lancé.

La agitación febril de mi deseo,
de mi loca ambición el frenesí,
las ondas enturbiaron de aquel lago,
y yo en su helado fondo me perdí.

En la revuelta arena del abismo
el talismán preciado se ocultó;
y en la agonía de martirio eterno
sumergido por siempre quedé yo.

Turbias las aguas del undoso lago,
frío sepulcro á mi ambición le dan;
y tú, á su margen, impasible miras
las agonías de mi ardiente afán.

Victor Atilio Lillo.

Litografía e Imprenta
LUIS F. ROJAS Y C.ia
SANTIAGO
Oficina, Moneda 60 A. Talleres; Argomedo 20
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS
Litográficos y Tipográficos
Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos
Precios Módicos

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª, Argomedo 20

EN LA PLAZA DE ARMAS







La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS MILITARES

D. Estanislao del Canto



De la milicia en el arte
su ciencia es reconocida.
¡Siempre en alto el estandarte,
es de la patria baluarte
su espada nunca rendida!

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE MARZO DE 1896 NÚM. 32

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 2.50
Por medio año (25 »)..... 1.25
Oficina y Administración-Moneda 60 A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273
AGENTE GENERAL EN PROVINCIAS
Julio Real y Prado

MOSAICOS

¿Qué sino voy al baile?...—¿Y qué es el baile?
Una fiesta vulgar, de donde escapan,
el vestido arrugado, el rostro ardiente,
y herida acaso la virtud del alma.

* * *

La hermosa joven lloraba. La negra y ondulante cabellera, flotando en desorden sobre los desnudos hombros, de una blancura deslumbradora; el seno palpitante, apenas velado por el ámplio peinador; la frente oscurecida por las sospechas; las mejillas descoloridas; los labios convulsos y apretados; los ojos nublados por el llanto de la desesperación; y las crispadas manos estrujando con furor una carta escrita en blanquísimo papel: parecía reunir en ella el alma de la humanidad agitada por todas las pasiones.

De pronto, la puerta de la alcoba se abrió, dando paso á un gallardo joven.

—Tú lo has querido: aquí estoy—dijo el caballero. Al escribirte ayer esa carta, pensé en la conveniencia de ahorrarnos las dolorosas cuanto inútiles explicaciones que han de surgir forzosamente de esta entrevista. Sin embargo, tú no has querido conformarte con ello; me has llamado, y aquí estoy.

Pero todavía es tiempo...

—¡Nó!—interrumpió la joven con resolución. No es tiempo ya; ni aunque lo fuera... Yo quiero saber los motivos que te han forzado á dar este paso; los móviles que te impulsan á abandonarme... ¿Oyes? ¡Lo quiero!... Y me parece que tengo derecho para exigírtelo.

—¿Derechos?... Bien sabes que no los tienes. Pero... ¿á qué obligarme á lo que no deseo? Comprendes que mi resolución es irrevocable; que tus lágrimas, que tus injurias no torcerán mis propósitos, ¿á qué, entonces, insistir?

—He dicho que lo quiero. ¿Tienes quejas de mí?... Pues dímelas! ¿Te ha dicho algún amigo oficioso que he faltado á la fidelidad que te prometí, cuando, seducida por tus infames promesas, abandoné el hogar honrado de mis padres?... ¿Te lo ha dicho?

—¡Oh, nó!

—Entonces, ¿cuál es mi culpa?

—Escucha... Yo estoy contento de tí; contento... y agradecido. En prueba de ello, la casa que habitas es tuya, con todo lo que hay en ella; y además...

—Sí, sí... dinero, joyas ¿no es eso?... Y la honra, sacrificada en aras de un amor mentido; los sentimientos del corazón, que late solo por ese amor, ¿crees tú que también se pagan con dinero?

—Más tarde, otro cariño...

—Comprendo... otro cariño que reemplace al ya perdido. ¿Acaso lo tienes tú ya? Acaso los tres años...

—Basta, María. Acabas de recordarme la fecha de nuestro amor, y esta indiscreción tuya facilita mi tarea.

—¿Cómo?...

—Tres años—tú lo has dicho—tres años hace ya que vivimos el uno para el otro... ¿Crees tú, María, que son muchos los amores que resisten tan larga prueba?... Y si lo crees, porque esta vez lo has palpado, ¿te imaginas que hay alguno que sea capaz de excederla?... María, mi buena María, eres muy joven, muy sencilla. En vez de maldecirme, piensa en el porvenir y agradéceme lo que he hecho. Verter el vino generoso antes que el hastío de la hartura venga á amargar su dulzor, es la ciencia de los placeres; apurar la copa hasta las heces, el error supremo de los tontos. No lo olvides.

Alzóse la infeliz mujer, galvanizados sus nervios por tan horrible declaración; abrió desmesuradamente los ojos... y lanzó un grito; un grito extraño, salvaje, desesperado.

Era que, rasgado el velo de la ilusión de sus veinte años, tenía delante de sus ojos la fría y descarnada realidad.

CANTO DE UN PESCADOR

NACIDO á orillas del océano,
crecí arrullado con su rumor;
así, de niño, como á un hermano,
al océano
le tuve amor.

Con su murmurio cogía el sueño,
me despertaba con él también;
que era ese canto como un beleño
que fácil sueño
daba á mi sien.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE MARZO DE 1896 NÚM. 32

Jamás olvido la vez primera
que sus oleadas pude admirar;
todo era espuma por la ribera
la vez primera
que vi la mar.

Manto de armiño de alguna ondina
que era esa espuma me figuré;
y que no es sueño, se me imagina,
que vi la Ondina,
y que la amé...

Enderezada sobre una ola,
dando un suspiro me dijo así:
«me encuentro triste, porque estoy sola,
vuelve con la ola
cerca de mí.»

Y subyugado por ese acento,
el alma llena de una ilusión,
lanzóse al líquido ráudo elemento,
tras ese acento,
mi corazón.

Iba á tocarla ya con la mano,
iba mis sueños á realizar,
cuando la pérfida con vuelco insano
y férrea mano,
me hundió en el mar!...

.....

La misma ola que me llevara,
luego á la playa me hizo volver...
¡El cielo quiso que no me ahogara,
ni me llevara
la ola mujer!

Serena.

Benjamín Vicuña Solar

EL FÉNIX DE LOS CRIADOS

No hace mucho tiempo necesité un criado, para reemplazar al que había despedido. A éste, que era un guapo muchacho, sorprendílo una mañana en muy decidores retozos con la moza de mano, y sublevándose, ya que no mis pudores de hombre de mundo, mi autoridad de dueño de casa, me ví en la imprescindible necesidad de señalarle la puerta, prévio un razonado discurso de moralidad casera, que oyó el fámulo—justo es decirlo— con la misma atención con que se oye llover en el invierno.

Satisfecho este supremo deber de buen régimen doméstico, lo importante era llenar la plaza en acefalía; y para ello, no se me ocurrió otro medio mejor que el de poner avisos en los diarios baratos, lectura obligada de los que buscan colocaciones modestas. Desde la primera inserción del anuncio, mi casa se vió sitiada por los mas conspicuos representantes de ese gremio que finjimos despreciar, y del cual, sin embargo, somos los más dóciles esclavos.

¡Qué de variedades dentro de una misma especie! Para un discípulo de Lombroso, aquella colección de tipos habría sido inapreciable.

Por su puesto, todos ellos eran unos santos, á la par que una especialidad en el oficio. Los motivos que les habían forzado á dejar el servicio de su último patrón, no podían ser más justificados, inocentes y laudables. Cuál, porque el sueldo era escaso, ó no le era pagado con puntualidad; quién, porque el amo tenía un genio de demonios; y no faltó austero varón que abandonó la casa, como José la de Putifar, porque la doncella le asediaba con amorosas solicitudes.

Fatigado de tan interminable cuanto inútil desfile, ya que ninguno de los solicitantes llenaba, en mi concepto, las condiciones deseadas, me disponía á cerrar la puerta á los numerosos pretendientes que aún quedaban por interrogar, decidido á tentar otros medios para proveer el empleo, cuando por debajo de mi brazo se coló en mi escritorio un hombrecito flacucho y apocado, una especie de anguila humana con cara de sacristán de zarzuela.

Lo que menos se me ocurrió fué, que de aquella madera se pudiese hacer un criado aceptable. Sin embargo, como ya estaba adentro, había que oirle.

—¿El señor necesita un sirviente? me dijo con toda corrección.

—Sí, le contesté, pero se me ocurre que tú no sirves para el caso.

Una sonrisa, entre desdeñosa y picaresca, se dibujo en sus labios.

—¿Es que tiene algo de extraordinario el servicio? me preguntó.

—Nó, le respondí, pero...

—El señor tendrá la bondad de oirme, me interrumpió.

Y con una seguridad, un aplomo, estaba por decir, una elocuencia admirables, me señaló él mismo las que creía ser, y en efecto lo eran, sus obligaciones, y el mejor modo de cumplirlas.

¡Era todo un artista, un artista pasmoso!

No acababa yo de salir de mi admiración, cuando mi hombre, aprovechando esta situación de mi ánimo, y arrastrado acaso, á las veces, por el entusiasmo que lo dominaba, me dijo, con perfecta oportunidad de tono y de expresión:

—El señor ha oido cómo sé comprender y realizar mis obligaciones; ahora va á escuchar cómo estimo yo que debe portarse, en los servicios *extras*, el criado de un caballero joven que no tiene el propósito de morirse de aburrimiento. Si el amo es casado, como en el caso presente, el criado debe registrar sus bolsillos cuando por la noche



¡Jamás!



Diplomacia chilena.

Diplomacia argentina.



La juventud dorada se desdora:
desdeña la hermosura; el lujo adora.



AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE MARZO DE 1896 NÚM. 32

se desvista, á fin de que, por un explicable cuanto funesto olvido, no caiga en las manos de la señora, alguna flor, algún billete perfumado, ó, simplemente, algún pañuelo cuyas iniciales no correspondan á las suyas.

El criado debe saber entregar y recibir una carta delante del padre ó del marido, sin despertar la más leve sospecha; y, cuando se trate de hermosuras pedestres, conocer á fondo el arte de entretener suegras y tías, y de prepararles el *mate*, si es absolutamente necesario, con agua de infusión de adormidera.

El criado debe tener—y ésto es muy importante—tantas hermanas, primas y cuñadas, cuantas sean necesarias para explicar la presencia de mozas que golpean á la puerta, buscando, vergonzantemente, al dueño de casa. Debe ser tan voluminoso como el *paco gordo*, cuando se trate de facilitar, poniendo su cuerpo de biombo, el escurrimiento de alguna persona que no deba ser vista; y tan sutil como una anguila, cuando, por las exigencias del servicio, tenga que escurrirse él mismo.

Si el señor, por su mala fortuna, tiene suegra que lo visite, es decir, que lo incomode—pues tratándose de estas señoras, visita é incomodidad son una misma cosa—el criado debe saber encerar la escalera en hora oportuna, á fin de que resbale y ruede la consabida marmota. Esta operación deberá repetirla, con las necesarias variantes, hasta que la buena señora escarmiente, ó quede imposibilitada para realizar sus molestas visitas».

No pude resistir más... y colgándome del cuello del inapreciable fámulo, le dije, entre muecas y contorciones de alegría:

—¡Oh Fénix de los criados! Oh salvador mío! Desde hoy quedas á mi servicio, y cuenta con que no te arrepentirás de haber venido á mí, si cumples exactamente tu programa.

Escurrióse respetuosamente de mis brazos, limitándose á contestarme:

—El señor juzgará...

No está de más decir que José—este es su nombre—ha cumplido y sigue cumpliendo al pié de la letra sus promesas, lo que constituye mi mayor dicha; empleando, con autorización mía, sus ratos de ocio, en dar lecciones de su especialidad á algunos muchachos listos, prévio el pago de módico honorario.

J.

Toda comunicación referente á La Revista Cómica, deberá ser dirigida a sus Directores, Santiago, Casilla 1655.

Á LULÚ

(La muñeca de Adrianita del Río M.)

—

ESA eres tú. Rubia, muy rubia!—Eres
como el hada de noches angustiosas.
Y la olímpica Ceres
ha encuadrado las rosas
de tus suaves mejillas
en el marco dorado
con el oro de espléndidas gavillas.

Hay en tus ojos de fulgor profundo
la sombra del misterio,
las promesas de un mundo,
el canto del salterio.

En tu boca pequeña
está durmiendo el beso
del poeta que sueña
en el lúbrico y rústico embeleso.

En tu nívea garganta de alabastro
aduermen los eróticos poemas,
hay el candente rastro
de las rimas supremas.

Tienes la triunfadora línea curva
de las estatuas griegas,
y el rumor que perturba
de unas alas radiosas que desplegas.

Como una diosa estás provocadora
con tus régios perfiles,
ténues como los rayos de la aurora
de líneas impalpables y sutiles.

Ven! Soy el rimador de grandes versos,
el cantor de aurorales.
Sé la estrofa de azules universos,
el canto de los mirtos y rosales.

No me oyes! ¡Oh mujer de bucles rubios...
Yo quiero darte el beso
de los grandes connubios,
remedo de mujer metido en yeso!

Eres solo una sombra,
pobre materia seca...
Tu quietud no me asombra
si eres, al fin y al cabo, una muñeca!

A. Bórquez Solar

JOYA

NO me gustan las joyas, en mi vida
de las joyas usé;
pero llevo una perla dentro el alma:
de una lágrima tuya la formé.

Saul

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE MARZO DE 1896 NÚM. 32

REALIDAD

LA mujer pálida, de negra y ondulante cabellera, dejaba correr por sus mejillas las lágrimas ardientes de los primeros desencantos...

¡Cómo sufría y devoraba silenciosa la hiel que contenían esas sus primeras lágrimas de dolor!

Había amado, amaba aún, con la ternura infinita de la mujer que comprende en toda su magnitud ese dulce, sublime sentimiento que se denomina *amor*. Amaba... y el que había jurado amarla siempre, huía de su lado, ávido de nuevos goces, olvidando promesas y desdeñando su amargura inmensa...

¡Pobre mujer! Era su primera ilusión, era también su primer desencanto: por eso corrían por sus mejillas pálidas, lágrimas quemantes!...

Lloraba con la resignación de la mujer que no ha dejado de amar ni de creer, y que, por lo mismo, espera...

¡Pobre mujer! Pronto se rasgará el velo que te oculta la perfidia del hombre, y te convencerás de que el cobarde te arrojó para siempre de su corazón, y vá á buscar una nueva víctima, para hacerla verter iguales lágrimas; para dejarla, como hoy á tí, á solas con el dolor!

Celia

EL ARROYUELO

(Canto Sueco)

—

A orillas de un arroyuelo
bella niña se encontraba,
que en su límpida corriente
sus piecesitos bañaba.

—«¡Ten cuidado, niña hermosa,
no enturbies el arroyuelo,
que en el cristal de sus aguas
no podrá mirarse el cielo!»

Le dice, al pasar, una ave
que se detiene un momento,
i ella, abatida i penosa,
responde con triste acento:

—«No temas: luego su linfa
se tornará clara y bella,
y otra vez el almo cielo
podrá contemplarse en ella.»

—«Mas, díme, ¿por qué aquel día
que mi inocencia perdiera,
no le dijiste al que aleve
mentido amor me fingera:

«No empañes, joven menguado,
de aquella alma el limpio velo,
porque ya jamás en ella
volverá á mirarse el cielo!»

F. G. G.

.....

NO en sempiterna noche de hondo duelo
el alma errante vaga,
aunque parezcan mudos cielo y tierra
en horas sin bonanza.

Ni muere el corazón porque ha sufrido!
Como la roca árida
tocada por Moisés; ó como Lázaro
que en el sepulcro se alza;

para brotar raudales de ternura,
¿Qué espera?... Una palabra!
O solo aguarda el misterioso golpe
de luz de una mirada!

Y en el pecho, que es tumba de recuerdos,
las ilusiones cálidas
renacen, cual las flores que tapizan
las tumbas solitarias!

Julio Tapia Miranda

Correspondencia

Sr. M. M.—En contestación á sus dos cartas, le diré lo siguiente:—Yo agradezco la colaboración que se me envía; pero, sin arrostrar compromisos de ninguna especie, ni menos tolerar imposiciones, solo publico lo que me parece digno de ello. Respecto á consejos, cuando los necesito los pido; y cuando no los pido y me los dan, no los acepto. Dice Vd. que es joven... Pues, por lo mismo, debe Vd. abstenerse de aconsejar á personas que son mayores que Vd.

Hemos concluido.

Sr. P. E. G.—Antes de publicar sus estrofas, desearía hablar con Vd.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



¿Sudas?...



Señora, pase Vd. adelante...



¡Hágalo por mí!...



Si yo pudiera escurrirme...



NUESTROS MAGISTRADOS

D. Ambrosio Montt



Sabio y justiciero es;
y la Fama, que le ensalza,
dirá, del tiempo á través,
que sus méritos realza
su noble desinterés.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE MARZO DE 1896 NÚM. 33

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 2.50
Por medio año (25 »)..... 1.25
Oficina y Administración-Moneda 60 A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

AGENTE GENERAL EN PROVINCIAS
Julio Real y Prado

MOSAICOS

EN un carro urbano.

Una mujer del pueblo, haraposa, desaseada y con la nariz carcomida por oculta enfermedad, lleva en sus brazos una *guagua*. En los asientos de enfrente, un caballero que lee el diario, y, á su lado, la esposa y la hija, una graciosa morena de quince años, que mira con insistencia á la harapienta.

—Mamá,—dice de pronto la joven—¡míra la!... y tiene un hijo!

—Y ese hijo tiene un padre...—observa con horror la señora.

Y luego, mirando de reojo á su marido, agrega, haciendo un gesto de asco:

—¡Oh! los hombres!...

*
* *

En la Amistad me embarqué
y mar adentro me fuí;
pero á poco naufragué,
y aunque la vida salvé
el equipaje perdí.

*
* *

—Dadme una moneda, dijo el borracho; dadme una moneda, y os seré deudor de la felicidad en esta noche. Compraré en la taberna una botella de aguardiente, y evocaré, á su influjo, los sueños de mi niñez, los recuerdos de mi juventud.

Memorias de cuando yo era hombre, desfilarán ante mi vista mujeres escotadas, chispeantes los ojos, encendidas las mejillas, rojos y húmedos los labios en que palpitan los besos apasionados. Oiré el saltar de los tapones y el incesante escanciar del *champagne* en las limpísimas copas; y halagará mis oidos el eco de los brindis bulliciosos, sin objeto ni sentido, pero siempre alegres, siempre entusiastas, siempre oportunos.

Y después, un poco más tarde, cuando la excitación alcohólica tiende á disminuir, á transformarse en un lánguido adormecimiento que previene el ánimo á los recuerdos dulces, á los sueños apacibles, se alzará ante mis ojos la imagen de Margarita, de la cándida Margarita, con su traje blanco de primera comunión, ofreciéndome, entre turbada y sonriente, un azahar arrancado á la corona de su frente purísima. Y yo, vestido con mi blusa azul y mi gorrita de colegial, aceptando tembloroso aquel presente, con los ojos humedecidos—humedecidos como en este momento—por la primera lágrima de amor.»

Nos acercamos á él... Sus miradas brillaban opacas á través de un velo de lágrimas.

—¿Llorais?... le preguntamos con extrañeza.

—¡Bah! No lo creais!... nos respondió.

Y lanzando una histérica carcajada, agregó:

—Es el aguardiente que comienza á rebosarme por los ojos.

Y cerró violentamente los párpados, como para absorber el llanto que amenazaba desbordarse.

Empero, una lágrima generosa, tan pura como la de una virgen que sueña en sus primeros amores, rodó por sus ajadas mejillas. Esa lágrima, en su mudo lenguaje, parecía decir *redención*...

PAX MULTA

I

LA guerra me amenaza, la guerra que aborrezco!
Un sacrificio haremos en aras de la paz.
¿Quereis la Patagonia? Tomadla! yo os la ofrezco
en prenda de concordia: tomadla!—Quiero más!

II

Tomad toda la Puna, y á más medio Desierto:
del Púlar á Tres Cruces, pues lo quereis, cortad.
En cambio paz tengamos: de Jano el templo abierto
cerremos juntamente!—¡Aguarda, quiero más!

III

¡Aun más, viven los cielos! Tengamos áun paciencia!
Bajemos de la cumbre el límite hacia el mar;
traigámoslo á las sierras, en contra de la ciencia,
en contra de los pactos, para obtener la paz.

IV

Tendreis dentro de Chile cien valles regalados,
tendreis de nuestros rios las fuentes de cristal;
desde Llanquihue al Maule ya nos tendreis flanqueados.
Tomad! teneis las llaves de Chile.—¡Quiero más!

V

Tomad á más los valles que riegan nuestros rios
bajados de los Andes, en la region Austral,
y vuestro fuego apaguen con sus intensos frios
sus grandes ventisqueros, áun nuestros.-¡Quiero más!

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE MARZO DE 1896 NÚM. 33

VI

¿Qué me dejais entonces?—¡La guerra ó el Estrecho!
—¡Ya es mucho sacrificio; pero, tengamos paz!
Pues lo quereis, tomadlo!.. ¿Y ahora satisfecho
estais, oh caro hermano?-¡Tengo hambre, quiero más!

VII

¿Sabremos hasta dónde vuestra codicia alcanza?
¿Sabremos hasta dónde nuestra paciencia vá?
Mediten los políticos de chiripá y de lanza,
mediten los menguados mendigos de la paz.

Argos.

Baturrillo

CON motivo de la publicación del cuarto tomo de la *Antología de poetas hispano-americanos* del señor D. Marcelino Menéndez Pelayo, ha querido el señor Amunátegui Solar (D. Domingo) hacer una síntesis de lo que el agregio académico español dice respecto de nuetros poetas.

De paso sea dicho, las observaciones del señor Amunátegui Solar nada de particular ni de original tienen, bien que en ciertos respectos contradiga á Menéndez Pelayo. Estas discrepancias nacen más del medio ambiente de ambos literatos, que de errores de uno ú otro.

Mas, lo que me ha llamado la atención, ha sido el descuido con que el señor Amunátegui Solar ha escrito sus artículos. No parece sino que aquello le ha salido al correr de la pluma; pues de otro modo no se explicaría tan poco conocimiento que manifiesta de nuestro idioma.

El señor Amunátegui Solar no se detiene ante una frase para juzgar si es correcta ó nó. Suelta simplemente la pluma, y le sale cada galicismo capaz de poner los pelos de punta á cualquiera.

Como muestra de este lenguaje empleado por el señor Amunátegui Solar, voy á citar algunas frases, las que encuentro inmediatamente á la vista:

Por último, antes de pasar adelante, *debo dejar* aquí *mención*...

—

D. Domingo Gana, después de vencer algunos pequeños escrúpulos del director de la Biblioteca de Boston, nacidos del justo sentimiento de *conservar bien* aquella rara obra...

—

Puede encontrar el señor Menéndez Pelayo una *canción de fuego* que hace ya más de un siglo *electriza* las almas y *se reza* en todos los hogares franceses...

En lo que á mí *respecta*...

—

La mencionada corporación *encargó* al señor Barros Arana *de la gestión de* este asunto...

Mas donde el señor Amunátegui se hace ininteligible, es en el periodo siguiente:

Cuando se oye en las calles de nuestras ciudades
Dulce Patria, recibe los votos
con que Chile en tus aras juró:
que ó la tumba será de los libres
ó el asilo contra la opresión,

se acaban los ricos y los pobres, cesan las luchas políticas y solo saben todos que son chilenos.

Difícilmente puede escribirse más pedestremente; y es sensible que un entendimiento tan cultivado como el del señor Amunátegui Solar tenga estas caídas.

Yo desearía que en lo sucesivo cuidase el señor Amunátegui Solar un poco más el idioma, por mil razones que no hay aquí para qué decirlas.

Antón Perulero

SOMBRA

I

EMA!—Perdona que yo á solas llore
cuando tu imagen en silencio evoco.
Perdona que yo te ame, que te adore
con el delirio de un poeta loco.

Perdona que te cuente la agonía
de mi existencia que á la tumba avanza;
y turbe tu reposo y tu alegría
con el ay! de mi amor sin esperanza.

Perdona que me atreva a confesarte
que no puedo vivir sin comprenderte;
que no puedo vivir sin adorarte;
que no puedo vivir sin poseerte....

II

Detrás de las fatídicas sonrisas
con que finjo ante tí la paz y el gozo,
allá en mi corazón, hecho cenizas,
vibra siempre un recóndito sollozo.

Desterrado del cándido santuario
que tu celeste corazón encierra,
yo voy como un espectro solitario
á través de las sombras de la Tierra...

III

Perdona que te cuente mi martirio
y haga brotar el odio á tus mejillas.
Perdona que en mi trágico delirio
yo caiga ante tus plantas de rodillas!

Yo no puedo luchar contra la fuerza
con que tú me doblegas y quebrantas;
con que tú me haces, en mi suerte adversa,
caer como un esclavo ante tu plantas...

IV

Ema!—Con qué amargura yo me postro
al evocar las noches vibradoras
en que, mirando estático tu rostro,
ví brillar ante mí dulces auroras!

Tú recitabas mis ardientes versos
con la celeste voz de los querubes
que vuelan por los vastos universos,
perdiéndose á lo lejos en las nubes!



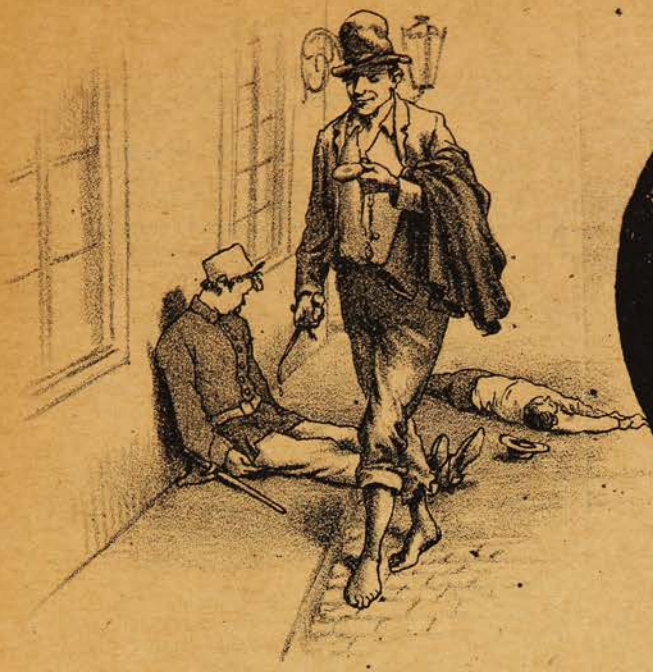
El chasco más espantoso
de un argentino goloso.



"Con un soplo, por lo menos,
pulverizo á estos chilenos".



Nuevos límites andinos
según sueños argentinos.



Lo que vemos diariamente:
despojar del paletó,
de la vida y del reló
á cualquier pobre inocente.



Buscando la Fortuna
quedáronse á la luna.



Día crítico.



¡Alí! No molestes á tu prógimo!

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE MARZO DE 1896 NÚM. 33

Yo, entonces, oh gentil y esbelta Ema,
ví tus bucles sedeños y castaños
flotar como una olímpica diadema
en tu frente de virgen de quince años...

V

Mas ay!—A qué evocar en mi retiro
las horas de mi dicha ya pasada,
si ellas fueron más ráudas que un suspiro,
si ya se hundieron en la eterna nada?...

VI

Ema fatal!—Te ofenderá mi ruego
si te pido que tú—cuando sucumba—
derrames una lágrima de fuego
sobre la humilde piedra de mi tumba?

Tú no te ofenderás. No eres severa.
Qué te puede importar, si eres dichosa,
derramar una lágrima cualquiera
bajo el fúnebre sauce de mi fosa?...

VII

Sé feliz!—Desde el ámbito sin nombre
de mi profunda, tenebrosa calma,
yo tendré bendiciones para el hombre
por quien me arrojas del altar de tu alma!..

Ciprés

POR ESO...

YO la amaba. La amaba con ese amor santo y profundo que se enciende una vez para no apagarse jamás. La amaba con ese amor tímido y puro, que deja de ser amor para convertirse en adoración.

Ella era hermosa. Tenía unos ojos grandes, oscuros, rasgados. Se llamaba Elena.

Un día, sus ojos oscuros hallaron los míos... Ella bajó la frente, encendida por un fuego extraño. Y yo, entonces, sentí una delicia incomparable, un placer paradisíaco, como si algo cantara en mi alma...

II

Después, ella partió hacia lejanos paises. Hoy nos separan montañas de blanca espuma. De ella, solo me queda un recuerdo inmortal.

Ya nunca volverán aquella horas felices en que, ella niña, niño yo, evitábamos mirarnos y callábamos temblorosos, mientras cantaban juntos nuestras almas el himno del primer amor.

Ya nunca volverán aquellas noches de fiebre, en que una imagen querida turbaba mi sueño y me hacía bendecir las sombras que me rodeaban.

Ya nunca volverán aquellos días de gloria, en que mi mano tocaba su mano, mis ojos miraban sus ojos, y palpitaban juntos nuestros corazones.

Ella ha muerto para mí. Otras manos que las mías son las que hoy la acarician; otros labios los que besan sus labios.

III

Ah! Por eso es que mis ojos están apagados.

Por eso es que mis labios han olvidado la sonrisa.

Por eso voy por el mundo, pensativo y sombrío, helado el corazón, y pálida la frente...

Cisne.

Santiago, Marzo de 1896.

VIOLETAS ANDINAS

AL aire flotando la boa de cisne,
sonriendo pasaste, visión celestial:
miréme en tus ojos rivales de Sirio;
no sé si mirarte fué gloria ó martirio,
después, sé que ha sido más hondo mi mal.

La calle á tu paso quedó perfumada,
oliendo á violetas la calle quedó:
temblando en el seno que es tumba de amores,
con pena ví presas las tímidas flores
que allí dilijente tu mano prendió.

Las hijas de Otoño, las blancas violetas,
allí do se encuentran, ufanas están:
si rocas andinas por cuna tuvieron,
si nieves eternas su aliento les dieron,
tu seno por tumba las pobres tendrán!

E. de la Barra

1890

ESTIVAL

SOBERBIO apareció el sol de estío, y, para apagar su sed, bebió con delicia el rocío virginal que la noche depositara en el cáliz de las violetas.

Las humildes flores se entristecieron, y, doblando sus débiles tallos, parecieron protestar de tan pérfidas caricias.

El sol, en tanto, prosiguió su marcha alegremente, besando otras flores, evaporando otros perfumes, sin consagrar un recuerdo, un adiós á las sensillas víctimas de su ingratitud.

Al siguiente día se levantó más hermoso. Esta vez sus rayos eran tan suaves como una promesa de amor; sus besos tan dulces como el recuerdo de pasadas dichas... Pero las flores no le creyeron, y cerraron sus broches, pálidas y temblorosas.

Celia

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE MARZO DE 1896 NÚM. 33

NOCHES DE VERANO:

Yo ví una incauta mariposa anoche
con sus alas de tul,
contenta, juguetona, enamorada
dando vuelta á la luz.

*
* *

Girando en rapidez vertiginosa
su equilibrio perdió,
y abrasada de amor, jadeante y loca
la infeliz se quemó.

*
* *

No en vano es que me miras fijamente:
conozco la intención...
Luz son tus ojos, que robaste al cielo,
la mariposa, yó!

A. Viera Gallo

(Pedimos excusas á nuestros colaboradores, por vernos obligados á postergar sus trabajos hasta el próximo número, á fin de dar cabida a la siguiente composición que, con el carácter de *urgente*, nos ha enviado la persona que la suscribe).

"EL ANJEL DE LA VIDA"

¡Oh! muerte ven yo te quero;
la vida mes es mui penosa...
oh! mi jornada es mui fatigosa...
todo para mi es de acero!...
De pronto la puerta se abrió,
i en el umbral de esta,
embuelta en un sudario, la muerte apareció.
—Que queres?—me dijo—contesta...
—Quén eres?—le pregunte mui turbado—
—Soi la muerte, a la que tanto has llamado..
i, abansando tres pasos
llegó junto á mí
i tomome un brazo
i yo un frio sentí.
—Lebántate!—me dijo con voz imperiosa—
lebántate, lla está abierta la fosa...
Ven á posar por los hierros calientes,
ven á vivir en la masa candente...
Y estendiendo el blanco sudario,
quiso arroparme...
en tanto que yo miraba al cielo
con ferbor i anhelo...
—Qué miras?—me pregunto con respeto
—Miro—le dije—que el techo está abierto
i por la abertura veo las estrellas
que, al dezlisarse por la gran esfera,
dejan una larga i luminosa huella...
Ven! ven!—me gritó, la muerte, delirate—
ven!... Oh! no perdamos un instante...
¿Ahora lla no queres la muerte?...
Si tu vida es fatigosa,
ven ya está abierta la fosa...
Lla era tarde. Un ánjel apareció
interponiendose entre la muerte i yó.
Qué queres?—me dijo este—
quiso hablar la muerte;
él anjel lebantó su espada
i volviéndose a mi: «La vida te sea dada»
La muerte huyó lijeramente.
El anjel elevándose me miraba
con semblante sonriente...
—Y despues que fué?...
—No lo sé...
recordé mui asustado
i me dí vuelta al otro lado!...

P. L. Riveros Z.

Toda comunicación referente á La Revista Cómica, deberá ser dirigida a sus Directores, Santiago, Casilla 1655.

Correspondencia

Sr. M. M.—Veo que Ud. me ha tomado por su cuenta... Ahora me habla de escuelas literarias, y de prevenciones que, según Ud., abrigo yo contra cierta clase de literatura. Sobre importárseme poquísimo de esas nuevas escuelas, tengo muchas dudas respecto de su legítima existencia. Creo que la literatura moderna, sin razón alguna que la abone, tiende á convertir las variedades en especies; al revés de la ciencia, que se esfuerza por hacer de las especies variedades.

Para mí, lo más cuerdo es atender al mérito de la obra, sin meternos en *distingos*. Por ejemplo, la composición suya, que con tanta insistencia me reclama, pertenece á la escuela de los papeles inútiles, y á ella fué á parar, por intermedio del canasto, hace ya mucho tiempo.

Ud. que, según dice, es escritor, debe saber que no es costumbre devolver originales, se publiquen ó nó.

No tengo más que decirle.

Litografía e Imprenta
LUIS F. ROJAS Y C.ia
SANTIAGO
Oficina, Moneda 60 A. Talleres; Argomedo 20
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS
Litográficos y Tipográficos
Especialidad en ilustraciones para obras y periódicos
Precios Módicos

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.a Argomedo 20

UN DUELO FIN DE SIGLO.









La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS MILITARES

General D. José Velásquez



Sabio, abnegado y austero
este militar valiente
es el tipo del guerrero,
y los lauros de su frente
son conquistas de su acero.

AÑO I SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE MARZO DE 1896 NÚM. 34

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 2.50
Por medio año (25 »)..... 1.25
Oficina y Administración-Moneda 60 A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273
AGENTE GENERAL EN PROVINCIAS
Julio Real y Prado

MOSAICOS

EN una tarde de invierno fría y nebulosa, un pobre harapiento, ateridos los miembros por el cierzo y humedecidos los andrajos por la llovizna, acertó á pasar por las caballerizas que en cierto barrio de Santiago tiene un poderoso de la fortuna. Los mozos de cuadra desenganchaban á la puerta un elegante *americano*, enjugando la humedad de los briosos caballos y cubriéndo sus lomos con elegantes capas colchadas.

El infeliz, que en medio del arroyo contemplaba los aprestos con ojos de anhelosa envidia, exclamó con desesperación:

—¡Mi sér de hombre por una de esas capas; mi parte de gloria en el Paraiso, por una de esas cuadras abrigadas!

*
* *

¿Me preguntas, mujer, si resentido
de tu pasada ingratitud, anhelo
ver tu existencia mísera agobiada
de más crueles dolores?

Sin recordar de los lejanos días
los ensueños de amor y de ternura,
ni pretender satirizar tu duelo,
yo, á mi vez, te pregunto:

¿Qué mal desearte mi venganza puede,
si por un *necio* me olvidaste un día;
si el *necio* te burló, y eres ahora
la esposa de otro *necio*?

*
* *

Y bien—dijo la esposa ofendida—he conocido á mi rival—¡vergüenza me dá de pronunciar esta palabra!—á aquella por quien me abandonas, por quien olvidas hasta el cariño de tus hijos. Es menos hermosa que yo: su talle desgarbado delata lo plebeyo de su origen; sus facciones, sin ninguna expresión levantada, la bajeza de sus inclinaciones, la ofuscación de su inteligencia. ¿Qué puedes, entonces, encontrar en ella? ¿Por qué la amas?...

Yo...

—Sí, tú eres un ángel: tu alma es tan bella como tu rostro. Siempre igual, siempre hacendosa, siempre desinteresada, nuestro hogar es el dechado de la paz doméstica.

—¿Y ella?...

—¿Ella?... ¡Ella es muy distinta! Siempre tiene algo que pedirme; los motivos de riña jamás le faltan; y la amenaza terrible de abandonarme por otro, no se le cae de los labios. Y esta variedad de impresiones...

—Comprendo. Esa variedad de impresiones te cautiva...

—Tú lo has dicho. El amor vive de los contrastes; la monotonia, lo mata casi siempre.

EL AMIANTO

EL amianto al fuego echaron
niños de mala intención:
¿Su intento acaso lograron?
¡Nó, por cierto!—Con su acción
el amianto depuraron.

Así la envidia en su llama
al justo envuelve, y en tanto,
¿qué alcanza la odiosa trama?
—Ver brillar aquella fama
como en el horno el amianto.

E. de la Barra

A DON JUAN MONTEBRUNO

AUTOR DEL HERMOSO CUADRO
«LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DE CERVANTES»

CON los colores de Apeles,
como un recuerdo postrero,
arrancaste á tus pinceles
un tesoro verdadero:
la postrer sublime escena
del más grande genio Ibero.
Alli, con alma serena,
se vé á Cervantes que activo
le dice así á su Mecena:
Puesto ya el pié en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran Señor, ésta te escribo.
¡Arte divino! El inerte
mármol, que el cincel desgaja,
cobra vida y alma fuerte.
Y el lienzo, que usado se aja,
si mano esperta la toca
su inmortalidad trabaja.

AÑO I SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE MARZO DE 1896 NÚM. 34

Tu hábil pincel hoy evoca
un poema de ternura
que conmueve hasta la roca:
el adiós de una alma pura,
que fué infeliz en el suelo,
y solo en la sepultura
columbró, al parar su vuelo,
la luz de la ansiada fama
del elejido del cielo!
¡Feliz quien el arte ama
y se embriaga en su ambrosia;
y, mariposa, en su llama
quema las alas que un dia
la alzaron á las regiones
de la dulce poesia!
¡Feliz quien tiene ilusiones,
y muere con todas ellas
al romper sus eslabones
La vida. ¡Feliz quien huellas
deja de su breve paso,
cual dejan las flores bellas
su aroma; como en ocaso
deja el sol, después de hundido,
cual recuerdo de su paso,
un crepúsculo encendido!

Benjamín Vicuña Solar

EN UNA NOCHE DE FIEBRE

(Páginas del Libro Viejo.)

¡Ay! qué no la veré! ¡Ay! qué mi pecho
respira apenas, y la fiebre ardiente
quema y abate mi angustiada frente,
y agita el corazón mortal despecho!
¡Ay! qué no la veré!... Ya el *nudo estrecho*
presiento desatado, y de mi mente
huye la luz de la razón fulgente,
la muerte espía mi desierto lecho.
¡Ay! qué no más en su pupila hermosa
veré mi imagen reflejarse pura,
ni de su aliento aspiraré la rosa!
¡Ay! y cómo el recuerdo me tortura
de aquella dulce edad, breve i radiosa,
hoy que me espera eternidad oscura!

Julio Vicuña Cifuentes.

UN CUENTO PASIONAL

—EFECTIVAMENTE, me dijo mi amigo Oscar; efectivamente, hace ya bastante tiempo que no nos vemos.

—Más de un año.

—Puede ser. En los últimos cinco meses, esta es la primera vez que permanezco en Santiago más de un dia.

—Pero, ¿qué motivo?... Porque, en fin, no se abandona la sociedad en que se está acostumbrado á vivir, ni la numerosa clientela profesional que asegura honra y provecho, para ir á soterrarse en el campo... ¿Y á qué campo? En la falda misma de la cordillera, sin más sociedad que los guanacos... Y todo esto así, de repente, sin despedirse de nadie... ¡Vamos! Aquí hay gato encerrado, aquí hay misterio.

—Siempre iluso, siempre novelero... La imaginación te pierde, chico.

—¿Qué si quieres! Pero yo me afirmo en mi creencia.

Por toda respuesta, mi amigo sonrió afablemente, y se puso á hojear, con aire distraido, una colección de periódicos ilustrados que habia sobre la mesa.

Mi amigo Oscar es un guapo mozo, cuya edad frisa en los treinta años. Hijo de una familia distinguidísima y heredero de una regular fortuna, su papel en la sociedad habia sido, y estaba llamado á ser en lo sucesivo, por demás brillante y lisonjero. La vida un tanto borrascosa de su juventud, no le habia enajenado el aprecio ni las consideraciones de las gentes formales, porque, siempre altivo, siempre caballeroso, si alguna vez, como dijo un poeta,

.....en el lodo resbaló la planta,
jamás con lodo salpicó su frente.

Poseedor de una inteligencia clara y excepcionalmente cultivada, en medio del desorden natural de sus estudios, obtuvo en buena lid el título de médico, que sancionó con su confianza una numerosa é ilustrada clientela.

Su porvenir, pués, parecia ser inmenso, y así debió comprenderlo él mismo, que abandonó de pronto sus antiguos hábitos, para dedicarse por entero á la noble tarea en que estaba empeñado. Pero un buen dia, aprovechando el feriado de vacaciones, el joven médico desapareció; sin saberse de su paradero, después de mucho averiguar, sino que habia tomado en arriendo un fundo de campo vecino de la cordillera. Ya antes, sus amigos y clientes habian notado en él un cambio repentino, traducido en cierto extraño retraimiento y en distracciones inconcebibles. Al principio se creyó que estaba enamorado... Sin embargo, nadie logró cerciorarse del hecho supuesto, y la repentina huida del joven, desconcertó los planes mejor combinados de los agoreros de oficio. El misterio, en una palabra, se hizo impenetrable.

***

Mi amigo seguia hojeando los malhadados periódicos, sin ánimo, al parecer, de reanudar la interrumpida conversación. Esto, naturalmente, no convenia á mi curiosidad.

—¿Por qué no te casas?... le pregunté de pronto.

—¿Yo?... me dijo con sorpresa.



—Dormido se halla el León.
¡*Chey*, apúntale el cañón!

—El León despierta ahora...
¡Huyamos, *chey*, sin demora!



Romanticismo anacrónico
es su mal; remedio, un tónico.



—Yo la amo... ¡Créalo usted!
—¡Y qué tonto es su merced!



Un militar argentino
con sus menestras al hombro,
y un artista mui ladino
que copia, mudo de asombro,
la figura del vecino.



—¡Ladrones!—¡Gente de paz!
—¡Se les conoce en la faz!

AÑO I SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE MARZO DE 1896 NÚM. 34

—Sí, tú. Vives tan solo, tan aislado: la vida, en esas condiciones, acabará por serte insoportable.

Sonrió maliciosamente, y, después de un instante de silencio, me dijo en tono risueño:

—¡Ya te veo venir! Sospechas, como todos, en mi vida de estos últimos tiempos, un misterio que deseas conocer, y á ello van encaminados todos esos rodeos y subterfugios. Pues bien, no te engañas: mi conducta no es hija del capricho, y como al fin eres, para mí, un viejo y leal amigo, no tengo inconveniente en fiar á tu discreción lo que hasta ahora he procurado, y creo que conseguido, recatar de todo el mundo.

Inútil es decir que estuve elocuente en las protestas de sigilo y discreción; lo que contribuyó á vencer las últimas resistencias de mi amigo, que comenzó su relato de esta manera:

—Sabes que he sido un tanto romántico y sentimental, por más que las crudas realidades de la profesión que egerzo deberían ponerme á cubierto de tales debilidades. Pero ¿qué quieres?... Ellas son, tal vez, la consecuencia de aquellas: el deseo innato del espíritu de independizarse, siquiera sea por tan extravagante manera, de la grosera esclavitud á que lo forzan, de una parte los deberes del oficio, y las exigencias de una sociedad materializada hasta los huesos, de la otra. Refrescado así, sin reticencias, el recuerdo que de las excentricidades de mi carácter debes guardar, encontrarás, sino menos ridículo, acaso no tan extraordinario lo que voy á referirte.

Hace de ésto un año. Perseguía yo, por entónces, la impresión de una memoria sobre la tuberculosis, y contraté el trabajo con un acreditado establecimiento tipográfico de esta capital. Las tareas de la corrección de las pruebas me llevaban casi diariamente á los talleres, y de ahí arranca mi peregrina aventura. A los pocos días de estar empeñado en esta monótona labor, vi, confundida entre los empleados de ambos sexos de la casa, una jovencita, casi una niña, que, inclinada sobre el chibalete, *componía* rápidamente un original que tenía á la vista. De vez en cuando, interrumpía el trabajo con visibles muestras de fatiga, respiraba un instante con dificultad, y sacudía penosamente la cabeza, para volver con nuevos, si bien ficticios bríos á la ruda tarea.

Me interesó la joven y examinéla con atención. Era hermosa. De mediana estatura, delgada, su cuerpo no había aún adquirido la plenitud del desarrollo. El rostro, de un óvalo perfecto, al que servía de marco una negra y ondeada cabellera; los ojos grandes, bellísimos, soñadores; y en todo aquel conjunto, una expresión de interesante melancolía, algo así como el reflejo de un alma que siente la nostalgia del cielo.

La mayor parte de estas cualidades las he venido á descubrir yo más tarde. Al principio no analisé: me interesó el conjunto, la palidez enfermiza de sus mejillas, el ruido de fuelle de su respiración fatigosa, la brillantez febril de sus ojos... Puedo asegurártelo, mi primera impresión fué únicamente profesional: creí adivinar en aquel organismo una tuberculosis incipiente. Deceé tener algunas noticias suyas, y mi calidad de médico me facilitó la ocasión. Hablé con su madre, una buena mujer, y supe que Stella—éste es su nombre—sufría de una gran debilidad lumbar, acompañada de una tosecita muy significativa, á la que se agregaban fuertes dolores gástricos, determinados por la lenta intoxicación saturnina producida por el finísimo polvo desprendido del roce de los tipos de plomo. Era, en fin, una vida que se derrumbaba, y que yo me propuse salvar.

El trato diario con ella, me hizo conocer sus buenas cualidades, y este conocimiento produjo...

—El amor!..dije yo, concluyendo la frase.

—¿El amor?... Pues bien, sí, el amor... ya que tú lo has dicho. La sustraje de aquella ocupación, mortífera para ella, y me la llevé á vivir al campo, á un fundo que arrendé, con ese objeto, cerca de la cordillera. Describirte la lucha que he sostenido durante ocho meses, hasta arrebatar aquella existencia á la muerte que la aguardaba, sería inútil, pues tú no eres médico.

Bástete saber que he lidiado bravamente contra el mal, y que al fin lo he vencido: Stella está salvada. Es un milagro de la ciencia.

—O, más bien, del amor, observé yo.

—Como tú quieras. Ahí tienes la explicación de mi conducta. Estás en posesión de mi secreto: sábelo guardar, como me lo has prometido.

—Vive tranquilo á ese respecto.

—Y ahora, ¿me preguntarás cuándo me caso?

—¡Oh, nó!

—Pues bien, yo te lo diré: cuando tenga una fortuna bastante cuantiosa, para que la sociedad deponga ante ella sus necias preocupaciones, entonces... Stella será mi esposa.

—Piensas...

—Sí, en ejercer nuevamente mi profesión, hasta conseguir ese objeto. ¡Y, vive Dios, que lo conseguiré!

No hablamos más del asunto. Mi amigo sigue firme en su propósito, y, como es hombre de carácter y sus cualidades le ayudan, no dudo de que pronto llegará al término deseado.

J.

Toda comunicación referente á La Revista Cómica, deberá ser dirigida á sus Directores, Santiago, Casilla 1655.

AÑO I SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE MARZO DE 1896 NÚM. 34

SOBRE UN CUADRO

DE JORGE DEL RIO

ES un himno, un poema
donde se engarzan las triunfales rimas.
Tiene el rasgo, la luz, el colorido
de las ideas cimas.

Canta el bouquet de flores,
allá en el fondo de las nieblas grises,
la gigantesca y parnasiana estrofa,
las auroras felices.

Y el jarro lleno de espumante cidra
está diciendo á gritos:
yo guardo los olímpicos placeres,
los goces infinitos.

Y el abanico de ondulante forma
está cantado el coro,
lleno de languideces y suspiros,
á las madejas de oro.

Y el cráneo de las tumbas
prorrumpe en estridente carcajada.
—Tú, juventud, placer... mentiras!—dice,
¡solo es verdad la nada!

A. Bórquez Solar

OTOÑAL

I

AMADO:—Yo habré partido
mucho ántes de que vuelvan
las rosas y las campánulas,
los lirios y las violetas.

Y aquí, donde soy dichosa,
quiero soñar cuando muera,
bajo los rosales blancos
llenos de rosas abiertas.

En las noches argentinas
de la alegre primavera,
por entre las rosas blancas
veré brillar las estrellas.

Y cuando llegue el otoño
y todas las flores mueran,
sobre mi tumba, una á una,
caerán las hojas secas...

II

Al empezar el otoño,
cuando mueren las violetas,
murió la pálida virgen
de la cabellera negra.

Cuando llevaban su féretro
por la avenida desierta,
de los sauces melancólicos
caían las hojas secas...

III

En las noches argentinas
de la alegre primavera,
cuando hay en los labios fuego
y hay en el azul estrellas,

bajo los rosales blancos
llenos de rosas abiertas,
sueña la pálida virgen
de la cabellera negra.

Y cuando vuelve el otoño,
y se enlutan las estrellas,
y los árboles se cubren
dë hojas amarillentas,

sobre la tumba olvidada
en donde la virgen sueña,
ruedan los cálices muertos
y caen las hojas secas...

Alejandro Parra M.

Santiago, Marzo de 1896.

LOS RAYOS X,

O KATÓDICOS

El amante y el Fotógrafo

ROSITA vá á venir á retratarse!
Le pago á Vd. cien pesos
por un retrato al natural, ó sea
por el sistema nuevo.

(Ah, pícaro! quisieras contemplarla
in puribus!... sin velos!...
Te llevarás un chasco!)—Señor mío,
eso vale quinientos...

—¡Quinientos pesos! Diablo!—Yo me espongo;
voy jugando mi crédito!...
y además, han de ser anticipados...
—Está bien: trato hecho!

—

Vino Rosita rozagante y fresca;
él pago satisfecho,
y el fotógrafo empleó con disimulo
el aparato nuevo.

Dos imágenes hubo: élla un retrato
recibió muí perfecto,
y él en el suyo, el de los rayos X,
recibió de Rosita el esqueleto!

E. B.

Limache, febrero 24 de 1896.

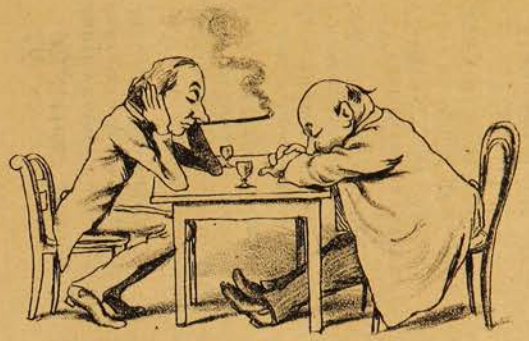
Litografía e Imprenta
LUIS F. ROJAS Y C.ia
SANTIAGO
Oficina, Moneda 60 A. Talleres; Argomedo 20
SE HACE TODA CLASE DE TRABAJOS
Litográficos y Tipográficos

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20

1



2



3



4



La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS LITERATOS

D. Ricardo Fernández Montalva



En el lirismo elevado
y en la dramática escena,
con aplauso ha descollado
el cantor siempre inspirado
de la NUEVA MAGDALENA.

AÑO 1 SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE ABRIL DE 1896 NÚM. 35

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 2.50
Por medio año (25 »)..... 1.25
Oficina y Administración-Moneda 60 A
Casilla, 1655, Teléfono, 1278
AGENTE GENERAL EN PROVINCIAS
Julio Real y Prado

MOSAICOS

VIVE, cual vive el caracol rastrero
encerrado en su concha;
el egoismo es su divisa, y nada
la preocupa ni importa.

Desde que me olvidó, juzgo ha perdido,
entre otras muchas cosas,
el alma, si la tuvo, el juicio, el gusto,
la vista y la memoria.

Triunfe ella y gaste y coquetee y brille,
y ande siempre de broma,
que el pasado es pasado, y el futuro
una simple bicoca.

—Yo adoro á esa mujer; yo la venero;
yo no la ví hasta ahora;
yo, enlazado con ella, aprendería
muy luego á ser autómata...

* * *

Elena, vestida elegantemente, con un ramo de azahares prendido en el cabello, y el contento rebozándole en el rostro, aguardaba impaciente á su esposo.

Era el primer aniversario de su matrimonio, y la hermosa joven se creia feliz.

La tardanza de Luis la aburría. Por hacer algo, cogió, para cepillarla, la levita que su esposo se había quitado la noche anterior. Al sacudirla, un billete cayó de uno de los bolsillos. Levantólo la joven con indiferencia, é iba á dejarlo sobre un velador, cuando el demonio de la curiosidad, enemigo de la tranquilidad doméstica, sugirióle la idea de leerlo.

No bien posó sus miradas en él, un estremecimiento repentino agitó su cuerpo, sus mejillas palidecieron, un grito ahogado salió de su garganta, y tuvo que apoyarse en el muro para no caer.

Crugió la puerta sobre sus goznes, y apareció Luis. Abalanzóse á ella para sostenerla, y la dijo con espanto:

—¿Qué tienes, bien mío?... ¡Estás pálida como una muerta!

Los ojos de Elena se volvieron á él.

—¡Tengo frío! le dijo.

—¿Frío?...

—¡Sí, sí!...

—¡Ven! te desvestiré.

—¡Ah, nó!

Y haciendo un supremo esfuerzo para mostrarle el billete, que yacía, arrugado, sobre la alfombra, agregó:

—¡Frío en el alma!

Y dobló la cabeza, y entornó lentamente los ojos, y un suspiro ahogado se escapó de su pecho.

Luis, en medio de su espanto, reconoció el papel, y exclamó con desesperación:

—¡La carta de Elvira!... ¡Miserable! Yo soy quien la mato.

Y aproximó los lábios á los de su esposa, y los retiró vivamente, porque le pareció oir una voz que decía:

—¡Tengo frío, Luis!... ¡Frío!

Y salió, escapado, hacia la pieza vecina, y sonó un pistoletazo, que al despertar los ecos dormidos en la fúnebre estancia, pareció decir:

—¡Elena, esposa mía Elena, yo también tengo frío!

Después, el silencio de la tumba circundaba únicamente los cadáveres de aquellos infelices, víctimas del desengaño y del remordimiento.

LA PALOMA MENSAJERA

LEYENDA SUGESTIVA

I

CUAN pensativa y sola la bella castellana
en lo alto del castillo, velando á su ventana,
como una sombra está.
El Conde turbulento colgó el pendón de guerra,
y ahora, con sus perros y halcones, por la sierra
intérnase á cazar.

II

Ella soñando aguarda, soñando el ave toma,
la besa, y al soltarla le dice: —¡Leal paloma,
vé en busca de mi amor!
El ave mensajera partió de aquella sala
llevando un billetico prendido bajo el ala,
y en él un corazón.

III

Partió como una flecha derecho á su destino,
pero, ¡oh, desdicha fiera! en medio del camino
la salen á asaltar.

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE ABRIL DE 1896 NÚM. 35

Veloz, veloz las alas agita y gime el viento;
mas el halcón temible que vá en su seguimiento
alcance le va á dar.

IV

Perdida y azorada y huyendo en loco vuelo
desciende de los aires al escabroso suelo,
y al fin refugio halló.
Hallólo, sí, en el pecho de su señor el Conde,
quien toma la vitela que bajo el ala esconde
y lée su deshonor.

V

El ronco cuerno tañe, convoca á los monteros
y dice:—¡Por Cristo! Jamás vuestros aceros
mejor podreis emplear!
Hoy tengo una gran pieza: dejad los jabalíes,
entraillad los perros, no suenen ¡halilíes!
el oso quede en paz.

VI

Doy mi cadena de oro, mi daga y mi ballesta,
al hombre leal y bravo que hoy, antes de la siesta,
se encare al Trovador,...
¡A ese Guillén!... y traiga como triunfal presea
de ese hombre la cabeza,—qué maldecida sea—
y á más el corazón!

E. de la Barra

Mayo 4 de 1890.

Á MELPÓMENE

(Oda III del libro IV de Horacio)

Quem tu, Melpomene, semel

A don Eduardo de la Barra

Aquel de suerte próspera
á quien con tiernos ojos
mirares tú ¡oh Melpómene!
al tiempo de nacer,
no en el palenque Ítsmico
conquistará despojos,
ni con laureles bélicos
adornará su sien.

Ni en el estadio olímpico,
á par de sus rivales,
veránle en carro fúlgido
valiente galopar;
ni al Capitolio espléndido,
al són de himnos triunfales,
cual vencedor magnífico
de reyes, subirá.

Pero las ondas límpidas
que ledas fecundizan
los cármenes de Tívoli,
con plácido rumor
me dictan suaves cánticos,
que ardientes rivalizan
con los acentos piérios
en dulce inspiración.

Roma, la dueño máxima
del extendido mundo,
se digna darme unánime
un prístino lugar
entre los hijos célicos
de Apolo rubicundo,
y hasta la envidia pérfida
respétame ya más.—

¡Oh tú, que de mi cítara
acordas el sonido,
y que del cisne el cántico
al pez le puedes dar,
tuyo es el don espléndido
que ensalzo agradecido;
por tí del arte lírico
me aclaman jefe ya!

Julio Vicuña Cifuentes.

LA REINA DE LAS HADAS

Era una mañana de primavera. Las flores abrían regocijadas sus corolas al beso del sol naciente, que evaporaba con su tibio ardor las gotas de rocío con que la noche esmaltara sus hojas, verdes i henchidas de generosa sabia.

La pequeña Laura, destrenzada la blonda cabellera sobre los nevados hombros, coloradas las mejillas con el tinte de la aurora, y vibrando en su garganta el himno de la mañana, descendió alegremente al jardin. Iba á coger las flores que habían de formar el ramo que acostumbraba ofrecer á su padre á la hora del almuerzo.

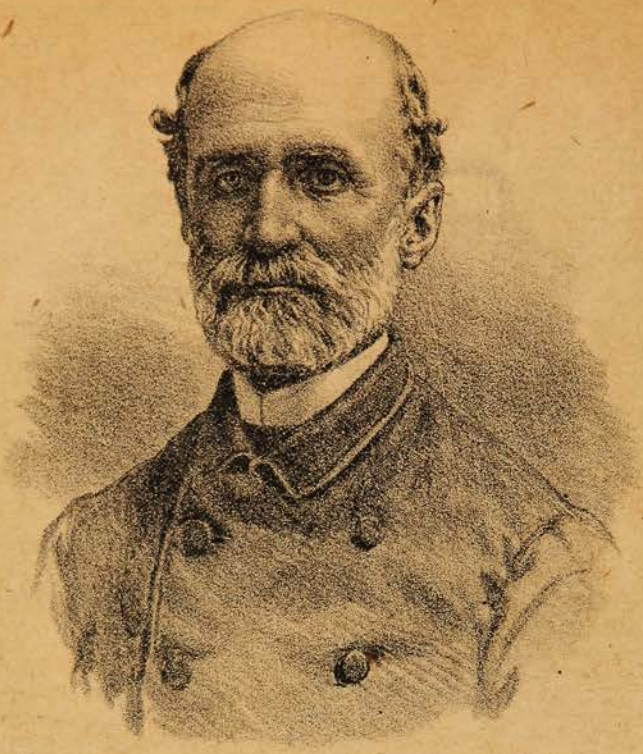
Sus menecitas inquietas no se daban un punto de reposo, y á poco de comenzar su obra devastadora, se confundían, en hechicero desorden, dentro del cestillo de mimbres que colgaba de su brazo, las rosas y los claveles, las recedas y las violetas, exhalando en perfumes embriagadores las quejas amargas que la crueldad de su dueña infantil les arrancara.

De pronto, algo que la hizo prorrumpir en un grito de agradable sorpresa, mezclada de conmiseración, paralizó los movimientos de la niña, que interrumpió un instante su destructora tarea. Había visto una mariposa, que pugnaba en vano por arrancarse de un botón medio cerrado.

—¡Pobresilla!... dijo la niña, haciendo ademán de cogerla.

—¡No me toques!... alentó apenas, temblaroso, el tímido y delicado insecto. Mi vida es tan frágil bajo esta humilde forma, que la troncharías para siempre si llegaras á cogerme.

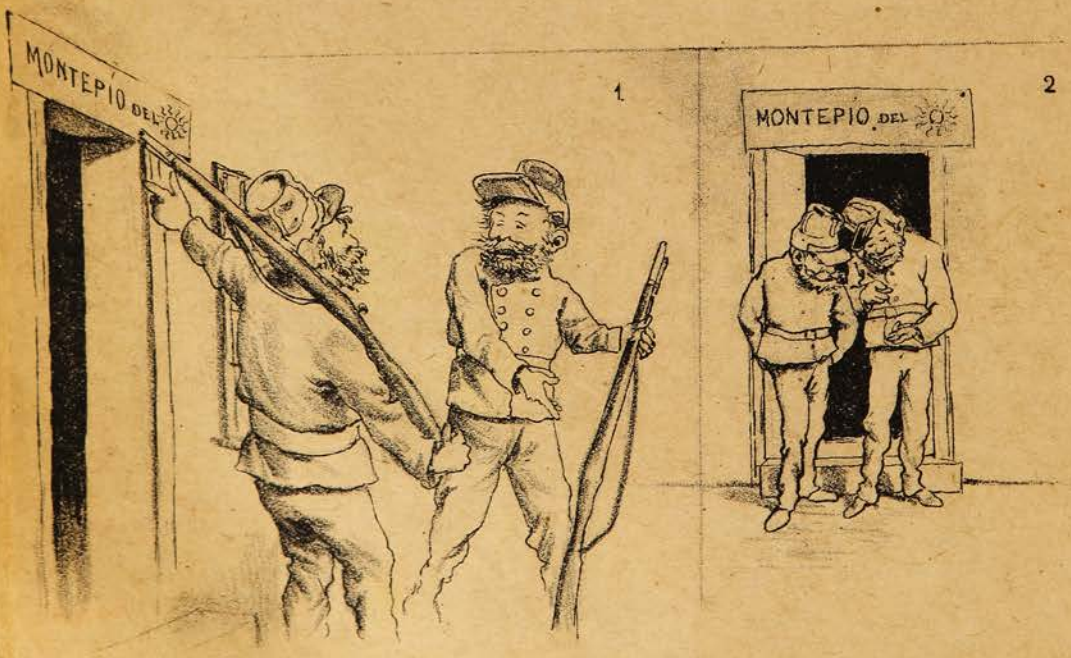
—¿Luego, no eres lo que pareces?... balbuceó, asustada, la niña.



D. Vicente Sanfuentes

Senador de la República

† el 2 de Abril de 1896



Ejemplos de probidad, que soldados argentinos proponen á sus vecinos desde un *Monte de Piedad*.



huracán con su importuno aliento
ó título á mi libro: *Hojas al viento.*

¿Y así te vas, tan...

EN DEFENSA DEL ARTE



—Ese busto en que me arrobo,
reproducirlo pudiera,
si usted me lo permitiera...
—¡Eso, jamás; es un robo!



—Vendo esta reproducción
por dos pesos, nada más.
—Salga usted de aquí... ¡jamás
protegeré yo á un ladrón!

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE ABRIL DE 1896 NÚM. 35

—Nó. Motivos que no puedes comprender, me indujeron á adoptar transitoriamente esta apariencia. Sorprendióme la noche sobre el cáliz de este botón, aspirando embriagada su perfume, y cuando la flor cerró tímidamente su broche, quedé en ella cogida de una ala, á merced del rocío y de los cierzos.

—¿Quién eres, entonces?

—Si quieres saberlo, despliega, primero, las hojas que me aprisionan.

Hízolo así la niña, con sus delicados dedos, y una vez libre el insecto, la dijo, posándose sobre el hombro de su bella libertadora:

—Soy la *Reina de las Hadas*, y, como tal, susceptible de adoptar todas las formas. Mi poder no reconoce otros límites que mi voluntad, y doy la felicidad á los que amo, así como llevo la desdicha á los que me aborrecen. Yo velaré por tí; y cuando, fruto de un amor purísimo bendecido por Dios, sientas, más tarde, en tus entrañas de mujer, agitarse el sér que ha de reproducir en lo venidero, por sucesión no interrumpida, las gracias de tu cuerpo, las virtudes de tu alma... entonces, acuérdate de mí, y llámame. Yo vendré á tí, y derramaré con pródiga mano sobre la cuna del infante la cestilla en que, como tú flores, guardo yo las dichas infinitas de que dispongo. Hasta entonces, adiós!

Dijo así la *Reina de las Hadas*, y desapareció; y la niña, que no comprendió tan extraño lenguaje, la vió perderse en el azul, y, después de un instante de sorpresa, tornó con igual alegría á su interrumpida tarea.

* * *

Han transcurrido muchos años: no menos de diez. En una lujosísima estancia, en que interceptan la luz transparentes de color de rosa, y colgaduras granates la reflejan, una jóven bellísima tiene fijas las miradas de sus azules ojos en la dorada cuna en que duerme un niño recién nacido. No cabe dudar sobre los lazos que unen á esos dos seres: las miradas de una madre, al posarlas sobre el hijo de su amor, jamás han equivocado á nadie.

—¡Oh, *Reina de las Hadas!*... dijo de pronto la joven. ¡Oh, *Reina de las Hadas!* perdona si en tanto tiempo, solo ahora me acuerdo de tí! Pero mi hijo ha nacido, y yo te invoco, reclamando el cumplimiento de tu promesa!

Un ligerísimo ruido de alas se dejó oir, y una pintada mariposa se posó sobre el hombro de la joven.

—Aquí me tienes, Laura, dijo el insecto; y, sacudiendo sus alas, quedó convertido en una bellísima mujer, ornada la frente de fúlgida diadema.

Llegóse á la cuna del infante, acarició le dulcemente, y dijo:

—Es hermoso, pero aún puede serlo más... Y cubrió con sus manos el rostro del niño, y, al retirarlas, pudo ver la madre la transformación: el niño mudado en ángel.

—¿Qué más deseas para él?... preguntó el Hada.

—¡La virtud!... dijo sin titubear la joven.

Sopló el Hada suavemente sobre el recién nacido, y un nimbo brillante circundó la cabeza del niño.

—¿Qué más?... insistió el Hada.

—¡La salud! dijo la madre.

Las mejillas del infante se coloraron, y, á traves de la blancura de cisne de su rostro bellísimo, se vió circular la sangre generosa que dá vida.

—¿Deseas algo más todavía?

La joven titubeó: indudablemente, deseaba algo que no acertaba á explicarse.

—Tiene aseguradas, dijo el Hada benéfica, la virtud, la hermosura y la vida, ¿echas aún algo de menos?

—¡Sí!... balbuceó la madre.

—¿Qué?... ¡Dílo!

—Algo que anime ese rostro algo que haga brillar y dé fijeza á esa mirada lánguida y opaca.

—¡Ah!... dijo el Hada ¡LA INTELIJENCIA! El GENIO!... Y besó al niño en la boca, y el semblante del recién nacido se animó súbitamente, y sus ojos se abrieron, y sus miradas destellaron rayos deslumbradores.

—¡Ése! Ése!... exclamó la joven madre, radiante de alegría, y cubrió la frente del niño de lágrimas y besos.

J.

EPIGRAMAS NUEVOS

I.

Me reía de un Tibor,
dios panzón de un japonés,
y él me dijo: Acaso es
tu dios, cristiano, mejor?
¡Tu ídolo aquí está, la frente inclina!
Y sacó á relucir una *esterlina!*

II.

¡Cuántas palabras tintinsonantes,
policromáticas y rimbombantes!
¡Cuántas y cuántas!...
¡Cuánto concepto coloretista!...
Novel artista,
nada te entiendo; pero me encantas
¿Eres poeta?...—¡Soy *simbolista!*

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE ABRIL DE 1896 NÚM. 35

III.

A UN POLÍTICO ARCHI-VANIDOSO

Flaco esqueleto, procura
caminar con más firmeza,
proceder con más cordura,
no digan que tu flaqueza
es mayor que tu flacura.

Gil del Arco.

Nos permitimos recomendar á nuestras distinguidas lectoras, la nueva casa de novedades del señor PEDRO 2.° AGUILERA, calle del Estado N.° 25 A, frente al templo de San Agustin.

En ella encontrarán las más altas novedades de la presente estación, principalmente en telas para trajes de señoritas, cintas, adornos, perfumerias de las grandes fábricas, guantes &. &.

A UNA NIÑA ORANDO

(IMITACIÓN DE BELLO)

NIÑA inocente, que cual nunca hermosa,
te hallas postrada ante el altar de hinojos,
fijos los bellos ojos
en la sagrada imagen del Señor;
y que del templo en la desierta nave,
como el ave en la selva solitaria,
elevas tu plegaria,
el alma rebosando de candor:

Pídele al cielo en tus fervientes ruegos
porque jamás en tu alma de querube
la más ligera nube
de tu virtud el sol venga á empeñar;
y asi correr verás tu hermosa vida
llena de luz, de encantos y de amores,
exenta de dolores,
libre de toda sombra de pesar.

Pide también por mí, para que amante
de mis ojos enjugue Dios el llanto,
y de mi corazón cure el quebranto
y la paz me devuelva que perdí.
Yo era dichoso. Pero un día mi alma,
delante de su angélica hermosura,
se arrobó de entusiasmo y de ternura
y ni amor ni piedad encontré en tí.

Si, no olvides jamás, hermosa niña,
siempre que eleves hacia Dios tu ruego,
de pedirle que encienda en tu alma el fuego,
el fuego santo del primer amor.
Que asi cual de hermosura se reviste
la creación al despuntar el día,
á la luz del amor, amada mía,
se revisten las almas de esplendor.

Oh! si el cielo tus preces escuchara,
y el amor á tu pecho descendiera,
y si el objeto de tu amor yo fuera,
viendo cumplida mi esperanza asi!
Ah! no desoigas, por piedad, mis súplicas,
y llena de fervor demanda al cielo
un luminoso rayo de consuelo
que infunda amor en tu alma y dicha en mi!

Tu acento, que semeja la armonía
de una divina cítara arrancado,
ascenderá hasta el trono inmaculado
donde tiene su asiento el Creador.
Ora, niña inocente, ora contrita,
que la oración es fuente de consuelos,
y jamás dejan de otorgar los cielos
á una alma cual la suya su favor!

F. G. G.

Correspondencia

Sr. L. R. B. Z.—Haga Vd. corregir su composición por el *distinguido vate* á quien está dedicada, y, entonces, hablaremos...

Sr. O. P.—La primera *Rima*, si Ud. se tomara el trabajo de corregirla, se podria publicar. La segunda, no dice nada.

Sr. S. A. B. R.—¡Caramba si basta Vd. iniciales! Por lo demás, *su composición* es un plagio mal hecho.

Sr. D. de A.—¡Orejas, señor mio, orejas!

Sr. L. S.—¡Oh! lo que es á Vd. no sé qué contestarle!... Sin embargo, aquello de que publique sus estrofas *con la ortografía que corresponda*, es inapreciable, por lo nuevo.

Sr. P. R.—Mire: *Después de su Muerte*, lo enterarán á Vd. Es lo único bueno que puede sucederle.

Onda.—¡Déjese Vd., hombre, de *monorrimos!*

Sr. L. A. L.—Eso de poner la nacionalidad al pié de la firma, está tan de más, como hay de menos una silaba en este verso:

Dormid aquí sepulcral silencio.

Cisne.—La idea es más vieja que la tos, y más manoseada que palanca de tranvía. Mándeme Vd. algo más nuevo.

Sr. M. G.—No tiene argumento... ni ortografía. Los originales no se devuelven.

Immer.—La idea se prestaba á ser mejor desarrollada.

Abhid.—Dele Vd. número al 4.° verso de la 2.ª estrofa; alivie de adjetivos la 3.ª; suprima, por cursi, el juego de palabras del 4.° verso de la 5.ª; y purgando la composición toda de algunos otros lunares, envíemela, con nuevo seudónimo, para publicársela.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



¡PERDON!

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS DIARISTAS

D. Francisco Valdés Vergara



Recto, valiente, sereno,
y en noble escuela formado,
es un brillante soldado
del periodismo chileno.

AÑO 1 SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE ABRIL DE 1896 NÚM. 36

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... **$ 2.50**
Por medio año (25 »)..... **1.25**
Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273
AGENTE GENERAL EN PROVINCIAS
Julio Real y Prado

MOSAICOS

CON los hermosos ojos anegados en lágrimas escuchaba la pecadora Magdalena, las fastidiosas amonestaciones, impregnadas de cursi moralidad, que, más que los anhelos de la virtud, inspirara la envidia á la insoportable Brijida.

—Ello habia al fin de suceder, gesticulaba la taimada. Cuando la virtud no es sólida, carcomen fácilmente sus cimientos las impuras filtraciones de la lisonja. Los hombres, así como se vengan de la virtud que los repudia, aumentando aquellos pequeñísimos lunares que son el patrimonio de toda obra humana, exageran también las perfecciones de las que, dóciles á las insinuaciones del vicio, solo aguardan el soplo del adulo para despeñarse en el abismo. Tú eres un ejemplo vivo de ello... ¡Ah! cuán otra seria tu suerte si hubieras escuchado mis consejos!

La bella Magdalena no respondió; pero en sus ojos, exhaustos ya de lágrimas, asomó un expresión burlesca, que parecia decir con íntimo convencimiento:

—Con esa cara.. ¡yo también habria sido virtuosa!

*
* *

Bellos tus ojos son, bellos tus labios,
y bellas tus palabras;
bello el rubor que tus mejillas tiñe,
bellas, bellas tus gracias.

Bella cuando sonries, cuando lloras,
cuando hablas, cuando callas...
¡Ah! muy bella también es la pantera,
¡y, sin embargo, mata!

*
* *

Vestida de blanco, con la corona de azahares en la cabeza y el amplio velo descendiendo hasta el suelo en caprichosas ondulaciones, pálida y temblorosa está la novicia en mitad de la espaciosa nave del templo bizantino. A través de sus párpados cerrados, como los cuadros de mágica linterna, contempla desfilar las escenas de ayer, en que le cupo parte tan principal, cuando actuaba en el teatro del Mundo. Y pasan delante de sus ojos, en *óptica ilusoria*, como dijo el poeta, los sueños de la niñez, los recuerdos de la juventud; y escucha músicas de bailes, promesas apasionadas, amenazas nunca cumplidas; y divisa allá, en el hogar, aquel cuartito, desierto ahora, en que transcurrieron sus últimas horas de felicidad; y ve á los viejos criados llorando su ausencia, y esforzándose en vano por consolar al infeliz padre, viudo y achacoso, abandonado en sus postrimerias por el único fruto de su amor. Y resiste, con triunfal egoismo, pruebas tan amargas; y cuando ya cree haberse desprendido por completo de los lazos del mundo, ve alzarse ante ella la pálida imagen de un joven, que la dice con fatidico acento:

—¿Qué has hecho de mi felicidad? ¿Dónde has sepultado mis ilusiones?

Y se le nublan los ojos, y cae desvanecida sobre el duro pavimento, mientras atruenan el templo los acentos del órgano, y el sacerdote hace aspersiones de *agua bendita* sobre el cuerpo de la infeliz.

CERRO-GRANDE

A MI HIJO ALFREDO

SOLITARIO en la llanura,
coronando inmensa altura,
Cerro-Grande,
atalaya siempre en vela,
¿eres acaso del Ande
avanzado centinela?

¿O eres almena encantada,
de los trasgos vil morada,
donde el oro
algunos siguen buscando,
sin hallar aquel tesoro
que despiertos van soñando?

De verde pompa desnudo,
el *quisco* agreste y agudo
solo crece
sobre tu riscosa falda,
pero á tus plantas se mece
todo un campo de esmeralda.

Desde tu cima empinada,
donde la niebla exalada
de la Vega
se aglomera tempestuosa,
se ve como trisca y juega
la mar, siempre magestuosa.

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE ABRIL DE 1896 NÚM. 36

Y las riberas del río
Coquimbo, que ayer sombrío
creció tanto,
que arrasó con mil labores,
siendo la ruina y espanto
de infinitos pobladores.

No eras ayer conocido,
mas te salvó del olvido
cierta historia
como pocas desgraciada,
cuya luctuosa memoria
guarda la Patria enlutada (1).

Hoy, que no estás olvidado,
evocaré del pasado
todo aquello
que apenas ya se recuerda,
que por poético y bello
bien merece no se pierda.

Cuando el signo del cristiano,
puesto por piadosa mano,
en tu cumbre
señoreando se veía,
formó el pueblo una costumbre
de una tierna poësía...

No bien el revuelto mayo,
con su sol de tibio rayo,
sus fulgores
tendía en el horizonte,
llevando cestas con flores
subía el pueblo hasta el monte.

Y orlando la cruz aquella
de inmensa guirnalda bella,
los cantares
con las danzas ensayaba,
y en parejas á millares
todo el día solazaba...

Si pernoctaban algunas,
con *chaguares*, oportunas
las fogatas
encendían presurosas,
y esas horas, nunca ingratas,
se velaban bulliciosas.

Y muchas generaciones
practicaron escursiones
semejantes,
hasta que un día rindieron
la cruz los cierzos pujantes...
¡y la cruz no repusieron!...

.....

Ya nadie tornó á la cumbre,
y se olvidó la costumbre
de ir á ella!
Los trasgos quizá volvieron
á ocupar la cima aquella...
que al cabo los dueños fueron!...

Y olvidado hubiera el hombre,
Cerro-Grande, hasta tu nombre,
sin la historia
como pocas desgraciada,
cuya luctuosa memoria
guarda la Patria enlutada!

BENJAMIN VICUÑA SOLAR.

Serena.

(1) La batalla de Cerro-Grande, el 29 de abril de 1859.

UN CONSEJO OPORTUNO

CON una alegre cena festejaban esa noche sus admiradores, uno de los mayores triunfos políticos de Felipe. Asistí á la manifestación por compromisos ineludibles, y escuché, sin desplegar los labios, los ampulosos ditirambos con que los palurdos de provincia acostumbran ensalzar á sus ídolos. Alguna vez quise asociarme con una palmada al contento general, á fin de sustraerme á las miradas inquisitoriales de los exaltados, que comenzaban á fruncir el ceño, escandalizados, probablemente, de mi fría y silenciosa actitud; pero un poder, mayor que mi voluntad, me retenia quieto en el asiento, y mis manos no lograron juntarse para hacer coro al aplauso que sonaba sin interrupción.

—¡No aplaudes porque envidias!... parecian decirme las furibundas miradas de aquellos jacobinos del entusiasmo.

Y yo, desde mis adentros, les contestaba:

—No aplaudo... porque no puedo.

Al calor de las copas, el entusiasmo desbordóse al fin, y encontrando estrecho el espacio de que en aquel reducido escenario podia disponer, buscó, siguiendo los usuales cauces, campo más basto á sus anhelos, palenque más apropiado á sus ardorosos bríos. Dispersóse la *distinguida* concurrencia, según es costumbre en esas ocasiones, en varios coches del servicio público, y media hora después de pronunciado el último brindis, solo quedábamos, por una ironía de las circunstancias, Felipe y yo á la puerta del Hotel.

—Parece que no te has divertido esta noche, me dijo Felipe, tomándose de mi brazo é invitándome á dar un paseo.

—Te equivocas, le respondí; me he divertido mucho... pero á mi modo.

—¡Curioso modo, por cierto! me contestó un tanto picado.

Callamos un instante. Luego, mi interlocutor me preguntó:

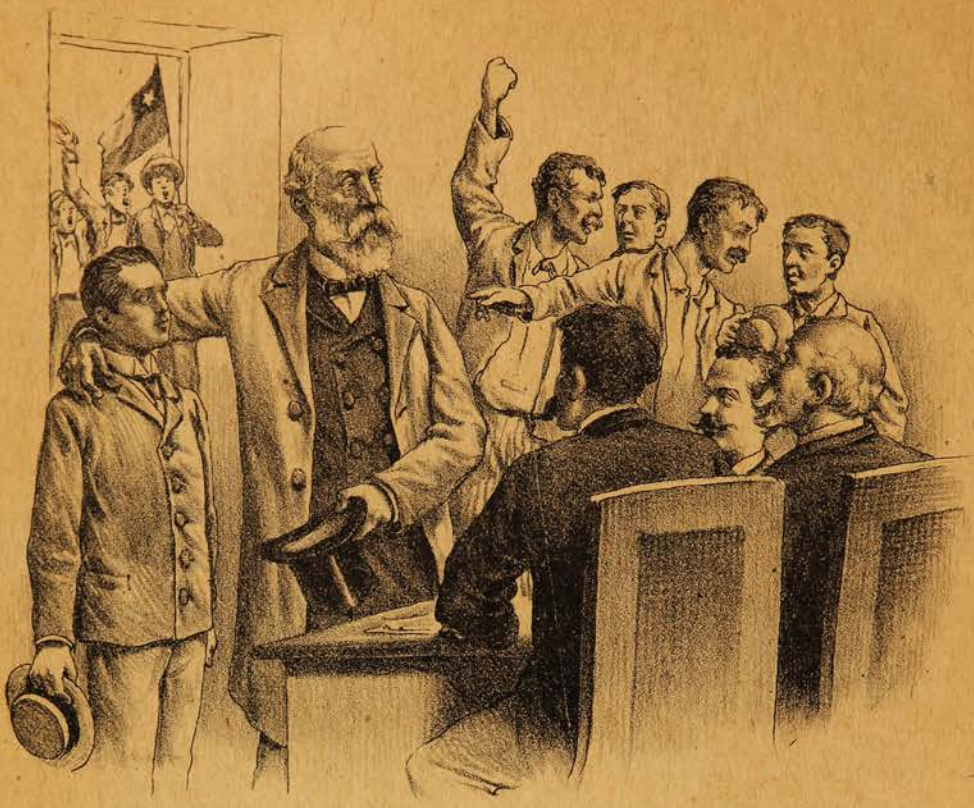
—¿Te acuerdas de cuando éramos niños?

—¡Ya lo creo que sí! le contesté.

—Yo era un pobre muchacho sin familia, sin fortuna. Hoy...

—Hoy eres un ídolo, le dije sonriendo. Tienes un templo y no te faltan los devotos.

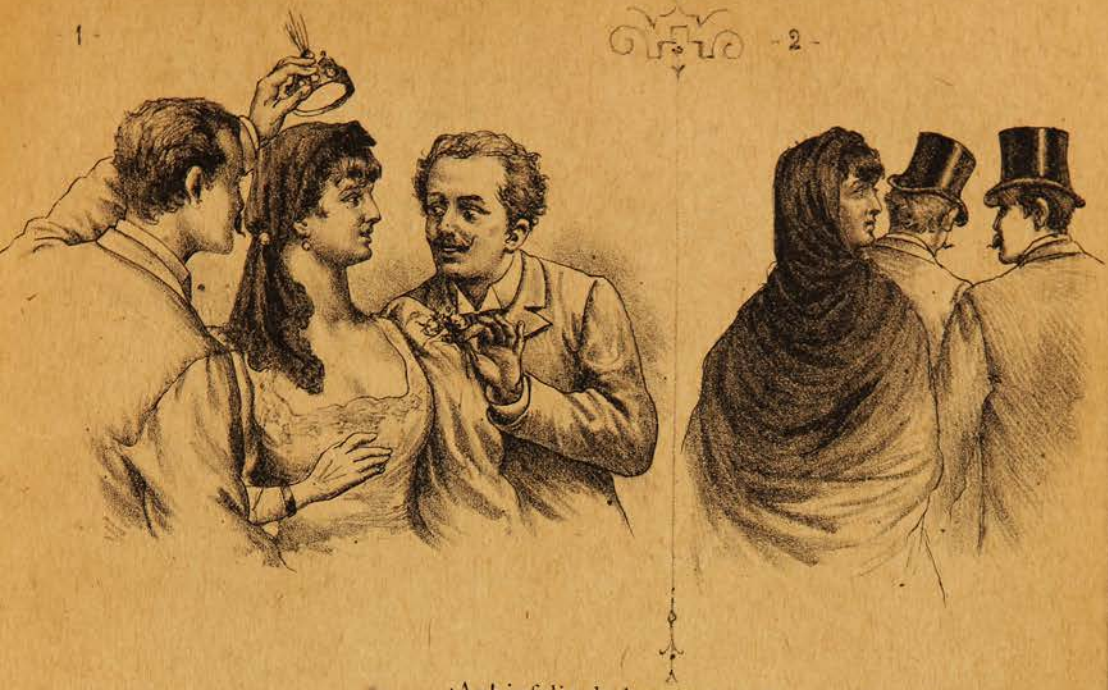
—¿Y no te maravilla mi rápido encumbramiento?



—Señores, no puede ser
que vuestros nombres inscriba.
—¿Por qué?... ¿Hay ley que nos prohiba
á la Patria defender?



Chile resiste mi ambicioso anhelo,
y airado marcha de mi huella en pos;
mi susto es grande, sin igual mi duelo
¡un aliado, por amor de Dios!



¡Ay! infeliz de la que nace hermosa!



Sólo se oyó un sollozo;
mas, no fué de dolor; fué un ¡ay! de gozo.



¡Ah! con cincuenta años menos

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE ABRIL DE 1896 NÚM. 36

—No he pensado en ello.

—Pues todo él es obra de un consejo oportuno.

—¡Hombre! me alegraría de saberlo!

—Pues escucha... Puede que saques algún provecho. Por un capricho de la suerte, un pobre mozo oscuro como yo era al terminar mis estudios, fuí designado para decidir como árbitro en un asunto, insignificante al parecer, pero en el que habian en juego intereses contrarios de la más alta importancia. Recibí muchas visitas y escuché insinuaciones, más ó menos veladas, que sublevaron mi delicadeza de novato. La víspera del fallo, solicitó de mí una entrevista un personaje altamente colocado en la sociedad y en la política. Me sentí confundido ante honor tan inmenso, y me apresuré á complacerle, yendo por la noche á su casa. Recibióme afablemente, y, sin preámbulos de ninguna especie, me dijo:

—Mañana debe Ud. decidir una gravísima cuestión. Ud. es un joven desconocido, y no debe desaprovechar la ocasión que se le presenta de hacer fortuna. Solucione Ud. el asunto en favor de A, y estos diez billetes de á mil pesos son suyos.

¡No puedo decirte cuánto me indignó la proposición! Alcé la voz ofendido... pero, poco á poco, sugestionado por las palabras de mi interlocutor, fuí bajando el tono, acabando por discutir con él la deshonrosa propuesta. Solo se discute lo que se cree posible..., eso tu bien lo sabes; y mejor lo sabía mi hombre, que aprovechó perfectamente la situación. Como yo mantuviera mis escrúpulos, y le hiciera reflecciones respecto del baldón que caería indudablemente sobre mi nombre al notarse la parcialidad del fallo, el astuto viejo me preguntó de pronto:

—¿Qué edad tiene Ud?

—Veinticinco años, le respondí.

—Pues bien, la vida media de un hombre de su constitución, no baja de los sesenta años. Tiene Ud. ahora veinticinco y no le falta talento: le quedan, pués, treinta y cinco años para rehabilitarse, en el peor de los casos.

¿Lo creerás?... Este argumento me desidió á aceptar la propuesta, y todo salió á pedir de boca. Después...

—¿Después?... le interrumpí.

—¿Qué quieres que te diga?... Después no he olvidado un instante el sabio consejo, y, mediante á él, he llegado á donde estoy.

—¡Y subirás aún mucho más alto!

—¡Ya lo creo!... me respondió alegremente. Y como viera que deseaba retirarme, me dijo, á modo de despedida, estrechándome efusivamente la mano:

—No lo olvides, chico: tanto á tí como á mí, si delinquimos, nos queda aún mucho tiempo para rehabilitarnos.

J.

Á MELPÓMENE

(Oda XXX del libro III de Horacio)

Epílogo

Exegi monumentum.

A Julio Vicuña Cifuentes.

Durable más que el bronce levanto un monumento,
más alto que las altas pirámides, asiento
de la soberbia real.
Ni el Aquilón violento, ni lluvias destructoras,
ni el tiempo infatigable con sus legiones de horas
podránlo derribar.

No moriré del todo! De mí la mejor parte
respetarán las Parcas: la fama de mi arte
creciendo siempre irá.
En tanto que el Pontífice al sacro Capitolio
con las Vestales suba, del orbe bajo el solio
oid lo que dirán:

Dirán que yo el primero, Melpómene divina,
á la cadencia griega la cítara latina
feliz logré ajustar.
¡Oh, Musa, el triunfo es tuyo, tuya la gloria sea!
Mas, ven, benigna dea, con el laurel de Delfos
mi frente á coronar!

E. de la Barra

Limache, 1896.

QUAND MÊME!

Inútil es que intenten con desvelo
matar nuestro cariño sin segundo...
Tu amor es un volcán que yo fecundo,
y el volcán arde aunque lo cubra el hielo!

Inútil es que, henchidos de recelo,
pongan, entre los dos, el mar profundo...
Tú serás mía, aunque se oponga el mundo!
Tú serás mía... ¡aunque no quiera el cielo!

¡Nada me arredra! Enérgico y valiente,
yo lucharé por tí con fé no escasa
hasta ver un laurel sobre mi frente.

¡A mis piés rodarán vallas sin tasa!
Cuando se pone diques al torrente,
el agua lucha, se desborda y... pasa!

J. Federico Barreto.

Perú-1895.

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE ABRIL DE 1896 NÚM. 36

LA VOZ DE LA EXPERIENCIA

En una de estas últimas noches frías y nebulosas, con que el otoño prepara la venida del invierno, en una pintoresca estancia, y al rededor de una mesa donde humea, servido en elegantes tasas, el aristocrático té, varias lindísimas chiquillas discurren animadamente sobre un tema, siempre viejo y siempre nuevo, *el amor*, y sobre su obligado corolario, *el matrimonio*.

—Yo, dice una picante morena, estoy por la libertad del corazón, y aborrezco el matrimonio porque, según dice mi tía, es la tumba del amor. Sin embargo, si hubiera de elegir marido, lo buscaría despreocupado, hombre de mundo, de aquellos que pasan las tres cuartas partes del tiempo fuera de casa. Porque, ya lo saben, hijitas, *hombre en la casa, pulga en el oído*...

—Yo, nó...— dijo otra. A mí me gustaría para marido, un hombre como la generalidad de los hombres, sin grandes cualidades ni grandes defectos: son los mejores. Eso sí, desearía que mi esposo mirara á lo porvenir, avanzando siempre, aunque lentamente, pero sin retroceder jamás. Así...

—Yo, que no soy tan *equilibrada* como Celia, interrumpió con fogosidad una trigueña, que compendiaba y resumía en sí toda la impetuosidad de su sexo; yo, lo deseo ardiente, apasionado, celoso y amenazador. Que con la volubilidad de sus afectos y el ímpetu bravío de sus pasiones, me proporcione á cada instante escenas distintas dentro de un mismo teatro, haciéndome gustar impresiones nuevas al rededor de un mismo argumento. Los términos medios me fastidian: la dicha está en los extremos.

—Esa es también mi opinión, arrulló blandamente una rubia, rezagada impenitente del más nebuloso y vago romanticismo. También yo abomino de la vulgaridad, de los términos medios; pero, mi ideal es distinto del de Julia. Yo deseo un hombre, que por serlo tanto, casi no lo sea; es decir, lo deseo como yo me imagino que debieran ser los hombres, no como, según dicen, lo son.

—¡Metafísica estás!... interrumpió la picante morena.

—Lo quiero, insistió la rubia, adornado de todas las cualidades necesarias para convertirlo en un sér superior; pero de una dulzura tal, que sus palabras sean arrullos; sus miradas, filtraciones de luz á través de pantallas indefinibles; sus movimientos, con languideces de ensueño. Así lo quiero.

La puerta de la estancia se abrió, y apareció una señora de edad provecta, síntesis admirable de la mamá y de la suegra, y persona sesuda y equilibrada antes de todo. Acercóse gravemente al corro de las sorprendidas muchachas, y les dijo con voz estentórea:

—Sois todas, y á cual más, un hato de tontas. Discurriendo de esa manera, no llegareis á entenderos jamás, ni menos a ver satisfechos vuestros deseos. Si quereis un marido, buscadlo rico—cuanto más rico, mejor—y adornadlo después con todas aquellas cualidades que vuestra imaginación os sugiera, sin temor de que el beneficiado proteste. Hay que proceder con los hombres, como proceden los niños con los muñecos: lo primero y más importante es tener el muñeco, eligiéndolo de buena calidad, firme y resistente; después, viene aquello de vestirlo con las ropas que más nos agraden. Con los hombres sucede lo mismo: no lo olvideis, tontuelas.

Las muchachas prorrumpieron en un *¡ah!* de espanto: la respetable matrona había tronchado de un golpe el árbol de sus ilusiones.

J.

Á FANNY

(EN SU AUSENCIA.)

No importa que me olvides! Si de niño
te supe amar con sin igual constancia,
hoy siento acrecentado ese cariño:
la flor cuando abre dá mayor fragancia...

Bien puedes recrearte en otros suelos,
mostrando altiva tus hermosos dones,
buscar á tu esperanza nuevos cielos
y seguir subyugando corazones.

Nunca esperes de mí ningun reproche
porque me dejas solo en el camino;
¿qué importa que yo sufra eterna noche,
si es risueño y brillante tu destino?

Yo no exijo de tí recuerdo alguno,
aunque en tí vea mi anhelada gloria;
quiero serte leal, mas no importuno,
y adorar en silencio tu memoria!

Tu dulce áfecto, del que hiciera alarde,
dentro mi pecho quedará escondido,
como queda en las sombras de la tarde
el reflejo del sol, siempre encendido!...

No importa que me olvides! Mas, si un día
sintieras de la suerte el abandono,
ten entonces presente, Fanny mía,
que aquí en mi corazón tienes un trono!!

S. A.

Noviembre 7 de 1895.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



UNA DESGRACIA INESPERADA

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS MILITARES

General D. Emilio Körner



¡Ciencia y valor!—Las huestes que organiza,
firmes baluartes de la patria gloria,
sabrá mañana, en la tremenda liza,
guiar á la victoria.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE ABRIL DE 1896 NÚM. 37

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 2.50
Por medio año (25 »)..... 1.25
Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1278

AGENTE GENERAL EN PROVINCIAS
Julio Real y Prado

MOSAICOS

—¡UNA limosna, por el amor de Dios!.. decía con voz desapacible, entre lastimera y aguardentosa, el harapiento mendigo, en el atrio del templo bizantino.

Acertó á pasar un poderoso de la fortuna... Miró al desarrapado y le arrojó una moneda, murmurando con lástima:

—¡Infeliz!

Una ambigua sonrisa entreabrió los labios del mendigo.

—¿Por qué te ríes?... le preguntó el caballero.

—¿Yo?... Por nada...—respondió el miserable. Y agregó inmediatamente:

—¿Me compadeceis?

El caballero no contestó.

—Pues más os compadezco yo á vos, insistió el haraposo.

—¿Por qué?

—Porque con todas vuestras riquezas, sois más pobre que yo.

—No te comprendo.

—Pues es muy fácil. Vos teneis necesidades, obligaciones; yo, sólo tengo vicios. Aquellas, sólo las satisface quien puede; éstos, quien quiere. La caridad, que suele negar un pan á la indigencia, siempre auxilia con un vaso de aguardiente al borracho.

Y el miserable prorrumpió en una diabólica carcajada, para volver de nuevo á su monótono canticio:

—¡Una limosna, por amor de Dios!

* * *

Dióte el cielo hermosura y simpatía,
dióte talento, gracia y gentileza,
y á tus ojos el fuego y la pureza
prestó de las doncellas de Sión;
dióte el poder de subyugar las almas,
de gobernar los hombres á tu antojo,
mas, con tirano é incomprensible enojo
te negó su justicia *un corazón*.

—¡Fragilidad inexcusable!... dijo con aspereza el anciano Cura.

—¡Aguardad, padre mio, no me condeneis sin oirme!... Puede que las circunstancias atenúen mi falta... —exclamó con apresuramiento la afligida jóven.

—Prosigue.

—Era una mañana de octubre... El sol vertía sus prolíficos rayos sobre la tierra vírgen, despertando los gérmenes dormidos y evaporando el perfume de las flores recién abiertas. Las brisas, cargadas con los efluvios primaverales, infiltraban una muelle languidez, y las avecillas, preludiando unísonas el himno de la mañana, prevenían el ánimo á los sueños vagos y apacibles. Yo estaba trastornada: donde quiera que fijaba los ojos, donde quiera que mis oidos recogían un rumor, me parecía ver escrita ó escuchar la palabra AMOR... La naturaleza, en su mudo lenguaje, solo AMOR pronunciaba...

Reclinada sobre el césped, á la orilla de un arroyuelo, estaba yo... Entonces apareció él, hermoso, apasionado, sonriente... Sí, padre mio, sonriente... con la sonrisa del triunfo en los labios, y la corona del vencedor en la frente.

Vos me comprendeis, padre mio, ¿no es verdad?...

—Hace cincuenta años... Esa misma escena... Yo joven; ella hermosa... ¡Pobre Margarita!...—balbuceó con profunda emoción el sacerdote.

—¿No me decís nada, padre mio?... insistió, llorosa, la jóven.

—¡Ah, sí!... exclamó el anciano, como despertando de un sueño. ¡Sí! yo te perdono... ¡quiera el cielo también *perdonarnos*!...

(Se nos ocurre que la siguiente hermosa composición, que hemos recibido por el Correo, obedece al propósito de contestar de un modo digno y agudo, á la vez que discreto y comedido, el desdeñoso artículo que Rubén Darío publicó en la prensa de Buenos Aires, sobre los mismos poetas chilenos á quienes ensalzó no hace mucho tiempo, cuando vivía entre nosotros.

Ya veremos lo que contesta el apóstol del decadentismo, que tan modestamente se ha jactado de habernos traido las gallinas...)

LA CRISANTEMA

A RUBÉN DARÍO.

I

YO, el modesto *Alcanfor*, soy en mi tierra
flor sencilla del campo,
crezco á toda intemperie, al sol y al viento,
y nadie me hace caso.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE ABRIL DE 1896 NÚM. 37

Pero acá, en otro mundo más brillante,
Crisantema me llamo,
flor á la moda soy, flor celebrada,
y reino en los palacios.

Y figuro en los albums y jarrones,
y en senos no tocados;
las damas me prefieren, los poetas
mis triunfos van cantando.

Las rosas, las violetas, los jazmines,
ya de los tiempos rancios,
hoy son vulgaridades, cual los mirtos
y los laureles clásicos.

Lo vulgar y común yo lo detesto,
amo lo extraordinario:
amo lo decadente en poesía,
y en el arte, lo raro.

Yo lleno el mundo y el Japón me aclama,
Piérre Loti me ha ensalzado;
¡soy la única flor, flor simbolista,
y por mi misma valgo!

II

Oyolo una Violeta, medio oculta
entre la verde grama,
y díjole:—Alcanfor envanecido,
que á ti solo te amas;

¿Cuáles son tus perfumes y colores?
¿Qué virtudes te ensalzan?
Hoy te aclama la moda; mas, su imperio
relámpago es que pasa!

Hasta la tarde de esplendente púrpura
palidece y se apaga.
¿Y fias en tu boga?—No desprecies
ni la noche ni el alba.

Lo eternamente bello nadie borra;
las rosas nunca pasan:
si tú las desconoces, Crisantema,
los siglos las acatan.

Homero es joven; el Petrarca enciende
las amorosas almas;
canta la alondra, y seguirá cantando
á las rosas y al alba!—

Así dijo la tímida Violeta
perdiéndose en la grama,
y, sin querer, embalsamó el ambiente
su esencia aristocrática.

Y así es la Poesía, ella perfuma
al mismo que la ultraja.
—Alcanfor literario, ¿quién te hizo
Crisantema en el Plata?

Florencia.

PRELUDIO

CON candoroso embeleso
y rebosando alegría,
¿me pides, gacela mía,
que te diga qué es un beso?

—

Un beso es el eco suave
de un canto, que más que canto,
es un himno sacrosanto
que imitar no puede el ave.

—

Un beso es el dulce idioma
con que hablan dos corazones,
que mezclan sus impresiones
como las flores su aroma.

—

Un beso es... ¡No seas loca!
¿Por qué me preguntas eso?
Junta tu boca á mi boca
y... ¡verás lo que es un beso!

J. Federico Barreto.

Perú 1895.

MARIQUITA

MARIQUITA... Así la llaman todavía sus amigos, haciendo generosa abstracción de sus años.

Mariquita fué, hace ya muchísimo tiempo, una linda chiquilla, nacida en hogar patricio y heredera de una mediana fortuna. Lista y alegre como unas pascuas, si bien orgullosa de sus blasones y envanecida de su hermosura, á los dieciocho años el mundo le parecía estrecho, y los hombres que la rodeaban, unos muebles, ó poco menos, indignos de interesar su atención.

Su madre, que era una señora muy cuerda, le dijo un día:

—Mariquita, hija, dentro de dos años habrás cumplido los veinte, edad muy peligrosa para las jóvenes que no tienen novio. Tú aún no lo has elegido, á pesar de los numerosos pretendientes que te rodean; y éso, en verdad, no está mui bien. A tu edad, yo estaba ya formalmente comprometida con tu padre, y como eran tiempos de epidemia, y las gentes se morían sin consultarlo con nadie, tenía, además, de reserva dos guapos muchachos que agonizaban por mí. Tú...

—Yo...—dijo con violencia la taimada Mariquita—yo, no me casaré jamás, ó me casaré á mi gusto. ¿O quiere Vd. que apechugue con cualquiera, aunque ese cualquiera sea un babieca, un pobretón y un cursi?



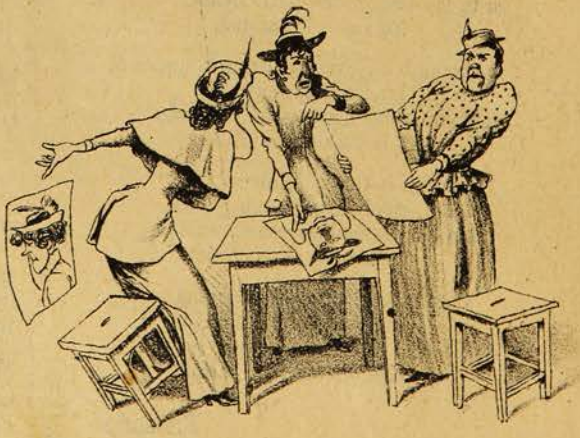
Luzca ya en tu semblante la alegría,
y en señal de perdón, bebe, alma mía.



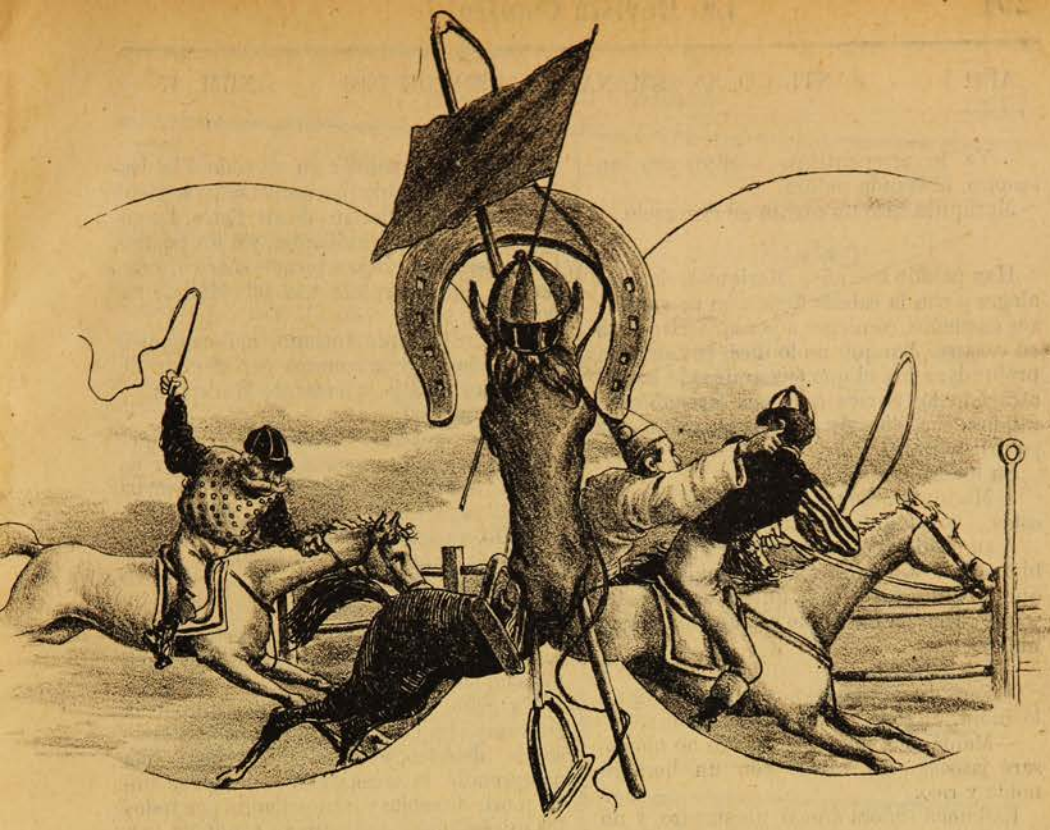
¡Válgame Dios! Lo que somos...



Por vanidad pueril, ciega, imprudente,
retratarse quisieron mutuamente!



Y tacharon después de garabatos
el parecido fiel de los retratos.



Desafío pendiente,
que se realizará próximamente.



Díles que soy hechicero,
joven, discreto... y soltero.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE ABRIL DE 1896 NÚM. 37

—Ya te arrepentirás... —dijo, con un suspiro, lo sesuda señora.

Mariquita hizo un mohín de desprecio.

*
* *

Han pasado tres años. Mariquita, siempre alegre y con la cabeza llena aún de vanidosos ensueños, comienza á pensar seriamente en casarse. Aunque no lo dice, la mortifica profundamente el que sus amigas le hayan atrapado los novios que ella desdeñó, casándose con ellos sin consultarla, ni menos pedirle permiso.

Su madre le dice:

—Mariquita, tienes ya veintiun años, y estás... como sino los tuvieras.

A tu edad, yo estaba casada y tenía dos hijos, exactamente como tu amiga Elena, que te quitó á Perico, á quien desdeñaste, y que luego ha resultado ser un magnífico muchacho.

—Un *siútico*...

—Pero un *siútico* rico, que es como sino lo fuera...

—Mamá, desengáñese Vd.: yo no me casaré jamás, ó me casaré con un hombre noble y rico.

La buena señora ahogó un suspiro, y no respondió.

*
* *

¡Cómo vuelan los años!... Mariquita ha cumplido los veintiseis, y busca afanosa un novio rico, aunque no sea noble, sin que nadie le dé noticias que la satisfagan. Cuando ya desesperaba de encontrarlo, y comenzaba á agitarse en su cerebro la idea de un monjío salvador, llega la mamá, del *Centro*, y la dice toda azorada:

—¿Sabes á quién he divisado en el Portal?...

—¿A quién?

—Pues, nada menos que á Ricardo... Debe haber llegado en el último vapor.

—Y él, la vió á Vd?

—Nó.

—¿Cómo viene?

—La verdad... Trae una facha de provinciano que... Pero, eso sí, de provinciano rico... Gordo, muy gordo, tal vez demasiado gordo; la cara muy bien afeitada, aunque un tanto lustrosa; los ojos inyectados de sangre, como persona bien alimentada y mejor bebida; cruzándole el protuberante abdomen una gruesa cadena de oro, y los rollizos dedos cubiertos de anillos... Ese hombre lleva encima sobre sí una arroba de oro.

—¡Jesús!... Se verá horrible...

—No lo creas...—¿Quieres que lo haga invitar á comer?

—Como Vd. quiera.

El robusto Ricardo no se hizo repetir la invitación, y á la hora indicada llegó á la casa.

Su físico correspondía en un todo á la descripción que había hecho la señora, y sus modales no desdecían de su físico. La comida fué alegre y bulliciosa, y á los postres la conversación vino á recaer sobre el estado que más convenía á la felicidad de las personas.

—Yo, dijo el provinciano, me encuentro muy dichoso, y reconozco ser deudor de esta felicidad á la interesante Mariquita.

—¿Cómo así?

—Pues es claro... Sin las calabazas que ella me dió, ahora estaríamos casados, y yo sería el hombre más infeliz, pues no sirvo para el yugo... ¡Oh! siempre he dicho de la señorita, que las podrá haber más hermosas, pero más inteligente... éso, jamás. ¿No es verdad, señora?

—Mi hija...

—¡Oh! su hija de Vd. es un portento; ella comprendió desde *guagua* que el buey suelto, bien se lame...

Un grito de Mariquita interrumpió la conversación. La pobre niña sufrió un acceso de histérico, y la afligida señora, que comprendió la causa del accidente, se sintió morir de rabia; y, atropellando por todos los miramientos, enrostró su conducta grosera al turbado provinciano, que salió escapado de la casa bajo una lluvia de improperios, sin comprender una palabra del asunto.

Un mes de enfermedad costó el chasco á la afligida joven.

*
* *

¡Eheu fugaces... labuntur anni!... ¡Cuán ligeros pasan los años!... dijo, con hondo desconsuelo, el poeta del Lacio. Mariquita ha cumplido los treinta, y sólo desea para esposo á un hombre bien nacido, aunque no tenga mayores bienes de fortuna, pues con la madurez de la edad se le han desarrollado de nuevo los instintos aristocráticos. Entonces piensa en don Hemenegildo, caballero pobre pero de rancia alcurnia. Un buen día, insinúase elocuentemente en el ánimo del noble señor, pintándole con vivos colores las ventajas de un matrimonio de clases, extraño de todo punto al convencionalismo estrecho de este siglo azás metalizado. Don Hermenegildo no comprendió, ó fingió no comprender, la intención recóndita de tan peregrino discurso, y le respondió con este exabrupto:

—Desengáñese Vd., Mariquita: los diamantes, para que brillen con todo su esplendor y tengan el valor de tales, necesitan estar montados en engastes de oro. La aristocracia, si algo ha de significar ahora, debe ir asociada al dinero.

No consta de las crónicas el nombre de la

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE ABRIL DE 1896 NÚM. 37

enfermedad que esta declaración ocasionó á Mariquita, pero debió ser terrible, dado el trastorno que experimentó en sus ideas y preocupaciones; trastorno que, lejos de menguar, ha ido acentuándose con los años, hasta convertirse en verdadera manía. Desde entonces, la desengañada joven (que hoy, por cierto, ya no lo es) abomina de las clases, de los pergaminos, de la familia, de la propiedad, y de todo cuanto signifique, ó pueda significar, privilegio y exención. Ha sido, sucesivamente, comunista, socialista, anarquista; y hoy pasea por los arrabales de Santiago sus cincuenta otoños, disimulados con perifollos y cintajos, en busca de un Ravachol que la sepa comprender, y proclamando las excelencias de la dinamita como fuerza de progreso.

J.

EPIGRAMAS NUEVOS

IV

En una caja de oro
había una tarántula encerrada,
y al que intentaba abrirla
la araña ponzoñosa le saltaba.
Así tu amistad es, mísero Creso,
caja de oro, que esconde una tarántula.

V

Una tienda Juan Centellas
puso, de puras botellas
y luciente vidriería;
¿y sabeis lo que vendía?
Maravillas!
Aguas de diversas fuentes,
palillos para los dientes
y cerillas!

Tu tomo de Poesias
muy lucientes y muy bellas,
es la tienda de Centellas,
la de botellas vacías.

VI

Nació pobre y oscuro; sin virtudes,
escalar altos puestos ha logrado.
—¿Encumbróle el talento?—No lo tiene;
la necedad humana lo ha encumbrado.

VII

—¿Qué te parece el Gobierno?
—¡Paréceme sanguijuela,
pues tiene muchos estómagos
y no le veo cabeza!

Gil del Arco.

¡ÁNIMO!

Al peso abrumador de tanta pena
yace tu corazón atormentado;
y, maldiciendo la crueldad del hado,
con sus lamentos el espacio llena...

Un tiempo fué que en Roma, en lucha plena,
de un león al empuje denodado,
el gladiador caia desplomado
trocando en roja la plomiza arena.

Pero si acaso vencedor salía
de aquella lucha desigual y fuerte,
frenética la plebe le aplaudía.

Tal tú debieras desafiar la suerte,
y luchar con valor y confianza.—
¡Solo el que lucha la victoria alcanza!

F. G. G.

Correspondencia

Sr. R. L. R.—Ya que me es imposible publicar íntegra su composición, quiero transcribir la primera estrofa, á fin de salvar del olvido algo siquiera de obra tan maestra. Dice así:

Un diviezo el otro día me salió
en el cogote:
mi mujer con cuidado lo curó,
por cumplir con sus deberes.
¡Benditas sean todas las mujeres!

Sr. S. Sh.—Por los mismos motivos que en el caso anterior, transcribo el final de su obra. Dice:

Tuyo es mi amor, toma mi vida,
tuya es, dispón de ella;
siempre, hasta la eternidad,
tuya será, Chabelita bella.

Sr. B. S.—Idem. Comienza:

Pajarilla que cantais,
decidme por favor:
¿qué cosa es amor
si perdeis lo que amais?

Sr. R. S. R.—Hombre, no sueñe Ud. esos sueños tan deliciosos, mire que...

Capricornio.—Lo siento mucho, pero ¿qué puedo hacer yo?...

Stas. S. y S. R., Copiapó.—¡Gracias!... La contestación, á medias, va en uno de los grabados...

Club Hípico de Santiago.

HOY

GRANDES CARRERAS DE TEMPORADA

Correrán los mejores caballos

DEL PAÍS É IMPORTADOS.

¡NO OLVIDARLO!

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



Sta. Amelia Zañartu Iñiguez

EVA

Ella - sensible, delicada, pura,
flor entre abrojos á la luz nacida,
astro enviado á disipar la oscura
niebla, que envuelve la terrestre vida.
Ella - imagen de amor y de ternura,
en el mundo quizá no comprendida;
Ella - la joya del Edén perdido,
á amar y á hacerse amar sólo ha venido.



Sta. Berta Iñiguez Larrain

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS HOMBRES DE CIENCIA

Doctor D. Adolfo Murillo



Luchando en la lid reñida
con vigor é inteligencia,
va dilatando su ciencia
los límites de la vida.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE ABRIL DE 1896 NÚM. 38

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... **$ 2.50**
Por medio año (25 »)..... **1.25**
Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

AGENTE GENERAL EN PROVINCIAS
Julio Real y Prado

MOSAICOS

Alzóse el sol de otoño, bello y deslumbrador como en un dia de primavera, y sonaron las músicas marciales, y viéronse los balcones de los palacios coronados de niñas hermosas, y por sobre la compacta muchedumbre tremolaron en el aire millares de banderolas, y un *¡hurra!* atronador, unisono, vibrante saludó á los *soldados-ciudadanos*.

Y en apretadas hileras desfilaron los entusiastas milicianos, con la alegria en el semblante, el himno patriótico en los labios, y la esperanza y la fé en el corazón; y allá... arriba, muy alto, se vió al GENIO DE LA PATRIA, cobijándolos con su manto, é igualando condiciones, fortunas, creencias...

¡Oh! qué bello dia, y qué feliz la madre que entrega á tales hijos la salvaguardia de su honor!...

***

Crece gentil en la feraz pradera
la cándida amapola;
trasplántanla al jardin, la tierra es débil,
y ya mengua su aroma.

Así tú un dia... De tu casto asilo
volaste al mundo loca,
y perdiste, mujer, todo el perfume
de tu inocencia hermosa.

***

¡Oh! qué horribles son los celos en un corazón de mujer!

Apoyada en una columna del fastuoso salón está la bella Adriana, vestida de negro, livido el semblante, extraviados los ojos, y estrujando entre los dedos crispados una carta escrita en papel blanquisimo.

Y sugestionada por la pasión que la domina, llegan á sus oidos los alegres gritos de la orgia, el chocar de las copas, las frases apasionadas; y escucha, como salidos de un pequeño retrete, suspiros ahogados, besos, protestas, juramentos... y después, el silencio... ¡nada!

Y agitan sus entrañas instintos de fiera, y revuelve en su cerebro ideas siniestras, propósitos de venganza; y hace rechinar los dientes apretados, y se mira las manos, cual si quisiera descubrir en ellas las huellas de la sangre...

¡Oh! qué horribles son los celos en un corazón de mujer!...

LEONORA (1)

(DE EDGARDO A. POE.)

I

¡EL vaso se hizo trizas! Despareció su esencia.
Se fué; se fué!...
Doblad, doblad campanas con ecos plañideros,
que un alma inmaculada de Estigia en los linderos
flotar se vé!

Y tú, hombre de piedra, ¿qué hiciste de tus lágrimas?
Ah! déjalas correr!...
Mira, el angosto féretro encierra á tu Leonora;
oye los cantos fúnebres que entona el fraile; ahora
ven á su lado, ven.

Antífonas salmodien á la que un noble cetro
fué digna de regir;
un ronco *de profundis* á la que yace inerte,
que con morir tan joven sufrió una doble muerte...
¡Tan joven y morir!

Indignos los que amabais en ella solamente
las formas de mujer;
pues su altivez nativa os imponia tanto,
deseasteis que muriera, cuando el fatal quebranto
posó sobre su sien.

¿Quién abre los rituales? ¿Quién va á cantar el *requiem*?
Quiero saberlo; quién?
¿Vosotros, miserables, de lengua ponzoñosa
y ojo de basilisco?... ¡Mataron á la hermosa
que tan hermosa fué!

¡*Seccavimus* cantasteis? Cantasteis en mal hora!...
El *Stabat* entonad:
que su solemne acento suba al excelso trono
como un sollozo amargo que no suscite encono
en la que duerme en paz.

II

Ella, la hermosa, la gentil Leonora
emprendió el vuelo en su primer aurora;
ella, tu novia, en soledad profunda
huérfano te dejó.

Ella, la gracia misma, ora reposa
en rígida quietud: en sus cabellos
hay vida aún; mas en sus ojos bellos
no hay vida, nó nó, nó!

Atrás! Mi corazón late de prisa
en alegre compás. Atrás! No quiero
cantar el *de profundis* majadero,
porque ya inútil es.

Tenderé el vuelo, y al celeste espacio
me lanzaré en su noble compañía.
¡Voy contigo, alma mía; sí, alma mía,
y un *peán* (2) te cantaré!

(1) Poe con el nombre de *Leonora*, escribió este bello y trágico poema á la muerte de su esposa Virginia Clem.
(2) *Peán*, canto de júbilo y de triunfo de los griegos, de ordinario dedicado á Apolo.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE ABRIL DE 1896 NÚM. 38

III

¡Silencio las campanas! Sus ecos plañideros
acaso la hagan mal.
No turben con su acento la beatitud de un alma
que vaga sobre el mundo con misteriosa calma,
y en plena libertad.

Respeto para el alma que los terrenos lazos
triunfante desató;
que ahora luminosa flotando en el abismo
ve amigos y enemigos; que del infierno mismo
al cielo se lanzó.

Si el vaso se hizo trizas, su eterna esencia, libre
se vá, se vá!...
Callad, callad campanas, de acentos plañideros,
que un alma inmaculada del cielo los linderos
tocando está!

E. de la Barra

Santiago, 1874.

IDILIO

Han transcurrido muchos años.

Los azares de una vida siempre agitada, á la vez que encanecido prematuramente mis sienes, y despojado de sus hojas el árbol de mis ilusiones, han arrebatado, con la fuerza del torbellino, la fé sencilla de mi alma, las esperanzas risueñas de mi corazón. El hálito voraz de las pasiones, soplando enardecido sobre mis recuerdos de ayer, apenas si ha dejado en pié las memorias tristísimas de los primeros desengaños.

Pero en medio de tanta ruina, de tanta desolación, aún siento agitarse poderoso dentro del pecho, el recuerdo dulcísimo del primer amor; aún escucho aquellas frases sencillas, que llegan á mis oídos, como en mitad de la tormenta el canto angustioso del ave moribunda.

Era yo muy niño... Cerca de mi casa había un surtidor de agua, donde la gente pobre de la vecindad acudía por las tardes á llenar sus cántaros de barro.

Ella acudía también...

Ella, era una niña lindísima, rubia, de ojos azules, con la palidez de la azucena en las mejillas y el carmín de la rosa en los labios. Delgada, muy delgada, casi vaporosa, con movimientos lánguidos de ensueño, y una voz dulcísima de arrullo. La conocí, viniendo una tarde del colegio. Agitado por el egercicio violento de los juegos del *recreo*, tuve sed, y ella me dió de beber... La miré con agrado, sin experimentar ninguna sensación desconocida, dile las gracias, y me retiré...

Pero á la tarde siguiente tuve sed otra vez, y volví á la fuente, y bebí del agua que ella me ofreció; y, sin darme yo mismo cuenta exacta de lo que hacía, seguí yendo todos los dias, sin faltar uno solo, al modesto surtidor. Si ella no había llegado, la aguardaba; si yo, por un motivo involuntario, no acudía á la hora acostumbrada, ella me esperaba pacientemente.

¿De qué hablábamos?... No lo recuerdo.

Una tarde la ví muy pálida, y creí notar en ella un ligero temblor. Probó dos veces levantar el cántaro lleno de agua, para regresar á su casa, y no pudo.

—¿Qué tienes?... le pregunté alarmado.

—¡Nada!... me respondió.

—Estás muy pálida...

—Es que tengo mucha pena, porque me voy mañana...—dijo sollozando.

—¿Qué te vas mañana?

—Sí.

—Y á dónde?

—Muy lejos... Al campo.

Un velo de lágrimas oscureció mis ojos.

—¡Ya no nos veremos más!... agregó.

—¡Ah, nó!... le contesté. Yo iré á verte.

—No podrás...

—Pues bien, cuando sea grande te buscaré y me casaré contigo—le dije, en un arranque de infantil desesperación.

—Eso es imposible, me contestó con tristeza. Mi abuelita dice que tú eres un caballero, y que tu padre es rico y no lo consentiría.

—¿Y qué me importa mi padre?.. exclamé yo con trágica resolución, y en el tono más desdeñoso que puede ocurrírsele á un galán de doce años.

Ella cayó, y probó de nuevo levantar el cántaro... No pudo hacerlo, y yo cargué con él hasta la puerta de su casa. Ahí nos despedimos... Un beso mudo—el primero y el último de ese infantil amor—juntó nuestros labios y confundió un instante nuestros alientos.

Después... ¡nada!

* * *

Han transcurrido diez años.

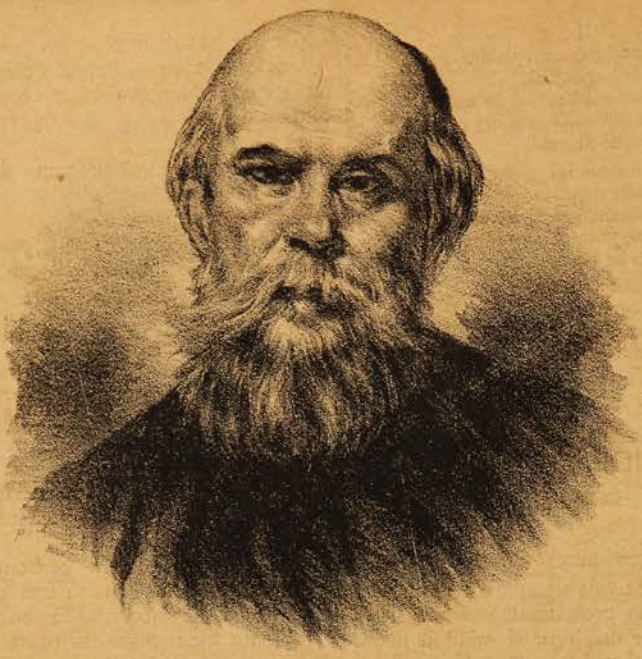
Había cumplido yo los veintidos, y á causa de mis extraños hábitos de vida, me sentía poco dispuesto á recordar idilios sentimentales ya olvidados.

Un dia de primavera, varios amigos realizamos un paseo campestre, sin más pretexto que el de divertirnos; y andando, andando, llegamos á una pintoresca y limpia casita, en un recodo del camino, á la que nos acercamos con el objeto de hacer condimentar la indispensable *cazuela*.

Recibiónos una mujer joven, y hermosa á través de su cutis tostado por el sol de la campiña. Conducía dos pequeñuelos, uno en los brazos y otro asido de la mano; y su rostro agraciado, y su talle, que aún no había perdido del todo su esbeltez, predisponían en su favor.

Sin embargo, ninguna sensacion especial experimenté á la vista de aquella mujer.

Acompañónos á la mesa, y procuró sentarse á mi lado, lo que, por cierto, no me desagradó; y, cuando ya parecían agotados los temas de vulgar conversación, con una sonrisa, entre alegre y ruborosa, me dijo ella:



Mr. Paul Verlaine,

CÉLEBRE POETA FRANCÉS,

† en Paris.



¡Esta no es conmigo!



¡VIVA LA GUARDIA NACIONAL!



Mr. Léon Say,

EMINENTE ESTADISTA FRANCÉS,

† en Paris.



¡Amado, bebe y olvida!
En la copa del placer
quedó una gota escondida,
y áun puedes dichoso ser.
¡Amado, bebe y olvida!

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE ABRIL DE 1896 NÚM. 38

—¿Vd. no se acuerda de mí?

—Nó..., le contesté.

—Pues yo lo reconocí al instante...Yo soy aquella chiquilla á quién acompañaba Vd. en el surtidor.

—¡Elena!

—Sí, la misma. Ya ve Vd.: ahora estoy casada y he engordado mucho, no es extraño, pués, que Vd. no me haya conocido.

No supe, al pronto, qué responderle; después, reponiéndome de la sorpresa, le dije:

—¿Y es Vd. feliz?

—¡Oh, mucho!... Ya ve Vd., tengo estos dos niños...

¡Era claro! Tenía dos niños, ¿qué más podia desear?

—Ahí viene mi marido, agregó un instante después.

En efecto, entró en el comedor un *huasote* panzudo y bonachón, á quien Elena me presentó como á su esposo.

—Feliciano, le dijo ella, este es el caballero de quien tanto te he hablado; aquel, que cuando éramos niños...

—¡Ah, sí!... dijo el gordiflón, con aire regocijado, *ésta* me lo ha contado todo.

.....

Para abreviar, diré que dos horas más tarde abandoné aquella casa, escandalizado de la felicidad de que disfrutaba Elena, *el primer ángel de mis sueños*, al lado de su basto y obeso marido.

Pronto olvidé la escena referida; pero hoy, que he cumplido los treinta años, y que el alma tiende á volverse irresistiblemente hácia el ideal, el recuerdo de aquellos sencillos amores no se aparta un instante de mi memoria, y solo la importuna evocación de la figura de Feliciano, viene á turbar, algunas veces, el éxtasis en que me aduermo.

J.

MI ÁNGEL

DOS fúlgidas estrellas se desviaron
de sus limpias esferas,
y, al instante, hechiceras,
en sus hermosos ojos se tornaron.

En medio de una noche de tormenta,
la mar embravecida
de su espuma dió vida
á los ondeantes rizos que ella ostenta.

Del arrebol que el cielo se colora
en la tarde brillante,
apareció radiante
el rosicler que sus mejillas dora.

Las hadas, de sus senos desprendieron
magníficos raudales
de perlas y corales,
y en su rosada boca los vertieron.

Tendió la aurora el nacarado manto
en su nítido seno,
y, de embelesos lleno,
se alzó turgente el misterioso encanto.

El cielo y las estrellas sus fulgores
á su faz dirijieron,
y las plantas le dieron
el delicioso néctar de sus flores.

. . . . . .

Así, de las bellezas que atesora
el Universo entero,
surgió, puro, hechicero,
el ángel del amor, que mi alma adora.

Atche.

EL TRESILLO

EN un pueblo de provincia vivian no hace mucho tiempo, los tres singularísimos héroes de esta verídica historia. Era uno de ellos el Cura, en cuya casa se juntaban, hombre de carácter conciliador y de una bondad ingénua capaz de armonizar los humores más encontrados; por más que no hubiera logrado vencer, en mucho tiempo, la tradicional antipatía que mutuamente se profesaban dos tan conspicuos personajes de su parroquia, como lo eran el médico y el boticario.

Después de haber sido compinches en sus mocedades, motivos que ellos estimaban gravísimos, como que estribaban nada ménos que en la prioridad del invento de un sudorífico, que ambos reclamaban para sí, habian producido entre ellos una escisión, que el tiempo no hacia sino ahondar, y á que las circunstancias mismas, dadas las profesiones de los contrincantes, daban una importancia excepcional.

Las veces que se habian arrojados á la cara, por sobre el lecho mismo del enfermo, el contenido de los más íntimos utensilios, eran innumerables. Pero un dia el aspecto de la cuestión asumió una gravedad inusitada: á causa de haber vivido medianamente en paz durante algún tiempo, la primera vez que se juntaron recrudeció la antigua enemistad, i concertaron los rencorosos áulicos un desafío terrible, como que debia realizarse por medio de dos píldoras, (la una envenenada y la otra inofensiva, si bien ambas iguales en la apariencia,) entregando á la suerte la elección.

Encandalizóse el buen Cura al tener conocimiento del hecho, y logró, poniendo en juego sus buenos oficios, desbaratar, ó, más bien dicho, aplazar el bárbaro duelo. Pero, como el experimentado varón conocia las uvas de su majuelo, no confió mucho en el éxito de sus gestiones; y sabiendo por experiencia que los temores de un prometido infierno no serian bastantes á desarmar el odio inveterado de aquellas furias, se

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE ABRIL DE 1896 NÚM. 38

dió á buscar, en el terreno de lo humano, el medio de suavizar aquellos rencores, rebeldes de todo punto á las amenazas divinas. Entonces se acordó del *tresillo*, divertidisimo juego que, según él, había operado milagros en casos análogos; y, como la cosa urgía, púsose á la obra inmediatamente, con tan buena fortuna, que, habiéndoselos explicado separadamente, al mes después consintieron los irreconciliables áulicos en juntarse, para formar, con el Cura, el consabido *tercio* que el juego requiere.

Desde entonces, hoscos, tasiturnos, amenazadores, sin mirarse á la cara, á los ocho de la noche se encontraban diariamente en casa del Párroco los dos viejos enemigos, para ocupar, un poco más tarde, un asiento al rededor de la mesita de tapete verde, atestada de fichas y de naipes. Diez minutos después de comenzar el juego, se cruzaban entre ellos chistes, reclamos y bromas tan decidoras, que hacian sospechar una reconciliación espontánea, sin explicaciones ni retiscencias; pero, apenas el juego cesaba, á las diez de la noche, los ceños se contraian, las miradas cesgadas se cruzaban como aceros del mismo temple, y ambos tomaban, juntos, el camino de sus respectivos domicilios, sin dirijirse una sola palabra.

Y así, de esa manera, transcurrieron los años—no menos de diez—sin cambio alguno sustancial en tan peregrina escena; hasta que un buen dia, que para él fué muy malo, el boticario, que era un glotón de primera fuerza, sufrió un ataque de apoplegía, que hizo indispensable la asistencia del médigo. Negóse éste á acudir al llamado, dando por razones de su negativa, primero, el odio africano que sentia por el paciente, y después, á modo de excusa, el temor de que si su rival moría, cargaran el fallecimiento á la cuenta de ese mismo odio. Y en estas idas y venidas transcurrió el dia, y llegó la noche, y presentóse, como siempre, el médico, á la casa del Cura, pareciendo no darse cuenta de que la partida de tresillo no tendria lugar, pues no había en el pueblo quien ocupara el lugar del boticario.

A medida que el tiempo pasaba, la inquietud del médico, oculta al principio bajo un velo de estudiada indiferencia, fué poniéndose de manifiesto y acentuándose más cada vez. Al fin no pudo contenerse, y dijo al Cura:

—¿Es que la enfermedad de *ése* le impide realmente venir?

—¡Pero si se está muriendo!... alentó apenas el bondadoso sacerdote.

Meditó un instante el testarudo Galeno, y dijo al fin:

—¡Vamos á verle!

El infeliz boticario estaba en agonías, y en vano se esforzó el médico por salvarlo, porque una hora después entregó su alma á Dios. Una transformación, tan violenta como inesperada, se operó en el ánimo del médico. Contempló fijamente á su enemigo, y exclamó con desesperación reconcentrada:

—¿Con qué ya no tendremos más tresillo?...

Y agregó:

—¿Y he sido yo quién, con mi odio insensato, ha contribuido á ésto?... ¡Ah! yo te vengaré!...

Y, con un rápido ademán, sacó del bolsillo una píldora envenenada, que acaso había preparado para el difunto, y se la tragó antes que nadie pudiera evitarlo. Media hora después moría el desgraciado, estrechando la mano del sacerdote, á quien dijo con voz apagada:

—Señor Cura, apresúrese... Allá... en el cielo... ó en el infierno... le esperamos nosotros... ¡Qué partida... tan interesante... vamos... á jugar!

Juan de Juanes

HOJA PÁLIDA

(Pensamiento de Ratisbonnes.)

A Juanita Modesta Esteves

CUANDO la casta y rubicunda Flora
hubo creado á la gentil Violeta,
—"Hija-la dijo con pasión secreta-
¿qué dón deseas que te atorgue ahora?"

Dudó la flor, mas dijo sin demora:
—"Para hacer, madre, mi virtud completa,
dáme un poco de yerba que, discreta,
me oculte de los hombres á toda hora."

Si á tí ¡oh, Juanita! te pregunta una hada,
qué deseo pretendes ver cumplido,
tú dirás, cual la flor de la balada:

—"Yo deseo vivir como he vivido:
al lado de mi madre idolatrada
y oculta entre las hojas de mi nido!"

J. Federico Barreto.

Perú-1895.

Club Hípico de Santiago.

HOY

TRES GRANDES CARRERAS

Catorce caballos inscritos

¡NO OLVIDARLO!

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



Sta. Carmela Prieto Vial.

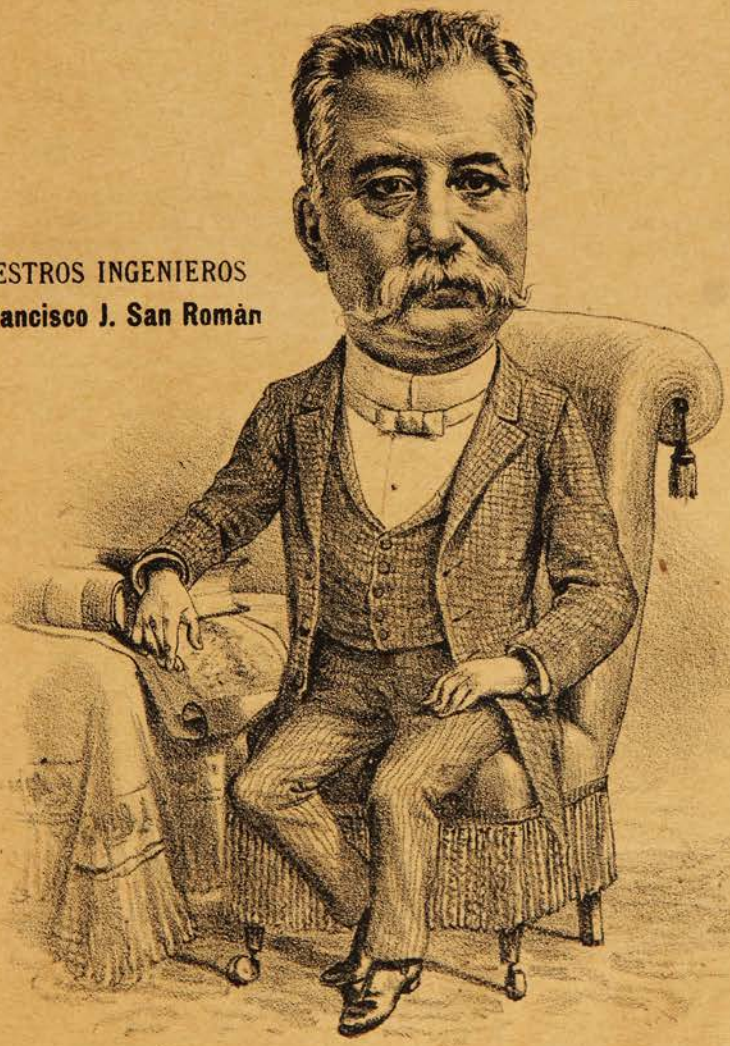
Sta. Margarita Palma Cavero.

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS INGENIEROS

D. Francisco J. San Román



Defensor de sus derechos,
la Patria, sabio lo aclama,
y triunfa altiva su fama
de los mezquinos despechos.

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE MAYO DE 1896 NÚM. 39

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 2.50
Por medio año (25 »)..... 1.25

Oficina y Administración-Moneda 60-A

Casilla, 1655, Teléfono, 1273

AGENTE GENERAL EN PROVINCIAS

Julio Real y Prado

A LOS SEÑORES AGENTES

La Dirección de "La Revista Cómica", pone en conocimiento de los señores Agentes en provincia, que, después del núm. 40, no se les admitirá devolución de ejemplares; de manera que deberán pedir los estrictamente necesarios.

Se ha tomado esta medida, para regularizar definitivamente el tiraje de la publicación.

MOSAICOS

ECHADO de codos sobre la sucia mesa del figón, amoratado el semblante, sudorosa la frente, los hirsutos cabellos en desorden, dormia profundamente el borracho.

Y soñaba... con lo que suelen soñar los borrachos: vino, mujeres, orgias; y luego, pendencias, puñaladas; y después... la cárcel, el patíbulo.

De pronto, un grito inmenso resonó en la calle, y se oyeron los acordes de un himno marcial.

—¿Qué pasa?... dijo el pobre diablo, incorporándose torpemente.

—¡Viva la Patria!... exclamó la entusiasta muchedumbre, cual si quisiera responder á aquella pregunta.

—¡Vivaaa!... dijo á su vez el miserable; é irguiéndose altanero, arrojó unas cuantas monedas sobre el mesón, y salió tambaleando á incorporarse en las filas de la *Guardia Nacional.*

***

"¡Parto, pero no llores", te decia
esa noche crüel;
y tú exclamabas con dolor:-"Si tardas,
de pena moriré!"
Yo á consolarte me esforzaba en vano;
y, anhelando tu bien,
que intentarias aliviar tu duelo
te hice prometer.

Cómo cumpliste tus promesas tiernas,
jamás lo averigüé;
yo solo sé que de aliviarte hubiste
demasiado, mujer.

***

Con la respiración fatigosa, los ojos salidos de las órbitas, teniendo miedo de sí mismo, el asesino corria y más corria, sin rumbo determinado.

Después de cruzar muchas calles, sin darse cuenta de lo que hacia, penetró en el templo. El sacerdote, con la voz conmovida, anunciaba á sus feligreses la muerte de un hombre de bien, recientemente herido por la mano del crimen.

El miserable escuchó con terror las palabras del anciano, y una sensación desconocida, que no era la del miedo, estremeció su sér.

Comenzaba á sentir el aguijón del remordimiento.

Entonces se incorporó rápidamente, y huyó á todo correr, cual si quisiera dejar atrás aquel horrible sentimiento, ante el cual sus fuerzas vacilaban. Y salió al campo, y penetró en el bosque enmarañado, y cayó al fin, rendido de cansancio, en un fatigoso letargo, sobre las hojas secas que cubrian el suelo.

A la mañana siguiente, un rayo de sol, filtrándose á través del espeso ramaje, hirió sus párpados entreabiertos, y el miserable despertó sobresaltado. Giró en torno sus ojos, tuvo miedo, y probó el medio de huir de aquel lugar; y erró todo el dia en busca de una salida que no encontró; y por la noche tuvo hambre, y buscó un mendrugo de pan en sus bolsillos, y solo halló unas cuantas miserables monedas teñidas con sangre...

Entonces pensó... Pensó en que al huir sucesivamente del sitio del crimen y del lugar del remordimiento, habia venido á encerrarse en la cárcel de la expiación. Y se vió flaco, estenuado, agonizante, sucumbiendo á los rigores del hambre, mientras oprimia entre sus dedos crispados, unas cuantas inútiles monedas conquistadas al precio del crimen.

LA LIRA CON CRESPONES

(En la muerte de Anita Renjifo R.)

MI pobre lira llora.
Lleva crespones en señal de duelo.
Es que ha muerto una aurora.
Es que ya un ángel ha tendido el vuelo.

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE MAYO DE 1896 NÚM. 39

No entona los arpegios,
las grandes melodías;
ya no sabe vibrar los cantos regios,
los locos ritornelos de alegrías.

Es que no puede tanto!
Son gemidos sus notas...
Solo suspira con amargo llanto
los himnos tristes de cadencias rotas.

Es que mi pobre lira tiene un alma,
y vive, y siente y piensa,
y tiene ratos de angustiosa calma,
clamores grandes de la mar inmensa.

Recostada en su lecho de zafiros
engarzados en hojas de gardenios,
ha escuchado los lúgubres suspiros
del llanto de los genios.

¡Oh! pobre lira, llora!
Canta la negra estrofa de las tumbas,
la muerte de una aurora...
Nada te importe que al dolor sucumbas!

Y llora y ruge con clamor profundo,
con alientos soberbios,
con los ruidos de un mundo;
haz pedazos tus cuerdas que son nervios!

Pon en tus rimas los macabros besos,
los secos estertores de agonías,
los rumores de huesos
en las fosas sombrías.

.....

Envuelta en los crespones,
con ruido de alas se quejó la lira,
con los más tristes sones...
¡Cuando es grande el dolor jamás se inspira!

A. Bórquez Solar

Ángeles, 26 de marzo de 1895.

ELIA

LA vi lánguidamente apoyada sobre el balcón de un palacio suntuoso.

La morena palidez de sus megillas contrastaba con las grandes ojeras que sombreaban sus párpados.

Ay! Quise decirle que la amaba..., y la voz expiró en mis labios.

Un soplo helado y maldito resbaló sobre mi frente, haciendo retorcerse en un vacio negro las llamas del volcán misterioso que me abrasaba el corazón.

Yo no era ni un príncipe ni un génio: no tenia ni una corona de oro, ni una diadema de luz que arrojar á sus plantas.

Yo era una sombra que erraba en un mundo muerto.

Era un mendigo que extendia en vano la mano trémula al cielo, demandando un rayo de sol para mi frente, una esperanza lejana para mi corazón.

Yo no era nada, y ella lo era todo.

Ella era un ángel pensativo que soñaba con el recuerdo vago é inefable de un paraiso desvanecido.

Sus alas habian quedado rotas en su peregrinación del cielo á la tierra, y yo no podia devolvérselas.

Acaso el viento de lo infinito, el que enciende las estrellas en el crepúsculo, el que riza las nubes en el éter y las espumas en el mar, le traia un perfume y una vibración de su patria celeste.

Acaso ella aspiraba ese perfume y escuchaba esa vibración.

Mi voz nacia de la tierra, y no podia llegar hasta su éxtasis.

Ay!

Me alejé de su presencia, con la noche en la frente y el infierno en el alma!

B. A. Contardo Lagos

Abril del 96

EPIGRAMAS NUEVOS

VIII

¿POR qué todos te huyen, buena pieza?
¿Qué peste va contigo?—La pobreza!

IX

Este es el maestro Miguel Escalada,
todo lo critica y él no sabe nada;
y con malos fines y peores principios,
en otro ve ripios y él tiene adoquines.

X

Lo que fué fresco y lindo
y una delicia,
cuando la moda pasa
nos mueve á risa.
Poeta de antes,
¡no más versos del tiempo
del miriñaque!

XI

Contrariada al altar llegó la novia
con el novio opulento á quien la entregan.
—¿Por qué tiemblas, mi bien? él la pregunta,
y ella responde:—Y tú, ¿por qué no tiemblas?

Gil del Arco.

¡EL ÚLTIMO BESO!

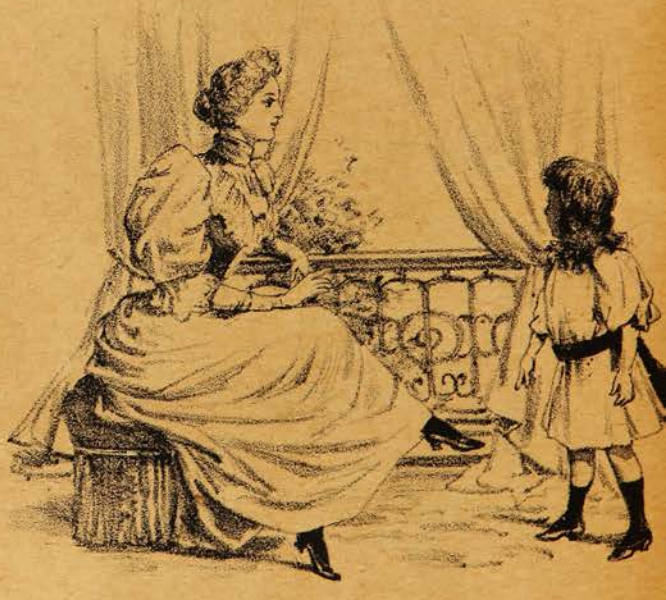
TRANSIDO de dolor, posó sus labios,
en los ojos sombríos de la muerta.
¡Lo habia prometido!... ¡Con qué angustia
cumplia en ese instante su promesa!



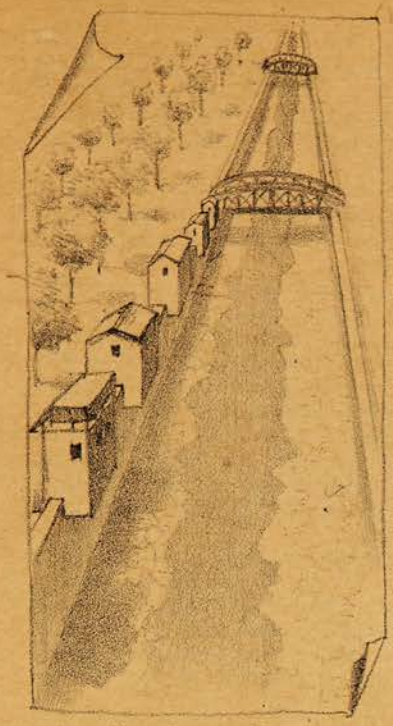
—Mozo, la cuenta!—Ya la pagué.
—No lo permito...—Déjese usté...



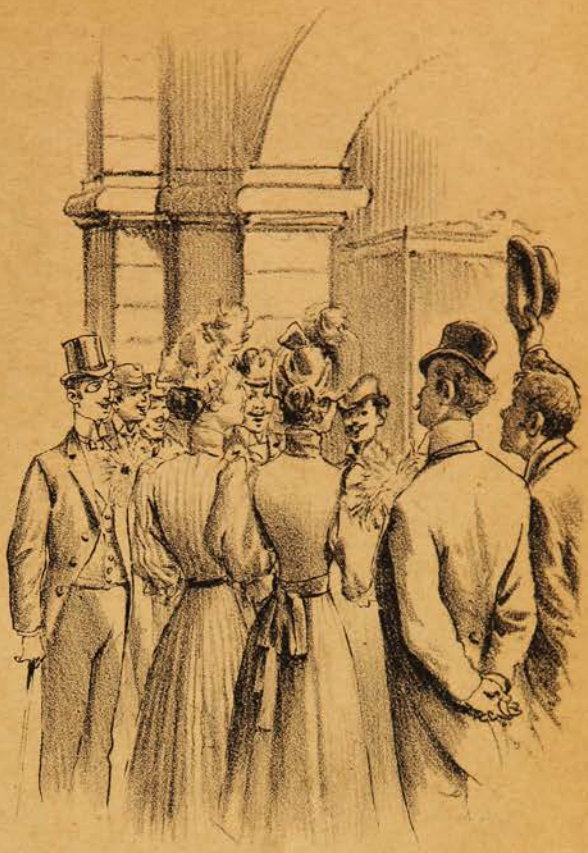
Este señor parece que no me fuera desconocido.



—Mire, mamá, ¿cuándo seré yo feliz?
—Cuando estés en el cielo.



Una vista del Canal
del Mapocho, en lo futuro,
merced al juicio seguro
del gremio municipal.



Santiago: notas de hogaño.
Vista exacta, aunque parcial,
de la esquina del Portal
en cualquier día del año.



(Tipos de antaño.)
Un estudiante de la tuna.



Crisantemos, hembra y macho,
departiendo sin empacho.

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE MAYO DE 1896 NÚM. 39

Pasaron muchos años; y áun la imagen
se alzaba ante él, de la inocente niña:
¡el hielo de esos ojos empañados
todo su sér aún estremecía!

Entonces quiso, en su febril locura,
en nuevos lazos encontrar olvido;
y al acercar sus labios á otros ojos,
de aquellos apagados sintió el frío.

Celia

VIAJAR PARA APRENDER

(COLABORACIÓN)

RICARDO espera en el muelle hace una hora.

Sus ojos errantes pasan del vapor que caldea á la distancia, á la multitud alegre y bulliciosa que se agita en la plaza Arturo Prat.

Por fin, un estremecimiento repentino conmueve todo su cuerpo, lleva una mano á su cabeza, á su sombrero, va de un lado para otro, y no acierta á elejir un sitio donde colocarse. En la línea del malecón, en medio de numerosos fleteros, entre fardos y maletas, la familia que Ricardo espera se presenta de súbito á sus ojos. Elena viene allí, triste, inclinada la cabeza, toda vestida de negro, ostentando en el cuerpo el luto del alma. Y, con el encanto que le presta su noble tristeza, está ahora más bella, más hechicera que nunca.

Elena va á partir. Háse encomendado á Europa la triste misión de arrancar de su alma lo que tiene de más noble: de extinguir la llama generosa en que arde su pecho de joven y de virgen. Ella ama á Ricardo; le ama con el ardor de los sentimientos juveniles, con el sublime desinterés del que no busca la dicha en el ascenso de la escala social: le ama porque es él; y en él ama su grande virtud, acaso también su inmensa desgracia.

Ricardo es pobre. Huérfano desde la cuna, vió correr sus primeros años en el abandono más completo. Ni el hombre ni el cielo acudieron en su socorro. Pero él había recibido —única herencia de su ilustre padre—fuerza poderosa, que agitaba y sostenía su alma; sólida virtud, que le impelía por la línea recta; noble y serena inteligencia, que le permitía vislumbrar, en época no lejana, un porvenir alegre y venturoso.

Y él se había abierto paso, venciendo obstáculos mil, hasta colocarse en el camino de los honores y de la fortuna. Pero su pasado, su triste pasado, gravitaba aún sobre su destino. El padre de Elena, hombre de muchos números y de casco muy vano, no veía en el amante de su hija el partido que para ella ambicionaba.

Don Alberto—así se llamaba el padre de Elena—agotó los recursos de su ingenio para conseguir de su hija que renunciase al amor que profesaba á Ricardo. Pero todo fué en vano: no valieron súplicas, promesas ni amenazas. Ese amor tenía un altar en el corazón de Elena, y sobre ese altar, ella, como la heroína de la historia, ofrecería en holocausto su vida, antes que faltar al compromiso solemne contraído.

Don Alberto lo comprendió al fin. Y comprendió también, que solo en un viaje á Europa podría su hija *entrar por la razón*, como él decía.

Elena, caminando hácia la embarcación que la aguarda, parece la víctima que marcha al sacrificio. Pálida como un cadáver, clava sus llorosos ojos en el rostro macilento de su amado; y sus miradas se encuentran y se hablan, y se dicen la angustia de la postrera despedida.

¡Elena no volverá! Ricardo ve la muerte en ese rostro deshecho y marchito, en la última lánguida mirada de esos ojos que se niegan á la luz, buscando bajo la tierra el secreto de la eterna ventura.

En la embarcación, que se aparta del muelle, ve Ricardo alejarse su última esperanza, y siente como que su propia vida se desvanece con ella. De pié, fijo en el muelle, sigue con la vista el bote que se aleja; le ve esconderse tras de los buques, aparecer en seguida, y luego ocultarse para no verlo ya más.

Allá, lejos, medio oculto por la red de embarcaciones que le rodean, el vapor del Estrecho hace sus últimos aprestos para el viaje. Ricardo fija sus ojos en él, y con desesperado esfuerzo, quiere descubrir, entre las vaguedades de la distancia y la sombra de las aguas, la forma querida que arrebatan á su amor y á su esperanza.

Y así permanece, extraño á cuanto le rodea hasta que el vapor se pone en movimiento. Ricardo le sigue con la vista, y con el alma le acompaña hasta los últimos confines del horizonte.

***

Han trascurrido algunos años. De pié sobre el mismo muelle, Ricardo, todo un hombre, aguarda, lleno de emoción, á la bella joven, que después de larga ausencia, vuelve á la tierra que, en una triste tarde, la vió partir. ¡El es feliz! Elena ha sobrevivido á su largo martirio. Quizá el amor y la esperanza le dieron fuerza, y sostuvieron la llama vacilante de su vida.

Allí viene... Ricardo la ha visto, y, desde el fondo de su alma, ya bendice la hora mejor y más hermosa de su vida. Ella no viene pálida, como la vez que se alejó. ¡Oh! qué bien le ha probado el aire de mar! La dicha de volver a verlo, llena su rostro de alegría...

Ella viene al lado de un joven, con quien conversa alegremente. Al desembarcar, mira á Ricardo, y no puede contener la risa; cuchichea con su compañero, y éste ríe á su vez.

¡Y Ricardo también ríe!...

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE MAYO DE 1896 NÚM. 39

Rie de su primer amor, flor marchita en la primavera de la vida; rie de sus ilusiones de niño y de joven, desvanecidas en un momento para siempre; rie de su noble anhelo de ser grande, de sus sueños de ambición y de gloria; rie ¡ay! de la virtud que anima, alienta y sostiene al desgraciado en la hora tremenda de la prueba!

Y continúa hoy riendo, con risa descompasada y terrible, en coro con la turba de sus desgraciados compañeros, mientras Elena, inflada de orgullo, dice á sus amigas:—Ese jóven se volvió loco por mi.

Ricini

VESPER

EL dios de la augusta belleza triunfante
ferrudo fustiga
y en un mar sangriento
sumerge su ráuda, fogosa cuadriga.

—

La araña gigante de la noche asoma,
la inmensidad hiende,
y su tela oscura
por sobre la tierra fatigada tiende.

—

Es la hora en que tiemblan las ramas pobladas
del bosque dormido,
si hiere los aires,
vibrando siniestro, del buho el silbido.

—

Es la hora en que cruzan los aires callados
monótonos rezos...
y, al són de las copas,
perfumados himnos de quemantes besos...

—

Mi reina, ya es hora de que nuestras ansias
y angustias ahoguemos:
abiertos mis brazos,
te dicen: ¡ya es hora!... ¡soñemos!... ¡soñemos!.,

Abelardo Varela

CINCO COSAS

YO tengo dos corazones
que no temo me los quiten:
uno que me ha dado Dios
y otro que me dió una virgen.

—

Morena, cuando, encendida,
me diste aquel día un beso,
tal sentí que me abrasaba...
que hube de tocar á fuego.

—

Irene, la institutriz
de dos preciosas chiquillas,
me adora porque la digo
que me matan sus pupilas...

—

Tienes, niña, los matices
de la germánica enseña:
dos en la frente
y el tercero en la conciencia.

—

No os fieis, señora, de Amor,
que es hipócrita probado:
empieza como allegado
y acaba como señor.

Pedro Emilio Gil.

MI RIVAL

SI veis á un necio de mirada torva,
de tez mulata y deprimida frente,
de cuello tieso que jamás se encorva,
como la espiga que no dá simiente:
sin que la duda vuestra mente absorba,
ni os ataje el temor, cuerdo y prudente,
de ser esclavo de un error odioso,
mirad en él á mi rival dichoso.

Alguien.

Correspondencia

Sr. J. S.—Su ramillete es demasiado copioso; para muestra de él, basta el siguiente botón:

Mas tu pura frente
de tu adormecida cabecita,
forman el astro resplandeciente
que se ahoga en tu boquita.

Sr M. L. M.—¿Con qué esas estrofitas son el primer paso que Vd. dá en el camino de la poesía?... Pues deténgase Vd., que todavía es tiempo, y cuente con que yo le guardaré el secreto.

Sr. L. R. S.—¡Insigne autor de *El Angel de la Vida*, yo te saludo!

Marte.—Egercítese Vd. un poco más.

Sr. J. A. A.—Mire: tenga Vd. la bondad de remitirme sus plagios en carta franqueada.

Mirlo Blanco.—¡Me parece bien! Enseñe Ud. á beber el *champagne* á esas pobres gentes.

Sr. O. S.—Mejores aún eran los otros.

Carlos Alberto.—Se publicarán.

Rosagar.—Lo mismo que al anterior.

Primo Julio.—Lo mismo, si cambia Ud. de seudónimo.

Club Hípico de Santiago.

HOY

GRANDES CARRERAS DE LA TEMPORADA.

Entre otros caballos, están inscritos

Toldería y Crisantema.

¡NO OLVIDARLO!

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



Sta. Carmela Serrano Arrieta.

Sta. Carmela Lyon Pérez.

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS ORADORES

D. Isidoro Errázuriz



¡Talento, vigor y ciencia!
No morirá su memoria,
que heraldos son de su gloria
los rayos de su elocuencia.

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE MAYO DE 1896 NÚM. 40

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 2.50
Por medio año (25 »)..... 1.25
Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

AGENTE GENERAL EN PROVINCIAS
Julio Real y Prado

MOSAICOS

—¿ESTAIS ya listos?... preguntó la abuela á los nietos, que volvian de subscribir los registros de la Guardia Nacional.

Por toda respuesta, los tres robustos muchachos mostraron sus boletas de inscripción.

—¿Y cuándo es el gran dia?... interrogó la anciana.

—¿Cuál?

—Aquel en que marchareis á la guerra.

—¡Bah!... dijo uno de los nietos. ¿Qué no sabe la abuela que se ha firmado la paz con pluma de oro?

—¿Con pluma de oro?

—Si.

—Pues entonces debeis desconfiar. La paz, si ha de ser duradera, debe ser firmada con pluma de acero; de aquel acero que guarnece los costados de nuestros buques. No lo olvideis: una anciana es quien lo dice.

—Tiene razón la abuela—dijo, después de meditar un instante, el mayor de los nietos; y abandonó la estancia, ceñudo y pensativo, entonando muy quedo la siguiente seguidilla:

No subscribais tratados
con pluma de oro,
que firmareis sin duda
nuestro desdoro.
Usad, empero,
si quereis ser patriotas,
pluma de acero.

***

Vive el amor, que es inmortal; mi pecho
constante lo guardó.
Tu bella imagen mi incapaz despecho
borrar no consiguió.

Vive el amor; tu pérfida mudanza
su fuego acrecentó.
Vive el amor, verdad!... La confianza,
¡há tiempo que murió!

—¡Pan!... dijo uno de los niños.

—¡Pan!... repitió el segundo de los hermanos.

Entre tanto, el más pequeñuelo exprimia en vano el exhausto seno de la madre, que sucumbia lentamente á las torturas del hambre y del frio.

—¡Vino!... dijo de repente, tambaleando en el umbral de la puerta, el padre de aquella miserable familia.

—¡Pan!... ¡Pan...! exclamaron de nuevo las hambrientas criaturas, incorporándose sobre las sucias lonas que les servian de lecho, y extendiendo sus descarnados bracitos hácia el autor de sus dias.

—¡Vino!... gruñó á su vez el borracho, y cayó pesadamentente sobre el terroso pavimento...

A la mañana siguiente, ángeles rubios cerraban los párpados de aquel desgraciado, á la vez que ofrecian, con sus blanquísimas manos, el pan de la caridad—de aquella caridad que consuela y no humilla—á las victimas inocentes de la ignorancia y del vicio.

DESENCANTO DE LA VIDA

ALBERGAR en el pecho un alma ardiente,
tener por corazón ígneo volcán,
sentir de amor enloquecer la mente
y no hallar quién comprenda tanto afán.

Vivir pensando en una imagen bella
que tal vez el delirio nos forjó,
buscando locos su anhelada huella,
como la oveja que el redil perdió.

Y entregarse del mundo á la acechanza
en pos de esa quimérica ficción,
como la nave que á la mar se lanza
sin brújula, sin velas ni timón.

Y ver entre vigilias y dolores
malograrse la hermosa juventud,
pura como el aroma de las flores,
fugaz como el acento del laud.

Y ver que es la amistad una quimera,
que es de los vicios la virtud disfraz,
y el honor, la palabra lisonjera
con que arguye el más ínfimo y procaz.

Y los dias, los meses y los años
ver, como sombras, rápidos huir,
y tan solo funestos desengaños
por do quiera en el mundo recibir.

Y arrostrar impotentes de la suerte
ruin y cobarde, el pertinaz desdén,
y sentir el aliento de la muerte,
y nunca hallar el suspirado bien.

—Ese es el mundo, la existencia es ésa:
llanto, afanes, dolores... ¡Maldición!
y después, una oscura, hedionda huesa,
tumba de la esperanza y la ambición.

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE MAYO DE 1896 NÚM. 40

Y luego... ¿Acaso el mundo del que muere
conserva la memoria? ¡Ah, nó! ¡Jamás!
Un nuevo amor el corazón requiere.
?Se murió? ¡Fué un imbécil!... Nada más.—

¡Oh! si al hombre al nacer le fuera dado
leer en el oscuro porvenir;
si antes de hollar este desierto helado
pudiera sus abrojos descubrir!

¡Oh! con qué afán le pediría al cielo,
desengañado de tan cruel vivir,
poder de este antro de inquietud y duelo
libre y tranquilo y para siempre huir!

Que ante la paz de los sepulcros cierta,
y ante el olvido del feliz *no ser*,
¿qué es la esperanza de una vida incierta?
?qué es el halago de un fugaz placer?

Alguien.

MANCHAS

¡OH! pálido otoño, estación enfermiza y triste, ya vienes otra vez á herirme con el recuerdo de la historia de mi abnegación estéril.

¿Qué ha quedado de éso, de aquellos dias en que mi corazón irradiaba agradecido hácia tus ojos, luces extrañas y poderosas, que encendieron, por fin, en mí la llama de un sentimiento?

¿Qué ha quedado de mis ardientes vijilias y de mis lágrimas?... Qué de mis celos, mis despechos y mis envidias?... Qué de mis tardes sombrías...?—Solo un helado y vago perfume de amor y de vida...!

***

Fué en el hermoso mes de septiembre, en que las brisas invernales vagan inquietas y rumorosas entre los rayos de sol y el perfume de las primeras flores, cuando te encontré, buena anciana, paseando tus cabellos blancos y tu rugosa faz que brillaba de alegría.

En tu vestidillo azul y limpio, agitado por el viento, habia una fresca nota primaveral que reia de esperanza.

Alone.

CASO

AMÉ una chica bella y morena
de talle esbelto y escultural,
era su boca de gracia llena,
su voz el canto de la sirena
y sus miradas luz celestial.

—

A su ventana yo la entonaba
las tiernas coplas de una canción,
y si turbado la contemplaba,
la picaruela se sonrojaba
al fuego ardiente de su pasión.

Cortas pasaban las dulces horas
en darnos prueba de nuestro amor.
¡Cuántas palabras halagadoras,
cuántas caricias embriagadoras
que arderse hicieron nuestro candor!

—

Pero la suerte quiso que un día
en no muy santa conversación
nos sorprendiera su amable tía,
que al verme lelo me recorría
de pié á cabeza, con atención.

—

Y al prometerles, perdiendo el tino,
a mis espaldas un *tataplán*...
la guapa chica cerró el camino,
diciendo:—Tía, Fray Bernardino
manda por flores al sacristán!...

Menandro Iliantés.

DEL NATURAL

¡QUÉ hermosa y qué atrayente es Stella, joven modista que habita, en compañía de su madre, una humilde casita del populoso barrio de Yungay!

Alta, esbelta; el cuello de cisne de una blancura deslumbradora, los ensortijados cabellos, rubios como un haz de maduras espigas; los rasgados ojos, azules, profundos, soñadores.

Ha cumplido los dieciocho años. Cuando tenía catorce, su madre solia decirla:

—Stella, hija mia, tú serás una gran señora; te casarás con un caballero muy rico, habitarás un palacio en la Alameda, tendrás coches, caballos, alhajas, y yo asistiré á tu palco del Municipal, en las noches de invierno.

Stella se sonreia tristemente, y solia responderla:

—Desengáñese Vd., mamá, los ricos no se casan con las niñas pobres como yo.

—Cuando son hermosas... ¡Vaya! Ya lo verás.

Pero Stella ha cumplido los dieciocho años, sin que ningun *príncipe rubio* haya intentado arrancarla legitimamente de su modesta esfera; y su madre, que es una señora muy cuerda, no la habla ya de palacios en la Alameda. En cambio, no cesa de repetirle:

—Dos cosas deben temer las muchachas hermosas que no tienen fortuna: el sarampión y los veinte años. Tú has cumplido ya los dieciocho, y bueno es que comiences á pensar en algun jovencito alegre y de buena casa. Por de pronto, ahi tienes á Alberto, el de los crisantemos, que, por verte, pasea la calle tarde y mañana.

—Sabe Vd. que yo no tengo la culpa...—dijo, con cierta violencia, la joven.

—¡Vaya! Ya lo sé... ¿Qué la has de tener tú?—dijo maliciosamente la buena señora. Y luego agregó sonriendo:



—Por atreverme diera la vida,
pero ni audacia tengo ni ingenio.
—¡Mira que cosa tan divertida!
¡Un crisantemo corto de genio!





Si el paladar no me engaña,
este es el mejor champaña.

¡PASIÓN!



UN CRISANTEMO NOCTÁMBULO.



CELOS.



El sueño de la inocencia.



Innovacion que al publico
le proponemos:
mudar en quitasoles
los crisantemos.

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE MAYO DE 1896 NÚM. 40

—Los verdaderos culpables son esos ojuelos tan grandes y tan azules que Dios te ha dado.

—O Vd.,—dijo la niña—que no pierde ocasión de alentar sus pretensiones.

—¿Y no me lo agradeces?

—Nó, porque... Y además, que los vecinos se fijan y murmuran.

Sonrió diabólicamente la vieja, y dijo, en tono muy convencido:

—Tienes razón; eso hay que evitarlo á toda costa.

A la noche siguiente golpearon á la puerta, y acudió á abrir Stella, creyendo fuera su madre, que habia salido á la compra al almacén vecino. Volvió la llave confiadamente, y, antes que pudiera evitarlo, penetró en la alcoba un hombre, un joven.

Era él... Alberto, el de los crisantemos.

Repuesta de su asombro, iba ya Stella á increpar ásperamente la conducta del atrevido mozalbete, cuando, como llovida del infierno, apareció doña Engracia, que asi se llamaba aquella excelente madre.

¡Qué talento para lo trágico demostró, entonces, la buena señora!

Crispó los dedos, revolvió los ojos, y elijiendo de su repertorio acústico el tono de voz que más cuadraba á las circunstancias, dijo por fin:

—¿Con qué esas tenemos?... Vean Vds. la niña tímida, la mosquita muerta, que aprovecha la ausencia de su madre para abrir la puerta al primero que pasa... ¡Ah! yo te cortaré las alas!

Y se avalanzó sobre la joven...

El aturdido crisantemo, engañado con el tono rabioso de doña Engracia, dudó un instante entre si decirle que él estaba ahí en virtud de un plan concertado con ella misma, o bajar la cabeza y escapar, aprovechando la confusión del momento. Iba á optar por este último partido, cuando doña Engracia, que asi lo comprendió, lo retuvo diciéndole:

—¿Y á dónde va Vd., cómplice de esta señorita en todo lo que ocurre? ¿No le basta haber comprometido la dignidad de una familia honrada, sino que quiere imponer de ello á los vecinos, que acechan curiosos, huyendo como un malhechor?... Quédese Vd., señor mio, y digame á lo que ha venido, y los medios con que cuenta para reparar su falta; porqué...

Muchas fueron las razones que arguyó la airada señora en defensa de su dignidad atropellada; pero la paz debió hacerse muy luego, porque, dos horas más tarde, el adamado crisantemo abandonó la casa, brillantes los ojos de esperanza, y con un airesito de satisfacción y de triunfo, capaz de poner envidia en el corazón de un cenobita.

***

Ha transcurrido un año, ó poco más.

Una mujer joven y hermosa, con las señales del insomnio en el semblante, deja correr silenciosamente sus lágrimas por las enflaquecidas mejillas, abstraida en la contemplación de un angelito rubio que duerme, á su lado, el sueño de la inocencia.

De pronto, otra mujer, rayana ya en la ancianidad, penetra en la alcoba.

—Ya estoy de vuelta, dice.

—¡Ah! ¿Y qué resultó?... exclama la joven, incorporándose con ansiedad.

—Lo que no podia por menos de resultar, Stella. Hablé al viejo, que me recibió muy mal; y tales cosas le dije, que consintió en todo lo que exigí, sin rebajar un ápice.

—Pero en fin...

—Escucha. Le pinté la situación tal como convenia para el caso; le amenacé con desbaratar el matrimonio de su hijo si oponia resistencia, y, después de mucho regatear, consintió en dotarte en diez mil pesos, que es lo más que prudentemente se podia exijir.

—Pero Alberto, ¿se casa siempre?

—¡Vaya!... Pues no se ha de casar!...Y dá gracias á Dios que ello sea asi, y que el matrimonio de su hijo le convenga tanto al viejo, pues de otra manera nada habriamos conseguido.

La infeliz joven rompió á llorar.

—¿Y á qué viene ese llanto ahora? gruñó la airada vieja. Y luego agregó con sarcasmo:

—¿O creias que Alberto se iba á casar contigo?

La joven no contestó; pero en la mirada intensa y profunda, que á través de sus lágrimas dirigió á aquella madre sin entrañas, se vislumbraba un mundo de amarguisimos reproches.

***

Algunos meses más tarde, en un lecho blanco como el armiño, agoniza la pobre tisica, Stella, sin proferir una queja.

Una amiga de la niñez está á su lado.

—Valor, Stella, le dice la joven, aún puedes sanar. La juventud...

—¡Ah, nó!... exclama, con una sonrisa, la infeliz. Esto acabará muy pronto. Sólo lo siento por mi inocente hijo; pero él...

—¿Alberto?...

—Si... Estuvo anoche, y me prometió velar por el pobre huérfano.

—¿Y no le dijiste?...

—¡Nada!

Y luego, con una triste sonrisa, agregó:

—Me he convencido de que mi madre tenia razón: él, tan hermoso, ran rico, tan caballero, ¿qué otra clase de cariño podia sentir por mí?

—Pero eso es horrible...

—Si... y por eso muero!—exclamó con desesperación reconcentrada la infeliz, i un extraño temblor agitó convulsivamente sus miembros.

Después... ¡nada!... Habia muerto.

.....

AÑO 1 SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE MAYO DE 1896 NÚM. 40

Al dia siguiente, la imperturbable doña Engracia, haciendo ademán de enjugarse unas lágrimas que no existian ni en su imaginación, decía á varias personas que habían ido á manifestarle sus sentimientos de condolencia:

—Tan joven... es verdad! Pero fué una buena hija, obediente, sumisa, que cumplió con su misión. ¡Feliz ella!...

Juan de Juanes

ODA

(I DEL LIBRO III DE HORACIO)

Odi profanum vulgus, et arceo.

A Francisco Concha Castillo.

LEJOS, lejos de mí, vulgo insipiente;
prestad vosotros religioso oido
al cántico valiente
de la mundana grey no conocido:
sacerdote de un dios, la voz levanto,
y á las doncellas y mancebos canto.

Póstrase el pueblo con terror delante
del poderoso rey, su altivo dueño,
y á Júpiter tonante
que el mundo rige con su adusto ceño,
de los titanes vencedor, inclina
su frente el rey que en la extensión domina.

Éste de árboles mil los surcos planta;
aquél el brillo de su nombre ostenta;
uno al pueblo decanta
en los comicios su virtud, que aumenta,
y como ejemplo á su rival ofrece;
otro de sus clientes se envanece.

Mas ¡ay! que todos á la ley impía
de la necesidad sujetos quedan,
y en la urna sombria
los nombres todos confundidos ruedan,
y la suerte común que los atrae
sobre unos y otros, sin mudarse, cae.—

El criminal que la desnuda espada
ve amenazando su infeliz cabeza,
no apetece ni agrada
el sículo manjar, ni la aspereza
templa de su inquietud el sueño grave,
al són del arpa ó al cantar del ave.

El sueño, el dulce y apacible sueño
que tanto gusta de la humilde choza,
que nunca tuerce el ceño
al pobre, y antes en su bien se goza;
que ama el arroyo que los campos riega,
y el bosque umbroso en que la brisa juega.—

A aquel que ajusta su ambición innata
de lo preciso al límite dichoso,
no asusta ni arrebata
la tempestad del piélago furioso,
cuando Arturo se oculta en occidente
y alumbran las Cabrillas el oriente.

Ni se abate tampoco si la nieve
seca la vid que su estrechez solaza,
ni á maldecir le mueve
la ruina que á sus campos amenaza,
ora por culpa del ardiente estío,
de largas lluvias ó de invierno frío.—

Diques alza en el mar el opulento
á quien la tierra le parece estrecha;
obreros más de ciento
piedras arrojan en la ingente brecha;
y, sorprendidos, por huir se agitan
los vários peces que en el fondo habitan.

¡Mas ¡ay! que todo es vano! El temor rudo,
sin darle tregua, por do quier le sigue,
y de su afán sañudo
por más que anhela huir, no lo consigue:
viaja á su lado en el bajel, y ocupa
del rápido bridón siempre la grupa.—

Y si á aliviar el torcedor interno
que tanto nos abate y desconsuela,
no bastan el Falerno,
el frigio mármol, la purpúrea tela,
ni el verde costo de perfume henchido,
de los vergeles pérsicos traído;

¿A qué he de alzar deslumbrador palacio,
estimulando una pasión mezquina?
¿Ni cómo el bello espacio
de que disfruto en la gentil Sabina,
trocar pudiera, alucinado y necio,
por inquietas riquezas que desprecio?

Julio Vicuña Cifuentes.

A LOS SEÑORES AGENTES

La Dirección de "La Revista Cómica", pone en conocimiento de los señores Agentes en provincia, que, después del núm. 40, no se les admitirá devolución de ejemplares; de manera que deberán pedir los estrictamente necesarios.

Se ha tomado esta medida, para regularizar definitivamente el tiraje de la publicación.

SONETO

EL árbol que en la hermosa primavera
se ostentó lleno de galanas flores,
hoy yace del invierno á los rigores
sin un vestigio de verdor siquiera.

Asi tu corazón, niña hechicera,
ayer nido de encantos y de amores,
se convirtió en morada de dolores
cuando de tu alma la inocencia huyera.

Mas luego el árbol marchitado y triste,
siempre que torne la estación florida,
verás cuán bello de esplendor se viste.

En tanto, nunca volverán hermosas
con sus encantos á adornar tu vida
de la inocencia las divinas rosas.

F. G. G.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



Sta. Amelia Reyes S.

Sta. Marta Eyzaguirre H.

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS MARINOS

D. Luis Uribe



¡Segundo de Prat!... La historia
sabrá mañana contar,
ensalzando tu memoria,
cómo encontraste la gloria
bajo las ondas del mar.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE MAYO DE 1896 NÚM. 41

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 2.50
Por medio año (25 »)..... 1.25

Oficina y Administración-Moneda 60-A

Casilla, 1655, Teléfono, 1273

AGENTE GENERAL EN PROVINCIAS

Julio Real y Prado

MOSAICOS

¡POBRE mariposa!

Revoloteando en torno de la llama que encendió la pasión en el pecho del viejo Sátiro, quemó sus alas purísimas.

Algunas veces, en medio del esplendor que la rodea, y acosada tal vez por el recuerdo de sus años de inocencia, prueba á desplegar el vuelo; pero ya no tiene alas, y el peso de las costosas joyas que la adornan, la retiene constantemente atada á la tierra.

Pronto talvez, cuando las postizas galas no basten á disimular las injurias del tiempo, la ingratitud la aliviará de aquella brillante carga de pedrería, ofrecida hoy en préstamo á su juventud y á su hermosura... Entonces querrá volar nuevamente; pero ¡ay! entonces tampoco podrá hacerlo, porque los años, consumidos en el vicio, pesan tanto como las joyas alquiladas al precio de la deshonra.

¡Pobre mariposa!

*
* *

Dices que mi cariño fué una farsa,
que nací para esclavo,
porque tu afecto le cedí en silencio
á mi rival odiado.

¿Querías algo más?... ¿Que le retase
y fuésemos al campo?...
Yo respeto el amor, y no me gusta
andar con él á palos.

*
* *

Sentada al pié de un árbol de frondoso ramaje, al divisarme entre los visitantes del Manicomio, la pobre loca fijó en mí sus ojos azules como el cielo, pero exhaustos de vida y casi sin luz en las dilatadas pupilas.

Contemplóme un instante, é irguiéndose rabiosa, con la rabia de la demencia,

—¿Eres tú?... me dijo. Sí, te reconozco; eres tú, el miserable que un día, vertiendo hipócritas lágrimas, me declaraste tu amor, arrastrándote á mis piés como un perro sumiso.

Yo te creí. Después... ¡todo acabó!

Y porque al verte en el Portal, dando el brazo á una vieja fea y repugnante, pero cargada con joyas de gran precio, te dije á gritos:

—¡Infame! Perjuro! te has vendido al oro de la canalla!... me juzgaron loca y me trajeron á esta casa.

¡Loca!... Sí, loca de amor, por tí ¡oh, mi idolatrado Arturo!

.....

La pobre Elisa, el encanto ayer de los aristocráticos salones, me había confundido con Arturo X, casado recientemente con una ex-verdulera del Mercado Central; pero, eso sí, propietaria de varios predios rústicos y urbanos, con más cincuenta mil duros contantes y sonantes en oro de la última emisión.

GALERÍA

DONAIROSA hija de Eva
de tonos aristocráticos,
y que en vez de mangas, lleva
dos globos aerostáticos;
beldad que entera se esconde
bajo blindajes de seda,
¿en dónde la he visto, en dónde?
En la Alameda.

Grata aparición gentil,
que, envuelta en el manto leve,
tan solo muestra el perfil
de un rostro de rosa y nieve,
y que, arrobado, no chisto
si alguna vez la contemplo,
¿en dónde, en dónde la he visto!
En algún templo.

Insulso nieto de Adán,
hueco y vano como paja,
embutido en un gabán
que es exótica mortaja,
y á quien, para duque ó conde
solo le faltan... modales,
¿en dónde le he visto, en dónde?
En los portales.

Recomendable sujeto
(que es del último el revés)
que dibuja el alfabeto
con los vacilantes piés,
y que, en verdad, me contristo
al verle los ojos turbios,
¿en dónde, en dónde le he visto?
En los suburbios.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE MAYO DE 1896 NÚM. 41

Única visión radiosa,
que tesoros de miel deja
en donde sus labios posa,
(¡Dios mio! ¿Si será abeja?).
Angel del cielo bajado,
que al sér que el crimen enfanga
lava de todo pecado;
(ya ven ustedes que es ganga).
Visión que el alma extasía
cuando el recuerdo la evoca,
¿dó se halla, oh memoria mía?
—En tu loca
fantasía.

Pedro Emilio Gil.

RIMAS

PUEDES, con otro amante, á los excesos
darte de un nuevo amor, con ánsia loca,
mas no podrán borrarse de tu boca
las señales ardientes de mis besos.

*
* *

Me preguntas, mujer, que si he llorado,
me preguntas, mujer, que si he sufrido,
¿no ves que tengo en mi arrugada frente
todo un poema de dolor escrito?

*
* *

Tengo una pena atroz que me anonada;
el mal del siglo mi cerebro oprime...
Es la nostalgia horrible, matadora
de un mundo en que yo sueño y que no existe.

Carlos Ledgard.

ENTRE SCILA Y CARIBDIS

—¿Y eres completamente feliz?.. pregunté á mi amigo Oscar, á quien no habia visto desde que terminamos juntos el curso de humanidades.

—¡Oh, sí!.. me respondió.

—Hombre, lo dices con un tono...

—¡Qué quieres!.. Lo soy tanto, que el mejor dia me ahorco.

—Sino es un secreto...

—Te alegrarías de saberlo, no es éso?

—Sí.

—Pues escucha. Tú has sido para mi un buen amigo, y no tengo motivos para recelar de tu discreción.

Abandoné los estudios porque, en mala hora, me enamoré de una muchacha lindísima, aunque un tanto ligera de cascos, según más tarde lo pude comprobar. La amaba... como se suele amar á los veinte años; y mi único pensamiento era el de ganarme una situación holgada, para compartir con ella las delicias de la vida, que en esa edad se ve tan hermosa y halagadora. Dejé, pués, los estudios, y me consagré por entero al trabajo, estimulado por la risueña perspectiva de una felicidad muy próxima; pero ¡ay! que cuando ya el éxito tendia á coronar manifiestamente mis esfuerzos, mi bella adorada, cediendo á la volubilidad de su carácter, y aconsejada un poco por su desatinada impaciencia, me abandanó de pronto, sin tomarse la molestia de enviarme una mala disculpa; y entregó su mano á un señor muy bruto, pero que habia tenido la suerte de heredar una cuantiosa fortuna, con que el cielo, tal vez, quiso compensar la falta de otras dotes que, avaro, le negó al nacer.

La impresión que este desgraciado suceso produjo en mi ánimo, fué inmensa, desastrosa. Procuré encontrar el olvido en la satisfacción sin tasa de todos los placeres, y, sucesivamente, fui cortejo de cuantas Venus pedestres alcanzaron mis ojos, jugador, borracho y quimerista; hasta que el benéfico hastio se mezcló con las heces de la copa, y, avergonzado de mi mismo, me detuve, más bien por cansancio que por voluntad, al borde del abismo.

A la exitación febril de las pasiones, sucedió el marasmo, la misantropia; y á éstas, el anhelo de compartir las fatigas de la vida con un sér que, por sus mismas modestas cualidades, estuviera al abrigo de aquel fatal egoismo, que parece constituir el patrimonio obligado de todos los seres superiores, que no atesoran la virtud de la abnegación.

Abundando en estas ideas, fué que me casé con Mariana. Pedí á su fealdad, que es grande, á su total falta de legitimas pretensiones, la felicidad tranquila de que no creia posible llegar á disfrutar al lado de una mujer hermosa, y... me engañé como un estúpido.

—¿Eres, entonces, desgraciado?

—Ya juzgarás por ti mismo. Te he dicho que Mariana es fea, muy fea, desgracia de que no ha llegado á consolarse. En la imposibilidad de hacer participe de esa desdicha a todas las mujeres, las persigue con su odio, y soy ya la victima directa de sus envidias.

Celosa hasta lo imposible, no ha sabido aún encontrar una mujer bastante fea y despreciable que nos sirva, pues desconfia de todas; chismosa, mantiene en alarma al vecindario en diez cuadras á la redonda; presumida, no hay modista que la acomode; displicente, no hay halago que la satisfaga... En fin, que mi mujer es una plaga, contra la que no valen las más sabias y estudiadas precauciones.

—Pero fiel, cariñosa... —observé yo, por decir algo.

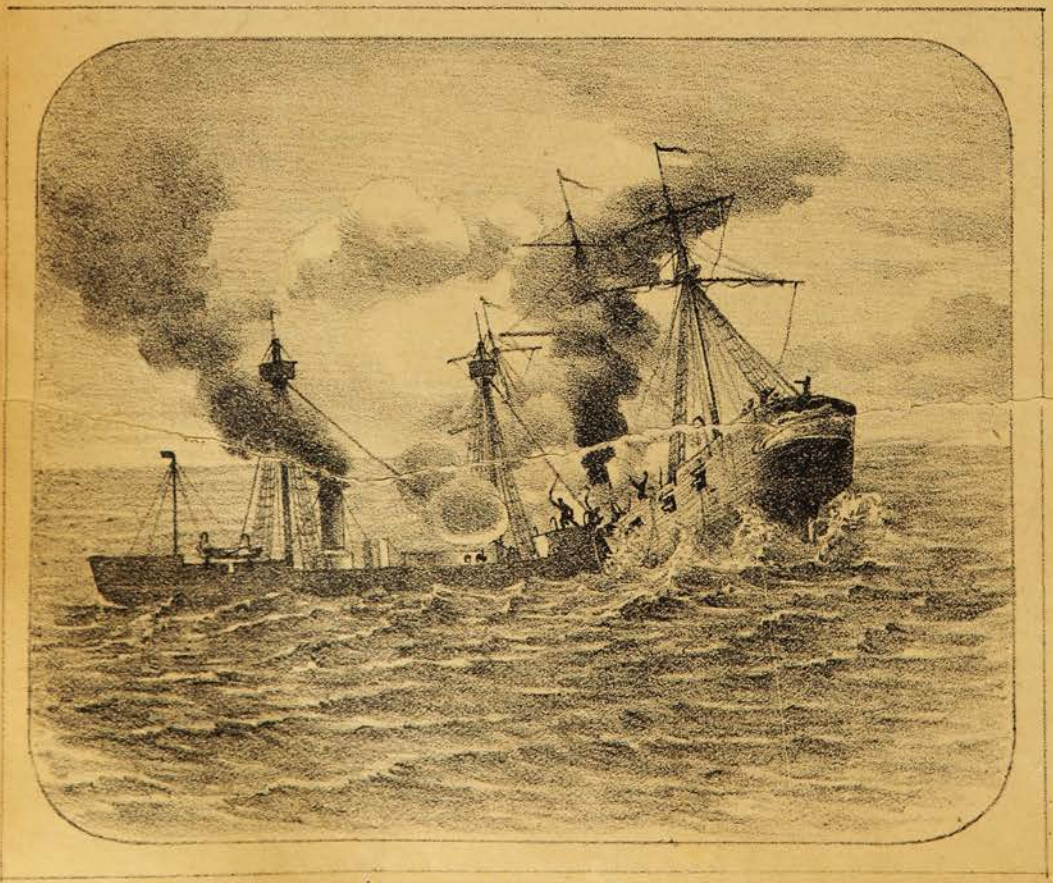
—Ya lo creo, me respondió mi amigo; pero eso...

—¿Qué?...

—Más por imposibilidad que por virtud, según me parece.



Arturo Prat



COMBATE NAVAL DE IQUIQUE
21 DE MAYO DE 1879



En la esposición de cuadros nacionales



Que hai, mi hijita, ¿cómo está el puchero?



Vuelve pronto ¡amor mio!

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE MAYO DE 1896 NÚM. 41

—¡Hombre!

—La verdad... —¡Ah, querido! no te cases con mujer fea, á menos que desees paladear todos los inconvenientes del matrimonio, sin gustar de ninguna de sus ventajas.

—Pues entonces lo más cuerdo seria no casarse...

—¡Ya lo creo! Pero como el asunto es dificilillo...

—¿Qué?...

—Lo mejor es buscarla en un término medio; pero, si ello no te acomoda, elijela hermosa, que, al fin, es más agradable envenenarse con miel que con acibar.

Sancho.

NUPCIAL

A. J. R. V.

¡QUÉ hermosa estás así!... En tu alba frente,
que cubre un velo de color de armiño,
irradia esplendorosa y sonriente
la inocencia del ángel y del niño.

Ciñe los rizos de tu blondo pelo,
de azahares simbólica diadema,
y en tus ojos, azules como el cielo,
se oculta el rayo que electriza y quema.

Sueños de dicha y de inocencia evoca
el hermoso rubor de tus mejillas;
nido de besos tu purpúrea boca,
muestra las glorias del amor sencillas.

La suave morbidez de tu garganta
del cisne acaso la esbeltez imita,
y entre encajes tu seno se levanta
cuando agitado el corazón palpita.

Bajos los ojos, inseguro el paso,
hácia el altar con lentitud avanzas:
¡Si allí de tu pasado está el ocaso,
alborean allí tus esperanzas!

Gime armonioso el órgano sonoro;
nubes de incienso tu esplendor coronan;
y oir parece que en excelso coro
himno nupcial los ángeles entonan.

Mayo de 1896.

V. P. B.

A...

¡CUANDO presa de horrible delirio,
buscando la tuya, se extiende mi mano,
y al quererla oprimir la retiras,
mi sér se transforma, no sé lo que hago.

Solo sé que en mi mente se agitan
ideas informes, proyectos extraños,
solo sé que mi vista oscurecen
vapores de sangre rojizos y opacos!...

Antonio Contreras.

PRAT

MURIÓ, para vivir eternamente
asentado en el templo de la historia,
y legar á la patria una memoria
como ninguna heroica y eminente.

Salvó de un solo paso la esplendente
cumbre inmortal, á tantos ilusoria,
y hoy ilumina á Chile tanta gloria,
que sobra para darle al continente.

Hijo del mar, si en el furioso embate
del más terrible y desigual combate,
rodó tu nave del abismo al seno;

Sobre su puente el vencedor navío
te vió espantado sucumbir con brío,
¡qué tanto alcanza el corazón chileno!

Benjamín Vicuña Solar

UN AÑO

(A ELENA)

(Colaboración)

¿LO recuerdas?... Hace hoy un año. Fué en un dia triste, cuando ya el otoño empalidecia las hojas, y las golondrinas buscaban los aleros de los tejados para guarecerse de los cierzos invernales.

Era una tarde fria, de esas en que el aire húmedo y las brumas aladas se convidad á celebrar la muerte de las flores primaverales. Ya las violetas habian brotado como lágrimas de la tierra, y los destellos pálidos del sol daban el tibio beso, el beso de despedida, á las hojas marchitas que se arrastraban, arremolinadas, por el suelo.

Yo estaba contigo en aquel balcón de mis sueños, en el que tantas horas habiamos pasado juntos.

¡Y con qué angustia estaba á tu lado!... Ese dia debias contestar á la declaración de amor que noches antes te hiciera, cuando regresábamos del paseo, deslumbrado yo por el fulgor de tus ojos, y hundidos ambos en la penumbra indecisa, que no alcanzaba á iluminar la lamparilla del tranvia.

¿Te acuerdas, Elena?... El calor vivificante de tu aliento, templaba, cerca de mí, el frio del

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE MAYO DE 1896 NÚM. 41

ambiente, y tus sedosos cabellos, batidos por la brisa nocturna, casi rosaban mi frente.

De pronto, abandonaste el balcón y te acercaste al piano... Yo te seguí... Y mientras tus dedos recorrian ágiles y diestros el armonioso teclado, y la nota acudía vibrante, como obedeciendo á mágico conjuro, oí que tus labios pronunciaron un helado y tétrico *"¡Imposible!"*

Y proseguiste indiferente, como sin darte cuenta de lo que habias hecho, arrancando al teclado notas que gemian, apiadadas tal vez de mi desdicha.

Después... ¿A qué repetirte lo que ha pasado, cuando tú bien lo sabes?

¡Ah! cuántas veces he intentado en vano, ahogar los gritos de mi corazón, extinguir tu recuerdo en mi memoria!... Con ansiedad febril, he buscado el olvido en medio del torbellino del mundo, en la satisfacción sin tasa de las pasiones ardientes; mas ¡ay! que solo he encontrado en su impureza, efímeros lenitivos, beleños pasajeros que adormecen sin curar.

Descepcionado al fin, he querido consolarme en tu silencioso recuerdo, llorando á risas, para escapar á la befa de las gentes; y así ha transcurrido un año, sin que tú, al parecer, te hayas dado cuenta de ello.

¿Será ésto eterno?

No lo sé... Pero tú, mujer hermosa, debes meditarlo un instante, y pensar en que la satisfacción de un capricho pueril, suele ser la causa de males irreparables.

Jules

Mayo del 96.

"LA ESTUDIANTINA AURORA"

(A las señoritas María Luisa y María Teresa Alvarez, Victoria Renjifo, Matilde, María Luisa, Sara, Edith y Emma Castro, Blanca, Marta, Carmela y Julia de la Cruz.)

I

Las vírgenes blancas me piden un coro
que tenga un acento de dulce memoria...
¡Qué venga la lira de cuerdas de oro,
que quiero cantarles un himno de gloria!

II

Para ellas el áureo, olímpico palio,
pues saben los himnos de ideal paraíso.
Son vírgenes blancas del coro castalio,
que saben la estrofa del rubio cytiso.

¡Qué ciñan sus frentes los mirtos triunfales!
Las aman Terpandro, los genios de Grecia.
¡Qué traigan para ellas los blancos rosales!
¡Para ellas el aria del suave Tiresia!

Apolo obsequióles la nota divina
que escuchan los cielos, la tierra y ambientes.
Su nota de espuma la undivaga ondina
dejó en sus bandurrias de cuerdas rientes.

Palpita en sus ritmos con dulce embeleso
el ruido de alas, el mágico tono
de labios purpúreos que liban el beso,
erótico, ardiente, con tierno abandono.

Preludian los sones de eólica orquesta
del aura que besa los pétalos rubios.
Preludian el coro de fúlgidas fiestas,
de genios y ninfas los regios connubios.

Sus roncas guitarras recuerdan la España,
la tierra gallarda de lidias y zambras,
do triunfan los tauros y corre la caña,
y lucen sus torres moriscas Alhambras.

Sus suaves violines los cantos de Italia,
los dolces amores traducen soberbios:
son coros perlados de fuente Castalia
que escuchan las almas, temblando los nervios.

Son himnos radiosos sus cantos de aurora,
que hieren las fibras, que hieren el alma...
Tejamos para ellas con rosas de Flora,
con mirtos y azahares la olímpica palma.

A. Bórquez Solar

A JOSEFINA

COLABORACIÓN

POR vida de Belsebú
que ya no como ni duermo,
me voy á poner enfermo
y tienes la culpa tú.

Sí, tú que sin compasión,
con esos ojuelos pardos,
me estás disparando dardos
al blanco del corazón.

Y como flechas de amor
se clavan envenenadas;
las heridas enconadas
exasperan mi dolor.

¿Quién imaginara al verte,
que ese tu mirar sereno
tuviera tanto veneno,
pero veneno de muerte?

Ni ¿quién pudiera creer
que el almíbar de tu risa
causara muerte precisa
al que lo llegua á beber?

Y es mi mal tanto mayor,
pues tu impiedad me condena
entre la gloria y la pena,
entre el placer y el dolor.

¿Qué bien sacas de dejarme
sin vida, ó sin alma verme?
si vivo puedes quererme;
si muerto puedes llorarme?

Pues, á poder alcanzar
que así habías de sentirme,
era capaz de morirme
por causarte este pesar.

Resagar.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20


Sta. Constanza Ovalle I.
Sta. Perpetua Freire G. de la H.

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS PERIODISTAS

D. Benjamín Dávila Larraín



Sabio, lógico, tenaz
en sus propósitos, muestra
su vigor en la palestra,
sin zozobra ni difraz.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE JUNIO DE 1896 NÚM. 42

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

AL PÚBLICO

DESDE tiempo atrás, hemos venido recibiendo insinuaciones tendentes á mejorar la calidad del papel en que se imprime LA REVISTA CÓMICA, á fin de no sacrificar la corrección del dibujo. Hasta aquí, nos habíamos resistido á emprender esta reforma, á pesar de juzgarla necesaria, porque ella imponía desde luego el alza de precio de la publicación; hoy, sin embargo, con mejor acuerdo, hemos resuelto efectuarla, y, desde este número, ofrecemos al público nuestro semanario impreso en papel satinado, y al precio de *diez centavos* el ejemplar.

Aguardamos que esta reforma no será mal recibida por nuestros favorecedores, ya que ella no significa para nosotros *ganancia alguna* pecuniaria, y solo nos la ha inspirado el deseo de mejorar la publicación, en beneficio exclusivo de nuestros abonados.

La Dirección.

MOSAICOS

LA muñeca era tan linda como ella.

Y de igual tamaño.

Parecian dos hermanitas gemelas.

Titi se llamaba la de cera; Raquel la otra.

Titi enfermó un dia. Las señales del sarampión aparecieron en su carita fresca y sonrosada.

Raquel quiso que se llamara al médico.

Con paso grave y ademanes doctorales, caladas las gafas de la abuelita, se presentó Raul, el mayorcito de los hermanos. Tomó en sus brazos á la paciente, y después de un maduro y detenido examen,

—Esto no tiene vuelta, dijo con aire sentencioso. Titi se nos va irremediablemente... si permite usted, amiguita, que el gato vuelva á jugar con ella.

Si yo formar una mujer pudiese,
la adornaria de tus mismas gracias,
y como digno complemento de ellas
le daria mi alma.

*
* *

¿Por las caras románticas te mueres?
Pues anda, vé al hospicio,
y encontrarás en los hambrientos rostros
lo que han dado en llamar *romanticismo.*

*
* *

—¡Por el amor de Dios!... dijo la vieja mendiga, estirando su descarnada mano á una elegante joven que pasaba cerca de ella.

La dama se detuvo un instante, miró con fijeza á la haraposa, y sacando una brillante moneda de plata de su cartera de piel de Rusia, se la arrojó á la infeliz.

—¡Dios se lo pagará!... murmuró la agradecida anciana, elevando al cielo sus ojos sin luz.

Y la elegante joven, la cortesana disfrazada de matrona, siguió su camino con aire altanero, murmurando muy bajo:

—¡Mi madre!... ¡Qué bien hice en no hablarla! Me habria reconocido por la voz...

Á SU CUBA.

(ODA XXI DEL LIBRO III DE HORACIO.)

O nata mecum Consule Manlio,

¡Oh, tú! que el vino cuidadosa enrancias
desde el tiempo de Manlio,
ven, ya me traigas hechiceros goces
ó penosos trabajos.

Ven, con tus sueños de color de rosa,
con tus delirios fatuos,
con tus pendencias, tus alegres risas,
ó tus festivos cantos.

Digno es el día que á la luz se muestre
el deleitoso Másico,
que para lujo de suntuosas fiestas
guardas, prudente, acaso.

Ven ¡oh, mi cuba! y el precioso jugo,
que el tiempo ha suavizado,
en las copas escancia—de Corvino
cumpliendo así el mandato.

Que aunque sigue de Sócrates la escuela
no esquivará tu halago,
y áun las virtudes de Catón, es fama,
con vino se excitaron.

Tú el estéril ingenio haces fecundo;
tú al fiero tornas manso;
y de sus penas el secreto arrancas
al cauteloso sabio.

Tú la esperanza al corazón devuelves
del pesar agobiado,
y al infeliz que la miseria abate
das nuevo aliento y ánimo.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE JUNIO DE 1896 NÚM. 42

Y así, le basta del precioso néctar
acogerse al amparo,
para olvidar peligros y crueldades
de lanzas y tiranos.
Y si á las Gracias y á Citeres gusta
gozar del festín grato,
hasta que apague las estrellas Febo
nos tendrás á tu lado.

Julio Vicuña Cifuentes

ABROJOS

INMÓVIL, con la ansiedad suprema pintada en el semblante, conteniendo la respiración fatigosa, estaba la madre al borde de la revuelta cuna, donde, en dolorosos espasmos, se retorcia el pequeño niño.

Era la segunda noche que velaba, temiendo el desenlace de la espantosa crisis.

Lo examinaba; miraba en su violáceo semblante, como á través de un cristal, adivinando la lucha tremenda entre el espíritu y la materia.

¡Pobre, desdichada madre! Ya no lloraba: no tenia lágrimas que verter! Las grandes desgracias nos privan, á veces, hasta de ese benéfico consuelo!

¡Cómo imploraba al cielo, y se estremecia al pensar que ese ángel tan amado habia, quizá, de abandonarla muy pronto!

Y el tierno niño seguia en sus movimientos inquietos, en sus ayes desgarradores, sin comprender que con ellos heria tan cruelmente el corazón maternal.

Un suave aleteo, y el resplandor de una luz misteriosa vinieron á arrancar á la madre infeliz de su muda contemplación, infiltrando en su pecho la esperanza.

Era un enviado del cielo; un ángel de alas blancas, transparentes... Quedo, muy quedo llegóse á aquella mujer, encarnación del más puro de los amores, y la dijo:

El amado de tu alma, el hijo hermoso por quien lloras no ha dormido durante dos largas noches; tú tambien necesitas de reposo... Duerme, que yo velaré por el infante, arrullándole con mi canto y cobijándole bajo mis alas.

Y el alado mensajero besó al niño en los ojos, y lo adurmió dulcemente.

.....

Las primeras luces del alba, filtrándose á través de los cristales de la alcoba, sorprendieron á la madre entregada al sueño bienhechor, apoyada la cabeza en el borde de la revuelta cunita. El niño también dormia, pero sus mejillas estaban muy pálidas, y su frente tenia el hielo del mármol...

¡Ah! Era que la muerte habia triunfado, mientras la madre soñaba en un porvenir de rosa al lado de un ángel rubio vuelto milagrosamente á la vida!

Celia

RESOLUCIÓN

¿A qué llorar ni maldecir? ¿Ni cómo
humillarse la víctima al verdugo?
La indiferencia me dará su aplomo,
que el que libre nació no sufre yugo.

¿Fué un capricho, un error, una artimaña?
No lo he sabido, ni saberlo quiero.
Ansió humillarme—¡pretensión extraña!—
¡Vivo en la tumba me hundiré primero!

¿Retroceder intentaría acaso?
¡Qué no lo haga jamás!... Sobre la puente
del precipicio está; si tuerce el paso,
tema en las rocas estrellar la frente.

Quédese donde está. La retirada,
aunque al seguro del amor se acoja;
fué siempre lo peor de la jornada.
Ya el guante me arrojó: no lo recoja.

Alguien.

DELIRIO

A A...

CUANDO en las tardes ya la luz se apaga,
y en triste soledad de tí me acuerdo,
acaricia mi mente tu recuerdo,
poética visión;
aquel rizo castaño que me diste,
con lágrimas y besos empapado,
él te podrá decir cuánto ha llorado
mi pobre corazón.

Ah! tú comprendes mi dolor inmenso!...
Nunca á mi pecho volverá la calma;
negro delirio me destroza el alma,
tremendo frenesí:
lágrimas vierten mis cansados ojos;
y al estrechar llorando tus cabellos,
figúrome abrazarte á tí con ellos,
creo besarte á tí...

Y cuando en sueños quiero darte un beso,
tú me lo impides sonriente y loca,
y en vano busco esa purpúrea boca,
no la puedo encontrar!...
Y al despertar, frenético te llamo;
creo que es cierto lo que fué locura,
creo en las sombras de la noche oscura
tu rostro divisar....

. . . . . .

C. Vero M.

Santiago, Mayo 8 de 1896.

EL ROSARIO DE LA MARQUESA

TRADICIÓN

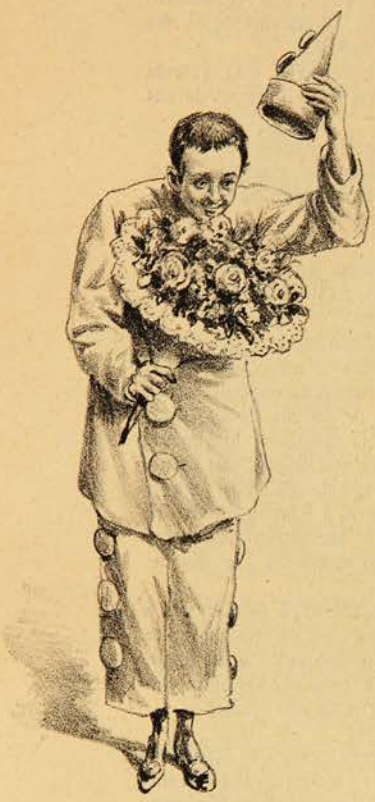
ERA en las postrimerías del siglo XVIII, cuando la era colonial tocaba á su fin, y el pensamiento de la libertad, informe aún, comen-

TEATRO MUNICIPAL.



Sra. Eva Tetrazini de Campanini

Primer soprano absoluto.



¡Salud! Luchas de mi vida!



¡Al fin solos!



¿Si se reirá de mí?



Facsímil de unas de las treinta monedas por las cuales Judas Iscariote vendió á Jesús de Nazaret.

(El original existe en el Museo de Antigüedades de Londres.)

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE JUNIO DE 1896 NÚM. 42

zaba á agitarse en el cerebro del mundo americano, al calor de las ideas proclamadas por la Revolución Francesa.

Conocidas son, por los relatos de tradicionalistas distinguidos, las patriarcales costumbres de aquella edad. Una nobleza aventurera, venida de la Metrópoli con el solo propósito de hacer fortuna, y que, después de haber escandalizado, en sus mocedades, á la joven familia colonial, con el ruido de sus excesos, más tarde, ya en la vejez, pugnaba por edificarla, con la ostentación de sus prácticas religiosas.

La vida, pués, en aquella época, era triste y monótona, tanto en las relaciones sociales, como en la práctica de los negocios, siempre iguales y embrionarios.

***

Por aquel entonces, vivia en la muy heroica y muy noble ciudad de la Serena, una Marquesa del antiguo cuño, tan epegada á sus pergaminos, como á sus viejas costumbres y á sus novisimos doblones. Hemos dicho que vivia una Marquesa, y no un Marqués, porque, aunque la noble señora no era soltera ni viuda, sino casada, y casada con un señor de muy ilustre abolengo, ella era quien, como suele decirse, llevaba los calzones en la familia; calzones conquistados bravamente en largos años de luchas domésticas.

Frutos de la unión de doña Josefina y de don Santiago, que asi se llamaban los nobilisimos esposos, eran varias hermosas doncellas, muy poco apegadas á las paternales ideas, si bien sumisas á su voluntad omnipotente, y un doncel, un mozo muy gallardo y muy bruto, que vivia

.....cual viven tantos otros,
laceando vacas y domando potros,

según la gráfica descripción que de un ejemplar análogo hizo nuestro Sanfuentes.

No hay para qué decir que la suerte de aquella lindas muchachas se resumia en este dilema: el matrimonio, si la suerte queria que arribase de la Metrópoli un buque cargado con duques, marqueses ó condes; ó el claustro, que era lo más probable, si el buque aquel no llegaba; ya que en la colonia no existia persona de bastante nobleza, digna de confundir su sangre con la de aquella ilustre familia.

Porque doña Josefina era muy orgullosa, como lo prueba el siguiente episodio que—allá en nuestra niñez—recogimos de boca de un testigo ocular, tan viejo como veridico.

***

Según costumbre de la época, entre la merienda y la cena se *rezaba el rosario*, llevando el coro la dueño de casa, y con asistencia de toda la familia y servidumbre.

Doña Josefina, en su afán de nobleza, habia llegado á desdeñar, ó poco menos, á sus parientes de la tierra, y, por una infinita aspiración de su orgullo, ido á buscarlos en el centro mismo de la corte celestial.

No podian obedecer á otro propósito las sustanciales modificaciones que habia introducido en algunas oraciones de su devoción. Asi, se cuenta que, después de enunciado el misterio del dia, la señora rezaba enfáticamente el *Ave María*, de la siguiente manera:

"Dios te salve Maria, hermana mia, cuñada de Santiago, tia de mis hijas y señora de sus sirvientes."

A lo que contestaban las muchachas:

"Santa Maria, hermana de nuestra nadre, cuñada de nuestro padre, tia de nosotras y señora de sus sirvientes."

Y los criados:

"Santa Maria, hermana de nuestra señora, cuñada de nuestro amo, tia de nuestras señoritas y señora de nosotras."

Esta peregrina transformación de una de las oraciones más conocidas y respetadas de los católicos de todos los tiempos, escandalizó de tal modo á una señora de aquella época, rival en sus mocedades de la orgullosa Marquesa, que no pudo por menos que denunciarla como sacrílega al jefe de la Iglesia chilena, para lo cual hizo viaje, *por tierra*, á Santiago; pero el bueno del Obispo soltó una estrepitosa carcajada, y se contestó con responder á la denunciante:

—Tranquilicese Ud, señora, y deje en paz á la ilustre doña Josefina, que es una excelente persona. Seria crueldad castigarla aqui abajo, cuando ya muy luego lo estará lo bastante, con el desengaño que le aguarda allá arriba.

***

No nos consta lo que acurrió á la Marquesa en la otra vida, ni si el parentesco fué aceptado ó repudiado en el cielo; pero es lo cierto, que la buena señora se murió creyendo en que era hermana de Maria Santisima, y que ocuparia, en la mansión de los escogidos, un lugar muy próximo á ella.

J.

A MARIA

¡La infancia! Edad venturosa,
edad de gratos ensueños,
de pensamientos risueños
de inocencia y de candor!
Edad en que el alma ignora
si hay en el mundo dolores,
si espinas tienen las flores
que brindan tan suave olor!
En esa edad deliciosa
la existencia se desliza
cual en alas de la brisa
tiernas notas de un laud.
En esa edad todo inspira

AÑO 1 SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE JUNIO DE 1896 NÚM. 42

placer, ilusión y calma,
y sin temor vive el alma
extraña á toda inquietud.
Cuán bellos son esos dias,
cuán bellas son esas horas
que, hermosas y halagadoras,
vienen, llegan y se van.
Mas ellas duran tan solo
lo que en el prado las flores,
que dejan de sus olores
el recuerdo y nada más.
Si, María, todo cambia
en este mundo, que hoy miras
llena de gozo, y suspiras
sus dichas al contemplar:
Tras las doradas visiones
de los sueños infantiles,
los ardores juveniles
van la mente á despertar.
La escena entonces varia:
la infancia se descolora,
y la ilusión se evapora,
y llega la realidad.
Ya la vida no es un sueño
hermoso cuanto apacible,
es hoguera inextinguible,
es un agitado mar.
Mas no por eso desmayes,
que la existencia es muy bella
cuando la alumbra la estrella
luminosa del amor;
cuyo resplandor divino,
en tiempo no muy lejano,
irá á hermosear soberano
tu vida con su esplendor.
Ah! deja que en tu alma brillen
del amor los resplandores,
que crecerán gayas flores
á su influjo seductor.
Y él, de tu existencia haciendo,
en medio del mundo, un cielo,
dará á tus penas consuelo
y endulzará tu dolor.
Y mientras pura se ostente
la hermosa flor de tu infancia,
aspirando su fragancia
deja tus horas rodar;
y disfruta cuanto puedas
de su encanto y lozanía,
porque en dolor la alegría
se suele después trocar.
Mas, á las sombras no temas
de una noche de amargura,
si reluce en tu alma pura
de la virtud el fulgor.
Y si valiente batallas
de la vida en los combates,
y resistes los embates
de la maldad y el dolor;
De esa manera tu alma
verá su ilusión cumplida,
y al abandonar la vida
irá de la gloria en pos.
Sé sencilla, amante, buena,
pródiga á todo consuelo
y vive mirando al cielo,
y vive pensando en Dios!

F. G. G.

OTOÑO

¡QUIERO morir en la estación hermosa,
cuando á millares nacen las violetas,
cuando el sol es más pálido y más tibio,
cuando brillan más puras las estrellas!
Quiero morir en la estación hermosa,
cuando la brisa es ave mensajera
que lleva entre sus alas los aromas,
los suspiros, los besos, las endechas!
Quiero morir al declinar la tarde,
cuando el sol se despide de la tierra,
al fulgor de la luna melancólico,
al suave titilar de las estrellas!
Quiero morir en la estación hermosa,
y que en mi tumba solitaria crezcan,
las flores del recuerdo, entrelazadas
con las dulces y tímidas violetas!

Celia

CERTAMEN

LA DIRECCIÓN DE **LA REVISTA CÓMICA**, HA DECIDIDO PUBLICAR UN **Almanaque artístico-literario** PARA EL AÑO DE 1897, Y, COMO MEDIO DE REALIZAR LA IDEA APUNTADA LO MÁS BRILLANTEMENTE POSIBLE, RESUELVE ABRIR UN **Certamen literario** SOBRE LOS TEMAS SIGUIENTES:

1.° —**Una composición poética.**

2.° —**Un cuento en prosa, de no mayor extensión que dieciseis columnas de La Revista Cómica.**

3.° —**Un estudio crítico sobre las modernas escuelas literarias, posteriores á la aparición del romanticismo en Francia.**

CONDICIONES.

Las composiciones deberán ser originales é inéditas, y el plazo para la admisión de los trabajos expirará el 1.° de Septiembre del presente año.

Los premios serán tres, uno para cada tema, y consistirán en otras tantas obras artísticas del escultor nacional don José Miguel Blanco, á elección de los interesados. Además, los retratos de los autores premiados se reproducirán en el Almanaque, al frente de sus respectivos trabajos.

El jurado lo compondrán los distiguidos literatos don Eduardo de la Barra y don Francisco Concha Castillo, cuyos nombres constituyen, para el público concurrente al Certamen, la mejor garantía de competencia y seriedad.

La Dirección

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



Sta. Emilia Phillips H.

Sta. Carmela Guzmán C.

La Revista Cómica
Es propiedad de los Directores

NUESTROS MARINOS

D. Luis A. Goñi



Supo encontrar la victoria
entre turbiones deshechos,
y acrecienta con sus hechos
la noble heredada gloria

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE JUNIO DE 1896 NÚM. 48

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20
Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

CERTAMEN

LA DIRECCIÓN DE **LA REVISTA CÓMICA**, HA DECIDIDO PUBLICAR UN **Almanaque artístico-literario** PARA EL AÑO DE 1897, Y, COMO MEDIO DE REALIZAR LA IDEA APUNTADA LO MÁS BRILLANTEMENTE POSIBLE, RESUELVE ABRIR UN **Certamen literario** SOBRE LOS TEMAS SIGUIENTES:

1.° —**Una composición poética.**

2.° —**Un cuento en prosa, de no mayor extensión que dieciseis columnas de La Revista Cómica.**

3.° —**Un estudio crítico sobre las modernas escuelas literarias, posteriores á la aparición del romanticismo en Francia.**

CONDICIONES.

Las composiciones deberán ser originales é inéditas, y el plazo para la admisión de los trabajos expirará el 1.° de Septiembre del presente año.

Los premios serán tres, uno para cada tema, y consistirán en otras tantas obras artísticas del escultor nacional don José Miguel Blanco, á elección de los interesados. Además, los retratos de los autores premiados se reproducirán en el Almanaque, al frente de sus respectivos trabajos.

El jurado lo compondrán los distiguidos literatos don Eduardo de la Barra y don Francisco Concha Castillo, cuyos nombres constituyen, para el público concurrente al Certamen, la mejor garantía de competencia y seriedad.

La Dirección

MOSAICOS

—¿Y bien?... dije á la aterida haraposa, á quien por tercera ó cuarta vez, en noches tan frías como aquella, encontraba en aquel mismo sitio, resguardándose de la niebla bajo el portal del palacio, y procurando cobijar en su regazo á un escuálido niño de no más de cinco años de edad.

—Y bien...—respondió la infeliz. Seis meses después de haber nacido mi hijo, él se casó, con una joven muy rica. Díjome que yo mejoraría de condición, pués podría atender mejor á mis necesidades; y que, como, al fin, aquel era solo un matrimonio de conveniencia, él siempre me pertenecía.

—¿Y no cumplió ninguna de sus promesas?

—Al principio, si; después... ya lo veis.

—¿I qué aguardais aquí?

—Él vive en aquella casa del frente... Todas las noches va al Club, á jugar, y se vuelve muy tarde. Cuando ha ganado—cosa que yo conozco muy bien, por la alegría que manifiesta en todos sus ademanes—mi hijo le sale al encuentro, y él le dá algunas monedas. Si por desgracia yo me equivoco, y ha perdido, las maldiciones que arroja á este pobre inocente, son para morirse de horror.

Una noche—hace ya muchos meses—le dió un escudo de cinco pesos, y le palmeó la megilla.. ¡Debió haber ganado mucho!... En campio, algunos dias después...

En aquel instante, se abrió la puerta de la casa de enfrente, se oyó un doble beso, y apareció un hombre, que se perdió á buen paso entre la niebla que envolvía la calle.

—Y ése... ¿no es él?... le pregunté.

—Nó, me respondió. El está en el Club.

—¿Quién es entonces?

—Mi vengador!... me contestó, con acento profundo.

—¡Basta!... la interrumpí con horror; y me alejé de allí, después de arrojar una moneda á aquella infeliz, víctima de la infamia de un hombre y testigo oculto de su deshonra.

***

¿Te ríes?... No hay por qué. Si me engañaste,
lo que altivo no niego,
fué—bien lo sabes—porque el alma loca
te engañó á tí primero.

***

¿Que la flor te devuelva que me diste?
¡No la conocerías!
Entonces sólo atesoraba aromas;
hoy, le han nacido espinas.

***

¡Pobre artista!

En las horas alegres de la adolescencia, el sueño de la gloria agitó su cerebro, y la esperanza de una vejez holgada y venturosa, conmovió su corazón.

Y trabajó... trabajó con la energía del que alienta un propósito definido; con la constancia del que tiene fé en lo porvenir; y consumió su juventud, y agotó su vida, para infundir una parte de ella en cada uno de los seres que forjó su imaginación y dió forma su cincel.

Y, cuando ya creía acercarse al término de la jornada, la ola de la corrupción arrojó á nuestras playas á la industria de mala ley, fruto po-

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE JUNIO DE 1896 NÚM. 43

drido de los viejos pueblos; y el arte sucumbió ahogado por la especulación; los desvelos de toda una existencia, por la audacia de un momento.

¡Pobre artista!

DIÁLOGO

DE HORACIO Y LIDIA

(Libro III, ODA IX)

Donec gratus eram tibi...

HORACIO

MIENTRAS logré agradarte y en mis brazos,
único dueño de tu seno hermoso,
te retenía con amantes lazos,
más que el rey de los persas fuí dichoso.

LIDIA

Mientras tu amor ardía
por Lidia y no por Cloe, y destronada
no me sentí; yo, Lidia celebrada,
muy más feliz vivía
que en los brazos de un dios la bella Ilia.

HORACIO

Cloe de mí dispone. Lisonjera
me encanta con su voz y acorde lira!
En mi la rubia tracia dulce impera;
ella mi pecho inspira,
por ella con placer la vida diera!

LIDIA

Yo, en igual fuego me consumo ahora
por Catais el griego, y él me adora.
¡Ah, por él yo daría
una vez y otra vez la vida mia!

HORACIO

¿Si al viejo yugo Venus nos trajera,
y si otra vez brillara
nuestra llama primera?...
¿Si yo á Cloe la puerta señalara,
y si á Lidia los brazos le tendiera?...

LIDIA

Catais es más hermoso
que el sol naciente; tú, más veleidoso
que el viento pasajero,
y más que el mar Adriático sañoso,
y así, yo te prefiero,
y vivir y morir contigo quiero!

E. de la Barra

Limache, marzo de 1896

PRESENTE

(PENSAMIENTO GRIEGO)

ACEPTA, graciosa niña,
esta guirnalda de flores
de aromáticos olores,
que he cogido en mi jardin.
En ella hallarás violetas,
juncos, claveles y rosas,
y otras mil flores hermosas
ricas de aroma y matiz.

Si te agradan, como creo,
por ser en verdad muy bellas,
engalánate con ellas
y luego el fausto depón;
pensando que tus encantos,
tu juventud y hermosura,
han de durar lo que dura
la fragancia en una flor.

F. G. G.

CARLOS

CARLOS tentó la última prueba, el supremo esfuerzo de reconciliación con el mundo. Animóse su semblante, y, como en sus mejores tiempos, volvió á chispear su espíritu con la gracia juvenil.

Había pedido á la Naturaleza, á su inmensidad augusta y sagrada, la prolongación de sus cansados dias. Ella le ofreció la calma; mas, ¡ay! no le dió la dicha, ni quitó á su alma el dejo amargo de un pasado triste y borrascoso. Pero en la playa misma del océano, al pié de la ciudad que apellidan la virjen del Pacífico, el mundo le dió la última esperanza: le presentó á Elvira.

En la playa de S*** la vió por vez primera. Talvez la confundió con el ángel de sus sueños juveniles.

Amó á Elvira con la fuerza poderosa de un sentimiento que imaginaba sepultado para siempre; amó la playa donde se le ofreció por primera vez, como en el espacio encantado de los sueños; amó el horizonte marino que reflejaba los rayos de su mirada; amó el humilde pueblo, donde corrió esa hermosa temporada de verano.

¡Y amó la vida! El tedio que devoraba su alma fué poco á poco desapareciendo á influjo de aquella Gracia colocada en su camino. Pero esta dicha se desvaneció en breve. A su amor inmenso y profundo, apenas correspondió Elvira con una amistad débil é incierta.

Resolvió entonces abandonar su patria para ir errante, por mares y tierras lejanas, en busca de la dicha apetecida.

TEATRO MUNICIPAL



Sr. Cleofonte Campanini.

Maestro Director de orquesta



¿Adonde irá?



¡Tanto tiempo sin verte!



Hasta el gato de casa lo he visto retirarse.



(En el *Columbia Skating Rink)*

¡Cuánto brillante lucero,
gracia ostentando y salud,
desliza hoy su juventud
sobre patines de acero.

AÑO 1 SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE JUNIO DE 1896 NÚM. 43

Era la noche obscura y tenebrosa. Una espesa neblina dejaba apenas percibir el resplandor de los faroles cercanos. Los habitantes de Valparaiso habian buscado el refugio de sus hogares. Solo Carlos, envuelto en su capote, permanecia de guardia en la desierta calle, fijos sus ojos en los balcones iluminados de una casa del frente.

¡Era la última noche! Ya no volveria á verla. Fondeado estaba en la bahia el vapor que debia conducirlo lejos de su patria. ¡Qué noche tan atroz! El hielo de la última mirada, la frialdad horrible del último adiós, se mezclaban al soplo frio de la atmósfera, y aterian el alma desgraciada de Carlos. ¿De dónde vendria el calor vivificante de la esperanza? La estancia brillaba con las luces del hogar; la alegria reinaba en medio de la luz; pero la noche continuaba afuera obscura y tenebrosa, la niebla se hacia cada vez más espesa, la soledad mas lúgubre y siniestra. Entonces sintió Carlos un estremecimiento mortal; y espantado de sí mismo, de la noche, de la soledad y del silencio, se alejó apresuradamente de aquel sitio, donde quedaban los fantasmas de sus muertas ilusiones.

***

El que estas lineas escribe, viajero no ha mucho en lejanos paises, asistia una noche en el teatro Goldoni, en Venecia, á la representación de un drama nuevo. Era el protagonista de la pieza una victima del amor, con un destino muy semejante al de Werther. Entre los aplausos entusiastas y numerosos que acogieron la obra, un ¡bravo! débil, pero sincero, pronunciado con el acento de mi patria, hizo que volviese mi cabeza hácia el joven que lo habia proferido. En él reconocí á Carlos, á quien habia visto muchas veces en la Universidad de Chile.

No lo conocia personalmente; pero le hablé de Chile, y fuimos amigos. Pocos momentos después, abandonábamos juntos el teatro Goldoni.

Nuestra góndola, arrastrada por el Gran Canal, se detuvo en el puente del Rialto. Allí desembarcamos. La luna llena brillaba en lo más alto del cielo, poblando de imágenes los derruidos palacios y las negras lagunas de la envejecida reina del Adriático. Sentados en un banco, ante la noche espléndida y callada, evocamos el recuerdo de la patria ausente.

Y luego Carlos se expresó de esta manera:

...«Hastiado en mi pais, vine á aturdirme en el remolino de la vida europea. Pero pronto me fastidió el bullicio, la agitación y el tumulto de las grandes ciudades.

«Volví entonces los ojos á mi patria. Se me apareció á la distancia con la magia que le prestan los recuerdos de nuestra primera edad. Pero ya no era niño: me trasladé á ella con el pensamiento, y me vi aburrido otra vez, y desesperado con la triste realidad de mis sueños.

«Ahora me anima una esperanza, incierta y falaz esperanza, pero la única fuerza que me sostiene en la vida: una nueva existencia, un hogar tranquilo y feliz, y, reinando sobre mi destino y mi posteridad, Elvira, la niña encantadora que se me apareció una mañana en la playa de S***»

***

Carlos ha vuelto á Chile.

Vestido de frac, corbata y guantes blancos, se pasea tranquilamente á lo largo del salón, donde, con un baile suntuoso, se celebra el matrimonio de Elvira. El novio, Arturo, el de los buenos caballos, viene en su busca, y le conduce al sofá, donde lánguidamente reclinada, goza Elvira de los momentos mas dulces de su existencia.

Al estrechar ésta la mano de Carlos, palidece ligeramente.

—Viene usted más gordo, le dice.

—Efecto de la edad, señora.

—¿Y cómo está su mamá?

—Muy bien; gracias.

Y satisfecha Elvira de estas palabras cariñosas, aparta su atención de Carlos para fijarse en una linda pareja que en ese momento pasaba delante de ellos. Y el diálogo acaba; y en ese diálogo, insulso y vulgar, vé resolverse Carlos el soñado encuentro, ese momento feliz que entreveia en sus horas de nostalgia, y le ayudaba á soportar las penalidades de la ausencia.

Pero Elvira continúa en el sofá; y Carlos, que la contempla, mira en ella el angel tutelar de su ventura, la virgen prometida á su esperanza; la descubre bella, noble y pura como en los dias de su infancia; observa con intimo regocijo su traje blanco de novia y los azahares que adornan su cabeza; la sigue en su viaje, á su lado, y percibe á lo lejos el risueño albergue que en el florido campo les aguarda. Y cuando, concluida la fiesta, Arturo viene por su esposa, y la conduce al coche de magnificos caballos que les espera á la puerta, entonces Carlos advierte que los papeles se han trocado.

No lanza un grito; no profiere una queja; no derrama una lágrima. La ve alejarse con todo el fausto de la vanidad mundana; y él se aleja también, solitario, en medio de la noche obscura y pavorosa. Pero Elvira va delante de él Elvira, la niña ingénua y alegre de la playa de S***, la de las canciones inimitables, la de andaluza gracia; marcha ligera con su envoltura blanca, con los azahares al viento, y señalando con su mano extendida el altar del himeneo que brilla en el abismo de las tinieblas.

Y él la sigue, agitado, convulso, sin aliento, en aquella última noche de su vida

Petitte Chose.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE JUNIO DE 1896 NÚM. 43

MENUDENCIAS

¡Cuánto poeta genial
de estro fácil, donairoso,
se transforma, por su mal,
de poeta espiritual
en poeta espirituoso!

—

En la copa del placer
soñé que una vez libaba;
y me sorprendía al ver
que la copa simulaba
los labios de una mujer...

—

Esa que va entre las fieles
á orar al templo humillada,
con inconstancias crüeles
hirió el alma apasionada
de innumerables donceles.

—

Ese señor de Avilés
que el eterno centauro es,
¿por qué aberración, oh Dios,
en vez de ir en cuatro piés
hoy va solamente en dos?

—

Teme, teme, niña mía,
las iras del Juez Supremo,
cuando sepa que por tí
falté al primer mandamiento.

—

Conocí un tipo horroroso
que solo el verle espantaba;
Donoso, se apellidaba;
y le llamaban Don Oso.

—

Cuando algo de Caro digo,
(un petardista preclaro
que me debe hasta el abrigo)
no digo: mi amigo Caro,
sino que: mi caro amigo.

Pedro Emilio Gil.

ENTRAPELIAS

(HOJA DE UN LIBRO).

—

Para A. de Géry.

¡Cuando el poeta sintió que la multitud, enloquecida de entusiasmo, lo levantaba sobre sus hombros; cuando oyó los atronadores aplausos de la escogida concurrencia, y vió caer á sus piés las flores, los pañuelos y las cintas que de todos los palcos le arrojaban las bellas, recordó su vida de ahora un año.

Recordó su vida de entonces, ignorada y miserable, en la lóbrega bohardilla que le servía de alojamiento, antes de haber heredado los millones de su tío, el banquero; pensó en lo orgullosos y estirados que pasaban ante él los que hoy eran sus más constantes aduladores; recordó las humillaciones que habian querido hacerle sufrir todos; lo desdeñado que habian sido sus versos en los periódicos donde habian ido á mendigar espacio; sintió una llamarada de dolor y de hastío en el cerebro, y, desprendiéndose de los brazos que lo alzaban en triunfo, huyó por entre los bastidores, sintiendo deseos de escupir á los que lo aplaudian y de abofetear á los que lo enzalsaban.

***

Y bien. Todas tus palabras mentidas y tus juramentos falsos; todas tus caricias vendidas y tus besos prestados; todas tus miradas lánguidas y tus suspiros hondos, merecen acaso ni el desprecio mio?

***

Oh Pánfilo! Tú que asistes á banquetes y á tertulias; tú que pasas la vida en el Club y en los Hoteles; tú que estás pendiente de las últimas modas de Paris, y que muestras, satisfecho, tu corbata "mariposa", sujeta con un gran brillante, y que ostentas el puño de tu bastón engarzado en oro, piensa en tu pueblo, recuerda á tu familia.

¿Tendrá un manto con que abrigarse tu madre? Habrá comido siquiera un mendrugo de pan el anciano que te dió su nombre? Asistirán á la escuela los pequeñuelos, tus hermanos?...

José M. Barreto

Tacna—1895.

ESPERANZA

Hay algo en mi cerebro que se agita
como las ondas de la mar inquietas;
hay algo que me dice:—¡No desmayes,
que encontrarás al fin la recompensa!

Hay algo misterioso que me empuja
de mis ensueños por la abrupta senda;
hay algo interno que me grita:—¡Sigue!
¡Al fin de la jornada está la meta!

Lauro Gonzalez Letelier

Linares, 1896.

COLUMBIA SKATING RINK

ESPLÉNDIDO BAILE DE FANTASÍA PARA NIÑOS

EL SABADO 4 DE JULIO

—

En celebración del aniversario de la Independencia de los Estados Unidos, tendrá lugar en el Salón Columbia Skating Rink un magnífico baile de fantasía para los niños de ambos sexos de nuestra sociedad. Se admiten inscripciones en la Secretaria. *Entrada gratis, Ocho* lindísimos premios.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



Sta. Inés Balmaceda F.

Sta. Carmela Undurraga H

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS DIPLOMÁTICOS

D. Carlos Morla Vicuña



Diplomático y poeta,
hombre de ciencia y artista,
los laureles que conquista
la envidia procaz respeta.

AÑO 1 SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE JULIO DE 1896 NÚM. 44

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

CERTAMEN

LA DIRECCIÓN DE **LA REVISTA CÓMICA**, HA DECIDIDO PUBLICAR UN **Almanaque artístico-literario** PARA EL AÑO DE 1897, Y, COMO MEDIO DE REALIZAR LA IDEA APUNTADA LO MÁS BRILLANTEMENTE POSIBLE, RESUELVE ABRIR UN **Certamen literario** SOBRE LOS TEMAS SIGUIENTES:

1.° —Una composición poética.

2.° —Un cuento en prosa, de no mayor extensión que dieciseis columnas de La Revista Cómica.

3.° —Un estudio crítico sobre las modernas escuelas literarias, posteriores á la aparición del romanticismo en Francia.

CONDICIONES:

Las composiciones deberán ser originales é inéditas, y el plazo para la admision de los trabajos expirará el 1.° de Septiembre del presente año.

Los premios serán tres, uno para cada tema, y consistirán en otras t ntas obras artísticas del escultor nacional don José Miguel Blanco, á elección de los interesados. Además, los retratos de los autores premiados se reproducirán en el Almanaque, al frente de sus respectivos trabajos.

El jurado lo compondrán los distiguidos literatos don Eduardo de la Barra y don Francisco Concha Castillo, cuyos nombres constituyen, para el público concurrente al Certamen, la mejor garantía de competencia y seriedad.

MOSAICOS

HACE pocos días, á principios de la semana, supe que habia muerto en una de las salas del hospital.

Me contaron su historia.

Un señorito habiale comprado, cierta vez, con los últimos ramilletes de su cestillo, las primeras flores de su inocencia.

Unas y otras se marchitaron, y el comprador las arrojó en medio del arroyo.

Rodando aquí y allá, la pobre muchacha, perdida la fé, sin energia para sustraerse á las solicitudes del vicio, ni voluntad para cargar sobre sus hombros el pesado leño de una dudosa redencion, se dejó deslizar por la rápida pendiente que conduce, por un camino de flores, á un término de abrojos y de desesperación.

Cuando ya el mundo le dijo "¡basta!", y el libertinaje, desdeñoso, le volvió la espalda, quiso buscar el pan en el trabajo; pero sus fuerzas eran débiles, la tarea pesada, y el pan ganado muy escaso.

Se sintió desfallecer física y moralmente, y pensó en la caridad. Entonces recurrió á un asilo, que al cerrar tras ella sus puertas, le abrió las de la eternidad.

Después.. el olvido, el sarcasmo, la execración hipócrita; y, más arriba, Dios, revocando, acaso, el fallo de los hombres.

*
* *

Hiere con fuerza el eslabón la piedra,
y al golpe brotan chispas;
asi, mujer, cuando tú heriste mi alma
brotaron estas rimas.

*
* *

Diz que son embusteros los poetas
porque mienten en verso:
¡Ah! los que mienten en rastrera prosa,
¿son, mujer, verdaderos?...

*
* *

Al descender del elegante americano, dejó al descubierto la torneada pantorrilla, aprisionada en finisima media de seda.

—¡Soberbio!.. dije yo.

—Daria un mundo por copiar ese magnifico modelo, exclamó entusiasmado el artista bohemio.

—Pues ello es muy sencillo, arguyó Cándido. Compre Vd. una igual en casa del ortopedista, y habrá salido del paso.

—¿Luego?...

—Si.. Mi hermana es patiestevada, y...

En todo caso, no digan Vds. que yo se los he contado.

ELEJIA

(EN LA MUERTE DE UN AMIGO)

—

EL llanto del dolor brota en mis ojos,
y á elevar al empireo una plegaria,
postrándome en la lápida de hinojos,
me convida esta tumba solitaria.
Aquí, aislado del mundo y sus abrojos,
debajo de está losa funeraria,
yace en materia inerte un sér querido
que no echaré jamás en el olvido.

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE JULIO DE 1896 NÚM. 44

Hijo modelo, amigo cariñoso,
de grandes y elevados pensamientos,
de corazón sencillo y bondadoso,
lleno de delicados sentimientos.
Crecía en un hogar noble y dichoso,
do jamás conoció los sufrimientos,
y henchidos de esperanzas y alegrías
se deslizaban sus tranquilos días.

Pero la muerte impía y desastrosa,
que sorprende al mortal en su camino,
abrirle quiso prematura fosa
y señalarle á su alma otro destino.
Cortó ella el hilo de su vida hermosa,
y á otro mundo mejor, mundo divino,
hizo emprender dichosa á su alma el vuelo
mientras su cuerpo reclamólo el suelo.....

Triste es pensar que nuestra vida es sueño,
y sueño á veces de pesar profundo,
en que todo placer es bien pequeño
y suele ser en lágrimas fecundo.
Verdad amarga de terrible ceño
que á conocer nos ha enseñado el mundo,
donde nada hay eterno y duradero,
donde todo es fugaz, perecedero.

El que hoy no muere morirá mañana
abatido por crueles desengaños,
ó inclinará su frente mustia y cana
vencido por el peso de los años.
Mas él, feliz en esa edad temprana,
en que los sufrimientos son estraños,
murió lleno de vida y de ventura
sin conocer del mundo la amargura.

Recuerdo que le amaba como á hermano;
que una amistad muy noble nos ligaba,
y ayer no mas con efusión su mano
entre las mias plácido estrechaba.
Y hoy viendo convertida en polvo vano
esa existencia que yo tanto amaba,
de mi lira dedícole este canto,
tierno recuerdo de dolor y llanto!

Federico González G.

EL POETA

A Julio Vicuña Cifuentes.

¡Su destino es sufrir!... Ciega y tremenda
fuerza le impele hácia el abismo inmenso;
negra es su vida, su horizonte es denso,
duda y vacila en la feroz contienda!...

Alta la frente, la escabrosa senda
cruza el poeta, derramando incienso...
¡No hay un consuelo á su dolor intenso!
¡No hay corazón que su lenguaje entienda!...

Por eso mústio sus tristezas canta;
la humanidad su desventura ignora,
y él cae al peso que su sér quebranta!
. . . . . .

Pero en su tumba la violeta llora,
crece á su lado la amorosa planta,
y el sol poniente su sepulcro dora.

C. Vero M.

Junio 23 de 1896.

DE TELÓN ADENTRO

(COLABORACIÓN)

La escena pasa en un teatro de esta capital.

Engracia, la corista más bella y pudorosa que jamás haya pisado las tablas, apoya su redonda espalda en un bastidor, y, cruzada de piernas, contempla con arrobamiento á un elegante joven, flaco y sutil como un alambre, si bien no del todo mal parecido.

El joven muerde el puño de su bastón; y *ella* se sonrie con aire compasivo, como diciéndole:

—Eres un tonto, y haces mal en tener celos... ¡Vamos! Acércate!

Pero el joven no se acerca, y hace mal en ésto; porque, lo mismo en el amor que en los negocios, la ocasión es calva y el tiempo es oro.

Vase el joven, no pudiendo disimular cierto despecho.

Engracia hace un ligero mohin que le es peculiar, retira su espalda del bastidor, desenlaza sus esbeltas piernas, y dá un paso en sentido contrario al del galán.

En aquel momento se le aproxima un tramoyista.

—Señorita—le dice—un caballero me dió esto para usted.

Y le entrega un lindisimo ramo de flores

—¡Qué bonito! exclama Engracia, saltando como un pájaro y acercando el ramo á sus narices nacaradas.

Este movimiento hace caer al suelo un papelito muy doblado, verdadera sierpe entre flores, que en el ramo venia escondido.

El papelito es un billete de amor, un verdadero billete, cuyo contenido es el siguiente:

"¡Señorita!—Estoy enamorado de Vd. y dispuesto á sacrificarle mi porvenir, mis rentas y mi sosiego. ¡Concédame Vd. una entrevista, ó muero! Esta noche ocupo un palco inmediato al escenario, y, oculto entre las sombras devoraré á Vd. con mis ojos. Si saca Vd. á la escena una flor, una sola flor de ese ramo, seré dichoso, y entonces... ¡Oh! entonces!... Mañana nos veremos." *(Aquí la firma)*

* * *

¡La curiosidad perdió á Eva, perdió al género humano!

¡La curiosidad es el escollo de la mujer!



¿Quieres amarme, celestial inocencia?

—Si adivinas, te lo doi.

—¿Todo?



Y esta situación, compadre, que no se define...





Mira, ¿no te quejabas hace poco de no tener trabajo?

¡Y qué simpáticos estos pícaros!





¡No estés más triste, alma mía!

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE JULIO DE 1896 NÚM. 44

Engracia sacó la flor á la escena, la olió repetidas veces, y, por más que miró al dichoso palco, no pudo descubrir á su amador. Seguramente, estaba oculto entre las sombras...

***

Pasó la noche lóbrega y llegó el siguiente dia.

Engracia, la sensible Engracia, acaba de abandonar el lecho, hermosa como Venus cuando surgió de entre las ondas del mar.

Engracia está pensativa, preocupada.

Sentada en un sillón de muelles, y medio entornados los bellos ojos de gacela, no oye el ténue ruido que hace una puerta al abrirse.

Por aquella puerta entra un hombre, un sátiro horrible, elegantemente vestido.

Sus ojos se posan con insistencia en Engracia.

Esta dá un grito al verle, y con voz insegura exclama:

—¿Quién sois?

—¡Angel de mi vida! —alienta el viejo sátiro, arrodillándose á sus plantas.—¡Yo te he escrito ayer! ¡Yo te envié un ramo de flores! ¡Yo te amo!

—¡Re... tiraos!—dice Engracia, cuyo delicado temperamento, excesivamente nervioso, hace que se desmaye á la vista de un ratón.

—Nó, nó; no me retiraré —insiste el viejo — sin que pronuncies antes mi sentencia. Si correspondes a mi amor, seré dichoso; si me rechazas .. ¡Oh! si me rechazas, moriré de dolor.

Y el asqueroso sátiro posó sus labios en las manos de la hermosa. Esta, cual si la hubiera mordido una víbora, dió un grito de espanto, y huyó al otro extremo de la alcoba.

Luego, contempló al vejete, que la miraba atónito, y soltó una carcajada.

—¿Y sois vos, le dijo, quien me ha enviado el ramo?

—¡Sí!... alentó el miserable.

—¿Vos, quien me ofrece sacrificarme su porvenir?

—¡Si, yo!

—¡Dichoso porvenir, por cierto! A los sesenta años...

El sátiro prorrumpió en un gemido de dolor.

—¿Vos, quien me habla de sus cuantiosas rentas, en una carta oculta entre flores de poco más ó menos?

El viejo se irguió y dijo:

—También hubiera deseado agregar esta joya, pero temí que se extraviara...

Y entregó á Engracia un hermosísimo *solitario*.

—¡Ah!... dijo ésta, apoderándose del estuche.

.....

***

Una hora después, el viejo, alegre y satisfecho, abandonaba la alcoba de la *diva*, y ésta decia á la criada:

—¡Pronto!... Vé á la oficina del empresario y dile que queda cancelada la tarjeta de Arturo, que le dá acceso á mi camarin, y que, en cambio, me mande otra, personal y permanente, á nombre de don Próspero Zelaya, que es el caballero que acaba de salir de aqui, y á quien tú, desde hoy, mirarás como señor de esta casa y sus efectos.

La criada oyó la relación sin sorpresa, y salió á cumplir su cometido; mientras la bella y pudorosa Engracia, contemplando atentamente el *solitario*, decia con ingenua convicción:

—Zoraida tiene razón: las primeras impresiones siempre nos engañan, y es muy peligroso guiarse por ellas. Yo encontré, en el primer momento, horroroso á don Próspero; pero después... que le he contemplado de cerca, me he convencido de que es una persona encantadora.

Mucho mejor que Arturo, por lo menos.

Gnomo.

EPIGRAMAS NUEVOS

XII

PLURALES SINGULARES

DECÍALE al hijo la madre afligida:
"¡Antes que el *escudo* perderás la vida!"
Y le dice ahora: "los tiempos son rudos;
no quieras la vida sino es con *escudos*!

—

A un hombre de peso muy bien se miraba
cuando mi abuelita niña se llamaba;
y ahora que polvo se hicieron sus huesos,
se estiman tan solo los hombres de pesos.

XIII

GRAMÁTICA DE UN SENADOR

¿Digo que sí? digo que nó?
Ni sí ni nó; ni nó ni sí...
¡Término medio no cabe aquí!
—Pedro es mas hábil y lo encontró;
interrogado, contestó: ¡Ní!

—

XIV

TU, QUOQUE

Si el Rey de teatro se quita
su corona de cartón,
¿qué queda, señor Ministro?
Queda lo que es,—un histrión!...
¡Qué lección!

Gil del Arco.

EN LA PLAYA

SI deseas ¡oh, noble criatura!
que cante de este mar en las orillas,
cual cantan las inquietas avecillas
que de tu voz envidian la dulzura;

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE JULIO DE 1896 NÚM. 44

háblame del amor de tu alma pura,
aunque asome el rubor á tus mejillas,
y deja que te admire de rodillas,
y deja que te bese con locura!

Quiéreme con insólita firmeza,
hoy que lamentas mi destino aciago;
pero después, sin odio ni tristeza,

hiéreme con el dardo del olvido:
el blanco cisne que atraviesa el lago
canta mejor cuando se siente herido!

Carlos Velarde Fuentes.

Correspondencia

Asar Yonel.—¡Pobre cojo!... Con versos como los que Ud. le dedica, de seguro enferma el infeliz de la otra pata.

R. 2.º P.—A ver si Uds. la conocen por el retrato:

La que roba mis felices sueños,
la que inspira en mi ardiente laud,
la que mi alma busca con empeño,
esa eres tú.

Timoleón.—¿Qué más se le puede prometer á una mujer?

Serás siempre, Magdalena, ante mis ojos
la belleza del mundo más preciada,
y juraré jamás caer de hinojos
á los piés de otra bella enamorada.

Washington.—La pregunta es comprometente:

¿Por qué tu amor es indomable
á los primeros brios de gloria,
manas tu felicidad laudable
y á aquel destello de victoria?

Sr. S. A. G.—Lo complaceré en parte:

De rodillas, B... lindura,
con los ojos mirando al ocaso,
le pido al señor de la altura
que extienda sobre nosotros su brazo.

Washington.—¡Pobre tocaya! Y qué versos le dispara Ud.!

Entre ramajes de verdes palmeras
besaron tus purpúrinos labios,
cual dulce emoción hizo que hunieras
tus finas mejillas pétalos de sabios.

Anele.—Enamorado de la simpática causa que Ud. defiende, y admirador entusiasta de su talento, publico en esta sección, que es la más popular, su admirable trabajo:

LA SUEGRA

Lo peor del mundo puede ser,
pero no ayo razón para despreciar
á mi suegra, que me dió la mujer
que con toda mi alma se adorar.
No quererla sería un traidor
que no meresia ni vivir en paz,
pero... despreciar yo á la madre de mi amor,
es un acto que no aré jamás,

Amador.—Comienza Ud.:

Dos hermosos corales son sus labios,
ocho bellos marfiles son sus dientes, etc.

Y dice un doctor amigo mio, que la buena masticación hace la buena salud; asi, que si la señorita aquella tiene tan completas sus muelas como sus dientes, ó se muere de robustez, ó no se muere nunca.

Felicitela Ud. en mi nombre, y noticiela de la opinión de mi amigo el doctor.

Sr. R. P. R.—Eso que Ud. titula *El beso del perdón*, es un exceso que merece castigo.

Céfiro.—Mire: si Ud. estima tanto á los novios aquellos, no les amargue la *luna de miel* con la publicación de su *Epitalamio*.

Harmodio.—Si, como Ud. mismo dice, su composición tiene mucha semejanza de fondo y de forma con otra de un conocido escritor, su publicación no tiene interés para la Revista.

Sr. A. L. T.—Eso de contemplar la naturaleza encaramado sobre una tapia erizada de vidrios, es muy peligroso.

Sr. J. C.—Los lectores, y, en especial, las lectoras de "La Revista Cómica", tienen muy delicados los nervios para venirles á contar historias tan terroríficas.

Norivea.—Imagínese Ud. qué clase de composición será la suya: consta de dieciseis versos, y no hay dos de la misma medida.

Auro.—¡Qué hermoso remate de una composición pasional!

¡Ven!... mi ánjel mio!
tu dicha buscaré;
y cuando estes colmada de delicias,
¡mátame! por piedad, con tus caricias...
¡Mátame! entre tus brazos...
de pasión!

La Fondre.—Si es Ud. novato, no está la composición del todo mal.

G. D. G.—Egercítese Ud. un poco más.

Jola...—Lo mismo que al anterior.

Rigadiez.—El oido, no está malo; pero el sentido común...

Sr. G. S. L.—Su composición es mala. Ya ve que cumplo con su encargo.

Dangó.—Tiene Ud. razón, las exigencias sociales son terribles.

Juan de Brives.—Ofrézcale Ud. flores: es la entretención más inocente.

LA VIDA

(PENSAMIENTO GRIEGO)

LA vida es un mar inmenso
que ajitan las tempestades,
y todos los hombres son
de ese mar los navegantes.

Nuestra estólida fortuna
que el débil timón maneja,
abre camino á la proa
entre las ondas inquietas.

Unos navegan tranquilos;
otros con contrarios vientos;
más todos al fin llegamos
de la fria tumba al puerto!

F. G. G.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



Sra. Elena Ross de T.

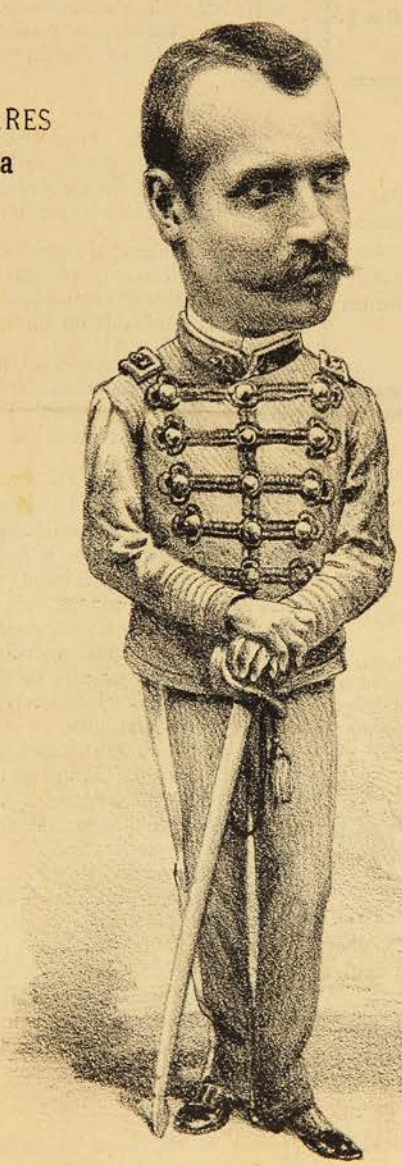


Sta. Elena Serrano S.

La Revista Cómica

NUESTROS MILITARES

D. Sofanor Parra



Noble, valiente, sereno,
este militar gallardo
es aclamado el Bayardo
del ejército chileno.

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE JULIO DE 1896 NÚM. 45

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números).....	**$ 4.50**
Por medio año (25 »).....	**2.50**
Número suelto.....	0.10
Id. atrasado.....	0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A

Casilla, 1655, Teléfono, 1273

CERTAMEN

LA DIRECCIÓN DE **LA REVISTA CÓMICA**, HA DECIDIDO PUBLICAR UN **Almanaque artístico-literario** PARA EL AÑO DE 1897, Y, COMO MEDIO DE REALIZAR LA IDEA APUNTADA LO MÁS BRILLANTEMENTE POSIBLE, RESUELVE ABRIR UN **Certamen literario** SOBRE LOS TEMAS SIGUIENTES:

1.° —Una composición poética.

2.° —Un cuento en prosa, de no mayor extensión que dieciseis columnas de La Revista Cómica.

3.° —Un estudio crítico sobre las modernas escuelas literarias, posteriores á la aparición del romanticismo en Francia.

CONDICIONES:

Las composiciones deberán ser originales é inéditas, y el plazo para la admisión de los trabajos expirará el 1.° de Septiembre del presente año.

Los premios serán tres, uno para cada tema, y consistirán en otras t ntas obras artísticas del escultor nacional don José Miguel Blanco, á elección de los interesados. Además, los retratos de los autores premiados se reproducirán en el Almanaque, al frente de sus respectivos trabajos.

El jurado lo compondrán los distiguidos literatos don Eduardo de la Barra y don Francisco Concha Castillo, cuyos nombres constituyen, para el público concurrente al Certamen, la mejor garantía de competencia y seriedad.

NOTA.—El Almanaque se distribuirá como prima á los suscriptores anuales, que lo sean al tiempo de publicarse el aguinaldo.

OTRA.—Los trabajos para el **Certamen** deben venir firmados por un pseudónimo cualquiera, y, separadamente, dentro de un sóbre lacrado, el nombre del autor. El sóbre deberá llevar escrito en el exterior, el pseudónimo que suscribe el trabajo.

MOSAICOS

¡CON qué arrogancia, con cuán íntimo placer, el burgués millonario—que ha hecho su fortuna vendiendo velas de sebo y jabón verde—trata con el genio que siente hambre, el precio de las obras inmortales!

Y luego, después, cuando un mendrugo de pan ha sido el pago de una Iliada, ante la gloria inmensa del artista

—He sido sú Mecenas!—dice el imbécil, retorciéndose los bigotes, y ahuecando mucho la voz, afectando un desdén y una gravedad olímpicas.

*
* *

¡Hermoso dia!... En el cenit brillaba
con luz de fuego el rubicundo sol;
tú me dijiste, al contemplarlo:—Eterno
como él, será mi amor.

Llegó la noche; al hemisferio opuesto
el astro ardiente su esplendor llevó,
y sus destellos se negó á brindarme
la estrella de mi amor.

Hoy tu cariño, con el sol, me vuelves,
mas ya la dulce confianza huyó...
¡Qué lástima, mujer, para mi afecto,
que no seas tú el sol!...

*
* *

Era pequeña, jorobadilla, de rostro alargado, con la blancura transparente del alabastro; los ojos pardos muy grandes, la frente muy estrecha, los brazos delgadisimos, terminados por unas manos muy pálidas, que casi dejaban al descubierto las venas y los nervios.

El bohemio soñador, que con la muerte de su anciana madre acababa de heredar una fortuna, hastiado ya de los placeres, y desengañado de la hermosura, dijo:

—¡Qué tesoro tan inmenso de amor y de felicidad debe guardar, dentro de su deforme pecho, esta infeliz criatura!... ¡Con qué pasión, mezclada de infinita gratitud, amará al hombre que la ofrezca su corazón!

Y el bohemio dió su mano á la jorobadilla, soñando en un porvenir de rosas alejado del bullicio mundano.

.....

Un año después, la bala de un revólver solucionó un problema muy debatido, destrozando los atrofiados sesos de aquel imbécil, de quien sus amigos aseguraban no los tenia.

Dejó una carta escrita, que encerraba toda una sentencia.

En ella decia:

«No os engañeis: las jorobas del cuerpo, anuncian siempre las del alma.»

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE JULIO DE 1896 NÚM. 45

CHAQUIRAS

I.

RABÍ, me quieren lapidar los críticos,
clamó al Cristo un poeta.
—Quien advierta el defecto y lo corrija,
ese te arroje la primera piedra.
Dice el Maestro, y pálidos
en silencio los críticos se alejan.

II.

Tantas estrellas contiene el cielo durante el día
como en las noches encantadoras se ven brillar;
mas en las horas cuando el sol luce su gallardía,
desvanecidas se van, se van.

Tantas mujeres contiene el mundo como hay
[estrellas
todas lucían cuando surgiste, divino amor,
y, desde entonces, para mis ojos no existen ellas,
y una, entre todas, una es mi amor.

E. de la Barra

LA CAPILLA SIXTINA

I

UNA hermosa mujer es la que alienta
al pintor Rafael en su camino.
Es la envidia sangrienta
la que obliga á Miguel á ser divino.

II

Brota del cáos la celeste esfera...
Es el lienzo gigante...
La voz del genio es la que solo espera
para cegar los ojos de Bramante.

Los regios solitarios y los soles
va á encenderlos el genio,
brillarán entre nubes de arreboles
en el azul proscenio.

III

Y fué á buscar la inspiración divina
por entre piedras y columnas rotas;
y un mundo va á surgir en la Sixtina:
del Arte el himno de soberbias notas.

IV

Irradia ya de Cumas la Sibila
armada con el nimbo de la aurora,
con magestad tranquila,
es del futuro heraldo y precursora.

La de Delfos, la Pérsica, Eritrea..:
La antigüedad pagana
el divino pintor anima y crea,
palpita rediviva y soberana.

Y espléndido resurge el primer hombre
con su talla de atleta:
canta el idilio del amor, sin nombre,
himno primero que escuchó el planeta.

Y el bíblico Isaías, que sublime
con el rayo de luz del Verbo airado,
azota el rostro y prepotente oprime
el pecho del malvado.

Y Geremías sollozante entona
el himno plañidero:
es el último canto á una corona
que hundió terrible el babilonio acero.

Y el rey Nabuco transformado en fiera
de piel hirsuta, de lustrosa zarpa,
que llegue el tiempo sin cesar espera
que se cambie el cubil en regia carpa.

Y el Dios de la Judea
con la aureola espléndida fulgura.
En sus iras divinas centellea
el vencedor de la cohorte impura.

El Juicio Universal... Es el torrente
que rueda y rueda al báratro profundo...
los titanes que llevan en la frente
el estigma que pesa como un mundo.

La horrible faúce del oscuro Averno
el torrente de réprobos devora...
En sus iras, sublime está el Eterno.
La fiera Esfinge se retuerce y llora.

V

Apoteósis que el pincel soberbio
celebra soberano.
Es luz, es armonía, todo nervio;
es la visión del genio sobrehumano!

Soplos de Apocalipsis vagan; flotan
rugidos de dolor, risas de gozo;
cada rayo de luz es una nota,
un hosanna gigante cada esbozo!

Es el genio que asedia
á la Roma sensual, la augusta Roma.
Se fundamos que entona la Edad Media
á la aurora del dia que ya asoma.

A. Bórquez Solar

EN ÚLTIMO CASO, JESUCRISTO

CAYETANITA está pasando susto: tiene cuarenta años, y ningún varón se atreve todavia á unir su suerte con la suya.

Está en la edad de las jaquecas y de los dolores de cabeza. Sin beber vinagre, se ha puesto pálida y ojerosa: ¡la preocupa el porvenir!...

Su madre, la buena Jertrudis, sabe muy bien de qué pié cojea su hija. Está instruida de su enfermedad, y conoce, mejor que un médico, la manera de curarla. Ella también, la señora doña Jertrudis, sabe, por propia experiencia, qué cosa tan terrible es llegar á *cierta edad* acompañando á la mamá. Cuando se pesan los abriles, y se tiende la vista por todo el horizonte, y no se descubre nada, absolutamente nada, dan unas ganas de... entrarse á un convento. Por muy grande que sea á tal edad el amor filial, es mucho mayor el deseo de casarse.

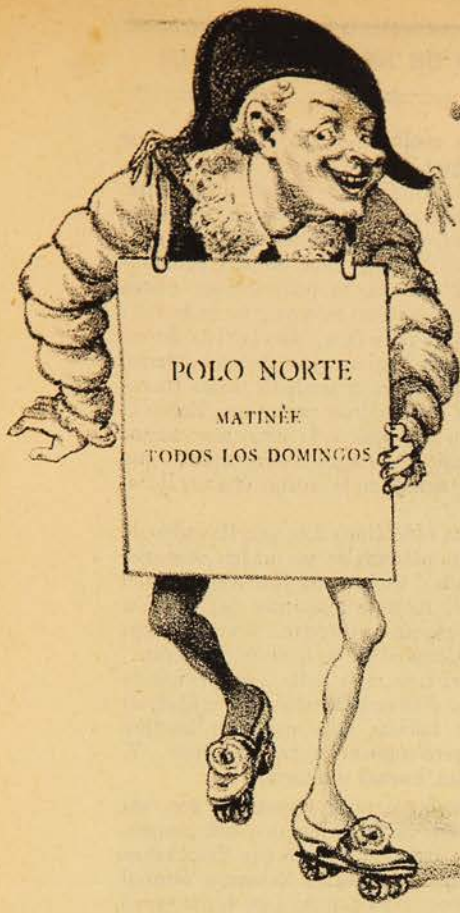
Por tu esposo, dijo Dios á la mujer, si mal no recuerdo, dejarás á tu padre y á tu madre. Cayetanita, por seguirlo á *él*, dejaria á su abuelo, y á su tio y á toda su parentela. Pero ese *él* no aparece en el horizonte.



TEATRO MUNICIPAL

Sra. Josefina Huguet de Arnold

PRIMER SOPRANO LIGERO



EN UN CLUB POPULAR



¡Señores! Es preciso sacar avante nuestro candidato. De otra manera ¡nos hundimos para siempre



—¡Uno solo!
—¡Déjese le dicen!



COLUMBIA SKATING RING

AÑO 1 SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE JULIO DE 1896 NÚM. 45

A menos que sea *él* un petimetre que se ha introducido en la casa, mediante los buenos oficios de Calisto Perales. Este petrimetre se llama José Antonio Cadenilla.

Es un mocito de uno veinticinco años. Delgado como una flauta, parece que se alimenta solo de esperanzas: quizá está envuelto en la crisis económica que aflije á la Nacion. No es su ropa muy fina ni muy bien cortada: verdad es que no están los tiempos para vestirse en las mejores sastrerías, donde le sacan a uno un ojo de la cara. Y esta razón tiene tanta más fuerza en nuestro petimetre, cuanto que si á él le sacan un ojo, no le dejan ninguno.

Porque han de saber mis lectores que el tal jovencito es tuerto, defecto grave en un hombre y mucho más en un novio. Eso significan los anteojos azules que le dan el aspecto de un sabio. Comprende que si descubren la falta de su ojo derecho, no lo han de recibir como él deseara; y, así, disimula su defectillo, y justifica el uso de los anteojos, diciendo que el mucho estudio lo ha puesto delicado de la vista.

Este petimetre aparece para Cayetanita como el Mesias prometido, como el amigo entrevisto en sueños, como la tabla de salvación que se pone entre sus manos en la hora inminente del nanfrajio. Cayetanita no cabe en si de gozo: la respetable doña Jertrudis dá gracias al cielo porque al fin ha oido sus oraciones.

Dicen que tras de la felicidad viene fatalmente la desgracia. Este dicho se confirma en el caso de nuestros amantes. Cierto dia en que el diablo se metió por medio, allí donde Cayetanita creia encontrar dos ojos, no descubrió más que uno.—¿Y el otro? preguntó ellla.—Ha salido, contestó su amante, todo azorado, como si la ausencia de un ojo fuese un delito.

El efecto que este descubrimiento produjo en Cayetanita fué de los más desatroso. Le ofendia la hipocresia de José Antonio, el desplante con que se cambiaba de tuerto en sabio. Pero lo que más le desagradó, fué el hecho mismo de la falta del ojo.

Ella queria un marido con dos ojos. Es cierto que á los cuarenta años una mujer no puede regodearse mucho; pero, por lo menos, le es dado exijir que su marido tenga completo el número de ojos. Para Cayetanita, el asunto es claro: José Antonio debe irse con su música á otra parte.

Para doña Jertrudis, el asunto no es tan claro. Ella, la pobre señora, veia en José Antonio el término de todas las enfermedades de su hija.

Doña Jertrudis medita. Un ojo menos... Ella recuerda que don Rafael, un tio abuelo suyo, era tuerto, lo que no le impedia ser un exelente marido. Por otra parte ¿habrá de condenarse á un hombre á la solteria eterna solo porque le falta un ojo? Y, discurriendo asi, ella tomaba, sin darse cuenta, el partido de José Antonio.

—Cayetanita—díjole un dia con toda la ternura de una madre—no veo razón para que rechaces á José Antonio. Es un joven bueno, intelijente é ilustrado. Lo del ojo no importa. En los hombre no debe buscarse la hermosura del cuerpo, sino la del alma. ¿No has oido decir que el hombre debe ser feo, peludo y hediondo? Y bien ¿no es preferible ser tuerto que hediondo? Cuanto más que no es la vista material lo que hace falta, sino la vista del espíritu. ¿Cómo comparar á José Antonio, tuerto, pero que vé claro en el fondo de todas las cosas, con esa multitud de necios que llenan el mundo, con dos ojos en la cara, pero ciegos del entendimiento, ciegos á perpetuidad, que marchan á tientas en la noche obscura de su ignorancia?

Cayetanita reflecciona á su vez. Hay algo de verdad en las palabras de su madre. Además, vese obligada á elejir entre José Antonio ó el convento, el tuerto ó Jesucristo. Su elección no se hace esperar: el tuerto. ¡Vaya! un ojo menos... ¡Como si él fuese el único tuerto... no se vé otra cosa en la calle... lo que hay es que todos se disfrazan de sabios. En verdad, en verdad que hubiera sido mejor un hombre completo; pero como no se presenta otro... Y, á falta de pan, buenas son tortas.

¡Qué contenta se puso Cayetanita con esta heroica resolución! Pero ninguno más contento que José Antonio. Viendo que desechaban por él á Jesucristo, casi se desmayó. Miró al cielo, juntó sus manos, miró á su novia, miró á doña Jertrudis, y se volvió para llorar. Lágrimas ardientes brotaron de su ojo y corrieron por su mejilla izquierda.

He dicho que la desgracia viene siempre tras de la felicidad, y esta circunstancia vuelve á confirmarse en la breve historia de nuestros dos amantes. Arreglado ya el matrimonio, y convencida Cayetanita de que no hay hombres más simpáticos que los tuertos, el médico de la casa, que lo es también de José Antonio, viene á decirle á doña Jertrudis que es una barbaridad casar á su hija con ese pobre joven, que dentro de poco va á quedar completamente ciego.

Para Cayetanita, el asunto es claro: entre casarse con un ciego ó profesar en un convento, preferible, sin disputa, es lo último.

Para doña Jertrudis, el asunto no es tan claro.

—Mi querida Cayetana, escucha una palabra, oye la voz de la razón: Homero y Milton fueron ciegos...

—Y también los mendigos que andan por la calle. Nó, mamá, es inutil; yo no me caso con José Antonio. Entraré en un convento.

Y entró en un convento, y recibió el anillo nupcial del mejor de los esposos, del que es fiel en esta vida y en la otra.

El, el bueno de los buenos, le ha perdonado lo tardio de su resolución.

Petit Chosse

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE JULIO DE 1896 NÚM. 45

LA NIÑA Y EL PEZ

(IMITACIÓN.)

—

SENTADA sobre una roca,
junto á la orilla del mar,
á solas con sus recuerdos
la niña en la playa está,
Y escuchando de las ondas
el eterno murmurar,
exclama, al ver del oceáno
la extensión y magestad:
—¿Algo existirá que sea
más inmenso que este mar,
en cuyo vasto horizonte
la vista á perderse vá?—
Y luego, al dulce recuerdo
de su cariñoso hogar,
do en medio de sus hermanos,
con santa fraternidad,
mirára correr sus dias
llenos de dicha y solaz,
allá en los espesos bosques
de la zona tropical,
exclama con triste acento,
mirando siempre hácia el mar:
—Cual el amor de un hermano
sobre este mundo, qué habrá?
Y cual la miel que destilan,
allá en mi pais natal,
las palmas, á cuya sombra
huyó mi primera edad,
decidme, furiosas ondas,
en dónde, en dónde hallarán
mis labios algo tan dulce
para su sed apagar?"

—

Calló la niña. Un suspiro,
tal vez hijo de un pesar,
escapóse tristemente
de sus labios de coral.
Y apoyando la cabeza,
con tiernisimo ademán,
sobre su trémula mano,
quedóse mirando al mar,
mientras las furiosas ondas
volvian siempre en su afán,
sin escuchar sus clamores,
contra la roca á chocar.
Mas, luego después, envuelto
de una ola en el cristal,
un pez, acaso encantado,
vió cerca de ella llegar,
que le dijo:-«Bella niña,
mirad al cielo, mirad,
su extensión es áun más vasta
que la de este vasto mar.
Y si es cierto que es muy grande
el cariño fraternal,
que un hermanó á una hermana
sabe, inocente, inspirar,
es más cierto, niña hermosa,
que lo es áun mucho más
el amor que arde en el alma
del ardoroso galán,
cuyos besos son más dulces
que aquella miel celestial
que destilan las palmeras
bajo el cielo tropical!»

Federico González G.

Correspondencia

Infortunio. — Decididamente, la influencia del Zodiaco, sobre el destino de los mortales, es tan positiva como, á veces, desastrosa. Hombres conozco yo, que indudablemente han nacido bajo el signo de *Libra;* á Vd., según parece, le tocó en suerte el de *Capricornio*... ¿Qué hemos de hacer? ¡Paciencia!

Heródoto.—Hace Vd. bien en resistirse á llamar *poesías* á las líneas aquellas... Y sinó, vengan ellas y lo digan:

Por mí se mueren, por mí padecen
cuantos galanes que me rodean,
que dia á dia en torno á mí crecen,
por mis miradas se devanean,
por mis sonrisas ¡ay! se enloquecen.

Sr. E. V. C.—¡Hombre, sabe que Vd. promete!... Porque ¡caramba que es hermosa su elegía!

Y solo sopla el huracán del infortunio
que se llevó mis más bellas esperanzas,
mis más dulces felicidades y bonanzas
dejándome más triste que el mes de junio.

Rafael.—Vous êtes un homme terrible, mon cher ami!... Exemple:

¡Óyeme!... si mi alma herida
el veneno en mi voz llevara,
y su acento á tus oidos llegara,
ese acento, mujer, te mataría!

Wilhelm.—Todavia no es tiempo. Egercítese Ud. un poco más.

Sr. P. R.—¡Tiene Ud. razón: ¿cómo es posible olvidar á una persona de las siguientes prendas!

¡Cómo olvidarte si tú eres
el ángel de mis amores,
la diosa de todas las flores,
la reina de todos los seres!

Campecino.—Yo lo siento poco menos que Vd., porque me imagino que debe de ser terrible aquello de caer á horcajadas sobre el lomo de un caballo flaco...¡Y aunque fuera gordo!

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



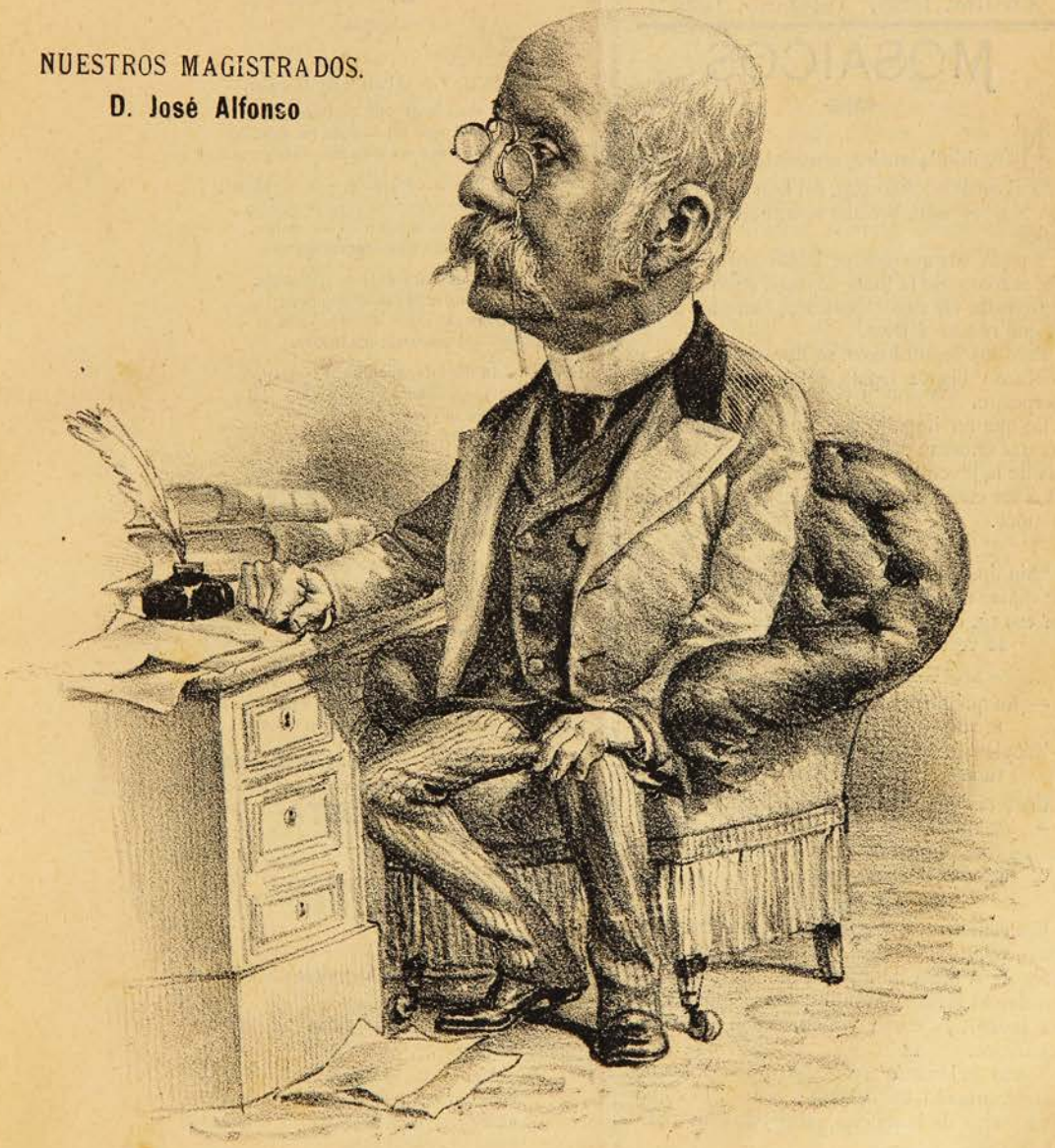
Aux armes, citoyens!
Formes vos bataillons!
Marchons! marchons!
Qu'un sang impur abreuve nos sillons!

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS MAGISTRADOS.

D. José Alfonso



Su criterio levantado
y su clara inteligencia,
entre los hombres de ciencia
muy alto lo han colocado.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE JULIO DE 1896 NÚM. 46

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20
Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

NÓ!, dijo la madre, estrechándo contra su seno el cadáver, tibio aún, del hijo de sus entrañas. Nó; es mio, y nadie se atreverá á quitármelo!

Y posó sus quemantes labios sobre la marmórea frente de la linda criatura, cuyo espíritu jugueteaba, en esos momentos, entre los ángeles que rodean á Dios.

Pero los sepultureros se llevaron al niño, y colocaron blanca lápida sobre su extenuado cuerpecito.

Lo que no impidió que un año después bajára nuevamente del cielo, para hacer las delicias de la jóven madre, que se habia imaginado iba á ser eterna la ausencia del primer hijo de su amor.

***

"Sin duda que el infierno es el olvido,"
me dijiste una vez con ceño torvo;
por eso tú, cuando mi fé olvidaste,
te vestiste de rojo.

***

—¿En qué piensas? dijisteme.—En mi suerte,
te respondí con calma.
—No pienses más, me interrumpiste altiva,
tu suerte soi yo... ¡calla!
Cesó la duda y me juzgué dichoso;
y era que no pensaba
que en este mundo deleznable existen
suertes buenas y malas.

***

Los estudiantes, vestidos con el clásico delantal, se arremolinaban, aquella mañana, alrededor de la mesa de disección.

Sobre el blanco mármol habia el cadáver de una joven..., de una virgen, habia dicho el catedrático.

Y uno de los más aventajados discípulos de la clase, armado de cortante bisturí, lo clavó en el pecho de la muerta, abriendo longitudinal insición.

Se trataba de extraer el corazón de la niña, pero las investigaciones del operador fueron vanas.

Ella habia tenido razón al estampar en una hoja de papel, que se encontró entre su crispadas manos, las siguientes líneas:

"Jorje, después de arrebatarme el corazón, lo hizo trizas, arrojando la substancia de él al muladar de las mas bajas pasiones. No me queda otro recurso que morir, y... ¡Perdón madre mia!"

¿.....?

Y DOLO de mi ardiente fantasía,
deliciosa ilusión de mis sentidos,
¿dónde estás, que no calmas mi agonía?
¿dónde estás que no escuchas mis gemidos?

No te ha visto mi amor, y te presiente;
tu nombre no conozco, y ya te adoro;
es que tengo tu imagen en mi mente,
y el corazón me dice lo que ignoro.

Me dice que tu frente es nacarada;
que tus lábios semejan dos rubíes;
y que tiene el fulgor de tu mirada
el fuego del mirar de las huríes.

Que tu flexible, escultural cintura,
le roba á la palmera el balanceo;
y que tiene tu rostro la finura
dulce y severa del perfil hebreo.

Que brilla tu hermosura soberana
con el fuego sagrado de la idea;
y que unes la virtud de la cristiana
á las plásticas formas de Frinea.

Y una voz al oido me murmura
que se halla unido al tuyo mi destino;
que lejos de tu lado no hay ventura;
que tienes que cruzarte en mi camino.

Por eso no descanso de buscarte,
y esta única esperanza es mi consuelo;
pues sé que alguna vez, he de encontrarte,
que si no es en la tierra, es en el cielo.

Carlos Ledgard.

LA VIOLETA

(A BERTA.)

SEPULTADA entre sus hojas,
ve la tímida violeta,
en medio de dulce calma
deslizarse su existencia.

Del sol los ardientes rayos
jamás hieren su belleza,
ni los impetuosos vientos
hasta su retiro llegan.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE JULIO DE 1896 NÚM. 46

Solo la brisa apacible
que amante á las flores besa,
con sus delicados pétalos
suavemente juguetea.

Pero por mucho que trate
de ocultarse entre la yerba,
la descubre de su aroma
la embriagadora pureza.

Por sus divinos encantos
que realza su modestia,
las flores todas la aclaman
de los jardines la reina.

Mientras tanto, en su retiro,
ella tranquila contempla
deslizarse dulcemente
las horas de su existencia.

Ah! ¿verdad que es muy hermosa
la vida de la violeta,
y que los cielos protejen
el candor y la pureza?

¿No es cierto que cuando el alma
la dicha encontrar anhela,
tan solo buscarla debe
donde la virtud impera?

Así tú, Berta adorable,
si ser dichosa deseas,
en el festín de la vida
sé cual la casta violeta.

Y corona tu hermosura
que mi corazón venera,
con la hermosura del alma
que el cielo bendice y premia.

Federico González G.

NO PUEDO ESCRIBIR

UN artículo para La Revista Cómica, mi querido *Petitte Chose*!

—Imposible, amigo mio.

—¿Por qué?

—Porque mi suegra vive todavia.

—¿Y eso qué tiene que ver?...

—Eso quiere decir que estoy siempre de mal humor, que no tengo ánimo para nada, que me hallo oprimido, asediado, acoquinado y aplastado; que seria tan incapaz de escribir hoy un artículo, como de dibujar en mis labios una sonrisa.

—Pues bien, yo te presento la ocasión de desahogarte: escribe un artículo sobre tu suegra.

—Eso ya es otra cosa. ¿Y en qué estilo quieres que lo escriba: serio ó jocoso, injénuo ó irónico?

—Como el ánimo te lo dicte.

—Perfectamente.

—Hasta luego.

—Adios.

Empiezo:

MI SUEGRA

"Mi suegra es un ángel. Vive en mi casa, á mi lado, y probablemente vivirá conmigo hasta que se muera...

—Hijo mio—diceme á este punto mi buena suegra, que ha leido tras de mi las últimas líneas—viviré contigo aún después de mi muerte, pues mi ánima vendrá á penar en esta casa hasta la consumación de tus dias. No quiero dejarte abandonado en este mundo peligroso.

"Después de su muerte, la que no ha de tardar mucho...

—Unos veinte años, hijito.

—Por Dios, suegra, no diga eso!

—¡Tengo tan buena salud!

"Tiene la buena señora...

—No me compadezca usted.

"Tiene doña Jervasia un carácter muy bueno. Pero como el mundo es tan malo, como á cada momento pone delante de sus ojos el cuadro de sus vicios y miserias, mi amada suegra, que se horroriza á menudo, anda siempre encolerizada, llena, repleta de la más santa indignación. Truena, fulmina, relampaguea, y haria trizas, si pudiese, esta tierra manchada con los pecados de los hombres.

—Mira, hijo, mejor será que pongas únicamente lo de que tengo muy buen carácter; pero nada más: el agregado no me gusta; parece burla.

—¡La verdad, señora, lo primero!

—Entre nosotros, si; pero para la prensa, nó.

"Mi suegra tiene muy buen apetito...

—Pero, ¿á qué decir eso? ¿Qué les importa á los lectores de La Revista Cómica que yo tenga buen apetito?

—¿Y qué les importa que usted tenga buen carácter? La cuestión es escribir, señora.

—Pues no ha de escribir usted semejante cosa.

—Pues lo escribiré, suegra mia; alguna vez he de hacer mi santa voluntad.

—Pues yo escribiré con esta silla en la cabeza de usted.

—¡Mozo! ¡mozo!

—¡Señor!

—Vé á decir á los directores de La Revista Cómica que no puedo escribir el artículo ofrecido, porque mi suegra vive todavia.

Petitte Chose.

ESPEREMOS

(Para «La Revista Cómica».)

QUÉ pena siente el alma
cuando la suerte impía
se opone á los deseos
que abriga el corazón!



D. Nicolás Tanco

(VICE-PRESIDENTE DEL COMITÉ CUBANO)

† en Santiago el 16 de Julio de 1896.



¡Dime que me amas!



A la salud del que me dijo linda.



De los dos no habrá ninguno.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE JULIO DE 1896 NÚM. 46

¡Qué amargas son las horas
de la existencia mía,
sin admirar tus ojos,
sin escuchar tu voz!

Conozco bien que tu alma
de parecer no muda,
que ni la muerte misma
extinguirá tu amor,
y sin embargo, á veces,
la sombra de la duda
por mi cerebro pasa
como fatal visión.

Hay horas en la vida
tan llenas de amargura,
tan llenas de miseria,
tan llenas de aflicción,
que el alma desconfía
de toda criatura
y llega hasta el extremo
de renegar de Dios....

Perdona ¡oh! Juez Supremo,
los pensamientos míos,
perdona que te nombre
en mi tenaz dolor;
y tú, mi bien, olvida
mis penas y desvíos
y, en vez de censurarme,
tenedme compasión....

Amémonos cual se aman
en la floresta umbría
dos flores que reciben
la luz de un mismo sol;
amémonos cual se aman
dos aves que á porfía
dirigen al Eterno
idéntica canción.

Y mientras alcanzamos
salvar, llenos de calma,
el insondable abismo
que existe entre los dos;
y mientras conseguimos
formar una sóla alma,
una creencia sóla
y un sólo corazón;

Suframos y esperemos,
que la fatal estrella
que hoy guia nuestros pasos
tendrá época mejor;
suframos y esperemos,
que la esperanza bella
es bálsamo del alma,
consuelo y redención!

C. Velarde y Fuentes.

LOS LAURELES DE LA VICTORIA.

NOVELA HOMEOPÁTICA

I

—MAÑANA parte el Regimiento, la dije, presa de infinita emoción, y vengo á daros el último adios.

—¿Maña... y no alcanzó á concluir la frase, cayendo desvanecida entre mis brazos. De sus ojos se desprendieron dos gotas cristalinas que me apresuré á recoger en mis labios.

II

—Este escapulario, que mis manos han bordado torpemente, te servirá de amuleto en las batallas, será el talismán que habrá de preservarte de las balas.

Mientras tú vas en pos del triunfo, de la gloria, yo rogaré por ti, Eduardo mio.

No me olvides un instante, y piensa cada dia que aguardará ansiosa tu regreso, la mujer que tan sólo á ti ha amado en la vida. Recuerda que te llevas mi corazón y que habrás de devolvermelo, al pié del ara santa, dándome el dulce nombre de esposa.

III

Todo el pueblo acompaña al Regimiento en su despedida con vítores y aclamaciones patrióticas.

Adios!, la dije con los ojos, con el alma, con todo mi sér, al verla llorosa, contemplando el desfile de los futuros vencedores, en la Alameda de las Delicias.

Adios!, me respondió ella, agitando con mano temblorosa su blanco pañuelo de batista — mi regalo de la noche anterior.

IV

La batalla ha terminado.

El campo está materialmente sembrado de cadáveres, y el ¡ay! desgarrador de los heridos hiende por do quier el espacio.

El escapulario de Laura me ha librado de las balas.

Su recuerdo santo me ha impulsado, á la vez, á hacer prodigios de valor.

Volveré vencedor; y ella, solo ella, ceñirá á mi frente los laureles de la victoria.

V

En el campamento se acaba de distribuir la correspondencia llegada de Chile.

Ah! si! ... Es carta de ella!

¡Qué dias tan amargos he pasado, Eduardo mio, desde aquel en que te vi partir!

He soñado cien veces viéndote luchar con la bravura propia de tu carácter; he soñado que los nuestros vencian en cada acción de guerra, pero también he soñado que en la última ¡ay! te habian herido mortalmente.

Mis angustias han sido infinitas y ¡por Dios! te ruego, ya que con la entrada de los nuestros á Lima habrán cesado las necesidades del servicio, pidas una corta licencia para que vengas á consolar á tu prometida, que se muere por ti.

Sí; te lo suplico de rodillas, ante la Virgen del Carmen, á quien le pido noche y dia te conserve para el amor de tu LAURA.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE JULIO DE 1896 NÚM. 46

VI

Oh! qué grato es tornar á la patria, después de largos años de ausencia!

Y con la esperanza de volver á ver á la mujer amada, á la que le juramos eterna fé, á la prometida del alma, á la que va á ser depositaria de nuestro nombre y de nuestro honor!

Y pensar que ella nos aguarda fiel y cariñosa, para estrecharnos en sus brazos, para orlar nuestra frente con la corona que su amor nos ha tegido!

Los vitores con que la multitud, apiñada en el desembarcadero de Valparaiso, saluda nuestro arribo, me parecen écos perdidos, notas sin valor para el alma que aguarda mayor recompensa.

VII

Núnca me ha parecido mas pesada la marcha del tren expreso entre Valparaiso y Santiago, que esta vez.

Pero, al fin, la silueta de la aristocrática capital se dibuja ante mi vista.

Voy á llegar, es decir, á verla!

¡Cómo late el corazón, queriendo escaparse de la cárcel que lo aprisiona!

El tren se detiene... Estamos en la estación Central!

Un ¡viva! ensordecedor atruena el espacio, aunque en mis oidos resuena debilmente.

Yo busco á ella... pero ella no está entre la concurrencia.

¿Se habrá enfermado, acaso?...

VIII

Los amigos que han corrido á abrazarme se apartan azorados preguntándose

—¿Acaso este viene loco? Mas, no les hago juicio, y rápido, me apodero de un coche, diciendo al auriga con voz imperiosa:

—A la calle de***

IX

Ah! si; es ella! Mas hermosa que núnca.

¡Cómo resplandece en su mirar la llama del amor que me profesa!

—Para, imbécil! que deseo contemplarla á la distancia.

Si; más hermosa que cuando la dejé.

No hai duda: la han impedido ir á la estación, y sabiendo que habia de llegar, me espera anhelante en la puerta de su casa.

Cálmate, corazón, que ya vas á unirte con el suyo!

X

De un salto abandoné el carruaje; de otro salvo la distancia que me separa de mi bella prometida y...

—Laura de mi vida!, la digo estrechándola frenético entre mis brazos.

—Socorro! grita ella, queriendo deshacerse de mi.

Un bloque de nieve desprendido sobre mi cabeza no me hubiera producido el hielo que aquel extraño grito.

—Soy yo, Laura; soy yo, Eduardo, tu prometido...

—Se equivoca, sin duda, usted, y me confunde con otra persona.

—Con?...

—Si, señor, con otra persona—dijo un hombronazo que apareció en medio de la escena, enarbolando en su mano derecha un grueso garrote, el cual lo descargó sobre mi cabeza—y usted es un miserable que se permite abrazar á una mujer casada en presencia de su marido.

XI

Su marido!...

Sentí que el mundo se desplomaba sobre mi, y llevéme las manos á la cabeza, para evitar que el cerebro estallára.

XII

Un momento después, mi madre cariñosa, ceñíame la frente con ancho apósito, para evitar la inflamación de los *chichones* que me produjeron los garrotazos del marido de Laura.

Me veia coronado, al fin, pero nó con los suspirados *laureles de la victoria*.

Raul.

Julio de 1896

INTIMA

I

NIÑA: cuando contemples
llegar á tu ventana
alados geniecillos
hermosos como el alba,
y sientas en los vidrios
que dan golpes de alas
cual si la lluvia fuera
que azota con la ráfaga;
no le abras, nó, que flechas
son que el AMOR te manda
porque te vió hechicera,
porque te vió muy casta.

II

Mas si llega á tu puerta
alguna Musa pálida
que te diga al oido
mis rimas y valadas,
no la dejes ¡oh, niña!
que la mate la escarcha
y escúchala amorosa,
escúchala callada,
porque sin duda es esa
la Musa de mi alma
que va á decirte versos
del corazón que te ama!

Horacio Olivos y Carrasco

Imp. y Lit. L. F Rojas y C.ª Argomedo 20



Sta. Elvira Ortúzar Bulnes.

Sta Inés Ortúzar Bulnes.

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

10 centavos Número

NUESTROS MARINOS.

D. Juan Williams Rebolledo



Bogando en el mar sañudo,
supo afianzar su gloria
con la expléndida victoria
de la rada del Papudo

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE JULIO DE 1896 NÚM. 47

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

—PAPÁ, dijo la pequeñuela, enlazando sus brazos al cuello del autor de sus dias, mañana, ¿sabes? es mi cumple años y, vamos á ver ¿qué me regalarás?

—Lo que tú quieras.

—¿Verdad?

—Como que estoy siempre dispuesto á satisfacer tus caprichos.

—Pues, entonces, te pido...

—¿Qué?

—Un novio que se parezca á mi primito Jorge.

—¿.....?

***

¡Ah! fué sin duda un celestial aviso,
un aviso tremendo;
tú eres joven, hermosa, alegre, altiva,
y llena de deseos.

No podias amarme cual yo ansiaba;
no podia en tu pecho
mi amor solo imperar... y yo no gusto
de los términos medios.

***

En una de las ventas del portal compró un un ramo de violetas.

De esas violetas silvestres, que nacen al acaso, cual si la mano de Dios hubiera arrojado la semilla.

E, instintivamente, aspiró el perfume embriagador de ellas.

Ah!, exclamó el escéptico—¡cuántos años hacia que el perfume de la modestia no llegaba á mi alma!

***

«La luz, me dices, del debate nace;»
Tal vez... pero callemos;
de un debate, mujer, entre nosotros
naceria el desprecio.

Envuelta en riquísimas pieles y ostentando alhajas de subido valor, pasó á mi lado, mirándome con desprecio.

Y yo recordé, entonces, aquel dia de invierno en que, hambrienta y transida de frio, tendióme su mano de pordiosera amorosa, bajo los desnudos árboles de la Alameda.

Y compadecí más sus galas de hoy, que sus harapos de ayer.

ROMANCE

CON vigoroso entusiasmo
templad las liras, poetas,
y al son de vuestras canciones
alzad la frente serena.
Con fé marchad á la altura
que Dios al genio reserva,
sin esquivar el camino
por escabroso que sea;
que en vuestro paso bendito
al través de la existencia,
mientras mayor infortunio
vuestra misión es mas bella:
es la misión de ir llevando
un consuelo á cada pena,
de alentar á quien al peso
de su dolor se doblega;
de ennoblecer en las almas
los sentimientos que albergan
i reavivar los fulgores
de toda esperanza muerta.
La llama ardiente y sublime
que en vuestra mente flamea
debe alumbrar el sendero
de quien suspira en tinieblas.

II

Si la ignorancia atrevida
os hiere con saña fiera;
si la diatriba infamante
y la calumnia proterva
arrojan á vuestro pecho
sus venenosas saetas,
seguid la marcha bendita
con planta firme y resuelta,
que después de árduo combate
surge mas pura la idea.
Mas, si la virgen amada,
la luz de vuestra existencia,
en quien hubiereis cifrado
vuestras ilusiones bellas,
sus votos de amor quebranta,
torna en vanas sus promesas
y vuestro inútil recuerdo
infiel de su pecho aleja,
cesando el himno que un dia
su pensamiento meciera,
romped la lira acerada
contra los muros de piedra.

A. S. E.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE JULIO DE 1896 NÚM. 47

NOTAS...

BESAN las olas del mar
de las playas las arenas;
besan las aguas del rio
las flores de la ribera.

—

Besa el aura juguetona
á las rosas y azucenas;
y el arroyo besa al cielo
que en su cristal se refleja.

—

Besa la luna la frente
de las niñas hechiceras,
y se besan en el cielo
los rayos de las estrellas.

—

Besa la madre al infante
que en la cuna juguetea,
y el galán de su adorada
los ardientes labios besa.

—

Besa la luz de la aurora
á la gran naturaleza,
que á su influjo sacrosanto
de su letargo despierta.

—

En fin, todo cuanto existe
ama y acaricia y besa;
que en besos se encuentra escrito
de nuestra vida el poema

O. S. Z. Z.

ASI ES EL MUNDO

EL vapor que nos conducía á Valparaiso, surcaba, apenas balanceándose, el mar tranquilo.

Sentado en un banco de cubierta, yo miraba aquella tarde las caprichosas figuras, resplandecientes de luz y de colores, que trazaba el sol al hundirse bajo las ondas de Occidente.

A mi lado, Cristina, una bella joven que habia conocido á bordo, vestida en traje de riguroso luto, contemplaba en actitud pensativa el aspecto del Océano y los últimos fulgores de la tarde misteriosa, que ya palidecia entre las sombras del crepúsculo.

El sol acababa de ocultarse. Sus últimos rayos se desprendian de las nubes, un momento, solo un momento iluminadas con los colores alegres de la esperanza.

Un suspiro se escapó del pecho de la joven.

—¡Un momento, exclamó, solo un momento duró mi ventura! Despues cayó la noche ¡Oh! yo vivo en vano!

Cuando las sombras envolvieron la inmensa llanura, Cristina me habló de la muerte, como de una esperanza acariciada.

El sentimiento de abandono que revelaban sus palabras y el tono melancólico de su voz, me hicieron pensar en una de esas desgracias que tan á menudo marchitan la juventud, impregnando en ella el desaliento de la vejez.

Yo busqué en sus ojos el secreto que ocultaban sus labios, y solo vi la mirada profunda, vagamente perdida en la negra obscuridad de la noche.

Pero luego me dijo:

"Yo era feliz; asi, á lo menos, lo imaginaba.

"Habia conocido á Guillermo en el colegio, en esa edad en que ningún sentimiento mezquino empaña la pureza de las almas.

"El lazo de amor que nos ligara en un principio, fué fortaleciéndose con el tiempo, sin que ningún accidente de la vida hiciera palidecer la dulce esperanza de nuestra futura unión.

"No era nuestro amor libre de inquietudes y de celos, que no lo está el amor grande y exclusivo; pero las tormentas que del temor nacian, solo agitaban un momento nuestras almas.

"Nos habiamos jurado un amor eterno.

"Pero llegó la muerte, y lo destruyó todo"...

Calló Cristina; y don Juan, su padre, que no miraba con ojos benévolos su permanencia á mi lado, vino á decirle que la tarde era fria, y que ya era tiempo de que se recogiese á su camarote. Ella obedeció.

Cuando quedé solo, me recosté en el banco de madera, y, cerrando los ojos, procuré darme cuenta de las impresiones que acababa de recibir. Interesábame la desgracia de esa joven, en cuya suerte encontraba mucha semejanza con la mía. ¿No amaba yo también con toda la fuerza de mi ardiente corazón, no amaba á esa mujer ideal que fué el sueño querido de mi juventud, que se me apareció siempre en mis horas de delirio, y que luego vi muerta, sepultada bajo el hielo de un desconsolador exepticismo?

Aquella noche, yo vi durante mi sueño la imagen melancólica de Cristina. Pero ella, la niña esbelta y pálida, de mirada dulce y serena, no era ya la enlutada amante que habia conocido la tarde precedente: era la amiga de otro tiempo, la mujer ideal que se realizaba para mi sobre la cubierta de un vapor.

Al despertar de la mañana siguiente, nos encontrábamos al ancla en la bahia de Valparaiso. Numerosos fleteros invadian el puente del vapor. Entre la muchedumbre, busqué á Cristina, y la hallé conversando con un joven de anteojos, que sin duda habia ido á bordo á recibirla.

—Cristinita, decia el de los anteojos, hoy voy á ser padrino de un niño; le llevaré a usted un *chiche*.

—¡Dios mio, pensé, si habrá resucitado Guillermo!

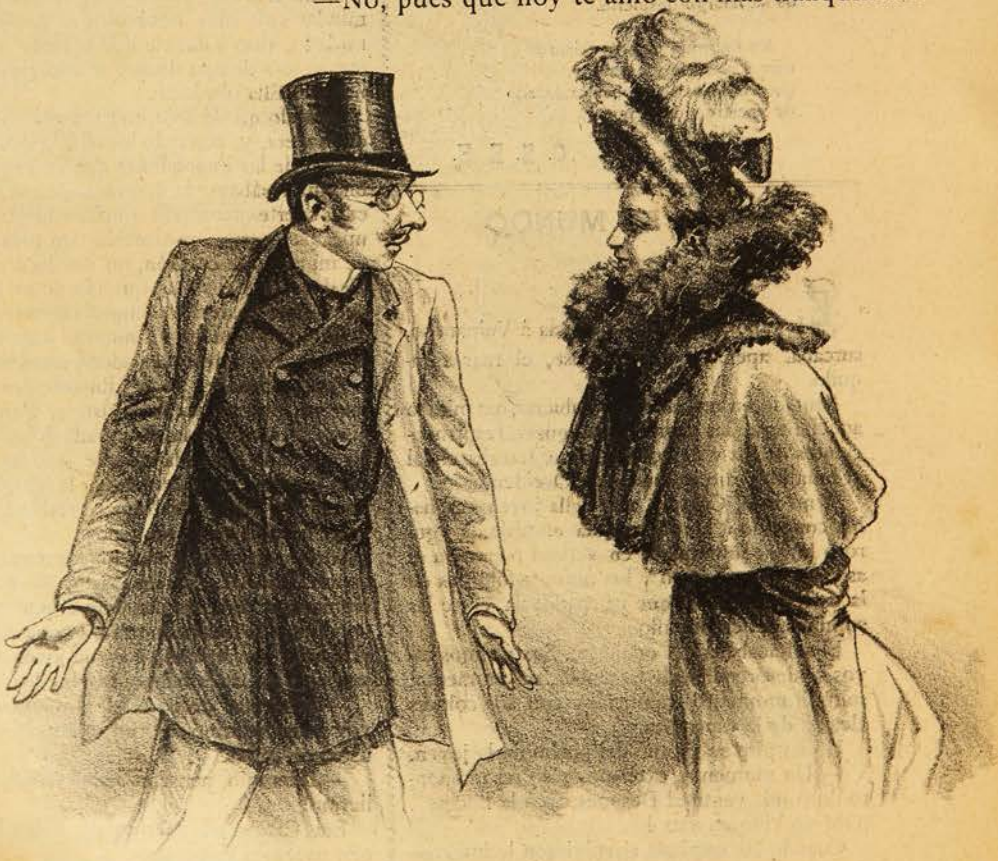
Era Carlos, el padrino de todos los niños que nacen en Valparaiso.

* * *

—Nó; no la veré más; me encerraré en mi



—Si supieras, bien mío, cuánto te amo!
—La actitud que guardas, me revela que ya no eres el mismo.
—Nó, pues que hoy te amo con mas tranquilidad.



Señora, es Vd. mui hermosa; pero voy muy apurado.



AÑO 1 SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE JULIO DE 1896 NÚM. 47

casa; haré la vida de un misántropo. Es preciso, es indispensable que ahogue esta pasión que me atormenta, esta pasión horrible que está devorando mi existencia.

Así me decia yo una ocasión, saliendo de casa de Cristina. Queria cortar mis visitas y borrar, si posible fuese, de mi mente, su imagen destructora.

Encerréme, al efecto, en mi casa; pero habiendo leido en una de las novelas con que quise distraer mi espíritu, que cierta mujer ocultaba á su amante todo el fuego de un amor inmenso, dime á pensar que talvez Cristina disimularia el suyo. Sali entonces de mi retiro, al dia siguiente de haberme encerrado, y fui a pedir á Cristina, con el tono suplicante de un condenado á muerte, que no me ocultase mas tiempo la verdad.

La conversación fué larga. Cuando terminó, estaba casi convencido de que Cristina me amaba. Pero, una vez en la calle, habiendo meditado friamente en todas sus palabras, volvió á mi espíritu la terrible duda.

Mis tentativas de reclusión fueron muchas. Pero siempre un pretexto cualquiera me obligaba á salir de casa para llevarme al lado de Cristina.

Analizaba sus palabras, sus gestos, sus miradas. Pasaba noches enteras sin dormir, atormentando mi cerebro para desentrañar el sentido de la mas insignificante de sus palabras, de muchas que talvez habia pronunciado inadvertidamente.

Convencido al fin de que mi mal no tenia remedio, renuncié á mi encerramiento, y decidime á pasar al lado de Cristina el mayor tiempo que me fuere posible.

Una circunstancia vino á facilitar mi resolución. Cristina habia tomado un profesor de inglés, que le hacia clase tres veces por semana. Yo, so pretexto de familiarizarme con ese idioma, anuncié que asistiria á la clase en calidad de oyente.

En la primera clase no hubo novedad; pero en la segunda me recibieron con alguna algazara y con mucha risa. Cristina, el profesor y toda la familia, consideraron que mi presencia era una cosa muy divertida.

En las clases siguientes, esta hilaridad fué en aumento, hasta el punto de obligarme á no aprender mas inglés.

* * *

Han pasado algunos meses desde que yo era alumno oyente de la clase de inglés del señor Flores. Las lecciones continúan en casa de Cristina. Pero yo no salgo de la mia. He envejecido en poco tiempo. Siento que la vida me abandona. Cuando me miro al espejo, me asusto de ver un cadáver.

Carlos, el padrino universal, se ha hecho muy mi amigo, y viene con frecuencia á visitarme. Yo tolero su compañia, porque me habla de Cristina. Por otra parte, el infeliz no me inspira celos.

Un dia me levanto mas triste que de costumbre. Mis piernas se arrastran pesadamente. Esto ha concluido, digo para mi: yo voy á morir; quiero, pues, verla por la última vez.

Era lúnes, dia de inglés. Cuando llegué á casa de mi amada, la clase habia ya comenzado. Cristina, el señor Flores y la madre de Cristina, se hallaban en la sala de estudio, sentados, muy serios. Pero, apenas me divisaron, la alegria fué general. Crei al principio que esta alegria pasaria pronto. ¡Vana esperanza! Por el contrario, fué poco á poco en aumento: á la sonrisa sucedió la risa, y á ésta la carcajada. Cristina, toda nerviosa, no podia contenerse. En mi vida he visto reir con más ganas. Por fin, cuando la tempestad se calmó un poco, Cristina me dijo al oido que no tomase á mal su risa, porque ella se reia de la *pelada* del señor Flores. Miré al señor Flores, que daba comienzo con nuevos brios á una quinta carcajada, y supuse que el distinguido profesor no se reiria de su propia calva.

No se habian extinguido aún los últimos ecos de la risa, cuando, colorado como un tomate y hecho toda una furia, abandonaba yo precipitadamente la casa de Cristina.

Apenas en mi cuarto, me anunciaron una visita.

—¡Amigo! ¡amigo! gritó Carlos, entrando alborozado.

—¿Qué hay?

—¡Estrécheme usted la mano!

—¿Qué ocurre?

—¡Soy feliz!

—¡Cómo!

—Hoy llevé un *chiche* á Cristina, y ella... por primera vez... si... por primera... me lo admitió... y ella...

—¿Qué le pasó?

—Me dió en cambio una flor!... una sonrisa!... una mirada!

—¡Caramba!

—¡Ella me ama!

Lo miré de frente, en la cara. Tenia, como siempre, su cara de imbécil, pero de imbécil feliz, de amante correspondido.

¡Pobre Guillermo! ¡Infeliz de mí!

Petitte Chose.

AL MAR

Al laureado poeta don Modesto Molina

(Para *La Revista Cómica*)

Y

O te admiro con ánsia verdadera,
y gozo al contemplarte cuando chocas
contra el inmoble muro de las rocas
que bordan la extensión de tu ribera.

AÑO I SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE JULIO DE 1896 NÚM. 47

Parecemé que tu rumor naciera
de un incontable número de bocas,
ó que el bramido de tus ondas locas
el himno eterno de los siglos fuera.

Si alguna vez el hombre, en su egoismo,
apostatára del Divino Artista
en dogma convirtiendo el ateismo;

Sería menester, ¡oh Mar profundo,
al recorrer tu espacio con la vista,
creer de nuevo en el Autor del mundo!

C. Velarde y Fuentes.

LOS PRESENTES

(Villiers de l'Isle-Adam)

Si una tarde me interrogas
por la enfermedad de mi alma,
de ya muy lejanos tiempos
te cantaré una balada.

Si me hablas de mis angustias,
de mis ideales marchitos,
sólo iré á cogerte flores
empapadas en rocio.

Si cual la flor de los muertos
que sobre las tumbas mora,
compartir quieres mis penas..
yo te obsequiaré palomas.

Abelardo Varela

MI RIVAL

Yo la queria; pero no contaba con la huéspeda, quiero decir, con un rival que disfrutara de su cariño á la par que del mio.

Cuando le vi por primera vez sentí hácia él un odio mortal.

Apesar de su rostro simpático, de su reluciente y negro pelo.

Sifredo, le llamó en voz baja mi amada, y Sifredo corrió á colocarse á su lado, prodigándole, ella, caricias que á mi no se me habian permitido una sola vez.

La rabia de los celos encendióme el alma y, á haber sido uno de esos bravos caballeros de la Edad Media, lo parto en mitad con mi tizona, digo, con mi navaja.

A él, se entiende, no á Elvira, que con su mirar lánguido, parecía decirme: no te enojes, tengo cariño bastante para los dos!...

¡Para los dos!...

No sé si Sifredo, mi rival, á quien apellidé bestia, en mi rabia, comprendió lo que yo sentia, pero el caso es que prudentemente me abandonó el campo.

Entonces... si, entonces, Elvira vino á mi lado y con zalamero acento,—perdóname, me dijo, lo quiero á él tanto como á ti; se ha criado á mi lado y... pero á ti te amo, á ti te adoro, Guillermo mio. ¿Acaso podrias tú tener celos de Sifredo, de mi amigo, de mi confidente, del único que me recuerda á ti en las largas horas de ausencia á que me condenas?

—Que te recuerda...

—Si, á ti; tiene tus ojos, es decir el color de ellos; tu mirar melancólico; sus... labios dibujan tu sonrisas; su pelo es negro y reluciente como tus cabellos, y su ternura es como la ternura que siempre tú me demuestras, mi Guillermo adorado.

—Luego Sifredo?...

—Que tonto eres, Guillermo; Sifredo, á quien miras mal, será, una vez que nos casemos, tu más fiel compañero.

Me quiere á mí, y con mayor razón habrá de querer al elegido de mi alma.

Depón, pues, tus enojos para con él y... Guillermo, ama, como yo, á Sifredo, el *perro* más leal de los *perros* que se han cercado á mi.

Seré tu mugercita... y no tendrás celos de él ¿verdad?

Alí-Butilufo

A 21 de Julio de 1896

EN UN CERTAMEN DE AMOR...

A un gran Certamen un doctor se adhiere
y aunque este es un doctor en medicina,
entro yo á competirle... y me domina,
pues con su agudo bisturí me hiere.

Dice el zopenco: «A quien mi amor prefiere
mi clientela doy, que es una mina
inagotable...»—Con la cual fascina
á la que ofrezco lauros, y no quiere.

Se inclina el padre de mi lado... pero,
la madre y la hija, mucho más que palma
les agradan talegos de dinero...

Al final del Certamen, que fué en calma,
la niña exclama al elejir: «Yo quiero
el médico del cuerpo y no el del alma.»

Melanio Ria Blanco.

Imp. y Lit. L. F Rojas y C.ª Argomedo 20



Una colección de La Revista Cómica se ofrece como premio á la mejor y más acertada solución del presente geroglífico que nos ha enviado un colaborador, á quien agradecemos sus conceptos en favor de La Revista, pidiéndole continúe honrándonos con sus intelijentes producciones.

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

10 centavos número

NUESTROS DIPLOMÁTICOS.

D. Joaquín Godoy.



Su patriotismo y saber,
dotes mil veces probadas,
las pasiones enconadas
no han logrado oscurecer,

AÑO 1 SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1896 NÚM. 48

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A

Casilla, 1655, Teléfono, 1273

A NUESTROS ABONADOS

Con el número 50 terminará el primer **año de La Revista Cómica.**

Los señores suscriptores se servirán renovar anticipadamente sus abonos, á fin de no interrumpirles el envío del periódico.

Los nuevos suscriptores por año á **La Revista Cómica**, recibirán, como prima, **un magnífico Almanaque Literario-Ilustrado**, que actualmente se confecciona con la cooperación de distinguidos escritores nacionales y extranjeros.

MOSAICOS

LUISA, la bella é inocente niña, contemplándose delante de la bruñida lámina del espejo veneciano, sonreía satisfecha.

Armando me verá en el baile y habrá de caer rendido de amor á mis pies, se dijo.

Entre tanto, Armando, en el pequeño camarin, ofrecia á la bailarina rico aderezo de brillantes, á trueque de un beso de sus lábios de bermellón.

***

¿Que qué tal me pareces?... Hechicera,
para gloria del arte;
tesoro indefinible de hermosura
para un artista que los bronces ame.

***

Es la hora de *once*.

Horacio está en la esquina del portal, mirando por la calle de Ahumada en dirección á la Alameda.

¿Qué negocio grave le retiene allí?

¿A quién espera?

Espera á algún amigo que tenga ganas de beber una copita ó de comerse un beafteck.

¡Es hombre que cree en la amistad!...

***

Son, para mí, tus ojos, me dijiste,
mi más preciado espejo,
como lo es esa fuente cristalina
para el triste viajero.

Enturbió el agua de la fuente clara
el aquilón violento,
como enturbió más tarde el desengaño
mis ojos, hoy siniestros.

***

La bala de un revolver, atravesándole el cráneo, mató instantáneamente á la pobre niña.

Tenía solo catorce años.

La edad de las vírgenes; la edad en que comienzan las ilusiones.

—¿Por qué se mató?

—Por amor, me respondieron secamente.

Y el rostro de la chiquilla, con sus ojos aún no velados por las sombras de la noche eterna, tenía una espresión angelical.

Sus labios, entreabiertos, parecian sonreir.

En cambio, la imágen de Luzbel, destacándose en uno de los ángulos de la habitación, reía con la satisfacción propia de su maléfico espíritu.

A LA REPÚBLICA

(ODA XIV DEL LIBRO I DE HORACIO).

O navis, referent in mare te novi

A Ricardo Cabieses.

—

¡OH quebrantada nave, que en las ondas
van á lanzar los tormentosos vientos!
El peligro contempla
y del puerto no huyas.

¿No ves que el soplo del pujante noto
llevó tus remos, derribó tu mástil?
¿No oyes cómo rechinan
tus débiles entenas?

¡Ay! ¿qué será cuando las ondas surques
sin el apoyo de benignas anclas,
y ya no tengas dioses
que invocar en tu auxilio?

Hija del Ponto, exhibirás en vano
tu inútil nombre, tu linaje excelso;
ni tu pintada popa
bríos dará al piloto.

¡Ah! tú que ayer objeto de mi tedio
fuiste, y ahora de mi afán lo eres,
si temes ser escarnio
del viento, huye el peligro.

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1896 NÚM. 48

Y huye con más horror y más cuidado
de penetrar en los inquietos mares
do fúlgidos se elevan
los ciclados escollos.

Julio Vicuña Cifuentes.

CANTARES

PERMITE, dueño mío,
que en pobres versos
al pié de tu ventana
traiga un recuerdo;
traiga un recuerdo
que espresar pueda acaso
mi sentimiento.

Al fin, de los adioses
llegó el momento,
y es fuerza que á otros lares
yo tienda el vuelo;
yo tienda el vuelo,
mas llevando tu imágen
dentro mi pecho!

Si á dos almas que se aman
aparta el cielo,
de su amor con la ausencia
se aumenta el fuego;
se aumenta el fuego,
sin que apagarlo pueda
distancia ó tiempo.

Si alguna vez, turbando
tu casto sueño,
sientes sobre tus labios
vibrar un beso;
vibrar un beso
puro como la fiebre
de nuestro anhelo,

Vuelve á dormirte, niña,
que ósculos tiernos
son, que mi amor te manda,
desde muy lejos;
desde muy lejos,
viviendo solamente
de tu recuerdo.

A. S. E.

UN POLÍTICO JOVEN

RECLINADO en blanda poltrona, meditaba no ha mucho en los asuntos económicos, cuando un joven, encarnación de la actualidad monetaria de la República, abriendo bruscamente la puerta, se introdujo en mi cuarto.

Nunca converso con mi amigo Alfredo, sin que al separarnos quede mi alma triste y mi bolsillo liviano. Esta vez, sin embargo, estaba resuelto a no aflojar un centavo.

Entre Alfredo y yo, como recurso defensivo, coloqué el espaldar de una silla, que medio me ocultaba de su vista. Gracias á esta posición, pude vaciar de mi cartera, en un santiamén, todo el dinero que contenia. Este fué á parar, con todo disimulo, á un bolsillo de mis pantalones.

Preparado asi al combate, hice frente á la conversación de mi querido amigo.

—¡Tú siempre encerrado! me dijo. ¡Qué vida! Yo, en tu caso, iria al Skating Rink, á la alameda, al parque, al teatro, á ver á los amigos, á visitar á las amigas.

Mientras Alfredo me mandaba á todas las partes conocidas, yo invertía imaginariamente mis fondos sobrantes, fondos que ocupaban con preferencia el pensamiento de mi amigo.

—Cada cual pasa la vida como puede, le observé, después de una rápida inversión de aquellos fondos.

—Pero tú puedes pasarla mejor.

—Eso no lo sabes tú.

—Pero ¡caramba! cómo está la situación financiera!

—Muy mala.

—¡Pero es una barbaridad, hombre! Los bancos no dan un centavo.

—Asi es. Yo he tenido que recurrir á un amigo para que me prestase cien pesos.

—Tú no tienes necesidad de recurrir á nadie.

—Lo que te digo. No tengo un centavo disponible.

—¡Caramba! Y yo que venia á pedirte me prestaras cincuenta pesos.

—Mucho lo siento; pero no puedo: no tengo.

—Pero algo tendrás: cuarenta, treinta...

—Nada, nada. Toma; registra mi cartera.

Le paso mi cartera, que él recibe con un débil rayo de esperanza. Examina su cubierta; la abre, la mira, la remira; mete sus dedos en cada una de sus divisiones, y, ¡oh desgracia mia! del último y mas obscuro resquicio saca con aire triunfante un arrugado billete de diez pesos ¿Qué hacia el malvado alli? ¿Por qué no se habia puesto á salvo con sus otros compañeros?

—Eso es lo único que tengo para...

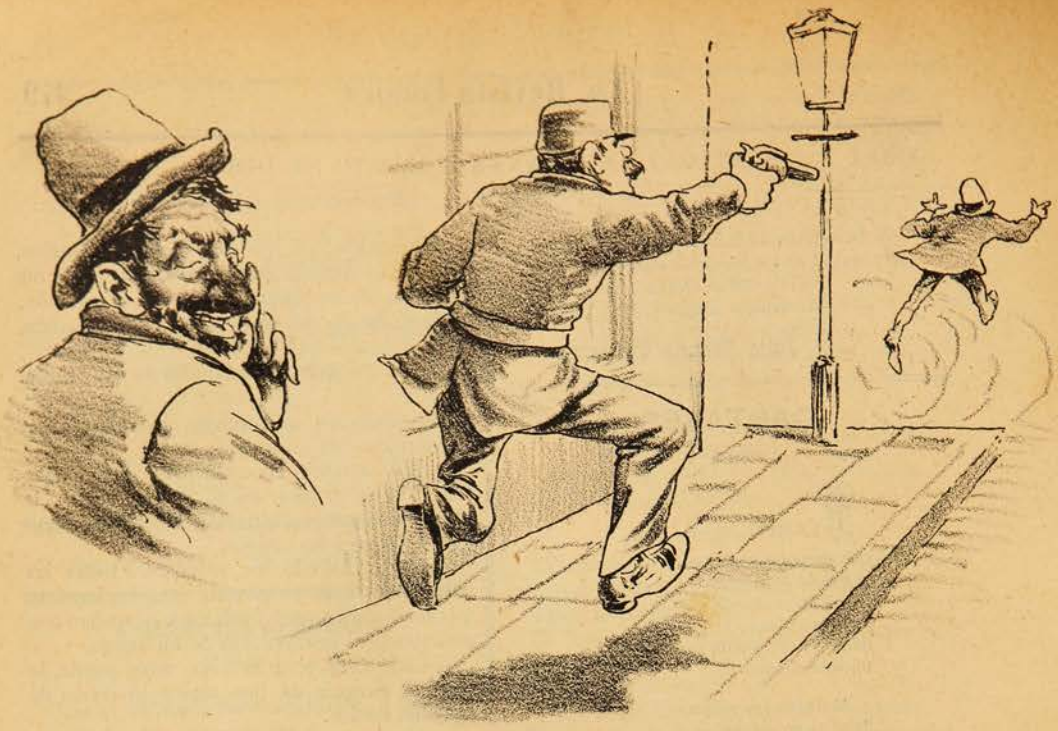
—Después me darás lo demás.

—Mira que no puedo darte esos diez pesos. Es lo único que tengo para...

—No importa. Yo los necesito mas que tú.

Y el bribonzuelo, que nunca conociera la vergüenza, se embolsicó mis diez pesos con gravedad muy desembarazada, como si se tratase del acto mas licito y honrado del mundo. Prometió devolvérmelos la *semana próxima*, nombre que da, según voy entendiendo, á la semana del juicio final.

Terminado el negocio de una manera tan satisfactoria, mi amigo se largó á disertar sobre la situación financiera. A su juicio, el malestar



Ya he dado con el quid!

Por un callejón, seguido de un paco,
no diré corría, volaba un ladrón.



¡Zambomba! ay de mis pantorrillas!

—Si fuera un bellaco, lo aceptaba; pero es un ente tan ridículo!

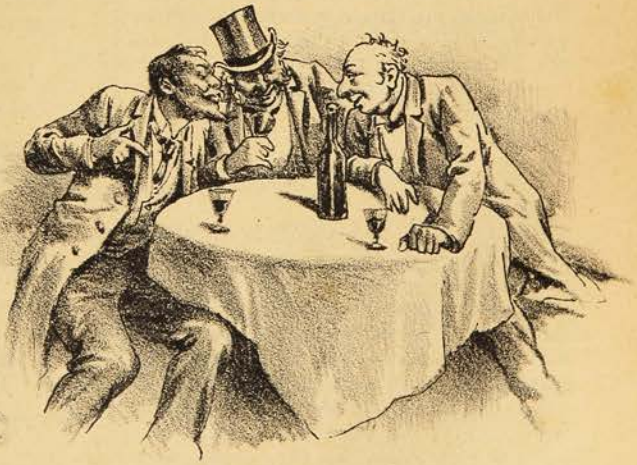
—Si yo pudiera atraparla!



—Señora mía, cuán donoso es su pichito.
—¡Ah! señor, es el único recuerdo que conservo de mi familia y mi único amor en el mundo!



¡Oh! qué nervio! y sobre todo, qué vena poética tan delicada!



¿Y qué te dijo ella?

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1896 NÚM. 48

económico se debia principalmente á la poca confianza que inspiraba el Gobierno, al descrédito en que habia caido la que antes fuera inmaculada administración de Chile. Ya no hay hombres honrados, me decia. El agio, la ambición, el interés, son la única palanca de la máquina administrativa. Y al lucro, á los manejos ilícitos, al provecho personal, se sacrifican los sagrados intereses de la patria. El Estado se desmorona, se cae á pedazos, gangrenado y corrompido. Este país necesita hombres nuevos, nueva savia, nueva atmósfera, nueva vida. Es preciso arrojar del poder á los políticos viejos, esas cartas ya tan conocidas, sucias y barajadas. El pueblo debia colgarlos á todos.

Mientras mi amigo trazaba este cuadro luctuoso de la administración pública de Chile, yo estudiaba el medio de recuperar mis diez pesos.

—Convengo, le dije, en que hay políticos viejos, hombres malos, que deben desterrarse del gobierno; pero convén tú conmigo, agregué recalcando las palabras, en que hay muchos políticos jóvenes ó proyectos de políticos que son una esperanza de inmoralidad y corrupción. A éstos los colgaria yo para evitar el mal que pudieran hacer; no á los otros, que van ya jubilándose de la vida pública.

Mi amigo no es hombre de los que ceden en sus opiniones, como no es tampoco de los que sueltan el dinero que una vez logran atrapar. Que él dijese pestes de los viejos, poco me importaba; pero que se quedase con mi dinero!... Puse, pues, en obra lo que habia discurrido. Saqué mi cartera, y, revisando algunos papeles, la tuve cierto tiempo entre mis manos. Luego pregunté a mi amigo:

—¿Cuánto te parece, Alfredo, que me costó esta cartera?

—Unos quince pesos.

—Pues me costó cuarenta. Es de cuero ruso.

—¡Bah! La mia es mejor, y me costó doce.

—A ver la tuya.

Alfredo, con la imprevisión de un político joven, me pasó su cartera. La examiné largo rato, admirando su bondad y baratura, y en un momento en que mi amigo miraba hácia el techo, desprendí de ella mis diez pesos, y los trasladé á un bolsillo de mi paltó. Alfredo se guardó su cartera sin notar la ausencia del billete.

No quiso mi amigo explayar más la cuestión financiera ni la conveniencia de ahorcar á los políticos viejos. Cumplido ya su objeto, paró s', me pasó su mano—¡la mano de un amigo! —y fuese muy contento de su negocio.

Apenas estuve solo, la risa se me salió en estrepitosas é inacabables carcajadas. Mi amigo, mi pobre amigo, mi político joven, iba seguramente á embarcarse en alguna empresa, contando con los diez pesos que creia tener en su cartera. ¡Qué chasco se va á llevar! me decia. Y luego, animado del espíritu alegre, salí corriendo á la calle en pos de mi chasqueado amigo. Iba á gozar de su grandísima sorpresa.

Le seguí largo trecho por las calles, procurando ocultarme de su vista. Por fin, metióse en una cigarrería, y pidió un cigarro envuelto en papel plateado. Yo lo observaba desde la acera del frente. Se llevó el cigarro á la boca, lo encendió, echó mano en seguida á la cartera, abrióla, buscó y... sacó de ella mi arrugado billete de diez pesos.

Yo busqué entonces en el bolsillo de mi palto, y sóloe ncontré en él la horrible verdad. No habia sido menester que yo mirase al techo para que Alfredo burlase mi bien urdida estratagema.

Avergonzado y confuso, corrí á mi casa, creyendo llevar sobre mi cabeza la nieve de los políticos viejos.

Petitte Chose.

LA CIUDAD DE SANTIAGO

EN LA ÚLTIMA SEMANA.

LODO en las calles, en las almas lodo;
en el labio doblez, ceño en la frente;
pobreza en el bolsillo y en la mente;
en el ánimo esplin... y esplin en todo.

De aburrimiento el corazón beodo,
la juventud declina al occidente;
la vejez llora su pasado oriente,
y ya amor no es un nombre, es un apodo.

Ya en los portales los inquietos ojos
no ven una mujer... digo, una niña
de mirada candente y labios rojos.

Viejas se ven de cofia y de basquiña,
que ardiendo del amor en los antojos
sus arrugas pregonan y su tiña.

El Duende.

SEGUIDILLAS

Pasando por la calle
de los Teatinos,
encontré á una muchacha
de ojos divinos.
¡Vaya unos ojos,
que al lucero del alba
dieran enojos!

Quedéme un corto instante
tan deslumbrado,
que es posible que un necio
me haya juzgado.
Luego seguila,
y ligero me puse
con ella en fila.

AÑO I SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1896 NÚM. 48

"Déjame, bella niña,
dijela amante,
que contemple tus ojos
un corto instante.
¡Por Dios te aguarda!
y en esas tus pupilas
déjame que arda."

Y ella, con un respingo
muy hechicero,
díjome á quema ropa:
"¡Qué majadero!
¡Vaya!... á un ladito,
que no es cosa de pijes
este palmito."

Yo insisti en galantearla,
y ella en negarse,
y cuando ya creía
que iba á ablandarse,
con brazo suelto
me dió una bofetada
de cuello vuelto.

Yo, al mirar sus intentos
fieros, dañinos,
volví á tomar la calle
de los Teatinos,
pensando ¡oh suerte!
cómo manos tan bellas
pegan tan fuerte.

En el Portal á veces
suelo encontrarla,
pero mucho me guardo
de galantearla:
no se me enoje,
y hacerme otro cariño
¡ay! se le antoje.

Y al pasar por la calle
de los Teatinos,
me digo, recordando
sus tratos finos:
¡Vaya unos ojos,
que mis tristes carrillos
pusieron rojos!

Rigoletto.

CERTAMEN

Hasta el primero de Septiembre próximo se reciben trabajos para el certamen de LA REVISTA CÓMICA.

Los interesados pueden enviar sus composiciones á la casilla 1655.

Correspondencia

Infortunio.—Termina Vd. su composición con este verso, que es el mejor de los treinta:

¡Por Dios, mujer, si me amas, dímelo!

Pues bien, yo, que sin conocerlo, he simpatizado con Vd., á causa de sus desgracias, me atrevo á interponer mis oficios con esa señorita... (no la llamo *mujer*, como lo hace Vd., porque no tengo confianza con ella). A interponer mis oficios, digo, para que le dé á Vd. una respuesta, lo más favorable posible.

—¿Gracias?...—Nó, no hay de qué.

Sr. *H. O.*—Persevere Vd., medite, escriba, corrija, borre, y cuando oiga decir que el olmo haya dado peras, mándeme sus composiciones para insertarlas en LA REVISTA.

Timoleón.—Se publicará.

Sr. *J. C.*—Su cuento intitulado *Una indigestión de longanizas*, es demasiado largo, y además, demasiado... longaniza.

A UN JILGUERO

JILGUERO que alzas con penoso acento,
cuando entre sombras languidece el dia,
tus canciones con tal melancolía,
que semejan tristísimo lamento:

Cuéntame si quizá de algún tormento
sufre tu corazón la tiranía,
que, al escuchar tu voz, el alma mía
se arroba de ternura y sentimiento.

O acaso, ausente de tu amada hermosa,
sin admirar su gracia y gentileza,
se te hace la existencia pesarosa.

Porque, entonces, con lazos fraternales
nos unirá nuestra común tristeza
para buscar alivio á nuestros males!

Federico González G.

GEROGLIFICO

LA REVISTA CÓMICA *es un periódico que por sus artículos amenos y correctas ilustraciones es leído con agrado tanto por el chico como por el grande*

E. DE G.

Concepcion, 15 de Julio de 1896

La Dirección de LA REVISTA CÓMICA ha recibido más de cuatrocientas soluciones al Geroglifico publicado en el número anterior, la mayor parte de ellas correctas; y, en la imposibilidad de discernir el premio ofrecido á determinada persona, ha acordado sortearlo en presencia de los interesados que concurran el dia de hoi, á las 12 M., á nuestra oficina, Moneda 60 A.

Imp. y Lit. L. F Rojas y C.ª Argomedo 20

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS MÉDICOS

D. Francisco R. Martínez



En docta escuela formado,
su brillante inteligencia
entre los hombres de ciencia
un puesto le ha conquistado.

AÑO I SANTIAGO, 2ª SEMANA DE AGOSTO DE 1896 NÚM. 49

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números).....	**$ 4.50**
Por medio año (25 »).....	**2.50**
Número suelto.....	0.10
Id. atrasado.....	0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A

Casilla, 1655, Teléfono, 1273

A NUESTROS ABONADOS

Con el número 50 terminará el primer año de **La Revista Cómica.**

Los señores suscriptores se servirán renovar anticipadamente sus abonos, á fin de no interrumpirles el envío del periódico.

Los nuevos suscriptores por año á **La Revista Cómica**, recibirán, como prima, un magnífico **Almanaque Literario-Ilustrado**, que actualmente se confecciona con la cooperación de distinguidos escritores nacionales y extranjeros.

MOSAICOS

DESPUÉS de una mañana de ruda labor las abejas volaron hácia el campo, buscando flores que les proporcionaran su cuotidiano alimento.

Y se posaron sobre las rojas amapolas, que gallardas crecian en medio de las rubias espigas.

Pero, al libar el néctar de las flores opiáticas, cayeron todas en profundo letargo.

Y soñaron fabricando palacios de oro con torres y celdillas de topacios.

Cual el bohemio que sueña con amores imposibles y montañas de pedrerías, para despertar inclinado sobre el yunque del trabajo, que apenas si le proporciona el pan de cada dia.

*
* *

¿Que la flor te devuelva que me diste?
¡No la conocerias!
Entonces solo atesoraba aromas;
hoy le han nacido espinas?

*
* *

Cuando palpé mi error, ardiendo siempre
en ese amor tan puro,
escribí una canción á tu belleza
que fué muy de tu gusto.

Tú á un amigo dijiste:—O es un sabio,
ó es un triste palurdo,
quien verso hace á una mujer en premio
de un desengaño rudo.

¡Otra vez te engañaste!... Ni tan sabio,
ni tan necio me juzgo.
Yo soy como el cordero, que acaricia
la mano del verdugo.

*
* *

Con la mirada ansiosa, sintiendo dentro de su pecho hervir el volcán de una pasión intensa, la veia salir cada dia de su casa.

Quiso pedirle un poco de amor; talvez se habria contentado con una mirada compasiva, con una sonrisa siquiera; pero ella pasaba siempre altiva y desdeñosa, sin hacer caso del infeliz jorobado.

Un dia le contaron que Ester habia caido, que sus alas blancas de mariposa las habia quemado el fulgor de una radiante luz de oro, y, el nuevo Rigoletto lanzó una carcajada histérica.

Luego... irguiéndose á despecho de su joroba, corrió hácia la linda pecadora para ofrecerle, junto con su mano, su alma, que no tenia los dobleces del cuerpo en que habitaba.

Y la salvó!

LAS PALOMAS

(DE T. GAUTIER)

EN la colina, cerca de las tumbas,
un árbol alza su gallarda copa,
a donde en busca de seguro albergue
acuden por las tardes las palomas.

Pero al brillar el sol, cual se desgrana
collar de perlas por los aires, todas
del árbol se desprenden y se alejan
hasta perderse en la extensión remota.

También á mi alma, sacudiendo el vuelo
descienden mil visiones vaporosas;
descienden por las tardes, y se alejan
al disiparse las nocturnas sombras.

A. S. E.

AMOR

Il est ardent comme un diable,
Comme un ange il est aimable.
.....
.....
Blanche et noir, effet et cause:
Le lys droit, la rose éclose.

(VERLAINE. *Chair*, obra póstuma.)

¡El amor es invencible!
Son de querube sus alas,
y fuego de los infiernos
es la esencia de su alma.

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1896 NÚM. 49

Tiene divinas ternuras,
tiene hechiceras miradas
que á la caricia de un beso
la voluntad avasallan.

De satánicos caprichos,
hambriento lobo, se arrastra
acechando corazones
que gruñendo despedaza.

Delirante sinfonía;
labios bermejos que abrasan;
la locura quejumbrosa;
las mejillas sonrosadas...

Luego, los dientes agudos,
palideces, risas lánguidas;
el lirio fresco se yergue,
se abre la rosa galana...

Abelardo Varela

LOS TRES RIVALES

CAROLINA es una muchacha joven y hermosa, por cuyo motivo no tiene solo un amante, sino tres.

Pero el que se muere por ella, pues anda pálido y cabizbajo, es José Retamales. Dicen las malas lenguas que lo que mata á este pobre mozo, es el retardo que sufre en atrapar el dinero de su amada. Pero esto es mentira, de seguro: él no es hombre de fijarse en pequeñeces.

Otro que atisba á la muchacha, es Antonio Moreno. No se sabe á punto fijo qué parte de Carolina es lo que le trae enamorado; pero no ha de ser tampoco su dinero: ¿por qué hacerle esa ofensa?

¿Y el otro? .. José Rematales y Antonio Moreno andan desesperados por saber quién es este otro. Este es el temible, el feliz, el preferido. Ninguno de los dos le ha visto nunca; pero han oido pronunciar su nombre. Sí, han sorprendido este nombre en boca de Carolina; la cual, en frases entrecortadas, habla a menudo de él, con ternura, con emoción .. Se llama Pancho.

Este Pancho es el que quita el sueño a José Retamales. No se le dá un ardite de Antonio Moreno, porque éste tiene la nariz roma y un ojo que mira de lado. Pero ¡el otro!... Debe de ser algun necio cargado de plata.

Á Antonio Moreno tampoco le importa un comino José Retamales, porque, además de tener una boca que va de oreja á oreja, tiene una nariz que se pierde en la distancia. Pero ¡el otro!... Debe de ser algún ricachón ignorante.

Pues bien, José Retamales, que, como he dicho, se muere por la muchacha, quiere saber ante todo si ha de morirse con razón; para lo cual va á casa de Carolina á averiguar la verdad.

José Retamales se detiene en el umbral de la puerta. Carolina está adentro; pero no está sola... Retamales escucha: Panchito, dice Carolina, Panchito lindo, tú solo me amas; los otros quieren mi dinero; pero tú, mi pobre Pancho, tú eres el único fiel!

Al oir tales palabras, Retamales, fuera de sí, no puede contenerse; empuja la puerta y se precipita al interior, resuelto á vencer ó morir. Pero Panchito, un perro que ha criado Carolina, le sale furioso al encuentro, le acomete por detrás, y en la ardiente refriega, le rasga un faldón de su levita. Ignominiosamente vencido, el pobre Retamales huye ligero como un gamo de su poderoso rival.

Á la salida se encuentra con Antonio Moreno. Este va á lo mismo.—Señor, le dice José Retamales, ahí está Pancho, su rival; es un caballero que vale más que usted; hay que darse por vencido.

Antonio Moreno no arrió nunca la gloriosa bandera. Entra; y el perro, que ya se habia cebado, sin compasión le toma por los pantalones, y acaba en ellos, como en la levita de Retamales, la obra de la polilla.—¡Sosiégate, Pancho! le grita Carolina.—¡Ah! prorrumpe furioso Antonio Moreno, ¡con que éste era mi rival!... ¡que valia más que yo! ¡Y ese bribón de Retamales se ha burlado de mí! ¡Ah! el bergante, el bellaco! .. ¿dónde está? .. ¿adónde, adónde se ha ido?

El bellaco se ha ido á hacer remendar su levita.

Aquella tarde, mientras en una sastrería de la calle de San Diego se remendaban la levita de José Retamales y los pantalones de Antonio Moreno, Carolina, acariciando á su perro, le decia: Los otros me quieren por mi dinero; pero tú, mi pobre Pancho, tú eres el único fiel!

Petit Chose.

CALMA Y CONSTANCIA

¿CALMA?—Pues, dile al corazón que aguarde,
dile que al fin le otorgarás cariño,
que de su triste suerte no se alarme:
lo puedes engañar, es como un niño.

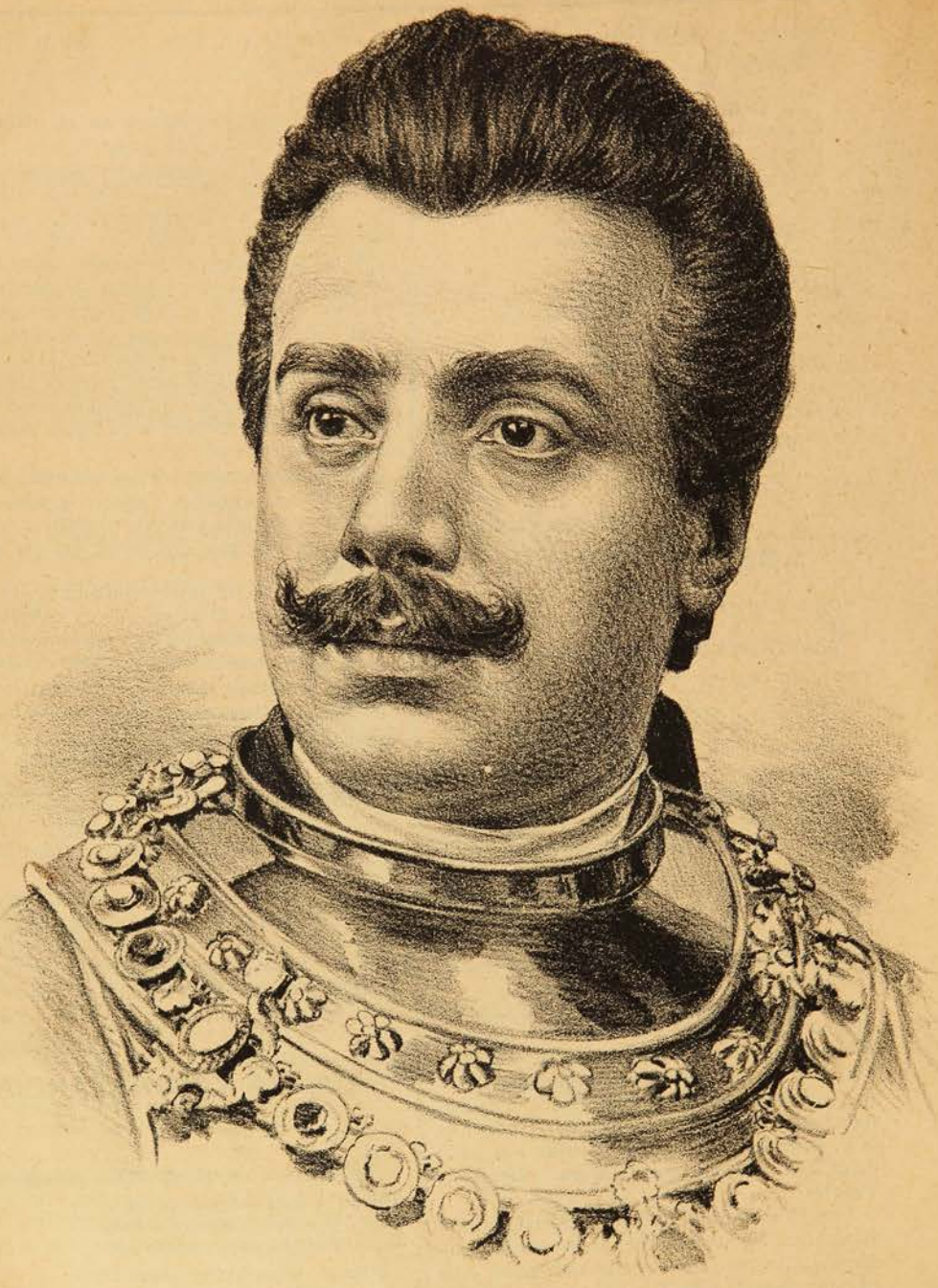
Calma?—Imposible! devorante fuego
rápido marcha consumiendo el alma,
y cuando ella sucumbe, sin aliento,
la quieres contener, le pides calma.

. . . . . .

Constancia?—El corazón cuando mendiga
y tiene la esperanza de consuelo,
constante habrá de ser, pues necesita
esa grata limosna en su desvelo.

Constancia?—No comprendes que estoy loco,
y no puedo vivir un solo instante
si me falta el calor que dan tus ojos?
Mi destino fatal es ser constante.

S. S.



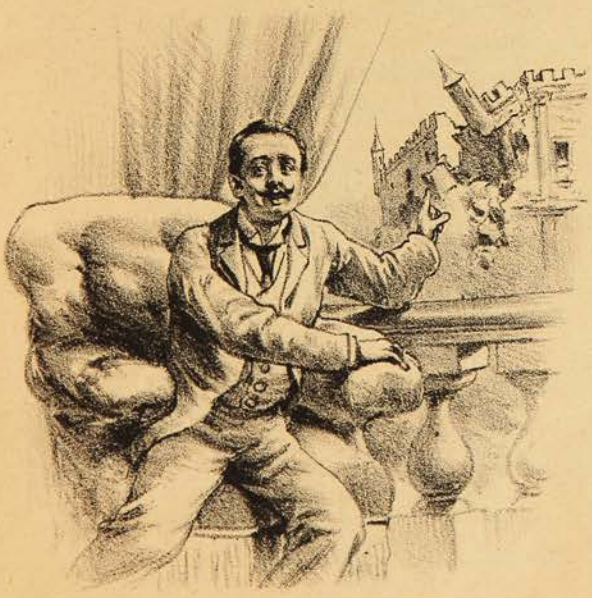
TEATRO MUNICIPAL

Giovanni Scarneo

PRIMER BAJO ABSOLUTO

(En la ópera «La Estrella del Norte»)

EN EL TEATRO MUNICIPAL



¡Fragilidad humana! Con cuánta facilidad se derrumban mis ambiciones!



¡Ja. ja, ja, ja, ja!
Me río, nó del mundo entero, porque sé que la mitad se ríe de la otra mitad, ¡ja ja...!

AÑO 1 SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1896 NÚM. 49

BECQUERIANA

A A..

YO soy la nube perdida
que flota en la inmensidad,
destrozada por el viento
que lejos la ha de llevar.

Yo soy el ave, arrastrada
por el fiero vendabal,
que ansiosa busca un asilo
donde la noche pasar.

Yo soy espectro flotante
que vaga en la obscuridad,
y que escondido en las sombras
contemplo tu bella faz.

Flor de los campos, marchita,
que espera con ansiedad
el rocío de la noche,
que su sed apagará.

Yo soy, en fin, el poeta
que vá tras un ideal,
que solo existe en sus sueños,
y que nunca alcanzará!

C. Vero M.

POR EL ÉXITO

CONCLUÍDO el almuerzo—*pitemos*—me dijo el francote amigo—y le alargué mi tabaquera que contenia hasta seis cigarros de la Vuelta abajo.

Tomó la mitad de ellos, y por obra de su nunca desmentida honradez, me devolvió la petaca de piel de Rusia, regalo de mi amigo Federico.

—De politica ¿como andamos?, continuó, después de haber encendido el aromático habano y al mismo tiempo que arrojaba al aire una bocanada de blanquecino humo.

—Tal cual, le repliqué, por decir algo, y deseoso de echarme fuera aquella especie de lapa ó sangijuela, que hácia dos horas se habia adherido á mi persona y á mi bolsillo, pretendiendo hacer de ambos un solo yó, siendo el *yó* él.

—¿De modo que nuestro candidato?...

—¿Cual?...

—Vamos, hombre, está usted torpe hoi; se entiende que el que triunfe. Yo voi siempre, como usted lo sabe, tras el éxito.

—Ah!... si... lo estoi viendo, y tiene usted razón... tras el éxito... Mozo!, la cuenta.

—Ocho pesos ochenta centavos, señor.

—Diez pesos redondos; trácte dos *chartreusse* y resérvate la vuelta. Pague usted, mi buen amigo, y bebamos la última copa.

—Por el éxito?

—Y qué diablo es usted! me ha comprendido: por el éxito.

Timoleón.

ROMANCE

NIÑA hermosa, que á la sombra
del arbol de la inocencia,
duermes el sueño rosado
de la alegre primavera,
déjame llegar á tí,
contemplar tu faz risueña,
y juguetear con los rizos
de tu blonda cabellera.
Déjame posar un beso
sobre tu frente serena,
y aspirar el blando aroma
de tu boquita bermeja.
Déjame mirar tus ojos,
do plácidas se reflejan
de tu álma candorosa
la ternura y la pureza.
De tus brillantes pupilas
la nítida trasparencia
no ha sido aún empañada
por el llanto de las penas.
Hoy las dulces ilusiones
de tu hermosa edad primera
te sonrien y acarician
y á tu alma de dicha llenan.
Hoy dormida entre flores
tan fragantes como bellas,
en un edén de venturas,
venturas tan solo sueñas.
Mas ¡ah! felices las almas
si en esta penosa tierra
durara lo que la vida
la tranquila edad primera!
Pero tras las ilusiones
los desengaños se acercan;
y al llegar los desengaños
llegan el llanto y las penas.
Ya entonces todo varía:
la paz del alma se ausenta;
y el desencanto y la duda
su vacío á ocupar llegan.
Y en las flores, donde un tiempo
solo encontrabas bellezas
que tiernamente admirabas,
después espinas encuentras.
Y las aromadas brisas
que en el jardín juguetean,
verás ¡ay! que muchas veces
orígen son de tormentas...!
De tus inocentes goces
disfruta, pues, cuanto puedas,
mientras tardan los pesares,
que la dicha no es eterna.
¿Te sonries? Bien comprendo
que tales cosas no entiendas
y, al escuchatlas, sonrias,
desdeñosa como incrédula.
Vaya! no importa eso nada!
dá á tu risa libre rienda,
y olvida lo que te he dicho
que es una cosa muy cierta.
Mas nunca olvides que, un dia,
allá en tu infancia, un poeta,
al cantar las ilusiones
de tu hermosa edad primera,

AÑO I SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1896 NÚM. 49

que no salvaras, te dijo;
de la juventud las puertas,
sin llevar dentro del alma
virtud y amor por enseña.
Y al recordar su memoria
como dulce recompensa,
por él alguna plegaria
al cielo piadosa eleva!

Federico González G.

EUTRAPELIAS

De un libro inédito.

UNA limosna por amor de Dios,—gimió el mendigo.

Y el millonario, que sin mirarlo siquiera, había seguido su camino, llegó á la tienda de un joyero, donde hizo poner un collar de oro al perro que acababa de comprar.

***

La gloria: una rama verde, una cinta de seda, algunas palabras escritas con tinta dorada.

La gloria! El pedazo de pan duro, la bohardilla á obscuras, el cuerpo aterido...

El oro: los palacios suntuosos, las comidas opíparas, los trajes magníficos.

Ei oro! El cerebro vacio, el corazón negro, el sueño intranquilo...

***

Y ella, que lo había olvidado por otro; que esa noche, no hacia una hora, se había casado con el preferido, sintió el corazón lleno de despecho y una llamarada de celos asomó á sus ojos cuando él, intencionalmente, se puso á galantear en su presencia á una de las invitadas á la boda.

José M. Barreto

1896: Tacna.

AUTUMNAL

MIRA, mi amada, cómo lloran, mira,
las hojas de los árboles del huerto!
El nido de la alondra está desierto
y el viento pasa, y al pasar suspira!

Rompe sus cuerdas la armoniosa lira
del bosque secular en el concierto;
lo que era vida ayer, hoy está muerto:
Naturaleza ¿ves? ya no respira!...

Se nubla el cielo azul, y en un instante
muere la luz, se entolda el horizonte;
gime y solloza el cierzo murmurante.

Mira, mi amada, ¿ves? Mientras la hermosa
luz de la tarde muere tras el monte,
también mi corazón gime y solloza!

Horacio Olivos y Carrasco

Correspondencia

Dr. Roble.—¿Le parece á Ud. que *ocación*, *idròfovo*, *zátiro*, *rolliso*, *alago*, se escriben de esta manera?...

Por lo demás, creo que la trascripción de la parte ortográfica, me ahorra el examen de la parte literaria.

Wilhelm.—Por más que sea cosa de sentirlo muchisimo, la edad de los trovadores, juglares, almenas, torres, castillos y puentes levadizos, pasó para no volver.

Hoy se pela la pava de muy diversa manera; por ejemplo, haciendo sonar el bolsillo, en vez de la lira, al pié de los cerrados balcones. El recurso no será muy poético, pero es el único... para no quedarse en la calle.

Rómulo.—Para muestra, allá va el siguiente botón:

Bogaba triste la barca de mi vida
sintiendo á su orilla las olas bramar,
cual la hoja del árbol caida
llevada del viento, no sabe donde vá.

Demócrito.—Su composición me hace recordar otra, cuya primera estrofa era la siguiente:

En la puerta de mi casa
hay una piedra chata:
el que tropiese con ella
es seña que no la ha visto.

¿Será Ud. un imitador del poeta de marras?

GEROGLÍFICO.

El domingo anterior se verificó en nuestra oficina el sorteo de la colección de LA REVISTA CÓMICA, ofrecida como premio á la mejor solución del Geroglífico publicado en el número 47 de nuestro periódico.

La suerte favoreció á la solución firmada con el pseudónimo Ataía.

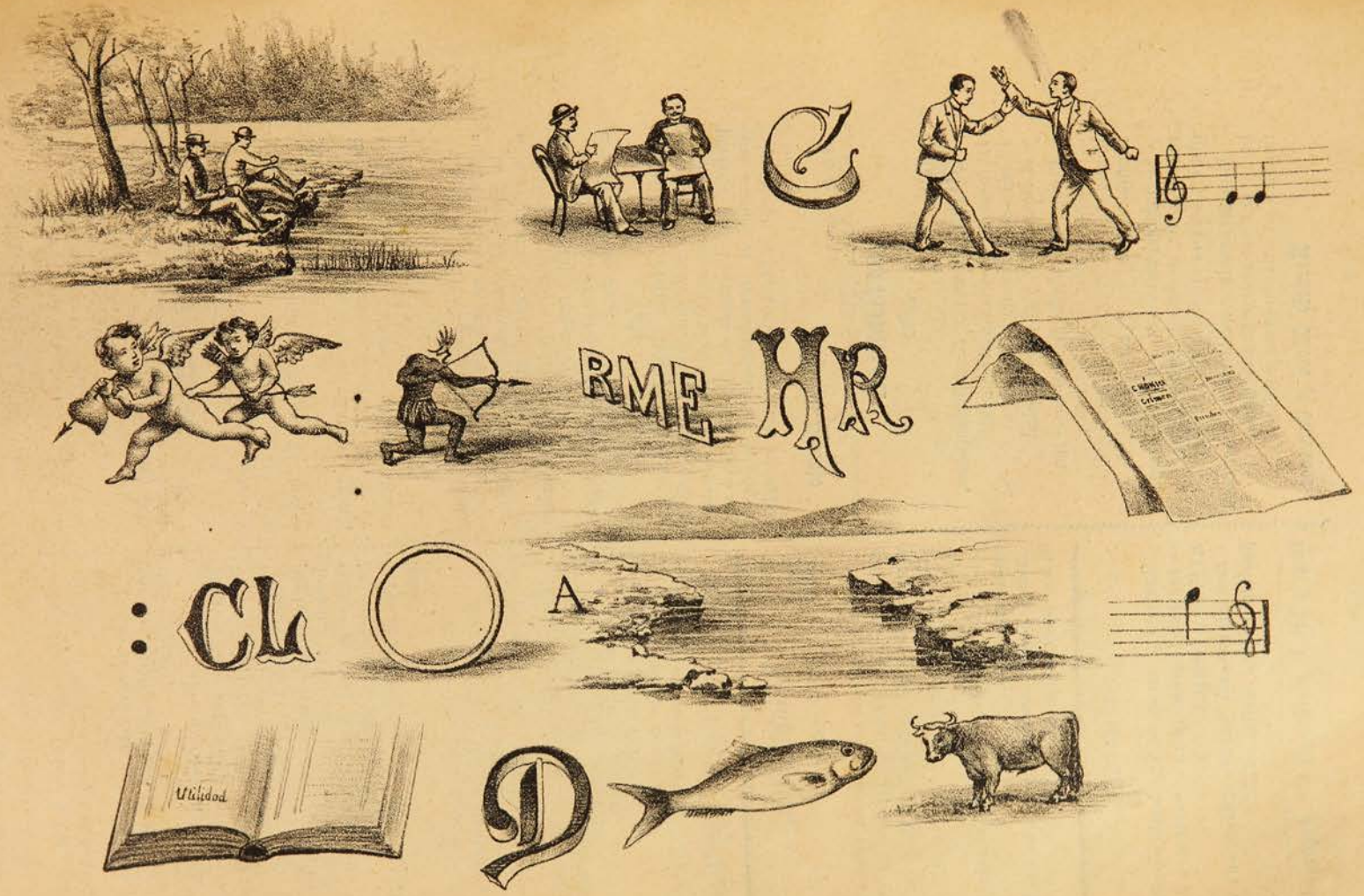
Puede, pues, la interesada pasar á recoger la colección que se ha ganado.

CERTAMEN

Hasta el primero de Septiembre próximo se reciben trabajos para el certamen de LA REVISTA COMICA.

Los interesados pueden enviar sus composiciones á la casilla 1655.

Imp. y Lit. L. F Rojas y C.ª Argomedo 20



A la mejor solución, en verso, del *Geroglífico* que hoy ofrecemos á nuestros lectores, obsequiaremos una colección de La Revista Cómica.

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS MILITARES

D. Salvador Vergara A.



Joven, valiente, ilustrado,
vasto porvenir le espera
en la difícil carrera
que con gloria ha comenzado.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1896 NÚM. 50

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

IMPORTANTE

Con el presente número termina el primer año de La Revista Cómica.

Se considerarán retiradas las suscripciones que no se renueven en el curso de la semana, y, por consiguiente, se suspenderá la remisión del periódico á las personas que hayan terminado sus abonos.

MOSAICOS

MIRÉ tu rostro y me encantó su hechizo;
te hablé anhelante y me extasió tu voz;
te amé más tarde, y encontré en tu pecho
un abismo de horror.

Asi—me dije impresionado y loco—
con flores borda el precipicio atroz
sus negras fauces, y engañar consigue
al triste viajador.

***

El pobre bohemio bebió del licor opalino hasta quedar profundamente dormido.

Y por su mente soñadora pasaron Hadas de radiante hermosura, veladas apénas sus esculturales formas con gasas que semejaban nubes de noches primaverales.

Y eligió entre ellas la mas hermosa, la mas querida.

Se avalanzó frenético para besarla...

El contacto frio de los labios de la amada le volvieron á la realidad.

—Tres pesos, señor—cual si le interrogaran —dijo flemáticamente el *garçon* de *chez* papá Gage.

Y el infeliz noctámbulo, después de registrar sus bolsillos, no encontró una sola peseta con que pagar el contenido de aquella botella de agenjo, que aún estrechaban sus manos temblorosas.

A APOLO.

(Oda XXXI del libro I de Horacio.)

Quid dedicatum poscit Apollinem.

A MI PADRE.

¿QUÉ le pide el poeta al dulce Apolo
al consagrarle un monumento nuevo?
¿Qué le pide al hacer en sus altares
la libación primera?

No la mies de Cerdeña, ni el ganado
de Calabria, ni el oro y los marfiles
que la India cría, ni los campos bellos
que el Livis fecundiza.

Pode las viñas de Calés su dueño,
y en áureo vaso el comerciante rico
apure el néctar que trocó dichoso
por sirias mercancías.

Él, tan amado de los patrios dioses,
que indemne arrostra los peligros, surca
del Atlántico mar las ondas bravas
tres veces cada año.

Yo, más humilde, con silvestre oliva,
malva ligera y achicoria obscura,
en deleitosa medianía vivo
sin anhelar más dones.

Tú, hijo de Latona, haz que por siempre
en calma goce de este bien sencillo,
y con la lira mi vejez arrulle
sano de cuerpo y alma.

Julio Vicuña Cifuentes.

EL GUARDIA NACIONAL

FIRME la planta, la mirada entera,
se dirige al cuartel el ciudadano;
marcha con aire varonil y ufano,
porque el servicio militar le espera.

En su resuelto corazón impera
el más grandioso sentimiento humano:
vá á cumplir un deber republicano,
vá á jurar el honor de su bandera.

Yá su cívico anhelo ha satisfechol
Y exclama con orgullo, alborozado,
estrechando febril contra su pecho

las insignias gloriosas del soldado:
"Mientras yo guarde ¡oh Patria! tu derecho,
ha de ser tu derecho respetado!"

Salvador Allende C.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1896 NÚM. 50

UNA VISITA

DICE mi amigo Horacio que la sociedad es una cosa muy buena. Y eslo, en efecto, para él. Desde que despierta por la mañana, ya lo preocupan las visitas que tiene que hacer durante el dia. A las cuatro irá á ver á Fulanita, á las cinco á Sutanita, comerá con Menganita y pasará la velada con Perenganita. Tiene veinte *prendas*, sin contar las que guarda en el Montepío para satisfacer las exijencias sociales. Amigos tiene como ciento. Y como cree en el amor, asi cree también en la amistad. Jamas ha conocido los desengaños.

Pero, tengo otros amigos que, al revés de Horacio, me pintan la sociedad con los colores más sombrios. Todo en ella es el puro egoismo, la palanca que la mueve, la base en que se asienta. Como el ilustre suicida español, piensan que tras de la acción aparentemente generosa, hay un móvil mezquino que la produce. La amistad, hija del Cielo, es una mina de explotación en la tierra. El amor es un anzuelo con que las mujeres pescan á los hombres incautos, es un puente por donde pasa el dinero de los hombres á poder de las mujeres.

Yo no pienso ni como Horacio ni como los amigos pesimistas: me coloco en un justo término medio.

A mi entender, la sociedad no es buena ni mala. O, mejor dicho, unas veces me parece buena, otras mala. Cuando estoy de mal humor, lo que me ocurre con inaudita frecuencia, nada hay para mí tan horrible como esa sociedad que levanta el falso mérito y abate el verdadero, que desdeña la virtud y la modestia, y preconiza el impudor y la audacia; que prefiere el necio elegante al hombre de ilustración y talento, y que muchas veces concede sus sonrisas á la levita nueva del petardista y del tramposo, y las niega al hombre rico que no sigue la corriente de la moda.

Mas, cuando en mi ánimo reboza la alegria, nada se me figura tan agradable como la sociedad. Esos amigos tan cariñosos que se nos ofrecen para servirnos en todo, que se interesan más por nuestra suerte que por la suya propia; esas niñas tan guapas que nos brindan un amor que parece verdadero, que harian gustosas el sacrificio de casarse con nosotros; esas señoras, matronas venerables, madres de familia, que nos preguntan cariñosamente por nuestra salud, por nuestro papá y nuestra mamá, y nos dan noticias exactas del tiempo que hace, y que nunca piensan que podemos descargarlas de sus queridas hijas; todos esos elementos de la felicidad social, yo los bendigo, porque nos muestran un pedazo de aquel Edén que el voraz apetito de nuestra madre Eva nos cerró para siempre.

En éste último estado me encontraba ayer, de tan buen humor, de tal modo reconciliado con la sociedad, que se me ocurrió hacerle una visita á mi grande y buena amiga doña Encarnación Carrasquilla.

Encontrábase doña Encarnación cogiendo flores en su jardin, con una cara agria y fea; operación y cara que abandonó para salir á recibirme con grande alborozo y cortesanía.

—¡Felices los ojos que lo vén! me dijo, introduciéndome en la antesala.

—Señora, pocas veces puedo disfrutar del placer de ver á usted. Mis ocupaciones, el temor de molestarla...

—Nunca me molesta usted. Al contrario... Pero, ¿cómo está su mamá?

—Bien, gracias.

—¿Y su papá?

—Muy bien, gracias.

—Y su abuelita?

—Perfectamente; muchas gracias.

—¿Y su tio Adolfo?

—Sin novedad; mil gracias.

—¿Y la señora doña Filomena?

—Gracias.—Y su salud, señora, ¿ha seguido bien?

Nó; no ha seguido bien. Doña Encarnación nunca está bien. Si por desgracia le faltase alguna dolencia, apenas tendria de qué hablar. El reumatismo, su enfermedad crónica, lo tiene ahora en la pierna derecha; el año pasado lo tuvo en la izquierda; el 94 le atacó un brazo, y el 93 el otro. El 92 fué año de tregua; pero algo la molestó un dolorcito en la espalda. El año de la revolución fué terrible: se le puso un dolor en la cabeza que no la dejaba dormir ¡Y qué año aquel! ¡Los sustos que ella pasó! ¡Las revoluciones son tremendas! Entonces perdió hasta las ganas de comer. Ahora nó: su apetito no puede decirse que es malo. Pero Jorgecito si que come bien; da gusto verlo; no se llena nunca.

El personaje aludido, empujando la puerta con su cabecita rubia, entraba de rodillas en la antesala. Al verme, pareció vacilar; pero luego llegó corriendo á protejerse al lado de su abuelita.

—¿Usted no conocia á mi nieto? me dijo doña Encarnación, señalándome al pequeñuelo?

—¿Este rubiecito?...

—Sí. Es el encanto de la casa. ¡Tan bueno el pobrecito! No hay un chiquillo mas dije. ¡Y tan habiloso! Es una cosa admirable!...

—Hijito, pregunto al portento ¿cómo se llama usted?

—No quiero, responde el chico amurrado.

—¡No vé usted! esclama doña Encarnación llena de regocijo; ¿á que no adivina usted lo que ha querido decirle?

—Que no quiere.

—¡¡Nó!! Ha querido decirle que, como no lo quiere á usted, no quiere decirle su nombre.



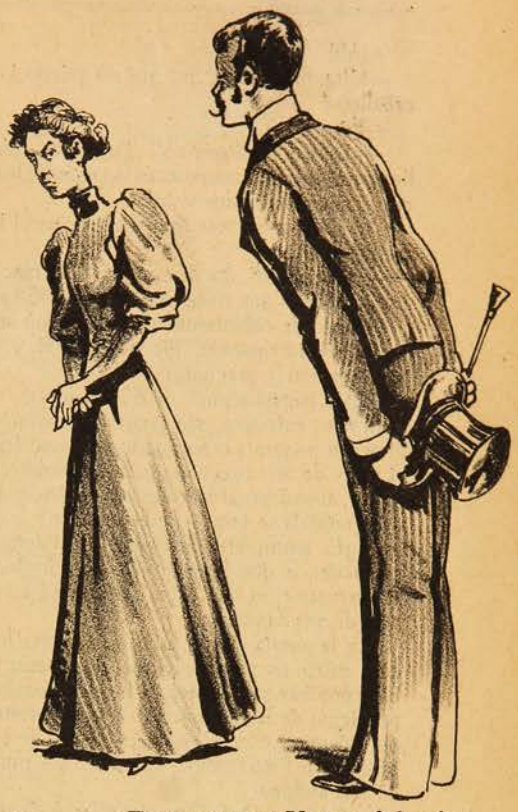
D. Juan Gonzalo Matta,

Ministro de Chile en Bolivia,

Asesinado alevosamente en Sucre el día 13 del actual.



¡Cuán hermosa es la mujer cuando está triste y sola!



—¿Por qué está V. tan delgada?
—Ví al médico y...
—¿Y?
—Y me recetó un purgante.



Con este modito y esta fachita, soy irresistible.



—Á los piés de V., tío.
—Né, en mis manos, sobrino.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1896 NÚM. 50

—¡Ah!

—Mira, muchacho, ¿por qué no quieres á este caballero?

—Porque nó.

—¡¡Dice que porque nó!! ¡Tiene este chiquillo unas respuestas tan prontas!—Dígame, Jorgecito, ¿cuántas son dos y dos?

—Cuatro, responde inmediatamente el ilustre niño.

—¡Mire usted! me dice doña Encarnación. Lo notable es que nadie se lo ha enseñado.

Poseido de entusiasmo ante ese genio sublime de la adivinación, me acerco á él, y con todo respeto le pregunto:

—¿Me pagará alguno de mi deudores?

El niño entonces, sea porque no comprendiese mi pregunta o porque le pareciese áspero el tono de mi voz, con grandes muestras de temor, abandonó el lado de su madre, y á carrera tendida se escapó de la antesala.

—¡¡Es admirable!! dijo fuera de sí doña Encarnación; lo que Jorgecito ha querido decirle, al ausentarse, es que usted no volverá á ver la cara de sus deudores.

Por la puerta que al salir dejó abierta Jorgecito, entró un perro muy feo, que tenia también muchas habilidades, si bien no gozaba del privilegio de la adivinación. Era, sin embargo, un talentazo. Por el panegírico que de él me hizo doña Encarnación, vale más que muchos de mis amigos.

—¡Cómo está el tiempo! exclamó de repente doña Encarnación, cambiando de tema.

—A propósito para escaparme, dige para mi, tomando mi sombrero.

Cuando me vi afuera y respiré el aire de la calle, ¡Dios me libre, esclamé, de los niños y perros sabios, y libreme, sobre todo, de sus entusiastas admiradoras!

¡Cuán desagradable es á veces la sociedad! ¡Qué crueles sacrificios impone al hombre que se ve obligado á vivir en ella!

L.

A MARGARITA

MAÑANA, cuando el sueño de la nada
cierre mis ojos y mi voz apague,
acaso buscarás otra mirada,
otra palabra que tu orgullo halague.
Y olvidando las horas de alegría
en que la copa de mi amor bebiste,
buscarás en el vino de otra orgia
las embriagueces de tu vida triste.
Y siempre atado con volubles lazos
á los anhelos de tu mente loca,
serás cautiva de otros tiernos brazos,
tendrás los besos de otra amante boca.
Mas, siempre, siempre, en la nocturna hora,
cuando cansada del festín te alejes,
vendrá el recuerdo del que te ama ahora
á partir el dolor de que te quejes.
Y acaso, recordando lo pasado,
comprendiendo el abismo de tu pena,
embellezca tu rostro demacrado
el llanto de María Magdalena!

Armando.

RIMAS

TEN presente que nunca se entreabieron
para ofender tu dignidad mis labios:
tu ingratitud me ha herido en lo más hondo,
y, no obstante, disculpo tus agravios.

Ten presente también que desde entonces
no vive mi alma de tu amor cautiva.
¡Tu ofensa he perdonado!... Mas no creas
que consiga olvidarla mientras viva!

O. S. Z. Z.

AUSENCIA.

CUAL fúnebre sentencia
resuena en mis oídos
el eco doloroso
de su postrer adiós;
su tierna despedida
renuevan mis sentidos,
y escucho todavía
las frases de su amor.

Mis noches, que antes eran
tan bellas y tranquilas,
las paso en el insomnio
terrible y matador;
la luz de la alborada
que hiere mis pupilas,
encuentra que mis párpados
el sueño no cerró.

Y á veces me imagino
que su gentil figura
resalta entre las sombras
cual celestial visión;
mentidas ilusiones
que finge mi locura,
delirios de mi mente
que mi pasión forjó.

Y en vano, en el olvido,
quiméricos consuelos
hallar pretende mi alma
para su cruel dolor;
que á veces el maldito
demonio de los celos
con sus punzantes garras
me oprime el corazón.

Pues para mí no existe
ni dicha ni alegría,
porque es el bien que anhelo
tan sólo una ilusión,
si el sér á quien adoro
con ciega idolatría
no alegra mi existencia,
no está donde yo estoy.

Carlos Ledgard.

AÑO I SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1896 NÚM. 50

¡BENDITOS SEAN!

(A MI HIJITA AMELIA ROSA)



La tengo á mi lado.

Bella, como uno de esos mil querubes que rodean el trono de Dios, la hija de mi amor sonríe como solo los ángeles saben hacerlo.

Apenas cuenta ocho meses de edad y ya brota de sus grandes y dormidas pupilas ese rayo de inteligencia, precursor de la razón divina, que luego ha de venir á iluminar su cerebro en formación.

Balbucea, mirándome, el encantador pa... pa... pa, y sus manecitas de alabastro se tienden hácia mí como solicitando una caricia.

Mis toscos labios acaban de devorar, con un ardiente beso, sus labiesitos donde la grana ha impreso sus colores.

Ah! cómo saben al más esquisito manjar los besos de una hija!

Nada hay comparable á ellos; ni siquiera los besos de la mujer amada.

Estos producen la fiebre del deseo, el delirio ardiente de la pasión.

Aquellos semejan el rocío del cielo que refresca los ardores del alma, que calma las torturas de la existencia.

Mi hija, cual si adivinara el placer que siento al contemplarla tan bella como es, me mira con sus grandes ojos, y ríe tan hechiceramente que no resisto al deseo de darle otro beso, otro y mil más.

Dios, en su misericordia infinita, nos ha dado á los hijos para cruzar los tenebrosos planes que la mente forja cuando la desesperación se apodera del hombre.

La inocente mirada del niño nos dice que debemos vivir para él, luchando á brazo partido con los rigores de la suerte, hasta llegar á avasallarla.

Y el niño nos aparta del torcido sendero, ofreciéndonos, en cambio, la fé que nos es necesaria para llegar al término de la ruda jornada.

¡Benditos sean los hijos que tal poder tienen sobre el hombre!

Raul.

• • • • •



A la palmera que aislada
crece y vive en el desierto,
palabras de amor le lleva
entre sus alas el viento;
á la flor que vive oculta
entre malezas y helechos
compasiva ave le trae
de su compañera besos.

Y yo, que vivo á tu lado,
acercarme á tí no puedo,
ni murmurar á tu oído
lo que guardo dentro el pecho.
Para mí no hay ave amiga
que me traiga tus recuerdos,
ni céfiro que en sus alas
ardiente te lleve un beso.
Y si entonomis cantares
y mi alma te mando en ellos,
en vez de llevarlos grato
celoso los borra el viento.

Hoy ya en lugar de cantarlos
á este papel los entrego,
y si no el céfiro amante,
te los llevará el cartero.

—

No pidas notas alegres
á mi guitarra de huaso,
pues solo vibran sus cuerdas
cuando las pulso llorando.

—

No creo lo que me dicen,
ni de lo que de tí me hablan,
me basta mirar tus ojos
para conocer tu alma.

—

Cuando al moverse tus labios
ya se apartan ya se juntan,
de roja flor me parecen
pétalos que el aura ondula.

—

Díme, en la noche callada,
cuando conversas con Dios,
¿no piensas que por tu causa
me estoy muriendo de amor?

—

El aire que cuando ríes
en tu labio juguetea,
¿no te dice que en sus alas
mis tristes suspiros lleva?

—

Los cantares que yo entono
son tristes como el invierno,
y, mirad que anomalía,
nacen de un amor al fuego.

—

Dame una sola esperanza,
de que ha de cesar la ausencia,
y alegres sonarán todas
de mi guitarra las cuerdas.

—

Solo una vez me has besado;
pero mis labios amantes
guardarán siempre constantes
la huella que allí has dejado.

Macías.

ÍNDICE.

En poco días más daremos á luz un Indice de las materias contenidas en el primer tomo de nuestra publicación y el nombre de sus autores.

El mencionado Indice constará de ocho pájinas, y se venderá en nuestra oficina al precio de diez centavos ejemplar.

Imp. y Lit. L. F Rojas y C.ª Argomedo 20



Stas. Walker.

ÍNDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN EL PRESENTE VOLUMEN.

	PÁG.
Paja Picada, por la Redacción	2
A una Coqueta, por Julio Vicuña Cifuentes	3
Baturrillo, por Antón Perulero (Efraín Vasquez Guarda)	3
Carta Abierta	6
El amor moderno, por R. Fernández Montalva	6
Cuando me case	7
Paja Picada, por la Redacción	10
Una Exposición, por Julio Vicuña Cifuentes	10
Cantares, por Enrique del Campo	19
Idilio	11
El Envidioso, por Gustavo Valledor	11
El Vértigo, por R. Fernández Montalva	11
Mi Suegra	14
Congreso Chino, por R. Fernández M.	15
Un beso, por R. Fernández Montalva	15
Paja Picada, por la Redacción	18
A Fabio, por Julio Vicuña Cifuentes	18
La Rima, por René Brickles	19
Baturrillo, por Antón Perulero, (Efraín Vasquez Guarda)	19
Íntima, por Enrique del Campo	19
Amor al arte, por Juan de Sanchez, (R. Fernández Montalva)	22
La Novia	22
El ojo de mi suegra	23
A Pepa	23
Correspondencia, por la Redacción	23
Paja Picada, por la Redacción	26
El concierto de animales y el asno, por Julio Vicuña Cifuentes	26
Baturrillo, por Antón Perulero (Efraín Vasquez Guarda)	27
Letrilla, por Nadie (Julio Vicuña Cifuentes)	30
La noche antes, por R. Fernández M.	30
Haydée	31
Cosas de Jedeón, por Juan de Sanchez (R. Fernández Montalva)	31
Paja Picada, por la Redacción	34
Al arte, por R. Fernández M.	34
Baturrillo, por Antón Perulero (Efraín Vasquez Guarda)	34
En un album, por Rubén Darío	35
El Sol, por Nadie (Julio Vicuña Cifuentes)	35
Cerebrus potens, por Carlos G. Amézaga	35
Una aventura, por Popeta	35
Íntima, por R. F. M. (R. Fernández Montalva)	38
Distraido, por Juan de Sanchez (R. Fernández Montalva)	38
Dolora, por R. F. M. (R. Fernández Montalva)	39
Epigramas	39
A uno y á todos	39
Paja Picada, por la Redacción	42
La jilguera desdeñosa, por Julio Vicuña Cifuentes	42
Mi vida, por Enrique del Campo	43
Baturrillo, por Antón Perulero (Efraín Vasquez Guarda)	43
Íntimas, por R. F. M. (R. Fernández Montalva)	43
La viuda, por Juan de Sánchez (R. Fernández Montalva)	46
Recuerdo de una solterona, por R. Fernández Montalva	46
Humoradas	47
Paja Picada, por la Redacción	50
Oriental, por Julio Vicuña Cifuentes	50
Baturrillo, por Antón Perulero (Efraín Vasquez Guarda)	51
La estátua, por R. Fernández Montalva.	54
Friné, por Nadie (Julio Vicuña Cifuentes)	54
Íntimas, por R. F. M. (R. Fernández Montalva)	55
Hípicas	55
Correspondencia, por la Redacción	55
Paja Picada, por la Redacción,	58
A ., por Julio Vicuña Cifuentes	58
Baturrillo, por Antón Perulero (Efraín Vasquez Guarda)	59
Pálida y rubia, por Luis A. Navarrete	62
La Maldición del poeta, por Alguien (Julio Vicuña Cifuentes)	62
Paseo sentimental, por Luis A. Navarrete	63
Humoradas	63
Imágenes y mujeres, por R. Fernández M.	63
Correspondencia, por la Redacción	63
Paja Picada, por la Redacción	66
Apólogo, por Julio Vicuña Cifuentes	66
Baturrillo, por Antón Perulero (Efraín Vasquez Guarda)	67
A la Inteligencia, por R. Fernández Montalva	67
Amoríos, por Juan de Sánchez, (R. Fernández Montalva)	70
Carta abierta, por Popeta	70
Silueta, por Matías (R. Fernández Montalva)	71
Sed insaciable, por Nadie (Julio Vicuña Cifuentes)	71
Humoradas, por R. (R. Fernández Montalva)	71
Paja Picada, por la Redacción	74

PÁG.

El Canto del Cóndor, por Julio Vicuña Cifuentes. 74
Ba'urrillo, por Antón Perulero (Efrain Vazquez Guarda.). 75
Miniatura, por J. Federico Barreto. 78
Rebeca, por Raul (Eduardo Kinast). 78
La Canción del Poeta, por R. Fernández Montalva. 79
Paja Picada, por la Redacción. 82
Al egregio poeta español Gaspar Núñez de Arce, por Julio Vicuña Cifuentes. 82
Baturrillo, por Antón Perulero (Efrain Vasquez Guarda). 83
Soberbia, por J. Federico Barreto. 83
Tus ojos, por R. Fernandez Montalva. 86
Los mendigos, por R. F. M. (R. Fernández Montalva. 86
El mono y el pavo, por Nadie, (Julio Vicuña Cifuentes). 87
La Duda, por J. V. C. (Julio Vicuña Cifuentes). 87
Paja Picada, por la Redacción. 90
Sonetos, por Julio Vicuña Cifuentes. 90
Baturrillo, por Antón Perulero (Efrain Vasquez Guarda). 91
Nueva Magdalena, por R. Fernandez Montalva. 91
Filigrana, por Príncipe Azur (A. Bórquez Solar). 94
Eros, por R. F. M. (R. Fernández Montalva). 95
Correspondencia, por la Redacción. 95
Paja Picada, por la Redacción. 98
La Noche, por Julio Vicuña Cifuentes. 98
Baturrillo, por Antón Perulero (Efrain Vasquez Guarda). 99
Recuerdos, por Francisco J. Urzúa Silva 99
La Mujer Ideal, por Juan de Sanchez (R. Fernández Montalva). 102
El último beso, por Celia. 102
Redención, por R. F. M. (R. Fernández Montalva). 103
Excelsior, por R. F. M. (R. Fernández Montalva). 103
Cuadro, por R. (R. Fernández Montalva) 103
Correspondencia, por la Redacción. 103
Paja Picada, por la Redacción. 106
Noche, por Eduardo Grez P. 106
Baturrillo, por Antón Perulero (Efrain Vasquez Guarda). 106
La Sonrisa del retrato, por Isaias Gamboa. 107
Noche Horrible, por Juan de Sanchez; (R. Fernández Montalva). 107
El Hogar, por R. Fernández Montalva 110
El Teniente Baqueta, por R. Fernández Montalva. 111
Paja Picada, por la Redacción. 114
Un Amor, por R. Fernández Montalva 114
Baturrillo, por Antón Perulero (Efrain Vasquez Guarda). 115

PÁG.

Nada Mas! , por Celia. 115
Cintia, por Príncipe Azur (A. Bórquez Solar). 118
Las Flores, por R. (R. Fernández Montalva). 118
La Pluma, por Imbert Galloix. 119
Correspondencia, por la Redacción. 119
Paja Picada, por la Redacción. 122
Deseo, por Enrique del Campo. 122
Baturrillo, por Antón Perulero (Efrain Vasquez Guarda). 123
Mis Versos, por R. F. M. (R. Fernández Montalva). 123
Cuento de Navidad, por A. de Gery (Emilio Rodriguez M.). 123
Soy yo, por R. (R. Fernández Montalva) 127
Golpe Maestro, por Juan de Sanchez, (R. Fernández Montalva). 127
Correspondencia, por la Redacción. 127
Paja Picada, por la Redacción. 130
Baturrillo, por Antón Perulero (Efrain Vasquez Guarda). 130
Remember, por Antonio Contreras. 131
La Muerte de Platón, por René Vinci, (Enrique Hurtado y Arias). 131
Abandonada, por R. Fernández Montalva. 134
En la Ventana, por Oliverio Bertin (Anjel C. Espejo). 134
En una Peluquería, por Porque, (Luis Leiva Ch.). 135
Paja Picada, por la Redacción. 138
Morir, por Luis Rodriguez Velasco. 138
Juan Montalvo, por René Vinci, (Enrique Hurtado y Arias). 138
Sonetos, por J. Federico Barreto. 139
Arcano, por Gage. 142
Invierno, por Victor Atilio Lillo. 142
El Censo. 143
El Caballero Borrasca, por Antonio Contreras. 143
Correspondencia, por la Redacción. 143
Del album de A. de Géry. 143
Paja Picada, por la Redacción. 146
A Ti, por Germán Munita M. 146
Baturrillo, por Antón Perulero (Efrain Vasquez Guarda). 146
Rima. 147
Las Flores del día lúnes, por Tatin, (Benjamin Vicuña Subercaseaux). 147
Sueño, por Paolo Fiore. 150
Colaborador, por Juan de Sanchez (R. Fernández Montalva). 151
Despojos, por Tche. 151
El Niño, por R. F. M. (R. Fernández Montalva. 151
Paja Picada, por la Redacción. 154
Delirium Tremens, por J. Federico Barreto. 154
Baturrillo, por Antón Perulero (Efrain Vasquez Guarda). 155

	PÁG.
Ofrenda, por Salvador Allende C.	158
Cantinela, por Celia	158
Rimas, por Antonio Contreras	158
La Muerte del Niño, por Gage	159
Rimas, por O. S. Z. Z. (Federico González G.)	159
Correspondencia, por la Redacción	159
Paja Picada, por la Redacción	162
Pro Cuba, por R. Fernández Montalva	162
Baturrillo, por Antón Perulero (Efraín Vasquez Guarda)	163
Tú y Yó, por Victor Atilio Lillo	163
Cupido, por L. von Schneeberg (A. Bórquez Solar)	166
Flor de Té, por J. G. O. (José Gregorio Ossa)	166
Rosas Blancas, por Juan de Sanchez, (R. Fernández Montalva)	167
Paja Picada, por la Redacción	170
La Historia de María, por R. Fernández Montalva	170
Fantasía, por Juan de Sanchez. (R. Fernández Montalva)	171
Ritmicas, por Tché	171
La Muerte del Bohemio, por Gage	174
Dudas, por Victor Atilio Lillo	175
Acuarelas, por L. von Schneeberg (A. Bórquez Solar)	175
Paja Picada, por la Redacción	178
Enamorado, por R. Fernández Montalva	178
Baturrillo, por Antón Perulero (Efraín Vasquez Guarda)	179
La Orgía, por Redimido (Julio Vicuña Cifuentes)	179
El Millonario, por Juan de Sanchez, (R. Fernández Montalva)	182
A Tí, por Immer	182
Elena, por Egap	183
Paja Picada, por la Redacción	186
En un Album, por N. L.	186
Año Nuevo, por Juan de Sanchez (R. Fernández Montalva)	187
Ritmicas, por Tché	187
Imposible!..., por Resignado, (Julio Vicuña Cifuentes)	187
De aquella Edad, por R. (R. Fernández Montalva)	190
La Rosa y la Violeta, por Celia	190
El Pájaro Blanco, por L. von Schneeberg. (A. Bórquez Solar)	190
Aquí..., por Ceta	191
Paja Picada, por la Redacción	194
Acuarela, por Pedro A. González	194
De Vacaciones, por Juan de Sanchez, (R. Fernández Montalva)	194
La Musa, por R. Fernández Montalva	195
Opio, por Matías (R. Fernández Montalva)	198
A La Noche, por O. S. Z. Z. (Federico González G.)	198
Nadie, por N. N.	199
Nocturnal, por R. F. (R Fernández Montalva)	199
Paja Picada, por la Redacción	202
La Venta del Aderezo, por Pil-Pay, (Julio Vicuña Cifuentes)	202
Curioso Duelo, por Desesperado, (Julio Vicuña Cifuentes)	203
El Himno de los Andes, por A. Bórquez Solar	203
Los Asesinos, por Fernán Rodriguez, (R. Fernández Montalva)	206
El Vengador, por Juan de Sanchez, (R. Fernández Montalva)	207
Pensamiento de Navidad, por Alone	207
Paja Picada, por la Redacción	210
Ayer y Hoy, por O. S. Z. Z. (Federico González G.	210
El Jugador, por Juan de Sanchez, (R. Fernández Montalva)	210
Primavera, por R. F. (R. Fernández Montalva)	211
El Vino del Cura, por Fernán Rodriguez (R. Fernández Montalva)	214
La Copa, por Fausto	214
El Abanico, por R. Fernández Montalva	214
Paja Picada, por la Redacción	218
A..., por F. G. G. (F. González G.)	218
La Política, por Fernán Rodriguez (R. Fernández Montalva	219
Los Robles, por R. F. (R. Fernández Montalva)	219
Justicia, por N. L.	222
Noche de Luna, por R. (R. Fernández Montalva)	222
La Primera Lágrima, por Juan de Sanchez (R. Fernández Montalva)	223
De Verano	223
Paja Picada, por la Redacción	226
Pasión, por J. Federico Barreto	226
Transfiguración, por Juan de Sanchez, (R. Fernández Montalva)	226
Resolución, por Francisco J. Urzúa Silva	227
¿...?, por N. L.	227
La Flor de la Virtud, por O. S. Z. Z. (Federico González G.)	227
Perros, por Perico	230
Summum, por R. Fernández Montalva	230
Li'erotos, por Benito Cánepa	231
Mañana, Tarde y Noche, por Julio Brignole	231
Mosaicos, por la Redacción	234
Le Vase Brisé, por E. de la Barra	234
Un Buen Golpe, por J. (Julio Vicuña Cifuentes)	235
Luzbel, por J. Federico Barreto	238
A un Niño, por J. V. C. (Julio Vicuña Cifuentes)	238
Una Historia Fin de Siglo, por J. (Julio Vicuña Cifuentes)	238
Cæsar ad Portas! por E. de la Barra	239
Mosaicos, por la Redacción	242

	PÁG.
Canto á la Tarde, por Benjamín Vicuña Solar	242
Thamar, por J. (Julio Vicuña Cifuentes)	243
Invierno y Primavera, por E. de la Barra	246
La Primera Caricia, por Catulo II	247
A..., por Víctor Atilio Lillo	247
Mosaicos, por la Redacción	250
Canto de un Pescador, por Benjamín Vicuña Solar	250
El Fénix de los Criados, por J. (Julio Vicuña Cifuentes)	251
A Lulú, por A. Bórquez Solar	254
Joya, por Saul	254
Realidad, por Celia	255
El Arroyuelo, por F. G. G. (Federico González G.)	255
..., por Julio Tapia Miranda	255
Correspondencia, por la Redacción	255
Mosaicos, por la Redacción	258
Pax Multa, por Argos (E. de la Barra)	258
Baturrillo, por Antón Perulero, (Efraín Vasquez Guarda)	259
Sombra, por Ciprés (Pedro A. González)	259
Por Eso..., por Cisne (Alejandro Parra M.)	262
Violetas Andinas, por E. de la Barra	262
Estival, por Celia	262
Noches de Verano, por A. Viera Gallo	263
El Anjel de la Vida, por P. L. Riveros Z.	263
Corespondencia, por la Redacción	263
Mosaicos, por la Redacción	266
El Amianto, por E. de la Barra	266
A don Juan Montebruno, por Benjamín Vicuña Solar	266
En una noche de fiebre, por Julio Vicuña Cifuentes	267
Un Cuento Pasional, por J. (Julio Vicuña Cifuentes)	267
Sobre un Cuadro de Jorge del Río, por A. Bórquez Solar	271
Otoñal, por Alejandro Parra M.	271
Los Rayos X, ó Katódicos, por E. B. (E. de la Barra)	271
Mosaicos, por la Redacción	274
La Paloma Mensajera, por E. de la Barra	274
A Melpómene, por Julio Vicuña Cifuentes	275
La Reina de las Hadas, por J. (Julio Vicuña Cifuentes)	275
Epigramas Nuevos, por Jil del Arco (E. de la Barra)	278
A una niña Orando, por F. G. G. (Federico González G.)	279
Correspondencia, por la Redacción	279
Mosaicos, por la Redacción	282
Cerro-Grande, por Benjamín Vicuña Solar	282
Un Consejo Oportuno, por J. (Julio Vicuña Cifuentes)	283
A Melpómene, por E. de la Barra	286
Quand Même! por J. Federico Barreto	286
La Voz de la Experiencia, por J. (Julio Vicuña Cifuentes)	287
A Fanny, por S. A. (Salvador Allende C.)	287
Mosaicos, por la Redacción	290
La Crisantema, por Florencia	290
Preludio, por J. Federico Barreto	291
Mariquita, por J. (Julio Vicuña Cifuentes)	291
Epigramas Nuevos, por Gil del Arco (E. de la Barra)	295
Animo! por F. G. G. (Federico González G.)	295
Correspondencia, por la Redacción	295
Mosaicos, por la Redacción	298
Leonora, por E. de la Barra	298
Idilio, por J. (Julio Vicuña Cifuentes)	299
Mi Angel, por Atche	302
El Tresillo, por Juan de Juanes, (Julio Vicuña Cifuentes)	303
Hoja Pálida, por J. Federico Barreto	303
Mosaicos, por la Redacción	306
La Lira con Crespones, por A. Bórquez Solar	306
Eco, por B. A. Contardo Lagos	307
Epigramas Nuevos, por Gil del Arco (E. de la Barra)	307
¡El último beso!... por Celia	307
Viajar para aprender, por Ricini, (Luis Leiva Ch.)	310
Vesper, por Abelardo Varela	311
Cinco Cosas, por Pedro Emilio Gil	311
Mi Rival, por Alguien (Julio Vicuña Cifuentes)	311
Correspondencia, por la Redacción	311
Mosaicos, por la Redacción	314
Desencanto de la Vida, por Alguien (Julio Vicuña Cifuentes	314
Manchas, por Alone	315
Caso, por Menandro Iliantés	315
Del natural, por Juan de Juanes (Julio Vicuña Cifuentes)	315
Oda, por Julio Vicuña Cifuentes	319
Soneto, por F. G. G. (Federico González G.)	319
Mosaicos, por la Redacción	322
Galería, por Pedro Emilio Gil	322
Rimas, por Carlos Ledgard	323
Entre Scila y Caribdis, por Sancho (Julio Vicuña Cifuentes)	323
Nupcial, por V. P. B.	326
A..., por Antonio Contreras	326
Prat, por Benjamín Vicuña Solar	326
Un año, por Jules	326
La Estudiantina Aurora, por A. Bórquez Solar	327
A Josefina, por Resagar (Julio Vicuña Cifuentes)	327
Mosaicos, por la Redacción	330

PÁG.

A Su Cuba, por Julio Vicuña Cifuentes 330
Abrojos, por Celia..... 331
Resolusión, por Alguien (Julio Vicuña Cifuentes)..... 331
Delirio, por C. Vero M..... 331
El Rosario de la Marquesa, por J. (Julio Vicuña Cifuentes)..... 331
A María, por F. G. G. (Federico Gonzá G.)..... 334
Otoño, por Celia..... 335
Mosaicos, por la Redacción..... 338
Diálogo, por E. de la Barra..... 339
Presente, por F. G. G. (Federico González G.)..... 339
Carlos, por Petite Chose (Luis Leiva Ch.)..... 339
Menudencias, por Pedro Emilio Gil 343
Eutrapelias, por José M. Barreto..... 343
Esperanza, por Lauro González Letelier 343
Mosaicos, por la Redacción..... 346
Elejía, por Federico González G..... 346
El Poeta, por C. Vero M..... 347
De Telón Adentro, por Gnomo..... 347
Epigramas Nuevos, por Gil del Arco, (E. de la Barra)..... 350
En la Playa, por Carlos Velarde y Fuentes..... 350
Correspondencia, por la Redacción..... 351
La vida, por F. G. G. (Federico González G.)..... 351
Mosaicos, por la Redacción..... 354
Chaquiras, por E. de la Barra..... 355
La Capilla Sixtina, por A Bórquez Solar 355
En último caso, Jesucristo, por Petite Chose (Luis Leiva Ch.)..... 355
La niña y el pez, por Federico González G..... 359
Correspondencia, por la Redacción..... 359
Mosaicos, por la Redacción..... 362
¿...?, por Carlos Ledgard..... 362
La Violeta, por Federico González G... 362
No puedo escribir, por Petite Chose, (Luis Leiva Ch.)..... 363
Esperemos, por Carlos Velarde y Fuentes..... 363
Los Laureles de la Victoria, por Raul, (Eduardo Kinast)..... 366
Íntima, por Horacio Olivos y Carrasco. 367
Mosaicos, po la Redacción..... 370
Romance, por A. S. E. (Adolfo Saenz Echeverría)..... 370
Notas, por O. S. Z. Z. (Federico González G.)..... 371
Así es el mundo, por Petite Chose (Luis Leiva Ch.)..... 371
Al Mar, por Carlos Velarde y Fuentes. 374
Los presentes, por Abelardo Varela..... 375
Mi Rival, por Alí-Butilaf..... 375
En un certamen de amor, por M. R. B... 375
Mosaicos, por la Redacción..... 378

PÁG.

A la República, por Julio Vicuña Cifuentes..... 378
Cantares, por A. S. E (Adolfo Saenz Echeverría)..... 379
Un político joven, por Petite Chose (Luis Leiva Ch.)..... 379
La Ciudad de Santiago, por El Duende (Julio Vicuña Cifuente)..... 382
Seguidillas, por Rigoleto (Julio Vicuña Cifuentes)..... 382
Correspondencia, por la Redacción..... 383
A un Jilguero, por Federico González G. 383
Mosaicos, por la Redacción..... 386
Las Palomas, por A. S. E. (Adolfo Saenz Echeverría)..... 386
Amor, por Abelardo Varela..... 386
Los tres Rivales, por Petite Chose, (Luis Leiva Ch.)..... 387
Calma y Constancia, por S. S..... 387
Becqueriana, por C. Vero M..... 390
Por el Exito, por Timoleon (Eduardo Kinast)..... 390
Romance, por Federico González G..... 390
Eutrapelias, por José M. Barreto..... 391
Automal, por Horacio Olivos y Carrasco 391
Correspondencia, por la Redacción..... 391
Mosaicos, por la Redacción..... 394
A Apolo, por Julio Vicuña Cifuentes... 394
El Guardia Nacional, por Salvador Allende C..... 394
Una Visita, por L. (Luis Leiva Ch.)..... 395
A Margarita, por Armando (R. Fernández Montalva)..... 398
Rimas, por O. S. Z. Z. (Federico González G.)
Ausencia, por Carlos Ledgard..... 398
¡Benditos Sean! por Raul, (Eduardo Kinast)..... 399
..., por Macias..... 399

AUTORES y PSEUDÓNIMOS.

A

Alguien (Julio Vicuña Cifuentes), págs. 62, 311, 314 y 331.
Alone, págs. 207 y 315.
Allende C. Salvador, págs. 158 y 394.
Amézaga Carlos, pág. 35.
Arco (del) Jil (E. de la Barra), págs. 278, 295, 307 y 350.
Argos (E. de la Barra), pág. 258.
Armando (R. Fernández Montalva), pág. 398.
A. S. E. (Adolfo Saenz Echeverría), págs. 370, 379 y 386.
Atche, pág. 302.

B

Barra (de la) E., págs. 234, 239, 246, 262, 266, 274, 286, 298, 339 y 355.
Barreto J. Federico, págs. 78, 83, 139, 154, 226, 238, 286, 291, 303.
Barreto José M., págs. 343 y 391.
Bórquez Solar A., págs. 203, 254, 271, 306, 327 y 355.
Bertín Oliverio (Anjel C. Espejo), pág. 134.
Brickles René, pág. 19.
Brignole Julio, pág. 231.
Butilufo Alí, pág. 375.

C

Campo (del) Enrique, págs. 10, 43 y 122.
Canepa Benito, pág. 231.
Catulo II, pág. 247.
Celia, págs. 102, 115, 158, 190, 255, 262, 307, 331 y 335.
Ceta, pág. 191.
Ciprés (Pedro A. González), pág. 259.
Cisne (Alejandro Parra M.), pág. 262.
Contardo Lagos B. A., pág. 307.
Contreras Antonio, págs. 131, 143 y 158.

D

Dario Rubén, pág. 35.
Desesperado (Julio Vicuña Cifuentes), pág. 203.
Duende (El) (Julio Vicuña Cifuentes), pág. 382.

E

E. B. (E. de la Barra), pág. 271.
Egap, pág. 183.

F

Fausto, pág. 214.
Fernández Montalva R., págs. 6, 11, 15, 30, 34, 46, 54, 63, 67, 79, 86, 91, 110, 114, 134, 162, 170, 178, 195, 214 y 230.
Florencia, pág. 290.
Fiore Paolo, págs., 130 y 150.
F. G. G. (Federico González G.), págs. 218, 255, 279, 295, 319, 334, 339 y 351.

G

Gamboa Isaias, pág. 107.
Gage, págs. 142, 159 y 174.
Galloix Imbert, pág. 119.
Géry (de) A. (Emilio Rodríguez Mendoza), pág. 123.
Gnomo, pág. 347.
Gil Pedro Emilio, págs. 311, 322 y 343.
González G. Federico, págs. 346, 359, 362, 383 y 390.
González Letelier Lauro, pág. 343.
González Pedro A., pág. 194.
Grez P. Eduardo, pág. 106.

I

Iliantés Menandro, pág. 315.
Immer, pág. 182.

J

J. G. O. (José Gregorio Ossa), pág. 166.
J. V. C. (Julio Vicuña Cifuentes), págs. 87 y 238.
J. (Julio Vicuña Cifuentes), págs. 235, 238, 243, 251, 267, 275, 283, 287, 291, 299 y 331.
Juan de Juanes (Julio Vicuña Cifuentes), pág. 303 y 315.
Jules, pág. 326.

L

Ledgard Carlos, págs. 323, 362 y 398.
Lillo, Víctor Atilio, págs. 142, 163, 175 y 247.
L. (Luis Leiva Ch.), pág. 395.

M

Munita M. Germán, pág. 146.
Macias, pág. 399.
Matías, págs. 71 y 198.

N

Nadie (Julio Vicuña Cifuentes), págs. 30, 35, 54, 71 y 87.
Navarrete Luis A., págs. 62 y 63.
N. L., págs. 186, 222 y 227.
N. N., pág. 199.

O

Olivos y Carrasco Horacio, págs. 367 y 391.
O. S. Z. Z., (Federico González G.), págs. 159, 198, 210, 227, 371 y 398.

P

Parra M. Alejandro, pág. 271.
Perico, pág. 230.
Perulero Antón (Efraín Vázquez Guarda), págs. 3, 19, 27, 34, 43, 51, 59, 67, 75, 83, 91, 99, 106, 115, 123, 130, 146, 155, 163, 179 y 259.
Popeta, págs. 35 y 70.
Porque (Luis Leiva Ch.), pág. 135.
Pil-Pay (Julio Vicuña Cifuentes), pág. 202.
Petit Chose (Luis Leiva Ch.), págs. 339, 355, 363, 371, 379 y 387.
Principe Azur (A. Bórquez Solar), págs. 95 y 118.

R

Redaccion (La) *(Paja Picada)*, págs. 2, 10, 18, 26, 34, 42, 50, 58, 66, 74, 82, 90, 98, 106, 114, 122, 130, 138, 146, 154, 162, 170, 178, 186, 194, 202, 210, 218 y 226.

Redaccion (La) *(Mosaicos)*, págs. 234, 242, 250, 258, 266, 274, 282, 290, 298, 306, 314, 322, 330, 338, 346, 354, 362, 370, 378, 386 y 394.
Redaccion (La) *(Correspondencia)*, págs. 23, 55, 63, 95, 103, 119, 127, 143, 159, 255, 263, 279, 295, 311, 351, 359, 383 y 391.
Raul (Eduardo Kinast), págs. 78, 366 y 399.
Redimido (Julio Vicuña Cifuentes), pág. 179.
Resagar (Julio Vicuña Cifuentes), pág. 327.
Resignado (Julio Vicuña Cifuentes), pág. 187.
Rodríguez Velasco, Luis, pág. 138.
Rodríguez Fernán (R. Fernández Montalva), págs. 206, 214 y 219.
R. F. M. (Ricardo Fernández Montalva), págs. 43, 55, 86, 95, 103, 123 y 151.
R. F. (Ricardo Fernández Montalva), págs. 199, 211 y 219.
R. (R. Fernández Montalva), págs. 71, 103, 118, 127, 190 y 222.
Ricine (Luis Leiva Ch.), pág. 310.
Ricoleto (Julio Vicuña Cifuentes), pág. 382.

S

Sánchez (de) Juan (R. Fernández Montalva), págs. 22, 31, 38, 46, 70, 102, 107, 127, 151, 167, 171, 182, 187, 194, 207, 210, 223 y 226.
Sancho (Julio Vicuña Cifuentes), pág. 323.
Saul, pág. 254.
Schneeberg (von) L., (A. Bórquez Solar), págs. 166, 175 y 190.
S. A., (Salvador Allende C.), pág. 287.
S. S., pág. 387.

T

Tapia Miranda Julio, pág. 255.
Tatin (Benjamín Vicuña Subercaseaux), pág. 147.
Timoleon (Eduardo Kinast), pág. 390.
Tche, págs. 151, 171 y 187.

U

Urzúa Silva Francisco J., págs. 99 y 227.

V

Varela Abelardo, págs. 311, 375 y 386.
Valledor Gustavo, pág. 11.
Velarde y Fuentes, Carlos, págs. 350, 363 y 374.
Vero M. C., págs. 331, 347 y 390.
Vicuña Solar Benjamín, págs. 242, 250, 266, 282 y 326.
Vicuña Cifuentes Julio, págs. 3, 10, 18, 26, 42, 50, 58, 66, 74, 82, 90, 98, 267, 275, 319, 330, 378, 394.
Viera Gallo A., pág. 263.
Vinci René, (Enrique Hurtado y Arias), págs. 131 y 138.
V. P. 1 pág. 326.

ÍNDICE

DE LOS RETRATOS PUBLICADOS

EN EL PRESENTE VOLUMEN.

CABALLEROS

A — PÁG.

Agüero, Arístides 84
Arias, Virginio 121
Aldunate, Manuel 129
Alfonso, José 361

B

Barra (de la), Eduardo 33
Blest Gana, Guillermo 57
Barros Arana, Diego 65
Blanco, José Miguel 137
Braceschi, Pablo 141
Barriga, Juan Agustín 233
Barreto, J. Federico 237

C

Callorda, Adrian 92
Cantilo, Gabriel 124
Concha Castillo, Francisco A. 153
Canto (del), Estanislao 249

D

Dumas (hijo), Alejandro 140
Dávila Larraín, Benjamín 329

E

Echaurren Huidobro, Francisco 241
Errázuriz, Isidoro 313

F

Floquet, Carlos Tomas 204
Fernández Montalva, Ricardo 273

G

Gómez, Máximo 133
Gutierrez Nájera, Manuel 148
Grez, Vicente 169
Gonzalez, Pedro A. 217
Goñi, Luis A. 337
Godoy, Joaquín 377

H

Harris, Juan E. 201
Hostos, Eugenio María 236
Houssaye, Arséne 244

I

Irarrázabal, Manuel J. 229

K

Körner, Emilio 289

L

Lillo, Eusebio 1
Latorre, Juan José 73
Lira, Pedro 81

M

Matta, Guillermo 9
Martí, José 108
Martinez, Marcial 113
Maceo, Antonio 133
Merino Jarpa, Vicente 225
Montt, Ambrosio 257
Murillo, Adolfo 297
Morla Vicuña, Carlos 345
Martinez, Francisco R. 385
Matta, Juan Gonzalo 396

O

Ortiz de Zárate, Eliodoro 49

P

Plaza, Nicanor 41
Pasteur, Luis 85
Peña Vicuña, Nicolás 132
Philippi, Rodulfo Armando 209
Prat, Arturo 324
Parra, Sofanor 353

R

Reyes, Vicente 17
Recabárren, Manuel 25
Rodriguez Velasco, Luis 89
Rodriguez, Zorobabel 105
Roca, Julio A. 108
Rodriguez, Manuel 116

S

Sanders, Carlos W. A. 37
San Martín, Cosme 185
Sanfuentes, Vicente 275
Say, Léon 301
San Román, Francisco J. 305

T

Tanco, Nicolás 364

U

Uribe, Luis 321

V

Valenzuela Puelma, Alfredo 97
Valderrama, Adolfo 145
Vasquez Guarda, Efraín 161
Vicuña Solar, Benjamín 177
Valderrama, Melquíades 181
Vicuña Cifuentes, Julio 193
Velasquez José 265
Valdes Vergara, Francisco 281
Verlaine, Paul 300
Vergara A., Salvador 393

W

Williams Rebolledo, Juan 369

SEÑORITAS

Amelia Reyes S. 320
Constanza Ovalle J. 328
Carmela Guzman C. 336
Carmela Undurraga H. 344
Emilia Phillips H. 336
Elena Ross de T. 352
Elena Serrano S. 352
Elvira Ortúzar Búlnes 368
Ines Balmaceda F. 344
Ines Ortúzar Búlnes 368
Marta Eyzaguirre H. 320
Señoritas Walker 400

ARTISTAS DE AMBOS SEXOS

Adela Gini-Pizzorni 28
Charlotte Davigny 141
Eva Tetrazzini de Companini 332
Josefina Huguet de Arnold 356
Lucy Andy 140
Pia Rolutti de Salto 44
Vittoria Fabbri 53
Vittoria Repetto 60
Antonietti, Daniel 36
Campanini, Cleofonte 340
Ferrari, P. 68
Guerrera, Nicolo 36
Mariani, Carlos 60
Magini Coletti 44
Sabellico, A. 52
Scarneo, Giovanni 338

FIN.

Biblioteca de I. Urrutia C.

LA

Revista Cómica

PERIÓDICO SEMANAL

LITERARIO, ILUSTRADO

DIBUJADO

POR

LUIS F. ROJAS

AÑOS II–III

SANTIAGO DE CHILE

1896-97

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS INDUSTRIALES

D. Federico Varela



Supo labrar su riqueza
con mano experta y segura,
y hoy la emplea con largueza
en sacudir la tibieza
de nuestra joven cultura.

AÑO II SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1896 NÚM. 51

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20
Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

DOS PALABRAS.

CON el presente número, LA REVISTA CÓMICA entra en el segundo año de su existencia.

Ruda ha sido la labor durante el transcurso del primer año, teniendo que luchar para abrirnos paso á travez de la indiferencia con que el público acoge generalmente las publicaciones de la índole de la nuestra, pero hemos vencido. Si bien los resultado materiales no nos han satisfecho por completo, al menos podemos declarar que la vida de LA REVISTA CÓMICA queda asegurada.

Deseosos siempre de estimular el desarrollo de la literatura patria, hemos ofrecido sus columnas á los escritores nacionales, quienes, en buen número, han concurrido á llenarlas, á satisfacción de los directores del periódico y del público, que les ha tributado sus aplausos.

Si algunas veces, violentando quizás nuestro propio criterio, hemos dado albergue á algunas producciones que no habrian resistido al examen de una crítica severa, sírvanos de disculpa el deseo de alentar á los noveles escritores, que pueden brillar mañana en el mundo de las letras.

Agenos á toda vulgaridad, nos hemos abstenido de reproducir artículos de revistas extrangeras, para dar á nuestros favorecedores solo producciones originales.

En la convicción de haber cumplido como buenos la tarea en que nos encontramos empeñados, réstanos ofrecer nuestros agradecimientos á los distinguidos colaboradores de LA REVISTA CÓMICA, cuyas continúan siendo sus columnas, y á los amigos que nos han alentado en la prosecucion de nuestros fines.

Los Directores

MOSAICOS

SÉ bueno mientras vivas, dijo la madre moribunda al hijo de sus entrañas.

Y él fué por la tierra practicando la virtud, y tuvo olor á santidad.

Pero un dia cayó en los lazos de amor que una mujer le tendiera.

Y entonces fué malo, y el odio y la venganza germinaron en su pecho. En su horrible desesperación, atrevióse á elevar hasta el cielo su mirada colérica.

Y en su delirio de borracho, oyó una voz que le decia:

—Sé bueno mientras vivas.

—¡Oh madre! gritó llorando el desgraciado, fui bueno mientras vivi; pero ahora... ¡ahora no es vida la que llevo!

*
* *

Que no sufro, me dices, porque rio,
porque hablo del amor,
porque-imprudente-ante la faz del mundo
siempre triste no estoy.

¿Querrias, pués, que publicase á gritos
mis sufrimientos?—¡Nó!
Dolor que se pregona por las calles
es muy vulgar dolor.

*
* *

Luisa, que, en la primavera de su vida, desechó un centenar de galanes jóvenes y apuestos, es solicitada ahora por un viejo verde, y ella le da su mano.

—Pero ¿es rico? le preguntan.

—Nó.

—¿Es alguna inteligencia distinguida, algún astro de la política, del arte ó de la ciencia?

—Nó.

—¿O es alguna de esas almas de mágico poder, que seducen hasta en el ocaso de la vida?

—Tampoco.

—Y entonces ¿qué es?

—Un hombre.

GÉNESIS

"¿QUÉ falta á mi obra?"—La región vacía
estremeciendo con su voz potente,
se preguntaba el Infinito Ente
allá en la tarde del postrero dia.

"¿Qué falta á mi obra?"—Inquieto repetia,
dando tortura á su inspirada mente,
cuando de pronto su mirar fulgente
clavó en un punto que á sus piés yacía.

AÑO II SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1896 NÚM. 51

Y miró al Hombre, de la tierra dueño,
que solitario en el Edén estaba,
y adormecióle en letargoso sueño.

Y al ver cuán pura la Mujer se alzaba,
obedeciendo á su divino empeño,
exclamó satisfecho:—"¡Esto faltaba!"

J. V. C.

A LA LUNA.

PLÁCEME allá en la noche silenciosa,
en medio de mi llanto y desconsuelo,
alzar mis ojos á tu faz radiosa,
cuando cruzando vas ¡oh luna! el cielo.
Te muestras á mi vista tan hermosa,
hallo en ti tanta paz, tanto consuelo,
que, á la luz de tus suaves resplandores,
mi corazón olvida sus dolores.

Oh! cuántas veces, misteriosa luna,
en otro tiempo, tiempo más dichoso,
contemplaste mi amor y mi fortuna
al fulgor de tu rayo tembloroso!
En ese tiempo de placer, ninguna
nube empañaba mi horizonte hermoso,
y doquier la mirada dirijia
brillante el porvenir me sonreía.

Mas, esos dias, de ventura henchidos,
que tan llenos de amor y bienandanza
halagaron mi mente y mis sentidos
y renacer hicieron mi esperanza,
hoy, para siempre, por mi mal, perdidos
los diviso en obscura lontananza,
en medio de mi pena i mi quebranto,
viendo correr por mi mejilla el llanto.

Y hoy, abatido, en medio de mi duelo,
busco, luna, en tus suaves resplandores,
un fugitivo, engañador consuelo,
que mitigue de mi alma los dolores.
Víctima de un amargo desconsuelo,
de mi adversa fortuna á los rigores,
mi corazón se encuentra árido y yerto,
y es, como tú también, un mundo muerto!

O. S. Z. Z.

EN UN ALBUM

MIRADLO: mustia la frente, inquieta la mirada, el pobre peregrino sigue su viage en medio de la noche.

Viene de la cuna misteriosa: marcha hácia la tumba fria.

Lleva en su pecho el sepulcro donde yace la esperanza.

Victima de anhelos infinitos, sufre el duro choque de la realidad.

El fardo de la vida le arrastra hácia la madre tierra.

Es la imagen del Cristo que, con la cruz á cuestas, hace la ruta del Calvario.

Ved cómo desfallece!

Con una idea fija en la mente, impresa en ella por el espíritu del siglo que muere, ansia ya el silencio y la calma de una noche sin fin.

Delante de sus ojos se extiende la llanura desierta: no hay una flor en su camino: la jornada de mañana será como la de hoy. Le faltan las fuerzas... ¡Oh siglo Diecinueve! contemplad vuestra obra!

Contémplala tú también, ¡oh Mercedes! cuya voz es dulce y armoniosa como el eco de gratos recuerdos.

Tú tienes el secreto de la vida. Habla, y que tu acento llegue hasta el cansado peregrino; canta, y que el himno del amor lo escuche en el silencio de la noche.

Yo sé que entonces, removiendo las cenizas del pasado, encontrará una chispa que propague el incendio de una aurora nueva; sé que, recobrada la fuerza de su espíritu, marchará con ánimo poderoso á conquistar una corona de gloria ó de martirio!

P. Ch.

TENTACIÓN Y VIRTUD

Á Paulino Alfonso

"HERMOSA flor que nace en los abrojos,
y que del suelo no alza la cabeza,
yo envidio su frescura y su pureza,
su pureza y frescura me dá enojos."

Así, pensó, el jazmin, y á los rastrojos,
do la violeta aroma á pobreza,
bajó dispuesto á herirla en su belleza,
para después gozar con sus despojos...

—No me ofendas, le dijo, entristecida,
la violeta gentil y temblorosa,
cuando él la hablaba de la libre vida;

en mi agreste retiro, silenciosa,
y entre la yerba húmeda escondida,
sola con mi virtud yo soy dichosa!

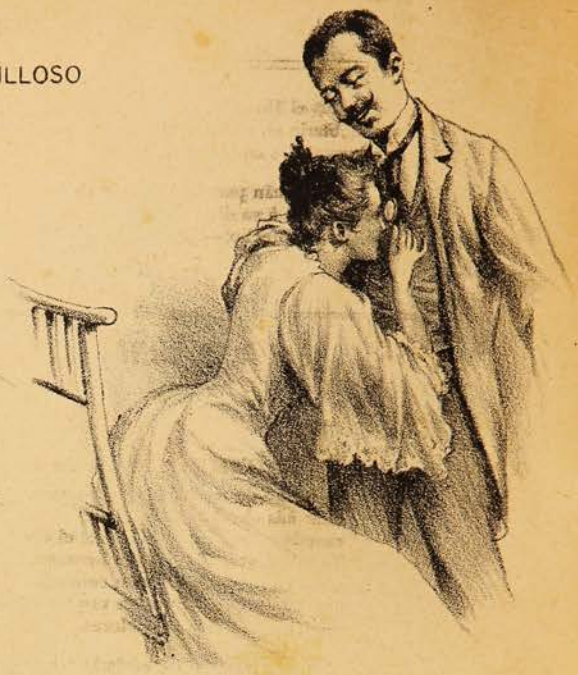
Salvador Allende C.

....

DULCES ensueños, fantasmas
que ante mis ojos se agitan
y que en mi pecho palpitan
con incesante afán!



¡Qué horror! solo veo nieves eternas y amorcillos cadavéricos y anémicos!



—Díme, ¿qué ves en mi corazón?

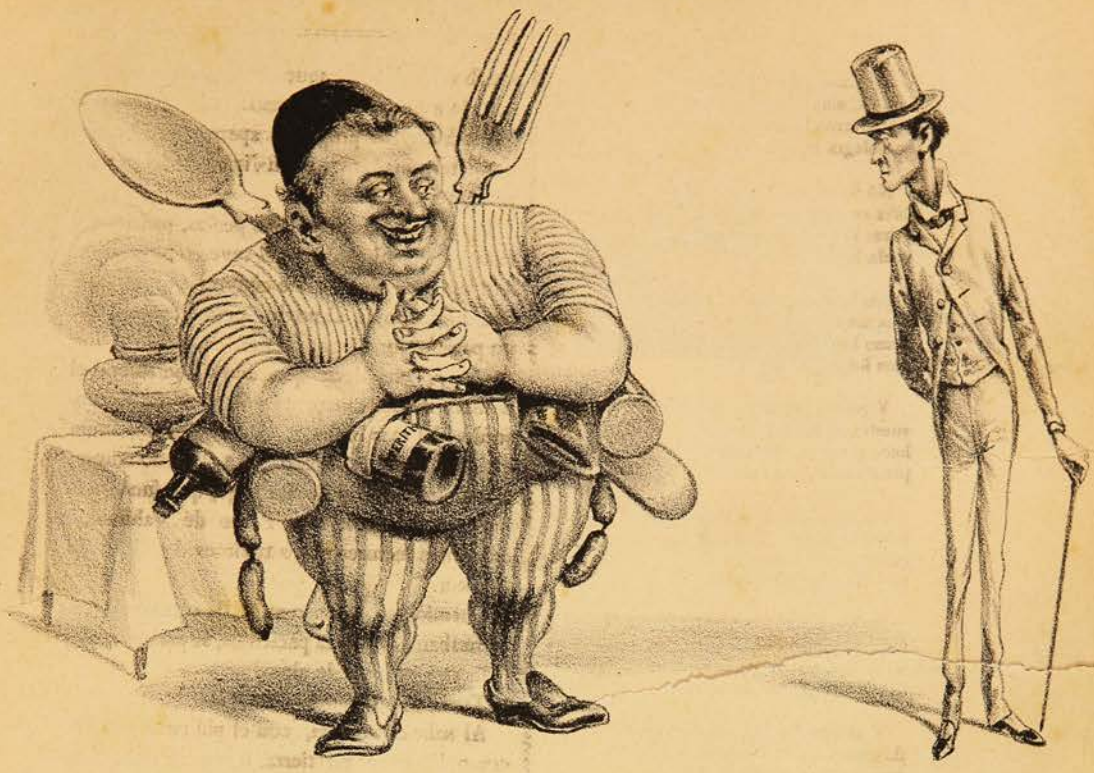
—Un gigante con alas y con un carcaj lleno de flechas. Ah! espera: veo también que con el índice de una de sus manos señala, con seductora sonrisa, un astro brillante, en que dice: "Paraiso".



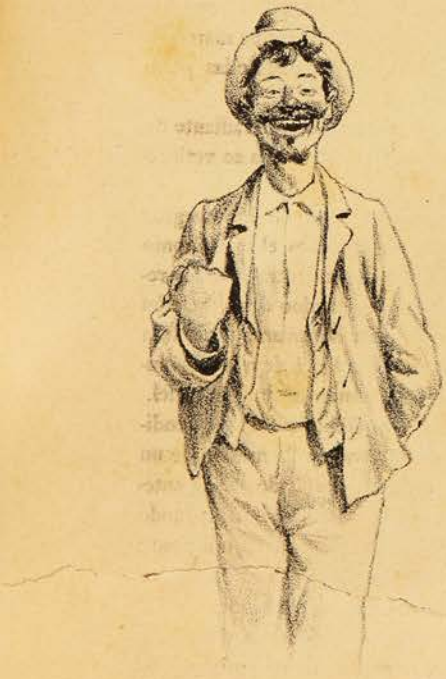
El hombre más feliz de la tierra



Aún cuando me tienen, como Vds. ven, como un Señor de la Caña, brindo por todas las Rosas del mundo!



—¡Salud! caballero, y buen apetito!
—Adios! (si lo dirá por mi finura).



¿Reyes ó Errázuriz?



—¿Me quieres?
—¡Ay, nó!... sí, mucho!

AÑO II SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1896 NÚM. 51

decidme, ¿venís á darme
fortuna, amor, bienandanza,
ó á llevaros la esperanza
que alegra mi soledad?

No lo sé: mas triste el alma
cifra su dicha en fingiros.
y tras vuestros raudos giros
vuela loco el corazón.

No lo sé: mas yo no os temo,
y os amo como á la vida,
como la planta abatida
ama los rayos del sol.

Y ¿cómo temeros, cuando
vuestra dulcísima esencia
hace grata mi existencia,
presta vida á mi existir?

¿Si sois tan bellos y amables
como la mujer querida
que trémula y encendida
nos dice amante que sí?

Dulces sueños: en vosotros
toda mi dicha he fiado;
no os apartéis de mi lado
sin llevarme á mi también.

Y al iros, llevadme á un mundo
do nunca una voz mentida
arranque á mi alma afligida
este encanto, que es su fé.

Agosto 20 de 1896.

¡Y CREAN USTEDES...!

ERA dia martes.

El, hombre de espíritu fuerte, desdeñando las abuciones callejeras, dijo que aquella mañana debia realizarse su matrimonio, y así quedó acordado.

No era dable contrariar la voluntad de un hombre de peso, digo, de pesos, por que tenia cincuenta mil, y muy bien contados—mitad en letras hipotecarias del 8% y mitad en efectivo,—depositados en las arcas del Banco de Chile.

Las invitaciones para el acto religioso se distribuyeron con profusión, lo que caracterizaba el boato del novio.

A la hora designada, en la calle *Veintiuno de Mayo* y frente á la aristocrática capilla de la Caridad, se veia una larga fila de carruajes, muchos de ellos de propiedad particular, pero muchos también de aquellos elegantes americanos, de á tres y cuatro pesos la hora, que permiten á ciertos prógimos aparecer, en ocasiones determinadas, como individuos del género pudiente.

La novia, sus *respetables padres*, padrinos y testigos, lo mismo que el reverendo lazarista llamado á bendecir á los cónyugues, aguardaban impacientes al novio, pero don Gilberto no parecia por ninguna parte.

Demás está decir que don Gilberto era el hombre de los cincuenta mil, y el futuro poseedor del mas lindo palmito que pasea, ahora y siempre, por la alameda y en el barrio comercial de esta ciudad de Santiago, que fundara el muy noble señor don Pedro de Valdivia, á quien mis lectores ni yo tuvimos la dicha de conocer.

Cuando los concurrentes á la ceremonia comenzaban á perder la paciencia, se presentó don Gilberto, radiante de alegría.

Tenia razón de sobra para ello.

Al salir de su casa, con el pié en el estribo, como dicen en mi tierra, ó sea al tiempo de subir al corruaje, trató con cierto corredor de comercio un pequeño negocio que le aseguraba diez mil pesos de utilidad.

¡Diez mil pesos, y una muchacha que valia un Potosí—todo ello atrapado en dia martes—era más que suficiente para reirse de las preocupaciones del vulgo!

Repito que don Gilberto llegó radiante de júbilo, y agregaré que la ceremonia se verificó sin mas dilación.

Una hora después, en casa de los suegros del hombre feliz, se celebraba el matrimonio con una espléndida *soiree*, mientras que los recién casados marchaban, camino de la estación de los Ferrocarriles, para *embarcarse* en el tren que habia de conducirlos á una de nuestras ciudades del sur, donde pasarian su luna de miel.

Al llegar á ella, don Gilberto fué sorprendido con la *plausible* nueva de la muerte de un tio—su único pariente—ocurrido el dia anterior, y el cual le legaba la posesión de un fundo rústico avaluado en ciento cuarenta mil pesos; con lo cual, el hombre de espíritu fuerte, redondeaba una no despreciable fortuna.

Un año después, en dia martes y fecha 13 del mes, por añadidura, le nació el primer hijo, que hoy ocupa un sillón en la Cámara de Di-

AÑO II SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1896 NÚM. 51

putados, donde figura con brillo en las filas de los que sostienen la candidatura presidencial del elegido por el pueblo.

¡Y después de esto, crean ustedes en el viejo proverbio que reza, *en martes no te cases ni te embarques!*

Timoleón.

TE ACUERDAS?...

A A...

—

(De mi libro íntimo)

"OLVÍDAME"!... Decías, y en tus labios
vagaba una sonrisa angelical;
y en mis ojos los tuyos amorosos
fijabas sin cesar.

"Olvídame"! Y dejabas que en tu boca
fuera la mia el néctar á libar;
y dejabas rodear tu esbelto talle...
tu aliento respirar!

Y tú crées, mujer idolatrada,
que estas cosas se pueden olvidar?...
Oye querida: la pasión primera
no se olvida jamás!...

C. Vero M.

VIBRACIONES

A mi amigo Ismael Jaras.

LOS celos mordiéronme el corazón: sentí escalofrios... de rabia, de vergüenza; aparté mis ojos, y no quise mirarla.

Después... en el lecho, á solas con mis pensamientos, recordé sus promesas; me arrepentí de haber dudado de *Ella*—la virgen pura y enamorada—y una lágrima ardiente rodó por mis megillas, y humedeció mi boca...

Tenia sed de consuelo, y la apagó mi llanto!

*
* *

¿Qué es la vida?—Un sueño delicioso para algunos; lleno de lobregueces y temores para los más, y cuyo despertar no se conoce.

Bajo el fúnebre sauce que sombrea la fosa, una mujer enlutada solloza, posando sus cárdenos labios en el mármol frio. La tibia brisa de una tarde de verano, juega con sus cabellos rubios.

—¡Dejad á esa mujer que llore! no la interrumpais! es el único ángel que vela mi tumba...

C. Vero M.

A 16 de agosto de 1896.

CERTAMEN

La dirección de La Revista Cómica se ha visto obligada á dejar sin efecto el certamen literario al cual se convocó oportunamente, por no haberse recibido trabajos para todos los temas propuestos.

Las personas que hubieren mandado algunas composiciones se servirán indicarnos la manera de devolverselas, ó manifestarnos si desean que las pasemos al CERTAMEN VARELA que ha abierto el Círculo Literario "La Flecha"

GEROGLÍFICO DEL NÚM. 49

Dos pescadores, lectores,
se disputan mis amores,
y retirarme he resuelto.
¡Es claro! A río revuelto
ganancia de pescadores.

C. de G.

Concepcion, 3 de Agosto de 1896.

—

Solo una solución exacta se ha recibido en nuestra oficina.

El autor de ella, que firma *Goliat*, tiene derecho al premio, que desde luego ponemos á su disposición.

ÍNDICE

A fines de la presente semana estará impreso el índice del primer tomo de nuestra publicación, y se expenderá al público, al precio de DIEZ centavos cada egemplar, en nuestra oficina, Moneda 60 A.

Imp. y Lit. L. F Rojas y C.ª Argomedo 20



Una suscrición anual á La Revista Cómica obsequiaremos al autor de la mejor solución del presente geroglífico.

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ Ctvs. Núm.

NUESTROS MÉDICOS.

D. Augusto Orrego Luco.



Reune en consorcio grato,
merced á su inteligencia,
los laureles de la ciencia,
la fama del literato.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1896 NÚM. 52

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20
Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

EL pobre diablo tendió la mano para recibir el puñado de monedas que se le ofrecia en cambio de largos y meritorios servicios

Pero Lucifer, alzándose airado—nó! dijo; yo no lo permito!—y arrebatando las monedas que iban á caer en la escarcela del miserable, las arrojó al millonario, cuyos ojos resplandecieron de alegria.

Luego, lanzando satánica carcajada, fué á refocilarse con los suyos en las profundidades del Averno.

* * *

Más hermosa que nunca la ví aquella tarde, en el jardin, cuando me despedí de ella.

—¿Volverás pronto?—me dijo sollozando.

—Talvez á vuelta de una semana.

Pero volví cinco minutos mas tarde, para recoger mi bastón, que habia olvidado á inmediaciones del kiosco.

Y divisé á mi hermano Héctor, que besaba frenético los labios de mi amada Judit.

* * *

—Quiero casarme, papá, dijo Margarita, la linda chicuela de diez años de edad.

—¿Con quién?—interrogó, entre airado y risueño, el bondadoso padre.

—Pues! con Armando.

—Sea! Os doy mi consentimiento.

Los novios, con paso mesurado, se dirigieron á la improvisada capilla, donde los aguardaba el sacerdote.

—Armando de X—¿quereis á Margarita de X por vuestra esposa?—dijo el microscópico y falsificado Ministro del altar.

—Nó! contestó Armando, con voz entera. Prefiero á mi prima Luisa... porque es más linda que Margarita, y... sobre todo, porque no es mi hermana.

* * *

El parricida logró esconder en ignorado sitio los millones, fruto de su nefando crimen.

Pero no pudo hallar, en la superficie de la tierra, otro sitio donde sepultar el gusano que le roia la conciencia.

* * *

El viejo sacerdote abandonó presuroso el confesonario, sin dar la absolución á la hechicera penitente, y encaminándose á las gradas del altar, cayó de rodillas ante la imagen de Dios crucificado.

Juntas las manos, y clavando sus ojos en la celeste bóveda,

—¡Perdóname, Señor!—exclamó. He oido la confesión de un ángel, y no me encuentro con fuerzas para decirle que su amor es el amor de las vírgenes que rodean tu trono, ¡oh Dios de bondad infinita!

ELLA.

(Páginas del *Libro Viejo.*)

—

Si vis amari ama.

Séneca.

SU talle esbelto, cimbrador, flexible
cual palmera gentil, su andar gallardo,
su ademán de una gracia indefinible,
sus labios rosa, sus mejillas nardo.
Una llama de amor irresistible
brilla en sus negros ojos, en que ardo;
su voz es dulce, pura y delicada
como el canto del ave enamorada.

Naturaleza no inspiró su hechura
en la profana diosa Citerea:
de María gentil, la virgen pura,
tomó, al formarla, la sublime idea.
Y para coronar tanta hermosura,
Dios, que en las grandes obras se recrea,
dióla un alma tan cándida y tan pia
como á su rostro angelical cumplia.

No puede el hombre material, precario
con sus mundanos ojos admirarla,
que para conocerla es necesario
con los ojos del alma contemplarla.
El mundo torpe, en sus afectos vário,
corre tras la belleza sin amarla;
si una mujer hermosa le enamora,
la desea tenaz, mas no la adora.

Y pocos hay que de inquirir se cuiden
si puede amor interesar el alma;
por los sentidos la belleza miden,
y ellos disciernen la triunfante palma.
Jamás consejo al corazón le piden;
el logro material trazan con calma;
y no trepidan ante el crimen feo
por saciar la ambición ó el vil deseo.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1896 NÚM. 52

¡Ah! los que así pensais, sin que os inspire
algo más noble la belleza pura,
dejad que exento de inquietud respire
el pecho, al recordar tanta dulzura.
Vano será que envenenar aspire
vuestra necia porfía mi ventura:
no siempre el mismo fuí .. y un desengaño
siempre previene del futuro daño.

Yo la amo, la respeto, la venero,
redentora sublime de mi vida;
de ella mi eterna salvación espero,
ángel de luz para mi bien nacida.
Ella es el sueño de mi amor primero;
Ella es la paz que lamenté perdida;
por eso exclamo al proseguir su huella:
"¡Dios en el cielo; en mi ventura, Ella!"

¿Y cómo así no amarla? ¿Y qué otro afecto
pudiera Ella inspirar menos sublime,
dichosa encarnación de un bien perfecto
que al extraviado corazón redime?
El fátuo odioso, el criminal abyecto,
el pesimista que en la duda gime,
aclamarían su virtud, rindiendo
homenaje á su amor, en él ardiendo.

No fulgura en sus ojos esa llama
que enloquece y abraza y carboniza,
que en fuego impuro el corazón inflama
y á una pasión bastarda le esclaviza:
la dulce luz que su mirar derrama
el fiero impulso del amor suaviza,
que ante ella el pecho su ansiedad consuela,
y el alma al cielo deificada vuela.

Todo es en ella espiritual y santo;
como que brillan á la par en ella,
del tierno rostro el juvenil encanto
y la noble bondad de su alma bella.
Y alegre ría, ó dolorido llanto
viertan sus ojos, su virtud descuella,
como entre nieblas de espesor profundo
descuella el astro que ilumina al mundo.

¡Ah! no espereis que en la animada danza
del fastuoso salón, envanecida,
os haga alimentar dulce esperanza
con bellas frases de pasión mentida:
su alma inocente á concebir no alcanza
esas tristes miserias de la vida,
porque fundida en un crisol más puro
sepárala del vicio un fuerte muro.—

Dichoso yo, si al recoger la vela
de mi nave veloz, en que iracundo,
dejando en pos enrogecida estela,
surqué engañado el proceloso mundo,
hallo en su amor, que mi ansiedad consuela,
el puerto bienhechor, donde el profundo
afán que originó mis desventuras,
pueda olvidar entre caricias puras.

La fé me alienta, y su virtud me inspira
ilimitada y dulce confianza,
que ya cercano mi impaciencia mira
el término feliz de su esperanza.
Tranquilo el pecho, sin dolor, respira;
y el labio sólo á balbucear alcanza:
"¡Oh! tú, que el alma con tu amor recreas,
ángel de redención, bendita seas!"

Julio Vicuña Cifuentes

¡UN AÑO!

(COLABORACIÓN)

¡QUE regocijo en la familia cuando el nene cumple el primer año de su existencia!

La abuela se cala las gafas para admirar las lindas formas de la criatura; mamá alborota el vecindario, llamando á las comadres para que contemplen el vástago primero de la familia, y papá, semi-oculto en uno de los rincones de la pieza, rie bonachonamente, sin perjuicio de saborear, de cuando en cuando, y á hurtadillas, un trago del esquisito mosto asoleado de Cauquenes.

¡Hasta la servidumbre goza, aplaude y rie!

Un año! Vamos! y sin viruelas, sin *Difteria*, —como llaman los sabios á la maligna membrana—y ni siquiera temores en los dias de la dentición!

¡Es para reventar de contento!

¡El primer año es siempre el terrible, el de las ansiedades y congojas!

Salvada la criatura en tal interregno de tiempo, se puede confiar en el porvenir.

II

La Revista Comica entró el domingo pasado al segundo año de su vida.

Salvó la edad de la lactancia, en medio del temor de muchos, de la inquietud de sus padres—léase directores—y de los presagios funestos de ciertos agoreros, que abundan en nuestro mundo literario.

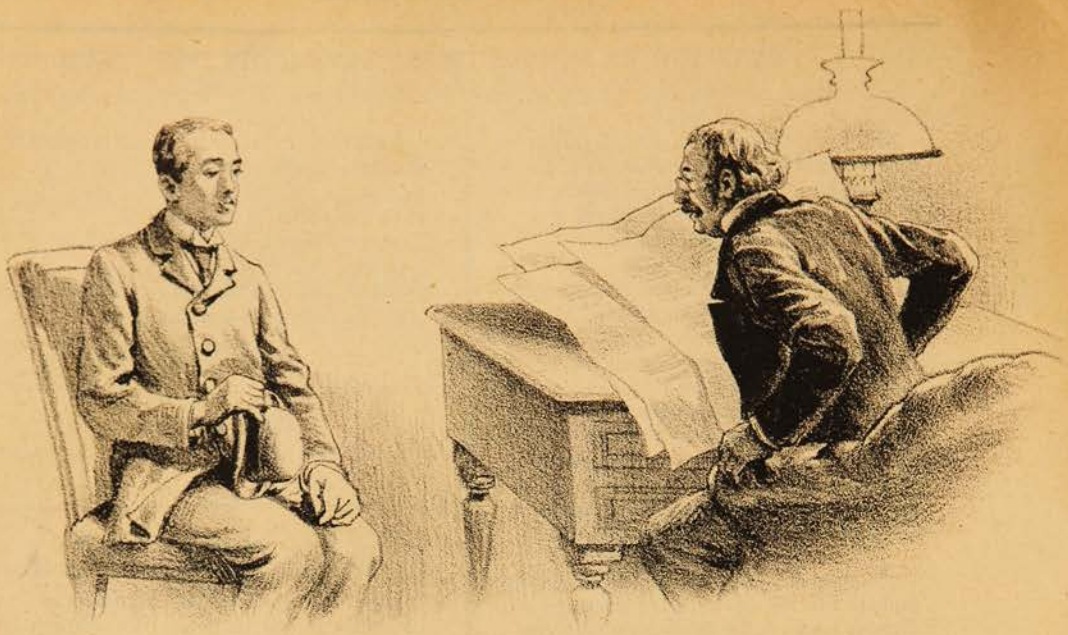
Verdad es que el caso de La Revista Comica es único e inusitado en esta tierra, donde las publicaciones de su género apenas si alcanzan la vida de las rosas, de Alfredo de Musset.

Tanto mas cuando no han contado con el apoyo oficial ni con la ayuda de algún generoso Mecenas.

III

De ahí que el regocijo de los directores de La Revista Cómica haya sido lejitimo.

De ahí que, al ver surgir la existencia de la publicación querida—llamada á alentar los esfuerzos del literato y del artista—ellos se sientan satisfechos.



Joven, prometo á Vd. que lo tendré muy presente.
(Y con esta he perdido la cuenta de las promesas hechas.)

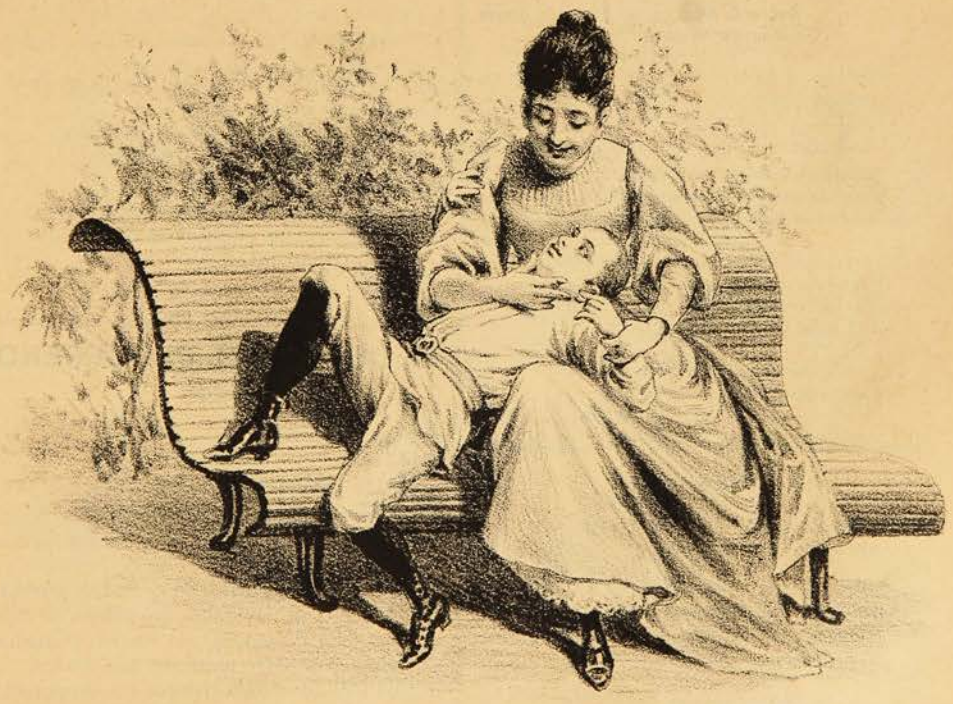


Pasatiempos útiles y provechosos.





—Pues te aseguro, Bartolo, que esta solusion nos levanta aún más en el estrangero.
—Y tanto, como que somos un pueblo verdaderamente patriota.



El amor más puro de la tierra.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1896 NÚM. 52

Prolongadas horas de vigilia, empeño tenaz y voluntad inquebrantable, los ha hecho llegar á la meta, en medio de los vitores entusiastas de la sociedad entera y de los aplausos de aquellos que mui de cerca hemos visto como se ha librado la ruda campaña.

IV

Salvada la primera edad, pocos temores hai de que la criatura sucumba.

Cierto es que, dados los tiempos que corremos, la nutricion es difícil, pero abrigamos la conviccion de que los favorecedores de La Revista no habrán de abandonarla cuando comienza á dar los primeros pasos en el escabroso sendero de las letras nacionales.

Al menos queremes creerlo así, aunque mas no sea por un sentimiento de egoismo personal, pues La Revista Cómica nos proporciona, cuando y como queremos, generoso asilo para insertar en sus columnas nuestras pobres y desaliñadas producciones.

Raul.

Santiago, á 5 de Septiembre de 1896.

A UNA INGRATA

Basta de amor: si un tiempo te quería
Ya se acabó mi juvenil locura.

Placido.

TIEMPO es que cure la terrible pena
que desgarra mi pobre corazón!
Basta de padecer! Por fin mi alma
recobra su entereza y su vigor.

¿Por qué siempre vivir desconsolado
y rendirse cobarde á una pasión?
¿Por qué aún en tu amor buscar ventura
si tu amor para mi ya concluyó?

¿Por qué culpar á Dios de mi desdicha
y en su justicia alivio no esperar?
¿Por qué triste vivir por una ingrata
si mil mujeres en el mundo hay?

Maldito sea el desgraciado dia
en que oí las promesas de tu amor;
y tu labio, que de ángel yo creyera,
con mentidos halagos me engañó.

Entonces yo creyendo que me amabas,
lleno de dicha, de esperanza y fé,
con la inocencia y el candor de un niño,
mi corazon y mi alma te entregué.

En cambio de conducta tan honrada,
me brindó tu diabólica maldad
falsas venturas que gozar primero
y después muchas penas que llorar.

Adios, amiga ingrata!—Tu camino
prosigue por el mundo, y quiera Dios
perdonarte el dolor que me has causado
y tener de tu suerte compasión.

Valor! A un lado la terrible pena
que mi sensible pecho desgarró!
Basta de padecer! Por fin mi alma
recobra su entereza y su vigor!

Edmundo Dantés

NOTA AL VIENTO

RECUERDAS, niña, aquel hermoso dia
en que en el alma tuya y en la mia
la luz divina del amor nació?
Nuestras almas de paso se encontraron,
nuestros ojos amantes se miraron,
y un mismo sentimiento nos unió.

Mas otro dia de sin par quebranto,
sin escuchar mis quejas y tu llanto,
nos vino el hado cruel á separar...!
Ah! siempre que en mi pienses, vida mia,
piensa también que te amo todavía,
que no olvida jamás quien sabe amar!

Julio César del Prado

CLAMOR

CUAN obscura es la noche de mi alma!
Apiádate, Señor, de mi destino;
dame una luz para alumbrar la senda,
que proseguir no puedo mi camino!

Doquier giro los ojos suplicante,
de la duda me envuelven las tinieblas.
¿Acaso nunca á iluminar mi alma
estrella de la fé, de nuevo vuelvas?

O. Z. Z.

EL ÓBOLO DEL PLUMERERO

Á Balbinita.

LOS plumeros! tengo plumeros que vender!—iba gritando con voz desabrida el pobre mercachiffle, de paso inseguro y de mirada lánguida.

Salido de los arrabales de la ciudad, marchaba á lo largo de las calles, parándose de casa en casa, para allí entonar su eterna salmodia: Los plumeros! tengo plumeros que vender!

Salmodia terminada siempre con un gemido prolongadisimo, que conmovia todo su pecho de viejo, como el resoplido de una fragua ya gastada.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1896 NÚM. 52

Ese gemido lo producia, sin duda, el recuerdo de lo que él pobre sufria para conseguir sus plumeros. ¡Cuánto no tenia que soportar: primero para hacerlos y después para venderlos!

La pluma la compraba á peso de oro en las tiendas del centro, los recortes de cuero los obtenia en las curtiembres de los suburbios y la madera la cortaba de noche en los álamos de la calle.

Fresca todavia la cola de algunas dos o tres docenas, salia él mismo á venderlos. Cada plumero le producia, más ó ménos, cinco centacentavos de ganancia. Con eso comia toda la familia.

Aquel dia, de sus espaldas no faltaba ninguno de los que habia sacado, y, por lo tanto, en sus bolsillos no habia caido un solo centavo. No habia vendido nada; tampoco comeria nada.

Parecia que la gente no estaba aquella vez para sacudir i preferia que el oro se empolvara en sus arcas repletas, antes de darlo al plumerero, por via de limosna, si nó como precio de su mercancia.

Sacando por centésima vez la cuenta de lo que ganaria si los vendiera todos, acertó á pasar entónces frente á un templo magestuoso, en cuya puerta habia un cepillo sucio y polvoriento.

Al pasar por la iglesia gótica, quitóse el sombrero respetuosamente, y delante de la alcancia se detuvo un momento.

Su fé de rústico le pedia una limosna de pobre. Registró sus bolsillos, y sus dedos vagaron en el vacio más obscuro. Ni un chico.

De súbito, una idea le vino á la cabeza. Dejó en el suelo el atado, sacó un plumero y, concienzudamente, púsose á sacudir la imagen del cepillo. Y se fué.

El pobre daba lo que tenia. Aquel era el óbolo del plumerero.

Y este articulejo el mio, en el álbum tuyo.

Du Roy.

NOCHE SOMBRÍA

I

Glacial era la noche, como el invierno obscura,
no fulguraba un astro del cielo en la extensión,
desierto estaba el valle, desierta la espesura,
velaba solo en sueños muriendo el ruiseñor.

II

Lejano yo sentia las aguas de un torrente
rodando entre las breñas, furiosas al pasar,
y el hálito del viento, que al azotar mi frente,
gemia entre las ramas del bosque secular.

III

Del mundo que ya habia sus glorias mil cantado;
apenas si confuso llegaba el ronco hervir,
llenando con el eco distinto, acompasado,
la vibración que dejan las olas al morir.

IV

Con mi pesar á solas vagaba en ese mundo
en que si vive ó sueña no sabe la razón;
en que si sufre el alma con su dolor profundo,
también feliz recuerda las horas que gozó.

V

De pronto una voz dulce,—como el trinar del ave,—
mas pura que en los labios del niño la oración,
turbó con su armonía, del sentimiento grave
los hijos que dormian aquí en mi corazón.

VI

"¡Cuán fúnebre la noche,—la tierna voz decia:—
el rio cómo arrastra sus aguas bramador!
¡Cuán solitaria y triste la selva ayer umbría!
Cuán desolado gime muriendo el ruiseñor!

VII

"¡Oh! ven, ángel querido, despierta de ese sueño
que vela el cierzo helado, que mece el huracán,
despierta, que en mis brazos, feliz, mi dulce dueño,
te quiero con mis cantos de amores arrullar!"

. . . . . .

. . . . . .

VIII

Desierto donde nunca, jamás juega una brisa,
memorias de una dicha que el tiempo destruyó,
estéril como el sueño, fugaz cual la sonrisa
primera que en mis labios amante apareció,

IX

así la voz me trajo, fatal, toda la historia
de un germen que cadáver lloré en mi soledad,
más triste que la huella que grava en la memoria
el último recuerdo de la primera edad.

X

Calló la dulce sombra, y aún trémulas sentía
vibrar aquí en mi pecho las fibras del dolor;
después, como esas sombras que mueren con el día
debilitado su eco lejano se perdió.

XI

Y oí como entre sueños monótonos huyendo
los últimos acordes del triste ruiseñor,
el rio allá á lo lejos cayendo en són tremendo
y entre las secas rámas el viento gemidor.

Julio Brígnole

Santiago 1896.

ÍNDICE

El excesivo trabajo que en estos días ha tenido el taller tipográfico, nos ha impedido poder dar esta semana, como lo habiamos ofrecido, el ÍNDICE de LA REVISTA.

Aparecerá, sin mayor dilasión, á fines de la que comienza.

Imp. y Lit. L. F Rojas y C.ª Argomedo 20

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ Ctvs. Núm.

EXCMO. SR.

D. Jorge Montt



El odio ciego, la pasión demente
acompañaron su ascensión do quiera;
hoy, que el astro declina al occidente,
corona en lauros su virtuosa frente
la fama justiciera.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1896 NÚM. 53

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A

Casilla, 1655, Teléfono, 1278

MOSAICOS

¡CUÁN pasajera es la felicidad!—pensó Enrique, cuando su amada le dijo que se alejaba para siempre. Gran conocedor del corazón humano, comprendió con infinita amargura, los desencantos que le reservaba el porvenir.

Ella, pálida y temblorosa, juntó á los labios de Enrique, por última vez, los suyos, y con la voz ahogada por el dolor, le juró no olvidarlo jamas.

La pobre niña no imaginó entonces que llegaria á ser perjura!

Cuatro meses más tarde, con la sombria resignación que dan á las almas superiores los grandes sufrimientos, Enrique leia el parte de matrimonio, en el cual, á fuer de amigo de la familia, el padre de la hermosa niña le participaba el enlace de su hija.

***

¡No me hables de ella, por piedad!... Tú eres
muy joven áun, amigo.
Dices que llora... ¿Qué me importa?... ¿Acaso
no llora el cocodrilo?

***

Desde la galería del Teatro, un pobre diablo miraba lleno de envidia al poeta que, en alas de los frenéticos aplausos de la concurrencia, subia á la cumbre de la gloria.

Pocos dias despues, el envidioso de la galería y el laureado vate ocupaban camas contiguas en una sola del hospital de caridad.

I luego... una misma fosa cubria sus restos inanimados.

DESDE EL MAR.

TENDIDAS las velas
del viento á favor,
la prora hácia el norte,
derecho el timón,
la tétrica nave
me aleja veloz
del plácido albergue
do alienta mi amor.
¡Adiós, ángel mio;
mil veces adiós!

Destinos opuestos
con rudo furor
el cielo al crearnos
sin duda nos dió:
tú al puerto te acoges,
yo, náufrago, voy
adonde me llama
de un padre la voz.
¡Adiós, ángel mio;
mil veces adiós!

Áun hiere mis ojos
el vivo fulgor
que el puerto ilumina,
¡tranquilo áun estoy!
En cambio, mañana
los rayos del sol
en vano mostrarme
querrán tu mansión.
¡Adiós, ángel mio;
mil veces adiós!

¡Oh nave! detente
y escucha mi voz!
Si eterna el destino
mi ausencia marcó,
tus válvulas abre,
y al fondo, veloz,
del piélago indócil
arrástrame hoy.
¡Adiós, ángel mio;
mil veces adiós!

Mas si es infundada
mi negra aprehensión,
tu curso apresura,
bajel volador;
aborda la dulce
paterna mansión,
y al nido me vuelve
do alienta mi amor.
¡Adiós, ángel mio;
mil veces adiós!

J.

A bordo del vapor Laja.—1887.

"LA REVISTA CÓMICA".

Se venden colecciones completas del primer año de este periódico.

DIEZ PESOS.

Oficina, Moneda 60-A

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1896 NÚM. 53

GOTAS DE ACÍBAR.

A.

EN este mundo de falsías lleno
cómo se van, Dios mío, presurosas
las locas alegrías... y el veneno
oculto queda en las marchitas rosas!

Todo, todo se va: se va la calma,
único encanto que halagó la vida,
y queda triste y recordando el alma
esa dicha de amor desvanecida!

Cuando mata el dolor, cuando el quebranto
agobia el corazón, cruel y sañudo,
es dulce sollozar... pero ¡ay! el llanto
falta, y el pecho se destroza mudo!

Entonce el alma con delirio siente
un vértigo infernal, y alucinada
busca anhelante en el amor ardiente
un término á su afán... ¡y no halla nada!

¡Fantasma del placer, de lodo y hielo!
tu lúbrico gozar solo es locura;
tú nos prometes un hermoso cielo,
trocándose en infierno esa ventura!

Falsa es tu dicha! tu ilusión es vana!
Matas al corazón con padeceres:
amamos hoy para olvidar mañana,
soñando otra mujer y otros placeres!

. . . . . , ... , ...

¿Dónde encontrar para el dolor consuelo,
cuando todo el encanto se ha perdido,
cuando en las horas de mortal desvelo
triste solloza el corazón herido?

También la suerte me brindó traidora
la copa del placer; yo la bebí:
hallé en el fondo hiel, hiel matadora,
y en mis sedientos labios la rompí!!

A. Mauret Caamaño.

UN CUASI-SUICIDA

EN su estadía en la provincia, por asuntos electorales, el candidato á diputado señor B. había dicho á mi amigo Alfredo, palmoteándole la espalda:—"Váyase usted á Santiago; allí lo colocaré en un buen empleo; puede usted alojarse en mi casa".

Al oir tales cosas, Alfredo casi se murió de gusto. Se le presentaba la ocasión, nó ya solamente de conocer la capital, lo que era el sueño dorado de su vida, sino de residir en ella y de convertirse en santiaguino elegante.

La noticia de su viaje tuvo eco en toda la ciudad. El se lo anunció á todo el mundo. Es fama que se hizo presentar á algunas personas nada más que para darles esta grata nueva. Mucha gente lo miraba con envidia. Sus amigos le decían: No te vayas á poner orgulloso.

Pero él, alma buena, generosa y noble, daba seguridades de que no se pondría orgulloso, de que sería siempre el mismo para con sus amigos y se acordaría de ellos para servirlos. Tampoco se olvidaría de su provincia, en beneficio de la cual iba á poner todas las influencias de su puesto y de sus numerosas futuras relaciones.

Como pudo, el pobre se vino á Santiago. Hubiera deseado alojarse en casa del diputado B., aceptando la invitación que éste le había hecho en la provincia; pero el temor de molestarlo y la seguridad de que pronto dispondría de un buen sueldo, lo indujeron á alojarse en uno de los mejores departamentos del Hotel France.

Al día siguiente de su llegada vino á visitarme. Vestía correctamente, con un traje nuevo, recién comprado. Su aire no era todavía santiaguino: verdad es que *aires* no se venden en la Casa Francesa. Pero ponderó las cosas de Santiago y maldijo de las de su pueblo, lo que ya era un indicio de buen tono.

Aquella misma tarde fué á ver al diputado B. ¡Qué contento se iba á poner el señor B. al abrazar á su querido elector, el hijo de su mejor amigo!

Cuando el mozo del diputado B. vió llegar aquella figura provincial y semi-campestre, dudó de si debería abrirle el salón ó recibirlo en el vestíbulo. Decidióse por lo último.

Alfredo esperó en el vestíbulo durante media hora; pero no desaprovechó este tiempo, pues empleólo en estudiar las reverencias que iba á hacer y palabras que iba á pronunciar en presencia del señor B.

Se inclinaba todavía, haciendo la última reverencia de estudio, cuando el diputado B., que apareció en la puerta de su escritorio, le hizo señas para que entrase.

Al verlo Alfredo H, su primer impulso fué arrojarse en los brazos de su querido diputado. Pero, ante la actitud severa del señor B., creyó conveniente sofocar los ímpetus generosos de su corazón. Sin duda que el haber desechado la invitación del señor B., yendo á alojarse á un hotel en lugar de hacerlo en su casa, había disgustado muchísimo al honorable señor. Por eso se mostraba tan serio. Así, pues, creyó Alfredo conveniente empezar por disculparse de su conducta en este sentido.

—Señor, balbuceó mi amigo, la circunstancia de haber llegado en el tren de la noche y el temor de incomodar á usted, fueron razones que me indujeron á irme al Hotel France. Yo



—¡Oh! ya no me amará mas!
—Sí, ya no debo contar con su amor!



Hoy creo que no iré al colegio.

El más constante de mis amigos.





Á la vejez, viruelas.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1896 NÚM. 53

sé que mi papá se va á enojar por mi conducta; pero...

—Pero ¿quién es usted? Y quién es su papá?

—¡Ah! señor don Julio, ya no me conoce usted!

—No tengo el gusto...

—Pues yo soy Alfredo H.

—¿Alfredo H?...

—Sí, pues, señor...

—No tengo el gusto de...

—Hijo de Carlos H.

—¡Ah! ¿De Angol, eh?

—Sí, señor.

—Probablemente usted me ayudó en mis trabajos electorales

—¡Mucho, pues, señor; y lo mismo mi papá! En casa le dimos un banquete; ¿no se acuerda? Usted me prometió un empleo; me dijo que me viniese á Santiago; aquí estoy, y vengo á recordarle lo del empleo.

—Lo tendré presente, amigo mio. Dé usted por aquí una vueltecita dentro de algunos dias.

De la casa del diputado B., Alfredo se fué derecho á la mia. Sin omitirme ninguna circunstancia, mi amigo me contó la visita en casa del señor B., desde el principio hasta el fin. Toda aquella tarde, él y yo nos reimos de la visita, nos reimos á carcajadas; pero en medio de los transportes de nuestra sarcástica alegria, ví más de una vez anublarse la frente de mi amigo, cómo si el tormento de la duda proyectase su sombra sobre aquel cerebro tranquilo y feliz de provinciano.

—Supongo, le dige al despedirnos, supongo que ya no te irás á alojar á casa del diputado B.

—No, contestóme sonriéndose, pero tampoco puedo continuar en el hotel. Buscaré colocación en una casa de pensionistas.

Al dia siguiente, se instaló en la calle de San Diego, en la casa de pensión de la señora Mercedes Monardes, señora muy respetable, hija de un caballero muy respetable, y viuda de otro caballero mas respetable todavía.

Entonces empezó mi amigo esa vida en que el provinciano suspira por su pueblo, maldice de Santiago, de su lujo y de su farsa, y echa de menos el hogar querido, donde se come hasta satisfacer el apetito.

En aquellos tristes dias, yo era su único amigo, el confidente único de sus penas y amarguras. Cuando volvia de buscar al señor B., á quien nunca encontraba en su casa, se iba á la mia, y me hablaba de sus muertas esperanzas, de su incierto y obscuro porvenir. Yo lo exhortaba á la paciencia, asegurándole que era el mejor camino para llegar á la fortuna.

Cierto dia, Alfredo, que probablemente venia de casa del señor B., entró á mi cuarto mas triste que de costumbre. Sin hablar una palabra, se sentó en una silla, y tomándose la cabeza con entrambas manos, quedó sumido en honda meditación.

—¿Por qué, amigo, le pregunté, porque esa profunda tristeza?

Alfredo no me respondió; pero fijó en mi su mirada, y ví que las lágrimas asomaban á sus ojos.

—Algo te preocupa, amigo mio, le dige. Tu sufres mucho; y me haces sufrir con tu reserva.

—¡Ah! si, exclamó, yo sufro mucho! ¡Y he sufrido tanto!

—Entonces ¿no hay esperanza?

—Ninguna. El diputado B. me saca el cuerpo. En su casa se me niega; cuando me divisa en la calle, apura el paso. Cuando por casualidad lo encuentro, me dice sin detenerse: "No hay vacante todavía; paciencia". Y no es paciencia lo que me falta, amigo mio; es dinero, dinero para todo, hasta para pagar á doña Mercedes sus imaginarias comidas. Y sin dinero, sin empleo, sin esperanza de tenerlo, hambriento y pobre de vestidos, hé aquí lo que soy en Santiago; hé ahí como se han realizado los sueños de fortuna que forjaba en la soledad de mi pueblo. Allá, en mi obscura provincia, nada me faltaba. Mi espíritu, que el hambre no abatia, subia rápido los escalones de la esperanza. Y soñaba en un porvenir de ventura, que debia abrirse en este Santiago que hoy me rechaza y que me paga con hambre, humillaciones y vergüenza todo el cariño que le tuve.

—¿Vas á volver á tu provincia?

—Nó. Hoy no hallaria en mi provincia, que apetezco ni la paz ni la dicha. En otro tiempo me hizo feliz el pensamiento de lo que iba á gozar en Santiago. Ahora, al volver allá desengañado, sin esa idea, que era el sostén de mi vida, solo sentiria el fastidio, y seria víctima de un aburrimiento mortal.

—Pero... ¿entonces?

—¿Sabes?... me dijo, poniéndose de pié y avanzando hasta el medio del cuarto; ¿sabes?... lo que pienso... lo que pienso... ¡es suicidarme!

—¡Barbaro! exclamé, arrojándome sobre él para impedir la consumación de su horroroso intento.

El acto no debia consumarse tan pronto. Alfredo, pálido y tembloroso, se dejó caer en un sofá. Quiso hablar; pero los sollozos embargaron su voz. Y lleno entonces de inmensa piedad, de sublime y generosa compasión por su desgracia, dió rienda suelta á sus lágrimas, que no corrian tan abundantes desde los dias ya lejanos de su infancia. Y conmovido yo también, busqué en mis recuerdos imágenes de consuelo, ejemplos de resignación y esperanza. Le hablé del santo Job...

El hecho es que aquella tarde Alfredo volvió á su casa mas tranquilo.

Pero yo pasé una noche horrible. Durante mi sueño, ví caer á mi amigo ensangrentado, víctima de una bala que le habia atravesado el corazón.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1896 NÚM. 53

Al dia siguiente, lo primero que hice fué dirigirme á su casa. ¡Y cuál no seria mi gusto al encontrarlo al lado de Pepita, la hija de la respetable doña Mercedes, diciéndola cosas tiernas, é inundado de felicidad al oir las dulces promesas de un amor eterno!

En los dias que siguieron á su explosión, Alfredo continuó visitándome. En sus visitas, cada vez mas largas, siempre marcadas con ese sello de tristeza que imprimia á sus conversaciones el recuerdo de aquel tan anhelado y nunca conseguido empleo, me hablaba siempre del suicidio, esta idea que parecia fija en su mente y acariciada por su corazón. Pero yo empezaba ya á tranquilizarme por la suerte de mi amigo.

Un dia le ví llegar lleno de alborozo.

—¡Al fin! al fin! me dijo.

—¿Al fin te vas á suicidar? le pregunté.

—Al fin consegui un empleo, me respondió. Por librarse de mi, el diputado B. me ha hecho nombrar oficial supernumerario del Ministerio de Justicia, con cincuenta pesos mensuales!

—¡Te felicito!

—¡Y no es esto solo: me caso!

—¿Con quién?

—Con Pepita Alegría, hija de doña Mercedes Monardes, una señora muy respetable, pariente de...

—Bueno. ¿Sabes que me parece mejor que te suicides?

—¡Estás de broma!

¡Pobre joven! Salia del purgatorio, nó para irse al Cielo, como les sucede á todos, sino para caer en el inferno del matrimonio...

L. L. Ch.

NOCTURNO.

PARA J. F. BARRETO.

DEL coro en el ámplio recinto descansan
los cien instrumentos que forman la orquesta;
todo está en silencio, la noche está en calma,
y vago misterio la sombra les presta.

De pronto penetran sombrías, calladas,
de músicos muertos las almas errantes,
que vienen buscando los goces que amaban
al coro do en vida tocaban constantes.

El órgano empieza. Su fúnebre entrada,
de dichas que fueron recuerdos evoca;
su voz es sentida, sus notas palabras
que el templo repite en sus muros de roca.

Después, vagoroso cual risas lejanas
su canto comienzan las tímidas flautas,
su canto de amores, que arrulla y que pasa;
su canto divino, sin ley y sin pautas.

Y en nítidas notas que arroban el alma,
canciones entona gimiendo el violín
de antiguos romances, leyendas germanas
de viejos castillos á orillas del Rhin.

Y en bélico himno que anima y que inflama,
sonora trompeta se deja sentir;
el himno refiere pasadas hazañas,
el himno que dice vencer ó morir.

Y todo, en conjunto que asombra y espanta,
se mezcla formando confuso rumor
de besos, gemidos, canciones extrañas;
macábricas danzas y frases de amor.

Las negras lechuzas chillando se escapan
huyendo del coro do turban la paz,
y trasgos y brujas fantástica danza
empiezan, del canto siguiendo el compás.

. . . . . .

El dia se acerca; la tibia alborada
envía á la tierra sus suaves efluvios
que el coro iluminan, y vagos resaltan
perfiles de santos y de ángeles rubios.

Al beso del dia se ahuyentan las almas
y en breve del templo en los ámbitos huecos
las notas del himno muriendo se acaban,
y lentos, temblando, se apagan los ecos.

Carlos Ledgard.

GEROGLÍFICO DEL NÚM. 51

Sé parca en dar agua, niña,
si te piden de beber;
que hay hombre que tira el jarro
después de aplacar la sed.

E. de G.

Concepcion, 9 de agosto de 1896.

Hasta la fecha ninguna solución exacta hemos recibido á nuestro geroglífico. Por consiguiente queda sin efecto el premio ofrecido.

Imp. y Lit. L. F Rojas y C.ª Argomedo 20









Siempre las buenas acciones obtienen su recompensa.

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

EXCMO. SR.
D. Federico Errázuriz E.



Si quiere airoso salir,
no debe nunca olvidar
que tiene, para surgir,
un nombre que respetar
y un ejemplo que seguir.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1896 NÚM. 54

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... **$ 4.50**
Por medio año (25 »)..... **2.50**
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

ALTIVA, magestuosa, de pié sobre el trono que sus hijos le erigieron, la Repúbiica se alza hoy, alumbrada su frente por la luz explendorosa del sol de Septiembre.

Salve! patria mia, dicenla, al pasar, el anciano y el niño, el potentado de la fortuna y el miserable gañan, la aristocrática matrona y la humilde hija del pueblo.

Salve!, repiten todos en coro, y truena el cañon por do quiera y el aire se llena con el éco de las músicas marciales.

Salve!, si, oh Chile! y gloria y renombre te dén tus hijos á la sombra de la paz y del trabajo, que son fuentes fecundas del bienestar de las naciones.

*
* *

Cuando en mi pecho tu puñal clavaste,
de pena tan amarga
te imaginaste que el perpétuo sello
llevaria en la cara.

Ya ves... no es cierto; y como tantos otros
quizá también te engañas
creyéndome feliz... sin ver que llevo
puesta siempre una máscara.

*
* *

El policial, *el representante de la autoridad*, estaba beodo en medio de la calle.

El *vecino*, el del figón del lado, le habia hecho beber hasta la saciedad, hasta emborracharlo.

Y cuando el *vecino*, cansado de explotar á sus parroquianos, pretendió arrojarlos de su casa y estos se resistieron, el guardián, manso y humilde, se puso del lado de su anfitrión.

Los robados fueron á la Comisaria y el ladrón volvióse á la taberna á considerar con la última copa al *representante de la autoridad*.

MONÓLOGO

A JULIO VICUÑA CIFUENTES

I

REPOSA solamente
el titán de la idea. Acaso piensa
en luchar otra vez. Es que ya siente
de lo infinito la nostalgia inmensa.
Y sufre y llora con dolor profundo,
con el dolor sin límites del alma
que sedienta de luz quiere otro mundo
hecho de ensueños, de ventura y calma.
Que los rudos escarpes de su senda
están teñidos con su sangre roja...
Y ahí solo... ni un sér que le comprenda,
el blanco del ludibrio y de la mofa.
Él es el grande, semidios poeta,
que estremece la tierra con la lira.
Es mas grande que el bíblico profeta.
Y ruge en las tormentas ó suspira.
Es bálsamo y consuelo.
Dá la esperanza á aquellas almas mudas
ya muertas para el cielo
por el letal veneno de las dudas.
¿Quién no le ha visto en esos dias negros,
dias de prueba para el sér humano,
dando un filtro en los mágicos alegros
que arranca de la lira, soberano?
Cuando la turba imbécil ó beoda
en su sangriento encono
todo lo grande enloda
¿mancha la virtud en su albo trono,
en los dias de lucha
cuando batalla la razón que gime,
cuando el fragor de su huracán se escucha
con majestad sublime!

II

—¿Quién soy? ¿Para qué vivo?
En este mundo de miserias lleno
arrastro la cadena del cautivo
marchando sobre cieno.
Yo que tengo la esencia soberana
de Aquél que tiene de escabel las nubes,
yo que en la frente la señal impresa,
el nimbo de oro y grana,
que me hace semejante á los querubes,
llevo, como el heraldo de grandeza,
como el titán del Cáucaso me arrastro
amarrado á la roca del destino,
mientras fulgura en mi interior el astro
de un origen divino!
Yo que tengo el aliento y el empuje,
el ánimo valiente y esforzado...
como el rey de los bosques, cuando ruge
en su jaula de bronce aprisionado,
mi espíritu potente y vigoroso
romper quisiera su prisión inmunda,
mi espíritu coloso

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1896 NÚM. 54

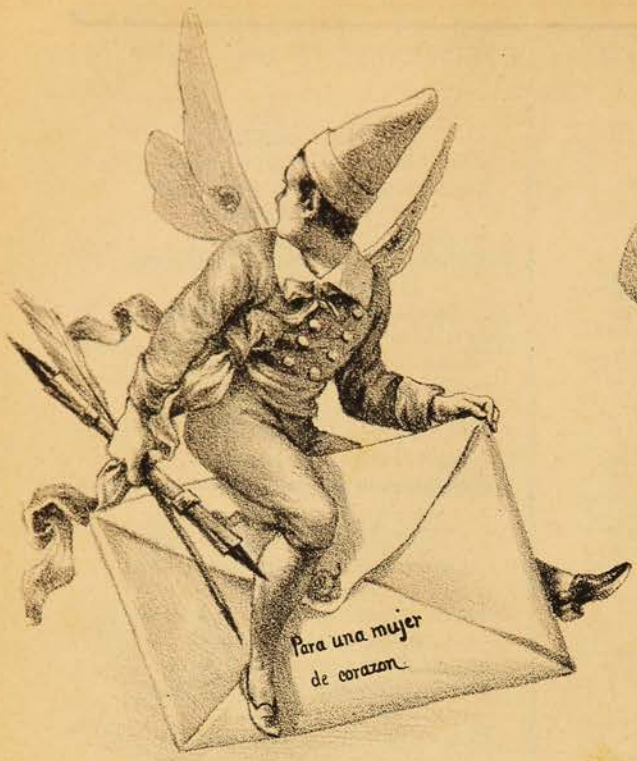
hundir quisiera la feroz coyunda;
concluir de una vez con la miseria,
y como el águila altanera sube
desafiando los vientos y huracanes,
ascender con las alas del querube,
rompiendo el lazo de la vil materia.
Columpiarme en los ámbitos profundos,
en la insondable eternidad poblada
de miriadas de mundos,
mirar la faz de Aquél que de la nada
arrancó el gérmen de la eterna vida,
al Dios que sujetó con hilos de oro
la bóveda estrellada,
al Dios que escucha el armonioso coro
de las nébulas soles y universos,
al que pone en los labios del poeta
la grande estrofa de robustos versos;
y cual vuela la rauda mariposa,
la de las alas blancas,
volar y revolar por lo infinito
sintiendo el abejeo formidable
con que ruedan los astros de granito!

III

Callada está la noche.
Se escucha de las frondas el gemido.
Pliega temblando cuando sopla el aura
la flor purpúrea el entreabierto broche.
La Gran Naturaleza es como un nido
que en medio de los aires se columpia
envuelta en el misterio de la sombra.
Algo divino flota, algo tan grande
que subleva las almas y levanta
los corazones todos.
Y allá, á lo lejos, resplandece el Ande
coronado de nieve,
mientras la fuente diamantina canta
con su murmurio leve,
al Dios Pan la armoniosa sinfonia
que hace temblar las hojas en la selva
y palpitar los pechos de alegria ..
Y estoy sombrío! Mi dolor á solas
levanta tempestades en mi cráneo
como levanta el huracán las olas
con furor instantáneo.
El ala torpe de la negra Esfinge
mi sién ardiente roza,
una caricia celestial me finge
y sin cesar me acosa.
Siento el beso maldito
que besa con ardores del infierno,
siento el potente grito
de mi pesar eterno;
anhelo de Satán, soberbio y fuerte,
que condenado gime
luchando con la muerte,
arriando lo sublime.
Demando ayuda y la demando en vano.
No hai otro sér que escuche mi lamento,
no hay otro sér humano
que mitigue mi pena y mi tormento.
. De fantasmas horribles va se puebla
mi desierta morada,
y yo columbro allá, trás la tiniebla,
los espectros que surgen de la nada;
visiones de ultratumba:
los negros ataudes y los huesos.
Y siento el estertor que vibra y zumba,
el estertor de besos.
...¡Aparta, aparta sepulcral figura,
tú la del talle cimbrador; enhiesto,
fatidica mujer, mujer impura,
por una eternidad yo te detesto!
No quiero tu caricia ardiente y loca,
no quiero tus abrazos.
Y me dá frio el beso de tu boca.
¡Tengo miedo que me ates con tus lazos!

IV

Quiero beber el néctar de los dioses
que aplaca los tumultos
que en el fondo del pecho se levantan,
néctar que lleva ocultos
los sempiternos perdurables goces.
Chispea y brilla en la bohemia jarra,
y salta y espumea.
El es el filtro que el dolor desgarra
y alumbra el parto de la grande idea.
Cuando lo apuro, las azules galas
de las hadas diviso,
siento el batir de las ligeras alas
y escucho el ritmo del sedeño rizo,
que roza en la montaña
el aura rumorosa
en la frente del hada pensativa,
que en los raudales argentados baña
su cuerpo escultural de seda i rosa.
Vislumbro en la pupila
de la silfide amada
el fulgor de la estrella que titila
en la extensión poblada.
Y veo los palacios de esmeraldas,
de pórfidos y cuarzo,
festoneados de rosas y guirnaldas,
donde mi lira florestal engarzo.
Escucho himnos vagos
de estrofas aurorales,
de las linfas azules de los lagos
con riberas de nardos y rosales.
El cisne que chapuza
en el cristal de la laguna tersa,
veo que espera á la argentada musa
con quién á solas de su amor conversa.
Con mis anhelos grandes,
con alientos titánicos,
mas allá de los Andes
voy en alas de vientos huracánicos.
Surjo hasta el astro mismo
de estela fugitiva,
bajo hasta el hondo abismo.
Soy el águila altiva,
soy semidios potente.
Llevo alas en la espalda,
áureo nimbo en la frente.



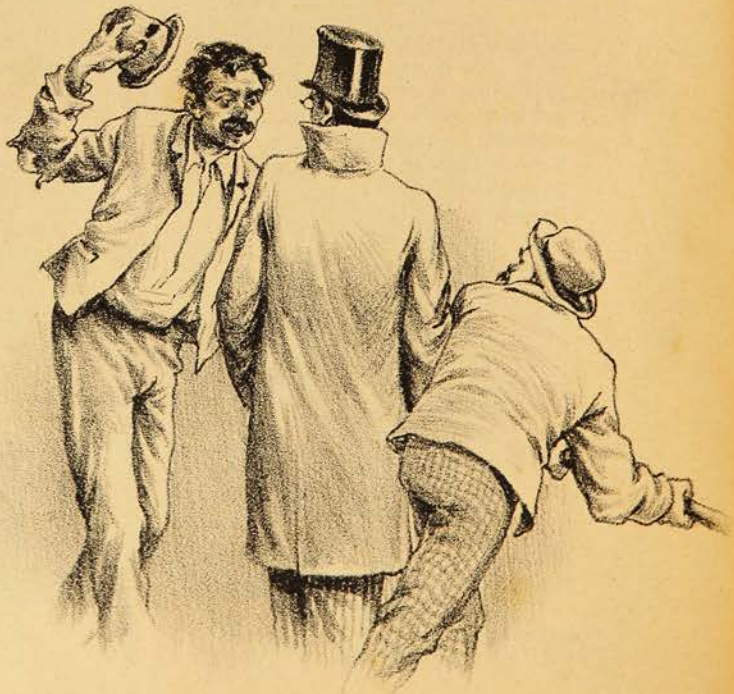
¿Y sabrá encontrarle?
¡Quién sabe!



¡Oh Patria mia, por tu prosperidad!



Cállate hijito. Y esta mujer
que no despierta!



¿Seria Vd. tan amable caballero que me ofrezca un cigarro?

TEATRO SANTIAGO



LA SEÑORA MARI

Primera actriz dramatica.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1896 NÚM. 54

...Venga mi lira de enarcados brazos,
la que con risas llora...
El yugo del dolor salte en pedazos.
Demos al viento el himno de la aurora.
Venga la lira, la de cuerdas de oro.
Sus sones turben la quietud salvaje.
Vibre el yambo sonoro
en la red de esmeralda del follaje.
Cantemos luego el temblador suspiro
de las brisas del Alba,
y su ondulante giro
en los prados de anémonas y malva;
los triunfales connubios
que celebran á solas
del polen fecundante los efluvios
en las níveas corolas;
el dáctilo sublime de los astros
en los cerúleos senos,
los luminosos rostros
de los cosmos serenos.

V

Y estallaron las rimas!
Con el fragor de los simunes roncos
fueron á herir las cimas.
Vibraba en ellas el clamor tremendo
de las deshechas tempestades rotas.
Y sin cesar creciendo
hasta el éter azul fueron las notas.
Gran rugidos formidables, recios,
de un titán oprimido,
protesta de las burlas y desprecios
del semidios caido.
Habia en ellas los alientos grandes
de olímpicos enojos
de los ingentes Andes
el crepitar de sus volcanes rojos;
el trueno de mortíferas metrallas
que anublan los confines,
la voz de las batallas,
la voz de los clarines;
gemidos gigantescos
del que sufre la sed de lo inmutable,
y martirios dantescos,
soplo de Apocalipsis formidable!...

A. Bórquez Solar

VIOLETAS BLANCAS

I

¿RECUERDAS? Hacia un mes que pasabas vacaciones en la villa de***. Un dia, después de vencer mil inconvenientes, fui á verte. Te hallé como siempre, amante y cariñosa. Todo aquel dia pasamos juntos, enteramente dichosos, pensando en nuestra felicidad presente y en la que nos reservaba el porvenir. En la noche, cuando nos separamos, me pediste que volviera á verte el próximo domingo y me obsequiaste un ramillete de violetas blancas.

Cuántas veces llevé, amoroso, á mis labios aquellas violetas, emblemas de la pureza de tu alma!

Después, cuando empezaron á marchitarse al calor de mis besos, las guardé, con religioso cariño, en una hermosa cajita de ébalo que tu misma me habias regalado en otro tiempo.

Entonces me creia verdaderamente dichoso. Todos los dias abria la cajita, y pasaba horas de horas contemplando aquellas violetas queridas, sin imaginarme jamás que, á la par de ellas, se marchitarian muy pronto también mis ilusiones.

II

El domingo siguiente fui á verte. Al llegar delante de la pintoresca casita azul en que vivias, miré con ansias la ventana en que acostumbrabas pasar las primeras horas de la mañana, bordando ó leyendo; pero no estabas ahi. Pocos dias antes nos habiamos separado llenos de ternura y felicidad, bajo promesa de vernos muy pronto; y ese dia no me esperaste.

Dolorosa duda me asaltó el alma, y con el corazón oprimido por cruel presentimiento, penetré en tu casa. Los de tu familia me recibieron con el cariño de siempre; pero no te vi entre ellos. Pregunté por ti, y me dijeron que te sentias ligeramente indispuesta.

Como á la mitad del dia, entraste á la sala donde nos encontrábamos reunidos, y me saludaste con una indiferencia que rayaba en terquedad. En ese momento comprendi el cambio que se habia operado en tu alma.

Natural hubiera sido darme explicación de tu conducta. Sin embargo, para no hacerlo, durante todo el dia evitaste hablar á solas conmigo.

En la noche, al alejarme, después de decirte adiós por última vez y de estrechar tu mano fria como la nieve, vi dibujarse en tus labios una desdeñosa sonrisa.

Cuando el carruaje tomó el camino, dirigí la mirada al cielo, en medio de mi dolor, como demandando un alivio, pero el cielo, insensible á mi mal, estaba negro como nunca...

Mas negra era, sin duda, la noche de mi alma.

Durante algún tiempo fué para mi un misterio tu conducta de aquel dia.

Abusando de tu credulidad de niña, pusieron, á fuerza de intrigas, un abismo entre los dos.

Cuando llegué á casa, abrí, por última vez, la cajita de ébano, contemplé largo rato aquellas violetas ya descoloridas, las llené de lágrimas, y en seguida las guardé para siempre.

Desde entonces, yacen, deshojadas y marchitas, como yacen marchitas en mi alma las ilusiones mas puras que haya acariciado jamás.

Julio César del Prado

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1896 NÚM. 54

EL VIEJO Y EL ASNO.

(XV DEL LIBRO I DE FEDRO.)

UN temeroso Anciano
apacentaba un Asno en la pradera,
y como viera el llano
poblarse de enemigos por do quiera,
con afán muy prolijo
"—¡Huye, ó esclavo quedarás!" le dijo.

Mas el Asno, impasible
al Viejo preguntó:—"¿Dirásme, amigo,
si crees tú posible
que con albarda doble el enemigo
cargue mi cuerpo yerto?
Y el Viejo respondióle:—"No por cierto".

—"Entonce, ¿á qué me inmuto?"
con acento tranquilo y reposado
al Viejo dijo el bruto.
"¿Si con ambos me espera igual estado;
si aunque en furores arda
siempre y do quiera he de llevar mi albarda?

Así continuamente
los pueblos en el cambio de gobierno,
del amo solamente
mudan el nombre; y para afán eterno,
ganan con la mudanza
la muerte cada vez de una esperanza.

J. V. C.

ESPERA...!

¡POBRE mujer! Tán pálida y tán triste! Semeja una muerta en su exangüe languidez. A intervalos, levanta los párpados fatigados, insomnes y llorosos. Sólo ese brillo febril de sus ojos apasionados revela la vida en aquel rostro cadavérico.

Y pasa los dias, aislada del mundo, recluida voluntariamente en su aposento, abriendo apenas los ojos á los débiles rayos del sol del invierno, y desea la muerte en su dolor desesperado, olvida la vida en su pena tenaz.—Y la muerte se acerca con insidioso andar y cede la vida á aquel cuerpo, tán bello y tán joven, para que sufra mas.

¡Pobre mujer! Largas horas permanece inmóvil, velada la dulce mirada por los párpados obscurecidos, concentrada su vida en el pensamiento, en el recuerdo de una imagen engañadora. Y el débil cuerpo se estremece al evocar una halagadora visión, un profundo suspiro se exhala de los lábios tán pálidos, y lágrimas sin esperanza corren por las mejillas descoloridas.

¡Pobre mujer! Suspiros, lágrimas y desconsuelo te consumen en vano. Tus lágrimas no quebrantarán la roca, tus lágrimas no detendrán al tiempo. En vano circunscribes tu vida al círculo más estrecho, en vano niegas la ley que te tiene ya cogida y en vano procuras escapar al humano destino.

Levanta tu cabeza. Escucha la voz de tu conciencia. Abre tu corazón á una nueva primavera.

Deja se disipen libremente las nubes sombrías de tu dolor. Abandona el culto de tu pena, y tu espíritu sereno tornará á ver el azul del cielo.

Lo dijo el poeta:

..... "eternamente no podias ni aún sufrir!"

Si la felicidad fuera eterna, dejaría talvez de ser feliz.

Levántate y gocemos de la vida, sin pedir eternidad á la dicha.

G.

Á LAURA.

EL día llegará... Tu frente pura
coronada de azahares,
para hacer eternal nuestra ventura,
se inclinará, ante Dios. Y en los altares,
adornados de luces y de flores,
mientras el coro sus cadencias brote,
nos abrirá un anciano sacerdote
la puerta del Edén de los amores.

Entonces, á tu lado,
mirándome en tus ojos, de tu acento
escuchando el cantar enamorado,
olvidaré la vida y su tormento
en tus brazos, de amor, encadenado,
¿Qué me importa que lejos hoy te mire,
y en noche tenebrosa
en honda pena el corazón suspire?
El dia llegará, la hora dichosa
en que tu frente pura
coronada de azahares,
para hacer eternal nuestra ventura,
se inclinará ante Dios, en sus altares!

Pancho.

INDICE

El correspondiente al primer año de nuestra publicación, se vende en esta oficina, al precio de diez centavos ejemplar.

"LA REVISTA CÓMICA".

Se venden colecciones completas del primer año de este periódico.

DIEZ PESOS.

Oficina, Moneda 60-A

Imp. y Lit. L. F Rojas y C.ª Argomedo 20



¡Viva Chile independiente!

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS DIPLOMÁTICOS.

D. Máximo R. Lira



Diplomático eminente,
al ensalzar su memoria
dirá mañana la historia,
que su palabra elocuente
es la base de su gloria.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1896 NÚM. 55

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A

Casilla, 1655, Teléfono, 1273

"LA REVISTA CÓMICA".

Se venden colecciones completas del primer año de este periódico, DIEZ PESOS cada una, Oficina Moneda 60-A.

MOSAICOS

—PORQUE la amaba sobre todas las cosas de la vida, sobre el amor santo de mi madre, sobre el amor divino de Dios, es que me trageron á esta casa, donde me mantienen en estrecha prisión—díjome el infeliz alienado, cuando le pregunté por su estadía en el Manicomio.

—Y después de jurarme que estaba dispuesto á morir antes que pertenecer á otro hombre —continuó el pobre loco—me anunciaron su matrimonio con nn señor cargado de años, de necedades y... de relucientes escudos, de muchos escudos!

Tal noticia trastornóme momentáneamente el cerebro, es cierto; y porque fuí á su casa y escupí en el rostro á la perjura y porque puse mis manos en la faz del estúpido vejete, me llamaron loco y sin miramiento alguno me trageron á esta casa...

—Pobre joven! le interrumpí, queriendo consolar su dolor.

—Pobre, sí, replicome; y en eso consiste mi demencia.

¡El dinero es hoy símbolo de la cordura!

Si al que á su hermano rencoroso mata
le mata el mundo luego,
el que asesina un corazón amante
¿por qué sigue viviendo?

Es que no tiene la mortal justicia
un castigo tan fiero...
Es que la muerte á castigar no basta
un crimen tan horrendo.

***

Con ensañamiento sin igual el miserable consumó su obra de destrucción

El cadáver de la víctima quedó nadando sobre su propia sangre, y el asesino se marchó huyendo de la justicia de los hombres.

Pero el dedo de Dios marcó el rumbo de sus pasos, de manera que el monstruo cayera en poder de los hombres qne administran justicia.

Y fué condenado á pagar con su vida la vida que arrebatára á otro sér.

Cumpliéndose asi la ley divina: "El que á hierro mata á hierro debe morir".

Y en desagravio á la sociedad, torpemente ultrajada.

.....

RUGE en la selva el aquilón bravío,
corona el rayo la empinada cumbre
de la agreste montaña;
y un manto denso, funeral, sombrío,
del sol velando la esplendente lumbre,
el firmamento empaña.

Brama impotente la feroz pantera,
tiembla de horror el campesino austero
que el peligro vislumbra,
y con siniestro resplandor la esfera,
de vez en cuando, entre el estruendo fiero,
el relámpago alumbra.

Mas luego el iris de bonanza asoma:
las fieras callan, los nublados huyen,
y con sus cantos suaves
á alegrar vuelven la desierta loma
enjambres mil, que de do quier afluyen,
de bulliciosas aves.

¡Ay! para el triste corazón que llora,
y un siglo entero de pesares cuenta,
¿nunca llegará el día
en que amanezca la rosada aurora
á disipar la perennal tormenta
que le anonada impía?

J.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1896 NÚM. 55

PARÁFRASIS

DE UNA MÁXIMA DE EPICTETO.

Si no puedes de Alcides ni Teseo
la pujanza tener que al mundo aterra
para vencer los monstruos de la tierra,
puedes al menos imitarles, creo.

De Scirón y Procusto el vil empleo,
que muerte sólo y destrucción encierra,
desprecia, y mueve á tus pasiones guerra,
ahogando el monstruo del brutal deseo.

Piensa en los dioses siempre, que es el solo
medio eficaz de conjurar los males
que juntos urden la ambición y el dolo.

Acata sus designios inmortales,
que si por ellos tus acciones mides
nada tendrásle que envidiar á Alcides

J. V. C.

LIBI.

Hacen dos años á que una pasión purísima dilataba dulcemente las delicadas fibras de mi alma.

Libi, la niña de cabellos de oro, convertida ya en una graciosa mujercita de dieciseis primaveras, habia descendido del celestial trono dó mi ardiente fantasía la colocara, para acudir á la cita que en un momento de descuido dila ese mismo día, cumple-años de su hermanito Pepe.

Allí estaba mi Libi, junto á su *viejo* como tan picarescamente me llamaba, mas hechicera y decidora que nunca. Charlaba, charlaba como una cotorrita sin nociones de lo que dice ni de lo que hace, i yo, extasiado, adorábala, como sólo se adora á los ángeles.

Abandonando de pronto su charla peculiar, me dice con tono resentido:

—Tú no me amas.

—Estás en un error, mi encantadora Libi. ¿Quién puede contemplar tus hechizos sin percibir sus emanaciones divinas?

—Los hechos no corroboran tus palabras. Siempre que de nuestro amor tratamos y la conversación se desliza hácia el anhelado enlace, tú, siempre abundante en sofismas, eludes despejar el punto.

—Nuestra común pobreza hace que...

—Oh! nó. No quiero que me hables de ese modo. ¿Acaso se necesita en la tierra otros bienes que los que nos proporciona el dulce sentimiento que llamamos amor?

Dió á estas últimas palabras tal expresión de ternura y seducciones tantas, que involutariamente, nuestras manos estrechadas, desprendiéronse para refundir, en seguida, nuestros labios en un casto y amoroso beso.

El astro nocturno destellaba su luz plateada sobre nosotros.

Ella, ora resplandeciente, ora lánguida y voluptuosa, con sus hermosos ojos azules, velados por sedosas y espesas pestañas, su picaresca y húmeda boca y su alabastrino y delicado seno, cubierto apenas por fina gasa; ella, la Diosa de las Gracias; ella, el sér ideal de la existencia mía, desordenados sus cabellos de oro, enrojecidas las mejillas y palpitante de emosión, me dijo que á nadie mas amaría en la vida.

. . . . . .

En la sección "Ecos sociales", de *La Revista* de la siguiente semana apareció este párrafo:

"A las doce del día de ayer el acaudalado caballero, don Simplicio Estoperoles, ha contraído matrimonio con la interesante señorita Libi Coral".

M. Selarom G.

CANTARES.

Tu vida es un paraiso;
mas quiera Dios que no encuentres,
en medio de sus encantos,
como Eva, otra serpiente.

—

No juzgues por la apariencia,
porque equivocarte puedes
y muchas veces el fuego
germina bajo la nieve.

—

¿Por qué en la sombra te escondes
y la claridad no buscas?
Observa que se marchitan
las flores que el sol no alumbra.

—

La fé de tus tiernos años
cual rico tesoro guarda,
y el gusano de la duda
jamás roerá tu alma.

—

Al mundo con sus ejércitos
conquistó Alejandro Magno;
y á él con una mirada
el alma le conquistaron.

—

¿Sabes lo que es, niña hermosa,
de este mundo la ventura?
—Ola arrogante que luego
va á convertirse en espuma.

O. Z. Z.



General D. Samuel Valdivieso
† en 23 del presente.



Son pololos y por lo tanto inofensivos.



Noble fidelidad.



¡¡¡Truenos, rayos y centellas!!!



El más interesante de los secretos.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1896 NÚM. 55

BIBELOT

A. Carlos E. Porter

Noche. Un vientecillo helado, glacial, que sopla de mar afuera, pellizca las orejas y hace entrechocar los dientes. Y allá, en la choza miserable, mientras los huerfanitos velan junto al cadáver de la pobre madre, tendida en un montón de harapos, entre cuatro velones de hediondo cebo, un pobre diablo, dando vueltas al manubrio de un organillo, toca alegre en el umbral de la puerta, y enfrente, en el regio palacio condal, se celebran las bodas de una pareja orgullosa y feliz...

***

Bajo el Portal de góticas columnas, charlando con sus amigos, el joven opulento y soberbio, rie alegremente, con aire satisfecho.

Pasó un mendigo y le pidió limosna.

—Vete—contestó—volviéndole la espalda.

Y luego, llegada la noche, allá en el Club, junto al tapete verde, entregaba al azar, con toda el alma, una poderosa fortuna. .

***

Lluvia. En medio de la calle, bajo el toldo de un paraguas, la nueva Margarita, toda cubierta de seda y rica pedrería, espera impaciente un carruage que la conduzca al teatro, donde habrá un gran acontecimiento.

Pasa un coche y lo detiene.

—Mi padre!—piensa—mirando al auriga por entre las cortinas de la ventanilla.

Después, al bajarse, tira una moneda de oro al pescante.

Y el cochero:

—Quién será esta señorita tan generosa?

Horacio Olivos y Carrasco

Valparaiso, 1896

LA RANA Y EL BUEY.

(XXIII DEL LIBRO I DE FEDRO.)

—

Una Rana vió un dia
en un herboso y floreciente prado,
á un gran Buey que pacia
con paso magestuoso y descuidado,
y—la envidia por norte—
quiso emular con él en grueso y porte.

Infló su piel rugosa,
y preguntó á sus hijos si igualaba
su traza presuntuosa
á la del Buey que por allí vagaba:
un "nó" fué la respuesta,
y ella á inflarse tornó de rabo á testa.

Pero en vano... —Impaciente
al ver que nada conseguido habia,
con esfuerzo demente
tornó á insistir en su fatal porfía,
y murió reventada
sin ver su necia pretensión lograda.

¡Oh, vanidad tozuda!
desiste ya de tu ambicioso empeño,
que es de gente sesuda
el distinguir la realidad del sueño,
no sea que mañana
te acontezca estallar como la Rana.

J. V. C.

VIBRACIONES

A A.....

Cuando en las abrumadoras noches de insomnio la fiebre me devora; cuando solo sombras me rodean; cuando recuerdo tus juramentos y caricias, mis trémulas manos buscan aquel rizo de tus cabellos castaños; mis labios se pasan en él, y, estrechándole contra mi corazón, me duermo pensando en ti, y contigo sueño...

***

Yo he visto alejarse la tempestad, dejando tras si, amarillentas hojas donde habia flores; despojos donde habia grandeza...

Yo he visto al mar embrabecido, arrojar á sus playas el cuerpo del hombre, después de ahogarle en sus movibles antros...

Yo he visto, en el campo de batalla, los cuervos huir después de haber saciado su feroz apetito, en los cadáveres palpitantes aún. Yo he vista todo esto!... y, sin embargo, no puedo creer, no creo, que una mujer olvide después de haber amado... Nó! la mujer no es como el mar, como la tempestad, como el cuervo!...

C. Vero M.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1896 NÚM. 55

Á CUBA.

LUCHAS ¡oh Cuba! i luchas con denuedo
por romper las cadenas que te aferran;
lejos de tu alma el vergonzoso miedo,
ni el cadalzo ni el látigo te aterran.

En vano intentan domeñar tu anhelo
de conseguir la libertad deseada:
no abate al cóndor su pujante vuelo
de los reptiles criminal celada.

"La atroz codicia, la indomable zaña"
que en tu castigo desplegar se ven,
afrenta llevan á la noble España,
de lauros ornan tu gloriosa sién.

Persevera en la lid, pueblo valiente,
que una nueva y espléndida alborada
Tras larga esclavitud llegar se siente:
Tendrás al fin la libertad soñada.

Santiago 18 de Sstiembre de 1896

Comici.

HÍPICAS

—ODETA concluirá por arruinarme! Mil pesos tirados a la calle! Y yo que tenia toda mi confianza en ella.

—Como? Te ha abandonado? Y talvez por un gomoso de tres al cuarto?

—Pero ¿que dices, imbecil?

—Lo que tú, que Odeta te ha robado mil pesos.

—Estúpido! Si hablo de *Odeta*, la yegua que acaba de perder la carrera.

***

Al saltar la última valla, caballo y caballero ruedan confundidos por el suelo.

Un clamor general se levanta en las tribunas y todos á uno compadecen...

—¿Al caballero?

—Nó; al caballo...

***

—Tomo *Tolderia* y te doi la cancha.

—Gracias; no podria hacerme cargo de ella sin la adquisencia del Directorio del Club.

***

—Vamos! una flor.

—Nó; otra cosa.

—Mi pañuelo.

—Algo más.

—Un beso.

—Aceptado.

Concluida la carrera, Luis, que ha salido victorioso, se apresura á cobrar la apuesta.

—Soy menor de edad, dice con ingenuo candor la linda Elvira, y no teniendo la libre administración de mis *bienes*, la abuelita pagará por mi. Cóbrele usted.

***

—*Victoria* es la que se atrae la atención del público entero.

—Ya lo creo; como que mi novia es la muchacha mas linda de las que concurren hoy á las tribunas.

—Me referia á la yegua que monta Zavala...

Raul.

INDICE

El correspondiente al primer año de nuestra publicación, se vende en esta oficina, al precio de diez centavos ejemplar.

Á ADELA

AVE que manda á la extensión vacia
de amorosos suspiros la ansiedad,
y á cuyos ecos se entristece y llora
otra ave que no puede á ti volar:

Un solo y débil canto que le envies,
quebrantará su afán.
—No lo puedo; mis alas se rompieron;
pregunta á la tormenta dónde están.

Julio Brignole

A LOS SEÑORES

José M. Retamales y Wenceslao Moreno C., ex-agentes de nuestro periódico, en Iquique y Tacna respectivamente, le rogamos se sirvan enviarnos el saldo que nos adeudan desde largo tiempo, á fin de evitarles mayores molestias.

Igual ruego hacemos á los otros señores agentes de La Revista que nos retardan el pago de sus cuentas.

Por la Dirección

EL GERENTE.

Imp. y Lit. L. F Rojas y C.ª Argomedo 20



Una colección *empastada* de LA REVISTA CÓMICA ofrece-
mos á la mejor solución del presente geroglífico

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS MÉDICOS.

D. Ventura Carvallo E.



Joven aún, por su ciencia
ha logrado merecer
un puesto, que fué hasta ayer
el premio de la experiencia.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1896 NÚM. 56

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20
Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

EL estúpido, creyendo elevarse sobre la multitud de famélicos que halagaban sus bajas pasiones, dijoles un dia:

—Estoy satisfecho. Aquella decantada virtud se rindió á mis plantas y el Angel de su guarda huyó avergonzado ante mi poderio.

Los borrachos aplaudieron rabiosos al anfitrión.

—Señores, añadió éste, trastornado por los vapores del vino, la posesión de la plaza rendida ya me hastia. Os cedo el botin.

. . . . . .

Dos meses mas tarde, la mujer ultrajada era, ante Dios y los hombres, la esposa de su torpe ofensor.

* * *

Vive escondido el fúlgido diamante,
y el obrero incesante
le busca, le halla, y del menudo quijo
le aparta, y le hace por do quier brillar.
¡Ah! mi ardoroso corazón amante
¿no encontrará un artifice prolijo
que lo sepa labrar?...

* * *

La gloria!

Sentirse aplaudido por la multitud, ver coronada la frente con los lauros de la victoria, y escuchar su nombre, que la Fama pregona á todos los vientos..

¡Si! Esa es la gloria!

El artista!

Vaciar en el bronce ó en la arcilla, en la tela ó en la palabra, toda la savia de la potente masa cerebral; agotar las fuerzas fisicas; contemplar la miseria en el hogar, el hambre en la familia, y al declinar la tarde de la vida, marcharse al Hospital de caridad, en busca de un lecho sobre el cual reposar por última vez su cuerpo extenuado.

¡Si! Ese es el artista!

¡La gloria! ¡El arte!..

¡Qué contraste!

A UN AMIGO.

TAL como al soplo de benigna brisa
se alegra la pradera,
y las nubes de invierno huyen á prisa
por la azulada esfera,

Así, Manuel, con rebosante copa
combate tus angustias,
y déjalas huir en densa tropa
cabizbajas y mustias.

Y ora soldado del terrible Marte
ó del rapaz Cupido,
donde quiera que estés, busca con arte
á las penas olvido.

Acuérdate del ínclito espartano
que, próximo á la muerte,
la copa alzó á Plutón, con soberano
desprecio de su suerte.

Goza, goza, Manuel. La vida es corta
y hay flores como abrojos;
consuela el alma, en el dolor absorta,
alegrando los ojos.

Y aunque sientas el mal, no desesperes,
que por siempre no dura,
y antes de sucumbir, de los placeres
el cáliz todo apura.

J. V. C.

CANTARES.

LA amistad es un cristal
que cuando á romperse llega,
aunque se unan sus fragmentos
la trizadura lo afea.

—

El corazón juvenil
sin amor, sin ilusiones,
es como dia nublado,
como pradera sin flores.

—

Guarda, niña, tu pureza,
no salgas de noche sola,
porque los genios del mal
se ocultan entre las sombras.

—

Dirige la vista al cielo;
no mires nunca á la tierra:
allá arriba está la dicha;
aquí abajo la miseria.

—

Si entre las joyas más bellas
á escojer me dieras una,
tu corazón amoroso
elegiría, sin duda.

—

Tu pecho acerca á mi pecho,
tu boca á mi boca junta,
y deja que nuestras almas
en un beso se confundan.

O. Z. Z.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1896 NÚM. 56

UN JOVEN DESGRACIADO.

ROBERTO es un joven por quien he tenido siempre particular aprecio. Yo estaba de acuerdo con su padre en la opinión de que, creciendo, iba á ser una gran cosa y á meter mucho ruido en el mundo.

Su padre y yo nos equivocamos, lo que no ha de extrañarse, si se considera la falibilidad de nuestros juicios. El joven á quien veiamos ascender á la cumbre de los honores y de la fortuna, no ha podido ascender de oficial su pernumerario del Ministerio de Justicia. Ayer tuve mucho gusto al ver á Roberto llegar á mi casa; pero luego me puse triste viendo que traia las mejillas coloradas, los párpados hinchados y que las lágrimas pugnaban por salirsele de los ojos.

—Qué te pasa, amigo? le pregunté

—Nada, me respondió.

—¡Cómo nada! Tú has llorado; tú sufres; cuéntame.

—Si; te lo confieso; he sufrido mucho.

—*¿Quién es ella?*

—¡Ah! es una historia muy larga.

—Habla; tu historia me interesa.

—Yo iba á casarme...

—¡Tú á casarte! ¡Vamos! cuéntame ese prodigio. Pero, dime, ante todo, ¿has dejado de ser oficial supernumerario del Ministerio de Justicia?

—Nó.

—Ea, pues, cuéntame esa historia de tus desdichas.

—Como tú sabes, comenzó Roberto, naci en cuna de flores y de oro. Mi padre era un hombre muy rico en dineros; pero mas rico aún en quiméricas esperanzas y locas fantasías. Debia dejarme al morir una fortuna cuantiosa y un porvenir risueño y luminoso. Pero, habiéndose aventurado en unas minas que iban á producirle no sé cuántos millones, me dejó al fin por sola herencia lo único que sus acreedores no pudieron utilizar: mi porvenir.

Para ver realizado este porvenir grandioso, era preciso comenzar por algo: un empleo en el Ministerio me pareció camino seguro para llegar, con la ayuda de mi talento, á los mas altos puestos de la Administración. Merced á muchos empeños, consegui el nombramiento de oficial supernumerario del Ministerio de Justicia.

Los años pasaban y me veian copiar decretos y ganar cincuenta pesos mensuales. Creyendo al fin que si continuaba en el Ministerio, en vez de llegar á ministro de Estado, llegaria muy pronto á ponerme tan bruto como algunos de mis compañeros de oficina, para dejar mi empleo, tome una resolución heroica: la de casarme.

Tú sabes cómo he considerado siempre el matrimonio; pero te aseguro que estar casado con una mujer con plata es muy preferible á ser oficial de pluma de un Ministerio. Te aseguro que mis colegas de oficina no gastan mas inteligencia de la que usan á menudo las mujeres.

Estas consideraciones me decidieron á cortejar á Corina, vecina mia, joven de cierta hermosura, con mas años que esperanzas, y con un capital disponible de veinte mil pesos.

Te confieso que lo que me enamoró al principio fué únicamente su dinero. Después me enamoré de ella, y pude decir á todo el mundo, sin faltar á la verdad, que me casaba por amor.

En cuanto á Corina, no sé si realmente se enamoró alguna vez de mi. Cuando las mujeres llegan á cierta edad, es muy difícil definir si lo quieren á uno por amor ó por *matrimonio*. Este es un interés peculiar en las mujeres. Á los otros que conducen al matrimonio, se agrega en ellas el de no quedarse en estado de soltería. Yo no sé si Corina, al responder á mi amor con palabras dulces y miradas tiernas, obedecia á este supremo interés de la vanidad mujeril. Ella, mujer de juicio, con la experiencia de los años, debió pensar más de una vez en mi puesto subalterno y en mis cincuenta pesos mensuales; debió pensar que un joven como yo, sin posición y sin recursos, con el triste porvenir del empleado, no era el hombre que convenia á sus ambiciones, el esposo destinado á elevarla en el rango de la vida. Pero debió pensar también que, asi y todo, valia más casarse conmigo que quedarse soltera. Sea como fuese, llegó un dia en que, al darme Corina el *sí* apetecido, me levantó á la cumbre mas alta de la felicidad humana.

Yo tenia un amigo, Javier, joven de mis años, estaba unido á mi por lazos de amistad que se habian atado en los alegres dias de nuestra infancia. Niso y Eurialo no eran mejores amigos que nosotros. Habiamos atravesado juntos una parte de la vida, y parecia que juntos llegariamos á los umbrales de la muerte. Mis penas eran sus penas, mis alegrias las suyas, y en la buena como en la adversa fortuna, siempre estaba á mi lado, fiel en el afecto menos común entre los hombres.

A este amigo tan bueno lo presenté en casa de mi adorada Corina. —Quiéralo mucho, dige á ésta, será su mejor amigo. —Y tú, Javier, dige á éste, quiérela mucho, como me has querido á mi.

Todavia no acababa da pronunciar con tono solemne y religioso las anteriores palabras, cuando mi amigo, dejando la vergüenza á la espalda, se largó á contar su vida con tal cúmulo de farsas, y desfigurándola de tal modo, que yo mismo no la conocí. Estaba asombrado al ver las buenas disposiciones que para mentir tenia mi amigo, y esperaba que una risa franca y alegre descubriese la broma en que se habia



Conde de Gubernatis.

(Sabio indianista).



El Tenorio de los jardines.



¡Atájenlo, que me lleva una prenda!



¡Chit! no digan nada.



El sueño de un bohemio.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1896 NÚM. 56

metido; pero terminó su panegírico, y se quedó muy serio.

Mi amigo era oficial 3.º del Tribunal de Cuentas, y ganaba sesenta pesos al mes. Pues ¿creerás que dijo á Corina que era secretario de esa oficina y amigo íntimo de su temible jefe? Corina oyó extasiada su panegírico, con una credulidad que me puso fuera de mí.

¿Por qué al dia siguiente, Corina, mi adorada Corina, el barco de mi anhelada fortuna, por qué me estrechó con frialdad la mano, y no tuvo una palabra de ternura, una mirada cariñosa para al que la amaba con todo el amor de su vida? ¿Por qué mi amigo, mi noble amigo, el compañero inseparable de mi existencia, por qué no pareció más en mi casa, y esquivó mi compañía, como si le hubiese prestado algun dinero?

¡Oh doble y cruel y desengaño! Habia ocurrido lo siguiente: á Corina le pareció mejor casarse con el secretario del Tribunal de Cuentas que con un pobre oficial de pluma del Ministerio de Justicia; Javier creyó que los veinte mil pesos de Corina le venian á él mejor que á mí.

Hace ocho dias se celebró el matrimonio de Javier y Corina. Yo perdí con él veinte mil pesos, perdí la mujer que amaba, perdí el amigo que habia realizado para mí en la tierra el bendito ideal de un afecto grande y generoso. Y quedé oficial supernumerario del Ministerio de Justicia.

¡Contempla mi situación, ¡oh tú, mi noble amigo, tú, que, sin vana ostentación y falsos halagos, has sido tal vez para mí, mas bueno y generoso que otro alguno; tú, a quien recurro ahora en la desgracia...

—Perdona, Carlos, por ahora no tengo plata.

—No es plata lo que quiero.

—Estás hablando como los que me la piden.

—Nó; quiero una palabra de consuelo; quiero desahogarmae en el seno de la amistad.

—¡Ah! eso es otra cosa. Desahógate en el seno de una amistad que por lo ménos es tan sincera como la del esposo de Corina.

—¡Oh! no hables así; abandona ese frio exepticismo que tan mal sienta á tu juventud.

—Con ejemplos como el que tú me das y me presentas, le observé, no es fácil abandonar éste que llamas frio exepticismo.

Roberto, cansado de llorar y enternecido con sus propias palabras, dió salida á sus lágrimas, que habia sujetado al entrar á mi casa.

—Si lloras, amigo, le dige, si lloras la pérdida de la mujer amada, á fé que tus lágrimas se derraman en vano. Una mujer como Corina no es digna de un oficial de Ministerio, ni de un portero siquiera. A Javier le pesará un dia el matrimonio que ha hecho. Si lloras los veinte mil pesos que se han escapado de tu mano, entonces deja correr en libertad el abundoso llanto; llora, llora sin consuelo lo que es digno de ser llorado en el mundo. En cuanto al amigo Javier, felicitate de que no te haya hecho una jugada mas grande, pues le habias otorgado demasiada confianza. Entre dos amigos de este siglo XIX, uno es la mano y otro el bolsillo; procura ser tú la mano.

Y ahora, con ánimo, valor y energia, en campaña, y á buscar una mujer rica! ¡Nada de amor! Pero no vayas á decir, hombre de Dios, que eres oficial supernumerario del Ministerio de Justicia. Si hay probabilidades de que te crean, di que eres sub--secretario de ese Ministerio, y que nos has querido ser Ministro. Habla mucho de la hacienda, de las cosechas y de lo bonitos que son tus animales. Sobre todo, vistete muy bien, para lo cual puedes entenderte con algunos de los usureros de la Moneda. Y cuando, merced á éstos recursos y á otros como éstos, hayas conseguido la mano y la fortuna de una mujer, ven á abrazar á tu viejo y constante amigo.

Roberto me dió la mano, y se retiró pensativo.

¡ANSIAS!

¡CUANTO te amo, mi bien, cuánto te adoro!
Tú eres el astro de esplendor divino
que ardiente lanza sus destellos de oro
en el sombrío erial de mi destino!

¿Cómo no amarte, pués? ¿Cómo de hinojos,
no adorarte con ciego frenesí,
si son mi cielo tus hermosos ojos,
si cifro toda mi ventura en tí?

.....

¡Tu amor!... dáme tu amor! Estoy sediento!
Un beso tuyo y mi ansiedad se calma!
Dáme, dáme tu amor, que el fuego lento
desgarra y mata de pasión el alma!

Perdona! Ten piedad! Soy un perjuro!...
Yó no puedo soñar esa ánsia loca;
que mancharia mi contacto impuro
el celestial encanto de tu boca!

A. Mauret Caamaño.

GEROGLÍFICO

LA Dirección de La Revista Comica ha acordado ceder el premio ofrecido á la *mejor* solución del Geroglífico publicado en el número anterior, á la firmada con el pseudónimo de *Ammeris*, que publicamos á continuación, por considerarla la mas ingeniosa de cuantas se han recibido hasta la fecha.

El autor de ella puede indicarnos su nombre y dirección para enviarle el *premio* que lejitimamente se ha conquistado.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1896 NÚM. 56

Valparaiso, Septiembre 28 de 1896.—Señor Director de La Revista Cómica.—Santiago.—Estimado Director: — Es usted un *peine* para esto de hacer *Geroglíficos;* de hoy en adelante, su gloria eclipsará las de Cheops, Ramses y C.ª Debe ser usted un espía mandado por los argentinos para romper la cabeza de mis conciudadanos. La mia ha resistido, felizmente, tan terrible prueba, y después de mucho sudar he sacado, segun creo, la solución de su parto de la 4.ª semana del corriente.

La primera de sus figuritas es el signo : que, en la regla de tres, se traduce *es.*

Viene en seguida un.. ¿cómo se lo digo sin faltar al casticismo?... En fin; lo que ustedes, los decadentes, llaman *nececer* ó *necesario*, que de todos modos se destroza el lenguage.

Pinta usted en seguida un cerdo, puerco ó marrano, boca abajo: animalito dichoso que me hizo perder en un océano de conjeturas. Por último, califiqué de *res*, que dada vuelta viene á resultar *ser*. Entre paréntesis, digame ¿sus antepasados del Nilo se permitian pintar monitos al revés?

Eche usted agua, para hacerlo mas claro, á aquel encantador monosilabo que viene después. Si mal no he leido significa *un*.

En cuanto á Edison, todos sabemos que es un *sabio*.

Vienen después unos *zapatos*. Sudores y trasudores me costó descubrir que usted quiso poner *par*, en estilo completamente decadente, es decir incomprensible.

Una *a* muy bien contorneada sirve para completar los zapatos, es decir, el *para*.

La bandera chilena es la *enseña* mas patriótica del geroglífico. Una simple *r*, trueca el nombre en verbo.

Aun cuando no entiendo en música de la misa la media, sospecho que aquellas figuritas que siguen, representan la nota *la*, nota de que puede decirse lo que Napoleón dijo de las pirámides: "Enigma indecifrable", etc.

La Astronomía es una *ciencia;* esto no lo dice Napoleón sino Pero Grullo, por mi boca que no es de ganso, como usted probablemente sospecha.

A, y después el disminutivo de Dolores: *Lo lo*, que resultó no ser Dolores ni diminutivo sino *los*. Por lo visto, en esto de los geroglíficos no hay que tomar las palabras al pié de la letra.

Inmediatamente viene un señor muy futre, de tongo y sobretodo, que por las patillas y otras muchas cosas debe ser *hombre* y no mujer, y debe ser plural y no singular, á juzgar por la *s* que lleva á la cola.

Y, letra que como dice un filósofo, vale una palabra. ¡Milagros de la Academia!

El señor *lo, dá* á un muchacho en camisa, no sé á punto fijo si una pastilla ó un reloj.

Señor Director: lo que sigue es una via-férrea, llévese el diablo el férrea y quedémonos con la *via*.

Una Cruz..., ¡Santo simbolo por cierto! Pero en este siglo de números significa *mas*.

¿Unos? ¿once? ¿número? Averigüelo Vargas... Pero á mí no me hace usted leso, señor Director; le conozco la treta, es el mismo intringulis de los zapatos: donde hay dos unos hay dos, ó sea un *par*.

A hace R. Quién sea ese señor A y porque hace una cosa de que hay en la Universidad y en otras partes tanta sobra, eso debe saberlo usted. Lo que es yo no me meto á averiguar vidas agenas. Bástame haber dado con lo que por ahora me interesa.

Cuando yo estaba chiquito y me enseñaban á leer, me llevaba repitiendo A, bé, cé,.. etc. ¿No es ese *ce*, lo que usted quiso significar?

Otro garabato musical. Como es igual al de arriba, debe decir lo mismo, es decir *la*.

Un paco sin cabeza (asi suelen serlo todos), lleva preso á un muchacho, también descabezado, y victima y verdugo llevan respectivamente sobre el cogote: el paco la silaba *com* y el preso la letra *r*. Entiendo que con esto se quiso decir *comprender*.

A....

Después la nota *sol* cabeza abajo, es decir *los*. Señor Director ¿Porque no pintó un sol al revés?

Concluye el geroglífico con un *niño*, que debe ser correligionario mio, es decir revista, porque se está agarrando la cola. Por otra parte una *s*, lo convierte en *niños*, lo que ahorró á usted el trabajo de pintar dos chiquitines tan bonitos como el que me dá de muestra.

En resumen, todo ello, es esta sabia sentencia:

Es necesario ser un sabio para enseñar la ciencia á los hombres, y todavia mas, para hacersela comprender á los niños.

Al fin salió, señor Director, y es lo mejor, que junto con el geroglífico he resuelto otro problema que hace algun tiempo me preocupaba vivamente, á saber: me moria de ganas de tener la colección de La Revista Cómica, y no podia conciliar este deseo, con el otro no menos natural de no aflojar diez pesos. Usted, querido Director, me ha proporcionado la solución.

Doime por ello la enhorabuena y á usted las mas espresivas gracias.

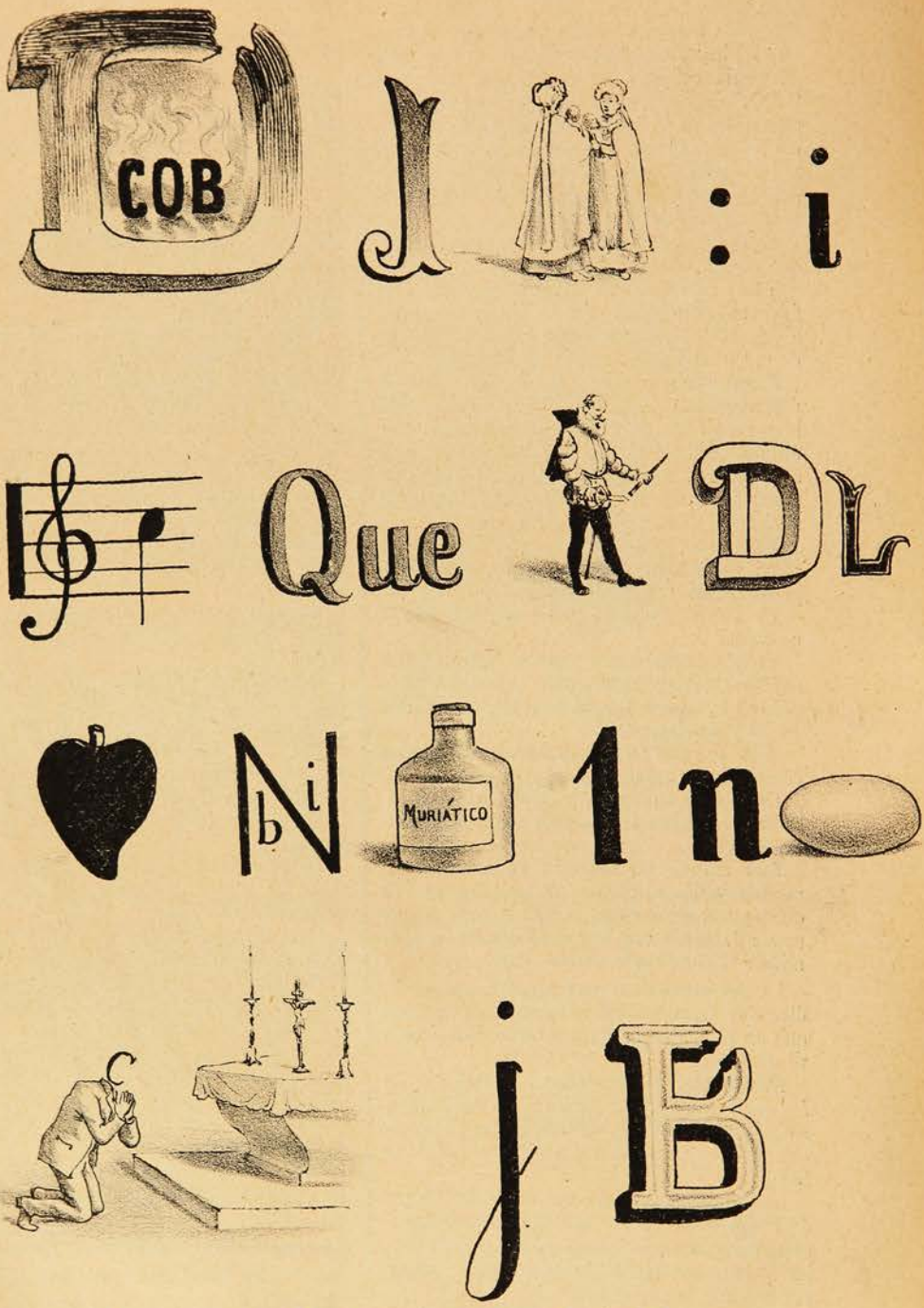
Nota.—Soy una muchacha encantadora y me lo como á besos si me otorga el premio.

Amneris

"LA REVISTA CÓMICA".

Se venden colecciones completas del primer año de este periódico, DIEZ PESOS cada una, Oficina Moneda 60-A.

Imp. y Lit. L. F Rojas y C.ª Argomedo 20



Una colección de La Revista á la mejor solución.

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS ESCRITORES.

D. Gonzalo Bulnes.



Historiador distinguido
y diplomático experto,
á su patria, con acierto,
más de una vez ha servido.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1896 NÚM. 57

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20
Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

NO hay nada mas delicioso que el rubor que producen los recuerdos de inocentes amores juveniles, en los rostros coronados por cabellos blancos!

Sentir en el corazón, gastado por los años y las penas, uno de esos latidos que encienden la mirada, secan los labios y anudan la garganta, debe ser la suprema felicidad de los ancianos.

—Te acuerdas?

Y la abuela, retorciendo una punta de su pañolon de lana, baja la vista, se turba, y queda silenciosa, mientras se tapizan de flores las tumbas de su alma.

Después... llama á su nieto, lo sienta en sus rodillas y cubre de besos y de lágrimas su cabesita rubia...

*
* *

De un arroyuelo por la agreste margen
ella y yo nos paseábamos un dia:
su frente ornaban primorosas flores
por mi mano cortadas.

Ella-voluble, caprichosa, alegre,
yerbas y flores deshojando iba,
para arrojarlas á mi rostro luego
con infantil constancia.

Yo, grave y triste, su candor mirando,
en el incierto porvenir pensaba,
y estremecido de inquietud mi pecho
lanzaba hondos suspiros.

Ella reparó al fin en mi tristeza,
y dando tregua á su contento loco,
"¿qué tienes, qué te aflige?" preguntóme,
y yo le dige: "¡piensol"

Con triste gravedad bajó los ojos;
y al levantarlos, con sin par dulzura
"¡no pienses más!" me dijo, entrelazando
sus brazos en mi cuello.

. . . . . .

Yo no sé cuánto tiempo habrá pasado...
La niña es ya mujer; el niño, un hombre;
y al verla alguna vez suspiro y digo:
"¿por qué pensé tan poco?"

—Si os entrego mi corazón ¿qué me dareis en cambio?

—Mi fortuna.

—Es poco.

—Mi gloria, que el mundo pregona.

—No vale nada.

—Un palacio.

—Puede derrumbarse.

—Un trono.

—Es frágil.

—Entonces?...

—Quiero más, mucho más.

—Mi alma, mi vida, un amor infinito.

—Eso, eso es lo que colma mis aspiraciones. Tuya soy.

EN EL CAMPO

OTROS alaben del fastuoso mundo
los placeres sin cuento,
y ensalcen sus grandezas con profundo
y vocinglero acento.

Canten de Roma la belleza antigua,
de Londres el progreso,
sin olvidar á Atenas, tan exigua
hoy de todo embeleso.

Extásiense en París, rey de la moda,
digan que Andalucía
es el florón de la diadema goda,
raudal de poesía.

Y en Nápoles, Biarritz, Sevilla ó Jena
gocen del bien ansiado:
yo alegre vivo en la quietud serena
de este garrido prado.

El arroyo que suave se desliza
por el jardín ameno;
el cefirillo que las ondas riza
con murmullo sereno:

y el canto de las aves, y el aroma
de las silvestres flores,
me evitan del hastío la carcoma
y alivian mis dolores.

J. V. C.

FILIGRANA

I.

YO quisiera, dulce amada,
ir al cielo,
y robarme alguna estrella
para prenderla en tu pecho;
donde luzca
con sus vívidos destellos
que no tienen
los cambiantes, los misterios,
los matices, los fulgores
que vierten tus ojos negros.

Yo quisiera, virgen mía,
ir al huerto,

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1896 NÚM. 57

y coger hermosas flores
para adornar tus cabellos.
Todas blancas:
azahares, limoneros,
margaritas,
azucenas, lirios, trébol;
y, rendido yo á tus plantas,
de amor loco, quedar muerto...

II.

Yo quisiera, dulce amada,
ser el verbo,
ser poeta que cantara
los hechizos que en tí encuentro:
las dos rosas
de tus labios entreabiertos,
donde juega
—oh, Dios mío, Dios eterno!—
la sonrisa,
la sonrisa del misterio;
y tus ojos soñadores
que despiden sacro fuego....

Yo quisiera, virgen mia,
ir sin miedo;
ser un duende caprichoso
que llegara hasta tu lecho.
Y si duermes,
de tu boca hurtar el beso
que embriaga,
que enloquece mi cerebro;
y, rendido ¡ay! á tus plantas,
quedar muerto.... quedar muerto!....

Horacio Olivos y Carrasco

ASI PASÓ

VALPARAISO está sufriendo la plaga de las asociaciones.

Tenemos sociedades de todo género: de socorros mutuos, filarmónicas, de obreros, círculos dramáticos y *tutti cuantti*.

Naturalmente, cada sociedad de estas, círculos ó esferas, como ustedes quieran llamarlas, ofrecen temporalmente á sus miembros fiestesitas, mas ó menos animadas, á las cuales denominan modestamente: *Veladas literaria-musical*.

Á una de estas veladas fuí invitado por una familia que, como tan ingrata es mi memoria, no recuerdo ni quién me la presentó, ni donde la conocí. El caso es que se me convidó con tres dias de anticipación.

Aunque soy enemigo de tales espectáculos, hube de aceptar, por que la tal fiestecita, terminaba con baile, é iban asistir unas morenitas que danzaban en un pié, y como agregado, muy simpáticas.

El dia anterior á la *Velada literaria-musical*, me llaman por teléfono, á la oficina donde trabajo.

Después de los campanillazos de ordenanza y del ¡aló! respectivo,

—¿Con quién hablo? dige.

—Con H. ¿No me conoce?

—Ah! si, si ¿cómo está?

—Buena, gracias.

—Y la familia? (Hay siempre que preguntar por la familia.)

—Buenos todos.... ¡Ah! mire....

—(Maldita costumbre que le han de hacer mirar por teléfono.)

—Qué decia, señorita? (Sin mirarla, por supuesto).

—Le voy á pedir un favor muy grande.

—El que le plazca....

—Pero es que alguien puede oirnos, y no quisiera que nadie se impusiese....

—Entonces....

—¿Si pasase Ud. esta tarde por casa?

—No tengo inconveniente, señorita.

—Entonces... lo espero ¡No se olvide!

—De ninguna manera.

—Hasta luego-

—Hasta.... (riu, rau) ¡Diablos! por nada me destapa el oido!

Luego recapacito.... dónde vive?.... ¡Picara memoria!,. Y que olvido tan imperdonable! No me quedaba mas recurso que apelar al manubrio, por si aún era tiempo.

—Aló, aló!

—Aló, señor?

—¿Ya cortó, señorita?

—Si, señor.

—Tengo la bondad de comunicarme con el el número 1.

—Listo...

Llamé, y por suerte mi amiga H. aún no se habia retirado de la tienda donde solicitara el teléfono. Diéme las señas de su casa y nos despedimos.

Dejé el teléfono, y arrellenándome en mi sillón, me eché á pensar cual sería el objeto del llamado.

Llegó la tarde, y abandonando la oficina me dirigí á casa de la señorita H. Después de los saludos de estilo y cambio de frases tribiales, me dijo que deseaba le hiciera unos versitos para la *velada*, pues estaba, encargada de recitar una composición.

—Y ¿qué clase de versos desea Vd., qué tema hay que desarrollar?

—Algo que sea para el caso. Vd. sabe mejor que yo.

—(Que apuros, Dios mio!) Será algo corto, para que pueda aprenderlos con toda perfección, pues, falta tan poco tiempo.... (No era por el tiempo, sino por mi.)

—No tenga cuidado, señor C., me dijo la mamá; ésta tiene un memorión que en un abrir y cerrar de ojos, aprende lo que usted no tiene idea.

—Pero mamá!

—Si es así, haré lo que mas pueda (que no será mucho).

—Entonces, ¿me lo trae mañana? Es el último dia!



Un secreto descubierto.



Un duelo infantil.



¡Oh! imagen adorada, si supieras cuánto sufro!



Un idilio.



Abyección.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1896 NÚM. 57

—Muy bien; pero no hemos acordado el tema.

—Elíjalo Vd. mejor.

—¿Le agradan unas estrofas "A la Música? (Tenía unas plajiadas no sé á que autor).

—Nó, otra cosa.

—"Al trabajo".

—Tampoco.

—Entonces haremos una composición erótica.

—Eso... que dice... puede ser mejor...

(Calculando que no me entendia, le espliqué lo de erótico.)

—Eso es; eso es; pero bien bonita.

—La haré semejante á Vd.

—No sea malo!, porque entonces saldria muy fea. (Y no mentía.)

No tenga cuidado, señorita. Dicho esto me despedí quedando de volver al dia siguiente por la mañana.

En el trayecto hasta mi casa pensaba en los aprietos en que me habia metido por tener la manía, como otros, de hacer versos.

Medio comí y me fuí á mi pieza á meditar en lo que debia escribir.

Como la luz era escasa, en cuanto desocuparon el comedor, trasladéme á él con los aperos necesarios.

Después de un momento, pluma en ristre, arremetí contra el papel y principié el primer cuarteto:

"Cuando pienso que algún dia,
"puedes llegar á olvidarme,
"siento una pena tan honda
"tan honda... tan... tan...

Nó, nó, así no es... Ya recuerdo!

"Por si algún dia te agravias
"y me llegas á olvidar,
"le digo yo al alma mia...

—Don Manuel, voy á comprar, me dice la sirvienta, ¿me encarga algo?

—Nada, nada, muchacha.

¡Vava una suerte la mia! Ha venido á cortarme el hilo de la inspiración, pero veamos:

"Le digo yo al alma mia...
"Le digo yo al...

Nó, no es esto; y ¡caramba! pues no encuentro el verso! y ya lo tenia acabado. ¡Que diablos!

Empesaré con otro asunto.

"Ya me alejo á llorar mi desdicha,
"y muy pronto talvez moriré.
"Voy al cielo á contarle mis penas...

—"Y á los toros de Carabanchel", entró cantando un hermano chico que tenia.

¡Maldito hermano! Mi mala estrella me persigue, empesinada en no dejarme concluir ni la primera estrofa.

Tentemos nuevamente.

"Voy al cielo á contarle mis penas... mis penas...

¡A que no salgo de mis penas!

Fué inútil; no puedo salir del paso! Rabié, renegué de la servidumbre y de los hermanos y hasta de la versaina misma.

Lo que me afligia era que no habiendo versos no habria baile ni morenitas.

¡Una idea! Fuíme á casa de mi amigo M., quien me sacó del apuro, ofreciéndome una Elejia, que á mí se me antojó herejia por lo mala que era.

Lleno de contento volví á mi casa con los versos de mi amigo, y al otro dia pude cumplir mi compromiso, quedando muy bien con lo que era aborto de otro.

Esta es la vida! y lo que yo hice ya lo habian hecho conmigo; por tanto eso no fué mas que seguir el camino de muchos que salvan las situaciones dificiles con recursos agenos.

Como nada queda oculto en esta vida, una rara coincidencia vino á dar á conocer á la familia de H. que las habia engañado. Hube de disculparme y contarles el caso tal cual pasó; lo que vino á degenerar en una broma, después de haber sufrido fuerte bochorno. Sin embargo, desde entonces hice la promesa de no volver á incurrir en la misma debilidad y para otra vez *no meterme en camisa de once varas.*

Valparaiso, Octubre del 96.

O. D. Ratnoc.

LAS CABRAS Y LOS CHIVOS.

(XII DEL LIBRO VI DE FEDRO).

SABIENDO del gran Jove
las Cabras conseguido,
después de mil porfías,
tener barbas también como los Chivos,

quejáronse estos luego,
del cambio resentidos,
y el padre de los dioses
con benigna sonrisa así les dijo:

—"No os inquieteis; bien pueden
gozar de su capricho,
que no por tener barbas
igualaros podrán en fuerza y brío".—

Esta fábula enseña
á contemplar benignos
la necedad de aquellos
que cifran la igualdad en el vestido.

J. V. C.

"LA REVISTA CÓMICA".

Se venden colecciones completas del primer año de este periódico, DIEZ PESOS cada una, Oficina Moneda 60-A.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1896 NÚM. 57

RECUERDOS.

TODO acabó, las dulces ilusiones
se marchitaron ya,
la postrimera flor de mis amores
muerta también está.

Solo quedan los tristes desengaños
del lejano placer,
y allá en el corazón despojos vagos
de un nombre de mujer...

S. S.

FIDELIDAD

ALUMBRADOS por la pálida luz de una noche de agosto, encontrábanse los dos reunidos. Se habian dado cita para despedirse. Enrique tenia que partir al dia siguiente á Europa, mandado por sus padres á terminar sus brillantes estudios de ingeniero.

Ella, radiante de hermosura y felicidad, reclinada en el hombro de Enrique, parecia querer retenerlo para siempre á su lado, bajo al influjo de sus miradas; él, contemplábala arrobado, sin respirar casi, para no perder un solo átomo de la felicidad que experimentaba.

Trascurrido largo rato en este dulce éxtasis, dijola Enrique, tomándole una mano:

—Ha llegado para mi el momento mas terrible de mi vida; vamos á separarnos, talvez para siempre. Dios solo sabe lo que sucederá. Los peligros de una navegación pueden concluír con mi exitencia. Esta forzosa separación ha de durar dos años, pero en el tiempo que permaneceré lejos de tí solo sabré adorarte; el amor que siento por tí no se extinguirá nunca en mi corazón. Júrame, Ema, no olvidarme jamás y conservar siempre para mí ese tesoro de amor que encierra tu corazón.

—Te lo juro, respondió ella anegada en lágrimas.

Después, confundidos en amorosos abrazos, juráronse imenso, eterno amor, y se separaron.

. . . . . .

Pocos días después los diarios daban cuenta del naufragio de un buque; los detalles eran horrorosos. Entre las personas que habian perecido estaba el nombre de Enrique. Al mismo tiempo daban cuenta del matrimonio de la señorita Ema R. con el inteligente y acaudalado abogado, señor R. B.

Wile.

HISTORIA

¡OH niño, que llevas
los ojos vendados!
tu beso envenena,
dogal es tu abrazo.

Ella sus amores
iba prodigando,
y él ¡mozo inocente!
él era su esclavo.

Al cielo ella, loca,
levanta hoy las manos,
y él es uno de esos
que lloran borrachos.

¡Oh niño, que llevas
los ojos vendados!
tu beso envenena,
dogal es tu abrazo.

Abelardo Varela

INDICE

El correspondiente al primer año de nuestra publicación, se vende en esta oficina, al precio de diez centavos ejemplar.

Correspondencia

Sta. Esperanza.—Indudablemente, tiene Vd. dotes que, cultivadas por el egercicio y la lectura de los buenos modelos, pueden ganarle á Vd. un nombre distinguido en las letras chilenas.

La composición que de Vd. he recibido, si bien revela esas dotes, adolece todavia de graves defectos. Discúlpeme, pues, que no lo publique, y acaso un dia Vd. misma me lo agradecerá.

Denébola.—Las cartas, asi de amor como de negocios, se envian á los destinatarios por el correo, nó por intermedio de la prensa.

A LOS SEÑORES

ex-agentes de nuestro periódico, en Traiguén, Talca y Tocopilla, les rogamos se sirvan enviarnos los saldos de cuenta que nos adeudan, para evitarnos la molestia de dar sus nombres en estas columnas.

Igual ruego dirigimos a los señores agentes de Constitución, Andes (señor V.) y Ovalle.

Por segunda vez requerimos á los señores J. M. Retamales, de Iquique, y Wenceslao Moreno C., de Tacna, el pago de sus respectivas cuentas.

Por la Dirección
EL GERENTE

Imp. y Lit. L. F Rojas y C.ª Argomedo 20



Cristina Gana H.



Julia Castellón V.

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS MAGISTRADOS.

D. Gregorio Víctor Amunàtegui.



Magistrado íntegro y sabio,
sin esfuerzo ni violencia
es la voz de su conciencia
la palabra de su labio.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1896 NÚM. 58

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números).....	**$ 4.50**
Por medio año (25 »).....	**2.50**
Número suelto.....	0.10
Id. atrasado.....	0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A

Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

EL Angel de la Caridad, batiendo sus blancas alas, ha llegado de nuevo á nosotros, demandándonos pan y abrigo con que satisfacer el hambre y cubrir la desnudez de aquellos de nuestros hermanos que en un solo instante lo han perdido todo.

Y pan y abrigo habremos de enviar en abundancia á los nobles hijos del Guayas, víctimas hoy de la más terrible de las hecatombes.

Porque la probervial generosidad del pueblo chileno no ha sido jamás desmentida.

Y no lo será en ninguna circunstancia.

***

Cuando la conocí, sangrienta lucha
presencié con horror:
el corazón me repetía: "ámala";
la fría razón, "nó".

Yo fuí el culpable: la razón maldije
y escuché al corazón;
mas, respóndame el mundo, á los veinte años
¿quién no hizo lo que yo?

***

Había pasado mucho tiempo sin verla.

Y de improviso, aquella tarde, se presentó ante mis ojos, espléndida de juventud y radiante de belleza.

Una sensación extraña recorrió todo mi sér.

—Te amo, le dije con pasión.

Y ella, por toda respuesta, lanzó alegre y sonora carcajada.

—Te amo, volví á repetirle.

Y ella, haciendo un mohín de desprecio,

—Eres muy viejo para estas cosas, me respondió, huyendo cual gacela que nota la presencia del cazador.

"LA REVISTA CÓMICA".

Se venden colecciones completas del primer año de este periódico, DIEZ PESOS cada una, Oficina Moneda 60-A.

BELLEZA DE LAURA

(Traducción del Petrarca.)

¿DÓNDE Amor cogió el oro y de qué vena
para su blonda trenza, en cuál espina
de sus labios la rosa, en qué colina
la pura nieve de su faz serena?

¿Dónde, las perlas con que honesta enfrena
la dulce voz, sonora y peregrina?
¿Dónde, el tesoro de beldad divina
de aquella frente á la inquietud ajena?

¿De cuál querub y en cuál celeste altura
aquel canto eligió que amor derrama,
y el pecho anega en plácida dulzura?

¿Y de qué sol la fulgurante llama
de aquellos ojos que trocaron luego
la nieve eterna de mi pecho en fuego?

J. V. C.

ÚLTIMA ESCENA.

DOBLAN las campanas,
y, con paso lento,
la mente que agita
sus alas muy lejos,
vagando al acaso
los ojos muy secos,
vestido de luto
desfila el cortejo.

Los fríos responsos...
Y después, del muerto,
con falsos discursos
los elogios huecos,
y el agudo ruido
con que rueda el féretro
sobre el blanco mármol
de su nicho regio.

—

Después, los amigos
que van como huyendo;
parientes soñando
con el testamento;
la canción burlona
del sepulturero,
y solo, olvidado,
en su nicho el muerto...

Abelardo Varela

EROTIDIA

¡OH, sí! La mataría. La mataría irremediablemente!

Ahí, en ese descolorido papel, que había levantado del suelo, deslizado sin duda del bolsillo de la infame, estaba la prueba de sus deshonra, la muerte de su alma, la pérdida de sus ilusiones todas.

Amor! Amistad!

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1896 NÚM. 58

No hacia tres meses aun que se habia casado, enloquecido, ciego de amor, con la encantadora Sofia. No hacia veinticuatro horas que ella, entre turbada i risueña, habíale anunciado al oido, y entre besos y caricias, que iba á ser padre. Habíale dado ese goce tan inmenso y tan deseado, para que ahora que lo comprendia todo fuese aun más terrible su pena, más negra su desesperación.

Si, iba á ser padre... Pero no era su sangre la que debia correr por las venas de ese niño... Era ¡oh Dios! la de Juan, su amigo de la infancia, el compañero inseparable de su juventud. ¡Amistad! Amor!

Y ahora se explicaba porqué Juan no llegaba á su casa con la frecuencia que antes solia; porqué le huia en la calle, y porqué, cuando casualmente se encontraban, no era el mismo de antes, el muchacho decidor, alegre y francote.

Y ahora se explicaba las salidas de Sofia, sola, á una misma hora todos los dias; sus coqueterias ante el espejo, que él—¡necio!—creia eran para él; su afán de lujo, y lo exajerado de sus caricias.

Lo engañaba para descuidarlo; para poder vivir tranquila, para Juan y para su amor.

Y bien! Estaba decidido: la esperaria en su mismo tocador, como acostumbraba; cerraria todas las puertas, la echaria en cara sus palabras mentidas, sus falsos juramentos; la haria ver su deshonra, y el lodo que habia arrojado sobre su nombre inmaculado; la haria ver cuánto habia sido su amor de antes y cuánto era hoy su desprecio; y después, cansado ya de hacerla sufrir moralmente, le hundiria, frio, inexorable y de un solo golpe, el puñal en el corazón!

...Sintiéronse pasos ligeros y menudos al lado de afuera de la puerta; rechinó ésta, y apareció Sofia, tentadora, bellísima, irresistible, sonriéndole sus labios bermejos y acariciándole con sus grandes ojos negros.

Y él, el marido tan cruelmente ofendido, el joven noble y delicado, olvidándolo todo, cayó á los piés de la esposa fementida, de la infame que sentia aun en sus labios el beso impuro del amante; y abrasándole las rodillas balbuceó, delirante de pasión:

—Cuánto te amo, encanto mio!...

José M. Barreto

IDILIO

BAJO los grandes árboles
permanecimos mudos:
su mano entre las mias
con ansiedad, así...
mientras el blando céfiro,
con rítmico murmullo,
jugaba entre las flores
del plácido jardín.

Las rosas y jazmines,
los juncos y violetas,
do quiera derramaban
su aroma sin igual,
y la riente brisa,
que alegre juguetea,
llenaba nuestros pechos
de grato bienestar.

El sol, esplendoroso,
brillaba en derredor.
Los labios de mi amada
temblaban de emoción.

La contemplé un momento:
después.... loco, atrevido,
con ímpetu la atraje
do no lucía el sol;
y así, á la luz velada
de candoroso brillo,
se unieron nuestras bocas
y un beso resonó....
. . . . . .

Millares de avecillas
poblaron el espacio
con las alegres notas
de un himno de placer;
y el céfiro amoroso
de aliento perfumado,
jugó con sus cabellos
y acarició su sien....

Y asidos de las manos
soñábamos los dos,
mientras las mariposas
volaban en redor....

C. Vero M.

EL LEÓN VIEJO

(XX del libro I de Fedro.)

ANCIANO y flaco y de dolencias lleno
hallábase un León,
cuando de pronto acometido viose
de un jabalí feroz.

Ansiando éste vengar ciertas injurias
que antaño recibió,
en el hincó sus afilados dientes
con complacencia atroz.

Después un Toro el estropeado cuerpo
hiriole con furor,
y hasta un Jumento, al contemplar su estado,
de coces le pegó.

Ya expirante el León, dijo:—"¡Qué afrenta!"
con noble indignación.
"Siempre el ultraje del audaz mi orgullo
con trabajo sufrió.

"Mas hoy que tú, del universo oprobio,
me burlas sin temor,
se me figura que dos veces muero,
tan afrentado estoy":—

Cualquier que rueda del feliz estado
que en el mundo alcanzó,
juguete vil de los más ruines vése
en su desgracia atroz.

J. V. C.



El juego de la Primavera.



Efectos de un estornudo.



¡Por mis nuevos amores!



El sello de un compromiso.



Un conquistador de oficio.



—Sr. Pierrot, una limosna!

—Nada poseo. Toda mi riqueza la tengo en mi corazón. ¿Lo quieres?

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1896 NÚM. 58

EL SECRETO DEL PEÑÓN.

EN los primeros dias del mes de Octubre del año 187. una pequeña carabana compuesta de tres personas, salia del pueblo de Torata en dirección á la ciudad de Arequipa.

A la cabeza de ella iba don Mariano Cutiti, caballero que á la sazon contaba cincuenta y tres años, ocupado desde su más tierna infancia, en labrarse una fortuna por medio del trabajo, no siempre productivo, de las minas.

Cinco años hacia que don Mariano habia contraido matrimonio con doña Petronila de los Ramos, respetable matrona, oriunda del Cuzco, que á más de aportar al matrimonio una buena dosis de cariño, poseia el irrefutable argumento de cincuenta mil pesos en oro, que le legara su primer marido, á quién prometiera en el lecho mortuorio conservar su independencia, toda vez que le dejaba un buen paño de lágrimas con que consolarse de la viudedad.

La señora de los Ramos, lloró de corazón, los seis primeros meses, la pérdida de don Restituto, que tal era su nombre; pero como todo en este mundo tiene su término, concluyó por consolarse, abriendo las puertas de su casa, á innumerables adoradores (no de los cincuenta mil), pues doña Petronila conservaba aún la frescura de sus veinticinco primaveras, que, á más de un enamorado galán, hiciera perder la chaveta, por la posesión de la encantadora viudita.

Entre los muchos que asistian á las tertulias de la dueño de casa, figuraba en primer lugar don Mariano Cutiti, que no obstante sus cuarenta largos años, supo conquistar el corazón de doña Petronila, que rendida á los tiernos halagos de su sitiador, dióle el *si* en el altar mayor de Santa Marta, en la ciudad de Arequipa, un año cabal después de los oficios fúnebres celebrados por el alma de don Restituto.

Los primeros tres años de su matrimonio fueron un continuo ¡me quieres, te quiero! de los cónyuges, al fin de los cuales, don Mariano, que aun no habia perdido del todo la aficción á las minas, se despidió de su cara mitad para reanudar sus interrumpidas tareas, que tanto tiempo habia abandonado, con detrimento de su caudal. Se trasladó, pues, al pueblo de Torata, donde acostumbraba preparar sus expediciones á la cordillera.

En uno de estos viajes es cuando encontramos la carabana, que de vuelta ya, se dirijia a la ciudad de Arequipa, lugar de su residencia.

Un acontecimiento portentoso lo llevaba á preparar una nueva expedición, que habia de cambiar por completo la faz de los negocios de nuestro protagonista.

El el último viaje á la Cordillera y en uno de los muchos cajones ó quebradas, tubo la desgracia de perder una mula, que cargada de plata rodó al fondo de un precipicio.

Desconsolado con la pérdida, dió y cabó, hasta que un dia, expuesto á perder su vida, tal maña se dió, que no sin grandes esfuerzos, logró bajar al lugar donde yacia su precioso tesoro.

Una furiosa tempestad se desencadenó al venir la tarde, obligando á nuestro personage, á pasar la noche en aquel sitio, sin mas abrigo ni lecho que un enorme peñasco que le servia de apoyo y parapeto al vendabal, que por momentos tomaba mayores proporciones.

Apesadumbrado estaba don Mariano de haber concebido la idea de salvar su riqueza, cuando un relámpago, iluminando por completo aquel antro, dejó ver grabado en el granito, el siguiente aviso:

Si vuelta me das, feliz serás.

Con los primeros albores de la mañana, abandonó aquel sitio, sin acordarse ya del motivo que allí lo habia llevado, para combinar los trabajos que habian de ponerlo en posesión de aquella prometida felicidad, que el cielo le deparara en tan aciaga noche.

Como era rico, en pocos dias reunió gran número de hombres y los elementos indispensables para dar vuelta el colozal peñasco que tanto prometia.

Un gentio inmenso acompañó á los expedicionarios, prometiéndose cada cual, prestar su concurso á fin de satisfacer la curiosidad consiguiente á tan portentoso acontecimiento.

Relatar los esfuerzos y afanes de los obreros, seria obra por demas inútil. Basteles saber que al cabo de quince días y con gran contento de todos, el peñon habia sido dado vuelta, apareciendo en la otra faz ¿qué creerán mis lectores? ¿el tesoro prometido? ¡Cá! Nada de eso! Un nuevo letrero, cuya sentencia decia: "*Gracias á Dios y alabado que me han dado vuelta del otro lado*"

Este es el cuento. Como me lo contaron lo cuento.

Fidel Yáñez R.

CANTARES.

CUANDO supe que lloraste,
me dije meditabundo:
si hasta los ángeles lloran,
quién no llorará en el mundo!

—

No fíes en los mirajes
con que el amor te deslumbra:
bien sabes tú que no es oro
todo aquello que relumbra.

—

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1896 NÚM. 58

Era un ángel que á la tierra
descendió, un día, del cielo.
¡Qué extraño, pues, que tan pronto
alzara á su patria el vuelo!

—

Cual desparecen del cisne
las huellas en la laguna,
huyó el amor de tu alma
sin dejar huella ninguna.

—

No te admires que me ria,
en medio de mi quebranto,
porque hay risas tan acerbas
como el mas acerbo llanto.

—

Pase el dia y sus rumores,
venga la noche y su calma,
que sus sombras se parecen
á las penas de mi alma!

O. Z. Z.

A MI AMADA

I

TODO es felicidad!.... todo respira
placer en torno mio;
solo mi alma en negro desvarío
sin tí, mi dulce amor, llora y suspira!

II

La música vibrante
se desborda en melódico rüido,
su ritmo es un gemido
que se pierde distante;
sus notas delicadas
mi desolado corazón oprimen....
son cadencias que gimen,
son dos almas que lloran separadas....

III

Mujeres palpitantes
se ajitan en gracioso torbellino;
el arrebol divino
colora sus semblantes....
Palabras balbucientes;
juramentos, promesas de una noche,
talvez mas de un reproche
que exhalan unos labios sonriente....

IV

¡Todo respira amor.... placer... ventura!
Dichoso aturdimiento
que embriaga el pensamiento,
y le hace olvidar su desventura....
. . . . . .

Solo mi alma llora,
solo mi pecho gime desgarrado,
solo mi corazón es desgraciado
porque lejos está del sér que adora.

C. Vero M.

SOLUCIÓN.

LA Dirección de LA REVISTA CÓMICA ha acordado conceder el premio por la mejor solución del Geroglífico del número 56, á la siguiente:

En época no remota,
vencí á Francisco en un duelo.
Subí al coche y dije: azota.
Y Pancho clamaba al cielo
en medio de la derrota.

Pero, quizá por olvido,
se me quedó la levita,
ó fué de puro afligido.
Y volví... ¡Por Santa Rita!
¡Cobarde jamás he sido!

Hallé á Pancho hecho una bota.
Yo le pregunté altanero:
¿Qué estas haciendo, marmota?
Y me dijo el muy carnero
que viendo su espada rota.

Entonces, compadecido
de aquella miseria tal,
ofrecí el coche al vencido.
Que no hay que esperar un mal
del corazón bien nacido.

Pero el chico se alborota
con esta proposición,
y casi al suelo me bota:
Porque al ver su humillación
un nuevo coraje brota.

. . . . . .

En medio de la derrota,
cobarde jamás he sido;
que viendo su espada rota,
del corazón bien nacido
un nuevo coraje brota.

Alcor Noque.

P. D.

Para poder aplacar
á Francisco, le ofrecí
el premio que he de ganar.
Director, démelo á mí,
que con él he de pagar.

VALE.

El autor de la anterior solución puede pasar á nuestra oficina á recoger el premio ofrecido.

GEROGLÍFICO

A la más ingeniosa y acertada solución del geroglífico que hoy presentamos á nuestros lectores, daremos como premio una suscripción anual á La Revista Cómica y algo mas que, en calidad de sorpresa, reservamos al afortunado.

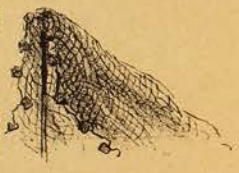
Imp. y Lit. L. F Rojas y C.ª Argomedo 20



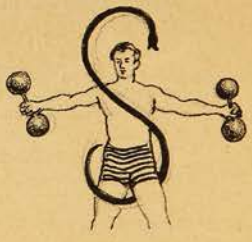
TISIS  NK

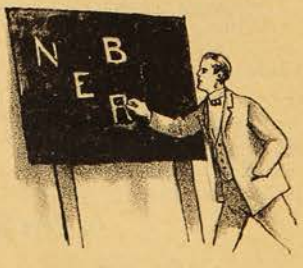


X  C 

l   y C 

—D 



 d 

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS HACENDISTAS

D. Augusto Villanueva



Discreto, honrado y activo,
y en los negocios experto,
entre nuestros hacendistas
ocupa elevado puesto.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1896 NÚM. 59

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números).....	$ 4.50
Por medio año (25 »).....	2.50
Número suelto.....	0.10
Id. atrasado.....	0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A

Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

"QUIÉN me ame que me siga," dijo la linda pastora, echando á correr por la pradera.

Y las ovejas, y los cabritillos que oyeron la dulce voz, la siguieron triscando alegremente.

También la oyó Manfredo, el zagal mas gentil de la comarca, y se quedó estático, apoyado en el tronco de la vieja encina.

¡Apesar de que la amaba con ciega idolatría!

***

En calma está el cielo,
las auras marinas que rizan las aguas
del plácido río,
á playas distantes impulsan la barca.

Un niño va en ella;
sonríe de júbilo... ¡Dichosa ignorancia!
No piensa ni sabe
que siempre están juntos escollos y playas.

***

Habia llegado á la cumbre, donde el sol de las ambiciones fulgura con resplandores infinitos.

Pero el demonio de la envidia se acercó á él, y mostrándole la ciudad que se extendia á sus piés, díjole:

—Todo eso será tuyo el dia que me adores.

Y él, ciego, delirante, levantó altares en su honor, fabricados con montones de oro, sobre la mesa del tapete.

Y lo adoró...

Luego, sopló el vendabal; y de la cumbre rodó á la sima revuelto con los gijarros del monte, para no levantarse jamás.

Mientras tanto Luzbel, contemplando su obra, reia á carcajadas.

A DON JULIO REAL Y PRADO se le necesita en la Administración de La Revista Cómica, Moneda 60-A.

¡CARIDAD!

¡CARIDAD! Caridad! virtud sublime,
palabra que es la redención del mundo,
consuelo del que sufre y del que gime,
de bondad y de amor germen fecundo.

Supremo goce de las almas puras,
cándida flor del sentimiento humano,
por tí se sufre agenas desventuras,
por tí cada mortal es un hermano.

Caridad! dice el mísero mendigo
al estender la descarnada mano,
ora pidiendo pan, ora el abrigo
de que el destino le privó inhumano.

Caridad! es el último lamento
del criminal que arrepentido muere,
y que en su cruel y atroz remordimiento
compasión y piedad tan solo quiere.

Caridad! el Dios-hombre predicaba;
y en palabra tan bella y tan sencilla
su grandiosa doctrina se encerraba
como el embrión se encierra en la semilla.

Y en el drama sublime del Calvario
al ser herido por la turba loca,
fué ¡Caridad! el ruego solitario
que exhaló humilde su divina boca.

Carlos Ledgard.

FALORDIA

A Tulio M. Cestero

NOCHE. Las nueve. Después de comer, Elia, la amada mia, y yo nos habiamos ido al balcón. Contemplábamos la luna, medalla de plata prendida en la casaca azul del Firmamento.

Y recordábamos...

***

En una noche igual nos conocimos.

Sobre la cubierta de un vapor que regresaba de América seis meses antes. Desde entonces Elia es mi amante.

Noche primaveral. Todos los pasajeros habian subido á contemplar la nitidez del astro de los amores. Yo entre ellos.

A mi lado, una pareja de novios, de amantes ó de esposos en luna de miel. Ella magestuosa, bella y morena. En sus ojos obscuros cabrilleaban dos lucecitas: la neurosis altiva; la coqueteria dulce. Tanto atendia á las palabras de su compañero, como á las miradas lánguidas de Teak, el poeta incorregible. En mi no paraba mientes. El, á primera vista, un tipo simpático. Para él todo el mundo, toda la gloria estaban en su compañera. ¡Con cuánta ternura la miraba!

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1896 NÚM. 59

Con qué pasión le hablaba! Oí alguna de sus palabras:

—"Mi amor es eterno y extraño."

*
* *

Dormia. De pronto gritos angustiosos, carreras apresuradas, abrir y cerrar de puertas, sonidos de cadenas, hiciéronme despertar sobresaltado. Levanteme á ver lo que ocurria.

Era algo muy sencillo: el buque, á pesar de la claridad de la noche, habia chocado contra una roca y hacia agua. Nos sumergiamos poco á poco. Dentro de un cuarto de hora el palo mayor desapareceria bajo las aguas.

Llenáronse bien pronto los botes. Ya en el vapor sólo quedábamos el capitán, yo y Jorge, el amante de Elia, contador del buque.

En el bote ocupado por Elia, el único que quedaba cerca de la nave, habia un asiento vacio. Lo supuse destinado á Jorge, el contador, y me resigné á lanzarme al agua en una tabla. Los demás botes, repletos de pasajeros, se alejaban ya.

Pero he aquí una sorpresa. Elia, sin mirar siquiera á su amante, hízome señas para que saltara al bote, y sin esperar más me lancé á él. ¿Me guió la pasión, el egoismo?

Alejámonos del vapor mientras éste, con el capitán y Jorge á su bordo, desaparecia bajo las aguas.

En medio del ruido de las olas parecióme oir estas palabras, como salidas del fondo del mar:

"Mi amor es eterno y extraño!"...

*
* *

Llegados al puerto aquella misma noche, nos instalamos en un hotel. Espresé por milésima vez mis agradecimientos á mi salvadora; conversamos largo, muy largo; trascurrieron las horas cortas, muy cortas y... Elia fué mia.

Aún lo es. Vivimos juntos en una deliciosa casita, y aunque yo noto algunas rarezas en el carácter de Elia, os aseguro, vivo contento. Además,

¡Es tan soberanamente hermosa!

Jamás hemos hablado del otro, de Jorge, el muerto: yo, por delicadeza; ella... no sé porqué.

*
* *

Estábamos en el balcón. Las miradas á lo infinito. Silencio.

De improviso, á nuestros piés, en la calle, estas palabras:

"Mi amor es eterno y extraño"

Miramos hacia abajo, y á la luz de un rayo de luna, vimos á Jorge, el contador del buque náufrago, el amante que creiamos muerto, que perdiéndose en la penumbra, se alejaba rápidamente...

José M. Barreto

A LEUCÓNOE

(Oda XI del libro I de Horacio.)

Tu ne quæsieris (scire nefas) quem mihi, quem tibi

NO te afanes, Leucónoe, que es en vano,
por conocer el fin que el alto cielo
á ti y á mi predestinado tiene;
ni te preocupen babilonios signos,
que es en vano también, mas siempre el pecho
tranquilo muestra á la fortuna vária.
Ya el pio Jove inviernos numerosos
de vida te depare, ya resuelva
que éste el postrero sea, en que quebranta
el mar Tirreno sus airadas ondas
entre las breñas de la playa, aleja
rudos afanes, de tus vinos cuida,
—que el tiempo huye veloz—y reduciendo
á breve espacio tu esperanza, goza
de la temprana flor, que por hoy solo
te brinda acaso su perfume grato.

Julio Vicuña Cifuentes

LA CANCION DE LA CAMPANA

Y dijo la campana:

Yo veo, la primera, la dulce faz de la virjen Alba, á quien el crinado Apolo envia besos furtivos que hacen sonrosar sus mejillas nacarinas; y canto, al amanecer de los dias brillantes y primaverales, la canción de la aurora con mi lengüita de bronce diamantino, la canción de brillante gama coloreada con átomos leves de rayos espectrales, de chispas de estrellas dobles en conjunción en los zodiacos azures y de cosmos que revientan formidable en el éter, sembrando lo infinito con regueros de Vias Lácteas; y doy al aire la nota que hace gorgoritear á los pájaros nuevos en los nidos que calienta una pechuga tibia, y despierto con ella las corolas que duermen borrachas de perfumes, como unas bacantes, y los becerros y los corderos que al oir mi vibrante voz corren á los prados á triscar retozones entre las alfalfas y los tomillos; y á las serranas hermosas y ariscas como cabritillas traviesas, les recuerdo á Dios, al Padre que está allá arriba, en medio de los siete alados coros, con la corona en donde se engarzan los soles flamijeros y el manto que lleva en la fimbria diez sistemas siderales, brillando con la luz increada que emana de Él mismo, miéntras Miguel, con el casco de guerra, armado de punta en blanco, con la coraza tres veces fuerte, revista la celeste milicia, cuando estallan con la sublime majestad de las tempestades rimbombantes las músicas deliciosas que alegran los corazones de los bienaventurados, hacién-



El gran incendio de Guayaquil.



¡Su abuelo!



—Vaya ño Peiro, camínele!
—Con una condición; si me dá Ud., ña Petita,
un... un . un abrazo bien...bien... bien apretao!



Sueño de amor.



Aristocracia del talento.



Aristocracia del dinero.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1896 NÚM. 59

doles entonar el gran himno, del cual llegó un eco débil al oido del ciego semidios de Smirna.

Mi canción es la canción del bronce que amarillea, del bronce que es un destello condensado del relámpago.

La canción del bronce es mas grande que la canción del oro, es soberbia, es sublime, porque es el canto de todos los ideales.

Cantemos al bronce que vale mas que el oro, al bronce fundido en la fragua y que se vacia en los moldes por el gran Dios Vulcano.

Y yo celebro triuntalmente el himeneo del espiritu con la materia, cuando anuncio al enjambre de seres que abejean en el espacio el nacimiento del infante, hijo del amor que brotó del beso. Y mi repiqueteo cristalino, hace sonreir á la felicidad en los labios de los padres y murmura á su oidos el porvenir rosa. ¡Oh! Yo les predigo que él, ese que recibe el agua del Bautista en la fuente de mármol, el ungido por el aceite biblico como los reyes del pueblo de Isrrael, como Saul y como el niño pastor, llevará sobre sus sienes la corona, y en las manos el cetro, y tendrá el manto régio y un trono, ó la llamarada, el nimbo del genio, y que será un apóstol, un vidente, un poeta.

Y yo celebro el triunfo del guerrero que lleva la afilada hoja reluciente tinta en sangre; canto la Victoria vestida de rojo y con la corona de laureles aromáticos. Y mis sones alegran los pechos curtidos al sol de las campañas, mas que el redoble de los tambores y las músicas marciales, cuando brillan los penachos en los cascos y las bayonetas caladas en los desfiles festivales; y entonces mis vitores vuelan del este al ocaso.

Y yo canto el himno plañidero del incendio de llamaradas sulfúreas que destruye los palacios soberbios, los altos minaretes, las cúpulas áureas, las escalinatas regias de mosaicos de mármoles. Y á mi tañido bailotean con algazara estrepitosa, hundiendo lechos y derribando murallas macizas, los demonios violáceos, jadeantes, con la lengua carbonizada. Yo les canto la galopa que hece hervir su sangre como lava, aumentando su furor vandálico; mientras abajo incito y aliento á las cotorras lacres, á las hachas cortantes, á los chorros de agua que van á apagar la sed de las lenguas azafranadas. Y entonces mi canto es triste, lastimero, sollozante; respira una amargura infinita: canto lo perecedero de las obras humanas y obligo á levantar la vista al firmamento ideal!...

¡Oh! La canción del bronce es mas grande que la canción del oro!

Y entono el himno espléndido, la gran marcha nupcial, alegre y decidora, cuando el amado se ha dado á la amada que lleva la corona de la castidad alba, inmaculada como la nieve que está en el picacho altisimo del Sanrisankar.

Yo les prometo, entonces, la eternidad del placer, de la ventura de alas cálidas y ligeras que besan al batir desplegadas. Yo les recuerdo el camarin adornado con tules, y cortinajes y sederias que velan á media tinta los besos apasionados, las sonrisas de labios ardientes como fraguas, y hago estremecer sus pechos anhelantes de dicha sibaritica i repito el si timido para que la brisa tibia, en ondas sonoras, lo lleva allá donde se besan los espiritus que revuelan placenteros donde florecen, eternamente, los corimbos de los gardenios, de los crisantemos y de los claveles murcianos.

¡Oh! La canción del bronce es más grande que la canción del oro porque es el canto de todos los ideales.

¡Oh! Cantemos al bronce la canción de los poetas, de los ungidos de Dios, la canción que puso en boca del germánico Schiller, el genio, el sublime poeta que palpita en la mente de la vieja y gloriosa Germania!...

Y yo canto al Dios cristiano que entre las ondas azules del incienso, desciende á los áureos cálices euscarísticos.

Yo soy la amada del Dios Huracán, el de enmarañada melena de rayos; y celebro con él mis desposorios en las hórridas noches tempestuosas. Y cuando él me besa en el alto campanario, entono el cosiambo espléndido y me estremezco como una virgen al sentir ese beso ardiente y luminoso, y entonces... estalla el rayo!

Y yo celebro la resurrección de las almas, el triunfo del espiritu, cuando el cadáver está en el túmulo negro, rodeado de cirios en el atrio. Entonces mis ritmos tienen una sonoridad apocaliptica.

Yo canto el excelsior del progreso en el lomo del leviatan locomotora

¡Oh! La canción del bronce...

Cantemos la canción del bronce con las campanas á vuelo, con choques de martinetes audaces, con choques de palancas, con bufidos de máquinas y calderas, con crepitaciones volcánicas del metal que se forja en los senos chispeantes de los Vesubios, con estallidos de astros, de soles nuevos que revientan, con relámpagos que fulguran; cantemos el anapesto soberbio y triunfal de las campanas, heraldos de la buena nueva, de la gran aurora del dia brillante y espléndido que espera á la humanidad.

A. Bórquez Solar

CANTARES

NO manches, lavanderita,
el velo de tu pudor,
porque las manchas del alma
no se lavan con jabón.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1896 NÚM. 59

Muy inmensos son los mares,
y los cielos mucho mas;
pero no hay nada tan grande
como el amor maternal.

Basta de penas y llanto,
cobra energía y valor,
enjuga tus lindos ojos
y vuelve la vista á Dios.

No libes tan confiada
en la copa del placer:
si en sus bordes hay dulzura,
en su fondo hay mucha hiel.

Es tu magestad de reina,
y es de reina tu esplendor.
Si acaso esclavo no tienes,
¿quieres que lo sea yo?

Azul es el mar inmenso,
azul del cielo el color,
y azules son las pupilas
en donde me miro yo.

O. Z. Z.

EL DIEZ POR CIENTO

—¿TENGO el honor de hablar con el señor Ministro?

—No, señora; con el Sub-secretario.

—¿Del Ministerio de...

—Servidor suyo. ¿En qué puedo serle útil?

—En mucho, señor, en mucho.

—Diga usted.

—Soy la viuda de don Sinforiano Barriales, muerto...

—Que desgracia, señora.

—Al año de haber sido destituido de sus funciones civiles.

—¿Don Sinforiano era...

—Cura civil de la circunscripción de Guapaigüin, con renta de un mil pesos al año.

—Modesta renta, señora.

—Modestísima, señor; por lo cual al morir mi pobre esposo solo me legó la miseria.

—¿Y desea usted hoy?...

—Que se me abone la gratificación del diez por ciento, acordada á los empleados destituidos y á los herederos de aquellos que hubieren fallecido, como mi pobre Sinforiano.

—¿Ha tramitado su espediente?

—Desde hace un mes, señor.

—Vuelva usted mañana y quedará despachada.

* * *

—¿Hablo con el conserge?

—No, señor, con el portero.

—Ya; con el *primer oficial de sala*, como decia el inolvidable Ramón Miranda.

—Que en paz descance.

—Asi sea. ¿Podria usted, mi buen amigo, anunciarme al señor Ministro?

—¿Para algo urgente?

—Y mucho; para rogarle el pronto despacho de un decretito sobre pago...

—¿De la gratificación del diez por ciento?

—Justo. ¿Como ha adivinado usted?

—Porque no menos de cincuenta veces al dia *recibimos* iguales peticiones. Ya casi no *despachamos* otra cosa.

Pase usted, señor, pase usted. El señor Ministro esta solo en este momento.

* * *

—Lo felicito sinceramente, señor don Pedro.

—Por?...

—Por la gratificación que acaba usted de recibir.

—Ah! mil gracias.

—Bonita suma ¿verdad? ¡Dos mil cuatro cientos pesos!

—Que desaparecerán bien pronto. Ya sabe usted que en mi casa no habia sillas en que sentarse y ni siquiera ollas en que cocinar.

—Ah, sí! Y también tendrá que pagar algunas cuentecitas...

—Francamente, no habia pensado en ello.

—No todas por cierto, pero al menos aquel piquito que usted me quedó á deber del terno que lleva puesto.

—Ah... si... son...

—Treinta pesos, nada más.

—Tiene usted razón; pero en estos momentos no llevo dinero. Pásese usted por mi casa á la hora de comida. (¡Maldito encuentro!)

—Con todo gusto; á esa hora tendré el placer de verlo. (¡Que feliz casualidad!)

Timoleón.

EN LA CUMBRE

(Sully Prudhomme)

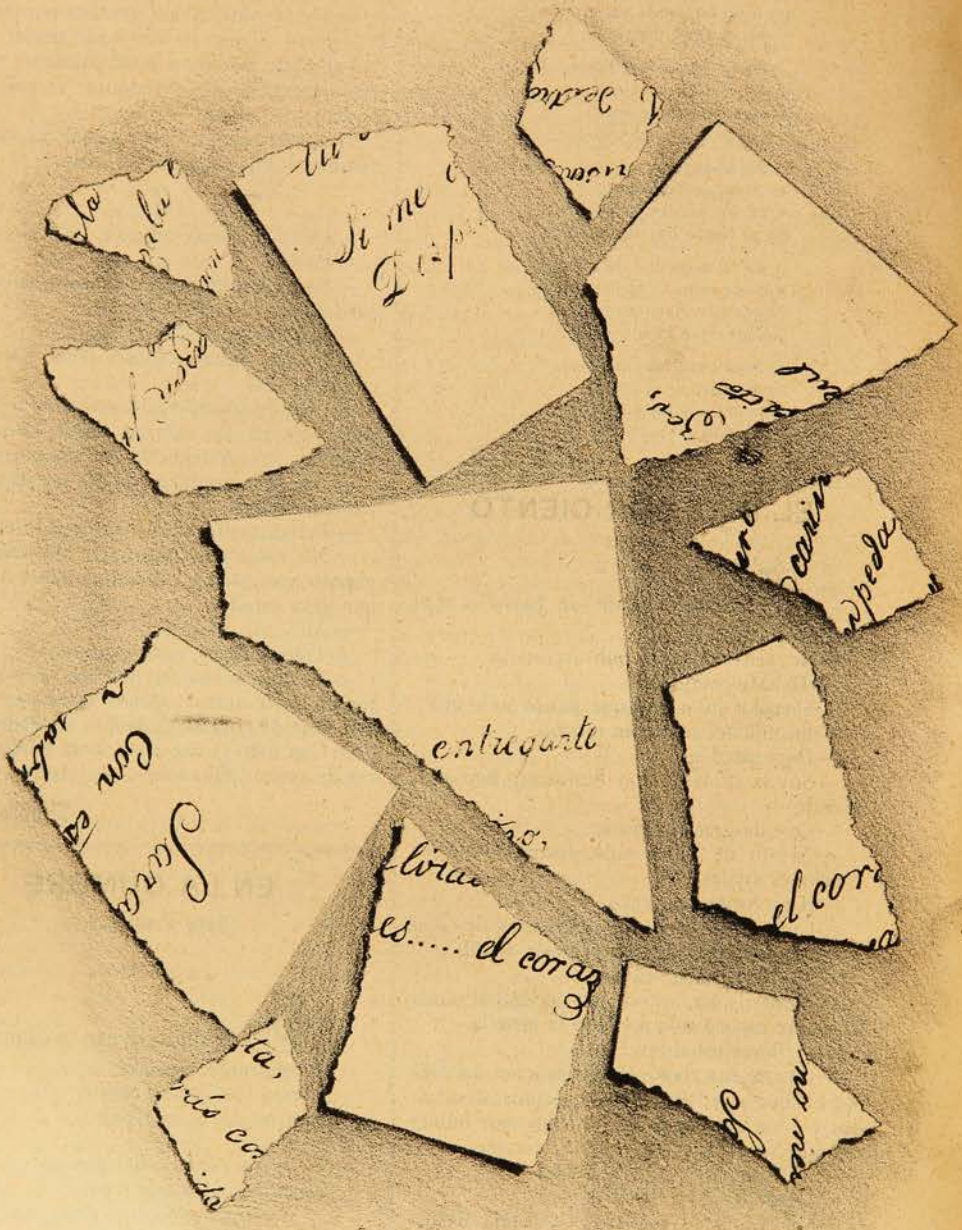
DOS hombres ganan la cumbre
del gigantesco peñón;
cierran los ojos en éxtasis
para oir del mar la voz:

"—Yo escucho del paraiso
canciones de gloria y paz...
—Y yo escucho como gime
la muchedumbre infernal..."

Y los hombres espantados
de tan extraña ilusión,
ambos los ojos abrieron
á la luz del mismo sol.

Abelardo Varela

Imp. y Lit. L. F Rojas y C.ª Argomedo 20



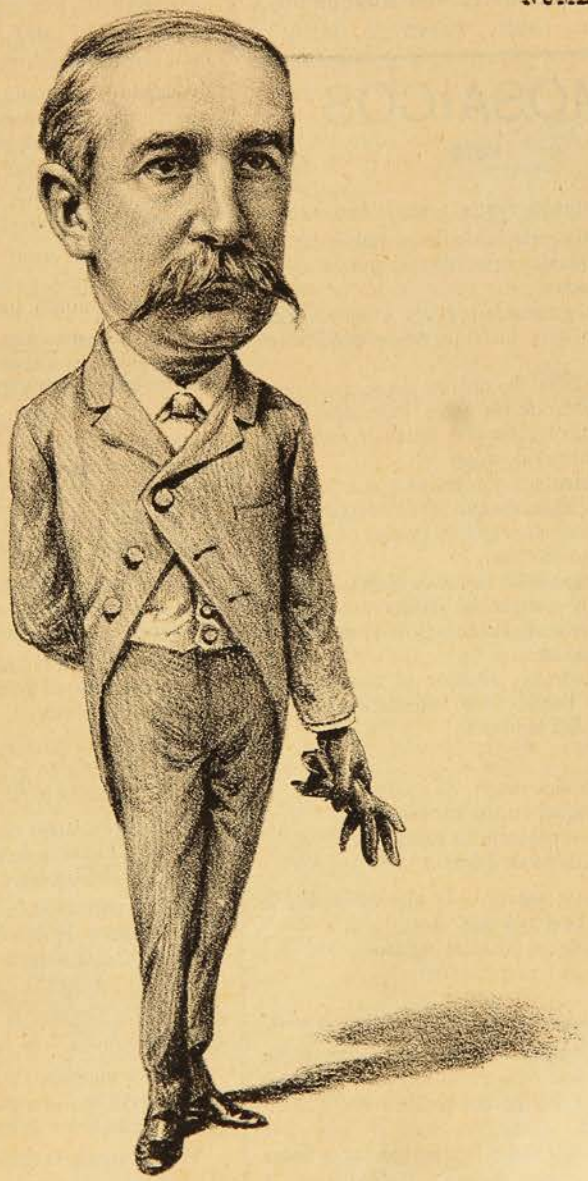
La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS POLÍTICOS

D. Osvaldo Renjifo



Secundando en el poder
al mandatario leal
que á Chile rigió hasta ayer,
de honrado, experto y cabal
la fama llegó á obtener.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1896 NÚM. 60

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

EN las tumbas regias, coronas de terra cota, de brillante porcelana, de flores trabajadas con primor; guirnaldas costosisimas, tapices de valores exajerados.

¡Coronas, guirnaldas, flores i tapices secos como el egoismo; lucientes de esplendor como la vanidad!

En las fosas de los pobres, coronas de siempreviva, flores de los valles, guirnaldas de los jardines, humedecidas con gotas de rocío, que semejan lágrimas de dolor.

Allá, la ostentación mundana; acá, el amor que vive, el recuerdo que no se extingue.

Allá, los muertos rígidos, airados en el fondo de sus lujosos féretros.

Acá, los esqueletos llenos de alegria, pugnando acaso por romper las tablas del modesto ataud, para salir al encuentro de la madre, del hijo, de la esposa...

¡Oh! el contraste, siempre el contraste, diseñando los límites de la ostentación lujosa y de la sinceridad modesta!

*
* *

¿Me apostrofas, mujer, de inconsecuente
porque, en mi justo horror,
aseguré que corazón no habias
recibido de Dios?...

Pues no hay motivo... Lo que entonces dije
lo vuelvo á decir hoy,
porque tener un corazón ingrato
no es tener corazón!

*
* *

Fué á la tumba de su amada.

Se arrodilló sobre la losa fria, y él, que habia olvidado las oraciones de su infancia, encontró en lo íntimo del alma una palabra con que dirigirse á Dios.

Luego, viendo sobre la sepultura unas flores que no eran las que él habia traido, sintió la mordedura de los celos,

Con mano nerviosa las arrancó de su sitio y las arrojó lejos, en la ancha avenida sembrada de hojas secas.

Entonces, pareció que un suspiro brotaba de la tumba á través de las hendiduras del mármol.

Y un rayo de sol vino á besar la frente del amante, que tenía celos de la muerta.

ANTE EL CADÁVER DE UN AMIGO

ESCUCHA ¡oh, muerto!—Conversar deseo
en esta augusta soledad contigo,
aquí, dentro tu obscuro mausoleo.

Cuando tu cuerpo á un alma daba abrigo,
juntos cruzamos la terrestre senda,
y siempre fuiste leal, fuiste mi amigo.

Por eso de mis lágrimas la ofrenda
he venido á ofrecerte, y es por eso
que espero que tu espíritu me entienda.

Hoy la mano orgullosa del progreso
en nuestras almas, por borrar, se esfuerza,
el sello de inmortal, por Dios impreso.

Mas, no esperes que mi ánimo se tuerza
hasta aceptar en nuestro sér humano
sólo un compuesto de materia y fuerza.

Si no fuera verdad lo que el cristiano
sostiene en su dulcísima creencia,
me abriera tumba con mi propia mano!

Pues ¿para qué seguir con la existencia
si sólo desengaños y amarguras
y nada—nada más—forman su esencia?

Las vijilias del sabio, las ternuras
de la abnegada madre, el santo anhelo
de calmar las ajenas desventuras;

¿de qué sirven, si todo en este suelo
ni tiene premio, ni á durar alcanza,
ni el alma es inmortal, ni existe un cielo?...

Si el hombre sendas de virtud avanza
con la esperanza de mejor destino,
¿que hará cuando le falte esta esperanza?

¿Que hará cuando conozca lo mezquino
de la vida, lo inútil de ser bueno?
—¡Hará lo del ladrón y el asesino!

El cáliz de mi vida aún está lleno
de esperanza y de fe, aún no lo amarga
de torpes dudas el fatal veneno.

Contento llevo la pesada carga
de esta vida intranquila y fatigosa,
corta en la dicha y en la pena larga.

La larva miserable y asquerosa
en mariposa se convierte un dia...
—¡la muerte torna al hombre mariposa

Yo contemplo la cárcel do vivia
el alma tuya, mi querido amigo...
Hoy tu alma goza del eterno dia!

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1896 NÚM. 60

I cuando traigan y le den abrigo
á mi cuerpo en angosta sepultura,
eternamente viviré contigo.

Que juntos vagarán por esa altura,
las almas de los dos, y disipada
de mi vida terrestre la envoltura,
feliz descansaré de la jornada!

Ricardo Fernández Montalva

1889

EN EL CEMENTERIO

AQUÍ, en este sombrío cementerio,
en donde todo duerme y todo calla,
descanso el hombre á sus fatigas halla
y alza el no ser su tenebroso imperio.

Aquí, donde termina el cautiverio
con que el cuerpo al espíritu avasalla,
las pasiones, al fin, encuentran valla
y descórrese el manto del misterio.

Aquí, en el reino de la eterna nada,
pienso en la vida que en la tumba empieza
despues que el cuerpo se convierte en cieno.

Y, alzando al firmamento la mirada,
el corazón extraño á la flaqueza,
tan solo envidio la virtud del bueno!

Federico González G.

LOS ESPECTROS

ERA pequeño, muy pequeñito—me acuerdo aún—cuando la abuela me contaba que una tarde del 1.º de Noviembre—el año lo he olvidado—llevándome ella de la mano, habia ido al cementerio para visitar la tumba que guardaba los restos de sus mayores.

El sol se ponia en el ocaso—me decia la abuelita—cuando penetramos en la ciudad de los sepulcros, y pocas eran las personas que en ella quedaban aún.

Nos encaminamos—yo no lo recuerdo, pero ella lo aseguraba—hácia el costado izquierdo de la ciudad, cuando al pasar por una callejuela estrecha, rodeada de fosas, cubiertas con toscas lápidas, se alzó, de entre ellas, el espectro de una mujer, envuelta en negras vestiduras.

Mi abuelita era una señora de espíritu varonil—eso sí que lo puedo asegurar, por haber recibido, en cierta ocasión, un zurriagazo, de que conservaré eterna memoria—era varonil, digo, y no se inmutó en presencia del fantasma; porque no era tal fantasma, me decia, sino una muchacha bonita, y de carne y hueso, como tú y yo:—y mi abuela suspiraba ruidosamente al hacerme tal confesión.

Como mi abuelita tratara de seguir su camino

—Detente, mujer!, le dijo la aparición, con voz que se esforzaba por hacer cavernosa.

Pero mi abuela, ántes que detenerse, se echó á reir en presencia del *espectro*.

A todo esto, yo experimentaba un temor indecible y tiritaba de miedo—según me decia la señora—porque aquel *caso* yo no lo recuerdo.

Ya se vé, era entonces muy chiquitin!

Quiso mi abuelita avanzar de nuevo, y...

—Detente! gritó—esta vez una verdadera voz de ultra tumba—salida de los labios de otro espectro vestido con levita y cubierta la cabeza con ancho sombrero calañes.

Entonces sí que la abuela retrocedió verdaderamente espantada.

Al fulgor de los últimos rayos del sol poniente, acababa de reconocer á su esposo en el espectro de la voz sepulcral.

. . . . . .

La abuelita, al terminar su relato, dijome que mi abuelo, sabiendo que ella debia ir aquella tarde al Cementerio, le habia preparado la *broma* de los espectros, para poner á prueba su corage.

—Pero, ¿y el otro fantasma?, me atreví á interrogarla.

—El otro... el otro era una prima de mi marido; bonita muchacha, pero muy bonita y mucho mas jóven que yo, respondióme tristemente, como si aquel último recuerdo que encerraba toda una historia de pasados celos, le mortificaran aún.

Rocambole.

A...

(Páginas del *Libro Viejo*.)

—

AY! dulces ojos que en cantar me empleo!
¡Ay! fresca boca que á besar me incita!
¡Ay! pálidas mejillas, donde escrita
la cruel sentencia de mi muerte leo!

¡Ay! voz que en vano definir deseo!
¡Alma llena de amor que mi alma agita,
por quien mi amante corazón palpita,
por quien de nuevo en la ventura creo!

¡Por ti al mundo nací!... Para adorarte
abandoné el reposo de la nada
y vine *á ser* en este mundo triste.

Más, juzgo que muy pronto he de dejarte,
y ¡ay! si al partir de esta infeliz morada
para los que se amaron nada existe!

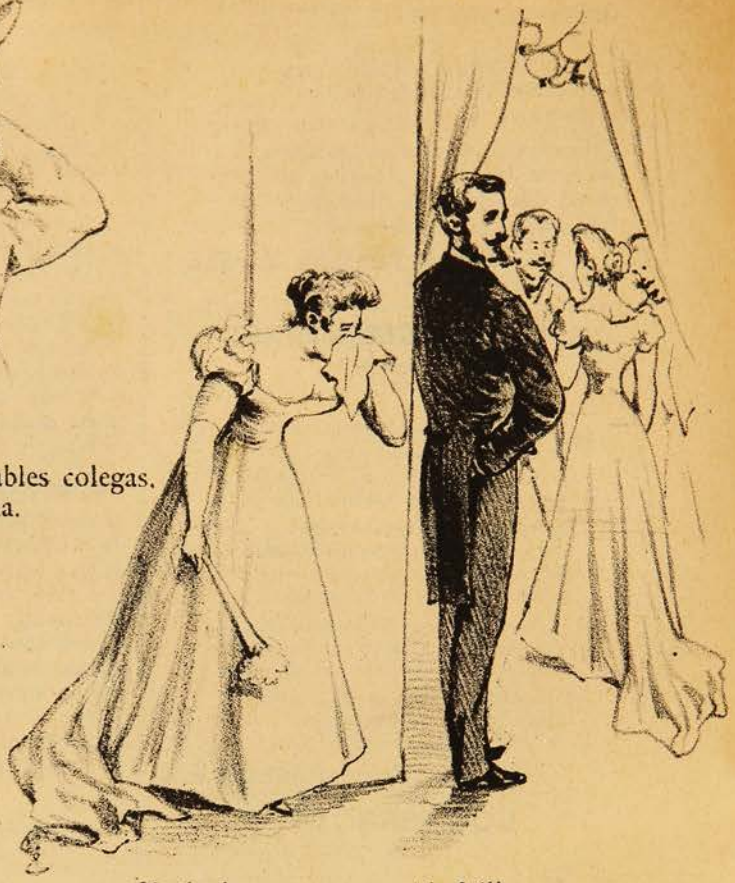
J. V. C.

"LA REVISTA CÓMICA".

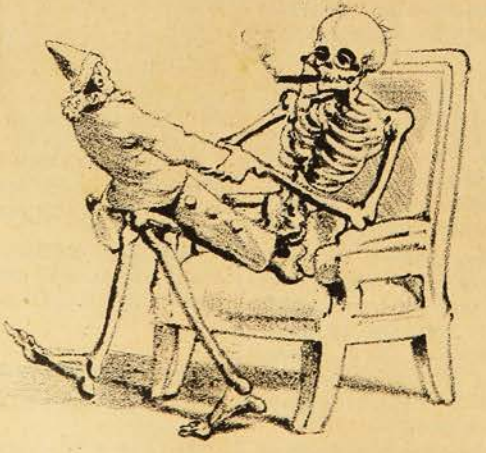
Se venden colecciones completas del primer año de este periódico, DIEZ PESOS cada una, Oficina Moneda 60-A.



En honor de mis honorables colegas, muertos en edad temprana.



Vuélvele á meter en mi bolsillo.



—Vamos á ver, querido Pierrot, ¿en cuánto avalúas tu existencia y qué fortuna deseas?

—Nada mas que en un millón quinientos cuarenta y un años y diez mil cinquitos todos los domingos.



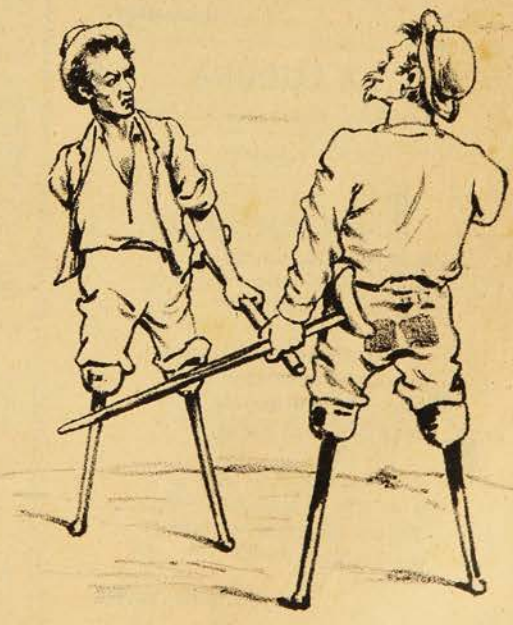
¡Ay! ¡ay! si tuviera á la mano, aunque fuera unas tenazas, para sacarme esta muela infame!



Mira, Pierrot, ¿por qué no eres mi amigo?
—Con una condición: que jamás te presentes á mi vista, salvo cuando te haga una señita.



—¿Le agrada á Vd. señorita, el baile?
—Me produce náuseas.



¡En guardia!

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1896 NÚM. 60

JUNTO Á UNA TUMBA.

CABE este túmulo
mis ojos míseros
su llanto gélido
derramarán;
y el sueño póstumo
de este ángel cándido,
mis ayes lúgubres
arrullarán.

En torno al féretro
mil flores próvido
mi afecto íntimo
sustentará;
y de mis lágrimas
la fuente límpida,
sus tiernos pétalos
fecundará.

Las noches lóbregas
de invierno frígido,
sus miembros húmedos
abrigarán
los suaves hálitos,
que en besos férvidos
mis labios dóciles
la enviarán.

Y cuando impávida
la muerte rígida
mi vista fúlgida
empañe ya,
cabe este túmulo,
paloma célica,
mi cuerpo lívido
reposará.

Remember.

LA LOCURA

(IMITACIÓN DE MAURICE ROLLINAT)

TRAS la razón va de caza
la tarántula del caos;
tambaleando huye el espíritu,
y rueda desconcertado.

Ved el delirio del músculo
temblar en la carne enferma!
¡Oid aullar los mancos
de la camisa de fuerza!

Á desarmarse se ríe
la muerte, viendo los lazos
que teje dentro el cerebro
la tarántula del caos...

Abelardo Varela

ULTRA TUMBA

ERA una virgen de bondades llena!
Yo la amaba con ciega idolatría,
y su dulce recuerdo todavía
mi corazón cautiva y enajena.

En su frente de pálida azucena
la aureola del pudor resplandecía,
y su alma pura cual la luz del día
era al engaño y al dolor ajena.

Fué su vida fugaz y delicada
como un soplo del aura pasajera
que entre las flores del verjel murmura.

Nació al lucir de un día la alborada,
y antes que el sol á su cenit subiera,
ángel sin mancha, se elevó á la altura!

O. Z. Z.

ASOCIACIÓN

DE ALABANZAS MÚTUAS.

—COMO te lo digo: existe la asociación.
—Júramelo... y aún así no lo creeré,
—Hijo, los juramentos en el día son cosa baladí y nadie hace caso de ellos.

Cuantas veces tu mismo has jurado amor eterno, inextinguible, á más de una de esas lindas morenas que allá, en tu tierra, á orillas del Rimac, lucen sus gracias infinitas, olvidándolas después.

Cuantas veces el esposo jura á la esposa no volver á pasar las noches en el Club (?); y la mujer al marido que ya no será otra vez favorecida con el premio gordo de las rifas de á *un peso el número*, de las tiendas de lujo y, sinembargo, el marido vuelve noche á noche al Club, y la mujer continúa obteniendo el dichoso premio, representando hoy por un solitario de brillante; mañana por el rico manto de la China.

¡Ya lo ves! Es inútil creer en juramentos!

—Pero, la sociedad?

—Existe, lo repito y es de lo mas peregrino que puedes imaginarte.

Figúrate que no tienen Estatutos, ni reglamentos de sala, ni nada que se le parezca. Tampoco hay cuotas de incorporación, ni morturias, ni nada de lo que grava el bolsillo.

Todo se hace allí á *pura pluma*, con sus respectivos aditamentos de papel y de tinta.

—Si no te esplicas mejor...

—Voy á ello.

A. es un tipo que pretente entrar al templo de las letras, y escribe un articulejo en que abundan las citas de autores ilustres, los nombres de escritores célebres, y, luego, las frases huecas, sin valor alguno.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1896 NÚM. 60

A. se ha incorporado previamente en la *Asociación de alabanzas mútuas*.

Reunida ésta en sesión solemne, acuerda que el articulo de A. sea publicado en un periódico cualquiera, de aquellos cuya circulación no exede de dos cientos egemplares por número.

A. queda ungido periodista, desde el instante en que su elucubración vió la luz pública.

Luego B., al siguiente ó subsiguiente dia, logra encajar por ahi un sueltesito de crónica, alabando el articulo de su consocio A.

Dice, de él, que se inicia con brillo en la carrera de las letras; que es un exquisito prosador; que posee una potencia cerebral de cien caballos de fuerza (nominales); que la pluma, en su manos, es rayo destructor cuando ataca; arado que abre zurcos en el terreno de la civilización; vestal que alimenta el fuego sagrado del Progreso; y mil lindezas por el estilo.

A. *sorprendido* con la lectura de lo que de él *se dice*, cobra nuevo brios, y se lanza de lleno á recorrer el camino de las letras.

Y escribe: "B., nuestro distinguido amigo, el escritor sensato, el literato de alta escuela, el pensador y filósofo, prepara actualmente una obra—la primera que dará á la luz pública—llamada á tener gran resonancia dentro y fuera del pais.

B., que hasta hoi ha ocupado un puesto humilde entre los soldados de la prensa—debido en gran parte á la modestia, distintivo de su carácter—habrá de figurar mañana á la altura de los primeros escritores del pais."

Satisfecha por A. la deuda contraida con B., entran C. y D. á pregonar los *méritos* de los demás asociados, y aquellos, á su vez, los de C. y D. que, por cierto, no reconocen rivales en las tareas del saber humano.

He ahí, amigo, la *Asociación de alabanzas mútuas* que en Chile, en el Perú, en Bolivia y la Argentina, funciona con gran número de miembros y *fabrica* dia á dia periodistas y escritores.

¿Conoces, por acaso, á alguno de ellos?

No?, pues yo si, por centenares.

Raul.

SÓCRATES Á SUS AMIGOS

(VIII del libro III de Fedro.)

Un albergue pequeño
Sócrates construyó, (genio sublime
cuyo hado no desdeño,
si, como á él, la fama me redime
del olvido, y la envidia
depone ante mi tumba su perfidia).
Un curioso sin nombre,
cual siempre suele acontecer, le dijo:
—"¿Es posible que un hombre
tan grande como vos y tan prolijo,
que en lo infinito sueña,
una casa fabrique tan pequeña?"
—"¡Ojalá!" dijo el sabio,
"que áun pueda un dia este menguado asilo,
del bien en desagravio,
lleno de amigos contemplar tranquilo!"—
Y gran razón tenia,
que la fiel amistad no abunda hoy dia.

J. V. C.

SOLUCIÓN

Damos en seguida la que ha merecido el premio por nuestro geroglífico del número 58.

Su autor se servirá indicarnos su nombre y domicilio, para enviarle La Revista y algunas botellas de Malta blanca, que el señor Ebner ha ofrecido generosamente como premio.

Señor Director de La Revista Cómica

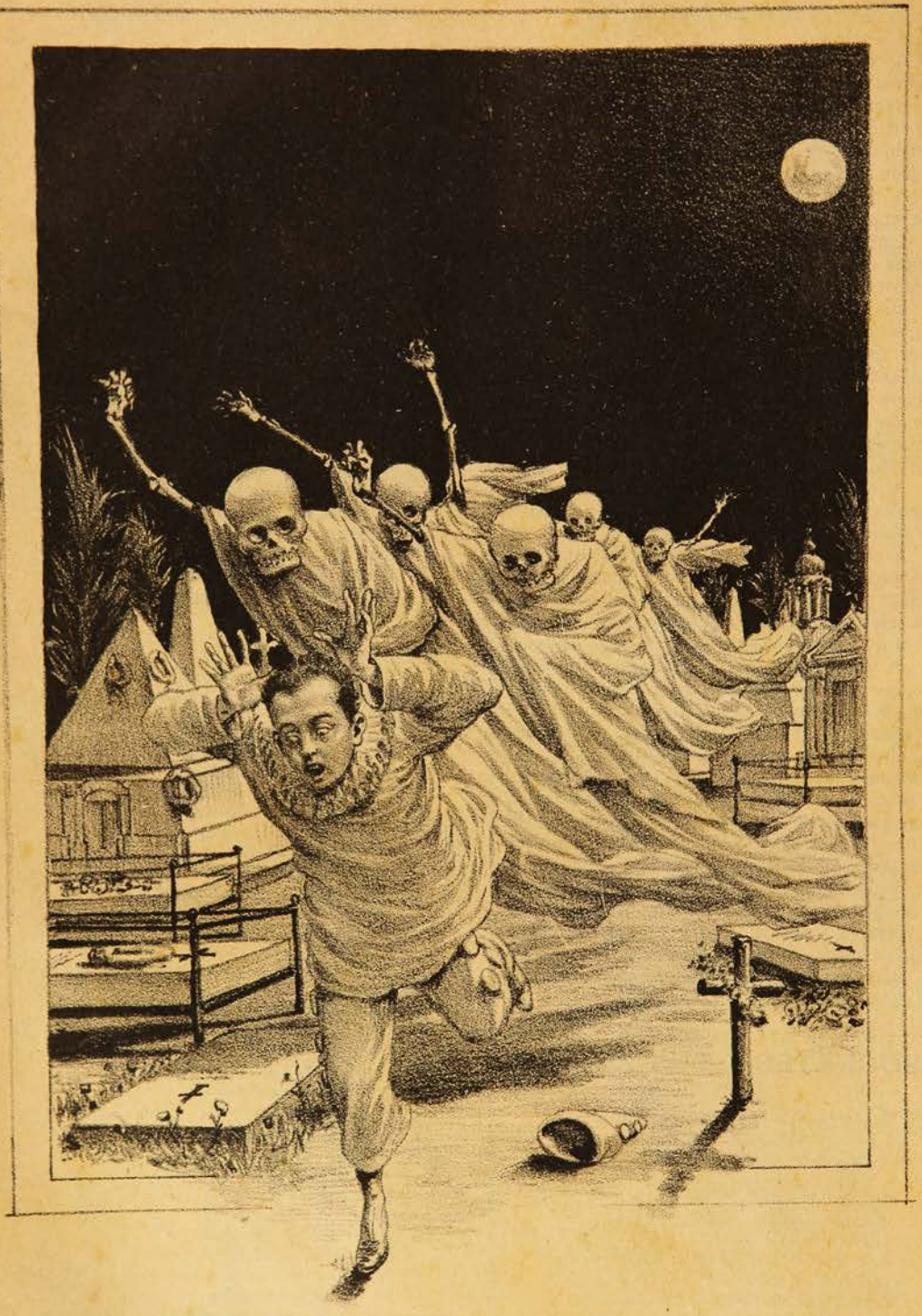
Tengo, Señor Director,
aunque extraño le parezca—
pues mi figura raquítica
atractivos no presenta—
una chica que me quiere
con voluntad y alma entera,
tan hermosa como un ángel,
de suave cutis morena,
voluptuosos labios rojos
y dos ojos como estrellas.
(Por su bien le recomiendo
que en la calle, si la encuentra,
no la siga, porque puede
suceder una trajedia,
que en celoso no me gana
ni Otelo.) La cual muchacha
se encontraba un poco enferma
por causales que su madre
oculta como es de regla;
cuando lei en La Revista,
por cierto, sin extrañeza,
que BEBIENDO MALTA BLANCA,
TÓNICO POR EXCELENCIA,
digo, SE ABRE EL APETITO
Y SE RECOBRAN LAS FUERZAS.
NOTA. LA DE EBNER.—Al punto
á la calle Independencia
mandé buscar en un coche
de la bendita cerveza.
Y ¡cosa extraña! mi chica
con tan sólo diez botellas,
ha sanado por completo
de sus ocultas dolencias.

Contando el caso á un amigo,
el amigo me contesta:
—Vaya hombre ¿no lo sabias?
Pues, con la Malta, las feas
se vuelven encantadoras
y son fieles las coquetas
y los imbéciles sabios;
para amorosas empresas
los vejetes sienten brios
y hasta se doman las suegras!

Con que, Señor Director,
mil gracias por la receta.

Pepito.

Imp. y Lit. L. F Rojas y C.ª Argomedo 20



—¡Ah! pícaro bufon! mereces un tremendo castigo por haberte olvidado de un modo imperdonable de nosotros.

—Os prometo, ilustres difuntos, publicaros una brillante galería con vuestras honorables efijíes.

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS MILITARES

D. Enrique Munizaga



Militar de noble aliento,
ha asociado con honor
á las palmas del valor
los laureles del talento.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1896 NÚM. 61

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

¡SIEMPRE los contrastes!

Allá, en el recinto donde moran los que dejaron la vida, recogimiento solemne, lágrimas y suspiros de dolor.

Afuera, frente á la sepulcral morada, los acordes del arpa y de la guitarra; la grita destemplada de los borrachos; la licencia licenciosa de los beodos que, en medio de los placeres de la vida, olvidan el misterio augusto de la muerte.

Ah!..

***

¿Que yo tuve la culpa?... Eso es muy cierto:
la de haberte querido;
la de buscar diamantes en el lodo
y creer en suspiros.

***

La nave surcaba veloz sobre las ondas bravías de la mar.

De pronto un ruido extraño, aterrador...

El buque habia chocado contra una roca desconocida, y comenzaba á hundirse.

Los pasajeros, con el rostro demudado por el terror, clamaban á gritos misericordia!

—Al agua los botes! gritó con voz de trueno el capitán.

Los pasajeros, locos de ansiedad, se precipitaron dentro de ellos.

Menos uno... La joven de blonda cabellera, que todos veian sobre cubierta, contemplando cada noche, con mirada melancólica, la radiante luz de la luna.

Nadie sabia quién era ni á donde iba.

Viajaba sola.

—Aún es tiempo, le gritaron los que se salvaban en la falúa del capitan, al ver la inmovilidad de la niña.

Pero ella no hizo caso; y abrasándose al mástil que aún flotaba sobre la superficie.

—Esta es mi tumba, dijo.

—Y murmurando un nombre, el de Jorge, se dejó arrastrar á las profundidades del abismo.

***

La vi alzarse airada, sacudiendo con ruda fiereza las cadenas que oprimen sus manos.

Vi á sus hijos—los hijos de la linda joven esclava—pugnando por romper las férreas ligaduras que la sujetan á los pies de un león viejo y decrépito.

Y vi al león, con su cabellera irsuta y sus garras desgastadas, lanzando su postrera y lasciva mirada á la virgen bella del Continente Americano.

Y luego, un extruendo sordo, hierros que se quebrantan, gritos de estusiasmo é himnos de victoria!

Y en la manigua, en la aldea, en la ciudad, el júbilo sin igual de todo un pueblo que despierta al grito sacrosanto de ¡VIVA CUBA LIBRE!

***

—¿Qué es la vida?... En su agonía
dijo el cándido José;
y su mujer, que le oia,
murmuró con alegría:
—Cuando mueras, lo sabré.

***

—¿Qué es de la bella Elena?

—En la cárcel correccional, hijo, purgando el delito de haber amado á un hombre á quién creyó honrado y caballero.

—Luego ¿amar es un crimen?

—Para muchachas de la condición de Elena, si... cuando se entregan en brazos de los representantes de la aristocracia del vicio y de la corrupción.

—¿Y él?

—¿El seductor?

—Si.

—Pasea su arrogante figura en los sitios públicos de la capital, y actualmente redacta un proyecto de ley que castiga con penas severísimas á los criminales de alto tono, cada vez que abusen del candor de una muchacha inocente y desvalida.

De una hija de los trópicos
modesta cuanto hermosa,
lectores, las primicias
os ofrecemos hoy:
¡Gustadlas!... Son los cánticos
del ave misteriosa
que evoca las delicias
del nido en que nació.

RECUERDOS

ROBAROS su frescura
el tiempo no ha podido,
recuerdos venturosos
de mi primera edad.
No extenderán los años
el manto del olvido,
sobre vosotros, caros
recuerdos de mi hogar.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1896 NÚM. 61

¡Venid, con vuestras alas
á refrescar mi frente!
¡Traedme los susurros
del aura tropical!
Sus bosques de palmeras,
la pura y limpia fuente
que entre los troncos corre
del viejo platanal!....

Por el ameno valle,
las gratas correrías
en busca de los nidos
del bello colibrí!....
Los juegos de la infancia,
sus locas alegrías,
el prado de esmeraldas
do crecen flores mil!

La sombra que nos daban
los viejos cafetales,
su rojo y dulce fruto
para calmar la sed;
y luego las guirnaldas
de trémulos corales,
que ufanas colocamos
de adorno en nuestra sien.

¡Recuerdos! Sois vosotros
del alma las miradas,
que vuelven amorosas
á su perdido bien:
hácia las dulces horas,
há tiempo ya pasadas,
que huyeron presurosas
para jamás volver!

Los tiempos que pasaron,
el alma los reviste
de encantos inefables
y ensueños de placer.
Vivir de los recuerdos
sublime es, aunque triste....
¡Venid, venid vosotras
mis lágrimas, también!....

Esperanza.

ÚLTIMA VIBRACIÓN

La música es otra vida
en medio de la presente.

BALSAC

Fuera de su arte, nada habia existido para él. No conoció la pasiones mas naturales en los hombres. Desde que tuvo uso de razón, sólo vivió para la música. Lo habia sacrificado todo á su violin. Toda su sensibilidad estaba concentrada en la armonía; relacionada todas sus sensaciones con la música. Célebre desde joven, debia á su talento particular los éxitos mas halagadores. Hasta los instantes mas deliciosos, mas felices de su vida, debíalos á su arte. Encontraba miserables todas las afecciones, junto á ese fuego que consumia su corazón.

Enfermo y fatigado, habia ido al campo á renovar sus fuerzas físicas bajo el techo familiar, abrigo de sus primeras emociones. Muertos sus padres desde muchos años, estaba solo, deleitándose en su tranquilidad, después del estruendo de los aplausos y triunfos que habian seguido el movimiento de su arco á través de Europa.

Al caer el dia, cuando todo rumor ya muere y se levantan de las plantas, con la llegada de la noche, mas fuertes aromas, el viejo artista tomaba su violin y, en medio de su jardin de rosas, tocaba. Su naturaleza entera parecia callar para oir la armonía divina que se elevaba penetrante al espirar el dia. El viejo traducia con su arco todas las vibraciones de su alma, toda la fiebre de su corazón. Exaltándose poco á poco, extinguíase en él la materia y sólo ardia la llama de su espíritu, magnífica y pura. Era para morir de terror, oir cómo vibraba esa alma; para verla, para sentirla vivir y palpitar, bastaba un instrumento hecho de un poco de madera y algunas cuerdas... Ebrio de armonía, tocaba, tocaba mientras la naturaleza envolviase en silencio para no turbar belleza tanta. Las estrellas se iluminaban una por una en el azul sombrío; de las flores que abrian lentamente sus cálices, levantábanse perfumes suaves y dulces...

Una noche, mas espléndida que todas las otras, el viejo artista espiró; su alma se extinguió en un acorde, superior en magnífica grandeza á toda ejecución humana.

De su familia sólo quedaban al músico dos sobrinas, burguesas, de inteligencia escasa y alma estrecha. Llegaron á la tranquila casa á recoger la herencia. Sólo encontraron en las grandes piezas poco amuebladas, muchas coronas, partituras, con las que no sabian qué hacer, unas pocas monedas de oro y algunos utensilios, únicas cosas apreciadas por esas mujeres.

La repartición no se hizo sin grandes disputas. En fin, todo estaba ya por terminar, cuando al llegar la tarde, bañada en sombras, divisaron el violin.

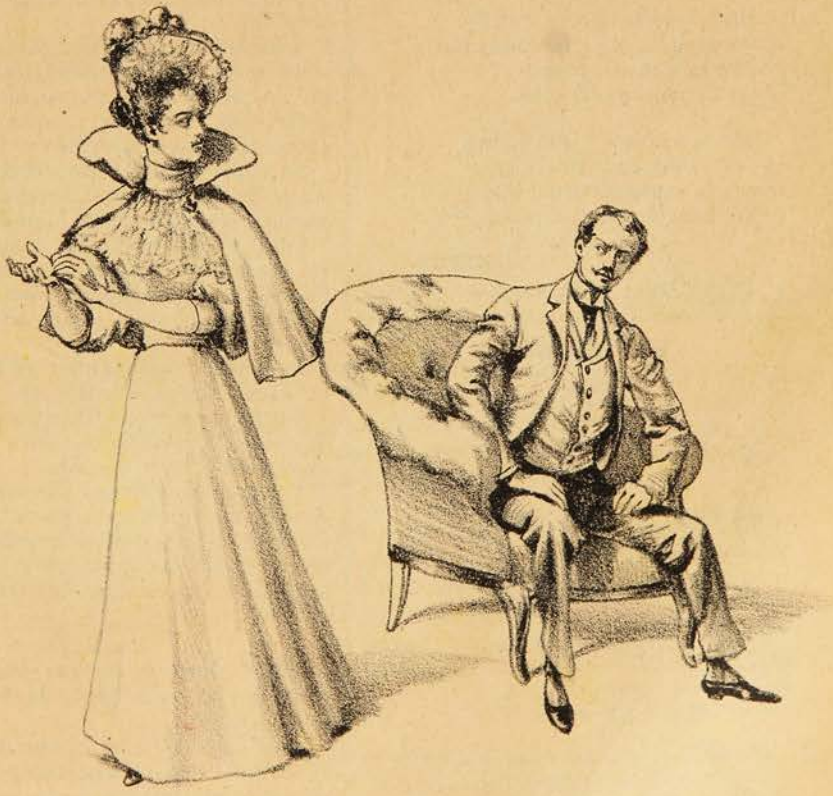
Sobre el instrumento—¡oh profanación!—se posaron esas manos indignas. Renováronse las disputas, ambas herederas querian apoderarse del violin, y las dos lucharon sin ceder ninguna, cuando repentinamente, llegada la noche, las cuerdas del instrumento gimieron. Asustadas, guardaron silencio, interrumpiendo su pleito; por las ventanas abiertas la noche entró á oleadas arrastrando con ella los perfumes exhalados por el jardin... Las cuerdas gimieron nuevamente... Espantadas las dos mujeres, dejaron caer al suelo el violin: entonces brotó del instrumento algo como un vapor y un intenso resplandor iluminó la pieza... El violin se rompió.

Las dos mujeres huyeron, aterradas en presencia del prodigio.

Juan Laurenty







—Parece que ya no es esta tu casa.
—No sirvo yo para vivir como en un convento y por eso me casé contigo.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1896 NÚM. 61

EN EL CEMENTERIO

TODO es silencio bajo el follaje
do apenas llega la tibia luz
de la mañana, que despuntando
va entre girones de blanco tul.

La brisa errante, que murmurando
mueve las ramas de alto ciprés,
quedo, muy quedo, como temblando,
un nombre amado dice tal vez.

¡Cuántos, que yacen bajo la losa
de regio mármol y piedra gris!
¡Cuántos, que duermen allí olvidados
entre las flores, en el jardín!

Aquí el sarcófago desnudo y triste,
allí la reja de humilde cruz,
donde una madre tierna y doliente
riega con lágrimas el ataud.

Algunas gentes vagando en grupos,
con amargura dirán tal vez
al ver la fosa recién abierta:
"¡quizá en su seno descansaré!"

Aquí, de rosas blancos capullos,
como una alfombra, cubriendo están
el duro lecho donde reposa
la que de penas murió quizá.

Niveos jazmines y madreselvas
hay enredados en la alta cruz;
crece á la entrada la pasionaria,
¡y allí, á la sombra, descansas tú!

Esperanza.

1.º de noviembre de 1896.

EL MAMBI

A Angel Custodio Cortés,
Oficial del Ejército Libertador Cubano.

¡AH! Yo tengo un mambí de ojos azules
y encrespada cabellera rubia,
que aún dos años no cuenta, y ya presume
ser un audaz libertador de Cuba.

Apénas sale el sol, desnudo salta
con ímpetu marcial, desde la cuna,
y dando vivas, mi bastón de caña,
para servirle de corcel, empuña.

Blandiendo un palo, cual si fuera el machete,
corre, vuela, ya ansioso por la lucha,
al patio, su manigua, aquel invicto
y terrible adalid en miniatura.

En pos de él sigue la faldera tropa
de tres chicuelas, hermanitas suyas,
y en creciente algarada estrepitosa,
ponen al punto el enemigo en fuga.

Triste y medroso ante el empuje, el perro,
para huir sin cesar, el rabo oculta;
las gallinas y el gallo alzan el vuelo,
y el gato en la cocina se acurruca...

Después.... El sol de América, en la frente
gloriosa irradia del mambí que triunfa;
y erguido en su corcel, alto el machete,
da el grito redentor de "¡Viva Cuba!"

J. J. P.

LA NINFA

(Á Daniel 2.º Tobar)

EL sol vencedor irradia su gloria desde la cumbre del inmenso claro azul.

En la margen de cristalina fuente, bajo el régio palio de un laurel florido, reposa sobre el musgo la desnudez inmaculada del cuerpo de una ninfa.

Palpita en su cuerpo un himno de inmortal juventud.

Sobre sus brazos que se cruzan, descansa su rostro encuadrado en soberbia cabellera,—negro rio que cae ondeando por sus blancas espaldas, y se desparrama y espira besando las curvas deliciosas de sus caderas.

En su pecho, en el fondo del claro obscuro, sonrie un botón de rosa, sobre el cual nunca pudieron posarse los labios locos del amor.

Filtrándose al través de las ramas, llega el sol, delicado y misterioso, á depositar un beso de oro sobre la gracia de sus formas puras.

Están por el suelo, el arco desarmado y el carcax vacío.

Es la línea en toda la majestad de su reposo; es la belleza en su esplendor supremo.

Sobre el aire tibio, dilátase ténue, cual blanda caricia, el voluptuoso aliento del bosque, impugnado de ásaro y eneldo.

Y envuelta en perfumes y misterios; el torso de nieve trasparentando vagas tintas de rosa y záfiro; la negra cabellera cayendo sobre las caderas magníficas; el áureo beso del sol sobre la gracia de sus muslos,—la ninfa duerme sin cuidado...

* * *

Súbito, alumbran la vasta sombra de una encina dos puntos de fuego, dos brillantes que arrojan chispas.

Entre redes de hiedra y ramas de mirto, asoma un rostro tosco. Tiene cuernos en la frente; sus orejas son largas y agudas; su barba es de chivo.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1896 NÚM. 61

Sonríe, y su sonrisa es canallesca; arde en sus ojos un fuego extraño; su nariz tiene algo del lobo que husmea la tierna presa; sus gruesos labios se contraen como si estuvieran resecados por la fiebre.

Ledo, muy ledo, ahogando la agitada respiración, sus piés hendidos se deslizan sobre el verde musgo; y como el águila, implacable, veloz, arrójase sobre la ninfa.

Brota del dulce ensueño del bosque un grito agudo, mezcla de espanto, rabia y profundo dolor...

El hirsuto cazador de ninfas desnudas, — oprimiendo entre sus fuertes brazos la blanca presa; los ojos relampagueantes; la fogosa nariz y los gruesos labios resecos hundidos en el pecho delicado; borracho con el perfume de la vírgen,—se interna y se pierde en el glauco bosque, á grandes saltos sobre sus piés de cabro...

A. Alvear

SUEÑOS

CUANDO en mis sueños inquietos
contemplo loco, anhelante,
tu pudoroso semblante,
criatura angelical;
cuando, al través de tus ojos,
contemplo á aquel dios vendado,
que tu belleza ha exornado
de un no sé qué divinal;

Cuando miro tus cabellos
que bate alegre la brisa,
y en tus labios, la sonrisa
que despierta mi inquietud;
cuando admiro las mil gracias
que embellecen tu existencia,
y que inspiran la cadencia
de mi armónico laud;

Cuando escucho delirante,
y con frenético anhelo,
aquella voz, que en el cielo
conmovería al Señor;
cuando miro tu albo cuello,
tu nevada y tersa frente,
¡ay! entonces, impaciente
despierto, loco de amor.

Y quisiera, en mi delirio,
que mi triste vida huyera
con la brisa pasajera
que alimenta tu existir;
ó quisiera.... ¿á qué decirlo?
que esos sueños de ventura
¡ay! durasen lo que dura,
ya despierto, mi sufrir.

C. S. C.

PARA UNA MUJER

NO sé qué dulce y misterioso encanto
me halaga el corazón cuando te miro;
te quisiera olvidar.... ¡y te amo tanto!
que noche y día por tu amor deliro!

La copa!.... Dame ron!.... yá está repleta.
Huyan penas de amor, huyan ahogadas,
que aunque me mata una pasión secreta;
quiero reir con locas carcajadas!

Dáme la luz de tus hermosos ojos,
dáme tu corazón, dáme tu aliento,
dáme los besos de tus labios rojos,
que estoy de amor y de placer sediento!

Ven!.... y batamos del amor las palmas,
y, de pasión en un febril exeso,
olvidemos el mundo.... y nuestras almas
se unan al fin en un ardiente beso!!

A. Mauret Caamaño.

CELOS.

CUANDO se acerca indecisa
la brisa para besar
tu cabellera sin par,
tengo celos de la brisa!

Cuando tiñendo arrebol
sobre la cumbre distante
el sol te besa el semblante,
yo tengo celos del sol!

Y en mi ciego fanatismo
celoso soy de tal suerte,
que entre mis brazos al verte,
tengo celos de mi mismo!

Pancho.

A LOS SEÑORES

ex-agentes de nuestro periódico, en Traiguén, Talca y Tocopilla, les rogamos se sirvan enviarnos los saldos de cuenta que nos adeudan, para evitarnos la molestia de dar sus nombres en estas columnas.

Igual ruego dirigimos á los señores agentes de Constitución, Andes (señor V.) y Ovalle.

Por tercera vez requerimos á los señores J. M. Retamales, de Iquique, y Wenceslao Moreno C., de Tacna, el pago de sus respectivas cuentas.

Por la Dirección

EL GERENTE.

Imp. y Lit. L. F Rojas y C.ª Argomedo 20



Sta. Rosario Ossa O.



Sta. Celia Larrain T.

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS MÉDICOS

D. Isaac Ugarte G.



Su espíritu altivo y fuerte,
en el estudio formado,
con honor ha disputado
sus víctimas á la muerte.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1896 NÚM. 62

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números).....	$ 4.50
Por medio año (25 »).....	2.50
Número suelto.....	0.10
Id. atrasado.....	0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A

Casilla, 1666, Teléfono, 1278

MOSAICOS

¡CÓMO no amarla siendo tan bella!

Siendo inocente y pura, como no caer de rodillas á sus plantas, implorando las primicias del amor que en su alma se despierta.

Pero... soy pobre y tengo miedo!...

Pobre! La pobreza es la lepra social que condena al hombre á vivir sin afecciones, á matar los sentimientos que germinan en el corazón.

Sin embargo... le diré que la adoro, y luego... imploraré su perdón, ofreciéndola huir lejos, muy lejos, donde su desprecio no me alcance.

* * *

Se encontraron aquella noche en el baile.

Una extraña corriente de simpatías las unió desde aquel instante.

Se comunicaron mútuamente sus impresiones.

Elvira le habló de su pasión ardiente hácia Edgardo.

Aurora le confesó su amor intenso y le dijo el nombre del preferido de su corazón: Edgardo.

¿Era otro Edgardo?

La duda brotó de súbito en la mente de las dos amigas.

Edgardo apareció en el dintel del salón.

—Ese, digeron á un tiempo las dos amigas, y quedaron silenciosas, mudas.

Luego... un relámpago de ira brotó de los ojos de Elvira.

Y un rayo de odio, de odio feróz, cruzó por las pupilas de Aurora.

Edgardo saludó cortezmente á las dos rivales.

Y ellas...

Desde entonces no han vuelto á hablarse jamás.

AYER Y HOY

(Páginas del Libro Viejo)

¿QUÉ mudanza al contemplarte advierto
entre el ayer y el hoy?
Aunque ignoro si juzgo con acierto,
á decírtelo voy.

Bella eres como ayer, talvez más bella,
que un año más de edad
deja en las niñas como dulce huella
un lampo de beldad.

De tus leves, purísimos contornos
la suave morbidez,
la juventud anuncia y sus adornos;
¡ya huye tu niñez!

Eres la misma, sí, que por agravios
del hado, conocí;
la misma que escuché.... ¡pero esos labios
no me hablaban así!

La misma, cuyos púdicos sonrojos
enamorado ví;
la misma que ensalcé.... ¡pero esos ojos
no miraban así!

La misma virgen que con ánsia loca
en mi pecho acogí;
la misma que yo amé.... ¡pero esa boca
no sonreía así!

¿Será, talvez, que la desgracia oscura
mis ojos anubló?
¡Ah, nó! Es que falta á tu belleza pura
la inocencia, que huyó.

Ese es el cambio que al mirarte advierto
entre el ayer y el hoy.
Si no juzgué con imparcial acierto
yo el culpable no soy.

J. V. C.

FLORES DE TINIEBLAS

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

HERMOSAS noches. Ante los resplandecientes cafées de los bulevares, en los terrados de los famosos salones de refresco, ¿cuántas mujeres de vistosos vestidos, cuántos elegantes aplanacalles se pavonean!

Las pequeñas vendedoras de flores circulan con sus canastillos.

Las bellas indolentes aceptan estas flores que pasan, cortadas todas, todas misteriosas...

—¿Misteriosas?

—Sí, acaso las únicas.

Existe, sabedlo risueñas lectoras, existe en el mismo Paris cierta empresa sombría que se entiende con muchos conductores de suntuosos

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1896 NÚM. 62

entierros, y con los mismos sepultureros, que alivian de sus cargas á los difuntos de las mañana, impidiendo se marchiten *inútilmente* sobre las nuevas sepulturas, todos los magníficos ramos, todas las coronas, todas las rosas con que por centenares cubre continuamente los sarcófagos la piedad filial ó conyugal.

Estas flores son casi siempre olvidadas después de las tristes ceremonias. No se piensa mas en ellas; hay necesidad de volverse luego, —cosa que se concibe fácilmente!...

Es entonces cuando nuestros amables exhumadores se entregan con todo entusiasmo á su obra. Estos caballeros no olvidan las flores. No están en las nubes. Son gentes prácticas. Las cogen por brazadas, en silencio. Arrojarlas precipitadamente, por sobre la muralla, á un chirrión apropiado, es para ellos cosa de un segundo.

Dos ó tres de los mas vivos y con mas desplante, llevan la preciosa carga á unas floristas amigas, que gracias a sus dedos de hadas, engastan de mil maneras en numerosos ramos y ramilletes, y hasta en rosas sueltas, estos melancólicos despojos.

Las pequeñas negociantas de la noche llegan entonces, provista cada una de su canastillo. Circulan, por decirlo así, á los primeros resplandores de los reverberos, por los bulevares, ante los terrados brillantes y en los mil parajes donde está el placer.

Y los jóvenes del fastidio, deseosos de ser considerados galantes por aquellos hacia quienes sienten alguna inclinación, compran las flores á elevados precios y las ofrecen á las damas.

Estas, todas blancas de afeites, las aceptan con una sonrisa de indiferencia y las conservan en la mano,—ó se las prenden á la cintura.

Y los reflejos del gas bañan de palidez los rostros.

Y las criaturas—espectros, engalanadas así con las flores de la muerte, llevan, sin saberlo, el emblema del amor que ellas dan y de aquel que reciben.

Villiers de L'Isle Adam

EL BORRICO MALDICIENTE

—"¡Cuán necia sois, buena gente!"
dijo á una chusma inconciente
el Borrico cierta vez.
"¿Juzgais al León valiente?"....
Si yo os contara... ¡Par diez!"

Ardiendo en curiosidad
la turba se le acercó,
pidiendo con ansiedad
les dijera la verdad
de aquello que aconteció.

Con tono ambiguo argüia
el Asno: "ya se sabrá";
la chusma se sonreía;
y el más prudente decía:
"¿Qué será? ¿Qué no será?"

Rugió el León, y el muy pillo
del Borrico se escapó;
formó la turba en corrillo,
y en un debate sencillo
el trono al León quitó.

Ageno á viles traiciones
llegóse á la chusma el Rey;
oyó las murmuraciones,
y dió en fuertes rasguñones
de su bravura la ley.

Mohina y escarmentada,
contra el indigno Jumento
la turba volvióse airada,
y, en la venganza empeñada,
pidió al Rey su prendimiento.

Y aunque mil cosas dijeron,
nada probarle pudieron;
defendió el León su vida;
y, sin venganza, tuvieron
que abandonar la partida.—

Los que de un vil maldiciente
os haceis eco inocente,
no olvideis este relato:
siempre escapa el delincuente
y el crédulo paga el pato.

Alguien

EMBRIÁGATE

TRADUCCIÓN

Es necesario estar siempre ebrio. Todo está en esto; esta es la única cuestión. Para no sentir la horrible carga del tiempo que te revienta los pulmones y te arroja contra el suelo, necesitas embriagarte sin cesar.

¿De qué? De vino, de poesía ó de virtud, como mas te guste. Pero embriágate.

Y si alguna vez despiertas sobre las gradas de un palacio, sobre la yerba verde de una fosa, en la soledad melancólica de tu aposento, con tu embriaguez debilitada ó extinguida, pregunta al viento, á la ola, á la estrella, al ave, al reloj, á todo lo que huye, a todo lo que gime, á todo lo que rueda, a todo lo que canta, á todo lo que habla, pregunta qué hora es; y el viento, la ola, la estrella, el ave, el reloj, te responderán: «Es la hora de embriagarse! Para no ser el esclavo mártir del tiempo, embriágate; embriágate sin cesar!... De vino, de poesía ó de virtud, como mas te guste...»

Carlos Baudelaire

Gabriela Ortuzar Errázuriz

† 6 de Noviembre de 1896

DE GRACIA Y VIRTUD MODELO,
VOLVIÓSE Á SU PATRIA EL CIELO!



Fué una gota de rocio,
que en una noche de estío
descendió:
la evaporó el sol ardiente,
y el cielo, que era su fuente,
la sorbió.



¡Ay! qué miedo!



—¿Dónde marcha el señor marqués?

—¡Calla hombre! soñé anoche que era Ministro y todavía no puedo desprenderme de esta idea.



--Sigue mis pasos ¡bien mio! que encontrarás en mí la felicidad que anhelas.

—¡Ay! nó, veo ante mí levantarse la venerable sombra de mi padre que me señala el deber.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1896 NÚM. 62

RECUERDOS

En un lugar de arroyos y de flores,
do, enseñoreado, canta el ruiseñor,
recordando sus cuitas, sus amores,
habitaba feliz en sus albores
la ninfa de mi amor.

¡Cuán bella estaba!... En su modesta falda
lucían flores de matices mil:
la cabellera ondeaba por su espalda,
sobre la veste purpurada y gualda
de la niña gentil.

Sola, una vez, entre la verde grama,
para consuelo de mi afán, la hallé;
y, sin poder disimular la llama
que mi ardoroso corazón inflama,
mi amor la confesé.

El fuego vió de mi pasión vehemente,
mi angustia, mi ansiedad, mi frenesí;
hechicero rubor tiñó su frente;
y en voz sencilla, enamorada, ardiente,
me otorgó el dulce sí.

Turbado, ansioso, en la inquietud sumido,
frenético á sus plantas me arrojé.
Besarlas quise!... y, de dolor transido,
solo vi un ángel que volaba al nido,
¡y la visión se fué!

C. S. C.

EVOLUCIÓN

Mientras un cielo azul sonrió al bohemio,
mientras soñó con besos y coronas;
fueron su copa de inmortales ansias
los labios de una hermosa.

Cuando el engaño ensangrentó su pecho,
cuando su estrella se vistió de sombras;
fueron los labios en que halló el olvido
los bordes de una copa.

Abelardo Varela

LA PESADILLA

(Al doctor don Eulogio Cortínez)

Hacía algún tiempo que no habia visto á Alfonso.

Fui á su casa y almorzamos juntos. Ahogamos nuestro almuerzo en la púrpura de un soberbio Borgoña y en el oro cristalino de un delicado Sauterne.

La charla fué larga y tirada: recuerdos, impresiones del dia, debates de ideas estéticas y la última obra de Alfonso, el gran boceto del *Angel caido*, nos deboraron rápidamente el tiempo.

Pero siempre, bajo la forma de remotas nostalgias, de porfiadas persecuciones, de ideales imposibles, de encarnizadas luchas en que cada golpe era una derrota; la melancolia agitaba sobre la cabeza del artista sus alas de sombra.

*
* *

El vino, como un filtro demoniaco, encendia en su alma volcanes y engendraba monstruos que le estrechaban en sus anillos de desesperación.

En tal estado, encerrábase en su taller poseido de una ansia febril, y empuñaba el martillo que descargaba sobre el cincel á golpes formidables. Entonces, como bajo el influjo de una evocación, surgian de cada bloc de mármol, una esfinge profundamente misteriosa, un sátiro de brutal lascivia, una Venus de belleza cruel. Y,—el fuego del genio en los ojos, en tensión violenta los músculos acerados de sus brazos desnudos,—era el artista un titán conquistando el ideal y la gloria á grandes golpes de martillo.

Y pasaban, y pasaban las horas, hasta que las armas heroicas se desprendian involuntariamente de sus manos, y su cuerpo aplastado por la fatiga, tembloroso de extenuación, vencido por la gran batalla, caia desplomado sobre un taburete. Los codos sobre las rodillas, emboscadas las manos en la espesa cabellera de ébano, la frente herida por el dolor,—principiaban en esos instantes para él, las tenebrosas é interminables meditaciones.

Luego, antes sus ojos dibujábase la silueta del negro fantasma.

Muchas veces un rayo de luna, filtrándose al través de los claros vidrios y resbalando sobre los blancos poemas de su cincel, llegaba á besar el rostro pálido del artista, que al pié de su obra yacia como un muerto...

El dia siguiente sorprendíale en el mismo lugar lleno de asombroi y con los músculos en profundo desmayo.

*
* *

Después del almuerzo, recorrimos el taller tomados del brazo.

Todos sus trabajos me eran conocidos, esceptuando el soberbio *Angel caido*.

Aferrado á la enhiesta roca, plegadas las alas de murciélago, el gran caido, con las entrañas devoradas por el mal, alzaba al cielo su puño de enormes zarpas. En su rostro gemia el dolor sin remedio y bramaba la cólera impotente.

—Mi obra de mas trabajo, acaso la última y que no terminaré... suspiró mi amigo.

Repentinamente retiró su brazo del mio y me miró un instante al rostro como para sondear mi corazón; después, apoyando una mano en mi hombro, me dijo:

—Sé que puedo confiar en tu amistad. Voy á poner mi vida en tus manos; te mostraré la obra en que puse toda la rabia de mis nervios,

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1896 NÚM. 62

Abrió la puerta de un cuarto vecino á su taller, volviendo á echar la llave cuando entramos.

—Es mi *Pesadilla*, me dijo Alfonso, de un modo sombrío.

Efectivamente, era una pesadilla, pero una pesadilla diabólica; una ansia, una angustia, una desesperación espantosa, estrangulada por la fatalidad. Entre las revueltas sábanas del lecho, un joven, las manos y los piés atados en un solo nudo, luchaba con la monstruosa obsesión. Habia tal movimiento en los músculos, habia tal aire de tragedia en las martirizadas carnes, gemia en ellas tan dolorosamente la realidad, que consideré la obra un esfuerzo sobrehumano. Yba á estrechar la mano de mi amigo, cuando este me detuvo con una mirada fria y penetrante como una hoja de acero.

Encendió un cigarro, votó violentamente el frio fósforo en que lo habia encendido, reclinóse en un diván, y con voz ronca me dijo:

—Vas á saber mi secreto.

Mudo, de pié, los brazos cruzados, la mente perdida en mil congeturas, mirando á su moreno rostro melancólico, esperé frente á él un instante su relación.

* * *

«Tú recordarás, empezó, que dos años atrás, cuando en mi corazón y en mi cerebro se agitaba loco el carnaval de las pasiones, era luz y alegria de mi taller una rubia, blanca y delicada como esas vírgenes que colocan en los altares, y con dos ojos que consumian mi alma, negros como el carbón..

¡Pobre Elisa! Siempre recuerdo aquella extraña sensación, mezcla de placer y dolor, que se apoderaba de mi cuando rompia la tempestad de sus histéricas, interminables carcajadas.

Desapareció un dia... y su desaparición infiltró la muerte en mi alma. Eso era lo que tú sabias.

Oye lo demás.

Me invitaron algunos amigos á pasar un dia de campo. Lo comuniqué á Elisa, que no lo tomó á bien y con besos y caricias quiso hacerme desistir de mi paseo. Fui, sin embargo.

Habiamos pasado alegremente la midad del dia, vagando á pleno sol, embriagándonos de de aire puro, hartándonos los estómagos, cuando el recuerdo de Elisa, á quién dejaba sola é inquieta, me hizo volver.

¡Ah! ¡mas bien no lo hiciera! El engaño es un vino de embriaguez entusiasta; salir de él, es beber el vino mortalmente triste.

No salió Elisa á recibirme; pero entrando á mi dormitorio... vi un temblor de cortinas.. me pareció que el suelo huia de mis piés,.. y senti que las fuerzas me faltaban...

Recobré la posesión de mi.

No queria verter la sangre del miserable.

Atontado, talvez incapaz de resirtir, le amarré en esa forma sin gran dificultad y le arrastré hasta aquí.

Concebi entonces una idea bizarra, inmortalizar mi tormento junto con mi venganza.

Dediqué el resto del dia al estudio de mi modelo.

Elisa, presa de grandes convulsiones, en un rincón del lecho, lamentábase y gemia, implorando mi perdón hasta las primeras horas de la noche.

Sentia sed, una sed terrible, y bebi ajenjo, mucho ajenjo...

Entonces tuve pena por la desgracia de la pobre rubia, y me acerqué temblando á besar sus ojos negros como el carbón, en que antes se consumia mi espiritu y que estaban deshechos en lágrimas.

Y estuve tan insensato que quise oir otra vez sus enfermizas carcajadas, y las extremidades de mis dedos acariciaron juguetonamente las plantas de sus pequeños piés de rosa.

Y las carcajadas locas volvieron á resonar horas enteras como una sinfonia cristalina, mientras su cuerpo se estremecia, vibraba entre mis brazos, como vibran bajo el arco las cuerdas de un violin.

Cuando desperté en la mañana, una mancha de ópalo iluminaba la cortina. Elisa dormia, blanca, pálida, sueltos los rubios cabellos, húmedos los ojos. La contemplé extasiado un largo rato. Después... tomé de la cabecera un estilete... y lo hundí en su cuello...

Hubo un grito ahogado...

Pegué mis labios á la herida, y estuchando con fiebre rabiosa, infernal, su cuerpo que se agitaba violentamente, bebí, y bebí mucho, hasta quedar borracho de su sangre...

Arrojé su cuerpo al pozo que has visto siempre cubierto de flores, y me vine á este cuarto donde tuve la primera sesión con mi modelo. Nunca he trabajado con mas entusiasmo, con mas visión en el cerebro, ni con mas destreza en los dedos.

Al séptimo dia el bribón estaba muerto, bien muerto,.. probablemente de hambre, de sed... qué se yo!... pero mi boceto estaba terminado!...

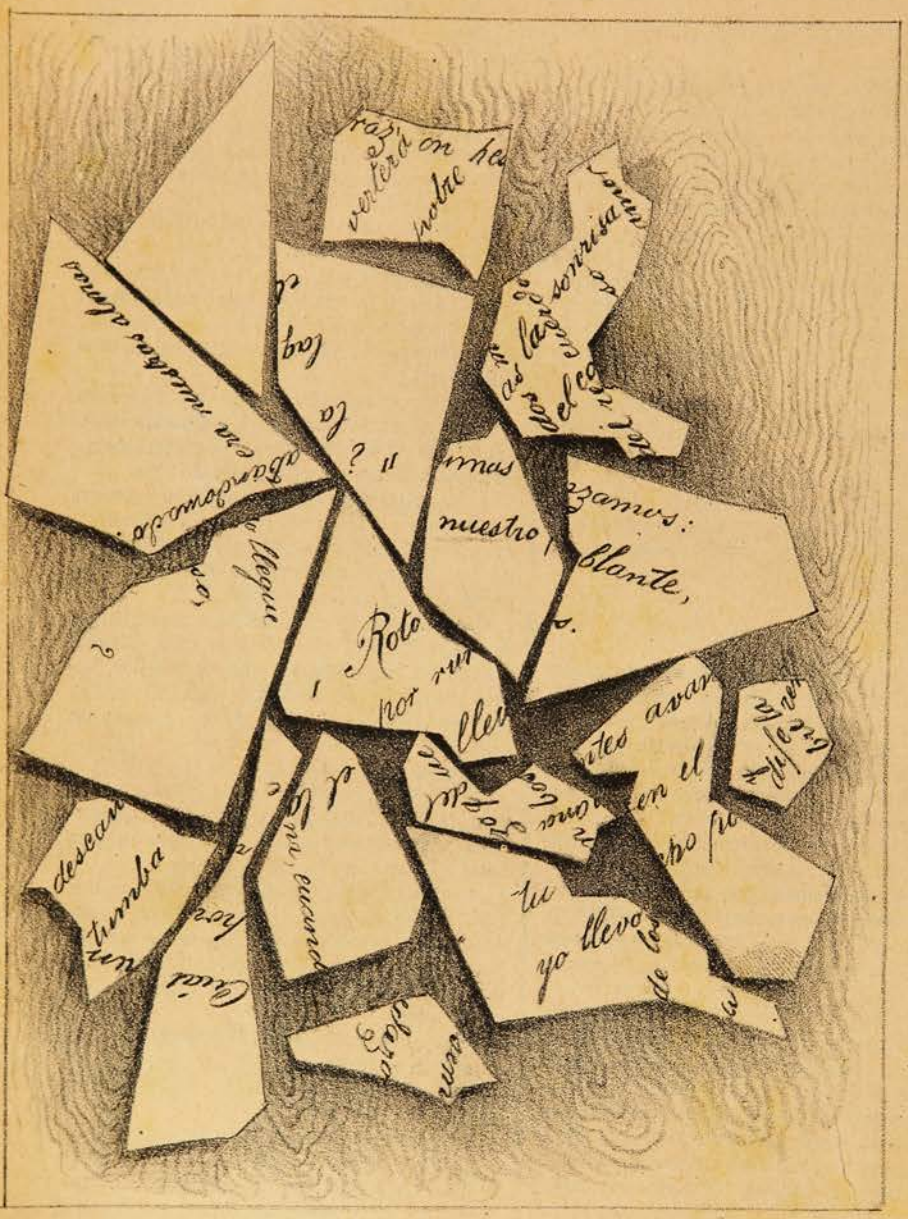
No me fué difícil llevar el cadáver á los extramuros, donde lo devoraron los perros...»

Y diciendo esto, el cigarro se deshacia en su mano, que se agarraba nerviosamente al diván; en sus labios se dibujaba el rictus de una espantable risa sardónica, y sus ojos chispeantes quedaban fijos en el boceto de la *Pesadilla*.

Y yo, de pié, como clavado en el suelo sentia correr por mi frente un sudor de hielo...

A. Alvear

Imp y Lit. L. F Rojas y C.ª Argomedo 20



Una suscripción por un año de la Revista Cómica
el que armonice mas ingeniosamente este destrozo.

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS JURISCONSULTOS.

D. José Antonio Gandarillas.



Como estadista, eminente;
como liberal, probado;
claro nombre le ha ganado
su conducta consecuente.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1896 NÚM. 63

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

HABÍA amado á la mujer sobre todas las cosas de la vida, y en estrofas llenas de ternura, con ritmos de besos y suspiros, cantado las emociones dulces y embriagadoras de las citas al rayo de la luna, de las confidencias en voz baja en las alcobas perfumadas y tibias.

Iba á morir. Rodeaban su lecho, sobre el cual las ninfas de los bosques y las ondinas de los lagos habian desparramado lirios y rosas, todas las hadas, desde la pequeña Lili, que se duerme sobre el cáliz de una violeta, hasta la orgullosa Mab, que, en su carro hecho de una sola perla, va tendiendo el velo de las visiones ideales sobre las cabezas de los artistas inspirados.

A través del techo, por una hundidura que un buho melancólico abriera entre las pajas en una noche de tormento, entraba un rayo de luz ardiente. Era el sol primaveral que le besaba con la caricia azul de los cielos.

Entonces, sucedió que una aldeana, los cabellos sueltos, los brazos desnudos, vestida con una falda que dejaba en descubierto sus muslos redondeados por Fidias, pasó por la puerta de la cabaña del poeta, cantando una canción.

El moribundo, levantóse en el lecho, tendió las manos hácia ella y la llamó.

Pero, la aldeana, que conocia al inspirado, que habia oido decir á su madre que era un hombre perverso, que pasaba la vida encadenando á su carro de escándalos, con palabras májicas, á las pobres muchachas de alma sencilla, siguió su camino sin volver la vista atrás, como Loth.

Y el poeta, cuyo lecho rodeaban las princesas azules de los sueños, sintió tan gran dolor ante la indiferencia de la campesina, que, apartando la copa de la vida que le ofrecia una hada benéfica, se durmió en el eterno sueño, mientras lejos, muy lejos, se perdian las últimas notas de la canción de la aldeana.

LA MARIPOSA.

(DE LAMARTINE)

CUANDO rompen sus cálices las flores
nace á la luz la incauta mariposa:
boga un instante en piélagos de amores
y va á morir con la marchita rosa.

Del claro día en el radioso ambiente
voluble cierne sus pintadas alas;
el néctar liba de la flor naciente
y parte, luego, á las etéreas salas.—

Así, también, el pensamiento mio,
dócil juguete de un oculto anhelo,
recorre en vano el universo impío
y al fin se eleva, deificado, al cielo.

J. V. C.

¿FUÉ UN SUEÑO?...

(A...)

ERA una caverna enorme y obscura, como una bóveda inmensa tallada en gigantesco bloc de mármol negro.

Adentro, yacia en el fondo de las tinieblas, aherrojada y presa de mortal desmayo, la pálida carne de mi espíritu.

Afuera, el erial sin límites y el cielo implacable...

***

Como brotando de un incensario invisible, un aroma puro y delicado como las alas de un querube, dilató su blanda caricia y arrancó un suspiro á las marchitas cuerdas del corazón.

Circundada de glorioso nimbo, el peplo de oro y zafir dibujando la curva suave del seno núbil, apareciste, virgen ignota, modulando tu verbo extraño, dulce y embriagador como un himno de ósculos; haciendo vibrar de tus ojos la misteriosa luz del ámbar,—del ámbar que pone la fiebre y la locura en las carnes.

Olvidé mis cadenas y mis sombras.

Sentí ansias nuevas de amar. Mi entusiasmo efébico renacia y temblaba en mis nervios.

Quise tender la manos...; y te esfumaste y disipaste entonces como una nube de estío, dejando en pos, vagos perfumes de rosas y de nardos...

***

¿Fué un sueño...?
¡Nada mas que un sueño!
¡Dios mio, qué triste es soñar!...

***

Desperté mordiendo todavia la almohada que estrechaba furioso entre mis brazos...

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1896 NÚM. 63

Y me reí. Y me reí mucho, á grandes carcajadas.

Y reí hasta llorar, hasta llorar á mares.

Y si tú, delicada flor exótica, que embalsamaste mi ensueño, me hubieras visto en ese instante, acaso habrías tenido compasión de mi alegría!...

A. Alvear

JUANITO I SU MADRE.

JUANITO, hermoso chiquillo,
cansado ya de vagar,
con aire tierno y sencillo
debajo de un Manzanillo
fué sombra y fresco á buscar.

No tardó el sueño en postrarle.—
En tanto, avanzaba el día,
y como Juan no volvía,
salió su Madre á buscarle
presa de angustia sombría.

Hallóle... pero ¡qué horror!
¡El ramaje envenenado
cubre al hijo de su amor!
Arráncale con pavor
y queda el niño salvado.

Sacude el sueño letal
y abre los ojos al fin;
recuerda el árbol fatal,
y exclama: "Yo haré uno igual
plantar en nuestro jardín".

La Madre, que le escuchó,
con afán tierno y prolijo
á su pecho le acercó,
y estas razones le dijo,
que el niño no comprendió:

—"Sedújote la hermosura
de ese árbol falso y traidor
lleno de pompa y verdura,
y de una muerte segura
hoy te ha salvado mi amor!

"En este mundo malvado,
más de un árbol hallarás
como aquel, envenenado,
y ¡ay! hijo mío, si al lado
de tu madre ya no estás!"...

Y esa Madre no mentía
en su discurso sencillo,
que en esta existencia impía
hay mil sombras, á fé mía,
como la del Manzanillo.

Alguien.

SAUVÉE!...

(Para "La Revista Cómica")

D'UN doigt rose, en son lit, menaçant une puce,
Une femme disait—Je m'en vais t'écraser!
—M'écraser, moi! Comment le sang que je vous suce
A cette mort terrible a-t-il pu m'exposer?

J'en bois si peu!—C'est trop! Et pour le roi de Prusse
Tu travailles, la belle, en voulant t'excuser.
Non, non; pas de quartier! Tu vas mourir, ne fut-ce
Que pour, sur certain point, t'empêcher de causer.

Et Madame aussitôt, mettant à l'air ses charmes,
Lui voulut infliger, sans pitié pour ses larmes,
La punition dûe à ce grave délit.

Mais, juste lorsqu'allait commencer la poursuite,
Notre puce, cherchant son salut dans la fuite,
Lui fit un pied-de-nez, et..., sauta hors du lit.

Philibert Germain

Santiago, octubre 20 de 1896.

EN LA PLAYA

EN la costa americana del Atlántico, en la playa que se extiende á corta distancia de una pequeña ciudad, residía no ha mucho un joven, cuya extraña vida llamaba la atención de toda la comarca. Hacia cuatro años había llegado á establecerse en esa playa, consagrándose desde un principio al trabajo de la pesca.

Todo lo concerniente á su persona estaba envuelto en un profundo misterio. Jamás supo nadie de qué país había venido; jamás nadie le oyó hacer referencia a su vida pasada. Cuando se le cuestionaba sobre tales puntos, fijaba su vista en el suelo, manifestando con un gesto que las preguntas no eran de su agrado. Y luego hablaba de la pesca y de su negocio, como si fueran el único objeto de su vida.

Sus compañeros de trabajo, los demás pescadores, lo miraban con deferencia y respeto. Comprendían su superioridad, y se veían forzados á reconocerla. "Es un hombre que sabe mucho", decían de él.

Su figura era hermosa y distinguida. Sus modales, sus palabras, sus gestos, su mirada, todo dejaba comprender que no había sido siempre de la esfera humilde del pescador; que en otro tiempo, tal vez no lejano, había ocupado una posición elevada entre los hombres. Pero, ¿por qué ocultaba su nombre, su patria y el origen ilustre que parecía tener? Su verdadero nombre era desconocido: el que llevaba, bien sabían todos que no era el suyo. Siempre respondía dificilmente á ese nombre que no había escuchado en la época misteriosa que guardaba aculta en el fondo de su memoria.

Amaba la soledad. La sociedad de sus compañeros y de las familias de la clase baja, no tenía atractivo alguno para él. Tampoco buscaba la de otras personas mas elevadas, cuyo rango hubiera podido asemejarse al suyo. Quería estar solo; y, si con alguien hablaba, era con la ola, el mar, el viento, la campiña, todo lo que infunde paz y calma en la conciencia del hombre.



Una vela á Santa Rita porque no me pille!



Vamos, señor Adaro, me han dicho que es Vd. el rey de los fotógrafos, el más artista, el más amable con las niñas, el más simpático para todos, el más... que hace admirables retratos, y lo que es más estimable aún, ¡muy baratos!

Hágame luego los puntos para poder cumplir con tanta chiquilla que se beben los vientos por poseer mi adorable estampa, como ellas dicen.



Te convido, lector, con asiento y con un cigarro y te desafío á que pites con la tranquilidad del que ignora como yo muchas cosas.



¿No sería mejor que los dos solitos nos comiéramos un pavito y en seguida nos quisiéramos siempre como dos tortolitos?



¡Santo Dios! ¿qué ruído es ese?



Efectos del ruído anterior.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1896 NÚM. 63

Mil fábulas se corrian sobre su vida misteriosa. Ya lo presentaban como un santo que habia depuesto á los piés del Señor el fausto de la vida mundana para marchar por la senda de los primeros discípulos de Cristo; ya era un amante infeliz que buscaba en la ausencia y el trabajo reposo y calma para su lacerado corazón; ya un criminal que habia escapado á la justicia de su pais, que le condenaba al cadalso.

Cualesquiera que fuesen los acontecimientos que le obligaban á guardar reserva sobre su vida pasada, puede asegurarse que estaba muy lejos de ser feliz en la pobre playa adonde habia ido á buscar un asilo. Si era un hombre como todos, recuerdos habia de tener, y una patria cuya ausencia debia de mortificarle. El evocaba esos recuerdos en la soledad y el silencio de la noche, cuando, á la luz misteriosa de la luna, dejaba avanzar su barca sobre la superficie iluminada del océano. Y cuando, en la calma de la tarde, sentado sobre una roca, contemplaba al sol que descendia á su lecho dorado de Occidente, y su vista se nublaba y las lágrimas corrian de sus ojos, ¿no pensaba entonces que los rayos moribundos de ese sol iban á reflejarse en el suelo querido de la patria, que ya no volveria á ver?

Una particularidad, entre las muchas que lo distinguian, era el despego y el odio que mostraba hácia las mujeres. La mas hermosa no lograba inspirarle otro sentimiento. En esta circunstancia apoyaban su juicio los que atribuian á un amor desgraciado el carácter melancólico y la extraña vida del joven pescador.

Y, sin embargo, su corazón no era de mármol, como pudiera creerse. Un dia se doblegó su poderosa voluntad. Y, como si el hielo de la superficie se derritiera á la violenta llamarada de un fuego largo tiempo oculto en el fondo de su pecho, viósele de súbito transfigurarse, cediendo al amor de una joven encantadora que recorria la playa en la edad de la esperanza.

No sin trabajo y sin pena se entregó á ese amor que le abria un horizonte nuevo y apartaba su mente de una tierra lejana y de dolorosos recuerdos. Poco á poco la dicha fue penetrando su oprimido corazón, cicatrizando las heridas abiertas de viejas luchas. Y un dia, al llegar á la cumbre de la felicidad, miró á sus piés la sima del abismo... Y se preguntó si tenia derecho á ser feliz.

—No te cases conmigo, dijo una tarde á su amada, sentados ambos en las dunas de la playa.

—¿Por qué? preguntó ella ingenuamente.

—Porque yo te mataria.

Ella soltó una carcajada.

—¡Vamos! dijo la joven alegremente; dejémonos de bromas; dime: ¿cuándo te casarás conmigo?

El, entonces, poniéndose de pié, se inclinó hácia su amada, y, tomando sus manos con inefable amor, quiso imprimir un beso sobre sus labios de rosa; pero, al acercarse, vió otros ojos—nó los de ella, azul de cielo—otros ojos que pugnaban por salirse de las órbitas, girando de modo horrible en la desesperación y la agonía... Y retrocedió espantado.

—¿Cuándo te casarás conmigo? volvió á preguntar la desdichada joven.

—Espera un momento, dijo él. Dentro de algunos minutos, posa tus labios sobre mi frente; y ese beso nos desposará por los siglos de los siglos.

Y cual si fuera á tomar su barca de pescador, se dirijió hácia el mar con paso seguro y tranquilo, pisó las olas y penetró en el agua fria. Y, luchando con la fuerza de la corriente, avanzó á nado hácia el horizonte azul, hasta que el mar, colérico, le arrojó cadáver sobre la arena de la playa.

Y su amada, que le vió yerto á sus piés, no supo que era ella la vengadora de otra mujer; pero, como si lo supiera, no posó sus labios en la frente helada del joven pescador.

L. L. Ch.

LA NOCHE.

(DEL PETRARCA.)

AHORA que callan cielo, tierra y viento,
y rinde el sueño al ave y á la fiera,
y duerme el mar, y por la inmensa esfera
el carro vaga de la noche lento;

Yo velo, sufro y ardo, y ni un momento
de mí se aparta la pasión severa,
que ora me acosa con su garra fiera
ora reanima mi cansado aliento.

En una fuente llena de amargura
templo la dulce sed que me enloquece;
la misma mano me lastima y cura.

Y como nunca mi pesar decrece,
nazco y muero mil veces en un dia:
¡tan ruin é incierta es la existencia mia!

J. V. C.

LA DESESPERACION DE LA VIEJA

(TRADUCCIÓN)

LA arrugada viejecita se sintió llena de regocijo al ver el bonito niño, á quien cada uno hacia fiestas y al que todos deseaban agradar: precioso sér, débil como la viejecita y, como ella también, sin dientes ni cabellos.

Y se le acercó, deseosa de hacerle risillas y mimos agradables.

Pero espantado el niño, agitábase bajo las caricias de la buena mujer decrépita y llenaba la casa con sus chillidos.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1896 NÚM. 63

Entonces la buena vieja se retiró á su eterna soledad, exclamando: — Ah! para nosotras, desgraciadas hembras viejas, pasó el tiempo de agradar aun á los inocentes, y somos el terror de los chicos á quienes queremos amar!...»

Carlos Baudelaire

SUEÑOS.

I

A A.....

CUANDO en las noches frías
del tenebroso invierno,
caiga la lluvia afuera
con retumbante estrépito;
cuando en el bosque gima
con furia el ronco viento,
un coro semejando
de quejumbrosos ecos:

Allí, en la alcoba regia
de góticas ventanas,
cabe la roja lumbre
que tibia luz derrama,
tu mano entre las mias,
y en mi hombro recostada,
yo te diré al oido
los versos que te agradan.

Y cuando el sueño entorne
tus sombreados ojos,
tu cuerpo entre mis brazos
encontrará el reposo,
y caerán tus rizos
castaños y sedosos,
sobre mi frente amante,
con lánguido abandono...

II

Cuando en la primavera,
y en misteriosas noches,
exhalan sus perfumes
las entreabiertas flores,
murmurarán las brisas
unidos nuestros nombres,
repetirá las frases
de nuestro amor el bosque.

Vagando por el césped
del silencioso prado,
miéntras la luna irradia
sus resplandores diáfanos,
las nítidas estrellas
que pueblan el espacio,
darán á nuestras almas
su misterioso encanto.

Yo adornaré tus sienes
de rosas y azahares;
yo pediré sus himnos
á las cantoras aves,
y arrancaré á las brisas
sus cánticos fugaces,
y caeré á tus plantas,
mi bien, para adorarte!...
. . . . . .

III

¡Oh dulces fantasías
que la esperanza engendra!
Visiones candorosas
del sueño de un poeta!
¿No alegraréis un dia
mi fúnebre exi-tencia?
¿Seréis delirios, sólo,
de un alma que está enferma?...

IV

¿Por qué no son verdades
estos falaces sueños?
¿Por qué la suerte impía
nos arrebata el cielo!...
¿Por qué, si nos amamos,
estamos siempre lejos!
Ah!... Dime, Dios injusto,
si habrá mayor tormento!...
. . . . . .

C. Vero M.

Octubre 1.° de 1896.

EL ESPEJO

(Traducción)

UN hombre espantoso entra y se mira en el espejo.

«—Por qué os miráis en el espejo, puesto que no podéis veros sin desagrado?»

El hombre espantoso me responde: «—Señor, según los inmortales principios del 89 todos los hombres son iguales en derechos; por consiguiente yo tengo el derecho de mirarme; que sea con placer ó desagrado, eso no toca mas que á mi conciencia.

En nombre del buen sentido, yo tenia razón; pero, bajo el punto de vista de la ley, él no era culpable.

Carlos Baudelaire

A NUESTROS EX-AGENTES

señor Aurelio 2.° Vivanco, de los Andes, Ernesto Suarez, de Llai-Llai y Guillermo 2.° Avendaño, de Tocopilla, le rogamos se sirvan cancelar los saldos de cuenta que nos adeudan.

A don J. M. Retamales, de Iquique, y Wenceslao Moreno C., de Tacna, les cobraremos judicialmente si á vuelta de vapor no nos envian las cantidades que repetidas veces les hemos reclamado.

Imp y Lit L. F Rojas y C.ª Argomedo 20



Una suscripción por un año á La Revista Cómica a la mejor solución al presente geroglífico.

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS CIRUJANOS

D. Diego San-Cristóbal



Cuando con mano segura
su presa al mal arrebata,
cambia el acero que mata
en el acero que cura.

AÑO II SANTIAGO, 5.a SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1896 NÚM. 64

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20
Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

—Más—dijo el joven.

Y ella, la incauta, en cuyos ojos ardia por primera vez la llama del amor, inclinó su rubia cabecita sobre el hombro del amado.

—Más!

Y los labios de la virgen, tímidos y rojos, se fueron acercando lentamente á los labios del amado.

—Más!

Y sonó, en el silencio de aquella alcoba donde batian alas invisibles los ángeles caidos, el beso en que se desflora el alma á las voluptuocidades de la tierra.

—Más!

Pero; ya no le oia la ruborosa doncella.

El ángel de su guarda, habia descendido junto á ella y recordando los rezos de su madre, la habia adormecido en la pálida cuna de la muerte.

—Más!

El ánjel no podia caer.

¡REMEMBER!

¿Lo recuerdas?.... La luna amarillenta
entre opalinas nubes se escondia,
y en brazos de la noche, soñolienta
la tarde se dormia.

Sobre la roca, allí donde otros dias,
al mirar los humildes pescadores,
envidiamos sus tiernas alegrías
y sencillos amores;

Mirábamos pasar con raudo vuelo
los pájaros en busca de sus nidos,
y despuntar en el azul del cielo
mil luceros perdidos.

Las ondas, con arrullo cadencioso
muriendo á nuestros pies en blanca espuma,
y allá á lo léjos el bajel airoso
mecerse entre la bruma!....

Con voz muy queda, llena de ternura,
me contabas la causa de tus penas:
te escuché temblorosa en mi amargura
y respirando apenas.

Aquel inmenso amor de que me hablabas
harto, para mi mal, lo comprendia,
que así como á la ingrata que adorabas,
también yo te queria!

Y como tú, también hubiera dado
sin pesar mi existencia y mi ventura
por mirarte sonriendo, allí á mi lado,
con amante dulzura!

Al eco de tu voz desparecieron
mis esperanzas, para siempre rotas;
mis ilusiones en tropel huyeron
como errantes gaviotas!

¡Y te quise olvidar!... Mas, al mirarte,
comprendiendo el dolor que tu alma hería,
no pudo el corazón dejar de amarte...
¡Y te amo todavía!

¡Oh! si recuerdas esas tardes bellas
en las ribéras del inquieto mar;
y en el lejano azul, de las estrellas
el ténue parpadeo!

Si un recuerdo conserva tu memoria
de la primera vez en que te ví,
¡Oh! si no has olvidado aquella historia
¡acuérdate de mí!

Esperanza

EL PRESENTE DE SELIM

HABIENDO desbaratado el general Sebastiani el ataque de los ingleses contra Constantinopla, el sultán Selim le dijo:

—¿Qué quieres? Te concederé todo lo que me pidas.

—Pues entonces, pediria á Su Alteza me permitiera ver el Harem.

—Acordado: lo verás.

Cuando concluyó la visita, el sultán interrogó al general Sebastiani:

—¿Has visto alguna mujer que haya sido de tu agrado?

—Sí, respondió el general, y le señaló una.

—Está bien,—dijo entonces el sultán.

Y en la noche, el general Sebastiani recibió un plato de orfebrería con la cabeza cortada de la mujer y un mensaje concebido mas ó menos en estos términos:

«En mi carácter de musulmán, yo no podia ofrecerte á ti, cristiano, una mujer de mi religión, pero, por la misma causa, te doy la seguridad de que la mujer sobre la cual se fijaron tus ojos ya no será de nadie.»

Edmundo Goncourt

AÑO II SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1896 NÚM. 64

AMERICANA

A Federico Henriquez y Carvajal

CANTAME el viejo canto, el viejo canto,
el de las notas bravas,
el del aliento del pulmon de Heredes,
el del empuje de crecidas aguas.

Cántame el viejo verso, el verso heroico,
el de la musa trágica,
el del canto insurrecto en la manigua,
el verso del clarin y de la diana.

¿No ves teñirse en purpura los cielos?
¿No ves la vieja guardia,
de pié, como un titán, en la trinchera,
desceñida del cinto el arma blanca....?

¿No escuchas en el seno de la sombra
la vibración de un harpa;
una voz que departe en las alturas
con el viejo coloso de la fabula....?

¿No ves en el levante un punto de oro,
una chispa que irradia;
una vision de luz adolescente
como la virgen proyección de un alma...?

Esa purpura roja es el incendio!
¡la aurora de otra patria!
Esa legion que ciñe la trinchera
es la legion titánica,
la misma de Pichincha y Ayacucho,
la misma del Naranjo y de la Guásimas!

Ese canto en la sombra, es la epopeya!
Es Homero que pasa!
La Musa de Junin que se despierta
con su perfil de india americana!.....

.....

.....

Cántame el viejo canto, el viejo canto,
el de las iras santas....
Esa voz de la altura, es la del génio!
Bolivar que delira en la montaña!

Cántame el viejo verso, el verso heróico,
el himno de la patria,
el del canto insurrecto en la manigua,
el verso del clarin y de la diana!....

El punto de oro que en la sombra crece
es el ojo del águila,
la pupila del sol de las Américas,
¡La Estrella Solitaria!

Arturo B. Pellerano.

AMERICANA

A la memoria de Martí, en el Primer Aniversario.

A Arturo B. Pellerano

Y el viejo bardo de la fé robusta
en libertad y patria,
deja en las sombras su doliente lira
por la de bronce del cantor del Niagara.

Púlsala, y siente vigoroso el número
batir las regias alas
sobre la frente de ideales nido,
sobre las ánsias que devora el alma.

Púlsala, y siente soberano el estro,
el de las iras santas,
forjar el rayo de viril estrofa
que en lo mas hondo de su sér estalla.

Y el eco lleva la candente rima,
como la voz de alarma,
sobre las ondas de la mar, y el viento,
hácia las tierras del condor y el águila.

Y el eco cruza las andinas cumbres,
asorda las montañas,
desciende al llano, y en los aires rompe
el bélico clarin de las batallas.

América, á la lid! Sacude el sueño
de la molicie blanda,
y con el brazo de Junin indómito
alza del polvo redentora espada.

¿No vés que lucha en desigual contienda
y sola la india brava?
Nunca impasibles los hermanos vieron
la muerte ó la deshonra en sus hermanas!

Evoca el genio de tus glorias! Cunda
del Anahuac al Plata,
del hondo valle á la eminente cima,
la voz de guerra de tus horas magnas!

Esa, la voz triunfal que en Las Queseras
prorrumpe: ¡*Mueran cacas!*
La que triunfando en Ayacucho, impone
paso de vencedor á la vanguardia.

¡America, á la lid! Del rojo incendio,
como la musa trágica,
yérguese Cuba y lucha en la manigua,
y firme, al triunfo ó al martirio avanza.

Al triunfo vá, por el dolor ungida,
¡por el derecho armada!
El triunfo busca. Y Libertad la espera
bajo dosel de palmas,
para encender la de su frente augusta
Estrella Solitaria!

.....

.....

¡Himnos y cantos de epopeya á Cuba
alze la libre musa americana...!

Fed. Henriquez y Carvajal



¡Al primero que encuentre, lo divido!



Cuando sea yo Gobierno dicto una ley económica que salve al pais.

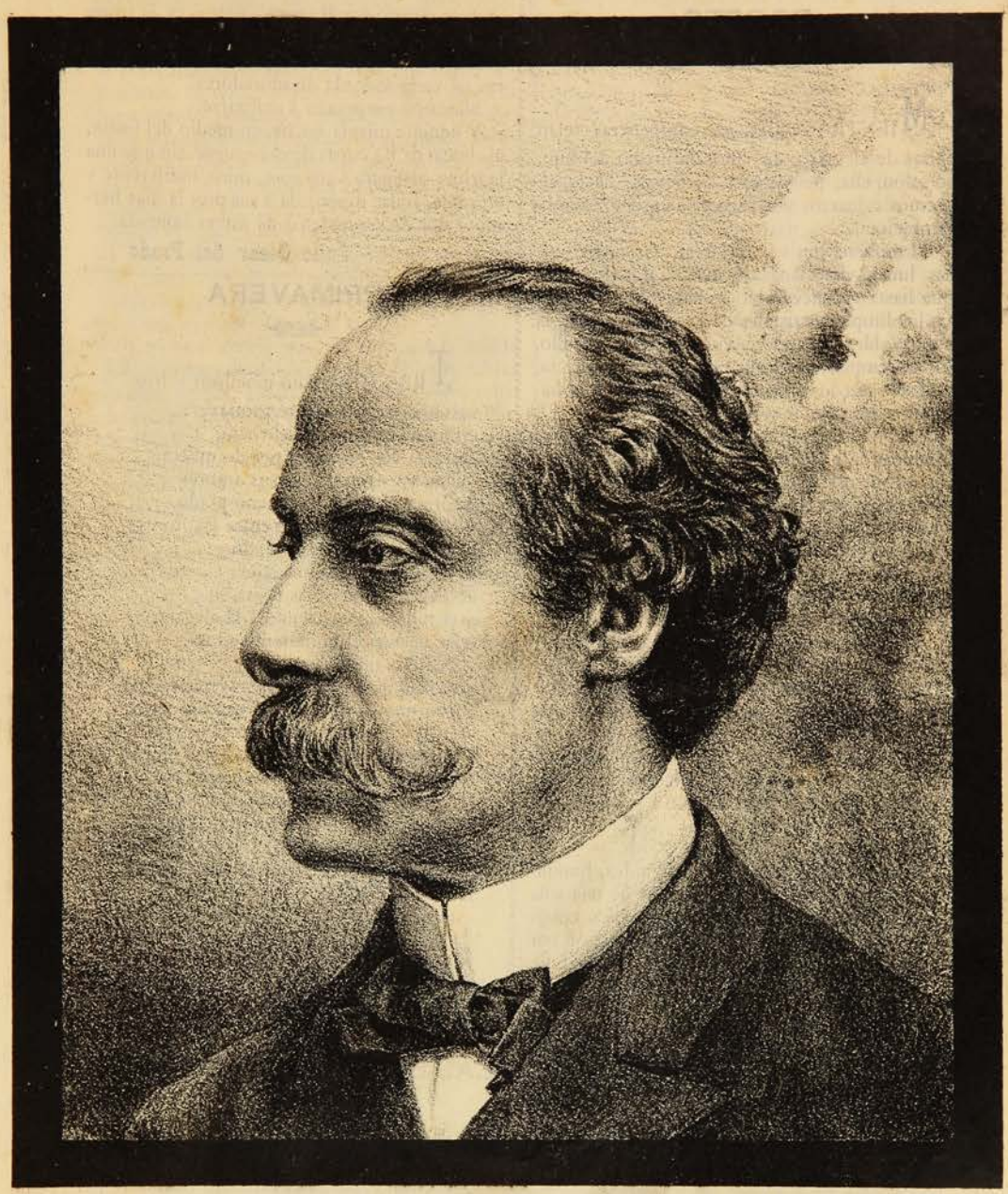
—Pues yo, la ley que impondría sería simplemente la repartición proporcional de la fortuna.

—¡Qué horror!



Dígame Vd., sí o nó.

¡Reboza mi alma la conmiseración!



D. JOSÉ MANUEL BALMACEDA,

† el 19 de septiembre de 1891.

AÑO II SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1896 NÚM. 64

BOCETO

MIENTRAS todas sus compañeras reian ebrias de alegria y de vino, en medio del lujoso salón, ella, pensativa y silenciosa, hacia supremos esfuerzos por parecer alegre, y sonreia también.

Al mirarse, por vez primera, en las hermosas lunas venecianas de marcos dorados, ella, que hasta entonces solo se habia contemplado en los limpidos cristales de las fuentes, ella, la tímida aldeana, empezó á sentir cierto orgullo, al contemplar ahora su espléndida hermosura, realzada por los elegantes atavios con que habianla adornado aquella noche.

Luego despues, cuando sus labios vírgenes apuraron la primera copa de espumante *champagne*, su rostro, pálido por las emociones que la ajitaban, recobró su juvenil frescura; sintió, entonces, en su corazón, cierta ansiedad, no la ansiedad que sentia pocos momentos antes de volver á aspirar el suave aroma de las flores del campo, sino una ansiedad extraña para ella, desconocida hasta entonces.

Y volvió á beber, y entre los vapores ténues y embriagante que absorbian su mente, empezó á vislumbrar un mundo nuevo que la fascinaba con sus encantos y la atraia con su satánica belleza.

Y el recuerdo de su hogar, aquel recuerdo de la tranquila é inocente felicidad que habia disfrutado hasta entonces, poco á poco fue borrándose de su memoria...

Y bebió mas.

Despues, con voluptuosa languidez, hundió su hermosa cabeza en el espaldar de una silla de fino raso, cerró sus párpados de rosa, como para dejar libremente vagar su imaginación por el mundo desconocido que surgia, espléndido, ante su vista.

Y soñó.

Se imaginó una reina, llevada en brazos del amor y del lujo á un brillante trono, donde sus diminutos pies, calzados con riquísimo botin de blanca seda, hollaban espesa alfombra de relucientes escudos, y, desde el cual veia con orgullosa satisfacción, doblar ante ella la rodilla á mil adoradores que imploraban, amantes, las migajas de su amor.

Cuando despertó de su sueño, vió dos brazos que simulaban una corona al rededor de su cuello albísimo como la nieve; y sintió palpitar en sus labios el beso de amor que habíala despertado.

Dejándose arrebatar, en seguida, por el vertiginoso torbellino del vals, palpitante el pecho, encendida la mirada, sonrientes los labios, la sencilla aldeana era proclamada la reina de la fiesta.

¡Con cuánto orgullo pasó, entonces, la triunfante mirada por todos los ámbitos del salón; y con cuánta envidia la miraron sus compañeras, al verla rodeada de adoradores!

Su sueño empezaba á realizarse.

Y aquella misma noche, en medio del festín, al chocar de las copas de *champagne*, sin que una lágrima asomara á sus ojos, miró, indiferente y aturdida, rodar deshojada á sus pies la mas hermosa flor de su diadema de mujer honrada.

Julio César del Prado

PRIMAVERA

TRAS el invierno nebuloso y frio
volvió á lucir la alegre primavera,
y Flora, como perlas el rocío,
derrama sus encantos por do quiera.

Las aves repitiendo sus amores
recorren el fecundo, ameno prado,
y lánguido é indolente entre las flores
el céfiro suspira enamorado.

Pasó ya la estación cruda i sombría
de penas y fantasmas portadora,
y el mundo, renaciendo á la alegría,
feliz al Dios Omnipotente adora.

Así tras noche lúgubre y obscura
vuelve á lucir el sol resplandeciente,
y con mas fuerza, vencedor, fulgura
su mágico esplendor desde el oriente.

Mas, tornarán las lluvias y las nieves,
tornará el aquilón embravecido,
y aquestas flores como aristas leves
arrancará del tallo en que han crecido.

Que todo cuanto en este mundo alienta
sujeto está á la ley de la mudanza:
la calma se sucede á la tormenta
y el desengaño cruel á la esperanza.

Solo el dolor eternamente vela
en nuestro corazón atormentado,
que en vano el hombre libertarse anhela
del fallo injusto del destino airado.

Otoño

LAS BONDADES DE LA LUNA

TRADUCCIÓN

LA Luna que es el capricho real, miró por la ventana mientras dormias en tu cuna, y se dijo: "Esa guagua me encanta".

Bajó lánguidamente su escalera de nubes y pasó sin ruido al través de los vidrios. Después te acarició con la delicada ternura de una madre, é imprimió sus colores sobre tu rostro. Tus pupilas quedaron verdes, y tus mejillas extraordinariamente pálidas. Fué contemplando á esa visitante como tus ojos se agrandaron de modo tan portentoso; y te estrechó ella tan

AÑO II SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1896 NÚM. 64

tiernamente contra el pecho, que has conservado para siempre las ansias de llorar.

Entre tanto, en la expansión de su alegría, la Luna llenaba el cuarto, como una atmósfera fosfórica, como un tósigo luminoso; y toda esa luz viviente pensaba y decía: "Tú experimentarás eternamente el influjo de mi beso. Serás bella á mi modo. Amarás lo que yo ame y lo que me ame: el agua, las nubes, el silencio y la noche; el mar inmenso y verde; el agua informe; el lugar donde no estés; el amante nunca visto; las flores monstruosas; los perfumes que hacen delirar; las notas que se desmayan sobre los pianos y gimen como las mujeres, con voz ronca y dulce á la vez!

Y tú serás amada por mis amantes, cortejada por mis cortesanos. Serás la reina de los hombres de ojos verdes, á quienes también he estrechado contra mi pecho en mis caricias nocturnas; de aquellos que aman el mar, el mar inmenso, tumultuoso y verde, el agua informe y multiforme, el lugar donde no están, la mujer nunca vista, las flores siniestras semejantes á incensarios de una religión desconocida, los perfumes que turban la voluntad, y los animales salvajes y voluptuosos que son los emblemas de su locura."

Y es por esto, —maldita, mimada niña de mi amor, —que me ves ahora tendido á tus piés, buscando en toda tu persona el reflejo de la temible Divinidad, de la madrina fatídica, de la nodriza envenenadora de todos los *lunáticos*.

Carlos Bandelaire

SONETO

En vano con hipócrita terneza
pretendes conmover mi sentimiento,
y cautivar mi altivo pensamiento,
fiada en el poder de tu belleza.

Verdad que un tiempo tuve la flaqueza
de adorarte con tierno rendimiento...
Sedújome el encanto de tu acento
y el brillo engañador de tu pureza.

Mas, hoy que te conozco, no pretenda
engañarme otra vez tu labio necio.
Prosigue en paz tu solitaria senda.

Ya no me inspiras el menor aprecio:
ha tiempo á mi alma descorrió la venda
sombrío desengaño. Hoy te desprecio!

1894. **Edmundo Dantés.**

LAS SEÑORITAS ESTRELLAS

(TRADUCCIÓN)

Las señoritas Estrellas estuvieron en el baile, donde danzaron locamente toda la noche, y ahora, mientras vuelven á su hogar al través de los jardines azules del éter, bailan todavía. Atado el resplandeciente cintillo y sueltas atrás las largas cabelleras, vestidas de una vivida tela de diamante, desnudas las blancas piernas, — vuelven juguetcando, risueñas, agitados los senos, cogiendo por los caminos pálidas flores de pedrerías, y sin resignarse á andar tranquilas como señoritas delicadas.

Nó! bailan y bailan sin cesar. Las innumerables comparsas forman ya la figura de un Carnero ó de un Escorpión, ó de una Lira, ó de una Balanza, ó de un Arco que dispara, ó de un Pez, ó de un Pavo, ó de una Ballena, ó de un Fénix, ó de una Grulla, y todas estas figuras á la vez, y el inmenso collar que se desparrama no se modifica, y todas esas frentes de diamante alumbran y blanquean la inmensidad azul.

—Vamos! dice la grande Aldebarán á la pequeña Proción, apuremos el paso, por favor. ¿No ves que se acerca la terrible, la espantosa Aurora, que avanza vestida de rojo, y que ya nos va á quemar la extremidad de los cabellos con la llama rosada de su antorcha?

¡Ah! dice Proción, se me ha caido uno de mis escarpines de cristal, y te sigo como puedo, un pié calzado y el otro desnudo.

—¡Qué importa! responde la señorita grande. Apúrate, y si es necesario arroja también el otro por el camino, en alguna caverna de oro. Si no te cuidas de lo que te digo, vamos á tener que pisar luego las rosas de la mañana, salpicadas de sangre. ¿Y qué dirá el señor Camilo Flammarión, si nos ve todavía en el cielo á la hora en que es de reglamento que las honradas estrellas estén en cama? —**Teodoro de Banville**

SONETO

Pasa la noche lúgubre y sombría,
y al recoger su tenebroso velo,
surge tras de los Andes, en el cielo,
el sol, iluminando un nuevo día.

La creación entera, que yacía
sepulta en sombras funerales de duelo,
despierta llenchida de amoroso anhelo,
cobrando su belleza y lozanía.

Alza el ave su canto en la espesura,
su vistoso ropaje luce Flora,
la brisa entre los árboles murmura....

¡Solo mi corazón suspira y llora,
sumido en negra noche de amargura,
lejos de la beldad que le enamora!

O. Z. Z.

CARTA DESTROZADA

Practicado el sorteo entre 478 soluciones que nos han llegado al destrozo de la carta publicada en nuestra edición del número 62, ha correspondido el premio á la firmada con el pseudónimo *Esmeralda*.

La señorita favorecida por la suerte se dignará indicarnos su nombre y dirección para enviarle el periódico.

Imp. y Lit. L. F Rojas y C.ª Argomedo 20



—Sé que Vd. es un tenorio y no me lo niegue, pues, acabo de verlo con mi suegra.



—¡Pichoncita mía!
—¡Tortolito mío!
—¡Ya no soy dueño de mí!
—¡Pues, así te quiero yo!

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS POLÍTICOS

D. Enrique Mac-Iver



De vigoroso talento,
docto, sereno, prudente,
es la voz más elocuente
que hoy escucha el Parlamento.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1896 NÚM. 65

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números).....	$ 4.50
Por medio año (25 »).....	2.50
Número suelto.....	0.10
Id. atrasado.....	0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A

Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

AMENAZARON al muerto con arrojarlo á la fosa común.

Y el muerto oyó tranquilo la sentencia que el tribunal de los fanáticos de la caridad habia pronunciado en su contra.

Pero al llegar la hora aparecieron los hombres, sus hermanos, y reclamaron los despojos del gran luchador del pensamiento.

Y le ofrecieron honrosa sepultación.

Y la virtud de los incrédulos flotó sobre la superticiosa intransigencia de los que olvidan que tras la muerte las pasiones se acallan.

* * *

La pobre Elisa, respirando fatigosamente—voy á morir, me dijo, y solo te pido que cuando encierren mi cuerpo dentro del tosco ataud, coloques sobre mi pecho un puñado de esas rosas pálidas que me obsequiabas, antes—¿te acuerdas?, antes, cuando me amabas.

Aun conservo algunos ramos marchitos, pero esta vez las quiero frescas, muy frescas...

¿Me habras de complacer, verdad?

...

A la mañana siguiente cumplí los deseos de la pobre niña.

Sobre su cuerpo rijido, cubierto de albas vestiduras, deposité un ramo de esas rosas pálidas que habian sido el emblema de nuestras ilusiones juveniles.

SOLEDAD DEL ALMA.

... Chi pensò veder mai tutti insieme
Per assalirmi il cor or quindi or quinci
Questi dolci nemici ch' i tant'amo?

El Petrarca.

¿POR qué mi lira destemplada suena?
¿Qué fué de esa armonía,
que la fecunda y grata poesía
á sus cuerdas prestó, cuando serena,
del mundo hendiendo las inquietas olas,
la nave de mi vida
navegaba perdida
en piélagos de amor?... La amargura ¡ena
debilitó sus sones,
robando al corazón las ilusiones.

Sueños de amor, de gloria i de ventura,
¿qué os hicisteis? ¿dó estáis?... Mi alma afligida
sus recuerdos concierta, y la hermosura
de aquella dulce edad, hoy ya perdida,
en su mortal quebranto
le halaga aún, y el abundoso llanto
reprimiendo un instante,
se goza contemplando aquellas horas
de amor encantadoras,
que el destino inconstante
para siempre alejó.—Dulces memorias,
no os apartéis de mí: solo un recuerdo
del bien amado que por siempre pierdo,
anhelo en mi dolor. ¿Qué ya las glorias
de este mundo falaz al alma mía
ofrecerle podrán, si la alegría
para siempre perdió; si hoi triste gime,
y una honda y vasta soledad le oprime?

¡Ah! cuán pronto pasaron
aquellos días de ventura y calma!
Huyeron ¡ay!... pero al huir grabaron
indeleble una imagen en mi alma.
Imagen que la suerte,
mujer también, y caprichosa y varia,
jamás podrá borrar, y solitaria,
en mi alma vivirá; hasta que el cielo
descorra ante mis ojos
de la sombría eternidad el velo.

Nada me resta ya... ¡Oh! ¿Cómo pudo
la hermosa que áun adoro,
p gar mi fé con el engaño rudo
y trocar mi alegría en triste lloro?
¿Cómo pudo olvidar al que mil veces
amor eterno prometió?—El destino,
que abandonado en el dolor me deja,
quisolo así, y aunque el afán me abruma,
jamás mi labio exhalará una queja.

Crei en tu amor, irreflexivo y ciego;
forjéme un mundo á la inconstancia extraño;
mas ¡ay! tú, ingrata, me mostraste luego
con tu mudanza mi funesto engaño.

¡Nada me resta, ni ambiciono nada!
Por ti las glorias anhelé algún dia,
y por tu amor mi emulación guiada
el mundo entero conquistar queria.
Faltó ese fuego á mi ambición osada;
tronchó mi dicha la fortuna impía;
y de pesar el corazón transido
hoy vaga en honda soledad perdido.—

¡Adiós!... Si un dia mis humildes versos,
de los hados adversos
torciendo la fiereza, hasta ti llegan;
y libre ya de enojos
fijas en ellos tus hermosos ojos,
sabe que el alma mía
solo la paz y tu ventura ansía.

Otoño.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1896 NÚM. 65

ELIXIR DEL CORAZÓN

ALBERTO entró á mi cuarto mas temprano que de costumbre; tomó asiento y quitóse su sombrero, que arrojó lejos de sí con muestras de grandísima cólera.

Lo miré atentamente, sin acertar á explicarme la mudanza de su carácter, á menudo afable y tranquilo.

—¡Todo concluyó, todo! dijo Alberto con desesperación extrema, y se llevó el pañuelo á sus ojos anegados por el llanto.

—¿Qué sucede? qué te pasa? le pregunté.

Alberto enjugó sus lágrimas, y con voz temblorosa y gimiente me dijo:

—Tú sabes que diariamente llevaba á Marta un ramo de violetas blancas, sus flores predilectas. Ella las recibia siempre con ternura, y las colocaba sobre su corazón. Ayer, al pasarle esas violetas, las tomó con frialdad, y, cual si en nada las estimase, dejólas caer desdeñosamente sobre la mesa de mármol.

Después de este acto, que me dejó aturdido y confuso, se presentó la madre de Marta, arrogante y erguida, como embajador que trae el *ultimatum*. Al verla, Marta abandonó la sala.

—Tome V. asiento, me dijo doña Mercedes con mucha severidad.

Yo obedecí en el acto.

—Ayer, continuó ella, Marta ha resuelto descargar á V. del compromiso que con V. la ligaba. Como V. no ignora, por el honor de nuestro apellido, Marta ha menester conservar el rango correspondiente á nuestra elevada alcurnia. Para ello necesita un marido rico: V. es pobre. Marta se ha comprometido ayer con un acaudalado agricultor de la frontera.

En el momento en que doña Mercedes destrozaba de este modo mi corazón, apareció Marta, trayendo una caja de marfil, que depositó en manos de su madre.

—Aquí tiene V., me dijo la señora, los solitarios que obsequió á Marta y el anillo de compromiso.

Yo, entonces, furioso, tomé mi sombrero y me lancé á la calle.

—¿Y las alhajas? pregunté admirado.

—Las tomé y las guardé en mi bolsillo.

—¡Muy bien hecho!

—¡Dios mio! prosiguió Alberto; las madres ponen á sus hijas en subasta pública para que las adquieran los trigueros del sur y mineros del norte. ¡Oh! no te metas en estos líos, amigo mio; cuida mejor de conservar la libertad, y con ella la paz y felicidad de tu alma.

Dijo, y se fué con el aire triste que traia al entrar á mi casa.

* * *

Pocos dias después, en la capilla de la Caridad, se celebraba el matrimonio de Marta con el acaudalado agricultor de la frontera. Era éste un hombre de unos cuarenta años, de aspecto plebeyo, que se encontraba muy incómodo dentro del elegante frage de ceremonia.

La impresión que este matrimonio produjo en Alberto fué profunda y desatrosa. El amaba á Marta con verdadero amor, extraño á todo mezquino interés; habia hecho de ella el objeto único de su vida, la sola razón de su pobre existencia; y al verse abandonado, sin esperanza en el mundo, sintió que una pena horrible invadia su corazón, y que no era dueño de contener el torrente de amargura que iba á cortar el hilo de sus dias.

* * *

Por ese mismo tiempo, yo abandonaba este pais, dejando á Alberto en un estado deplorable. Me iba persuadido de que él moriria antes de llegar yo al término de mi viage.

Cuando regresé á Chile, seguro de su muerte, quise saber en qué sepultura se guardaban sus restos mortales. ¡Tenia necesidad de derramar una lágrima sobre esa tumba tan prematuramente abierta!

Me dirigí hacia la antigua casa de mi amigo; y ¡cuál no seria mi sorpresa al encontrar en el mismo sitio, nó la humilde casucha que antes habitara Alberto, sino un soberbio palacio, dorada mansión de la riqueza y del placer!

—¿De quién es esta casa? pregunté á un transeunte.

—De ese caballero que allí viene, dijo, y me señaló á un jóven, que llegó corriendo á arrojarse en mis brazos.

—¡Eres tú, Alberto! le dije lleno de emoción y asombro.

—¡El mismo! me respondió riéndose. Si me encuentras cambiado, es porque ahora tengo plata. A un tio mio, residente en España, se le ocurrió dejarme cinco millones de pesetas. Desde entonces he progresado en todo sentido. Me ves sano, gordo y robusto. El amor no me hace mella como en mis malos tiempos.

—¿Y Marta? le pregunté.

—¡Ah! Marta es la mujer de un íntimo amigo mio, aquel acaudalado agricultor de la frontera, cuyo partido pareció tan bueno á la señora doña Mercedes. Marta viene á menudo á mi casa, y puedo asegurarte que es ella, después de mi fortuna, mi mejor amiga.

—¡Milagros del dinero! le observé.

—No te enamores, me dijo.

Paul D'oranger

"LA REVISTA CÓMICA".

Se venden colecciones completas del primer año de este periódico, DIEZ PESOS cada una, Oficina Moneda 60-A.

D. VICENTE DÁVILA LARRAÍN

† el 28 de Noviembre de 1896.





D. JUSTO ABEL ROSALES

† el 29 de Noviembre de 1896.



¡Largos de aquí mequetrefes,
par de ociosos mosalvetes!



¡Oh! malta deliciosa!
Solo eres digna de los que están en
racia de Dios..... como yo!



¡Por Diosito, patroncito, qué estrellas
tan rebonitas!

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1896 NÚM. 65

EL ENSUEÑO

Emilio Vestero

SOY el rey del ensueño. Mis dominios no tienen mas límite que mi fantasía y en ellos es ley mi capricho. Y tengo un gran palacio de cúpulas doradas, cuyas habitaciones están cubiertas de tupidas alfombras de Persia que apagan el ruido de las pisadas; de las paredes cuelgan espesos cortinajes y ricos tapices de Cachemira, donde muere el chasquido de los besos; mullidos almohadones y divanes forrados en vistosas telas de damasco invitan al reposo y á las posturas voluptuosas; pebeteros de plata cincelada perfuman las habitaciones con el suave aroma de la mirra ó el zahumerio; y en los jardines, donde crecen flores exóticas de brillantes colores, se siente el suave murmullo del agua al caer en los surtidores de mármol; y el palacio está poblado de mujeres de todas las razas y todos los climas, que envueltas en diáfanos tules, bailan á mi rededor danzas extrañas y voluptuosas, al són de la música cadenciosa de los salterios y las guzlas, mientras yo, aspirando con fruición el humo de mi *narghilé*, medito gravemente en cuál será ese dia la reina de mi amor.

Y son inmensas mis riquezas, á las que no afectan las fluctuaciones de la bolsa que tienen en contínua zozobra á los millonarios que viven preocupados de su dinero.

.....

Pero se disipa el humo de mi pipa de cinco céntimos y veo que estoy en mi obscura bohardilla, recostado en mi lecho duro y sin resortes..

¡Qué importa! Soy el rey del ensueño y son grandes mis dominios é inagotables mis riquezas.

Carlos Ledgard

ROMANCE

A ELLA.

I

LA dulce virgen sonríe
con seductora sonrisa,
y en el mirar de sus ojos
la ventura se adivina:
porque el trovador arranca
bellas notas á su lira
bajo el influjo del fuego
que sus miradas anima;
porque ella sólo es la musa
que sus canciones inspira;
y mientras el bardo canta
sus baladas más sentidas,
ella, la virgen, sonríe
con seductora sonrisa.

II

La virgen encantadora
baja, turbada, la vista
porque el noble caballero
su inmensa pasión le pinta.
Sus ojos, antes serenos,
ahora encendidos brillan;
el corazón en su pecho
con ligereza palpita,
porque el hermoso galán
cae á sus piés de rodillas;
porque en su rosada mano
un ósculo deposita,
la virgen encantadora
baja turbada la vista.

III

En los ojos de la virgen
una lágrima titila,
y su desolado pecho
con gran tristeza suspira.
El hermoso caballero
olvidó á su prometida
y fuese á otras regiones
diciendo que volvería:
pero ella en vano le espera,
en vano todos los dias;
y al recordar al poeta
que arrancaba de su lira
las amorosas canciones,
y las baladas sentidas,
entonces, echa de menos
esa ventura perdida,
y en sus ojos soñadores
una lágrima titila....

C. Vero M.

Noviembre 21 del 96.

LA GRAN CANALLA

PÁLIDA, clorótica, escupiendo sangre, arrastrando el harapo inmundo, va la Gran Canalla.

Va tambaleando.

El Odio es su hermano jemelo.

Tiene los furores de la hidrofobia.

Enjendro satánico, lleva una cabellera de víbora y en su frente sombría, impresa la terrible palabra: Anatema.

A la hora de los murciélagos envenena todas las cosas con el filtro de muerte de cien gorgonas.

En el Aquelarre, las horribles brujas viejas la amamantaron con leche de hienas y con sangre de chacales.

Hija del Dios Homero, un claudicante, de Byron, un proscrito, y fué á morder el talon al semidios Hugo.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1896 NÚM. 65

En una noche huracánica parió, riéndose con la sonrisa de los réprobos, una hija incentuosa, la Gran Infame: La calumnia, hija de su hermano el Odio. Y entonces el demonio Mal sintió alegría en su cubil, y tuvo extremecimientos nerviosos de placer y lamió su ancha zarpa de macho felino.

Yo la he visto como una bacante, ébria del furor de las Erineas, y, entonces, ha blandido el puñal que hiere honras y asesina reputaciones, ocultándose en las sombras, husmeando como una pantera que tiene hambre; y ha tartamudeado con voz gangosa un himno horrible, á cuyas cadencias las serpientes de su cabellera dilataban la mirada y mostraban triunfalmente su ponzoña.

Los pequeños la temen, los grandes la desprecian. ¿Qué le importa al Gran Sol el graznido de una rana en la charca inmunda?

...Si, que tambalee, es impotente; si, que se arrastre, que se devore á si misma!

¿Qué elementos concurririan á formar su espíritu? Todas las abyecciones, todas las apostasias, las escrecencias de todo ideal torcido, todos los anhelos impuros y todas las ambiciones imposibles de realizar por la impotencia.

Lleva en las entrañas un fuego que la consume y la devora, un buitre que hinca las garras en el vientre y con el pico se goza en su festin de agonias y de martirios incruentos. Su gran enemiga es la luz.

Llama locura al jenio y se burla del Arte porque no lo entiende.

Va arrastrándose como una culebra á los pies de las cumbres, y va silvando, silvando de rabia porque las cumbres ni la miran y porque ella se reconoce miserable entre todo lo miserable.

Gran Canalla, aborto del infierno, te llaman Envidia!

A. Bórquez Solar

ESTRELLAS QUE PASAN

Como la estrella errante cruza fulgida
un cielo reteñido de dolor
rauda pasando, conturbó mi espíritu
la blanca estrella de la rubia Albión.

—

Astro divino!... Mi alma en su sarcófago
á su influjo magnético tembló;
brilló en mi noche eterna, luz fantástica,
y adoré alucinado un nuevo sol....

—

¡Ah! como estrella que atraviesa fulgida
un cielo reteñido de dolor
hendió fugaz las sombras de mi espíritu
la blanca estrella de la rubia Albión!...

A. V.

16 de noviembre de 1896.

GEROGLÍFICO DEL NÚM. 63

La solución que damos en seguida es la que mereció el premio ofrecido.

Su autor puede mandarnos su nombre y dirección para enviarle á nuestra vez, durante un año, un egemplar de nuestro periódico.

—

No sé, á la verdad, señor Director, qué nombre aplicarle á aquella especie de *zángano social*, á quien impropiamente le damos el calificativo de amigo, y que en la calle, en el Casino y en todas partes en donde se le presenta una ocasión, se nos acerca con el rostro sonriente y la miel en los labios, y después de prepararnos el ánimo con una historieta que nunca le creemos, da remate á ella mas ó menos en estos términos:— Y me sacarias de un gran compromiso prestándome diez pesos hasta mañana, sin falta».—Nosotros vemos venir el feroz sablazo y nos preparamos á defendernos. Pero, ¿qué hacer?—¿Negárselos? ¡Imposible! Pocos tienen el suficiente valor para salir del paso con un enérgico y terminante nó.—Quiere uno disculparse con los malos negocios, la crisis. Se nos interrumpe diciendo:—Vaya, pues, hombre, serán solo cinco; siempre te los agradezco.—Nuevas disculpas, nuevas exigencias. Hasta que estrechados, oprimidos, medio sofocados por aquel pedigüeño intransigente, sacamos dos pesos y... abur!

El mañana no llega nunca; si le cobramos, se disculpa, y si exigimos se enoja, concluyendo por extraviar calles al divisarnos, y hasta negarnos por fin el saludo.

¡Y si fuera éste solo! Pero ¡son tantos, tantos...!!

La gran verdad que encierra su geroglífico, señor Director, va á ser para mi una especie de talismán contra el avance de esos *pólipos de la amistad*, pues, á cualquiera de ellos que pretenda dirigirme un sablazo de esa clase, se lo paro metiéndole por los ojos la sabia sentencia impresa en letras bien grandes y gordas:

«Si un amigo mañanero le pide prestado, échate á calcular lo que mas le convenga perder: ó el amigo ó el dinero.

Arav-Neva

Valparaiso, 25 de Noviembre de 1896.

CARTA DESTROZADA

El pseudónimo *Esmeralda* puesto al pié de la solución que obtuvo el premio al destrozo de la carta del número 62, corresponde á la señorita Esmeralda Carrasco, Arturo Prat, N.º 10.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



—Díme, Carmelo ¿qué te ha parecido la Catita?
—¡Cálla, hombre, que nos pueden oir!



¡Qué drama tan chistoso!

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS HISTORIADORES.

Fr. Raimundo Errázuriz.



Trazò con juicio cabal
su recta pluma galana
una página inmortal
de la lucha araucana.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1896 NÚM. 66

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 ») 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20
Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655. Teléfono, 1273

MOSAICOS

—ES una realidad, dijeron los sabios que habian examinado el portentoso invento, y Chile será la primera nación del mundo, y el descubridor del sub-marino eclipsará con su gloria la gloria infinita del genio que descubrió el Continente Americano.

Callaron los hombres de la ciencia, y las naciones del orbe se alzaron de su solio para contemplar la obra que hará temblar de pavor á los titanes del mar.

* * *

Bah! yo no me mareo, dijo la traviesa muchacha, tomando asiento en el columpio mágico del *Jardin Siberia*.

Y apenas el aparato comenzó á girar—me muero! me muero! gritó llena de espanto.

Pero después de cerrar los ojos un instante, y convencida de que el asiento permanecia fijo, lanzó sonora y ruidosa carcajada.

Y con aire de satisfacción exclamó convencida:—Es solo ilusión, nada más que ilusión.

LA GLORIA (1)

(Páginas del Libro Viejo.)

I

¡GLORIA! nombre feliz, nombre sublime
que alienta al débil y entusiasma al fuerte,
por tí el que preso entre cadenas gime,
vencido de la suerte,
renace á la esperanza,
si su abatido pensamiento avanza
por la radiosa vía
que a tu mansión de perdurable holganza
al bueno, al sabio, al animoso guia.

Por tí el labriego, la quietud sencilla
de su choza abandona;
por tí el dichoso que la frente humilla
al yugo sin mancilla
de la beldad que con amor sincero
sus ardientes cuidados galardona,
el dulce nido deja,
y, requiriendo el vengador acero,
henchido el pecho de ambición, se aleja.

Por tí, por tí tan solo
hiende el marino las risadas hondas
del piélago bravío,
y entre los hielos del lejano polo
su corazón, ante el deleite frio,
gozoso se dilata,
y huir contempla sin dolor el tiempo
que sus mejores años le arrebata,
si la esperanza de alcanzarte un dia
por un instante le sonrie grata.

Por tí canta el poeta;
por tí el sabio medita;
por tí la indócil fantasía inquieta
de los alumnos de Rubéns se agita.
Por tí en las aguas de Lepanto un dia
el vástago inmortal de Carlos Quinto
la escuadra hundió de la morisma impía;
y por doquiera el mundanal recinto,
de la honda sima á la empinada cumbre,
por tí invadió Napoleon triunfante,
mostrando á la aturdida muchedumbre
la frente ornada de laurel brillante.

Por tí... ¡Oh! ¿qué no han hecho
por tí los hombres, inmortal quimera?
La astucia, la traición, el vil cohecho
mil veces alcanzarte han pretendido,
mas tú siempre has huido,
y al saber, la virtud y la nobleza
solo has doblado la gentil cabeza.

II

Hay una voz que resonando altiva
en lo más hondo del humano pecho,
"¡Arriba!" clama sin cesar "¡Arriba!"
Y el hombre la oye, y contemplando estrecho
el horizonte á do su vista alcanza,
de una nueva esperanza
abre su pecho al seductor delirio,
y en los combates á buscar se lanza
la corona del triunfo ó del martirio.

Y muchas veces el tajante acero
blande animoso en indefensa tierra,
pensando acaso que el laurel guerrero
las glorias todas, exclusivo, encierra.

¡Ah, nó! Si á Marte fiero
alzó la vieja idolatría altares,
también á Diana y á Minerva augustas
se los alzó á millares,
entre oblaciones y alabanzas justas.

No brilla ménos la corona pura
que Vicente de Paul ciñó á su frente,
que la que altiva su esplendor fulgura
desde la sien de Nelson eminente.

Que si la Gloria, su radiosa lumbre
á todos no concede,
la alta y riscosa cumbre
por varias sendas escalarse puede.
Y si el laurel ansía

(1) Esta composición fué declamada en el Teatro Municipal, en un concierto organizado á beneficio de la Casa de Huérfanos. El autor la dedicó á las señoritas concurrentes á aquel acto.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1896 NÚM. 66

la humanidad al desgarrar la venda
de la abyección sombría,
búsquele con porfía,
pero á buscarle, cuidadosa, aprenda.

Búsquele el Hombre en el combate fiero,
ó del saber en la palestra ardiente,
ora en defensa de ultrajado fuero,
ora en provecho de un ideal conciente;
mas, la Mujer, sin vanidad ni dolo,
en el bien y el amor búsquele solo.

II

Ella—sensible, delicada, pura,
flor entre abrojos á la luz nacida,
astro enviado á disipar la obscura
niebla, que envuelve la terrena vida.
Ella, imagen de amor y de ternura
en el mundo quizá no comprendida;
Ella, la joya del Edén perdido,
á amar y á hacerse amar solo ha venido.

Ella es la esposa que consuela al hombre;
Ella es la madre que amamanta al niño;
sin que la ciega ingratitud le asombre
de los objetos de su fiel cariño.
Ella del triste que nació sin nombre
cuida, afanosa de su bien y alivio;
Ella, pues, es tan digna de la gloria
como los héroes de sangrienta historia.

III

¡Misteriosa deidad, Gloria sublime!
que eterna habitas la dichosa altura,
ven, hoy que alivia al que doliente gime
con su óbolo preciado, la hermosura.
Hoy la belleza á la orfandad redime;
torna hácia ella la mirada pura;
y pues tan digno proceder la abona,
concédele á su frente una corona.

J. V. C.

EL BASTÓN DE VERLAINE

DOCUMENTOS DE BIOGRAFIA INTIMA

[Traducción]

Me despertó un violento campanillazo. Entreabrí la puerta, y el cancionero borgoñés Jacotot se coló á mi departamento. Cuando volvia á meterme en la cama, el visitante matutino refunfuñó:

—¿Has leido el inventario?

—¿Qué inventario?

—El que sellaron el comisario de policia y el juez de paz; el de los objetos...

—¡Ah, si! las reliquias de Verlaine: seis pipas, una boquilla de yeso, dos binóculos, un sombrero, un par de zapatos y un gorro de algodón.

—Falta...

—¿Qué?

—El bastón Jacotot.

—El bastón Jacotot?...

—¡Si, pues! tú lo sabes bien ¿No te lo he contado?...

—No.

—Te digo que si!

—En fin! no me acuerdo. Apaga tu pipa, que esta arrojando un humo pestilente que me hace mal á los bronquios, y echa afuera tu historia.

El cancionero borgoñez apagó su pipa y narró de una tirada:

* * *

«A principios de Septiembre de 1894, me escribiste desde Granville, donde descansabas sobre el seno arrullador de Anfitrite... Me encargabas pasar á ver á Vanier, para pedirle un poema tuyo que necesitabas. Mientras buscaban el libro, yo tenia fijos los ojos en el rosetón de Nuestra Señora, que resplandecia, cuando me pareció que algo caia rompiendo la vidriera del editor... Irguióse una sombra feroz: vi entrar una pierna de inválido y una cabeza de *lansquenet*... Reconocí á Verlaine. Nunca habia visto al autor de *La Bonne Chanson;* pero me le figuraba tal como le veia en ese instante.

Me levanté. El se dejó caer sobre una silla. Muy impresionado me puse á hacer girar mi sombrero suelto entre los dedos.

—Maestro, le dije, parece que estais muy fatigado.

—No puedo mas, fué lo que gruñó. He puesto veinte minutos en venir desde la plaza de San Miguel hasta aqui. En el camino encontré una mujer que se apiadó de mi.

Parecia no conocerme, y sin embargo me tuvo compasión. Como me arrastraba sin ningún apoyo material, me dió su quitasol. Lo tomé; pero no puedo apoyarme en este juguete delicado y frágil... ¡tan demasiado frágil!.. Necesitaria un bastón bueno, vigoroso, en que pudiera apoyarme con todo el peso de mi armazón y mi existencia...

Tomé de un rincón el mio, y con una voz temblorosa de emoción le dije:

—Maestro, permitidme ofreceros este.

El nieto de Villon saltó sobre él como un hambriento sobre un pedazo de pan y estrechándome la mano efusivamente, balbuceó:

—De veras? ¿me dáis este bastón?

—Si me hacéis el honor de aceptarlo.

—¡Mio este bastón!.. Pensadlo bien: si lo llevo, ya no os pertenecerá mas.

—Podéis llevarlo.

—¡Ah!, qué bonito bastón, y qué soberbio!... Tiene un perfume de naturaleza salvaje.

Tiene el olor de esas pendientes enzarzadas en que los bohemios se tallan un compañero de miseria..., con espinas que simulan los puntos de que se eriza el collar de un dogo en guerra perpetua con los lobos. Yo soy un bohemio que vaga bajo las estrellas: soy un dogo asediado por los lobos del asfalto... Pero desvario: tengo la apariencia de haber bebido ajenjo ¿no es verdad?

—Absolutamente!

—Es que, ya veis, este bastón... me achispa. Pero él impedirá que yo bambolee... Mirad



¡Sea, Vd. Laura, más humana
y no me haga ir á la desesperación!



¿Ha visto Vd. situación más tremenda?



¡Dios mío! qué prodigio de hermosura!



¡Miserable! aquí me tienes que decir dónde has estado anoche.



Mi compañero de anoche.



¡Favor! qué me resbalo!



Siempre quisiera caer como cae este animal.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1896 NÚM. 66

como me apoyo, como me echo encima. Ahora iré en peregrinación al Sagrado Corazón, sin detenerme.

—Me alegro de haber operado este milagro.

—Esto era lo que me faltaba! Un quitasol, es delicado, coqueto, y proteje del sol con su lindo color; pero esto no resiste á una presión enérgica, y por poco que os apoyeis, os traiciona... ¡como la mujer! Mientras que un bastón, es firme: es seguro como el amigo, falto de gracia acaso, pero con el cual podéis contar á ciencia cierta!... Y vuestro nombre ¿cual es? Dejad señor que lo grabe aquí!

Y se hundió el dedo índice entre las cejas.

Allo que respondí:

—Soy un humilde cancionero borgoñés.

—Ah! vivis en la Borgoña?

—Nó, vivo en Montmartre.

—Pero habéis bebido la leche roja de la tierra burgunda. Los que tienen vino en las venas, tienen corazón en el vientre... ¿Cómo os llamáis?

—Jacotot.

—Jacotot.. Pues bien, señor Jacotot, os enviaré uno de mis libros con una dedicatoria de esta mano... Ah! qué buen bastón!

—Si me atreviera..., murmuré.

—Atreveos, señor.

—En lugar de un libro preferiria...

—Mis obras completas?

—Nó, un soneto que tendrias que escribir para mi.

—El soneto del bastón! Prometido... ¿Estamos Jacotot? Nunca olvidaré vuestro nombre, tanto mas cuanto que aprendí á leer por el método Jacotot! ¿Serias pariente?...

—Nó, maestro.

—Pues no valéis menos que él. Ah! ¡cuánto os agradezco!

Como habian encontrado el libro que me pedias, me fui.

Saliendo del Museo de Cluny, donde me detuve para contemplar la carroza de Luis XIV y la mandibula de Molière, divisé á Verlaine que con paso firme subia por el bulevar San Miguel. Hacia sonar su bastón sobre el embaldosado como un suizo su alabarda sobre las losas de una catedral...»

* * *

—Y el soneto?... dije á Jacotot.

—¡Ah! nunca me atreví á reclamarlo. Talvez se halla entre las poesias póstumas de Verlaine.

—Le hablaré á Cazals; puede ser que buscando el soneto... encuentre el bastón...

—Preferiria el soneto.

—¡Qué ocurrencia!

—Sin embargo, si recuperara el bastón...

—¿Qué harias?

—Iria á golpear á las puertas de Metz, gritando: «En nombre de Paul Verlaine, abrid!»

—No abririan.

—¿Lo crees?

—Estoy seguro.

—¡Ah!... y al fin, añadió Jacotot, en quien la sangre borgoñona baña una alma mistica, el pobre Verlain ha tenido sin duda necesidad de ese bastón paaa hacer su último viaje... Salvo que San Pedro le haya obligado á tragárselo al llegar á la antesala del Paraiso.

León Durocher

POESIA

declamada por su autor, don Ricardo Fernández Montalva, en la velada literario-musical, que la Sociedad de la Prensa, celebró anoche en el Conservatorio Nacional de Música.

EN las noches de fiebre del artista
pálida y triste una visión deslella:
la virgen de los dulces ideales
más querida, y más bella
cuanto más se presenta á nuestra vista
la pena de las cosas terrenales.

Ella es la confidente
que, cuando el pobre corazón suspira,
vibra en las cuerdas de la amante lira
la canción del anhelo,
y ciñe nuestra frente
con los rayos de luz que lanza el cielo!

Cuando cansado el brazo
cae el cincel, su acento
reanima nuestro espíritu abatido,
y el inmóvil pedazo
de mármol se estremece,
y nuevamente por el arte herido
se anima en el taller y resplandece!

¡Qué fuera del viajero de la idea
sin esa virgen de dorados rizos,
que los insomnios del dolor, recrea
con voces de soñados paraisos!

Oh, ven, pálida virgen! Dame ayuda
en esta amarga soledad y calma,
ven a borrar las sombras de la duda
en los cielos nublados de mi alma!

Que tus azules ojos soñadores
sirvan de faro al pensamiento mio,
y el tosco mármol de mi ideal de amores
de nuevo brille en mi taller vacio!

Dame todas las notas
de tu celeste voz, la ansia secreta
de las cosas divinas y remotas
y, de mi lira entre las cuerdas rotas,
vibra el canto inspirado del poeta!

Quiero cantar de nuevo,
embriagarme de nuevo en las delicias
de este infinito amor á la belleza
que, en la jornada de la vida, llevo
como mi sola gloria y mi riqueza!

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1896 NÚM. 66

Yo, que he soñado tanto;
que tantas veces recliné mi frente,
ahogado por el llanto;
que he visto destrozada mi alma ardiente
por la guadaña de la suerte impía;
que de todas mis flores
no he conservado ni una todavía;
que embarqué en el bajel de los amores
todas mis dichas, mis pasiones todas,
una canción anhelo
que sea el aguinaldo de las bodas
de la tierra y el cielo!

Canción con que salude
mi corazón amante
el albo sol que presuroso acude
en pos del seno de la mar distante;
la gota de rocío que desciende
al cáliz de la flor, y el pavoroso
relámpago que prende,
con estruendo de guerra,
el huracán, esposo
rudo y salvage de la madre tierra!

Pálida virgen, ven! Dame las notas
de tu celeste voz, la ansia secreta,
de las cosas divinas y remotas
y, de mi lira entre las cuerdas rotas,
vibra el canto inspirado del poeta!

ANGLOMANIA

CROQUIS ITALIANO

ABRÍ la ventana de mi cuarto, en aquel hotel de uno de los pueblecitos donde se va á invernar en las costas de Génova. Vi el cielo puro, el Mediterraneo profundamente azul, con sus claras manchas de blancas velas, y, en la parte baja, verdeando el jardin sembrado de naranjos. Sobre el musgo rayado de lineas blancas estaba tendido un hilo, y algunos jóvenes, vestidos de franela, jugaban tranquilamente al *lawn-tennis*. Eran viajeros ingleses que llevaban consigo, como lo hacen siempre, todos los pormenores de sus costumbres. Que habiten Oxford ó San Remo, Londres ó Florencia, les encontraréis haciendo la misma vida, del mismo modo, leyendo los mismos diarios, bebiendo la *claret-cup* ó el champaña en sus comidas, frecuentando un *club* establecido para su uso, por el estilo de los de *Pall mall*, y dorado apenas por el sol, á cuyo abrigo practican infatigablemente sus *sports* favoritos.

Y hay millones como estos, unos solos, otros en familia, gastando de instalación en instalación grandes sumas de dinero, que hacen pensar una vez mas en la riqueza incalculable de esta clase media de Inglaterra, la burguesia mas satisfecha que se conozca en el mundo. De Douvres hasta las Indias, pasando por nuestra Bretaña, nuestra Provenza y toda Italia, hay como un cordón de pequeñas colonias fundadas y sostenidas por estos viajeros que huyen de las tinieblas de su isla natal, sin perder ninguno de los gustos adquiridos entre esas tinieblas y que tienen por objeto resistir á los rigores del clima. Para encontrar la huella evidente de esta continua emigración hacia el sol, basta estudiar un poco su literatura; se ve entonces que hay en su poesia todo un gran periodo meridional —italiano, que empieza en los dramas de Shakespeare y concluye en los sonetos del pintor-poeta Dante Gabriel Rossetti... Pero ¿hay una ciudad de Italia donde un amante de las letras inglesas no tenga alguna peregrinación que hacer? Fué cerca de la Spezzia donde murió Shelley, arrojado por las olas sobre las arenas estériles de esa costas. Fué Florencia y cerca del palacio Pitt donde abandonó la vida Isabel Brouning. Fué en Roma donde tuvo lugar la agonia de Juan Keats, mientras velaba junto á él su amigo el pintor Severn. El malecón del Arno vió á Byron pasearse durante los últimos meses que precedieron su partida á Grecia, ante ese palacio Toscanelli, de Pisa, que se pretende fué construido según planos de Miguel Angel. Los ingleses, que hallan aqui por doquiera su idioma y sus manias, encuentran á cada paso el recuerdo de su gloriosa historia. Extraña raza, destinada evidentemente á invadir el mundo, por la doble necesidad de huir siempre de la patria y de formarse en todas partes una existencia semejante á la del suelo abandonado!

Paul Bourget

A UNA MUJER

Lasciate ogni speranza,...

EN vano el llanto de tus ojos corre,
nada, mujer, tu lividad abona;
debiles hay que el mundo no perdona
ni expiación existe que los borre.

¿Aun quieres mas del que sin fé recorre,
por ti rendido, la desierta zona?
tú marchitaste la nupcial corona
y el hoy hereda tu indigencia acorre.

¿Qué más esperar puedes, infelice,
del hombre aquel que con su honor batalla,
y por no darte muerte te maldice?

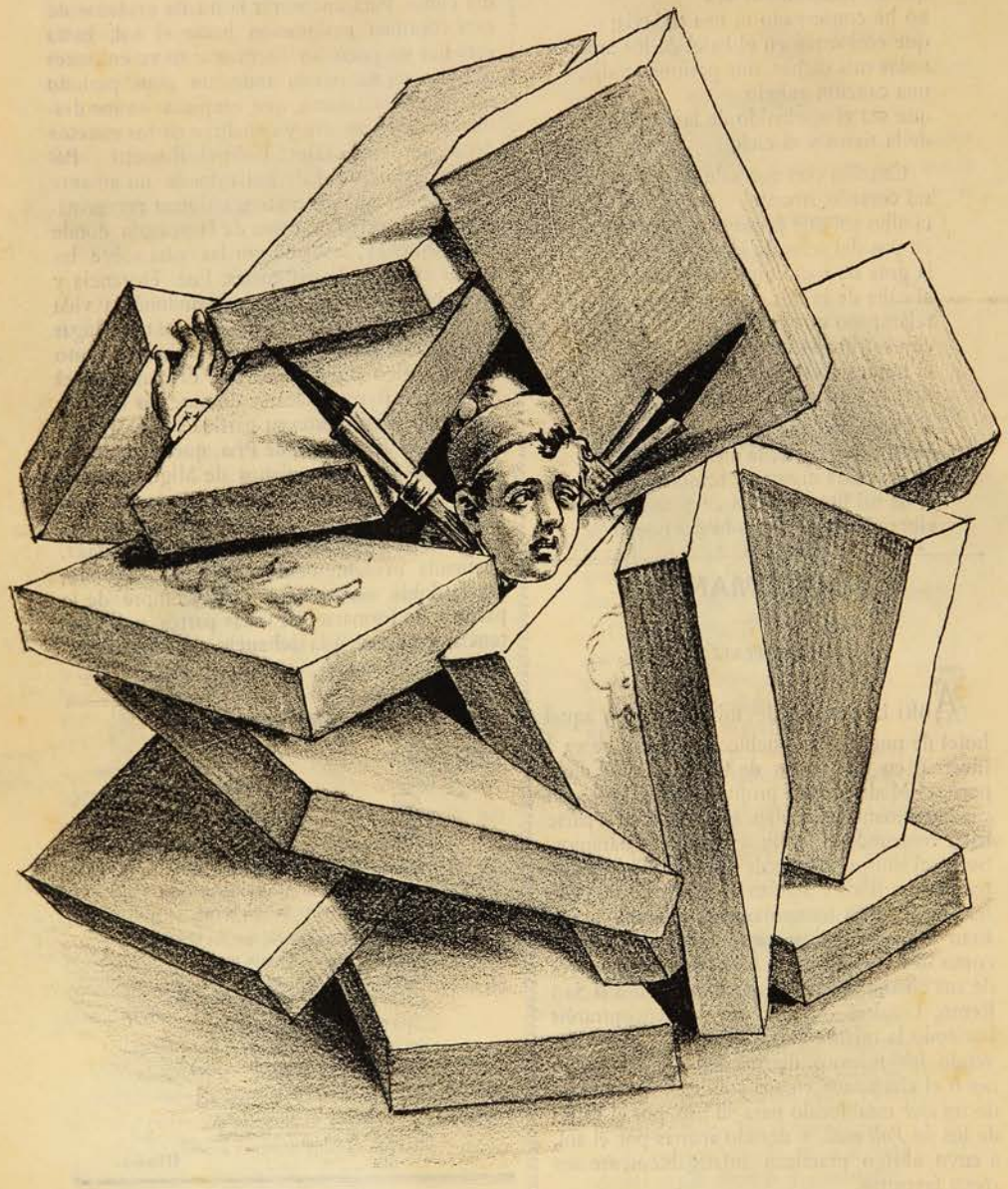
Mas, si tu orgullo no consiente valla,
cuando tus quejas sórdidas atice
piensa en el hijo que afrentaste.... ¡y calla!

Otoño.

GEROGLÍFICO DEL NÚM. 63

El pseudónimo ARAV NEVA con que se nos envió la solución que fué premiada, corresponde al señor don *Nicómedes Aravena, Chacabuco 58, Valparaiso.*

Imp. y Lit. L. F Rojas y C.ª Argomedo 20



¡Casi, casi no me ven más!

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS POLÍTICOS

D. Julio Bañados Espinosa



Como político, honrado;
como tribuno, elocuente;
su actitud le ha acreditado
de liberal consecuente.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1896 NÚM. 67

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números).....	$ 4.50
Por medio año (25 »).....	2.50
Número suelto.....	0.10
Id. atrasado.....	0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A

Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

LUCHÓ incesantememte por la libertad.

Su brazo, su corazón y su vida, todo, todo lo habia ofrendado en aras de la noble ambición.

Sus huestes le obedecian ciegamente, porque en él contemplaban al redentor de la patria que yace esclava á las plantas de un viejo trono.

Y cuando veia acercarse el término de la jornada, cuando se preparaba á limar el último eslavon de la cadena que oprime á la virgen hermosa del suelo antillano, cayó..

Pero no como caen los atletas, derribados por el empuje del enemigo á quien combaten en campo abierto y en honrada lid.

Cayó vencido por la traición de un miserable á quien habia llamado su amigo, á quien habia nombrado su lugarteniente.

Y mientras el nuevo Iscariote recibia la paga de su crimen nefando, las naciones civilizadas del orbe lanzaron grito universal de protesta.

Menos aquella á quien un dia se apellidó noble é hidalga, porque el crimen le convenia, porque se imaginó que, muerto el caudillo, sus soldados habrian de huir atemorizados.

Pero nó! siguen combatiendo, audaces como siempre, hasta alcanzar la libertad de la patria de MACEO, á cuya memoria los pueblos libres habrán de levantar monumentos que perpetúen su gloria y su sacrificio.

ELISA....

SIENTE, la dulce niña, que la vida
de su cuerpo se escapa por momentos,
y en el instante cruel de la partida
se renuevan de su alma los tormentos.

En sus manos, que enfria ya la muerte,
la mano estrecha de su ingrato amado:
« voy á morir, le dice, y al perderte
» mi pobre corazón vá destrozado!...

» Cuando en tosco ataud quede encerrada
» y termine la muerte mis dolores,
» un último favor haz á tu amada...
» ¡sobre el cuerpo infeliz arroja flores!

» Un puñado de rosas sobre el pecho,
» de esas pálidas, que antes me obsequiabas
» siempre sonriendo, siempre satisfecho....
» ¿lo recuerdas?, entonces; ay! me amabas.

» Aun conservo unos ramos marchitados,
» mas esta vez las quiero muy hermosas;
» sobre mis miembros para siempre helados
» arroja flores frescas.... blancas rosas!...»

. . . . . .

En la mañana del siguiente dia,
sobre el rigido cuerpo de su amada,
que los blancos ropajes envolvia,
depositó las rosas perfumadas.

Pálidas, sí, como su casta frente,
emblema fueron de venturas miles,
de aquel amor tan vivo como ardiente,
¡de tantas ilusiones juveniles!

Esperanza

EL SENTIDO DE LA VISTA

(Traduccion.)

EL célebre ladrón llamado Cabeza de Lobo entre sus compañeros, y Luis Spever en los círculos elegantes, se ha introducido al jardin de la casa y al mismo dormitorio de la duquesa de Segny. Gracias á su ingenio nunca desmentido, habia logrado abrir la ventana; sus cómplices le aguardan abajo, él está á dos pasos del lecho de la hermosa Diana.

Sus agentes especiales—que son numerosos, le habian hecho saber que la señora de Segny tenia la costumbre de dormir con las joyas desparramadas en torno de ella; y la noticia es muy exacta, pues el ladrón admira, esparcidas sobre los mármoles preciosos, sobre la felpa de los estantes, desbordando de los cofres, los collares de perlas raras, los esmaltes, los brazaletes,

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1896 NÚM. 67

las sartas de diamantes, los zafiros, los topacios, los camafeos antiguos, las joyas griegas y bizantinas, las amatistas, los corales, todo el incendio y la locura de un océano de metales y piedras preciosas, que al solo fulgor de una pálida lámpara de noche, brilla con mil fuegos misteriosos y divinos.

Cabeza de Lobo va á embolsarse ya estos tesoros; pero algo como un resplandor purpúreo hiere el rincón de su pupila. Vuelve á medias la cabeza y contempla: ¡oh visión celestial!.. Bajo las ropas algo desordenadas, la duquesa está dormida, risueña, toda calma, toda paz, sin mas vestido que la camisa trasparente; y la camisa misma está abierta, y descubre el seno mas hermoso, joven, firme, agudo, de una forma idealmente pura y perfecta y de un blanco vivido, con pálidas venas azules y botones tiernamente bermejos como de frescas rosas.

Pensando con razón que ninguna riqueza puede valer este maravilloso espectáculo, y que habiendo podido contemplarlo, sus sacrificios han recibido un pago regio; el ladrón vuelve á poner las joyas en su lugar, y agrega á ellas, sacándola de su dedo, una esmeralda de valor inestimable que ha robado recientemente al heredero de uno de los tronos mas altos de Europa, y vuelve á bajar la escala de cuerda que está colgada de la ventana aun abierta, llevando en sus ojos sombríos un deslumbramiento que, bajo los cielos lejanos donde los jueces no dejarán de enviarle cualquier dia, le consolará de todo, hasta del gemido desesperado del mar!

Teodoro de Banville

A.....

¡Al remover el fuego, que juzgamos
que consumido está,
vuelve á elevarse de encendida llama
la viva claridad!...

El amor, que en el fondo de mi pecho
creia muerto yá,
alzóse, al verte, con pujante brio,
con nueva intensidad!....

Ante tu ruda y cruel indiferencia,
ahogando mi dolor,
con la capa de pálida ceniza,
¿no hé de ocultar mi amor?

Rosa.

Diciembre 9 de 1896.

EN UNA NOCHE DE AGONIA

¡Ay! qué ya esto es morir! ¡Ay! que no alcanzo
mi voz á oir, y al fuego que me abate,
la sangre hirviente en mis arterias late,
ronco extertor desde mi pecho lanzo!

¡Ay! qué ya esto es morir! ¡Ay! que do avanzo
la vista, miro el desigual combate
en que mi triste suerte se debate!
¡La muerte triunfa... á ella me abalanzo!

¡Ay! que no mas en su pupila hermosa
veré mi imágen reflejarse pura,
ni de su aliento aspiraré la rosa!

¡Ay!... y cómo el recuerdo me tortura
de aquella dulce edad, breve y ruñosa,
hoy, que me espera eternidad obscura!

Otoño.

DE MALA SUERTE

A la postrer vislumbre del sol poniente, Policarpo, literato ilustre, escribe de prisa los últimos versos de un poema inmortal. De pronto mira el reloj. Es hora de comer, dice.

Y con cuarenta centavos, que es todo su capital disponible, sale á la calle en busca de un *restaurant*. Tiene muchisimo apetito, y, así, piensa que es necesario dar á su dinero una inversión prudente. Algo nutritivo, dice... algo que haga bulto y sea barato.

Su mala suerte quiso que se topara en la esquina del Portal con su amigo Pedro Antonio, hombre que no puede pasarse sin tomar una copita antes de comer.

—Vamos á jugar un *aperitivo* al cacho, dijo Pedro Antonio á Policarpo.

—Vamos, respondió éste.

No se crea por esto que Policarpo no es hombre prudente y juicioso; la culpa de lo que le pasa, la tiene su carácter, demasiado débil. Jugó Policarpo al cacho, y, como siempre, perdió. Tomóse su *bitter*, y quedó sin plata y con un apetito admirable.

Poniéndose todo colorado, dijo á su compañero:

—Mira, Pedro Antonio, ¿podrias prestarme unos cuarenta centavos?

—¡No tengo, hombre! respondió Pedro Antonio.

—Entonces, ¿cómo jugaste al cacho?

—Tenia seguridad de ganarte,

—¡Pish!



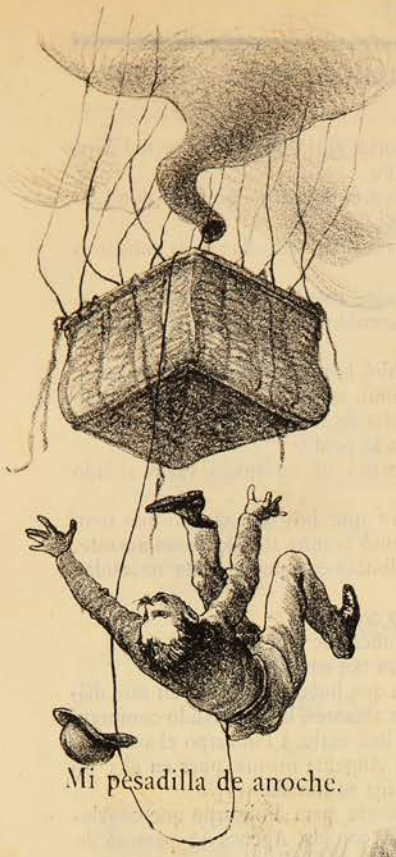
Un trono felino.



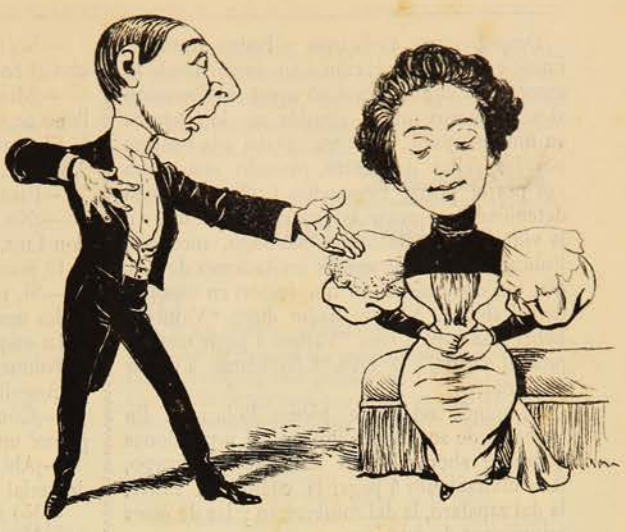


TEATRO SANTA LUCIA

La Serpentina —El Cristoloforium



Mi pesadilla de anoche.



¡Aquí te guardaré toda mi vida! —



¡Miserable de mí! He perdido hasta mi honor!
¡Oh rabia!



¡Qué lindo escribe mi prenda!

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1896 NÚM. 67

Despidiéronse Policarpo y Pedro Antonio. Fuese éste, con dirección á su casa, donde lo esperaba la comida; caminó aquel sin dirección alguna, puesto que la comida no lo esperaba en ninguna parte. Mientra vagaba á la ventura por las calles del centro, pasando una y otra vez por el portal Fernandez Concha, ó bien deteniéndose á mirar las viandas colocadas en la vidriera del *Restaurant* Santiago, meditaba Policarpo en lo que son las invitaciones de hoy dia, tan distintas de lo que fueron en tiempos de su abuela. Ya hoy nadie dice: "Vamos á beber una copa", sino "Vamos á jugar una copita al cacho", ó bien "Convídame á tomar una copita."

El mundo retrocede, piensa Policarpo. En tiempos de su abuela, llovian las invitaciones á comer: ahora, lo que le llueve á Policarpo, son invitaciones á pagar la cuenta del sastre, la del zapatero, la del sombrerero y las de otros inhumanos de esta jaez.

Policarpo, muy pensativo, se quedó parado en la puerta de la Pastelería de Torres. Miró al cielo, como interrogándolo por la suerte de su estómago; pero el cielo, sereno y hermoso, le dijo que ya brillaban las estrellas y que era hora de sentarse á la mesa.—No tengo con qué, prefirió Policarpo en el colmo de la tristeza. ¡Ah! Señor, ¿por qué no mandais el maná de los israelitas sobre los innumerables mártires de las letras, sobre esta legión de necesitados que pululan en el desierto de la razón humana?

Es muy triste ocupar en la sociedad una posición importante, y no tener con qué comer. En tal situación, el más santo se revela contra su destino. Y Policarpo se reveló contra el suyo, y decidióse á abandonar para siempre la literatura. Puesto que ella no me da para comer, dijo, seré comerciante. Y el literato ilustre, que acababa de componer una oda que, á su juicio, iba á hacerlo inmortal, resolvió meterse de cabeza en el negocio de carbón y leña.

Para honra de las letras nacionales, esta idea del negocio de carbón y leña, duró poco en la mente de Policarpo. Lo vulgar le horrorizaba. ¡Mé moriré de hambre! exclamó entonces con la noble dignidad de un poeta. Pero, esa tarde, otra idea feliz vino á desviar el curso de sus tristes pensamientos.

—Iré á comer á casa de mi *prenda*, se dijo Policarpo con entera resolución.

El poeta, que carecia de dinero para comer, tenia una *prenda*, cuasi-novia, que se llamaba Angelita. Nunca habia ido á comer á su casa por no exhibir su lerita rosilla á la luz del crepúsculo. Pero, esta vez, la necesidad lo decidió á hacerlo.

En alas del hambre, salvó con suprema rapidez la distancia que lo separaba de la casa de don Luis, el padre de Angelita.

—¿Está don Luis? preguntó al mozo que vino á abrirle la puerta.

—Está comiendo, señor.

—No importa, dijo Policarpo, y se fué derecho al comedor.

—¡Mi señor don Policarpo! exclamó don Luis lleno de gozo.

El carmin tiñó las mejillas de la simpática Angelita.

—Para servir á ustedes, dijo Policarpo.

—¿No ha comido usted, amigo? le preguntó don Luis.

El poeta miró la mesa, i reconoció el asado.

—Sí, ya comí, señor, respondió; venia á haceros una visita de sobremesa.

La etiqueta lo perdió

Policarpo sentó su estómago vacío al lado de Angelita.

—¿Cómo es que hoy ha venido más temprano? murmuró la niña al oido de su amante.

—¡Ah! balbució éste ¡tenía tanta necesidad de verla!

—No se lo creo.

—Usted nunca me cree.

—Pero si es tan embustero.

Cualquiera que hubiese seguido en este diálogo á los dos amantes, habria podido comprender que más interesaba á Policarpo el asado de Angelita que Angelita misma, pues en él y nó en ella tenia fija su mirada.

Fué una suerte para Policarpo que concluyese pronto la comida. Apenas se pararon de la mesa, se largó á la calle.

—En la plaza, pensó, se encuentran á veces amigos que lo convidan á uno á tomar una copa de helados con pastelitos.

En la plaza encontró un amigo que le dijo:

—Vamos á tomar una copa á la *Kermesse*.

—Vamos, respondió Policarpo.

Cuando estuvieron adentro, la *Kermesse* le pareció un bonito espectáculo á Policarpo. ¡Lástima, pensó, que se haga todo esto para beneficiar á los damnificados de Guayaquil, cuando mucho más lo merecen los decadentes ilustres de Chile, los alegres bohemios de Santiago y Tacna!

—Señor, dijo á Policarpo una hermosa niña, ¿no quiere tomar una copa de *champagne*?

Policarpo, antes de responder, se volvió para buscar á su compañero; y, viendo que habia desaparecido, dijo á la niña todo confuso:

—No me gusta el *champagne*, señorita.

¡Oh mentira sin igual! ¡No le gusta el champagne! Y, sin embargo, todos sus trabajos literarios rebosan con el líquido espumante de las letras cursivas.

Para evitar otros ofrecimientos, Policarpo se puso bien tieso, clavó la vista en la puerta de salida, y mudo, sordo, sonámbulo, ligero como el rayo, se lanzó fuera de aquella *Kermesse* infernal.

Al llegar á su casa, consolóse de la miseria que le aflijia, declamando con énfasis su oda inmortal.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1896 NÚM. 67

DESTINO.

(De *Paul Verlaine.*)

DE un gran sueño negro
me oprime la carga...
¿Dormís, ambiciones?
¿Dormís, esperanzas?

Se velan mis ojos;
mi mente confunde
lo bueno y lo malo...
¡Qué historia tan lúgubre!

Yo soy una cuna
mecida en el hueco
de fosa sombría:
¡silencio! silencio!

Abelardo Varela.

EL RELOJ

(Traduccion.)

LOS chinos ven la hora en los ojos de los gatos.

Un misionero, paseándose un dia por los alrededores de Nankin, notó que no llevaba su reloj, y preguntó á un chico por la hora.

El pilluelo del celeste Imperio titubeó un poco; luego, como resolviéndose á algo, respondió: «Voy á decirosla.» Breves instantes después, apareció llevando entre los brazos un gato magnífico, y mirándole, como dicen, á lo blanco de los ojos, afirmó, con muestra de completa seguridad: «Todavía no son las doce.» Lo que era cierto.

En cuanto á mí, si me inclino hacia la hermosa Felina, tan bien bautizada, que es á la vez honor de su sexo, orgullo de mi corazón y perfume de mi espíritu, ya sea en la noche, ya sea en el dia, á plena luz ó en la sombra opaca, en el fondo de sus ojos adorables veo siempre distintamente la hora, la misma siempre, una hora extensa, solemne, grande como el espacio, sin divisiones de minutos ni de segundos,—una hora inmóvil que no se marca en los relojes, y, sin embargo pasa ligera como un suspiro, rápida como una mirada.

Y si algún importuno viniera á distraerme mientras mis ojos están fijos sobre ese delicioso cuadrante, si algún Genio grotesco é impertinente, si algún Demonio del contratiempo viniera á decirme: «¿Qué contemplas con tanto afán? ¿Qué buscas en los ojos de ese ser? ¿Ves la hora, mortal pródigo y perezoso?»

Yo responderia inmediatamente: «Sí, veo la hora; es la Eternidad!»

¿No encontrais, señora, que este es un madrigal muy meritorio y tan enfático como vos misma? En verdad, he tenido tanto placer en bordar esta pretenciosa galantería, que no os pediré nada en cambio.

Carlos Baudelaire

PULVI OMNIA!

Toi, dont les attraits charmerent ma jeunesse!
Que sont-ils devenus tes gracieux contours,
Ces roses de ton sein quétant une caresse,
Ces éclairs de tes yeux provocant les amours?
Ton printemps a-t-il donc, ô ma belle maitresse,
Fui pour toujours?

Hélas! j'oubliais: notre vie est un rêve,
Rêve qui tôt ou tard nous glisse de la main.
Chaque heure qui s'enfuit, chaque jour qui s'achéve
Nous rapprochent d'un pas vers le bout du chemin;
Et, pour qui va l'atteindre, une aurore se léve
Sans lendemain.

Demandez aux rosiers ce qu'ils ont fait des roses
Que le printemps dernier voyait s'épanouir;
Ils vous diront: sitôt qu'elles furent écloses,
Le temps de son haleine est venu les flétrir;
Leur imposant la loi qui régit chaque chose:
Vivre et mourir.

P. Germain

DESEOS

Para A.....

SI fueras la violeta,
purísima y oculta,
que la pradera inculta
perfuma con su olor,
quisiera ser la gota
de límpido rocío,
y en el ardiente estío
besarte con amor.

Si fueras tú la fuente
del bosque placentero,
que entona lisongero
murmurio de placer,
quisiera ser la rauda
y obscura golondrina,
y en tu onda cristalina
calmar mi ardiente sed.

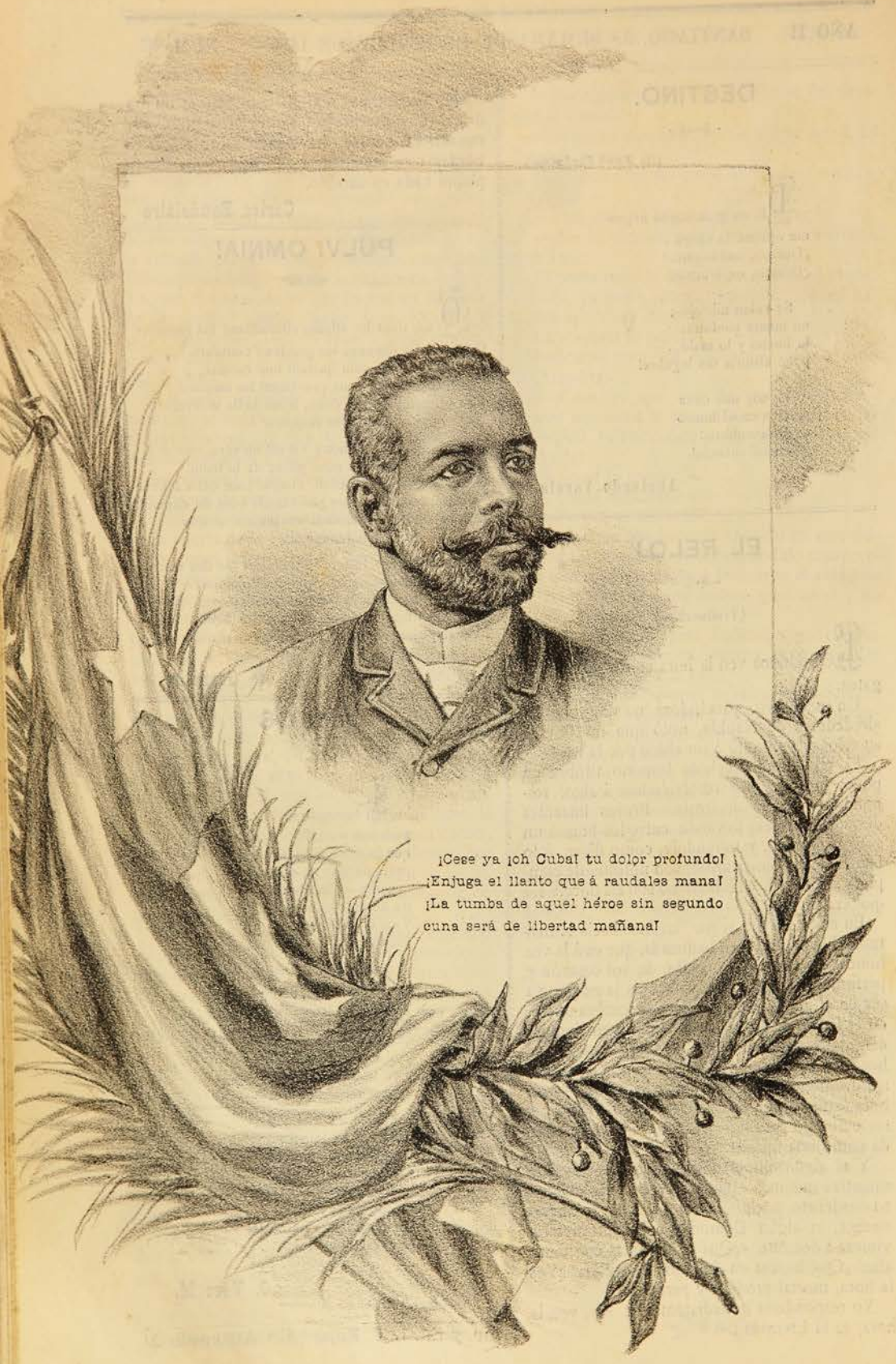
Quisiera ser el aire
que vaga en torno tuyo,
y en armonioso arrullo
mi adoración cantar....
Quisiera ser el mármol
helado de la fosa,
y eternamente, hermosa,
tu cuerpo aprisionar!...

.....

C. Vero M.

Octubre 1.º del 96.

mp. y Lit. L. F Rojas y C.ª Argomedo 20



ANTONIO MACEO

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS LITERATOS

D. José Toribio Medina



Si ilustrar la patria historia
fué el norte de su ambición,
su profunda erudición,
es la base de su gloria.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1896 NÚM. 68

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20
Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

AQUELLA noche me dejaron solo con la muerta.

Y en medio de extraña fascinación, pareció-me que sus ojos se tornaban á mí con amoroso anhelo, que sus labios sonreian, que me llamaba...

Y ciego, delirante, la estreché entre mis brazos, y mis labios ardientes se posaron sobre los suyos yertos, sin vida...

Fué aquel el primero y el último beso de amor que dí á la niña de los blondos cabellos, á la virgen de los ojos color del cielo.

Después...

Los sepultureros se llevaron su cuerpo al Campo santo, y yo... aún recuerdo el beso de la muerta.

***

¡Espera! me dijo, cuando le hablé de mi pasión, del amor infinito que ella habia hecho nacer en mi alma.

Y esperé!

¡Espera!... me dijo otra vez, cuando le pedí una prueba del cariño que juró profesarme.

Y esperé!

¡Espera!... me dijo nuevamente, cuando quise imprimir un beso en su blanca y diminuta mano.

Y volví á esperar!

Y la *esperanza* sigue alimentando mis sueños y mis delirios de amor.

A....

(IMPROVISACIÓN.)

¿CÓMO mirarte, sin abrir los brazos
con ansia loca, con ardor febril,
para estrecharte en amorosos lazos
entre el halago de caricias mil?

¿Cómo mirar tus soñadores ojos
en que las flechas del amor se ven;
cómo mirarlos, sin sentir enojos
contra el que goza de tan alto bien?

¡Ah, nó! Y si el labio tembloroso calla,
y el rostro frio, en la apariencia, ves,
dentro del pecho sin cesar batalla
el corazon, que ya una hoguera es.

Y aunque es locura prodigar amores
en quien á otro enagenó su fé,
déjame amarte, y de aromadas flores
cubrir la senda que hollará tu pié.

Déjame amarte, y entonar cantares
que arrastrará violento el huracán,
lejos, muy lejos de tus dulces lares
que mis pisadas á turbar no irán.

¡Te amo!.... Al mirarte sucumbió mi calma,
y apenas logro, desde entonces, paz,
que si en tu frente se serena mi alma,
arde en tus ojos con afán voraz.

¡Te amo!... ¡Es verdad!... Y á tu virtud no asombre
esto que el labio declararte osó,
que es un misterio el corazón del hombre
y nadie leyes al amor dictó!

Otoño.

PRO CUBA

Y la vieja matrona vió cómo sus hijos envejecian, y cómo, marchitos por los vicios ingénitos de su raza, éranle ya inútiles y gravosos.

Y unióse, en magnífico consorcio, con el Genio del Hombre, y hubo de él hijos é hijas hermosas que halagaron su orgullo y proveyeron á sus necesidades por el luengo espacio de tres siglos.

Y abusó de ellos y de ellas, y en provecho de sus mayores hijos cometió expoliación en los haberes de los menores.

Y ellos y ellas desconocieron un dia su autoridad, y se rebelaron, y lucharon en los campos de batalla, y regaron con su sangre el suelo virgen de la patria naciente, y el laurel de la victoria coronó, al fin, sus heroicos esfuerzos.

Y, libres ya, con desigual fortuna se incorporaron al movimiento civilizador, y prosperaron, y en la orgia de la libertad olvidaron las privaciones de la esclavitud.

Y olvidaron también á la más bella y más infortunada de las hermanas; aquella que, para ser única en la desgracia como ya lo era en la hermosura, no habia logrado romper los férreos lazos que la oprimian.

Y la mala madre, alentada por indiferencia tal, anudó más aún aquellos lazos; y para resarcirse de la pérdida de los otros hijos, y para saciar la rapacidad voraz de los mayores, que la ayudaban en su obra de esclavitud, hízoles el presente de la joven y hermosa Cautiva.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1896 NÚM. 68

Y la infortunada Cautiva gimió, y elevó los ojos al cielo, y clamó el auxilio de sus libres y poderosos hermanos.

Pero la suspicacia y los recelos habian alejado á los unos de los otros, y el egoismo habia enfriado sus corazones, y la frivolidad empequeñecido sus pensamientos.

Y la hermosa Cautiva clamó en vano; y hoy, desgarrado el seno, y amenazada de traición, y herida en sus afectos más caros, aparta desengañada los ojos de sus hermanos por la sangre, para fijarlos en aquellos que, menos obligados que los otros, comienzan ya á tenderle los brazos con fraternal solicitud.

Y esto, que debia consolar sus padecimientos, la mueve aún más al llanto; porque llora los desencantos de su amor; porque lamenta el egoismo de su raza; porque la desespera el alejamiento receloso de los suyos.

Y llora, y su llanto nobilísimo no bastará á enjugarlo la perspectiva misma del triunfo; porque lastima su alma de hermana el no deber la felicidad deseada al esfuerzo cariñoso de los suyos.

¡Escrito está quizá!...

Pero ¡ay! de los pueblos, en quienes la suspicacia, el egoismo y la frivolidad ahogan los nobles y elevados sentimientos!...

Consumidos por el recelo, atrofiados por la inacción, empequeñecidos por la futilidad, son árboles malditos cuya savia, desviada de su natural camino, se derrama infecunda por el suelo, sin dar, como debiera, vida y nutrición al fruto.

¡Ay, de ellos!

Espartaco.

A LAURA

NO quieren que yo cante
tu olímpica hermosura;
tus sueños virginales
tan llenos de candor;
no quieren que te diga
que tú eres la mas pura;
que nunca nadie tuvo
tú mística ternura;
que tú eres solamente
la dueña de mi amor.

Escucha! Si no quieren
que cante tu belleza;
que cante tus virtudes;
que cante la pasión
que un dia me inspirara
tú célica pureza;
tu rostro alabastrino
tan lleno de terneza,
pues, diles que me arranquen
del pecho el corazón!

Lauro González L.

EN EL ALBUM DE UNA NIÑITA

GOZA, niña, el bien que amante
te brindó naturaleza;
gózalo, sí, antes que al soplo
del dolor se desvanezca.

Gózalo, antes que tu pecho
del amor víctima sea;
antes que tu alma inocente
su fuego vivido sienta.

Que es el amor un incendio
que todo destruye y quema;
un rayo que va sembrando
muerte y sangre por do quiera.

Un aquilón que destroza
cuanto en su camino encuentra;
alud furioso que arrastra
cuanto á su paso se muestra.

Contra él no hay armas que valgan,
y el que sorprenderlo intenta
muy luego víctima cae
de su fatal imprudencia.—

No te apresures ¡oh, niña!
que mucho tiempo te queda
para llorar los engaños
que no conoces y anhelas.

Goza el cariño sincero
de tu madre amante y tierna,
y deja al tiempo fugáce
lo demás, bella gacela.

Esperiencia

LA MÁSCARA

PENDIENTE de la pared, en frente de mi mesa ries ¡oh máscara! con tu risa carnavalesca, que es mueca en tus labios gruesos africanos.

Y atraes mi vista en medio del silencio de la noche.

Y parece que un demonio alumbra, en el círculo negro de tus ojos, la mirada voltereana que deja caer la burla sobre todos las cosas de la vida.

Y á mi, que sueño con el amor, que deseo en una página vaciar toda la voluptuosidad de mis sentidos exitados, me hablas del paso callado que atraviesa las alcobas en las noches culpables; del bostezo que espera la huida del amante para sofocar los besos soñolientos.

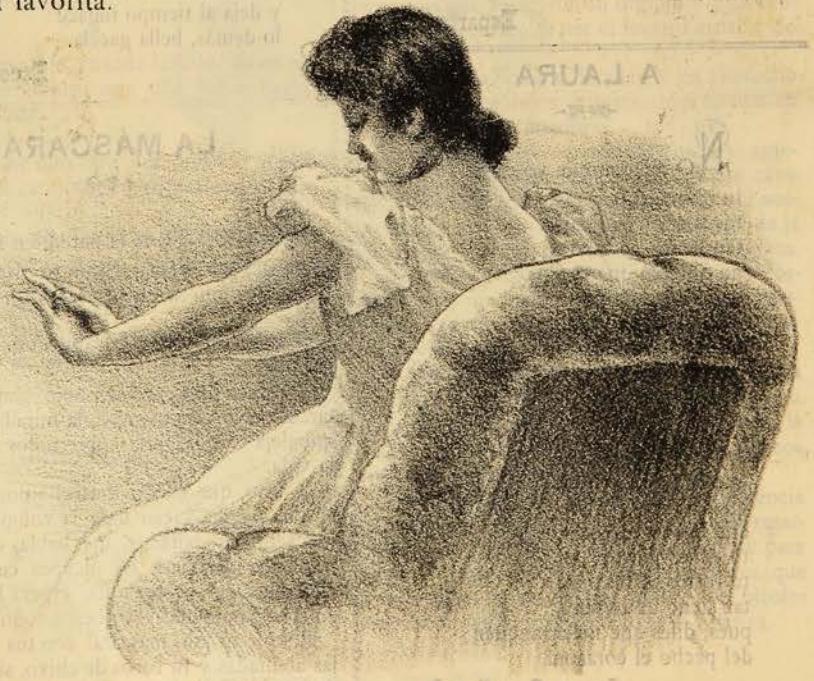
Porque tú ¡oh, máscara! con tus mejillas rojas abultadas y tu barba de chivo, símbolo eres de la nada de las cosas de la tierra.



Así le pareceré más hermosa,
pues, es su flor favorita.



¡Ábreme la puerta cielo!



¿Qué sería de mí si algun día tuviese
que renunciar á ésta joya?









AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1896 NÚM. 68

El más bello rostro, por ti cubierto, respira la ironía.

Quisiera arrancarte, y en mil pedazos deshecho, hacerte alfombra de mis piés.

Porque vienes á apagar los fuegos de mi entusiasmo, á arrojar las sombras de la duda en los altares de mi amor, á poner los bostezos del cansancio en los labios ardientes de mi amada.

Cesa ¡oh, máscara! en tu risa burlesca.

Déjame con mis sueños, con la embriaguez de las mentiras humanas!

Que cuando me llegue la realidad, me llegue con la muerte!

Fausto.

ARPEGIOS RONCOS

I

VENGA mi harpa soberbia,
esa que sabe endechas soberanas,
voy á arrancarle luego
los versos que conmuevan á las almas.

II

Venga mi harpa soberbia
que sabe el ritmo de las verdes ramas,
y que llora y que ruge
las estrofas que pasman.

III

Ya canto los preludios formidables
de las orquestas que hablan,
el beso templador de las mujeres
cuando fervientes aman.

IV

Ya principio los coros
de las gentiles hadas,
que tienen sus palacios refulgentes
en la verde enramada.

V

...Oro son las espigas,
y poesía son los panoramas;
es como un verso de sonantes rimas
la tierra.... el mar.... la escarcha.

VI

Aquestos, los bordones
de mi harpa soberana,
son como fibras de los nervios fuertes
que el loor de la vida siempre cantan.

VII

Saben el himno de las diosas bellas
que con amor batallan,
vibrando en las pupilas
la luz de los clarines y metrallas.

VIII

Son felices los zingaros
cuando sus sueños matan
en sus tristes orgías,
donde se beben lágrimas,

IX

....Pero nó! No cantemos con tristeza.
Triunfe, triunfe la danza!
Es un gran Dios el vino.
Es un rey el que ama.

X

El andrajo es la púrpura
cuando en vino se empapa.
La bacante es hermosa
cuando se baña con licor de parras.

XI

....Ya no tiene bordones
esta mi vieja y resonante harpa;
tienen la culpa, todas
mis perennes nostalgias.

XII

Mujeres, vino y juego
y febricentes danzas
nunca alegran mis horas,
nunca alegran mi alma.

A. Bórquez Solar

LA TISICA

FUÉ un amor corto; duró lo que un sol de invierno que apenas baña la tierra con sus tibios rayos, cuando las nubes, celosas de que ésta reciba las caricias del Dios Rubio, se interponen en el camino y gozan evaporándose al calor de sus besos ardientes. Y fué un amor contemplativo: jamás nos hablamos; jamás se estrecharon nuestras manos...

Ella vivia en una casita blanca, frente al entresuelo que ocupábamos algunos estudiantes de humanidades; la pobrecita no salia nunca: á todas horas se la podia ver, sentada en su ventana, bordando ó tejiendo; ó por las mañanas, muy tempranito, regando las rosas y enredaderas que adornaban su ventana y que hacian digno marco al hermoso cuadro que formaba ella, cuando pálida y pensativa, se sentaba al balcón, fija en el azul del cielo la mirada de sus ojazos negros y brillantes.

Yo, entonces, desde la ventana de mi entresuelo, me pasaba las horas largas contemplándola, pensando sólo en el goce inmenso de amar y ser amado—por primera vez—y haciendo caso omiso de los transeuntes que al pasar por debajo de nuestros balcones se sonreian maliciosamente, acordándose muchos, quizá, del tiempo en que ellos hacian cosa parecida.

Pero vino el otoño, y con el cambio de temperamento noté que mi amada se ponia más pálida y ojerosa y que tosia á menudo: una tosecita seca, desagradable, que me ponia inquieto, como si hubiese presentido la desgracia que amenazaba nuestra felicidad.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1896 NÚM. 68

A medida que el invierno se acercaba su palidez iba en aumento y arreciaba la tos, hasta el estremo que tuvieron que bajar los vidrios de la ventana y ya no pude ver sino al través de ellos, como se vé en un conservatorio una planta exótica y delicada que no resiste las crudezas de la intemperie.

Y yo,—que estaba entonces en la edad en que se sueña en la gloria y en las grandes empresas,—me habia puesto á escribir un drama, un gran drama, que estaba seguro me daria mucha fama y mucho dinero. Y trabajaba todas las noches hasta tarde, hasta que mi mano rehusaba escribir, con la esperanza de que cuando se pusiera en escena y me entregaran el dinero que como autor me correspondia, podria, rodeada mi cabeza de una aureola de gloria, ir donde mi pálida virgencita y decirle:

«Aquí vengo á pediros vuestra mano, y deseo que me deis el consentimiento para hablar con vuestra mamá, á fin de que nuestras bodas se hagan lo más pronto posible. Yo os llevaré á un lugar donde el cielo siempre es azul y hay mucho sol y muchas flores, y donde pronto estareis más rosada que una amapola.»

Y en mi mente de muchacho me forjaba los más bellos ensueños de ventura.

Pero vino el invierno, el invierno maldito, antes que concluyera mi obra, y ya mi pequeña amada estaba mal muy mal: no se movia de su gran sillón, con los ojos brillantes por la fiebre, fijos en el cielo plomizo y encapotado y tenia unos accesos terribles de toz que reper, cutian dolorosamente en mi corazón y empañaban los vidrios de su ventana que ya no adornaban las flores y enredaderas, marchitas por la inclemencia del tiempo y la falta de cuidado. Y cuando la estación se pronunció y cayó la primera nieve vi una mañana al levantarme de mi mesa de trabajo, donde me habia quedado dormido dando las últimas plumadas á mi drama, que habia mucho entrar y salir de gente en la casita blanca y que la ventana no se volvió á abrir.

Yo fui detrás de todos al cementerio y sin que nadie me viera lloré mucho sobre su tumba. ¡Pobre virgencita pálida!

. . . . . .

Hace poco, revolviendo unos papeles, encontré mi drama, mi famoso drama: ¡qué mamarracho! seguro estoy de que jamás lo habria aceptado empresario alguno; pero me contuve de romperlo al recordar que estaba vinculado á mi primera y más casta pasión. Y pasó ante mi mente la imagen de la pálida virgencita y una lágrima, que no pude contener, fué á unirse con las muchas que en lejano tiempo habian caido sobre el viejo manuscrito.

Carlos Ledgard

LA IDEA ETERNA

(De Lamartine.)

¡Oh! cuán dulce es para el alma
que flota en la inmensidad
entre la duda y la calma,
la luz y la obscuridad,

percibir la eterna idea
de fé, esperanza y amor,
que cual astro centellea
de perenne resplandor.

Ella mitiga sus fieras
dudas, su cruel ansiedad,
y le muestra las riberas
de la ignota eternidad

J.

LA HOJA

(Del Frances, de A. V. Arnaut.)

De tu tallo desprendida,
pobre hoja seca, ¿dó vas?
—No lo sé. Del viento herido
cayó el roble secular.

Con él pereció mi amparo;
y al soplo del huracán,
voy del monte á la llanura,
del oasis al erial.

Voy, á do el viento me lleva,
sin esperanzas forjar;
voy adonde también juntos
la rosa y el laurel van.

Orión.

UNA NOVEDAD MUSICAL

La inteligente señorita Adela Acuña y Jara, ha publicado y puesto de venta últimamente un vals para piano, intitulado Elena. En opinión de las personas de gusto, la obra de la señorita Acuña es una joya artística, y el primer lauro de la corona que en época no distante adornará las sienes de la joven artista.

Esperamos que las distinguidas lectoras de La Revista Cómica no andarán remisas en dispensar su protección á obra tan delicada; con lo que darán una prueba más de su buen gusto, y del interés que les inspira el arte nacional en una de sus formas más bellas.

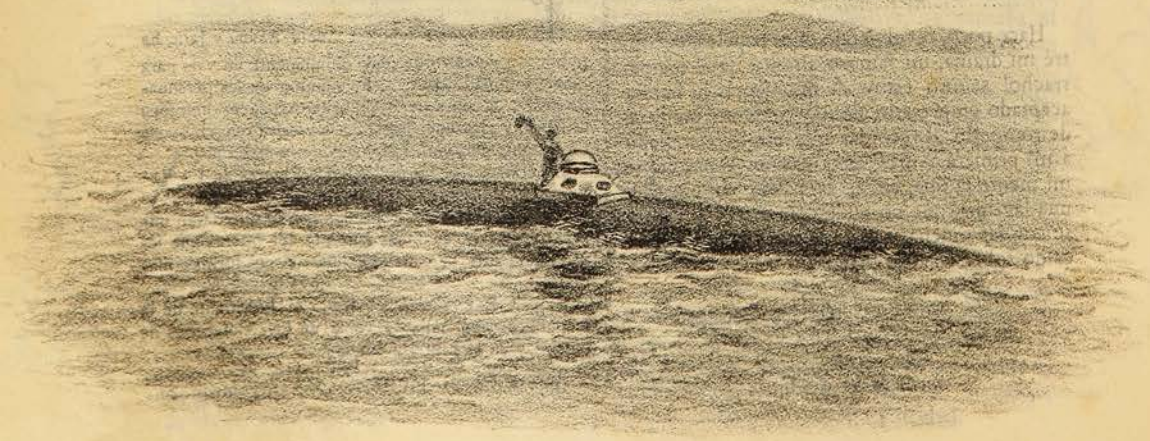
El vals Elena está dedicado al Presidente de la República, y se halla de venta en los Almacenes de Música y en la Librería Santiago.

Imp. y Lit. J. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



D. DOMINGO URZÚA CRUZAT

Y el submarino de que es inventor



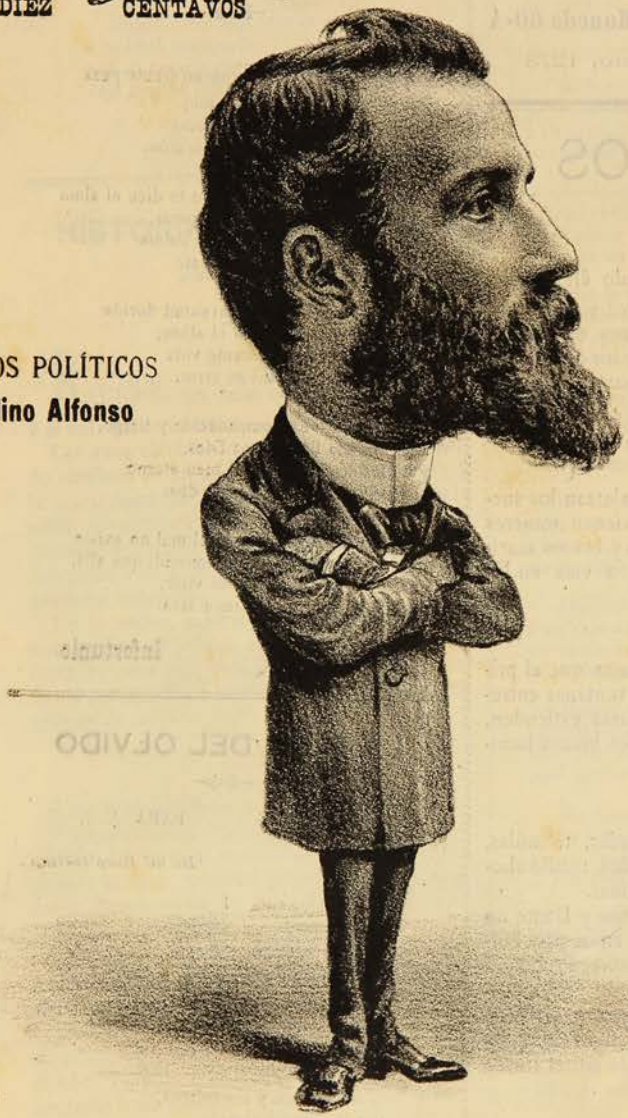
La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS POLÍTICOS

D. Paulino Alfonso



Su talento y su virtud
bello porvenir le auguran,
y alto puesto le aseguran
entre nuestra juventud.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE ENERO DE 1897 NÚM. 69

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A

Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

—NUNCA!—dijo;—y cuando él se hubo alejado, ella, que por primera vez sentía en su corazón el latido de los sublimes embelesos, amenazó con su puño cerrado y los ojos llenos de lágrimas, la imagen de su marido que pendía en las paredes de la alcoba.

* * *

En la cabeza del borracho, aletean los sueños azules. Y es feliz. Porque vienen mujeres hermosas, con labios sonrientes y brazos acariciadores, á mecer la nave de su vida en las voluptuosidades del amor.

Rie.

—Mozo! otra copa!

Y bebe, y sigue bebiendo hasta que el primer rayo de sol entra por las ventanas entreabiertas, y parece que las lámparas extienden, bostezando, soñolientos y pálidos brazos luminosos.

—Mozo! otra copa!

Habla.

Sus palabras salen entrecortadas, trémulas, como trajes nupciales despedazados, medio ahogadas en una voz de notas perdidas.

—Y bien! Petrarca fué un tonto y Dante un imbécil. Amor! Dios nos dió el amor para burlarse de nosotros. Beatriz y Laura. Prefiero á Ninón ó á Marietta. Diez años de gloria póstuma no valen un beso de Margarita Gautier. Es divertido ver un cadáver, cuyos gusanos corren y juegan entres ramas de laurel fresco y perfumado.

Carcajada.

—Mozo! otra copa!

Sigue:

—La vida es un combate. El licor es una roca. No seamos tontos. Ocultémonos. La primera felicidad de la existencia, es el olvido. Una copa de buen vino es una gota de agua del Leteo. Ahoguémonos.

—Mozo! otra copa.

Y cae bajo la mesa, roncando, feliz con el olvido de sus pesares, como un insulto viviente y humano á todas las glorias y á todas las virtudes.

A....

¡HUYE de mí. Sobre mi frente pesa
del destino fatal la maldición;
deja sepulte en lóbrega huesa
para siempre ese imbécil corazón.

¡Huye! ¿Que anhelas? ¿No te dice el alma
que nada debes ya de mí esperar,
que quien perdió felicidad y calma
dolores solo te podrá brindar?

¡Huye, por Dios! Tu juventud florida
no quieras marchitar en el albor;
¡se tu feliz! y á mi doliente vida
deja que llore su funesto error.

Pronto tal vez, compadecido y tierno,
á su morada llamarános Dios,
y de las dichas de aquel bien eterno
juntos y alegres gozaremos dos.

Y allá, Lastenia, donde el mal no existe
desde hoy te emplaza mi amistad; que allá,
donde de gala la virtud se viste,
puro y eterno nuestro amor será.

Infortunio.

LA FLOR DEL OLVIDO

PARA A.....

[De mi libro íntimo].

I

En un rincón solitario
del panteón, crece escondida,
entre las tumbas perdida,
negra y misteriosa flor.

Sola, triste y sin colores,
por las lluvias azotada,
su corola envenenada
jamás ha besado el sol.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE ENERO DE 1897 NÚM. 69

II

Dicen que en el tenebroso
invierno, á la media noche,
abre su funéreo broche
mientras silba el aquilón,

que basta posar los labios
en su cálice sombrío,
para convertir en frío
el más encendido amor....

. . . . . .

III

Mujer!... Esa flor no acerques
á tu boca sonrosada,
que su esencia envenenada
deja muerto el corazón!...

C. Vera M.

HISTORIA DE UNA ROSA

Para Valentín

NACIÓ de un beso que se dieron la brisa y el sol, en una mañana de primavera.

Las aves celebraron su nacimiento entonando cánticos de amor y las mariposas fueron y la acariciaron con sus alitas trasparentes. En la tarde, al ocultarse el sol, pasaban las ráfagas rozando sus tiernos y encendidos pétalos, murmurando á su oido palabras de amor, que ella quizá no entendia.

En la noche, la luna la besaba castamente y una perlita de rocío se deslizaba temblando, hasta su cáliz para huir, al dia siguiente, apenas el sol comenzaba á matizar los campos, con sus reflejos de oro.

* * *

Una mañana el sol no apareció.

Espesos vapores blancos ocultaron el firmamento. Las aves se fueron llorando y las brisas, al caer la tarde, pasaron junto á ella y silenciosas le dieron su adios. Pero la rosa esperaba; esperaba á la gotita de rocío que todas las noches iba á posarse, temblorosa, en su cáliz.

Poco á poco las sombras fueron invadiendo el valle, hasta que todo quedó obscuro.

De todas partes brotaban ruidos extraños, que parecian sollozos i lamentos. Entonces tuvo miedo. Y llamó á la perlita de rocío y nadie contestó á su llamado...

Tuvo sed y se sintió morir. Alzó su cáliz al cielo y lo vió negro: sus pétalos palidecieron y su tallo, trémulo de dolor, se inclinó con un sacudimiento de angustia...

* * *

Así murió la pobre flor.

Media hora después vino el huracán y se llevó sus hojas amarillentas, y las fué á dejar lejos... muy lejos...

M. M.

ROSITA

AZULES como el mar visto de lejos
sus grandes ojos que al mirar halagan,
los cabellos obscuros, con reflejos
de carey, sueltos por sus hombros vagan.

En las mejillas de jazmin y rosa
se ven las huellas que dejó el quebranto,
y en brazos de su abuela, pesarosa
su carita ocultó bañada en llanto.

«Mírale, aquí te traigo al pobrecito;
abuela, qué tendrá? lo han lastimado;
no se puede mover: muy quietecito
al pié de los rosales lo he encontrado.

«Agua le quise dar y ha sido en vano:
no la tomó aunque abierto está el piquito.
Abuela ¿quién será tan inhumano
para golpear á un débil pajarito?»

Y hablando así la niña, se empeñaba
de su infantil amor en los excesos,
alzando la cabeza que colgaba,
por reanimarle á fuerza de sus besos.

Mas viendo ya lo inútil de su empeño,
entre sollozos y de espanto llena,
«despiértalo, exclamó, porque ese sueño
me fastidia, me aflije y me da pena!»

«Hija del alma! déjale dormido
y no esperes jamás que se despierte;
ese sueño es el sueño tan temido,
no se despierta de él.... se llama muerte!

«Muerte! no se qué dices, abuelita,
pero al mirarle así me causa miedo;
mira, aquí tiene sangre en esta alita
¿qué haré, si despertarle ya no puedo?

«Espérame! que vuelvo en un momento;
quiero traer mi caja de cristal,
y en un pañuelo tuyo, bien envuelto
le pondremos allí, no estará mal.

Tornó después; la caja primorosa
de cristales, en seda azul forrada,
sirvió de lecho, y una blanca rosa
colocó con amor por blanda almohada.

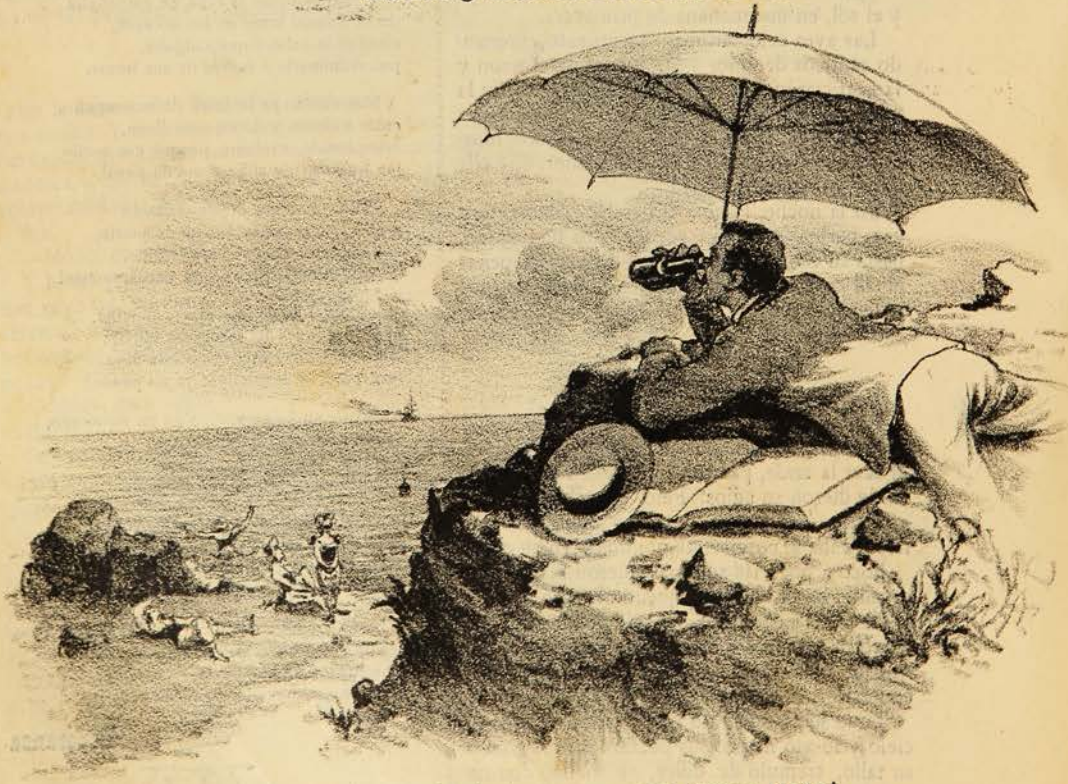
La niña contemplándole un instante
besóle con ternura, despacito,
y en brazos de su abuela, sollozante,
arrojóse exclamando: "¡pobrecito!"

Esperanza



PHILIBERT GERMAIN

Sabio y naturalista francés



¡Me la imaginaba hermosa, pero nunca tanto!



¡Quién lo creyera! ¡Tan hermosa, y me arroja un corazón seco y frío!



Denantes no podía ver, ¡oh! ahora sí que distingo.
Asoma el alba con dos luceros.



¡Llévame contigo y no me dejes sola

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE ENERO DE 1897 NÚM. 69

A....

QUE IBA AL BAILE.

¡QUÉ hermosa estás!... Cuando aplicolante luego
la vista apartes, por mi mal, de aquí,
y ya no escuches mi amoroso ruego,
¡acuérdate de mí!

Cuando el salón, que en Paraíso mudan
tus gracias, huelles, dominando allí,
y mil galanes á tu encuentro acudan,
¡acuérdate de mí!

Cuando al compás con que el laud le anima
sigas del vals el loco frenesí,
y ageno brazo tu cintura oprima,
¡acuérdate de mí!

Cuando á tu oido la lisonja impía
con lindas frases te demande un sí!
cuando te asédie con mayor porfía,
¡acuérdate de mí!

Y cuando, en fín, impresionada llegues
lecho y reposo á demandar aquí,
y en blando sueño á delirar te entregues,
¡acuérdate de mí!

Otoño.

VIRGINIA Y PABLO

ES la reja de los viejos jardines del pensionado. A lo lejos suenan las diez. Noche de Abril, clara, azul y profunda. Las estrellas parecen de plata. Débiles oleadas de viento acaban de pasar, agitando los pétalos de las rosas; el follaje murmura, el agua del surtidor cae, blanca como nieve, al fin de la gran avenida de acacias. En medio del gran silencio, un ruiseñor, alma de la noche, hace brillar una lluvia de mágicas notas.

Cuando los dieziséis años os cubrian con su cielo de ilusiones ¿habéis amado una tierna joven? Os acordáis del guante olvidado sobre una silla del pabellón? No os ha turbado una presencia inesperada, súbita? No habéis sentido arder vuestras mejillas cuando durante las vacaciones sonreian los padres de la timidez con que os acercábais uno al otro? Habéis conocido la dulzura infinita de dos ojos puros que os miraban con terneza pensativa? Habéis tocado con vuestros labios los labios de una joven temblorosa que palideció bruscamente, cuyo seno palpitaba contra vuestro corazón opreso de alegria? Habéis guardado, en el fondo del relicario, las flores azules cogidas en la tarde, á orillas del rio cuando volviais juntos?

Oculto, después de los años que separan, en lo mas profundo de vuestro corazón, ese recuerdo es como una gota de esencia de Oriente encerrada en precioso frasco. Esa gota de bálsamo es tan fina y tan poderosa que, si se arroja el frasco en vuestra tumba, vagamente inmortal, durará mas que vuestro polvo.

Ah! si hay una cosa dulce en una noche solitaria, es respirar, una vez mas, el adiós de ese encantado recuerdo!

Es la hora del reposo: el ruido del trabajo ha callado en el arrabal: andando al azar he llegado hasta aquí. Esta construcción fué en otro tiempo una antigua abadía. Un rayo de luna hace ver la escalera de piedra tras la reja, é ilumina á medias los viejos santos esculpidos que han hecho milagros y que, sin duda, han golpeado contra las losas sus frentes humildes iluminadas por la oración. Aquí resonaron en otros tiempos los pasos de los caballeros de Bretaña, cuando el inglés dominaba todavía sobre nuestras ciudades anjovinas. — Ahora, verdes y alegres celosias rejuvenecen las sombrias piedras de las ventanas y los muros. La abadía se ha transformado en una pensión de niñas. En el dia deben gorjear como las aves en las ruinas. Entre las que duermen, hay mas de una que en las vacaciones de Pascua despertará en el corazón de un joven adolescente la gran impresión sagrada y quizás ya... —¡Chito! han hablado! Una voz muy dulce acaba de llamar (muy bajo): «Pablo!... Pablo!» Un vestido de muselina blanca y un lazo azul han flotado un instante cerca de ese pilar. Una joven parece á veces una aparición. Esta acaba de descender. Es una de ellas; distingo la pelerina del pensionado y la cruz de plata al cuello. Veo su rostro. En contacto con sus lineas, bañadas de poesia, disuélvese la noche: ¡Oh cabellos tan rubios de una juventud mezclada aun de niñez! ¡Oh mirada azul, cuyo lapizlázuli es tan pálido que parece conservar todavía algo del éter primitivo!

Pero ¿quién es ese jóven imberbe que se desliza entre los árboles? Se apresura: toca el pilar de la reja.

—Virginia! Virginia! soy yo.

—Ah! más bajo! aquí estoy, Pablo.

Ambos tienen quince años.

Es una primera cita. Es una página de idilio inmortal. El uno y la otra; cómo deben temblar de alegria! ¡Salud, inocencia divina! Recuerdos!... ¡flores que resucitan!

—Pablo! primo querido!

—Dadme la mano al través de la reja, Virginia. Ah! ¡qué bonita es! Tomad; este es un ramillete con flores del jardin de papá. No vale nada, pero es prueba de cariño.

—Gracias, Pablo.—Pero, ¡qué agitado estais! ¡Como habeis corrido!

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE ENERO DE 1897 NÚM. 69

—Es que papá ha hecho hoy un negocio, y un negocio muy bueno! Ha comprado un bosquecillo por la mitad del valor. Estaban precisados á vender pronto; la ocasión era buena. Y como estaba contento por eso, me quedé con él para que me diera un poco de dinero; después, tuve que apurarme para llegar á tiempo.

—Nos casaremos dentro de tres años si rendis bien los exámenes, Pablo!

—Si, entonces seré abogado. Los abogados tienen que esperar algunos meses para ser conocidos. Después, se gana algo.

—Con frecuencia, mucho.

—Si. ¿Y estáis bien en el pensionado, prima mia?

—Oh! si, Pablo. Sobre todo después que la señora Pannier le ha dado mas extensión. Antes, no se estaba tan bien; pero ahora hay algunas jóvenes de los castillos cercanos. Soy amiga de todas esas señoritas. Oh! tienen cosas tan preciosas. Desde que han llegado, estamos mejor, mucho mejor, porque la señora Pannier puede gastar un poco mas.

—Tanto da, estas murallas viejas .. No es muy alegre estar aqui.

—Si! es fácil habituarse á no mirarlas. Pero veamos, Pablo? habéis ido á ver á nuestra buena tía? En seis dias más será su santo; es necesario mandarle una *felicitación*. Es tan buena!

—No quiero mucho á mi tia! La otra vez me dió unos dulces viejos, en lugar de hacerme un buen regalo: una bolsa bien provista, ó algunas monedillas para guardar en mi alcancía.

—Pablo, Pablo, eso no está bien! Es necesario ser siempre muy amable y llevarse bien con ella. Es vieja, y nos dejará también algun dinerito ..

—Es verdad. ¿Oyes el ruiseñor, Virginia?

—Pablo, es necesario que cuidéis de no tutearme cuando no estemos solos.

—Como debemos casarmos, prima mia! Sin embargo, pondré cuidado. Pero qué bonito es el canto del ruiseñor! ¡Qué voz tan pura y argentina!

—Si, es bonito, pero no deja dormir. La noche está muy agradable: qué hermosa está la luna plateada!

—Sabia que os gustaba la poesia, prima.

—Si! la Poesia!... estudio piano.

—En el colegio aprendí todo genero de hermosos versos, para recitároslos, prima mia; sé de memoria casi todo Boileau. Si queréis, iremos con frecuencia al campo cuando nos casemos ¿qué os parece?

—Bien, Pablo. Mamá me dará también como dote su casita de campo que tiene un buen cortijo: iremos allá con frecuencia á pasar el verano. Y agrandaremos eso un poco, si es posible. El cortijo deja alguna utilidad.

—Ah! tanto mejor. Y luego se puede vivir en el campo por mucho menos dinero que en la ciudad. Mis padres me lo han dicho. Me gusta la caza, y cazaré mucho. Con la caza se economiza también un poco de dinero.

—Pues al campo, Pablo mio! Me gusta tanto todo lo que es poético.

—Oigo ruido allá!...

—Chit! es necesario que me vuelva: la señora Pannier puede despertarse. Hasta luego, Pablo.

—Virginia, iréis en seis dias mas á casa de mi tia? ¿á comer? Y tambien temo que papá vaya á notar que me he escapado, y no me dé mas dinero.

—La mano, pronto

Mientras oia, arrobado, el ruido celeste de un beso, los dos angeles huyeron. El retardado eco de las ruinas, repetia vagamente: «...Dinero! Un poco de dinero!»

¡Oh juventud! primavera de la vida! ¡Oh niños, bendito sea vuestro extasis! vosotros cuya alma es inocente como la flor, vosotros cuyas palabras, evocando otros recuerdos *mas ó menos* semejantes á esta primera cita, hacen verter dulces lágrimas á uno que pasa!

Villiers de L'Isle Adam

A LA LUNA

(IMITACIÓN DE LEOPARDI.)

¡AH! yo recuerdo, solitaria luna,
la vez postrera que admiré tu faz;
contraria me era entonces la fortuna,
y errante andaba, sin amor ni paz.

Las mismas penas, por mi mal, hoy lloro,
la misma suerte me persigue hoy,
y aunque sin fuerzas mi dolor devoro,
tras su recuerdo desalado voy.

Que anheló de la muertas alegrias
recordar los instantes de quietud,
y contar uno á uno aquellos días
de esperanza, de amor y juventud.

Y en recuerdo apurar las ilusiones
de mi prima, juvenil edad,
desnudas del horror de las pasiones,
radiantes de pureza y de beldad.

Que de esas horas de ventura y calma
dulces, muy dulces los recuerdos son,
por mas que unidos los contemple el alma
á postreras memorias de aflicción.

Orión.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 29



El tropezón del juéves.

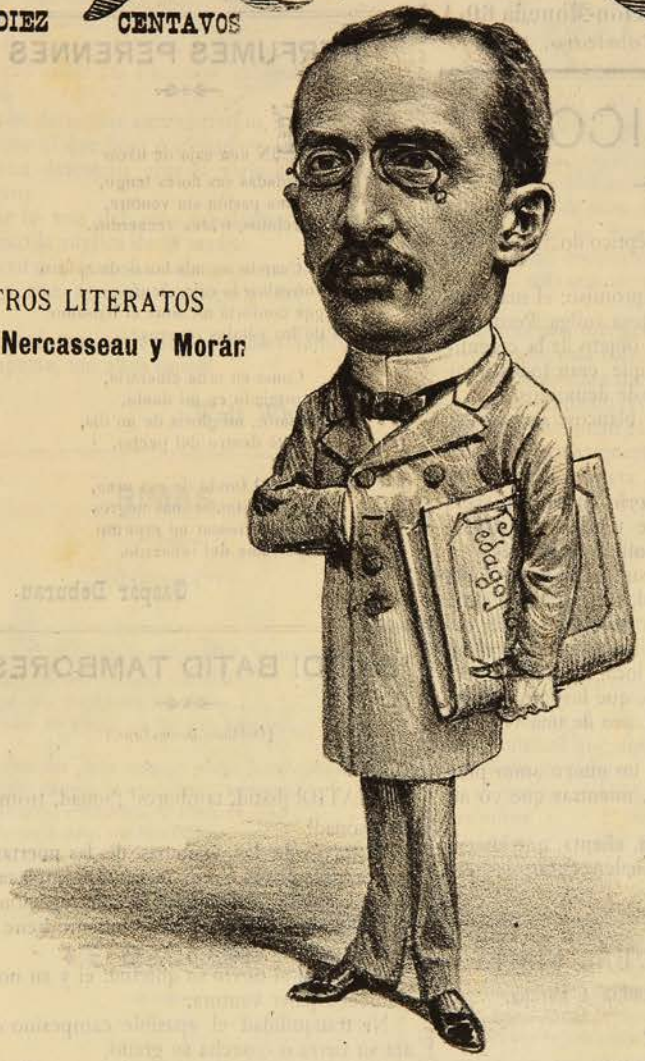
La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS LITERATOS

D. Enrique Nercasseau y Morán



Literato de verdad,
su pluma diestra y galana
muestra el habla castellana
en toda su integridad.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE ENERO DE 1897 NÚM. 70

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20
Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1278

MOSAICOS

—¿QUÉ dice el escéptico doctor? de dónde tan elegante?

—Oh! señora, un compromiso: el matrimonio de una antigua y cariñosa amiga. Pero, realmente, no me esplico el objeto de la ceremonia... Los concurrentes, que eran todos hombres, sonreian con sonrisa de demonios.

Ya se vé... Aquellos blancos azahares y aquel vestido tan albo...

* * *

—Ah!; qué triste es morir en la primavera de la vida, dijo la pobre tísica, rebujándose bajo los cobertores del mullido lecho.

—Lo es más, sollosó su hermana, la linda enfermera, vivir muriendo, desgarrada el alma por una pasión insensata, amando sin ser correspondida, recibiendo á cada instante el ultraje del hombre á quien, loca, un dia, le ofrecí las primicias del corazón, que hoy no acepta, por que se ha vendido al oro de una vieja repugnante.

—Pero tú, aspirando á un nuevo amor puedes renacer á nueva vida, mientras que yó no tengo esperanza.

—Alienta, hermana mia, alienta, que las enfermedades del cuerpo suelen curar; las del alma nó!

EN EL ÁLBUM DE UNA NIÑITA

que partia con su familia á Europa.

IMPROVISACIÓN.

DE tu álbum en la página primera
tu madre quiere que mi nombre escriba:
¡ay! quién en tu alma cándida pudiera
también, niña hechicera,
escribir mi ternura honesta y viva!

Mañana, cuando el sol desde el oriente
sus rizos tienda derramando lumbre,
tú, columpiada por la mar rugiente,
la vista indiferente
apartarás de la riscosa cumbre.

Y sin pensar ya más en la ribera,
tras nuevos goces correrás festiva:
¡ay! quién en tu alma cándida pudiera
también, niña hechicera,
escribir mi ternura honesta y viva!

Otoño.

PERFUMES PERENNES

EN una caja de nácar
guardadas sus flores tengo,
de una pasión sin ventura,
marchitos, tristes recuerdos.

Cuando en mis horas de spleen
entreabro la caja, siento
que conforta mi alma el bálsamo
de los pétalos resecos.

Como en urna cineraria,
amortajado en mi duelo,
mi amor, mi gloria de un dia,
sepulté dentro del pecho.

Y, del fondo de esa urna,
en mis instantes mas negros
sube á refrescar mi espíritu
el perfume del recuerdo.

Gaspar Deburau.

BATID! BATID TAMBORES!

[Del libro *Dram-Taps.*]

¡BATID! ¡batid, tambores! ¡Sonad, trompetas! ¡sonad!

Al través de las ventanas, de las puertas al través, precipitaos como una fuerza implacable

En la iglesia, y dispersad la congregación;

En la escuela, donde el estudiante tiene los ojos fijos en el libro.

Arrebatad al novio su quietud: él y su novia no deben tener ventura;

Ni tranquilidad el apasible campesino que ara su tierra ó cosecha su grano.

Redoblad, agitados con furor, tambores! Agudísimas sonad, trompetas!

Batid! ¡batid tambores! ¡Sonad, trompetas! ¡sonad!

En medio del tráfico de las ciudades, en medio del crujir de los carretones que cruzan las calles.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE ENERO DE 1897 NÚM. 70

¿Están preparados los lechos para los que van á dormir durante la noche? Nadie que tenga sueño debe dormir en esos lechos.

Ningún negociante de los negocios diurnos, ningún corredor ó especulador continuará.

¿Querrian hablar los charlatanes? querrian cantar los cantores?

¿Querria levantarse el abogado en la corte para defender su causa ante los jueces?

Tocad mas ligero, mas fuerte, tambores! Sonad mas hirientes, trompetas!

Batid! ¡batid, tambores! ¡Sonad, trompetas! ¡sonad!

Haced callar los discursos, ahogad las discusiones;

No os detengáis ante el tímido, no os detengáis ante el que llora ó el que está en oración;

No os detengáis ante el viejo que conjura al joven;

Que la voz del niño no alcance á oirse, ni tampoco la súplica de la madre;

Haced aún que el catafalco se sacuda con el muerto que aguarda la llegada del fúnebre carro.

Golpead tan violentos, terribles tambores! ¡Trompetas, tan altas sonad!

Walt Whitman

RIMAS

(STECCHETTI)

COMPASIÓN, de rodillas, le pedía,
anegados en lágrimas los ojos;
mas ella, fastidiada, me decía:
—idos en paz, y no me deis enojos.

Que me viera después plugo á los cielos
seguir en pos de otra mujer hermosa:
entonces, encendida el alma en celos,
ella los brazos me tendió amorosa.

O. Z. Z.

LE BALLON

LÉGER aerostat, lorsque tu te balances
Audessus du nuage et perdu dans le bleu,
Quand ton œil plonge au fond des espaces immenses;
Que vois-tu de la-haut? Dis-le moi donc un peu.

Ton regard ébloui franchit-il les distances,
Pour compter des soleils les océans de feu?
Aperçois-tu l'Eden, avec les récompenses
Qu'à ses élus, dit-on, destine le bon Dieu?

Vois-tu des Chérubins la cohorte légère?
Eh! non. Tu ne vois rien. Tu ne vois que la Terre.
Et nous t'y paraissons gros comme des fourmis.

Tu nous y vois ramper, et, chétive poussière,
Songer, en te voyant, comment nous pourrions faire
Pour fuir de la planète où le sort nous a mis.

Philibert Germain

Santiago, 15 Nov. 1896.

EN LA PLAZA

PASEÁBAME en la noche por la Alameda de las Delicias, en la sombra misteriosa que proyectan los árboles de la avenida norte, cuando un amigo, de esos muchos que para nuestra desgracia pone la Providencia á nuestro paso, viniendo á mi encuentro me detuvo y me dijo:

—¡Ola! solitario incorregible! ¿qué haces por aquí?

—Como vés, me paseo.

—¡Pero en esta soledad, sin ver á nadie!...

—Veo la sombra de esos árboles que presta calma á mi corazón; veo las innumerables estrellas que tachonan el firmamento; percibo á lo lejos las formas queridas de mi primer amor, de mi amistad primera...

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿Te has vuelto loco?

—Tal vez.

—Déjate de tonterías. Tu *prenda* está en la plaza. Vamos allá.

De veras. ¿Era posible que yo anduviese soñando en la Alameda, cuando mi *prenda*, el espíritu práctico personificado, estaba paseándose en la plaza?

Nos dirijimos á la plaza. Los acordes de la música llenaban el aire. Una multitud compacta, esa multitud que desaparece como sombra en las horas de peligro, se apiñaba heroicamente en el paseo embaldosado, y ocupaba todos los asientos.

Mi amigo y yo nos pusimos á buscar algún lugarcito donde sentarnos. Lo encontramos por casualidad.

Pero, no bien nos habiamos sentado, acomodándonos estrechamente en un espacio con capacidad para persona y media, cuando una respetable familia, compuesta de robusta señora y de sus cuatro hijas en estado de casarse, se pusieron delante de nosotros, dando claras muestras de que deseaban reemplazarnos en nuestros asientos. Pero luego se retiraron.

—Aquí se atenta contra el derecho de propiedad, me dijo mi amigo.

—¿Y mi *prenda*?

—Ahí andará, hecha toda ojos, buscándote.

—O buscando á los otros. Uno es poco para ella. Necesita elegir. Casualmente, allí viene... ¡Mira cómo habla con Carlos!



Allá cuando era guagua...



Miéntras herraban mi caballo, me entretuve en observar la vida del campo.



—Te veo pálida y muy disgustada ¿qué tienes?
—Verdaderamente estoy mal; me siento sobre todo muy nerviosa.



—Y ahora cómo te sientes?
—Qué gracia! ya sabía yo que la malta había de sanarme y por eso acepté tu invitaci



—Qué tal el documento, señor abogado?
—Precioso! con esto, tenemos frito á su enemigo!

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE ENERO DE 1897 NÚM. 70

—¿Qué le dirá?

—Le dirá que él es su primer amor.

—¡Cómo! ¿Y tú?

—Yo también soy el primero cuando hablo con ella.

—¡Ah!

—¿Quiénes son esas tres damas que vienen detrás?

—Esas son tres niñas, o tres viejas, como tú quieras, que desde hace veinticinco años asisten á todos los paseos públicos, sin encontrar jamás el anhelado objeto de sus pesquisas. Y son unas niñas, muy meritorias: tocan el piano, cantan...

—¿Y aquel solitario, de retorcidos bigotes, que marcha con las manos en los bolsillos, mirando á todos lados?

—A ése lo llaman el barbilindo. Se cree el mas hermoso de los hombres. No hay mujer que resista á su mirada hechicera. Un dia, sin embargo, le dieron de palos para que se curase de pretensiones. Pero no se curó.

—¿Y aquel elegante que allí pasa tan ligero?

—Ese mozo vale lo que vale su trage. Desnúdelo usted, échelo al mundo en trage de Adán, y no valdrá un comino.

—¿Y aquellos jovencitos que van silvando con el bastón debajo del brazo?

Son dos ilustres decadentes: es muy probable que vengan ahora de beber *champagne*.

—¿Quién es el de las polainas blancas?

—Es el eminente autor de un libro que el público no ha comprado ni leido.

—¿Por qué ni una ni otra cosa?

—*Porque este público idiota no comprende el espíritu de su autor*...

—Y el otro ¿quién es?

—Un joven *francés*...

—Y aquellos mozalvetes que hácia acá vienen con tantas infulas y tan suprema arrogancia, ¿quiénes son?

—No los conozco... Pero vienen á sentarse á nuestro lado. Escuchemos lo que dicen.

Los mozalvetes se sientan, y su conversación empieza de esta manera:

Joven 1.° ¿Qué hay? ¿Establecemos o nó la imprenta?

Joven 2.° ¿Somos ó no somos?

Joven 3.° El negocio no puede ser mejor.

Joven 4.° La guerra con la República Argentina es inevitable.

Joven 1.° Este idiota no tiene otra idea que la guerra con la República Argentina.

Joven 2.° Si, señores, el negocio se hace. Y vamos tambien á publicar un periódico.

Joven 1.° Que sea liberal.

Joven 2.° Que sea conservador.

Joven 3.° Que sea radical.

Joven 4.° Que en política sea imparcial; que se ocupe exclusivamente de hacer propaganda en favor de la guerra contra la República Argentina.

Joven 1.° Este idiota debe de ser agente de *La Tarde*. Vamos á ver: ¿para qué quieres la guerra con la República Argentina?

Joven 4.° Para que cese la circulación metálica, y mis amigos puedan pagar con carretadas de papel sus cuantiosas deudas.

Joven 1.° ¿No les decia yo?

Joven 2.° Es preciso publicar en nuestro periódico el divertidisimo drama *Sara Bell*.

Por aqui empezaron, y entraron después en otras consideraciones, envolviéndose pronto en acalorada disputa. Uno decia al otro que él no debia hablar, porque era agrónomo, y todos los agrónomos eran unos imbéciles; á lo cual respondia el agrónomo que los verdaderos imbéciles eran los empleados públicos, que pasaban su vida como momias delante de los escritorios. El hecho fué que hubo un desafio y que acordaron ir á darse de puñetes en la Avenida del Mapocho.

Escenas como ésta se ven todos los dias en la plaza, y se agregan en nuestros recuerdos á las infidelidades de las *prendas* y á la necia presunción de los elegantes.

Cuando los distinguidos escritores se fueron camino del Mapocho, era la hora en que, por haber cesado la música, los paseantes abandonan la plaza, y van á la pasteleria de Torres, ó regresan á sus hogares.

Yo, entre tanto, sin hablar una palabra, seguia con la vista á los paseantes que se dispersaban en todas direcciones. Y aquella multitud de almas, felices las unas, infortunadas las otras, llevaban en su frente el sello horrible de la indiferencia absoluta. Y pensaba en esas infelices mujeres, condenadas por su sexo á la reclusión en el fondo de sus hogares, que esperan impacientes la hora del paseo, adonde van á buscar, nó la dicha ni las satisfacciones de un momento, sino la promesa de amor que les dé la esperanza de la soñada libertad. Pensaba también, con profunda tristeza, que en medio de tantos seres que se dominan mis hermanos, no habia uno solo que fuera verdaderamente mi amigo.

Volvia á escaparme de la tierra, buscando consuelo en la región de luz adonde me transportaba mi fantasia, cuando mi amigo, dándome una gran palmada, me dijo:

—Vamos; ya es hora de dormir.

RIMAS

A CONSUELO

TE amo como á la gota de rocío
la tierna sensitiva,
como ama el desterrado el caro suelo
de su patria querida,

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE ENERO DE 1897 NÚM. 70

Frescas se ostentan las galanas flores
de la esperanza mia,
y mi alma es un volcán, en donde el fuego
de la pasión germina.

Bella es hoy nuestra vida. Mira al cielo;
ninguna nubecilla
empaña su esplendor.... Ojalá fueran
así todos los dias.

Cojamos ya las flores.... A la tarde
talvez estén marchitas,
y huyan nuestras risueñas ilusiones
cual voladoras brisas.

Yo te amo porque ví en tus ojos bellos
diáfana luz divina;
porque mi corazón palpitó, al verte,
de amor y simpatía

No esperes el mañana.... tú no sabes
cuán incierta es la vida:
cojamos ya las flores; á la tarde
quizas estén marchitas!

E. R. E.

AQUI ABAJO

[De *Sully Prudhomme*].

AQUÍ abajo las lilas se deshojan,
los cantos de las aves enmudecen;
yo sueño con estios que subsisten
siempre....

Aquí abajo marchítanse los labios
y su carmin y su tersura pierden;
yo sueño con los besos que subsisten
siempre....

Aquí abajo los hombres todos lloran
amistades y amores que fenecen;
yo sueño con los lazos que subsisten
siempre....

Abelardo Varela.

EL LOCO Y LA VENUS

¡ADMIRABLE dia! El vasto parque se desmaya bajo la ardiente mirada del sol, como la juventud bajo el dominio del Amor.

El extasis universal de las cosas no se expresa por ningún ruido; hasta las aguas están como adormecidas. Muy diferente de los regocijos humanos, es una orgia muda.

Diriase que una luz siempre creciente hace resplandecer mas y mas los objetos; que las flores excitadas arden en deseos de rivalizar con el azul del cielo por lo vigoroso de sus tintas, y que el calor, haciendo los perfumes visibles, los hace elevarse como nubecillas de humo.

Sin embargo, en esta dicha universal, he visto un ser abatido.

A los piés de una Venus altisima, uno de esos locos artificiales, uno de esos bufones voluntarios que se encargan de hacer reir á los reyes cuando el remordimiento ó el Hastio les asedia, disfrazado con un traje ostentoso y ridículo, coronado de cuernos y cascabeles, reclinado contra la base, levanta los ojos llenos de lágrimas hacia la Diosa inmortal.

Y sus ojos dicen:—Yo soy el último y el mas solitario de los hombres, privado de amor y amistad, inferior en esto al mas imperfecto de los animales. Pero yo también soy hecho para comprender y sentir la inmortal Belleza! ¡Oh Diosa! apiádate de mi pena y mi delirio.»

Pero la implacable Venus mira á lo lejos no sé qué con sus ojos de mármol.

Carlos Baudelaire

EPIGRAMAS

A UNA DAMA,

POETISA Y MADRE.

(*De Lebrun.*)

ESTA Musa asaz profana
ha hecho dos obras solo:
la una, á despecho de Apolo;
la otra, á despecho de Diana.

DE PIRON, CONTRA VOLTAIRE

CUANDO se trata de una ruin persona,
cuyos débiles huesos aprisiona,
de carne á falta, la delgada piel,
tarda la Muerte en descargar su saña,
pues teme que se melle su guadaña
al golpearla sobre él.

J. V. C.

RIMA

QUISIERA, niña, ofrendarte
una rima triunfadora,
con fulgores de luceros
y con perfumes de rosas;

una rima tersa, blanca
como una ala de paloma,
vibrante como una lira,
como el vino embriagadora;

una rima que atrajera
cual sirena voluptuosa,
una rima que abrasara
como un beso de tu boca.

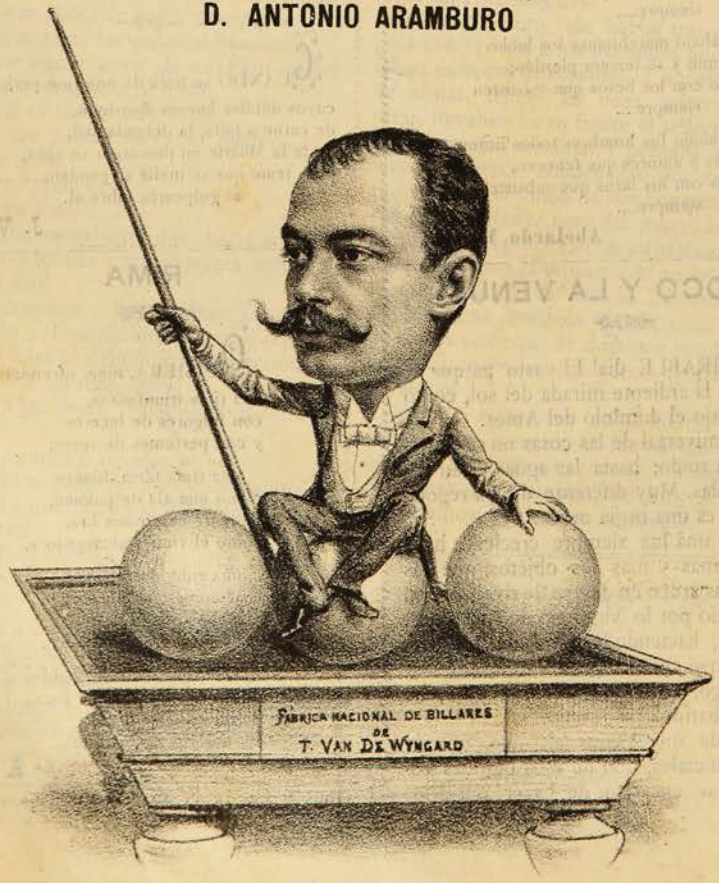
Una rima... El imposible
de mi mente, que oye loca
de tus ojos los azules,
las nostálgicas estrofas!...

A. V.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



EL CELEBRE TENOR
D. ANTONIO ARAMBURO



MR. BARUTEL
Gran champion de billar

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS MÉDICOS

D. Federico Puga Borne



Con empeño ha cultivado
su brillante inteligencia,
y entre los hombres de ciencia
muy alto se ha colocado.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE ENERO DE 1897 NÚM. 71

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... **$ 4.50**
Por medio año (25 »)..... **2.50**
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A

Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

EL fatigado viajero detiénese á la orilla del abismo, queriendo penetrar con sus ojos llenos de asombro el fondo obscuro y rugiente como un insondable mar de negra tinta.

Un vértigo, y rodaría hasta su término. Entonces,—hacinamiento de huesos y carnes desgarradas,—yacería para siempre en medio de una noche eterna.

Pero el pensamiento distrae su atención del terrestre abismo, y con sus dedos misteriosos, coge y entreabre los pliegues de su conciencia. El pobre errabundo cierra los ojos y tiembla, porque ve que su alma va rodando por la pendiente de un abismo sin fondo, sin detenerse jamás. Y sintiéndose desgraciado y sin consuelo, golpea su frente, y lágrimas amargas como una mezcla de todos los dolores corren por sus pálidas mejillas...

***

Es un busto griego de carne divina. Los senos marmóreos desafían soberbios la gasa que los asalta, como dos bloques de granito en lucha con las olas espumosas del mar.

Contraste de esta lucha,—un rostro ovalado que baña la alegría; labios como una flor ligeramente ensangrentada, que se brindan á otros labios; bajo las cejas que se arquean con voluptuosa languidez, la luz de dos ojos azules como dos pedazos de cielo que al cielo llaman; —rostro que se encuadra en una espesa, enmarañada y ondeante cabellera, que cae y rueda como una cascada de ébano por las blancas espaldas...

¡ADIÓS!

(Del italiano, de Giuseppe Giusti.)

¡ADIÓS por siempre, albergue afortunado,
dulce asilo de gloria y de placer;
contigo dejo el más feliz estado
y la esperanza de mi triste sér.
Te dejo eternamente
esta ánima doliente.
Dulce albergue de gloria y de pasión,
te abandono la paz del corazón.

Lejos me arrastra la fortuna impía,
y por siempre sepárame de tí;
vagaré errante por ignota vía
viviendo siempre tu recuerdo en mí.
Lejos de tí, la vida
seráme aborrecida.
Dulce albergue de gloria y de pasión,
te abandono la paz del corazón.

De tí me alejo, y hácia tí rendido
la vista torno, que apartar no sé,
y en vano al cielo con fervor le pido
que ánimo y fuerza en mi dolor me dé.
¡Ay! de fortuna escaso,
jamás tornaré acaso!
Dulce albergue de gloria y de pasión,
te abandono la paz del corazón.

Libre conserva del rigor del hado
el dón que el cielo te mandó guardar:
baste á la suerte mi dolor porfiado,
y nunca turbe tu quietud sin par.
Adiós, mansión que ansio!
Te queda el amor mio!
Dulce albergue de gloria y de pasión,
te abandono la paz del corazón.

Orión.

RIMAS

SÉ que no me amas; que mi amor inmenso
se estrella en tu glacial indiferencia,
que sabes cuánto sufro y que no sientes
por mí un instante de piedad siquiera.

Sé que en tus labios que á besar convidan
de amores nunca libaré yo el néctar;
y que jamás te estrecharán mis brazos
y que jamás te contaré mis penas.

Todo esto sé; pero consuelo tengo
que mi cruento padecer compensa:
y es que puedes odiarme eternamente,
pero nunca impedirme que te quiera,

Carlos Ledgard

Iquique.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE ENERO DE 1897 NÚM. 71

EL ARTE

NO busqueis fuera del arte su perfeccionamiento, porque lo lleva en si mismo. No podeis juzgarlo, comparándolo con modelos extraños. Es un velo, mas que un espejo. Tiene flores desconocidas en todos los bosques; tiene pájaros que ninguna selva posee. Hace y deshace mundos, y puede arrastrar la luna del cielo con un hilo escarlata. Suyas son las formas de mas realidad que el hombre mismo, y suyos los grandes arquetipos de los cuales son copias imperfectas todas las cosas que existen. No hay leyes que le sujeten. Su capricho obra milagros, y cuando evoca monstruos, brotan de las profundidades. Puede hacer que en el invierno los almendros florezcan, y que la nieve caiga sobre las mieses maduras. A su voz el hielo posa su dedo de plata en los labios ardientes de Enero, y los alados leones se arrastran fuera de sus cuevas en las montañas de la Lidia.

Las driadas asoman entre la espesura cuando pasa junto á ellas, y los morenos faunos sonrien extrañamente cuando le ven de cerca. Dioses con cabezas de halcones le tributan culto, y los centauros galopan á su lado.

Oscar Wilde.

A ORILLAS DEL BIO-BIO

¡OH rio! al ver los cerros
que adornan tus orillas;
al contemplar tus aguas
corriendo hacia la mar;
al ver aquellas flores
modestas y sencillas
que alegres mariposas
van raudas á besar;

al contemplar tus bosques
movidos por el viento;
y las variadas aves
que cantan al pasar,
extrañas sensaciones
que me conmueven, siento
y ensueños de gratisimo
y dulce bienestar.

Y veo entre los bosques,
cercada de rosales,
una casita blanca
con un solo balcón,
y en él asomar luego,
detras de los cristales,
dos seres que sonrien
con célica expresión.

Y veo que se enlanzan
del brazo suavemente;
que miran de los cielos
brillantes, el zafir;
que juntan sus cabezas....
y luego, de repente,
percibo estas palabras
que apenas logro oir:

—Jamás esposa mia
soñé tanta ventura;
jamás, ver realizados
los sueños de mi amor;
jamás, que mia fuera
tu cándida hermosura;
ni nunca que este premio
tendria mi dolor.

Jamás en mis delirios,
esposa encantadora,
jamás soñé un instante
ser dueño de tu amor!
—Yo sí! mi esposo amado,
soñélo á toda hora!
tenia fé profunda!
pedialo al Señor!

Mi madre... ¡pobre madre!
después de tantos años,
después de tantas pruebas
al fin se convenció!...
Y al ver tantas calumnias,
y al ver tantos engaños,
asiéndome á su pecho
llorando me oprimió.

Perdóname, hija mia,—
me dijo entre sollozos,—
perdóname si un tiempo
trunqué tu porvenir,
el porvenir risueño
de dias tan hermosos
que adornarán, lo creo,
por siempre tu existir!...

Rumores misteriosos
de apasionados besos
los ecos apagaron
de la argentina voz.
Y hurtóme á los hechizos
de aquellos embelesos,
el rio bullicioso
con su correr veloz.

Lauro González Letelier.

MUCHACHA DE LAS CALLES

CROQUIS LONDONENSE

"¿ADÓNDE vas joven soldado?" dice el poeta, y yo digo:—Adónde vas, muchacha de las calles, *girl* inglesa de dieciocho años, con tus ojos azul claros como el agua, con tus cabellos rubios cortados atrás, con tu boca de rosa y tus mejillas de niño? ¿Adónde vas,



¡Te espero!

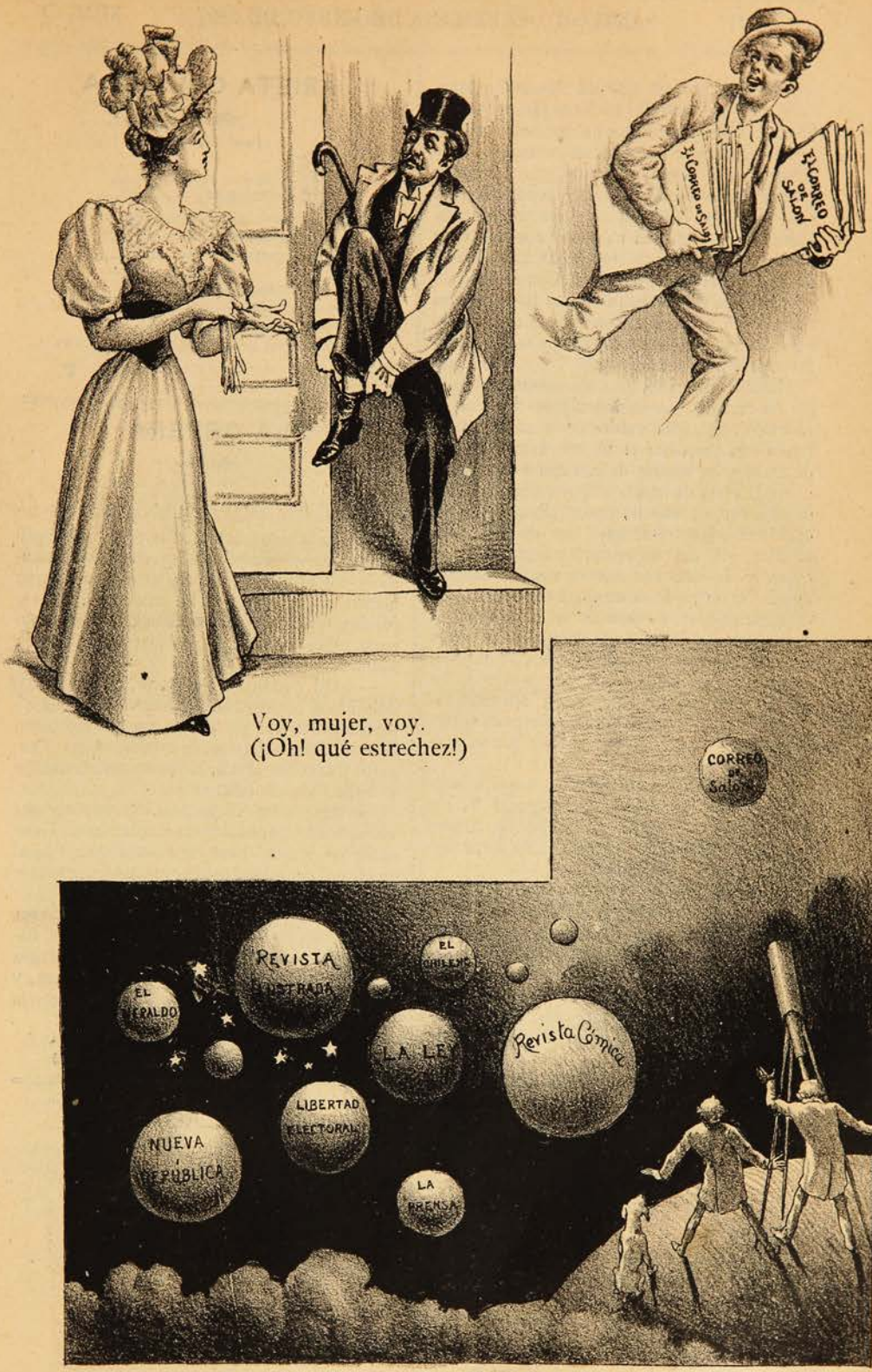
¡Me matas!



Tu éres la más hermosa
de las flores de este jardín.



¡Cuánto tarda, Dios mío!



Aparición de un nuevo planeta en el mundo de las letras y las artes.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE ENERO DE 1897 NÚM. 71

sencilla *girl*, por esa calle de *Piccadilly*, cuando el reloj del palacio de Saint-James, allá al fin de la calle, marca mas de las diez y empiezan á oscurecerse las ventanas de las casas honradas? Con tu vestido claro, tu gran sombrero y tus guantes de media mano tejidos de lana roja, sonries al que pasa con una sonrisa casi ingenua,—y lo que tú buscas es con qué vivir mañana sin trabajar. Si sólo llegas á las diez es porque vienes á pié, de lejos, de muy lejos, de un barrio de los arrabales en que las casas son baratas. Tú vives allá con una de tus compañeras de escuela, que también ha salido á probar suerte por su lado.

Mañana temprano, una de vosotras, recogidas las mangas, un sombrero con flores en la cabeza, limpiará los vidrios de la casita, mientras la otra preparará el té, los pedazos de carne asada y las tajadas de pan con mantequilla, sobre la mesa de la sala en que un Shakespeare se roza con novelas ilustradas. ¿Pero en la noche? Entre los transeuntes vas errando, casi cándida, sin desverguenza, sin brutalidad, y á quien te despide con menos dureza que los demás, le ruegas te dé con qué beber una gota de aguardiente; y entonces se te podrá ver ante el meson de un *bar*, en medio de otras muchachas, jóvenes y con tu misma dulzura, entre hombres harapientos, y tu rostro de ángel expresará un inocente placer mientras vacies tu ancha copa de *brandy*. Después volverás á seguir tu camino por la calle que va quedando solitaria.

Adónde vas, pequeña *girl*? ¿A qué lamentable fin de desorden y embriaguez? Y, sin embargo, el vicio y tú, no tenéis de común mas que el dinero que él te da. Una corta renta y un novio, y serias feliz.

La corrupción no te ha marcado en el rostro como á tu hermana maldita de los bulevares de Paris, cuya boca teñida de carmin sonrie en una máscara de yeso, cuyos ojos brillan entre pestañas devoradas por el lápiz. Y sin embargo, muchacha de Londres, para el soñador que te sigue con las mirada, cuanto mas triste es tu paseo que el de tu hermana de allá!

Paul Bourget

RIMAS

(Stecchetti.)

—¡PIEDAD, señor, de mi destino rudo!
Tengo hambre, tengo sed, estoy desnudo....
¡Por el amor de Dios!....—No tengo nada....
—¡Por amor á los ojos de su amada!
—¡Oh! sí; toma un escudo

O. Z. Z.

ARIETA OLVIDADA

(*Paul Verlaine*)

LA sombra de los árboles,
en el rio brumoso, disuelta se disipa;
y en la enramada obscura
melancólicas quejas la tórtola suspira....

En el paisaje pálido,
tus ojos—¡oh viajero!—¡con qué dolor se fijan!...
¡con qué amargura lloran
en las ramas, tus bellas esperanzas, marchitas!...

A. V.

LA OBRERA

HA abierto un grande hoyo, un hoyo inmenso en la tierra ligera, que profundiza agilmente con sus dedos de esqueleto, é inclinando la entreabierta armazón de su torso y su blanco craneo calvo. Ella amontona, frios y pálidos, en ese abismo, ancianos, jóvenes, mujeres, niños ateridos, cuyos párpados cierra en silencio.

—«¡Ah! exclama el soñador, que, triste y dolorido el corazón, la ve hacer su obra,—maldita, maldita seas tú, destructora de los seres, Muerte detestable y cruel; pueda un dia ahogarte y ser tu angustia, la ola siempre renaciente de la Vida inmortal!»

La sepulturera se levanta. Se vuelve; está cubierta de delicadas carnes color rosa. Tiene entre los brazos, hermosos niños que rien al cielo, y dice dulcemente al soñador, mirándole con ojos llenos de alegria:

—«Yo soy, pues, la Obrera que realiza sin tregua y sin fin la transformación de todo. Bajo mis dedos las flores convertidas en ceniza recobran la frescura de su primera mañana, y soy á la vez la que tú llamas la Muerte y la que tú llamas la Vida!»

Teodoro de Banville

BALADA

LA niña de ojos azules,
gemia con triste afan,
mientras la luna velaba
su melancólica faz.

La vió su madre, y le dijo:
—No llores tanto... ¡no más!
que ese llanto de amargura
tu rostro marchitará.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE ENERO DE 1897 NÚM. 71

La niña siguió llorando
con melancólico afán;
la luna velando siempre
su bella y pálida faz.

Su frente besó la madre
con cariñoso ademán,
y, suspirando, le dijo:
¿Por qué lloras, si él vendrá?

Fijó los ojos la niña
en su madre, con pesar,
y murmuró entre sollozos:
—¡Nunca, nunca volverá!

De mi marchita esperanza
las flores no tornarán!...
Calló la niña; una lágrima
se vió en sus ojos temblar.

Y la luna silenciosa
que iba su lumbre á ocultar,
lanzando su postrer rayo
fué esa lágrima á alumbrar.

Francisco Dendarien

EL BUEN DIOS

BAJO el pórtico de luz extasiada, abrasada de amor, y cuyo átomo mas mínimo, si pudiera escapar, cegaria la loca legión de los Soles, el buen Dios, vestido de emperador, ve y contempla los infinitos, sentado en su trono. Bajo sus piés extiéndese el éter vibrante, tachonado de imperceptibles puntos que centellean y que son los Universos. Próximos á él están los Angeles terribles que se conmueven porque oyen llegar hasta ellos lamentos, sollozos y ahogados gemidos.

—«¡Oh señor! escuchad, dice Ananiel. Innumerables mundos, frios, helados, mueren de vejez. Ved aterirse sus cadáveres tirando desesperadamente de sus inertes cabelleras.»

Pero en cuanto concluye de hablar, nacen millares de mundos nuevos, despiertan, toman cuerpo y, semejantes á niños juguetones, huyen arrebatados por la ardiente música del Ritmo Universal.

—«Servidor mio, dice el buen Dios al ángel, ¿por qué te afligias por lo que puede renovar y reparar la Vida inagotable? Pero dime ¿qué es ese grito doliente y lleno de dulzura, que llega hasta mi como un débil rumor?

—Señor, dice Zadakiel, tomando á su turno la palabra, viene del humilde planeta para siempre bendito en que se vertió la sangre divina. Es un niñito de Moulins (en Allier) que quiere tener un polichinela.

—¡Pero ved señor! exclama Raziel. Sobre esa misma tierra, un feroz conquistador ha devastado los reinos, destruido las ciudades y teñido de sangre los rios. El en persona ha degollado á infinidad de hombres que ha dado á comer á su león, y ha aplastado las cohortes bajo las patas de sus elefantes. Deja tras él mujeres con los vientres desgarrados y los labios blancos, pirámides de cabezas cortadas, campos en que la yerba no volverá á brotar, esqueletos de aldeas calcinadas y caminos desnudos donde ya no hay mas que negra ceniza.

Á estas palabras, los ángeles inclinan tristemente la cabeza. Pero como Dios tiene piedad de su dolor, y como el tiempo no existe para ellos, cuando vuelven á levantar los ojos ven reedificados los templos, reconstruidas las ciudades, florecidos los jardines, los campos cubiertos de espigas maduras, y junto á los rios tranquilos, madres de hermoso seno amamantando á sus hijos recien nacidos, mientras el sol del mediodia besa la frente de los segadores.

—«Mensajero, dice el buen Dios á Raziel, tú ves que los males y los desastres pueden ser remediados y que ningun dolor clamará en vano. Date prisa, pues, en ir á inspirar buenos pensamientos á la madre del pobre ser ingenuo que se ha estado quejando. Me intereso mucho en que ese niñito de Moulins tenga su polichinela.

Teodoro de Banville

LIED

(Imitación de Heine.)

¿QUÉ tienes, encanto mío,
que triste y pálida estás?
Pondré cerrojo á la puerta
por que no te aflijas mas.

¿Aún tiemblas? Junta á la mia
tu dulce boca, mi amor;
estréchame entre los brazos,
y ya no tendrás temor.

¿Por qué fijos en el muro
tus ojos aún están?
Mataré la luz, y todos
esos fantasmas huirán.

Abelardo Varela

HUMORADA

SI la piel que cubre el pecho
fuera nítido cristal,
¿existiria el escote?
¿habria baños de mar?...

A. V.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



Hasta el domingo bellísimas y simpáticas lectoras mias.

Me voy donde os he de encontrar mas frescas y tan lindas como sois aquí y en todas partes.

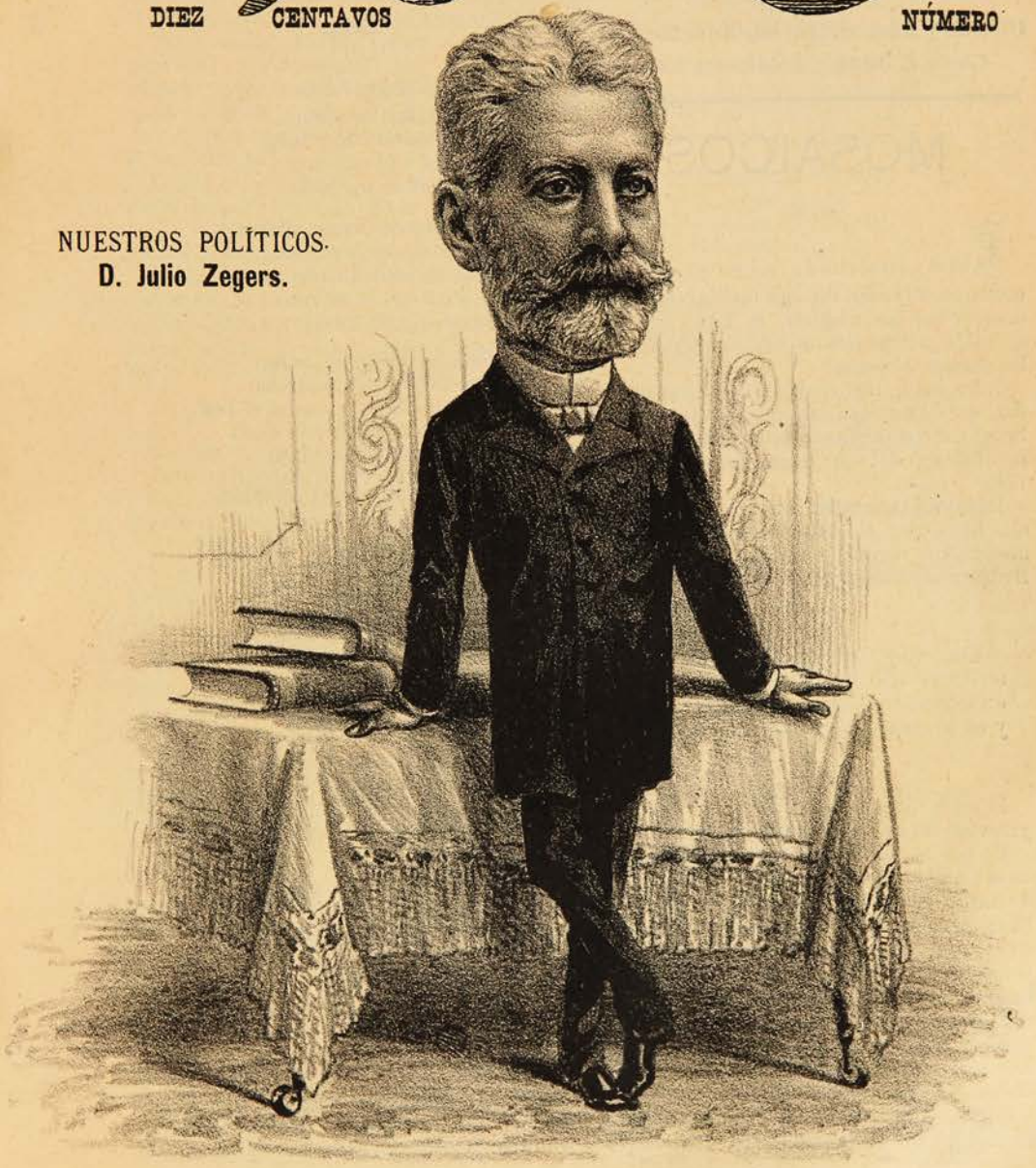
La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS POLÍTICOS.

D. Julio Zegers.



Cuando actúa en el proscenio
de la política liza,
lo más árido ameniza
la ática sal de su ingenio.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1897 NÚM. 72

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números).....	**$ 4.50**
Por medio año (25 »).....	**2.50**
Número suelto.....	0.10
Id. atrasado.....	0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A

Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

ELLA, inclinada sobre su costura, cosiendo sin coser, los ojos medios cerrados, encendidas las mejilias, el labio inferior mordido por los dientes, temblante el seno y las manos trémulas.

A su lado, tras el sillón de ancho espaldar, que ella ocupa, un mozo joven, imberbe, el cuerpo inclinado hacia adelante, con la ansiedad del que espera la gloria de la vida.

Paredes blancas con cuadros sombríos, y allá lejos, por el claro de la ventana bien abierta, un campo primaveral tapizado de flores, y un cielo profundo, puro y azul.—

*
* *

Ella sobre la playa, él en la barca,
arriba el cielo azul, abajo el mar,
en el aire dos besos que se cruzan
y en los besos dos almas que se van...

*
* *

El sol se hunde en occidente, envuelto en gasas teñidas de ópalo, violeta y cinabrio.

En una esquina de la ancha avenida, sentada en el borde de la acera, la vieja de nariz corva, á quien el tiempo ha arrancado los dientes y ha rasguñado dejándole profundas hendiduras en el rostro, en desorden la cabellera que semeja mechones de lana gris, vestida de obscuros harapos, envuelta en los aportillados y viejísimos girones de un manto negro, asomando los dedos de los piés por sus grandes zapatos de hombres, contempla pensativa el alegre desfile de los brillantes carruajes. Y viendo las jovenes y risueñas parejas que pasan con los talles enlazados por los brazos amorosos, recuerda que ella también fué joven y tuvo amantes, joyas y coches. Y notando en medio de la calle un estropeado ramillete, se abalanza sobre él, y aspirando voluntuosamente el perfume de los marchitos pétalos, suspira, porque piensa en los magníficos ramos con que la obsequiaba en otros tiempos un rubio diplomático y que ella, cuando los celos tirantéabanla los nervios, pisoteaba colérica con sus piesecitos calzados de charol.

CUERDAS ROTAS

EN el alegre festín
todos olvidan su afán;
más no cantará don Juan
en su dulce bandolín
los amores de un galán.

Voluptuoso fuego inflama
el pecho de las hermosas;
más él no escucha á su dama
que, amorosa, le reclama
para ceñirlo de rosas!

De su canto el embeleso
la encendida mente arroba;
mas, don Juan no tendrá el beso
que en un voluptuoso exceso
fuera premio de su trova.

¿Qué le importa el galardón
y de su dama el cariño,
si perdió su corazón
las flores de la ilusion
con que jugó cuando niño?

Si ya no puede la calma
ni el descanso recobrar,
ni le es posible cantar
esas canciones del alma
que nacen en el hogar!

Dejad que sufra hasta el fin
sus amarguras don Juan,
que, en el alegre festín,
rotas las cuerdas están
de su dulce bandolín.—

R. Fernández M.

SOLA!

DIOS mío, cuanto he caminado! Y aún me dicen que sólo llevo la mitad de la jornada. Y voy cansada, sin tener un ser que endulce la copa amarga de mí vida, sin

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1897 NÚM. 72

tener un amigo que me tienda una mano generosa para apoyarme y no sentir los abrojos y espinas del camino.

Tuve fortuna: ella desapareció lijera como las nubes de verano que el sol evapora sin concederles ni el recuerdo de que existieron. Mis dichas, mis ilusiones, huyeron como ingratas golondrinas á fabricar sus nidos lejos, muy lejos de mí. Mi madre, nombre santo, tierna melodía!... Queda en mi mente un vago recuerdo de la mujer que me dió el ser, como queda leve y débil el perfume en el vaso que lo ha contenido.

Nada, nada que me traiga una hora de consuelo!... Sinembargo, hay que seguir adelante, pues llevo la esperanza de que allá, en la playa del puerto ansiado, se mece suave y tranquila sobre las ondas, la barquilla de la Felicidad...

Eso es lo que busco, y aunque mi viaje sea largo por el desierto de la vida, caerá la tarde, vendrá la noche con sus sombras y llegaré al término porque suspiro.

Sin más consuelo que mis lagrimas y mis recuerdos, esperaré sobre la fría piedra de la realidad. El reloj del tiempo marcará las horas que me quedan y algún día veré brillar el sol de una nueva mañana.

*
* *

Cuánto he caminado! cuanto he sufrido!

Por fin llego al puerto deseado, y ávida, y con la fiebre de días mejores, me acerco presurosa á la playa...

Ay! Todo era mentira! La Felicidad no me aguarda; la pobre barquilla, débil y pequeña, no resistió á los vaivenes del ajitado mar, y rota, sus velas hechas girones, apenas es un recuerdo sobre la fría arena...

Quiero tenderle mis brazos, y la dura cadena á que estoy sujeta me lo impide.

*
* *

Sola! no tengo mas esperanza que envolverme en el frío sudario del mar, donde se meció la barquilla de mi Felicidad!...

Julia

BALADA

(A la distinguida Sra. Matilde Iunge de Korner)

—¿CUÁNDO volverá Lolita?
yo quiero verla, mamá.
Era tan buena con todos...
no se sabía enojar.

Mira aquí su muñequita;
durmiendo en la cama está...
Ya es hora que la despierte,
las nueve acaban de dar.

Yo quiero jugar con ella...
Dime ¿cuándo volverá?
—¡Hijito del alma mía!
se fué para no tornar.

—¿Dónde se fué mamacita?
Yo también quiero ir allá...
pues, debe ser muy hermoso,
muy bonito ese lugar.

—Es muy hermoso, mi hijito
es muy hermoso, en verdad.
—Y ¿cómo se llama? dime,
lo quiero saber nombrar.

—¡Hijito! se llama cielo!
no se te olvide jamás.
Era de allá tu hermanita!...
Y Dios la mandó llevar.

Y el tierno niño inocente,
—Jamás se me olvidará,—
murmura con voz muy débil
y repite sin cesar.

Mientras la madre, al recuerdo
de aquella muerte fatal,
derrama en silencio lágrimas
con indecible pesar.

Lauro González Letelier.

MADRIGALES AMARGOS

TUS labios rimas con sangre,
tus ojos con dos infiernos,
y tu corazón... con nada,
porque nunca has tenido eso.

—

Como Judas, un beso me diste antes
de dar muerte á mi fé,
y en mi hondo desengaño hoy sólo ansío
me beses y me mates otra vez.

Gaspar Deburau.

IMPOSIBLE

—EN qué piensa?

Nadie lo sabría. Una de sus manos descansando en el brazo del sillón; la otra en la falda, sosteniendo un libro; apoyada la cabeza en el respaldo del asiento; clavada la vista en el horizonte ilimitado que se pre.



En los tiempos que corremos á cada paso esto vemos.

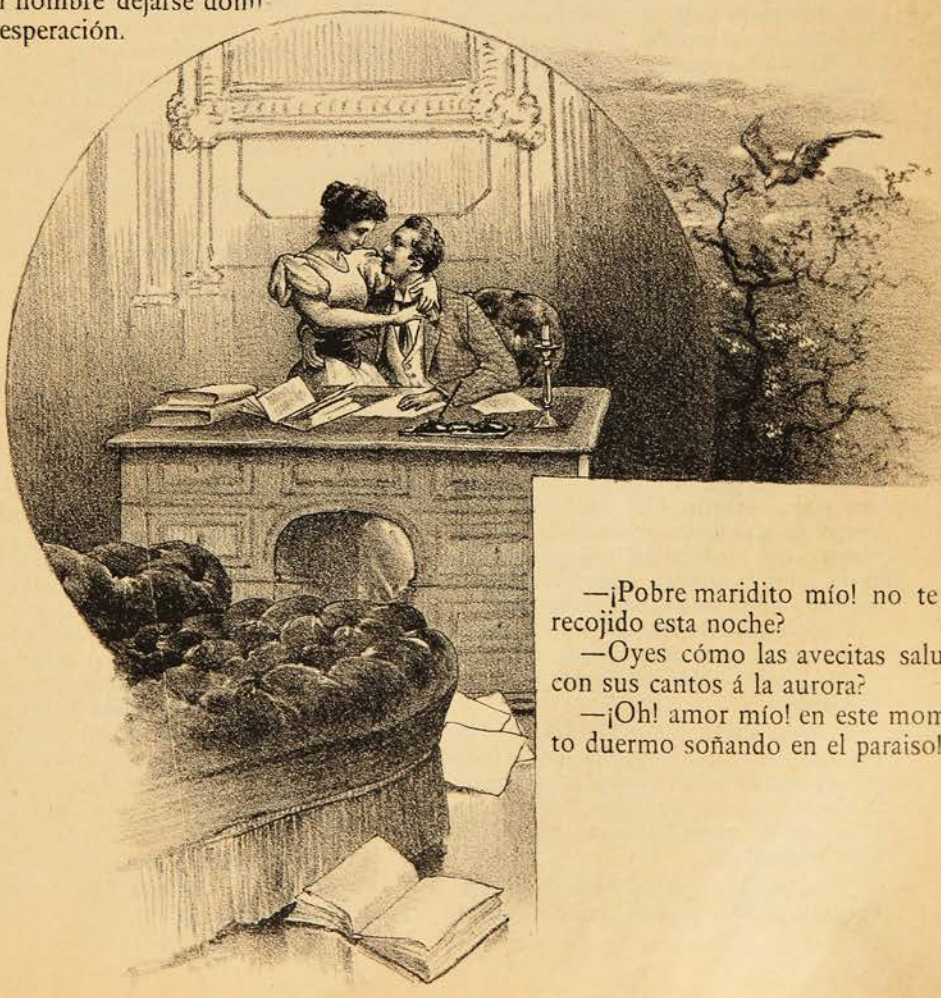


Recuerdo de mi semana de campo.





Mientras le quede un ser amigo, jamás debe un hombre dejarse dominar por la desesperación.



—¡Pobre maridito mío! no te has recojido esta noche?

—Oyes cómo las avecitas saludan con sus cantos á la aurora?

—¡Oh! amor mío! en este momento duermo soñando en el paraiso!

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1897 NÚM. 72

senta á través del claro de la alta ventana: cimas blancas, campos verdes, bosques, un río que parece de plata bruñida, recibiendo de soslayo los resplandores del sol; en los labios, medio crispados, una sonrisa que pugna por mostrarse toda entera; la respiración muda, como la del que duerme; el seno subiendo y bajando como ola de un mar en calma; así está la pálida enferma, la eterna soñadora.

—En qué piensa?

Nadie lo sabría. Desde muy joven, desdeñando los juegos de sus compañeras, buscó en la soledad y el silencio, los placeres del espíritu, esa grandiosa concentración en sí mismo que reduce el universo á la luz de una estrella, todas las palabras á un suspiro, todos los sentimientos á una lágrima, todos los ideales á una flor.

Y soñando, soñando siempre con la realización de algo que ella no podía explicarse, pero que faltaba á su existencia, como el color al dibujo; esperando la llegada de una hora que debía sonar en su espíritu como el alerta de todas las más tiernas palpitaciones de su corazón; preparando la respuesta á una pregunta cuyo sentido ignoraba, pero que debía ser la sentencia definitiva de su vida, llegó á la edad en que las hojas empiezan á deshojarse, en que los ramajes tienen quejas y se comprende la infinita tristeza de los nidos rotos.

Entonces, un día, sus mejillas se encendieron, ardió su sangre, sintió como un diluvio de vida que la ahogaba, creyó en un Dios bueno, encontró bella la naturaleza y alegre el sol.

Bastó una mirada, una sola, para que todo su sér se extremeciese; y dichosa, con la posesión de la juventud del alma, que no muere nunca, creyó, con la fé del que necesita creer, porque ignora el engaño y porque la duda lo mataría.

Después... ¿quién lo dijo?—Ni ella misma podría saberlo. Una voz salida de un grupo, en una fiesta, en medio de una sala enorme, que desbordaba la alegría y el bullicio, soltó la palabra matadora, cerró la puerta, puso la valla, abrió el abismo.

Supo de unas bodas, en que un mancebo gallardo y sonriente, conducía victorioso á una virgen, vestida de blanco y cubierta de azahares.

Y frente á ella, sobre la ruina de todos sus sueños, el desmoronamiento de todas sus esperanzas, la caída de todos sus altares, la muerte de todas sus flores, vió levantarse impasible, ruda, tremenda, fría, la desnuda realidad.

—Imposible!—le dijo el mundo;—imposible!—le gritó su propio corazón;—imposible! imposible!—le dijeron las largas horas del insomnio en las noches negras y sombrías.

Y por eso, la pálida enferma, la eterna soñadora, una de sus manos descansando en el brazo del sillón; la otra en la falda, sosteniendo un libro; apoyada la cabeza en el respaldo del asiento; la respiración muda, el seno subiendo y bajando como ola de un mar en calma, clava la vista en el horizonte ilimitado que se presenta á través del claro de la alta ventana: cimas blancas, campos verdes, bosques, y un río que parece de plata bruñida, recibiendo de soslayo los resplandores del sol.

Juan de Sánchez

ANHELOS

(Imitación de Victor Hugo)

Si fuera un Creso, mi cabal tesoro
daría con largueza
para adornar de pedrerías y oro
tu clásica belleza.

Rey de la cristiandad, abjuraría
en pleno Vaticano,
por mirarme en tus ojos, alma mía,
de mi fé de cristiano.

Del universo Emperador, trocara
con inefable orgullo
cuanto sujeto á mi poder se hallara
por solo un beso tuyo.

Dios, mi trono en el cielo te daría,
y á tus plantas de hinojos
eterna adoración te rendiría,
esclavo de tu amor y tus antojos.

O. Z. Z.

VEN!

Si la divina llama
de amor, tu pecho enciende,
y hacia mi alma tiende
tu alma que me ama;

si tu espíritu inflama
mi presencia, y comprende
que doquiera se extiende
una voz que me llama;

si mi imagen asoma
en todos los altares
que eleva tu ideal,

ven, cándida paloma,
cubierta de azahares,
al tálamo nupcial!

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1897 NÚM. 72

EL DEUTERONOMIO

Periódico delicuescente

A. Luis Leiva Ch.

—ESE, ese es el título que por su rotundidad, concisión, cosmopolitismo, base histórica y significado hermenéutico conviene á nuestro periódico, decía hace poco un amigo á otro amigo.

—Si, y tratará de todas ciencias y artes, tanto conocidas como por conocer; en ésta seguiremos las escuelas más culminantes y para aquéllas adoptaremos la clasificación de Compte.

—Pero, siempre es mejor ceñirse á algunas: la astrologia, la indumentaria, la filosofía, la numismática, la geologia, la química, la geografía, la quiromancia, la sociología, la gnomónica, la patología, la literatura, la apicultura, la vitivinicultura y otras cuantas que nos son familiares.

—Convenido. Se conoce que eres práctico. Vamos ahora á la distribución del material de lectura. Un periódico es un ejército, en que la buena colocación de los batallones —de las colaboraciones—influye mucho en el éxito de la batalla.

—A mi me parece que de sus cuatro páginas, la primera debe dedicarse á la sección de fondo, la segunda á la literatura amena, una á la crónica lugareña y otra al relleno con folletines.

—¿Y qué te parecen para folletines «Los Raros» de Rubén Darío, ó «Las Campiñas Alucinadas» de Verhaeren, ó «El Hidrargirio» de Mauricio de Henry?

—Magníficos, aunque yo daria la preferencia á los maestros: haria traducciones de Verlaine, intercalaria por ahi algun leitmotio de Wagner y, entre los italianos, me ensañaria con Petrucelli della Gattina.

—Pero, hombre, fijate en el buen efecto que haria esta frase de Verhaeren, si no me engaño... «Y en la sartén, las papas vírgenes preludiaron los compaces azules de la canción del hambre».

—Por esto no hemos de discutir, querido amigo, se elegirá un folletin á tu gusto y otro al mio, y asi sucesivamente.

—La administración general correrá de nuestra cuenta. La contabilidad se la encargaremos á De la Cruz y C.ª.

—Quienes la llevarán por partida doble, ya que somos dos los propietarios.

—En cuanto á tarjetas, opino que sean sencillas: un trozo de cartulina con nuestros nombres, nuestros seudónimos y abajo, en caracteres pequeñitos, el título del periódico.

—Todo está bueno, menos la cartulina. Lo que ahora se usa es el pergamino.

—Aceptado el pergamino.

—Ahora, entraremos á discutir el presupuesto de gastos; mira éste.

Para compra de máquinas y muebles, veinte mil pesos.

—Aprobado.

—Para arriendo de oficina, dos mil pesos.

—Aprobado.

—Sueldo de un llenador, tres mil pesos.

—Aprobado.

—Sueldo de un cronista, dos mil pesos.

—Aprobado.

—Sueldo de dos reporters, mil pesos cada uno.

—Aprobado.

—Sueldo del contador, cuatro mil ochocientos pesos.

—Aprobado.

—Para tipógrafos, diez mil pesos.

—Aprobado.

—Para imprevistos, copas y propinas, seis mil seiscientos sesenta y seis pesos, sesenta y seis centavos.

—Aprobado.

—Items cuyo conjunto, debidamente sumado, forma una partida de cincuenta mil cuatrocientos sesenta y seis pesos sesenta y seis centavos; que te servirás traer mañana á primera hora.

—Pero si yo no tengo un cristo, hombre de Dios.

(Ambos á un tiempo.)

¡Ummum! y yo que estaba creyendo que tú...

Du Roy

AFINIDADES

IMPOSIBLE no amarte!
Tu cuerpo es para mi como un espejo
que reproduce nitida
la imágen de mis hondos pensamientos.

Sobre tus níveas carnes,
reflejanse los místicos ensueños
de mis primeros años
y de mi fé perdida los recuerdos.

Con su luz misteriosa,
tus verdes ojos de horizonte inmenso,
recuérdanme el naufragio
de mis ideales en un mar sin término.

Tus labios, semejantes
á una cruel puñalada, tienen ecos
de extraña simpatía
en lo mas hondo de mi herido pecho.

El alabastro puro
y trasparente de tu núbil seno
háblame de la roca
que tiene encadenados mis anhelos.

En el tinte de noche
que obscurece el raudal de tus cabellos,
creo ver la mortaja
con que me visten mis sombríos sueños.....

A. Varela

Imp. y Lit. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



La ví.



Le declaré mi pasión.



Perdí el tino y ella el equilibrio y . .

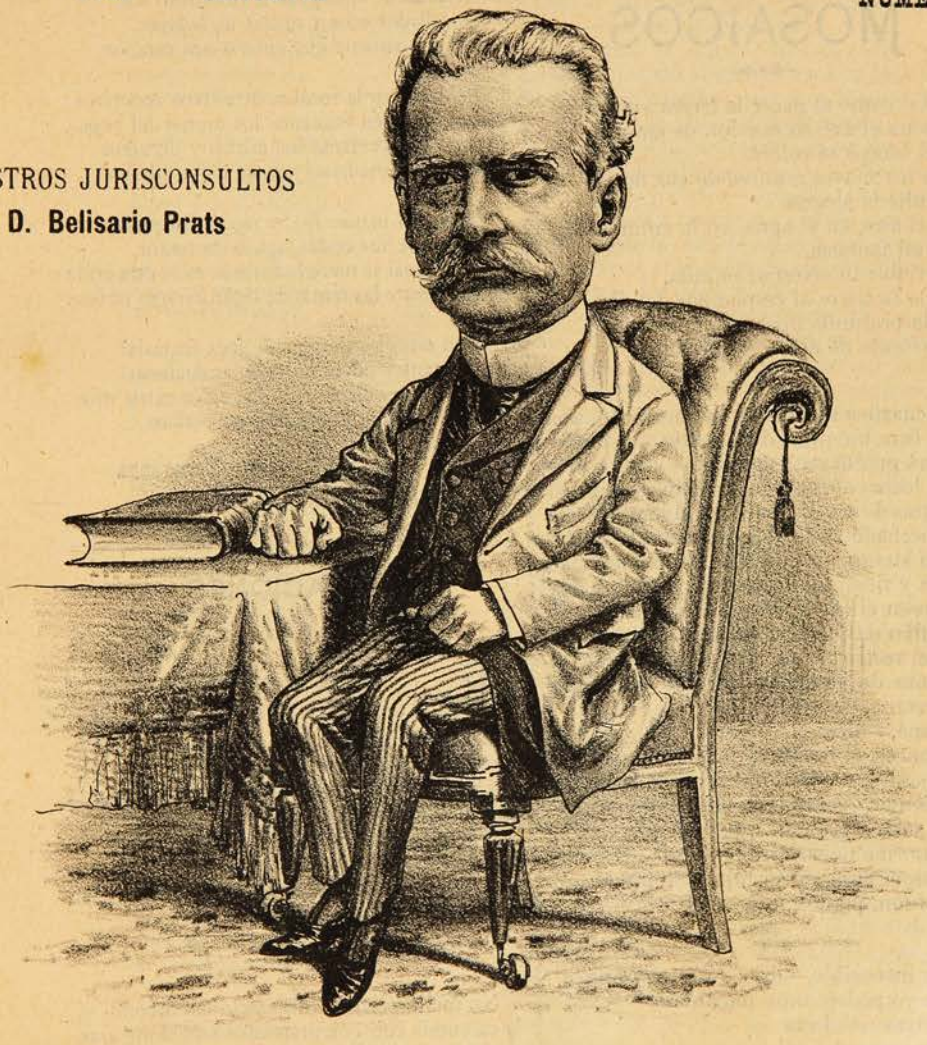
La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS JURISCONSULTOS

D. Belisario Prats



Insigne jurisconsulto,
ha demostrado tener
por religión el deber
y la justicia por culto.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1897 NÚM. 73

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números).....	$ 4.50
Por medio año (25 »).....	2.50
Número suelto.....	0.10
Id. atrasado.....	0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

Asi como al nacer la fresca aurora
entona el ave su canción de amores,
y el campo se colora
con los suaves matices de sus flores,
y bulle la alegria
en el aire, en el agua, en la enramada;
así mi fantasía,
al recibir tu celestial mirada,
como la tierra al resplandor del dia,
en la profunda noche de mis penas,
palpitante de amor, despertaria!...

*
* *

Un cuarto á media luz. En un rincón, una cuna, con un niño durmiendo. Al fondo, por una puerta entreabierta, se ven los pies de un lecho ancho, de madera negra con molduras de oro. Un hombre, el sombrero de copa hechado atrás, desabotonada la levita, el oido atento, los ojos fijos en la puerta, se inclina y tiene un brazo introducido hasta el codo en el cajón de un escritorio.

El niño despierta. Se asoma al borde de la cuna, restriega sus ojos, y, después de un momento de atención, con voz cariñosa y balbuceante,

—Papá,—dice.

Entonces, el hombre, jugador que todo lo ha perdido y viene en busca de las joyas de su mujer, siente una oleada de sangre que le sube á la cabeza, padece un vértigo, ve lo enorme de su crimen, y cae de rodillas ante la cuna de su hijo, sollozando:

—Perdón, perdón, hijo mío!

*
* *

—Soy insensible,—dijo;—y nunca, nunca amante yo podré como me amas!—
Y mientras me decía
estas crueles palabras,
sus rojos labios desbordaban besos
y eran rayos de fuegos sus miradas!

¡ANHELOS!

VAGAR bajo las palmas de mi nativa tierra,
y mil y mil ensueños de dicha acariciar,
decirte muchas cosas que el corazón encierra
y há tiempo de los labios se quieren escapar.

Asida de tu brazo, trepar por la colina
mirando el fértil valle que ondula á nuestros piés,
y ver el horizonte; cuando su luz declina
el astro moribundo, como una hoguera arder.

Allí, donde el arroyo tranquilo se desliza,
mezclando de sus aguas el rumoroso són
á los callados ecos y quejas de la brisa,
oir tu voz amante que entona una canción.

Perdidos en la sombra de altivos cocoteros
alzarse miro en ensueños los muros del hogar,
llegar á sus ventanas los mirlos y jilgueros
y allí en las madreselvas sus nidos fabricar.

Cruzar el manzo rio, y rápida barquilla
bogar sobre sus ondas, agena de temor,
mirando cual se mece la hamaca en la otra orilla
colgada entre las ramas de algún naranjo en flor.

¿Son estos los delirios de loca fantasia?
¿Acaso tantos goces no debo ambicionar?
Mas fuera tan dichosa, si allá en la patria mia
mis sueños venturosos pudiera realizar...

Esperanza

8 de Febrero de 1897.

VIBRACIONES

A A...

UNOS te ofrecerán riquezas, otros laureles; aquél te vestirá de seda y colocará en tu frente una diadema de oro y diamantes, este se arrastrará á tus piés para conquistar, nó tu corazón, sino tu dinero.

Todos te adularán: y yo ¿que te ofrezco?... Nada de éso. Yo te ofrezco los cantos de mi lira, los sentimientos mas puros de mi alma; yo te ofrezco mi amor!

*
* *

No me importa el desprecio del mundo, ni la calumnia con que pretendan rebajarme ante tus ojos, ni me importa ser pobre.

Me importan, si, tus sufrimientos; tu dolor que es el mio, tus lágrimas me importan...

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1897 NÚM. 73

*
* *

¡Qué felicidad serán para mí, morir cuando tú murieras!

¡Que la última mirada tuya, fuera el último rayo de luz, que vieran mis ojos, antes de cerrarse para siempre!...

¡Que nuestro último beso, fuera también, el último adiós de nuestras almas!

¿Y, porqué no ha de ser así?...

C. Vero M.

Octubre del 96.

EROS

Porque sabes que sufre
mortal dolor mi alma,
te acercas temblorosa
y me dices que me amas!...

¡Qué tierna es y qué dulce
tu voz enamorada!
¡Cómo alivia mis penas!
¡Cómo seca mis lágrimas!

Ven ya, ven á mis brazos
¡oh reina de mis ansias!
Ven, que por tí, ángel mio,
mi corazón se abrasa.

Ven y sobre mi pecho
tu cabeza descansa:
yo besaré tu frente
y tus labios de grana.

Te haré tiernas caricias;
cantaré en tu alabanza
canciones deliciosas
de melodías mágicas.

Yo te diré al oido
cosas tiernas y gratas:
los cándidos arrullos
de tórtolas que se aman;

las frases de perfumes,
que al cielo en sus nostalgias
elevan las violetas,
haré llegar a tu alma.

Los íntimos secretos
te diré de que se hablan,
los luceros y estrellas
en las noches calladas...

Del canto de la Esposa
las notas escarlatas,
ardientes como el vino
de las añejas ánforas...

Y luego... en dulce abrazo
de interminables ansias;
unidas nuestras bocas
de besos embriagadas,

transcurrirá la noche
como un suspiro, rápida,
y en su rosado lech
brillará la mañana.

Fauno

LA MUJER EN CHILE

En verdad, que es muy triste la condición de la mujer en nuestro país. No tiene sino dos sendas en su camino: ó bien es la llavera forzada de su casa, sin más horizonte que las continuas molestias del hogar y el llanto de los niños; ó la reina que arrastra un lujo desmedido, sin siquiera recordar que muchos de sus locos caprichos abren á cada paso un abismo á su marido.

En vano la mujer chilena recibe fina educación; todo lo olvida cuando forma su hogar, para hacerse quizá más infeliz.

Hoy que ha vuelto á reaparecer un periódico social, él deberia también ser un nuevo estímulo para alentar y dar el alimento que tanto pide nuestro espíritu; deberíamos apresurarnos á formar un círculo en el que, estendiendo las alas de nuestra imaginación, olvidáramos el vicio que tanto vá aniquilando nuestra sociedad.

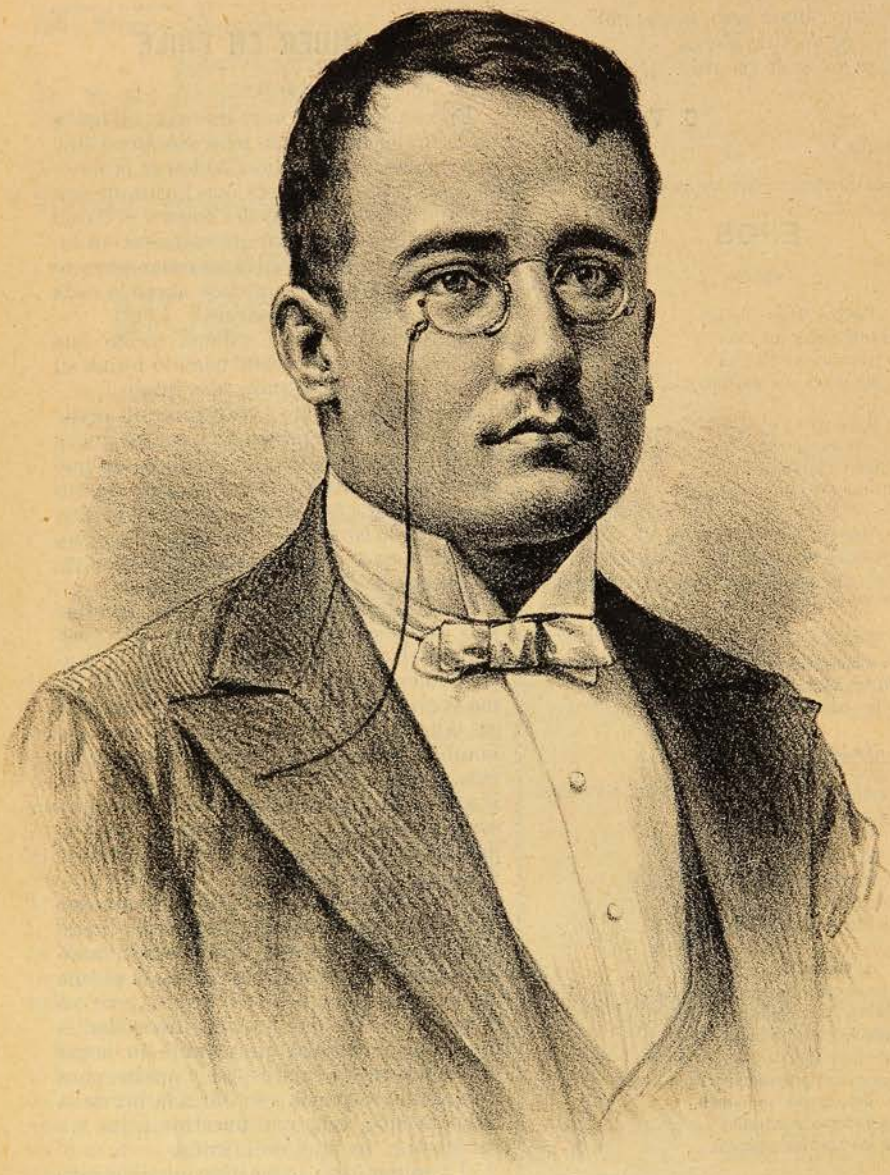
Á mi juicio, deberia existir en nuestro país, como en casi todos los de Europa y Estados-Unidos, un círculo en que la mujer pudiera escribir; así la jóven madre como la graciosa niña, podrian demostrar que su talento muchas veces aventaja al del hombre. Para hacer más agradables las tareas, podría el director de EL CORREO DE SALÓN ofrecer cada mes un pequeño obsequio como premio á la mejor composición; en fin, hacer un certamen que fuera un medio y un aliento para la mujer.

Ya oigo que al leer estas líneas á una que otra de nuestras señoras, dirá que la literatura hace debilitarse el cariño para su familia y que el constante manejo de la pluma las volverá pedantes y liberales; pero yo respondo á ésto, que no tiene necesidad la mujer de abandonar un instante su hogar ni los deberes de hija, esposa y madre, pues un artículo se puede escribir á la luz de la lámpara que vela por nuestros hijos, sin perder ni el tiempo ni el cariño.

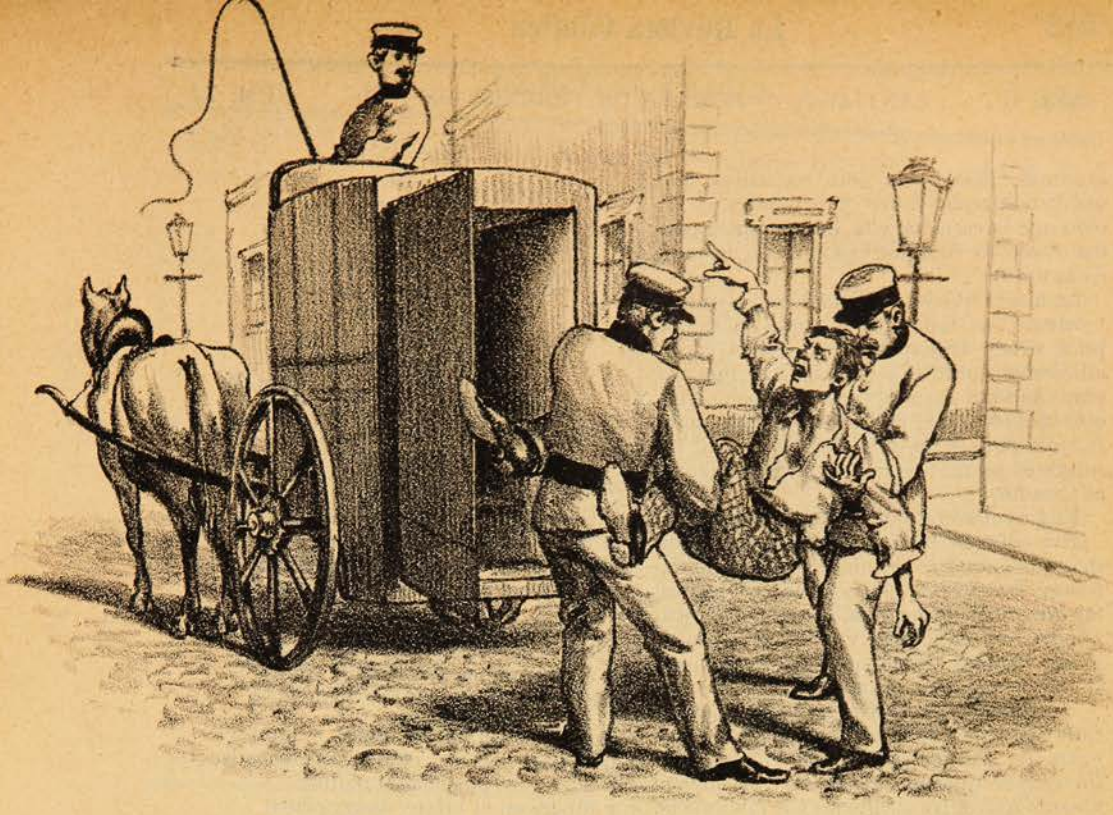
«La mujer, dice Lamartine, no tiene estilo y de ahí por qué todo lo expresa tan bien.

—El estilo es un traje y el alma está desnuda en la boca ó bajo la pluma de la mujer».

¿Y qué podemos agregar nosotras á este pensamiento sublime, como el poeta que lo escribe? Es preciso sacudir la modestia y confirmar que la mujer buena hace lo que quiere con su mirada, su palabra y sus



D. ENRIQUE HURTADO Y ARIAS,
distinguido literato y periodista.



¡A casa! es decir, á San Pablo!



—Con que... ¿puedo contar con tu voto?
—Y también con el de mis amigos.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1897 NÚM. 73

lágrimas. Ella es la nota melodiosa que queda vibrando dulce y armónica en el oído que la escucha; ella, la que con su pluma estremece de amor y pasión aun después de la tumba.

La mujer que en su dicha hereda bondad y talento, no tiene por morada la tierra, pues reside anticipadamente en el cielo: allí donde nuestros pensamientos, nuestras obras son tan grandes como el mismo Dios que las creó—¡Oh! la mujer es el poema de la vida! ¿Qué sería de la tierra sin ella? La mujer es un motivo más para darle gracias al Creador.

Ella es el secreto de la dicha del hombre.

Hay señoras (pocas por cierto) que nada más que á sus traducciones deben su subsistencia. Después de haber gozado del bienestar que ofrece la fortuna, no les queda otro recurso que su pluma y la posesión de algunos idiomas, caudal que aprovechan para llevar un pan á su desmantelado hogar.

Sacudamos, pues, el yugo de ese «qué dirán» que tanto mal nos hace; pensemos que entre ser buenas colaboradoras ó simples llaveras de nuestras casas, hay el mismo abismo que entre el talento y la ignorancia; tratemos de ser algo en nuestro país, y si la mujer chilena es el ángel de caridad, que sea también el ángel que ilumine con su inteligencia tanta oscuridad que nos rodea.

Marchemos como obreras infatigables por el camino que nos conduce al saber y al progreso, y apénas nos sintamos desfallecer, apoyémosnos una en el hombro de la otra, sin distinción de clase, hasta llegar á descansar bajo la sombra del bello árbol de la gloria é ilustración; entonces, nada tendrá nuestra patria que envidiar: teniendo en su suelo todas las riquezas como tierra bendecida por Dios, también tendría en la mujer la incomparables prendas de la hermosura y el talento.

VIOLETA

MIS PENSAMIENTOS

PARA A....

De mi libro íntimo.

I

Como las nubes que van rodando,
mis pensamientos
mil formas toman al soplo ardiente
de la pasión;
la luz de tu alma los abrillanta
con sus destellos,
como á las nubes la luz del sol.

II

Negros á veces, amontonados,
se precipitan,
como las nubes donde se oculta
la tempestad;
y así como ellas en el crepúsculo,
ardientes brillan
mis pensamientos, bajo el influjo
de tu mirar.

C. Vero M.

á 21 de Octubre del 96.

LA MUJER

Cuando en el alma, indiferente y fría,
la torpe duda su sitial coloca;
cuando destroza el pecho la agonía
y hay fúnebres sonrisas en la boca;

cuando es la vida continuada muerte,
germen el corazón de tempestades,
y va sembrando sin cesar la suerte
sangriento lodo y cínicas maldades;

entonces la mujer, audaz, sublime,
tiende su mano al náufrago en la vida,
le salva, le consuela, le redime,
y muere en el hogar, desconocida!

VIBRACIONES

Para mi amigo Luis Barros M.

Noche de tempestad. El huracán azota con furia los corpulentos robles y los pequeños arbustos.

Escondido tras de los árboles; el bandido espia á los viajeros, estraviados por la osbcuridad.

A la pálida vislumbre del relámpago, divisa un bulto negro, que avanza lentamente por el camino. Sus pasos se acercan. Ya pasa junto á él...

Suena un tiro.

La sombra ajita por un instante los brazos en el aire; jira sobre si misma y cae.

Brilla un relámpago. El bandido se avalanza sobre el cuerpo del desgraciado caminante.

De súbito se iergue espantado para caer pesadamente, gritando con voz ahogada:

—¡Socorro!... Mi padre!

* * *

—Escucha bella Alcémeda:

Sé que pretenden separarnos.

Y es que no saben lo que pretenden. Quieren que la delicada planta viva sin tener sol.

Ah! El descarnado pino del ventisquero también ignora, que la flor de la pradera se agosta, cuando el calor le falta.

M. M.

A 26 de Enero del 97.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1897 NÚM. 73

ANIVERSARIO

(A la señora Carmela Alarcón de Cortínez)

Cuando en tu frente espaciosa
se hizo luz tu fantasía,
y de tu alma bondadosa
ya el perfume se extendía;

el dolor que no reposa
en su tarea sombría,
deshojó la fresca rosa
y enlutó la luz del día.

No temas que el tiempo influya
en borrarte de mi mente:
de existencias cual la tuya

es el destino dejar,
una nube en cada frente
y en cada pecho un altar.

Abelardo Varela.

Febrero de 1897.

SPLEEN

Asoma en ventana sombría
su faz, melancólica luna,
y engendra en las almas los duelos
mirando al través de las brumas.

Mi mente las islas de oro
con voces de engaño acarician;
después, en comparsas grotescas,
mil monstruos por ella desfilan.

Mi fé y mi esperanza, sus alas
abaten en triste desmayo;
ignotos pesares me acosan;
en iras de sangre me abraso...

La sombra me atrae... Fulgura
la copa del férvido ajenjo:
bebiéndola ansioso imagino
surcar la quietud del Leteo

Gaspar Deburau.

PÉRDIDA DE AUREOLA

«¡Y qué! vos aquí, mi buen amigo? Vos en semejante lugar! vos, el bebedor de quintaesencias! En verdad, es cosa que me sorprende.

—Amigo mio, vos conocéis mi terror por los caballos y los coches. Hace un momento, mientras atravesaba el bulevar á gran prisa, brincando sobre el barro, al través de este caos moviente en que la muerte llega al galope de todos lados á la vez, en un movimiento brusco se desprendió de mi cabeza mi aureola que cayó en el fango de la calle. No tuve valor para recogerla. Juzgué menos desagradable perder mis insignias que hacerme romper los huesos. Y luego, me he dicho, para algo es buena la desgracia. Ahora puedo pasearme de incógnito, realizar acciones bajas, y entregarme á la crápula como los simples mortales. Y heme aquí, muy semejante á vos, como lo veis!

—Deberiais por lo menos publicar la pérdida de esa aureola, ó encargarla al comisario.

—¡Oh, nó! Me encuentro bien así. Sólo vos me habéis reconocido. Además, la dignidad me fastidia. Después, pienso con alegría que algún mal poeta la recogerá y se engalanará con ella impudentemente. Hacer un hombre feliz, qué placer! y sobre todo uno que me hará reir! Pensad en X, ó en Z! Ah! ¡qué gracioso será eso!»

Carlos Baudelaire

¡.....!

De mi libro último.

DORMID recuerdos queridos!
dormid en la obscuridad;
¿porqué, ideales perdidos,
turbais así mis dormidos
momentos de soledad?....

Si sueño fué mi ventura,
si mi dicha soñar fue.
¿Porque mi mente insegura
buscar su sombra procura,
decidme cielos porque?...

Ya para mi la esperanza
jamás volverá á lucir....
la luz dudosa que lanza,
fugaz, á borrar no alcanza
las sombras de mi existir!

. . . . . .

Ay! en mis brazos estrecho
despojos de aquel amar....
y un ídolo ya deshecho
veneta mi debil pecho
sin fuerzas para olvidar!....

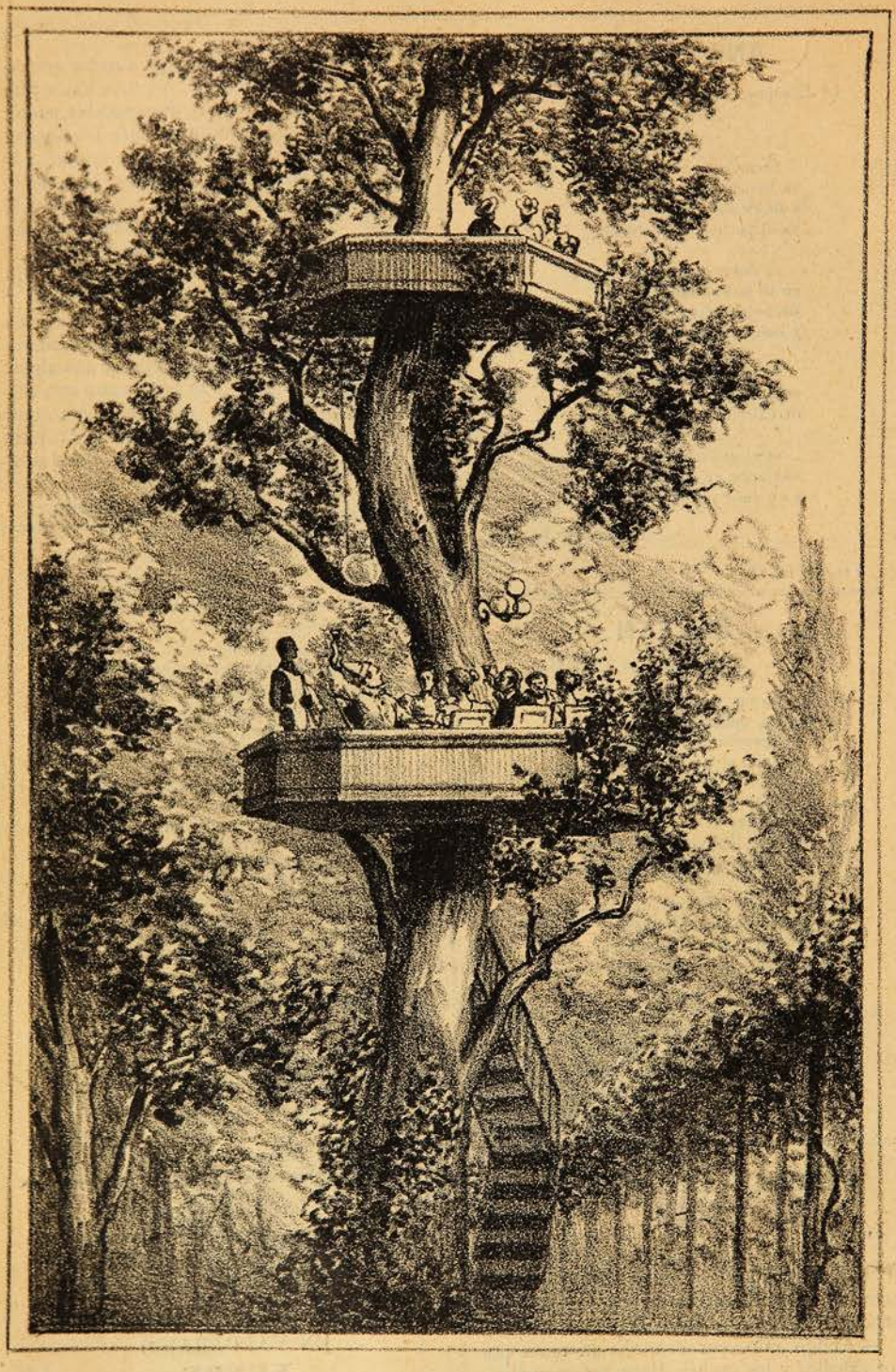
C. Vero M.

Febrero 21 del 96.

AVISOS.

NÚMEROS ATRASADOS
DE LA
Revista Cómica
EN VALPARAISO
VENDE
Adolfo Vera C.
COLEGIO, 153

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



El Robinsón Crussoe en la quinta "La Florista de Lugano".

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS MÉDICOS

D. Ramón Araya Echeverría



Claro renombre le augura
el vigor con que combate,
pues, por más que lo procura,
la indiferencia no abate
dotes que otorga natura.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1897 NÚM. 74

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... **$ 4.50**
Por medio año (25 »)..... **2.50**
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20
Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

LA suave luz de la lámpara, baña de misterio los tapices azules del pequeño gabinete en que la hermosa dama, reclinada en muelle diván, espera.

Bajo su blanco peinador, cubierta de negra media, asoma una pierna maravillosamente formada; el pié diminuto que se oculta en una zapatilla de cuero ruso, bordado de flores de oro, se apoya en un cojin.

Sus ojos están fijos en el cuadrante que sostiene un sátiro lascivo; los dedos de su mano se agitan impacientes, como si golpearan las teclas de un piano.

Su seno de marmorea blancura, sube y baja, dando, con sus movimientos de olas, un vaivén desvanecedor á los encajes que lo cubren.

Afuera, un cielo de Mayo en que el oro de las estrellas agoniza.

Adentro, sobre el aire saturado de *opoponax*; en torno de ella, parece que baten sus alas, dulces y tibias caricias.

Palidece, presa de fiebre de amor, y ya sube á sus labios la humedad de los besos lentos que luego perpetuan con su *sello* escarlata los dientes de perlas..

*
* *

Cuando la muchacha andrajosa se acercó al viejo ricacho que volvia de misa y le pidió una limosna por Dios, sacó del bolsillo la moneda miserable, y la puso temblando en la mano demacrada de la linda pordiosera que oprimió entre las suyas.

Y mientras la preguntaba su nombre, sus ojos chispeaban y sus mejillas apergaminadas se teñian de sangre...

JEHOVÁ

NO, no eres Tú la magestad siniestra,
monstruo de horror y de venganza injusta
con que á la plebe el fanatismo asusta,
del rayo armando tu piadosa diestra.

Ante mis ojos tu poder se muestra
libre de saña y de arrogancia adusta,
y de tu amor y tu clemencia augusta
todo á mi fé la inmensidad demuestra.

Y mientras la insolente hipocresía
explota el fanatismo, sin decoro,
haciendo de tu culto mercancía,

yo, que de veras tu justicia imploro,
por templo el mundo, ante la luz del dia,
desde mi triste soledad te adoro

Julio Vicuña Cifuentes.

LA PRIMAVERA

LA pequeña Margarita de Toiras se pasea con su primo Pablo por el vasto parque en que juega y rie un leonado sol. Abril ha cubierto los arboles con su nieve perfumada y sus flores encendidas; una brisa ligera acaricia las delicadas y tiernas hojas verdes; los arroyos rejuvenecidos parecen arrastrar una corriente nacida en la vispera; las avecillas cantan alborozadas; la naturaleza toda, presa de la contagiosa fiebre del retoño, extásiase en dulces y furtivas sonrisas, y paladea en silencio esta hora adorable. Margarita tiene trece años. Grande ya, como las niñas de su raza, se la ve andar con un aire de joven reina. Su aspecto es noble y su gracia infantil; pero sobre sus mejillas mil rosas desparraman su loca púrpura, y el viento revuelve picarescamente las lisas caidas de sus cabellos castaños.

Pablo es ya un hombre; tiene quince años. Gran lector de poesías, ha aprendido de sus bardos amados muy hermosas frases que indudablemente tienen relación con su prima, única mujer que, para él, existe. Arde en deseos de recitarle, decirle todo eso, y necesita también compararla á las estrellas, á los lirios, á los ruiseñores, á los diamantes, á la gloria inflamada de rosas, á todo lo que hay de mas divino en la tierra y en el cielo. Para decirlo todo, como parte mañana para volver á su prisión, el abominable colegio, se ha tomado el corazón á dos manos: ha prometido hacer una declaración á Margarita. Y esta declaración es aguardada por Margarita; ella sabe bien que la hora ha llegado, y que Pablo va á murmurar á su oido palabras desconocidas. Por esto ambos callan con delisocio embaraso, recogiéndose, ella para escuchar, él para hablar.

Pero en tal instante, sin que ellos lo hayan querido ni buscado, sus manos se encuentran, se estrechan con una fuerza desconocida, y bajo la conmoción eléctrica, sintiendo ambos á la vez refluir la sangre al corazón, mientras el arrollo levanta súbitamente su voz murmura

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1897 NÚM. 74

dora, y el perfume de los árboles en flor les envuelve en su lánguida y delirante embriaguez, los dos niños locos de pasión creen que van á morir.

Teodoro de Banville

HOMENAJE

CON el alma abatida y angustiada,
con la pupila lánguida y llorosa,
hoy me acerco á esta tumba venerada
para regar con lágrimas su losa.

Descanza en ella en paz el cuerpo inerte
de un luchador de espíritu esforzado,
que, al golpe inexorable de la muerte,
su cabeza á la tierra ha doblegado.

Adornada del nimbo de la ciencia,
doquier vertiendo su esplendor divino,
señaló su brillante inteligencia
con resplandores de astros su camino.

Con noble afán y delicado celo,
supo enjugar del infeliz el llanto
y prodigarle en su dolor consuelo;
que fué la caridad su eterno encanto!

Mas hoy, en pos de la eternal ventura,
viendo en el mundo su misión cumplida,
ha ascendido su espíritu á la altura,
en busca de más luz y de más vida.

Entre tanto, su tumba funeraria
cubren crespones de sombrío duelo,
y brota de cien labios la plegaria
que el ángel del dolor trasporta al cielo.

Justo es llorar al ciudadano noble
que, en defensa del bien, roto su escudo,
cayó en la lucha, como cae el roble
al recio embate de huracán sañudo.

Justo es llorar al pensador austero
que, en alas de su genio soberano,
se paseaba cual cóndor altanero
por la región del pensamiento humano.

Cuando caen los grandes luchadores
tras ruda vida de labor y gloria,
una diadema de perennes flores
la Humanidad consagra á su memoria.

Ella, con gratitud y afán prolijos,
sabe premiar los bienes que recibe,
y la apoteósis de sus grandes hijos
en sus mas bellas páginas escribe.

Adornada de fúnebres crespones,
sumida en negra noche de quebranto
y herida en sus mas hondas afecciones,
riega sus tumbas con acerbo llanto.

Por eso, tristemente acongojada,
con el dolor de madre cariñosa,
hoy se acerca á esta tumba venerada
para anegar en lágrimas su losa.

Federico González G.

LAS OLAS

De Richepin

ES una canción de antaño.
Las olas hablan corriendo.

«Hermana,—dice una á otra,—
nuestra vida es un tormento.

¡Ve cuán rápida discurre!
Corta vida, breve ensueño!»

«Hermana,—la otra responde,—
su brevedad es consuelo.

Larga vida, largas ansias.
Vivir poco es sufrir menos!»

A. V.

EL DESEO DE PINTAR

¡DESGRACIADO tal vez el hombre, pero feliz el artista que aguijonea el deseo!

Ardo en ancias de pintar á aquella que tan rara vez apareció ante mi vista y que tan luego huyó, como una hermosa visión que se pierde tras el viajero arrebatado por la noche. ¡Cuánto tiempo hace ya que ha desaparecido!

Es bella, y mas que bella; es sosprendente. Abunda en ella lo negro: todo lo que ella inspira es nocturno y profundo. Sus ojos son dos antros en que fulgura vagamente el misterio, su mirada ilumina como el relámpago: es una explosión en las tinieblas.

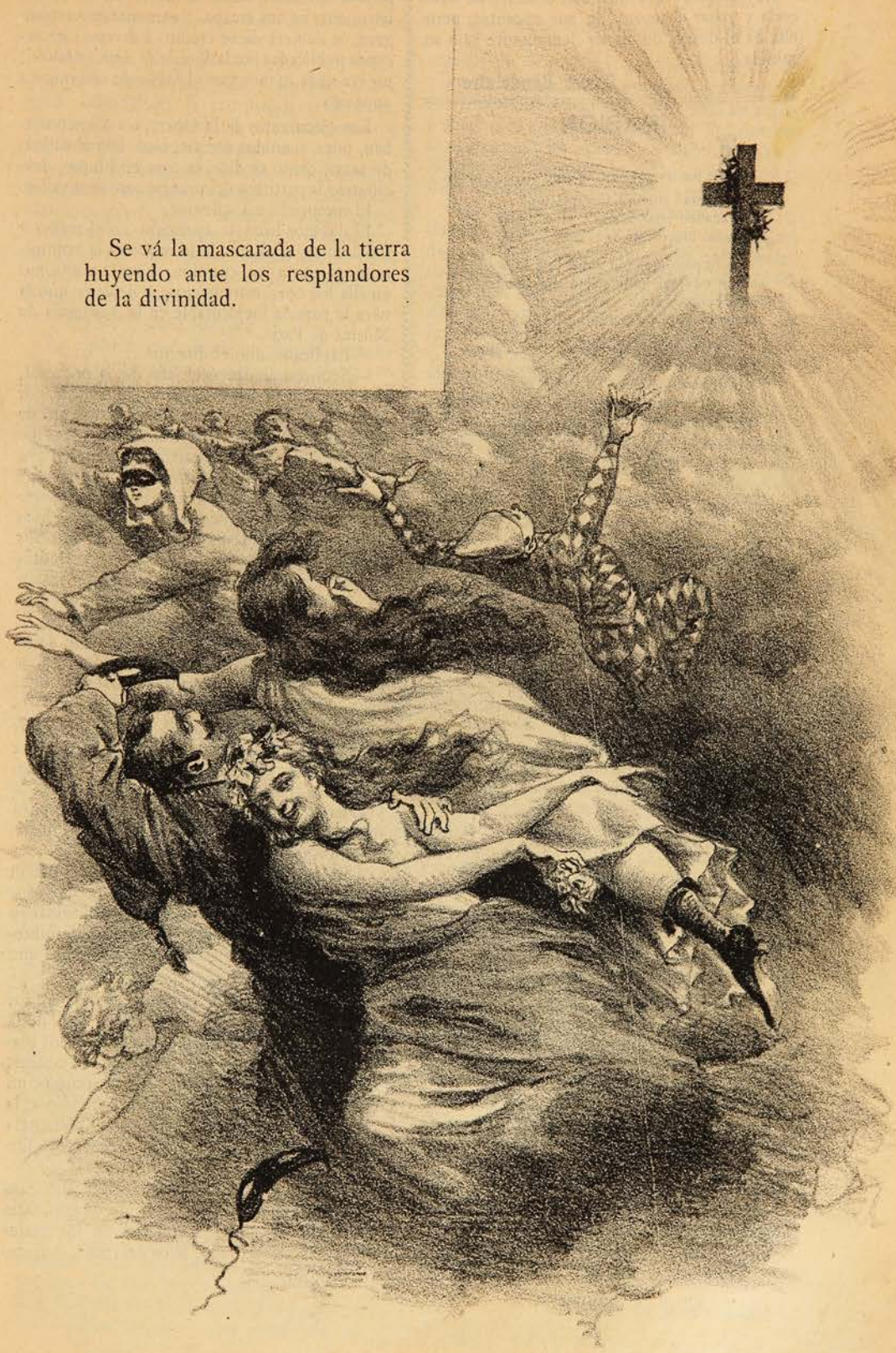
La compararía con un sol negro, si pudiera concebirse un astro negro que derramara luz y ventura. Pero ella hace mas bien pensar en la luna, que sin duda la ha marcado con su temible influencia; nó la luna blanca de los idilios, que semeja una fría desposada, sino la luna siniestra y embriagadora, suspendida en el fondo de una noche tempestuosa y trastornada por nubes que pasan en veloz carrera; nó la luna serena y discreta que visita el sueño de los hombres puros, sino la luna arrancada del cielo, vencida y colérica, que las brujas de Tesalia obligan violentamente á bailar sobre la yerba aterrada.

En su pequeña frente habitan la voluntad tenaz, el amor de la victima. Sin embargo, en la parte baja de su rostro inquietante, en que dos ventanillas móviles aspiran lo desconocido y lo imposible, estalla, con una gracia inexplicable, la risa de una gran boca, roja, blanca, deliciosa, que hace soñar con el milagro de una soberbia flor abierta sobre un terreno volcánico.



El tiempo.

Se vá la mascarada de la tierra huyendo ante los resplandores de la divinidad.



AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1897 NÚM. 74

Hay mujeres que inspiran el deseo de vencerla y gozar el tesoro de sus encantos; pero ella da el deseo de morir lentamente bajo su mirada..

Carlos Baudelaire

PASIÓN

Si me amas como te amo yo, que tengo
mi voluntad sujeta á tu capricho,
que acaben estas ansias y estas dudas
y en tus brazos me vea, encanto mio!

Si tu pasión es tan ardiente y loca
como esta que bullir siento aquí dentro,
deja con ese ardor y esa lucura
tu pecho palpitar contra mi pecho!

Si es verdad lo que juras, nuestra almas
en un beso de fuego confundamos;
y si deseas que jamas te olvide....
con tus dientes tu amor graba en mis labios!..

Gaspar Deburau.

TRISTEZAS

PARA A....

De mi libro íntimo.

I

En las noches dulcísimas de calma,
cuando el mundo reposa adormecido;
cuando el sueño del alma
no turba un sólo ruido,

II

tu imágen, vagarosa y delicada,
á través de las sombras se desliza...
Cuan dulce es tu mirada!
Cuan triste tu sonrisa!...

III

A mi lecho te acercas palpitante,
limpido llanto de tus ojos brota,
rueda por tu semblante
y cae gota á gota...

IV

Y tus labios se posan en los mios
y humedecen tus lágrimas mi boca
y tus ojos sombrios
revelan ánsia loca!...

. . . . . .

. . . . . .

V

Pero, despierto, y huyen las impías
visiones y conozco en mi quebranto,
que son lágrimas mias...
Ay!... que es mio ese llanto!...

. . . . . .

C. Vero M.

á 13 de febrero del 97.

EL SECRETO DEL VIEJO MUSICO

Era dia de ensayo en la Academia Nacional de Música.

Con todo interés se habia determinado poner en estudio una obra de cierto compositor alemán—cuyo nombre, ya olvidado, felizmente se nos escapa. Y este maestro extrangero, si debiera darse crédito á diversas *memoranda* publicadas por la *Revista de Ambos Mundos*, no era nada menos que el *fautor* de una música «nueva!»

Los ejecutantes de la Ópera, no se encontraban, pues, reunidos ese dia, sino con el objeto de sacar, como se dice, la cosa en limpio, descifrando la partitura del presuntuoso innovador.

El momento era solemne.

El director hizo su aparición en el teatro y fué á entregar al jefe de la orquesta la voluminosa partitura en cuestión. Este la abrió, fijó en ella los ojos, estremecióse y declaró que la obra le parecia inejecutable en la Academia de Música de Paris.

—Explicaos, dijo el director.

—Señores, continuó el jefe de la orquesta, la Francia no podria encargarse de truncar, por una ejecución defectuosa, el pensamiento de un compositor... *que tenga no importa que nacionalidad*. En la orquestación especificada por el autor, figura.. un instrumento militar que hoy nadie estudia y que ya no tiene representante entre nosotros; ese instrumento, que hizo las delicias de nuestros padres, tuvo en otros tiempos un nombre: *el Sombrero-Chino*. Deduzco que la radical desaparición del *Sombrero-chino* en Francia nos obliga á declinar, aunque con sentimiento, la honra de esta interpretación.

Tal discurso sumergió al auditorio en aquel estado *comatoso*.—El Sombrero-chino!!—Los mas viejos apenas recordaban haberlo oido cuando niños.

Pero le habria sido dificil, en el dia, precisar siquiera su forma.—Repentinamente una voz articuló estas palabras Inesperadas: «Permitidme, creo conocer uno». Todas las cabezas se volvieron; el jefe de la orquesta se incorporó de un salto: «Quién habla?»—«Yo, los platillos», respondió la voz.

Un instante después, los platillos estaban sobre la escenas, rodeados, adulados, acosados de vivas interrogaciones.—Si, continuaban ellos, conozco un antiguo profesor de Sombrero-chino, maestro en su arte, y que yo sé que todavia existe.

No se oyó mas que un grito. Los platillos aparecieron como un salvador. El jefe de la orquesta abrazó á su jóven seide (pues los platillos eran jóvenes todavia.) Los trombones enternecidos le alentaban con sus sonrisas; un contrabajo le lanzó una mirada envidiosa; la caja que se frotaba las manos:—«Irá adelante!» refunfuñó.—Resumiendo, en este rápido instante, los platillos conocieron la gloria.

Durante la reunión, una comisión que ellos precedian salió de la Ópera, se dirigió hacia los Batiñoles, á la profundidad de los cuales debia haberse retirado, lejos del ruido, el austero virtuoso.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1897 NÚM. 74

Llegaron.

Inquirir respecto del viejo, trepar los nueve pisos, colgarse de la campanilla y aguardar, resoplando, en al vestíbulo, fué para nuestros embajadores cosa de un segundo.

Súbito, se descubrieron todos: un hombre de aspecto venerable, de rostro que circundaban plateados cabellos que caian en largos bucles sobre sus espaldas, una cabeza á la Béranger, un personaje de novela, estaba de pié en el umbral y parecia invitar á los visitantes á penetrar en su santuario.

—Era él! Todos entraron.

La ventana, encuadrada en plantas trepadoras, se habriria al cielo en ese instante empurpurado de las maravillas de un sol poniente. Los asientos eran escasos: la camilla del profesor reemplazó, para los delegados de la Ópera, otomanas, esos *poufs*, que, entre los músicos modernos, abundan ¡ay! demasiado. En los rincones destacábanse viejos sombreros-chinos; aquí y allá se veian desparramados diversos albums cuyos títulos llamaban la atención. Uno era *Un primer amor*, melodia para sombrero-chino solo, seguida de *Variaciones brillantes sobre el Coral de Lutero*, concierto para tres sombreros chinos. Despnés un septuor de sombreros-chinos (grande, unisono) titulado: *La Calma*. Después, una obra de juventud (un poco salpicada de romantismo): *Danza nocturna de jóvenes moriscos en el campo de Granada, en lo mas recio de la Inquisición*, (gran bolero para sombrero-chino); en fin, la obra principal del maestro: *La Tarde de un bello dia*, obertura para ciento cincuenta sombreros-chinos.

Los platillos, muy impresionados, tomaron la palabra en nombre de la Academia Nacional de Música.—«Ah! digo con amargura el viejo maestro, se acuerdan de mí ahora? Yo debería,.. mi patria ante todo. Iré, señores.» —Habiendo insinuado el trombón que la parte por egecutar parecia dificil,—«No importa» dijo el profesor, tranquilizándoles con una sonrisa. Y tendiéndoles sus pálidas manos, diestras en las dificultades de un instrumento ingrato:—«Hasta mañana, señores; á las ocho en la Ópera.»

El dia siguiente, en los pasillos, en las galerias, en el escondrijo del consueta inquieto, hubo una emoción terrible: la noticia se habia extendido. Todos los músicos, sentados ante sus atriles, esperaban, con las armas empuñadas. La partitura de la música nueva ya no tenia ahora mas que un interés secundario. Repentinamente la puerta baja dió paso al hombre de otros tiempos: sonaban las ocho! Al aparecer el representante de la antigua música, todos se levantaron, tributándole el homenaje como una especie de posteridad. El patriarca llevaba bajo el brazo, cubierto por una humilde funda de sarga, el instrumento de los tiempos pasados, que presentaba así el aspecto de un símbolo. Atravesando los intérvalos de los atriles y encontrando, sin titubear, su camino, fué á sentarse en su silla de antes, á la izquierda de la caja. Después de cubrirse la cabeza con un gorro de brillantina negra y los ojos con una pantalla verde, desenvolvió el sombrero-chino, y comenzó la obertura.

Pero, á los primeros compases y desde la primera mirada sobre su partitura, la serenidad del viejo maestro pareció oscurecerse; un sudor de angustia bañó luego su frente. Se inclinó, como para leer mejor y, con las cejas contraidas, los ojos clavados en el manuscrito que hojeaba febrilmente, apénas respiraba!...

Lo que leia el viejo debia ser muy extraordinario, para que se turbara de ese modo...

En efecto!—El maestro alemán, por una emulación tudesca, habia satisfecho, con una aspereza germánica, una malignidad rencorosa, llenando la parte del Sombrero-chino de dificultades casi insuperables. Estas se sucedian, compactas, ingeniosas, súbito. Era un desafio. Considérese que esa parte se componia, exclusivamente, de *silencios*. Con esto, aun para los profanos en el asunto, qué cosa mas difícil de egecutar que el *silencio* para el sombrero-chino?... Y era un *crescendo* de silencios el que debia egecutar el viejo artista!

Sintióse envarado, un movimiento febril se le escapó!... Pero nada, en su intrumento traicionó los sentimientos que le agitaban. Ninguna campanilla tembló. Ningún cascabel. Ningún pifanillo se movió. Conociase que lo poseia á fondo. El también era todo un maestro.

Tocó, sin tropiezo, con una maestria, una seguridad, un *brio*, que llenaron de admiración á toda la orquesta. Su egecución, siempre sobria, pero llena de color, era de un estilo tan castigado, de una emisión tan pura, que ¡cosa extraña! parecia por instantes *que se la entendia!*

Los ¡bravos! iban á estallar de todas partes, cuando un furor inspirado se encendió en el alma clásica del anciano virtuoso. Con los ojos resplandecientes, y agitando con violencia su instrumento vengador, que parecia un demonio suspendido sobre la orquesta:—Señores, exclamó el digno profesor, yo renuncio! No entiendo nada. No se escribe una obertura para un solo! No puedo tocar! Es muy dificil. Protesto! En nombre de Clopisson!... No hay melodía en eso. Es un charivari! El Arte se pierde! Caemos en el vacio.

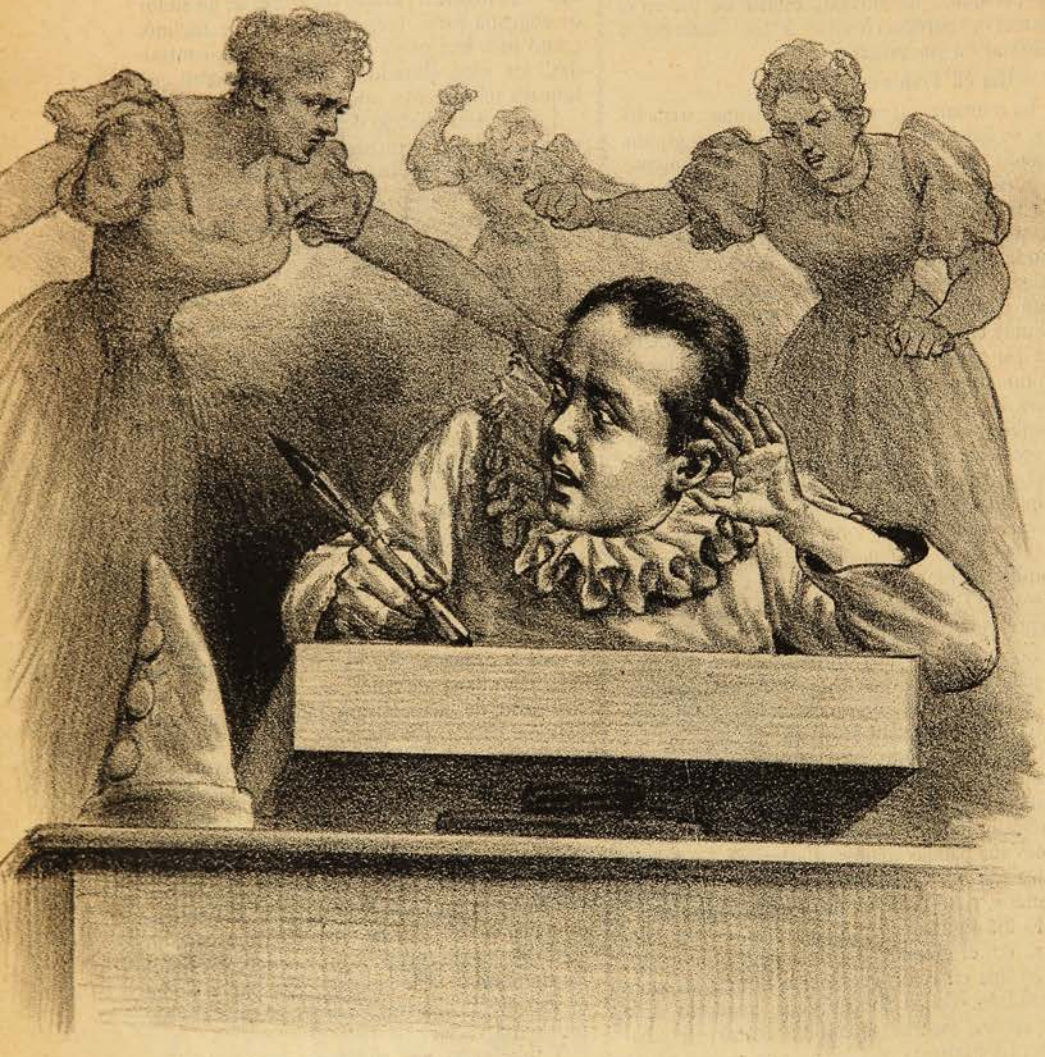
Y fulminado por su propio arrebatamiento, dió un traspiés.

En su caida rompió la gran caja y desapareció como se desvanece una visión.

¡Ay! se llevaba, hundiéndose así en el profundo vientre del monstruo, el secreto del encanto de la antigua música.

Villiers de L'Isle Adam

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



—¡Al fin te apareces malandrín, veleta, la flojera en persona!

—¡Perdón! soy muy desgraciado!

—Nó, ya no te creemos! para otra vez no te veremos más, ya lo sabes!

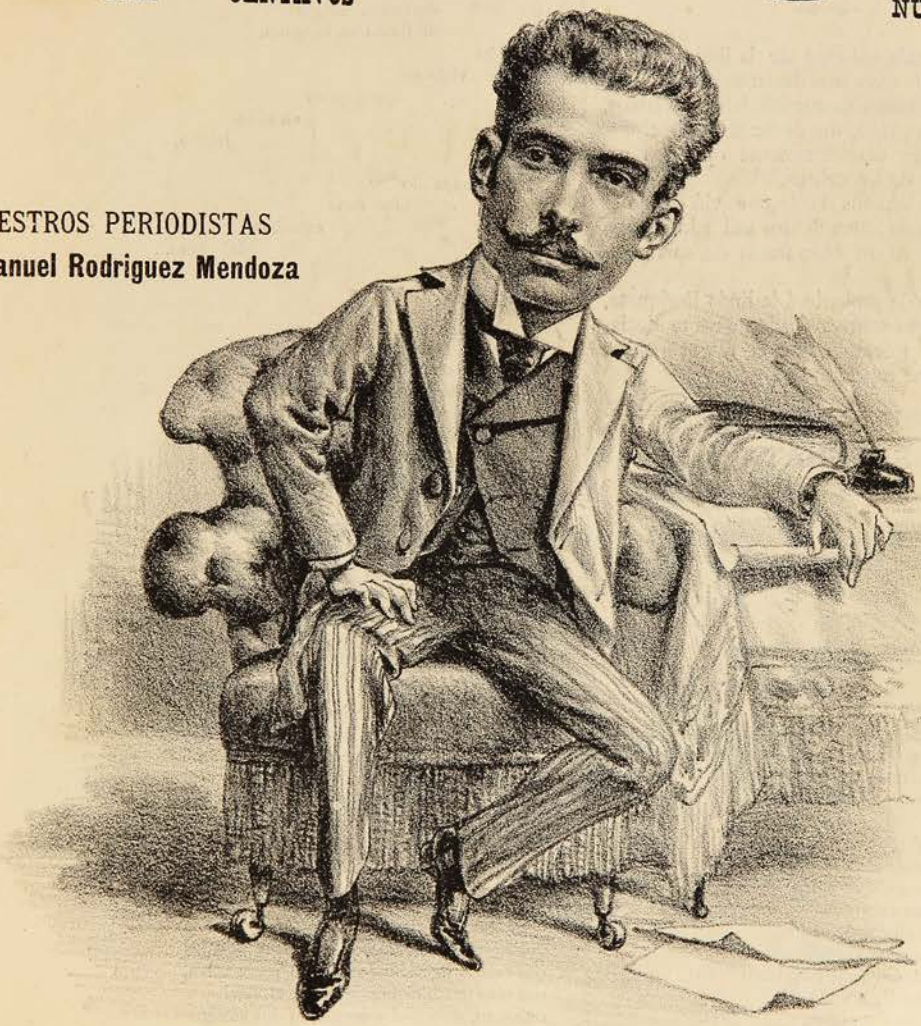
La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS PERIODISTAS

D. Manuel Rodriguez Mendoza



Ardoroso periodista,
para aquilatar su gloria
hay que evocar la memoria
de sus campañas de artista.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE MARZO DE 1897 NÚM. 75

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... **$ 4.50**
Por medio año (25 »)..... **2.50**
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

LA mirada ardiente de la linda morena, clavada en mis ojos, me decia: te amo.

La sonrisa desdeñosa que dibujaban sus labios, teñidos por la grana, me decia: te desprecio.

Sentimientos diametralmente opuestos nacidos al color de los celos.

Si, porque aquella tarde me vió dando el brazo á Laura, la rubia de los mil adoradores, y deslisando en su oido frases de mera galantería.

Y asi traté de probarlo á la linda Enriqueta, pero siempre su sonrisa desdeñosa me decia, te desprecio, mientras que el fulgor de sus negros ojos me repetian: te amo.

SERENATA

Como aves
viajeras
que buscan
un nido
lejano,
se pierden
huyendo
las notas
extrañas
del piano...
Y en breves, undosos y rápidos giros,
se llevan los vientos,
los ecos llorosos, de vagos suspiros,
y vagos lamentos.

Y se oyen
canciones profanas
que giran errantes
como caravanas
por climas distantes,
corriendo hácia allá...
Canciones que imprimen
su huella temblando,
y gimen y gimen,
y siguen andando,
sin norte, ni guia, ni rumbo, ni plan....
Y vago,
lejano,
diciendo tristezas
ignotas
se anima el teclado
del piano
como un mar de nácar:
las notas,
que hirió una borrasca:
la mano.

Aprestan los bajeles sus quillas de armonía,
despierta en los rabeles la nota que dormía
y entre las algas frescas renace la canción,
en un torrente ciego se esfuman las escalas;
los ojos tienen fuego, los dedos tienen alas,
y un buitre misterioso desangra el corazón.

Desangra el corazón.
Y mientras las notas
derraman sus gotas
de llanto en la mano,
como aves
viajeras
que buscan
un nido
lejano,
se pierden
huyendo
los ecos
extraños
del piano...

* * *

Esas voces, mi adorada,
con su lúgubre balada
me recuerdan la aventura
de tus fingidos desvíos
y los mudos desafíos
—discusiones de ternura—
de tus ojos con los mios.

Me recuerdan que ayer, loca
rió mi boca con tu boca,
y los besos, como altivas
ilusiones de colores,
á libar fueron amores
—mariposas fugitivas—
de tus labios en las flores.

Tú te has ido,
tú te has ido...
Y aunque muerta no te olvido;
sobre mi hondo desconsuelo
tu recuerdo flota y flota
como nube, como nota,
como sol y como cielo.

* * *

El piano se encrespa. Sus rudos acordes
son rachas de viento corriendo en la selva,
son olas terribles bregando en el mar;
dominan, desgajan y en medio del vértigo
secreto acicate las bate con fuerza...
corcel desbocado, furioso huracán!

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE MARZO DE 1897 NÚM. 75

Y hay algo de terrible en sus arranques,
hay algo de siniestro en sus furores,
su grito de maldad húmedo en lágrimas
es más que de maldad, es mucho más!
son labios que maldicen sollozando,
son ojos que fulminan y que imploran,
son ademanes de crueldad que ruegan:
bondades impelidas hácia el mal!

Y crujen las notas, rechinan y escupen
palabras impías con rumbo hácia Dios;
al alma del bueno la hirió la injusticia,
y el bueno es hoy malo, y el astro cayó.

El piano se encrespa. Sus rudos acordes
son rachas de viento corriendo en la selva,
son olas terribles bregando en el mar;
dominan, desgajan y en medio del vértigo
secreto acicate las bate con fuerza...
corcel desbocado, furioso huracán!

*
* *

Se despiertan temblando la iras
como negro turbión de borrascas
y, en los labios blandiendo el insulto,
al Dios de los Dioses le cruzan la cara.
Si teñido de sangre está el cielo,
si teñida de sangre está el alma
con aquella que dejan las víctimas
del crimen eterno del viejo monarca,
¿cómo no han de surgir maldiciones
de los pechos que hirió con su espada?
¿cómo no han de flotar en los vientos
proyectos ignotos de ignotas venganzas?
. . . . . .

La tumba está abierta,
dos cirios la alumbran...
La noche es sombría
y ha huido la luna...

Me acerco al cadáver,
lo estrecho en mis brazos;
sus manos son frías,
y yertos sus labios.
la llamo su nombre.
«¡mi diosa!» la llamo,
y no me contesta,
se anegan mis párpados,
se hielan mis venas,
y corro los campos
alzando hacia el cielo
los puños crispados...

Y ¡Ha muerto! repiten
los ecos lejanos,
y ¡Ha muerto! repiten
¡ha muerto! mis labios...

*
* *

De vaga laxitud siente la nota
la mano misteriosa que doblega,
y rota su energía, también rota
rueda su voz y á la quietud se entrega.

Las brisas de piano
dominan,
las almas su giro
refrenan;
las frentes vencidas
se inclinan;
y vuelan,
y vuelan,
sobre la antigua hoguera de furores
todas las aves de bondad del alma,
y allí do estuvo la tormenta, hay calma,
y allí do estuvo el exterminio, hay flores.

La fiebre decrece, la mano tranquila
maneja los dedos con vaga quietud,
la noche se aclara, la luna aparece,
se aquietan las olas, y surge la luz...

Inciertas y convulsas
las lágrimas del piano
nos hablan de otro mundo
que en el confín lejano
delinea los contornos
soñados del ideal,
nos cuentan los misterios
de las melancolías,
nos hablan de las brumas
eternas y sombrías,
y, en medio á los escombros
de los pasados días,
agitan los recuerdos
sus alas de cristal.

Y ruedan lentamente
las notas, cual torrente
que al tiempo se agotó...

*
* *

Mariposa venturosa,
si tus alas tienen galas
y blasonas de tus alas
y tus galas, mariposa;
y si la muerte te advierte,
no la temas, mi querida,
no es esterna despedida
ni la vida, ni la muerte.

Y hay voces extañas que bajan del cielo
tañendo consuelo,
y dice en las notas el leve gemido:
«yo nunca te olvido...!»

Se apagan
los ecos,
la tarde
declina,
y el piano
modula
su canto
dormido,
con voz
cristalina:
«Yo nunca
te olvido...!»



Esta es la máscara que exige el mundo social.



..... ¿Y lee una carta. ¡Ah! yo sabré.....



Quién diría que yo he obtenido diez votos para diputado y cinco para senador.



Quién diga que el mundo no es un paraíso, miente como un bellaco.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE MARZO DE 1897 NÚM. 75

***

Y en tanto que el piano de notas ligeras
deshoja soñado sus voces postreras,
de climas lejanos se allega en los vientos
la estrofa perdida de un canto boreal;
se esfuman las frases, mas se oye distinto
que dicen las voces: ¡Allá, más allá!

Y el alma
suspira
promesas
cercanas
y cruzan
el cielo
dos nubes
hermanas...
Se allega en os vientos
el canto boreal,
y siempre
las voces
repiten:
¡Allá!

Manuel B. Ugarte

LA REINA DE LAS HOJAS

EL viento de otoño, soplando por ráfagas, esparció las tristes nubes en el cielo y sacudió las hojas enfermas de los árboles. El eco de su amargura extendíase por doquiera, y las hojas caidas al fin, iban arrastrando su queja errante.

En una ciudad de los altos bevenes, la avenida de cicomoros donde resonaban las músicas militares, llenábase de mamáes y de niñitas encantadoras. Murmullos de charla junto á las sillas,—gritos, risas y saltos en todas partes. Arriba, en lo alto de los árboles, la brisa pasando y llorando—siempre.

Las niñitas son de varias edades. Todas vivas y ligeras, se persiguen,—semejando un vuelo entusiasta de pajarillos felices. Los cabellos de oro y las trenzas de azabache flotan, y las botitas de cabritilla vuelan—mientras que sobre el suelo húmedo, caen lánguidas, caen pálidas las hojas muertas.

La mayor de las niñitas tiene diez años, piernecitas de corza, mirada de gacela. En el círculo de las madres está la suya, admirándola desde lejos y adorándola con toda el alma. Su padre, un capitán, que se encuentra en el Tonkin, guarda en esas regiones la imagen de su hermosa y querida pequeñuela.

Su hermosa y querida pequeñuela—cómo charla, cómo salta, cómo corre, risueña, rubia, blanca, la sangre en las mejillas, el fuego en las pupilas, el sudor en la frente... De repente, sus compañeras la rodean y cada una, bajándose, recoge algunas hojas perdidas para prenderla con ellas desde la cabeza hasta los piés. Suelta la risa, y todas con ella. En breve instante tuvo la pequeñuela un peinado y un vestido de hojas amarillas y verdes.

—¡La Reina de las Hojas! la Reina de las Hojas! exclamó la alegre banda.

Entonces, tomadas todas de las manos, pusiéronse á girar en torno de su majestad, cantando en coro.

Y la brisa soplaba en ese momento, más triste, más glacial, más penetrante, sobre la reina bien orgullosa y bien feliz, pero que,—inmóvil—tembló bajo su extraño y bonito traje.

La ronda giraba siempre, y las voces infantiles repetian:

Ya nunca volveremos
al bosque envejecido...

Por fin, la cadena de manitos se rompió. Separáronse las niñas: Adiós! ¡adiós! La música militar partia y las mamáes se levantaban, La improvisada reina gentil, tosia un poco.

Despojóla su madre de las hojas muertas, y la niña, tomándolas una por una, las recogió cuidadosamente en su mano. Quería llevar los pequeños girones de su traje de corte. Tiritó y tosió, abandonando la avenida, desierta ya, bajo la húmeda oscuridad.

Nueve dias después,—la rubia niñita de piernas de corza y mirada de gacela, mas blanca todavía, ¡ay! habia muerto. Su pecho pagaba su reyecia de una hora.

Sus pequeños súbditos llegaron todos—con más asombro que desolación—á acompañar, no sabian adónde—á su amiga de juegos, encerrada en un relicario de madera tapizado de blanco, con manojos de flores pálidas en los cuatro rincones,

Ignoro quién habia tenido la conmovedora idea de distribuirles las hojas muertas de la pobre reina,—esas hojas de sicomoro, color de oro verdoso, que tienen la forma de un corazón bizarro. Marcharon en procesión, con esas hojas en las manos, delante de su compañera, piadosa y lentamente conducida en brazos de cuatro niñas cubiertas de un velo de tul.

Pasaron entre dos grandes muros. Y la misma brisa de la avenida de sicomoros soplaba por el estrecho sendero que conduce—Dios sabe dónde. Bajo su impulso volvia y vibraba misterioso el refrán de la Reina de las Hojas:

Ya nunca volveremos
al bosque envejecido...

en tanto que fuertes y rudas voces salmodiaban palabras lúgubres en un idioma ignoto. El estrecho sendero entre los grandes muros fué á dar á una reja estrecha, detrás de la cual aparecian nichos, estatuas y cruces, con lágrimas blancas y negras, como si gruesos cirios hubieran llorado encima de ellas. Habia también en este cementerio, como en la avenida de allá abajo, sicomoros que también lloraban bajo sus hojas amarillas y verdes.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE MARZO DE 1897 NÚM. 75

La gentil muertecita, en su relicario de madera, fué bajada al fondo de una fosa—en plena tierra gris y viscosa, que se pegaba á las botitas de cabritilla. Se colocó sobre ella esta vez un nuevo y pesado vestido, de nivea blancura. El corazón de las niñitas se dilató, y lloraron—sin esplicarse la razón.

Entonces—quién las aconsejó?—una tras otra, desfilaron las niñas, dejando caer las hojas secas que llevaban, el lindo traje de corte—como en el dia en que ella habia estado tan feliz y orgullosa.

En el momento en que se dejaron tomar por la mano y conducir,—un brusco ventarrón de otoño gimió y huyó, llevándose en torbellino, y todo entero, el vestido de la niñita, el vestido de hojas. Sorprendidas y apenadas las pequeñuelas, lo vieron dispersarse por los aires y perderse á través del cementerio. No quedó sino el vestido de mármol, enteramente solo, enteramente blanco y frio!...

Aimé Jiron

CANCIÓN

(Heine)

TIENE el cielo sus estrellas,
y sus perlas tiene el mar,
pero yo... yo tengo, niña,
un pecho que sabe amar.

Más grande que el mar y el cielo,
más grande es mi corazón,
y sus tesoros y encantos
no admiten comparación.

En mi regazo, ángel mio,
ven tu frente á reclinar;
¡ven! que por ti se consumen
mi pecho, el cielo y el mar.

Ever

MATINAL

TE dije en voz baja:
«—Mi bien ¿qué hora es?
—Adiós... me dijiste,
que va á amanecer.»

Entonces tu abrazo
me ató en un Eden,
y escótico aroma
de fuego aspiré...

Me dieron tus labios
su bermeja miel...
cerraste los ojos...
«mi bien, qué hora es?»...

Gaspar Deburau.

¡NIEVES!

ENTUMECIDO y mústio pasaba el pobre pajarito en los brumosos dias invernales...

Sentia ánsias de volar indefinidamente á los tibios fulgores de un sol estival!

Piaba, piaba melancólico, haciendo vibrar con su piquito frio los alambres de la prisión... Se quejaba de su libertad perdida; recordaba su vida errante, cuando vagaba feliz con su compañera fiel!

Una tarde, un rubio rayo de sol invadió su estrecha cárcel, y la avecita se estremeció de gozo al sentir la caricia ardiente que le penetraba hasta morder su carne delicada...

Despertó á la esperanza: creyó vivir eternamente, calentado por ese beso que le hacia tanto bien, y se durmió soñando que, junto con su pareja, vagaba errante por los bosques, á los fulgores tibios del sol estival...

Mas, volvió otra vez el invierno crudo, con su cortejo de brumas y de nieves, y el pajarillo sintió que lo asediaba nuevamente la nostalgia y la desesperación!

Y, una tarde obscura y triste, con su cabecita metida entre los hierros implacables, se le encontró sin vida, y un pálido rayo de sol invernal se reflejaba en sus ojitos medio abiertos!...

Celia.

PARA A....

I

TUS flores se marchitaron
porque un beso yo las di:
sus pétalos ¡ay! temblaron,
y pronto se doblegaron
al peso de tal sufrir...

II

No extrañes, pués, niña *ingrata*,
si un beso te niego yó;
ya sabes que un beso mata
cuando una boca insensata
se posa sobre una flor.

C. Vero M.

LIBROS RECIBIDOS

SERENATA, por **Manuel B. Ugarte.**—El mejor elogio que podemos hacer de esta delicadísima poesía, es transcribirla integramente; como lo hacemos en el número de hoy.



Un cuento de mi Piérrot.

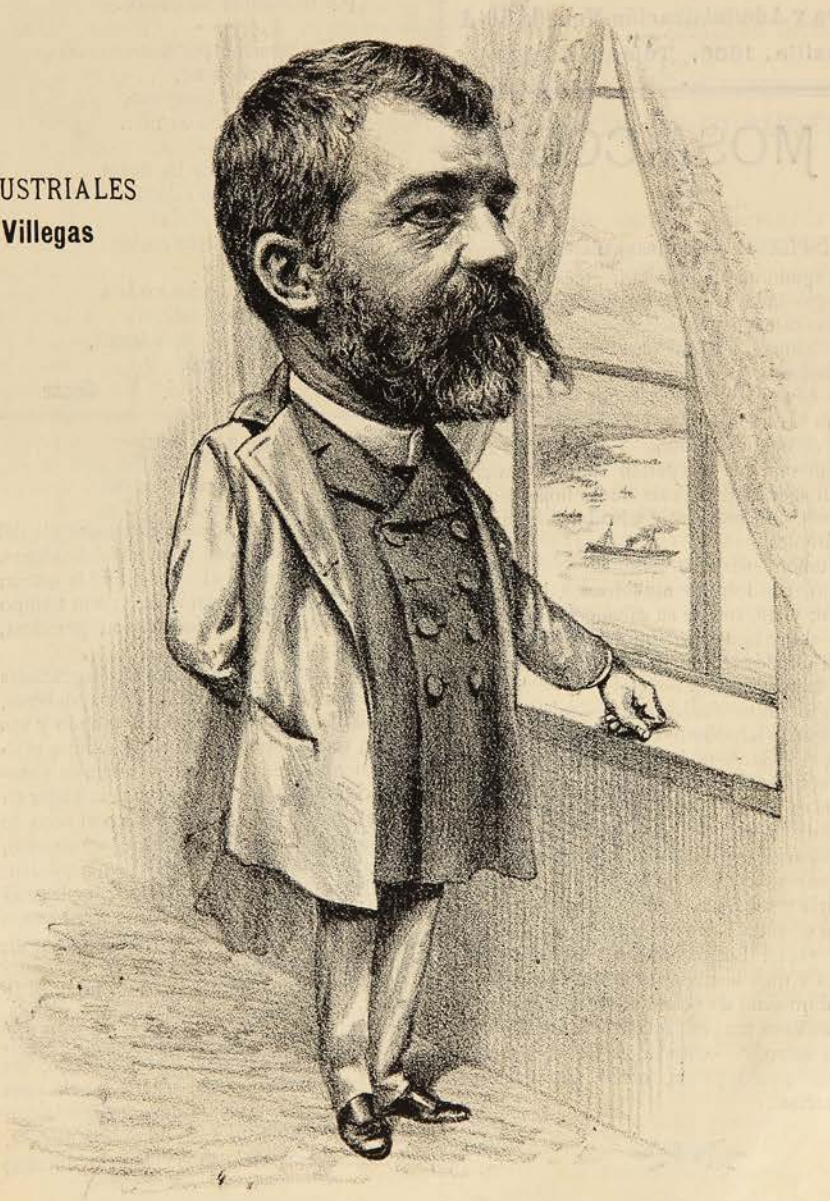
La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS INDUSTRIALES

D. Enrique Villegas



Espíritu audaz y experto,
con su incesante luchar
ha logrado arrebatar
sus arcanos al Desierto.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE MARZO DE 1897 NÚM. 76

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números).....	$ 4.50
Por medio año (25 »).....	2.50
Número suelto.....	0.10
Id. atrasado.....	0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A

Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

DESPERTÓ repentinamente: sentia frio, un frio agudo que la mordia los piés.

Encogió las piernas, y apartando la cortina del lecho con su brazo delicioso, todo desnudo y muy blanco, fijó sus ojos, muy rasgados, muy obscuros, en la ventana. Le pareció verla cuajada de perlas y brillantes, que se enredaban como en los hilos de una tela de araña, en los reflejos de una pálida luna. Y llegó hasta ella un eco gemibundo y repetido como el lamento de un agonizante: el caer de las hojas secas, —terrosas, dolientemente vibradoras lágrimas de los árboles.

El Otoño!... suspiró.

Volvió, con forzado movimiento, la cabeza al rincón; y ahi, tras de su cabellera frondosa y negra,—sobre la misma almohada—vió la cabeza del Otoño, acaso del Invierno, encasquetada en largo y blanco bonete...

Tuvo un gesto desdeñoso, y,—mirando sin ver—quedóse largo rato con la vista fija en la ventana cuajada de perlas y brillantes...

Después, descorrió por completo la contina.

Entonces, la luz vaga que se desprendia de la lamparilla de noche, colgada de blancos cordones del artistico *plafond*, cayó como un beso rosa sobre el retrato de su primo, que parecia mirarla y sonreirla.

Cogió el retrato, y con ansia fabril besólo muchas veces. Luego, con sus brazos todos desnudos y muy blancos, lo estrechó sobre su fresco, duro seno de veinte años: tibia, melancólica, dulcemente melancólica laxitud, rodó por su cuerpo, y—entonados los ojos muy obscuros,—quedó pálida, como adormecida, como muerta...

CANTARES

ALLÁ en el cielo fija
tus ojos claros,
y dime cuál estrella
es de tu agrado;
porque deseo
que allá todas las noches
nos encontremos.

—

Los mares en que navego
tienen por faros tus ojos,
por playas tus dulces labios,
por tormentos tus enojos.

—

Te inquietas por mis creencias,
y me lo dices á mi.
¿Cómo puedes hacer eso,
si sabes que creo en ti?...

—

Tengo celos de las flores
porque besan tus cabellos,
porque tú las acaricias
y duermen sobre tu pecho...

—

Cuando mi pecho no lata
y frio mi cuerpo esté,
tus labios posa en mis labios,
y á la vida volveré.

Oscar

LA MUJER

LA abnegación, con toda la energia del sacrificio; la caridad, con todas sus delicadezas, tienen su albergue en el corazón de la mujer; son el distintivo de su carácter, y, aun tiempo mismo, constituyen su fuerza y su grandeza, su gloria y su alegria.

Alejad la mirada de aquellas desgraciadas que, desatendiendo los más santos deberes, arrastradas por el torbellino del mundo y sus halagos, cegadas por la vanidad y el lujo, olvidan, al arrullo de la lisonja, tan sublimes virtudes; y contemplemos un instante á la mujer en el hogar, tal como es y debe ser, en el seno de la familia; es alli donde ella tiene su imperio, egerciendo una soberania basada en la prudencia y discreción, calma y modestia; ¡ay! de la mujer, el dia que llega á olvidar el cómo, estas pequeñas pero adorables virtudes, son los cimientos que sostienen el templo de su felicidad, el honor de la familia, el santo nombre de madre y el porvenir inmaculado de sus hijos.

Sin afectar una independencia fuera de lugar, que la haria impertinente, á no dudarlo; sin pretender un dominio que alzaria á cada paso un dirturbio, una rebelión que concluiria con la paz del hogar, llega á ser en él la soberana, porque su fuerza está en su misma dulzura;

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE MARZO DE 1897 NÚM. 76

allí, esparciendo á su alrededor encanto indefinible, amiga, compañera y consoladora del esposo, más feliz con su amor que la orgullosa reina que contempla á sus pies un pueblo prosternado, recogiendo á su paso, no el alegre coro de alabanzas mentidas sino la gratitud que sus desvelos y ternuras hacen brotar del corazón de sus hijos; y sus besos, mas preciados que esas joyas, mil veces pagadas con las lágrimas con que se engalana el necio orgullo.

Siempre amante y siempre resignada, ya en las horas de alegria, cuando al eco de su voz se agrupan los ensueños y bullen en tropel las ilusiones, ya en las abrumadoras, lentas y tristísimas horas del pesar, ella es el angel bendecido que mitiga los mas acerbos dolores, mientras su mano cariñosa enyuga el llanto y cura las heridas, sus ojos amorosos se vuelven hácia el cielo implorando socorro y mostrando al mismo tiempo el camino de la inmortalidad; porque allí, donde está la mujer, halla consuelo el desgraciado!

A menudo he podido observar en aquellos que alardean de exajerado exepticismo, mostrando irónico desprecio por cuanto hay de noble, santo y bello, un fondo de ternura amargo, á veces, como el desengaño, dulce como un lejano recuerdo, hácia la mujer, ya sea la inocente y bella niña que hizo nacer sus primeras ilusiones, ya la madre apenas conocida y siempre amada; porque aquellos que han tenido la dicha de sentir sus amorosos besos, no podrán olvidarlos mientras vivan!

Carlota Corday y Juana de Arco, como asi mismo la heroica cubana que empuña las armas en defensa de la patria oprimida, Policarpa Salavarrieta, Antonia Santos, nombres y mujeres son que despiertan la admiración y el entusiasmo, piden gratitud, no afecto ni ternura. No es la mujer guerrera, nó, la que yo envidio.

Las mujeres médicos y legistas no las comprendo: han dejado de ser mujeres; les tengo si compasión; debieran principiar por arrancarse el corazón, porque ¡ay! el mejor dia podrá traicionarlas.

¡El hogar! santo y callado asilo do la mujer amante y amada, brilla con la purisima luz de sus virtudes, ante cuyos muros vá á estrellarse el violento oleaje de las pasiones. Misterioso santuario, do escondida arde perennemente la antorcha del deber, bendito, una y mil veses, bendito seais!

Esperanza

Marzo del 97.

SIC TRANSEUN T OMNIA

DOCILE au mécanisme étrange
Auquel tout est subordonné,
Constamment ici-bas tout change
Dans le plus court instant donné:

Tout descend qui se trouve au faîte;
Tout ce qui brille se ternit;
Tout ce qui marche un jour s'arrête;
Tout ce qui commence, finit;

Tout souvenir un jour s'éffface;
Tout douleur un jour s'endort;
Tout ce qui vient aussitôt passe;
Aprés la naissance, la mort.

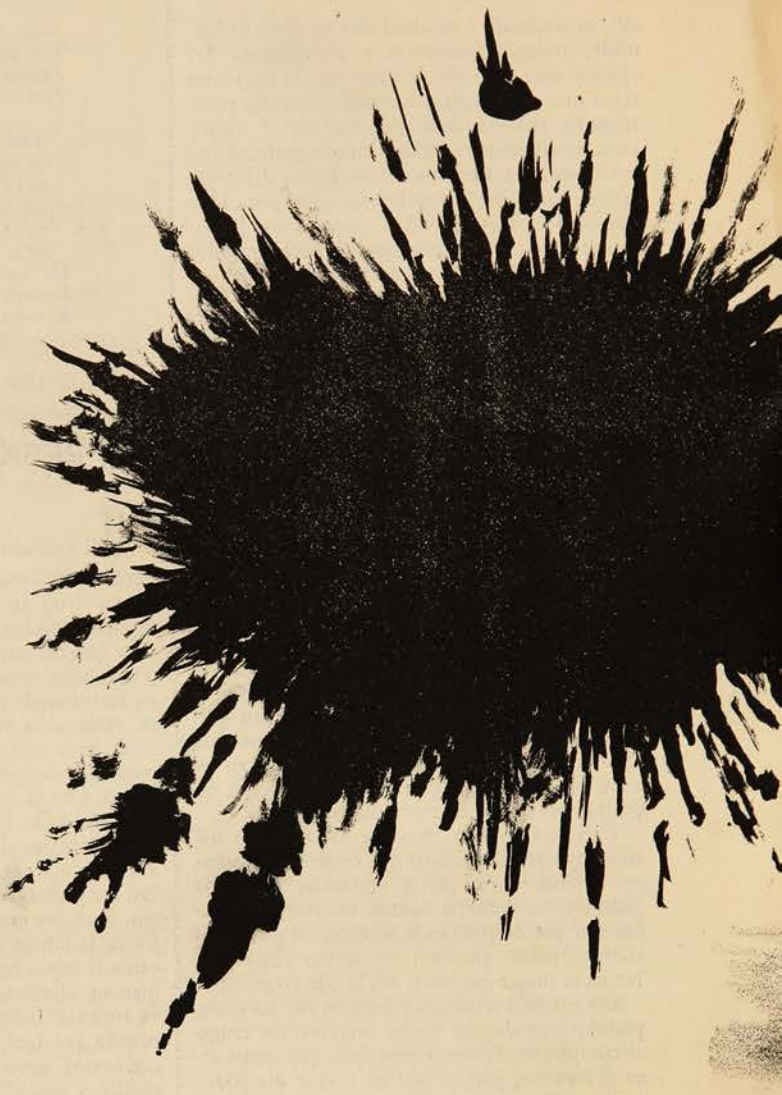
Et le cyclône infatigable
De l'universel mouvement
Poursuit sa marche inexorable,
El tourne, tourne constammente.

Philibert Germain

27 mars, 1896.

IMPRESIÓN DE CLAUSTRO

HE visitado muchos cartujos de la Lombardia y la Toscana, y casi en todas partes encontré bajo las bóvedas vacias, los mismos monjes, dejados ahi por la tolerancia de la ley, para que mueran en paz. Vestidos con sus trajes blancos, andan acompasadamente, sin que en su tranquilo rostro se trasluzca la mas ligera melancolía por verse asi desposeidos. Sus ojos claros contemplan los paisajes, los campos plantados de olivares y las viñas, que fueron suyos. Con la manos cruzadas, van de su celda á la capilla, bajo los arcos bañados de sombras, mientras el ardiente mediodia inflama en vividos colores la tupida yerba, las flores abiertas, las plantas leguminosas nacidas en el espacio libre en medio del claustro. ¿Estos monjes de la última hora, se asemejan á los que en otros tiempos habitaban ahi mismo y que recibian su alimento por la ventana baja que se ve todavia? Indudablemente que si, y se comprende que aqui, por lo menos, la vida de los conventos tenia un caracter profundamente rústico y sencillo. Campesinos mas piadosos, mas instruidos y que cultivaban su rincón de tierra sin avidez terrenal, en la tranquilidad de un destino preparado anticipadamente, minuto por minuto, tales fueron durante siglos los huéspedes de estos retiros perdidos en las montañas. Los artistas que han decorado de frescos los muros de estos claustros, han buscado también muy rara vez la sutileza: han pintado uniformemente escenas de la Biblia interpretadas con una sencillez campesina.—Ya es Noé que hace la vendimia en medio de sus ganados y sus hijos; y los pampanos dejan caer pesadamente los racimos en los canastos tendidos á dos manos. Ya es una natividad de la Virgen, en que una mujer prueba con sus dedos el calor del agua de la cubeta en que va á sumergir á su hijo; y el interior está dispuesto como debia estarlo el de las casas en que habian creci-



¡Qué monstruosidad!



¡Qué dirá el público!

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE MARZO DE 1897 NÚM. 76

do los monjes. Precisamente esta rusticidad del claustro debia formar el tranquilo encanto de la vida conventual para aquellos que habian fatigado el alma entre los extenuantes ardores de las pasiones. Explícanse también las relaciones de los viejos cuentistas italianos, en que el religioso aparece en un dia de buen humor y robusta alegria. Aun sobrevive hoy esta alegria, y en la farmacia del convento arruinado, el hermano que vende licores y pequeñas redomas de perfumes, sonrie con la gran sonrisa de un comerciante de campo; y es de una existencia feliz de lo que oyen hablar estos muros, construidos, sin embargo, por la mas sombria de las devociones,—la del escrúpulo cristiano y la de la muerte!

Paul Bourget

THERMIDOR

(J. Richepin)

MIS deseos no se extinguen:
¡dame tus besos, amor!
Hasta caer embriagado,
quiero beber su licor!

¡Dame mas besos! ¡mas besos!
¡Dame tus labios de rosa!
Me dices, y lo atestiguo,
que bebo la misma cosa;

¡pero siempre eso es lo nuevo!...
Yo en exigencias no abundo,
que soy de los que se ahogan
de su vaso en lo profundo....

Y tú, loca, también bebe,
la razón obliga á huir;
bésame cual si tuvieras
sólo un dia que vivir....

—

¡Ahora y siempre! te digo,
inmenso mar voluptuoso.
Tú á mi cerebro das vértigos!
En tí poseo la gloria
de mas de mil tres beldades,
de don Juan conquistas locas!
Tu cuerpo hecho de caricias
es el cielo de Mahoma!....

ÁNGEL DEMONIO

HELENA, Spirita, como la de Teópilo Santier, ideal, vagarosa, ultraterrestre, que flotas en las nieblas opolinas, en una palabra: Angel.

*
* *

Y tú eres mujer, hermosa como la tentación que seduce al espíritu enfermo. En tu mirada está diluido el filtro febricente que enloquece, y tus pupilas tienen la atracción de los abismos hórridos. Eres la Flor del Mal, infierno, Mefistófeles en carne de ondina.

*
* *

Spirita, eres la verdad y la vida, hija de un casto sueño de la paloma que vió el Jordán. Tú eres salvación.

*
* *

Y tú eres mujer, falaz como la cobra y das placeres demoniacos, que son la muerte.

*
* *

Stella, has pasado cerca de mi rozando mi frente con tu ala blanca que tiembla como un efluvio que se columpia en un rayo de sol.

*
* *

Y tú como un soplo de tormenta abrazador has hecho arder mi sangre y has calcinado mis huesos. Y en tus labios guindos me has dado un beleño, y me has mordido, y con tu lengua áspera como la de la vibora me has dado la delicia adúltera.

*
* *

Y he aquí mi Ángel que está triste y mi Demonio que está alegre...

Sálvame, Ideal, que sucumbo! Luzbel, atras! .. Nó; no quiero .. Ven... Te odio... Te amo... Otra vez me has encadenado . ¡Ah! Riete, y muérdeme... asi, asi... Misericordia, Señor...!

A. Borquez Solar

DOS AMORES

GORJEABAN muy dulcemente las aves una hermosa mañana, cuando un lirio arrogante mezcló su ramaje con el de una pudorosa violeta que crecia á sus piés.

Se amaron tan tiernamente que eran la envidia de los tenorios del verjel: los picaflores.

Lejos, muy lejos, iban confundidos sus alientos y las indiscretas flores se contaban las frases de amor que sorprendian á la brisa juguetona...

Después una rosa de encantos provocadores se disputó al lirio gentil, y éste, variable i cruel, la amó ardientemente!...

Olvidó á su violeta querida y se entregó frenético á los placeres fugaces!...

Confiado y loco se durmió en el regazo de la coqueta que lo embriagaba, mas lo punzaron sus dardos y el dolor lo hizo recordar su traición para con la dulce violeta, que le guardaba sólo amor y ternura.

Quiso tornar á ella más enamorado que antes, pero la florecilla habia muerto llorando su abandono é ingratitud!...

Por eso fué que no oyó cuando el arrepentido lirio la llamaba con los cariñosos y dulces nombres de otros dias!

Celia

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE MARZO DE 1897 NÚM. 76

ENTRE LAS RAMAS...

ENTRE las ramas
de las lilas y lauros floridos,
por vez primera
me sonrieron las glorias triunfales
de sus ojos,—azules abismos.

Entre las ramas
de las lilas y lauros floridos,
lei el poema
de marmoreas y tiernas estrofas
de su cuerpo,—una tarde de estío.

Entre las ramas
de las lilas y lauros floridos,
sus brunas trenzas
á mi cuello arrolladas cual sierpes,
extenuados de amor nos dormimos.

Entre las ramas
de las lilas y lauros floridos,
una cabeza
bicornuda, riendo asomóse:
¡la de un fauno, talvez, ó un marido!...

Gaspar Deburau.

EL AMADO PERFUME

POR causa del pañuelo que yo le habia robado,—batista diáfana, un poco ajada, con guarda de punto de Inglaterra,—quedé en éxtasis, como un hombre que sepultara todo su rostro en un delicioso montón de flores desconocidas. ¡Oh! ¿qué perfume era ese, mas dulce que los mas dulces perfumes, y por nadie aspirado todavia? Emborrachaba, con languideces; quemaba, refrescando; daba en un mecimiento de ensueño, la idea de una rosa de nieve, tibia, que tuviera un aliento de virgen. No era, de ningún modo, el olor del almizcle, de ese almizcle brutal y banal, propio de los besos de encrucijada, que es á las esencias preciosas lo que el vino común vendido por litros es al Chateau-Yquem; no era el olor de la verbena, ni el del heliotropo, ni el del benjui; no era tampoco uno de esos perfumes intensos, complejos, que despiertan el olfato extenuado, y en que se manifiesta la química culpable de los perfumistas. ¿Tenia tal vez la que yo adoro, el hábito de esparcir entre su ropa intima, en el armario de madera de sándalo, flores de los bosques y flores de los prados, recien cogidas? Nó; los lirios de los valles, las rosas silvestres, la violeta que cierra y oculta su broche, la frágil estrella del fresal, que se abre,—no tienen esos delicados é inquietantes aromas. Y, besando á cada instante el pañuelo robado, en vano pretendia yo adivinar la causa de la persistente delicia con que embalsamaba el aire. Pero, al fin, gracias á la indulgencia de aquella que desea que la ame, he podido descubrir el misterio; y ahora comprendo bien por qué ese perfume era mas dulce que los mas dulces perfumes; porque ella no se sirve ni de las flores naturales, de los prados ó de los bosques, ni de las esencias á la moda, ni del benjui, ni del heliotropo, ni de la verbena, ni del almizcle banal y brutal; sino que hace hacer sus pañuelos, de la batista diáfana, un poco ajada, que ha llevado toda una noche de valse, entre su corsé rosa y su divina carne!

Catulle Mendés

CANTARES

LLENOS los ojos de llanto
y de pena el corazón,
entre profundos suspiros,
la pobre niña exclamó:
—«¿Dónde hallaré la ventura
para ser dichosa, al fin?»
Y una voz desde los cielos
respondió á la niña:—«Aquí!»

***

Nunca admirar he podido
belleza á la tuya igual,
que eres un ángel bajado
de la mansión celestial.
Mas á esplicarme no acierto
porque el cielo te creó
tan llena de perfecciones
y corazon no te dio.

***

Adornada de azahare
la barquilla anclada está,
aguardando á los amantes
que en ella á embarcarse van.
Viento en popa va ligera
la frágil barquilla ya...
¡Cuidado, tiernos amantes,
que es muy peligroso el mar!

F.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.a Argomedo 20



De mi album de vacaciones

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS MÉDICOS
D. Eulogio Cortínez.



Sabio, modesto, abnegado,
de la existencia en el yermo
alivios brindó al enfermo,
consuelos al desdichado.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE ABRIL DE 1897 NÚM. 77

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Iulio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números).....	$ 4.50
Por medio año (25 »).....	2.50
Número suelto.....	0.10
Id. atrasado.....	0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A

Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

TALENTO, honradez: era cuanto llevaba en la mochila el pobre diablo.

¡Talento!... Y los imbéciles le arrojaban piedras y barro, y los perros le mordian los talones...

¡Honradez!... Y la enguantada canalla, estallando en sonoras carcajadas, señalaba con el indice, su levita raido y sus pantalones remendados...

*
* *

Arriba, un cielo siempre azul, siempre bonancible; en torno, un campo siempre verde, siempre recamado de flores y poblado de himnos; tus ojos, fijos siempre en mis ojos; tus labios, oprimiéndose siempre con los mios; tu pecho, latiendo siempre junto á mi pecho...

¡Mi ideal!...

Y mientras la humanidad seguiria arrastrándose bajo el peso de su fatal destino, sólo nosotros conoceriamos la verdadera gloria: ¡habriamos encadenado el tiempo y la felicidad!...

Reina mia, una palabra tuya, será el *Fiat lux* de mi alma!...

*
* *

—Despiertas triste... y parece que quisieras llorar. ¿Qué tienes amor?

—¡Ay! he tenido un sueño; un sueño muy alegre!...

—¡Muy alegre!... ¡y sufres!...

—Si; soñaba que te veia á mis piés; que me decias palabras dulces como la miel y enervantes como el opio; que, después de bañar con su tibia caricia mis manos, sobre mis labios caian tus besos ardorosos, y adormecianse sobre ellos, llenos de gloria... Desperté... ¡y vi que soñaba!...

—Amor mio, tú no soñabas; mira como caigo á tus piés implorándote me dejes beber esa lágrima que titila en tus ojos claros!...

MARGARITA

EN la cumbre del Brocken enhiesta
de lúgubre aspecto, solemne y extraño,
al compás de fantástica orquesta,
de brujos i brujas retoza el rebaño.

Retumban los truenos, el rayo ilumina
las densas tinieblas del concavo cielo
y á un tiempo se escuchan la risa argentina
y obscenas palabras que suben del suelo.

Montados en lobas de pieles hirsutas,
en puercas y chivos de crines salvajes,
se escapan del fondo de sórdidas grutas
los brujos y brujas en rudos oleajes.

Y envueltos en alas del gran torbellino,
cual hórrida turba de espectros funestos,
en fétido ambiente de ungüento y de vino,
se entregan los brujos á horribles incestos!...

Entonces surge como una casta
blanca paloma, pura y bendita,
del negro fondo de sombra vasta
la dulce imagen de Margarita.

Cárdena cinta cubre su cuello
y el cútis blanco pérfida oprime,
flota á su espalda suelto el cabello
y acongojada la niña gime!...

Sobre la cumbre de monte exhausto
que hiere el rayo y azota el viento,
mudo y absorto se queda Fausto,
como una estatua, sin movimiento...

En tanto que en alas del gran torbellino,
cual hórrida turba de espectros funestos,
en fétido ambiente de ungüento y de vino,
se entregan los brujos á horribles incestos!...

D. Contreras Gómez

LOS NEGOCIOS

A la puerta del renombrado papelero Malpiéce que, en sus espléndidos almacenes situados en un bulevar recientemente construido, vende, como Susse y Giroux, lámparas, bronces, jarrones, muebles, cuadros al óleo, de todo en fin, excepto papeleria,—detiénese un carretón de mano, arrastrado por un hombre robusto, de canosa barba. Entra el hombre al almacén y timidamente se acerca al patrón de la casa, vencido ya por su fria mirada y semejante á un buey que va á ser agarrotado.

—«Y bien! mi apreciado Sagne, le dice Malpiéce, con un tono especialmente desdeñoso y desalentador—¿que me traéis ahora?

—Es, responde al obrero, un mueble que he hecho yo solo, con todo cariño, y al que he dedicado mis mañanas, mis tardes, mis noches,

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE ABRIL DE 1897 NÚM. 77

después de mis horas de trabajo, con el objeto de aliviar mi miseria. Pues ya sabéis, señor, que soy muy pobre y tengo seis hijos.»

Sale y vuelve luego, trayendo en sus brazos un mueble del estilo Luis XIII, de ébano incrustado de marfil, luciendo en sus ángulos delicados adornos de bronce plateado; una verdadera obra maestra, admirable por su dibujo, sus proporciones, y por lo acabado, y cuyas incrustaciones han sido imaginadas con la mas rica y la mas sabia fantasía.

—¡Bah! dice Malpièce, ¿qué queréis que haga con eso? Os lo he dicho mil veces, éreis muy artista y hacéis tonterias. Esto es la perfección, no lo niego; ¿pero quién lo verá? Es un mueble que venderé, y todavía ¡quién sabe! después de haberlo guardado unos dos ó tres años en mi almacén, y durante ese tiempo perderé el interés de mis fondos. Sin embargo, no quiero que vuestro viaje sea inútil; os doy ochocientos francos.

¡Oh, señor! dice el obrero, temblando de dolor y de cólera; para ganar algo, siquiera el valor de mi tiempo, seria necesario pagarme dos mil.

—¡Vamos!, insiste severamente el papelero, ¡basta de niñadas! Si queréis, el señor Berra os entregará ochocientos cincuenta francos; pero no agreguéis una palabra. Me aguardan, monto en coche; y si la cosa no os conviene, no haremos mas negocios en lo futuro.

Sagne, afligido y desesperado, recibe su dinero. Al mismo tiempo entra en la tienda un gran señor seis veces millonario, el marqués de Eveno. Los empleados y su patrón se precipitan hácia él haciendo las mas profundas reverencias; los cortapapeles y las pantallas mismas parecen querer asediarle con las mas bajas lisonjas. Cuadros pintados á la vainilla representando mujeres del Directorio, y paisajes para la exportación, se ofrecen únicamente á él, como cortesanos; pero no escucha y se va directamente al mueble de Sagne.

—He ahí, dice á Malpièce, un mueble verdaderamente maravilloso. Enviádmelo en seguida.

—No puedo, dice el papelero, darlo al señor marqués por menos de seis mil francos.»

El marqués saca de su cartera seis billetes de mil francos, los entrega al cajero, y sale diciendo á Malpièce:

—Un objeto como ese no es caro!»

El obrero ha permanecido en un rincón, silencioso. Por un momento los ojos del marqués de Eveno y los suyos se han encontrado. Estos dos hombres han estado á punto de conocerse uno á otro; pero la voz del papelero ha llegado á tiempo á romper el encanto: y el gran señor se ha marchado sin adivinar al grande artista. Cuando ya ha desaparecido, Sagne hace un esfuerzo supremo, y dirige al papelero Malpièce una última súplica.

—«Señor, le dice, pálido como un lienzo, ya que el éxito ha sido tan bueno para vos, completadme los dos mil francos que, os lo juro, me son indispensables!

—¡Ah! exclama impacientado el comerciante, ¡no seréis nunca razonable! ¿Cuándo llegaréis á comprender que los negocios son negocios?»

Entonces brilla en las pupilas del pobre hombre uno de esos relámpagos angustiados y feroces que hemos visto llamear en las calles los dias de guerra civil, y rueda por su mejilla, quemante como el plomo fundido, una lágrima que enterneciera á los Angeles Exterminadores, pero que no logra desarmar al bárbaro papelero. Porque el comercio es una cosa seria, y no se pagan cuarenta mil francos de arriendo en el bulevar para dejarse enternecer por boberias sentimentales.

Teodoro de Banville

SUR LE PARAGUAY

O Paraguay! mouvante écharpe
Où viennent accorder leur harpe
Les Divinités des grands bois,
Et, quand la nuit flotte indécise,
Mêler aux soupirs de la brise
Les tendres accords de leurs voix!

O toi, dont les rives sauvages
Semblent à leurs épais ombrages
Emprunter un charme inconnu!
Cristal que la jeune Indienne,
En tressant ses cheveux d'ébène,
Vient agiter de son pied nu!

Tandis que ma barque rapide
Soulevait en poussière humide
La blanche écume de tes eaux,
Et que les hôtes de tes rives,
En jetant leurs notes plaintives,
Se cachaient parmi les roseaux;

En voyant le sillon fragile
Tracé sur ton onde mobile
Fuir et se perdre pour toujours,
Ainsi, me disais-je, s'éffface,
Sans laisser après lui de trace,
Le temps regretté des amours.

Et'là, songeant à l'infidèle,
Qui s'est enfuie à tire-d'aile
Emportant mon passé joyeux;
Vers tant de beaux jours éphémères
J'ai senti deux larmes amères
Jusqu'à toi rouler de mes yeux.

Philibert Germain

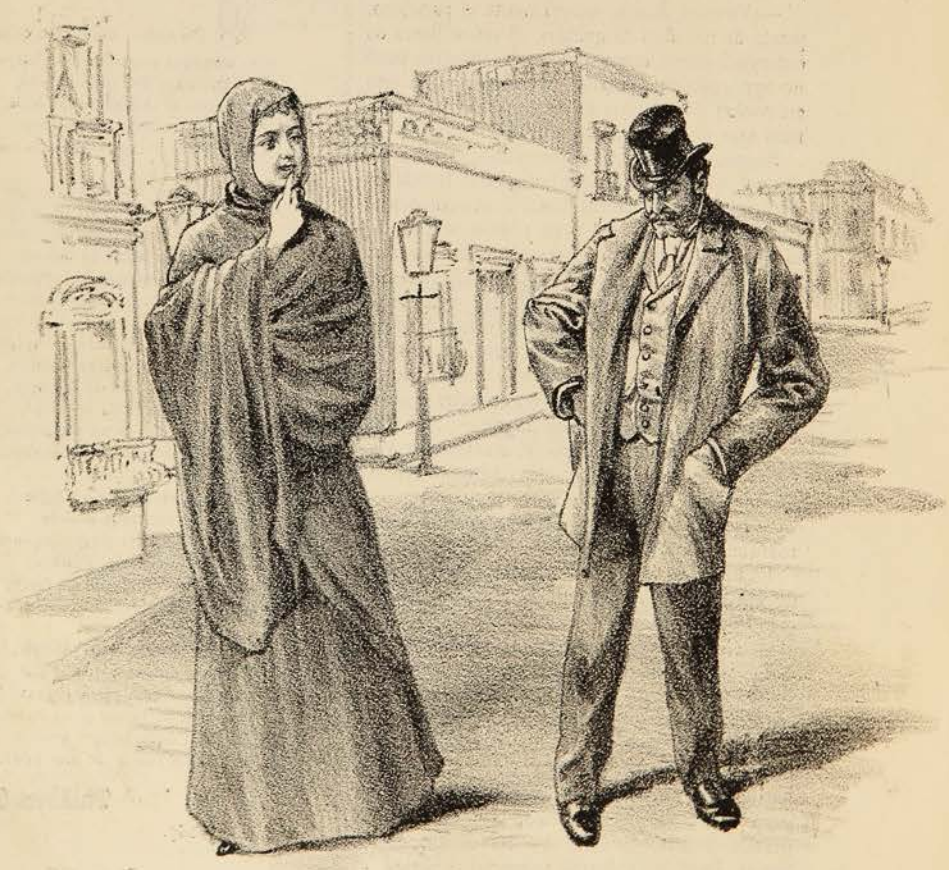
Asunción, 1885.



De esta vida al país de los sueños



En una gota de agua,
que era su todo,
en junta se reunieron
tres infusorios...



—Parece que me ha conocido...
—Sí, es ella, no me cabe duda...



Allá se las componga el avaro
con el tuno de garitos.



Sueños verde-esperanza.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE ABRIL DE 1897 NÚM. 77

ADÉLFICA

Te comparé con el cielo, te comparé con el mar;
sobre el glauco de tus ojos,
en mi nave de oro y rosa, corrí á la inmortalidad! . . . . .

Te comparo con el cielo, te comparo con el mar:
veo en el cielo el vacío,
y en el mar, monstruosa histeria, diabólica tempestad! . . . .

Gaspar Deburau

EN EL CAMPAMENTO

RECUERDOS DE MIRAFLORES

—Sin novedad, mi capitán.

—¿Cómo, sin novedad, habiendo faltado á la lista de diana?

—Le diré, mi capitan; es que después de media noche me pareció oir cierto ruido mas allá de las avanzadas, y temiendo que se tratara del enemigo sali del campamento para ver modo de sorprender sus movimientos.

—Y?...

—Efectivamente, mi capitán, se trataba de un pequeño grupo de enemigos que se aproximaba á nuestra linea.

Yo iba desarmado, pues por temor de llamar la atención hácia mi salida, no tomé el rifle que estaba en pabellones, pero no por eso tuve miedo.

Agazapado detrás de un pequeño matorral, conté á los contrarios: eran cinco nada mas, que avanzaban lentamente, muy lentamente.

«Acuérdate que eres chileno»—le dije al corazón, y mi brazo se alargó para atrapar al que, al parecer, hacia de jefe, y logré cogerlo por el cuello.

No sabria, mi capitán, como remedar el grito de angustia que lanzó el pobre diablo sintiéndose estrechado entre mis dedos. Tanto lo apreté que el infeliz pasó á mejor vida.

Convencido de que mi victima ya no movia patita, quise lanzarme sobre sus compañeros, pero los muy pícaros huian, volando, mas que corriendo.

—¿I que hiciste con el cadáver del infeliz?

—Aquí lo traje, mi capitán, para ofrecérselo á usted.

—Y yo ¿que voy á hacer con un muerto?

—Comérselo, mi capitán.

—Comérmelo, canalla! ¿Te imaginas que soy algún antropófago?

—No tanto, mi capitán, pero si muy aficionado á las sabrosas cazuelas.

—Luego?...

—Se trata... ¡pero que bruto soy!... como no se lo habia dicho, mi capitán!... se trata de cuatro gallinas y un gallo, á los cuales tomé por enemigos en medio de la obscuridad de la noche. El gallo, mi capitán, un magnifico *capón* de mas de media vara de altura, fué la victima, y su cadáver, desplumado ya, espera sus órdenes, mi capitán.

—Si es asi ¡á la cazuela con él!

Timoleón.

EFLUVIOS

PARA A....

I

Cuando en las noches, amada,
tus ojos entornan el sueño,
¿no sientes entre tus labios
la dulce impresión de un beso?...

Cuando en el lecho reposas,
cuando te aduerme el silencio,
¿no oyes un debil suspiro
que vibra en las sombras quedo?...

II

Es que en la noche á ti vuela
mi rápido pensamiento,
y es él quien gime á tu lado,
y es él quien te besa en sueños...

C. Vero M.

SONETO

Y bien! Rudo es el golpe que he sufrido;
empero nada mi altivez abate:
bien puedo perecer en el combate,
y, sin ser vencedor, no ser vencido.

Nací para luchar! Nunca abatido
me sentí del destino al fiero embate:
mi corazón, que valeroso late,
luchando morirá como ha vivido.

Soy otro Anteo que al tocar la tierra
recobra su titánica energía.
Yo adoro los peligros de la guerra.

Si audaz me acosa la fortuna impía,
el vigor de mi espíritu no aterra.
¡He de morir ó de vencerla un dia!

Edmundo Dantés

EL APOSENTO DOBLE

Un aposento que parece un ensueño, un aposento verdaderamente *espiritual*, cuya estagnada atmósfera está teñida de rosa y azul.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE ABRIL DE 1897 NÚM. 77

El alma se baña en la pereza, perfumada por la pena y el deseo.—Es algo crepuscular, azulejo y rosado; un sueño voluptuoso durante un eclipse.

Los muebles son de formas alargadas, abatidas, lánguidas. Parecen soñar; se les creería dotados de una vida sonanbulesca, como el vegetal y el mineral. Las telas hallan una lengua muda, como las flores, como los cielos, como los soles ponientes.

Sobre los muros ninguna abominación artística. Con relación al puro ideal, á la impresión analisada, el arte definido, el arte positivo es una blasfemia. Todo tiene aquí la claridad suficiente y la deliciosa obscuridad de la harmonía.

Un olor ifinitesimal, el más refinado y exquisito, al que se mezcla una lijerísima humedad, flota en esta atmósfera, en que se aduerme el espíritu mecido por ardientes sensaciones.

La muselina llueve abundante frente á las ventanas y frente al lecho; y se derrama en níveas cascadas. Sobre este lecho, tendido está el dolo, la Soberana de los ensueños. Pero ¿cómo está ella aquí? ¿Quién la ha conducido? ¿qué mágico poder la ha colocado sobre este trono fantástico y voluptuoso? ¿Qué importa? ¡es ella! la reconozco.

¡Son esos también los ojos cuya luz atraviesa el crepúsculo; esos los sutiles y terribles *espejuelos*, que reconozco en su espantable malicia! Atraen, subyugan, devoran la mirada del imprudente que los contempla. He estudiado frecuentemente esas estrellas negras que dominan la curiosidad y la admiración.

¿A qué amable demonio debo estar así rodeado de misterio, de silencio, de paz y de perfume? ¡Oh beatitud! lo que generalmente llamamos la vida, aun en su más feliz expansión, no tiene nada de común con esta vida suprema de que tengo ahora conciencia y de la cual gozo minuto por minuto, segundo por segundo!

¡No ¡ya no hay minutos! ¡ya no hay segundos! El tiempo ha desaparecido; sólo reina la Eternidad, una eternidad de delicias!

Pero un golpe terrible, violento, ha resonado en la puerta, y, como en los sueños infernales, me ha parecido recibir un golpe de azadón en el estómago.

Y luego ha entrado un Espectro, Es un húsar que viene á torturarme en nombre de la ley; una infame concubina que viene á gemir su miseria y á agregar las trivialidades de su existencia á los dolores de la mía; ó bien el bastonero de un director de diario que reclama la continuación del manuscrito.

El aposento paradisiaco, el ídolo, la soberana de los ensueños, la Silfide, como decía el gran René, toda esa magia ha desaparecido al golpe brutal dado por el Espectro.

¡Honor! ¡ya me recuerdo! ¡ya me recuerdo! Sí, esta covacha, esta morada de eterno hastío, es precisamente la mía. Estos son los groseros muebles, sucios; mutilados, la chimenea sin llama y sin fuego, manchada de escupos; las tristes ventanas sobre cuyo polvo la lluvia ha hecho surcos; los manuscritos llenos de raspaduras ó incompletos; el almanaque en que el lápiz ha marcado los días siniestros!

Y este perfume de otro mundo, que me embriagaba con una perfeccionada sensibilidad ¡ay! es reemplazado por un fétido olor de tabaco mezclado á no sé qué nauceabundo enmohecimiento. Se respira aquí lo rancio de la desolación.

En este mundo estrecho, pero tan lleno de angustias, sólo un objeto me sonríe: la pequeña redoma de láudano; una antigua y terrible amiga; como todas las amigas ¡ay! fecunda en caricias y traiciones,

¡Oh, sí! el tiempo ha reaparecido, el tiempo reina ahora como soberano; y con la repelente vejez ha vuelto su cortejo demoniaco de Recuerdos, de Pesares, de Espasmos, de Temores, de Angustias, de Pesadillas, de cóleras y de Nevrosis.

Os aseguro que los segundos son ahora fuerte y solemnemente acentuados, y cada uno, brotando del péndulo, dice: —«Soy la Vida, la insoportable, la implacable Vida.»

Sólo hay un Segundo en la vida humana que tenga la misión de anunciar una buena nueva, la *buena nueva* que causa á todos un inexplicable temor.

¡Sí! el tiempo vuelve á reinar: reasume su brutal dictadura. Me empuja como á un buey, con su doble aguijón! ¡Eh! ¡adelante, borrico! ¡Suda, esclavo! ¡Vive, condenado!»

Carlos Baudelaire

LOS TRES CLAVELES

ESTE blanco clavel que te regalo,
de precioso y de nítido color,
de mi pecho abrazado y conmovido
es emblema purísimo de amor.

Este lacre, que ostenta entre sus hojas
un ardiente poema de pasión,
te demuestra la fiebre en que se abrasa
mi ardoroso y amante corazón.

Este otro que lleva entrelazado
en vistosa armonía sus colores,
es imágen que copia de mi alma
los pesares, las ansias y temores!...

A. Mauret Caamaño

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



Pierrot haciendo la estatua del silencio.

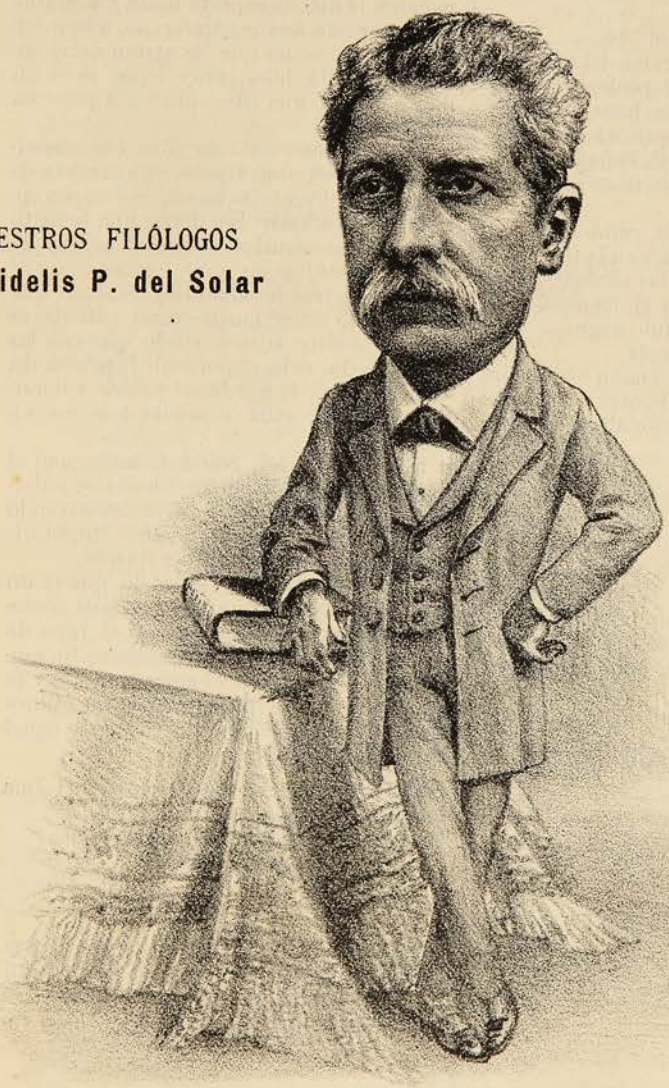
La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS FILÓLOGOS

D. Fidelis P. del Solar



Persiguiendo con tesón
del patrio idioma el progreso,
ha ilustrado su proceso
con discreta observación.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE ABRIL DE 1897 NÚM. 78

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id., atrasado..... 0.20
Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

EL Hijo del Hombre, sueña

De pie sobre las rocas áridas del Gólgota; los brazos cruzados ante el pecho; inmóvil; destacando su figura,—que hace altiva su manto cuyos pliegues no quiebra el viento,—sobre la inmensidad azul bañada en luz de luna, tiende la mirada triste hacia los dilatados valles...

De distancia en distancia, como borrones que la mano de niño arrojara en la tela sombría de la tierra, duermen las ciudades, lanzando por las bocas de sus chimeneas, somnolientos penachos de humo negro...

El Hijo del Hombre, sueña...

Ayer no más el pueblo—enano bufón que desgarra á veces con sus dientes de fiera la túnica de sus señores—entonaba á su paso las canciones del triunfo...

Mañana...

El Hijo del Hombre, sueña...

Y de pronto, alza la cabeza, recoje su manto, y sereno, sin orgullo, con la fé inquebrantable que fecunda la confianza en el futuro, desciende de la árida cumbre, llega á la llanura, y adelantándose al grupo de esbirros que le aguardan, tiende, sonriendo, al beso de Judas, pálida frente de Profeta...

DON JUAN

Don Juan, en el marmóreo pavimento,
con falsa beatitud, cae de hinojos;
y en el altar de Dios fija los ojos,
y en el Diablo tal vez el pensamiento.

Casta doncella de beldad portento,
del pudor dominando los sonrojos,
siente, curiosa, de mirarle antojos,
al escuchar su fervoroso acento.

Don Juan las cuentas del rosario gira
con mentido ademán indiferente,
miéntras la joven de inquietud suspira.

Y dichoso del triunfo que presiente,
de vez en cuando á la doncella mira
cual mira al pajarillo la serpiente.

Federico González G.

A SOLEDAD W.

(Para tu album.)

I

EL cielo esta azul, límpido, barrido de esas nubes de invierno que á veces lo empañan y le dan un aspecto triste y sombrío.

El mar está sereno, tranquilo, adormecido por sus ondas que se agitan nerviosamente, y allá lejos, muy lejos, se vé un punto blanco, una nave que surca perezosa el océano.

La tarde, muy callada, silenciosa, convida á pensar en cosas tristes: está cargada de melancolía. Una brisa ligera, casi imperceptible, viene á besar las flores; una brisa tibia, llena de arrullos, de confidencias y de ecos de notas lejanas, muy lejanas.

A estas horas, los amantes, las almas que se adoran, reflecionan—*como «Minita de Oznerol»*—muy tristes, en lo que con las cosas de la vida, el porvenir la asusta sin saber por qué, recuerdan el pasado y lloran amargamente: cada recuerdo trae un sollozo.

Estas tardes así, Soledad, impregnan el espíritu de tristeza, de un idealismo enfermizo que paulatinamente va destruyendo las flores del alma, que mueren entristecidas cuando muere la última ilusión.

Ah! Soledad, tu no sabes lo que es un alma muerta, esas que viven en una noche eterna, donde nunca penetra el rayo de luz que ha de disipar sus sombras; tú, que eres joven, bella, que el amor te sonríe y te acaricia al ver la primavera de tus quince años, no puedes comprender el verso aquel del poeta:

«No son los muertos los que en dulce calma
La paz disfrutan de la tumba fría,
Muertos son los que llevan muerta el alma
Y viven todavía.»

II

Ya la noche se aproxima. La luna aparece como una deidad orgullosa de su triunfo. Todo cambia al momento: las flores regalan sus aromas á la brisa, que ya no vie-

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE ABRIL DE 1897 NÚM. 78

ne cargada de ecos tristes, sino de músicas alegres, de armonías vagas; una brisa somnolienta, que parece destinada á acariciar las vírgenes, que entonces se adormecen voluptuosamente y sueñan sonrientes en la vida, con todos sus encantos y placeres.

En estas noches ya los amantes no se entristecen ni lloran amargamente, sino que todo lo ven bello y eterno, como la llama que arde en sus pechos. Son noches llenas de poesía que no enferman el alma como las tardes tristes, sino que la envuelven en una nube vaporosa, ideal; pero de un idealismo puro, que alienta los espíritus, les dá vida y los eleva á las regiones sublimes de la felicidad.

A estas horas, Soledad, canta, ríe, entona himnos á la vida, á todo lo bello, á todo lo grande.

III

Acepta estos pensamientos como «la flor rosada del camino», colócalos en tu álbum perfumado, oloroso á verbena y á tomillo.

Lorenzo A. Martínez

ADÉLFICA

CUANDO el sér á quien creara
á su semejanza Dios,
triste, lloroso y desnudo
del Paraíso salió;
viendo muerto para siempre
de su gloria y dicha el sol;
que la noche le envolvía,
viendo el pobre pecador;
sintiendo ya que la muerte
cavaba en su corazón;
la vista al Edén perdido
con negra angustia volvió,
y entonces vertió su labio,
como esencia del dolor,
una palabra de sangre:
¡y fué el fatídico adiós!...

Gaspar Deburau.

ORFEO

ENCANTANDO Á LOS ANIMALES

(Balada)

I

EL alba llegó á acariciar un monte que se tiñó de plata.

Y hubo en torno algo como un mar sin olas que descubría los esplendores de un tesoro inmergido, cuando el alba que entraba, tostó pálidamente el césped de los claros en la selva dormida...

Sobre el plateado monte, Orfeo cantó.

Y hubo en torno, en el rumoroso follaje, despierta ya la selva, algo como un concierto de voces que de los enmarañados senderos se elevaban roncos; claros, de las cimas; y argentinos, de los ocultos arroyuelos.

Hácia la lira de Orfeo elevóse la voz del leon.

II

Era él quien lentamente avansaba con la aurora—y apareció! Era él, gruñía .. Y el cantor estaba de pié, ante la aurora y ante él, con la lira brillante en las manos, hermoso y sin temor.

Y arrastrándose sobre las piedras, el leon prestaba oido...

Confundidas ambas voces, la del hombre y la de la lira, ritmaban la Hora que nacía en el cielo resplandeciente!—El leon llegóse á lamer las sandalias del hombre cuyo canto, al elevarse, parecia la voz del tiempo.

III

Llegaron todos, y cayeron todos en el encanto.

El tigre estirábase como una larga y abatida yerba, y saboreaba los sonidos como la yerba el viento. El orang-ontang pensativo, la frente apoyada en su garrote, dejaba correr sus mocos y babas de plata.

Llegaron en gran número, y calleron todos en el encanto.

El oso bailaba, como una roca que se desploma, marcando sobre la pendiente el ritmo de sus pequeños saltos. Sobre una roca, rosa auroral,—como una lira en la mano de un hombre, como una lira de negras cuerdas, se encabritaba una cebra.

Llegaron en multitud, y todos cayeron en el encanto!

IV

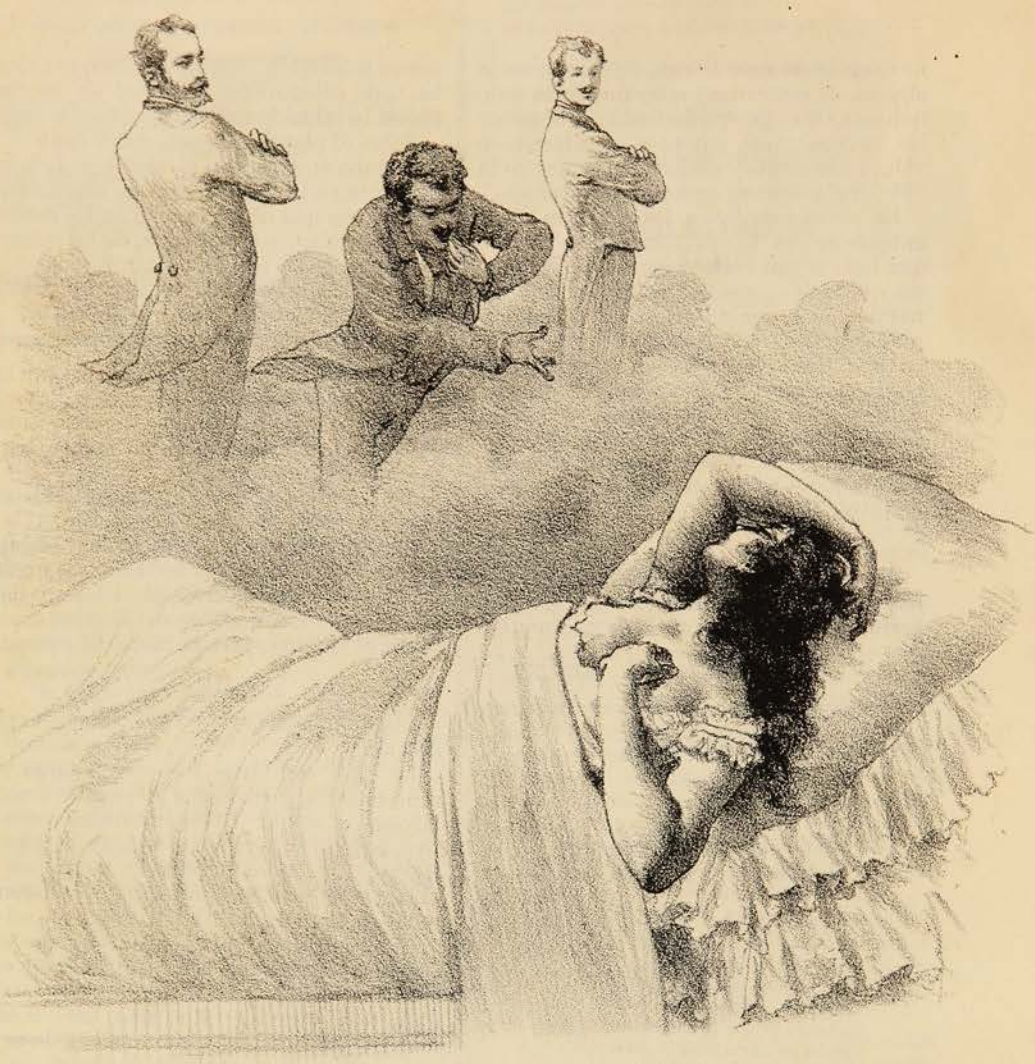
El elefante, todo oidos, dejaba que frescas brisas hincharan sus grandes velas, y acercábase gratamente ensimismado, con la dulzura de una nave sobre un rio dormido... El pavo hacía la rueda ó plegaba su pulido plumaje, según los sones.

Vinieron los soberbios, vinieron los humildes.

La gacela, arrobada, parecia no oir: vertía llanto de sus bellos ojos, poblando su fantasía al compás de la música, la hermosa, dulce y tierna gacela amante...

V

Llegaron de las selvas próximas y lejanas. Llegaron de los desiertos, como llegaron de las llanuras.



El sueño de una mujer liviana.



En el taller.



Policial.—Lo que es yo, doy vuelta la esquina y así no me meto en líos.



Mira, Laura, que espléndida es nuestra cordillera y qué hermoso panorama.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE ABRIL DE 1897 NÚM. 78

El auroj y el carnero, el búfalo y el bicorneo, chocaban, como embriagados, sus cuernos. Un titi rubio, que chupaba una naranja, imprimia á sus caderas un dulce vaiven.

Vinieron del Oriente, vinieron del Occidente. Vinieron de todas partes!—vinieron hasta del cielo...

Guirnaldas de palomas, desmayadas en torno del cuello de las águilas, sobre un fondo de abejas incrustado de zánganos; todo el alfabeto de las golondrinas, y el ensueño de los grandes ojos de un buho persiguiendo un colibrí artificial.

Y la tierra fértil y el arenal enviaron sus embajadas!...

VI

El cangrejo y la araña, con un airecillo sagaz y pequeños ojos llenos de vivacidad, comparaban sus gracias. Dos boas acopladas, formaban en el espacio, con un rayo de sol, un caduceo gigante.

Vinieron los de gran volumen, vinieron los escuálidos.

Oh, la girafa! ¡cuánta gracia, y cuánto estiramiento!

Escuchaba, allá arriba, velados los ojos por las pestañas,—mientras un pájaro niño juraba, con una pata en alto, que en su vida habia visto nada mas peregrino.

VII

Una rosada lluvia de catalinillos bañaba el espacio...

La babosa presentaba un lindo aspecto con su rojiza frescura; el friolento lagarto centelleaba temblando; la rana, junto á ellos, reflejaba el dia, y con estas tres luces diamantábase un peñasco.

Vinieron por el aire azul, brotaron de las piedras...

Las moscas formaban una columna en el aire, una abeja hacia sonar su trompa, y en torno se oia un confuso rumor, como de un minúsculo juicio final.

Vinieron de todas partes! —vinieron del mar...

VIII

Vino la ballena, la ballena misma! vino por el mar Mediterráneo, (un rio la condujo: un banco de arenques arrastra también hácia Orfeo el ejército de los caimanes)—oid latir su corazón al unisono del canto...

Resucitaron del fondo de la Leyenda!

Del huevo de oro del sol, las alas negras de la Roca se tendieron lentamente sobre las azules profundidades; se vió, en medio de una ola verde y llameante, alzarse del Tártafo la sombra de Seviatán.

IX

Vinieron de los infierno, vinieron de las estrellas, vinieron de todas partes, hasta de lo desconocido de Dios mismo.

Pero habiendo callado Orfeo, de modo súbito, el leon gruñó... Se divisó en la sombra azul de un valle, un pastor, su rebaño, su caballo y su perro que, á pesar del Canto puro que hallaba al instinto, parecia no haber oido los divinos sones.

Orfeo arrojó la lira!—y la lira lloraba...

Pero en ese mismo instante vióse la flora entera, más lenta en conmover á los acentos cántor, desprenderse de la llanura y trepar las cumbres, y cubrir—bajo el cielo—sus nieves eternas!

Y los árboles, helados, empavesábanse con flores...

X

Orfeo cantó sin lira las bellezas de la flora. Y las flores encantadas, cautivas de su canto, se desprendian de las ramas en vibrantes mariposas para cristalizarse, estrellas, sobre su frente.

Orfeo volvió á tomar su lira! y las rocas lloraron, á los acentos de su voz, fuentes de alegría...

Divino prodigio fué finalmente el del horizonte que flotaba cadencioso arrojando la bruma y descubriendo sus montes, y volviendo á cubrirlos, según los sones, según los silencios.

XI

Orfeo cantó el dia, cantó el sol! . Y el cielo escuchaba, deteniendo sus nubes. Y el rayo, encansado, quedó suspenso en una tempestad.

XII

Pero habiendo caido violentamente la noche sobre Orfeo,—árboles, bestias y nubes, en las rocas y en el aire, oscilando y rodando, sentían en su fuga que la tierra, embriagada, giraba y giraba más ligero!...

Paul Fort

AL ILUSTRE GENERAL MACEO (1)

INÉDITA

Para el señor don Octavio Cevallos, Vice Cónsul del Perú en Tocorilla.

SURJAN de entre los fastos de la Historia
todos los grandes genios de la guerra,
y digan si no es cierto que tu gloria
es las más grande que tu pueblo encierra.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE ABRIL DE 1897 NÚM. 78

Tan cierto es que con tu obra meritoria
simpatizan los Cielos y la Tierra,
como que cerca estás de la Victoria,
como que nada á tu heroismo aterra.

Aunque el clarín del enemigo vibre,
al par que en las manigua, en la montaña,
tú vencerás, y Cuba será libre.

Y Cuba será libre y será fuerte,
á despecho de Weyler y de España,
á despecho de España y de la Suerte.

Carlos Velarde y Fuentes.

Iquique, 1897.

(1) Esta composición fué escrita antes de la muerte de este gran militar cubano.

N. DEL A.

EN EL CAMPAMENTO

RECUERDOS DE LUBIN

—¿QUIÉN vive?

—¿Quién vive?

Y como nadie respondiera á la enérgica interrogación del centinela, —¡cabo de guardia!—gritó éste—el enemigo!

Como movido por un resorte, el pequeño destacamento se puso de pie, empuñando cada soldado el rifle que la patria le confiara para su defensa.

—¿Por dónde?—preguntó, el primero de todos, el cabo Cornejo, valiente muchacho de unos veinte años de edad, que sólo dos dias antes había recibido la gineta amarilla, en premio de su saber y bizarría.

—Por ahí, mi cabo, dijo el centinela autor de la alarma, señalando una hondonada del camino.

En efecto, hácia el sitio indicado, y á través de las sombras de la noche, se veia algo, algo que se movía, que avanzaba.

No había duda: era el enemigo.

—«Soldados de la patria—dijo el cabo Cornejo á los suyos—es llegada la hora de la prueba, la hora del sacrificio. El enemigo viene á nosotros, y tengo instrucciones para atacarlo, para hacerlo morder el polvo. Vamos á batirnos como buenos, y si sucumbimos en desigual pelea—me imagino que él es superior en número—podrán decir los sobrevivientes que ofrecimos, generosos, nuestra sangre, en holocausto á la tierra bendecida que nos vió nacer.»

—¡Soldado Alegría, á dar cuenta á la guardia de lo que ocurre: son docientos los enemigos que se acercan; nosotros apenas diez para resistirlos; que se nos envíe inmediatamente refuerzo! ¡Y vosotros muchachos, firme el pulso y certera la puntería! ¡¡Todo por la patria!!

—¡Mi cabo, avanzan!

—¡Todo el mundo á tierra!

—Mi cabo, parece que tocan *atención*.

—Silencio! Creo que tienes razón; me ha parecido escuchar ese toque.

—Nó, mi cabo, tocan *fagina*.

—Chito... también lo creo yo, pero ¡caracoles! que cornetas tienen los peruanos.

—Mi cabo, ahora lo oigo bien: tocan *calacuerda*.

—Pues, entonces, á la carga, niños! y que no quede ninguno con vida! Un ascenso al mas intrépido de todos!

Y el bravo é impetuoso cabo Cornejo, con su pelotón de no menos bravos muchachos, se lanzó al encuentro de... una tropa de burros, desertados del campamento del dictador don Nicolas de Piérola.

.....

—¡Que siempre los asnos de este país nos han de dar bromas!... decia años despues el subteniente Cornejo, saboreando esquisito *sancochao*, en una picantería de la calle del Muelle, en circuntancias que un relamido limeñito le birlaba la *chola* más preciosa que vieran nacer las sucesiones del ínclito virrey Amat.

Timoleon.

LA NINFA.

(Del libro próximo á publicarse,

COPIAS DEL SÁTIRO.)

ELLA vive en la gruta encubierta
con las hojas del mirto sagrado.
Con el himno triunfal se despierta
cuando besa su labio el amado.

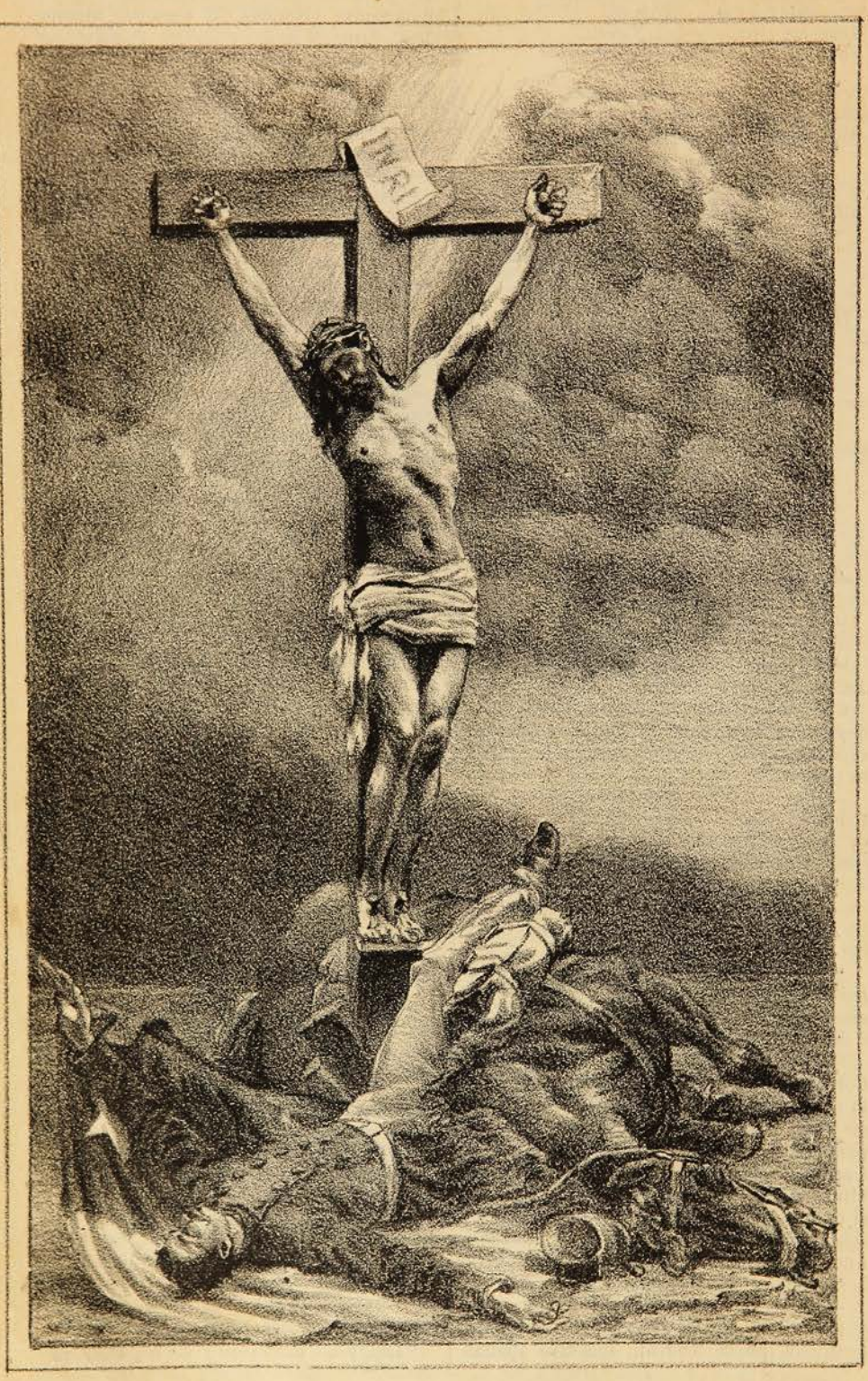
Tiene carnes de lirios de nieve
con la sangre de rosas mezcladas.
Es rival de la lírica Hebe,
la de suaves caderas combadas.

Guarda mieles del Hibla en sus pomas
que se erectan al choque del beso,
y el albor de las blancas palomas
en su frente de diosa está impreso.

El Dios Pan de la frente bicorne
la enamora con ritmos de flauta
y la obliga á que dance y retorne
con las rimas del coro sin pauta.

A. Bórquez Solar.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



Por la Humanidad y por la Patria.

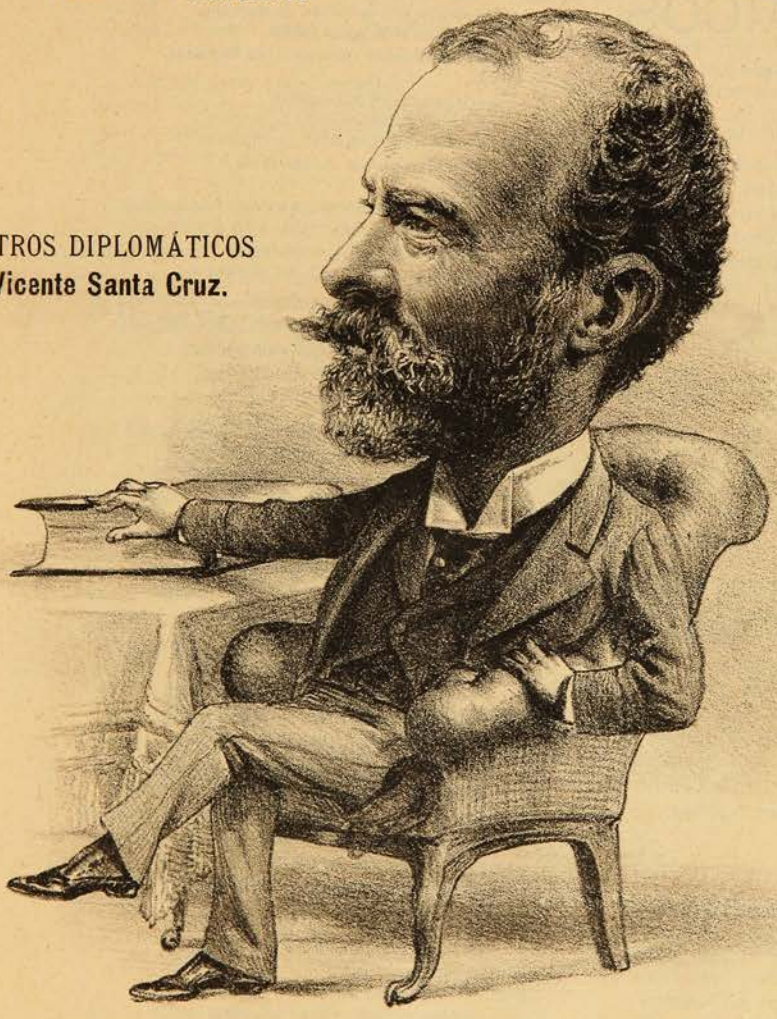
La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS DIPLOMÁTICOS

D. Vicente Santa Cruz.



Patriota de corazón,
es un noble centinela
que vijilante cautela
la honra de su nación.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE ABRIL DE 1897 NÚM. 79

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números).....	$ 4.50
Por medio año (25 »).....	2.50
Número suelto.....	0.10
Id. atrasado.....	0.20

Oficina y Administración-Moneda 60-A
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

¿POR qué tiembla la rubia virgen, llorosa y pálida, á los piés del viejo sacerdote?

En la semi-obscuridad del templo, frente al confesonario, el Mónstruo, caido á los piés del Arcángel, parece lanzar una carcajada á través de la mueca horrible de su boca sin dientes.....

* * *

Yacía la tierra envuelta en la más negra de las sombras y el más negro de los crímenes, cuando el trueno rodó por los espacios.

Y entonces el ángel de rostro como el relámpago y vestidura como la nieve, descendió, y postrado, levantó la piedra que cubría el cuerpo del Dios-Hombre.

Y el Dios Hombre remontóse al seno de su perpetua gloria.

Esencia de Bondad y de Perdón, subía á reconquistar las puertas del Edén para el pecador abismado en el espanto y roído en la carne de su conciencia.

Sobre la tierra, como perfume de salvación, como paloma de paz, flotaba la voz de esperanza dada á Juan—Dolor de la Vida y del Pecado—¡la voz de esperanza: María, fuente de ternura, flor de bendición, mar adonde afluyen todas las penas...

¡Alegría! ¡Alegría!

A LA SERENA

EL código sublime del progreso,
ley justiciera cuanto noble y santa,
deben los pueblos erigirle altares
si no quieren hundirse en la ignorancia.

Arriba! exélcior! poderoso grita,
con misteriosa voz que llega al alma
y el corazón conmueve, hasta arrancarle
el himno soñador de la esperanza.

Y los que fueron páramos, desiertos
inhabitados por ninguna raza,
se tornan en jardines suspendidos,
cual los famosos que la historia canta.

Por que el progreso es luz inextinguible,
que á medida que brilla más dilata
su horizonte infinito, de la ciencia,
en estrecho consorcio, acompañada.

——

Semillas arrojadas á los campos
en bosques con el tiempo se levantan,
donde anidan las aves inocentes
y el himno del amor eterno ensayan.

Aglomerando piedras alza el hombre
los muros que le sirven de morada,
y santifica el virginal cariño
con sus blandas sonrisas ó sus lágrimas.

Así tú, la poética Serena,
pensil de flores, nido de la gracias,
baluarte de indomables luchadores,
á la orilla del mar sueñas ufana.

Sueñas! sí, sueñas... no despiertes nunca!...
si has de ver como vuelan á otras playas
los tesoros ingentes arrancados
con titánico esfuerzo á tus montañas!...

——

Duerme mas bien! para no ver cómo, aves
en tus costa nacidas y emplumadas,
renegaron de tí, y en otro suelo
alzaron regio, pintoresco alcázar.

Duerme mas bien! para no ver en ruinas
cuanto el genio mas noble de la Patria
quizo dejarte, y miseros escombros
son hoy á las atónitas miradas...

Mas no! debes velar, porque el pasado
de memorables ínclitas hazañas
y lealtad ingénita, que hoy día
como baldón arrójante á la cara,

velar te ordena, hasta mirar cumplido
el sueño acariciado por el alma,
y ver el cielo mas azul, cual siempre
aparece después de la borrasca.

——

Raza que nunca se durmió en el ócio,
ni la vida miró como una carga,
y libre como el aire, por las sierras
rastrea los tesoros del mañana;

busque en la unión el poderoso esfuerzo
que vigoriza las robustas alas
que han de llevarla al porvenir ideado
en las horas de fiebre y esperanza.

Gota á gota se forman los raudales
que las andinas crestas nos regalan
para vestir el valle pintoresco
del hermoso color de la esmeralda.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE ABRIL DE 1897 NÚM. 79

¡Lucha, Serena! que el común empuje
obra con el poder de la palanca,
y, al amor de los tuyos, como Lázaro
te quitarás de encima la mortaja!

Benjamín Vicuña Solar.

Serena, Enero 1.o de 1897.

EN EL CAMPAMENTO

RECUERDOS DE MIRAFLORES.

—Mi capitan, vengo á rogarle una merced.

—Vamos á ver ¿cuál es ella?

—Que me dé permiso para ir á Chorrillos, y por consiguiente, para faltar á las listas de llamada y retreta.

—¿Y con que objeto vas á Chorrillos?

—Le diré, mi capitan: los niños del 4.o me han dicho que en una de las casas de aquel pueblo hay un nido de aguilas, y como yo he sido siempre buen cazador, me han pedido que los acompañe para ver modo de pillar algunas.

—Pero ¿aguilas en Chorrillos?

—Ahí lo ha de ver mi capitan. Yo tambien me he extrañado del caso, pero como en esta tierra hay cosas tan raras, me han bajado ganas de ir á ver las tales aguilas.

—Concedida la licencia, pero nada mas, que hasta la noche. Mañana, al toque de diana en su puesto.

—Á los golpes, mi capitán.

Y el buen Romero, mi fiel y bravo asistente, dando media vuelta, se marchó tarareando los aires del paso doble *El Ejército vencedor*, á cuyos marciales compaces entrábamos pocos días después en la orgullosa ciudad de los Virreyes.

A la mañana siguiente, Romero, de regreso de su escursión, se cuadraba militarmente á la puerta de mi *ruca*.

—El desayuno! le grité, sin acordarme del permiso de la víspera.

Cinco minutos mas tarde, saboreaba una tasa de aromático café, devorando al mismo tiempo, á grandes mascadas, una fenomenal tortilla de rescoldo, que nuestros soldados fabricaban á pedir de boca.

—Encontramos el nido aquel, mi capitan, díjome de pronto Romero, usando de esa familiaridad condicional que gastan los asistentes con sus oficiales.

—Hombre, lo había olvidado. Y ¿como fué aquello? Cuéntame.

—Nos fuimos, pues, mi capitan, con los niños del 4.o, como le dije ayer, y apénas llegamos al pueblo, el cabo Larenas nos llevó por varias calles hasta enfrentar uno de los *ranchos* mas lujosos que en él hay. ¡Buena cosa de *ranchos*, mi capitan! ¡Rebien parecidos á los de mi tierra!

Llegamos, y el cabo Larenas nos dijo: «aquí está el nido, niños».

Yo miré para todas partes, pero no pude encontrar nido alguno.

El cabo, viendo mi asombro,—porque bien asombrado estaba de pensar que hubiera un nido de aguilas en aquella casa—si está adentro hombre, me dijo de nuevo.

Sin mas que esto, uno de los niños del 4.o apuntó con su rifle—íbamos todos armados—á la boca llave de la cerradura y... pum! saltó la chapa, dejándonos expedito el paso.

Entramos todos, y anda por aquí, anda por allá, encontramos el nido, mi capitan.

Y qué nido, mi capitan ¡Si todavía me bailan los ojos!

El cabo Larenas apuntó de nuevo su rifle, pero como los pajarracos no manifestaran intención de volar, se hizo inútil el disparo y todos nos fuimos sobre ellos.

Eran treinta, mi capitan, todas aguilas, ningún aguilucho. ¡Y que lindo plumaje tenían, mi capitan! rubias, completamente rubias, amarillitas. Si aquello era un prodijio!

—Pero, aguilas amarillas! Eso no puede ser.

—Es que no eran chilenas, mi capitan, sinó *Aguilas Americanas*. Y para que se convenza aquí tiene una, mi capitan, que le suplico la guarde en su *pajarera*.

Timoleón

LA GRAN OBRA

(FANTASÍA)

Hija del fuego infernal
y de la luz del Edén,
es capaz de todo mal
y propicia á todo bien.

ZORRILLA.

En el sitio más bello
del Edén, sobre flores recostada,
la reina virginal de todo aquello
dormía el sueño eterno de la nada.

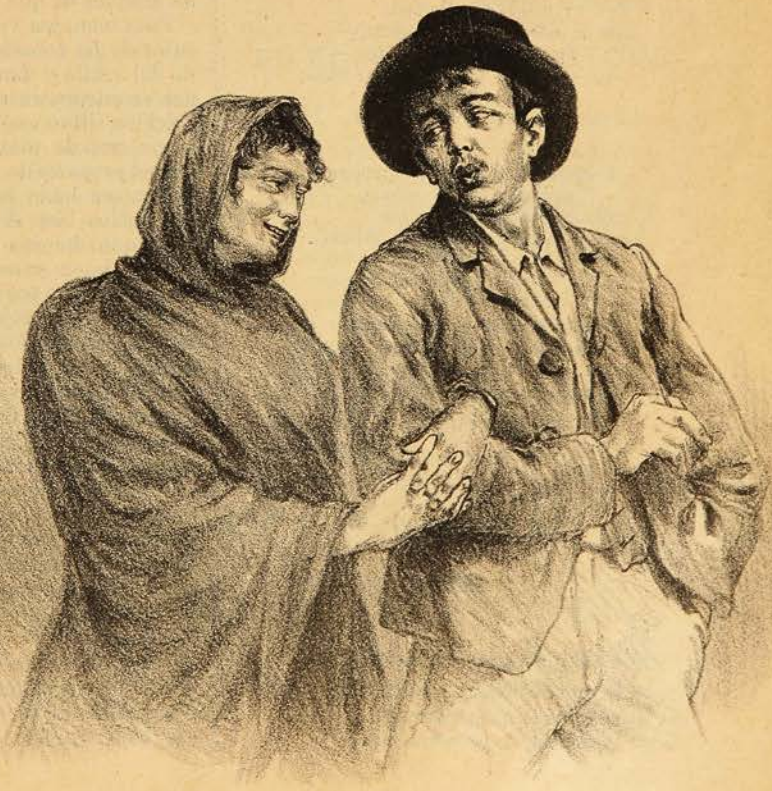
Era el último dia;
el sol, con resplandores de topacio,
su magestuosa curva describía
encendiendo el espacio.



Te doy un palacio, coches, trajes magníficos...



¡Con toda el alma!



Después del pago del día sábado.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE ABRIL DE 1897 NÚM. 79

El Gran Sér descansaba
de su obra contento:
toda la creación le contemplaba
sumida en celestial recogimiento...

Era un silencio aquél tan dulce y blando,
que á Dios acometió sueño profundo,
cuando estaba pensando
en dar vida y aliento
á la que iba á ser reina del mundo...
. . . . . .

Mientras Dios, rodeado
de querubines y ángeles, dormía,
en una roca del Edén sentado
Satanás sonreia.

Sus ojos encendidos
revolvíanse en todas direcciones,
explorando de Edén los más perdidos,
los últimos rincones...

De súbito, entre flores escondida
descubrió su mirada
la Obra, por Dios mismo concebida,
que aún dormia el sueño de la nada.

Desde la alta roca
se deslizó hasta ella,
y riendo sopló en su linda boca
diciéndola:—Mujer, malvada y bella,
levántate, anda al mundo!
Mi espíritu en un soplo, esa es tu alma!...

Y luego, con profundo
jesto de indefinible menosprecio,—
no tenga el hombre calma.—
—dijo—mientras subsistan tus hechizos;
y tú, Supremo Necio,
haz, si puedes, durar tus paraisos!...

E irguiendo la cabeza desgreñada
casi hasta el cielo mismo,
estalló en una ronca carcajada
que hizo temblar el cavernoso abismo...

*
* *

Por eso la mujer un velo ostenta
de hermosura, que oculta el mal interno:
su belleza la gloria representa...
pero su alma... el infierno!..

Miosotis.

GLORIA!

LA aldea ayer no más entristecida
cobra hoy nuevo placer, que en torno vierte
alborozada luz la misma muerte,
desde el cenit de la perpetua vida.

Como corcel que destrozó la brida,
el alma deja la materia inerte:
y entre los bruscos cambios de la suerte,
brota transfigurada y desprendida.

Es la resurrección. Mientras que llena
la Pascua todo de inefable brillo,
surge el aldeano en traje dominguero;

y luego, en aras de la alegre cena,
se inclina á la amenaza del cuchillo
la humilde frente del pascual cordero...

José S. Chocano.

DE RENÉ BRICKLES

Interrogado una vez M. Emilio Zola, durante una amena charla, en casa de un literato amigo suyo, sobre cuál de los requisitos que bede reunir la novela contemporánea es el más necesario é imprescindible, exclamó el viejo realista—Antes que todo, la verdad, la verdad neta, aunque repugne. De ahí las polémicas que sostuvo con el *gremio*, en París, y de ahí, también, los ataques de que ha sido víctima Zola.

Pues bien, esa verdad, de que hablaba el autor de *La Dèbacle*, es lo que, sobre el brillo del estilo y fantasía en las descripciones, se encuentra en todo el libro de René Brickles; libro que ha visto la luz pública y que, creo de más decirlo, se intitula *Los últimos proyectos de Eduardo Castro.*»

Una vez leído puede el lector formarse dos juicios bien diversos, según sea el criterio que domine en sus gustos estéticos.

Si es buen suscritor de Pérez Escrich y de las novelas por entregas de D. Antonio de Padua, le arrojará de sí, haciendo una horrible mueca de desprecio; mas, si gusta de *lo bueno*, si alguna vez ha caído en sus manos, un tomito de Valera, de Coloma ó de un novelista francés de la escuela realista, podrá, entonces, deleitarse con esa novelita tan sencilla como verdadera.

El protagonista es uno de esos individuos de cerebro enfermizo, fantástico, un soñador, un tipo que vemos todos los días agitarse en medio de la sociedad, sin conseguir el logro de sus quiméricos proyectos. No crean, los lectores, que es algo así como el *Hombre de los trescientos mil francos, de Daudet*, que corre por las brumosas calles de Paris, en pleno invierno, tras el Girardin que ha de prestarle los deseados francos para fundar los grandes periódicos y

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE ABRIL DE 1897 NÚM. 79

las inmensas fábricas cuya realización alimenta en su cerebro; nó, el Castro de Brickles es el famoso *deschavetado* el hombre de *empresas*, á quien, en las ocasiones difíciles, todos vuelven los ojos, á fin de que los salve del peligro; pero cuyas ideas sufren siempre el más completo fracaso. Al rededor de este personaje se agrupan otros secundarios, que no son otra cosa que satélites de Castro, objetos todos también de un exacto cuanto detenido estudio de carácter.

Uno de los episodios más interesantes, es la batalla de Concon, descrita en parcialidades con gran verdad y colorido. Hay allí cuadritos grises—ya es un escuadrón que carga, sable en mano; ya un oficial traidoramente asesinado por un bribón de su misma compañía, ya el *remache* sangriento de los fugitivos. Parece sentirse el estampido del cañón y respirarse el olor á pólvora y á carnes muertas...

*

Lo *nuevo* que posee la novela de Brickles, es que se aparta de ese buen camino trillado por el cual la mediocridad llega muy rapidamente á conquistar los aplausos del vulgo. Nos referimos á la ausencia de la intriga, tan grata para muchos, que piensan que el pináculo de la novela contemporánea se halla en las famosas cuanto extrañas creaciones del autor de Rocambole.

*

Brickles es, ó, mas bien, era antiguo *decadente*.

Hizo sus primeras armas en *El año literario*. Escribió allí muy hermosos y delicados cuentos que lo revelaron un artista de buen gusto. Sin embargo, su estilo era afectado, la palabra marchaba, almibarada, acompasada, prendida, llena de lentejuelas que, si producían buen efecto, denotaban el trabajo de escojerlas, y una carencia de naturalidad que perjudicaba á esa sencillez de que nos hablan Manzoni y Amicis.

Hoy, ha abjurada de su antigua escuela —*escribe como se habla*. No usa de filigrana ni de papelitos de colores: tiene el colorido de la naturalidad.

El libro de Brickles ha merecido el aplauso y aceptación de todos los que manifiestan algun interés por cuanto con las bellas letras se relaciona.

Reciba él, nuestras modestas felicitaciones, que le tributamos en estas descoloridas cuanto desperjeñadas líneas.

M. V. M.

Santiago, 5 de abril de 1897.

ENTRADA Á JERUSALÉM

CABALGANDO en el bruto modesto,
de gloria radioso
adelanta cubierto por palios
de palmas de oro.

Es el Rey de los Reyes, que enseña
el Verbo que salva;
el vidente que arranca á los pechos
febriles hosannas...

En su rostro divino hay mortales
tristezas, profundas,
y sus labios al Padre ya imploran
perdón para Judas...

Gaspar Deburau.

RIMAS

A. M.

COMO caen al soplo de la brisa
las flores del jardín en dulce calma,
así caen marchitas para siempre
las bellas ilusiones de mi alma!

***

Yo quisiera tan solo un breve instante
en tus labios calmar mi desvarío,
ertrecharte con ansia, con locura,
y morir en tus brazos, ángel mío!

A. Mauret Caamaño

ES EL TIEMPO DE OTOÑO

LAS auras de Otoño comienzan la ronda
y entonan el aria de ritmos agudos;
un flébil gemido se escucha en la fronda
y quedan los ganchos temblando desnudos.

Gemido que infunde en el alma el espanto,
cual eco apagado de aliento postrero
de la onda que muere en la playa, entretanto
que se hunde en la niebla el barco viajero.

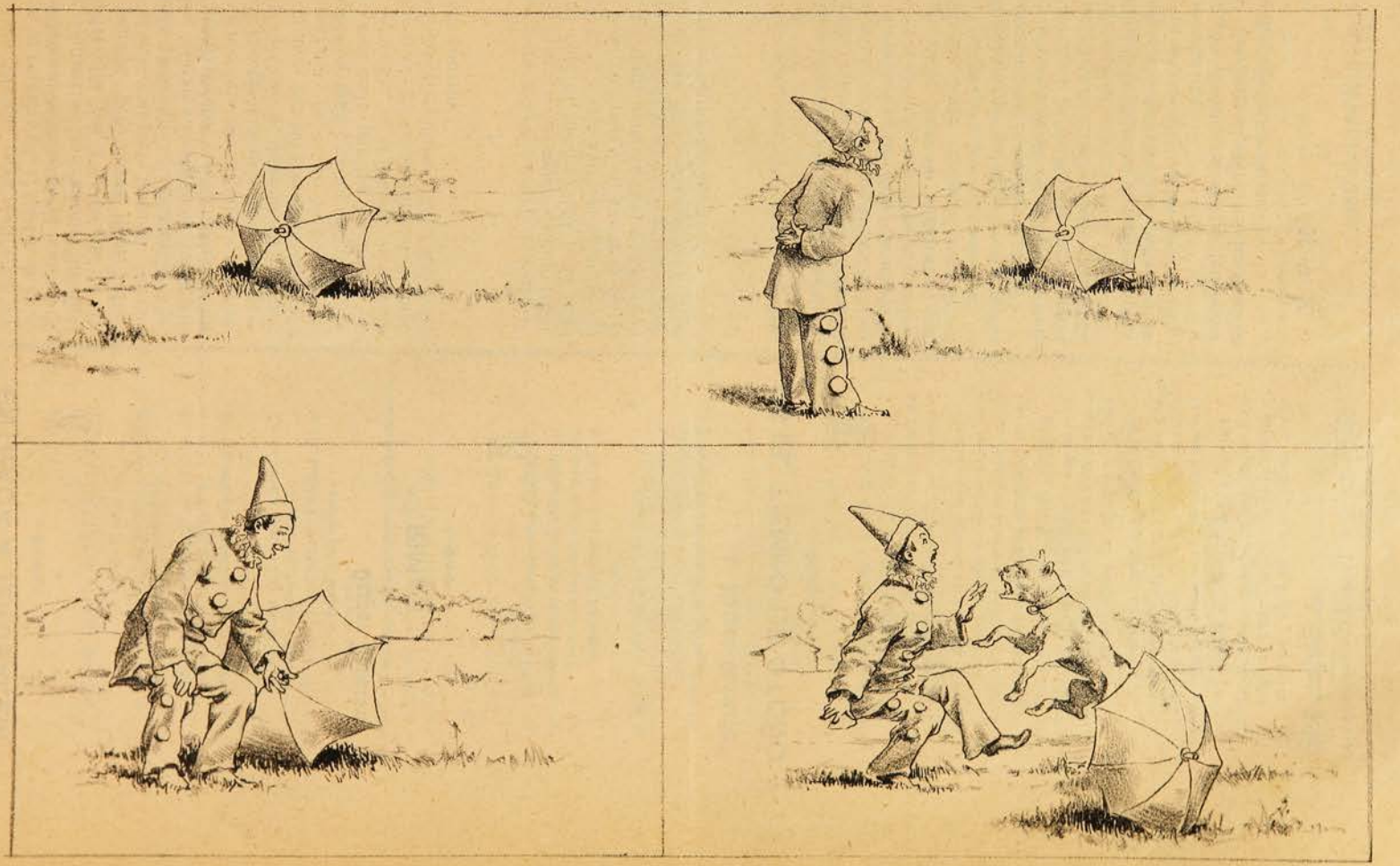
El pálido rayo del sol no calienta.
Parece que el astro se muere de enfermo,
marchando entre nubes de faz somnolienta.
Los lirios expiran. El prado está yermo.

El pobre tirita cubierto de andrajo
allá en los rincones de las viejas carpas,
entanto que se oye muy quedo, muy bajo,
la triste salmodia al son de las harpas.

La túnica nivea se viste la sierra,
cual vírgen que aguarda al amado consorte,
y espera al Invierno que llega á la tierra
al són de los gongos de Eolo y su corte.

A. Bórquez Solar.

Imp. y Lit. L. F. Rojas & C.ª Argomedo 20

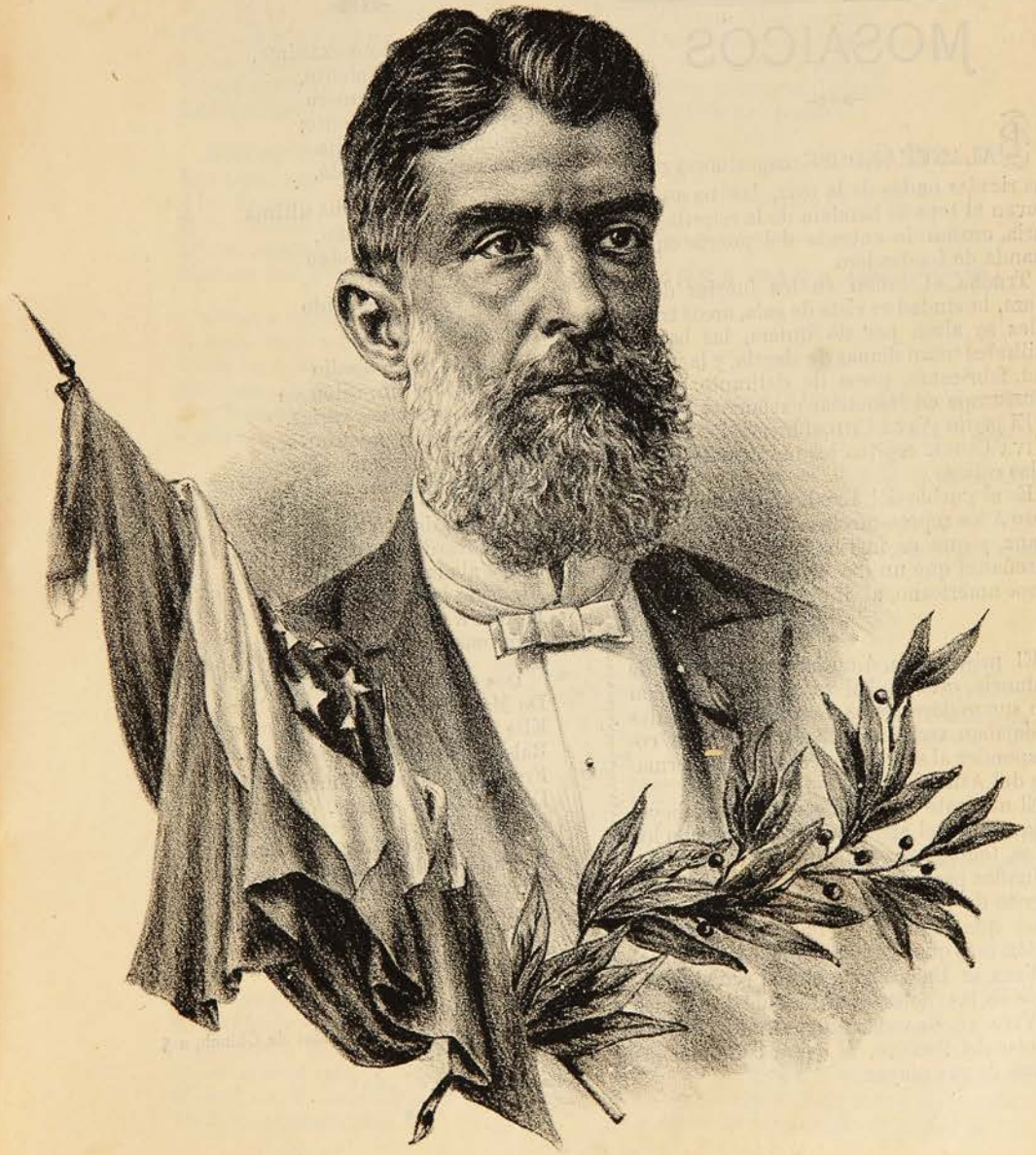


Candideces de Pierrot.

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO



EXCMO. Sr. DON PRUDENTE DE MORAES,

Presidente de la República del Brasil.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE MAYO DE 1897 NÚM. 80

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20
Oficina y Administración-Ahumada 88
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

BALANCEANDOSE magestuosas sobre las rizadas ondas de la mar, las naves que llevan al tope la bandera de la estrella solitaria, crusan la entrada del puerto en demanda de fondeadero.

Truena el cañón en los fuertes de la plaza, la ciudad se viste de gala, arcos triunfales se alzan por do quiera, las bandas militares tocan dianas de alegría, y la multitud, febricente, presa de delirante júbilo, prorrumpe en frenéticas exclamaciones.

El grrito ¡VIVA CHILE! hiende los aires, y ¡VIVA CHILE! repiten los montes, los valles y las colinas.

Es el pueblo del Brasil que saluda cariñoso á los representantes de la nación hermana, y que se inclina reverente ante la enseñanza que un día sirvió de sudario al héroe americano, al inmortal Arturo Prat!

*
* *

El mismo día, á millares de leguas de distancia, otra ciudad se ataviaba tambien con sus mejores galas. Los aires marciales se dejaban escuchar, alborozando, para corresponder al saludo generoso de los hermanos del Atlántico.

El magnate codeándose con el plebeyo, el joven con el anciano, las mujeres con los niños, todos, en confuso tropel, corrían desatinados para llegar los primeros á lanzar el grito de ¡VIVA EL BRASIL!, bajo los balcones que ocupaba el representante de la nación más querida para el pueblo de Chile.

¡VIVA EL BRASIL!, repetía el eco al estrellarse en las moles graníticas de los Andes y, ¡VIVA EL BRASIL!, murmuran hasta hoy las olas del Pacífico, al besar con amor las arenas de sus playas.

¡VIVA CHILE! ¡VIVA EL BRASIL!, grita, desde entonces, radiante de júbilo, la PAZ, esa diosa protectora del trabajo, que impulsa el progreso de las naciones, repitiendo al mundo el nombre de las dos potencias mas poderosas del continente Sud-Americano.

Damos en seguida la bella traducción que, de la inmortal oda de Manzoni á la muerte de Napoleon I, hizo el difunto ex-Emperador del Brasil, don Pedro II.

CINCO DE MAIO

Morreu! E como exanime,
Sólto o extremo alento,
O corpo jaz immemore
Orphas de tal portento;
Assim ferida, attonita
Co á nova a terra está,

Muda, pensando na ultima
Hora do homem fatal,
Náo sabe se tao celebre
Planta de pé mortal
Seu pó de sangue avido
Inda a pisar virá.

Fuljido sobre o solio
Meu genio o viu; calou-se
Quando, por vezes varias,
Cahiu; surgiu; prostrou-se,
Entre mil vozes stridulas
Vibrado a sua náo ha.

Virgem de servo encomio,
E de covarde insulto,
Surge abalado, ao subito
Finar do ingente vulto,
E sólta á urna um cantico
Immomedôr quicá.

Dos Alpes ás Pyramides, (*)
Do Manzanar ao Rheno
Elle furila; o rapida
Rale é o seu aceno:
Froou de Seilla ao Tanais;
De um até outro mar.

Foi véra gloria? Aos posteros
A ardua sendenca: a nós
Curvar afronte ao Maximo
Factor, que quiz em vós
Do almo seu espirito
Maior sello gravar.

(*) Escripto perto das pyramides de Ghineh, a 5 de Novembro de 1871.

Nota do traductor.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE MAYO DE 1897 NÚM. 80

O procelloso e trepido
Prazer d'un grande plano
A ancia de quem indomito
Serve prà ser sobrano,
E o é, e ganha um premio,
Que era mania esperar;

Tudo provon: a gloria
Maior depois dos transes;
Afuga e a victoria;
Da regia e exilio os lances;
Mais d'una vez no pò infimo;
Mais d'una vez no altar.

Seu nome diz: dous seculos,
Um contra o ou tro armado,
Humildes vão render-se-lhe,
Como aguardando o fado
Impoz silencio, e arbitro
Entre elles se assentou.

E foi-se! E es dias no ocio
Em praia exigua finda;
Alvo de inveja livida,
E de piedade infinda;
D'inextinguivel odio,
E amor que não mudon.

Como a cabeca ao naufrago
A onda vérga e envolve;
Onda na qual o misero
De eima a vista volve
E a descobrir es forea-se
Praia remota em vão;

Fal da memoria o cumulo
Sobre aquella alma cae
Que vezes elle aos posteros
A si narrar-se vae,
E sobre a eterna pagina
Tomba a cansada más!

Que vezes elle, ao tacito
Morrer d'ignavo dia;
Baizo o olhar fulminco,
Bracos cruzados, via
Os dias, que jà forão-se,
A mente lhe assaltar!

As moveis tendas lembrão-lhe,
Dos muros os abalos;
Dos sabres os relampagos;
A onda dos caballos;
O concitado imperio,
E o prompto executar.

Talvez ao cru martiryo
Cedeu forte seio;
Desesperou; mas valido
Braco celeste veio,
E'para um ar mais limpido
Piedoso o transportou.

E guia-o pelos floridos
Trilhos da esperanca,
Ao campo eternò, ao premio
Que alem do almejo alcanca,
Onde è noste e è silencio
A gloria que passou.

Bella, inmortal, benefica
Fè a vencer affeita,
Inda esto escreve: alegra-te;
Que alteza mais eleita
Ao deshonor de Golgotha
Jamais se prosternou.

Tu ante as cinzas frigidas
O impio fallar contem
Deus, que te abate e eleva-te,
Que affligo-té e sustem,
Sobre o deserto thalamo
Ao lado seu pousou.

D. Pedro 2.º

Jijuca 27 de Junho de 1887.

FARSA PARA UN IDIOTA

FLANQUEADO por dos amigos, entráis á casa de un cualquiera y le decís mirándole fijamente.

—Señor, parece que tenéis la intención de hacer saltar el Senado.

EL DESCONOCIDO, *confuso*.—¿Yo? ..

VOS.—Inútil es negarlo... ¿Qué objeto es ese?

ÉL.—Mi bastón.

VOS.—¿Qué contiene?

ÉL.—Nada.

VOS.—Nada! pretendeis pegármela muy bien. Ese bastón es de madera. Ya sabéis que la madera no es otra cosa que celulosa, base de muchos espantosos explosivos... ¿Y esto?

ÉL.—Azúcar en polvo.

VOS.—¡Perfectamente!

Mezclada con ácido nítrico, forma una substancia detonante... ¿Y qué hay en este cajón?

ÉL.—Carbón.

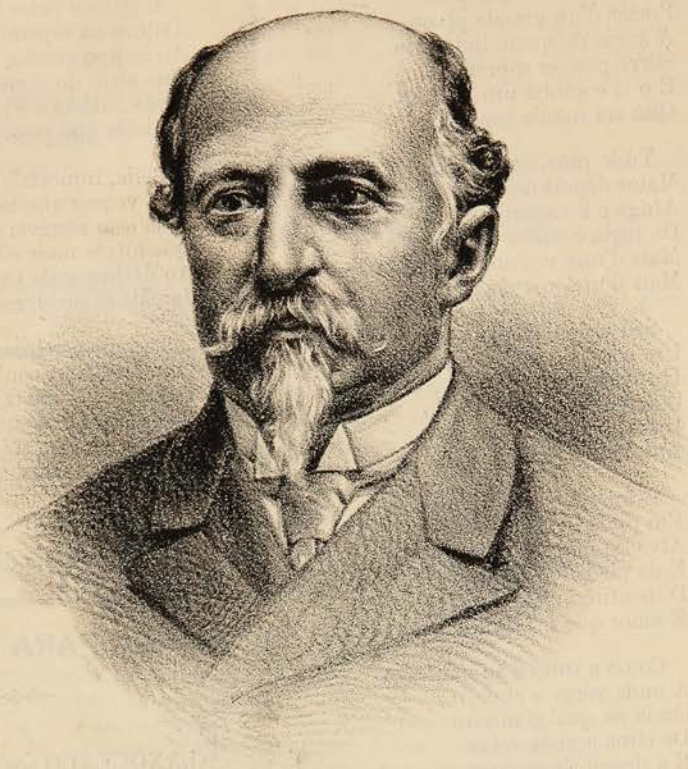
VOS.—¿Para?...

ÉL.—Para calentarme.

VOS.—¡No os falta aplomo!... Veo las murallas chorreadas de salitre...

—*El Desconocido, que os ha tomado por el comisario de policía*:

—Están húmedas. Y seríais muy amable, señor comisario, si obligáseis á mi propietario é rescindir el contrato de arriendo.



D. ISIDORO ERRÁZURIZ,
Ministro de Chile en el Brasil.



D. EDUARDO MAC-CLURE BESA,
Oficial de la Legación de Chile en el Brasil.



CONTRA-ALMIRANTE LUIS GOÑI

Jefe de la Escuadra Chilena surta en la bahía de Río Janeiro.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE MAYO DE 1897 NÚM. 80

Vos.—Pienso como vos: es la humedad, ¿no?... ¿Y este azufre que viene á confirmar mis sospechas?

El.—Me lo han recomendado para mi perro.

Vos.—Carbón, salitre y azufre—elementos constitutivos de la pólvora... ¡Andáis bien, señor! ¡Ah! ¡ah! qué es esto?

El.—Glicerina para mis sabañones.

Vos.—Dejáos de chanzas, os lo ruego. Esto es, si no me equivoco, ácido nítrico.

El.—Mi criada lo emplea para limpiar metales.

Vos.—Y vos, para fabricar nitroglecerina.

El.—Os juro que...

Vos.—¡Basta! Abrid con precaución esa caja.

El.—Es algodón que compré esta mañana en la botica.

Vos.—Para tratarlo por el ácido nítrico y fabricar algodón-pólvora... ¡Y todavía me decís que no queréis hacer saltar el Senado!...

El.—Francamente, soy el primero en asombrarme y...

Vos.—*Interrumpiéndole.*—Obráis cuerdamente en disponeros á confesar, para no agravar vuestra situación... Decidme ¿dónde ocultáis la dinamita?

El.—¡No tengo!...

Vos.—¿No tenéis dinamita?

El.—¡Palabra de honor!

Vos.—No tenéis dinamita, y no podíais decírmelo antes... Pase por esta vez, pero no volváis á las andadas... Hasta la vista. Que será muy pronto.

(Se debe poner cuidado en salir magestuosamente.)

Jorge Brandimbourg

¡QUEJAS DEL ALMA!

¡NO te puedo olvidar!... En vano ha sido
tratar de ahogar de mi pasión la llama,
porque mi pobre corazón herido
á mi pesar y con vehemencia te ama!

Es el martirio de la vida mía
no poder dominar el sentimiento,
y tú, sin comprender esa agonía,
con tu desdén aumentas mi tormento!

¡Oh! si al menos me amaras un instante,
ese instante formara mi ventura,
porque mi pobre corazón amante
soñó encontrar un mundo en tu ternura!

Tú de mi vida la única esperanza,
que endulzas mis ocultos sinsabores;
fúlgida estrella, nuncio de bonanza,
alma de mi alma, luz de mis amores!

¿Por qué no escuchas la doliente queja
del corazón que por tu amor delira?
¿Por qué no calmas con sonrisa tierna
la duda cruel de quien por tí suspira?

¡Ay! solo en sueños tus hermosos ojos
cariñosos se fijan en los míos;
sonríen con amor tus labios rojos,
y olvidas un instante tus desvíos!...

¡Ay! no pretendas, pués, con tus rigores
extinguir la pasión que me devora!
¡Ay! por piedad no aumentes mis dolores!
¡Ten compasión del alma que te adora!

Always.

Abril 24 de 1897.

A ESTER

QUE SE QUEJABA DE LA MORDEDURA DE UN INSECTO

NOS cuenta Anacreonte que, transido
del agudo dolor de una picada,
en el regazo de su madre amada
fué su infortunio á lamentar Cupido.

¡Madre,—con hondo y funeral gemido
decíale el rapaz—mi hora es llegada!
De una pequeña sierpecilla alada
vengo de muerte, por mi mal, herido!

Venus le dijo:—¡Qué egoista eres!
Si tan corto animal causa tal duelo,
¡cuánto más sufrirán los que tú hieres!—

Cese ya, Ester, tu injusto desconsuelo;
que si tan leve mal tus ojos lloran
¡cuánto más llorarán los que te adoran!

Julio Vicuña Cifuentes.

NOCTURNO.

¡AY! Cuántas veces me consideré dichoso!

Amaba con todo el ardiente entusiasmo de mi alma juvenil y creia leer en los grandes ojos de mi amada una tierna y leal correspondencia.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE MAYO DE 1897 NÚM. 80

Era feliz. Vivia esclavo de sus deseos, sentía en mi boca las caricias de su aliento, veía constantemente sus ojos fijos en los míos, gozaba con sus francas alegrías, y, embebido en un idilio casi divino, se deslizaban nuestras vidas como mansos arroyuelos que van a perderse juguetones en el inmenso Oceano de la dicha.

.....

Pasó el tiempo.

Una mañana plácida y risueña en que juntos departíamos alegremente, me aventuré a decirle:

—Querida mía, yo no sé porque noto en tí cierta reserva; me parece que me ocultas algo á pesar de que no ignoras que mi única ambición es formar con la tuya una sola alma, ver tus pensamientos reflejarse en tus miradas como en el fondo de una laguna transparente, y en tus angelicales sonrisas retratarse tu corazón como en un límpido espejo. ¡Por Dios! sé franca, corta el disimulo y nada me ocultes de cuanto pienses.

Me miró dulcemente, hizo un esfuerzo supremo y respondióme:—Te juro que así será.

.....

Pasó el tiempo...

Una tarde brumosa y melancólica, en que juntos departíamos pensativos y llorosos, me aventuré á decirle con lágrimas en los ojos:

—Amiga mía, parece que ya no me quieres y que mi presencia te fastidia; ya no tienes para mí sonrisas en tus labios, ni en tus ojos miradas cariñosas

Estás convencida de mi ardiente pasión y de que sólo pienso en amarte y hacerte feliz, y sin embargo me ves á tu lado silencioso, ausentarme triste y nada sientes, ni nada me demuestras. ¡Por Dios! dime la verdad. ¿Qué ya no me amas? ¿Qué estás fastidiada con mi amor?

Meditó un instante y me contestó:

—Nó!; pero como te he jurado ser cual soy y cortar siempre el disimulo, cumplo mi promesa; aquí me tienes, no puedo más, no siento nada; por eso nada te demuestro.

Sentí frío, un temblor nervioso corrió por mi cuerpo y lleno de amarga tristeza exclamé:

—No tienes corazón, eres fría é insensible como el mármol y me haz engañado tanto tiempo.

¡Yo que sólo vivía de tu amor y acariciando como mi más dulce esperanza la recompensa de mi afán.

¡Desdichado de mí, por qué te quiero tanto!

.....

Ha pasado mucho tiempo.

Yo no me he separado de ella; la veo finjir á otros ternuras y cariños; sé que es incapaz de amar é incapaz de sentir y sin embargo ¡Oh, miseria humana! Yo ahora la amo más porque no tiene corazón.

Filemont

LA MUERTE DE JESUCRISTO

En lontananza Febo rubicundo
siniestro brilla cual mortuoria tea,
y las ondas del mar de Galilea
mansas se duermen en sopor profundo.

Al resplandor del día moribundo
en la cumbre de un monte de Judea,
yace á merced de la impiedad hebrea
sobre una cruz el Salvador del Mundo.

¡Detén el golpe, Humanidad mezquina!
¡No lo dejes caer sobre el que muere
por redimirte de tu propia ruina...!

Mas ¡ay! en vano tu maldad le hiere,
porque, al verter su sangre, su doctrina
hondas raices á la tierra adhiere.

Federico González G.

PARA UNA MORENA

E.

Ojos de chispas y llamaradas,
negros, quemantes, llenos de ardor,
el alma, al fluido de sus miradas,
¡ay! agoniza loca de amor!

Respira dicha tu dulce aliento,
rosas de fuego tus labios son;
¡quien los besara solo un momento,
en el delirio de la pasión!

A. Mauret Caamaño

Abril de 1897.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



Unidas para siempre seremos arbitro de la paz sud-americana y adalid del progreso.

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS

NÚMERO

NUESTROS CIRUJANOS.

D. Raimundo Charlin



Cuando el acero en la herida
revuelve su mano fuerte,
surge lozana la vida
de donde escapa la muerte.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE MAYO DE 1897 NÚM. 81

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20
Oficina y Administración-Ahumada 75
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

A nuestros lectores

Desde hoy queda definitivamente reguralizada la publicación de **La Revista Cómica**, que motivos agenos á nuestra voluntad nos habían obligado á interrumpir por espacio de dos domingos consecutivos.

Pedimos de ello excusas á nuestros lectores, y les damos la seguridad de que, en adelante, no volverá á repetirse.

MOSAICOS

A LA hora en que la bruma se extiende sobre las calles de la ciudad, semejando enormes girones de sucios encajes, el fatigado viejo sentóse en uno de los bancos de la desierta alameda.

El blanco de su barba abatíase sobre el negro de su arrugada levita; sus ojos claros, de luz apagada, quedaron melancólicamente fijos en el suelo; sus manos, secas y temblorosas, aferrábanse al grueso bastón, como al remo las manos del náufrago desesperado.

¡Otoño!...

Á sus piés las hojas secas rodaban y rodaban, arremolinándose y gimiendo...

En las ramas desnudas lanzaba la lechuza su estridente silbido.

Y el viejo comparó sus ilusiones con las hojas, verdes ilusiones marchitas, y los días de su juventud alegre con las aves de dulces cantos que las primeras ráfagas heladas habían alejado.

Pero pensó en que los bellos días volverían para el árbol desnudo y macilento, que cubriríase nuevamente de fresco follaje, recibiendo en sus ramas bandadas de aves—vocingleras arpas de pintadas plumas.

Y se comparó también con el árbol, y vió que él era un árbol derrumbado, herido de muerte por el hacha del destino... ¡y tembló!...

Encendiéronse en la desierta alameda las primeras amarillentas luces, y entonces, percibiendo la bruma que le envolvía, el pobre viejo se creyó amortajado y velado por funerarios cirios.

Su rostro, hendido de arrugas y húmedo de llanto, cayó sobre sus manos apergaminadas y temblorosas.

Las hojas secas seguían rodando y rodado, y, como atraídas por fatídica simpatía, continuaban arremolinándose á sus piés.

Arriba, en las ramas desnudas, la lechuza no cesaba de lanzar sus estridentes silbidos...

¡.....!

Quisiera ser la luz, y en tus pupilas
sus mas hermosos rayos confundir,
ser la calma en tus horas más tranquilas
y el recuerdo que te hace sonreir.

El beso ser con que tu santa madre,
enjugara tus lágrimas de niño,
el amoroso acento de tu padre,
y de los dos el sin igual cariño.

Quisiera ser el genio soberano
y deponer con júbilo a tus piés
cuanto encierran la tierra y el oceáno,
las grandezas, la gloria y el poder.

Ser quisiera la dicha, y sus fulgores
esparcir en la senda de tu vida,
la primera ilusión de los amores
que acariciara tu alma estremecida.

Quisiera ser el sueño, cuando inclinas
la frente de pesares agobiada,
y esconder mil visiones peregrinas
con solícito afán bajo tu almohada.

Ser quisiera el suspiro postrimero
que de tus labios yertos se escapara,
y del viento el gemido lastimero
que po rsiempre en tu ausencia sollozara.

Esperanza.

Abril del 97.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE MAYO DE 1897 NÚM. 81

CONDICIÓN MISERABLE

Qu'elle a de douleur
L'âme la plus pure!

(*Emile Blémont*)

HASTA en los corazones virginales
qué profundos dolores!...
Nuestras más caras dichas
son efímeras flores.

Del amor y la gloria en la áurea copa
el aguijón se encierra;
la paloma sin mácula
va con la sombra en guerra.

Los dioses que dementes proclamamos,
el gusano derrumba;
los cetros, los laureles,
conducen á la tumba!

Abelardo Varela

BELLAS ARTES.

Impresiones.

En todas las artes, las exposiciones son el nivel que marca el adelantamiento artístico de un pueblo, y, á las veces, el del gusto artístico de un público; porque se expone lo que se produce, y se produce lo que agrada al público.

Este acerto que, en general, es un axioma, resulta en gran parte exacto en Santiago.

Por esto para tratar de nuestro incipiente arte nacional, tomando lo de nacional en el sentido de nuestros artistas, ya que tener arte propio sería inusitada pretensión por hoy; debemos beber las ideas y nuestras impresiones en sus verdaderas fuentes: las Exposiciones anuales de Bellas Artes, *El Salon*, y las vidrieras ó muestrarios del centro comercial. Los almacenes de Kirsinger, Prá, Servat y Möder, son la exposición permanente de nuestros pintores.

Semanalmente engalanan sus vidrieras estos almacenes con las últimas producciones artísticas de los muchos que hoy se dedican á tan difícil tarea, y que acaso en día no lejano sean para nuestro país su lejítimo orgullo.

*
* *

Sensible, y mucho, es que no todos nuestros artistas exhiban sus producciones al público, que unos por su carácter, otros por erradas conveniencias y otros *por lo que yo me sé* y que no he de decir, huyan de la luz del día, que todos en sus anhelos de artistas tanto deben buscar.

Errado concepto es el de los que viven y se alimentan de un reducido círculo de amigos, de quienes sus aplausos reciben, quedando satisfechos de agradar á muy pocos; pues el arte no tiene límites conocidos, ni vallas, ni horizontes que lo limiten, ya que puede llegar hasta comprender y abrazar en sus múltiples manifestaciones las mas elevadas y sutiles concepciones del cerebro humano, que pasan de lo material y sensible á lo que la ciencia ó la razón no explican, alumbrando con chispeante y vívida luz las profundas tinieblas, por otro medio impenetrables, de lo incognoscible y de lo infinito.

Sólo contemplado el arte con amplitud de miras, sin vallas, sin límites, sin escuelas, sin partidos, sin rencores y sin pasiones, puede satisfacer al verdadero artista.

No obstante, muchos de nuestros artistas huyen del público—que quiere conocerlos—porque lo creen ignorante; y si tal creen ¿por qué, exponiendo sus obras, no lo educan? Huyen de la crítica, porque la creen torpe y apasionada; pero la crítica apasionado é inconsciente lleva su castigo, como todo lo malo en el orden moral, en si misma: el justo desprecio del público, y el azote cruel de su propio remordimiento.

Y si la crítica es buena y bien intencionada, y el público va ilustrando su criterio, y educando su natural é ingénito sentimiento estético, el artista será el que más gane con ello; porque así cosechará justos y merecidos laureles, conquistados por sus esfuerzos, ú oportunos y saludables consejos que le ayudarán en la carrera emprendida.

Dos cosas tiene derecho á pedir el artista: público ilustrado y crítico imparcial; dos elementos que hacen progresar el arte y estimular al artista, pero que no se conseguirán mientras los artistas no salgan de sus escondites y busquen los aplausos ó las censuras del público, porque el verdadero artista pertenece á éste.

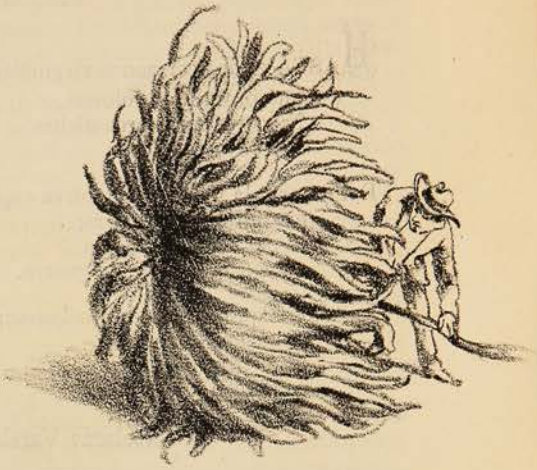
Si los artistas oyeran nuestros bien intencionados consejos, acaso á la vez que satisfarian nuestros deseos, habrían mirado á sus propias conveniencias por ellos desconocidas.

*
* *

Con este daremos principio á una serie de artículos sobre Bellas Artes, encaminados todos á dar á conocer al público á nuestros artistas, y delatar el movimiento y progreso que entre ellos se opera tan en secre-



¡Tan lindo él!



El Crissantemo de gran moda



¡Tengo puaquí unos realitos y en aquel altito los matamos!



TEATRO MUNICIPAL

ADALGUISA GABBI

Primera soprano dramático

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE MAYO DE 1897 NÚM. 81

to y reserva, como las arañas que tejen sus telas en el ángulo más obscuro de un cuarto.

De cuando en cuando, si los pintores, de suyo tan susceptibles, nos lo permiten, trocaremos la pluma por el pincel, para retocar algún trozo, aunque ellos nos griten con todas las fuerzas de sus pulmones: intrusos!

L. Blanc.

¡VENCIDO!

A...

"CESARON ya, cesaron los desvelos,
las dulces quejas, los alegres cantos:
no más sonrisas que disfrazan llantos,
no más infiernos que remedan cielos.

«Arrojaré del pecho los anhelos,
sacudiré del alma los quebrantos,
é insensible al poder de tus encantos,
Amor, ni envidias lloraré ni celos.»

Así cantó el Poeta.—Un ángel puro
que luz y vida y juventud derrama,
rasga de pronto el firmamento obscuro.

Tiembla el bardo infeliz, y gime, y clama;
y, roto el dique, derribado el muro,
abre su pecho á la esperanza, y ama!

Toujours.

Mayo de 1897.

RIMAS

NO te quejes en vano, pobre amigo:
sé que ha jurado no olvidarte nunca.
—Quizás; pero yo sé que es imposible
que una mujer sus juramentos cumpla.

***

—¿A qué me lo dijiste? ¡Ay! engañado,
feliz me creería.
¡Qué amargas son, Dios mío, las verdades;
qué dulces las mentiras!

***

—¿Por qué ese desaliento, ese cansancio?—
pregunta la cabeza al corazón;
y, en medio de sollozos, le responde:
—porque ha muerto mi amor.

—El tiempo cura las más tristes penas.
A sonreir un dia volverás.
—Tu egoismo te engaña.. Los sepulcros
no sonrien jamás.

***

Escancia el vino en la dorada copa.
Quiero olvidar mis tristes pensamientos;
que se agitan—abejas sumbadoras—
en confuso tropel en mi cerebro.

El corazón de padecer canzado
tiene sed de las aguas del Leteo...
¡Ay! infeliz del que jamás olvida,
y gime bajo el yugo del recuerdo!

O. Z. Z.

1895.

MADRIGAL AMARGO

RECUERDO de tu amor falso,
una trenza oscura tengo:
cuando me cargue la vida,
he de anudarla á mi cuello.

Gaspar Deburau.

EL GIN

En *Fleet Street*, á las nueve de la noche, en medio de esa niebla negra de Lóndres, en que se adivina ó se oye la turbulenta multitud sin verla, y en la cual las llamas del gas brillan como flores de sangre, el viejo Henry Lilly es abordado por una alta mujer de trágico aspecto.

Sus ojos están apagados; sobre sus atrevidas facciones se extiende la palidez de la muerte; de su cabeza desnuda caen largas crenchas blancas, y su cuello se quiebra como una serpiente herida. Está envuelta en un siniestro harapo, bello á fuerza de ser horroroso, y que ha debido ser antes un saco despedazado; lleva las piernas desnudas, i anda en el lodo con sus escuálidos piés descalzos.

—«¡Ah! señor, dice ella, tengo una sed cruel. ¡Cuánto os agradecería me pagárais un vaso de *gin!*

Lord Lilly, que es bastante rico y generoso para satisfacer los deseos de todo el mundo, jamás ha rehusado nada á nadie. Entra, con la vieja, á un salón de bebidas en que el mostrador de plata cincelada y las botellas brillan como montones de diamantes. Las mujeres, los jokeys, los boxeadores, los rateros, se divertirían con gusto á expensas de la miserable Kitty: pero no se atreven, á causa del señor que la acompaña; y ella bebe tranquilamente su vaso

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE MAYO DE 1897 NÚM. 81

de *gin*. Apenas atraviesa este fuego líquido su garganta, cuando ya parece reanimarse y renacer.

—«¿Otro? murmura tímidamente; como un niño que implora·

—Sí, otro, dice el lord, y todos los que queráis.»

Uno tras otro, bebe la vieja muchos vasos, y sus labios enrojecen, su cuello se yergue, fulguran sus pálidos ojos glaucos, y como loca de gratitud y alegría:

—¡Ah! gracias, exclama, gracias Henry!

—¡Cómo! interroga asombrado Lord Lilly ¿sabeis mi nombre?

—Sí, dice ella, yo era la delicada Kitty, camarera de la señora duquesa vuestra madre, en su castillo del condado de Berk, dónde los cisnes negros bogaban sobre el agua temblorosa del oscuro río. Y creo bien que he sido la primera muchacha a quien dijísteis entonces: ¡Amor mio!—Pero desde ese tiempo han pasado muchos días; yo era hermosa, y ahora soy fea, espantosamente fea.

—Nó, dice lord Lilly, contemplando á la amiga de su juventud, semejante á una Parca fúnebre, que el *gin* resucita,—hoy vuestra belleza es de otro jénero: eso es todo!»

Teodoro de Banville.

LA MUERTE DEL CÓNDOR

Del poema "El Derrumbe"

SILba ráuda la flecha.
El cóndor grita;
se retuerce febril; resbala herido
entre los nubarrones sempiternos,
y desenvuelve la espiral descrita
por un alma que rueda en los Infiernos...

Así cayó Luzbel!
Nunca es más bella
la caída de un rey.
Tal en la noche
cruza las sombras desprendida estrella...

Breves momentos, la cabeza airada
y las alas abiertas, hace en vano
de sus esfuerzos el postrer derroche,
retando la altitud con la mirada.

Tal se debate un corazón humano
con una flecha del amor clavada!
Tal la tronchada hélice que flota
rápida gira hasta perder el tino!
El cóndor ¡ay! en la altitud remota
bate sus alas como el aspa rota
que sacude en los aires un molino...

Náufrago de los aires, se agiganta
para sobrenadar; mueve sus remos;
rumbo pone á un crestón que se levanta
cerca, muy cerca; apura los extremos
del vigor que á los músculos se aferra;
mas la muerte se aferra á la garganta...
Si, en el mar de los aires, el abismo
rechaza los cadáveres que encierra,
cuando se ahoga el náufrago, en sí mismo
el peso tiene que lo arroja á tierra!..

Cual resignado el cóndor á su suerte,
descuelga la cabeza, abre las alas
que fingen ser como funéreas galas
las velas de la barca de la muerte...
Tras la brega tenaz, justo es que ceda:
es entonces el cóndor una barca
que, con las velas hacia lo alto, rueda
despavorida entre la inmensa charca...

Llega á tierra por fin. El abanico
de sus rendidas alas de combate
sacude al pié del cazador; se abate;
tira atrás la cabeza; y abre el pico...

El cazador arráncale las plumas.
Le servirán en otra flecha acaso
que, hasta alcanzar las altitudes sumas,
para herir á otro cóndor, se abra paso
como un tajo de luz entre las brumas...

La aguda flecha que vibrara el arco
y que clavada está—firme y derecha—
parece un mástil sobre un roto barco,
y el cóndor, revolcándose en un charco,
nudo de plumas que ensartó una flecha!

José S. Chocano.

1897.

DE PRIMAVERA

En el álbum de A....

I

EN la rama del árbol florido
canta el ave sus tiernos amores,
y se besan las cándidas flores
en el dulce y ameno verjel.

Se desliza el arroyo en el bosque
con murmullo de blandas sonrisas,
y modulan las plácidas brisas
ecos sueves de dicha y placer...

.....

II

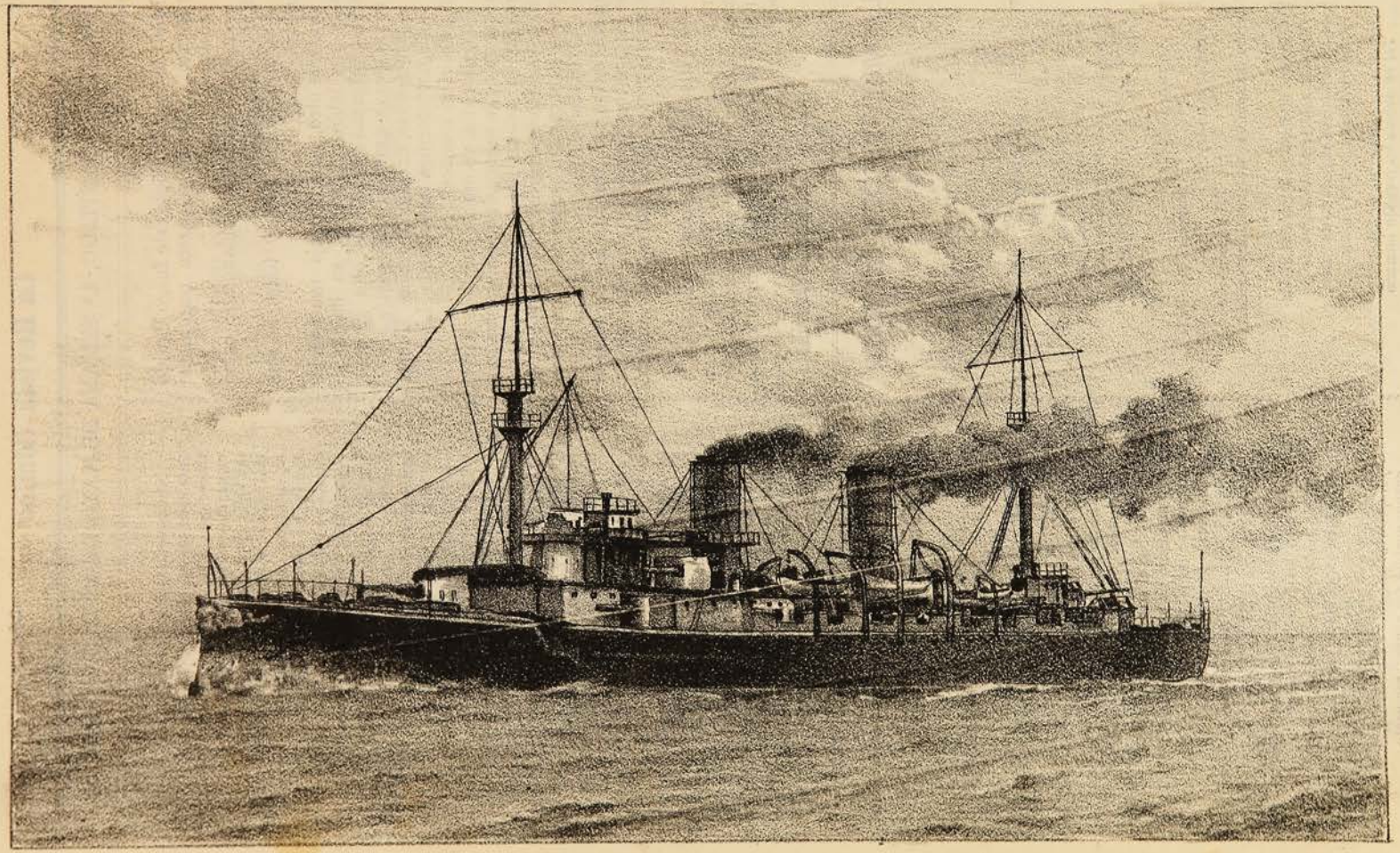
Cuánto envidio las tiernas sonrisas
del arroyo, las flores y el ave!
Cuánto envidio yo el cántico suave
de la brisa en el dulce verjel!!..

Yo, que sólo poseo gemidos,...
yo, que vivo anegado en mi llanto,
cuánto envidio ese canto... ese canto
de ventura de dicha y placer!...

.....

C. Vero M.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



El nuevo crucero chileno "Esmeralda"

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS ARTISTAS.

D. Marcial Martínez de Ferrari.



El Genio de la Armonía
batió sus alas sobre él,
y díjole: "¡Avanza! ¡Guía!
¡Tu frente ceñirá un día
mi más hermoso laurel!"

AÑO II SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE MAYO DE 1897 NÚM. 82

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50

Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración-Ahumada 75

Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

Es el primer fuego que se enciende en la fría estación.

Los leños resecos arrojan granizadas de chispas, que con su ruido imitan, ya un incendio de cohetes, ya el rumor de lejanos disparos de fusilería.

En medio del resplandor de alborada que brota de la blanca chimenea, dos sillas, una frente á la otra, llevan en blando vaivén dos cuerpos: el de la rubia de ojos de cielo, que tiene semiocultos en el cuello de su capa de astrakán el tesoro de su cabellera y las rosas de sus mejillas, y cuya risa se desgrana como un collar de diamantes; el del joven pálido, que tiene la espesa cabellera negra como el azabache, y los ojos obscuros y misteriosos como la noche, y cuya ronrisa es melancólica y amarga como el llanto.

—Estás triste... ¿Sufres?

—Nó, pienso...

—Es lo mismo...

Y la alegre rubia salta sobre las rodillas del joven pálido. Y estalla un beso, cuyo rumor, vosotros los grandes profanos, seriais capaces de confundir con el chisporroteo del hogar.

Vense entonces dos cuerpos abrazados meciéndose dulcemente, que parecen viajar hácia el país de los sueños; dos rostros que se ocultan en la piel de astrakán; dos cabelleras que se mezclan, semejando una cascada de oro incrustada de plumas de cuervo...

Un aire tibio, más grato que una caricia, envuelve la alcoba.

Afuera, la espesa niebla empaña los cristales de la ventana.

Ella deja de reir, y él de pensar.

Y las horas pasan...

¡Es delicioso el primer fuego!...

***

No en lindes fijos encerrar pretendas
las pasiones que hierven,
ni á los otros por tí juzgues, *ex cáthedra*,
¡oh moralista en cierne!

Que del arroyo en el angosto cauce
jamás cupo el torrente,
ni se asemeja el mar al vaso estrecho
en que tú el agua bebes.

***

Apoyado en su bordón de peregrino, los ojos sin luz, la boca sin sonrisas, nublada y sudorosa la frente, vaga el poeta de las noches sin sueño.

Joven aún, su espalda se encorva al peso de misteriosa carga.

¡La carga de los desengaños!

De pronto, un Ángel, coronada la sien con el laurel de la deidad de Delfos, la lira de Safo en la una mano, y la copa del néctar en la otra, llega batiendo sus alas de luz.

Y sus dedos recorren ágiles el instrumento de las siete cuerdas, y sus labios modulan una canción dulcísima, y su mano derrama sobre el bardo de las noches sin sueño la divina ambrosía que hierve espumante en la copa.

Y el cerebro del vate despierta a los sueños alegres, y su alma se abre á las sensaciones dulces, y su corazón se dilata en la esperanza, y la pesada carga de sus hombros rueda, y rueda, hasta despeñarse en el abismo de *lo que fué*.

Y el bardo se adormece en un éxtasis desconocido, ó ya olvidado, y sueña... sueña...

De pronto, su pecho se agita, sus sienes laten, sus labios se contraen.

¿En qué sueña el poeta de las noches insomnes? Qué le inquieta?

¡Ah!... Es que negro, siniestro, amenazador, acaba de aparecer ante sus ojos un fantasma, que muestra en su fatídica frente escrita la palabra:

¡PRESENTIMIENTO!

AÑO II SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE MAYO DE 1897 NÚM. 82

DANS LE HAREM

.....

TANDIS que sous mes yeux tout se cherche et [tout s'aime;
Tandis que du plaisir chacun brigue la loi;
Seul, pauvre mutilé, je subis l'anathème
Qui veut que pas un cœur ne palpite pour moi.

I'ai vu s'évanouir mes plus belles années;
Mon doux printemps n'est plus, mon été va finir;
Et, sourdes à ma voix, les heures fortunées
S'éloignent chaque jour pour ne plus revenir.

Tandis qu'autour de moi l'horizon se resserre;
Que mon regard pensif dirigé vers la terre
N'aperçoit que le vide en mon cœur désolé;
Comme ce voyageur, qui, lorsque vient l'automne,
Pour un climat plus doux fuit et nous abandonne,
Vers d'autres plus heureux l'espoir s'est envolé.

Et, brisé sous le poids de cette chaîne affreuse,
Si de mon sein meurtri s'échappent mes sanglots;
Je crois entendre au loin la voix mystérieuse
De la fatalité, qui me porte ces mots:

—Pour toi, jamais l'amour sur sa lyre divine
D'un chant voluptueux ne dira les transports;
Jamais tu ne verras s'embraser ta poitrine
Sous les feux enivrants d'ineffables transports.
Ni l'œil d'une maîtresse aux lèvres souriantes
Ne daignera sur toi s'arrêter un moment;
Ni tu ne presseras de tes mains frémissantes
Ces doux trésors qu'on livre aux baisers d'un amant.
Et, quand l'heure viendra de quitter cette vie,
Lorsqu'à ton dernier jour tu seras parvenu;
Quand, lasse de souffrir, ton âme inassouvie
Triste s'envolera vers un monde inconnu;
Tu la verras partir sans qu'un regret la suive;
Seulement, pour passer, une larme furtive
Alors entr'ouvrira ton œil demi fermé.
Mais, au moins, celle-la, ce sera la dernière:
Cri suprême d'un cœur qui retourne en poussière,
Sans avoir pu goûter au bonheur d'être aimé.—

Philibert Germain.

Santiago, 14 Mai 1897.

AFINIDADES

COMO al través del puro
cristal de Bohemia,
se agitan en sus ojos
de tristes presagios, las palabras negras.

Como el vino enervante
que bebe el poeta,
sus hechiceros ojos
son verdes esfinges que el alma encadenan.

Como el vino maldito
que mata la idea...
magnetizan sus ojos,
y tintas las sienes en púrpura dejan...

A. Varela.

RATAPLAN... PLAN... PLAN

(Para mi hermano, cadete de la Escuela Naval)

¡OH! los tambores! ¡Oh! las bandas marciales! ¡Oh! todas estas cosas soberbias y brillantes de los dormanes y casacas bordados de oro, botones relucientes, orgullosas flores de lis, vistosas franjas, presillas y palas magníficas de los jenerales.

Y sobre todo el gran sable, el florete fino como una aguja, o la espada, la aristocrática, la gran señora, la reina, la asesina espada.

Y luego el aire marcial, la marcha guerrera, las bayonetas que relucen al sol, desposadas de la sangre roja, húmeda, caliente, que se escapa a borbotones por la herida abierta, en medio de los espasmos de la muerte, cuando crujen los dientes y los ojos se anublan y vibran los nervios en un último deliquio de los moribundos.

Y las formidables cargas de los centauros que escupen blanca espuma y se bañan hasta el pecho en las charcas de púrpura. Y el estampido atronador de los obuses, y los toques de los clarines, y las voces de mando de los alféreces, y el aullido rabioso de las frases secas, y el rataplán... plán, plán! que despierta á la bestia humana, ¡oh! todo esto es imponente, es grandioso, es sublime!

Y allá, las naves cabalgando sobre el gran mar á la hora del zafarrancho, y los gritos con los labios metálicos de las trompetas, y, desde las gavias y masteleros, la gran palabra fatídica: muerte, muerte!

Y los tambores, rataplán... plán, plán!

Y despues el premio de la patria para los vencedores, la corona de laurel, las palas—¡oh! las palas!—la dulce mirada de las mujeres hermosas que son hambre de este triunfador, de este tigre carnicero de mirada fiera, de grandes mostachos felinos.

Oh! Los despojos opimos de los victoriosos.

Es una gran felicidad esta de matar hombres, ver como salta el caño de sangre del agujerito que hizo la hoja fina del acero, oir el ¡ay! del rubio efebo que se desploma, y sentir ese soplo de vida que se escapa hasta por los poros de la carne que muere, mientras ronca el pecho con la agonía y se aprietan los puños y castañetean los dientes de dolor...

Rataplan... plan... plan...

¡Oh! No poder ser, siquiera, Pedro Bórquez Solar; á quien poco falta para obtener la espada del guardia marina, para ser un salvador de la patria.

A. Bórquez Solar.



—¿Adonde vá Ud?

—A ver una muchacha que se llama Aida

—El boleto de entrada?

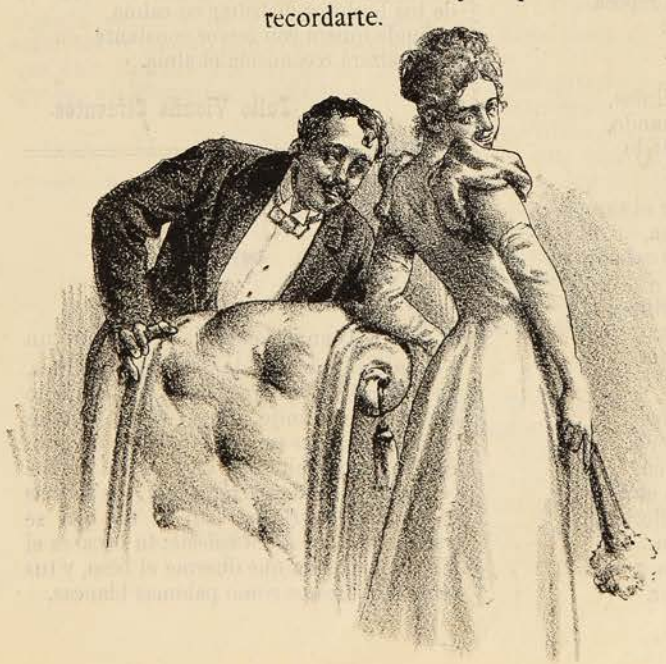
—Qué boleto ni que entrada cuando el señor empresario no ha tenido la cortesía de enviármelo?

—Pero, quién es Ud?

—*La Revista Cómica* y... ¡paso franco!



La conservaré y su perfume me hará siempre recordarte.





El retrato de mi sueg

¡Cuán hermosa eres y cuánto te adoro!

AÑO II SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE MAYO DE 1897 NÚM. 82

UNA TARDE EN EL CAMPO

A MANUEL PULIDO ILLANES

Páginas del Libro Viejo.

I

BELLO y envuelto en su dorado manto
baja á su tumba el rubicundo sol,
do quier vertiendo embriagador encanto,
colorando los cielos de arrebol.

Gime en el bosque solitario el viento,
dobla la flor su frente virginal,
y entre la yerba con sonoro acento
murmura el argentado manantial.

Cantan las aves en la selva umbría
dulces endechas de apacible amor,
y de las ondas de la mar bravía
se escucha el vago y funeral rumor.

Cesa el murmullo descompuesto y bronco
de la tropa famélica y cerril,
y de los pumas el bramido ronco
medrosa agitación lleva al redil.

Y allá á lo lejos, en la agreste avena
ensaya el inocente labrador,
su sentida, acordada cantilena
al tornar á los brazos de su amor.

Y en tanto el sol hácia la mar desciende,
y apaga en ella su brillante luz,
la obscura noche con respeto tiende
sobre su tumba, su gentil capuz.

II

Todo ¡ay! en calma reposa
en este valle sombrío:
el confuso vocerío
atrás perdido quedó;
y aves, flores, auras, linfas,
mansamente murmurando,
despídense en eco blando
del astro que feneció.

Reina el silencio en el campo,
reina la paz en el alma,
y á turbar tan muelle calma
viene solo al corazón
algún recuerdo importuno,
alguna dulce memoria,
ó acaso la triste historia
de malograda pasión.

De orgías y bacanales
respirando el alma ajena,
lamenta á solas su pena
ó á solas piensa en su amor;
y en medio el campo florido,
libre de pérfido acecho,
dilata á solas su pecho
sin inquietud ni temor.

Y hendiendo el inmenso espacio
del aura plácida en alas,
sube á las etéreas salas
el canto del trovador;
como en las noches tranquilas
de la gentil primavera,
sube á la nítida esfera
el perfume de la flor.

III

Tranquila soledad, tú eres mi centro;
augusta soledad, tú eres mi vida;
que en tí la paz del corazón encuentro
que en las ciudades lamenté perdida.

Lejos del torpe mundanal bullicio,
¡cómo tranquilo el corazón palpita!
Su paz no turba la inquietud del vicio
aquí do sólo la inocencia habita.

Pero mañana...—¡Esclavitud horrenda
la de quien sirve á una misión!—Mañana,
tornaré á hollar la fatigosa senda
que errante sigue la familia humana.

Tornaré á la recíproca falsía,
tornaré de la vida á la indolencia,
y á ese mundo de cruel monotonía
do miro consumirse mi existencia.

¡Ese mi sino es! Por él te dejo,
campo florido de ventura nuncio;
por él ¡oh grata soledad! me alejo,
por él al bien de mi existir renuncio.

Mas pueda al menos este corto instante
de tus hechizos disfrutar en calma,
y donde quiera con fervor constante
te ensalzará reconocida el alma.

Julio Vicuña Cifuentes.

A ESTER

TENGO en el fondo de mi cerebro un cielo negro cubierto de estrellas brillantes. Cada estrella es un recuerdo, es el símbolo de un goce infinito. En el centro, en un fondo obscuro, te ostentas tú, como un gran Sol. Te estoy mirando. La frescura de tus veinte años se desparrama por tus formas de hada; á través del azul de tus ojos se transparenta tu alma celeste: tu boca es el nido de perlas en que duerme el beso, y tus senos son frescos como palomas blancas.

AÑO II SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE MAYO DE 1897 NÚM. 82

***

Aquella estrella lejana, que brilla más que todas, es el símbolo de nuestro primer himno al amor. Era una tarde. Á la sombra de las viejas encinas estábamos tú y yo juntos, muy juntos. Vagaban á nuestro alrededor, en coro solemne, las múltiples estrofas aladas y misteriosas, de las aves jocundas, del viento al rozar las hojas, y del arroyo al despedirse de la rama que se inclina para besar sus ondas.

Nuestros corazones latían con martilleos intensos; nuestros ojos, bañados por los efluvios del amor, iban tomando poco á poco un aire extraño; tus palabras de virgen encarnaban en formas aladas y volaban á cons telar el azul.

—¿Después?...

—La frase queda; la mirada quemante de tus ojos; las caricias ardientes de tus manos leves; el ruido misterioso de mil besos que brotan alegres de nuestros labios trémulos...

—¿Y después?...

—¡Eros! Tú lo sabes, tú, que entre tanto alegre y juguetón volabas á nuestro alrededor y nos cubrías con tus alas tenues, formadas de las lágrimas solitarias de una virgen.

***

Silencio...

Sentí la aurora en mi cerebro, en mis venas ardor, en el aire perfumes.

Ví estallar, desde la cresta de las viejas encinas, algo á manera del lampo de un volcan; extenderse y llenar los ámbitos lejanos. Vi surgir y surcar los aires un meteoro gigantesco, detenerse y brillar. Eras tú, emblema de nuestro primer himno al amor, que en cada fulgor me revelas un nombre que me hace estremecer, reir, llorar...

C. de Idahue

ADÉLFICA

¿QUÉ hacer?... pregunté á los sauces
el dia en que la enterraron;
y ellos, próxima á su tumba
otra tumba me mostraron....

Gaspar Deburau.

SÚPLICA

(Del italiano, de Giuseppe Giusti.)

LA conturbada mente
que abate el duelo impío,
alumbra, Señor mío,
con rayos de la fé:
libértala del peso
que al fango la sujeta;
mi expiación secreta
desde tu solio ve.

Ya que la vida mía
extínguese tan luego,
como la cera al fuego,
como la nieve al sol,
de esta ánima que anhela
volar pronto á tus brazos,
Señor, rompe los lazos
que el mundo le anudó.

Otoño.

1887.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Estudios de Rítmica Moderna por E. de la Barra.

SÓLO es un capitulo de una interesantísima obra.

Con la lógica profunda y con la encantadora sencillez que acostumbra poner en esta clase de estudios, explica el distinguido maestro la razón y el mecanismo de los versos múltiples, tanto de los conocidos como de nuevas y bellas formas.

Prosas Profanas por Rubén Darío

Concluimos de leer el libro y cerramos los ojos...

Nos pareció ver un Arlequín, que llevaba en cada triángulo de la casaca multicolor, un nombre: Verlaine, Mendes, Richepin, D'Aununcio...

Y «esta literatura es *mía en mí*,» dice Darío, como si Arlequín dijera: esta casaca que veis, de muchas piezas, muchos colores y muchas marcas, es de una sola pieza, de un sólo color, y no tiene más marca que la mía...

¿Mistificación? Nuestra, nó. Del poeta, acaso...

Azul seguirá siendo *su* libro, del que van ya varias ediciones agotadas.

Poesías de Ismael Enrique Arciniegas.

Es una colección lujosamente impresa que se nos envía de Caracas.

Algunas de sus piezas, de índole descriptiva, revelan en él un poeta. Es lástima, si, que el buen gusto y el buen sentido que en ellas se descubren, no abunden en las demás.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



Volubilidad



Firmeza de convicciones,



Enamorado y bullanguero.



Malas intenciones.



Tunantería,

LENGUAJE DEL SOMBRERO

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS POLÍTICOS

D. Ventura Blanco Viel



Simpático, inteligente,
hombre de pluma y palabra,
fama risueña se labra
sin arrogancia imprudente.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE JUNIO DE 1897 NÚM. 83

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números).....	$ 4.50
Por medio año (25 »).....	2.50
Número suelto.....	0.10
Id. atrasado.....	0.20

Oficina y Administración-Ahumada 75

Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

VAN dos dias, y la lluvia continúa.

El gran magnate es delicado y tiene mucho miedo al aire frio y á la humedad; lo que le obliga á quedarse en casa.

Probablemente, sus distinguidos amigos tampoco irán á sentarse en torno de la mesa verde del aristocrático club.

Y, hundidas las manos en los bolsillos del pantalón, caida la cabeza sobre el pecho, se pasea callado y á grandes trancos por la sala espaciosa, alumbrada vagamenre por el carbón hecho ascuas de la enorme chimenea.

Paseándose, piensa en muchas cosas: en que tiene una mujer que se ha permitido echarle en cara el derroche de su fortuna en una vida de escándalos; en que hay un banco que le urje; en su palacio y coches, que tendrá que abandonar muy luego; en el tiempo, que le impide ir á tentar la suerte con otros caballeros tan distinguidos como él... Todo esto le pone de mal humor; por lo que de tiempo en tiempo da fuertes taconazos, renegando de su mujer, del banco, de su palacio y del tiempo.

Y la lluvia no cesa, y el ruido que hace el agua al caer sobre el techo de zinc, parécele al magnate un coro endemoniado que se burla de sus desgracias.

* * *

Tales versos!... imposible!... decia la coqueta.

No se explicaba que un individuo tan escuálido, con los cabellos tan largos y tan mal vestido, pudiera tener corazón.

IMPROVISACIÓN

DEL alto monte entre la grieta obscura
se abre paso la planta trepadora,
y la piedra fatal que la tortura
orna la humilde flor que el sol colora.

Pero muere al nacer aprisionada,
que es inútil luchar contra la suerte,
y es su cuna á la vez tumba ignorada
do el llanto, al despuntar la aurora, vierte.

Tambien del infortunio los rigores
oprimen sin piedad mi corazón,
y entre el muro fatal de mis dolores
muere, al nacer, la flor de mi ilusión.

Ezperanza

Mayo de 1897.

VITA NOVA

Páginas del Libro Viejo.

I

HUID, falaces recuerdos
de antigua olvidada gloria:
no me traigáis la memoria
de mis ensueños de ayer.
Libre del pérfido hechizo
que vuestras iras disfraza,
mi corazón os rechaza;
¡huid para no volver!

Vano es que torneis de nuevo
á conspirar en mi daño:
la garra del desengaño
el velo ya destrozó;
ni será cómplice vuestro
de mi juventud el brio,
porque hace tiempo el hastio
sus ardores apagó.

La fé que en mi edad primera
dentro del pecho sentia,
la que mis labios movia,
la que en mi hogar aprendi;
luz, esperanza, consuelo
del alma que gime esclava,
esa fé que yo abrigaba,
esa fé no la hay ya en mi.

Hora entre dudas me agito,
presa de extraños recelos,
abatidos los anhelos
de mi noble juventud:
alta, muy alta la frente;
lo piés, en el precipicio;
sordo al halago del vicio,
ajeno al de la virtud.

Y en vano con ánsia loca,
rendido á martirio tanto,
el desahogo del llanto
mi pecho un dia buscó;
que al encender sus furores
el desengaño inclemente,
¡ay! para siempre la fuente
de las lágrimas secó.

II

Mas ¡ah! no siempre en el mundo
mentira son los placeres:
áun podré en otras mujeres
ventura cierta encontrar.
Mas no espereis que, como antes,
empeñe en la lucha el alma:
de la victoria la palma
con ardid sabré ganar.

¡Cuán necio he sido! La dicha
busqué en sus falsos amores,
y espinas cogí por flores
donde flores creí hallar;
como, en su afán impaciente,
busca el marino inexperto
entre las brumas el puerto,
y va en la roca á chocar.

Eran sus ojos mi guia,
era su frente mi cielo,
su amor el fin de mi anhelo,
su virtud mi religión;
y sus melifluas palabras,
de su amor falsas preseas,
génesis de mis ideas,
biblia de mi corazón.

¡Cuánto la amaba!... Por ella
vivi de afanes ajeno;
por ella, acaso, fuí bueno;
y puedo ya confesar,
hoy que sus pérfidos brazos
mi débil vida no oprimen,
que á la demencia y al crimen
también me pudo arrastrar.—

¡Oh, mujer! si á la distancia
penetras mi pensamiento,
merced al raro portento
de incomprensible intuición,
no huyas de mi alma los ojos
porque te impugna severa,
y lee por vez postrera
en mi herido corazón.

De la fortuna halagado,
mil veces su dón querido
á tu cariño mentido
pospuso mi vanidad;
vanidad tierna y honrosa,
que si un laurel anhelaba,
era porque en él buscaba
digna ofrenda á tu beldad.

Triunfos y goces pospuse
de tu amor al blando arrullo;
solo un tributo mi orgullo
á tu arrogancia negó:
pedisteme el sacrificio
de mi amor propio burlado,
y en lo más hondo tocado
mi orgullo, te dijo nó.

¡Ah! no me pesa! Hoy—¿quién sabe?—
al sentirme entre tus brazos,
me ahogarian esos lazos
comprados á precio vil;
y si es cierto que mi pecho
siente el harpón de tu ira,
cierto es también que respira
libre de yugo servil.—

Mas, basta ya! De mi alma,
hoy que por siempre te pierdo,
huya por siempre el recuerdo
de esa esperanza que huyó.
Nada temas. Los engaños
de tu inconstancia arrogante,
si los recuerda el amante,
el caballero ya no.

Que al fin no siempre en el mundo
mentira son los placeres,
y áun podré en otras mujeres
ventura cierta encontrar.
Mas no esperes que, como antes,
empeñe en la lucha el alma:
de la victoria la palma
con ardid sabré ganar.

III

Huid, falaces recuerdos
de antigua olvidada gloria:
no me traigais la memoria
de mis ensueños de ayer.
Libre del pérfido hechizo
que vuestras iras disfraza,
mi corazón os rechaza;
¡huid para no volver!

Otoño.

1888.

NOCTURNAL

A mi amigo Federico Valdivia.
En la Serena.

I

ERA una noche de verano. Apoyados de codos en el balcón, permanecíamos abstraidos contemplando la ciudad que se adormecia á



Sr. ENRIQUE PICCIONE

Distinguido sociólogo italiano



¡Oh fatalidad! surges tremenda hasta del seno de los mares.





El retrato de mi suegra.

—Como te va chico.—Bien y mal.—¿Cómo así? —Donde me ves, no he dado anoche una pestañada. —¡Ah! te habrás disgustado con Clemencia, ó, habrás cenado demasiado fuerte?

—Sí, esto último, chico; pero, fué una cena intelectual y mira.—¡Hombre! *Nocturnos por Ricardo Fernández* me lo explico.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE JUNIO DE 1897 NÚM. 83

nuestros piés. Los rumores del dia habian cesado ya, y, en cambio, reinaba una plácida quietud. De tarde en tarde rompia el silencio de la noche el repentino ruido de algún carruaje que pasaba por una de las boca-calles cercanas; ruido que se iba extinguiendo por grados hasta morir completamente.

La luna vertia su luz diáfana y trasparente desde un cielo intensamente azul, como una lluvia finisima de plata que, empapando los techos de las casas, primero, se deslizara en seguida, cual dormido arroyuelo, á lo largo de las calles, para ir á morir allá... donde no alcanza la vista.

Estaba yo distraido, pensando en no recuerdo qué,... en alguna tonteria talvéz, de las muchas que me afanan siempre, cuando senti posarse en mi frente los frescos labios de Amanda, y,

—Vamos, don Filósofo—me dijo.—¿Hasta cuando piensa? Mire esa luna; qué hermosa es, pero, qué pálida!...

Y cambiando luego el tono de su voz,—de esa voz tan dulce y tan amada—me dijo sonriendo:

—Apostaria á que no sabes por qué causa la luna está asi, tan pálida...

—Bah!—le contesté, riendo de la ocurrencia;—¿por qué causa? Pues... por que siempre ha sido lo mismo.—Bah, bah... me hace gracia la pregunta!

—El señor sabio se equivoca—me dijo,—porque no siempre ha estado asi; y, si duda de mi palabra, oiga la historia tal cual me la contó mi buena madre, allá... hace mucho tiempo,... en fin, cuando yo era chiquita...

II

Has de saber, porque de seguro no lo sabes, que la Luna es la esposa del Sol.

Al principio, es decir, antes que el mundo fuera mundo, vivian, como buenos casados, en intima y perfecta armonia. Todos los dias salian juntos, en el carro de oro del sol, á dar un paseo por el cielo, sin que el menor disgusto ni la más leve contrariedad turbaran, por un sólo instante, el rostro de la Dicha, que les sonreia constantemente.

Las estrellas—sus súbditas—se inclinaban á su paso, con muestras de profundo respeto, y Céfiro estendia sus alas de colores múltiples sobre la celeste pareja, para preservarla de las miradas, un tanto indiscretas, de los demás astros.

Los meses sucedian á los dias, los años á los meses, los siglos á los años, y, sin embargo, la diosa Felicidad los acariciaba con tanto amor, como en la primera hora de desposados...

III

Cuán lejos estaba de pensar la dichosa Luna en la suerte que el Destino le preparaba!...

Una mañana en que los amantes esposos habian salido, como de costumbre, á recorrer el éter, se sorprendieron al ver venir hácia ellos, corriendo por el espacio, una muchacha alegre y retozona, á quien nunca habian visto. Parecia que la acababan de vestir con un traje nuevo, y andaba muy ufana de su hermosura. Pasó junto al Sol, haciéndole un saludo tan gracioso y lanzándole una mirada tan provocativa, que la Luna tembló... porque su corazón de mujer la hacia presentir una desgracia...

IV

Ay! qué no se engañaba!

Desde ese fatal encuentro, el Sol se mostró mudo y pensativo. Emprendian silenciosos su camino á través del espacio y cuando ella, por medio de halagos y caricias queria preguntarle la causa de tal mudanza, él, que siempre habia sido amante y cariñoso, le contestaba duramente, dejando ver á las claras el tédio y la desesperación que le abrumaban.

Y, cuando llegaba la hora de dormir, el Sueño no venia al llamado de la Luna, y de sus negros ojos se desprendian lágrimas de dolor, que rodaban por su rostro marchitando la frescas rosas de sus mejillas...

V

Un dia el Sol se levantó más temprano que de costumbre; hizo enganchar á su flamijero carro los más briosos corceles, y salió, mientras la Luna, vencida por la fatiga, yacia dormitando. Cuando esta abrió los ojos, ya el esposo no estaba á su lado... Temblando de ansiedad tendió su vista por el espacio, y vió, en el paroxismo de la desesperación, pasar en deslumbrante carro, al Sol, su esposo amado, y á la muchacha aquella que encontraran en su camino, cuando ella era feliz!...

Yba á hablar, á proferir una maldición quizá, pero las fuerzas la abandonaron y cayó pesadamente, exhalando un gemido...: último adios á la Felicidad, que hundia su frente en nubes de dolor!

VI

Y tuvo vergüenza de su desdicha, y golpeó á las puertas del reino de la Noche, la cual la recibió gustosa en su recinto. Acarició á la Sombra y amó á la Soledad...

Por eso, todas las tardes, cuando el Sol se oculta en Occidente, después de dar un último beso de despedida á su amada, aparece por oriente la Luna, pálida y desfallecida...

Viene á implorar de la *Tierra* que le devuelva á su esposo; viene á verter su llanto, en forma de rocio, sobre la misma faz de su rival...

VII

Y si tú,—me dijo Amanda, apoyando tristemente su cabecita en mi hombro—me olvidas,

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE JUNIO DE 1897 NÚM. 83

como el Sol olvidó á su esposa, por otra mujer, me pondré tan pálida como la Luna,—vendré todas las noches, llorando, hasta ti, y mis lágrimas caerán sobre tu frente...

Gui de Malivert

SIEMPRE.

Nunca de amor te hablé, sólo mis ojos,
traición haciendo á mi aparente calma,
al par que desafiaban tus enojos
te mostraban el fondo de mi alma.

Ni mi propia altivez, ni tu desvío,
tu dulce imagen, cuanto hermosa, altiva,
han podido borrar del pecho mío,
y en él tú vivirás mientras yo viva.

Dicen que una pasión que nunca alcanza
á ver correspondido su desvelo,
y á quien jamás halaga una esperanza,
encuentra en el olvido su consuelo.

Pero yo, que batallo hora tras hora
por ahogarte en mi amante corazón,
no he encontrado esa calma bienhechora,
y eterno, inmenso vivirá mi amor.

Always.

Mayo de 1897.

ADÉLFICA

Sonrió tan bondadoso, y con tal brío
extrechóme la mano,
que al doblar cada esquina, desde entonces
su puñalada aguardo.

Gaspar Deburau.

SUEÑO

Las celestes pupilas
para siempre apagadas,
en negro tul amortajado el rostro,
muerta sobre tu lecho te encontrabas.

Al fulgor moribundo
de vacilantes cirios,
tu madre y yo velábamos de hinojos
aquella noche del invierno frío.

El cierzo en la arboleda
con furia murmuraba,
y, preludiando su cantar maldito,
un buho se asomó por la ventana.

Trémulos, al oirlo,
bajamos la cabeza...
Después alcé los ojos, y á tu lado
divisé de un demonio la silueta. .

.....

.....

¡Qué sueño aquel, Dios mío,
tan triste y espantoso!
¡Siempre que lo recuerda mi memoria
en lágrimas anéganse mis ojos!

Y pienso amargamente,
cabizbajo y absorto,
¿por qué la noche aquella, en vez de un ángel,
divisé la silueta de un demonio?

Edmundo Dantés.

1894.

¿POR QUÉ?

A...

Si el mismo dardo restañó la herida,
si el mismo insomnio consoló desvelos,
si el ánsia misma que engendró recelos
hoy á la fé y á la quietud convida;

¿Por qué, de orgullo suspicaz movida,
el fuego intentas sofocar en hielos,
¡oh, tú! casta deidad de mis anhelos,
última luz que iluminó mi vida?

¿Por qué, en el pecho renovar dolores,
vistiendo nubes de color sombrío
al cielo azul que resplandece en calma?

¿O es que, de la ilusión muertas las flores,
previene el desamor, en daño mío,
llanto á los ojos, soledad al alma?...

Toujours.

Junio de 1897.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Nocturnos, de Ricardo Fernández Montalva.

Es el último libro de nuestro querido compañero.

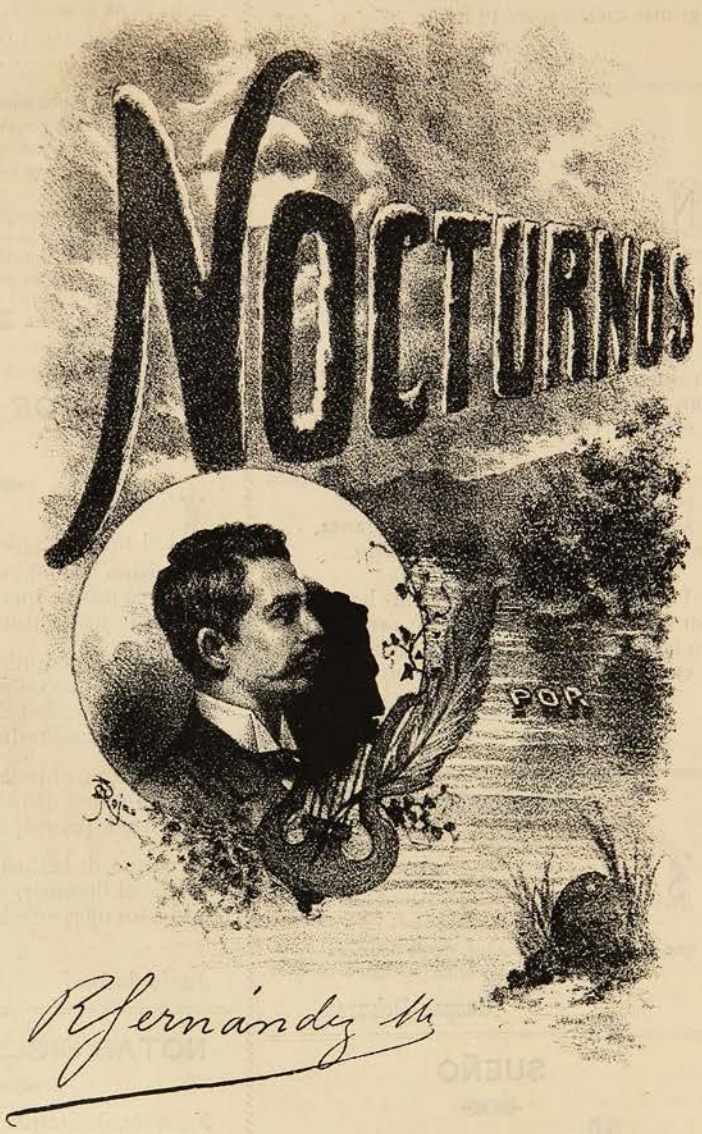
Demasiado conocido es Fernández; y al decir que es uno de nuestros vates de más brios, de mas corazón y *mas de verdad*, no decimos cosa nueva.

Nocturnos es un fresco y magnifico florón que el poeta agrega á su corona.

Que la edición se agote pronto, para solaz del público lector y bien del amigo, son nuestros vehementes deseos.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20

ACABA DE SALIR



Se vende en la Librería del Mercurio y en la oficina de La Revista, Ahumada 75, al lado de la Fotografía Reyes.

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS JURISCONSULTOS

D. Luis Claro Solar



Sin abatir su conciencia
ante la humana malicia,
es lumbre de la justicia
su brillante inteligencia.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE JUNIO DE 1897 NÚM. 84

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20
Oficina y Administración-Ahumada 75
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS



COMO fugaz meteoro en noche obscura,
la morena deidad pasó á mi lado:
sus negros ojos, que abrillanta el Genio,
mis ateridos ojos deslumbraron.

Pero á través de la radiosa aureola
que la ocultaba á mi mirar profano,
áun pude ver una sonrisa inquieta
cual flor de luz iluminar sus labios.

*
* *

La caprichosa mujer, chiquita y delicada como una japonería, pasa su pequeña mano sobre la armiñada piel del gato, que se encorva hipócritamente bajo la caricia, dando á su espinazo movimientos de culebra.

Y los claros ojos del gato, semivelados por los párpados soñolientos, se fijan en los negros ojos—carbones misteriosos—de la mujer.

Y, poseidos de extraña simpatía, ambos parecen hablar.

¿Que se dirán?

Imposible comprenderles. Acaso hablan un idioma de ellos sólo conocido.

De repente, el pequeño felino salta y clava y tiñe de púrpura, en el terso brazo desnudo de su amiga, el marfil de sus zarpas y las agujas de nieve de sus dientes.

Ella, colérica, azota con su mano pequeña, contraída como un botón de rosa, el cuerpo del traidor, que cae de espaldas en voluptuosa actitud, acariciando la mano de su verdugo entre los cojines de raso de la suyas, fijos los claros y lánguidos ojos en los ojos negros—carbones misteriosos—que chispean bajo el plegado ceño.

Y tras de un breve instante, la mano de la mujer vuelve á deslizarse amorosa sobre la piel del hipócrita, y continúan ambos su extraña y muda conversación...

¿Cuál es el secreto del afecto que une á estos dos seres? ¿Por qué esas apasionadas caricias que se alternan caprichosamente con el castigo que se tiñe en sangre?

¡Misterio!

Pero hay entre ellos innegables, profundas afinidades que los acercan, y extrañas simpatías que los unen.

¡SIEMPRE TÚ!...

SIEMPRE tú, siempre!... En vano
he querido arrojarte de mi pecho,
á ti, que en el jardín de mi esperanza
de tus desvíos esparciste el hielo;
á ti, que mis ideales paraisos
convertiste en infiernos,
que la paz á mis noches arrancaste
y vertiste la sombra en mi cerebro!...
Tu imagen por doquiera me persigue,
cual fatídico espectro;
tu imagen, siempre pálida,
reina esquiva y fatal de mis ensueños.

En vano, en vano quise,
buscando tregua á mi impotente duelo,
ante nuevas deidades
rendir adoración en nuevos templos:
á tu implacable influjo
los altares cayeron,
y mis glorias mentidas, en pedazos
rodar ví por el suelo...
Siempre te ví, impasible,
las ruinas presidir, inmoble el ceño,
mientras fijos tenías en mis ojos
tus ojos, empapados en misterio.

Yo me lancé al combate
de ciclópeos esfuerzos,
que la conciencia nubla
y embota el sentimiento,
sin olvidar que entre los brazos míos
ceñí mas de una vez tu talle esbelto,
y que ¡ay! entonces exprimí en tus labios
la roja flor del beso.

Yo en la profunda copa
bebí febril el soporoso ajenjo,
pensando hallar en él un nuevo mundo
de paz para mis ansias y desvelos;
y, á los halagos del licor maldito,
tu nombre moduló mi pensamiento,
y rodaron amargas
mis lágrimas de fuego...

Ya fatigados de vibrar, un día
extendióse la inercia por mis nervios,
y entonces creí ver la blanca virgen
acercarse á mi lecho;
y ¡oh bálsamo que ansío!
con mi aliento juntar ella su aliento...
Mas, cuando se velaban ya mis ojos,
próxima el alma á abandonar el cuerpo,
hubo una voz,—la tuya—
que me volvió al suplicio en que áun me encuentro...
Y era de tu plegaria
sólo el presentimiento,
que se agitó en mi alma
entre nubes de incienso!...

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE JUNIO DE 1897 NÚM. 84

Ah! imagen peregrina de que huyo,
¡adorado, fatídico recuerdo!
hoy que la virgen blanca
de mis locos anhelos
anúnciame de nuevo su visita,
¡oh mi infierno! ¡oh mi cielo!
de mis penas te duele... Aparta el cáliz
de mi martirio eterno,
y ¡deja que tranquilo
me entregue al postrer sueño!...

A. V.

HOMO FEROX

PORTANT avec orgueil sa soyeuse parure,
Una belle chenille, heureuse de son sort,
Dans un sentier fleuri courait à l'aventure,
Et s'en allait broutant de l'un à l'autre bord.

Mais un homme survint. Ce roi de la nature,
Toujours lache et cruel lorsqu'il est le plus fort,
Dit, en apercevant la pauvre créature,
Dieu! la vilaine bête!... Elle fut mise à mort.

Puis, s'essuyant le front après cette victoire,
Se dit, pour excuser une action si noire:
Ils sont tous dangereux, ces insectes velus!

O pauvre genre humain! quel sot orgueil [t'enivre!
Si tous les êtres laids devaient cesser de vivre,
Depuis longtemps, déjà, tu n'existerais plus.

Philibert Germain.

Santiago, 1r. June 1897.

ADÉLFICA

QUE me ves distraido?
Es que oigo voces
que en los espacios flotan; voces vagas
que á la mente me traen el recuerdo
de seres que me amaron; voces santas
que fueron luz, aroma
y arruyo de mis dias de bonanza;
voces de seres que del mundo huyeron
y á eterno luto condenaron mi alma,
de seres que áun padecen
cuando ruedan mis lágrimas,
que me tienden los brazos incorpóreos
y sin cesar me llaman...

Gaspar Deburau.

LAS VOCACIONES

EN un bello jardin donde los rayos de un sol de otoño parecian detenerse placenteramente, bajo un cielo ya verdoso en que habia nubes que flotaban como continentes en viaje, cuatro niños, cuatro hermosos niños, sin duda cansados de jugar, conversaban entre ellos.

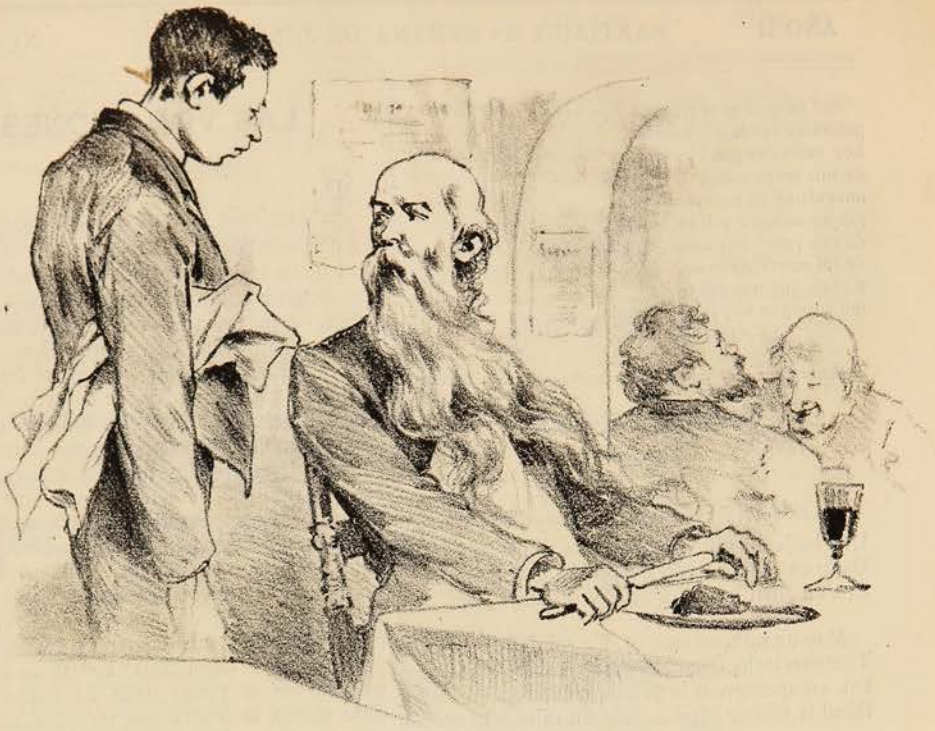
Uno decia: «Ayer me llevaron al teatro. En grandes y tristes palacios, en cuyo fondo se ve el cielo y el mar, hombres y mujeres serios y tristes también, pero mucho mas hermosos y mucho mejor vestidos que los que vemos en todas partes, hablan con una voz que parece un canto. Se amenazan, suplican, se entristecen, y ponen con frecuencia la mano sobre un puñal que llevan en el cinto. Ah! eso es muy hermoso! Las mujeres son mucho mas bellas y mas grandes que cuantas vienen á vernos á casa, y aunque, con sus grandes ojos obscuros y sus mejillas encendidas, tengan un aspecto terrible, no se puede dejar de quererlas. Se tiene miedo, se desea llorar, y sin embargo uno está contento... Y luego, cosa singular, se siente el deseo de vestirse lo mismo, de decir y hacer las mismas cosas, y de hablar con la misma voz...»

Aquel de los cuatro niños que desde algunos instantes ya no oia el discurso de su compañero y observaba con una fijeza asombrosa no sé qué punto del cielo, dijo de repente: «Mirad, mirad allá...! ¿*Le* veis? Está sentado sobre esa nubecita aislada, sobre esa nubecita color de fuego, que se mueve dulcemente. *Él* también parece que nos mira.»

«Pero quién, pues?» interrogaron los otros.

«Dios!» contestó él con un acento de profunda convicción. «Ah! ya está muy lejos; ahora no le veréis mas. Sin duda va de viaje, para visitar todos los paises. Mirad, va á pasar tras de aquella fila de árboles que está casi en le límite del horizonte... y ahora desciende tras del campanario... Ah, ¡ya no se le vé!» Y el niño quedó largo rato vuelto hacia el mismo lado, fijos, en la linea que separa la tierra del cielo, sus ojos en que brillaba una indecible expresion de éxtasis y dolor.

«Qué tonto es este con su buen Dios que sólo él puede ver!» dijo entonces el tercero, cuya figurita se distinguia por una vivacidad y una vitalidad singulares. Os voy á contar algo que á mi me ha sucedido y que á vosotros no os ha sucedido nunca, y que es un poco mas interesante que vuestro teatro y vuestras nubes.—Hace algunos dias, mis padres me llevaron á viajar con ellos, y, como en la fonda en que nos detuvimos no habia camas suficientes para todos nosotros, se decidió que yo durmiese con mi niñera.»—Trajo á sus compañeros mas cerca de él, y habló en voz mas baja.—



—¿Cuántos días tiene este pernil?
—Es de la semana pasada no mas, señor.



—¡Si no tenemos energía, nos comen vivos!
—Y si nos comen ¡qué será de nosotros!



¡Todo se acaba en esta vida!



Próximo á llegar al puerto de la Felicidad.



¿Le gustan los huevos, abuelita? á mi me gustan mucho.



Aquel señor me agrada y l
haremos compañía camino de s
casa para que no le suceda nad

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE JUNIO DE 1897 NÚM. 84

«Vamos, que es de un efecto singular no acostarse sólo, y ocupar un mismo lecho con la niñera, en medio de la obscuridad. Como yo no dormia, me divertí miéntras dormia ella, en pasar mi mano sobre sus brazos, sobre su cuello y sobre sus espaldas. Tiene los brazos y el cuello mucho mas gruesos que todas las otras mujeres, y su piel es tan suave, tan suave, que se podria creer que era papel de carta ó papel de seda. Sentia con esto tanto gusto, que habria continuado en lo mismo por mucho rato, si no hubiera sentido miedo, miedo de despertarla ante todo, y luego, miedo de no sé qué. En seguida hundí mi cabeza en sus cabellos que le caian por la espaldas; espesos como una melena de león, y os aseguro que tenian un olor tan agradable como el que tienen las flores del jardin, en este momento. Cuando podáis, tratad de hacer lo mismo que yo, y veréis!»

El joven autor de esta revelación prodigiosa, tenia, mientras hacia su relato, los ojos desencajados por una especie de estupefacción de lo que aun esperimentaba; y los rayos del sol poniente, deslizándose á traves de los bucles rojizos de su enmarañada cabellera, encendian en ella algo como una aureola sulfurosa de pasión. Era fácil adivinar que ese no perderia su tiempo en buscar á la Divinidad en las nubes, y que la encontraria con frecuencia en otra parte.

Por fin el cuarto dijo: «Vosotros sabéis que en casa no me divierto; no me llevan nunca al teatro; mi tutor es muy avaro; Dios no se ocupa de mi ni de mi aburrimiento, y yo no tengo una hermosa niñera que me acaricie. A menudo he pensado en que mi placer seria ir siempre adelante, sin saber dónde, sin que nadie se informara de ello, y ver siempre paises nuevos. Jamás me encuentro bien en parte alguna, y creo siempre que en otro lugar estaria mejor que donde estoy. Pues bien! en la última feria del pueblo vecino, ví tres hombres que viven como á mi me gustaria vivir. A vosotros no os llamaron la atención. Eran altos, casi negros, y muy orgullosos, á pesar de sus andrajos, y aparentaban no tener necesidad de nadie. Sus grandes ojos sombrios ponianse brillantes, mientras tocaban su música; una música tan sorprendente, que da deseos de bailar, de llorar, ó de ambas cosas á la vez, y que enloqueceria si se la escuchase mucho rato. Uno, pasando su arco sobre el violin, parecia que contaba un pesar, y el otro, haciendo brincar su martillito sobre las cuerdas de un pequeño piano suspendido de su cuello por una correa, tenia aire de reirse del lamento de su vecino, mientras el tercero golpeaba de tiempo en tiempo sus cimbalos, con una violencia extraordinaria. Tan satisfechos estaban de sí mismos que continuaron tocando su música salvaje aun después de haberse dispersado la multitud. Por fin hicieron su colecta, echáronse su equipaje á las espaldas y partieron. Yo, deseando saber dónde vivian, les seguí de lejos hasta la entrada del bosque, donde sólo entonces comprendí que no vivian en parte alguna.

Ahí dijo uno: «¿Será necesario desplegar la tienda?»

«Me parece que nó» respondió otro, «está tan hermosa la noche!»

El tercero decia, mientras contaba las ganancias: «Esas gentes no sienten la música, y sus mujeres bailan lo mismo que osos. Por felicidad, antes de un mes estaremos en Austria, en donde encontraremos un pueblo mas amable.

«Talvez hariamos mejor en ir hacia España, pues la estación está ya muy avanzada; huyamos de las lluvias y no nos mojemos mas que el gaznate» dijo uno de los otros dos.

«Lo recuerdo todo, como veis. En seguida cada uno se bebió un vaso de aguardiente, y se durmieron con la cara hacia las estrellas. Tuve deseos de rogarles me llevaran con ellos y me enseñaran á tocar sus instrumentos; pero no me atreví, sin duda porque siempre es muy difícil decidirse á cualquier cosa, y también porque temí ser alcanzado antes de salir de Francia.»

El aire poco interesado de los otros tres compañeros, me hizo pensar en que este pequeñuelo era ya un *incomprensible*. Le contemplé con atención; llevaba en los ojos y en la frente ese no sé qué de fatalidad precoz que aleja por lo general la simpatía, y que, no sé por qué motivo, exitaba la mia propia, hasta el punto de concebir la extravagante idea de que podia tener un hermano que me fuese desconocido.

El sol se habia puesto. La noche solemne ocupaba su lugar. Separáronse los niños, y cada uno se fué, sin saber por dónde, empujado por las circunstancias ó el azar, tras de su destino: escandalizar al prójimo y gravitar hacia la gloria ó hácia el deshonor.

Carlos Baudelaire

ENVIDIA

¡INSÚLTAME, infeliz: lo tengo á orgullo.
¡Hasta yo de la envidia no me escapo!
El gusano entreteje su capullo
en la flor natural, no en la de trapo.

Me insultas y me acosas siempre estulto,
porque yo envidia sin querer te causo...
El aplauso en tus labios fuera insulto;
el insulto en tus labios es aplauso.

La envidia que halla en tu ruindad apoyo,
vive á expensas del brillo soberano,
como la charca á expensas del arroyo,
como la nube á expensas del oceáno.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE JUNIO DE 1897 NÚM. 84

¿Cómo no oir insultos y graznidos
al escalar el soberano solio?
Los ganzos sólo gritan aturdidos
cuando alguno penetra al Capitolio!

José S. Chocano.

EPISTOLA

A MI MADRE.

MADRE, mi santo amor: Solo y muy triste
en este instante estoy, en nuestra casa,
porque lejos de tí nadie me asiste.

Mas no me quejo de mi suerte escasa,
que mientras vivas tú, madre querida,
todo en tu amor lo encontraré, sin tasa.

Desde el día glacial de tu partida,
tristeza y soledad solo respiro
al evocar tu imagen bendecida.

Bien sabes ¡ay! que á nada más aspiro,
en la mísera vida de esta tierra,
que á vivir en tu amor, con que deliro.

Única puerta, que jamás se cierra,
eres tú para el hijo infortunado
que tanto afán te cuesta y tanta guerra!...

Mas no invoquemos nunca ese pasado
por mí tan locamente consumido
como por tí, mi madre, lamentado.

Dejémosle que atras quede perdido,
con sus llantos, pesares y locuras,
bajo las frías nieves del olvido.

Siempre son pavorosas las negruras
de un pasado cruel, y muy risueñas
de un porvenir dichoso las alburas.

Siempre es triste mirar las hondas señas
que dejan—en la senda que cruzamos
un tiempo cruel—las removidas breñas.

Por eso, madre mía, no volvamos
jamas nuestra mirada á ese camino
¡ay! que con tantas lágrimas regamos!...

A la luz de tu fé y amor divino
la densa obscuridad de mi conciencia
se disipó, y el ángel del destino

Señaló nueva ruta á mi existencia,
lejos de la imágenes profanas
que abreviaron mis años de inocencia.

Dios me tenga, en tus últimas mañanas,
cerca de tí, para besar tu frente
y de rodillas bendecir tus canas.

¿Mucho has sufrido por el hijo ausente?
¡Ah! Si no fuera así, ¿qué pensamiento
consolara el dolor que el pecho siente?

¡Solo en tu amor confío en mi aislamiento!
Lejos de tí, la duda y la mentira
me abruman y envenenan con su aliento.

Ojalá que estos versos, que me inspira
una verdad tan espontánea y pura,
te sean los más caros de mi lira.

No he procurado en ellos la hermosura;
hijos del corazón, solo desean
demostrarte mi amor y mi ternura.

Cuando tus labios trémulos los lean,
se me figura que, cual yo, llorando
traducirás sus frases! Ellos sean

Los que, el recuerdo de mi mal borrando,
te hagan por siempre grata compañía,
tus amargos dolores consolando.

Cierro, pues, esta carta, madre mía,
escrita en horas de mortal tormento.
Más dichosa que yo, logre ella hoy día
la fé mostrarte que inspiró mi acento!

Francisco J. Urzúa S.

AVISOS

NOCTURNOS

POESÍAS

DE

RICARDO FERNANDEZ M.

De venta en la oficina de
La Revista Cómica.

Precio: Un peso ejemplar.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



GIOVANI DIMITRESCO

Primer tenor absoluto del teatro Municipal

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS MILITARES

D. Santiago Amengual



Viejo y heroico soldado,
muy más que al tiempo, inclinado
al peso de los laureles,
su nombre ya ha traspasado
de la Gloria los dinteles.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE JUNIO DE 1897 NÚM. 85

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... **$ 4.50**
Por medio año (25 »)..... **2.50**
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20
Oficina y Administración-Ahumada 75
Casilla, 1655, Teléfono, 1273

MOSAICOS

EL desgraciado obrero no tiene trabajo. ¿Pedirá limosna?...

Tiene músculos de hierro: con ellos arrancó á las minas sus tesoros y amasó el orgullo del potentado. Su altivez es la del roble: ha resistido y ha triunfado en las luchas brutales con el destino, y ha llevado siempre en alto la cerviz.

Pero tiene hijos. Y esos hijos no tienen pan.

Todo salpicado de barro, chorreando agua, el rostro encendido de rubor, sube los escalones de mármol del regio palacio.

Apenas empieza á temblar la súplica en los labios del triste obrero, cuando los galoneados lacayos, insolentes como toda su ralea, lo arrojan, escupiendo sobre su miseria el insulto cobarde.

El pobre obrero, inmoble bajo la lluvia desatada, pisando el fango de la calle, queda contemplando los mármoles del palacio y los *vitraux* multicolores, contra los cuales, las grandes lámparas de los salones revestidos de espesas tapicerias, arrojan sus ases luminosos que se quiebran remedando gestos de carcajadas infernales.

De sus ojos brillantes brota una lágrima que rueda y que va á quedar suspendida en su espesa barba.

Y mientras con una mano oprime rabiosamente el pomo del puñal sujeto á la cintura, con la otra, apretada y en alto, amenaza en silencio al palacio...

Y en esa actitud desesperada, en esa frente altiva, en el puño amenazante de ese obrero hambriento, acaso se encierra una profesía.

LOS MURCIÉLAGOS

PARDOS, rabicortos,
anguliquebrados,
amigos de ruinas
y de campanarios,
los libres murciélagos
salen de su cláustro
apenas la noche
invade los campos.

De las anchas huertas
sobre los naranjos
enlazan y enredan
sus vuelos extraños;
desde un tramo giran
hasta el otro tramo,
siempre describiendo
su trémolo raudo.

Los niños que acechan
atentos su paso,
las cañas agitan
en el libre espacio;
y si un *ave* horrenda
derriban al cabo,
juntan á los gritos
los locos aplausos.

Mitad ave extraña,
mitad mónstruo infausto,
viven con los duendes,
hablan con los trasgos.
En sus toscas grietas
siempre solitarios,
el sol es su noche,
las sombras sus rayos.

En los viejos muros
de los campanarios,
las ánimas lentas
escuchan temblando;
y del retorcido
caracol colgados
miran los cordeles
pender oscilando.

De la oscura iglesia
por los negros arcos
extienden inquietos
su vuelo fantástico;
baten la corona
de los mudos santos,
y el polvo levantan
de los viejos cuadros.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE JUNIO DE 1897 NÚM. 85

Son de la lechuza
compañeros caros,
y del hosco buho
medrosos hermanos;
con ellos se pasan
la noche volando,
y al llegar el día
se van á su cláustro.

Salvador Rueda.

ADÉLFICA

EL juramento... Hipócrita careta
con que á veces disfrázase el dolor:
tendeis la mano... la careta cae,
y oís que dobla á muerto el corazón.

Gaspar Deburau.

PRENEZ-GARDE

DES beaux yeux d'une belle
La perfide étincelle
Un jour sut me charmer;
Mais la flamme est cruelle,
Et j'y brulai mon aile.
Gardez-vous bien d'aimer!

Qu'elle soit brune ou blonde
La femme est comme l'onde
On ne sait pas le fond;
On jette en vain la sonde,
Elle est pour tout le monde
Un abîme profond.

Séduisante et jolie,
Le Dieu de la Folie
Voltige sous ses pas,
A son gré tout se plie,
Elle lie et délie:
On ne proteste pas.

Rivale de la plume,
Ou du flocon d'écume
Emporté par le vent,
La flamme qu'elle allume
Jamais ne la consume
Et vous brule souvent.

Quand, sirène perfide,
Son beau regard humide
Vous promet le bonheur;
Ou bien la coupe est vide,
Ou votre lèvre avide
Y trouve la douleur.

Si des yeux d'une belle
La perfide étincelle
Venait à vous charmer;
Servez-vous de votre aile
Pour vous enfuir loin d'elle.
Gardez-vous bien d'aimer!

Philibert Germain.

1897.

EPIGRAMA

PEDANCIO el elegante
dijo á María,
al verla en el paseo
con crinolina:
—Prenda adorada
pareces un jilguero
dentro su jaula.

Pero tras el cumplido
fué la respuesta,
Como era de esperarse,
la zandunguera
dijo á Pedancio:
—Y Vd., cuánto daría
por ser el gato?...

Atieri.

NERVIOSA

MUJER, mujer, yo adoro
el brillo de tus ojos soberanos,
la sangre de tu boca que dá fiebre
y el roce delicado de tus manos.

Yo adoro tu salvaje cabellera
mas negra que la noche,
las lineas de tus formas, y la nieve
de que Dios en tu cuerpo hizo derroche.

Yo adoro aquellas fuerzas que sacuden
tus nervios y tus carnes virginales,
cual cajas sonorosas,
cual cuerdas musicales.

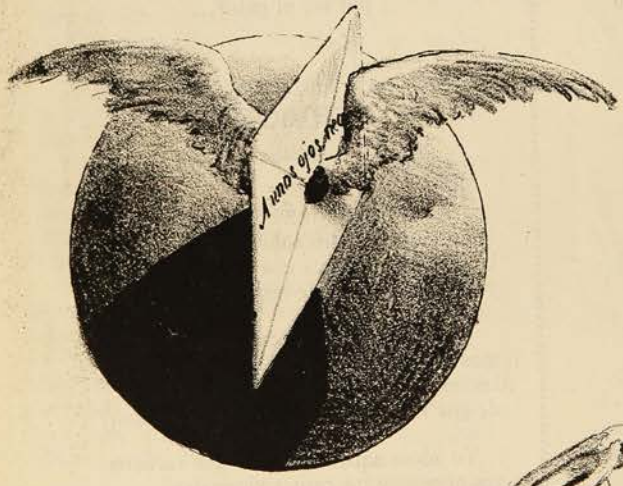
Yo adoro el modular de tus palabras
que vibran en mi oido cual canciones,
que en cada nota encierran
un mundo peregrino de ilusiones.

Mujer, mujer, yo adoro
tu nombre que se agita aquí en mi mente
cual pendón que domina en el combate,
cual lauro que orna inmarcesible frente...

Flame.



¿Y qué le importa á Vd.?



Abre y encontrarás una lágrima de pasión.



No, no quiero que te vayas, dulce amor mio!



Mira, Rosita, no sé por qué cuando llueve me dan ganas de refrescarme ¿queris un trago?



Espera, hombre, yo me pongo malo...



¡Qué agradable y que molesta es la lluvia!



Y mucho que decian que en Santiago las calles eran como patena.





No pareee sino que estuviera lloviendo



¡Dios mio! si parece que las cataratas...

Que llueva ó truene para mí es lo mismo.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE JUNIO DE 1897 NÚM. 85

LA SEÑORA LUNA

PÁLIDA y gorda, y mostrando sus facciones encantadoras, muy parecidas á las del divino Teófilo Gautier, la señora Luna reclinada en una barca de ébano con enchapaduras de estaño, de plomo y de cobre amarillo, y con incrustaciones de nácar y plata, con una proa y una popa muy elevadas, se pasea sobre un lago de la Saboya, sobre el lago Bourget, rodeada de los últimos poetas lunares, quiméricos nietos de de los *bousingots* y de los Jóvenes.—Francia. Tan extraordinarios cual si se pasearan por el bulevar vestidos de Arlequín, estos líricos pálidos visten rigurosamente á la moda de mil ochocientos treinta, y aun hay dos ó tres que llevan botas adornadas de borlones y capas que hinche el viento.

Extasíanse en actitudes fatales, mientras vagamente aparecen entre ellos, con mangas temblorosas y cintillo á la edad media, algunas damas de la misma época, delgadas como los sauces, esforzándose en ocupar lugar, pero evidentemente relegadas por la naturaleza misma de las cosas, á la flotante penumbra de los sueños.

Su celeste Señora que, por el contrario, no ha permanecido extraña ni al modernismo ni al movimiento impresionista, se ha vestido de japonesa, para halagar las nuevas ideas; porque, si hay indolencia en su espíritu, en su coquetería no la hay. Su cabellera muy encumbrada por atrás, la lleva adornada de una tiara en que el cobre amarillo, el estaño, el plomo, las perlas, la plata, el ópalo de lánguidas luces, se mezclan en las combinaciones mas variadas y mas ingeniosas, dejando rodar la larga cabellera muy negra, polvoreada de mica y azul. Por detrás de la tiara, de la que caen dos grandes trenzas de azabache blanquizco y oro pálido, cae un velo de gasa azul,—negro, con dibujos de largas y complicadas sinuosidades de perlas de un azul de acero.

Recostada sobre una gran piel de perro negro, la señora Luna lleva puestos unos sobre otros numerosos vestidos de raso, de los cuales el mas íntimo es gris—perla, siendo los otros mas y mas claros, hasta el de mas encima, que es de un blanco azulejo, y que estrecha un gran cinto tornasol, adornado de placas de metales opacos. Brilla en su cuello un collar hecho con ojos de buho, y calza encorvados zapatitos de cuero blanco, de suelas de plata, adornados de medialunas de cobre amarillo.

—«Ah! señores y estimados poetas, dice con una voz lánguida, el dulce lago, con su castillo feudal sobre una roca y su convento de frailes: ¡nada falta! Fué ahí donde Lamartine cantó á Elvira. ¡Qué delicada y vaporosa debió ser ella para inspirar tan melancólicos versos, semejantes al gemido del viento en las llorosas cuerdas de hierro de una harpa eólia!

—Señora, dice un Osvaldo algo inficionado de realismo, es necesario no exajerar. Aseguran que Elvira era una lavandera...

—Ah! suspira, haciendo una ligera mueca la dama de frente de plata, no me privéis de vuestras ilusiones!»

Y luego, para demostrar que eso le es del todo indiferente, ríe descubriendo sus dientecitos de ópalo brillantes; agita su abanico de plumas de cisnes joven, y el reflejo de su celeste rostro de Pierrot lanza sobre las ondas dulcemente agitadas, mil mil lentejuelas de plata, que las orlan de delicados y caprichosos encajes.

Teodoro de Banville

EL VINO DEL AMOR

Th. de Banville

AMOR, por la sed rendido,
pálido el rostro de rabia,
su queja envía á los bosques.
A la sombra de las ramas,
ve niños de ojos azules
que le ofrendan leche blanca
al par con las negras uvas.
¡Dejadme! dejadme! él clama,
los que os solazais tranquilos,
niños de labios de grana.
Los que jugueteais desnudos
y sois injenuos del alma,
mis flechas dejad tranquilas.
Dulce vino y leche blanca
en vano para mí corren:
solo bebo sangre y lagrimas.

A. V.

OTOÑO

En el album de A...

EL cierzo helado se abate
sobre la vieja alameda,
y llorando se desprenden
las hojas amarillentas.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE JUNIO DE 1897 NÚM. 85

Del sol los pálidos rayos
temblando el cielo atraviesan
y van á posarse trémulos
sobre las hojas ya secas.

El ave canta en su nido
melancólicas endechas
y vibran en el espacio
suspiros, llantos y quejas...
.....

Canción doliente y extraña
que lentamente se eleva;
canción llena de bellezas
y de infinita tristeza...
.....

Es la canción del otoño
débil suspiro que tiembla,
triste gemido de angustia
que el viento en sus alas lleva...

Vago estertor de agonía
que brota allá, en la alameda,
cuando sollozando caen
las hojas amarillentas...

C. Vero M.

EL CÓNDOR GENEROSO

(Apólogo.)

MEDITABUNDO un Cóndor caminaba
por la nevada cumbre de los Andes;
su continente austero revelaba
que le absorbian mil ideas grandes.

Un aguilucho, al verle taciturno,
le preguntó qué enigmas resolvía;
y el Buitre grave respondió á su turno:
—¡es que no como hace ya más de un dia!

Y luego gigantezco abrió sus plumas,
su sombra inmensa proyectó en el suelo,
rasgó atrevido las más altas brumas
y, como un dardo, se clavó en el cielo.

Lejos, muy lejos, divisó un aprisco,
y allá graznando se lanzó lijero;
posó su planta en un abrupto risco,
y desde allí escogió el mejor cordero.

Luego su presa levantó lozana
y el corderillo esquivo, sorprendido,
vió su sangre brotar entre la lana
y desmayado dió el postrer balido.

Llevólo el Cóndor á un corral lejano
en donde estaban hermanablemente
un perro con un gato y un marrano,
que eran, al parecer, muy buena gente.

Al ver que ansioso le contempla el gato
cuando al cordero á devorar empieza,
el Cóndor, que era un animal de trato,
quiso dar pruebas de sin par fineza.

—«De éste cordero que comiendo estoy
te dejaré la lana, al gato dijo;
siempre algo bueno á mis amigos doy
y éste vellón te agradará de fijo.

Y tú ¡oh buen perro! que me miras tanto,
no tragues mas saliva, toma un hueso,
y ya con ésto debes darte á santo,
pues huesos hay sabrosos como el queso.

Y nó te agravies, nó, pobre marrano,
tu adusto ceño y tu temor disipa,
compartiré contigo, como hermano,
el contenido entero de una tripa.»

Los tres favorecidos se sonrieron,
y dijo el gato intencionado y franco:
señor, mis compañeros ya comieron,
y para mi es un lujo el vellón blanco.

El dar por darse tono, es dar de loco,
el dar por caridad, es dar en raro,
el dar del miserable es dar en poco;
mas, dar lo que no sirve... es dar de avaro!

Juan de Dios Bravo.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

ALFREDO DE MUSSET por

Rufino Blanco Fombona.

De Caracas nos llega en elegante folleto adornado del retrato del poeta que será siempre el predilecto de las almas jóvenes.

Blanco, con juicio certero y con pluma elegante que revela en él un artista de gusto exquisito, traza el retrato del cantor de las Noches, tanto bajo el aspecto de su obra como de su vida íntima, que la crítica ha exhumado en los últimos tiempos.

Felicitamos al autor por su meritorio estudio, y agradecemos su atencion.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



P. Gruppi
Ministro d' Italia

Daniele Schiavetti
Presidente della Società di M.S. Italia

N. Granello
Presidente del Club Italiano

Roberto Fulle
Direttore della Scuola Italiano

Diploma y medalla obsequiadas por la colonia italiana al distinguido sociólogo señor Piccione.

addì 12 Giugno 1897.

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS MILITARES

D. Manuel Baquedano



De la vida la pendiente
recorrió con firme paso:
siempre abnegado y valiente,
la luz que alumbró su oriente
hoy le dá abrigo en su ocaso.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE JULIO DE 1897 NÚM. 86

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20
Oficina y Administración-Ahumada 75
Teléfono, 1273

MOSAICOS

¡VEN!.. le dicen las dos.

Una es la virgen vaporosa, intangible, que modula frases mágicas en los oidos del poeta, que anima el mármol, pone la luz en el pincel y la armonía en el pentágrama, y escancia en la copa del artista el vino de la inmortalidad.

La otra es la virgen morena, de labios como una flor de fuego, rojos y quemantes, de ojos negros que magnetizan, de senos en que se mecen olas tempestuosas, y cuya boca vierte en la boca del enamorado el licor de la locura que mata.

¡Ven!.. dicen las dos.

La una, de misteriosa vestidura, es pálida, todo pudor, etérea, ama el silencio y el recogimiento, y casi siempre derrama su perfume de virtud en las bohardillas desmanteladas.

La otra, derrochadora de crugiente raso, la que finje velar con la batista diáfana la alegria desenfrenada de su carne que huele á benjuí, se tiñe las cejas de *khol*, los labios de carmín y las mejillas de hortensia, y desgrana su risa como una canción de perlas, y brinda sus besos, en el *boudoir* tapizado de rosa, recamado de plata, en que flotan perfumes desvanecedores.

¡Ven!.. dicen las dos.

Y el artista, cuya cabeza aturde el carnaval diabólico que en ella se agita, coge y estrecha en sus brazos á la virgen de carne morena, y la muerde rabioso, dejando rodar una lágrima;...—concentración de su dolor infinito—porque con los ojos del alma ve allá en lo alto cerrarse las puertas de oro, deshojarse en el espacio una corona y abrirse á sus piés un abismo.

¡ASI!...

PARA A....

VA dejando al pasar el aire helado
como un velo sutil sobre el cristal,
que en gotas diamantinas transformado
temblorosas después vemos rodar...

Así cuando se borra de mi frente
la sombra que al pasar dejó el dolor,
siento caer al pecho lentamente
las gotas de mi llanto abrasador!...

Ezperanza

Junio de 1897.

INVITACION

DULCE amada, cual cisne que espuma
su blanco plumaje, la nave te espera;
en el diáfano ambiente hay palomas;
el viento es propicio: te aguardo, mi reina!...

De azahares tu sien coronada,
tu sién que se alumbra con luz de pureza:
en la popa te aguardo, anheloso
de besar tus labios y tus rubias trenzas.

Por el mar de la vida, olvidadas,
mi alma y la tuya, de sombras y penas,
nuestra nave gallarda y airosa
marcará apacible su plateada estela.

En mis ojos tus ojos azules,
posada en mi pecho tu frente serena,
por mi brazo tu talle ceñido,
yo diré mis trovas, tú dirás ternezas.

Y avanzando, avanzando, perdidas
atrás dejaremos las playas siniestras,
y veremos alegres, triunfantes
de la gloria abrirse las divinas puertas.

Dulce amada, cual cisne que espuma
su blanco plumaje, la nave te espera;
en el diáfano ambiente hay palomas;
el viento es propicio: te aguardo, mi reina!...

A. V.

¡BASTA!...

BASTA de incertidumbre, de recelo,
basta por fin de hipócrita apariencia;
escuchen mis oidos la sentencia
que tanto tiempo conocer anhelo.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE JULIO DE 1897 NÚM. 86

Sea para terrible desconsuelo,
ó para eterna paz de mi existencia,
yo invoco la honradez de tu conciencia
para que rasgues de mi duda el velo.

Sin sufrir tu esquivez ni tu desvío,
sin gozar de tu amor la dicha cierta,
la inacción me consume y el hastío.

Define pronto mi fortuna incierta,
que ser feliz ó desgraciado ansío...
¡Vivir no quiero con el alma muerta!

O. Z. Z.

NOCTURNAL

PARA A....

De mi libro íntimo.

AMO la noche negra y misteriosa,
negra como las penas de mi alma;
amo la soledad, amo la calma,
y el querido recuerdo de una hermosa...

Amo la noche,
porque en sus alas
trae la imagen
de una ilusión;
porque en la noche
luce sus galas
enamorada,
tierna visión.

Amo una sombra
que se desliza
bajo las formas
de una mujer:
amo sus ojos
y su sonrisa,
su esbelto talle,
su breve pié...

Amo una estrella pálida que lanza
su temblorosa luz sobre mi frente...
amo un cándido anhelo... una esperanza
que llevo en lo más hondo de mi mente...

C. Vero M.

BELLAS-ARTES

IMPRESIONES.

Por fin tenemos un adelanto en nuestro pequeño mundo artístico: las esposiciones mensuales que algunos artistas han tenido la idea de organizar y de efectuar en la calle del Estado.

Por fin se ha abierto una ventana en el cerrado templo de las artes nacionales por donde nosotros, los profanos, podamos una vez al mes siquiera, introducir nuestra cabeza y echar una ojeada de curiosidad al interior, hasta donde nos lo permita nuestra vista, un tanto escasa...

Lo cual debe alegrarnos á nosotros (lo de las esposiciones) y parecerles bien á ellos, (los artistas), puesto que, sin duda alguna, les proporciona la facilidad de darnos á conocer sus adelantos y, á nosotros, el placer de comentarlos.

Y... adelante.

*
* *

Un obscuro y estrecho zaguan asfaltado que desemboca en un patio pequeño; á ambos lados de éste, dos anchas escaleras de piedra que, á cierta altura, se reparten en dos brazos que toman direcciones opuestas y que sirven para llevar al visitante hacia los balcones corridos del piso alto. Muebles, herramientas, jarrones, plantas, etc, abajo; cuadros, arriba, á lo largo de los corredores.

Porque los cuadros que no entran en el remate ha sido necesario colocarlos en las murallas.

Es la una. Nos queda media hora... Y empezamos nuestra reseña.

Al subir por una de las escaleras nos ha llamado la atención un estudio de animal: un soberbio toro de raza. Miramos el catálogo: N.° 8. *Dich, Gonzalez Lemoine.* Y recordamos, sin quererlo, algo parecido. (1) El del maestro Lira.

En la muralla del frente, y haciendo *pendant*, un bello estudio de mujer en reposo, orijinal de Lira.

Es uno de los buenos cuadros que hay allí si no el mejor. De un dibujo fácil y correcto, posée tambien la soltura y la gracia que nos hace sentir y adivinar la mano de un maestro. Como composición tiene poco interés. Lo que nos agradó sobre todo fué el estudio de las manos: tiene toda la delicadeza de color y de dibujo que exije un trabajo tan difícil como ese.

Subiendo, y ya en los valcones que dán hácia el patio, nos detuvimos ante dos cuadros de D. Fernando Larroche: dos paisajes hermosísimos. En ambas, la luz del sol brilla con todo su esplendor. Los tonos azulados de las sombras, el dorado de la luz, el color intenso del cielo, les dan un aspecto de vida, incomparable.

Hemos visto por fuera cuánto teníamos que ver. Pasemos ahora á la sala del remate.

———

(1) Huito.



—¿Qué haces aquí?
—Pensando, patron, cómo trabajar.
—De ese modo no lo encontrarás.
—Lo he buscado y no lo encuentro, qué quiere Vd. que haga?
—¡Esperar!



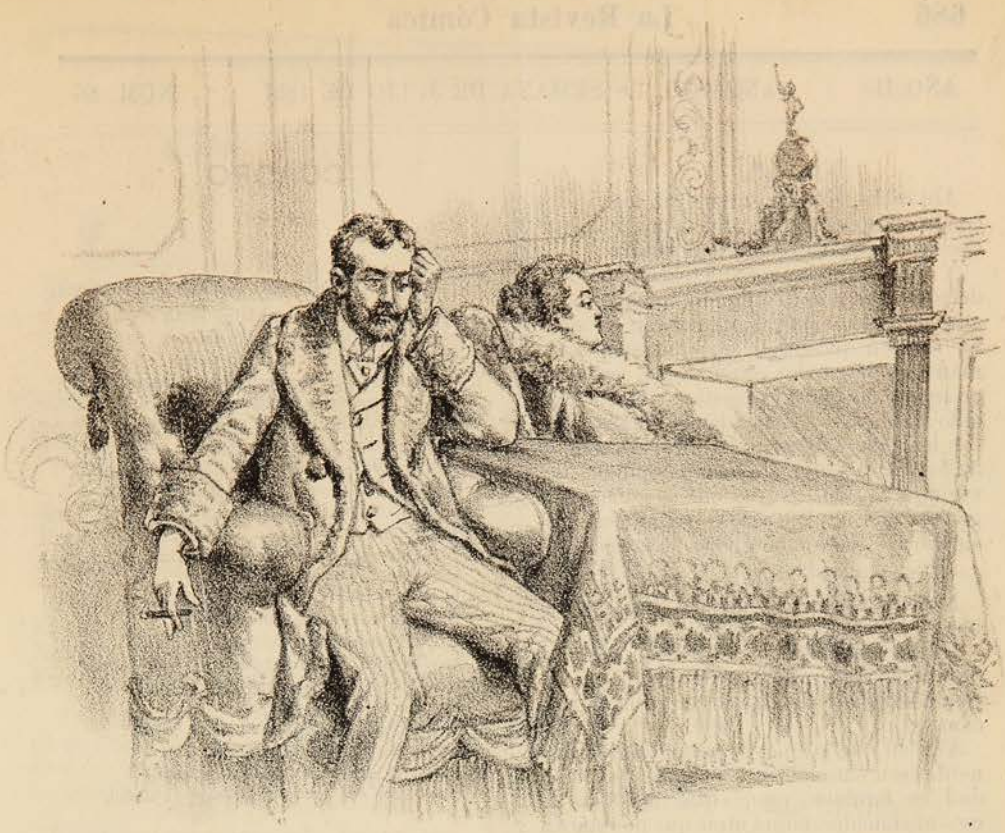
Avaricia.



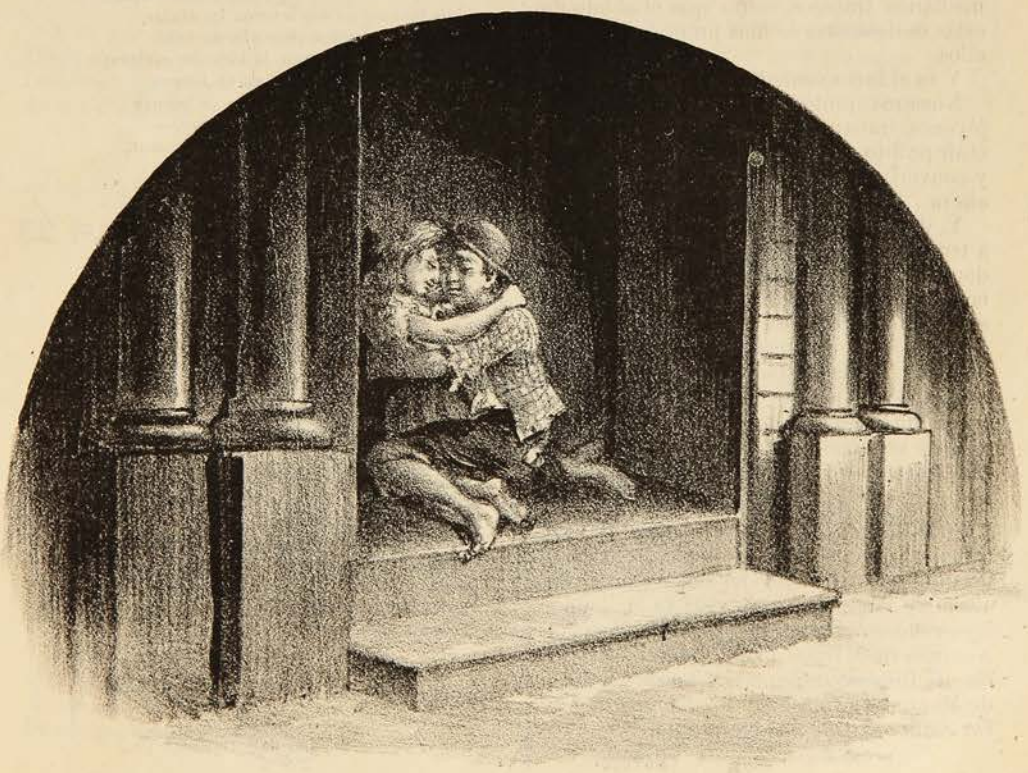
¡Cuándo te veré, última ilusión de mi vida!



¿De qué color son mis ojos?



Dentro del palacio opulento, el hastío y el tormento de las grandes pasiones.



Fuera, el frío intenso y el hambre; por consuelo el amor cándido y puro.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE JULIO DE 1897 NÚM. 86

*
* *

Ahí están, simétricamente alineados, los cuadros, esperando el golpe de martillo que decidirá su suerte ó la de sus autores.

Y ahí andan algunos sujetos, moviéndose de aquí para allá; hablando, unos en voz alta, otros á media voz; riendo éste de alguna alucion picante de su compañero, fumando aquél: todos comentando, catálogo en mano, las obras espuestas, con un airecillo algunos... de marcada petulancia. Esos son los compradores; el público, tan temido de los artistas, que escucha la opinion del vecino y la hace suya; que se guía, en la generalidad de los casos, por la *firma*, haciendo abstracción completa de la *obra*...

*
* *

Nuestra primer impresión fué de desaliento.

Entre sesenta ó más trabajos presentados, no encontramos más de seis que merecieran el honor de figurar en una exposición.

Verdad que la mayor parte de los esponentes son simplemente *amateurs*; pero verdad es tambien, que, entre las obras de esos aficionados, habrá otras que no estaban á la altura de sus autores. Aunque, por otra parte, no carece de lójica aquello de que los artistas envían á ferias sus más medianos trabajos, como que el objeto de éstas es desacerse lo más pronto posible de ellos.

Y es el inconveniente.

Nuestros pintores, y especialmente los jóvenes, trabajarán con empeño para concluir pronto sus obras, enviarlas al remate y convertirlas en lo que nos hace mas falta ahora... y siempre: en dinero.

Y, de este modo, el arte decaerá; por que á trueque de satisfacer al público comprador,—ese amante de lo *bonito* y nó de lo *bello* en su más pura expreción, el artista caerá en el amaneramiento, en la pintura de receta, y sólo nos presentará obras de una bondad frívola y superficial, buenas para enriquecerlo, pero nó para crearle un nombre como artista, ni una gloria como jénio.

Y no creemos que nuestros artistas quieran trocar lo uno por lo otro.

*
* *

Concluiremos, dando una lista de los trabajos que, á nuestro juicio, muestran un grado de adelanto en sus autores. *La Viuda* de Pedro Falíe; aunque ya la habiamos visto en el salon de la Quinta Normal, *Naranjas* de Marcial Plaza; *Calle en los afueras*, de Roberto Stönner; *Naturaleza muerta* de Manuel Thompson, y los *Paisajes* de Oscar Saint- Marie que algo prometen.

Severo.

CUADRO

INUNDA el Oeste con densa hemorragia,
de un claro de siesta el largo final;
respira perfumes de pardas canelas
el cálido alicio que toca en Ceilán.
La mar, bajo el aire dormido, se duerme;
rielantes azogues esmaltan la mar,
y el crudo celeste de un cielo de Argelia
sumerge las cumbres que se alzan allá,
(las cumbres do encallan velludas tormentas.)
En lecho de lotos reposa el caimán;
la pálida fiebre, la mustia Ictericia,
se duerme abrazando su negro carcaj.
Blanquean las cales de torres lejanas;
un vuelo de garzas se mira pasar;
la Esfinge, con fijo mirar pensativo,
sonríe á lo lejos del cielo oriental.
El Nilo prolonga su delta encantado;
bajo el sueño umbroso que agobia el parmar
rompe como un verso de larga enfonía
la gama monótona del pardo arenal.
Voraces leones despiertan á esa hora;
nerviosos perciben con férvido afán
los trotes ligeros de esbeltas girafas
que erigen sus cuellos por sobre el juncal.

¿Qué tiene esa negra? (La negra está sola,
sentada en la orilla.) ¿Medita tal vez?
Medita. Fué un dia de claros azules,
de rojos flameantes, y un mar como aquel.
Los blancos piratas levaron las anclas;
partió la balandra; pero ella no fué.
La cafre era hermosa; la hicieron esclava;
tras rejas sonoras moró en un harem;
la amó un abisinio de biceps de bronce
y faz aguileña—titán más que rey,—
Es de esos amores fruto el que llevaron,
cuando la balandra sin ella se fué.
El sol! en un baño de cálidos oros,
matiza con vetas de bronce su piel,
y afirma con toques de enérgica brocha
la curva rimante de su desnudez.
Sus labios palpitan, sus labios de brasa;
inquieren sus ojos, inquietos de ver,
que viene otra noche tendiendo sus lutos,
que viene otro largo desvelo también.
Y envidia á la hermosa pantera del bosque,
y al crótalo negro codicia su hiel;
desea el filoso marfil de sus dientes,
en horas amargas de horrible avidez.

Arriba la Noche. Las grandes tinieblas
anuncian á la onda su negra intención;
el árabe ceba su vieja espingarda,
y arregla de almohada su blanco albornoz.
Despierta la tromba turbando los aires;
la Mar, presintiendo la vasta succión,
su tráfago de olas inquieta, y el Trueno
redobla en la sombra su enorme tambor.

Leopoldo Lugones.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE JULIO DE 1897 NÚM. 86

A UN CLAVEL

FLOR olorosa, al contemplarte siente
El alma un *algo* que explicar no sabe;
Y el corazón en su entusiasmo ardiente,
Ya de mi pecho en la estrechez no cabe.

Jamás sentí lo que á tu vista siento,
Que nada á mi alma impresionó hasta ahora;
Más ¡ai! hoi veo que me falta aliento
Y horrible fuego el corazón devora.

Tu suave aroma, de pureza emblema,
Trasporta mi alma de entusiasmo ardiente;
Y mil quimeras de hermosura extrema,
Audaces cruzan mi turbada mente.

No es tu belleza lo que amante admiro:
Es la dichosa realidad de un sueño;
No es tu perfume lo que ardiente aspiro:
Es el aliento de tu hermosa dueño.

No es de tus hojas la fugaz frescura
El atractivo que mi canto inspira:
Es de tu dueño la sin par dulzura
Lo que hace amante resonar mi lira.

Es de sus ojos la mirada ardiente,
Es de su talle la gentil soltura,
Es la pureza de su hermosa frente,
Es de sus labios la sonrisa pura.

Y tú que ayer de mi adorada al lado,
Doquier lucías tu dichosa suerte,
Irás conmigo do me lleve el hado
Aun a despecho de la misma muerte.

M. de Anjou

EL PAVO REAL I EL ÁGUILA

(FÁBULA)

I

DIZ que una gran conferencia
Tuvo lugar cierto dia
Entre un *Águila* de ciencia
Y un *Pavo* de una alquería.

Reprochó el *Águila* al *Pavo*
La fatuidad con que andaba,
Pues sin valer un ochavo
Aires de sabio se daba.

Esperó el *Pavo* prudente
Que el *Águila* concluyera,
Y con palabra elocuente
Se escusó de esta manera:

«En éste pícaro mundo
Todo es engaño y falsía,
Y no es el saber profundo
Quien labra la nombradía.

Yo que soi lego en las ciencias
Me guío por lo que veo:
Supliendo con apariencias
Las dotes que no poseo.»

Ante razón de tal peso
El *Águila* no insistió,
Y abandonando el proceso
El raudo vuelo tendió.

II

¿No es el trasunto este animal de aquellos
Figurines de exótica elegancia,
Que sólo piensan en los tersos cuellos
Y encubren con la farsa su ignorancia?

Esopillo.

San Bernardo, 1897.

LA ROSA Y EL LIRIO

A.....

EN lo más alto de la montaña, junto á la cumbre,
vive la Rosa, que de las flores reina se nombra:
el sol, prendado de su belleza, le dá su lumbre,
música el viento, rocío el cielo, la grama alfombra.

En lo más bajo de la montaña, junto á la falda,
habita el Lirio, pálido y mustio, sin fé ni anhelo:
el sol le niega sus resplandores púrpura y gualda,
música el viento, la grama alfombra, rocío el cielo.

Una mañana la altiva Rosa le dijo al Lirio:
«¿Por qué vejetas junto á la falda? ¡Trepa á la cima!
Aquí, á mi lado, tendrás el premio de tu martirio;
ven, y en el fuego de mis miradas tu pecho anima!

—Temo tus iras, le dijo el Lirio.—Temes en vano.
—Tengo en el alma no sé qué vago presentimiento.
—Negros fantasmas que en tus vijilias forjas insano.
—¡Tristes presagios!—O desvaríos del sentimiento.

El Lirio, entonces, ahogó en su pecho la voz extraña,
sugestionado de la hermosura por los antojos;
y cuando alegre llegó á la cumbre de la montaña,
indiferente la Rosa altiva le huyó los ojos.

Desencantado, de la montaña descendió el Lirio;
sin inmutarse le vió la Rosa desde la altura;
y yo me dije: «la historia es esta de mi martirio;
¡qué bien parodian aquestas flores mi desventura!...

Toujours.

Julio de 1897.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



Vehículos fin de siglo.

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS LITERATOS.

D. Alfredo Irarrázaval Zañartu



De la vida en el abril,
un tiempo—¡tiempo gentil
de ilusión y juventud!—
himnos de acento viril
brotaron de su laud.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE JULIO DE 1897 NÚM. 87

LA REVISTA CÓMICA

PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO

Sale á luz los Domingos.

DIRECTORES:

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración-Ahumada 75

Teléfono, 1273

MOSAICOS

RECLINADA con voluptuosidad en su mullido diván, la bella indolente recibe el tributo de ternezas que el poeta deshoja á sus piés.

El poeta, siempre soñador, vierte en sus oidos frases que son como versos musicales, versos que son como aromas exóticos y como piedras que fulguran con luz de misterio.

A cada frase del lírico elogio vibra en la garganta de la hermosa una carcajada cristalina, y se enciende en sus ojos la luz de diabólica malicia, mas dulce que el halago de una mano virginal.

I el poeta contempla extasiado esos ojos que embriagan su espíritu y son par él como un baño de perfume divino.

Hay en esos ojos atrayentes, todo un cielo, con su tesoro de dulzura y candor infinitos; brilla también en ellos todo un infierno, con toda la seducción de su corte de tiránicos pecados.

Y entre ese cielo y ese infierno, extendidas prisioneras las blancas alas, el alma desvaría y se consume.

Encendido y tembloroso, coje el poeta la cabeza de la bien amada, y en sus enbriagadores ojos negros, deposita besos febriles, mientras su cabellera se mezcla á la de ella formando una bullente cascada de azabache.

Reclinada voluptuosamente en su mullido diván; la bella indolente hace vibrar mas agudo en su garganta el himmo de sus carcajadas cristalinas.....

ADÉLFICA

A....

¿POR qué fatal destino oí tu acento?
por qué estreché tu mano?
¿por qué en tus dulces ojos
mis ojos se fijaron?

Yo creí para siempre haber hundido,
en sombra amortajado,
de mi pecho en la tumba maldecida
mi pobre corazón hecho pedazos.

Pero tu voz de música divina,
el magnético roce de tus manos,
tus ojos que en las venas ponen fuego...
han despertado á Lázaro.

Y Lázaro de nuevo
la cruz de su existencia irá arrastrando,
con su fe moribunda, por la senda
de los negros presagios.

Mientras que tú serena
seguirás tus sonrisas derrochando,
coronada de rosas,
sembrando desengaños...

Gaspar Deburau.

NOCHE DE AMOR

FUÉ en una noche bella, ¿recuerdas? Temerosos
los rayos de la luna cruzaban el balcón,
en tanto que mis labios besaban amorosos
el sitio en que ocultabas tu tierno corazón.

Después cenamos juntos; los vinos generosos
forjaron en mi mente fantástica ficción,
y vi cruzar tu efigie con pasos silenciosos
por el letal desierto de mi última ilusión.

Mas tarde entre mis brazos tu carne sonrosada,
vibró como una lira por el placer pulsada
y entre sus alas de oro nos cobijó el amor:

cuando al venir la aurora, el Sol resplandeciente
su enorme disco rojo mostraba por Oriente,
sobre el mullido lecho tu cuerpo era una flor!...

José Pardo.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE JULIO DE 1897 NÚM. 87

HIBERNUS

ONDEA en los aires del gélido invierno la oscura oriflama,
en tanto que gime distante la esquila que al *Angelus* llama.

Desnudo, callado, desierto está el bosque que invade la bruma,
la bruma que corta siniestro vampiro que luego se esfuma.

Los pinos gimientes son cruces gigantes de enormes osarios,
los mustios cipreses imitan girones de negros sudarios.

Como almas errantes de ropas muy negras y blancas cabezas,
el bosque cruzando dos viejos, se dicen sus mútuas tristezas:

—Qué fué de mis glorias? ¿qué fué de mis ansias? ¿do está mi alegría?...
—Un sueño fué todo; un sol que en el alma brilló sólo un día!...

—¿Qué fué de la diosa que dulce rigiera mi mágico ensueño?...
—¿Qué fué del dios fuerte á quien yo dichosa llamara mi dueño?...

—Ah! todo ha concluido! la sombra aterrante ya invade mi frente!...
—¡Cual flor agostada ya siento abatirse mi pecho doliente!...

Cogidas las manos los viejos exangües callados quedaron,
y penas mortales sus flacas mejillas en llanto bañaron.

El aire inflamóse; rumores de ruinas llegaron de lejos,
é inmobles por siempre, las manos cogidas, quedaron los viejos...

Abelardo Varela.

VOX POPULI

AQUEL día era de gran revista en los Campos Eliseos.

Han pasado doce años de sufrimientos después de aquella visión.—Un sol de estío quebraba sus grandes flechas de oro sobre los techos i las cúpulas de la vieja capital. Miriadas de cristales chocaban sus resplandores: el pueblo, bañado en una polvorienta luz, llenaba las calles para ver pasar el ejército.

Sentado, ante la reja del atrio de Nuestra Señora, en un alto banquillo de madera,—cruzadas de negros andrajo las rodillas,—el Mendigo centenario, decano de la Miseria de Paris, con su rostro de duelo, de ceniciento tinte, hendida la piel de arrugas de un color terroso,—las manos como enclavadas bajo el rótulo que consagraba legalmente su ceguera, presentaba su aspecto de sombra ante el *Te Deum* de la gran fiesta.

¿No era su prójimo, toda esa multitud? ¿Todos aquellos que pasaban alegres, no eran sus hermanos? ¡Ah! sí, Especie humana! Sin embargo, este huesped del atrio soberbio no estaba completamente desposeido de bienes: el Estado le había reconocido el derecho de ser ciego.

Poseedor de este título y de la respetabilidad inherente á este lugar de las limosnas seguras, que oficialmente ocupaba, poseyendo en fin su calidad de elector, era nuestro igual,—á todas luces.

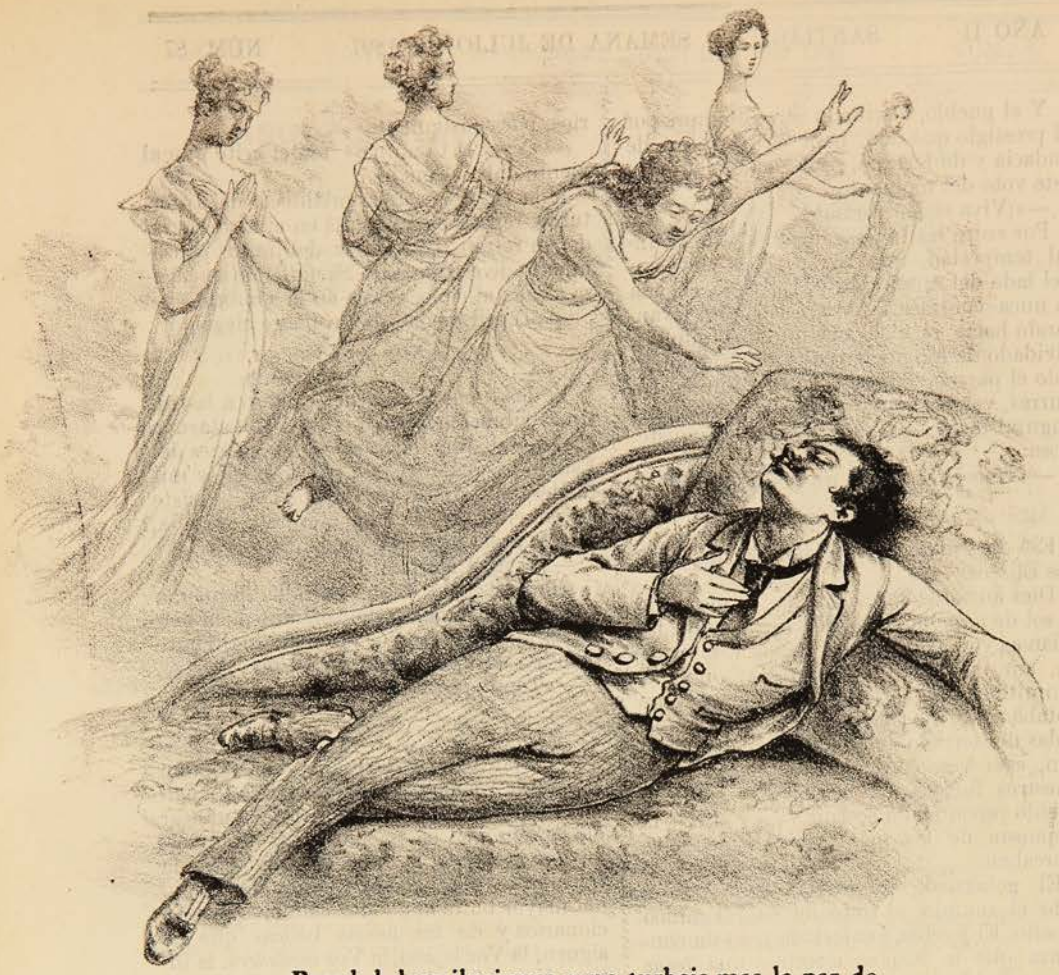
Y este hombre, especie de retardado entre los vivos, articulaba, de tiempo en tiempo, un gemido monótono,—evidente silabeo del profundo suspiro de toda su existencia:

—«¡Tened piedad de un pobre ciego!»

En torno de él, bajo las sonoras vibraciones caidas de la torre,—*afuera*, allá, mas allá del horizonte de sus ojos,—el ruido de la caballería, y por instantes, los repiques en los campos, las aclamaciones mezcladas á las salvas de los Inválidos, á las vigorosas voces de mando, ruidos de acero, atronamientos de tambores escandeando interminables desfiles de infantería, llegaban hasta él como un rumor de gloria. Su oido delicado percibía hasta el flamear de los estandartes de espesos bordados de oro que rozaban las corazas. En la mente del viejo cautivo de las tinieblas, encendíanse en confusión mil resplandores de presentidas sensaciones. Una adivinación advertíale lo que afiebraba los corazones y los cerebros de la Ciudad.



¡Cayó el bohemio rechazando con exeptisismo á la fé y á la esperanza!



¡Pasad dulces ilusiones y no turbeis mas la paz de mi corazón!



—¡Eres un ángel!—¡Eres el paraiso!—¡Eres un encanto!—¡Eres mi vida!

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE JULIO DE 1897 NÚM. 87

Y el pueblo, fascinado como siempre por el prestigio que dan, para él, los golpes de audacia y de fortuna, proferia en clamores este voto del momento:

—«¡Viva el Emperador!»

Por entre las treguas de toda esta triunfal tempestad, una voz perdida elevában del lado del mistica atrio. El viejo, echada la nuca contra los férreos barrotes, levantando hacia el cielo sus muertas pupilas, olvidado de ese pueblo cuyo voto verdadero sólo él parecía expresar, voto oculto en los hurras, voto secreto y personal, salmodiaba, augural intercesor, su frase entonces misteriosa:

—«Tened piedad de un pobre ciego!»

Ese día era de gran revista en los Campos Eliseos.

Diez años habían volado desde que brilló el sol de aquella fiesta! El mismo ruido, las mismas voces, el mismo humo! Una sordina, sin embargo, temperaba entonces el tumulto de la alegria popular. Una sombra flotaba sobre las cabezas. Las salvas convenidas del terrado del Pritaneo, se complicaban, esta vez, con el lejano retumbar de nuestros fuertes. Y, poniendo el oido, el pueblo procuraba discernir ya, en el eco, la respuesta de las piezas enemigas que se acercaban.

El gobernador discurría, sonriendo á todo el mundo, al trote de su magnífico caballo. El pueblo, confortado por esta confianza que le inspira siempre una *tenue* irreprochable, alternaba con cánticos patrióticos las aclamaciones con que honraba la presencia de ese soldado.

Pero las sílabas del antiguo furioso victoreo se habian modificado: el pueblo, desatinado, profería este voto del momento:

—«Viva la República!»

Y, allá, del lado del atrio sublime, distinguiase siempre la voz solitaria de Lázaro. El vocero del último pensamiento popular, no alteraba la angustia de su lamento.

Alma sincera en medio del entusiasmo, alzando al cielo sus ojos apagados, clamaba, entre intervalos de silencio, y con seguro acento:

—«Tened piedad de un pobre ciego!»

Ese día era de gran revista en los Campos Eliseos.

Habian pasado nueve años de sufrimientos desde aquel velado sol!

Los mismos rumores, el mismo estruendo de las armas, el mismo relinchar de los caballos. Eran, sin embargo, mas ensordecedores que la última vez: mayores desvaríos, por consiguiente.

—«Viva la Comuna!» era el grito que al viento daba el pueblo.

Y la voz del secular predilecto del Infortunio, repetía siempre allá en el atrio sagrado, su refrán rectificador del único pensamiento de ese pueblo. Sacudiendo la cabeza alzada al cielo, gemía en la sombra:

—«Tened piedad de un pobre ciego!»

Y, dos lunas mas tarde, cuando á las últimas vibraciones de un toque de alarma, el Generalísimo de las fuerzas regulares del Estado pasaba revista a sus doscientos mil fusiles, ¡ai! humeantes todavía con la triste guerra civil, el pueblo, aterrado, gritaba, viendo arder á lo lejos los edificios:

—«Viva el Mariscal!»

Allá, del lado de la muralla, la misma voz impasible, la voz del veterano de la hermana Miseria, repetía su maquinalmente dolorosa é implacable obsecración:

—«Tened piedad del pobre ciego!»

Y después, de año en año, de revista en revista de vociferación en vociferción, cualquiera que fuese el nombre arrojado al azar del espacio por el pueblo y sus victoreos, los que escuchan atentos los rumores de la tierra, han distinguido siempre, en medio del mayor bullicio de los clamores revolucionarios y de las fiestas bélicas que las siguen, la Voz lejana, la Voz *verdadera*, la íntima Voz del simbólico terrible mendigo!—del que vela en la noche gritando al Pueblo su hora exacta,—del incorruptible centinela de la conciencia de los ciudadanos, de aquel que restituye íntegramente la súplica oculta de la multitud, y en resumen, su suspiro.

Pontífice inflexible de la Fraternidad, y Titular autorizado de la ceguera física, jamás ha cesado de implorar, como inconsciente mediador, la caridad divina, para sus hermanos del entendimiento.

Y, cuando, ébrio de fanfarras, campanas y artillería, perturvado el Pueblo por esa lisonjera batahola, trata en vano de enmascarar sus íntimos anhelos, bajo cualquier frase mentirosamente entusiasta, el mendigo, con el rostro hacia el cielo, los brazos levantados, á tientas, en sus grandes tinieblas, se levanta en el atrio eterno de la Iglesia,—y, con una voz mas y mas doliente, pero cuyo eco parece llegar mas allá de las estrellas, sigue gritando su rectificadora protesta:

—«Tened piedad de un pobre ciego!»

Villiers de L'Isle Adam

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE JULIO DE 1897 NÚM. 87

ASUNTO GRAVE

ERA una mariposa
que revolaba en el jardin florido;
cuanto ligera, hermosa,
tembló al mirarme y desplegó afanosa
el ala tinta en rosicler subido.

Rayaba la mañana
ostentando sus galas por doquiera;
y en la cumbre lejana,
tiñendo el monte en esmeralda y grana,
resplandecia el sol de primavera!

Del célico atavio
tomó la mariposa los colores,
y era el anhelo mio,
empapadas mis manos en rocio,
darle caza, corriendo entre las flores.

¡Fatalidad humana!
tan rápido no ser como es el viento!...
mas, con paciencia, gana
constante el hombre la virtud cristiana,
y... ¡zás!... ya te pillé!... grité contento!

Cuánto correr!... Jadeante,
volvíme acariciando mi tesoro
hacia el hogar distante,
adonde iria á ostentar triunfante,
la mariposa con su pecho de oro.

No hay compasión! «Tu suerte
me obliga—la decia—á que tus alas
ate con hilo fuerte;
y aunque en esta prisión halles la muerte,
yo quiero siempre contemplar tus galas.»

Y loco, alborozado,
corri, salvando de mi casa el muro:
yo aún no habia amado;
y el insecto infeliz, aprisionado,
no pudo conmover mi pecho duro.

Mas ay! de pronto, hermosa,
bajo el dintel apareció sonriendo
Rosa, la dulce Rosa,
quién, al ver en prisión la mariposa,
fué en pós de mi su libertad pidiendo.

Era Rosa, la aldeana,
las mas fiel compañera de mi infancia;
era como una hermana,
pura, como el albor de la mañana,
una bella inquilina de la estancia.

Mis padres la querian,
como saben querer los buenos viejos;
con amor la pedian
ir á mi casa, en donde la tenian
pendiente del cariño a sus consejos.

En ella penetrando
con el alba, salir se la veia
poco después cantando,
y, siempre alegre, hasta su hogar llevando
la leche que su madre apetecia.

Guindas sus labios rojos,
cual flores del granado en la pradera
brotaban sus sonrojos,
y era el azul de sus brillantes ojos
el cielo con la luz de primavera!

El oro se ostentaba
en sus rubios cabellos recogidos;
y al sonreir mostraba,
mas blancos que la leche que llevaba,
sus finos dientes, á lucir nacidos!

Era su téz de armiño;
quince años daban del turgente seno
enojos al cariño
que allí viviendo, de misterios lleno,
¿quién pudo descubrir?...—¡Yo era tan niño!...

Reinaba en mi alma pura,
junto al filial amor, solo el de Rosa;
y en medio á mi locura,
y victima precóz de esa hermosura
¿tendria que soltar la mariposa?...

¡Lo que yo mas queria!
trás tanto afán y de carrera tanta
abandonar podria?...
pero Rosa, talvéz, lo exijiria
y es el amor resignación tan santa!...

Y así fué todo en vano!...
traté de resistir... pero ella riendo
me tomó de la mano:
—«si no la sueltas, otra vez mi hermano
ya no te llamarás»—me fué diciendo...

Resolvíme con pena;
y como aquel que guarda lo que siente,
torné mi faz serena...
Ella turbada y de ternura llena,
tendió su cuello y me besó en la frente.

Solté la mariposa,
que fué volando hacia el jardin florido...
cuanto ligera, hermosa,
¡con qué entusiasmo desplegó afanosa
el ala tinta en rosicler subido!

¡Cuántos años pasaron!
¡Cómo las horas de mi bella infancia
los vientos se llevaron...
mas, fijos en la mente me quedaron
los recuerdos de Rosa y de la estancia!

También la mariposa
vive perenne en la memoria mia;
mas, vivirá otra cosa:
ese lazo de amor, la tirania,
con que ata al hombre la mujer hermosa!

A. Q.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20

CERTAMEN VARELA

Segundo tema



Ricardo Fernandez Montalva

Tercer tema



Emilio Rodriguez M.



D. Federico Varela

quinto tema



Pedro Pablo Figueroa

cuarto tema



Pedro N. Prendez

AUTORES PREMIADOS

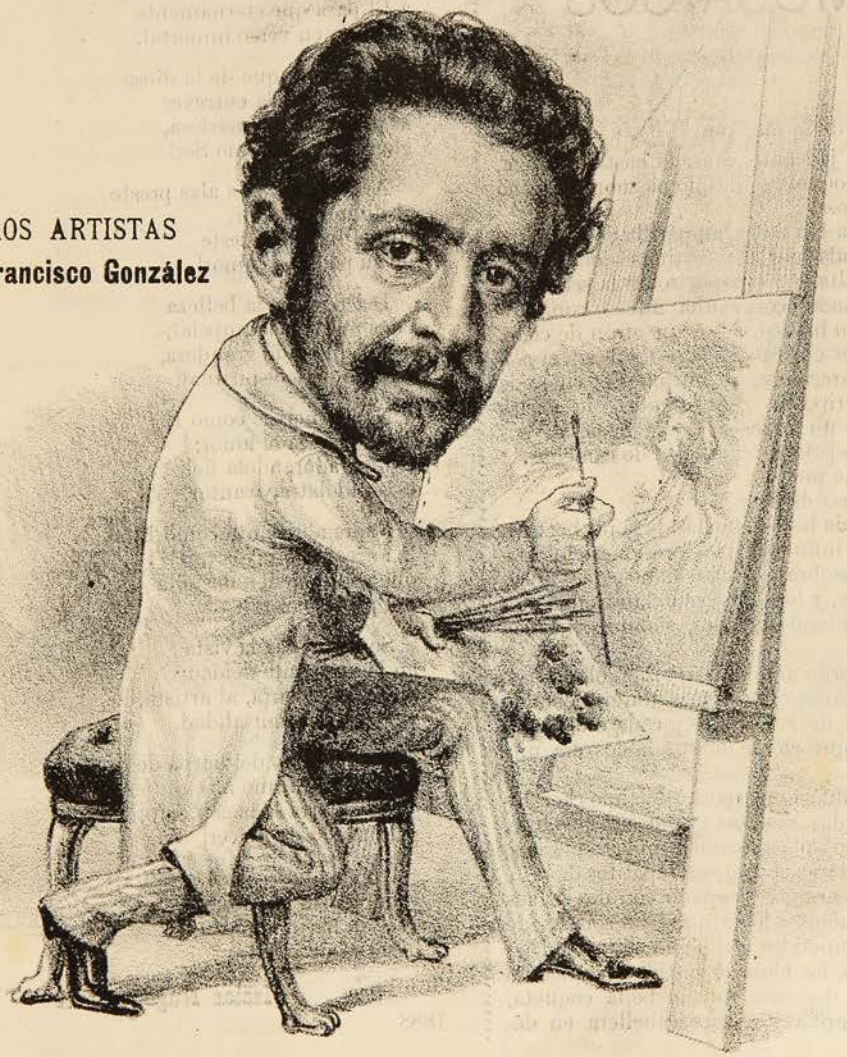
La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS ARTISTAS

D. Juan Francisco González



Su pincel impresionista
no tiene en Chile rival,
que es, deslumbrando la vista,
cada tela de este artista
su apoteosis triunfal.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE JULIO DE 1897 NÚM. 88

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 »)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20
Oficina y Administración-Ahumada 75
TELÉFONO, 1273.—CASILLA, 1043

MOSAICOS

DOS de la mañana.

Pálida, jadeante, cansada hasta la fatiga, la bella coqueta se desploma sobre su lecho de palo rosa.

La vaga luz de la lamparilla de alabastro que resbala por las cortinas de encajes, hace resaltar su cuerpo, sobre la seda azul del colchado, como una nube ó como un gran ramo blanco sobre un girón de cielo.

Sus ojos entreabiertos se fijan en el *plafond*, y parecen seguir burlones el vuelo de locas mariposas. Sus dientes de perlas muerden un manojo de violetas. A sus piés ha dejado rodar un ato de camelias.

¿En qué piensa?

Sus ideas divagan.

Recuerda las conquistas de la noche: una, dos, tres, infinitas; las presiones elocuentes de los brazos y las manos, las frases pasionales, y los ojos ya relampagueantes ya desbordando ternura, siempre fijos en ella...

Y recuerda también, retozándole la risa, el rostro satisfecho de los tontos, cuando cada uno de sus gestos y cada una de las palabras que caian de sus labios era una mentira.

De súbito se incorpora, dejando caer las despedazadas violetas, y en un instante, sacudiendo picarescamente las piernas, arroja uno tras el otro sus zapatitos de razo, que se le antoja comparar con dos de sus muchos galanteadores que para solaz tiene siempre sometidos á ridícula esclavitud.

Después, los blancos vestidos caen como una falsa decoración, y la bella coqueta, con la amplia y sedeña cabellera en desorden, se introduce rápidamente en el lecho y, con la cabeza hundida en la almohada, queda pensativa...

Sus ojos entreabiertos se fijan siempre en el *plafond*, y parecen seguir todavía burlones un loco vuelo de fantásticas mariposas...

EL POETA Y LA BELLEZA

AL poeta y la hermosura
hizo al mismo tiempo Dios,
para que en la vida obscura
se den la mano los dos.

A Ella para que sustente
el númen providencial;
á Él para que eternamente
la cante en verso inmortal.

A Él para que de la diosa
en la faz pueda entrever
la perfección misteriosa,
gloria del Supremo Ser!

A Ella para que alas preste
al divino soñador,
con el influjo celeste
de su poderoso amor!

Del poeta y la belleza
Dios ata el lazo nupcial,
unión llena de grandeza,
triunfo de lo espiritual!

Nadie merece como Él
de la belleza el amor;
el que, adorándola fiel,
es su idólatra y cantor.

Nadie abrillanta como Ella
la aureola de rayos mil
que sobre la sien destella
del poeta varonil.

Soñador, fija la vista
en la atrayente deidad;
ama, hermosura, al artista,
voz de tu inmortalidad.

Que cuando del harpa de oro
se alza un himno á la mujer,
cielo y tierra le hacen coro,
palpitando de placer!

Que cuando el poeta canta,
y lo inspira la beldad,
sube la harmonía santa
hasta la divinidad.

Isaias Nugent Scott

1888

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE JULIO DE 1897 NÚM. 88

EL NIÑO Y LA ESTRELLA

Catulle Mendes,

EN el cielo un astro brilla
que en el agua se refleja,
Un hombre que va pasando
le dice al niño poeta:
«Tú que inmaculadas rosas
llevar en las manos sueñas,
y que vas cantando siempre
á do tus pasos te llevan,
tus fugaces alegrías
y tus quiméricas penas,
dime, entre mi alma y la tuya
¿en qué está la diferencia?
—Mira, respóndele el niño,
alza un poco la cabeza;
allá en el azul lejano
¿ves cómo brilla una estrella?
—La veo!
—Cierra los ojos.
—¿Alcanzas ahora á verla?
—¡Imposible!»
El niño, entonces,
que los misterios desvela,
dice, la frente bajando
con nostálgica tristeza:
«Yo la veo todavía
cuando mis ojos se cierran.»

A. V.

LA CRÉATION

J'ENTENDS rèpéter à la ronde
Que, s'ennuyant au Paradis,
En une semaine jadis
Jehovah fabriqua le monde.

Pour endormir son nourrisson,
Je n'ignore pas qu'une mère
D'une voix douce excelle à faire
Cent contes de cette façon;

Mais tout cela, comme on le pense,
Lorsque vient l'âge de raison,
Doit disparaître à l'horizon
Dans les brouillards de notre enfance.

Fort du proverbe qui nous dit
Qu'à chaque jour suffit sa peine,
S'arrêtant, reprenant haleine,
Dieu fit tout petit à petit.

Et, suivant l'humeur journalière,
Quand de ser doigts sortait un cœur
Du miel il avait la douceur
Ou la dureté de la pierre.

Ses œuvres disent constamment
Si le temps etait à l'orage
Ou si son trône de nuage
Etait poussé par un bon vent.

A-t-il fait quelque mauvais rêve;
A-t-il mis ses bas au rebours;
Alors le porc-épic et l'ours
Sont en chantier dès qu'il se lève.

Un jour voyant les tourbillons
Que formaient, de ses petits anges,
Les éblouissantes phalanges,
L'Eternel fit les papillons.

Si pendant une nuit sa couche
S'éclaire d' un songe brillant,
Il sourit en se réveillant,
Et c'est le tour de l'oiseau-mouche.

Mais les Chérubins à plein vol
Lui sont-ils venus dès l'aurore
Chanter le psaume qu'il adore,
Alors il fait le rossignol.

Une autre fois, tandis qu'il plane
Au dessus d'un corps de savants,
On le voit, de ses doigts puissants,
Prendre un atôme es faire un âne.

Enfin, de fort méchante humeur
Pour ne savoir vraiment que faire,
Un jour il prit un peu de terre,
Et fit... quoi?... votre serviteur!

Philibert Germain.

TANTO TIENES TANTO VALES.

I

HACE muchos años vivía en la ciudad de..., un rico y laborioso propietario. Una inmensa fortuna y una hermosa hija eran, de este magnate, los dorados pasaportes que le valían en la sociedad de buen tono, y que hacían de él un ídolo popular i aristocrático.

Laura frisaba en los frescos albores de los diez y siete años: era bella como la Vénus brotada de las espumosas ondas, de estatura mediana, talle esbelto y gracioso, modales finos y fascinadores, mirada lánguida y tímida como las hermosas vírgenes del Sion, cabellos sedosos y dorados, como los peces que cría el cristalino Tajo; y de su diminuta boca, adornada por dos pulidos corales, salía una voz armoniosa, solo comparable á las dulces melodías que el inspirado génio del *Cisne de Galilea* arrancaba á su monótomo instrumento.



Caricia de artista.



—¡Mira que es lindo!
—¡Alma mía! ¡Hijo mio! ¡cuánto se te parece!

CERTAMEN VARELA



Alejandro Parra

Tercer tema



Eduardo Grez Padilla

Cuarto tema



Antonio Borquez Solar

Cuarto tema

ACCÉSITS

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE JULIO DE 1897 NÚM. 88

A la par de tan brillantes dotes físicos, Laura poseía las perfecciones morales, que son los únicos corolarios de la verdadera belleza.

Alma levantada, corazón generoso, cifraba toda su dicha en dos seres á quiénes la unian los desinteresados vínculos del amor: estos eran su buen padre y su primo Alberto, amigo en la infancia i amante en la adolescencia.

Correspondida de ámbos, su vida se deslizaba feliz, en medio de las doradas ilusiones que esperaba ver cumplidas mañana.

Alberto, si bien no poseía una fortuna, era un joven modelo en todo sentido: i un honroso título, conquistado á fuerza de trabajo e inteligencia en la vasta carrera de las ciencias, le aseguraba un lisongero porvenir.

Don Horacio aprobaba estos amores, sin reparar en el desequilibrio monetario, como suele decirse. Veía en ellos la felicidad de su hija, y esto le bastoba.

II

Reflecionando un dia sobre la educacion de Laura, creyó que ya estaba en edad de penetrar en el seno de la sociedad; seno, si bien escabroso y resbaladizo, indispensable como escuela de las buenas maneras.

Ya tenemos á Laura confundida en el bullicio de los salones, aspirando el delicioso ámbar de los lisongeros aplausos á que su belleza y fortuna la hacían altamente acreedora

En ese tiempo apareció un elegante *quidam*, cuya fama de acaudalado produjo una verdadera revolucion en los círculos elegantes.

Don Luis!... ¡Oh! don Luis es un joven magnífico: elegante, rico, comedido: es el verdadero tipo del caballero, decian con febril entusiasmo niñas y viejos; y en todas partes se le alababa con exageración; alabanzas que no sonaban bien á los jóvenes, que se veían oscurecidos por el brillo de dos ricas hebillas y de una lujosa caleza.

La hermosura de Laura, y más aún la cuantiosa fortuna de su anciano padre, apasionaron al elegante advenedizo, y no trepidó en declararle su amor. La joven, que no era dueña de su corazón, rechazó desde el primer momento sus audaces pretensiones y le instó á que las abandonara como imposibles.

Don Luis, hombre de mundo, veia en esta union un espléndido negocio, y lejos de abandonar sus pretensiones, se las espuso con el mayor desenfado á don Horacio.

Este caballero era de un natural bueno y desinteresado; pero esta vez le cegó la ambición, y viendo, como don Luis, las ventajas positivas del nogocio, no trepidó en dar el *sí* paterno, que en esos tiempos era incontrastable. «Este joven, se decía, es un atolondrado libertino, y yo seré el verdadero dueño de su cuantiosa fortuna.»

No tardó en comunicarle á Laura el resultado de su entrevista con don Luis, y le patentizó con verdadera elocuencia, nacida de su ambición, los nobles dotes que adornaban al elegante jóven, sin olvidar el más culminante: su fortuna.

Laura contestó con un resuelto *imposible*, sin sentirse conmovida ante el magnífico retrato que de don Luis hacía su padre, y sin atender á las condiciones positivas que de su paralelo con Alberto sacaba con rara habilidad.

Herido don Horacio en lo mas sensible: en el bolsillo, resolvió hacer valer por la fuerza los que creía *sagrados deberes de padre;* y amenazó á su hija con el cantigo del cielo.

¡Vana amenaza: El amor á Alberto le daba fuerzas para resistir; y resistió.

Don Horacio, en su justo despecho de ver su autoridad ultrajada, impidió á Alberto la entrada á su casa y amenazó á Laura con las leyes humanas, leyes sacadas probablemente de su terrible código mercantil; pero por segunda vez vió burladas sus amenazas.

III

La lucha se prolongaba ya demasiado y prometía ser sangrienta: tal era el despecho de don Horacio; cuando un inesperado incidente vino á poner término á tan embarazosa situación. Una carta de su hermano, administrador jeneral de sus bienes, en que le anunciaba la completa quiebra de su cuñado, á quien habia afianzado con casi toda su fortuna, vino á terminar esa enojosa cuestión.

Don Horacio, en su desesperación, no se cuidó de encubrir los motivos, y don Luis juzgó prudente y razonable abandonar el campo.

No tardó don Horacio en verse abandonado de todos sus amigos. Pobre, viejo y achacoso, vivía retirado de esos placeres efímeros á cuyo bullicio estaba tan acostumbrado. Todos huían de él, todos le satirizaban, todos, en fin, le despreciaban; y en medio de tantas desgracias solo encontró un hombre, un hombre á quien había cerrado no ha mucho tiempo las puertas de su casa, que le tendió una mano protectora; ese hombre fué Alberto.

Sí, Alberto, que, habiendo conseguido, á costa de trabajo, reunir una modesta fortu

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE JULIO DE 1897 NÚM. 88

na, olvidaba lo pasado y la ponía á disposición del padre de su amada Laura.

Pobres pero tranquilos, veían correr el tiempo sin que les agitasen egoistas preocupaciones; cuando una carta de su hermano vino á cambiar la faz de la reducida familia.

La quiebra había sido fraudulenta, y el fraude sorprendido.

No entraré á pintar la profunda conmoción que esta carta produjo en el ánimo ya abatido de don Horacio; me limitaré á decir que el elegante don Luis volvió al momento sobre sus pasos, y no encontrando mejor evasiva, pretendió aparecer como el salvador de la ya perdida fortuna.

Don Horacio, en el colmo de la ira, despidió al especulador como merecía y concedió á Alberto la mano de Laura.

IV.

Hijos mios, les decia algun tiempo despues, no seais ambiciosos: mirad el dinero tan solo como un auxiliar cualquiera. Tampoco le derrocheis, si quereis vivir en sociedad; porque hai un sabio adajio que dice: *tanto tienes, tanto vales.*»

M. de Anjou

San Bernardo, 1897.

HORAS DE CALMA

A....

¡QUÉ rápidas discurren y qué dulces
las horas á tu lado!
Yo junto á tí me olvido
de mi destino infausto,
de mis noches de fiebre
y de mis dias de martirio insano...

De la flor encendida
que revienta en tus labios,
tu voz, himno de miel, cae en mi pecho
cual misterioso bálsamo
que las heridas cierra,
vertiendo en ellas apacible halago;
mientras tus negros ojos
con los mios hablando,
dicen la frase de divino aroma
que no son aptos á decir los labios...

La frase que en el yermo
de mi alma, doloroso y solitario,
enciende el explendor de las corolas
y el ritmo anima de los tiernos cantos...
la frase que gloriosos horizontes
á mí, que me hundo en infernales antros,
me muestra, iluminados de promesas
y sembrados de rosas y de lauros...

Pero ¡ay! que el pensamiento,
cuando de tí me aparto
recobra su poder; las negras penas
con que impotente sin cesar batallo,
se apoderan de mí: y creo entonces
ver en tu rostro un infernal sarcasmo,
y que son mis delirios
las flores de un mortuorio catafalco...

Y es entonces también cuando deseo
beber el vino del mortal engaño,
oyendo siempre el himno
que brota de tus labios,
siempre fijos mis ojos en los tuyos,
siempre á tus piés postrado...

A. V.

Julio de 1897.

INTIMA

A la Srta. M. S.

CUANDO á turbar nuestro silencio vino
el amoroso trino
de un ave oculta entre la selva obscura,
despertando al rumor de esa caricia
mis ojos, con delicia,
buscaron luz en tu mirada pura.

Y te ví alegre, juvenil, hermosa
cual nunca cariñosa
ofrecerme la dicha que ambiciono;
y vi en tus labios de coral impreso
el esbozo de un beso
pronto á estallar con púdico abandono.

Y vi en tus negros ojos mil promesas
que vagaban traviesas,
estimulando mi impaciencia loca;
y de pasión temblando y de ventura
extreché tu cintura,
y un ósculo de amor dejé en tu boca.

.....

Ruy Blas

Santiago, Julio 11 del 97.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20



—Que lindo lo que está haciendo!
—¡No sabes la que te espera, picaronaza!

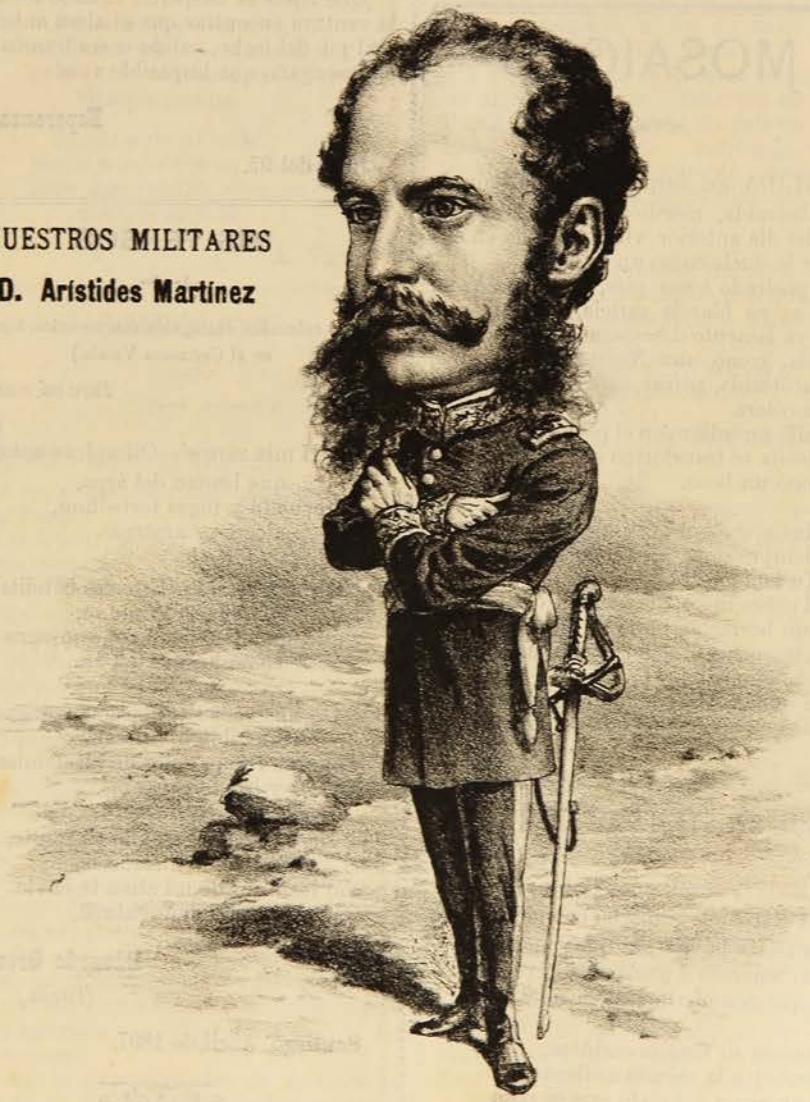
La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

DIEZ CENTAVOS NÚMERO

NUESTROS MILITARES

D. Arístides Martínez



Militar inteligente,
para coronar su frente
ha unido su ánimo entero
los laureles del valiente
á la prez del caballero.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1897 NÚM. 88

LA REVISTA CÓMICA
PERIÓDICO ILUSTRADO - LITERARIO
Sale á luz los Domingos.
DIRECTORES:
Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas
SUSCRIPCIONES
Por un año (50 números)..... **$ 4.50**
Por medio año (25 »)..... **2.50**
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20
Oficina y Administración-Ahumada 75
TELÉFONO, 1273.—CASILLA, 1043

MOSAICOS

PÁLIDA de despecho, muda, con la vista distraida, mordiéndose los labios, la frase del día anterior vibra todavía en sus oidos y le duele como un latigazo.

Él, postrado á sus piés, implora. Y su ruego es ya blanda caricia, ya gemido de dolor, ya lamento desesperado.

Y ella, como una Némesis implacable, sigue abstraida, pálida, soberbia en su desdeñosa cólera.

Estalló un sollozo en el pecho del amante.

La leona se transformó en paloma.

Y sonó un beso.

—

—Has muerto mi última ilusión!

—Siempre serás mi amigo...

—¡Tu amigo!...

Y el pobre mozo, anonadado, desfallecido como un borracho, hubo de afirmarse en el muro, miéntras el dolor como un nudo le apretaba el cuello.

Ella quedó contemplándole, en tanto se dibujaba en sus labios una sonrisa diabólica...

¡QUE TRISTE ES DESPERTAR!

¡QUÉ triste es despertar cuando creemos
que es cierta la ventura que soñamos!
cuando amoroso á nuestro lado vemos
el ser que con el alma idolatramos!

Y vemos su sonrisa cariñosa,
y de sus ojos la mirada ardiente,
como un giron del cielo que se posa
en un beso de luz sobre la frente.

¡Qué triste es despertar! adormecido,
envuelto entre la sombra todo calla...
y de angustia temblando extremecido,
el corazón con su dolor batalla.

Y la espantosa realidad sombría,
dentro del alma grita despiadada:
¡Te engañaba tu loca fantasía,
fué su amor, ilusión por tí forjada!

¡Te mintieron sus ojos tan risueños,
y sus labios ardientes te mintieron
quimeras y delirios son tus sueños!
y fugaces: ¿lo ves?... desparecieron!»

¡Qué triste es despertar cuando soñamos
la ventura encontrar que el alma anhela,
y al pié del lecho, pálido encontramos
el desengaño que impasible vela!

Esperanza

Julio del 97.

MIS VERSOS

(De la colección distinguida con mención honrosa en el Certamen Varela.)

Para mi madre.

OH mis versos!—Olímpicas notas
que brotan del arpa,
en revuelto y fugaz torbellino,
alegres y amargas.

Oh mis versos!—Estrofas benditas
que lloran y cantan,
y que, grande ó pequeño, consagro
como hostias del ara.

Oh mis versos!—Placeres y angustias
que flotan y pasan,
y en que riman dolor de blasfemias
y luz de plegarias.

Madre mía!—Besando tu frente,
salvando distancias,
con los hijos de mi alma te envío
la vida de mi alma!...

Eduardo Grez P.
(Payita.)

Santiago, Abril de 1897.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1897 NÚM. 89

SUSPIRO

Sully Prudhomme.

JAMÁS oirla ni verla,
jamás nombrarla en mis ánsias,
pero aguardándola siempre,
siempre amarla.

Tender los brazos y luego
anudarlos en la nada,
pero tendérselos siempre,
siempre amarla.

Poder tendérselos sólo,
en llanto anegada el alma!...
pero llorar así siempre,
siempre amarla.

Jamás oirla ni verla,
jamás nombrarla en mis ánsias,
pero, más rendido siempre,
siempre amarla!...

A. Varela.

SIMBÓLICA

Para Arturo A. Ambrogi

SUENA el cuerno de plata.

La voz argentina rompe el silencio de la vasta llanura.

Y el feudal castillo parece extremecerse en sus cimientos.

Un sol de oro quiebra sus flechas crepusculares en la comba de las cúpulas altísimas.

Y al eco del cuerno de plata la castellana sacude sus hebras rubias, sus hebras que vibran, acariciadas por el hielático viento invernal, como el cordaje de una lira.

Es que ha llegado el viandante, el peregrino, desde las tierras lejanas del trópico, donde florece la primavera perpétua, del bello pais del sol, donde las nubes blancas de las alboradas quedan en girones en los capullos de los algodoneros, donde cantan los zenzontles que son poetas y los poetas que son zenzontles.

Y él llega hasta el gran salón donde refulgen las regias panoplias y están serios en los muros los retratos de los abuelos de prosopia soberana.

Anochece.

Y dice el peregrino, que es un efebo en cuya frente hay un sacro resplandor, mientras la virgen romántica oye con los temblores de la neurósis del amor que nace:

—Yo soy el peregrino. Voy en busca del pais azul. He dormido á la sombra de los laureles que cantan Iliadas y he sentido en mi frente el beso de las ninfas desnudas. Bebí en el manantial de los inspirados y llevo rugiente dentro de mí la tempestad del Verbo. Aprendí la voz de los genios cuyas historias aromadas de azahares y pimpollos de lirios, hacen sonreir los labios virginales de las novias blancas... (La castellana de trenzas blondas dió un suspiro).

Y el viandante continuó: —Sé cómo aman las hadas. He visto en los lagos sus curvas tembladoras que gotean perlas. Y ellas han llegado á mí y me han pedido una leyenda en cambio de una noche de amor... (Y la castellana: —Peregrino, ven á mí).

Y él, reclinando en la falda blanquísima las sienes ardientes: —Este era un paje... Iba de puerta en puerta, de país en país en busca de su amada... sufriendo mucho, llorando mucho. (Suspiró de nuevo la virgen blonda.) Llegó al castillo con sed de amores y.....

.....

Se oyó el chasquido de un beso.

Y después, un rumor de alas que se despliegan y los suspiros que arrancan las caricias inefables.....

Arturo A. Ambrogi, tú eres el peregrino.

¿Y la castellana? ¿Sabes tú?

A. Bórquez Solar

Santiago, Julio 1897.

HORAS DE ANGUSTIA

¡YO siento la nostalgia del proscrito
el tormento crüel de Prometeo,
esa sed inmortal de lo infinito,
la tortura insaciable de un deseo!

Siento el pesar que roe el alma mía
y no encuèntro un alivio á mis dolores,
no hay nada que mitigue esta agonía,
¡nadie escucha de mi alma los clamores!

¡Quiero morir! es triste la existencia
que se arrastra entre eterna pesadumbre,
cual átomo que oculta su presencia
de seres en la inmensa muchedumbre!

¡Ay! que triste es vivir cuando llagado,
hecho pedazos, se halla el corazón!
¡Cuando toda esperanza se ha apagado!...
¡Cuando ha muerto la última ilusión!

Always.

Julio de 1897.

CERTAMEN VARELA



Diego Duble Urrutia
Cuarto tema

ACCÉSIT



Pierrot sentimental.



El exepticismo del amor.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1897 NÚM. 89

ARMONIA

-A Eduardo Grez P.-

¡Oh! qué hermoso es el mundo de efluvios
de pálidos tintes
que nace en el alba...

Oh! qué hermoso el excelsior sublime
de olímpicas notas
del ave que canta...

Allí hai flores de edénicos prados,
y tibios aromas
de lirios y malvas.

Aquí hay dulce trinar de gorriones,
y ledas cadencias
de prístinas garzas.

¡Cuántas veces luchó mi paleta
por dar regia forma
al cielo del alba,

sin que nunca mi fiebre de artista
en diáfanos tules
pudiera amoldarla.

¡Cuántas veces luchó mi estro ardiente
por dar forma al verso
de rimas aladas,

sin que nunca con hilos de oro
mi mente de fuego
pudiera engarzarlas.

Y yo siento soñar mi paleta
con cielos, con iris,
con astros, con albas...

Y yo siento bullir mi cerebro
con númen, con besos,
con trinos, con alas...

Ah! querube, querube bendito,
de talle soberbio,
de formas gallardas.

Ah! querube, querube inocente
que alumbras mis noches
de azul esperanza.

Si en un día de olímpica aurora
llegar yo pudiera
rendido a tus plantas;

si en un día de hossanna y excelsior
llegar yo pudiera
al pié de tus aras:

Cómo entonces brotara matices,
mi ruda paleta,
de mil filigranas.

Cómo entonces brotara vibrante
de amor y ternura
el himno del alma...!

Anibal Urrutia D.

1897.

ADÉLFICA

Aunque sé que es devaneo,
te amo tanto á mi pesar,
que, por causa tuya, creo
voy á aprender á matar...

Gaspar Deburau.

LA BOLSA DE PÚRPURA

(De la colección distinguida con accésit en el Certamen Varela

La reina de las hadas puso en mis manos una pequeña bolsa de púrpura, completamente vacía.

Y me dijo:

—Por cada beso de amor, de labios de mujer, que no sea hijo del interés o del engaño, caerá á la bolsa una perla de inestimable valor. Por cada lágrima sincera que viertan los ojos de una mujer, caerá á la bolsa un diamante de maravillosa hermosura.

I

Partí.

Oh!—pensaba—¡cuántos besos sinceros y ardientes, entre dos bocas trémulas, en las frescas mañanas primaverales, bajo los verdes limoneros floridos!

Cuántos amantes besos, en que se deja el alma, en las noches de luna, bajo los altos tilos!

Oh! cuántas lágrimas puras y sinceras arranca el pudor á las vírgenes, cuando el ardor de los primeros besos, el loco arrebato de las primeras caricias, hace rodar de sus frentes encendidas la blanca corona de azahares!

II

Crucé las montañas y los valles, atravesé los mares y los torrentes.

Y seguí, en mi larga peregrinación, al través de remotos países, bajo unos cielos cubiertos de perpétuas nieblas, bajo otros siempre azules.

Un día me detuve.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1897 NÚM. 89

Y ¡oh, dolor! en la bolsa de púrpura, en la mágica bolsa que me regaló la reina de las hadas, no había una sola perla, un solo diamante.

—No importa! exclamé.

Si las mujeres engañan, yo tengo á mi amada, el ángel cuya imágen bendita me acaricia el alma, la vírgen que es para mí una estrella blanca en medio de la noche de mis recuerdos.

III

Oh, placer!

En lo alto de una roca que domina la llanura, *ella* me aguardaba.

Y corrió á mi encuentro con los hermosos ojos cubiertos de lágrimas de gozo y me estrechó contra su seno trémulo de vírgen.

Ah! y después, en la alcoba nupcial, cuando al calor de mis besos y de mis locas caricias, rodó de sus negros cabellos la corona blanca, yo ví correr por sus mejillas, encendidas por el fuego sagrado del pudor, lágrimas cristalinas y sinceras: las lágrimas del lirio que va á perder su aroma, las lágrimas del ángel que vá á perder las alas...

IV

Al nuevo sol, seguro de mi triunfo, y ansioso de coronar de perlas y diamantes la negra cabellera de mi amada, abrí mi maletín de viage!

Y allí estaba la bolsa de púrpura, la mágica bolsa que me regaló lo reina de las hadas.

Ah! sin duda estaba llena de perlas y diamantes...

La tomé sonriendo...

¡Estaba *vacía!*

Alejandro Parra

EL VINO DE LA MUERTE

EN la casa de hierro
en que están sepultados
aquellos que en la sangre de los hombres
empaparon sus manos,
un día ví al verdugo
brindar á un infeliz un ancho vaso,
que con ansias inmensas
este llevó á sus labios.
Después, los ojos le vendó el verdugo,
y su pecho á balazos destrozaron.

Amor mío, no sé yo por qué triste
presentimiento extraño,
cuando de tu ternura
gozo el divino halago,
pienso en el vaso que brindó el verdugo,
pienso en el fusilado...

A.

Julio de 1897.

LA INFANCIA

(De Victor Hugo)

A mi hermana C...

EL niño cantaba;
su madre, entretanto,
presa de la fiebre
que la consumía,
llorando exhalaba
lúgubre estertor:
yo, mudo, escuchaba
la triste agonía;
yo, mudo, escuchaba
la alegre canción.

La madre en el lecho
reposa, de muerte;
junto á la ventana
ríe y se divierte
el niño, entonando
su alegre cantar.
¡El hijo cantando,
la madre llorando,
siempre, siempre están!...

.....

Fué á dormir la pobre
bajo los cipreses,
y el niño su canto,
como en otras veces,
volvió á preludiar...
que el dolor es presto,
y el Cielo no quiere
que crezca en la tierra
rama, cuyo peso
la puede tronchar.

C. Vero M.

Santiago, Julio 7 del 97.

MADRIGAL AMARGO

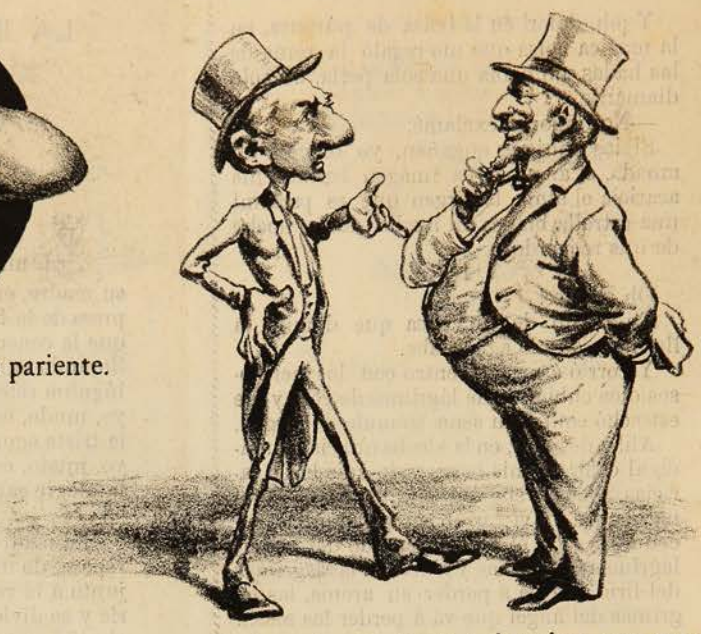
VIVIR se puede sin madre,
vivir se puede sin Dios,
sin glorias y sin riquezas,
pero lejos de tí nó...

G. D.

Imp. y Lit. L. F. Rojas y C.ª Argomedo 20

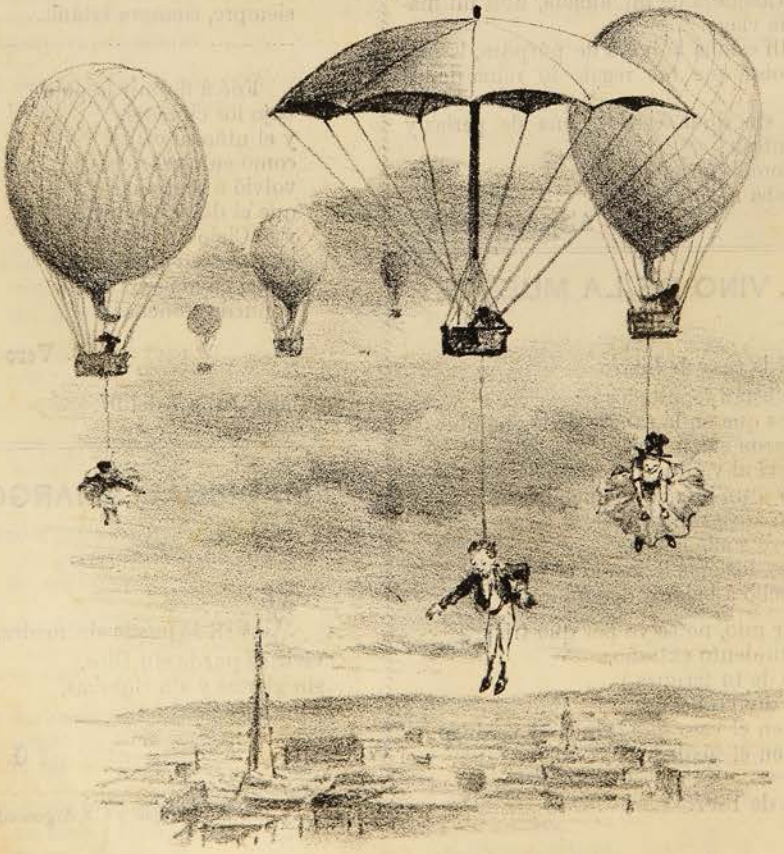


Retrato de un noble pariente.



—Qué contento estoy, mi amigo, con este orden de cosas!

—Vd., lo comprende; pero yo, estoy frito.



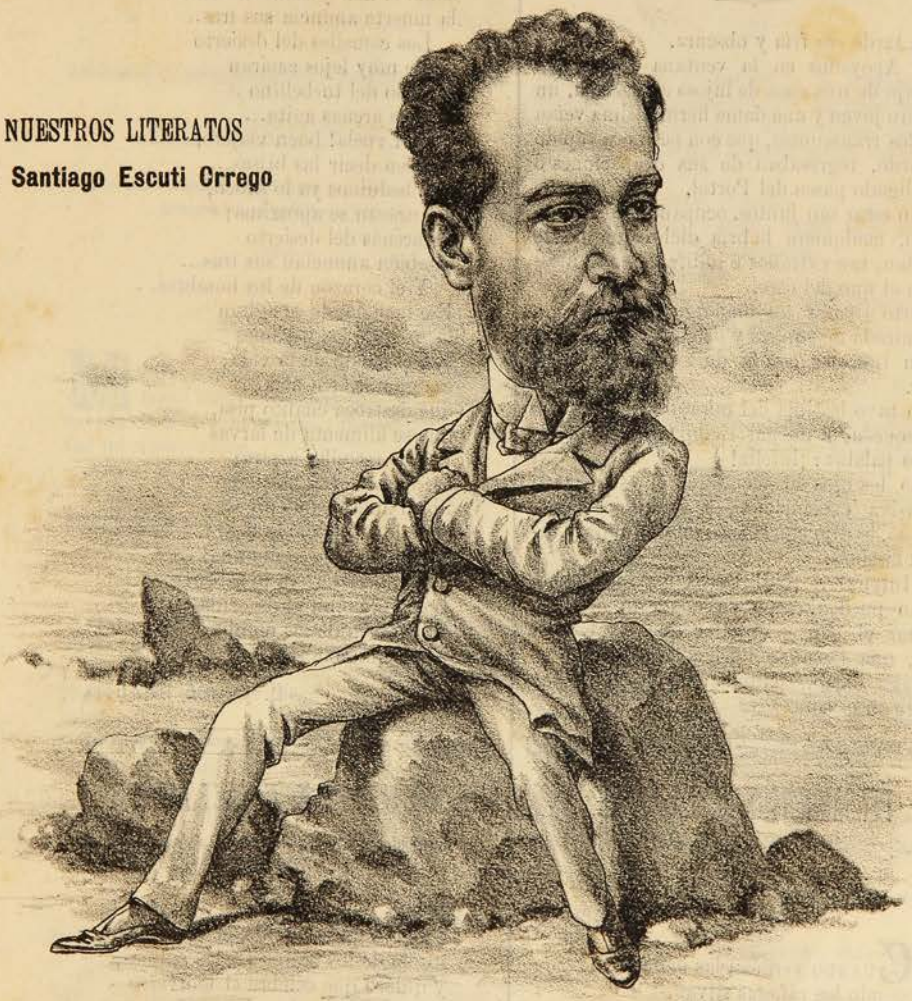
Desembarque fin de siglo.

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS LITERATOS

D. Santiago Escuti Crrego



Corazón bien inspirado,
claro y sereno talento,
la cuerda del sentimiento
con galanura ha pulsado.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1897 NÚM. 90

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE A LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 números)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

MOSAICOS

La tarde era fría y obscura.

Apoyados en la ventana-balcón del piso bajo de una casa de lujosa apariencia, un caballero joven y una dama hermosísima veían pasar los transeuntes, que con paso ora rápido ora tardo, regresaban de sus ocupaciones ó del obligado paseo del Portal.

A no estar tan juntos, ocupando un mismo balcón, cualquiera habría dicho que no se conocían; tan extraños é indiferentes se mostraban el uno del otro.

Acertó á pasar un mendigo, un haraposo, y su mirada de súplica y de hambre se encontró un instante con la de aquella hermosa mujer.

Ella tuvo lástima del miserable y le arrojó una moneda, al mismo tiempo que murmuraba la palabra: ¡infeliz!

Alzó los ojos el mendigo, al escuchar la compasiva exclamación, y fijándolos en la hermosa, le dijo con acento de profunda y cariñosa lástima:

—¡Infeliz?... ¡Nó! Otros los son; otros, que no pueden, como yo con esta moneda, comprar el pan y el calor que les falta... Otros, que llevando abrigado el cuerpo y el estómago harto, sienten frío en el alma y hambre en el corazón...

PENSAMIENTOS DE LA TARDE

(Del Certámen Varela)

IV

Cuando verdean las ondas,
cuando las ráfagas silvan,
cuando graznan las gaviotas
y el horizonte se agita,
sobre el viejo promontorio
tañe su cuerno el vigía...
Ya lo saben los barqueros,
los barqueros de la orilla...
Las gaviotas ya lo saben,
el mar anuncia sus iras...

Los obeliscos de piedra
que en las llanuras egipcias
parecen mostrar el cielo
al viajero que los mira;
los espectros de la noche,
las oraciones del día,
el doblar de las campanas
y el repicar de las mismas,
son agujas que señalan
el más allá de la vida...
Ya lo saben! ya lo saben
los que sueñan en la orilla;
como el mar y como el viento
la muerte anuncia sus iras...

Los camellos del desierto
desde muy lejos aspiran
el soplo del torbellino
que las arenas agita...
Vuela! vuela! buen viajero,
parecen decir las brisas...
Los beduinos ya lo saben,
el huracán se aproxima;
las arenas del desierto
también anuncian sus iras...

Y el corazón de los hombres...
Ese mar donde se agitan
las olas de las pasiones
con el ciclón de la vida;
ese gigante sin alas
que destroza cuanto pisa,
que se alimenta de larvas
y á las estrellas aspira;
ese misterio!... no tiene
ni un atalaya que diga
cuando le impele la fiebre,
cuando el odio le domina!...

Ya lo saben! ya lo saben!
Los que lloran en la orilla...
El corazón de los hombres
jamás anuncia sus iras!...

P. Dublé Urrutia

OFRENDA A CELMIRA

(Composición distinguida con diploma de honor en el Certamen Varela)

Y yo quiero gritar el viejo verso
digno de los laureles y las palmas,
y quiero que celebre el Universo
la santa comunión de nuestras almas.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1897 NÚM. 90

Mi lira de marfil, de cuerdas de oro,
tiembla neurótica al vibrar el canto
cuya letra inmortal es ¡yo te adoro!
cuyo augusto final ¡te quiero tanto!

Y yo quiero gritar el verso regio
que ruge desbordado como un río,
ese verso que lleva en cada arpegio
esta frase dulcísima: ¡bien mío!

Óyelo, virgen de mis sueños locos,
oye su dulce arrobador murmullo;
te dice que te quiere como pocos
y que el tesoro de mi amor es tuyo.

Que las nébulas salten hechas trizas,
que se rompan los ejes del planeta!
del seno de las ruinas y cenizas
ha de alzarse el amor de tu poeta!...

A. Bórquez Solar

EL SECRETO

(De una colección de cuentos que obtuvo mención honrosa en el certámen Varela)

I

María, aquella pobre huérfana de catorce años, humilde flor del campo, nacida en el fondo de un valle perdido, ella fué mi nuevo amor.

Amor?—Nó.

Aquello fué un éxtasis del cielo, una embriaguez virginal, un sueño blanco.

* * *

María tenía un loro de Nicaragua, un hermoso loro azul con alas doradas.

No sé explicarme por qué misteriosa razón la presencia del loro llegó á serme insoportable.

Empezó á levantarse en mi pecho una cólera sorda contra él.

Y una tarde, aprovechando la ausencia de María, lo estrangulé.

II

Algún tiempo después noté que María estaba pálida y triste.

Parecía que un soplo fatal había marchitado súbitamente sobre su rostro las rosas de la alegría.

Al día siguiente la palidez era mayor. Un círculo azulado rodeaba sus ojos.

Inútiles fueron mis ruegos y cuidados.

Y cuando la interrogaba sobre la causa de tan extraña tristeza, hacía esfuerzos por parecer alegre; pero sus labios descoloridos sólo dibujaban una sonrisa amarga.

* * *

—María, estás enferma. Dime cuál es la causa de tu dolor.

Silencio.

—María, no hay nada, por imposible que parezca, que yo no pueda hacer por ti. ¿Por qué estás triste?

—Si estoy alegre...

Y entreabría sus pálidos labios una sonrisa melancólica que me desgarraba el corazón.

III

Y aumentó la palidez y la tristeza y sus ojos estaban enrojecidos por lágrimas secretas.

Y yo me arrancaba los cabellos de desesperación al ver que aquella pobre enferma se moría.

Un día ya no se levantó.

En su lecho, pálida como una muerta, parecía el angel de la tristeza.

Sufría en silencio.

Ni una sola queja, ni un solo gemido.

Le hablaba: no me respondía.

* * *

Cuando llegó el momento en que la vida era en su pecho sólo un soplo emperceptible, me arrodillé al pié del lecho.

Y con toda la elocuencia de la desesperación, con los ojos llenos de lágrimas y el pecho oprimido por los sollozos, le pinté su crueldad, su ingratitud.

Ella no respondió.

* * *

Y la vida se fué de ese cuerpo querido, lentamente, sin esfuerzo, como un sonido que se apaga, como un perfume que se desvanece.

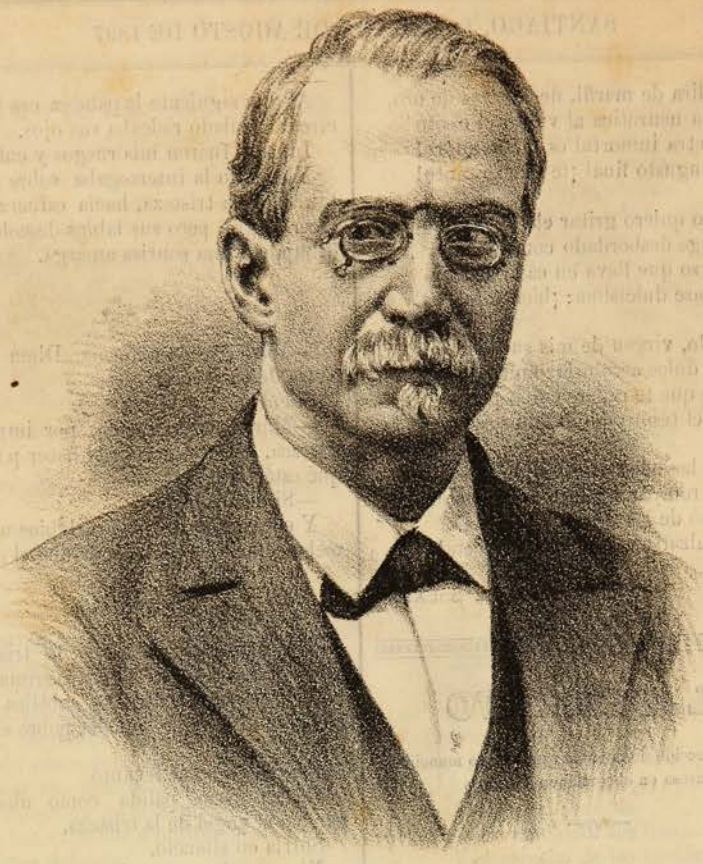
Murió sin exhalar una sola queja.

Pero en el último instante, junto con el último suspiro, sus labios secos y descoloridos murmuraron con ternura un nombre amado:

—«Beppo»

«Beppo» era el loro que yo había estrangulado.

Alejandro Parra M.

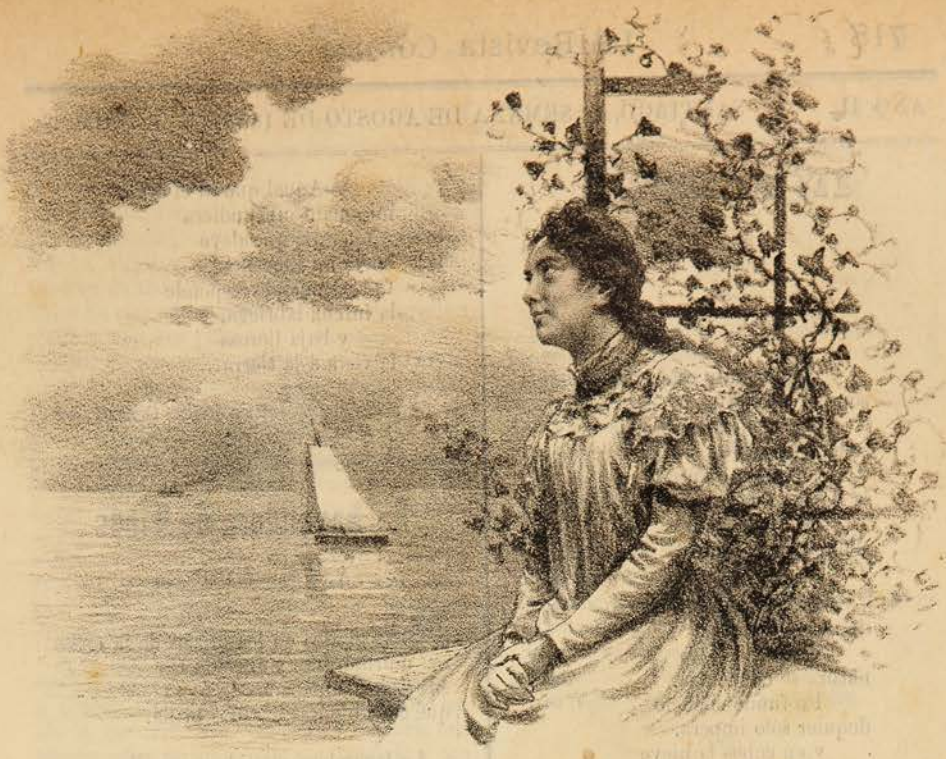


† **D. Antonio Cánovas del Castillo**

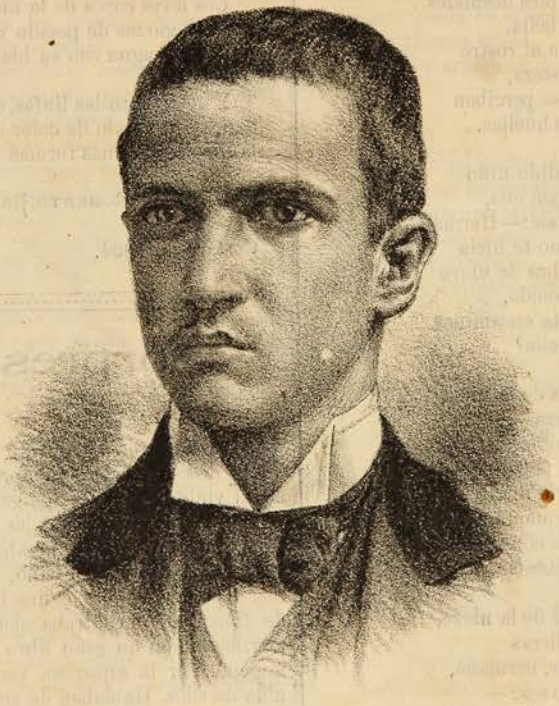
Jefe del Gabinete Español, asesinado el 8 del actual



Cesantes.....



Encanto de las playas.



Arturo Ambrogi

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1897 NÚM. 90

INVERNAL

(Imitación)

Sombrío está el cielo,
sombría la tierra;
el ave en su nido
se aduerme en la selva;
su cáliz no entreabre
la flor hechicera;
del río las ondas
silenciosas ruedan.

Envuelta en un manto
de nubes espesas,
vestida de luto
natura se encuentra.
Profundo silencio
doquier sólo impera,
y en copos la nieve
desciende á la tierra.

Siguiendo la ruta
que lleva á la aldea,
con los pies desnudos
camina una bella.
Asómale al rostro
su oculta tristeza,
y en él se perciben
del llanto las huellas.

Un cándido niño
que avanza con ella,
pregúntale:—Hermana,
¡por Dios! ¿no te hiela
la alfombra de nieve
que cubre la senda,
que así te encaminas
descalza por ella?

—Jamás de la nieve
temí la crudeza—
la niña abatida
responde con pena.
—Un frío terrible
mi pecho atormenta,
y á prisa consume
mi pobre existencia.

—Con el de la nieve,
¿qué frío pudieras
comparar, hermana,
que tan crudo sea?—
pregunta el infante
con dulce inocencia,
en tanto que el cierzo
con sus bucles juega.

—Aquel que en el alma
mi amante infundiera
el día que aleve
burló mi inocencia.—
Gimiendo responde
la infeliz labriega,
y baja llorosa
la vista á la tierra...

Federico González

La Lavandera de Tibás

Á mi maestro G. Gagini

Roza el alba en los juncos de la orilla
del murmurante y azulado río
sus dedos empapados de rocío
que con fulgores irisados brilla.

La lavandera cándida y sencilla
desliza arrodillada el blanco lío,
y luego avanza en el torrente frío
con el agua á la fresca pantorrilla.

Los leves copos de la nívea espuma
parecen garzas de pesado vuelo
rizando el agua con su blanca pluma.

Y entretanto las linfas, cual cristales,
dan, sobre fondo de color de cielo,
la imagen de unas formas virginales...

Roberto Brenes Mesén

Costarrica, 1894.

Sorpresa...

Esa mañana se levantó muy temprano, deseando, como siempre, conversar con aquel viejito misterioso de gran barba blanca y de mirada dulce. Todas las mañanas, mientras los del balneario jugaban y reían en el gran salón del gran casino, Berta iba á pasearse bajo la sombra de una inmensa evenida de tilos; ahí encontraba siempre al viejito escribiendo en un gran libro ó paseando lentamente por la espaciosa vereda de la avenida de tilos. Hablaban de arte. La chica era artista, amaba á los pintores y á los poetas. ¡Ah! los poetas, esos grandes soñadores despiertos, esos raros sonámbulos que vagan eternamente en el mundo... y con el buen viejo

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1897 NÚM. 90

se daba momentos de franca expansión y de confidencias. Le relataba su vida de colegio, sus coqueterías con un jovencito de aspecto tímido, siempre con aire de tristeza y asustándose de todo, y sus locuras! Aquellos estallidos de risa en los coros, cuando el capellán recitaba con voz gangosa los salmos...

¡Qué de recuerdos! Más tarde salió al mundo, y se entregó de lleno á sus planes de artista; vivía encerrada, pintando ó leyendo. Su primer cuadro lo regaló á su profesor de pintura, un viejecito muy huraño, pero con un corazón de niño. El día del cumpleaños subió ligera la empinada escalera, golpeó tímidamente la puerta del estudio y muy roja y trémula puso en manos del maestro su primer ensayo! ¡Qué de emociones! Ah! pobre maestro! Lloró y la abrazó, y ella, muy emocionada, ufana y conmovida, huyó rápidamente.

Y su poeta favorito, Víctor Hugo, sí, lo sabía de memoria; era una chica muy extraña y filósofa. ¡Qué diera, exclamaba, por hablarle, por oirle, por conocerle y contarle mis impresiones, mi culto por sus poesías; y con voz suave, fluida y flexible recitaba pasajes de aquellas admirables estrofas!

El viejito la oía extasiado, y cuando decía los versos, enjugaba á hurtadillas las lágrimas. Pobre viejito... recordaba á una hija muerta que sabía los mismos versos y los decía con voz muy parecida.

¡Qué buenos amigos se hicieron! Siempre juntos, siempre hablando, parecían más bien dos amantes; era una amistad intelectual muy estrecha. Ella comprendía, por los consejos y vastos conocimientos de su amigo, que era un hombre superior; quizá un sabio. Le llamaban Monsieur Paul.

¿Quién sería ese viejito de gran barba blanca y de mirada dulce?

.....

Un día se levantó más temprano que de costumbre y entró con tiento, en puntillas, á la pieza de su viejo amigo. Dormía. Un sueño tranquilo retrataba la bondad y grandeza de alma del buen viejo. Su gran barba blanca le daba un aspecto solemne; parecía un patriarca bíblico. Ella le contemplaba con respeto; debía haber pasado la noche en vela; la gran mesa de trabajo estaba cubierta de cuartillas escritas... eran versos; se aproximó y leyó ¡qué hermosos! raros, de una melancolía infinita y con gran filosofía. ¡Su amigo era poeta!

¿Cómo se llamaría? Levantó con cuidado la cubierta de una gran cartera de cuero... y lanzó un grito y se desvaneció.

En grandes letras doradas se leía este gran nombre.—Víctor Hugo T.—París.

Julio 29 del 97.

LEONCIO RODRÍGUEZ S

CREPUSCULAR

I

Doran las cimas dulces claridades
moribundas y pálidas
como un adiós que expira,
como un alma que parte...
así en el cielo mueren
del triste otoño los celajes últimos.

II

Hay en los muertos cálices
dulce perfume amargo;
perfume que hace bien, como si un bálsamo
al muerto corazón resucitara...
y es ese aroma amargo
despedida y dolor en el otoño
y es fiesta y es amor en primavera...

III

La tinta casta y nítida
del ocaso, pasó; lo que perece
adioses y dulzuras siempre deja;
aun cuando muera el trino,
siempre queda en el bosque
olor de plumas tibias,
perfumes y armonías de hojas secas.

IV

Llevo en mi pecho el cántico
y en mi alma sollozante está la tarde...
yo escribiera una estrofa
en un extraño ritmo
de pasión y arrebato,
si el suspiro rimara con las lágrimas...

ALBERTO CABERO

1894

¡Adiós!...

¡Adiós, mentida esperanza!
¡adiós, voluble fortuna!
La nave de mi existencia
toca al puerto de la tumba.

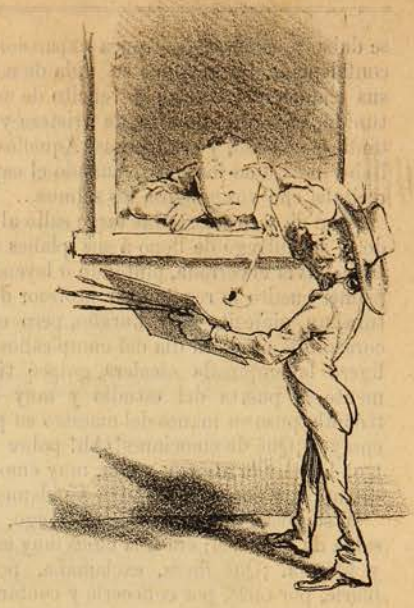
Para siempre me despido
de vuestro engañoso encanto
que, al comenzar la jornada,
alucina á los incautos.

P. Z. Z.

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio



—¡Qué hermosa tela para un retrato!....



—¡Qué bien comienza mi dibujito!



—Una limosna, porque hace rato.....



—Tiene dos caras este maldito!....

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS ORADORES

D. Eulogio Altamirano



Sin la arrogante impaciencia
del sectarismo violento,
un tiempo en el Parlamento
arrastró con su elocuencia,
cautivó con su talento.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1897 NÚM. 91

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE Á LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)	$ 4.50
Por medio año (25 números)	2.50
Número suelto	0.10
Id. atrasado	0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

Á NUESTROS CANJES

Á fin de asegurar la recepción de nuestros canjes, declaramos que sólo continuaremos sirviendo aquellos que lleguen á nuestra oficina con la siguiente dirección: DIRECTORES DE «LA REVISTA CÓMICA»—SANTIAGO, CASILLA 1043.

A...

No porque un día, esclavo en tus altares,
la copa te ofrecí de amor ardiente,
y con rosas y azahares
quise ceñir tu frente
al amante rumor de mis cantares,
pienses que siempre la esperanza mía
sacerdotisa de su luz te guarde,
que para comprender la hipocresía
de quien sabe engañar, jamás es tarde!
Y pude tierno ser y ser constante,
y olvidar, al arrullo de tu acento,
los celos del amante,
respetando un sagrado sentimiento;
y pude, en el silencio y en la calma
de una noche inmortal, llorar contigo,
á tus amargas penas dando abrigo,
al lado de mis penas, en mi alma;
mas, ya que roto el velo
que el rostro te cubría,
sé por mi mal que no era azul el cielo
que tu labio falaz me prometía;
de tal manera el corazón batalla
por vencer mi cariño y tu memoria,
que á carcajadas mi dolor estalla,
haciendo del desdén mi única gloria!

RICARDO FERNÁNDEZ MONTALVA

Agosto de 1897.

La memoria

Es la memoria de la edad primera
una piadosa, virginal estancia,
do viven las plegarias de la infancia
impregnadas de olor de primavera.

La adolescencia, loca cual un niño,
deposita en el fondo de esa urna,
casi en botón, como una flor nocturna,
la flor del alma, su primer cariño.

Luego la lluvia de recuerdos baja
y con marchitas hojas amortaja
el relicario de la edad florida.

Mas la vejez, cuando penetra en lo hondo
de la memoria, al revolver su vida,
halla un botón que aroma desde el fondo.

ROBERTO BRENES MESÉN

(Costarriqueño)

LA DUNA

Como un monstruo de torso brillante,
silenciosa camina la duna
á los rayos del sol ardorosos
ó á la pálida luz de la luna.

Va trocando en desierto de arena
lo que ayer era fértil llanura:
enmudecen las fuentes y arroyos
y se agosta la fresca verdura.

Nadie puede pararla en su ruta,
nadie sabe do pase mañana;
solo sí que rodando implacable
llegará á la montaña lejana.

Pronto choca su frente con ella,
siempre el viento le empuja la espalda,
hiere entonces con golpes coléricos
de aquel monte indomable la falda.

El acceso á la cumbre le impide
una fuerza recóndita, extraña,
y allí está como un toro salvaje
asaltando la abrupta montaña.

SAMUEL A. LILLO

Playa de Buen Retiro, 1897.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1897 NÚM. 91

A LA NATURALEZA

¡Oh Natura! entre perfumes, harmonías y esplendores
de tu vida el himno alegre se remonta al Hacedor;
y los tórvidos humanos en sus luchas y furores
el grito alzan de sus odios hasta el Padre del amor!

¡Quién sin fin te contemplara, luz y madre de lo creado!
Un relámpago es tan sólo nuestro mísero vivir!
y ese instante que te ofreces al espíritu encantado,
pierde el hombre en las zozobras de horroroso combatir!

¡Oh Natura! quién pudiera, sumergiéndose en tu seno,
de este mundo enloquecido las discordias nunca ver!
y nutriéndose, en tus brazos, de lo bello y de lo bueno,
sustentarse, en lo infinito, de la savia de tu sér!

Yo que cuento los hechizos de tu rostro deslumbrante,
yo que á Dios adoro en ellos, imponente Creación,
yo, al morir, diré: Si el hombre vive apenas un instante,
fué mi aliento de un segundo todo amor y admiración!

ISAÍAS NUGENT SCOTT

HEROISMO

(A Manuel Trucco F.)

Se llamaba María. Era rubia, de grandes ojos azules de suave mirar, de hermoso rostro y bello conjunto; reunía en sí todos los atractivos de una rara belleza y era un tipo admirable de aquella raza eslava que vive en el hielo y lleva el fuego en el pecho. Era polonesa, muy religiosa, muy severa en sus costumbres y profesaba un culto fanático á su patria; deliraba por verla libre. No tenía sino dos locas pasiones: la religión y la patria. Indiferente al mundo y sus placeres, se formó entre las rígidas paredes de un claustro. La casaron muy joven, con un viejo decrépito y estúpido, que era el señor más poderoso de Polonia. Casi murió de pesar; sufrió mucho; mas los éxtasis sublimes de sus creencias le dieron resignación. El destino le reservaba pruebas terribles y golpes rudos contra sus más íntimos afectos y sus más veneradas delicadezas.

Esa mañana acudió impulsada por el loco tumulto de la frenética muchedumbre que delirando de amor patrio esperaba la llegada del César... aguardaban con él la anhelada libertad. Serían libres. Los rusos y los austriacos hundidos, humillados, vencidos en todas partes, estaban sometidos á esa soberana voluntad; bastaba una palabra de sus labios, un gesto de mando, y Polonia sería libre! Llegó. Los vítores atronaban el espacio, el entusiasmo era indescriptible. ¡Qué de saludos! ¡qué de ovaciones! Asomó por la dorada ventanilla del gran carruaje una cabeza de firmes contornos, de líneas que dibujaban el genio; unos ojos muy brillantes, de fijo y profundo mirar recorrieron á la ligera las multitudes; un *tricornio* muy popular y temido en toda Europa se agitó saludando. María, con el rostro encendido, los ojos brillantes de emoción, llena de entusiasmos de amor patrio, inconscientemente como seducida, arrastrada, se encontró frente al carruaje del hombre extraordinario. El César la vió y en su alma grande y acostumbrada á marchar sobre los corazones, se grabó la imagen de la bella polaca. Las grandes cabezas no deliberan para concebir pasiones: aman ú odian instantáneamente. Llevan el rayo con sus velocidades y deslumbramientos. La saludó sonriendo. Este saludo importó un verdadero cambio en los sucesos europeos!

Fué un capricho obstinado el de poseer esta mujer. Ni la posición social, ni el respeto á las canas del gran señor, ni la maledicencia, nada, nada pudo detenerle. En estos hombres los caprichos toman forma de leyes ineludibles. Así lo expresó claramente á los altos magnates. ¡Él la amaba! ¿Acaso era un crimen? Trabajaría por la Polonia y la haría libre. ¡Libre, sí, libre! ¡Qué hacer! Los grandes magnates fueron donde ella, le hablaron, le recordaron los altos ejemplos históricos de heroicos sacrificios de mujeres por la patria! Judit, Ester... ella también debía hacerlo; ella, tan patriota, tan deseosa de libertar su suelo. Dependía sólo de su sacrificio. ¡Pobre niña, sin amigos, sin consejos, sin sostén en



José S. Chocano

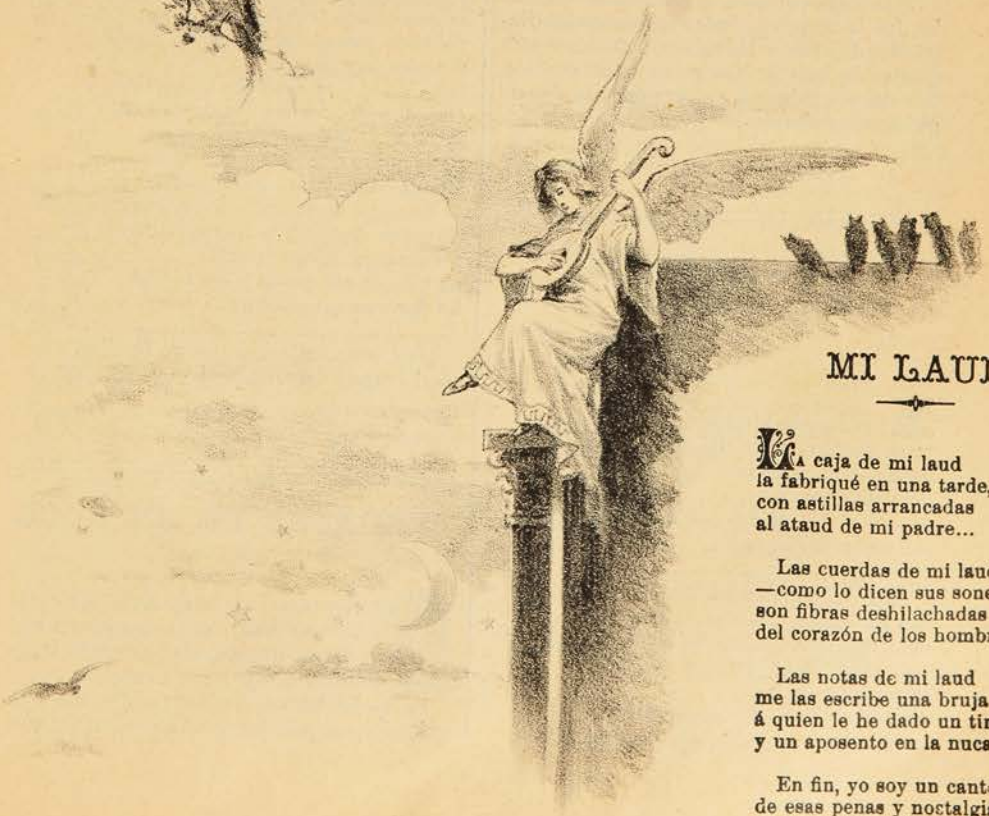
POETA LIMEÑO

Tiene su estro en su vuelo de victoria,
vigor de acero y esplendor de gloria.



DISTINGUIDAS CONCERTISTAS

Paulina y Flora Joutard



MI LAUD

La caja de mi laud
la fabriqué en una tarde,
con astillas arrancadas
al ataud de mi padre...

Las cuerdas de mi laud
—como lo dicen sus sones—
son fibras deshilachadas
del corazón de los hombres...

Las notas de mi laud
me las escribe una bruja
á quien le he dado un tintero
y un aposento en la nuca...

En fin, yo soy un cantor
de esas penas y nostalgias
que se cultivan hoy día
como las flores del alma...

Diego Dublé Urrutia

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1897 NÚM. 91

tan terrible lucha: todos en su contra, hasta su marido, el anciano imbécil envuelto en la intriga, inconscientemente la ayudaba á caer! Resistió. Bailes, banquetes, esquelas empapadas de la ternura del César, intrigas cortesanas, adulos, todo era en vano. ¡Era una mujer espartana! Una nueva Lucrecia, con más resistencias y mayores peligros. ¡Cuántas luchas entre su respeto al honor y su culto al suelo natal! ¡Qué batalla entre su dignidad de mujer y la felicidad de la patria! Sucumbió. Cayó cuando ya desfallecía su cuerpo y su alma de tanto resistir. Fué aquella una caída, cuando su conciencia volaba lejos de la tierra para poner á su Dios de testigo de su sacrificio. Esta mujer pisó desde entonces el pedestal de los héroes.

El César quedó satisfecho y sonriendo. La Polonia sería libre. Pasó el tiempo. La Polonia siguió esclava. ¿Y las promesas? Nada. No olvidó á la mujer; pero olvidó á la patria. Ella se lo reprochó después en Santa Elena: cuando lo vió caido, humillado y sin amigos, entonces lo quiso más que nunca.

El conde Walenzka fué el fruto de estos amores. El hijo de aquel audaz golpe de poder, de aquel abuso brutal de fuerzas, fué después quien presidió la Cámara francesa. Raro contraste. El niño que naciera en cuna de tiranos, presidiendo el templo de las leyes.

Esta rubia polonesa, la condesa de Walenzka, fué la mujer que más amó en su vida Napoleón. Josefina y María Luisa pudieron conquistar la corona que gobierna los pueblos; ésta conquistó la que regía el corazón de este gigante caprichoso.

LEONCIO RODRÍGUEZ SEÑORET

Vespertina

Para Samuel A. Lillo

I

Y. pudores de vírgenes, y albores,
rotos palios de azur allá en el cielo;
toda la pompa regia
del rubio rey...
Marcha al harem incógnito
con su carcaj de rayos.
.....
Las cordilleras del levante se alzan
con las túnicas blancas de las novias,
como se alzan los ángeles blanquísimos
para mirar la augusta, la soberbia
irradiación de Dios.
Es el crepúsculo.
Las almas van en ronda y suben, suben
por sobre los efluvios que rutilan
y llevan los suspiros y los besos
á las almas lejanas.
También la mía sube, con sus labios
humedecidos en el cáliz tibio
de una blanca violeta que ya muere:
la Esperanza...
¡Oh! pobre mariposa
de alas que tiemblan y que cantan tristes
nostalgias locas y pesares grandes.
Va en busca de la núbil pensativa
á contarle sus íntimos ensueños
con la voz de las liras y las harpas,
con la voz de los lirios y las rosas.
¡Oh! crepúsculo azul que yo bendigo!
¡Oh! brumas del misterio que yo ensalzo.

II

Es el crepúsculo. Las frondas duermen.
Hay un canto en la sombra que ya llega.
Está Dios en la altura
con la diestra extendida sobre el piélago
de las almas hermanas que se adoran,
la diestra que es un cetro
que bendice los besos y las nupcias,
que bendice las risas y las lágrimas ..
También ha bendecido
á la cándida núbil que yo adoro;
y una lágrima ha dado
á ese organillo lúgubre que llora
sobre su viejo trípode,
pidiendo pan en los suburbios, donde
tampoco hay pan...
La estrella vespertina,
blanca, neurótica modula un yambo.
Es alma de crepúsculo y misterio,
Pálido cirio que ante el ara santa
alumbra los augustos esponsales.
Ya viene la cuadriga de los genios
trayendo aromas y cantando ritmos,
y Diana cinegética recorre,
seguida de sus corzas y sus ninfas,
las florestas que duermen.
.....
¡Oh! crepúsculo azul que yo bendigo!
¡Oh! brumas del misterio que yo ensalzo!

A. BÓRQUEZ SOLAR

Santiago, 1897.

VERDADES DE UN LOCO

ALFONSO era loco inofensivo. Me agradaba conversar con él, porque en medio de su charla disparatada, mezclaba ingeniosas disertaciones y cuerdos consejos.

Su barba blanca, su tez pálida, sus ojos apagados, sus pómulos salientes y sus harapos,

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1897 NÚM. 91

le daban un extraño aspecto que infundía pavor á los chicos, respeto y simpatía á los grandes.

Su cortesía é instrucción hacía que se dieran mil versiones diferentes sobre su vida anterior y su locura: unos hablaban de desengaños amorosos, otros de fortunas perdidas; unas eran novelescas, otras trágicas.

Una tarde estaba sentado á su lado, satisfecho y feliz con mis sueños de adolescente, mientras él, pensativo, seguía con la mirada la columna de su cigarro, que se desvanecía formando ondas cada vez más grandes y más tenues.

De improviso se volvió bruscamente hacia mí y me dijo:

«En la alegre mascarada de la vida, el triunfo es del más audaz. Todos buscan el placer á cualquier precio. Ríen, cantan, beben; pero la máscara oculta muchos sollozos.

«Todos piden á la muerte anticipos de paz; de esa paz tan dulce que se goza bajo la oscura sombra de los cipreses que gimen. El alcohol, el opio, el tabaco, los adormecen cantando; mientras el desaliento y la duda los destrozan.

«Los poetas gemebundos que cantan sus penas imaginarias, obra de sus nervios en desorden, dicen que la vida es mala. ¡Calumnia! pura calumnia! La vida no es mala, porque hay lágrimas; el dolor no es eterno, porque hay horas de insensibilidad, y el mayor pesar tiene remedio, porque es tan fácil suprimirlo, suprimiéndose.»

Y cambiando de tono agregó:

«¿Eres ambicioso? ¿Quieres surgir?

«¡Bien! Busca el favor, sé hipócrita, adulador, rastrero y serás grande.

«Adula á los poderosos; pondera sus riquezas; di que sus orgías son recreaciones; sus necedades, sutilezas; sus vicios, virtudes.

«Sé altanero con el humilde; humilde con el poderoso. Las genuflexiones de los cortesanos halagan la vanidad de los tontos.

«No confíes en la virtud, en el talento ó en la constancia. No cometas la locura de aspirar con esos títulos á cualquier puesto público; se reirán en tus barbas y tú quedarás á merced de los porteros. Mas, unas cuantas líneas de introducción de alguna persona influyente te bastarán para alcanzarlo, y este nuevo mérito te hará apto para cualquier cargo.

«Ante todo, consigue oro por cualesquier medio. Nunca te enlodes por una miseria. Si robas poco, irás á la cárcel; serás ladrón; te despreciarán. Si robas miles, una nube de incienso ocultará tu falta.

«Teniendo oro, serás bueno, amable, sabio, notable estadista, político honrado. Te respetarán los necios, te adularán los pillos, te amarán las mujeres; y esto te basta, porque lo que queda son las excepciones.

«¡Es tan fácil parecer virtuoso!

«Tras el biombo de oro se oculta el lupanar, las bacanales y las orgías, la lujuria y la embriaguez. El poderoso no tiene la impudencia del que se embriaga en la taberna y aulla en las zambras. Este es un perdido, un miserable; aquél es un buen vividor y nada más.

«La caridad se reduce á arrojar al mendigo las migajas del festín ó una moneda que se escapa entre mil que ruedan sobre el tapete verde. Se arroja lo sobrante, lo inútil, lo inservible, y esto ha de ser delante de un público que aplauda! Y, si los infelices no quedan satisfechos, que griten entonces. No tienen derecho al placer; se acostumbran al vientre vacío, á los harapos inmundos, al frío y á todas las calamidades. ¡Qué escándalo, querer trastornar el orden social quitando las capas á los troncos de raza para abrigar á los miserables!...

«El amor... ¡solemne mentira! Haz sonar el bolsillo y te sobrarán miradas tiernas, senos amorosos y labios ardientes...»

Continuó:

«No seas ambicioso.

«Subir es condenarse á que la ambición le desgarre eternamente el cerebro y á que la envidia le roa eternamente los pies.

«Bajar es sumergirse en el lodo, y nuestro orgullo, que nos cree semejantes á Dios, rechaza el fango.

«Permanecer inmóvil es no vivir. La inmovilidad en el placer es el tedio; en el dolor, la desesperación. La inmovilidad es la muerte.»

Y lanzó una carcajada estridente, insensata.

Algunos momentos después, me retiraba pensativo y triste: mis ilusiones y mis sueños de adolescente los había desvanecido el pobre loco...

JMBERT GALLOIX

1893

Para entonces...

El día en que tú me traiciones
no dejes tu hogar un momento,
que acaso te acechan ocultos
puñales que rasguen tu seno...
El día en que tú me traiciones
no intentes entrar en el templo,
que acaso verás te maldice
un fraile de rostro siniestro...
El día en que tú me traiciones
no pases por los cementerios,
que acaso verás tinto en sangre
mi cráneo, y tal vez tengas miedo!...

A

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio

LA SEMANA AL LÁPIZ

¿Crónicas? ¡Ya! Eso es lo que quiere el buen amigo Rojas. Crónicas; un inventario minucioso de la semana, hecho los sábados, al correr del lápiz.

Bien. Las escribiré.

Poetizando los asuntos, escarbando los sucesos, procurando sacarle punta á lo que no tiene por dónde, aquí estaré todos los domingos, en esta cuarta página que de LA REVISTA CÓMICA me han cedido.

Hay que escribir porque... hay que comer. Esto es una gran verdad. Los que tenemos por todo patrimonio una pluma, y á ella debemos sacarle el pan de cada día, somos unos seres verdaderamente dignos de lástima. Hay que escribir! Se anda toda la semana en correrías, con el lápiz tras la oreja y el libro de notas en la mano, husmeándolo todo, metiéndose en donde no se tiene vela, importunando y siendo el fastidio de más de algún prójimo.

Y todo en cacería de asuntos.—¡Diablo de revistero! Indiscreto, burlón... Y hay que hacerlo todo y aguantarlo todo. La vida del cronista es la vida amarga de Triboulet: danzar para divertir al Rey.

La prensa diaria quita su novedad por completo á la crónica semanal de las revistas. Por eso la tarea es ardua y peligrosa. Hay que poetizar los asuntos marchitos, escarbar los sucesos que ya no son, procurar sacarle punta á lo que no tiene por dónde...



∴

No hay santiaguino, viejo ó joven, rico ó pobre, que no conozca á la Thomas, la graciosa *divelte* del Politeama. Y lo contrario sería un pecado sin absolución. La Thomas es toda la gracia, todo el salero de España. Esta ciudadana de Madrid es una madrileña injerta en andaluza. En sus labios la canción cobra vida; brilla, bulle, chispea. Tiene un cuerpecito sanduguero, que ondula como el de una culebra, y sus formas atraen como un imán. Cuando se la ve, ya llevar el mantón de Manila y la enagüilla rabona de *Carmela*, ya el sombrero de pluma y el traje de seda crujiente de *El Baño de María* ó la casaquilla bordada y el pantalón ajustado de *Caramelo*, se ve que allí, en el tablado, está una artista. El *Caramelo* de la Thomas hace *pendant*, y en nada le aventaja el que hace, con toda la gracia de Dios, la Concha Martínez, «esa diosa del *género chico*». En ese género tan ligero, tan liviano, tan donoso, la Thomas está que ni pintada; porque allí sus gracias se derrochan á mares; brillan como luz sus miradas pispiretas; embriagan como perfume capitoso, sus sonrisas retrecheras; embelesa su voz, como música de pájaros en orgía. Al bordar la sevillana jovial sus zapaticas remononas, el *¡olé!* sube á los labios, se siente uno español, y á los flecos de su mantón se van anudados los corazones. La jota aragonesa, áspera y armoniosa, cobra blandura á su influjo...

Rosas para la artista! Rosas para la mujer!

Arturo Ambrosi

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS LITERATOS

D. Luis Barros Méndez



Poeta de corazón,
sabe, en tan ardua tarea,
dar novedad á la idea
y á la forma corrección.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1897. NÚM. 92

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE A LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Julio Vicuña Cifuentes y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)	$ 4.50
Por medio año (25 números)	2.50
Número suelto	0.10
Id. atrasado	0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

Á NUESTROS CANJES

Á fin de asegurar la recepción de nuestros canjes, declaramos que sólo continuaremos sirviendo aquellos que lleguen á nuestra oficina con la siguiente dirección: DIRECTORES DE «LA REVISTA CÓMICA»—SANTIAGO, CASILLA 1043.

MOSAICOS

En occidente hay vagos resplandores que luchan con la sombra. Parece que allá se abre un gran ataúd para recibir á un gran monarca agonizante.

Azulada gasa de vaga niebla va extendiéndose por las calles de la ciudad.

En la semi-penumbra de una ventana, inmóviles, cogidas de la mano, se esbozan dos siluetas.

Son dos que se aman; dos almas jóvenes ansiosas de confundirse en una.

Hay algo de divino en su rostro; parecen tener en la frente una orla de claridades.

Sus ojos están fijos en el cielo.

Son esperanzas coronadas por las blancas rosas del amor!...

RETORNO AGAIN

Ya tornan al alero las golondrinas,
y con plumas y pajas tejen sus nidos,
y al despuntar el alba, dentro las ruinas
se escapan los arrullos medio adormidos.

Los almendros se cubren de blancas flores
que semejan guirnaldas de desposada,
y agitando las alas, los ruiseñores
ensayan sus cantares en la enramada.

Son las aguas del lago como un espejo,
donde el azul del cielo fiel se retrata;
y del sol el postrero tibio reflejo
besa el fondo, y la arena bruñe cual plata.

Ya vuelven las mañanas frescas y hermosas,
ya se escuchan los himnos primaverales,
y el bullidor enjambre de mariposas
zumba en torno á los lirios y los rosales.

Las errantes viajeras pronto volvieron,
mas no tornan con ellas mis alegrías,
que ya mis ilusiones desparecieron
en la bruma que envuelve mis tristes días.

Del árbol de mis sueños ya desprendidas,
van cayendo, una á una, las bellas flores,
¡ya las aves huyeron despavoridas!...
¡ya le cubre la escarcha de los dolores!

ESPERANZA

Agosto del 97.

HOJA

(Para LA REVISTA CÓMICA)

Angustiada, llorosa y pensativa,
bajo el ombú que nuestra cita escuda,
te hallé una tarde, ante mis ruegos muda,
sorda á mi llanto y á mi beso esquiva.

Sorprendí en una lágrima furtiva
la imagen de tus celos y tu duda...
Hablo, y tu frase me contesta ruda,
lloro, y tu boca me rechaza altiva.

Y cuando esclavo de presagios crueles,
y juzgando invencibles tus enojos
sollozando te di cuatro claveles
más grandes que tus labios, nó más rojos,
me pidieron perdón tus ojos fieles,
te vi llorar, y te besé en los ojos!

MANUEL B. UGARTE

Argentino

En España, 1897.

ADÉLFICA

Colérico, rugiente,
su gran toisón de espumas
en medio de las sombras
demente agita el mar;

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1897 NÚM. 92

deslízanse en los aires
flamígeras serpientes,
y azota sus espaldas
frenético huracán.

Hay olas tempestuosas
que braman en mi pecho,
y luchan y se agitan
con impotente afán:
mi pecho tiene cielos
heridos por el rayo,
mi pecho ruge siempre,
mi pecho es como el mar.

De gloria el cielo viste
y al mar el iris besa,
y el mar á su caricia
sumiso queda en paz...

Tan sólo aquí en mi pecho
las olas siempre gimen,
y acaso sus embates
jamás sosegarán

GASPAR DEBURAU

¡SIEMPRE EL EMPERADOR!

Allí, en el rincón de la tienda, hablarían mejor; era necesario darse un rato de expansión y conversar. «Le ha dado por hacer el emperador» dijo refunfuñando el hermoso Murat; sabes bien, Miguel, agregó, que este hombre sólo vale como general: la ambición política lo perderá, está muy inflado. Ney medio recostado contra sus arneses de combate, con los labios y el rostro amoratados de frío, aprobaba con signos de cabeza las palabras de su compañero de armas. Sí, dijo, este hombre nos quiere matar á toda costa, esta campaña rusa es una locura, estos badulaques de cosacos huyen y nos combaten por hambre y frío; no sabes cuanto sufro al ver como mis soldados sombrean con sus cuerpos yertos la blancura de las inmensas estepas. ¡Qué ese puñado de leones, de valientes, queden ahí tendidos como perros! Esto es horrible y no puede continuar, sí, no puede continuar; y al decir esto golpeaba nerviosamente el suelo con el tacón de su bota de campaña. Murat se había arrebujado en su gran manto de batalla, luciente de bordados y tapado de sedas; se alisaba el cuidado bigote, aprovechando las últimas claridades del día, frente á un espejito que nunca le faltaba. ¡Era un petulante y un héroe! Como notara que la correa de una de sus espuelas no estuviera bien tirante en el pasador, sacó la cabeza fuera de la tienda y gritó al centinela. Un soldado cubierto el rostro con una bufanda, se presentó cuadrándose militarmente y aguardó: ahí, eh, arregla, le dijo el mariscal, señalando la correa desdeñosamente; el soldado se arrodilló, sacudió la bota y arregló la correa. «Véte y cuidado: si viene el mariscal de servicio ó el emperador, avisa con tiempo». El centinela jiró sobre sus talones y salió.

Los mariscales siguieron hablando: el emperador era ya imposible; un egoista, un desconsiderado.

.....

Reinaba un profundo silencio en el campamento, una calma sombraí, como precursora de grandes desgracias, se hacia sentir; la noche había caido, envolviendo en su negro manto de sombra al gran ejército; ruidos confusos de pasos y golpes de armas de alguna patrulla y el monótono y apagado ¡alerta! de algún centinela de avanzada, completaban este imponente cuadro. El frío era intenso. Los centinelas se acurrucaban temblando entre los pliegues de las mojadas tiendas. Debían vigilar mucho. El tuerto Kutusoff era muy traicionero.

Ney y Murat, que tenían orden terminante del emperador de recorrer nocturnamente las líneas, habían aguardado que entrara á su tienda, para encerrarse á hablar sobre su persona.—Si nos sorprendiera, dijo Ney, entre sonriente y preocupado. Te acuerdas de cuando hizo el centinela en lugar de aquel muchacho de Provenza; tiene tantas genialidades y es tan perspicaz.—Petch! replicó Murat, eso lo hace con buen tiempo y cómodamente, ahora, nó; ahora el marqués duerme bien abrigado, mientras esos pobres diablos, y señalaba al centinela, se mueren de necesidad y de frío. Durmamos, es lo mejor, exclamó Ney. —«Cuidado», - gritó nuevamente Murat al centinela - «avisa á tiempo».—Bien, mi mariscal, contestó éste. Diablo! gruñó Ney, me falta abrigo, así no dormiré: «centinela, dame tu capa».—Aquí está, excelencia, dijo el soldado; y al descubrirse chispearon dos ojos negros, y la trémula luz de la fogata iluminó un rostro muy conocido. ¡El emperador! ¡el emperador!

Y los mariscales quedaron petrificados, murmurando: ¡Siempre el emperador!

Agosto 27 de 1897.

LEONCIO RODRÍGUEZ SEÑORET

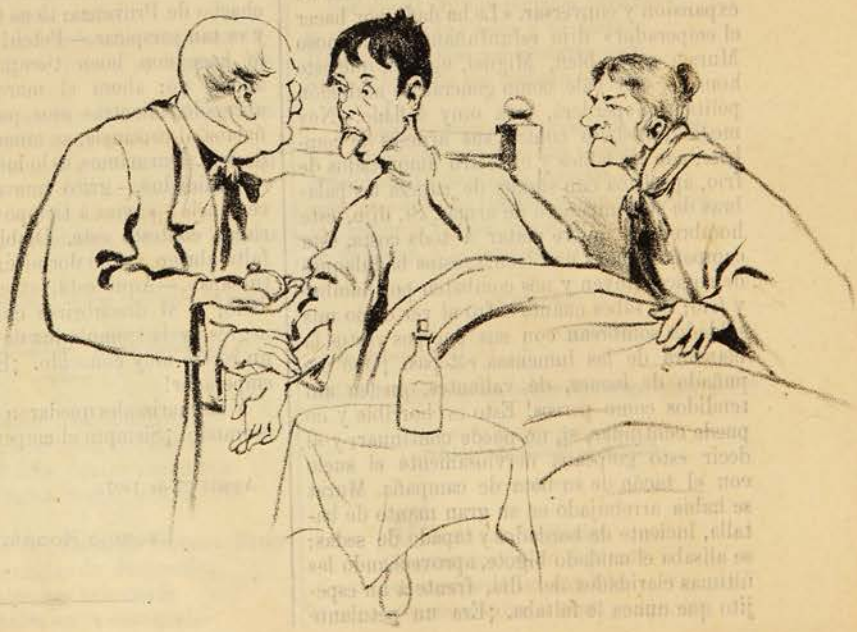




Exemo. señor don Juan Idiarte Borda

PRESIDENTE DEL URUGUAY

† asesinado en 24 del actual



No tardará mucho en ser Vd. hidrófobo



Márco Antonio Pérez

ACTOR DRAMÁTICO

y profesor de declamación



Amor antiguo



Amor moderno

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1897 NÚM. 92

PERFIL DE MUJER

Ella era así. Tenía
el supremo poder de la belleza,
que prosterna á porfía
cuanto palpita en ti, Naturaleza!
Desde el altivo trono
de su soberbia de mujer hermosa,
recibía en irónico abandono
la ofrenda del mortal para la diosa.
No era la suya la belleza fatua
de la mujer sin expresión y seca,
de la mujer-estatua,
de la mujer-muñeca.
Era ella carne viva y palpitante
con el ansia intuitiva del deseo,
virginidad en flor exuberante
para entreabrirse al sol del himeneo.
Sobre su frente pálida y extensa
había irradiaciones de alboradas,
y entre los rizos de su negra trenza
la atracción de las sombras encantadas.
Y había en su pupila soñadora
algo del llamamiento, algo del ruego,
y en sus labios la música sonora
vibraba de los ósculos de fuego.
Y había voluptuosas languideces
en cada seno cándido y erecto,
que convidaban á apurar las heces
de lo sublime junto con lo abyecto.
Y las rítmicas curvas hechiceras
de su cuerpo en vaivén vago y profundo,
ponían en sus mórbidas caderas
el sagrado temblor de lo fecundo.
Cuando marchaba la gentil coqueta
con su porte triunfal de soberana,
estrangulaba el pálido poeta
en la garganta el vítor y el hosana!
Para aquella mujer todo era poco;
ninguno digno de besar su huella;
y el trágico poeta, vuelto loco,
la vió, la quiso y se mató por ella.

M. Cabrera Guerra

ESPERANZA

Hoy le he visto, gran Dios!... ¡Con qué dulzura
buscó la mía su mirada ardiente!...
Creí no resistir tanta ventura,
y un intenso rubor cubrió mi frente.

¿Si me amará quizá? Me mataría
tanta dicha, si el alma no se engaña...
¿Por qué revive la esperanza mía
cuando la luz de su mirar me baña?

¿No ignorará tal vez cuánto le quiero?...
¡si fuera una ilusión del pecho mío!...
¡sólo al pensarlo, de dolor me muero,
y se entumece el corazón de frío!

Yo le haré comprender cuánta ternura
para pagar su amor, hay en mi pecho...
¿Pero, pensar en esto no es locura?
¿Tras la ilusión, más cruel no es el despecho?

Hoy tiene una esperanza el alma mía:
¡quiera el cielo que nunca me abandone!
¡Es tan dulce pensar en que algún día
con su cariño mi pasión corone!

Always

Agosto de 1897.

Íntima

De mi Libro

Del entreabierto corpiño blanco
su mano trémula por la emoción,
sacó una rosa, y en sus marchitas
hojas un beso depositó.

Alzando luego sus ojos húmedos,
sus ojos húmedos llenos de amor,
me dijo: anoche dormí con ella;
la puse sobre mi corazón...

* * *

¡Qué bella estaba con sus mejillas
frescas, teñidas por el rubor!
con sus hermosos ojos obscuros,
ay! entornados por la emoción!...

¡Qué hermosa estaba con su corpiño
blanco, ondulante nido de amor;
sus labios rojos como la sangre...
su entrecortada respiración!...

* * *

En mis eternas noches de insomnio,
llenas de sombras y de aflicción,
cuando en mis sienes la fiebre imprime
su ósculo ardiente y abrasador;

Cuando mis ojos enturbia el llanto
con mano trémula busco esa flor,
la beso mucho... y agonizante
la estrecho contra mi corazón...

.....

C. Vero M.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE AGOSTO DE 1897 NÚM. 92

DOS DIVAS

(Para Aníbal Urrutia D.)

I

La diva está cantando...

Algunos se embelesan mirando el ritmo loco de su pecho de bronce, y el vibrar sonoro de su garganta de platino.

Otros se deslumbran al reflejo de la media luna de diamantes que ostenta sobre su cabeza soberana.

Pero todos, al perderse las últimas ondulaciones de sus notas, recogían el aliento, y, extasiados, quedaban esperando que volara al cielo esa diosa del ensueño. Y al ver que se quedaba, le batían palmas y le arrojaban flores...

Y la diva quedaba en las tablas como un rocío de gloria con formas de mujer, como la nota azul de una lira divina.

II

Frente al teatro, sobre gradas de mármol, y al umbral de la ancha puerta de un palacio abandonado, se veía temblar una mujer de pálidas mejillas, envuelta entre las sombras y azotada por el viento. Era una diva caída de las tablas al fango de la vida!...

Había sido una diva de ese teatro; hoy era una artista del placer. Esa blanca luna lírica que con tanta majestad había recorrido el mundo azul del arte, llegaba temblorosa y pálida á los alrededores del gran coliseo á arrojar los últimos girones del encanto para pagar el obligado tributo de la vida. Tenía hambre!

Pero, entretanto, llegaba la hora del mercado.—¡Pobre mujer!—Estaba sintiendo las expansiones delirantes que el público tributaba á su hermana del arte; recordaba que también ella había recibido con la majestad de una reina ese batir de palmas y arrojar de flores. Y al considerar que estaba frente á la tumba de su pasada grandeza, mezclaba á la lágrima del hambre la de la envidia y la nostalgia.

Y entre sollozos y suspiros seguía esperando la hora del mercado...

III

Por fin, salió la ópera. El templo lírico quedó mudo y solitario. Los coches tirados por magníficos caballos se fueron llevando poco á poco su ligera carga de sedas, de felpas y brocados. El último de ellos, el más regiamente enganchado, llevaba á la diva encantadora, cargada de laureles, voluptuosamente adormecida en brazos de la gloria.

Y la mujer de pálidas mejillas, envuelta entre las sombras y azotada por el viento, quedó con la vista clavada en la tierra, los puños apretados á las sienes, murmurando entre dientes: ¡ni una oferta, ni un alivio!

TOMÁS DE LA FUENTE C.

Santiago, 3 de agosto del 97

¿...?

A...

Ama la niña de la tez morena,
de negros ojos que abrillanta el Genio,
y al influjo vivaz de fuego extraño
siente, turbada, palpitar su pecho.
Ama la niña de la tez morena,
y dice, en notas que arrancó el desvelo,
que en lo más hondo de su pecho guarda
un tesoro de amor y sentimiento.
Ama la niña de la tez morena,
y, arrebatada en generoso fuego,
al ignorado objeto de sus ansias
le pide amor y le promete un cielo.
Ama la niña de la tez morena;
ama... ¿y á quién?...—Desacordado y ciego,
creí mi dicha vislumbrar un día
en la mirada de sus ojos negros.
¡Ah! cómo, entonces, delirante el alma
su amor le dijo en ardorosos versos;
notas que ella arrancó, y á que tan solo
con notas vagas respondió su acento!...—
Ama la niña de la tez morena;
ama... ¿y á quién?...—¡Feliz el que en su pecho
consiguió herir la adormecida fibra
que en vano quise despertar yo un tiempo!

TOUJOURS

Agosto de 1897

Un sonnet

Je veux faire un sonnet! L'entreprise est aisée,
Mais la mener à bien est toujours épineux.
Vais-je parler d' amour? La chose est bien usée:
Du restre en notre siècle il n'est plus de doux nœuds.
Dirai-je les soupirs de quelqu' âme brisée?
Peindrais-je les terreurs d'un mari soupçonneux?
Chanterai-je la gloire? Ou, d'une main osée,
Toucherai-je aux vertus d'hypocrites haineux?
Non? Ma foi, dan ce cas, je ne sais trop quoi dire.
Déjà, la plume aux doigts, pourtant j'allais écrire;
Mais je vais la poser et m'arrêter tout net.
Car, depuis plus d'une heure à ma Muse rebelle,
Qui semble faire exprès de fuir quand je l'appelle,
J'adresse vainement... Tiens! J'ai fait mon sonnet!

P. GERMAIN

Santiago, 14 Mai, 1897.

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio

SILUETAS LITERARIAS

M. CABRERA GUERRA



Hoy La Revista Cómica engalana esta página con el retrato de uno de los chicos de la prensa santiaguina que más vale: Marcial Cabrera Guerra, de la Redacción de *La Ley*. Es un talento sólido, una fuerte imaginación, un entusiasmo ilimitado. *Vale lo que pesa*, dirá alguien. Pero lo que es en este caso, no cabe el refrán. Cabrerita no puede valer lo que pesa, porque sería un desatino suponerlo; sí; porque es tan chiquitín de cuerpo y tan frágil de volumen, que no daría un peso de 60 quilos. Ya lo ven Vds.? Cuando le encuentro en la redacción ó en la calle, recuerdo la *Leyenda del hombre del cerebro de oro* de Daudet. Tiene él, como aquel pobre Jean, el cerebro de oro, y va arrojándolo, desperdiciándolo con gracia, en sus *Crónicas breves* ó en sus gacetillas en «*sol* literario» de *La Ley;* pero haciéndolo joyeles, labrándolo, en sus deliciosos cuentos ó en sus versos enérgicos. Como cuentista, Cabrera Guerra tiene páginas exquisitas, y como poeta, lo es quien, con pluma delicada, supo escribir el *Perfil de mujer* ó *Amoral*. Cronista, ha firmado *Jean Guerrette*, y *La Ley* registra en sus colecciones cosas suyas dignas de buscarse y de leerse. Como amigo es excelente, franco, leal, en fin, de los que entran pocos en libra. Conmigo ha hecho muy buenas migas, y no el cariño que le tengo, sino la franqueza que es mi norma, me dictan estas líneas. Buena verba, chispeante, satírico, Cabrera es un *causeur* consumado. Busco su charla, apetezco su compañía; porque es todo *un buen muchacho*. Me ha hablado de que editará un libro de cuentos, uno de versos. Tiene grandes proyectos, y es un caballero andante de la Esperanza. Tiene fe en el triunfo, lucha, y triunfará. Para él, el laurel tendrá sus ramas tiernas, que las manos de la justicia tejerá en coronas.

Trabaja mucho, lee todo lo que cae en sus manos. La inmensa mayoría de sus libros son franceses, porque él es de los que, por segunda patria, tienen á Francia. Conoce mucho; tiene buena base intelectual. Es bastante joven, á lo sumo veinticuatro años. Aspecto simpático, bonachón; todos sus amigos le quieren bien, porque él se hace querer.

En mi libro *Siluetas Santiaguinas* dedicaré á Cabrera Guerra una silueta en forma. Estas líneas, no más, van á servir de marco á la *vera efigie* que de este buen compañero ven en esta página los lectores de La Revista.

Arturo Ambrogi



Paz doméstica

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS MILITARES

D. Gregorio Urrutia



Espíritu recto y sano,
sabe, patriota, hermanar
con la prez del militar
la virtud del ciudadano.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1897 NÚM. 93

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE Á LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Abelardo Valera y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 números)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

Á NUESTROS CANJES

Á fin de asegurar la recepción de nuestros canjes, declaramos que sólo continuaremos sirviendo aquellos que lleguen á nuestra oficina con la siguiente dirección: DIRECTORES DE «LA REVISTA CÓMICA»—SANTIAGO, CASILLA 1043.

Á NUESTROS LECTORES

Graves y sensibles dificultades han obligado á nuestro amigo don Julio Vicuña Cifuentes á dejar la dirección de esta Revista.

Su reemplazante no hará más que continuar la obra ya iniciada, de culto y discreto solaz para el público, y de entusiasta acogida para la inteligente juventud dedicada á la ingrata cuanto noble carrera de las letras, que hasta hoy ha venido colaborando en las columnas de la «Revista Cómica».

MOSAICOS

Media noche.
Sombras siniestras.

Como un acompasado lamento vibra en medio de las profundas sombras el són de las campanas.

El eterno soñador, con los codos clavados en la mesa que cubren en desorden libros entreabiertos y borroneados manuscritos, perdidas las manos en la revuelta cabellera, está abstraído.

En su cerebro se agita desenfrenada la danza loca de las ideas.

Su espíritu, sacudiendo y tratando de romper las abrumadoras cadenas del presente, se remonta delirante hasta los cielos serenos del pasado, y se pierde en el mundo de los recuerdos que llevan alas blancas y se coronan de rosas.

Y un instante imagina que sus labios vuelven á beber el vino siempre ansiado, siempre inextinguible de otros dulces labios; cree ver en el espacio los ojos profundamente oscuros y siempre tiernos que en otros tiempos permanecían fijos en los suyos; cree que su brazo vuelve á ceñir el mismo talle delicado, y que por su frente se vuelve á deslizar la calma de las manos bien amadas...

Media noche.

Sombras siniestras.

Y el són de las campanas sigue hiriendo los aires, cruel y doliente como la realidad.

En el círculo de oro que arroja la pantalla de la lámpara, asoma un cráneo descarnado y amarillento que fija en el soñador los cóncavos sin luz de sus ojos, mientras sus mandíbulas desnudas ríen con una diabólica y eterna carcajada...

LA TARDE

(De Paul Bourget)

PARA ABELARDO VARELA

¡Oh! cuánto hechizo hay en vosotras, cuánto,
crepusculares horas! Viste el cielo
de púrpura, y el alma que imagina
ver deshojarse ante un altar las rosas,
con la muerte del día también siente
su cólera morir. Después la noche
llega, y envuelve en su sudario triste
la tierra, el cielo y las marchitas ramas...

Mas, como en horas de sombrío duelo
un rayo de esperanza, allá en la altura
ledas y claras las estrellas brillan.
Esos lejanos paraísos mudos
que de los cielos el azul esmaltan,
hablan al alma dolorida siempre
de su suerte inmortal, y ella al contacto
de su vívida luz se purifica.

Y tú, poeta, en esas dulces horas,
cumplida la labor, es cuando escuchas
que en tu ardoroso corazón alienta
la divina esperanza, que él, un día,
vió agitarse en la estrella y en el alma.

JULIO VICUÑA CIFUENTES

30 de agosto de 1897.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1897 NÚM. 93

EL NÁUFRAGO

Era allá, en una playa bravía que azota el mar.

* * *

«Yo soy el Hada del mar azul.

«En las noches serenas, yo me vengo á bañar en las ondas que argentea la luna. Y en las noches de tormenta, cuando ruge el océano y brilla la fantástica luz de los relámpagos, entono cantos de amor, en medio del bramido de las olas, mientras sacude el viento mi cendal blanco y flotante, y mis cabellos se destrenzan al soplo del huracán.

«Te llevaré á mis grutas de coral, á mis alcázares de perlas. Y verás mis esclavas desnudas: las ondinas morenas, las náyades rubias.

«Y todo será tuyo: tuyas mis riquezas, tuyos mis esclavos, tuyo mi amor.

«Y cuando, cansado de testigos importunos, quieras refugiarte conmigo en algún asilo ignorado, te llevaré á mis grutas de esmeralda, donde la luz es más pálida y más voluptuosa y donde son más dulces las caricias y más ardientes los besos....»

* * *

Rugía el océano.

Brillaba la fantástica luz de los relámpagos.

Y la voz de la hermosa vibraba más dulce que un canto de amor, mientras batía el viento su cendal blanco y flotante y sus cabellos se destrenzaban al soplo del huracán.

* * *

Ella lo miraba con sus ojos rasgados y negros, rodeados de ojeras voluptuosas, y con sus brazos desnudos lo estrechaba contra su seno trémulo y ardiente.

Él sentía el aliento de la hermosa, y aquel pálido perfume lo embriagaba.

Entonces, en el misterio de la noche, bajo el cielo negro, se oyó el rumor de un beso tembloroso, en medio del bramido del océano.

* * *

Las olas cubrieron la roca.

Y de los dos amantes, solo quedó un ligero torbellino de espuma blanca.

ALEJANDRO PARRA M.

1897

Melancolía

¡Voy á morir! Por qué? No lo comprendo!
Mi juventud, sin florecer ya muerta,
¡ay! ni con fé ni con amor despierta,
y siempre está mi corazón sufriendo.

Tímido y triste y sin afecto habito
en el sepulcro de mi cuerpo enfermo;
el mundo todo para mí está yermo
y no calma mi sed de lo infinito.

Soy solitario: desdeñé la vida
y, un solo amigo, una mujer querida,
no viene nunca á amortiguar mi pena.

Cuando muera, mi espíritu errabundo
Llevará sólo la visión terrena
Del ideal que percibí en el mundo.

ROBERTO BRENES MESÉN

ADÉLFICA

A...

Oh noche de dolor! opresa el alma,
próximo á ti sentado;
en tus ojos, más negros que mis penas,
fijos mis ojos, en mis mustios labios
la palabra terrible,
un duro nudo por cortar luchando,
quedé por varias horas
en mi duelo abismado...

Después, mudo tu acento,
con misterioso paso
te alejaste, esfumándote en la sombra,
llevando entre tus manos
todas mis esperanzas de ventura,
toda la luz de mi existir amargo...

Esperando encontrarte, como un loco
de dia por las calles voy vagando,
y por la noche rondo tus balcones,
tu dulce nombre murmurando en vano.

Tú ya no estás... y en mis insomnios crueles
me golpeo la frente y gimo y clamo,
y por mi almohada rueda,
raudal de fuego, mi abundoso llanto...

GASPAR DEBURAU



De regreso del paseo



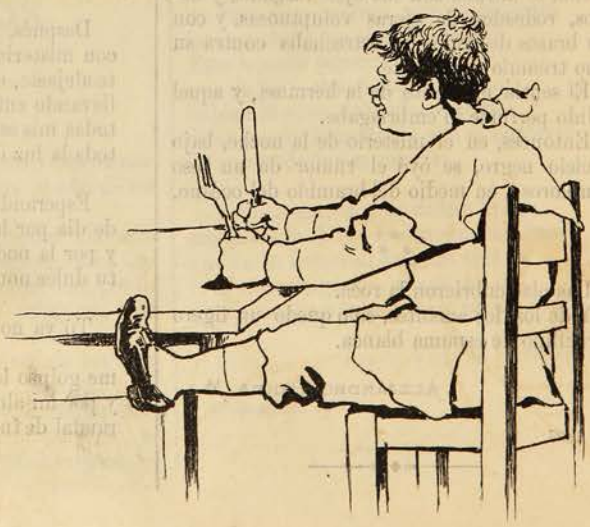
¡Perdona mi hijito, ya nunca mas!



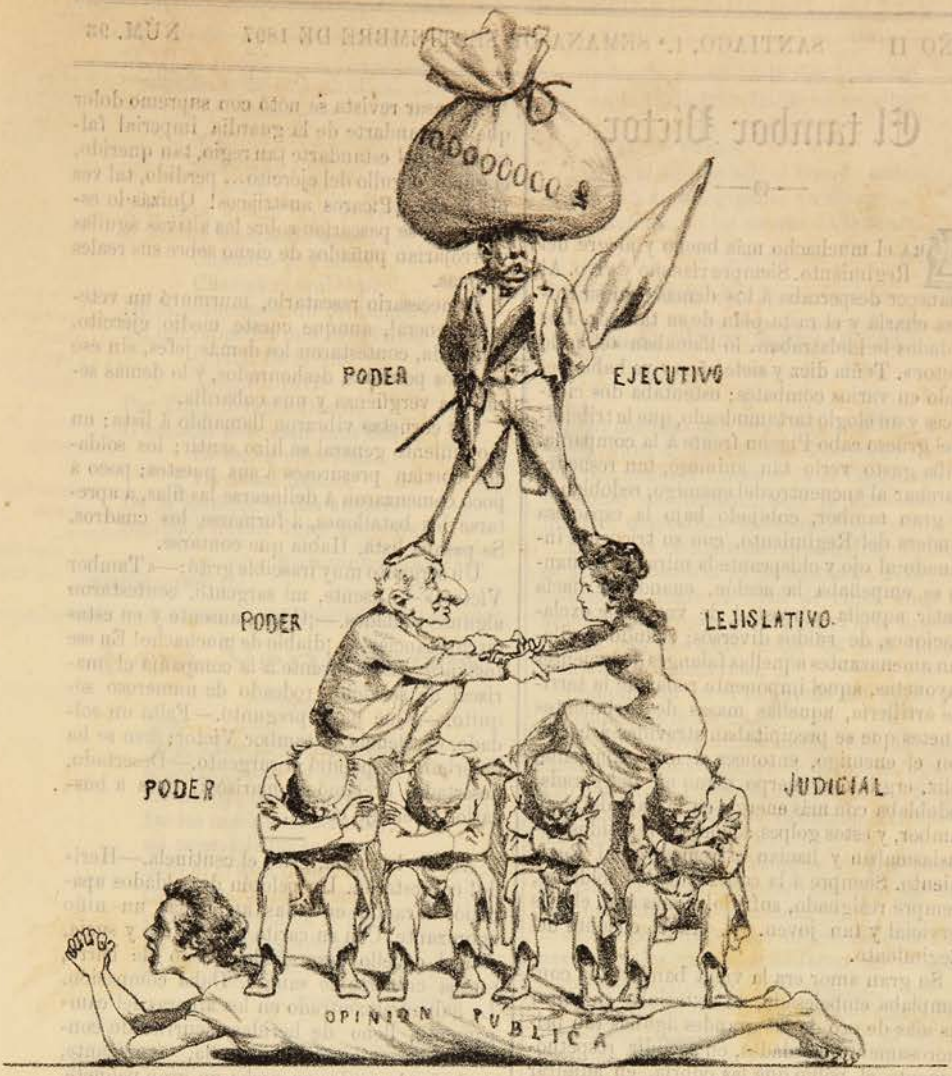
Pesadilla que tuve anoche



¡Dios mío, dadme lo que os pido! porque si nó.



Esperanza de mejores días



Jerarquía de los Poderes Públicos



Agosto!. . .

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1897 NÚM. 93

El tambor Víctor

Era el muchacho más bueno y alegre del Regimiento. Siempre risueño y vivo. Al amanecer despertaba á los demás con su ruidosa charla y el ra-ta-plán de su tambor. Los soldados le idolatraban, lo llamaban «el niño Víctor». Tenía diez y siete años y ya había peleado en varios combates; ostentaba dos cicatrices y un elogio tartamudeado, que le tributara el grueso cabo Pigeon frente á la compañía. Daba gusto verlo tan animoso, tan resuelto, marchar al encuentro del enemigo, redoblando su gran tambor, cobijado bajo la espaciosa bandera del Regimiento, con su tricornio inclinado al ojo y chispeante la mirada. Y cuando se empeñaba la acción, cuando se hacía sentir aquella tempestad de voces, de exclamaciones, de ruidos diversos; cuando desfilaban amenazantes aquellas falanges de lucientes bayonetas, aquel imponente rodar de la terrible artillería, aquellas masas de turbulentos ginetes que se precipitaban atrevidas á barrer con el enemigo, entonces el niño, sonriente, feliz, erguido el cuerpo como en una parada, redoblaba con más energía en la caja del gran tambor, y estos golpes sonoros y repetidos entusiasmaban y hacían estremecerse al Regimiento. Siempre á la cabeza de los soldados, siempre resignado, sufrido, el más ágil, el más servicial y tan joven. Si, era el encanto del Regimiento.

Su gran amor era la vieja bandera: la contemplaba embelesado, se extasiaba en mirar las alas de oro de las grandes águilas tan primorosamente bordadas, en sacudir respetuosamente el polvo que las cubría, en admirar aquellos manchones azul oscuro que le habían dejado la pólvora y el humo de tantos combates. ¡Era su mejor amiga! En el combate se cobijaba bajo sus amplios pliegues, y ella, él y su coronel, eran los que marchaban al frente del Regimiento. A veces lo encontraban dormido, agobiado por la fatiga, con su cuerpecito envuelto en una raída manta, su rubia cabecita reclinada sobre su gran tambor y con una de sus manos oprimiendo los pliegues de la vieja bandera. Era para él una madre.

La victoria había sido decisiva. Los austriacos huían dispersos, completamente aniquilados y vencidos. Sin embargo, los ánimos estaban inquietos; una especie de muda angustia se retrataba en todas las fisonomías; algo así como una gran desgracia pesaba sobre todo el ejército. Napoleón y los mariscales estaban de muy mal humor. ¿Qué había sucedido?

Al pasar revista se notó con supremo dolor que el estandarte de la guardia imperial faltaba! Aquel estandarte tan regio, tan querido, el guía y orgullo del ejército... perdido, tal vez pisoteado. ¡Pícaros austriacos! Quizás lo escupirían, se pasearían sobre las altivas águilas y arrojarían puñados de cieno sobre sus reales coronas.

Es necesario rescatarlo, murmuró un veterano general, aunque cueste medio ejército. Sin duda, contestaron los demás jefes, sin eso estamos perdidos, deshonrados, y lo demás sería una vergüenza y una cobardía.

Las cornetas vibraron llamando á lista; un movimiento general se hizo sentir; los soldados corrían presurosos á sus puestos; poco á poco comenzaron á delinearse las filas, á apretarse los batallones, á formarse los cuadros. Se pasaba lista. Había que contarse.

Un sargento muy irascible gritó:—«Tambor Víctor!»—Ausente, mi sargento, contestaron algunos soldados.—¡Cómo, ausente y en estas circunstancias!... ¡diablo de muchacho! En ese instante pasaba frente á la compañía el mariscal de servicio, rodeado de numeroso séquito.—¿Qué hay? preguntó.—Falta un soldado, excelencia, el tambor Víctor; creo se ha desertado, respondió el sargento.—Desertado, desertado! exclamó el mariscal; pues á buscarlo, y consejo con él.

Ah! de la ronda, gritó el centinela.—Herido! contestaron. Un pelotón de soldados apareció, llevando en unas angarillas un niño agonizante. Con su carita muy pálida y sucia, con el cabello desgreñado y lleno de barro, estaba cubierto de sangre. Daba compasión. Le habían encontrado en los afueras del campamento, lleno de heridas, acurrucado contra unas ruinas de murralla, agonizante, oprimiendo contra su pecho un gran paquete. Era el niño Víctor.

Cuando los del Regimiento lo vieron en ese estado, lloraron como niños; aquellos rudos veteranos le querían como un hijo.

Pidió ver al emperador antes de morir. Napoleón, muy conmovido, le tomó una mano y se inclinó á oirle. El pequeño le sonrió y le pasó el gran paquete. Luego expiró dulcemente.

Napoleón abrió con mano trémula aquel misterioso obsequio, y cayó á sus pies el glorioso estandarte, la gloriosa insignia de su vieja guardia. El honor del ejército estaba salvado.

El emperador lloró. El tambor Víctor era un héroe.

Leoncio Rodríguez Señoret

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1897 NÚM. 93

FLEURETTE

Petite rose
A peine éclose,
Toi, dont le sein frais et vermeil
Quête les baisers du soleil,
Combien je t'aime,
Charmant emblême
De la jeunesse et du printemps!
Tu me rappelles mes vingt ans;
Quand de la vie
Trop tôt ravie
Par l'impitoyable Destin
L'horizon paraissait sans fin,
Et qu'en mon âme
La douce flamme
De la jeunesse et des amours
Semblait devoir durer toujours.

PHILIBERT GERMAIN

Santiago, 1897.

Los Nenúfares

Cuando miro balancearse
sobre el cristal de los lagos
las corolas trasparentes
De los nenúfares blancos,
mi pensamiento se sume
bajo el cristal de los lagos,
para mirar como beben
su trasparencia en el fango
las corolas trasparentes
de los nenúfares blancos...

P. DUBLÉ URRUTIA

Enero, 1897.

Cinegética

Duerme la loba.
Cual colérica ceja
está encorvado el arco de caoba.
El dardo va, como una enorme abeja
zumbando al viento,
y del hijar á las nerviosas patas
cae un chorro sangriento,
cual racimo de adelfas escarlatas.

Alza un Nemrod coloso
el gran bronce del busto entre las ramas.
Crispa un soplo febril su vello de oso,
su tímida nariz resuella flamas.
Brillan de bélico deseo
sus pupilas de halcón en la espesura,
y hay heroicas barbaries de trofeo,
en la furia triunfal de su escultura.

Es un Ocaso:
incendiado de sol, el bosque arde.
Y un águila gigante va de paso,
reinando en los azures de la tarde.

LEOPOLDO LUGONES

"LA CREACIÓN"

El oratorio que lleva este nombre, y que es una de las principales obras de Haydn, será ejecutado el Lunes 6 en el Conservatorio Nacional de Música, bajo la dirección del maestro señor Juan Harthan.

El ilustre compositor vienés, José Francisco Haydn, nació el 31 de marzo de 1732, manifestando desde la edad de cinco años sus asombrosas disposiciones para el arte musical, que le han colocado entre los más ilustres compositores modernos.

Predominan en él la pureza del estilo y la delicadeza de la forma.

Su obra gloriosa consta de más de ochocientas composiciones, entre las cuales figuran 120 sinfonías, 10 misas, 83 cuartetos, 8 óperas alemanas, 14 óperas italianas, 44 sonatas para piano y 4 oratorios.

«La Creación del Mundo» y «Las cuatro estaciones» son reputadas como los florones más magníficos de su corona.

«La Creación» le hizo objeto de distinciones especiales que le tributaron las más renombradas academias europeas.

En medio de la admiración universal, José Francisco Haydn dejó de existir el 31 de mayo de 1809.

En nuestro número próximo daremos un juicio sobre la ejecución de «La Creación», debido á una pluma tan autorizada como la del señor Marcial Martínez de Ferrari.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

LA GRAN REVISTA

Han llegado á nuestra mesa los dos primeros números de esta magnífica publicación, fundada en Lima por José S. Chocano, y en que prosigue la obra atrevida que inició con tanto brillo dos años atrás en *El Perú Ilustrado* y *La Neblina*.

Firman las colaboraciones de *La Gran Revista*, al lado del robusto Chocano, Leopoldo Lugones, Clemente Palma, José Fiansón, Luis Berisso, Octavio Espinosa y G., Teobaldo E. Corpancho y muchos otros de los más talentosos y celebrados paladines del arte nuevo en América.

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio



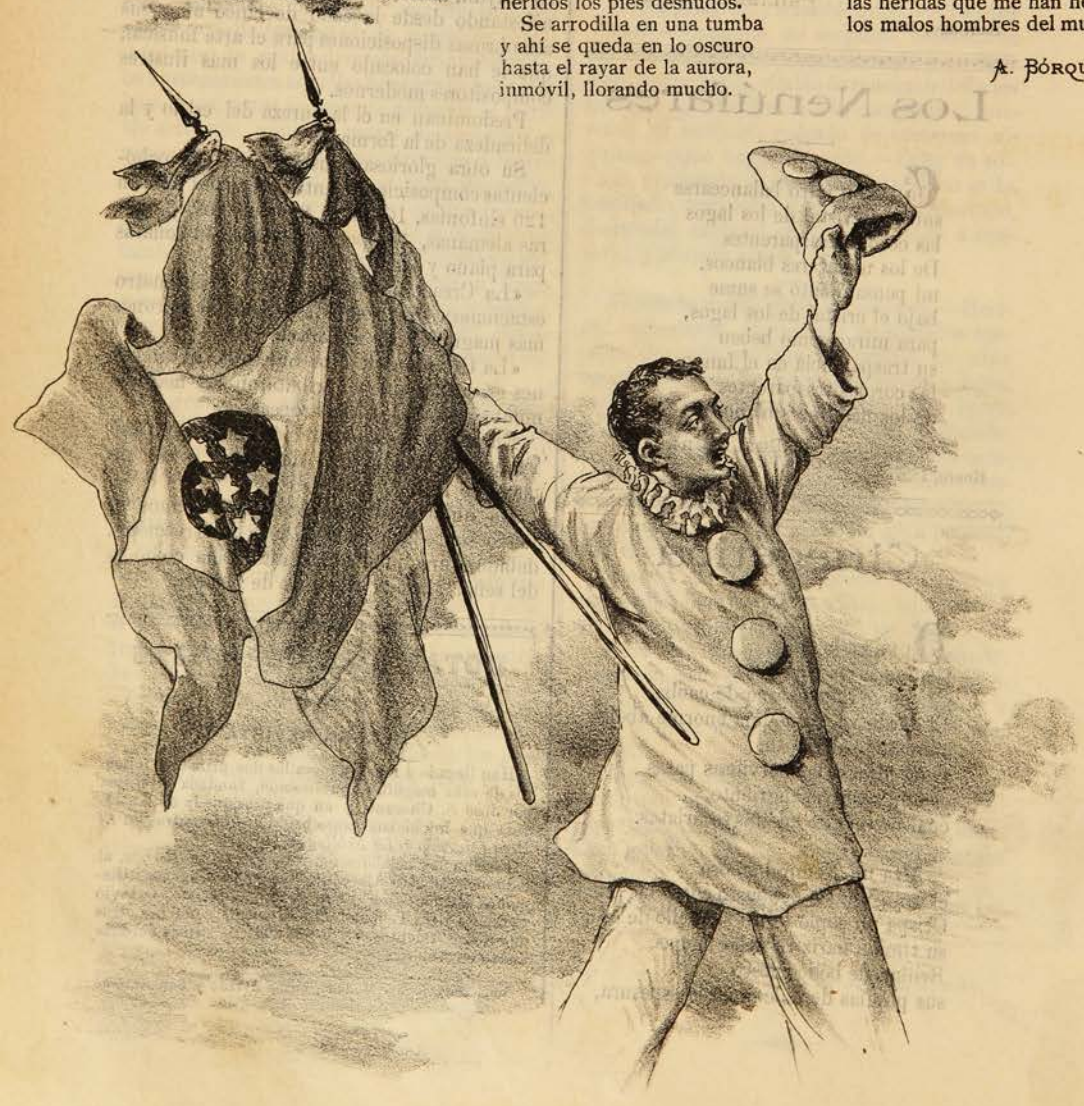
INSULARES

I

Me dijo el sepultnrero:
—Las almas de los difuntos,
al llegar la media noche,
dialogan con los sepulcros.
O rondan el Cementerio
salmodiando los conjuros,
que en los cipreses repiten
en coro todos los buhos.
Llega un espíritu extraño
á la media noche en punto.
Lleva en girones la túnica,
heridos los pies desnudos.
Se arrodilla en una tumba
y ahí se queda en lo oscuro
hasta el rayar de la aurora,
inmóvil, llorando mucho.

¡Me da lástima ese espíritu,
que va vestido de luto;
llorando sobre una tumba,
llorando, llorando mucho!
.....
—¡Piadoso sepulturero!
ese espectro gemebundo
es el espíritu mio
que va á contar lo que sufro
á mi padre, que reposa
en ese lugar oscuro...
las heridas que me han hecho
los malos hombres del mundo.

A. Bórquez Solar



¡Viva la independencia del Brasil!

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS PERIODISTAS

D. Fanor Velasco



Despierto y claro talento,
con pluma alegre y galana
le da raro lucimiento
á la lengua castellana.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1897 NÚM. 94

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE Á LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Abelardo Varela y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)	$ 4.50
Por medio año (25 números)	2.50
Número suelto	0.10
Id. atrasado	0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

Á NUESTROS CANJES

Á fin de asegurar la recepción de nuestros canjes, declaramos que sólo continuaremos sirviendo aquellos que lleguen á nuestra oficina con la siguiente dirección: DIRECTORES DE «LA REVISTA CÓMICA»—SANTIAGO, CASILLA 1043.

MOSAICOS

Reía mucho; reía de todo.

Nació con la risa en los labios.

En cuna de oro, vestida de sedas, merecieron sus primeros días.

Las hadas le otorgaron dones magníficos.

Pero hubo una que adelantándose á todas las demás, deslizándose entre las sombras de la noche, escribió en su frente una palabra siniestra.

Su niñez apenas pudo aspirar un instante el santo perfume de los besos maternos.

Y el día en que iban á sepultar á la mujer que le llevé en las entrañas, él la besó las manos y la acarició el rostro, porque creía que aquello era un sueño ó una mentira.

Después, la cabeza llena de luz, el corazón anhelante, abandonó los marmóreos umbrales del palacio de cúpulas resplandecientes, y apoyado en el bordón del peregrino, se fué al azar, en busca de un país ignoto, puesto el oído á una voz misteriosa que le decía: adelante! adelante!

Las espinas del camino desgarraban sus carnes; con los ojos siempre fijos en el azul del cielo, reía de sus dolores y proseguía adelante.

Á su paso, la loca ambición, el vano orgullo, la envidia que se retuerce impotente, la cólera que del hombre hace una fiera, llenaban los aires de imprecaciones, y se agitaban desesperados, sin conmover su espíritu.

Un día, el errabundo se detuvo, dejó de mirar al cielo, y pronunciando un nombre de mujer, con la risa siempre en los labios, clavó en su corazón el acero mortal...

Reía mucho; reía de todo.

Los que rien de todo, sufren mucho.

EN LA SELVA

Confundiendo los robles su ramaje
conversan en las sombras de la altura;
las luciérnagas surcan la espesura
como lívidos rayos de un celaje.

El maüllido lúgubre y salvaje
del puma se oye en la cañada oscura,
y el arroyo tranquilo que murmura
lanza la nota alegre del paisaje.

Un rumor, allá lejos, como un trueno
anuncia que algún tronco carcomido
vuelve otra vez hacia el materno seno;

Y una legión de buhos, cuyo nido
el gigante en sus ramas cobijara,
cruza el bosque en fatídica algazara.

SAMUEL A. LILLO

Septiembre de 1897.

ALAS ENFERMAS

Dormidos están los genios,
las almas están dormidas
como cóndores de bronce,
con las alas recogidas...

¡Qué se despierten los genios!
que se sacudan las almas!
que se derritan los bronces!
que se desplieguen las alas!

Que se escalen los abismos!
siempre arriba! siempre arriba!...
—así decían los unos,
mientras los otros decían:

«Escalaremos las nubes,
surcaremos los abismos,
siempre arriba! siempre arriba!...
pero, decidnos! decidnos!

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1897 NÚM. 94

¿Á dónde iremos tan alto
que no turben nuestro vuelo
los espectros que llevamos
desde la cuna en el pecho?...

P. Dublé Urrutia

EN EL CONSERVATORIO

«La Creación» de Haydn

Entendemos que por la primera vez ha tenido nuestro público ocasión de oir una ejecución del oratorio del gran maestro vienés.

Contemplando el ya largo camino recorrido por el divino Arte, qué de transformaciones se advierten!

Hay géneros que se corrompen y perecen; otros que son restauraciones forzadas, sin vida propia; otros, en fin, que son imperecederos.

A este último pertenece la obra entera del famoso Haydn.

De una estructura esencialmente clásica, no hay nada de incongruente ni desconocido en el soberbio oratorio que nos ha cabido en suerte apreciar este año en nuestro establecimiento de instrucción musical. Su harmonioso y feliz encadenamiento, tanto en la composición dramática como en la musical, está sujeto estrechamente á estrechas leyes de ilación y enlace consecuentes y lógicos. ¡Cuán lejos estamos de las extrañas audacias de la música sagrada de los compositores del día, padres de la nueva era!

Música nítida, es aquella, ingenua y penetrante: el prototipo del buen gusto, de la pura elevación que nos encanta y conmueve, sin jamás herir nuestros más refinados sentimientos. Ella personifica la esplendorosa grandeza que enaltece el espíritu, transportándolo á las más inaccesibles cumbres del Arte verdadero y sublime.

Las puras harmonías de *La Creación* transpiran fe, universal júbilo, una existencia sin fin de paz, de divino amor, de eterna ventura. Es todavía la naturaleza apenas creada y regida por leyes sabias y bienhechoras: todo en ella se encamina hacia el bien, antes del fatal desencadenamiento del pecado.

Si exceptuamos la obertura ó preludio, que, lo diremos con franqueza, fué muy deficientemente ejecutado por la orquesta, el resto de la obra encontró concienzudos intérpretes en los miembros del coro mixto alemán, que siempre se distingue por la afinación de sus voces. Haremos notar que el colorido de la interpretación no estuvo á la altura de la ejecución técnica. Faltaban matices, entusiasmo é inspiración, tal vez por falta de suficiente estudio.

Los solistas dieron pruebas de buena voluntad, sobre todo la señora Harthan, cuya voz, de notable afinación, revela buena escuela.

No concluiremos sin dirigir una palabra de aliento al maestro Harthan, que ha hecho cuanto ha dependido de su parte para proporcionarnos la primera audición en Chile del famoso oratorio de Haydn. Ojalá siguiera por ese camino sin desmayar. Le pediríamos, sí, que en adelante no presentase al público obras de la importancia de *La Creación*, antes de ensayarlas convenientemente.—Repetimos que la ejecución orquestal dejó mucho que desear en la obra que nos ocupa, notándose en ella una deplorable falta de conjunto y hasta evidente desafinación.

El maestro Harthan haría muy bien en repetir la ejecución de *La Creación*, siempre que fuera mejor ensayada y en condiciones más favorables. Estamos ciertos que para ello contaría con el apoyo de la opinión ilustrada de nuestra sociedad.

M. A. M. de F.

La verdad de los sueños

DOLORA

Soñaba que te veía
loca de pasión por mí.
¡Siempre me sucede así:
sólo en sueños eres mía!

Y siempre en mi malandanza,
rotos del sueño los lazos,
despierto; tiendo los brazos;
quiero asirte, y... ¡ni esperanza!...

Y si sueño que el demonio
bendice alguna pareja,
seguro es que alguna vieja
me ha de hablar... ¡de matrimonio!

¡Sueños al fin!... ¡Grave asunto
cuyo fondo es siempre amargo:
los buenos pasan de largo...
los malos cuajan al punto!

Julio Alberto Grez Padilla

Linares, 1897

EN LOS TRENES

Salió el pobre muchacho de aquel glorioso rincón de la frontera, de aquella noble tierra de las epopeyas heroicas, como un fugitivo, como si le siguiera una jauría.



¡Mi mamita me pegó!. , . .



Raoul Hügel
Compositor nacional



Un conocido de todos





¡Dios mío! esta no es conmigo!



Suplicio de Tántalo



Cráneo femenino



Y dicen que los burros
no se enojan . . . . .

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1897 NÚM. 94

Y pensativo y triste, enjaulado en el destartalado furgón de carga, á la menguada luz del farolillo de vidrio de colores, escribió temblando de frío, mientras el tren rodaba, veloz como el relámpago de las noches tempestuosas, cuando bufan los vientos y redoblan en sus roncos parches los viejos truenos.

«Héme aquí, montado sobre el monstruo que tasca indómito los frenos, escupiendo chispas y arrojando su aliento de humo espeso, insultando así la claridad de esta noche de luna de otoño. Voy sobre el lomo del leviatán que corre aguijoneado por el acicate del vapor poderoso... Esto es la locura, es el vértigo. Salvo precipicios, salto fosos y barrancas. Esto es algo increíble y fantástico. Las siluetas, los árboles, todo pasa, huyendo de no sé qué demonio que los persigue.

Ahí, en aquel rincón, acurrucados tiritan los pobres hombres del tren, somnolientos y cansados; y piensan, acaso, en la hembra que entibia con el calor de su cuerpo el jergón conyugal, que es el tálamo de los andrajosos, mientras los perros guardianes ladran, á la puerta de las cabañas, al viento que suspira en los follajes vecinos, al rayo de la luna que se quiebra en los ganchos, á los fantasmas que pasan en cuadrillas...

Después—cuando cansada, jadeante la negra serpiente enorme se detiene dando resoplidos gigantescos, estremeciéndose como si tuviera torturas indecibles, estertores de agonías, los pobres hombres de los furgones cargados de carbón de piedra ó de maderas, bajan á los andenes, con los rostros tiznados, y gritan con voz poderosa, con acento ronco, y dan prolongados silbos, y luego trepan por los cables y corren por encima de los carros haciéndolos crugir... Hay un rato de silencio. Rompe los aires en breve un pitazo estridente y rechinan las palancas, se oye como un gemido de los fierros y vuelve á galopar esta evocación maldita que tumba la tranquilidad de los campos que duermen.

Las once de la noche. He llegado á Chillán. ¿Quién me espera? Nadie... Y no tengo un lecho donde reclinar mi cuerpo entumecido. Y tengo hambre. Soy un extraño en esta ciudad que reposa. ¡Un extraño! ¡Qué triste palabra!

.....

Sigo el viaje. Todo está envuelto por las nieblas grises. Viajo en un carro de segunda clase. En fin, aquí se está mejor que en el furgón; pero si tuviera dinero iría en un pullman. Mis compañeros de jornada ahí están... Maletas, canastos, bolsas, ramilletes de flores melancólicas, de aquí allá. Las pobres mujeres ancianas miran los cristales empañados; los hombres fuman sus cigarrillos con ansia, con hambre, y las espirales del humo blanquecino se pierden arriba, arremolineándose en volutas endiabladas y formando figuras caprichosas. Una chiquilla de grandes ojos negros y de sedosos rizos retintos, medio envuelta en las mantas con que la ha abrigado el cuidado de la joven madre que está al frente contemplándola con delicia, duerme tambaleándose á cada tumbo que da el tren.

Allá en las lejanías el sol enfermo, impotente, en vano lucha por romper el cordón de nieblas que le sujeta, que le asfixia.

Algunas nubecillas de un rojo sucio, fajas de azul á trechos, un picacho de la cordillera, una hondonada profunda, se dejan ver apenas un instante. A cada momento paisajes y cuadros nuevos que se suceden con la rapidez de un caleidoscopio. Y al mismo tiempo que rechinan las llantas y los ejes formidables, los pensamientos en el cerebro corren, corren...

Y el carro invadido por tantas gentes que no conozco, de rostros amoratados por el frío de las horas matinales.

Algunas muchachas charlan y ríen alegremente por cosas frívolas. Acaso evocan los recuerdos de las cosas dulces de la aldea, las horas felices al lado del amado en las tardes perfumadas por las auras que llegan en peregrinación, desde las florestas tupidas que besan los dardos rubios del Rey Sol; piensan, acaso, esas muchachas en no volver á ese rincón del mundo de donde vienen; acaso sueñan con lo que les espera al fin del viaje, la metrópoli, la gran ciudad de los palacios pavimentados de mármoles brillantes y cúpulas regias, donde triunfan el lujo y las carcajadas que no dejan oir los gritos del hambre...

¡Y cuántos van pensando cosas tristes! ¡Cuántos ignorados que van sufriendo, atenaceado el cerebro por los dolores sin nombre!

Y esa mujer que lleva el traje de luto y luto también en la mirada, piensa, tal vez, en el esposo ó en el hijo desaparecido para siempre.

Hé ahí el anciano de barba venerable que apenas puede resistir las recias sacudidas del carro sin quejarse dolorosamente, inclinándose hacia adelante para tomarse del respaldo del sillón vecino.

...Cuántos que viajan, mozos aún, llena de ilusiones la cabeza, llena de proyectos locos, de esperanzas. Yo sé que piensan en las mujeres hermosas que les esperan sonrientes, prontas á brindarles sus ternuras y sus gracias de ángeles proscriptos que en el pórtico de la vida han dejado las alas... en ellas, las que conocen mui bien el beso del Iscariote y los treinta denarios...

Y la máquina sigue bufando, crepitando, mordiendo con sus dientes de hierro los rails del camino.

¿Y yo en qué pienso? En la novia pálida

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1897 NÚM. 94

de frente pensativa y porte de reina; en los viajeros de los desiertos, que van fatigados en busca de los oasis; en los pobres beduinos; en los náufragos, en las tormentas oceánicas, cuando se abren los cascos de las naves y se rasgan por el soplo de los vientos huracánicos los linos recios; en esas rudas batallas que se retratan en las rugosas frentes de los que meditan, de los sabios, de los artistas, de los poetas; en todos los desgraciados de la vida; en los heridos y en los muertos en las lides por la existencia, por el oro «padre del pan»; en mi lejana bien amada isla donde hay una tumba sin lápida ni cruz, donde hay un hogar desmantelado, y huérfano y combatido por los pujantes vendabales del infortunio; en los fuertes muchachos adalides que blanden la pluma heroica, con quienes he de compartir el lecho allá en la pensión... y pienso en el remedio á la herida que hicieron en mí mis enemigos, los imbéciles...

Y la serpiente se detiene, lanza su agudo silbo. Veo las gentes que se apiñan empujándose, codeándose, para recibir al amigo ó al pariente, mientras los vendedores gritan sus mercancías recorriendo los andenes casi atestados de fardos. ¡Qué oscura es esta estación! Reina un perpetuo crepúsculo aun cuando por sobre el techo de planchas de zinc irradie un sol espléndido. Se sienten los golpes de los martinetes de los telégrafos, y el vaho turbio y penetrante del vapor que arrojan las abiertas válvulas de escape humedece cuanto toca.

Ya ha bebido agua la gigantesca sierpe de metal... Suena el pito.

En marcha nuevamente.

Atravesamos un hilo de agua fangosa. Antes de atravesar el puente el monstruo parece que se ha recogido para saltar, que ha enarcado el lomo, mascullando los frenos que se aprietan. ¡Ah! si cayera el tren desde tan alto ¿cuántos quedarían salvos después de la catástrofe? ¡Ay entonces de las boquitas que ríen, de las pupilas que dardean, de las carnes mórbidas y satinadas! Y dar con la muerte, así, en la mitad del camino, de súbito, es atroz! Si se muriera sin dolor al menos...

...Hemos llegado.

Las luces amarillean aprisionadas en los cristalinos globos blanquecinos. Hay un derroche de luz. Siéntense hasta aquí las palpitaciones de esta gran ciudad, el rodar de los coches que hacen retemblar el pavimento, el piafar impaciente de los corceles de cascos ferrados, las voces de los aurigas. Allá se divisan unos kepis lacres que se mueven entre la muchedumbre compacta...

—Éh! muchacho, la maleta al coche...

Y después:—Cochero, á *La Ley*...

Escribo en el coche: Voy á sumergirme en el maremágnum santiaguino, á rabiar de deseos locos al ver las gentilezas, y á codiciar los palacios soberbios, y á sentir el aguijón de las ambiciones nobles. Felices los que entran, alta la visera bajo el palio de su bandera, vencedora y con paso de triunfadores.

A. Bórquez Solar.

Mayo de 1897.

Calma...

(Imitación de Göethe)

Calma de muerte,
fúnebre calma,
doquier impera
sobre las aguas.
Sombría, inmóvil,
como un fantasma
la nave luce
las velas blancas.
Mientras el día
su luz apaga,
tiende la noche
su oscura gasa.
Surge en oriente
la luna pálida,
y sus fulgores
el cielo bañan.
Desde la proa
pasea el nauta
la superficie
con la mirada.
Y en vano implora,
y en vano aguarda
que el viento empuje
las velas blancas...

Federico González G.

1897.

Vuelo...

Vuelo, mi bien amada, atrás dejando
mis insomnios y días de dolor:
yendo hacia tí la vida es un ensueño,
todo luz, todo aroma y esplendor.

Vuelo, mi bien amada, delirante
en tus manos mis labios á posar,
á contarte las penas de la ausencia
y á oirte entre mis brazos suspirar.

De mi laúd, enamorado siempre,
las cuerdas á pulsar iré á tus pies:
me oirás como antes, y en mi frente pálida
un tierno beso me pondrás después...

For ever

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio



Pierrot seductor

La Revista Comica

Es propiedad de los Directores

RELIQUIAS DE LA INDEPENDENCIA



Ramón Bruna Vicencio

—102 años—



José del Tránsito Moscoso.

—104 años—

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1897 NÚM. 95

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE Á LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Abelardo Varela y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)	$ 4.50
Por medio año (25 números)	2.50
Número suelto	0.10
Id. atrasado	0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

Á NUESTROS CANJES

Á fin de asegurar la recepción de nuestros canjes, declaramos que sólo continuaremos sirviendo aquellos que lleguen á nuestra oficina con la siguiente dirección: DIRECTORES DE «LA REVISTA CÓMICA»—SANTIAGO, CASILLA 1043.

MOSAICOS

Arriba, la luna que filtra sus pálidos rayos al través de las nubes, parece una viuda que se vela el rostro con un fúnebre crespón.

Abajo, el silencio y la sombra extienden su misterio.

Súbito, á lo largo de la calle desierta, marcando pasos sin eco, deslízase una sombra que semeja una fantástica aparición.

Gime una ventana.

Y, un instante después, un indiscreto rayo de luna ilumina dos cuerpos que se estrechan en un abrazo de dolor y de pasión...

El amado y la amada, de rostros pálidos y cabelleras más oscuras que la noche, se contemplan arrobados.

Brota el llanto de sus ojos.

Sus labios, incapaces de pronunciar la terrible palabra, se acercan, se juntan, se oprimen, como si desearan ahogarla, borrarla del mundo para siempre...

Y en tal momento, sintiendo que su dicha y su desgracia son infinitas, los dos amantes sólo desean morir...

* * *

¡Un lado, miserable!—exclama el mozo, que se enorgullece de su bien cortada levita y vistosa corbata.

Y al dar el infeliz contra el suelo, los girones de su ropa dejan ver su pecho acribillado de cicatrices de gloria...

POR LA TARDE

Como enjambre de niños que inclinados
de un pozo en el brocal, hundirse miran
dando rebotes, la moneda de oro
que fuera su placer momentos antes;
así en la tarde de aquel triste día
en torno del ocaso amontonados
contemplaban los cúmulos de fuego
la caída del sol...

Las brisas tibias,
las tristezas sin fin de los paisajes,
todo aquel ornamento funerario
tendido por la sombra y el silencio,
me hicieron inclinar la mustia frente
sobre mi propio corazón...

Tendía
también allí la solitaria tarde
su tul meditador, y una esperanza
que conmigo nació, la dulce idea
de una tierra sin víboras..., caía
de mi tímido espíritu en la sombra
como en el pozo la moneda de oro,
como el trémulo sol en el ocaso...

.....

Jamás olvidaré la noche aquella!...
¡Cuánto lloraron por mi dicha muerta
mis esperanzas vivas!... Cuando alegre
la mañana llegó, tiñendo el cielo
con sangre de claveles y de rosas,
aún en torno del brocal del pozo
derramaban sus lágrimas mis sueños ..

DIEGO DUBLÉ URRUTIA

Abril de 1897.

¿RECUERDAS?

¿Lo recuerdas, vida mía?
Fué en una tarde brumosa:
yo rendido, tú amorosa,
había volado el día;

de la luz en la agonía
te imaginé fresca rosa,
que á mi alma, cual mariposa,
con su perfume atraía;

y á solas tú y yo en la estancia,
olvidando tu arrogancia,
vencido por tu hermosura,...
de mi amor en el exceso
estrechando tu cintura,
en tu boca puse un beso...

JULIO FLORES

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1897 NÚM. 95

Perdón!

Cansado del penoso viaje de la vida, tomé el gran camino sombrío y partí hacia el país tenebroso de donde no se vuelve.

* * *

Una mujer, envuelta en un manto de oro, me detuvo al pasar.

—Yo soy la Riqueza, me dijo. Ven conmigo. Dejemos este siniestro camino. Yo te daré mi amor...

—Tu amor, le respondí, pone delante de los ojos una venda amarilla. La cristalina música del oro apaga los nobles gritos del corazón.

Y me alejé.

* * *

A la vuelta de un sendero encontré una mujer de altiva hermosura, envuelta en un manto azul.

Y me dijo:

—Yo soy la Gloria. Yo tengo laureles y palmas. Yo te daré mis labios...

—Tus labios son amargos, le respondí. No quiero tus laureles mentidos ni tus dolorosas palmas triunfales.

Y seguí mi camino.

* * *

De pronto llegó hasta mí un fresco soplo, cargado de perfumes; y oí, como una música del cielo, la voz de mi amada.

—Ingrato! murmuró tristemente.

Guardó silencio un instante y sentí que su brazo desnudo enlazaba mi cuello.

Y cerca, tan cerca que las ondas de su aliento me encendían el rostro, me dijo con voz cariñosa:

—Ven. Yo te amo. Yo te daré mis más dulces caricias. Yo te daré mi boca, roja como una flor...

Yo no respondí. Separé dulcemente su brazo de mi cuello y me alejé.

* * *

Junto á una abandonada cruz de hierro, encontré una mujer enlutada.

—¿Te vas? me preguntó. Y su voz estaba cargada de sollozos.

Me pareció reconocer, vagamente, como al través de un sueño, la dolorosa voz de esa mujer.

—¿Quién sois? Le pregunté estremeciéndome.

Separó la mujer su negro manto y ví el pálido y lloroso semblante de mi madre.

Y caí de rodillas...

Alejandro Parra M.

1897.

EL PEÑASCO

Nadie sabe qué fuerzas misteriosas
ó qué embates de rudas tempestades
aquel agrio peñasco levantaron
del oceáno en las vastas soledades.

Cubierto con su túnica de algas
eleva al cielo sus aristas rotas,
sirviendo de refugio por las tardes
á las bandas errantes de gaviotas.

¡Quién pudiera leer lo que han escrito
las olas en los surcos de sus grietas!
¡Cuántas veces se han visto de los náufragos
en su cumbre las pálidas siluetas!

Gladiador de los mares, no le arredra
el trabar con las aguas la batalla:
cuanto más formidables los embates
tanto más yergue su ciclópea talla.

Y cuando alza, batido por las olas,
entre arroyos de espuma sus espaldas,
parece un dios marino que ha dejado
sus grutas de corales y esmeraldas.

Samuel A. Lillo

1897.

EN SU DEVOCIONARIO

A una señorita

Oh alma! ven á sumergir las alas
de tu piedad en mi secreto encanto;
vierte sobre mis páginas el llanto
que en tus tristezas íntimas exhalas.

Perfume antiguo de violetas duerme
entre estas hojas que tus dedos tornan,
mientras los ojos de tu fe se entornan,
ebrios de amor, con sed de comprenderme.

El domingo, á la hora de la misa,
oh virgen! ven; mi cándida sonrisa
refrescará la flor de tu inocencia.

Ora conmigo en tus angustias diarias;
me parecen más dulces mis plegarias
respirando el olor de tu presencia.

Roberto Brenes Mesén



Y me largué sobre un jumento
por esos trigos!...



Encontré un buen
amigo muy amable



Que dió por resultado que me llevaran *pa entro*.



Y ambos contemplaban
las muchedumbres ! . . . .



Mi suegra en traje de paseo



¡Caballero de Gracia
me llaman! . . . .

Entré y caí de rodillas adorándola

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1897 NÚM. 95

GAMBETTA

Frente ancha, protuberante, soberbia. Bóveda de hueso, en cuyo enorme seno vibran en perpetuo són las más grandes ideas de más amplia libertad.

Gran cabeza, de contornos salientes, firmemente asentada sobre un robusto tronco. Gran cabellera negra, lanzada por ancha mano hacia atrás, chispeando como las olas del océano iluminadas por el rayo.

Rostro franco, severo, á veces con expresiones de ternura, casi siempre con ceño de león. Voz sonora, ardiente, con ruidos extraños, como si dentro de aquel abierto pecho se agitaran las ondas rugientes de un inmenso volcán... insinuante, con rudas ternuras cuando sentía penas hondas, rugiente, fragorosa, con ruidos de catarata, cuando fulminaba el mal ó endiosaba el bien. Era el tipo perfecto del gran tribuno.

Bajo sus plantas desaparecían las tablas de la tribuna: se convertían en rocas enhiestas, de donde salían los rayos y las cóleras de un dios terrible. Fascinaba.

Las fogosas pasiones, los locos delirios del patriota, el culto á la libertad, el amor á la bandera, los códigos, las multitudes, las ideas, todo, todo era movido, impulsado, arrastrado por las cimas, en las alas de fuego de la palabra de este hombre verdaderamente extraordinario. Parecía que las chispas que brotaba su única é inmensa pupila iluminaban horizontes oscuros, irradiando la luz del genio, perdida en las lejanías profundas del infinito. Parecía que siempre marchara sobre inmensas cimas; que la tribuna francesa, engalanada con los ropajes de la libertad, se meciera sobre una gigantesca nube de llamas que relampagueara en el Olimpo. La Francia entera, la Francia libre, la Francia republicana, señora del mundo, se encarnaba en este hombre, mezcla extraña de atleta y apóstol. Siempre se le veía de pie, en el augusto capitolio del derecho... Cuando recordaba las catástrofes del setenta, las vergüenzas del pueblo francés y sus grandes infortunios, parecía que salían de la tribuna acentos desgarradores, como de Mario vencido, envuelto en la vieja capa de los patricios romanos, llorando sobre las ruinas de la Cartago de la libertad.

Su figura recordaba la severa é imponente fisonomía de aquellos republicanos romanos que se desgarraban el pecho antes de ver el cadáver de la República. En Gambetta se veía salir la palabra de sus labios en forma de llama divina. En el parlamento francés, cuando hablaba, parecía estar siempre dictando á un pueblo los códigos del deber.

Su muerte produjo el ruido que hacen los atletas al caer combatiendo en la roja arena del circo. Su recuerdo vivirá cuanto viva el puro amor á la República, cuanto viva el respeto á las grandes memorias y la veneración á la sublimidad del genio.

Gambetta es inmortal.

Leoncio Rodríguez Señoret

1897.

¡EXCELSIOR!

(Longfellow)

La noche va cubriendo presurosa
con su manto sombrío la montaña,
cuando apuesto doncel llega, batiendo
una bandera de divisa extraña:
¡Excelsior!

Pálido el rostro; sus pupilas brillan
como acero fatal desenvainado,
y como el eco del clarín resuena
un acento en el aire conturbado:
¡Excelsior!

En torno del hogar chispeante, alegre,
ve un tesoro de dichas reunido,
siniestros ventisqueros en la cumbre...
y se aleja lanzando hondo gemido:
¡Excelsior!

«Vuelve!»—grita un anciano—«hoy el torrente
se arrastra negro y un abismo esconde!...
Silbando ya la tempestad se acerca!...»
Y la voz resonante le responde:
¡Excelsior!

«—Vuelve!»—clama una virgen.—«En mi pecho
reclina ¡oh joven! la cabeza mustia...»
El llanto empaña del doncel los ojos
y le responde con mortal angustia:
¡Excelsior!

«Vuelve, infeliz!»—el cazador le grita,
su espíritu suspenso de pavura—
«¡el rayo y el alúd tu frente amagan!»
Y contesta una voz desde la altura:
¡Excelsior!

Los monjes Bernardinos, en sus claustros
oscuros, en la nieve sumergidos,
orando una mañana, un eco oyeron
que murmuró doliente en sus oídos:
¡Excelsior!

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1897 NÚM. 95

Sepultado en la nieve halló al viajero
un perro, explorador de la montaña;
en su crispada mano aun oprimía
esa bandera de divisa extraña:
¡Excelsior!

Y ahí se encuentra, frío, inanimado,
pero el rostro radiante de hermosura;
y cual estrella errante cruza el cielo
una voz dulce, melodiosa, pura:
¡Excelsior!

A. Varela

1894

ROMANZA DE LA NOCHE

Hora de los misterios: llega el nocturno
cortejo de las sombras; ya taciturno,
en busca de las ruinas, pasa el murciélago,
y arriba, en el espacio, rueda Saturno
como bajel errante del alto piélago.

Bajo la astral penumbra sueña el poeta,
el peregrino pálido, que su amores
evoca en la callada noche secreta,
en el parque risueño donde las flores
dialogan con la brisa que gime inquieta.

Solo con las creaciones de su delirio,
solo con sus tristezas soñando avanza;
cual mágico brillante cintila Sirio,
y le parece el astro fúnebre cirio
alumbrando la tumba de su esperanza.

Interroga á los astros, triste, muy triste,
como Hamlet en la fría tumba de Ofelia:
—Reina de luz que al cielo rauda ascendiste,
¡oh flor de las alturas! ¿acaso viste
la estrella de mis noches, la blanca Celia?

El Astro

Envolvió el polvo de oro de nuestros rastros,
poeta que en la negra duda vacilas,
su cuerpo hecho de auroras y de alabastros,
y bebieron fulgores todos los astros
en la fuente de fuego de sus pupilas.

El Poeta

¿No viste en el misterio de los jardines
melancólico lirio, lirio sin mancha,
la hermana de las rosas y los jazmines,
pura como los ángeles y serafines,
alba como la nieve de la avalancha?

El Lirio

Humillando el orgullo de las corolas,
vuelta la faz al cielo, pálida y mística,
pasó como una blanca visión artística
por las sendas floridas, tristes y solas,
irradiando una extraña luz eucarística.

El Poeta

Caricia de los silfos, floral aliento,
brisa que entre las ramas trémula giras,
y con eólico ritmo tenue suspiras,
¿no llevaste en tus alas su dulce acento,
envidia de las harpas y de las liras?

La Brisa

Poeta que meditas entre las frondas,
y en la callada noche tu pena exhalas
rimando en su misterio tus quejas hondas,
yo ondulé de sus rizos las hebras blondas
y sus suaves suspiros llevé en mis alas.

El Poeta

Dadme vuestros perfumes, vuestros fulgores,
vuestros murmullos, brisas, astros y flores,
que besasteis su regio cuerpo de diosa,
modelado con pétalos de lirio y rosa
para el mágico idilio de los amores!

Sueña el bardo; en el parque donde sus huellas
imprimió el ángel blanco de sus querellas,
se yerguen las magnolias, verdes pirámides,
como sombras envueltas en largas clámides
meditando á la lumbre de las estrellas.

Carlos Ortiz

SIMPATIA

Son mi encanto las noches
tristes y negras,
porque son parecidas
á mi existencia,
porque en ambas no brillan
luces de estrellas
y los senos henchidos
de llanto llevan.

Son mi encanto las noches
tristes i negras,
porque son insondables
como mis penas;
de fúnebres crespones
visten como ellas
y lágrimas y hastíos
tan sólo alientan...

Cuando acabe el calvario
de mi existencia
y descansar me dejen
mis hondas penas,
de mi escondida tumba
borrad las huellas,
amadme siempre ¡oh noches
tristes y negras!...

Gaspar Deburau

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio

OCASO

El cielo se tiñe de luces rojas. Las cúpulas soberbias de los palacios y los templos se visten de escarlata. El último beso del sol, llena á la tierra de vergüenza...

Y sobre el camino sembrado de tumbas, á la sombra de los cipreses que gimen deshojándose al viento de la tarde, con sus blancos vestidos en girones y marchitos los azahares en su frente, lloran, lloran las vírgenes el sueño desvanecido del amor...

Porque el dulce poeta, el heraldo de todos los besos y de todas las caricias, que descifra el enigma de los lechos revueltos en las noches de insomnio; el poeta que abre el cáliz de los corazones para refrescarlo con la gota de rocío del amor, se va triste y solo, con su lira á cuestas, inclinada la frente hacia la tierra, desengañado de todas las cosas de la vida, condenado á reposar en una tumba sin flores ni lágrimas, por haber soñado mucho, por haber amado mucho...

Ricardo Fernández Montalva

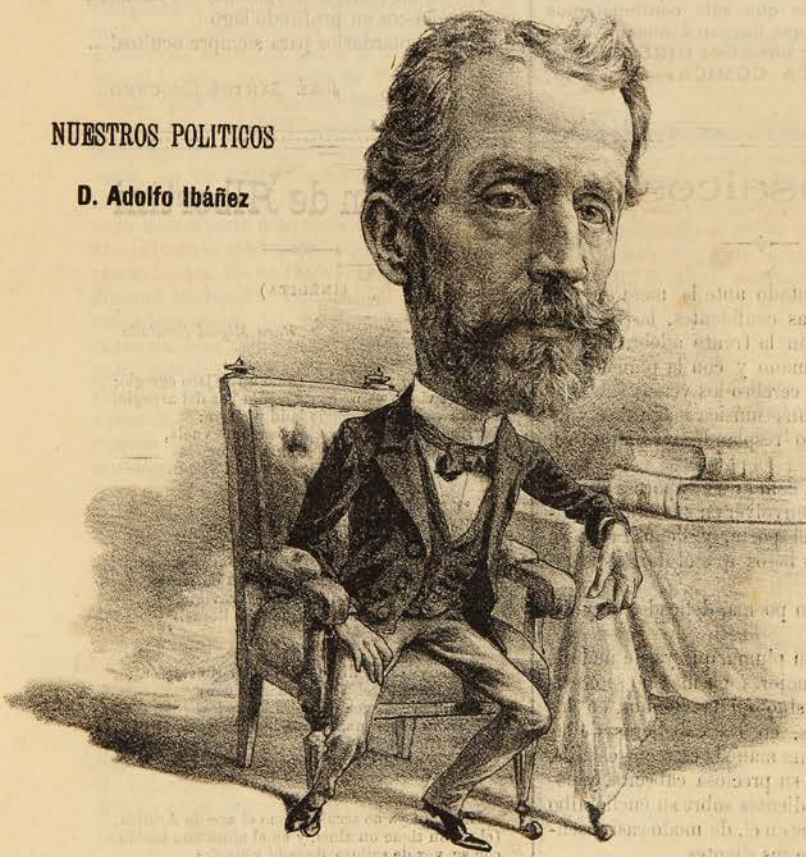


La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS POLITICOS

D. Adolfo Ibáñez



Con talento y con ardor
luchando por sus ideales,
han sido siempre su amor
las ideas liberales.

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1897 NÚM. 96

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE Á LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Abelardo Varela y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)	$ 4.50
Por medio año (25 números)	2.50
Número suelto	0.10
Id. atrasado	0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

Á NUESTROS CANJES

Á fin de asegurar la recepción de nuestros canjes, declaramos que sólo continuaremos sirviendo aquellos que lleguen á nuestra oficina con la siguiente dirección: DIRECTORES DE «LA REVISTA CÓMICA»—SANTIAGO, CASILLA 1043.

Mosaicos

El poeta,—sentado ante la mesa en que están, mudas confidentes, las inmaculadas cuartillas; con la frente afiebrada descansando en una mano y con la pluma en la otra,—forja en su cerebro los versos robustos que vibran como una música magnífica y en que el pensamiento resplandece como un sol de gloria.

La bien amada, como una vaporosa divina aparición, llega á envolver en sus brazos delicados el cuello del poeta, y deposita en su frente uno de esos besos que él llama sus coronas triunfales.

—Escríbeme un poema, delicado, muy delicado!...

Y él deja caer su pluma, que ya de nada le sirve, porque los mejores poemas no se escriben en el papel, sino en las manos, en los labios, en los ojos, en las cabelleras de las hermosas. Y con una mano la estrecha el talle, y con la otra coge su preciosa cabecita, y posando los labios ardientes sobre su cuello albo y satinado, imprime en él, de modo casi insensible, las señales de sus dientes...

—Mira, coge tu espejo: acabo de escribir para ti un madrigal, que ningún indiscreto podrá leer, porque está escrito con signos cabalísticos que sólo entendemos los dos...

¡QUÉ IMPORTA!

(Para LA REVISTA CÓMICA)

El desdén de los dioses no hace galas
de fuerza ni de cólera al protervo:
César desdeña el odio de su siervo;
á odio con arpón, desdén con alas.....;

Puede el odio trepar por sus escalas
hasta el santuario que á mi amor reservo;
mas yo he de ver al pavoroso cuervo
rodar sin fuerzas á los pies de Palas.....

Jamás importarán á mis enojos
nada la ingratitud, nada el mal pago,
nada los cuervos sacadores de ojos;

Que en mi alma se desploman los insultos,
como peñascos en profundo lago
que ha de guardarlos para siempre ocultos!...

JOSÉ SANTOS CHOCANO

Lima, 1897.

El violín de Albertini

(INÉDITA)

Para Miguel Escalada

El violín ya no trina como un pájaro egregio;
el violín ya no canta con la voz del arpegio,
con su voz de sollozo, de laúd y clarín:
la triunfal harmonía bajo el arco no vuela,
bajo el arco divino que hechizó Filomela
en su caja empolvada yace mudo el violín.

***

Filomela galana, la ideal golondrina,
de remotos países á la tierra argentina
con el noble instrumento vino el alma á encantar:
dijo arcanos deliquios en su lengua de plata,
el romántico anhelo de la dulce Traviata,
(el violín tiene penas porque sabe llorar.)

***

Con sus sueños divinos y sus cuerdas de oro,
de la música excelsa en el mágico coro
como un ave gorgea el violín trovador.
(El violín es hermano de la lira del vate,
de sus líricos triunfos es el rey Sarasate,
su blasón es antiguo, y su heraldo, el Amor.)

***

El violín ya no arrulla como el ave de Armida,
(el violín tiene un alma, y en el alma una herida)
con su voz de sollozo, de laúd y clarín;
la triunfal harmonía bajo el arco no vuela,
bajo el arco divino que hechizó Filomela
en su caja empolvada yace mudo el violín.

HORACIO F. RODRÍGUEZ

(Rey Lear)

Santa Fé. (R. A.)

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1897 NÚM. 96

RASGOS DE LÁPIZ

PEPE VILA

En días pasados Tatín, el Benjamín de *La Mañana*, ofreció en ese mismo periódico de los Lunes, una primorosa silueta, *d'après nature*, de este Pepe Vila, cuya nariz, que diría Kostia, asoma ahora, en son de triunfo, por estas páginas de LA REVISTA. Y por allí, al leerla, encontré una frase, á propósito de Vila, que *ni mandada hacer*, por lo certera. «Es el más gracioso de los amigos; entretenimiento, cigarro digestivo de sobremesa; risa que prolonga la vida.» Bien, *mon cher* Tatín, muy bien. Vila es «un cigarro digestivo,» más que todo. (Y de paso: lo de Coquelín, no calza, ni á empellones.) Al Politeama hay que irse á verle, después de comida, con el último sorbo de café en los labios, muy seguro de tener una digestión harto sana y deliciosa, sobre todo, si se le ve hacer, como sólo él lo sabe, *La Banda de Trompetas* ó *De Vuelta del Vivero*. En esa jaula, que hoy comienza á caldearse, Vila es rey. El y la Thomas, cuya sonrisa es, á veces, un epigrama, á veces, un geroglífico indescifrable. Hay que ir á reirse, á gozar. Hay que ir á ver esa cara, cuya mueca pone cosquilleo en la epidermis, y arroja fuera el *spleen*, ese huésped fúnebre, azuzando la risa. Es un Garrik en las tablas y en distinto medio. Ah! Yo le debo á Vila ratos de verdadero placer. Allí, arrellanado en mi butaca, de un color rojo apagado, por lo vieja de seguro, más de una vez, de mis labios, junto á la risa que estalla, ha pugnado por brotar un «gracias,» con toda el alma. Allí voy yo, cuando la maldita hipocondría, (la llamo yo, nostalgia, si Vd. lo quiere), me invade, y me pone meditabajo y huraño. Por eso ahora, que me veis acompañándole por estas páginas, cogidos del brazo como dos antiguos compañeros, me siento dichoso en decirle, en alta voz, lo que en su estrecho camarín, á la luz ardiente del gas, le he dicho, en intimidad, mientras él, frente al espejo, pintarreajeaba su cara, y de puertas afuera se oía el ruido de los tramoyistas que trabajan precipitadamente en el escenario ó del público que, impaciente, bastonea en el piso ó grita. ¡Qué buen recuerdo, no?... No hay necesidad de que os lo presente. Le conocéis demasiado: Pues ya lo creo! Mucho antes que yo, ya le aplaudías, y sabíais quererle. Yo he llegado después.

—Querido Vila, hasta luego. Queda Ud. en su casa. ¿No es así, mi amigo Rojas?

ARTURO A. AMBROGI

INTIMA

Cada vez que la suerte me maltrata
y el alma me desgarra con sus daños,
más hermosa su túnica desata
la dulce virgen de mis tiernos años.

Ella, la sola amiga de mi alma
que ha sabido premiar mis desvaríos,
en las horas de lucha ó las de calma
enciende el ara de los sueños míos.

Por eso, mientras sangran mis heridas,
delante del dolor alzo la frente
y brotan de mi lira, conmovidas,
las castas notas de mi musa ardiente!

RICARDO FERNÁNDEZ M.

1897.

Nostalgia

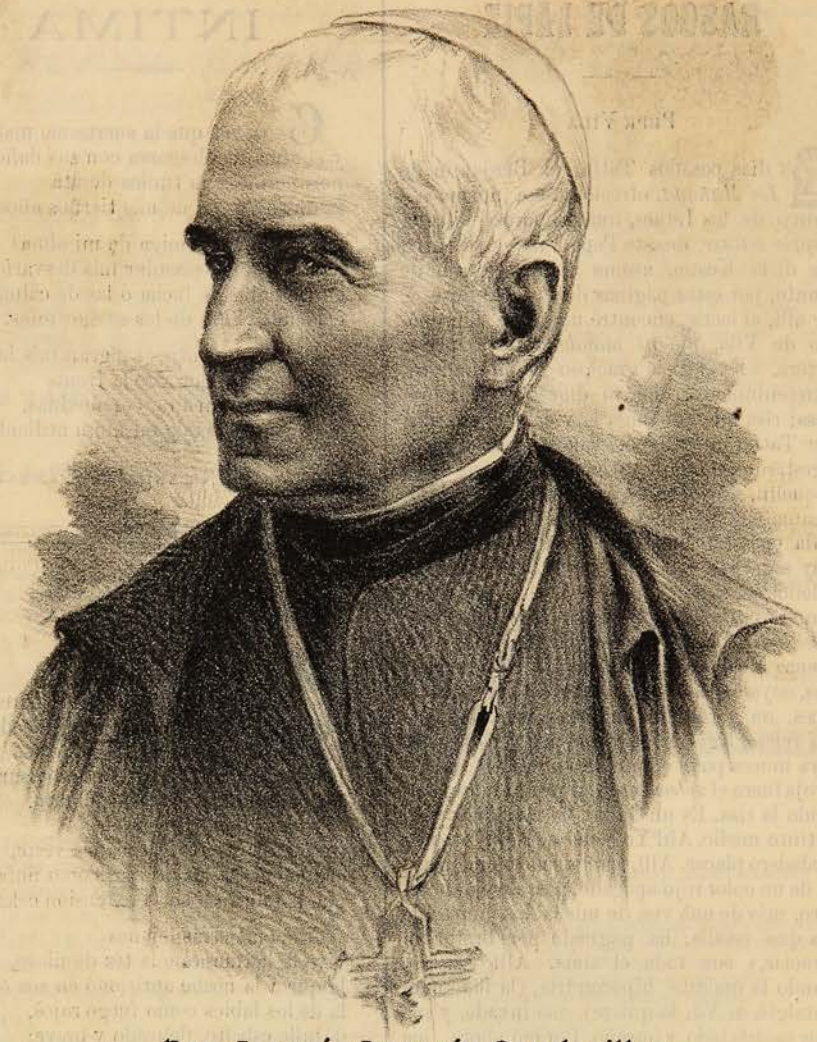
Allá en tierras lejanas
que cubiertas están siempre de flores,
como un hada en jardines encantados
vive la reina ideal de mis amores.
Es allá donde el sol de su hermosura
deslumbrador y sin rival fulgura.
Allá es donde su gracia
envidia el cisne de la blanca veste,
cuando cruza los campos como nube
que flota airosa en la extensión celeste.

Allá en tierras lejanas
vive la hermosa de la tez de nieve,
la que á la noche aprisionó en sus ojos,
la de los labios como fuego rojos,
de talle esbelto, delicado y breve;
la que sonriendo vierte
dentro del pecho celestial delicia;
la que, cuando acaricia,
puede de gozo ocasionar la muerte...
la que hoy tiene en la frente densa sombra,
porque tan solo le responde el eco
cada vez que me llama y que me nombra...

Mi espíritu está triste.
Mi mente distraída;
cual nave sin timón flota al acaso
sobre el mar de la vida.
Siempre llorando y suspirando mucho,
sin conmoverme el mundanal ruïdo,
la voz de mis recuerdos solo escucho;
mis recuerdos..., fantásticas ventanas
que se abren al jardín de mis amores
allá en tierras lejanas...

A. VARELA

Septiembre de 1897.



Don Joaquín Larraín Gandarillas

Arzobispo de Anazarba † el 27 del presente



Para entrar al gran mundo, es menester despojarnos de nuestro humilde traje con que nacimos.



No sé quien eres; alguien te conocerá

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1897 NÚM. 96

EN LA ALCOBA

(Para La Revista Cómica)

Entré en la alcoba... Sobre un blanco lecho
que más que lecho parecía un nido,
estaba el ángel de mi amor dormido
con las manos cruzadas sobre el pecho.

Por el escote del ropaje estrecho
que oprimía su talle reducido
podía verse, bajo un cuello erguido,
dos palomas de nácar en asecho...

Ante tanta pureza y hermosura
se estremeció mi pecho de ternura
y sentí arder, como una hoguera, mi alma...

Después creció mi erótico embeleso,
y ya sin tino ni razón ni calma,
apagué la bugía... y la dí un beso!

J. Federico Barreto

Tacna, 1897

En la Escuela de Medicina

Es un salón de anatomía. Vense
sobre las planchas de negruzco mármol
miembros dispersos y cabezas sueltas.
Allí desnudo el virginal cadáver
de una bella mujer, parece un sueño
sorprendido en el lecho de la noche,
y esculpido en la sombra, por la mano
de la encendida castidad de un fraile.
Las conchas de sus párpados conciertan
en tenue abrazo sus pestañas de ébano,
y ocultos dejan los azules ojos
adonde vino á conversar el alma
de las delicias y tristezas suyas,
cuando la alegre pubertad abría
á la luz el botón de sus amores.
Todas sus formas sin vigor ni sangre
aun conservan intacta su belleza;
mas ya las ansias y el ardor no evocan
con las dulces violencias de la vida.
Se piensa entonces en los indios monjes
que con el fin de amortiguar sus ansias,
en medio de sus éxtasis culpables,
se imaginan cadáveres desnudos
los cuerpos de las vírgenes que excitan
su sed de amor no satisfecho nunca.

Roberto Brenes Mesén

97. Santiago.

ADÉLFICA

En mi pecho apoyó la tersa frente
sombreada por las nubes del dolor,
y el tesoro divino de su llanto
mi mano humedeció.

En un rapto de amor y de ternura,
al verla como yo también sufrir,
en sus ojos, con ansias delirantes,
sus lágrimas bebí.

Desde esa vez en que á alejarme iba
no sé yo por qué causa siento sed
de beber en sus ojos, sin descanso,
su llanto de mujer!...

Gaspar Deburau

INCERTIDUMBRE

Cuando á solas te consagro
mis ocultos pensamientos,
al sentir que te idolatro
van muriendo mis anhelos
y exclamo con amargura:
¡si me querrá cual le quiero!

En las noches silenciosas
en que no murmura el viento,
y en que la luna callada
recorre el azul del cielo,
les pregunto á las estrellas:
¿si me querrá cual le quiero?

Á veces las margaritas
que deshojo en mi desvelo,
me dicen que tú suspiras,
que arde un volcán en tu pecho,
que soy la luz de tu vida,
que me quieres cual te quiero!

Pero en horas de tristeza,
de indecible sufrimiento,
en que negra está la tierra
y obscuro se muestra el cielo,
me repito acongojada:
¡no me quiere cual le quiero!

Entonces ¡ay! Virgen Santa,
escuchad mi ardiente ruego:
si por él naufraga el alma
en el mar del desconsuelo,
haced que acabe mi vida
ó me quiera cual le quiero!

Esperanza

Septiembre de 1897

AÑO II SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1897 NÚM. 96

FALORDIA

Calzóme la Esperanza el dorado espolín, la Fé me ciñó una reluciente espada y salí, caballero andante del Ensueño, en busca de aventuras y de gloria. Llevaba la cabeza llena de proyectos grandiosos y de azules ilusiones. Con el candor de los veinte años, creía que todos los hombres eran leales y todas las mujeres virtuosas.

Y emprendí la jornada de la vida con todo el brío de la juventud.

* * *

Viajé por países extraños y remotas comarcas y llegué un día á un almenado castillo de elevadas torres, donde, según era fama, vivía una mujer de sin igual hermosura.

Yo conquistaré su amor,—pensé yo—y le ofrendaré los lauros que he obtenido en cien torneos.

Ella será la reina de mi corazón, para ella serán mis pensamientos todos.

—¡Ah del castillo!—grité con animoso acento al centinela que montaba la guardia en una de las torres.

Al poco rato se tendió sobre el ancho foso el puente levadizo, se levantó el rastrillo y ufano y con orgulloso continente penetré en el espacioso patio del castillo.

De ahí un elegante pajecillo me condujo al artesonado salón donde estaba la castellana.

Era, efectivamente, de deslumbrante hermosura.

Quedéme embelesado mirándola, y comprendí que desde ese instante era su esclavo.

¡Oh el primer amor!

* * *

...Febril, tembloroso de emoción, en la misteriosa alcoba nupcial, rasgué el velo que cubría los encantos de mi amada.....

.....

No sé cuánto tiempo estuve entre sus brazos. Desperté como se despierta de un sueño poblado de voluptuosas visiones, miré á mi lado y—¡oh desilusión!—la que antes era un dechado de hermosura se había convertido en una viejecilla repugnante que con voz estridente y solemnidad de conjuro me dijo:

—Yo soy el Desengaño. ¿Sabes por qué no me encuentras hermosa como antes? Porque ha caído de tus ojos la venda de la Inocencia que te hacía ver las cosas no como son, sino como las forjaban tus ilusiones.

De hoy más no podrás amar á ninguna mujer, la vida te parecerá pesada y triste y tu corazón se convertirá en hielo.

Y no bien hubo dicho estas palabras, sentí en el pecho una dolorosa sensación de frío.

* * *

Despojáronme de mis armas y me despidieron del castillo.

Detrás de mí, crujiendo lúgubremente, sentí que se levantaba el puente levadizo y que la estridente voz de la vieja me zumbaba en el oído.

* * *

Sentéme triste y acongojado al borde del camino y hallábame abstraído pensando en lo que me acababa de suceder, cuando una buena mujer—después he sabido que era la Resignación—me tocó suavemente el hombro y me dijo cariñosamente:

—El hada del Desengaño te ha hecho su acostumbrado maleficio convirtiendo en hielo tu corazón; pero no sufras ¡hay tantos como tú en el mundo!

Para deshacer ese infernal encanto sólo hay un medio: que encuentres en la tierra una mujer constante.

El hombre que logre hacerse amar de una mujer así sentirá que su corazón renace al amor, que es la vida, y podrá venir á este sombrío castillo y dar muerte á esa hada maldita que entonces habrá perdido su poder.

Este es el único remedio; yo estoy aquí muchos siglos, á muchos lo he indicado; pero ¡ay! ninguno ha vuelto aún y el Desengaño sigue siempre ejerciendo su maléfico imperio.

* * *

Desde entonces voy errante por el mundo buscando esa mujer ideal que debe libertar mi corazón del encanto del hada del Desengaño.

Muchas veces he creído encontrarla, muchas mujeres he tratado, en todos los países y en todas las esferas sociales; pero ¡ay! todas son frágiles é inconstantes.

¿La encontraré alguna vez?

CARLOS LEDGARD

Iquique, Invierno de 1897.

Sombras...

Un impetuoso arrebato
su mano estrechó con ira,
y ronco le dijo: ¡mira!...
¡si tú me engañas, te mato!...

Ella con dolor sincero
inclinó la frente pura,
y murmuró con ternura:
—Si tú me engañas, me muero!

BENITO ESTELLER

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio

INSULARES

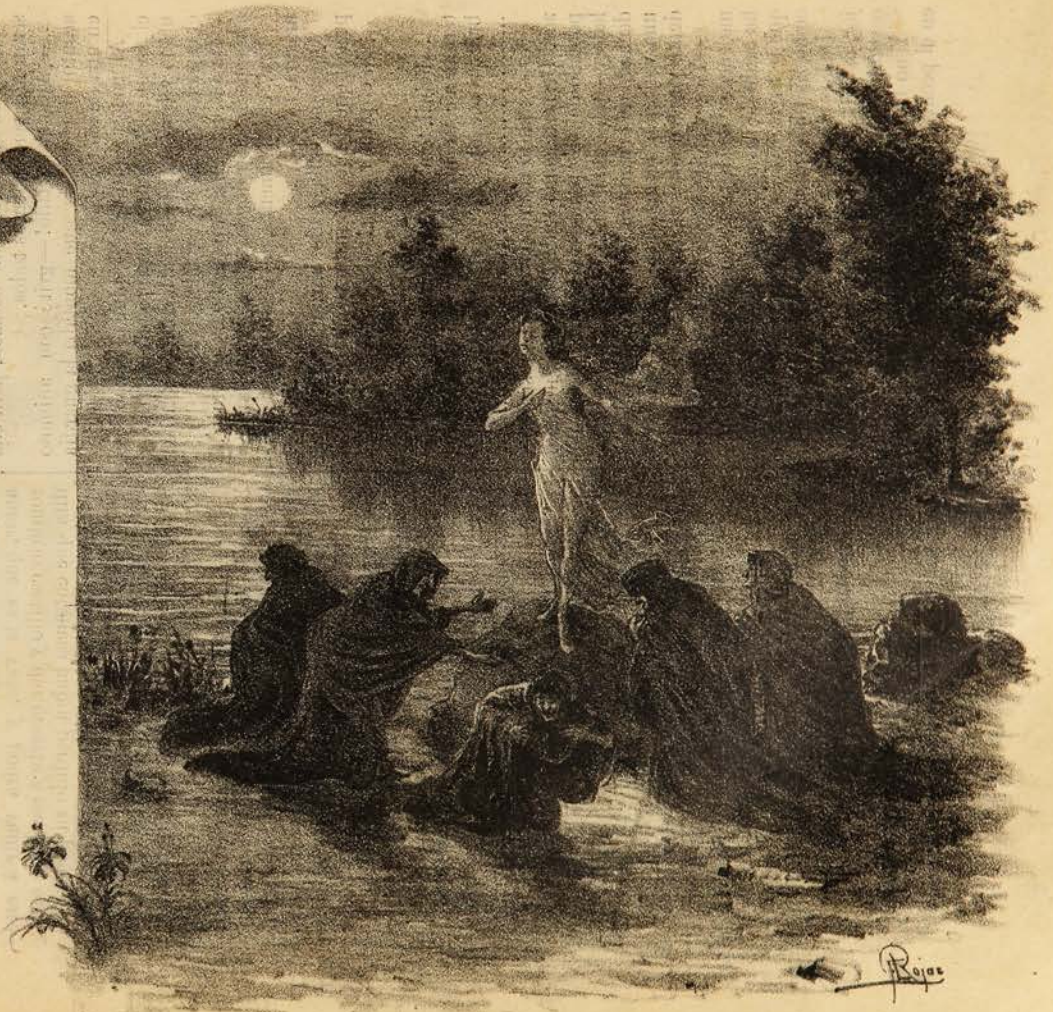
II

NOHELA

A. LUIS F. ROJAS

Hija de la niebla
que sube del lago dormido y los éteres puebla.
La sílfide loca
si ríe ó si llora la risa ó el llanto provoca.
Patina en los hielos,
los crótalos bate rimando del Austro los vuelos.
Derrocha en su marcha
sus regios brillantes y perlas por sobre la escarcha.
Si la luna riela
arranca la triste salmodia á su ronca vihuela,
sentada en la playa
adonde temblando y gimiendo la ola desmaya
deshecha en burbujas,
y ríen con loca algazara las turbas de brujas.
La virgen Nohela
me dió su muy triste, y muy ronca y muy vieja vihuela.
Ella es mi tesoro,
la sílfide loca que reina en mis Islas de Oro...

A. Bórquez Solar



La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS ARTISTAS

D. Ernesto Molina



Artista de corazón,
cosecha honrosos laureles
cuando guía sus pinceles
su genial inspiración.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1897 NÚM. 97

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE Á LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Abelardo Varela y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)	$ 4.50
Por medio año (25 números)	2.50
Número suelto	0.10
Id. atrasado	0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

Á NUESTROS CANJES

Á fin de asegurar la recepción de nuestros canjes, declaramos que sólo continuaremos sirviendo aquellos que lleguen á nuestra oficina con la siguiente dirección: DIRECTORES DE «LA REVISTA CÓMICA»—SANTIAGO, CASILLA 1043.

MOSAICOS

PRIMAVERA.—El poeta bohemio, echado de codos sobre el balcón de su miserable vivienda, decía, rememorando unas historias de amores que acababa de leer:

—Sí, tal vez es verdad. Acaso la hermosura de una mujer tal como la que pinta el autor de aquel magnífico idilio, puede halagar la vida de un hombre que ya nada espera... Pero ¿dónde encontrarla?... se armonizan tan bien sus dotes físicas con sus cualidades morales, que ha de ser como ella era: ¡un imposible!

Sus ojos... como los de aquella joven rubia que mira al cielo con expresión de nostálgica tristura... ¡Oh, sí! Así debió ser la heroína de de la leyenda!

Pero .. también aquella morena de talle esbelto y flexible, que rompe por medio de la multitud con aire avasallador... también ella tiene algo de aquel tipo maravilloso... Sí, el garbo, los movimientos dominadores de sus horas de orgullo.

Y el infeliz fué admirando, con confusión creciente, en cada una de las mujeres que desfilaban ante sus ojos, algo de aquel tipo inmortal que animaba las páginas del idilio encantador que acababa de leer.

Y cayó por convencerse de que en toda mujer alienta algo de divino, de soberanamente noble, por más abyecta que parezca, siempre que se la mire con los ojos del espíritu, ahogando por un instante la voz imperiosa de los sentidos excitados.

PROTESTA

(Para LA REVISTA COMICA)

QUIÉNES son, dónde están los que han querido
mancillar mi honradez con su impostura?
Hay nieves y no fangos en mi altura;
águilas, no serpientes en mi nido...

Ellos, los que han mi corazón herido,
me han coronado de especial ventura;
que si el arma enemiga es tan impura
más noble que vencer es ser vencido!

Gocen los viles que con torpe saña
sentirán, acosándome en el monte,
bajo sus garras renacer mi entraña;

Que si un día naufragan sus ideales,
cruzaré como nave el horizonte
sin oir gritos y sin ver señales!...

JOSÉ SANTOS CHOCANO

Lima, 97.

RAYO DE LUNA

EL negro cementerio de mi alma,
donde las tumbas del amor se elevan
empapadas en lágrimas, y donde
los cipreses lánguidos se quejan,
al soplo de los vientos de la duda,
con ecos tristes de canciones muertas;
el negro cementerio de mi alma
al resplandor de tu mirada tierna,
ha visto un rayo pálido de luna
atravesar su velo de tinieblas.

Y he sentido moverse, estremecidas
en sus lechos de piedra
por sed inextinguible
de amor y de belleza,
las dulces ilusiones del pasado,
las esperanzas de mi dicha muerta!

Y he sentido moverse los cipreses,
los cipreses que trémulos se quejan,
como si acariciara sus ramajes
un beso de la alegre primavera!

¡Bendita sea tu mirada dulce,
bendita sea tu mirada tierna,
que al negro cementerio de mi alma,
en la noche terrible de mis penas,
lleva un rayo de luna que estremece
las esperanzas de mi dicha muerta!

RICARDO FERNÁNDEZ MONTALVA

1897.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1897 NÚM. 97

El mejor poema

DEL LIBRO "EUTRAPELIAS"

(Para LA REVISTA CÓMICA)

EL poeta, el triste soñador de siempre, estaba pensativo.

Tenía que resolver brevemente un problema angustioso...

Después de rebuscar en los bolsillos de su raída vestimenta y de escudriñar en los cajones de su *secretaire*—como pomposa é irónicamente llamaba á una desvencijada mesa cuyos pies rotos estaban reemplazados por montones de libros desencuadernados—había encontrado una moneda de plata de á cinco céntimos.

El celebrado autor allá, en el extranjero, de los versos maravillosos, el incansable orfebre de las filigramas divíneas, ávidamente leídas por sus colegas y calurosamente aplaudidas por los que no lo eran; el poeta que veía su nombre impreso en las más aristocráticas *Revues* y que lo oía pronunciar por las más bellas señoritas del país,—sin que ellas supieran que tenían tan cerca al autor predilecto,—no habíase encontrado en apuro igual ni aun la vez aquella que se comprometió á descubrir en un plazo de dos días el origen del verso yámbico. Sus tres poemas épicos para el certamen del Ateneo—dos de ellos premiados—no habíanle preocupado tanto como lo que ahora le torturaba la mente.

Tenía hambre, sentía frío y tenía necesidad de escribir todo un poema helénico que le bullía en el cerebro y cuyos versos pujantes y sonoros, á medida que el tiempo pasaba, alejábanse rápidamente de él.

No había comido; no tenía una astilla de leña para calentarse; no poseía siquiera una cuartilla de papel en blanco .. ¿Qué hacer con el ochavo? ¿Cuál de las tres necesidades satisfacer?...

Acertó á pasar en ese momento una chiquilla aterida por el frío, descalza y harapienta. Sin decirle nada alzó sus grandes y azules ojos hacia el soñador y lo envolvió en una mirada dulce, llena de súplicas, de angustia y hambre.

Comprendióla el poeta. Sacó su tesoro y, mudo también, se lo entregó á la chicuela que se alejó saltando y riendo.

Y el bohemio, con la cabeza al cielo, sin sentir ya hambre ni tener frío, pensó entonces en que el poema que bullía en su cerebro, á pesar de sus versos pujantes y sonoros, no era tan hermoso ni tan bueno como la solución que acababa de dar al problema que le preocupaba...

JOSÉ M. BARRETO

Tacna, 1896

Palmira

I

EN su frente
soñadora y pensativa
flota una visión ardiente,
imagen de una ansia viva.
Y desde ella, casta y pura,
como el mármol, limpia y blanca,
abrazando con ternura
su albo cuello,
en rubias ondas arranca
la cascada del cabello.

Dulce y blando,
al rumor de su arpa de oro,
los largos rizos besando
pasa el céfiro sonoro.
Y al arrullo de las quejas
que, como notas del cielo,
entre las blondas madejas
tiernas brotan,
las rubias hebras de pelo
por sobre su espalda flotan.

II

Su mirada
indolente y soñadora,
con efluvios de alborada
y relámpagos de aurora,
como el espacio de un mundo
en que mil astros vacilan,
semeja un vasto y profundo
firmamento
en cuyo fondo rutilan
los mundos del sentimiento.

¿Que me engaño?
—Puede ser, pero es lo cierto
que me asalta un algo extraño,
algo que á explicar no acierto,
cuando la hermosa Palmira,
de apuesta y noble figura,
pasa junto á mí y me mira
de soslayo,
ya con profunda ternura,
ya con lánguido desmayo.

III

Su mejilla
de raso y de terciopelo,
en que la inocencia brilla
de los querubes del cielo;
es, en un fondo intangible
de palidez luminosa,
una vaga, indefinible
mezcla leve

INSTANTANEA

ROBERTO BRENES MESÉN



Es bastante joven, veintidós años á lo sumo. Nació en Costa Rica, uno de los países más florecientes de Centro-América. Prosador y poeta. Ha escrito cosas hermosísimas. Tiene alma de artista, y bien desarrollado y refinado el espíritu de observación. Su estilo, de factura modernista, aunque él no ande, Dios le guarde, revuelto con la turbamulta de los *azureos*. Tiene su prosa una sencillez elegante. Tiene su verso corte nuevo. Lee con amor á Bourget y á Teine. Pero prefiero á Brenes prosador. De los pocos versos que leo son los suyos. No me gusta el verso, tal vez porque nunca en mi vida he podido hilvanar uno malo siquiera.

El espíritu ansioso, el alma abierta á los cuatro vientos del arte, poco soñador. Brenes va en camino de ser una personalidad literaria: un plazo de tres años. Busca su «yo» definitivo, y antes que muchos de su generación que parecen aventajarle, sabrá dar con él. Su estilo va teniendo el sello de su personalidad.

Roberto es serio, estudioso, contraído. En su país, la juventud literaria le quiere bien. Es corresponsal de *La Prensa Libre*, uno de los buenos diarios de San José, y allí ha publicado preciosas crónicas sobre Santiago. Yo le conocía de nombre desde mucho antes, y por eso al llegar aquí ha sido para mí un gran placer el encontrarle; somos buenos amigos, ¡ya lo creo! y sobre todo, buenos compañeros. Juntos hemos correteado por Santiago, ideado artículos, juntos hemos visitado el taller de Plaza, sobre quien ha escrito una página primorosa.

Roberto es reservado, y la reserva en estos días es un gran dón.

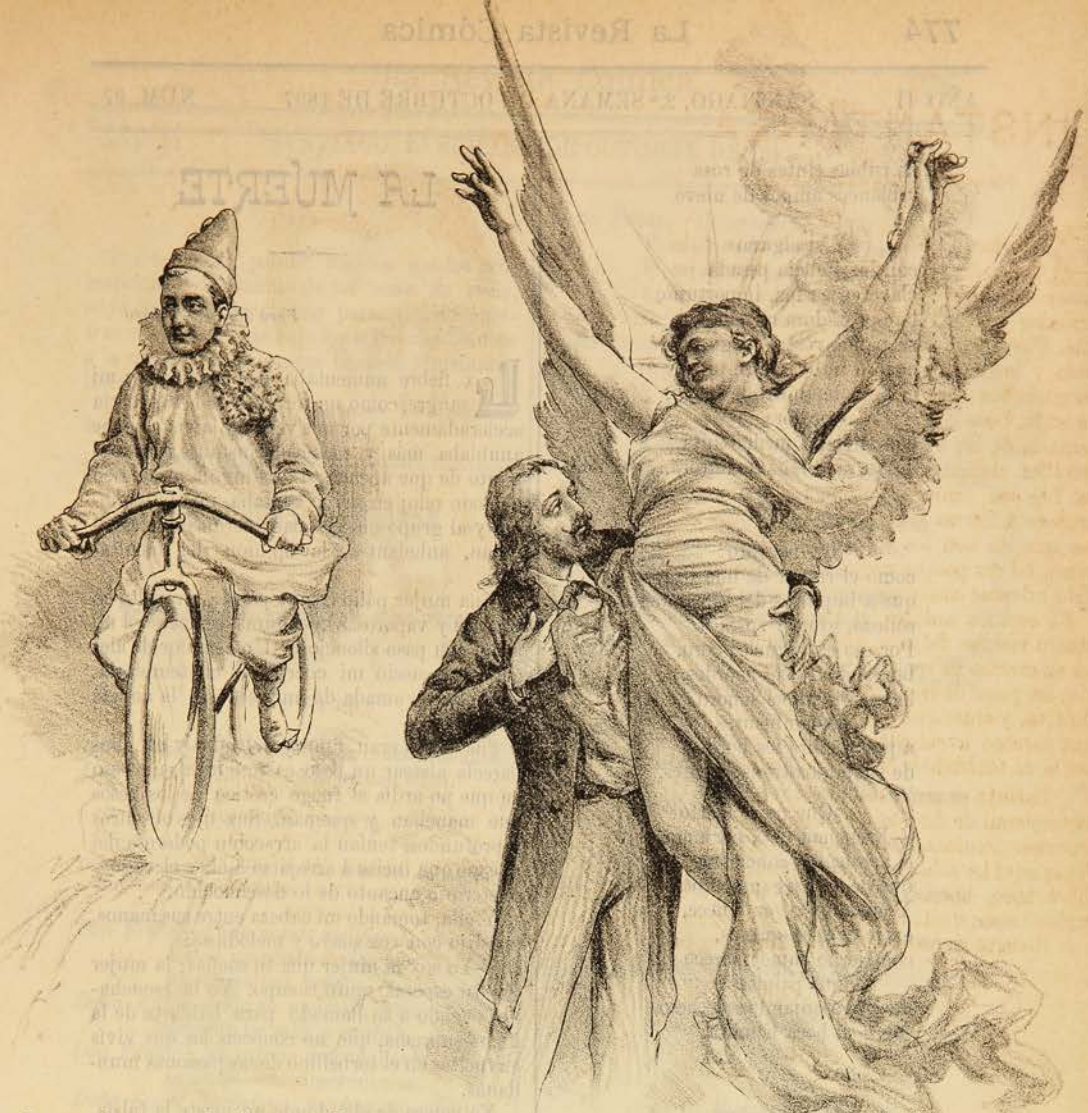
AMBROGI



Presento á Vds. mi secretario.



Suelo á veces volverme paloma mensajera.



Hoy por hoy andamos rodando como hojas secas que se lleva el viento.

Coqueteos de la Gloria.



Ebner siempre me ha salvado en mis trances apurados.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1897 NÚM. 97

de rubias tintas de rosa
y blancos ampos de nieve.

Y si alguno
con insistencia pesada
clava en su faz, importuno,
la escrutadora mirada,
su pálido rostro luego,
cual la nube que se pinta
al beso de un sol de fuego,
se colora
con la fugaz media tinta
de un rayo feliz de aurora.

IV

Es su acento
como el rumor de una lira
que á impulsos del sentimiento
solloza, gime y suspira.
Por eso en revuelto coro,
buscando dulces acordes,
llegan en tropel sonoro
los ambientes
á posar sobre los bordes
de sus labios transparentes.

¿Que no es cierto?
—Escuchad nota por nota
el arrobador concierto
que de su garganta brota.
Y cuando su voz fenece,
entre corales opresos,
con tierno rumor parece
que palpita
un rubio enjambre de besos
sobre su boca bendita.

V

En su pecho
alabastrino y turgente,
de pálidos lirios hecho
y de espumas de torrente,
entre la bruma oscilante
de mil ensueños perdido,
con ardiente y palpitante
ritmo alado
late un corazón nacido
para amar y ser amado...

Yo la adoro!
celeste y gentil querube
de intangibles alas de oro
y palideces de nube!
Yo la adoro!... Y aunque el mundo
me lance burlas y mofas,
con amor santo y profundo,
sin ficciones,
yo la enviaré las estrofas
de mi más tiernas canciones!...

EDUARDO GREZ P.

LA MUERTE

Para José M. Barreto

La fiebre aumentaba por momentos; mi sangre, como un torrente de lava, corría aceleradamente por mis venas, y la vista se me anublaba más y más cada instante, hasta el punto de que apenas si distinguía al médico que con reloj en mano contaba mis pulsaciones y al grupo de personas queridas que esperaban, anhelantes, la opinión del facultativo.

Una mujer pálida, muy pálida, envuelta en blancas y vaporosas vestiduras, se acercó á mi lecho con paso silencioso. Un temblor de alegría estremeció mi cuerpo al contemplarla. Era ella: la amada de mis sueños, la amada imposible...

Sus labios eran finos y delgados y en ellos parecía aletear un beso casto é ideal, un beso en que no ardía el fuego erótico de los besos que manchan y queman. Sus ojos obscuros y profundos, tenían la atracción poderosa del abismo que incita á arrojarse á él, y el vago y misterioso encanto de lo desconocido.

Y ella, tomando mi cabeza entre sus manos, me dijo con voz suave y melodiosa:

—Yo soy la mujer que tú sueñas; la mujer que tú esperas tanto tiempo. Yo he escuchado y acudo á tu llamado para hablarte de la dicha suprema, que no conocéis los que vivís envueltos en el torbellino de las pasiones mundanas.

Yo vengo de allí donde no existe la falsía, donde reina la paz eterna.

Adiós, amado mío, hasta el día en que celebremos nuestras nupcias eternas bajo los mármoles blancos, á la sombra de los sauces llorones y melancólicos. ¿Cuándo? Yo misma no lo sé. Adiós.

É imprimiendo en mi frente afiebrada un beso frío y delicioso, desapareció sin que pudieran estrecharla mis brazos que extendí desatinado para abrazarla.

* * *

Volví en mí. En los semblantes de todos los que me rodeaban brillaba la alegría. Me había salvado.

El doctor me dijo que al ponerme en la frente un pedazo de hielo para hacer disminuir la fiebre, había recobrado el sentido. Pero yo no le creo, pues ha sido *ella*, estoy seguro, que ha venido á mi lecho y me ha besado.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE OCTUBRE DE 1897 NÚM. 97

* * *

Por eso estoy pálido. Pálidos son los prometidos de la amante de los besos de hielo, cuya cita espero sin cesar para celebrar nuestras nupcias eternas bajo los mármoles blancos á la sombra de los sauces llorones y melancólicos...

CARLOS LEDGARD

Iquique

Cuando menos se piensa...

Tragi-comedia en un acto y en verso

PERSONAJES

Doña Encarnación, señora de cincuenta años.
Don Fruto, caballero de la misma edad.

ESCENA ÚNICA

Doña Encarnación y don Fruto, sentados en un sofá muy cerca el uno del otro.

Don Fruto.—(Con acento melifluo).
Usted no podrá dudar
de mi lealtad, señora.
Doña Encar.—En su amistad, hasta ahora,
siempre he sabido confiar.
Don Fruto.—No sufrirá desengaños
su amable condescendencia.
Doña Encar.—¡Siempre se adquiere experiencia,
caballero, con los años!
DonFruto.—(Con tono sentimental).
Siento llegado el instante
de afirmar mi situación.
En mi pecho el corazón
es un volcán desbordante!
Doña Encar.—(Moviéndose intranquila y poniéndose colorada).
El amor nada respeta.
Bajo la cumbre nevada
está la llama encerrada,
según lo ha dicho un poeta.
Don Fruto.—Yo que siempre me burlé
de los amantes, ahora
soy un amante, señora,
uno de ardor y de fe.
Doña Encar. (Aparte).
Se va á declarar sin duda.
Con su fuego mi alma prende.
Don Fruto.—De usted mi dicha depende.
Doña Encar.—De mí, dice?
Don Fruto. Con su ayuda
yo seré un hombre dichoso.
Doña Encar. (Conmovida).
Puede usted confiar en mí.
Siempre por usted sentí
un no sé qué misterioso.
Don Fruto. (Entusiasmado)—¡Oh, gracias!
Doña Encar. (Aparte).—Se ha declarado.
Soy feliz!
Don Fruto. Una palabra
suya, eterna dicha labra
á este pecho desgraciado!
Doña Encar. (Llena de rubor. Aparte)
Me conmueve con su acento.
(En voz alta)
Con sus méritos, don Fruto,
hallará en todo minuto
quien oiga á su sentimiento.
Es usted un hombre leal
y que todo lo merece.
(Aparte)
¡Qué sabroso me parece
ahora el tálamo nupcial!
Don Fruto.—Con reflexión muy prolija,
á usted la mano le pido...
Doña Encar. (Tomándole las manos entusiasmada).
¿Quiere usted ser mi marido?...
Don Fruto.—Nó, señora, el de su hija!...
(Doña Encarnación cae desmayada. Telón).

JUAN DE SÁNCHEZ

NERÓN

(Para LA REVISTA CÓMICA)

No vió el mundo otro igual en lo pasado:
el mismo Satanás turbó su juicio,
y de Roma infeliz para suplicio
por los tigres de Hircania fué engendrado.

Prostituye la Ley en el Senado,
y arrastrando á Agripina al sacrificio,
se corrompe en la ciénaga del vicio,
histrión y criminal, loco y malvado.

Mientras los pueblos en cadenas gimen,
como un verdugo por la tierra pasa
enlodando su púrpura en el crimen;

Y sin que nada á su impudicia asombre,
Nerón es un ultraje de la raza,
el fauno griego convertido en hombre.

HORACIO F. RODRÍGUEZ

(Rey Lear)

(Oriental)

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio



En el baile.



Mi Musa.



Si miras, me decido.



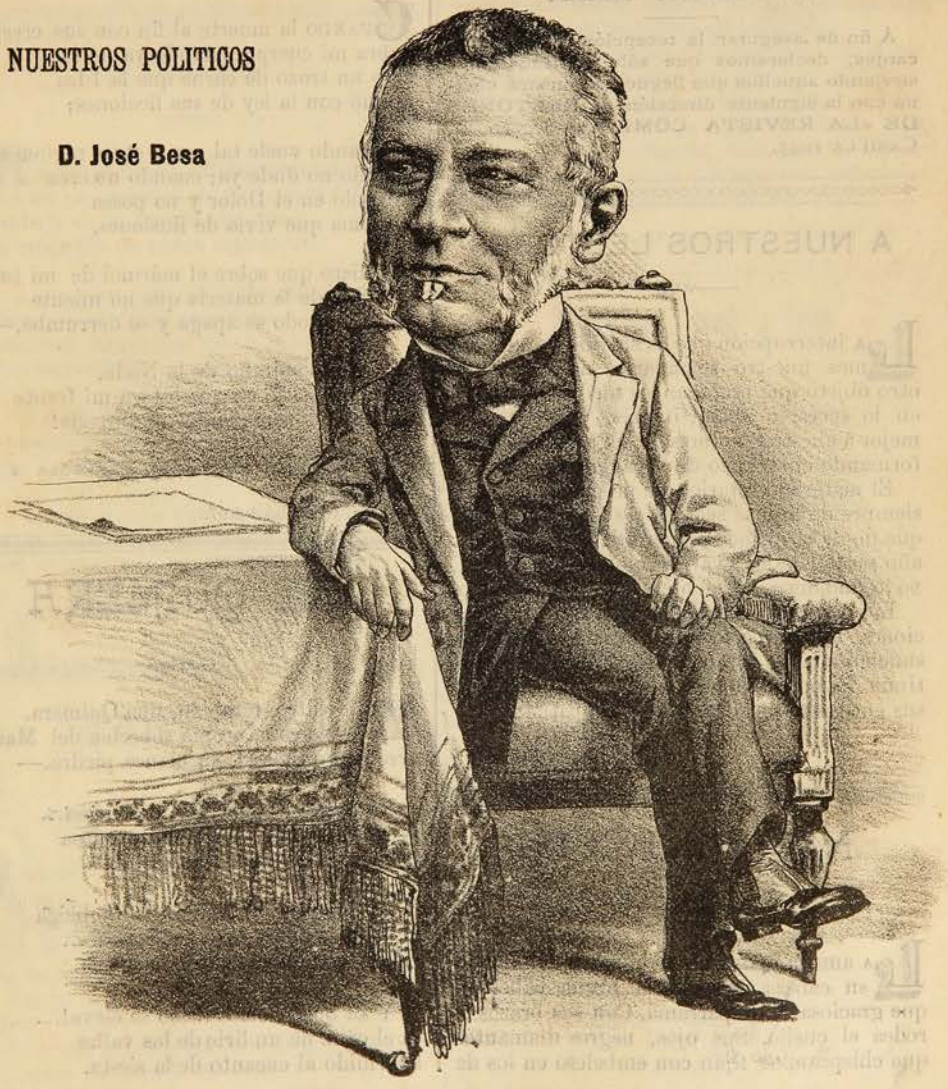
En las carreras.

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS POLITICOS

D. José Besa



En tiempos en que aun había
luchas por nobles ideales,
fué el más avezado guía
de los tercios liberales.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1897 NÚM. 98

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE Á LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Abelardo Varela y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)	$ 4.50
Por medio año (25 números)	2.50
Número suelto	0.10
Id. atrasado	0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

Á NUESTROS CANJES

Á fin de asegurar la recepción de nuestros canjes, declaramos que sólo continuaremos sirviendo aquellos que lleguen á nuestra oficina con la siguiente dirección: DIRECTORES DE «LA REVISTA CÓMICA»—SANTIAGO, CASILLA 1043.

A NUESTROS LECTORES

La interrupción que ha sufrido durante un mes nuestro semanario, no ha tenido otro objeto que preparar los medios de darle en lo sucesivo mayor interés, y de atender mejor á nuestros lectores de las provincias, reformando el servicio de las agencias.

El material literario que procuraremos será siempre de lo más selecto, y sus ilustraciones, que desde el primer número de nuestro tercer año serán tiradas á varios colores, justificarán, no lo dudamos, suficientemente este retardo.

Los mayores sacrificios que estas innovaciones nos importarán, los consideraremos suficientemente compensados si el público continúa favoreciéndonos, como hasta hoy, con sus entusiastas y alentadoras simpatías.

LOS DIRECTORES

MOSAICOS

La amada apoya en el hombro del amado su cabeza, y suelta la bruna cabellera que graciosa se desparrama. Con sus brazos le rodea el cuello. Sus ojos, negros diamantes que chispean, se fijan con embeleso en los de él. Sobre sus labios posa los suyos y exprime la tibia flor de miel inagotable.

El amado ciñe el talle de la amada. El rapazuelo alado se estremece cogido entre los brazos de la virgen núbil y el efebo fuerte.

Ella palidece, cuando él, como un ansioso vampiro, aplica los labios ardientes sobre su ebúrneo cuello.

En la cabeza de la hermosa parece temblar una corona de azahares...

PÓSTUMA

(Para LA REVISTA CÓMICA)

Cuando la muerte al fin con sus crespones
cubra mi cuerpo; cuando ya no sea
sino un trozo de carne que la Idea
animó con la ley de sus ficciones;

Cuando vuele tal vez á otras regiones,
cuando no dude ya; cuando no crea
tan sólo en el Dolor y no posea
un alma que vivía de ilusiones,

Quiero que sobre el mármol de mi tumba,
—cárcel de la materia que no miente
y en que todo se apaga y se derrumba,—

ella, como epitafio de la Nada,
deje en el sitio en que estará mi frente
la huella de sus plantas estampada!

OCTAVIO ESPINOSA Y G.

Lima, Invierno del 97.

MI QUIMERA

Yo idolatro, también, una Quimera.
—No es la utopia soberbia del Maestro,
arrebato inmortal, en blanca piedra.—

Su figura es gentil, es casi aérea...
—No dibuja la sombra voluptuosa
la imagen celestial de su silueta.

Su cuerpo es fugitivo.—Se doblega
al compás de su paso cadencioso...
cual vacila en su tallo la azucena.

Y su busto, cuán lírico se eleva!...
es el cáliz de un lirio de los valles
adormido al encanto de la siesta.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1897 NÚM. 98

Oh, su rostro infantil, de dulce Ofelia!...
Como nido de ensueños y de efluvios
el oro de sus bucles llamarea.

Cuando pasa... con veste de turquesa...
y con cinto de púrpura... ceñido
á su leve cintura de culebra,

la turba de los hombres rumorea...
y muerden á la cándida sultana
con sus celos... las vírgenes á medias.

RICARDO PRIETO M.

(Juan Valjean)

ESTÍO

RECIBIENDO los cálidos ardores
del sol en la mitad de su carrera,
trabaja en la dorada sementera
la cuadrilla de recios segadores.

Las mozas con sus faldas de colores,
recogida la negra cabellera,
amarran las espigas que á la era
van llevando los carros sonadores.

Y descendiendo de la parda loma,
se percibe el olor de la merienda
que flota en el ambiente como aroma.

Y más de una pareja enamorada
mira impaciente la escondida senda
del lecho que le brinda la enramada.

SAMUEL A. LILLO

1897.

FANTASÍA

I

AMADO:—Allá en el fondo de la espesura, junto á las lilas floridas, tengo un palacio de oro.

Allí verás maravillosos jardines donde florecen las rosas para los labios de los amantes, donde florece el laurel para las frentes pálidas.

Allí oirás la estrofa melancólica que el viento canta entre los juncos del lago.

Allí verás cómo abre á las estrellas la flor misteriosa del loto azul...

II

Amado:—Es la hora en que el alma de las rosas muertas viene á dejar sus lágrimas en la nieve olorosa de los lirios.

Amado:—Es la hora en que los nomos y las ondinas juntan sus bocas trémulas, allá en el fondo misterioso de las grutas.

Amado:—Siento en mis labios la sed de las caricias, la fiebre de los besos...

III

La virgen solitaria de la noche, desnuda y blanca, cruza el éter en su trono de alabastro mientras el viento extraño de los espacios bate y destrenza su cabellera de estrellas.

Y allá, en el fondo de la espesura, en el jardín encantado donde florecen las rosas para los labios de los amantes, ella y él, encendidas las frentes por la cálida fiebre del deseo, juntan sus bocas trémulas, mientras el viento canta entre los juncos del lago y se abre á las estrellas la flor misteriosa del loto azul...

ALEJANDRO PARRA M.

Hambre, sed y frío

(Para Guillermo Bravo y León Depassier)

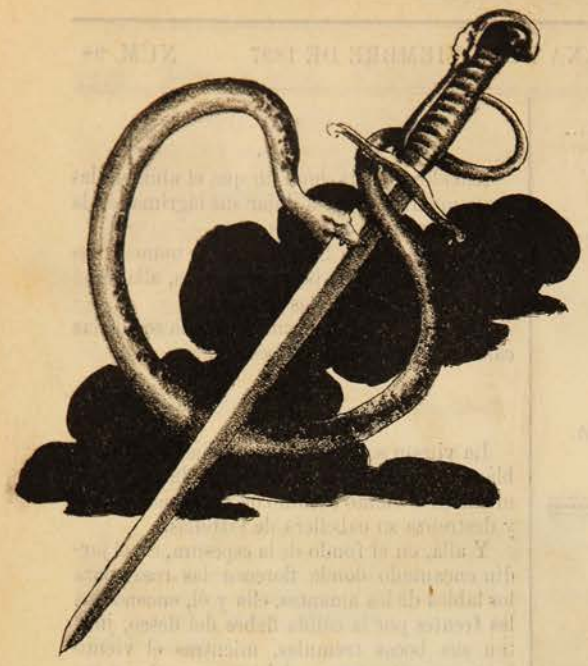
I

RODANDO en el arcano de la vida
sin luz ni rumbo fijo,
desde muy joven en la frente llevo
los hondas huellas de un dolor de siglos,
cual la profunda cicatriz del rayo
sobre la frente del Satán de Milton.

II

Bajo el amor de mi bendita madre,
tendí las velas en mi edad de niño;
y en el lago infantil cruzó la barca
sin zozobra, sin miedo, sin peligro.

Ya tocaba en el término del viaje,
el lago azul, el horizonte limpio.
Mas súbito brotó de entre las aguas
turbio vapor en tumultuoso giro:
la costa huyó de mis turbados ojos;
encrespó la melena el hondo abismo;
desplegó el huracán las negras alas;
rugió el trueno sombrío;
traqueteó por los ámbitos profundos
el fulgor de relámpagos fatídicos,
y me sentí arrastrado por las ondas
del tremendo furor del torbellino.



LUCHANDO

Medroso corazón que tiembla y calla
es hoja seca que arrebata el viento,
rey derribado de su augusto asiento,
pasto de cuervos en la gran batalla.

Si el ansia loca de luchar no estalla,
si altanero no vibra nuestro acento,
más ruín á cada instante y más violento
nos acosa el puñal de la canalla.

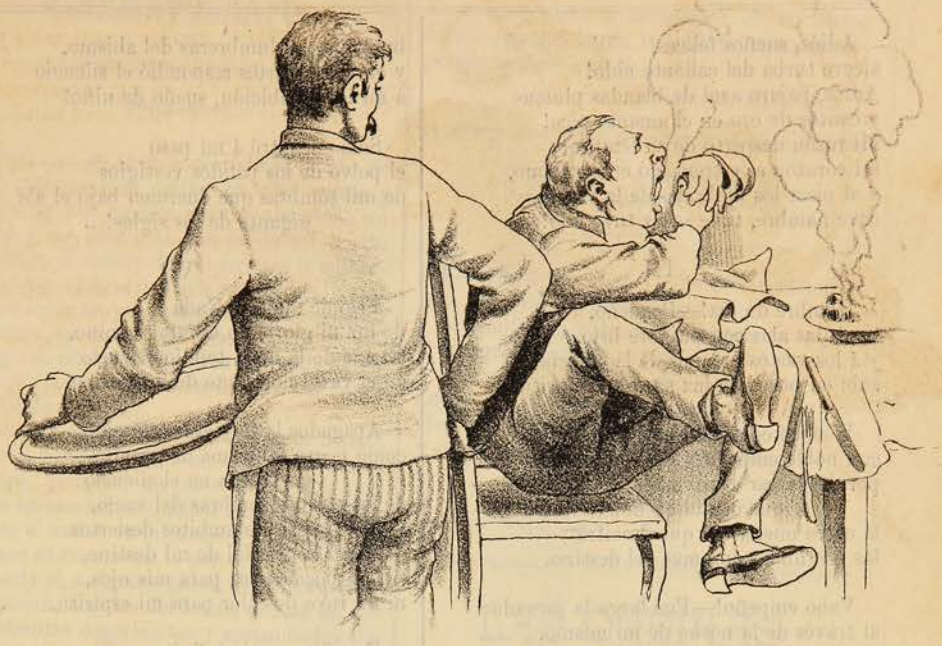
¡Oh, la canalla!... De su astucia en mengua,
yo el velo rasgaré de su falsía,
escarnio haciendo de su orgullo necio.

Le arrancaré la venenosa lengua,
y, al aplastarla con mis piés un día,
escupiré en su rostro mi desprecio.

Gaspar Deburau



El Pierrot, se ha vuelto gringo, ¡sálvese quién pueda!



De cómo se habla el alemán, sin darse trabajo de estudiarlo.



—¿Cómo se llama este valse, señorita?
—*Dulce despertar,* caballero.



El lujo

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1897 NÚM. 98

Adiós, sueños felices,
alegre turba del caliente nido!
Adiós, pájaro azul de blandas plumas
y cantos de oro en el amante pico!
Mi razón despertó de su letargo;
mi corazón se estremeció en sí mismo,
y al pisar los umbrales de la vida,
tuve hambre, tuve sed y tuve frío!...

III

Hambre de luz!—Pequeño,
tendí las alas con pujante brío,
y á los vastos arcanos de la ciencia
subí en busca de luz para mi espíritu.

Y luché con afán, con afán rudo,
con noble empeño y formidable ahinco
por desgarrar el pavoroso velo
que oculta en hondo limbo
la clave misteriosa que descifra
los profundos enigmas del destino.

Vano empeño!—Fué larga la jornada
al través de la noche de mí mismo.
Cual raudo se dilata el horizonte
si remonto las cumbres, tal mi espíritu
desde lo alto contempló á sus plantas
más inmenso el abismo!...

En el fragor de la tremenda lucha
sólo escuché el gemido
que entre sordos rumores de combate
lanza la excelsa creación de Esquilo:
escuché solamente en mi jornada
el eterno sollozo del martirio
que, en batalla tenaz y forminable
con los hambrientos buitres del Olimpo,
sufre el gran Prometeo, encadenado
en la cumbre del Cáucaso sombrío;
y la voz iracunda con que reta
al Júpiter olímpico!...

IV

Sed de gloria!—Con sed de inmensa gloria
emprendí mi camino:
marqué el rumbo á las cumbres giganteas
bañadas con la luz de lo infinito
donde en bandas de cóndores los genios
van á colgar su nido.

Allí los capitanes de la guerra,
Alejandros, y Aníbales, y Ciros,
muestran al mundo el criminal intento
con sangre y fuego en la conciencia escrito;
y al ver las sombras de esos genios, dije:
—*Tirano! te maldigo!*...

No es la gloria de Roma la que anhelo;
es el lauro de Atenas lo que ansío.
Seguí de cumbre en cumbre
buscando las lumbreras del abismo,
y en todas partes respondió el silencio
á mi loca ambición, sueño de niño!

Sólo encontré á mi paso
el polvo de los pálidos vestigios
de mil sombras que duermen bajo el ala
gigante de los siglos!...

V

Frío de duda!—Nada
de luz ni gloria en el fatal camino.
El ave de la duda tendió el vuelo
en el vasto horizonte de mí mismo.

Apagados la fe y el entusiasmo,
como negro fantasma de granito
que rueda en el silencio
de las eternas sombras del vacío,
voy cruzando los ámbitos desiertos
de la noche glacial de mi destino,
sin un poco de luz para mis ojos,
ni un rayo de calor para mi espíritu.

En mi angustia infinita
escucho el hondo inacabable grito
de los séres innúmeros que luchan
y ruedan confundidos;
mientras yo, negra sombra de una sombra,
tengo hambre, tengo sed y tengo frío!...

VI

Al beber en la fuente de la ciencia,
hallé sólo el amargo escepticismo.
Al buscar la corona de la gloria,
sentí el vértigo inmenso del vacío.

Por eso llevo en la temprana frente
las hondas huellas de un dolor de siglos,
cual la profunda cicatriz del rayo
sobre la frente del Satán de Milton!...

.....

EDUARDO GREZ P.

TEMORES

(*Catulle Mendès*)

Tú tienes corazón de oro;
en ti no existe impostura;
pero no sé por qué causa
me martiriza la duda...
Amor mío, ¡cuántas veces
vi á la hora de las sombras
disiparse mis ensueños
como plumas de paloma!

A. Y.

AÑO II SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1897 NÚM. 98

CINEMATÓGRAFO

(Para Carlos Ledgard)

Cansado de revisar periódicos, ávido de noticias y de hallar en ellos versos y cuentos de mis amigos lejanos, abandono mi asiento y me asomo al balcón de mi cuarto de trabajo. No estoy de humor para ir á charlar con mis amigos de Club de cosillas ligeras y alegres—de mujeres mundanas ó de caballos de carrera, su eterna conversación—y me entretengo en observar la calle, alumbrada débilmente por la luz melancólica del gas. Las nueve de la noche.

Y ahí, en el balcón, de codos en la barandilla, van desfilando ante mi vista, indiferente y ociosa, primero, un mocito elegante que camina apresurado,—quizá á una cita de amor —y que al andar va mirándose en la sombra que hace su cuerpo en la pared.

Tras de él, á algunos pasos, dos lindas señoritas pasean, cogidas del brazo, con las adorables cabecitas descubiertas y aprisionados sus finísimos talles en primorosos jerseys. Hablan con entusiasmo, y de rato en rato sus risas, cristalinas, frescas y mal contenidas, llegan á mis oídos. Un joven, sombrero en mano, se acerca á hablarles, pero un coche que en esos momentos atraviesa la calle me impide oir sus palabras. Por la portezuela, alguien que no conozco, saca una mano, y agitándola me grita: —«Adiós, Marius»,—saludo al que no respondo, porque cuando quiero hacerlo, el coche está ya lejos.

Después, algunos rapazuelos pasan corriendo, y con tal velocidad, que no se fijan en un enorme perro de Terranova que duerme á lo largo de la vereda, y caen encima del animal que se levanta gruñendo, mientras los muchachos, después de la caída y el susto, se alejan riendo á toda boca.

Unos pasitos ligeros y menudos al lado de otros más firmes y reposados me hacen latir el corazón con violencia y volver rápidamente la cabeza. Es ella, mi amada, rubia y gallarda, que pasa, esquiva, orgullosa, hablando con su madre y que no miraría por nada á mi balcón porque de lejos me ha divisado ya en él.

Y yo, de codos en la barandilla, la mano derecha hundida en mi desordenado peinado, mientras la izquierda me oprime nerviosamente la palabra, me quedo mirándola hasta que se pierde de vista...

Del balcón entreabierto de la casa vecina se escapan á raudales las notas vibrantes de un vals caprichoso y aristócrata—el mismo que bailaba con ella cuando le declaré mi amor—y una parvada de pájaros blancos, los Recuerdos, viene á canturrear en mi alma, donde una ave negra, la tristeza, agita desesperadamente las alas!...

José M. Barreto

IDOLATRÍA

Yo vine á tus altares. Y en sus mármoles
las ofrendas dejé del corazón,
y de hinojos, ingrata, largo tiempo
el milagro esperé de tu pasión.
¡Creyente ilusionado! No sabía
que es el ídolo piedra, nada más.
Hoy, sin fe, te derribo del santuario
y el ruego cambio en alusión mordaz.

Francisco Mostajo

Arequipa (Perú) 1897.

LAS ONDINAS

Al pálido rayo de la luna, empiezan á agitarse las dormidas aguas del lago. Son las ondinas, las blancas y juguetonas ondinas, que abandonan sus lechos de coral, y desnudas y rientes, formando ligeros copos de espuma, desatan sus cabelleras rubias, sus cabelleras rubias que parecen encajes de oro, al beso de la luna, tendidas sobre las aguas asustadas.

Se acercan á las riberas, donde lloran los sauces, donde el lirio se inclina pensativo, y corren por la arena luciente sin dejar más huella de sus pasos, que las perlas que gotean de sus cabelleras rubias. El eco de sus risas despierta á las flores y hace callar, lleno de envidia el ruiseñor galante.

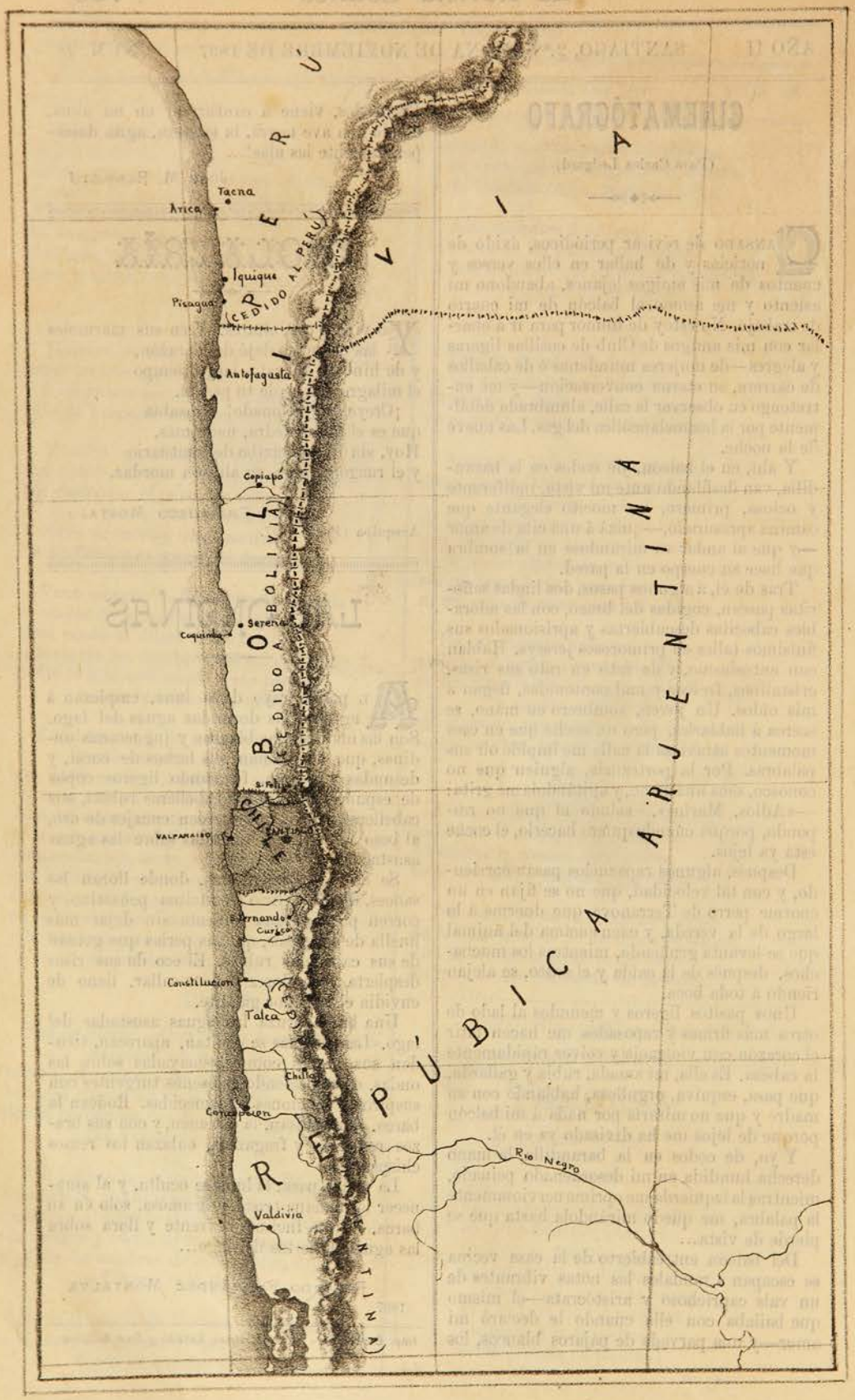
Una barca cruza las aguas asustadas del lago. Las ondinas se ocultan, aparecen, tienden sus brazos como desmayadas sobre las ondas, extremeciendo sus senos turgentes con suspiros y canciones adormecidas. Rodean la barca, la impulsan, la detienen, y con sus brazos redondos y fragantes, enlazan los remos chispeantes.

La noche pasa; la luna se oculta, y al amanecer la mañana triste y brumosa, sólo en su barca, Byron inclina la frente y llora sobre las aguas desiertas del lago...

Ricardo Fernández Montalva

1897

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio


PERÚ
BOLIVIA
REPÚBLICA ARJENTINA
Tacna
Arica
Iquique
Pisagua
(CEDIDO AL PERÚ)
Antofagasta
Copiapó
(CEDIDO A BOLIVIA)
Serena
Coquimbo
S. Felipe
CHILE
VALPARAISO
Fernando
Curicó
Constitucion
Talca
Chillan
Concepcion
Rio Negro
Valdivia

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS LITERATOS

D. Juan Nepomuceno Espejo



A los bien templados sones
de las cuerdas de su lira,
se oyen vibrar las canciones
que un tierno numen le inspira.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1897 NÚM. 99

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE Á LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Abelardo Varela y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)	$ 4.50
Por medio año (25 números)	2.50
Número suelto	0.10
Id. atrasado	0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

Á NUESTROS SUSCRIPTORES

Con el número 100 terminará el segundo año de nuestra publicación. Con él suspenderemos el envío á las personas que no hayan abonado oportunamente el valor del tercer año.

Toda suscripción debe sernos encargada directamente, remitiendo su valor en la forma de costumbre.

MOSAICOS

Su alma era buena.

Pero, los harapos, la jiba, el rostro desencajado del mendigo, le repugnaron; y le rechazó con brutalidad.

El mendigo se alejó, y cuando él creía oir aún el eco del ferrado bastón al golpear las baldosas, ya el pobre diablo había desaparecido.

Extraña angustia clavó sus garras en esa alma, y los golpes de aquel bastón resonaron en ella por toda una noche...

*
* *

Bajo un verde palio flotante, dos corazones jóvenes.

Tienen cogidas las manos, y suspiran.

Sus ojos están fijos en el claro azul.

Rosas, lirios, azahares...

Hay rumores misteriosos en la enramada.

Dos palomas blancas enredan sus alas en el espacio.

PRIMAVERA

¡Primavera! Su tibio beso de oro
deposita el rey Sol sobre la tierra;
vibra en los bosques el alegre coro;
rompe Natura el cáliz en que encierra
de su savia inmortal el gran tesoro;
y el Invierno, que tímido se aferra
á la alta cumbre, al despertar sonoro
de la bella estación, los ojos cierra...

Sólo á mí, Primavera, no has llegado:
está mi triste corazón helado
de las congojas de la ausencia lleno.

Que, lejos del hechizo de sus ojos,
ya no apagan mi sed sus labios rojos
ni me embriaga el perfume de su seno.

A. Varela

AMOR

¡Oh sombra impenetrable del enigma...
aliento de serpiente, que envenenas;
ala blanca de cisne, que acaricias.

Oh rosada canción de eterna rima;
huracán de tormenta asoladora,
motor inextinguible de la vida.

Oh arcángel, que suplicas de rodillas;
demonio, que maldices lo que adoras;
ave-fénix que, muerta, resucitas.

Oh cadena, oh corona; luz; estigma;
presea ennoblecida de los triunfos;
andrajo de una infame villanía.

Oh buitre vil, paloma sensitiva;
dulce monstruo insaciable, yo te adoro,
te adoro con las ansias de mi vida.

Ricardo Prieto M.

EL HOSPITAL

(A Francisco Mac-Mahon P.)

La inmensa sala del viejo hospital resonaba al eco ruidoso de las vocecitas de aquellos cien chicos que en sus camitas blancas pasaban, lejos del hogar, las amargas horas de la fiebre y del dolor. Allí, alineados rigurosamente en doble fila, estaban colocados los diminutos lechos de los niños, iluminados vagamente por la luz pajiza que se asomaba tímidamente por las altas ventanas de cristales opacos, del gran salón.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1897 NÚM. 99

Ahí vivían los pobrecitos que venidos al mundo envueltos en el ruido de las carcajadas y el crujir de las sedas, herederos inocentes del vicio de sus autores, iban á expiar en aquel salón semi-oscuro, severo, sin el beso de la madre, ni el afecto del hogar, los abandonos de la pobreza y del crimen. La formidable corrupción social, se mostraba ahí, en la horrible forma de la infancia abandonada. ¿Era posible? – Los niños enfermos y solos... Y sin embargo los pobrecillos eran felices. Era la alegría inconsciente de la inocencia. Las buenas madrecitas de amplio vestido azul y cubiertas con la blanca toca, los cuidaban mucho. Ellas, muy solícitas, abrigaban sus cuerpecitos y en las horas de la seca fiebre pasaban su mano cariñosa por los rostros flacos y descarnados de aquellos *mártires-felices* de seis años!

La inmensa sala se estremecía al continuo charlar y reir de los pobres niños, semejando una gran pajarera llena de vuelos y trinos, sólo que ahí faltaban las alas... Los pobrecitos las tenían rotas.

—Allá, en un rincón, un niñito tísico, devorado por el mal, con los ojos vidriosos, como con brillo de metal empañado, con su rubia cabecita inclinada dolorosamente y oprimiendo entre sus manos descarnadas un sucio libro de cuentos, cubierto de pintadas láminas, daba sin esfuerzos, su último adiós al mundo. Y mientras se iba la vida de aquel cuerpecito, mientras moría al nacer aquella aurora,... los demás chicos, con la eterna alegría de la infancia, charlaban y reían.

Más allá, medio envuelto en la penumbra, desgarrado por el dolor, con una tos seca y áspera, la respiración silbante y entrecortada, oprimiéndose el pecho con sus manitas, espiraba un ángel de cinco años, y al morir, al dar su última mirada á la sala, como buscando desesperadamente algo, murmuró, con voz ya muy débil... «¡Mamá! .. mamá!»

LEONCIO RODRÍGUEZ SEÑORET.

Noviembre 17 de 1897.

ADÉLFICA

APOYADA en el brazo del imbécil,
lánguida y triste la beldad suspira.
Y dicen, *sotto voce*, que le adora,
cuando con él se hastia.

GASPAR DEBURAU

SOMBRAS DEL ALMA

Para Marcial Cabrera Guerra.

I

¿Lo ves?—La noche de la eterna duda
sobre mí desplegó su negro manto,
dejando muda, para siempre muda,
el harpa vibradora
á cuyos sones moduló su canto
tu pobre amigo, que en silencio llora.

II

Yo he creído en la noche de mi pena
que el mundo, con su alegre compañía,
el inmenso dolor que mi alma llena
quizás mitigaría.
Y vuelo á confundirme en el bullicio
de esa risueña juventud que ignora,
que rueda al insondable precipicio
de una lóbrega noche abrumadora.

III

Al través de mi lóbrega mirada
se transparenta mi amargura oculta,
por mas que en vano sofocarla intento.
Y entonces, con sangrienta carcajada,
la miserable multitud insulta
el tremendo dolor de mi tormento!...

IV

Es que en mi senda solamente miro,
en espantosa bacanal impura,
séres que pasan con revuelto giro
de la existencia en el inmenso carro,
llevando en lo interior de su envoltura
sólo un montón de barro.

V

Y regreso al hogar. Y, abandonado,
en él plego las alas peregrinas;
y el raudal de mi llanto desatado,
bajo á llorar al pavoroso abismo
de los escombros de mis propias ruinas,
en el hondo desierto de mí mismo!

VI

Todo acabó!—Mi fugitiva gloria
dejó en mi pecho una profunda herida,
y un amargo recuerdo en mi memoria
que acibara las horas de mi vida.
Ya nada, nada que esperar me resta



Un millonario improvisado.



¡Dime que me amas!



—Nuestra situación internacional es muy crítica.
—¡Hum...
—Y yo creo que esto acabará muy mal.
—¡Hum...
—Si no nos armamos de patriotismo...
—¡Hum...





¡Los trituro y los...!



Yo me llamo Mañungo, para servir á Vds.



Yo no valseo porque me mareo y... á mas estoy suando.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1897 NÚM. 99

del mundo miserable en que me agito:
siga el mundo en la orgía de su fiesta,
encenagado en la maldad y el crimen,
haciendo mofa su placer maldito
del tremendo dolor de los que gimen.

VII

¿De dónde vengo?—De la misma nada.
¿Por dónde marcho?—Por la noche muda.
¿A dónde voy?—A un insondable abismo.
Y la luz que ilumina mi jornada
es la fúnebre antorcha de la duda
que brilla en el desierto de mí mismo.

VIII

¿Quién es Dios?—No lo sé: quizá una sombra;
tal vez el ritmo grave
del infinito universal poema;
acaso un sueño que mi labio nombra
en el delirio del dolor... ¡Quién sabe
si un eterno problema!...

IX

Ignoro qué es la noche de la vida.
Ignoro qué es la aurora de la tumba.
Sólo sé que una mano maldecida
que jamás de mi angustia se conduele,
me agita, me derrumba
y hacia el abismo del dolor me impele.

X

Yo solo sé que abandonado, triste,
vacío mi cerebro de ilusiones,
ajeno á cuanto existe,
siempre sordo á la voz de las pasiones;
con el dolor que mi existencia enluta,
al través de las sombras del camino
prosigo, sollozando, la ágria ruta
que me marca mi bárbaro destino.
Ante nada mi espíritu se arredra:
bajo el imperio del dolor sombrío,
soy fastasma satánico de piedra
que rueda en el vacío!...

EDUARDO GREZ P.

¡MALDITOS NERVIOS!

¡MALDITOS nervios!—exclamó el poeta, sonriendo amargamente.

El fino cristal, como herido por una fuerza misteriosa, se había hecho pedazos en su mano, antes de tocar sus labios pálidos.

«¡Qué chascos mas pesados me han hecho pasar mis nervios!

Hay en mi vida una aventura que me hace mesarme los cabellos cada vez que golpea á las puertas de mi memoria...»

«Cuenta!»—dijo en coro el alegre grupo de noctámbulos, mientras unos apuraban las copas en que parecían parpadear irisadas, disueltas pedrerías, y otros arrojaban al aire, despreocupadamente, grandes bocanadas de humo que en azuladas volutas se elevaban, se confundían y formaban una niebla tenue que se dilataba sobre la atmósfera impregnada de olores acres del café.

—Es una historia...

Cursaba mi primer año de Derecho.

Era pensionista de una buena señora que tenía su casa junto á la antigua Escuela de Medicina.

Esta señora, de muchas y muy recomendables cualidades, tenía una hija, llamada Corina, muchacha hermosa como un sol, con una mata enorme de cabellos negros que hacía contraste con un cutis albísimo, con unos grandes ojos como dos carbones que tenían un bailoteo diabólico, y con unos labios como una fresca herida cuya sangre pedía besos, muchos besos para secarla.

Corina fué mi musa durante mucho tiempo.

Corina era una locuela. Hacía mofa y se reía á carcajadas, en mi presencia y en la de mis compañeros de pensión, de mis suspiros, de mis gestos implorantes, y, más que todo, de mis terrores nocturnos.

Pero no conocéis el origen de mis terrores...

¡Ah!... eso era terrible.

Considerad que, dedicado á mis estudios y á mis aficiones literarias, oía muchas veces sonar en la torre vecina el toque de media noche. Esta hora ha producido siempre en mí una impresión de rara inquietud. En ese momento un ruido cualquiera me parece una detonación, en la sombra de un objeto veo un bandido que me asecha ó un fantasma que surge; estoy entonces con un pie en la locura y con otro en la muerte... Agregad á esto el movimiento que á tal hora sentía en la vecindad: pasos que iban y venían, voces que renegaban, ruidos de cuerpos que caían chocando pesadamente contra el muro, golpes sordos de objetos al ser arrojados en cajones que luego se llevaban. Después, todo quedaba en paz.

Aquella era la sala de disección de la escuela. Allí depositaban todas las noches los muertos del hospital que al día siguiente debían colocarse bajo el escalpelo de los estudiantes. Los troncos y los miembros desligados y ya inútiles, eran también recogidos á esa hora para ser conducidos al cementerio.

AÑO II SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1897 NÚM. 99

Algunas veces, cuando los macabros obreros ya se habían retirado, mi oído, siempre fino, siempre atento, siempre delirante en sus cuidados, percibía extraños rumores. Sentía entonces como si mi cuerpo se cubriera de hormigas; luego, en mi frente, un sudor frío; temblaba; mientras se confundían mis ideas, parecíame ver extinguirse mi lámpara de estudio; me faltaban las fuerzas; me sentía ansioso de gritar, y la voz no salía de mi garganta... ¡Aquello era terrible!

Una noche, sentado ante mi mesa de tratrabajo, oí sonar la hora fatal. Vibraba aún la última campanada cuando sentí claramente un pequeño golpe dado en los vidrios de mi ventana, cuya cortina había olvidado bajar. Me estremecí en mi asiento y mi corazón palpitó con violencia. Levanté los ojos, y... ¡no supe más! Apenas recuerdo que vi una blanca silueta y una mano; crucé mis brazos sobre la mesa, y hundí en ellos mi rostro. Luego... el rumor de mi puerta que se abría, mis cabellos que se erizaban, el espanto que difundía su hielo de muerte por mis venas, y en mi cuerpo como petrificado, brazos que se enredaban y huesos agudos que se clavaban en mis mejillas...

Nuevos golpes dados en mi ventana, volviéronme de mi letargo. Un sol magnífico bañaba con su inflamada caricia las rosas del jardín. En la ventana estaba Corina que desgranando su risa bulliciosa me gritaba desde fuera: ¡El poeta se ha vuelto loco! ¡Ha visto fantasmas anoche!

Me restregué los ojos, me froté la frente, y tuve una duda...

Acudí á mi espejo y me vi una pequeña mancha morada en las mejillas... Lo comprendí todo...

—¿Y no volvió el fantasma?

—¡Qué había de volver!...

¡Malditos nervios! ¡Malditos nervios!...

Los bebedores lanzaron una estridente carcajada, mientras chocaban sus copas con la del enfadado narrador.

A. ALVEAR

CONSEJO

á Amelia V.

¿AMAS aún? Guarda silencio ahora;
deja en capullo ese botón naciente,
se han deshojado y marchitado tantos,
y en tu memoria solamente existe
flotante aliento de un antiguo aroma
de otro botón que deshojó la mano
de tu sencilla timidez de amante.
Pon en tus ojos el calor de tu alma
y cerca de ella no pronuncies nunca
esa escondida confesión «te amo».
Así, tu amado vivirá soñando
con unos ojos que le dicen mucho,
con una voz que se lo calla todo,
y tú, triunfante, dormirás en su alma.

ROBERTO BRENES MESÉN

Santiago, noviembre, 1897.

PHRINÉ

MIRAD allí esa mujer cabizbaja delante de ese colegio de ancianos graves que están oyendo y deliberando. Una larga túnica de riquísimo ostro la cubre toda, desde la garganta hasta los pies, ceñida á la cintura con una gorda trenza de hilo de oro. Un corchete en forma de mariposa, de oro asimismo, salpicado de diamantes diminutos, le cierra debajo de la barba el noble vestido.

La una mano en el seno, la otra á lo largo del muslo, silenciosa y afligida, allí se está la celestial hermosura esperando la sentencia.

Ni el habla persuasiva de los jurisperitos de Atenas, ni las lágrimas de sus propios ojos, ni las sonrisas de sus labios preñados en promesas, han podido con los jueces; han oído éstos, han juzgado en su ánimo, van á resolver en pública votación; la frente severa, la mirada adusta, el desabrimiento del rostro, son presagios funestos para el reo, ese delincuente femenino que ahora semeja á Psiquis, no indignada contra el amor travieso, sino humillada ante Juno inflexible. Muerte ó vergüenza, tal reo no la puede sufrir; vuela la mariposa que figura el corchete de la garganta, ábrese en un pronto el cordón de la cintura, cae á sus pies la túnica...

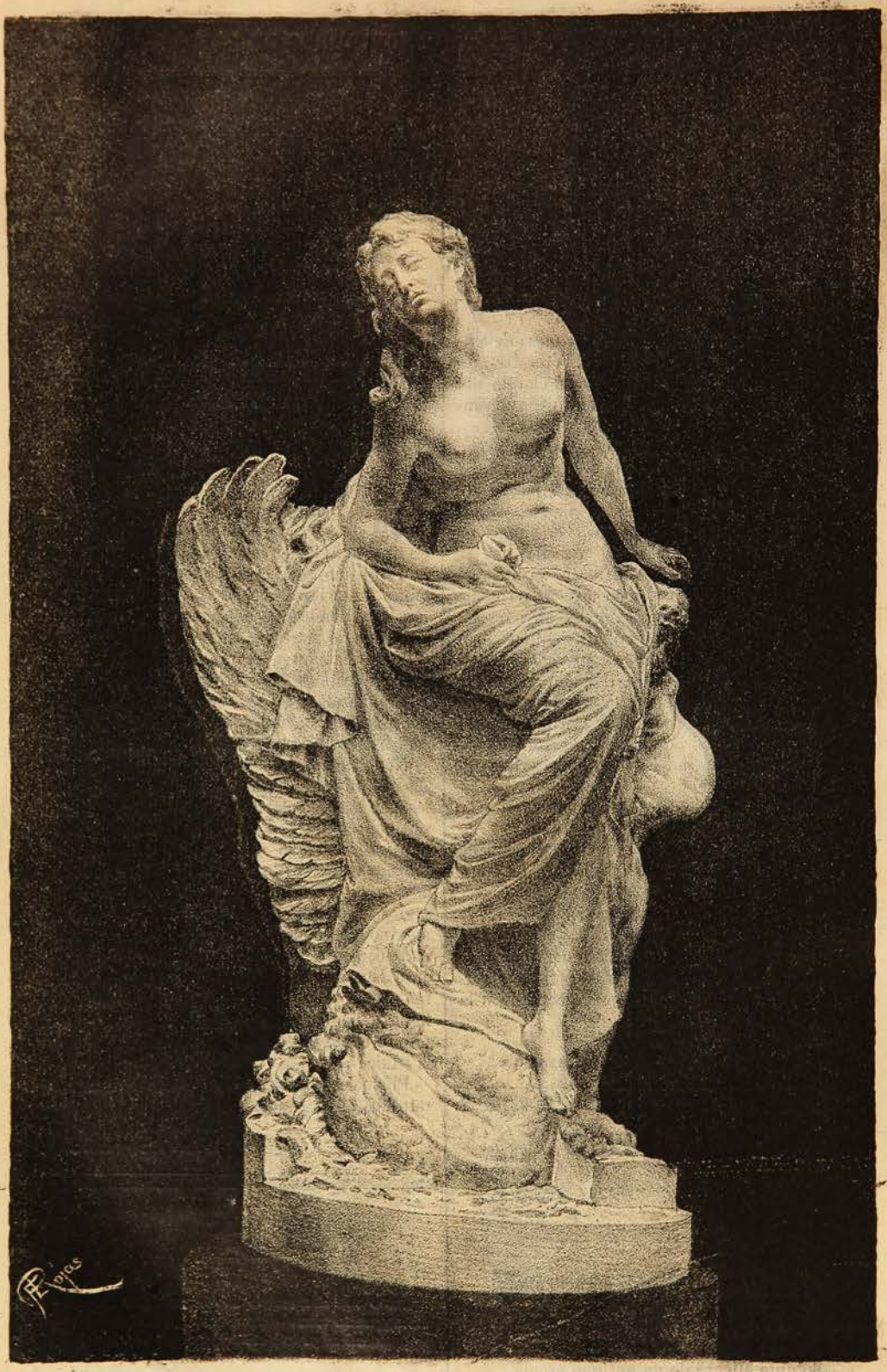
Phriné es absuelta, y un aplauso inmenso retumba en el Areópago.

JUAN MONTALVO

ÍNDICE

Junto con el número 100 aparecerá el índice del segundo tomo de nuestra publicación, que se venderá al precio de diez centavos el ejemplar, en nuestra oficina, Moneda 25-F.

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio



LA QUIMERA

Obra del inspirado artista Nicanor Plaza

Premiada en el Salon del presente año con medalla de honor

La Revista Cómica

Es propiedad de los Directores

NUESTROS MILITARES

D. José Manuel Ortúzar



Ha logrado con honor
á un tiempo en su frente ver
los laureles del valor
y las palmas del saber.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1897 NÚM. 100

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE Á LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Abelardo Varela y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 números)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

Á NUESTROS SUSCRIPTORES

Con el presente número termina el segundo año de nuestra publicación. Con él suspenderemos el envío á las personas que no hayan abonado oportunamente el valor del tercer año.

Toda suscripción debe sernos encargada directamente, remitiendo su valor en la forma de costumbre.

MOSÁICOS

La tierra despierta.

La aurora deja caer sobre ella una lluvia de rosas.

Ocultas en el espeso follaje de las lilas en flor, perlan las aves la melodía de sus cantos.

Por entre las cortinas que velan la ventana del aposento conyugal, se desliza un hilo de sol que cae como un tenue lampo de oro sobre las albas ropas que cubren al niño, que cruzadas las manecitas sobre el pecho, duerme en su cuna el sueño de la bendita inocencia, mientras parece que revolotea sobre su frente una blanca mariposa.

Junto á la cuna—el lecho, la gloria tranquila del ensueño realizado; la guirnalda del abrazo; la flor de púrpura de los cuatro pétalos oprimidos é inmóviles; el amor que derrama su perfume divino y extiende su tibia caricia...

¡Dulce hogar!...

EN LAS RUINAS

Entramos, lentamente; á nuestro paso
se despiertan los ecos en las ruinas:
la tarde va muriendo y al ocaso
asoman las estrellas vespertinas.

La brisa lenta, sin rumor pasando,
apenas mueve las temblantes hojas,
y al besarlas tal vez irá contando,
una historia de amor y de congojas.

Al roto murallón ennegrecido,
por el tiempo y las lluvias derrumbado,
vuelan las aves, á buscar el nido
que oculto entre la sombra han fabricado.

De las rotas columnas calcinadas
se sujeta la planta trepadora,
como en las almas de dolor llagadas
se enlaza la virtud consoladora.

Y allá en el cielo, de un azul obscuro,
se levanta la luna majestuosa,
envolviendo el ruinoso y viejo muro
con su luz apacible y misteriosa.

También en el alma por la pena herida
que dejaron en ruinas los dolores,
del recuerdo la luna bendecida
alumbra con sus tristes resplandores!

ESPERANZA

Octubre de 1897.

EN UN ÁLBUM

á E. V. de L.

Entré en mi alcoba; en un rincón el harpa
como el ala de un ave que se esponja,
bañada en dulce claridad dormía.
Un anciano de pálido semblante
y en traje negro junto al harpa estaba.
Todo era obscuro; sólo el harpa ardía
como hecha con luciérnagas de oro.
Caí de hinojos en la blanda alfombra
y con acento de oración, temblando,
« ven á cantar», á aquel anciano dije,
« quiero una estrofa de pasión que anuncie
« todo el afecto que vertió en mi alma
« el corazón de esa mujer tan noble.
« Es bella y joven; de rodillas, mira,
« vengo á implorarte una canción para ella;
« quiero que entones á su dicha un himno...
« ven á cantar!... mi corazón lo pide.»
Y aquel anciano se negó, moviendo
con aire triste su cabeza blanca:
—«No tengo voz para cantarla», dijo;
y oí que el harpa sollozó en la sombra,
y era aquella harpa como un ala enferma,
y era el anciano el pensamiento mio.

ROBERTO BRENES MESÉN

Santiago, 22 de Octubre de 1897.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1897 NÚM. 100

.....

I

Yo te miro pasar, bello querube,
como la dulce aparición risueña
que, á la luz del crepúsculo, la nube
con líneas de oro en el azul diseña.

Yo te miro pasar junto á mi lado
con esa gracia juvenil y loca,
con ese aire gentil y enamorado
que á las delicias del amor provoca.

En tu dulce mirada pensativa,
ciego, vehemente, traducir yo creo
esa muda pasión ardiente y viva
que engendra los delirios del deseo.

Y tú me miras... Mi profunda noche
sus anchas alas en mi mente pliega:
la flor de mi ilusión abre su broche,
y en torrentes de luz mi alma se anega.

Yo exclamo entonces con Rubén Darío,
al hondo impulso de mi oculta llama:
¡Ah Dios mío, Dios mío!
¡Sé que me ama!

II

Yo te miro pasar, mujer hermosa,
con aspecto glacial que hiere y mata;
y entonces mudo el corazón solloza
y grito en mi interior: Ingrata, ingrata!...

Ni una expresión de tus pupilas negras;
ni una sonrisa de tus labios rojos:
á veces imagino que te alegras
cuando brilla una lágrima en mis ojos.

En tu aire frío, indiferente y serio,
en tu mirada escrutadora y grave,
no acierto á descifrar el gran misterio
que en la razón de tus enojos cabe.

Y siento en mí la indefinible angustia
del precito que gime entre cadenas;
y miro en mi alma atribulada y mustia
desplegarse la noche de mis penas.

Yo exclamo entonces con Rubén Darío,
al hondo impulso de mi angustia extraña:
¡Ah Dios mío, Dios mío!
¡Sé que me engaña!...

EDUARDO GREZ P.

LOA

(Después de leídos los *Cuentos de Alcoba* de A. C. Espejo.)

Hé aquí una nueva manifestación espléndida del hermoso y divino Arte literario; hé aquí una obra ahita de vida, como que ha nacido en el bello tiempo de la Primavera.

¡Oh! Esa vieja gruñona que se llama Crítica no ha de encontrarle máculas, ni sus lebreles han de poder hincarle el colmillo porque va bellamente armada de punta en blanco, con el garbo y la gentileza de un vástago real.

Brilla su apretada cota de mallas y luce pedrerías del más puro Oriente.

Viene de las tibias alcobas aristocráticas, donde triunfan los sibaritismos en medio de los efluvios de los perfumes exóticos, de que gustan las carnes mórbidas y suaves como pieles de pantera; y sabe los misterios de los lechos cálidos y la leyenda de los besos concupiscentes que hieren la albura de las alas de ángeles nupciales. Y sabe las historias conmovedoras de cirqueras suicidas por amor bajo la lona de la carpa, cuando ríen los abalorios, y crujen las musculaturas en los descoyuntamientos atléticos mientras *Tonny* el imbécil, lanza carcajadas y lloran los oboes de la murga.

En el vasto y solemne templo del Arte donde ha entrado se le ha recibido al batir de las palmas.

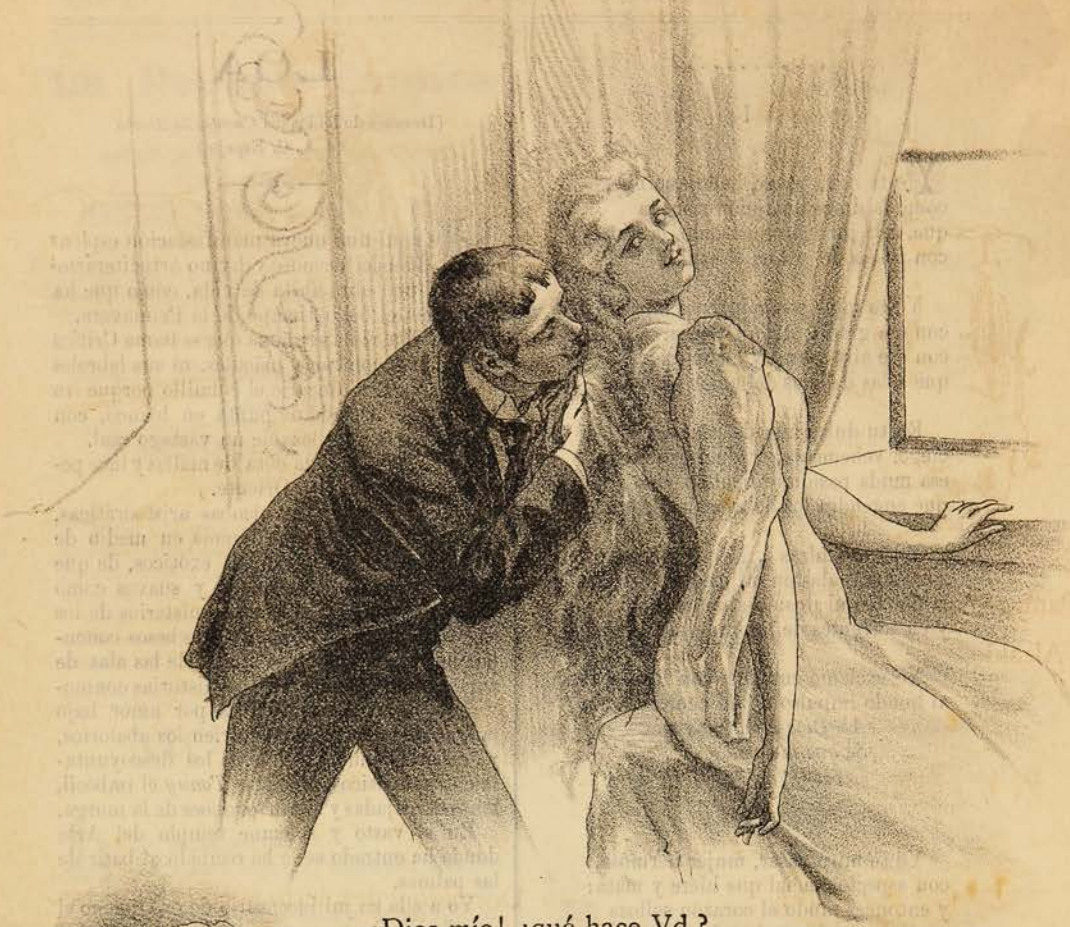
Yo á ella en mi incensario de oro quemo el más fino incienso, y me congratulo con todos los privilegiados, con todos los artistas, con todos los orfebres de la prosa rítmica como un verso y coloreante como un arco iris; porque me ha revelado secretos que han dejado en mi alma amargor de absintio y á las veces inefable melancolía....

¡Oh! La historia de la dama aristocrática: Era esta una mujer.—Florecimiento de carne.—Era hermosa como Clitemnestra. Amó á otro que no era su dueño, como Clitemnestra, y su infidelidad dió muerte al que era el esposo. ¡Oh Clitemnestra!

Y prostituyó sus besos al reptil y arrastró sus lirios por el lodazal.—Noche á noche insultos á la castidad.

Una vez—sombras, afuera, muchas sombras—en la alcoba á media luz, á los pies de un cadáver estaba una doncella, la hija de verdad, pálida como una rosa mística.

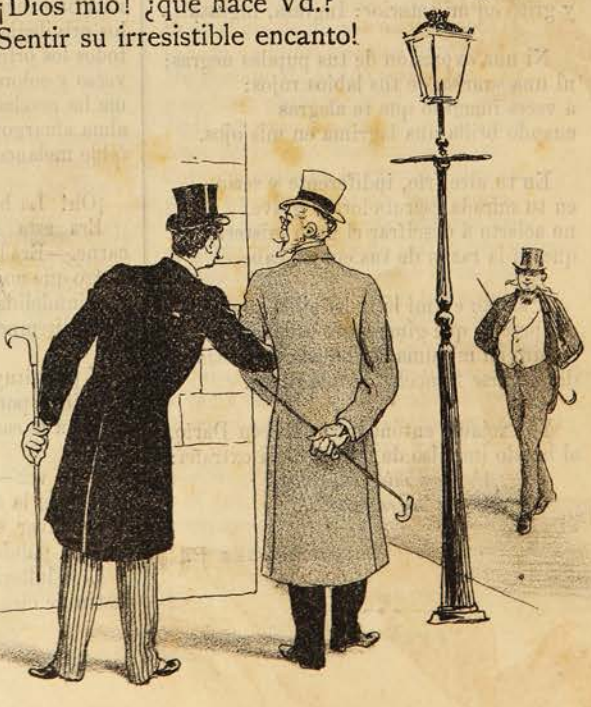
El adulterio pudo libremente celebrar su festín de cieno.



—¡Dios mío! ¿qué hace Vd.?
—Sentir su irresistible encanto!



¡Fortuna y honra perdidas!



Es un inglés, yo no paso.



Pantorrillas en mayor peligro por lo del Alcalde.



Dormido y despierto sueño con tu gracia y donosura.





En persecución de un fugitivo.

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1897 NÚM. 100

Y oid otra, vosotros los gentiles que rara vez miráis arriba por temor de que os ofusque el resplandor del Astro:

Un cielo de leche turbia y gris. En los caminos, hojas muertas. Allá van los andrajosos y pordioseros. Dios, á quien repugnan estas cosas tristes de miseria, se ha escondido tras de las nubes.

La harapienta tenía un hijo. Ella corre delante de los miserables que intentan golpearla. ¿Qué ha hecho? Ha pedido pan en un palacio. —Esto es horrible. ¡Ah! Es un gran crimen pedir pan.

Después, la Morgue: Un alcohólico, un niño, una anciana, esa, la vagabunda. La ciencia se prepara á ofender el cadáver. Ya le llegará el turno al sepulturero.

Al fin, el profesor:—«A ver Troncoso, haga V. esa autopsia».—Y el pobre alumno de medicina:—¡Ah miserables!... ellos han sido...!»—Era la madre!

¡Oh! Y esto es solo un pálido reflejo de aquellas historias encantadoras y amargas.

REPROCHE:

Amigo Espejo, en su jardín V. cultiva en demasía las adelfas; preste V. alguna atención á los lirios.

A. Bórquez Solar

ÍNTIMA

(Inédita)

En un álbum.

Sus penas cuentan las olas
desfalleciendo en la playa,
en lenguaje misterioso
que llora á la vez y canta.

Églogas de amor se dicen
las aves en la enramada,
cuando asoma en el oriente
la tímida luz del alba:

Los insectos en el cáliz
de las flores perfumadas,
se refieren en secreto
sus amores y sus ansias:

Los poetas, sus dolores
publican al són del harpa,
en un lenguaje divino
que llora á la vez y canta;

Y los tristes que llevamos
mares de hiel en el alma,
cuando nos piden canciones
las escribimos con lágrimas.

J. Antonio Solórzano

San Salvador.

¡QUÉ LÁSTIMA!

Criatura ideal! Eres tan bella
como el beso del sol cuando amanece;
como la flor ardiente, que en su tallo
en voluptuosa languidez se mece!

Eres aroma, luz, eres belleza;
todo subyuga en ti, todo esclaviza.
¿Qué mágico poder tienen tus ojos?
¿Qué celestial encanto hay en tu risa?

¿Quién dió á tu frente candorosa y pura
esa expresión de luz y sentimiento?
¿Quién, el arrullo de las tiernas aves,
puso en el dulce ritmo de tu acento?

Tu seno es blanco y mórbido. Tu talle
es gallardo y flexible cual la palma.
Todo lo tienes tú. ¡Lástima grande
que á tanta donosura falte el alma!

A. Mauret Caamaño

Santiago, Noviembre 21 de 1897.

LA GRÚA

El extenso muelle del puerto, ruidoso y animado, atronaba el aire con el vocerío tumultuoso de la inmensa muchedumbre que se agolpaba á oleadas, derribando los grandes cajones, haciendo correr chillonamente los carritos de trasporte, golpeando los ganchos y pescantes, revolviendo y haciendo danzar los miles de bultos que llegan de lejanos países en el monstruoso vientre de los trasatlánticos.

Allá, en el último extremo del dilatado muelle, se alzaba orgullosa la colosal grúa de

AÑO II SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE NOVIEMBRE DE 1897 NUM. 100

vapor, la máquina complicada, que levantaba como pluma los bloques de granito y los cañones de acero. Ahí, gimiendo, envuelta en una nube de ruidoso vapor, jadeante, atareada, trabajaba la gigantesca araña de hierro.

Los obreros de aceitada blusa azul hormigueaban á su alrededor, recibiendo de aquellos largos brazos, las mercaderías que trasportaban á los pesados carretones de altas ruedas y gruñones ejes. Los fogoneros de grasiento traje y de rostro sudoroso y tiznado, activaban el fuego de los hornos, lanzaban á su vientre paladas de carbón y se movían presurosos dándole aliento.

Era un trabajo diario y pesado. Al amanecer llegaban los obreros, amoratados de frío, mordiendo la colilla de un mal cigarro, y empezaba la ruda faena. La grúa respiraba roncamente, asesando; su cuerpo gigantesco se estremecía, trepidaba; su silbato escupía vapor y sus hornos rugían y chisporroteaban sin cesar. Las largas aspas con garras de acero, se inclinaban; cogían las toneladas y las depositaban lentamente sobre el piso acerado del muelle. Los obreros, en grupos revoltosos, charlando á gritos y riendo siempre, desprendían los brazaletes de cadena de la cintura del bulto; y volvía el monstruo á proseguir incansable, á quejidos, la tarea eterna.

Los días festivos reposaba la grúa; sus aspas pendían, inmóviles, su corazón de fuego no latía, cesaba aquel estrepitoso palpitar. Los obreros la querían. Era su compañera de labor; ella les daba el pan. Llegaban á verla, con sus trajes de fiesta, rodeados de sus sencillas familias, á respirar la fresca brisa del mar, junto á esa buena amiga. Mostraban á sus chicos todos sus resortes: aquí va la palanca que levanta los brazos, aquí el caldero hervidor con sus tubillos de agua y sus llaves de moreno cobre, acá el motor con sus émbolos que van y vienen. Y los niños abrían desmesuradamente los ojos, se empinaban sobre sus piececitos y andaban con timidez, como con miedo, en torno del bondadoso gigante.

Una mañana había que descargar con sumo tino los bloques de granito que traía un gran buque. La constante grúa redoblaba sus esfuerzos, empeñada en levantar por el aire las enormes moles. Las cadenas rechinaban y resbalaban por los flancos de las piedras y los obreros presurosos se hacían de salto á un lado, cuando descendían suavemente al piso. Siguió el trabajo. Un grupo de buenos amigos, de antiguos obreros, elegidos por su destreza, debían guiar la bajada de un mármol colosal destinado á un genial escultor. Las cadenas crugían, la grúa, envuelta en una nube de vapor, estiraba empeñosamente sus brazos; los músculos de acero se dilataban con el enorme peso: los obreros aguardaban listos. De súbito crujieron horriblemente las trenzas de hierro, la mole resbaló. Se oyó un grito angustioso; luego, un golpe intenso pero seco, como el de una roca al desplomarse sobre un lecho de paja y... nada más.

Después filas de brazos palpitantes, blusas incrustadas en carne, rostros planos y sangrientos y el piso barnizado por una sangre negra, espesa, perezosa para deslizarse.

Eso eran los pobres obreros, los amigos del monstruo, los honrados padres de familia que estaban ahí, triturados por aquel mármol que simbolizaría las glorias de un héroe ó de un dios. Héroe ó dios manchado con la sangre del pueblo.

.....

Y la grúa volvió á proseguir, incansable, á quejidos, la eterna tarea.

LEONCIO RODRÍGUEZ SEÑORET

Noviembre 24-97.

De "Sagesse"

Paul Verlaine.

ARRIBA se extiende el cielo
azul y en calma;
por sobre el hogar un árbol
mece sus ramas.

En el cielo vibra el eco
de las campanas;
entre las fondras un ave
sus quejas canta.

¡Oh, Dios mío! esa es la vida
sencilla y grata,
que sobre la ciudad tiende
sus dulces alas...

—Tú, que los días consumes
vertiendo lágrimas,
de tu juventud qué has hecho,
díme, pobre alma?

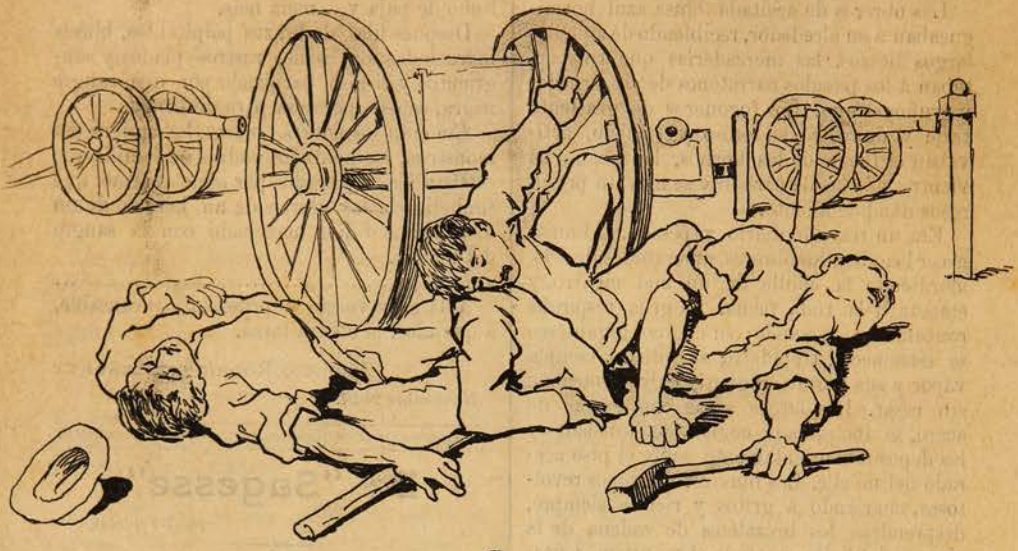
A. VARELA

ÍNDICE

En nuestra oficina, Moneda 25-F, estará á venta á mediados de la semana, el índice del segundo tomo de nuestra publicación, al precio de diez centavos el ejemplar.

Los pedidos de las provincias deben venir acompañados de su valor correspondiente.

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio



Guerra.



Trabajo.

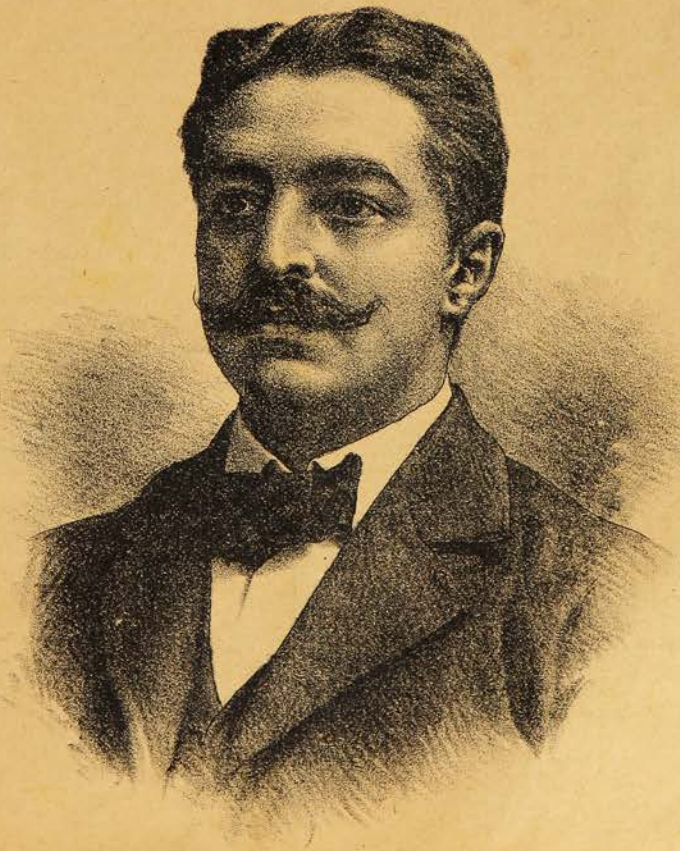
La Revista Cómica



Año III

Núm. 101

ES PROPIEDAD.



DON CARLOS A. PALACIOS Z.

AÑO III SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1897 NÚM. 101

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE Á LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Abelardo Varela y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números).....	$ 4.50
Por medio año (25 números).....	2.50
Número suelto.....	0.10
Id. atrasado.....	0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

Á NUESTROS SUSCRIPTORES

Con el presente número empieza el tercer año de nuestra publicación.

Toda suscripción, nueva ó renovada, debe sernos encargada directamente, acompañando su valor en la forma de costumbre.

HOMBRES DEL DIA

CARLOS A. PALACIOS Z.

KAR-PÁ-ZÁ... del cenáculo de los *Filósofos Chinos*.

El mote se explica:—lo chino es exótico; y la facultad de pensar, exótica entre nosotros.

Kar-Pá-Zá...

Distinguido abogado.

Perteneció un tiempo á ese grupo de almas jóvenes que en el Club del Progreso alzaron altares á Compte y Spencer y deliraron con Lombroso; almas sanas, almas soñadoras que luchaban por la luz y la justicia.

Es nervioso, casi irascible.

Cuando discute, parece echar de menos el florete, del que es un diestro *amateur*.

Anima su cuerpo vigoroso, un alma noble. Es leal con sus amigos y capaz, por ellos, de sacrificio. De pocos puede decirse otro tanto.

Su inteligencia, su energía, su patriótico y ya probado entusiasmo por la carrera de las armas, son una garantía para el país en los actuales difíciles momentos, y el orgullo de nuestra juventud, dignamente representada por el actual Ministro de la Guerra.

MOSAICOS

CUANDO él, arrodillado, temblando de pasión, hubo agotado las frases de fuego que desbordaba su alma, ella, con su delicada mano, se cubrió los bermejos labios para ahogar un bostezo...

* * *

Nació para hacer el bien.

Su vocación la hizo vestir desde joven el hábito de las hermanas de caridad.

Cuando no tenía qué dar de comer á sus pobres, salía á mendigar, arrostrando generalmente la indiferencia y aun las burlas de los egoístas.

Pasaba un día junto á un grupo de jóvenes y, dirigiéndose á uno de ellos, alargó la mano pidiendo una limosna para sus pobres. El joven quiso hacer reir á sus compañeros, y escupió en aquella mano que pedía para dar de comer á los que tienen hambre.

—Esto para mí, dijo ella humildemente. Ahora dadme para mis pobres.

La cabeza de Cicerón

DE Cicerón la lengua irresistible
á Popilio salvó de la deshonra;
mas, de aquel miserable
Antonio armó la diestra matadora,
y la infame cuchilla abriendo el cuello
del orador insigne, mató á Roma.

Antonio la cabeza cercenada
pasó á Fulvia, su esposa:
ella la contempló por largo rato
gozándose en su vista, y, rencorosa,
con la aguja en que prende sus cabellos
horadó aquella lengua, muda ahora,
la que en un tiempo el rayo contra Antonio
fulminó entre relámpagos de gloria.

De Tulio la cabeza, honor del mundo,
clavada en la tribuna silenciosa
de la Arengas fué. La Tiranía
sintióse suelta; su cadena rota,
como fiera escapada del beluario,
va siniestra arrastrando; cautelosa
olfatea, camina, ruge, avanza,
y en el Foro indefenso altiva asoma.

Roma sin Cicerón, sus libertades
cobarde abdica ó en silencio llora,
y, esclava de las Fulvias y Popilios,
sin rubor, á los Césares corona!

E. DE LA BARRA

1891

AÑO III SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1897 NUM. 101

VÍCTIMA

(Para La Revista Cómica)

Hoy te censuran con brutal crudeza
los que ayer te ensalzaron á porfía;
se quiere descubrir la hipocresía
tratando en vano de mentir franqueza.

El odio mismo que á hostigarte empieza,
ficción de teatro y trampa de falsía,
es el casco de honor y bizarría
con que cubre la envidia su cabeza.

No te arredre la estúpida comparsa;
porque tú siempre arrollarás la farsa
al soplo de huracán de tus castigos.

Vencerías tambien, si al fin murieras;
porque yo sé que el día en que tú mueras
te tienen que llorar tus enemigos!...

José Santos Chocano

Lima, 1897.

De "Pensamientos de la Tarde"

(*En vacaciones*)

XV

Hoy ha cruzado mi cielo,
cantando, una golondrina;
hoy duermo bajo aquel techo
que me albergó en otros días.

—

Hoy ríen sobre mis ojos
las viejas y blancas tablas
del cuarto de mis gorjeos,
del cuarto de mis nostálgias...!

—

¡Qué no diera por saber
lo que se dicen y cuentan,
los empolvados papeles
con mi canosa maleta!

—

¡Qué de cosas no hablarán
sobre desvelos y rimas,
el antiguo candelero,
con la moderna bugía...!

—

Las caras de labradoras
de los papeles pintados,
todas á un tiempo, parece
que me estuvieran mirando;

Y hasta las mismas arañas
se descuelgan de las vigas,
me examinan en silencio
y se suben en seguida...

—

—Y tú, dí ¿cómo me encuentras
cuartito de mis ensueños...?
¿Te callas...? ¡ay! cuarto mío,
mejor es callar...! ¿no es cierto...?

P. Dublé Urrutia

Enero del 97.

EN LA PENTÁPOLIS

Aquel volcán se asemeja á la primorosa curva de un seno; por sus faldas ondulan serpientes de lava endurecidas con el frío aliento de los siglos. Al pié del monte se desarrolla la árida llanura sembrada de solitarios escombros.—Un árbol no interrumpe el tranquilo perfil del cielo que descansa en la extensísima superficie del mar.

«El pabellón del silencio envuelve aquella ciudad muerta y helada que duerme un sueño de piedra; es Seboim.

«Me atraen las ruinas porque de ellas se levantan las sombras de pretéritas existencias, porque allí se disfruta de la vida de los recuerdos, la única dotada de los encantos de una realidad desvanecida; las ruinas presentan el extraño fenómeno de la realidad sin vulgaridades. Los confusos contornos de las cosas, las secretas seducciones del misterio y la soledad de lo olvidado, desprenden de sí un no se qué de triste, que, abriendo las alas al espíritu, lo transportan al mundo de los vaporosos ideales; las ruinas me hacen el efecto de la manca Venus de Milo, quisiera sentirme oprimido en sus brazos.

«Desde mi niñez, cuando aprendía Historia Sagrada, fué vivo mi anhelo de visitar los campos yermos y ajados á causa de haber Jehová depositado en ellos una sola mirada de su cólera divina; deseaba recorrer los maldecidos sitios de la Pentápolis: de Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim y Segor. Ahora apagaba mis ansias y mi anhelo. Por todas partes me parecía ver caer llanto de maldición. La medio derruída ermita, edificada en la época de la Tercera Cruzada, elevaba su cruz de hierro, sin un vaso de perfume ni un ramo de piadosos pensamientos en sus brazos.

«Me acerqué á la ermita. En un banco de piedra estaba sentado un hombre, anciano ya, con una pierna cruzada sobre la otra y la mano apoyada en la frente.

«Al resonar mis pasos en el antiguo pavi-

El núm. 101 de La Revista Cómica



1



2



3



4

AÑO III SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1897 NÚM. 101

mento, levantó aquel anciano la cabeza y vi en su semblante una suavísima expresión de amargura.

«Los dos nos inclinamos cortésmente; era mi primer saludo después de muchas horas de caminar por las desamparadas llanuras de una tierra injustamente castigada.

.....
.....
.....
.....

«—¡Ahsvero! ¡No hables así! Ten piedad de tí mismo.

«—¡Joven! ¿Piedad de mí? Si ese maldito sordo cielo de bronce, impasible eternamente á mis sollozos ya no me inspira sino blasfemias; he creído ver fundirse la congelada piedra con el ardiente fuego de mis lágrimas y nunca el vaso de consuelo de que hablan los profetas ha vertido una gota suya en lo mas mínimo de mi alma. En otros días mis piadosas meditaciones, sobre el abismo del vacío, tendían un luminoso puente entre la tierra y el cielo prometido, y tantas, tantas ocasiones lo encontré absolutamente solo, que, ó Dios ha muerto ó no ha existido nunca.

«—Ahsvero, mira en torno de ti la marchitez de una ciudad; tú no sabes si bajo esa lava yacen los cadáveres de multitud de hombres que pensaron un solo momento como tú piensas ahora. ¡Teme la ira de Jehová!

«—¡Jehová! ¡Hélo allí!—dijo señalándome el volcán. Ese es el que ha vertido sus torrentes de ardorosos anatemas sobre estas cinco desgraciadas ciudades que han pasado á lo largo de los siglos llevando el estigma de una degradación que no tuvieron. ¿Fueron igualmente corrompidas Herculano, Pompeya y Estabias? Nó; y sin embargo reposan bajo un lienzo de cenizas y lava. Jehová son también el Etna y el Vesubio. A menudo me invade un sentimiento de melancolía, cuando llega hasta mí, traído en los suspiros del viento, el suave rumor de las plegarias de los hombres, oraciones que viajan en pos de las divinas esperanzas, sin encontrar un regazo afectuoso donde por fin anidar.

«—Ahsvero, eso es desconsolador!

«—Si.... desconsolador!... Oh Jesús, hombre incomparable en cuyas palabras murmura una fuente de bondad y de consuelo, tú eres superior á tu Dios vengativo y apasionado. Apoyaste contra tu corazón el oído y tus propios sentimientos los creíste venidos desde el cielo, ay! ese cielo hondo que se abre más cuanto más se avanza con las alas de la luz ó del pensamiento en las inacabables inmensidades del espacio; hundiste las manos en tu alma, como después Macbeth en la sombra, y diste á tus discípulos puñados de sabiduría y de ternura, por lo cual los hombres te hicieron divino, cuando tú te nombrabas hijo del hombre! Jesús, yo soy Ahsvero! vuelve á la puerta de mi choza y te daré abrigo y extinguiré tu sed, aunque sea con la sangre de mis venas y sirviéndote de vaso mi propio corazón.

—«Ahsvero, ¿por qué hablas así? ¿por qué, cuando tu misma existencia comprueba la divinidad de Jesús, por quien andas errante en la tierra después de tantos siglos?

—«Amigo, si mi existencia como la tuya, es un sueño!.... y se desvaneció como un perfume.

Volví en mí: estaba en frente de la iglesia de Nuestra Señora de la Soledad, mirando una de sus cruces de hierro. ¡Guarda esa iglesia de mi país tantos recuerdos míos!

ROBERTO BRENES MESÉN

MARINA

ESTÁ desierta la salvaje playa,
ni una huella en la arena de su lecho,
parecen los peñascos de la costa
inmóviles fantasmas en acecho.

La mar y el sol en íntimo connubio
se entregan á sus férvidos amores,
y la inmensa llanura se asemeja
á una tela de luz y de colores.

Meciéndose muy cerca de la orilla
al rítmico vaivén de la marea,
más pura que la espuma en que se agita
una blanca gaviota juguetea.

No corta el horizonte ni una vela,
no empaña el cielo azul ninguna nube,
tan sólo hácia la altura dulcemente
el himno eterno de las olas sube.

SAMUEL A. LILLO

Buen Retiro, 1897.

A UN REVÓLVER

(Para LA REVISTA CÓMICA)

RELUCE tu cañón sobre la mesa
con frío aspecto de reptil inerte:
parece que me hablaras de la muerte
y siniestro miraras mi cabeza.

AÑO III SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1897 NÚM. 101

Me conturba el frior de tu fijeza
y me complace y me obsesiona el verte:
¿tú redimes al hombre de la Suerte
ó á otro mundo le llevas de tristeza?

Te miro... y pienso en el terrestre fango
y del cielo en el ámbito ilusivo
y en la mujer que acibaró mi vida.

Acaricio la curva de tu mango,
con deleite morboso de cautivo,
y siento la neurósis del suicida.

FRANCISCO MOSTAJO

Arequipa (Perú).

Zigs-Zags

(Para LA REVISTA CÓMICA)

El hombre siempre en lucha con sí mismo;
la risa, carcajada de lamento;
la conciencia, en el fondo de un abismo;
leproso de la sombra, el pensamiento!

* * *

¡Honor!... palabra vana,
el gran bufón de la comedia humana!

* * *

No dudes, pues los versos tú condenas,
que haya, según Platón, mentiras buenas.

* * *

Si Dios descendiera
para hacer justicia,
¡cómo muchos Santos
Santos no serían!
y qué graves, qué graves conflictos
en las sacristías!

* * *

¿Qué es el amor? Lo ignoro:
cuando recuerdo el mío, sufro y lloro;
que el amor, para mí que te amo tanto
es un placer al que se mezcla el llanto.

HORACIO F. RODRÍGUEZ

Santa Fe (R. A.)

ADELANTE...

Away! Away!...
Byron. *Mazeppa.*

Como el nauta impasible que abatida
jamás tuvo su calma ante el oceáno,
hé de cruzar los mares de la vida
puesta en la vela de la fé mi mano.

Lucharé cual soldado que la herida
febril se oprime y con esfuerzo insano
salta, combate y su dolor olvida,
mientras la muerte le persigue en vano.

Aventaré la mundanal escoria
que estorbos pone á mi bendito anhelo,
y al fin ha de ser mía la victoria;

que en mis labios hay besos de mi amada
que mi alma animan mientras blando al cielo
mi voluntad de hierro como espada.

ABELARDO YARELA

Publíquense ó nó, «La Revista Cómica» no devuelve los originales que se le envíen.

«ALMANAQUE DE LA IMPRENTA BARCELONA»

Ha aparecido el Almanaque para el año 1898 que obsequia al público la Imprenta Barcelona, que es por hoy la mejor montada que hay en la república.

Su impresión y la serie de retratos que lo adornan, hacen honor á la casa que lo ha editado.

ÍNDICE

En nuestra oficina, Moneda 25 F., está á venta el índice del segundo año de nuestra publicación, al precio de diez centavos el ejemplar.

Los pedidos de provincias deben venir acompañados de su respectivo valor.

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio



—La filosofía nos conduce á la tranquilidad.

—Dicen que yo nací filósofo y por eso será que soy tan pacífico. Mire, señor filósofo, ¿podría Vd. proporcionarme en qué trabajar?



No quiero que me conozcas.



Pedro Pascual me ha engalanado con este nuevo traje, que cuadra perfectamente á mi gravedad, con el que tengo el honor de presentar á Vds. mis respetos y los de mi secretario.

La Revista Cómica

Año III

Núm. 102

ES PROPIEDAD



Don BENICIO ÁLAMOS GONZÁLEZ

AÑO III SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1897 NÚM. 102

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE Á LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Abelardo Varela y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 números)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

Nuestros hombres públicos

DON BENICIO ÁLAMOS GONZÁLEZ

Alma toda nobleza y rectitud.

Es hijo de una generación ya extinguida, que tenía por ley la voz de la conciencia y castigaba la apostasía como un crimen.

Las ideas liberales le han contado entre sus más distinguidos y entusiastas adalides, en el seno de la representación nacional y en las columnas de la prensa diaria.

En la diplomacia ha servido á su país con brillo escepcional.

Su rostro franco y simpático, refleja todo su espíritu: inteligencia, hidalguía, bondad.

Ama mucho al pueblo. Su celo constante ha sido instruirle y darle libertad.

Los que sufren le han tenido siempre á su lado.

La mujer chilena le debe grandes y laudables esfuerzos por su emancipación.

Por sus ideales y por la fé ardiente que ha puesto en ellos, le han llamado soñador.

MOSAICOS

Noel! *Noel!*... Entonan los coros del azul al són de las notas de oro de las divinas harpas.

¡Noel! ¡Noel!...

Los ángeles de belleza ideal despliegan las blancas alas y, llevando lirios, violetas, rosas y nardos, bajan á besar la frente y á orar cabe la cuna del Salvador de los Pueblos.

Y lirios, violetas, rosas y nardos, esparcen en torno: albos lirios que abren el cáliz inmaculado sobre su pecho; violetas azules como ojos de vírgenes, sencillas y delicadas, que acarician su alma; rosas magníficas, que coronan su frente y sueñan con sus labios; nardos que bañan en suave aroma sus piés triunfantes.

¡Noel! ¡Noel!... Entonan los coros del azul, al són de las notas de oro de las divinas harpas.

Y grandiosa, universal sinfonía de perfumes modulan las almas de las flores, y, en alegre concierto, las fuentes y las aves estallan.

Y las estrellas, modulando sus irisadas frases de luces misteriosas, en deslumbrante enjambre llegan á acariciar la cuna de la encarnación del Verbo.

.....

El miserable lecho de paja es el lecho de la Luz.

Y llegan los Reyes, y, humildes, tributan la mirra y el incienso: la mirra y el incienso que, ardiendo en los pebeteros de plata, envuelven en mística nube el sagrado lecho.

Y los Reyes inclinan la frente hasta el suelo y, en áureos cofres, ofrendan al Dios-Hombre brillantes y perlas: brillantes que fulguran como sus ojos; perlas que se asemejan á los dientes de su divina boca...

¡Noel! ¡Noel!...

Y tras el velo del futuro: una cruz y una corona de espinas rodeada de luminoso nimbo..

Y por el suelo: la serpiente humillada y cadenas rotas...

¡Noel! ¡Noel!... Entonan los coros del azul, al són de las notas de oro de las divinas harpas.

ALLÁ...

En un álbum

Aire leve del suspiro
que se evapora en un ¡ay!,
al perderse en los espacios
¿adónde ese aire se va?

Triste queja del amante
que se ahoga sin llorar,
¿adónde lleva los ecos
de su solitario afán?

AÑO III SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1897 NÚM. 102

Memorias que manda un alma
de un lugar á otro lugar,
si no hallan donde posarse
¿adónde, adónde se van?

Las ilusiones benditas
que mata la realidad
¿adónde van el consuelo
de su dolor á buscar?

Esperanzas que se forman
sin realizarse jamás,
unas tras otras volando
¿adónde volando van?

Voces que llaman ausentes
que nunca se ven llegar
¿adónde llevan sus ecos
una respuesta á buscar?

Amores no comprendidos
que viven en soledad
y que mueren en su cuna
sin poderse declarar.

Todo eso que el alma tiene
de poesía y verdad,
todo eso que la conmueve
y que del alma se va,

ilusiones y esperanzas
¿adónde todas se van?

¡Ah! yo creo que todo eso
aquí no encuentra lugar
y va á formar otras almas
en mundos de eterna paz.

.....

LUIS RODRÍGUEZ VELASCO

GALANTERÍA

En un álbum

ENTRE las estrellas bellas
y tus ojos, sin enojos,
yo prefiero las estrellas...
¡las estrellas de tus ojos!

J. FEDERICO BARRETO

Tacna

LES ENFANTS HEUREUX

(Para LA REVISTA CÓMICA)

RIÓSE el hombre con una risa fría, penetrante, diabólica. Rióse y al mirarnos hizo una cabriola en el aire, cerró en seguida los puños y nos volvió la espalda. Siempre riendo con sus carcajadas que llegaban á mi cerebro como rudos martillazos.

Y por lo mismo que tal impresión me causara su risa, quise saber algo de él y me dirigí, en seguida, al Director del establecimiento. Me refirió éste la causa de la locura del hombre risueño. Verdad: es para reir. Por eso, vosotras, señoritas, las que gustéis de cuentecillos alegres, oídme. Y vosotras, sobre todo, ¡oh madres!

* * *

Era en el circo. El público, que amaba á los dos chiquillos gimnastas, concurría esa noche más numeroso que nunca. Se trataba del beneficio de ellos y nadie quiso faltar al espectáculo.

El padre de los chiquillos estaba contentísimo. Á más de la buena entrada, habían recibido los pequeños una plétora de regalos. Cuando, en el entreacto, salieron con sus más elegantes trajecitos á ofrecer sus retratos á la concurrencia, había llovido sobre ellos monedas y billetes de banco. No les había faltado, tampoco, besos de algunas buenas señoras y aplausos y caricias de parte de los caballeros y mozos. Pero ¡si era de verles tan pequeñuelos y ya tan sabidos y ya tan arriesgados! Daban saltos prodigiosos, tocaban varios instrumentos, hacían reir constantemente al público con sus originales ocurrencias y, en fin, que ellos eran el encanto de cuantos les veían. ¡Figuraos lo que serían para el padre!

* * *

Para esa noche estaba anunciado el trabajo más notable de su repertorio. Los niños, en dos trapecios colocados á los extremos de la carpa, debían saltar á un tiempo mismo á un trapecio doble, colocado un poco más bajo y en el centro de ambos. Allí, el padre, los brazos en cruz, debería recibirlos á cada uno en una mano. El juego era peligrosísimo; pero lo habían ejecutado ya tantas veces que lo hacían ahora tranquilamente y con la mayor certeza.

(Ah! pero no os lo había dicho aún! El padre de los niños amaba desesperadamente á una de las bailarinas de su misma *troupe*,



¡Cuánto me ama!

¡Qué bella es la mañana!
¡Cómo calma el espíritu!



Pierrot en acción



¡Traición!...



Señores: Hoy es necesario, no ya llamar á la puerta de la amistad, sino derribarla.



Después del baile.

AÑO III SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1897 NÚM. 102

la que lo desdeñaba por el *clown*). ¿Cuándo el maldito y bendito amor no había de estar por medio?

Y al verla, ya en el trapecio, sonreír amorosamente al payaso, olvidándose de donde estaba y ciego de ira y de despecho, mostróles, amenazador, los puños cerrados. Pero en ese mismo instante los chiquillos habíanse lanzado á cogerse de los brazos—que vieran en cruz—de su padre. Y encontrando solo el vacío, sus cuerpos pequeñísimos y delicados cayeron al picadero, destrozándose en mil pedazos...

* * *

...Que os había ofrecido un cuento alegre, señoritas, y que os he engañado? Bah! Os hablo de niños que mueren y no ha de ser alegre?... Rogad, madres, porque vuestros hijos mueran siempre de pequeñuelos. ¡Ay de los que llegan á hombres!...

José M. Barreto

(Peruano)

Tacna, Invierno del 97.

AGUINALDO

(*Para Lillian*)

Rosa mística, hija de las nieblas...
Cual la flor del almendro precursora,
eres rosa que anuncias primavera.

En tus ojos hay brillo de centellas...
y en el suave rigor de tus perfiles
hay rastros de los mármoles de Atenas.

Ideal evocación de algún poema
que cantara Ossïan... allá en las playas
de las blondas ondinas de Inglaterra.

Deben ser tus pasiones tan serenas...
como rayo de luna sobre el lago,
como blanca visión de Noche-Buena.

Es tu alma de ilusión... la azul estrella
que señala á los magos que te adoran,
un vago Bethelem de dicha eterna.

Ricardo Prieto M.

Diciembre de 1897.

LÁGRIMAS

(En la tumba de mi hermana Laura)

Cuántas memorias en mi mente surgen
al calor del recuerdo de la infancia!
Y cuántos siglos de gigante angustia
que de tí me separan!...

Y bien... aquí estoy ya sobre la tumba
que las cenizas de tus restos guarda.
Aquí vengo á dejarte la corona
suprema de mis lágrimas.

Aquí estoy ya sobre la losa fría
que me oculta la luz de tu mirada
y el tinte melancólico y sombrío
de tus mejillas pálidas.

Despierta!... Ya la reina de la noche
vaporosa en oriente se levanta,
y á la pálida luz de sus reflejos
te contaré mis ansias.

Despierta!... Ya las brisas mensajeras
rendidas pliegan las sutiles alas,
y yo te contaré, mientras se aduermen,
la pena que me mata.

Despierta!... Ven á mí, baja del cielo,
paloma de mis sueños de esmeralda,
á escuchar de mi labio balbuciente,
ah! cuántas cosas, cuántas!...

Aquí te contaré, sombra querida,
los tristes sueños que la mente asaltan
cuando agobiado de pesar reclino
mis sienes en la almohada.

Aquí te contaré el amargo llanto
que silenciosa ha derramado el alma
al divino calor de tu memoria,
de tu memoria santa.

Aquí te contaré... pero, nó; duerme!
duerme en paz! El dolor de mis palabras
tal vez te arrancaría, sombra augusta,
las perlas de tus lágrimas.

No despiertes al eco dolorido
con que turbo en la noche la honda calma:
sé feliz en la tumba que te encierra!
duerme en paz! duerme en paz!... Hasta mañana!...

Eduardo Grez P.

AÑO III SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1897 NÚM. 102

De "Haz de Lilas Agrestes"

(Libro que escribí en el fundo «Los Alamos», de don Pedro Cifuentes, Los Anjeles, en el tiempo de las espigas rubias.)

XXXIV

ESCENA

Una cabaña de aspecto miserable. La leña arde en el fogón. Al rededor del fuego hombres y mujeres que no hablan. Un ciego, por las trazas un claudicante, que toca el violín acompañándose con el canto. En el fondo la joven enferma echada en su jergón. A la izquierda la puerta que da salida á un huerto. Zumba con fuerza el ábrego que hace bambolear los árboles. Noche, y noche de luna.

Ella con voz débil, interrumpida por la tos:—Me iré con las hojas amarillas cuando lo mustio derrame sobre las florestas su filtro de tristeza, me iré á la eterna Sión, á la divina Jerusalem, y como la castellana de Magdalo, ungiré con el mar de mis pálidos bucles castaños las plantas de mi amado. He visto brotar el tallo ya diez y siete veces. Gigantesco broche de plata prendido á la túnica negra de la odalisca. Noche, no te veré más sino desde lo alto, y serás la peana de mis pies. Abuelo, entone usted el «Adiós Triste».

El abuelo al són del violín:—Voy á dejarte, cabaña; yo voy á tierras lejanas y creo que no volveré. Así me lo dice el corazón.

Tierra donde tracé el surco, vosotras, hermosas sementeras, vosotros, bueyes robustos, pacientes manejadores del arado, de una vez voy á dejaros.

Lejos, muy lejos, muy lejos, al bello país incógnito, que dicen está allá arriba, allá voy porque me llaman.

¡Oh, tú, terruño bendito, en donde dejo mis hijos, tan rubios como los ángeles, ya no has de volverme á ver.

Frondas verdes, aguas glaucas, blancas nieves, avecillas trinadoras, ¡oh! mañanas sonrosadas, tardes tristes, os digo ¡adiós, adiós, adiós!

Esta es mi canción melancólica, mi canción última.

Se fué mi esposa de áureos cabellos y tersa frente cuando las rosas y las clemátides florecían en los huertos. La vi clorótica languidecer, flor delicada que se agostó en una mañanita de sol.

El marino allá en las gavias ve la costa desaparecer. Brama el viento, se infla la ola, blanquea la espuma y atardece, y la amada, fija en el escueto peñón batiendo el pañuelo, dice: ¡adiós, adiós, adiós!

Voy á morir. Andrajo de carne, ¡adiós! Todos mis sueños, mis esperanzas, mis ilusiones cobran forma y me esperan con los brazos abiertos.

Se apagó el astro blondo y brilla el astro blanco. Sol de oro, adiós! Satélite de plata, adiós!

Primavera, días negros, días blancos, azules lontananzas, adiós! Ya me vuelvo á mi patria, á la ideal Sión. Primaveras, días negros, días blancos, azules lontananzas, adiós, adiós, adiós!

No veré más la blanca flor del almendro, ni los pámpanos, ni los sarmientos, ni los maizales, ni los días de las vendimias, ni todas estas cosas alegres de los campos.

Soy el grano de arena que va á aventar el Bóreas. Y soy la flor marchita que ha de hacerse polvo.

Porque mis días están contados delante del Señor.

¡Oh! Id á mi tumba, gilguerillos florestales, y cantadme la dulce canción eternamente joven, eternamente primaveral....

Calló. Y aquel himno incoherente con cadencias de sollozo y dulcemente lúgubre, fué columpiándose, columpiándose de árbol en árbol, á perderse en las lejanías.

A. Bórquez Solar

Santiago.

Publíquense ó nó, «La Revista Cómica» no devuelve los originales que se le envíen.

Á NUESTROS SUSCRIPTORES

Toda suscripción, nueva ó renovada, debe sernos encargada directamente, acompañando su valor en la forma de costumbre.

Á NUESTROS AGENTES

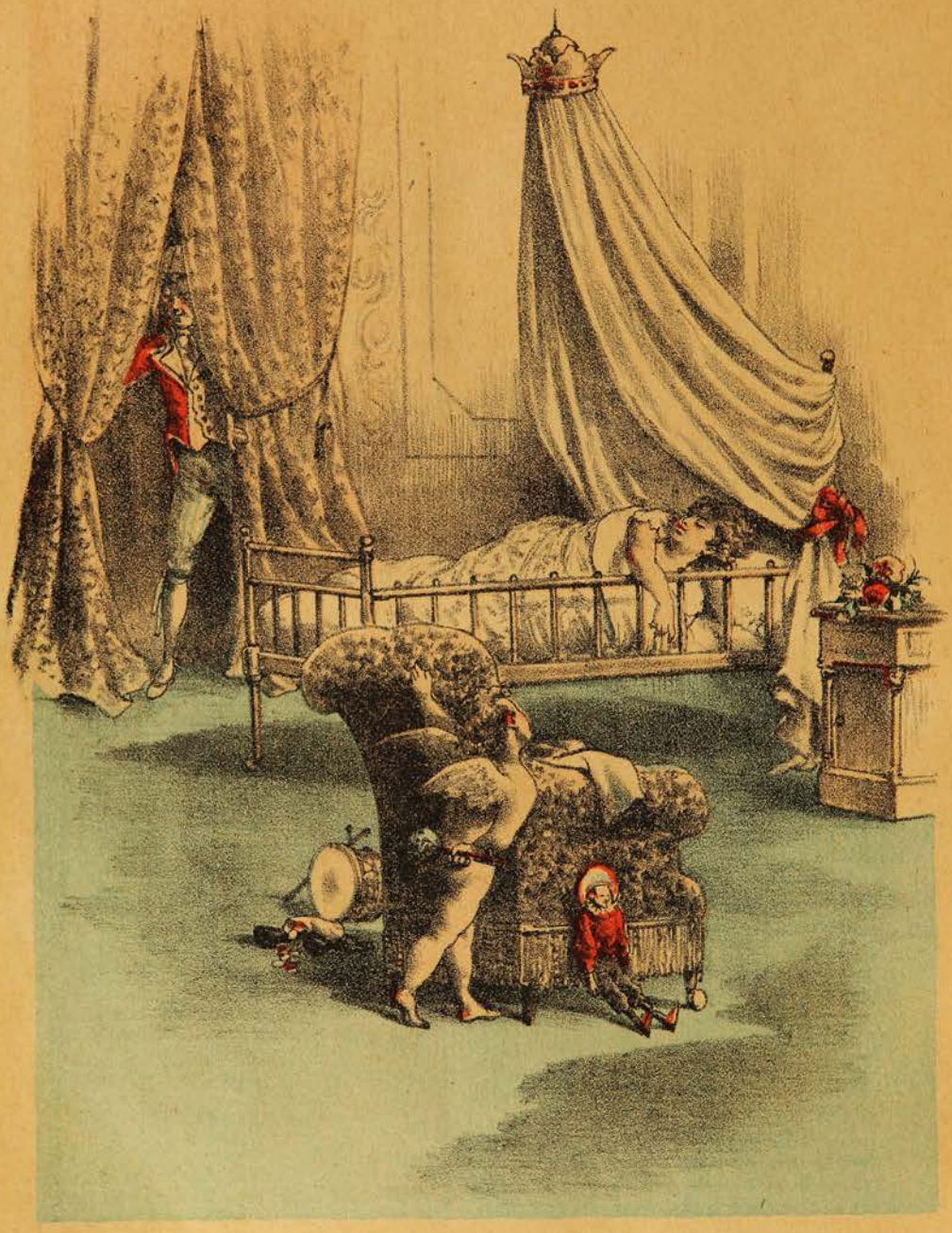
Habiendo terminado el 2.º año de nuestra publicación, rogamos á los señores agentes remisos se sirvan arreglar sus cuentas si desean continuar recibiendo La Revista Cómica.

ÍNDICE

En nuestra oficina, Moneda 25 F., está á venta el índice del segundo año de nuestra publicación, al precio de diez centavos el ejemplar.

Los pedidos de provincias deben venir acompañados de su respectivo valor.

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio



Sueño de Navidad.

La Revista Cómica

Año III

Núm. 103

ES PROPIEDAD.



ALFONSO DAUDET

CÉLEBRE NOVELISTA FRANCÉS

† El día 16 del corriente

AÑO III SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1897 NÚM. 103

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE Á LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Abelardo Varela y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 números)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

MOSAICOS

¡Pasó la Pascua!....

La Pascua es una hada alegre ..

Bajo el claro carmesí del cielo, agita las alas brillantes en que juguetea el iris.

Y va y viene revoloteando sin concierto sobre la ciudad.

Mientras desgrana sus risas, que mil ecos ligeros repiten como argentinas fanfarras, deja caer sobre las muchedumbres locas de júbilo, lluvias de rosas y de cristales multicolores....

Y como gusta de sorprender gratamente á los pequeñuelos, antes de alejarse, colma de confites los zapatitos puestos en las ventanas y descuelga por las chimeneas, con mucho misterio, los funambulescos Arlequines...

HOJAS SECAS

Allá va la hoja
rodando en el aire,
allá va marchita
flotando al azar,
cayóse del árbol,
de Otoño una tarde,
las brisas la hallaron
dormida al pasar.
—«Oh pobre hoja seca»,
las brisas dijeron,
« si acaso nos sigues
« dichosa serás;
« nosotras marchamos,
« marchamos sin término
« gimiendo en los árboles,
« soñando en el mar...
« Huyamos, huyamos,
« pobre hoja marchita,
« pobre, estéril hoja
« que duermes en paz.»

Y la hoja siguiendo
las rápidas brisas,
rodando en el aire
sin término va;
en sus alas frescas
la llevan las brisas
gimiendo en los árboles,
soñando en el mar...
Acaso en sus viajes
sin término, anhela
la pobre hoja seca
los días de paz.
.....

Así también vamos
nosotros, artistas,
cual pobre hoja seca
rodando al azar:
laureles y amores
—¡Oh brisas fugaces!—
nos llevan por siempre
los días de paz.
.....

Gustavo Valledor

1895.

SONETO

(Para La Revista Cómica)

A Rosarito Achenbach

Cuando de Dios mi espíritu se olvida
tu imagen en mi espíritu fulgura:
comprendo que te adoro con locura
como á la fe suprema de mi vida!

Eres la flor en el erial caída,
el ave que se queja en su clausura;
diadema es de mis sueños tu hermosura,
y gorgeo de amor, tu voz querida.

La de los lirios tu pureza iguala.
Por tí, mi corazón, pedazos hecho,
como un cisne, al morir, su canto exhala;

y te repiten, murmurando á coro,
«amor!» cada latido de mi pecho,
y cada fibra de mi sér: «¡te adoro!»

Horacio F. Rodríguez

Santa-Fé (R. A.)

AÑO III SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1897 NÚM. 103

DOS SONETOS

(Para LA REVISTA CÓMICA)

A VECES nuestros labios como locas
mariposas de amor se perseguían,
los tuyos de los míos siempre huían
y siempre se juntaban nuestras bocas.

Los míos murmuraban: *Me provocas!*,
los tuyos: *Me amedrentas!* respondían,
y aunque siempre á la fuga se atenían
las veces que fugaron fueron pocas.

Recuerdo que una tarde, la querella
en el jardín llevando hasta el exceso,
quisiste huir; mas por mi buena estrella

en una rosa el faldellín fué preso,
y que después besé la rosa aquella
por haberme ayudado á darte un beso!

BAÑADA en tu fatal melancolía
do te sumió tu mal, por mis amores
me pediste una tarde las mejores
rojas gardenias que en el huerto había.

Y cuando enamorado te traía
como una ofrenda á tu querer las flores,
huyeron enlazados tus colores
con las sonrisas últimas del día...

Vencida á tu pesar, pálida y triste
las purpurinas flores recibiste,
y cuando loco por calmar tus males

te hablé de amor y nuestra unión futura,
de tu balcón una lechuza oscura
vino á golpear graznando los cristales...

MANUEL B. UGARTE

París, 1897.

TZÍNGARA

SARAH... Sarah, toma tu cintillo de coral y guárdalo. Abre un hoyo en la tierra tan hondo como mis penas, pero hondo, negro como tus ojos; quítate tu basquiña roja y tus enaguas de raso azul, y vístete, deshaz tus trenzas de ébano, desatando el hilo de monedas falsas que las anudan; desnuda tus piececitos de las chinelas acordonadas; desaparezcan de ti la hermosura de las hijas de Tyro, para tornarte en la gitanilla ruin, transeunte abigarrada de villorrios, y sígueme; huye conmigo presto... iremos al mediodía, allí donde el naranjo florece y la perspectiva hermosa no se reduce á los cielos opacos y á los álamos blancos de las montañas del Vorrlberg ¡te quiero tanto!

¿No sabes que quemarán nuestro hogar? Donde tu cuna se meció, el viento de mañana barrerá cenizas. Ya no tendremos techo que detenga los plumones nevados del invierno, ni al amor de la lumbre del hogar cantaremos las endechas de las historias del país natal. Nosotros no debemos tener patria ni hogar!... mejor... nuestro hogar es nómade; hoy será la hoya de un camino, mañana el umbral de la puerta extraña, pasado... será un palmo de tierra capaz sólo para tapar un cuerpo!

Por patria el mundo ¿que nó? el mundo todo! Sí, el mundo todo, hasta que mi raza acabe!

Ven... ven... sígueme, no vuelvas el rostro atrás, que allí quedan los que nos lanzan á la intemperie; si te conocieran virgen y hermosa, te ultrajarían; y eso nunca, mientras Iván tenga sangre en las venas y un bordón recio como un basto!

Te has cansado, pobrecita, de andar descalza. Oye. ¿No sabes el sueño de un hombre agonizante al golpe de los que nos arrojan? Escucha: te lo referiré, pero no te entristezcas, ríe, ríe al oirlo, que es una moraleja. Cansado un tzíngaro de huir sin un pedazo de pan en la alforja, ni un centavo en el pañuelo, se sentó en una piedra á la entrada de una rica ciudad. A poco tiempo una hermosa mujer de tez blanca, no morena como la tuya, pasó á su lado. Su hermosura le pasmó y en lugar de pedirle dinero, el loco le pidió amor. ¡Amor! ¿y á quién? Ella le contestó riendo y apartándose con asco de sus trapos, le dijo: allí me esperan; allí están los que amo! Y así diciendo fué á besar en los carrillos á los niños que jugaban aventándose bolas de nieve en una plaza cercana. Era la felicidad. Otra mujer pasó, más hermosa aún por sus ricos vestidos y su tren lujoso.—Y tú me amarás? —le preguntó el tzíngaro.

—Aparta, importuno: aparta y no estorbes mi camino: ¿no ves que me esperan los que amo? Y huyó hacia una estancia que la luz anegaba y en donde echaban las cartas hombres inmensamente ricos. Era la Fortuna. Otra surgió, bella también, y cantando y riendo como una manceba ebria.—Tú sí me amarás, la dijo él. Pero ella le vió andrajoso, rió de desdén y le dijo:

«Yo no amo en razón, sino á aquel que escribe hazañas ó versos sobre el dorso de letras de cambio!» y siguió hasta llegar al atrio de soberbio palacio. Era la Gloria. Él lloraba de verse desdeñado, con la cabeza



El señor Verano.



Por entrar al cercado ageno.



Güendar que está bien *regüena.*



En la Alameda.

AÑO III SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1897 NÚM. 103

caída entre las manos, hasta que sintió que alguien le tocaba y se irguió. Eran tres mujeres: dos jóvenes, una habladora resuelta, de ademanes risibles, y otra muda, con el cabello suelto y vestida de negro. La tercera, vieja y acechadora. «Somos, dijo ésta, la Locura, la Tristeza y la Muerte, y amamos al que nos ama; sólo que yo amo la última, porque me gusta amar eternamente; por eso voy siempre la última al caminar; el que ama la Dicha, la Fortuna ó la Gloria, concluye por desdeñarlas, y ama á la Locura ó á la Tristeza, mientras yo llego. El amor de ésta lo conduce al mío. Sólo en mí está todo; fuera de mí todo es nada; yo soy la negación inevitable y la inevitable novia. La dicha al infinito agobia; la fortuna hastía y la gloria cansa; nada son dicha, fortuna ni gloria, mientras no las altera el dolor, el deseo ó la ilusión. Con que ahora decide: ¿á quién amas?» y él sintió el beso de la Tristeza vagar en sus labios, amando en secreto á la novia del eterno amor!

Al día siguiente, un cuerpo semi-oculto por la nieve amaneció en las afueras de aquella ciudad! Pero vamos, vamos andando que ellos vienen! ¿No me sigues? ¿Dónde estás? Já... já... já... Te han cogido! Sarah... Sarah mía... te perdí! É Iván riendo, lloraba detrás de la reja del departamento de locos del hospital, pensando en su hija, mientras llegaba la novia del amor eterno.

León Tolstoy

ABISMOS

El mar que sacude
sus alas, que vuelca
su cándida espuma,
que cava las peñas,
que tiembla, que ruge, que canta, que gime,
que abisma la playa, que corta la niebla;
el mar, que solloza
sus hondas querellas,
que en mágicos prismas
fulgura y se quiebra,
que forma colinas, que forma montañas,
que baja, que hierve, que sube, que rueda;
el mar, que se encorva,
que vibra, que atruena,
y oculta la tromba
que se alza y revienta;
no tiene más fondo,
no tiene más fuerza,
no tiene más himnos, ni más tempestades,
que mi alma que canta, que llora y que tiembla.

Pedro J. Naon

Buenos Aires.

VIDA NUEVA

Cuando muera, enterradme bajo un árbol;
yo quiero alimentar su tosca fibra,
y subir con la savia creadora,
y asomarme al follaje de la cima.

Oh mi sangre, al llegar la primavera,
adormida en la cumbre de una encina;
mi carne, floreciendo entre las hojas,
mecida por las auras matutinas.

Mi espíritu, flotando entre los cálices,
al fulgor de la estrella pensativa;
y sintiendo en la entraña del estambre
los secretos impulsos de la vida.

Oh dicha, ser la fuente de las mieles,
en donde su panal la abeja liba;
ser la cuna y el templo de las aves...
y vagar en las alas de la brisa.

Ricardo Prieto M.

1897.

Á Esperanza

(Leyendo sus versos)

¿Quién eres tú? ¿Qué incógnita congoja
desgarra tu alma de pesares llena?
¿Es la vaga esperanza de una dicha,
ó el hondo grito que arrancó la pena?

¿Por qué tanto gemir? Mira ese cielo,
¡qué hermoso y azul es! Acá, en el prado,
aroman flores mil; en la enramada,
el pajarillo canta apasionado!

¿Ves ese dulce idilio de ternura,
de caricias y amor? El sol derrama
explosiones de luz: todo palpita
al influjo candente de su llama!

¡Mira esa blanca alondra que suspira
con amorosa languidez; mañana,
marchitará el ardor de una caricia
su juventud magnífica y lozana!

¡Oh! qué hermoso sería y adorable,
—de la pasión febril, en el exceso—
la muerte de dos almas, que hasta el cielo
subieran confundidas por un beso!

AÑO III SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE DICIEMBRE DE 1897 NÚM. 103

Tú eres la blanca alondra que suspira;
yo... ! no sé lo que soy! Voy por el mundo
buscando un corazón que se ha perdido
en un abismo lóbrego y profundo!

A. MAURET CAAMAÑO

Santiago, diciembre 1.º de 1897.

NOCHE DE NOEL

Reminiscencia

Me recliné sobre el amplio diván y cerré los ojos, deslumbrado aún con la delirante orgía de luces que inflamaba la ciudad.

Los resplandecientes árboles de Pascua, las luminarias, los farolitos de todos colores siguieron danzando en mi cerebro.

El són de las campanas que llamaba á la misa de media noche, los toques de cornetas, los redobles de tambores, el ruido argentino de los cascabeles, las voces vibrantes de placer del pueblo que discurría á oleadas por las calles, perseguíanme como una obsesión.

Sentí algo como un perfume de ensalmo que hubiera caído sobre mi corazón; y un dulce sopor me envolvió.

Y el ensueño, con su mágica linterna, hizo desfilar ante mis ojos las siluetas de mis glorias y venturas pasadas.

Entonces vi un zapatito sobre una chimenea,—un zapatito amado,—pequeño, muy pequeño, como lo usan sólo las novias.

Y cogí el zapatito que era todo de blanco raso y en que apenas cabían dos de mis dedos.

Estaba nuevo, muy nuevo. Pero lo besé apasionadamente; porque estaba impregnado de ese perfume desvanecedor que, sólo con tocarlas, pone sobre todas las cosas el cuerpo de una mujer.

Y el zapatito me habló: Y era la voz del zapatito como una lánguida canción...

«¿Recuerdas?... Fué en aquella noche de baile. Cogida del talle, á los dulces acordes de los violines, sin que sus pies, muy diminutos, parecieran tocar el suelo, la llevabas en dulces giros á lo largo del gran salón festoneado de fragantes guirnaldas é iluminado por centenares de bugías, y de cuyos altos espejos brotaban cascadas de plata y oro.

«¿Recuerdas?...

Tus ojos clavados en los de ella, sus ojos fijos en los tuyos.

Tu pecho anhelante. Su aliento tibio, brotando de sus labios de fuego y acariciando, como una invisible mariposa, con sus embriagueces, tu rostro pálido.

Después... palabras de llama y juramentos.

«¿Recuerdas?

¡Cuántas dulces trovas, cuántos prolongados besos, cuántos días felices!...

Pero... ¡pobre bobo!... ¡qué gestos más ridículos haces!... Corro muy lejos de tí. Los azahares, el velo, el ramo, el blanco vestido de larga cola, me aguardan impacientes. Ya es la hora, sólo yo falto. Adiós! Adiós!»

Y las últimas palabras del zapatito, que saltó de mis manos, me parecieron las notas malditas de un himno satánico.

Quise volver á coger el zapatito, y sentí un dolor agudo...

Desperté sobresaltado.....

En mi mano quemada, estaba roto y extinguido el cigarro.

Una vaga, misteriosa penumbra envolvía mi aposento.

Luego, mis ojos olvidaron la luz, y el silencio cubrió con sus manos mis oídos.

Entonces rodó por mis mejillas una lágrima!...

A. ALVEAR

Publíquense ó nó, «La Revista Cómica» no devolverá los originales que se le envíen.

Á NUESTROS SUSCRIPTORES

Toda suscripción, nueva ó renovada, debe sernos encargada directamente, acompañando su valor en la forma de costumbre.

Á NUESTROS AGENTES

Rogamos á los señores agentes remisos se sirvan arreglar sus cuentas si desean continuar recibiendo LA REVISTA CÓMICA.

ÍNDICE

En nuestra oficina, Moneda 25 F., está á venta el índice del segundo año de nuestra publicación, al precio de diez centavos el ejemplar.

Los pedidos de provincias deben venir acompañados de su respectivo valor.

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio





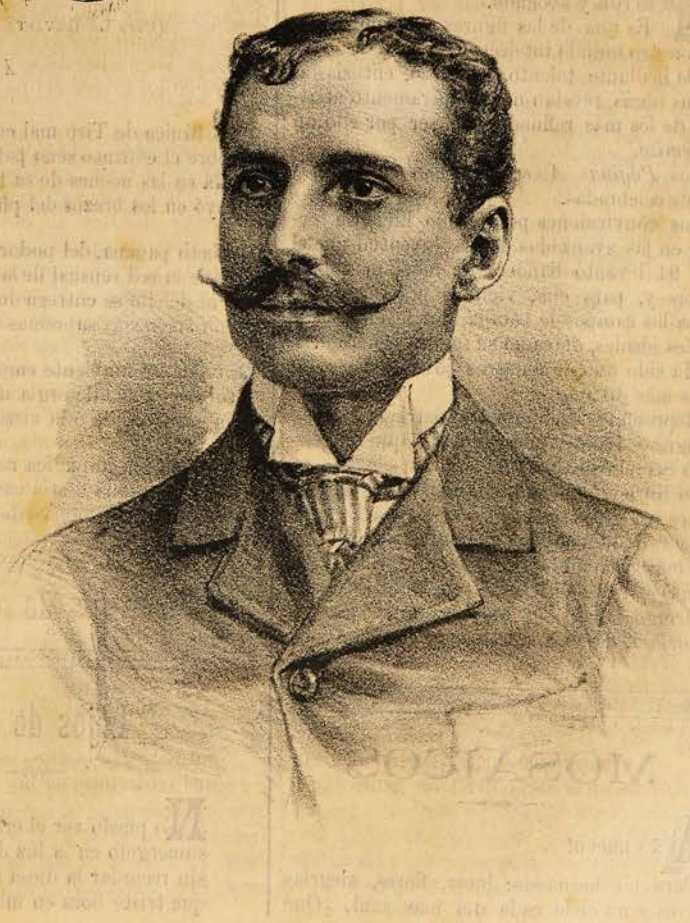


La Revista Cómica

Año III

Núm. 104

ES PROPIEDAD.



Don LUIS ORREGO LUCO

AÑO III SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE ENERO DE 1898 NÚM. 104

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE Á LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Abelardo Varela y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 números)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

GENTE DE LETRAS

DON LUIS ORREGO LUCO

Escritor y abogado.

Es una de las figuras más simpáticas de nuestro mundo intelectual.

De brillante talento, laborioso, entusiasta.

Sus obras revelan un temperamento artístico de los más refinados; sin ser por ello un *enfermizo*.

Sus *Páginas Americanas* han sido justamente celebradas.

Sus convicciones políticas lo hicieron formar en las avanzadas de esa juventud que el año 91 levantó bandera de rebelión contra viejas y, para ella, viciosas prácticas. Fué hasta los campos de batalla, donde, en aras de nobles ideales, derramó su sangre generosa.

Ha sido uno de nuestros jóvenes diplomáticos más distinguidos.

Representó con honra á su patria en el gran Congreso Ibero-Americano, del que fué elegido Secretario General.

Su libro *Pandereta*, síntesis de las impresiones recogidas en su último viaje á España, le ha valido en aquella nación los aplausos de los más renombrados maestros. En Chile, apenas se tiene noticia de tan bello esfuerzo.

Orrego Luco tiene todavía, en su marcha victoriosa, muchos laureles por recoger.

MOSAICOS

¡Año nuevo!...

Para las hermosas: luces, flores, alegrías nuevas y un cielo cada día más azul. ¿Qué mujer no es una peregrina flor de esperanza? ¡Ay de las que pierden su celestial aroma!

Para el solitario, para el sediento de verdad que hunde el escalpelo del análisis en la carne de la vida, tratando de inquirir sus profundos misterios: desengaños, dudas nuevas, sombras más intensas...

¡Año nuevo!...

El pequeñuelo bate palmas. Sobre los lechos blancos caen rosas y juguetean mariposas azules.

El anciano oprime entre sus manos la nevada cabeza, y buscando con las pupilas sin luz algo que se pierde en el espacio, concentra todo su pasado en un doliente suspiro, y tiembla, tiembla por el futuro—negro é implacable fantasma que ya acosa su espíritu...

AGRIPINA

(Para La Revista Cómica)

Á José María Barreto

La túnica de Tiro mal ceñida
sobre el ebúrneo seno palpitante,
allá en las noches de su fiebre amante
cayó en los brazos del placer, vencida.

Macbeth pagana, del pudor se olvida;
tiene la sed sensual de la bacante,
y al deleite se entrega delirante
con las ansias supremas de la vida.

La rodea un ambiente emponzoñado;
sobre el lecho de orgía maculado
su carne venda ó la virtud desprecie,

Agripina es la impúdica ramera,
la pasión de la bestia carnicera,
y el instinto protervo de la especie.

Horacio F. Rodríguez

Santa Fé. (R. A.)

Lejos de ella

No puedo ver el cristalino cielo
sumergido en la luz de la mañana
sin recordar la diosa soberana
que triste llora en mi lejano suelo.

AÑO III SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE ENERO DE 1898 NÚM. 104

Los bosques visten para mí de duelo
y hay un suspiro en cada flor temprana,
rudo pesar mis lágrimas desgrana
dando á mis ojos de cristal un velo.

Aun la miro impidiendo mi partida,
aun del besarme por la vez postrera
siento en mis labios el calor de vida.

Partí; pero al igual de una bandera
que contra el viento se la lleva erguida
vuela mi alma hacia aquel sér que espera.

ROBERTO BRENES MESÉN

CUENTO DE AÑO NUEVO

La abuela se despertó muy de mañana en el antiguo lecho nupcial esculpido de guirnaldas y de amores.

Por lo alto de la ventana que se abría al patio, comenzaba á penetrar la tibia claridad del estío, y entre ráfagas llenas de aromas, llegaban de súbito, estrépitos lejanos de la calle.

El rostro impasible de la anciana pareció cobrar alguna animación, como si los gozosos rumores matinales de la fiesta de año nuevo, hubiesen conmovido un instante su cerebro inmóvil. Pero muy pronto volvió á tomar esa expresión de indiferencia suma, de alejamiento de cuanto pasaba á su alrededor.

Y hacía tiempo que vivía así, ajena á las alegrías y á los dolores de la familia, aislada en esa ala del edificio en que se iban agrupando objetos de modas pasadas, tapices descoloridos y pálidos, é instrumentos musicales olvidados.

* * *

Cuando la vieja servidora que cuidaba de ella acudió junto á su lecho, la abuela abrió los ojos asombrada y percibiendo una alegre vibración en el campanario vecino, preguntó si se daba alguna fiesta.

—Oh, sí, señora, la fiesta del año nuevo!

—¡Del año nuevo! repitió, como si hubiera olvidado el sentido de esa frase.

La comenzaron entonces á vestir con traje de gala, amplio traje que envolvía en grandes pliegues su cuerpo enflaquecido, que había llegado á hacerse tan pequeño como el de un niño. La cubrieron con la falda de color muy negro, y sobre los reflejos de la seda, echaron el manto oscuro carmesí; y cuando los cabellos blancos estuvieron peinados y las joyas antiguas le rodeaban el cuello, la dejaron en su sillón; y su rostro pequeño de rugoso pergamino, quedó entonces casi perdido entre las blondas, el terciopelo y los encajes.

* * *

Permaneció largo rato inmóvil, había cerrado los ojos y su respiración muy débil se percibía apenas.

—¿Se me ha dicho hoy algo de una fiesta? ¿Se me ha dicho algo hoy?...

—Sí, señora, de la fiesta de año nuevo.

—¡El año nuevo! ¿Y mi esposo no ha venido hoy, en día de año nuevo?

La vieja criada se sonrió con tristeza.

—¡Ha muerto hace muchos años, señora! ha muerto hace muchos años.

—¡Ha muerto!... Y lo repitió con la mirada perdida y vaga como si no se diese cuenta del significado de la frase.

—Mi hermano Juan ha de venir hoy sin duda... Hacíamos con él grandes paseos á caballo en primavera...

Y continuó de este modo citando nombres muy lejanos, con la noción del tiempo perdida y vaga, tomando por hechos de ayer los recuerdos de la juventud, y olvidando de improviso épocas más recientes de su vida.

La vieja criada la escuchaba sin querer contradecirla, aceptando todas sus ilusiones como los balbuceos de una cháchara infantil.

Actividad extraña animaba sin duda á la pobre abuela.

Observaba el movimiento de la casa y al sentir detenerse algunos carruajes, exclamó, agitando la cabeza:

—¡Deben llegar muy pronto, muy pronto han de llegar!

* * *

En esa ala del edificio en que habitaba, había además vastos salones, y hacia la tarde consiguió ella dar algunos pasos vacilantes, colgada del brazo vigoroso de la antigua servidora.

Se detuvieron en un sitio conservado con menos desorden, y la abuela se complació observando antiguos retratos y riendo con júbilo al recordar alguna fisonomía.

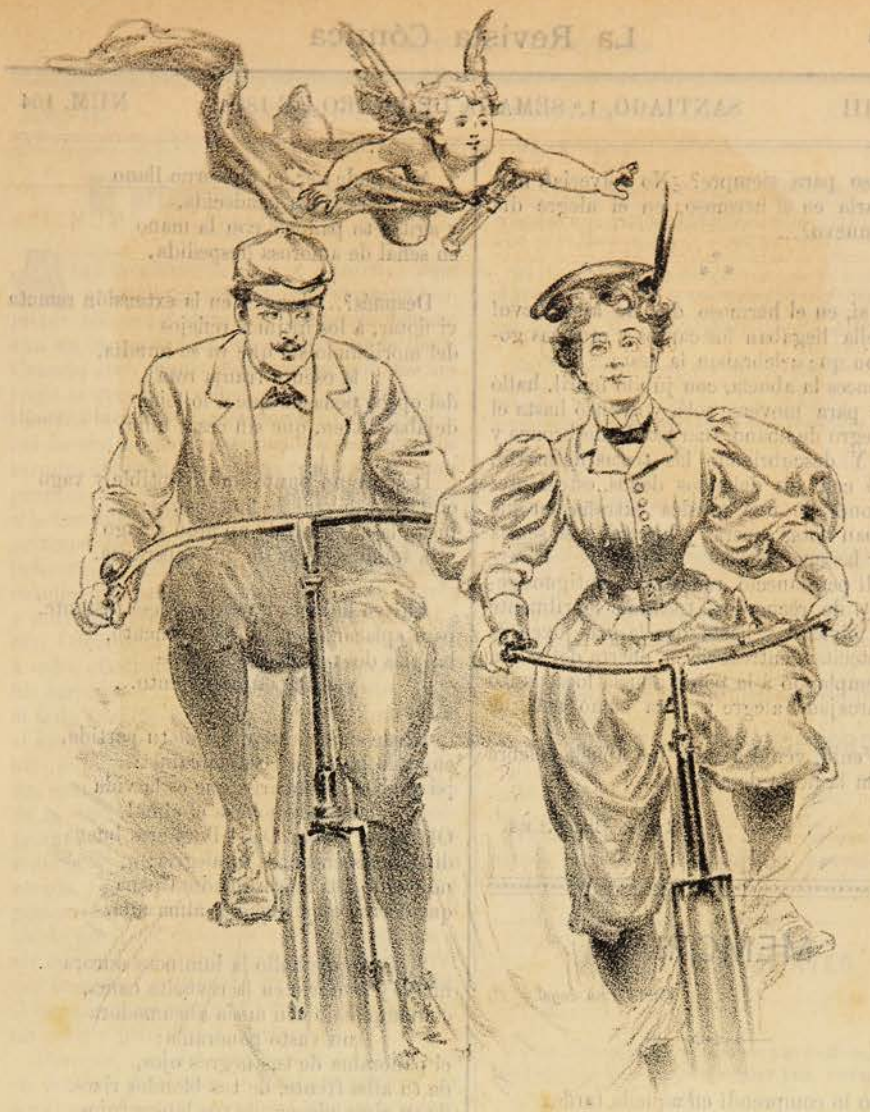
Toda la sala con sus muebles de color claro, guardaba, á pesar del tiempo y de las manchas polvorosas, una nota viva y juvenil, como si quedasen en ella perfumes de otra época, una huella tenue de las risas y las alegrías de otros tiempos.

¿No era allí donde había danzado tantas veces? ¿No era allí donde había conocido á esa brillante juventud? ¿Y ella misma no había sido entonces hermosa y joven?...

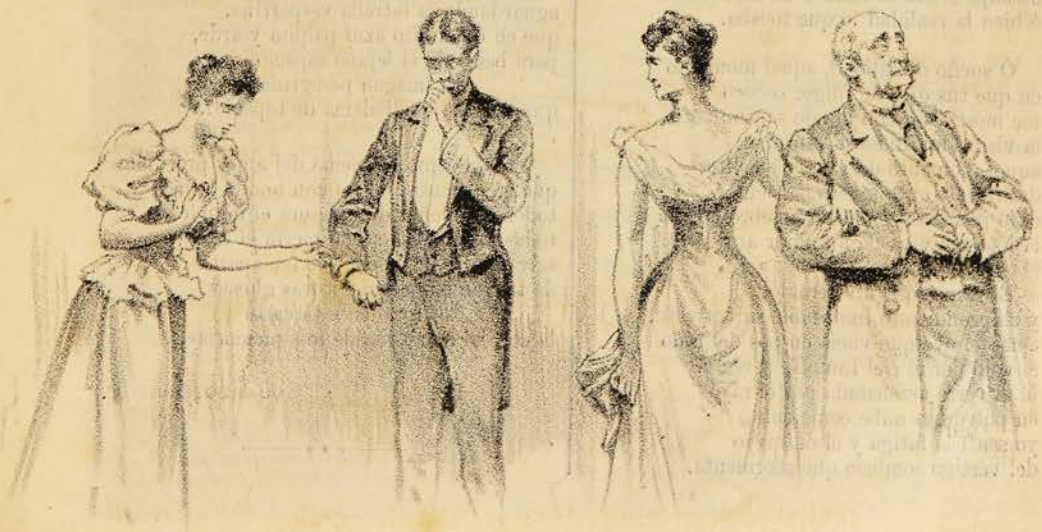
Y ellos ¿dónde estaban ahora?... ¿Se habían



¡Salud, dulces lectoras! Salud, amable público!



En camino de la felicidad.



Dulces momentos.

ido acaso para siempre? ¿No volverían más á saludarla en el hermoso, en el alegre día de año nuevo?...

***

¡Oh, sí, en el hermoso día de año nuevo! Hasta ella llegaban los cantos y músicas gozosas con que celebraban la fiesta.

Entonces la abuela, con júbilo febril, halló fuerzas para moverse sola, y avanzó hasta el clave negro de ébano, incrustado de bronce y nácar. Y descubriendo las teclas de marfil, arrancó con sus delgados dedos, estridentes vibraciones de una música extraña en que resonaban notas ásperas y broncas y se sentía estallar las cuerdas.

Y allí permaneció, rodeada de antiguos retratos y de recuerdos, tocando febrilmente danzas olvidadas, hasta que la más joven de las nietecitas entreabrió la puerta del salón, y contemplando á la pobre abuela loca, lanzó una carcajada alegre y pura como nota de cristal.

—¡Venid, venid á ver! La abuela celebra también la fiesta de año nuevo!

René Brickles

MEMORIAS

Carta á un ángel

Todo lo comprendí en aquella tarde:
tu me mirabas con tenaz empeño,
y yo, cerca de tí, mudo y cobarde,
de tu ardiente pupila mi alma esclava,
no supe si era la ilusión de un sueño
ó bien la realidad lo que tocaba.

Ó sueño ó realidad, aquel momento
en que tus ojos de fulgor oscuro
me mostraron con hondo sentimiento
la visión luminosa del futuro;
aquel momento de pasión bendita,
deslizando ante mí súbitamente,
dejó por siempre en mi cerebro escrita
la historia viva de un amor ardiente.

El tren lanzó un gemido,
y emprendiendo inmutable su trayecto,
como el ave que vuela en pos del nido
él voló por el riel inmoble y recto.
Y al verte arrebatada por el rayo
en polvorosa nube cenicienta,
yo sentí la fatiga y el desmayo
del vértigo sombrío que atormenta.

Aún pude ver en el eterno llano
asomar tu cabeza bendecida,
y agitar tu pañuelo con la mano
en señal de amorosa despedida.

Después?... después en la extensión remota
vi flotar, á los últimos reflejos
del moribundo sol que ya se hundía,
la oscura franja rota
del opaco penacho que á lo lejos
dejaba el tren, que sin cesar huía.

Después un punto imperceptible y vago
en el límite azul de lontananza;
luego la angustia de un afán aciago
y la sombra fugaz de una esperanza.

Ah! yo hubiera querido en ese instante,
para aplacar mi matador tormento,
las alas del relámpago gigante
y el ímpetu del viento...

Desde el instante cruel de tu partida,
en vano busco la perdida calma:
¡si supieras lo amarga que es la vida
cuando solloza el alma!
Oh! no lo quiera Dios! Pues eres buena,
dilaten los encantos tu alegría:
no llegue á ti la abrumadora pena
que corroe en silencio el alma mía.

Siempre me halló la luminosa aurora
mudo y sombrío en la revuelta cama,
contemplando con ansia abrumadora
un vasto panorama:
el panorama de tus negros ojos,
de tu alba frente, de tus blondos rizos,
de tu alma virgen, de tus labios rojos,
del torrente triunfal de tus hechizos.

Siempre me halló la misteriosa tarde
aguardando la estrella vespertina,
que en el ámbito azul palpita y arde,
para besar en el lejano espacio
tu imagen peregrina
que flota en su diadema de topacio...

Y hoy, como emblema del amor profundo
que reconcentra en mí con hondo anhelo
todos los sueños que atesora el mundo,
todas las ansias que despierta el cielo;
salvando la distancia que me aparta
de ti, que labras mi futuras glorias,
te envío en esta carta
la cordial expresión de mis memorias...

Eduardo Grez P.

AÑO III SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE ENERO DE 1898 NÚM. 104

El príncipe d'Enghein

Allí le afirmaron contra la pared... aquí vino á expirar; fué una venganza injusta: pobre príncipe. Le sorprendí estando aún en cama; lo hice maniatar y me lo llevé. Cuando abrí aquel pliego-orden que me entregó el general ayudante, temí algo malo; los tiempos estaban muy revueltos; *le petit caporal* de mal humor y receloso. Se me ordenaba terminantemente cruzar la frontera con mis granaderos, sorprender al príncipe y llevarlo á la terrible fortaleza. Me horroricé. Era el príncipe un niño tan hermoso, con su rostro delicado, grandes ojos azules y abundantes cabellos rubios, afable en medio de su altivez y muy valiente. Era todo un caballero y un rey. Durante el viaje iba tranquilo, dispuesto á todo, obediente y revestido de una admirable serenidad: la serenidad del justo. ¡Oh! si todo esto fué muy cruel;...—y al hablar así el antiguo y veterano coronel, sollozaba como un niño...—y había que obedecer; la disciplina, siempre la maldita disciplina. La lectura de la sentencia la oyó silenciosamente, sin sorpresa; sus últimos encargos á sus viejos servidores y un rizo de sus cabellos para su amada, fué lo único que legó. Dios mío! y pensar que era la sangre de la antigua dinastía de nuestros gloriosos reyes la que iba á ser derramada; y al hacer este recuerdo y ver tan tranquila y apacible su joven fisonomía, al ver tanta resignación y tanta bondad, casi no pude reprimir mis lágrimas.

Después, ¡ah! después, continuó el veterano en voz baja y trémula, le llevamos, ocultos por aquella noche negra, junto al foso; se le colocó un farol en el pecho y todo concluyó. Fué un asesinato infame. Aquel cuerpo palpitante, aquella esperanza cortada cuando nacía, era una terrible protesta contra nuestro tirano.

No me hagáis hablar más, sufriría mucho. Veis mi cabeza blanca, mis hombros caídos; pues bien, el eterno recuerdo del foso es el culpable;—y el pobre soldado se extremeció nerviosamente y sollozaba ocultando el rostro entre sus manos rugosas.

Aquel viejo veterano era el antiguo coronel Savary, el que apresó é hizo ejecutar al desgraciado príncipe d'Enghien.

Leoncio Rodríguez S.

PRIMAVERAL

Es Primavera:—llegan de lejos las golondrinas
á hacer sus nidos bajo el alero de mi ventana;
y á sus arrullos de notas tenues y cristalinas
yo me despierto, lleno de gozo, cada mañana.

Es Primavera:—abren su cáliz los albos lirios,...
las mariposas liban sus mieles en los rosales,
mientras que á solas con mis ensueños y mis delirios
oigo en el alma cantos de alondras y de turpiales.

Es Primavera: sombrea el muro de mi buhardilla
el viejo almendro de inmaculadas flores de nieve,...
brota en el surco que el sol abrasa, fértil semilla
que en grano de oro verá el labriego trocarse en breve.

Es Primavera:—todo se alegra,... ríen los cielos,...
natura viste su traje regio de gayas flores,...
entre las lilas ensaya el mirlo sus *ritornelos*
y yo, felice, pienso en la diosa de mis amores.

Rodrigo León

Concepción, Diciembre del 97.

Publíquense ó nó, «La Revista Cómica» no devolverá los originales que se le envíen.

Á NUESTROS SUSCRIPTORES

Toda suscripción, nueva ó renovada, debe sernos encargada directamente, acompañando su valor en la forma de costumbre.

Á NUESTROS AGENTES

Por última vez rogamos á los señores agentes remisos se sirvan arreglar sus cuentas.

ÍNDICE

En nuestra oficina, Moneda 25 F., está á venta el índice del segundo año de nuestra publicación, al precio de diez centavos el ejemplar.

Los pedidos de provincias deben venir acompañados de su respectivo valor.

COLECCIONES DE NUESTRA REVISTA

Tenemos algunas colecciones disponibles.

Valor del 1.er año..... 15 pesos
» » 2.° » ..... 10 »

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio



Muerte y navidad.

La Revista Cómica



Año III

Núm. 105

ES PROPIEDAD.



Don FRANCISCO PUELMA TUPPER

AÑO III SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE ENERO DE 1898 NÚM. 105

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE Á LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Abelardo Varela y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)	$ 4.50
Por medio año (25 números)	2.50
Número suelto	0.10
Id. atrasado	0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

Hombres de Ciencia

DOCTOR FRANCISCO PUELMA TUPPER

Uno de nuestros médicos más distinguidos.

Es miembro docente de la Universidad.

Tiene fama de excéntrico, lo que no obsta para que sus alumnos sientan por él profunda afección.

Considera un deber poner siempre la ciencia al servicio de la caridad.

A ratos ama la política. Su credo es el radical. Es exaltado, tal vez fanático; pero sus adversarios no le odian, porque saben que es profundamente sincero.

Tiene en su estudio, en lugar predilecto, el retrato de un hombre ya desaparecido,—don José Francisco Vergara,—que tuvo siempre el valor de sus ideas, que nunca traicionó por intereses personales ó conveniencias de momento. El doctor Puelma pertenece á esa vieja, nobilísima escuela, hoy *pasada de moda.*

MOSAICOS

Es la hora en que es más ardiente la caricia del sol.

En el espeso y sombrío bosque, no hay más rumor que el de la suave, cristalina canción que entona un arroyuelo mientras serpea por su sinuoso cauce.

Sobre la grama, á la sombra de los gigantescos pinos, suelta la bruna cabellera, desmayados los brazos en dulce laxitud, sonrosado el fresco rostro, cerrados los ojos que sombrean largas y arqueadas pestañas, la hermosa es la dicha florida de la existencia terrenal.

Reclinado indolente, sobre la verde grama los codos, sobre las manos las sienes agitadas, fijos los ojos en que brilla una luz extraña, el doncel varonil, contemplando á la hermosa, se extasia.

Como volviendo de un delicioso arrobamiento, entreabre ella lentamente los párpados que el amado le vuelve á juntar, poniendo sobre ellos el broche de dos besos febriles.

Luego, unidos en un abrazo, unidos en un beso, los ojos cerrados, ambos quedan adormecidos...

Entre las ramas, los pajarillos cuchichean, llenos de envidia...

IMITACIÓN

Ya listo está el barco! Si quieres me sigues,
que alegre esta playa por tí dejaré:
conozco, en la opuesta ribera, un paraje
de ensueños y dichas, florido vergel.

Ya listo está el barco! Su blanco velamen,
¿no ves cómo ondula del viento al compás?
tus negros cabellos serán mi estandarte,
tu pálida frente, mi luna será.

Tus ojos que tienen fulgores de estrellas
serán de la proa luciente fanal;
y acaso al mirarte surcar sus cristales,
endulce sus ondas salobres el mar.

Tus húmedos labios, la límpida fuente
será donde apaguen los míos su sed;
y al ver los marinos la copa en que bebo
caerán embriagados de envidia á mis piés.

Ya listo está el barco! Si quieres me sigues...
¡no sé dónde fuera contigo, mi bien!
conozco, en la opuesta ribera, un paraje
de ensueños y dichas, florido vergel.

A.

1887.

PAGINA SUELTA

Quién de mi vida penetró el misterio?
¿Quién esa historia se atrevió á leer?
Yo referirla al mundo quise un día,
¡oh doloroso pensamiento cruel!

Tomé la pluma y la mojé en el alma,
pero deciros lo demás, no sé:
sólo recuerdo que dejó la pluma
como un rastro de sangre en el papel.

HORACIO F. RODRÍGUEZ

Santa Fé (R. A.)

Por Rutina

Su modestia me sorprendía tanto más cuanto que entre esa clase de especialistas generalmente muy pagados de su habilidad, el viejo saltimbanqui me parecía más extraordinario que todos los que hasta entonces había visto.

—¡Bah señor, me decía, es cuestión de ejercicio y de costumbre, hé ahí todo! Sin duda que es preciso un poco de disposición y cierta habilidad en los dedos; pero lo que se necesita antes que todo es paciencia y trabajo cuotidiano durante largos, largos años.

Efectivamente, yo había visto á menudo, aun en humildes barracas de provincia, ejecutar la suerte que consiste en colocar á un hombre ó á una mujer en cruz contra un blanco de tablas y plantarle desde lejos cuchillos entre los dedos y alrededor de la cabeza. Esta suerte no tiene, en suma, nada de particular para el que conozca los artificios, puesto que los cuchillos no tienen absolutamente filo y se clavan á una distancia suficientemente grande de la carne.

Pero en este caso no había nada de mañas, nada de ilusión, nada de apariencias! La cosa se hacía lealmente, con entera sinceridad. Los cuchillos estaban afilados como navajas de barbero, y el viejo saltimbanqui los plantaba directamente á flor de epidermis, precisamente en el ángulo de los dedos, aureolando la cabeza con un círculo estrecho y ciñendo el cuello en una argolla de la que no podría salirse sin cortarse las carótidas.

Habíamos llegado á ser amigos y él me explicaba con mucha modestia en qué consistía el verdadero artificio incomprensible para la multitud; el eterno artificio, resumido en estas sencillas palabras:

—Tener vocación y trabajar durante largos, largos años, todos los días.

Le había llamado mucho la atención la seguridad en que yo estaba de que á él le habría sido imposible una triquiñuela.

—Sí, sí, me dijo, tenéis razón. ¡Imposible, absolutamente! Imposible hasta un punto que no os podéis imaginar. Si yo os refiriera... ¿Pero á qué bueno?

Su rostro se tornó sombrío. Lágrimas temblorosas caían de sus ojos. No me atreví á insistir y forzarlo á confidencias; pero sin duda mis miradas fueron menos discretas que mi palabra y le exigían que hablase. Y obedeció á aquella súplica muda.

—Después de todo, dijo, ¿por qué no contaros lo que ocurre?... ¿Comprendéis?

Y añadió, tornándose de pronto feroz su expresión:

—¡Ella sí que lo ha comprendido, ella!

—¿Quién? pregunté.

—La infame de mi mujer. ¡Ah, señor, la abominable criatura... si supierais!

Su mujer era la que diariamente se colocaba delante del blanco de tablas, con los brazos en cruz y los dedos extendidos; y el viejo saltimbanqui calzaba éstos y nimbaba su cabeza con los cuchillos afilados como navajas de barbero y plantados á flor de epidermis.

La mujer podría tener cuarenta años; debió haber sido muy bonita, pero con una belleza perversa, con una nariz insolente, ojos crueles, boca á la vez sensual y maligna, el labio inferior demasiado carnudo en contraste con el superior, delgado y seco.

Yo había observado varias veces que cada vez que el cuchillo penetraba en el blanco, ella lanzaba una risilla apenas perceptible, pero significativa cuando se la oía; una risilla agria y soberanamente desdeñosa.

—¿Eh. Habéis observado su risa? ¡Su malvada risa que se mofa de mí, su risa cobarde que me provoca! Cobarde, sí pues que ella sabe bien que nada puede acontecerle; nada, á pesar de todo lo que merece, á pesar de todo lo que yo debería hacerle, á pesar de todo lo que *quiero* hacerle.

—¿Y qué queréis?

—¡Diablo! ¿No lo adiviná is? ¡Quiero matarla!

—¿Matarla por qué...?

—¿Porque me ha engañado? Nó, absolutamente. Eso, os lo repito, se lo he perdonado hace tiempo. ¡Estoy de tal manera habituado á ello! Pero lo peor es que la primera vez que la perdoné, cuando la dije que si gustara podría cortarle el cuello el mejor día, sin que apareciese como de propósito, sino por un accidente, por torpeza...

—¡Ah! ¿Le habéis dicho eso?

—Ciertamente. Y pensaba hacerlo. Sí, pensaba poder hacerlo. ¡Tenía perfecto derecho, vaya! ¡Y era cosa tan sencilla, tan tentadora! ¡Imaginaos! Un susto, un movimiento en falso, de un centímetro apenas, y héla cortada por la yugular. ¡Cortan tan bien mis cuchillos! ¡Y, una vez cortada la yugular, cuestión de tres flujos de sangre y, vengado!

INSTANTÁNEA



TARTARÍN

¿Tartarín? —Quién se firma así?—pregunté un día á *Tatín*, en su elegante estudio, después de almorzar.

El *cuico* Víctor Grez—contestó, sin volver la vista, preocupado muy mucho como estaba en dar la pincelada propia en un retrato que pintaba con *amore*.

El *chico?*—Ese buen amigo, cuyos bigotazos rubios nos son tan queridos? Bueno es ello. Y hojeaba *La Flecha*.

Leí algunas. Luego devoré las más.

Algunas eran preciosas, otras deleitosas, aquéllas amenas, éstas, sencillamente *bien escritas*. Se veía á *alguien*.

Me agradaron, y las aplaudí. Así se lo confesé después á Víctor.

Grez es un prosador fácil y correcto, aunque ande lejos del arcaísmo. Se ha dado en cuerpo y alma al género de crónicas elegantes; ese género tan ligero en apariencia; pero tan difícil en el fondo. Peligroso, sobre todo. Se necesita mucha flexibilidad de talento, mucha docilidad, mucha fantasía despierta é inagotable, para hacer el comentario del hecho vulgar, para que *resulte* la que un *chroniquer* parisiense llamaba, con mucho acierto, *la historia de lo que no ha sucedido.*

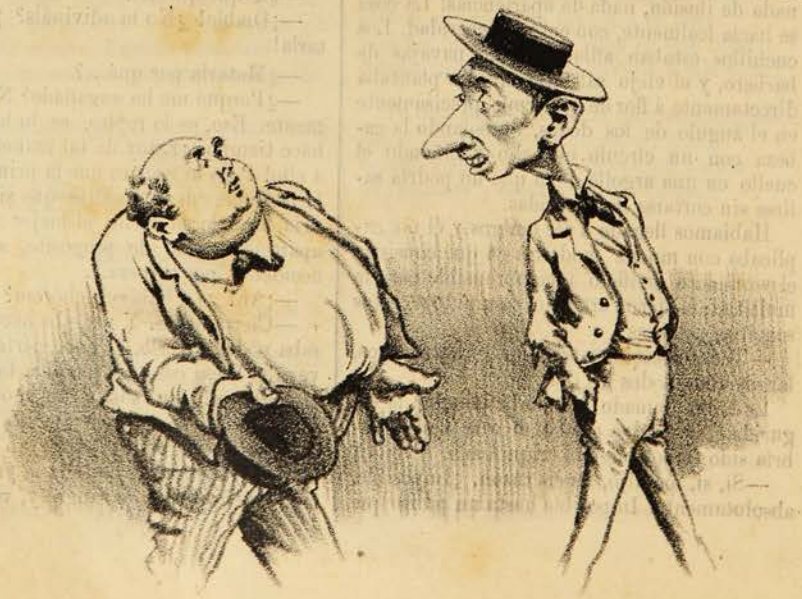
Tartarín es un buen santiaguino. Su lápiz de revistero, ha tenido siempre la predilección por *su* ciudad, y sus bocetos de esa vida y de ese mundanismo, son curiosos y sobre todo exquisitos.

Grez ha trabajado algo, y descansado más. Sólo que antes no descansaba como ahora, arrellanado en su butaca de Regidor. Es el Benjamín del Consejo Municipal.

De cuando en cuando escribe. Frecuenta poco ó casi nada, las redacciones de los diarios. Lee poco y pasea mucho. Fuma buen tabaco y... tiene veinticuatro años.

En el seno de la amistad es franco, leal. Es lo que se llama un *buen muchacho.*

Ambrogi

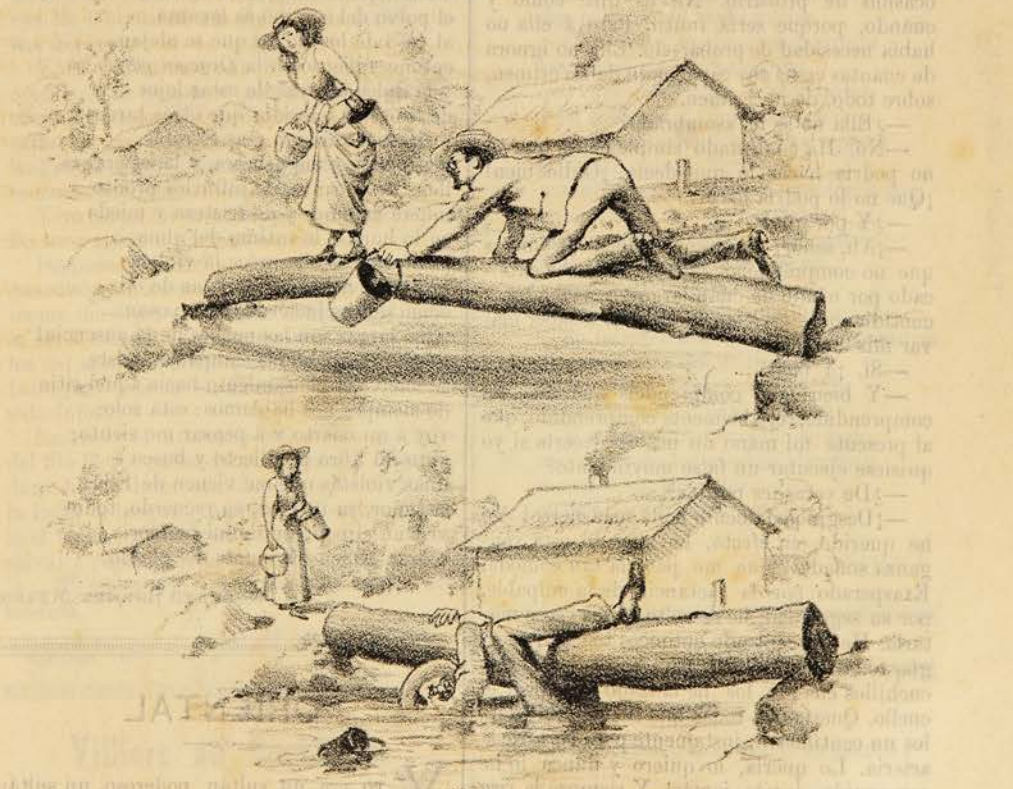


—Señor, tengo tanto hambre!

—Y yo más que tú.



Baños.



En el campo.

AÑO III SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE ENERO DE 1898 NÚM. 105

—Es verdad. Horriblemente cierto.

—¿Y sin peligro para mí, verdad? Una desgracia, hé ahí todo; un desliz, un error, como acontece cada día en nuestro oficio. ¿De qué se me acusaría? ¿Quién pensaría siquiera en acusarme? ¡Homicida por imprudencia, no más! Aun se me compadecería antes que acusarme. ¡Mi mujer, mi pobre mujer, diría yo sollozando! ¡Mi mujer que me es tan necesaria, que es la mitad de mi sostén, que hace parte de mi todo! Creed que me compadecerían.

—Sin duda alguna.

—¡Y cómo sería de bella esta venganza, la más bella de todas las venganzas, con la impunidad asegurada!

—Evidentemente.

—Y bien, cuando le he dicho todo esto como os lo digo ahora, y más aun, amenazándola, loco de rabia, resuelto á hacerlo tal como lo pensaba, ¿sabéis lo que me respondió?

—Que vos erais un hombre honrado y que seguramente no tendríais el atroz coraje de...

—¡Ta, ta, ta! Y no soy tan honrado como lo creéis. La sangre no me asusta. He tenido ocasión de probarlo. No os diré cómo y cuándo, porque sería inútil. Pero á ella no había necesidad de probárselo. Ella no ignora de cuántas cosas soy capaz, aun de un crimen, sobre todo, de un crimen.

—¿Ella no se ha asombrado?

—Nó. Ha contestado simplemente que yo no podría hacer lo que decía. ¡Oidlo bien! ¡Que no lo podría hacer!

—¿Y por qué?

—¡Ah, señor; ¿no comprendéis? ¿Cómo es que no comprendéis? ¿Pero, no os he explicado por medio de cuán largos, y pacientes, y cuotidianos ejercicios he llegado á saber clavar mis cuchillos?

—Sí. ¡Y bien!...

—Y bien: ¿no comprendéis que ella ha comprendido, terriblemente comprendido, que al presente mi mano no me obedecería si yo quisiese ejecutar un falso movimiento?

—¿De veras, es posible?

—¡Desgraciadamente nada más cierto! Yo he querido, en efecto, he querido esta venganza soñada y que me parecía tan cómoda. Exasperado por la jactancia de la culpable, por su seguridad, he resuelto varias veces matarla. He concentrado entonces toda mi energía, toda mi habilidad, para hacer desviar los cuchillos cuando los he lanzado á bordear el cuello. Quería con todas mis fuerzas oblicuarlos un centímetro, justamente para cortarle la arteria. Lo quería, lo quiero y nunca lo he conseguido, jamás, jamás! Y siempre la risa insolente de la infame se ha mofado de mí, siempre, siempre!

Y en un diluvio de lágrimas, con estertores de rabia insaciada y reprimida, concluyó, rechinando los dientes:

—¡Ya me conoce ese rocín! Está en el secreto de mi trabajo, de mi paciencia, de mi artificio, de mi rutina, vamos! Ve en el fondo de mí mismo, y ve claro, más claro que vos, más claro que yo. Conoce que he llegado á ser una máquina sin defectos, una máquina de la que ella se burla, una máquina bien montada, una máquina inalterable: sabe bien que yo no *puedo* falsear mis movimientos.

JUAN RICHEPIN

DE LEJOS

ABAJO, allá tras la montaña, se hunde
envuelta en una atmósfera dorada
una tarde sin nubes y sin viento.
Venus, la estrella del amor, declina
como gota de llanto hacia los bordes
de la copa infinita de los cielos;
el polvo del camino se levanta
al paso de los carros que se alejan....
entonces pienso en la *Oración por todos*
y la dulce tristeza de estar lejos
de los séres queridos que otras tardes
recitaron conmigo esas estrofas,
me invade y me penetra, y la esperanza,
llena de encanto, de mirarlos pronto
muere de amor y de tristeza y miedo
en lo hondo, lo íntimo del alma.
Conforme se obscurece la violeta
profunda del espacio, gotas de oro
como dulces luciérnagas se posan...
¡Qué largas son las noches de la ausencia!
Suenan las ocho las campanas; triste
se vuelve el pensamiento hacia aquel sitio
do siempre nos hablamos; está solo;
voy á mi cuarto y á pensar me siento;
abro mi libro predilecto y busco
unas violetas que me vienen de Ella:
su amor, su imagen, su recuerdo, todo
vela en el panteón de mi memoria,
sólo duermen los sauces del olvido.

ROBERTO BRENES MESÉN

ORIENTAL

Yo era un sultán poderoso, un sultán poeta. Cuando al són de mi guzla mora, toda magnífica con sus incrustaciones de pedrerías de Oriente, mi kásida rasgaba los ai-

AÑO III SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE ENERO DE 1898 NÚM. 105

res, las odaliscas musulmanas y caucásicas caían en mis brazos desfallecidas de amor.

Pero yo no amaba sino á Zelmira, la bella sultana de ojos negros como los del arcángel Asrael. Ella era mi kadina predilecta. ¡Oh! un lirio moreno de un bello país lejano!

Y conquisté para ella la gloria cuando llegó la hora de los alfanjes y la media luna se abrevó en una piscina sangrienta.

Y la di brazaletes regios y para sus piecesitos de flor de almendro, ajorcas de oro macizo, donde el orfebre más famoso de la Ciudad Santa aprisionó en engarces maravillosos cien brillantes de Golconda que valían un reino.

Yo deshojé para mi real sultana Zelmira todos los rosales de mis rimas al són de mi rica guzla mora. ¡Oh! Si estaba loco por mi sultana.

Y yo, el sultán poderoso y poeta, partí al frente de mis guerreros cuyas cimitarras, llevadas en alto, se arqueaban resplandecientes por sobre sus turbantes moriscos. Marché á la conquista del laurel de oro, al país de las montañas del oro.

Y de nuevo triunfó la media luna. De vuelta, dos mil camellos me precedieron, cargados con los laureles de oro del país de las montañas del oro.

Y mi ciudad me recibió en medio de aclamaciones de júbilo, al són de las fanfarrias triunfales, mientras en un trueno harmonioso gritaban las doncellas y los heraldos en la lengua de sus trompetas de plata: ¡sólo Alah es grande! Gloria al vencedor!

Y yo reí en mi corazón, pensando que aquello sería grato á mi bien amada.

Después Eliezer, el jefe de mis eunucos, guardador de mi serrallo, amargamente, ferózmente me dijo:—«Vuestra kadina predilecta, la bella sultana Zelmira, de ojos negros como los del arcángel Asrael, el lirio moreno de un bello país lejano, en vuestra ausencia os ha sido infiel.»

Entonces oí una muy brava voz que salía del filo de mi puñal damasquino con empuñadura hecha de un solo diamante:—«Cortad á la infiel la lengua y heridle los pechos, rajadle el vientre y amarradla á la cincha de cuatro salvajes yeguas berberiscas.»

...Y me quedé triste, con una muy triste tristeza.

A. Bórquez Solar

Santiago, 1897.

Villiers de Buckingam

En el país donde reina el hastío,
donde todo es tristeza y misterio
y el invierno nostálgico y frío
ha extendido su túrbido imperio;
el país insomnial donde flotan
negras brumas que opacan el cielo;
donde todas las ansias se embotan
y se apaga el erótico anhelo;
en el viejo país claudicante,
y en un rápido día risueño,
nació el rey de la corte galante,
el sultán del idílico ensueño:
y al nacer Lord Villiers ese día
en la tierra de grises mirajes
hubo allá en la invernal lejanía
una inmensa explosión de celajes!...

Duque excelso, brillaba en su corte
con las lumbres de un pálido Febo;
y fué ideal, misteriosa consorte,
Ana de Austria, del lánguido efebo...
Esparcía en su torno fragancia
cual de pétalos suaves de lirios:
cautivó por su extraña elegancia
y reinó por sus dulces delirios...
El tenía en sus bellos blasones
blancos cisnes en campos de gules;
y erectando sus níveos plumones,
dos palomas de senos azules...
Celebraron sus hondos deliquios
los poetas de cálidos climas,
que cantaron en sus hemistiquios
y en scherzos y yámbicas rimas...
Por su espalda los bucles espesos
el rizado cabello derrama;
¡cuántos besos de amor, cuántos besos,
encendieron sus álgidas flamas!
Por sus vivos alientos de artista
le sonrieron ardientes amores,
y enlazó su dichosa conquista
con fragantes cadenas de flores...
Su esbeltez de esplendente arrogancia
de aristócrata duque brillante,
de la olímpica reina de Francia
lo hizo el áurico paje galante.
Y el heráldico príncipe egregio
nació allá do los nimbus abruman
y cual vivo, lilial florilegio,
eucarísticos lirios se esfuman!...

José C. Mixco L.

COLECCIONES DE NUESTRA REVISTA

Tenemos algunas colecciones disponibles.

Valor del 1.er año..... 15 pesos
» » 2.° » ..... 10 »

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio



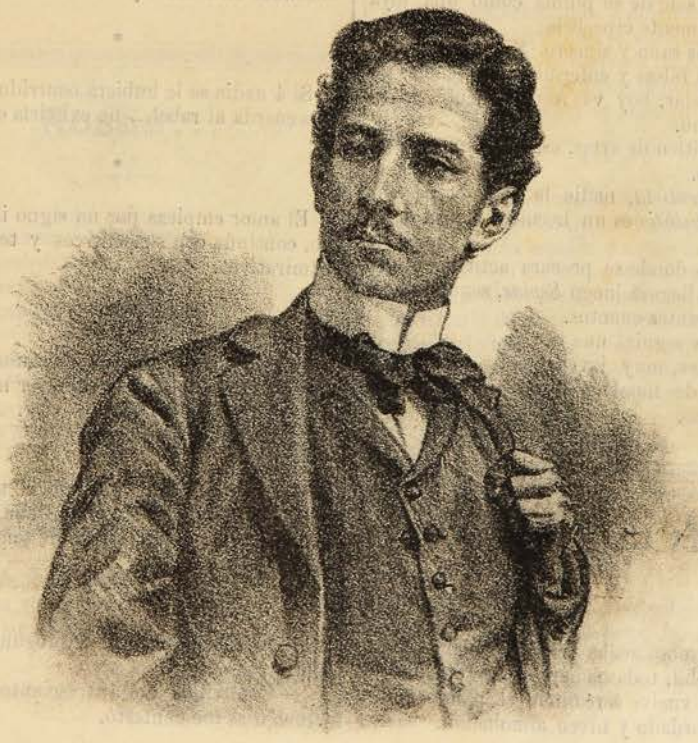
Paliza muy merecida.

La Revista Cómica

Año III

Núm. 106.

ES PROPIEDAD.



Don EMILIO RODRÍGUEZ MENDOZA

AÑO III SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE ENERO DE 1898 NÚM. 106

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE Á LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Abelardo Varela y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 números)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

GENTE DE LETRAS

DON EMILIO RODRÍGUEZ MENDOZA

ADE GÉRY, que todos conocen. Brillante *chroniqueur*. El único. Mucho, muchísimo *esprit*.

Nadie como él, analizando nuestra vida diaria, descubre y pone tan bellamente de relieve lo grande de lo que aparece pequeño y lo deleznable de las vanas grandezas.

La frase sale de su pluma como una joya maravillosamente cincelada.

Su arte es sano y sincero. Si en sus primeros tiempos falsas y enfermizas tendencias lo hicieron dudar, hoy va resueltamente por el buen camino.

Como crítico de artes, es de los más doctos y honrados.

Como *cuentista*, nadie le ha sobrepasado. *Gotas de absintio* es un hermoso florón de su corona.

De París donde se prepara actualmente su impresión, llegará luego *Sepias*, segunda serie de sus elegantes cuentos.

A Sepias seguirá una novela.

Rodríguez, muy joven y muy trabajador, es ya una de nuestras figuras literarias más distinguidas.

MOSAICOS

La hermosa acaba de abandonar el lecho. Débil, todavía bajo el lánguido influjo del sueño, vuelve á reclinar el pálido rostro sobre el bordado y níveo almohadón.

La espesa cabellera se desparrama en negra cascada.

El suelto y entreabierto peinador de seda rosa ondula acompasadamente, con un dulce *frou-frou* y dejando entrever bajo su desorden dos puntos delicados,—acaso dos picos de tiernas palomas que se estremecen.

Las ropas que cuelgan del lecho cubriendo el cuerpo en abandono, se ciñen y hacen traición á la delicia de la gracia ideal de las formas.

En su cuello hay uno de esos pliegues que tienen el encanto de algo como el jugueteo de una sonrisa.

Un hilo de sol cae sobre su rostro; y entonces de la flor de sus labios parece brotar desmayado un beso...

DEL ÁLBUM

DE

¡MI EXPERIENCIA!...

Dos cosas que requieren igual cuidado: encender un fósforo y tratar una mujer.

*

Si á nadie se le hubiera ocurrido agregarle una cuerda al rabel... no existiría el violín.

*

El amor empieza por un signo interrogativo, continúa con suspensivos y termina con admirativos.

*

—¿En qué está la gracia de una mujer?
—En ser buena, pudiendo ser mala.

*

—Acaso pueda no sentirse el acero de un puñal envenenado; sólo la mirada de una mujer bonita no dejará nunca de sentirse.

*

—¿Qué son los años? le pregunté á un cigarrero.

—Cigarrillos de á trescientos sesenta y cinco días me contestó.

AÑO III SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE ENERO DE 1898 NÚM. 106

*

—¿Por qué no será nunca tan grande como el primero el segundo amor?
—¡Qué pregunta!... porque consumió el primero la sinceridad.

*

El corazón es como las brasas: primero fuego y después ceniza, que cae para siempre al recibir un soplo: el de la muerte.

*

Cuando las mujeres no han pasado de los veinte, cuentan los años con pétalos de rosa, y cuando han pasado de los treinta,... con cuentas de rosario.

*

—Milton se casó tres veces.
—Pero era ciego...

*

—¿Cuál es el peor de los *géneros*?
—¡Cuál ha de ser! El *humano*.

A. DE GÉRY

A 3 del mes de las esperanzas... por ser el primero de 1898.

Rosas...

Cuando veo deshojadas
y marchitas por el suelo
ir arrastrando su duelo
blancas rosas perfumadas;

cuando las veo en oleadas
por entre el fango y el hielo
ir gimiendo sin consuelo
como hermosas olvidadas,

humedécense mis ojos
y veo amagar mi frente
una corona de abrojos,

porque la pobre alma mía
piensa en la amada ausente
y en las pasiones de un día.

A. VARELA

El Poema de las Lágrimas

I

Una blanca beldad fascinadora
de rubia trenza y seno floreciente,
de claros ojos como tersa fuente
y risa más alegre que la aurora;
por ameno jardín, que el sol colora,
camina placentera y diligente,
cuando su falda leve y transparente
prende un rosal con rama punzadora.
Dichoso acariciando á la hermosura
se estremece el rosal, como una llama,
al romper la beldad su ligadura.
Pétalos rojos llueven de la rama.....
Es que el rosal, perdida su ventura,
llanto de sangre por la infiel derrama.

II

Esplendores magníficos, brillantes
curvas de plata y majestad divina
muestra su cuerpo escultural de ondina
al salir de las olas murmurantes.
Las tembladoras gotas rutilantes,
con que ciñera el agua cristalina
su inmaculada frente alabastrina,
fingen regia corona de diamantes.
A la luz cegadora que desprende
su desnudez triunfante y deliciosa,
en gentilizo amor todo se enciende.
Da en su cabello el sol besos de oro,
y el mar, abandonado por la hermosa,
vierte á sus blancos pies amargo lloro.

III

La beldad, sonrosada como el día,
esparcido el raudal de su cabello
por la mórbida espalda y níveo cuello,
llega al arroyo de la verde umbría.
Un vaso llena en la corriente fría,
y al rozarlo después su labio bello,
tiembla el vaso, feliz, lanza un destello,
y campo y sol refleja en su alegría.
Cuando su viva sed siente aplacada,
la hermosura retira, indiferente,
el cristal de su boca de granada.
Tórnase triste el vaso, antes riente,
y por su faz, de nieblas empañada,
se desliza una lágrima luciente.

IV

Suspiran los ardientes ruiseñores,
llena la luna el mar, valles y lomas,
y, en álamo frondoso, dos palomas
cambian roncos arrullos gemidores.

Manuel V. Ugarte



Poeta argentino.

Un tiempo dirigió en Buenos Aires una preciosa publicación *La Revista Literaria*.

Actualmente reside en París.

Su inspiración está empapada en sentimiento.

Sus versos fluyen con una incomparable dulzura.

Nuestros lectores conocen ya su brillante y harmoniosa *Serenata* y varios de sus donosos sonetos.

La Revista Cómica, que se honra en contarle entre sus más talentosos colaboradores, publicará en breve una serie de bocetos de poetas jóvenes franceses, trazados especialmente para ella por tan delicada pluma.

EN VIAJE



El esposo.—Malas intenciones le veo al mocito. Dormiremos con un ojo.

La esposa.—¡Si se durmiera Cornelio!

Pierrot.—(Haciéndose dormido). ¡Oh Morfeo! Cierra los ojos del viejo y soy feliz.



¿Que traes de nuevo?

—Un calor elevado á cien grados y el fracaso argentino más tremendo en la cuestión de límites.



En los aires, cuando pasa,
vibran alegres canciones,
y brotan sobre sus huellas
locas orgías de flores

SEÑORITA ADELA EDWARDS MAC-CLURE

AÑO III SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE ENERO DE 1898 NÚM. 106

La bella viste encajes, raso y flores;
y, cual rocío en las fragantes pomas,
en su pecho gentil lleno de aromas
lanza un collar de perlas sus fulgores.
Un dichoso amador, en tierno lazo,
á la beldad fascinadora oprime,
besándola en su labio de escarlata.
Y, á la presion del venturoso abrazo,
roto el collar de perlas, dulce gime,
y en lágrimas radiantes se desata.

V

Vierte el mustio rosal llanto encendido,
del vaso rueda lágrima luciente;
llora el collar de perlas refulgente,
y llora el mar y estalla su rugido.
Llora también el amador rendido:
que la beldad de inmaculada frente
es estatua de mármol esplendente...
y en el mármol jamás vibró un latido.
Todo tiene una lágrima ó lamento,
todo... menos la bella seductora,
causa de tanto mal y hondo tormento,
que, arrogante, impasible y triunfadora,
responde á los dolores dando al viento
su risa más alegre que la aurora.

MANUEL REINA

UNA SESION

EN LA

CÁMARA DE DIPUTADOS DEL PORVENIR

LA ESCENA PASA EN 1995

Se acerca la hora de la apertura de la sesión. Las señoras diputadas entran por grupos y suben lentamente á la sala de las sesiones, charlando en voz muy alta.

Sus polleras, angostas y sencillas, les llegan un poco más arriba del tobillo, y sobre los cabellos, cortados á la altura de la oreja, llevan un sombrerito de forma masculina.

Unos cuantos diputados, colocados á uno y otro lado de la escalera, miran respetuosos y mudos pasar las reinas desdeñosas.

Algunos quieren darse ciertos aires vencedores y sólo llegan á aparecer grotescos. Otros tienen la actitud compungida de un sacristán viejo mirando pasar al obispo.

Los diputados están en sesión.

Varias voces de mujer:—Pido la palabra.

Una voz de hombre: -Por favor, señoras, no todas á la vez!

Una mujer:—Hago observar á la señora presidenta que soy yo la que ha pedido primero la palabra.

La presidenta:—Concedida.

—He pedido la palabra, para decir que el proyecto presentado por el honorable diputado por el departamento de A., no tiene sentido común. Es un absurdo...

Una voz de hombre (con mucha cortesía): —Un poco de moderación, colega.

—¿Cómo moderación? Le voy á dar moderación. Nos quieren poner un impuesto sobre nuestros loros y hasta sobre las inofensivas cotorritas, y piden moderación? Es una infamia!

—Oh! Oh!

—Si, señor, infamia. Yo sé que esto les pone nerviosos al ver que nosotras queremos con toda el alma á estos animalitos. Revientan de rabia y...

—¡Oh! no tanto...

—No quiero ser interrumpida. Digo que revientan y nos quieren suprimir los loros y las cotorritas, (¡pobres pichoncitos!) como nos han suprimido ya la mitad de nuestros perros, con sus bestialidades de impuestos. (Como con lágrimas en la voz y en actitud de invocación). ¿Pero qué es lo que nos quedará entonces para querer y acariciar?

Una voz enérgica:—Vuestros maridos ó vuestros amantes y los niños que de ellos tendréis.

(Pequeños gritos de indignación).

Una rubia toda ruborosa: —¡Qué indecente!

El autor del proyecto (con suavidad):—Me permito hacer notar al honorable colega, que el impuesto que yo propongo no es tan exhorbitante...

La opositora (con vehemencia):—Que no es tan exhorbitante! No tan exhorbitante! No faltaría más sino que fuera tan exhorbitante! ¡Anda, imbécil!

Algunas voces:—Al orden! al orden!

—¿El orden? Me siento encima de él. Y nadie me hará callar cuando quiero hablar y decir á este individuo que, por el hecho mezquino de tener personalmente odio á los loros...

El proyectista (con acento de sinceridad): —¿Yo, odio? Nó, señora; ni odio ni amor les tengo. Sólo me parece justo, razonable, imponer y mucho, á todos los artículos de lujo, y en primer lugar á esos bichos perfectamente inútiles, cuando no fastidiosos.

Una voz de mujer: -Muy bien! Apruebo. Yo votaré...

La opositora (con rabia):—¡Vieja pava!

—¿Vieja? ¡Vieja! Bien puede decirlo Vd.

AÑO III SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE ENERO DE 1898 NÚM. 106

que tiene, por lo menos dos veces mi edad.

—¿Dos veces? ¡Mentirosa!

—Mentirosa, nó. Todo el mundo sabe que Vd. se tiñe el pelo.

Varias voces de mujer:—Sí! sí! se sabe! se sabe!...

—¡Mentirosas todas! Todas calumniadoras!

(La presidenta agita nerviosamente la campanilla).

—Señoras, les voy á aplicar la censura.

—Censura y todo, me importa un bledo. Mejor sería que preguntase Vd. á esta señora para quién abre sigilosamente la puerta de su casa, ciertas noches obscuras...

Voces de hombres y de mujeres (con entonaciones diferentes):—¡Oh! ¡oh! ¡oh!

—¿Qué es lo que dice aquélla?

—Sí, señora. Todo el mundo lo sabe, todo el mundo lo ha visto.

Voces de mujer:—Sí! sí! se sabe! se ha visto!...

—Es una calumnia! Es una indignidad! Vd. me dará satisfacción de estas palabras!

La presidenta agita más nerviosamente la campanilla. El elemento femenino se agita gozoso; el elemento masculino se frota las manos hasta descoyuntárselas. Las dos adversarias, llegadas al colmo de la exasperación, escalan los asientos para juntarse y morderse.

—Espérate miserable, yo te voy á enseñar...

—Bicho feo, vas á ver que paliza...

—Te voy á cortar la lengua, víbora!

—Te arrancaré tu sucia peluca pintada, ¡bruja!

—Veneno!—Peste!—Demonio!—Vieja!

Tumulto indescriptible. Las mujeres silvan. Los hombres abren apuestas. La presidenta, que no puede más, resuelve desmayarse. La campanilla rueda por el suelo.

GAVROCHE

EL PRECURSOR

(Para LA REVISTA CÓMICA)

En la primera página
del álbum de la señorita
María R. Calle

El poeta, soñando, vagaba
como una ave perdida en lo inmenso:
el hoyuelo de un nido buscaba
para en él, á su abrigo, cantar.
Y encontrólo por fin. Del plumaje
de algún cisne muy blanco formado
ó del velo de un níveo traje
de mujer que se va á desposar.

Ese nido es la página blanca
de tu álbum de joven que sueña
con los dardos de fuego que arranca
de su aljaba Cupido, el rapaz.
Y, al sentir como suave tibieza
de santuario ó de alcoba ó de seno,
el poeta su lied de terneza
moduló, vislumbrando tu faz.

Y su canto fué arrullo. Las notas
que dejaba escapar de su lira,
traduciendo las ansias ignotas,
como en ronda, volaban á ti.
Y ya cerca, muy junto tu oído,
aleteaba el tropel invisible
y, en suspiros al fin convertido,
murmuraba en los aires así:

—Princesita morena, á lo lejos
he sentido atracciones de lumbre,
las que ejercen los vivos reflejos
en el ave perdida en lo azul.
Y hasta tí, como heraldo, he venido
á anunciarte que llegan los príncipes
de la musa, el rondel y el sonido:
¡son los magos, la estrella eres tú!

Mi canción, el murmurio de un alma,
la primera será que te arrulle,
y en su verso el latido sin calma
de un febril corazón oirás.
Cantaré la genial simpatía
que difundes, despiertas, impones
y en la hamaca del sueño, María,
meceréte del ritmo á compas.

Y, al perderse mi canto en la brisa,
vibrarán otras liras, como aves
que, al rayar la alborada indecisa
ejecutan un himno orquestal.
Ven y asoma tu rostro de hermosa
y contempla... Aparecen los bardos
en la azul lejanía borrosa...
Te divisan... salúdante ya.

Ahí viene el poeta del Norte
á entonar sus nublosas baladas
y el poeta también de la corte
á rimar su canción provenzal.
y á poner á tus pies las estrellas
y el audaz modernista á ofrecerte
tus relieves y curvas copiar.

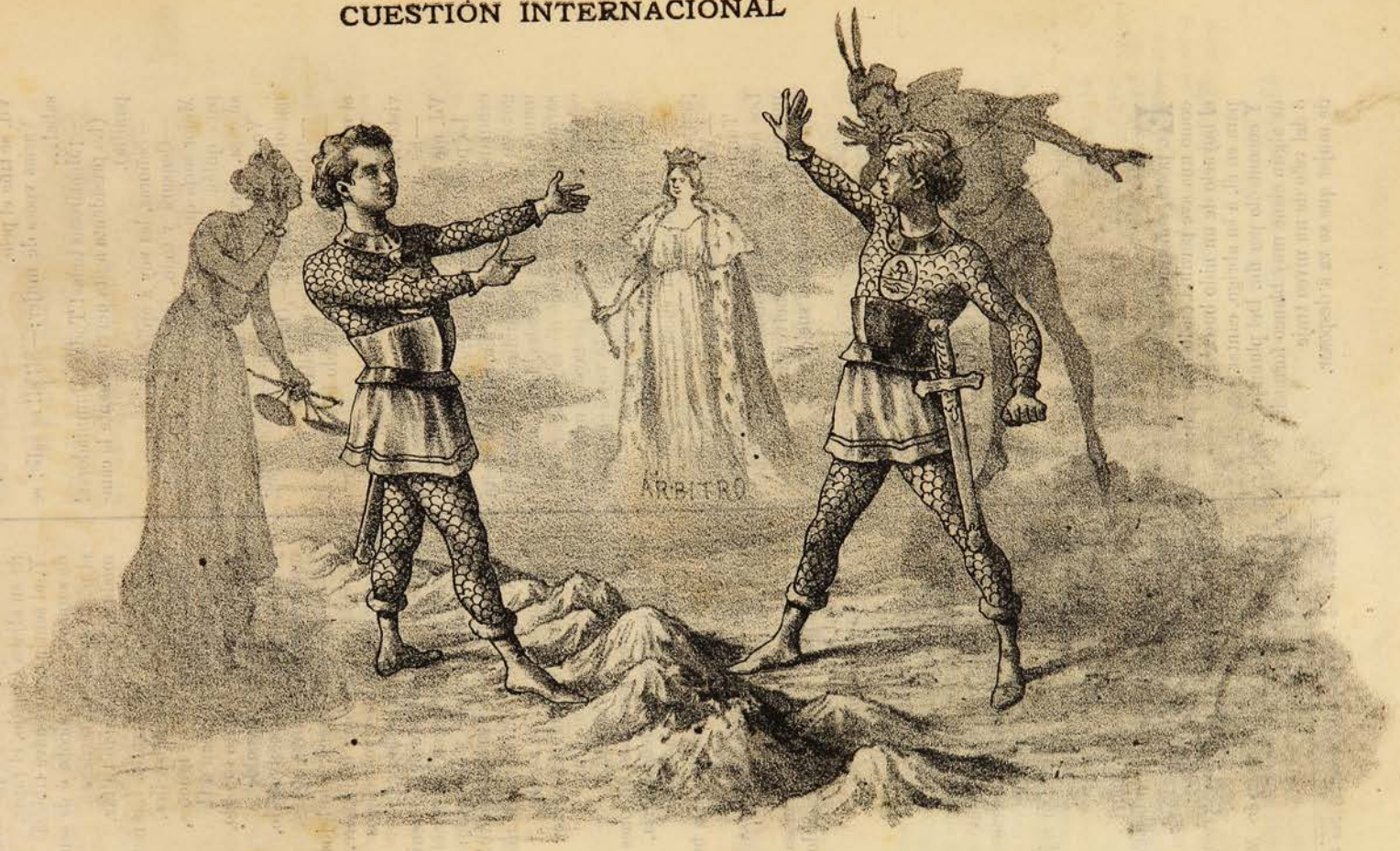
Ahí viene... Escuchad. A tu reja
ya preludian sus líricas voces.
Loarán tu boquita bermeja
y tus ojos, tus formas, tu amor...
Y yo en tanto su ritmo te embriaga,
gozaré contemplando en silencio
tu lumínico rostro de maga...
¡Qué principien!... ¡Yo fuí el precursor!

FRANCISCO MOSTAJO

Arequipa (Perú) 1897.

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio

CUESTIÓN INTERNACIONAL



LA SITUACIÓN

La Revista Cómica

Año III

Núm. 107

ES PROPIEDAD.



Don JOAQUÍN WALKER MARTÍNEZ

AÑO III SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE ENERO DE 1898 NÚM. 107

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE Á LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Abelardo Varela y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)	$ 4.50
Por medio año (25 números)	2.50
Número suelto	0.10
Id. atrasado	0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

HOMBRES DEL DÍA

DON JOAQUÍN WALKER MARTÍNEZ

Fogoso periodista y orador.

Político exaltado. Implacable, muchas veces.

Hasta el año pasado fué el portabandera de las huestes conservadoras.

Después, cambiando la manopla por el guante blanco, ha representado dignamente á su patria, primero en el Brasil, y luego en la República Argentina, ante la cual está acreditado en la actualidad.

Su clara inteligencia, el vigor de su carácter, su patriotismo bien probado, son garantías de que sabrá en todo momento hacer honor á la confianza en él depositada.

MOSAICOS

¡Guerra! ¡Guerra!...

Los pequeñuelos, con el kepí de cartón muy calado, caballeros en airosos caballos de madera, agitan en sus manos diminutas los resplandecientes sables de hojalata.

Las madres, las esposas, alzan al cielo los ojos húmedos, modulando una plegaria que se eleva como una nube de blanco perfume.

¡Guerra! ¡guerra!...

La juventud, el pueblo, siempre entusiastas, siempre generosos, sienten bullir pletóricas sus venas á impulsos del amor á la patria.

Los grandes potentados sonríen placenteros, barajando en la mente las fáciles jugadas con el crédito de la nación, y calculando las brillantes ganancias.

¡Guerra! ¡guerra!...

Los buitres se juntan y revolotean impacientes, aguardando la hora del festín.

* * *

Perdido el color, con la voz temblorosa, murmuró el *sí*.

Y mientras el sacerdote bendecía la unión, ella sintió el vértigo de su alma que caía y rodaba, rodaba, hacia un abismo muy negro, muy hondo...

* * *

«¡La sociedad!... ¡la sociedad!... ¡yo me río!»—exclamó el borracho, mientras se cerraban los ojos de su rostro estúpido y caía de sus manos la copa, que al romperse contra el suelo, vibró como una carcajada de mujer histérica.

CANTO DE HUELGA

¡Déjenme descansar! No estoy vencido,
porque me siento grande en la batalla,
me horroriza la tumba del olvido
y la musa se muere cuando calla;

pero ya desespera, ya fatiga
la ansiedad de la turba que me acosa,
y que, envuelto en la vórtice, me obliga
á cantar versos y á vivir en prosa...

¡Maldita sociedad! Déjeme en calma
soñar con el amor que me extasía...
Suya es la luz que brota de mi alma,
pero la luz que entra á mi alma es mía!

Déjeme amar la libertad del campo,
el torrente glorioso, el manso arrullo,
el beso de pasión que imprime el lampo
en los trémulos labios del capullo...

Déjeme amar la cúspide fulgente,
el canto de la alondra matutina,
la corona que el sol ciñe á la frente
desmoronada del torreón en ruina...

Déjeme, en fin, amar los vocingleros
timbres del alba en el confín distante,
el gorjeo de luz de los luceros
y el ruido de alas de la sombra errante...

¡Déjeme en libertad! Turba menguada
la que opaca mi estrella con su estrella:
fuera de ëlla para mí no hay nada,
fuera de mí sí hay todo para ella!

AÑO III SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE ENERO DE 1898 NÚM. 107

Bien lo sabe la turba. El soberano
estro conquista triunfadoras palmas:
si ella es un río, mi alma es un oceano
en el que pueden desaguar mil almas!

Suya será mi voluntad entera,
mi razón, mi ideal, mi ley, mi brío;
pero déjeme en cambio que siquiera,
pueda decir:—Mi corazón es mío!...

JOSÉ S. CHOCANO

Diciembre 20 de 1897.

¡Plus haut!

El bueno del sargento se inflaba y no cabía en sí al relatar sus fabulosas hazañas. Era todo un valiente, y nadie en su compañía tenía una hoja de servicios como la suya. Austerlitz... ¡ah! Austerlitz!... ¡qué batalla! gruñía, atusándose el erizado bigote gris. Allí sí que se peleó bien: los pícaros austriacos morían como perros! Esa mañana, mi capitán nos hizo llorar al leernos la arenga del emperador. ¡Qué tiempos!...

Y al hablar así, miraba con supremo desdén al apretado grupo de sencillos aldeanos que le oían, frente á la puerta de aquella vieja taberna que dominaba el camino real.

Como asustados, con los ojazos muy abiertos, embelesados, oían los fabulosos relatos y admiraban con timidez la alta talla y luciente uniforme de gala de aquel uraño sargento.

—¿Cómo es el Emperador? le preguntó uno de ellos, con voz suave y respetuosa.

—¡Qué!... ¡cómo!... exclamó el sargento, ¿no le conocéis, imbéciles?... ¿á vuestro señor, á vuestro dueño? Él, agregó descubriéndose,... es, es... lo más grande, lo mejor,... es algo como Dios,... —y las frases se agolpaban á sus labios y tartamudeaba de emoción. Le reconociera cualquiera que le viera una vez: aquella cara, aquellos ojos, no los tiene nadie. Ni disfrazado de arlequín se me escaparía.

—Yo le he visto, exclamó uno de los del grupo, un aldeano bajito, de cuerpo algo obeso: le vi una vez en París, en una fiesta, justamente; viajaba en este mismo carricoche,— dijo, señalando un carruajito de dos asientos que estaba uncido á un caballejo, aguardando al dueño frente á la puerta de la taberna.

—¡Qué le has de conocer, imbécil!... gritó el sargento; á *él* le conocen y él sólo conoce á los valientes, sus soldados! El aldeano miró irónicamente y guardó silencio.

Caía una lluvia muy fina y constante. Los concurrentes á la taberna comenzaron poco á poco á irse, desfilando en grupos diversos, y se perdieron en las revueltas del largo camino real.

«Buen hombre, eh! buen hombre,—dijo el sargento dirigiéndose al aldeano,—¿quieres llevarme en tu carruaje?

—Bueno, mi militar, replicó el aldeano.

—Vamos pues, que estoy lejos y el agua aprieta.

Subieron al carricoche y emprendieron el camino al trote largo del caballo.

—¿Qué grado tenéis en el ejército? preguntó el aldeano.

—¿Yo? pues, sargento!... replicó con énfasis el militarote.

—Bonito puesto, dijo el campesino. Yo también soy del ejército.

—¿Vos? ¿vos? preguntó el sargento, ¿desde cuándo? ¿qué grado tenéis? ¿soldado?

—*Plus haut*...

—¿Cabo?...

—*Plus haut*...

—¿Sargento?...

—*Plus haut*...

El sargento comenzó á inquietarse y á recelar de su vecino. Y á medida que elevaba el grado, le replicaba el aldeano: *Plus haut*...

—¿General?...

—*Plus haut*...

—¿Mariscal?...

—*Plus haut*...

—*¿Le général en chef?*

—*Plus haut*....

El sargento se descubrió conmovido y balbuceó:

—*¡L'Empereur!*...

—Sí, ese, el Emperador, replicó Napoleón, descubriendo su persona y mostrando la banda imperial de bordadas águilas.

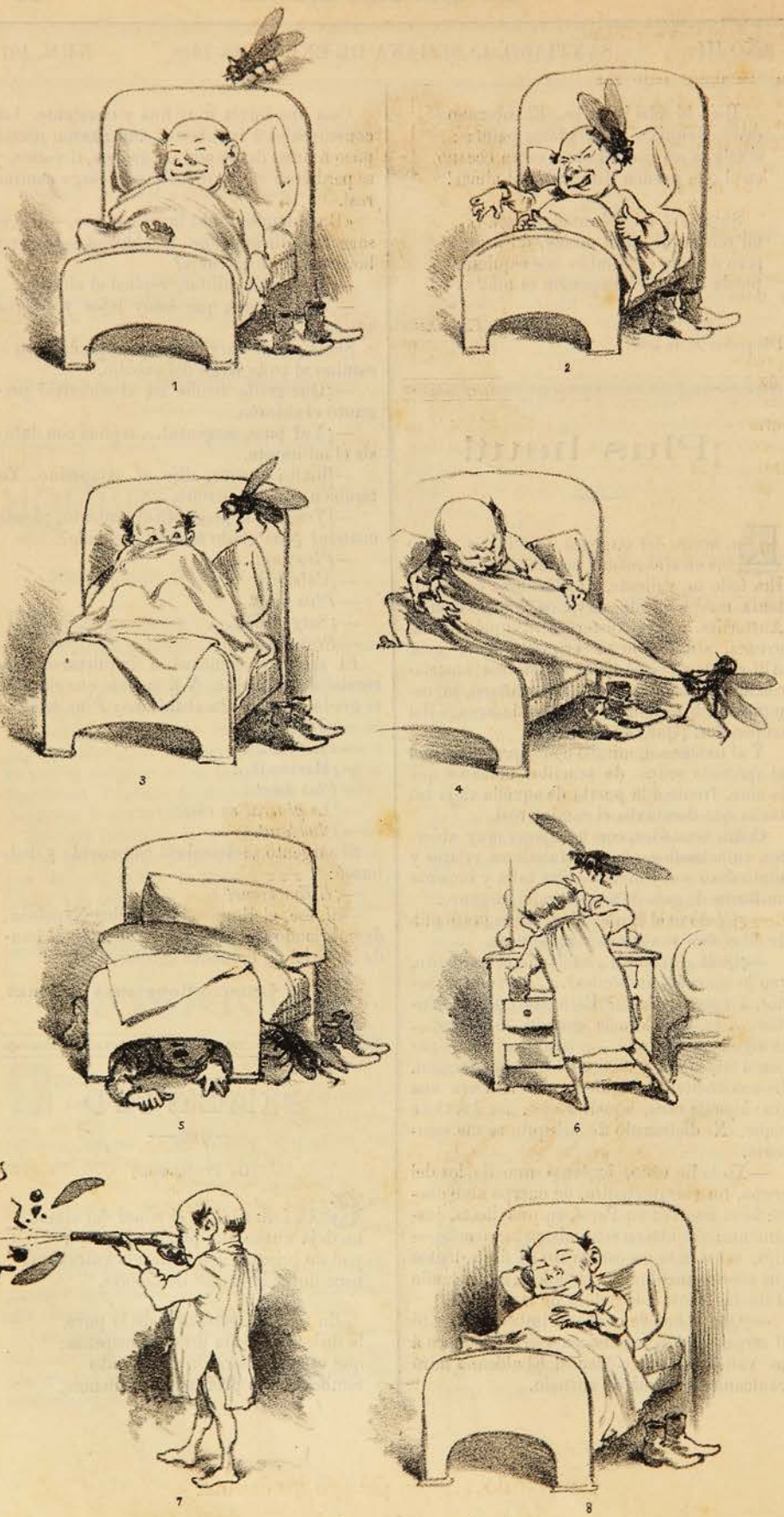
LEONCIO RODRÍGUEZ SEÑORET

SILENCIO

(De Prudhomme)

Cuán inflexible es el rubor del alma;
no deja nunca una palabra impune,
y el *no* primero que la herida entreabre
hace llorar la fuente de dolores.

En tu boca, santuario de lo puro,
la dulce confesión duerma suspensa;
que ofrece el corazón un infinito
también en lo profundo del silencio.



Una mosca de pura raza inglesa.

Una palmera, un dátil de Esmirna, envidiarían su esbeltez.

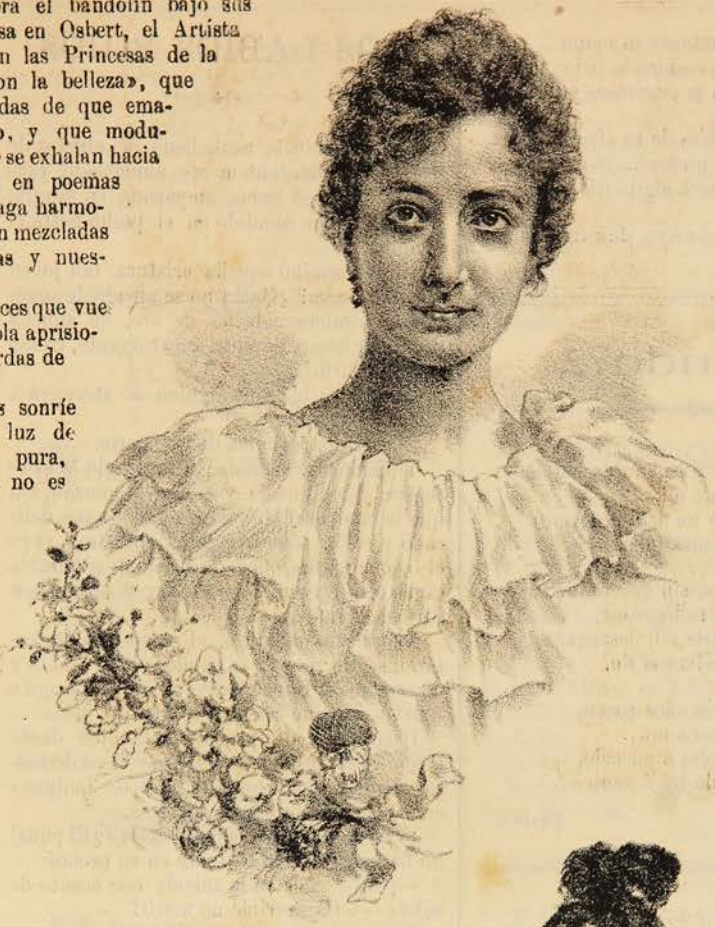
En su voz hay reminiscencias celestiales.

Ama la música.

Cuando vibra el bandolín bajo sus manos, se piensa en Osbert, el Artista del Alma, y en las Princesas de la Tarde, que «son la belleza», que hieren las cuerdas de que emana el encanto, y que modulan himnos que se exhalan hacia la inmensidad en poemas bordados de vaga harmonía y que llevan mezcladas nuestras dichas y nuestras penas...

Sentís entonces que vuestra alma tiembla aprisionada en las cuerdas de ese bandolín.

En sus ojos sonríe siempre una luz de gloria, dulce, pura, tranquila, que no es de la tierra.



Señorita DORILA PINTO NOVOA



Un marido..... en peligro inminente.

AÑO III SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE ENERO DE 1898 NÚM. 107

Sin oprimir ni retener su mano
posa tu beso como en blando lirio
que al solo aliento se estremece y tiembla.

Ámale, y no hables de tu afecto nunca,
y sin decir que su presencia es dulce
tal vez la tuya lo será algún día.

ROBERTO BRENES MESÉN

¿Cuándo?...

CUANDO llegan los días en que inquieto
te separas de mí,
buscando un cielo de un azul más puro
y un amor más feliz,

soporto tus desvíos, sin que nunca
mis quejas te haga oir,
porque sé que, al sufrir mil desengaños,
siempre vuelves al fin.

Así los años tras los años pasan,
lejos y junto á mí...
El día en que te quedes á mi lado,
¡ay! ¿cuándo irá á venir?...

YEDRA

PSHT!...

Para LA REVISTA CÓMICA

EN mi oscuro cuartito de estudiante
á solas, como un sabio meditaba:
la mirada febril, relampagueante
y encendida la sien que se abrasaba.

Á la Ciencia, la vana, la arrogante,
—¿existe acaso el alma?—preguntaba.
De pronto se contrajo mi semblante,
no sé qué en mi cerebro se agitaba.

Como el vate francés, golpeé mi frente
que irradiaba el calor del pensamiento,
y, *aquí hay algo!* grité desesperado.

Y había... ¡oh crueldad! ¡sarcasmo hiriente!
un mosquito zumbón, que huyó contento
solfeando su run-rún desafinado.

FRANCISCO MOSTAJO

Arequipa (Perú)

LOS LABIOS ROJOS

EN el gabinete azul, lleno de objetos de arte y elegantemente amueblado, yace una mujer en el lecho, empapada en sangre, con un puñal hundido en el pecho hasta el mango.

¿Quién asesinó aquella criatura tan joven y tan hermosa? ¿Quién no se apiadó de aquellos admirables cabellos de oro, de aquella diminuta boca y de aquel seno turgente, fresco como un lirio?

No era posible que alguien se atreviera á matar aquella mujer.

Ella misma se había dado muerte.

Traicionada, vendida, menospreció la existencia; y, sin que le vacilara el corazón, sin que le temblara la mano, aquel sér tan delicado y bello, todo frivolidad y ligereza, tuvo el inconciliable valor de herir su admirable carne con un puñal y apretar el acero con verdadera saña.

Ahora está muerta ó, al menos, parece estarlo, según revelan la palidez de su frente y de sus labios. Sin embargo, su cuerpo se agita todavía, aunque con penoso trabajo.

Incorpórase de pronto, notándose desde luego en sus grandes ojos—que tiene desmesuradamente abiertos—un aire de indignación y de extraordinaria sorpresa.

¿Vive quizás aquella desdichada? ¿El puñal no ha penetrado lo bastante en su pecho?

—¡Oh!—exclama la suicida con acento de cólera,—sería horrible no morir!

Pero no tarda en tranquilizarse, comprendiendo que su herida es mortal de necesidad.

Si ha logrado incorporarse en el lecho, débese esto al espasmo supremo, porque su cabeza ha de caer en breve sobre la almohada, inerte para siempre.

No hay medio humano de que aquella mujer pueda salvarse.

La infeliz aprovecha su última mirada para contemplarse ante el espejo que hay en la alcoba, frente á su lecho de moribunda.

Oh! ¡Cuán fea es una mujer en el momento de exhalar el último suspiro!

Lo más horrible es el aspecto de los labios, tan pálidos y tan mortecinos.

La suicida piensa en aquel momento, con rapidez inconcebible, que después de muerta entrarán gentes en la habitación, que la verán muy desmejorada y muy distinta de como la vieron en el Bosque de Bolonia, en los bailes y en las primeras representaciones.

Y siente en el pecho el postrer suspiro que pronto ahogará su garganta.

Todo va á concluir. La infeliz se muere á toda prisa.

AÑO III SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE ENERO DE 1898 NÚM. 107

Pero, haciendo un esfuerzo heroico, moja uno de sus dedos en la sangre de su herida, y temblando se lo pasa una y otra vez por los labios para teñirlos de púrpura.

Luego se sonríe satisfecha al verse embellecida ante el espejo, y cae muerta sobre el lecho, muerta de veras, con los labios rojos como la grana.

CATULLE MENDÉS

RITMO

Para Rosarito.

AMAR es escucharte á todas horas
de tu voz conmovido á la ternura
y absorto ante tu cándida hermosura
hacer un solo corazón de dos;
amar es deslizarse mi existencia
en un ensueño de apacible calma,
y llevando tu imagen en el alma
forjar un cielo y comprender á Dios!

HORACIO F. RODRÍGUEZ

Santa Fé (R. A)

Esperanza...

En su álbum.

ME amas y te amo. En vano es que la impía
calumnia ensaye bárbara asechanza:
vuela, tranquila, el ave: no la alcanza
el aullar de la brutal jauría.

De la lóbrega noche triunfa el día;
de la loca tormenta, la bonanza;
más fuerte que la duda es la esperanza,
y yo espero que al fin has de ser mía...

El cielo de la dicha cruzaremos
uno en brazos del otro, siempre unidos...
y adiós Mundo, adiós Farsa, adiós Perfidia!
Y llorarán de rabia los Blasfemos,
y la Calumnia estallará en rugidos,
y morderáse de furor la Envidia...

M. MAGALLANES M.

ANACREÓNTICA

Leconte de Lisle

TOMA, cincelador, el áureo bloque;
mas no ejercites tu destreza en vano
convirtiéndole en puño de un estoque
que eleve al corazón airada mano.

Tórnale en vaso cincelado y fino
que produzca al chocar sonido leve,
en que de áureo color se tiña el vino
y parezca más dulce á quien lo pruebe.

Grábale en torno las redondas cubas,
y los zagales en alegre coro,
que hacen, pisando las doradas uvas,
brotar bajo sus pies el mosto de oro.

Vuelvan de nuevo á la campiña amena
Eros, Venus gentil, los Himeneos,
¡las mozas coronadas de verbena
y henchido el corazón por los deseos!

JOSÉ GARCÍA RODRÍGUEZ

CORRESPONDENCIA

Señorita..., QUILLOTA.—Un poquito cruel é injusta ha sido Vd. No soy culpable de la demora. Créame que sus deseos serán siempre mandatos que cumpliré gustosísimo.

A. E. y C.—Déjese Vd. de *rostros de cutis de pétalo blanco, de plásticos bustos de rítmico talle, de bárbaras curvas altivas* y demás zarandajas.

Lo que Vd. llama *soneto* nada tiene de tal.

Trabaje más y desentiéndase de las cursilerías literarias.

J. I. E. R.—Sus versos, aunque incorrectos, revelan buenas disposiciones. Cultívelas y confíe en el tiempo.

Otelo.—«*¡Sangre!*»... ¡Horror!... ¡qué bárbaro es Vd!...

Señor...,—Valparaíso—Basta de majaderías. Ni gratis ni pagado.

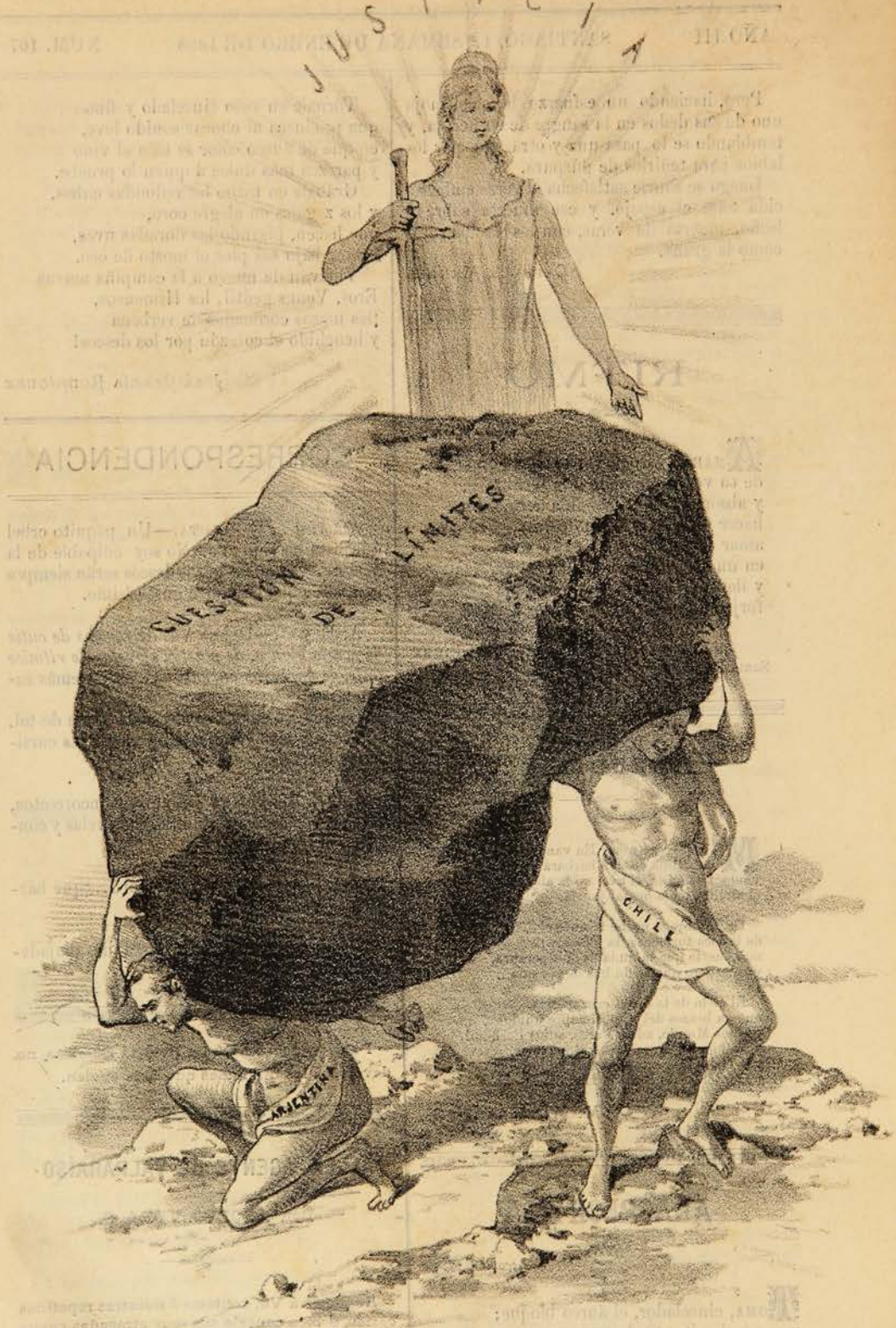
Publíquense ó nó, «La Revista Cómica» no devolverá los originales que se le envíen.

AL EX-AGENTE DE VALPARAÍSO

Don ADOLFO VERA C.

Rogamos á Vd. conteste á nuestras repetidas cartas, ó bien cancele sus muy atrasadas cuentas de «La Revista Cómica» y «Tony».

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio


JUSTICIA
CUESTION DE LÍMITES
CHILE
ARJENTINA

La Revista Cómica

Año III

Núm. 108

ES PROPIEDAD



Señora JUANA ROSS DE EDWARDS

AÑO III SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE ENERO DE 1898 NÚM. 108

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE Á LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Abelardo Varela y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)	$ 4.50
Por medio año (25 números)	2.50
Número suelto	0.10
Id. atrasado	0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

Distinguidas Matronas

DOÑA JUANA ROSS DE EDWARDS

Si hay en Chile una mujer digna de una estatua, y que la tendrá, es ella.

La merece en vida.

No ha empleado su inmensa fortuna en fastuosas vanidades.

Más que en el esplendor de los palacios, ha vivido en los hospitales, en los asilos, en las moradas miserables, donde hay dolores que necesitan remedio, donde hay penas que necesitan ser consoladas, donde hay temblores de frío y palideces de hambre.

Chilena, en las horas de prueba, ha puesto todos sus bienes al servicio de su patria.

Monumentos son ya que atestiguan su filantropía, grandes y costosos hospitales, asilos y barrios para obreros, construídos á sus expensas y sobre los cuales velan sus constantes cuidados.

El pueblo, que le debe eterna gratitud, que le profesa la más amante veneración, desea que nunca se cierren los ojos de esa noble dama, cuyos días se cuentan por nuevas obras de caridad.

Y, cuando llegue el momento fatal, que será de luto para la República, tendrá ella la más valiosa de las ofrendas póstumas: las lágrimas de los desgraciados.

MOSAICOS

MEDIODÍA.

Un ave canta oculta entre la sombra del follaje.

La selva está como adormecida bajo la caricia ardiente del sol. Las harpas misteriosas colgadas de los pinos, de los olmos y los robles, mudas están. Bajo los verdes, inmobles palios, un sagrado silencio tiene los brazos extendidos.

Parece que en esa selva, no profanada por séres humanos, se ocultara el lecho en que Naturaleza se arroba en sus grandes ensueños.

Y únicamente como un vago recuerdo, como una dulce frase de un idioma extraño, el ave solitaria, oculta entre la sombra del follaje, entona su canción...

Ante una estatua del amor

A los pies de un Amor, te dije el mío:
tú me miraste con tranquilos ojos,
ni te incendiaste en púdicos sonrojos,
ni me mostraste enérgico desvío...

Cuánto y cuánto te dije! El mármol frío
hubo de conmoverse á mis antojos...
Me sentí doblegar, caer de hinojos,
y rodar como un mundo en el vacío...

—¡Qué estatua tan hermosa!—me dijiste,
y mi verbo de amor interrumpiste
con tu palabra desdeñosa y fatua.

Ante tal desencanto, sorprendido,
no pude contenerme, y al oído
te murmuré:—¡Qué hermosa tan estatua!

JOSÉ S. CHOCANO

Homo ferox

(Para LA REVISTA CÓMICA)

DÉCOUVREZ un engin qui foudroie et qui tue,
Qui détruise d'un coup des files de soldats.
Vous aurez la fortune, un titre, une statue...
C'est ainsi que se rend la justice ici-bas!

Puis, que l'invention, bien soigneusement tue,
Apparaisse un beau jour pour semer le trépas:
Alors, soudain, la Mort de sa faux s'évertue,
Abattant à grands coups têtes, jambes et bras.

Et, le soir, les vainqueurs, dans l'orgie et l'ivresse,
Ebranlent les échos de leurs chants d'allégresse;
Tandis que les vaincus sont livres aux corbeaux.

Et l'on nous dit que Dieu fit l'homme à son image!
Allons donc! Dans ce cas ce fut vraiment dommage;
Car cela n'a pas lieu parmi les animaux.

P. GERMAIN

AÑO III SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE ENERO DE 1898 NÚM. 108

MALAKOFF

Nos referimos al ataque y toma de la famosa torre de Malakoff el gran baluarte ruso, el lujurioso deseo del ejército franco-inglés en aquella tenaz y curiosa guerra de Crimea del año cincuenta y dos.

Aquella colosal torre era la llave de Sebastopol y sin esta ciudad el ejército aliado estaba perdido. ¿Cómo tomársela? Era inexpugnable. El accidentado «Cerro Verde» como un monstruo horrible de cien cabezas y cien brazos la defendía de todo ataque. Esos flancos del cerro chispeaban al sol, resplandeciendo el acero de los formidables cañones y el bosque de apretadas bayonetas.

Esos porfiados rusos se mofaban del enemigo y confiados en el poder de la mole se entregaban al placer de sus extraños bailes, al son de aquellas músicas de tonalidades misteriosas y de notas vagas, como los mitos y los cánticos de su sombría religión.

El plan de general Bosquet era admirable, seguro, pero costaría mucha sangre. Los jefes lo discutieron, lo meditaron y resolvieron llevarlo á cabo. Pelissier y Bosquet atacarían el frente con los franceses. Coningthon y Campbell los flancos, con los ingleses. La escuadra aliada no los podría auxiliar; el elemento estaba por los rusos y les impedía acercarse.

Las cornetas vibraron, se comenzaron á apretar las filas, á formar los cuadros. Los caballos de sedosas crines piafaban impacientes.

Allí la línea francesa, con sus gigantes coraceros de casco resplandeciente y con su fogosa infantería, la infantería gloriosa por tradición, la infantería de Ney y Moreau.

Más allá los rojos petos de los rubios ingleses, fríos, impasibles, mudos como la consigna rigurosa, inmóviles, semejando filas de estatuas. ¡Qué hermoso campamento!—Y seguían algunos batallones de marinería, de aquellos «muchachos» ágiles y flexibles, de gorrilla suelta y hacha de abordaje.

Después *la-rá-ra-lá-rá-rá* y al ataque! El «Cerro Verde» tronó al eco de sus terribles disparos, los artilleros rusos barrían las filas, las aniquilaban, y éstas respondían con tiroteos graneados y cargas de bayoneta. Caían las trincheras, las tomaban y volvían á perderlas. Tres veces se apoderaron de la base de la torre y tres veces la perdieron.

Había sordas emulaciones entre franceses é ingleses ¿quién clavaría primero el pabellón en la cúspide del enhiesto torreón? Se luchaba heroicamente. Nada.

Al fin resonó un ¡hurra! unánime, colosal: en lo alto de la torre flotaba entrelazando sus espaciosos pliegues la bandera inglesa. ¿Quién fué el héroe, el osado que semejante hazaña llevara á cabo?

Durante el asalto se vió erguirse entre escombros y cadáveres la alta talla de un oficial de marina de hermosa presencia, moreno y de ojos chispeantes. Cruzó sereno, tranquilo el vendabal de fuego y clavó con mano firme la bandera.

¿Quién era ese héroe? Un joven teniente de la marina inglesa, el teniente don Patricio Lynch, más tarde glorioso guerrero en la campaña del Pacífico.

Un *chileno* fué pues quien clavó la bandera en el orgulloso torreón, tan célebre en los anales de la historia contemporáneo-europea.

Lynch de Malakoff precedió á Lynch del Morro de San Juan de Chorrillos.

LEONCIO RODRÍGUEZ SEÑORET

Enero, 98.

Á CHILLÁN

(Versos declamados por su autor en las fiestas celebradas en Chillán el día 10 de octubre de 1897)

SALUD gloriosa tierra!
salud, tierra de flores!
gentil Chillán.—Bendigo mi destino
que mis pasos de errante peregrino
ha guiado hasta aquí.—Bajo tu cielo
se pliegan en reposo
amante y venturoso
las alas fatigadas de mi anhelo...
En tu seno halla mi alma
algo como la luz de un nuevo día
y la dichosa calma
que perdida creí. De mi alegría
tornan de nuevo las rosadas horas,
alegres, bullidoras,
á divertir mi hastío,
y late el corazón con nuevo brío...

Se extasía mi espíritu
contemplando tus campos, tus montañas,
tus selvas magestuosas, tus alcores
tapizados de grama,
recamados de flores.
Yo admiro de tus frondas
los blandos ecos que semejan rimas;
de tus ríos, las ondas,
donde se quiebra el sol en rojos lampos;
la flora exuberante de tus campos
y las nieves eternas de tus cimas.

Un sol de belleza.

Gracia y elegancia.

Una cabellera bruna prodigiosa. Ojos que encadenan.

Desterrada del Olimpo griego, por causar celos y envidias.

Eros rinde las flechas á sus piés.

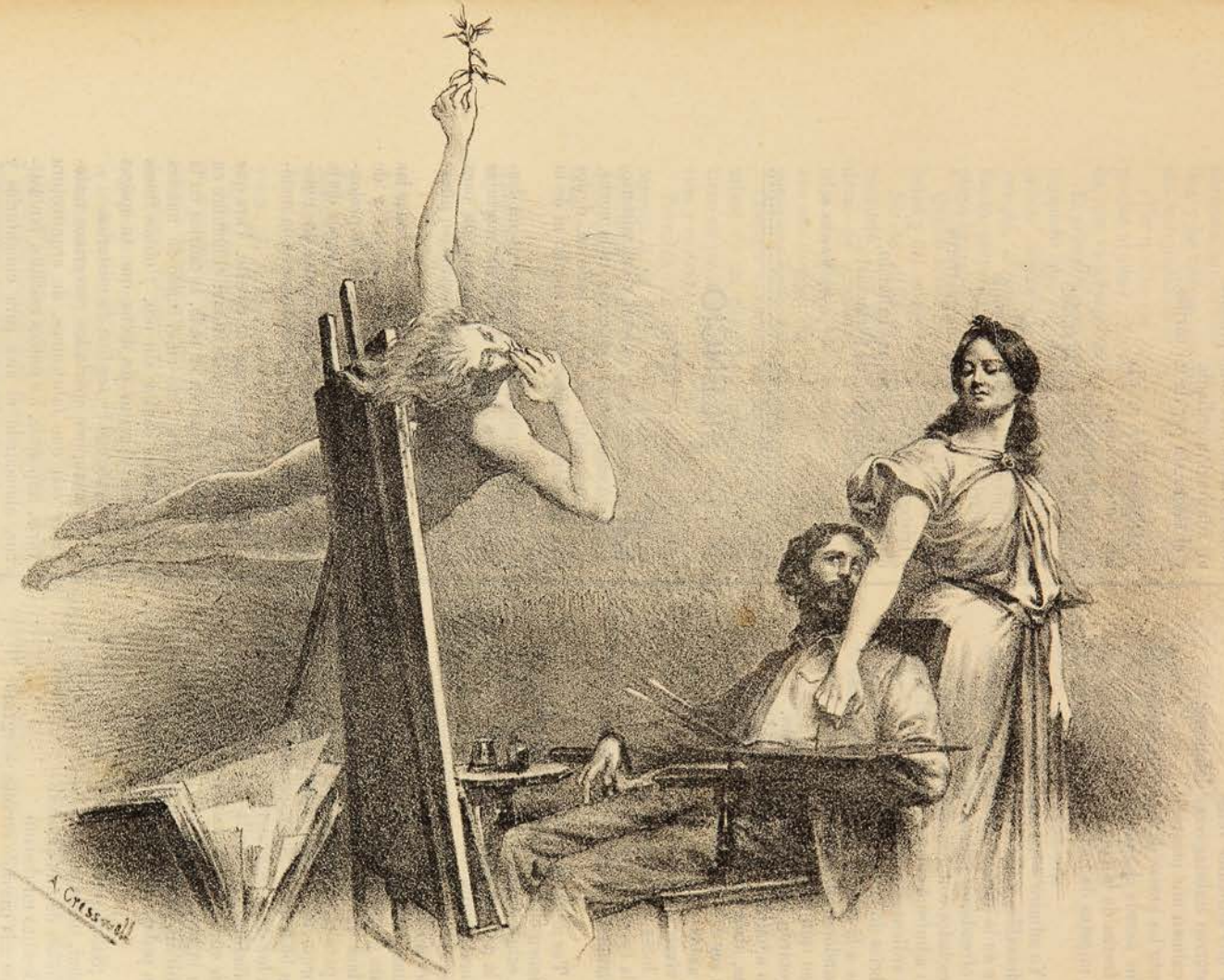
Su frente pide una corona.



Señorita ISABEL ARIZTÍA LYON



CON SU MÚSICA Á OTRA PARTE



ENTRE EL AMOR Y EL ARTE

AÑO III SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE ENERO DE 1898 NÚM. 108

Me hablan ellos con voces misteriosas;
y al batir de los verdes incensarios,
por mis ardientes venas
discurren embriagueces deliciosas,
se calman mis pesares,
siento las ansias de las obras buenas
y me sacude el alma
la fuerza de la vida
en ímpetus de lucha convertida.

Yo admiro á tus guerreros
indomables y fieros
que en la aurora brillante de tu historia
te ofrendaron pedazos de cadenas
mezclados con despojos de victoria.
Yo admiro á tus guerreros
de ardientes corazones
y bríos de leones,
que á la voz del peligro, sus penates
abandonaron, á la patria fieles,
y en cien rudos combates
agotaron los bosques de laureles.
Yo admiro á tus guerreros-ciudadanos,
que, abandonando su fusil de guerra,
en sus callosas manos
la azada empuñan para abrir la tierra,
y viven sin pesares
ni locas ambiciones,
á la tranquila luz de sus hogares,
extraños al fragor de las pasiones.

Tus mujeres me encantan!
Tienen ellas la gracia que cautiva,
la esbeltez que es delicia de los ojos,
y la dulzura penetrante y viva
que engendra los antojos.
Para el que, ansioso de renombre y fama,
férvido observa de la Gloria el rito,
tienen un pecho que el amor inflama;
para el que siente sed de lo infinito,
labios que abrasan como flor de llama;
y para el triste corazón que llora
porque tal vez un imposible adora,
un bien que busca y que jamás alcanza,
la luz de la esperanza
soñadora y tranquila—
iris en días de tormenta—asoma
en la casta pupila...
Chillán, bella Chillán, tú eres por ellas
un pedazo del cielo de Mahoma!...

¡Salud, gloriosa tierra!...
salud, tierra de flores!
Chillán de mis amores!...
¡Bendito mi destino
que mis pasos de errante peregrino
ha guiado hasta ti!
Bella sultana
que te recuestas en florido lecho
teñido de zafir, de nieve y grana:
hoy ante ti postrado
inclinando la frente,
con la ternura é ingenuidad del niño,
deposito á tus pies como presente
mi admiración ardiente
y el tesoro sin par de mi cariño...

¡Dichoso yo si un día
bajo tu claro cielo
pudiera el alma mía
soltar las alas y tender el vuelo!
¡Dichoso yo si un día,
libre ya de cadenas y dolores,
me cubriera en el lecho de agonía
un sudario tejido con tus flores!
mientras que me velaran tus guerreros
invencibles y fieros,
y tristes, pesarosas,
mi rostro con sus lágrimas bañando,
de mí se despidieran tus hermosas!...

A. Varela.

SILENCIO

Hijo mudo de la soledad y del misterio, tú eres el esposo esperado de la noche, el amigo ansiado de los que padecen, de los que no están contentos ni del mundo ni de la suerte.

Contigo vienen los recuerdos como un desfile de espectros que han dejado sus mortajas y visten de azul y rosa. Cada uno que pasa nos dice al oído un hechizo ó pone en nuestros labios un beso.

Tu solemne calma es la pausa de todas las ajenas voces que llenan de ansiedad y de hastío la vida. Eres como la barra de prolongada aspiración, colocada en el compás de la borrascosa mundanal sinfonía, para que nuestro espíritu se cante á sí mismo el solo melódico de sus memorias.

Tú eres solemne como la muerte. Para que tú aparezcas, todo ha de callar: el hombre en su lecho, el ave en su nido, la música en la inerte materia. Pero en el fondo de nuestra alma vibran cantos sin eco, y oimos frases deliciosas y gritos de dicha que tú apagas dulcemente con tu sordina de misterios.

Tú eres quien aporta los peregrinos materiales con que fabricamos, de arquitectura varia, imposible, los nobles castillos fantásticos, ahondando el aire para cimentarlos y apartando las nubes para que se alejen más y más sus almenas y sus torres.

Tú traes el oro y el nácar para sus muros, el cristal de roca para sus techos, la plata y el marfil para sus puertas, las piezas enteras

AÑO III SANTIAGO, 5.ª SEMANA DE ENERO DE 1898 NÚM. 108

de la púrpura del crepúsculo para sus salones, los encajes de espumas marinas para el lecho de la castellana ideal, y tú la traes á ella también, formada de un rayo de la luna, altiva y hermosa, con su alba veste sembrada de estrellas, y los breves pies calzados de las luminosas lentejuelas de la vía láctea.

¿Por qué te vas ¡oh amigo piadoso! al despuntar el alba? ¿No ves que va á huir la amada, que va á despertar mi espíritu?

El primer pájaro que cante al sol, el primer barquero que entone su himno á la vida, el primer obrero que arranque su quejido al yunque, el primer niño que prorrumpa en el llanto perpetuo de la vida, me volverá al suplicio brutal de la realidad.

Quiero soñar en tu seno, ¡oh hijo de la soledad y del misterio!

No te alejes de aquellos que buscan su consuelo. Que te huya el remordimiento medroso de la soledad y de la sombra. Que te odie el poderoso, para quien las voces humanas son lisonjas en favor suyo, y las escucha como una harmonía embriagadora.

Contigo se van mis recuerdos, la rosada mitad de mi existencia, que es la que mantiene en pie á esta otra mitad de ella descolorida y ruinosa.

Volverán los ruidos; la faena universal tornará á su diario estruendo; y volveré á echarme al hombro mi pedazo de roca, despeñada ayer junto conmigo, al pie de la montaña.

N. Bolet Peraza.

INSTANTÁNEA

(Para La Revista Cómica)

El más hondo cariño nos unía
con vínculo inefable de ternura:
yo, enamorado, te llamaba ¡mía!
y eras tú, para mí, toda dulzura.

Nuestro amor era un cielo de alegría,
un cielo muy azul... La nube obscura
cruzólo de repente, en pleno día,
y vimos extenderse la negrura.

Pero todo pasó. Fué breve ocaso
la triste lobreguez de aquella nube.
A buscarnos volvimos... Un abrazo

de nuevo nos unió, como un exceso,
y tus labios carmíneos de querube
juntáronse á los míos en un beso.

Francisco Mostajo

Arequipa

MARIPOSAS...

Tras la mariposa azul
va el tierno niño corriendo;
porque son todas sus ansias
de sus encantos ser dueño.
Corre, corre, y, cuando cree
coronados sus anhelos,
febril las azules alas
entre sus manos batiendo,
la prisionera se escurre
y aleja su loco vuelo;
y el niño queda llorando,
porque ve que como un sueño
se esfuma la mariposa
de sus ardientes deseos.

Esperanzas!... mariposas
que de mi amor vais huyendo:
yo por vosotras el alma
triste, moribunda, llevo!...

Gaspar Deburau

Á FOLO

Leconte de Lisle

Oh, Folo! da al olvido
la lira y los festines,
la gloria de los Dioses,
las noches breves, el sabor del vino
y los locos deseos que aletean
en los labios purpúreos.
La edad se va acercando
que al rozarte ligera te marchite
y mezcle en tus cabellos,
que esten sembrados de plateados hilos,
la pálida asfodela con tus rosas!

A. Y.

Publíquense ó nó, «La Revista Cómica» no devolverá los originales que se le envíen.

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio



EL ESCÁNDALO DEL DÍA

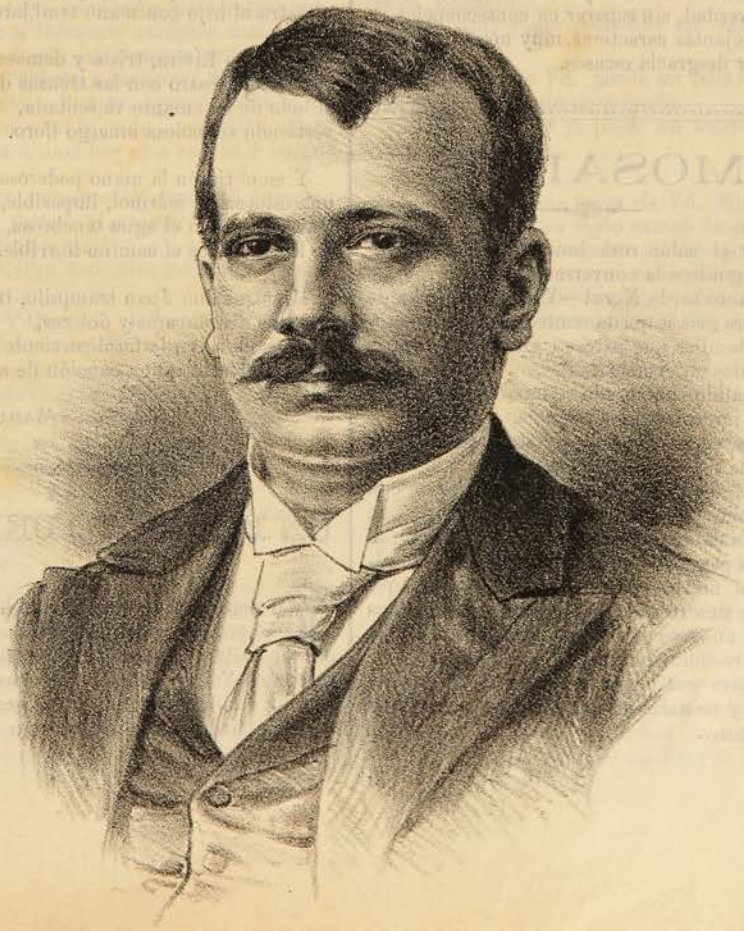
La Revista Cómica



Año III

Núm. 109.

ES PROPIEDAD.



DON GALO IRARRÁZAVAL Z.

AÑO III SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1898 NÚM. 109

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE Á LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Abelardo Varela y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)	$ 4.50
Por medio año (25 números)	2.50
Número suelto	0.10
Id. atrasado	0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

NUESTROS PERIODISTAS

DON GALO IRARRÁZAVAL ZAÑARTU

Batallador.

De robusta inteligencia.

Tiene mucho amor á su patria. En dos épocas memorables la ha servido con su brazo. Después, con su talento y con su pluma.

Le llaman «ligero,» porque donde está el mal pone el cauterio y tiene el valor de decir la verdad, sin reparar en consecuencias.

Semejantes caracteres, muy necesarios hoy, son por desgracia escasos.

MOSAICOS

En el salón rosa inundado de luz, languidece la conversación.

¡Cuánto tarda Nora!—Y la noble dama de cabellera gris se queda contemplando las blancas nubecillas que parecen girones de encajes prendidos en el cielo azul.

El pálido enamorado se muerde el bigote y rompe impaciente los guantes.

Nora, en su *boudoir* celeste, recamado de flores de plata, indiferente del todo al aviso que se le ha dado,—tendida en un diván, con el amplio peinador entreabierto, sobre una mano la cabeza, suelta la blonda cabellera, al aire los pequeños pies desnudos y de una albura de nieve,—está abstraída, con los ojos fijos en una rosa de pétalos muy encendidos que en un vaso cincelado se ufana sobre la marmórea chimenea.

Y entre esa mujer y esa rosa encendidas, mudas y misteriosas confidencias parece que se cruzan...

* * *

Cantó en el árbol un ave; brillaron en el jardín, como sartas de diamantes las gotas de rocío; los blancos lirios se abrieron; sobre la frente de su hijo posó una madre los labios, —y brotó la luz del día...

DON JUAN EN LOS INFIERNOS

(Pensamiento de Baudelaire)

El joyel diamantino en el sombrero,
la espada al cinto, el cuello de oro y blondas,
surca don Juan, gallardo y altanero
en fúnebre bajel las negras ondas.

Mujeres, peregrinas hermosuras
de ojos de luz y formas nacaradas,
abiertas las flotantes vestiduras,
detrás del seductor gimen airadas.

Su padre, ensangrentada la mejilla,
á la legión terrible y clamorosa
de los muertos, que vaga por la orilla,
muestra al hijo con mano temblorosa.

La dulce Elvira, triste y demacrada,
cubierto el rostro con las trenzas de oro,
al lado de su amante va sentada,
vertiendo silenciosa amargo lloro.

Y en el timón la mano poderosa,
una estatua de mármol, impasible,
traza, cortando el agua tenebrosa,
de los infiernos el camino horrible.

Mientras don Juan tranquilo, indiferente,
á tantas desventuras y dolores,
los ojos clava en la fatal corriente
y lanza al viento una canción de amores.

MANUEL REINA

UN FILÓSOFO DEL DÍA

Yo siempre he creído que no había sér en el mundo, por desgraciado que fuese, que no hallara alguna compensación á su infortunio. Yo he conocido personas que llevaban en el alma negras y dolorosas historias; pero el tiempo es un bálsamo admirable.

AÑO III SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1898 NÚM. 109

Cuando las he vuelto á encontrar, apenas he podido reconocerlas: ¡eran ya tan felices!

Preocupabame la idea de encontrar un hombre verdaderamente desdichado, cuando un día me senté en un café al lado de un joven flaco, de fisonomía enfermiza y de facciones toscas y discordantes, entre las cuales se distinguían por un desarrollo poco común su nariz y sus labios anchos y gruesos. Sus ojos pequeños solían iluminarse con un reflejo gris, casi extraño. No me fué posible precisar la fecha de su traje, perdida seguramente en la oscuridad de los tiempos.

No sé por qué pensé que este joven —á quien ninguna de las gracias había sonreído en su cuna—debía ser inmensamente infeliz. Acerqué mi silla á su lado, y tuve la fortuna—si puedo llamarla así—de que me dirigiera la palabra. Pero su voz hueca é inarmónica ignoraba lo que son la flexibilidad y la dulzura. Sentí un profundo desagrado cuando me dijo:

—¡Y bien! ¿Vd. no bebe? ¿Vd. es también de *esos?*

Había en sus palabras un fondo amargo de ironía propio de un temperamento bilioso y original. Me propuse observarle atentamente, y tomando una copa de cerveza la apuré de un sorbo.

—¡Vd. es todo un hombre! exclamó.

Y ya no tuvo escrúpulos para hablar conmigo como si fuéramos antiguos camaradas. Me dijo que sólo las ciencias satisfacían su espíritu; en cuanto á las artes, él las miraba con desprecio. —Porque, agregó, sobre la vida sensitiva está la vida intelectiva. Para llegar á esta última hay que suprimir las pasiones.

De pronto, enternecido, dando un golpe sobre la mesa, gritó:—¡La mujer! esa es la cuestión;—¡oh! ¡la mujer!

Y quedó largo rato silencioso sin agregar nada.

—¿Sabe Vd? siguió de improviso, yo me ocupo de los grandes problemas sociales. La emancipación de la mujer (aquí su voz agria adquirió toda la extensión posible, como si se encontrara en una tribuna). En un país civilizado, en un país... la mujer debe ser igual al hombre, ¿no le parece?

—¡Hé aquí! me dije yo en mi interior, un sér curioso, que desea ser escuchado. Su conversación tiene toda la pedantería de un maestro de escuela.

Y me formé la valiente resolución de oirle largo rato, mientras hablaba en alta voz de las ciencias positivas y del método experimental. Por intervalos sus ojos se humedecían por la emoción. Estaba agradecido de la atención que yo le prestaba.

Cuando me retiraba del café, él me cogió de la mano y me la apretó efusivamente.—Estoy solo en casa, me dijo, ¿quiere Vd. acompañarme?»

—No tengo dificultad, le respondí.

—Veo, continuó, mientras marchábamos, que Vd. tiene buen criterio. Sí, señor, Vd. tiene buen criterio. Pero Vd. no ama las ciencias, ¿no es así?

—¿Por qué nó? Amo las ciencias como Vd., especialmente la de la vida.

—¡Ola! gritó, la Biología. ¿Vd. conoce la Biología?

Yo lo observaba con un inmenso interés, tratando de penetrar en el fondo de aquel espíritu rudo y solitario. Confieso que me parecía, mientras desfilábamos por la calle obscura, bajo un cielo gris y brumoso de otoño, con su figura larga y macilenta, como una nueva transfiguración del caballero manchego, apareciendo con la manía del siglo y sosteniendo la infalibilidad del método experimental.

Entramos á su casa y me condujo á una pequeña sala. A la luz pálida de una lámpara cubierta de moho, vi dibujarse su triste y adusta fisonomía, y sentí una mezcla de compasión y de ternura por aquel pobre joven.

Sobre la mesa había una cantidad de papeles sin orden. Tomé uno al azar, era una serie de proposiciones morales distribuídas como las de Epicteto.

—Hé aquí como metodizo mi vida, me dijo.

—¿Pero es que Vd. puede ser feliz de esta manera? le pregunté asombrado.

—¡Ah! para eso yo poseo un secreto que voy á confiar a Vd.

—¿Cuál es?

—Soy positivista; no se ría Vd. Miro á la humanidad como un vasto campo de estudio. No amo á nadie; en cambio trabajo por la felicidad común. Pero aquí nadie me escucha, todos son metafísicos! agregó tristemente.

—¡Cómo! le interrumpí. A su edad es imposible que Vd. no ame!

Una sonrisa forzada iluminó su semblante. Me miró con una marcada señal de desprecio, y sin responderme se fué á la pieza vecina, dejándome solo, inquieto y lleno de curiosidad.

Nó, pensé, recorriendo con la vista sus máximas y sus planes de estudio revueltos sobre la mesa, esta es una compensación muy pequeña. Aquí he encontrado en realidad una vida árida, fría, sin ilusiones....

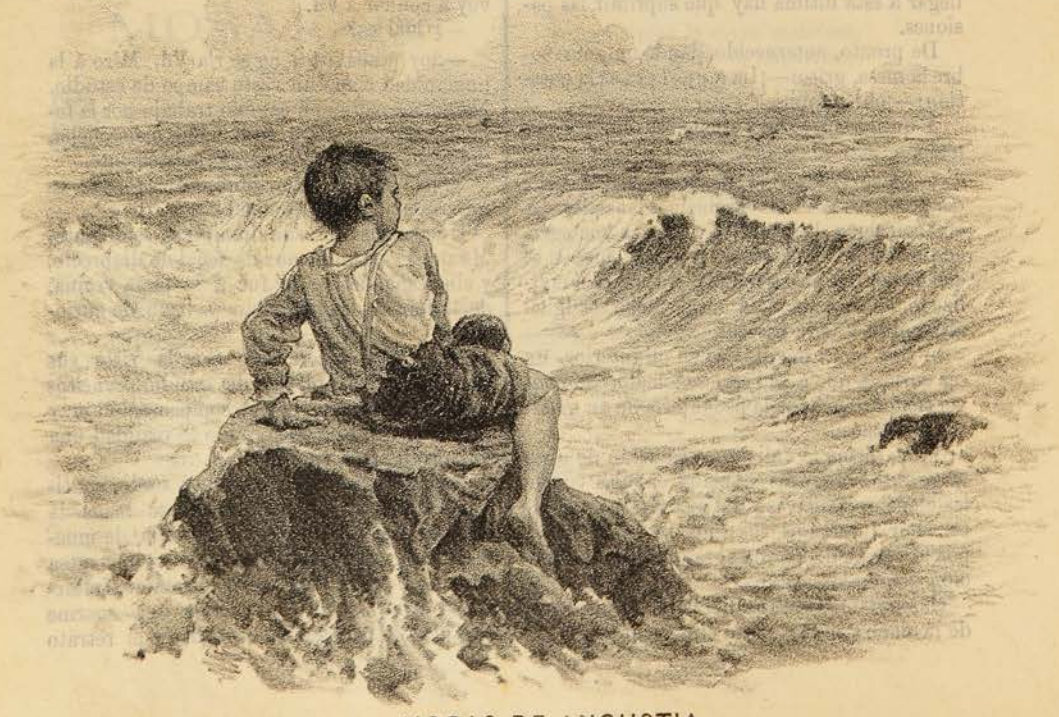
En este momento un rumor sordo, continuado, me hizo volver la cabeza hacia la pieza vecina. Era una sala desnuda de muebles, con excepción de un lecho y una mesa llena de botellas vacías. En íntima confraternidad con las botellas, veíase una enorme cantidad de papeles amontonados y el retrato



MECIDA sobre cuna colombiana, con la paleta llena de colores, va cantando su musa soberana el triunfo del amor y de las flores. Le dió toda su gracia Andalucía, su majestad esbelta la palmera, y hay más luz en su ardiente poesía que en un sol tropical de primavera!

SEÑORITA JOSEFINA ISAZA MÁRQUES

(Esperanza)



HORAS DE ANGUSTIA



La compararemos con una perla morena, ó con una diosa lunar?

Es el triunfo de la gracia.

Y de la sal.

Cuando ella pasa, el *olé* acude á los lábios. Pero, estrangulada la voz, se dobla la rodilla.

No hay nieve que resista al fuego que hay en los soles negros de sus ojos.

SEÑORITA TERESA EDWARDS MAC-CLURE



—Señorita, en los más recónditos pliegues de mi corazón, guardaré el recuerdo de esta entrevista!

—¡Ah caballero, si me fuera dado decir á Vd. otro tanto!

AÑO III SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1898 NÚM. 109

de una mujer cuya fisonomía me era imposible distinguir. Él estaba allí inmóvil, con un gran vaso en la mano, lleno hasta el borde de un líquido claro color de topacio. Su rostro denotaba una alegría infantil, una fruición, un bienestar que le comunicaba un *no sé qué* de simpatía. Apuró el vaso hasta el fondo, y se puso á reir recorriendo la cámara á largos pasos y exclamando:

—¡Ah, los metafísicos! ¡No me comprenderán nunca, nunca!

Y volvió á tomar la larga botella con el líquido claro color de topacio.

Por mi parte encontré prudente retirarme. Ya tenía el secreto de aquella existencia árida y enfermiza. Cuando regresé á mi aposento, no pude menos de sonreírme, recordando la cómica escena de que acababa de ser testigo. Y repetí entre dientes la máxima que había formulado otras veces:

«No hay hombre, por desgraciado que sea, que no encuentre alguna compensación á su infortunio.»

J. Gustavo Valledor

Hoja

(Á *Yedra* para su álbum)

Como un aroma que anuncia
los hechizos de una flor;
se transparenta tu älma
en el ecc de tu voz:
tu voz que tiene el encanto
de un juramento de amor,
tiernos halagos de besos
y perfumes de oración...

Rafael.

A

Llega, débil mujer: cesó la lucha;
olvidemos recíprocos agravios;
y la tranquila confidencia escucha
que el desamor arrebató á mis labios.
Yo no soy el amante de otros días,
el que, movido de inefable encanto,
al pie de tus doradas celosías
ensayó del amor el himno santo.

Aunque canas no cubren mi cabeza,
miro nublado el sol de mis veinte años,
que han extendido un velo de tristeza
sobre mi corazón los desengaños.
En la edad en que el hombre se abalanza
por el sendero de la humana vida,
guiado por la luz de la esperanza
en busca de una tierra prometida;
en la edad en que el mundo se presenta
como un edén de perfumadas flores,
en cuyo cielo límpido se ostenta
brillante el porvenir de resplandores;
en esa edad tan bella, amiga mía,
con la fortuna en perdurable guerra,
muerta la fe que me alentara un día,
prosigo mi camino por la tierra.
Ansiando en vano en mi dolor consuelo,
de Dios la santa protección imploro;
la gracia de su amor me niega el cielo,
y nadie enjuga mi doliente lloro.
Á fuerza de sufrir he comprendido
que para mí no existe dicha alguna,
y que á este mundo mísero he venido
sólo á probar la hiel de la fortuna.
Dócil juguete de menguada intriga,
tu corazón que imaginé tan bueno
hasta las heces á apurar me obliga
la desbordante copa de veneno.
Víctima de una cábala execrable,
me viste ayer luchar desesperado;
y, en medio de la lucha formidable,
te alejaste medrosa de mi lado.
Sin vano orgullo, en la serena frente
reflejada la paz de la conciencia,
ante el peligro el corazón valiente,
opuse á la calumnia resistencia.
Y hoy, de tu falta arrepentida acaso,
pasada la tormenta y sus furores,
de aquella senda desviando el paso,
sueñas con reanudar nuestros amores.
Mas ah! mi corazón ya no es el mismo:
tronchado el ideal de su entusiasmo,
el acíbar de negro excepticismo
le ha sumergido en sepulcral marasmo.
Ya como ayer mi pecho no electrizas,
ni enciendes mi apagado pensamiento:
el fuego de tu amor sólo es cenizas
que entre sus alas arrebata el viento.
Yo no soy el amante de otros días,
el que, movido de inefable encanto,
al pie de tus doradas celosías
ensayó del amor el himno santo.
Yo no puedo ofrecer á tu ternura
una palabra de pasión siquiera,
ni rendir á tu olímpica hermosura
la adoración que un tiempo le rindiera.
Como flores deshechas por el viento,
que orgullo fueron del jardín un día,
he visto perecer en un momento
las ilusiones de la mente mía.
En vano quiero recobrar el brío

AÑO III SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1898 NÚM. 109

que en otros tiempos alentó mi pecho:
el altar de mi amor está vacío,
el ídolo cayó pedazos hecho.
No eres tú la mujer con que soñaba:
pura como las vírgenes del cielo,
cuyo divino corazón cifraba
en las virtudes del amor su anhelo...
Rota la venda que ciñó mis ojos,
desvanecido el misterioso encanto,
de mi ideal los pálidos despojos
hoy riego con las gotas de mi llanto!

FEDERICO GONZÁLEZ G.

LOS OJOS NEGROS

(A la señorita J. B. L.)

QUÉ podré yo decir de los ojos negros después del encantador capítulo que á ellos dedicó la inimitable pluma de Alfonso Daudet en su *Petit-chose*? Nada... nada que pueda asemejarse á la descripción del maestro; pero sí, llevo sobre él una ventaja, y es que *los ojos negros* de que me ocupo son más hermosos que los que deslumbraron al desgraciado *Petit-chose;* y digo que son más hermosos porque, si es verdad que aquellos perturbaban el sueño del pobre *Petit-chose*, estos otros no me dejan ni un momento: me persiguen despierto y dormido, con implacable firmeza y á toda hora.

Quiero huir de ellos... busco la soledad, me oculto entre los follajes, entre las flores, mas los veo siempre, negros, muy negros, fijos con una mirada suave, prolongada y vaga. ¿Por qué me persiguen? No lo sé, ni acierto á explicármelo. Pero... ¡qué explicármelo! si no me dejan jamás! Leo una novela y en la heroína creo ver resplandecer la mirada insistente de aquellos ojos negros; escribo, y en las blancas cuartillas de papel, como escondidos tras de la hoja, brillan y palpitan los ojos negros, y cuando hago un esfuerzo y abro con pena pero resignado el voluminoso Código, en cada artículo, en cada disposición de la árida ley creo ver una consigna, un algo que fuera orden de los ojos negros.

¿Á qué los conocí? Dicen que la *noche buena* trae felicidades: quizás; á mí sólo me ha traído una dulce desgracia, la fascinación que me produjeron aquellos ojos negros.

¿Cómo borrarlos? Su dueño, una niña muy suave, muy hermosa y muy buena, ignora tal vez el mal que hace con sus ojos negros. Cada inflexión de las cejas, cada roce de las sedosas pestañas, dan nuevas fascinaciones y aspectos encantadores á estos implacables, encarnizados ojos negros.

A veces quiero mirarlos duramente con insistencia, á ver si los quemo ó los fatigo. Los ojos negros se humedecen, chispean y me hacen bajar humillado la vista. Frente á ellos, me trastornan sus destellos y sus raras sombras; cuando no estoy ante ellos, es peor... flotan, parpadean, brillan en el vacío. Son impalpables, pero los veo... y los veo más matadores, más crueles, más deslumbrantes que nunca.

¡Oh! por piedad, sencilla niña de los ojos negros, ordenadles que no sean crueles, impedidles que hieran los corazones.

NEY.

LA LOCA

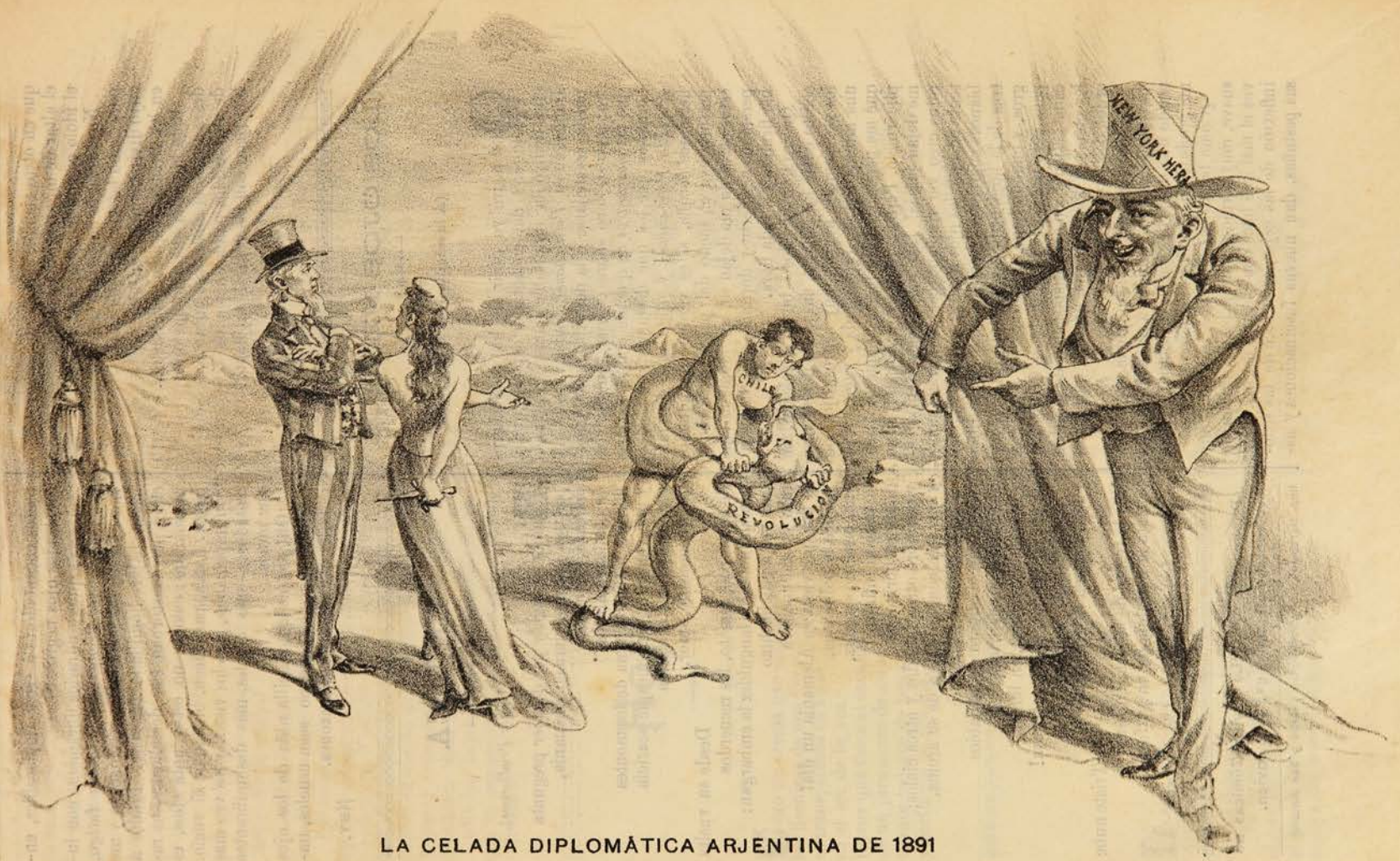
(*Sully Prudhomme*).

ERRANTE vaga y por doquier pregunta
por una flor que viera en Alemania,
delicada, pequeña,
de pétalos sombríos,
flor que habita la cima de los montes
y que vierte un perfume que acaricia
como una frase henchida
de promesas de amor.
Desde su vuelta
de aquel país remoto, los recuerdos
con su incurable languidez la embargan:
¡tal vez algún hechizo
raro y fatal encierra
la flor que viera en Alemania un día!
Dice la pobre loca,
que, besando su cáliz,
la vista al infinito
dilata su horizonte
y descubre otros mundos y otros cielos;
y que también, á influjos de su aroma,
calmada el alma siente
la sed, con el aliento de los labios
que causan sus delirios.
¡Cuántos, cuántos, en busca
de la deseada flor, en vano fueron!
¡La flor es muy escasa
y la Alemania es grande!...
Triste nube
tiñe la frente de la loca, en tanto
la mata la nostalgia de un perfume!

A. YARELA.

Publíquense ó nó, «La Revista Cómica» no devolverá los originales que se le envíen.

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio



LA CELADA DIPLOMÁTICA ARJENTINA DE 1891

La Revista Cómica

Año III

Núm. 110.

ES PROPIEDAD.



DON MANUEL C. THOMPSON

AÑO III SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1898 NÚM. 110

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE Á LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Abelardo Varela y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)	$ 4.50
Por medio año (25 números)	2.50
Número suelto	0.10
Id. atrasado	0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

Nuestros artistas

DON MANUEL C. THOMPSON

Hijo de un héroe, tiene el temperamento de un refinado artista.

Es el más joven de los pintores chilenos.

Discípulo de Mochi y Valenzuela Puelma, se ha distinguido brillantemente en la Escuela de Bellas Artes.

En los Salones de Valparaíso y Santiago, ha competido con los más reputados maestros, obteniendo honrosas recompensas.

Sus retratos son admirables.

Como el artista divino que pintaba de rodillas sus maravillosas *Madonnas*, él es un ardiente poseído cuando da vida en la tela á sus delicadas cabezas de estudio, en que tantas veces se cree experimentar la sensación de la carne tibia y se aspira un perfume virginal.

Thompson es acaso también el pintor sin rival de la naturaleza muerta.

Acto de justicia sería el del Gobierno estimular tan aventajado talento, enviándolo á perfeccionar sus estudios en Europa.

El nombre de Thompson es honra de las artes nacionales.

MOSAICOS

Muriéndome de angustia
me río como un loco, imaginando
que han de reñir batallas muy grotescas
mis besos con los suyos en tus labios...

* * *

Cuando la mendiga, arrastrando á su andrajoso hijo, tendió la mano al potentado, éste palideció y temblando la arrojó una moneda de oro; volviendo luego la espalda y alejándose apresuradamente, sin oir el «¡Dios le bendiga!» que llena de asombro, tartamudeó la triste abandonada.

* * *

Despedazado el cráneo, tinto el rostro en sangre, yace el infeliz en el suelo, mientras en torno se codea la curiosidad ávida de crueles impresiones.

Un rubio pequeñuelo, con los grandes ojos azules muy abiertos, pugna por atravesar el abigarrado concurso, interrogando tímidamente: ¿quién le mató?...

—¿Quién? El amor.

—«¡El amor!... el amor!...»—Y el pequeñuelo se queda repitiendo inconscientemente esta palabra que para él —¡bendita edad!— todavía no tiene significado...

Luis Taboada

(Para LA REVISTA CÓMICA)

Existe un hombre, pardiez,
de ingenio de tal jaez,
de inteligencia tan lista,
que ya no hay ridiculez
que se sustraiga á su vista.

Con sin igual travesura,
á toda humana figura
la torna instantáneamente
el espejo de su mente
risible caricatura.

En el cielo, al ver que el tal
hallaba en cada mortal
un títere de comedia,
se murmuró:—«Esto va mal
« si el Señor no lo remedia.

«Porque es fácil comprender
« que afectando el noble brillo
« propio del humano sér,
« de su Hacedor, sin querer,
« se está burlando ese pillo.»

Ante su corte alarmada,
con el natural enojo
exclamó, Dios:—«Nada, nada,
« á ese pícaro Taboada
« hay que suprimirle un ojo.» (1)

(1) El festivo autor de *Madrid en broma*, á quien le falta un ojo, disimula tal calamidad con uno de vidrio.

AÑO III SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1898 NÚM. 110

Si en lance tan peregrino
calcula el menos experto
aquel encono divino,
no ha de extrañar, me imagino,
que Luis resultara tuerto.

Túvose por cosa llana
que iba á ser, mirando el mundo
por una sola ventana,
juguete de error profundo
y estolidez soberana.

Y á fe que ya no recuerdo
lo que Luis disimuló
y en indagar no me pierdo:
si el ojo que le quedó
fué el derecho ó el izquierdo.

Mas su estrella no os inquiete,
pues tanto sabe el muy tuno,
que en el mundano sainete
nadie vería con siete
lo que él descubre con uno.

MANUEL A. SAN JUAN

Madrid, Octubre de 1896.

Impresiones de Valparaíso

Febrero 6 de 1898.—Hotel de La Unión

Á ABELARDO VARELA, *en señal de estimación literaria.*

Acabo de salir del teatro de la Victoria donde fuí invitada por los redactores de *La Tribuna*. He pasado una noche bellísima, llena de impresiones y de emociones hondas; las unas deliciosas, las otras dolorosas, en fuerza de la violencia del sentimiento que vibraba, con vibraciones de harpa puesta á las sacudidas bruscas, pero acariciadoras de la brisa!...

Con decir que no pude presenciar sino el primer acto, por haber tenido que salirme con el llanto incontenible que me ahogaba! Mis amigos me llevaron á un pequeño hotelito, contiguo al teatro, y allí fuí presa de un ataque nervioso, semejante al que me acometió aquel día que el bárbaro oficial de marina me dijo, con mucha pachocha: Mire, señora, allí fué el sitio donde pereció Grau y tomamos al Huáscar!!...

Ya he descrito aquel acontecimiento, y he hablado de mi indignación, al juzgar á la viuda y á sus hijos, que han traficado por allí en són de paseo, y sin morirse de dolor y pena, para hacerse dignos de llevar ese nombre, que ellos manchan y degradan!...

Cuando después de largos paseos, en la hermosa Avenida, volví al teatro, ya estaba la pieza finalizando, y me di el placer de ver reparada la caída espantosa de mi heroína y la completa dicha de los amantes.

En mi paseo, alumbrado por una luz de luna bellísima, hablamos con mi amigo, de la vida, de esas situaciones falsas del alma, de esos dolores que convierten cada existencia en un drama tenebroso! Me comunicó sus amores desgraciadísimos, sus luchas con la vida, que no le permitían echar sobre sus hombros la pesada carga del padre de familia.

¡Ah! qué espantosa situación para un joven honrado, amante, trabajador y buen ciudadano.

Y á este número pertenece la mitad de los jóvenes de Chile y el Perú!...

¡Ah! el socialismo, con sus leyes de equilibrio de la fortuna pública, y la descentralización del trabajo, y las fuerzas sociológicas, se impone. No llegará mediados del siglo XX, sin que él sea la norma, el molde en que se vacíen y se legislen las naciones!...

Perdonadme este desahogo, en gracia á mi compasión por las amarguras y las luchas espantosas de mi amigo, el ilustrado redactor de *La Tribuna*.

Después siguió un largo paréntesis de silencio, de ese silencio elocuentísimo, en que el alma se concentra para divagar deliciosamente por las esferas altísimas y encantadoras!...

Yo evoqué á mi amor ideal, á ese sér perfecto, que no puede existir en este fango de la vida! Y llena de unción y santa veneración decíale: —Ven, ven mi amado, yo te espero con los brazos abiertos y los labios rebozantes de besos apasionados, delirantes, voluptuosos, con la divina voluptuosidad del alma, que se horroriza y protesta de toda unión carnal! Ven, yo quiero ver en tus ojos la luz del sol, que da vida al Universo; la luz del Amor que derrama la vida y la dicha por el Universo entero.

Mira, alma mía!... Yo estoy llena de coronas de laurel, como los vencedores de las lides romanas; ven, esas coronas no valen nada para mí, y si las estimo, es porque son trofeos que quiero poner á tus pies, á semejanza de los caballeros cruzados, con sus damas!...

¡Ah! á pesar de mis clamores no llegas .. Eres acaso habitante de Sirio, y por eso yo siento palpitar violentamente mi corazón, cuando miro á esa estrella. Sí, yo oigo los mensajes que me envías. Yo soy tu estrella, el reflector de tu luz radiosa! El día que tu amor muriera, yo quedaría en tinieblas.

Cuando nuestros besos suenan, toda la creación se estremece, como el cataclismo universal, que innova, engendra y crea!...

Ven, reclínate en mi seno! ¿Oyes los latidos de mi corazón? Escúchalos... Ellos te dirán que tú les diste fuerza y que antes que tu palabra mágica hubiera salido de tus varoniles labios para decirme:—Te amo!... yo agonizaba en las tinieblas; mi alma vagaba triste y sola en los espacios infinitos, á semejanza de los aerolitos que ruedan sin rumbo, sin vida, solitarios y áridos, lanzando al mundo sus lamentos de rabia y amor!

Ven, á ti te debo la inmortalidad. ¿No sientes los mugidos de las fieras, los rugidos de las panteras, el bramar de los hipopótamos, en celo, rabiosos, con espumarajos de impotencia y furor en los labios?... ¡Ah! No puedo decírtelo: esos son hombres que braman de envidia al verme tan alto...

Miserables!... ¡infames!... Mezquinos, fango de gusanos y de inmundicias sociales!... ¡Ah! no saben que esa altura para mí no significa nada, no vale cosa alguna, no la quiero, no la deseo; me hace daño. Quítame por piedad esa montaña de males que me está matando...

Sabes? Te lo diré en secreto. No vayas á imaginarte que hay en mí ni un punto de vanidad; al contrario, esta condición de mi vida me lleva á considerarme la mujer más infeliz del mundo. Sabes? Todos los hombres con quien yo hablo concluyen enamorándose de mí. ¡Qué horror! y yo con mi corazón noble, con mi alma altruista, resulto una pocona, que doy la muerte á los amigos que quiero y por quien yo daría mi vida por su felicidad!...

Pretenden disputarte tu dicha. ¡Bárbaros! Como si se propusieran, soplando desde la Tierra, apagar el Sol!...

Perdón!... ¡perdón, querido de mi alma!... Yo no soy culpable de esas impresiones. Me miras con recelo y yo voy á morirme!...

Adiós!... adiós!... En una tierra donde no haya pasiones humanas nos seguiremos amando... ¡Adiós!...

En este punto mi amigo me dijo:—Vamos, ya debe haber pasado lo más cruel del drama. Vamos.

Y volvimos al teatro. En verdad. El último acto estaba al finalizar, y yo pude comprender todo lo que había pasado sin exponerme á un nuevo ataque de nervios.

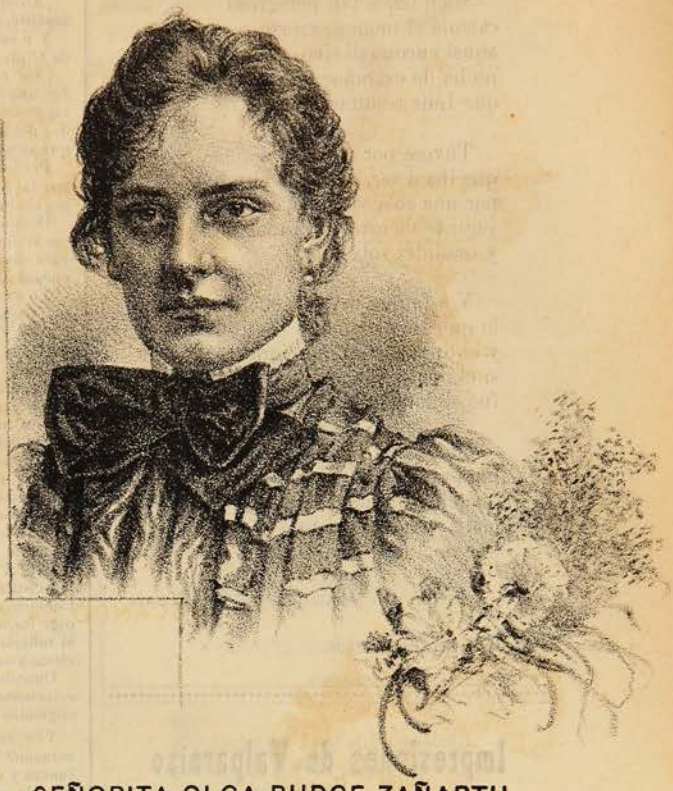
En el teatro se desvaneció mi hermosa visión. La pieza fué aun más hermosa, que el sentimental y sensacional drama de no recuerdo el autor ni el título

Es toda dulzura.

En sus ojos sonríe un cielo.

Su eufónico nombre habla de una blonda princesa del país de las brumas, por cuyo amor se desgarraron el pecho tantos gloriosos caballeros.

Feliz quien conquiste el corazón de la blonda princesa!



SEÑORITA OLGA BUDGE ZAÑARTU



—Dicen que hay un gato encerrado, pero muy bravo.
—Y tan bravo que ahorcará á quien le abra la puerta.



BUSCANDO LA SOLUCIÓN



—¡Remonono! y qué simpático!
—¡Uf!. esta era la que me faltaba!

AÑO III SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1898 NÚM. 110

de la obra; las impresiones han trastornado mi cerebro...

La petipieza fué deliciosa; nos hizo reir á caquinos. Fué la exposición de una vida íntima, convertida en una borrasca por causa de los celos y las veleidades y vulgaridades de una suegra mentirosa, falsa, inconsciente ¡vamos! el tipo ideal de la suegra que resulta un callo en el dedo meñique ó una pulga en el oído.

¡Qué horror! Y qué ejemplo tan moralizador! Mi ilustrado amigo Luis Alberto Rojas, que perteneció al número de mis acompañantes, me dijo que él haría la crítica; yo hubiera querido disputarle ese honor, pero me abstuve de hacerla. Ya me daré gusto en otra ocasión y no por cierto cuando la vuelva á ver, que para ello faltárame valor, sino cuando me sobre valor y humor para este género de trabajos.

Reímos á caquinos con la lindísima petipieza; cené un *churrasco* que daría reputación al mejor hotel de París; acostéme riendo de mis nervios, y ahora en la mañana me pregunto con risa burlona: —¿Y el amante ideal?... ¿y el sér divino que yo debo amar?...

¡Qué irrisión!... ¡Qué sarcasmo! ¿Lo buscaré en el fango de estas sociedades?... Nó, nó, y mil veces nó!...

Me contento con mis sueños, con mis delirios, que me dan mayor goce que el que trae el hartazgo y la decepción! Me lleno, me satisfago con mis sueños; ellos no tienen el espantoso despertar, la horrible realidad, la matadora prosa de la vida!...

MERCEDES CABELLO DE CARBONERA

REMEMBER

(Para LA REVISTA CÓMICA)

FUÉ en una tarde de otoño
melancólica y extraña,
cuando en un negro sepulcro
la dejaron enterrada.
En los cipreses el viento
lúgubremente silvaba,
y por el suelo rodando
iba la seca hojarasca.
Sobre su tumba quedaron
grabadas breves palabras,
sobre ellas cayeron flores
y también algunas lágrimas,
mientras que allá en el fondo
de la fosa solitaria,
quedaron por siempre unidos
su corazón y mi alma!
Mucho tiempo estuve allí,
junto á la cruz funeraria,
abrumado por las penas
de mi profunda desgracia.
Solo en aquel cementerio,
solo en el mundo me hallaba,
en aquella tarde triste,
melancólica y extraña,
cuando en un negro sepulcro
la dejaron enterrada.

EMILIO BERISSO

Buenos Aires.

En París

(Para LA REVISTA CÓMICA)

Carne de perro.

MUDOS, resignados, ausentes de sí, marchaban los tres miserables, entre las brumas frías del anochecer, atados á la misma labor, en la horrible complicidad del hambre.

Una vieja amarilla y andrajosa, coronada de cabellos grises; un hombre macilento, vestido de miseria; y un perro enflaquecido por las vigilias, enfermo y sucio, se esforzaban, arrastrando un carretón viejo cargado de desperdicios. El hombre se encorvaba, ensayando pasos dudosos, con los brazos tendidos en un arranque para empuñar las varas; la mujer empujaba desde atrás, con sus manos huesudas y rugosas manchadas de lodo; el perro, jadeante, con la lengua caída, ayudaba también, tirando de una cuerda atada al collar; y los tres, ensimismados, vacilantes, andaban y andaban bajo la llovizna, como tres esqueletos desterrados de la tumba y obligados á peregrinar, como el Judío.

Las calles húmedas y angostas pasaban y huían con su doble hilera de almacenes bañados de luz y sus aceras, donde se entrechocaba la multitud, bajo un techo de paraguas abiertos; mientras ellos,—ellos, los desterrados!—se deslizaban en la sombra como siluetas extrañas.

Tras mucho andar, al llegar á una calle obscura, se detuvieron. Hombre y mujer, hurgaron en el carretón y después de sacar algunos huesos, mendrugos y piltrafas, libertaron al perro y se sentaron, en corro, al borde de la acera, resignados á despistar el hambre.

Luego se levantaron, se uncieron otro vez al yugo de su tarea interminable, y echaron á andar de nuevo, con rumbo á los barrios de la miseria. Esos desgraciados iban á vender alimento á otros más desgraciados todavía. Y aquella carretada de mondaduras repugnantes, sería el festín de la ciudad de las lagrimas.

MANUEL B. UGARTE

París, Diciembre de 1897.

Nostalgia

CON una fe profunda en mi destino,
desafiando la suerte y sus rigores,
en busca del saber y los honores
del mundo me lancé en el torbellino.

AÑO III SANTIAGO, 2.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1898 NÚM. 110

Vagué como extraviado peregrino
y en la copa bebí de los dolores,
en tanto que con tétricos colores
la nostalgia sombreaba mi camino.

Y, á veces, cuando ansioso de la calma
á mi retiro estudiantil volvía
con un mar de recuerdos en el alma,

Disipando las sombras de mi frente,
me esperaba una carta que traía
el dulce aroma de mi hogar ausente.

SAMUEL A. LILLO

EL MAR

A mis pies está el mar, su ronco grito
vibra en las grietas de estas altas rocas
al rudo choque de sus ondas locas
contra sus negros flancos de granito.

Aquel barco, que el piélago infinito
cruza y audaz su cólera provoca,
su rumbo deja hasta que el puerto toca
en su movible superficie escrito.

Deslízase la ola sin ruïdo,
besa la playa y plácida murmura,
cae y exhala lánguido gemido.

Y es su ondulante y líquida llanura
un manto de esmeraldas extendido
sobre una cima lóbrega y obscura.

BALDOMERO LILLO F.

REIR POR FUERA

(Dolora)

Si bien se considera
que hoy vales mucho menos que cualquiera,

sería afán bien necio
que tomara á lo serio tu desprecio.

Me río, pues, me río;
que tu afán no me da calor ni frío!

(¡Por Dios! Y cómo miento,
si su crueldad es mi mayor tormento!

Sin duda que riera
si pudiera apagar toda la hoguera.

Ah! Donde fuego ha habido,
que quedan las cenizas es sabido!...)

JULIO A. GREZ P.

Linares, Febrero de 1898.

PASIFAE

Teodoro de Banville

La hija del Sol, la bella Pasifae,
con un furor oculto dentro el pecho,
lanzando agudos gritos,
á un toro monstruoso
de pelo rojo é hirsuto
por los montes de Creta perseguía.

Y cuando á la fatiga de buscarle
se rendían sus fuerzas,
en la más alta cúspide
de una roca eminente como un Cáucaso,
le encontraba dormido;
y á su lado, anhelante, temblorosa,
quedábase su sueño contemplando.

Así el alma, que acosan los deseos,
en su vuelo febril desdeña insana
la verde fronda y cristalino río;
y atrás dejando siempre
de la Belleza el manantial supremo,
cruza el desierto de un salvaje ideal
tras un horrible monstruo
por quien de amor enajenada está.

Y.

CORRESPONDENCIA

SEÑORITA... *Quillota.* — Sí, ha sido esa persona tan seria. Pero ¿qué quiere usted? su seriedad no le impide tener corazón. Usted la perdonará ¿verdad?
Cumpliré luego su encargo.
Le estimaré me dé su dirección.

Publíquense ó nó, «La Revista Cómica» no devolverá los originales que se le envíen.

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio



—¿Qué profesión tiene Vd?
—Comer y dormir donde me encuentre.



—Si notan que vamos chispos, nos hacen pasar una vergüenza.

La Revista Cómica



Año III

Núm. 111

ES PROPIEDAD.



Don DOMINGO GANA

AÑO III SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1898 NÚM. 111

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE Á LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Abelardo Varela y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)	$ 4.50
Por medio año (25 números)	2.50
Número suelto	0.10
Id. atrasado	0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

NUESTROS DIPLOMÁTICOS

DON DOMINGO GANA

No es de los improvisados.

Tiene una larga y brillante carrera.

De bastísima ilustración.

De refinada cortesía.

Es un diplomático á lo Talleyrand.

Su patria le debe muy importantes servicios.

Hoy, que de los Estados Unidos pasa á atender nuestra Legación en Inglaterra, la República confía en que su talento y patriotismo han de ser segura cautela de su honra.

MOSAICOS

Sentado frente á una pequeña mesa de tocador, el cómico es víctima de violentas convulsiones, gime, y un torrente de lágrimas que brota de sus ojos enrojecidos humedece su negro bigote.

Su amada de mucho tiempo ha desaparecido.

Pero no cesa de pintarse el rostro.

Los pomos de colores, los pinceles, los cosméticos, las estompas, los lápices, se alternan en sus manos á cada instante.

Se tiñe de sombra los ojos, se traza gruesas y oscuras rayas horizontales en la frente, se da unas cuantas pinceladas de carmín, y con un atrevido rasgo imita un labio caído.

Y entre tanto, sigue gimiendo, agitado por una violenta emoción, como un árbol que sacude tempestuoso vendaval.

Y cuando, con una mueca grotesca en el rostro, aparece en escena el cómico, arrastrando una pierna, estallan en la sala aplausos y carcajadas ruidosas, que caen en su pecho como puñales agudos y desatan la fiebre la locura en su cerebro.

Á Cervantes

SONETO

Para *Abelardo Varela*

Mientras en lucha estéril se consumen
pueblos y razas con afán demente,
cruzas con los laureles de tu frente
para que el genio y su grandeza abrumen.

Siendo de excelsa dualidad resumen
te aclama nuestra edad hombre y vidente,
y *Don Quijote* surge de tu mente
como un deslumbramiento de tu numen.

Deja que el necio tilde el alto asunto
motejando de estúpido su embrollo—
alma del filosófico trasunto.—

¡Cuántos graves políticos del día
ni á tu Rucio aventajan en meollo
ni á tu honrado escudero en cortesía!

Horacio F. Rodríguez
(*Rey Lear*)

Santa Fé (R. A.)

Mirajes...

Trata de olvidarlo. Ya ves cuán indiferente se porta.

—¡Ah! ¡no puedo!

Estas frases las cambiaban dos amigas, sentadas en un sofá de la plaza de X.

Era una preciosa noche, de esas en que la luna demora en presentarse, como una hermosa que da la última mano á su *toilette* y á quien se aguarda con impaciencia, pero que arranca una voz de admiración en el momento de aparecer. La casta diosa no tardó en llegar seguida de su séquito de estrellas, inundando de claridad el paseo y despertando la alegría y el bullicio.

La banda tocaba una polka.

Risueños grupos de niñas y jóvenes discurrían por las avenidas.

En un sofá, escondido bajo las ramas de un acacio, al cual solo llegaba uno que otro extra-

AÑO III SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1898 NÚM. 111

viado rayo de luna, las dos amigas, melancólicas, habían guardado silencio después de aquellas palabras.

Laura suspiraba, mientras Teresa la oprimía cariñosamente la mano.

Frente á ellas, apoyados en la verja que rodeaba el jardín, cuatro jóvenes conversaban alegremente.

Hubo un instante en que Laura levantó la cabeza y fijó sus negros y dormidos ojos en uno de los jóvenes que en ese instante sonreía con una rubia que pasaba. Y vió que la rubia correspondía esa sonrisa, moviendo al mismo tiempo coquetamente la cabeza para hacer ondular con gracia los blondos rizos sobre sus hombros. Un relámpago de odio brilló en los ojos de Laura.

—¡Ah! ¿Ves la coqueta? Ella lo arrebató de mi lado. Tú lo viste tántas y tántas veces junto á mí. No hay sofá de este paseo que no me recuerde una confidencia de sus proyectos, de sus esperanzas, de sus ensueños. Cuántas veces recitábamos juntos á Acuña!...

—Mi pobre amiga, ¡cómo te engañaba!...

—¡Me amó en un tiempo!...

—¿Sabes? Él dice que jamás ha pensado en ti. Olvídale, olvídale. Es indigno de tu cariño. Tú debes manifestarle el hielo de una indiferencia implacable. Prométemelo que así lo harás...

Laura estaba muda como si hubiese recibido un golpe de muerte. Después, recobrando poco á poco su razón, dijo: ¡Sea!... y tomando del brazo á Teresa, ambas fueron á mezclarse en el concurso del paseo.

No tardó en juntárseles un joven con quien luego alternaron en chispeante y animada charla.

Nadie, al ver tanto regocijo, habría adivinado el volcán que ardía en ese joven corazón.

Yo que sabía la verdad, contemplando á la joven de ojos negros y lánguido mirar, recordé al poeta:

La mujer que se encuentra á toda hora
obligada á ocultar cuanto ella siente,
si ríe,... es porque llora,...
y si dice que no ama es porque miente.

YEDRA.

LA GOLONDRINA

Cuando llegó el invierno tuvo angustia
la pobre golondrina. Miró el cielo
negro y obscuro; la pradera mustia
y el nido helado...
Y elevó su vuelo
en busca de otra patria, de otro clima,
de una dulce y alegre primavera,
así cantando al remontar la cima
de la brumosa y alta cordillera:

«Yo busco el sol risueño, el sol ardiente,
manantial de ternuras y de amores,
que da ímpetu al torrente,
que da savia á las flores;
que hace brotar los gérmenes fecundos
del seno de las tierras; y que envía
desde el azul profundo
luz, aroma, placer y poesía.

En techo hospitalario hago mi nido
junto á las rosas y los lirios pálidos,
donde escucho en las tardes el sonido
de tibias hojas y de besos cálidos;
conozco los misterios de las fuentes
cuando las baña el sol con rayos de oro,
y entonan sus cristales trasparentes
de una harpa misteriosa, himno sonoro.

En la noche tranquila y azulada
yo juego en el balcón, en donde sueña
la virgen pensativa, reclinada
con lángido abandono...
Ella me enseña
sus palabras de amor y de ternura,
me recita sus quejas cariñosas,
y al eco de su voz en la espesura
siento temblar el cáliz de las rosas...
Entonces yo, agitando mi plumaje,
hago un rumor de besos y caricias,
y le cuento á la niña en mi lenguaje
de mis errantes noches las delicias...

Yo soy tierna y sensible;
por eso buscó el árbol rumoroso,
donde siento un encanto indefinible
en el azul del cielo misterioso;
yo soy como el poeta
que en ansias de lo bello se extasía,
y va anhelante, la mirada inquieta,
tras un sueño de eterna poesía.
Soy como él caprichosa: hallo un encanto
en mi nido salvaje, entre las brisas,
y me duermo soñando en las sonrisas
de un sol primaveral.
Y vivo y canto
y no sé adonde voy.
Que aquí en los cielos
no hay límites al ave ni al artista,
pues sobre el horizonte de la vista
está el eterno azul de los anhelos...»

GUSTAVO VALLEDOR.

1889.



Señorita MARTA MORANDÉ VICUÑA

Esbelta, gentil.

Tiene la gracia y la elegancia de una rosa primaveral.

Y ¡cuidado!... cuando la risa acaricia su rostro siempre simpático y siempre alegre, se ve en sus mejillas una manchita obscura, un hoyito, donde se esconde el cruel enemigo para disparar contra los corazones sus flechas certeras siempre...



Hay simpatías irresistibles.



¡¡Perdonadme esta página!!

AÑO III SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1898 NÚM. 111

POR UN CAMINO

Yo iba solo, como siempre,
y á la orilla del camino
vi un montón de cruces viejas
con los brazos extendidos.
La zarza crecía entre ellas
y entre ellas al deslizarse
cantaba, trémulo, el viento
sus quejumbrosos cantares.
Una mujer enlutada
me explicó, bañada en llanto,
el simbolismo siniestro
de aquel monumento extraño.
«Aquí, me dijo, los vivos,
al enterrar á los muertos,
con una cruz y una zarza
rinden tributo al recuerdo.»
¡Por cada muerto una cruz!...
—pensé, mirando al montón
y sin quererlo, llevando
las manos al corazón.
No sucede así en el alma;
que no recuerdan los hombres
con funerarios emblemas
sus difuntas ilusiones:
cuando se troncha un cariño,
cuando muere una esperanza,
silenciosos los entierran
los panteoneros del alma;
sin colocar en sus tumbas
escavadas en la sombra,
ni sacrosantos emblemas
ni funerarias coronas...
Porque si así no lo hicieran
los huraños panteoneros,
toda la tierra estaría
convertida en cementerio...

DIEGO DUBLÉ URRUTIA

"Hasta la muerte...!"

El año glorioso de la coronación levantó muchas vanidades y cayó como divino maná sobre el gran ejército. Ahí nacieron los mariscales, los de gran cordón y título de nobleza. Los brillantes generales que batallaron en las campañas de Italia y Egipto, recibieron su digno premio: el bastón de mariscal. Ney, Oudinot, Victor, Murat, cruzaron los resplandecientes salones del Trianon y de las Tullerías, haciendo resonar en los mármoles sus espuelas de oro y ostentando entre la nube de cortesanos la placa de la gran águila y el uniforme tapado de bordados.

Bien lo merecieron esos valientes. Subió su general, debían subir ellos; ellos que lo acompañaron en aquella triunfal cruzada por la Italia, en el paso por las nieves de los inaccesibles Alpes, en aquellas marchas forzadas á través de las arenas egipcias, sufriendo los deslumbramientos del desierto y las dolorosas fatigas de aquella tremenda calaverada, cuyo punto negro fué Abonkir.

El emperador, el victorioso general *Bonaparte*, hacía estricta justicia al mérito. ¡Cuántos valientes agradecidos y cómo le juraban eterna fidelidad! El César podía descansar tranquilo, con esos valientes mariscales y esos veteranos: ¡á qué más!

—S. M., observó respetuosamente el secretario general, creo ha olvidado la promoción del general Aubry y es el más antiguo de su grado; ha hecho con gloria todas las campañas, y es tan adicto á V. M.

El emperador se quedó un momento pensativo, y luego dijo:—Nó, dejadle de general; está ya muy viejo y me inspira pocas simpatías.

.....

Pasaron los tiempos. Vino la campaña española del año ocho y Dupont cayó en Bailén; después el vergonzoso desastre de Zaragoza y luego la campaña rusa del año doce, aquella horrible retirada y aquel colosal desastre. Y para colmo la *coalición*. El sol de la fortuna de este extraño corso aventurero principió á eclipsarse, y un día los mariscales, los que le juraron fidelidad y tanto amor, los mismos que colmó de honores en 1802, le abandonaron!

Y cuando los llamó al histórico salón de Versalles, cuando muy conmovido les pidió su ayuda, le levantaron la voz y le exigieron que abdicara!

Y lo dejaron solo, abandonado. Ney se fué á la corte de Luis XVIII; Murat se escondió, y los demás huyeron.

Solo, sí, solo... Lo veían caído. Eran insolentes é ingratos.—No me queda nadie, nadie que me ame, que me sea fiel, dijo á media voz con acento de honda pena el emperador. Nadie, sí, nadie!

—Nó, V. M., respondió una voz temblorosa, nó: os queda este viejo servidor humilde y sin méritos, que os ha visto formaros, que os ha acompañado siempre, que tanto os ama y que morirá por vos!

—Ah! valiente, venid á mis brazos—exclamó el emperador—y se abrazó llorando con aquel anciano de cabellos blancos, con aquel rudo veterano, fiel como la consigna, generoso é hidalgo.

Ese veterano, ese viejo general, el único fiel en la desgracia, era aquel general Aubry que postergó Napoleón cuando subió al trono.

El pobre servidor cumplía como bueno su promesa «Con vos hasta la muerte.»

LEONCIO RODRÍGUEZ SEÑORET

AÑO III SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE FEBRERO DE 1898 NÚM. 111

ANTÍTESIS

Nunca la acción sin idëal, movida
por ciegas fuerzas, al azar y á obscuras,
de sus uniones híbridas é impuras
concebirá por el dolor ungida.

Nunca tampoco la abstracción, nacida
entre la nieve de áridas alturas,
podrá llevar en sus entrañas duras
el germen palpitante de la vida.

Una es estéril para el bien humano,
como lo son las vírgenes austeras
que un voto aparta del amor profano;

La otra, entregada á sus pasiones fieras,
estéril es, en su impudor liviano,
con la esterilidad de las rameras.

Emilio Ferrari

EL CLAVEL

Apesar de haber dicho Mariano de Cavia,—autoridad irrecusable—que lo de *fingir en sueños es cursi* y está *gastado*, como yo he *soñado verdaderamente*, voy á contar á usted *mi sueño*, esperando que por tratarse de una señorita, perdonará por esta vez el castizo é ingenioso escritor, honra de las letras actuales.

—Tiene usted razón. Mariano es sumamente galante y desde ahora puede usted contar con su benevolencia. ¿Qué ha soñado usted?

—Pues, señor, era domingo; muy tempranito, casi al amanecer, me hallaba yo no sé cómo ni por quién llevada, en el huerto del convento donde profesó hace dos años mi prima Carlota. ¡Ya ve usted qué disparate! ¡Entrar yo en un huerto vedado á todo el mundo!

—¡Dulces cuenticos de los sueños! Siga Ud.

—Hirió mis ojos un hermosísimo clavel blanco, que brotaba orgulloso y esbelto de una clavellina, nacida espontáneamente al pie de un triste pero gallardo ciprés. Pedí permiso para arrancarle; me fué concedido, y desde la mata, pasó la flor á engalanar mi pecho.

Loca de alegría volví á mi casa, y acompañado de una cartita amorosa, envié el clavel á mi Alejandro. Este lo cuidó con gran esmero y lo lució por la noche en la comida de la embajada de Italia, llevándolo en la solapa del frac. La hermosura de mi flor llamó la atención de todos, por cuya circunstancia, Alejandro la cuidaba y atendía como si fuera mi propia persona. Pero Alejandro había abusado un poco y torpemente del *champagne frappé*.... y llegó al teatro, inundado de ruidosa alegría. En un palco, cercano al suyo, había una de esas desfachatadas mujeres que tanto daño hacen á la sociedad, llamándose con orgullo, y para mengua del habla castellana, *cocottes* ú *horizontales*, y yo no sé por qué medios, consiguió que mi clavel pasara á su dominio. El clavel, en su pecho, parecía como avergonzado. Terminada la función, *ella*, *él* y varios amigos de esos que viven del oro ajeno, adulando rastreramente al poseedor, resolvieron acabar la noche en un *salón reservado*. Menudearon los platos caros y los vinos selectos, mezclándolos con procacidades del peor gusto, y poco antes del amanecer, ¿dónde dirá usted que estaba el clavel mío?

—¿Qué sé yó?

—Deshojado y en el fondo de una taza de café, en cuyo fondo había una especie de fango formado por el residuo del llote y la ceniza de un habano que saboreaba aquella infernal serpiente. Yo lloraba con amargura al ver el inmundo paradero de aquel clavel, emblema de mi purísimo amor, cuando afortunadamente dejé de soñar, y con los sentidos despiertos, pude apreciar que todo aquello no era sino una calenturienta creación de mi fantasía. ¿Qué gusto, eh? Todo era mentira. Todo. Y nada más. Pués ya he acabado.

—¿Ahí acaba el cuento?

—Sí, señor.

—Pues diga usted la moraleja: *La mujer y la flor son parecidas por todo extremo.* Si usted no hubiera entregado el clavel á Alejandro, la pobre flor, libre de mundanales evoluciones, no hubiera ido á morir deshojada en el fondo de una taza de café.

—Es verdad.

—Alejandro escribe á usted muchas veces para que vaya á *verla sola*...

—Sola con mi doncella.

—Alejandro sabe que ésta es sobornable. Ir con ella, supone *ir sola* un día ú otro.

—¿Y qué...?

—Piense usted en el clavel. *Las flores y las mujeres se parecen mucho.* Hay que evitar á todo trance el *primer paso*. No vaya usted á ver á ese joven.

—¿Por qué?

El inmortal Moreto lo dijo en *El desdén con el desdén*:

Quién no resiste á empezar
no resiste en proseguir.

Rafael M. Liern

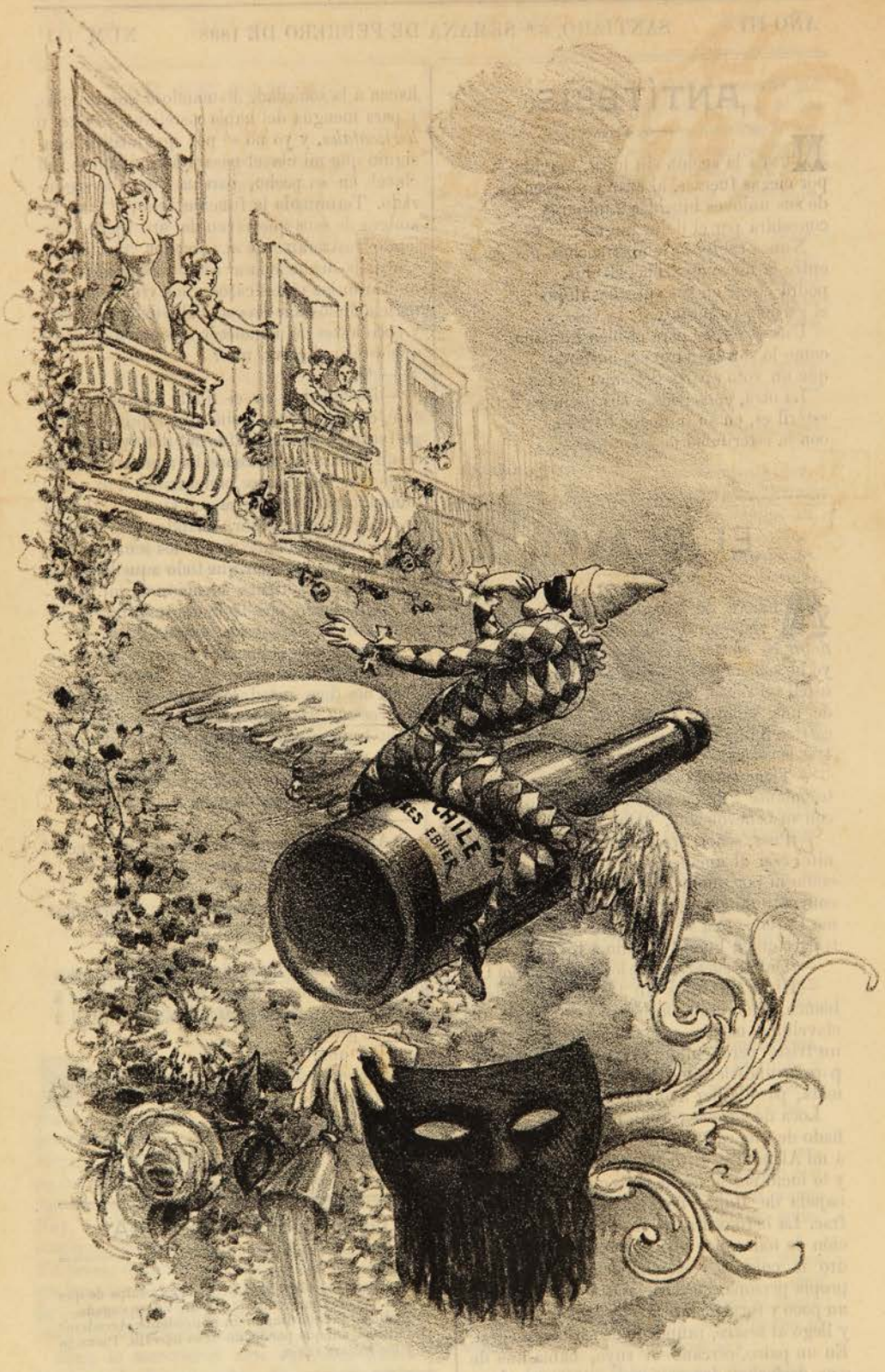
CORRESPONDENCIA

Señorita *** — Es verdad, yo tengo la culpa de que V. Vd. me crea tan indiscreto. Pero Vd. se engaña.

Aquello no fué con ningún fin imprudente. Accederá?

Lo último, aunque puedo, no debo hacerlo. Piénselo Vd. y me hallará razón.

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio



¡Viva el Carnaval!

La Revista Cómica

Año III

Núm. 112

ES PROPIEDAD.



Don JACINTO CHACÓN

AÑO III SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE MARZO DE 1898 NÚM. 112

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE Á LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Abelardo Varela y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)	$ 4.50
Por medio año (25 números)	2.50
Número suelto	0.10
Id. atrasado	0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

ANCIANOS ILUSTRES

DON JACINTO CHACÓN

Es tal vez la última reliquia que nos queda de bellos tiempos.

Don Jacinto Chacón fué uno de esos valientes y entusiastas luchadores que, á la sombra de la bandera de Francisco Bilbao, pelearon tan rudas batallas por la libertad de conciencia.

Poeta, nobilísimos sentimientos inspiraron en otra época la harmonía de sus cantos.

Hoy, cargado de años, atacado su organismo por una terrible enfermedad, el vigor de su espíritu no desmaya. Su pluma sigue sembrando las grandes ideas.

Que nuestra juventud venere y tome siempre como ejemplo á tan nobles hombres.

MOSAICOS

Es un festín de despedida.

En el momento en que el vino rubio empieza á bullir alegremente en las copas, el más desenfrenado de los vividores se levanta.

—Por la felicidad del amigo que hoy abandona nuestra causa. Por la felicidad de la hermosa dama que ha conquistado el corazón obediente hasta hoy á nuestros augustos soberanos: la diosa Botella y el dios Placer...

El festejado, chispeantes los ojos, pálido el rostro, las piernas tambaleantes, trepóse sobre una silla y exclamó con vinoso acento:

—Yo no soy un desertor... Pero se debe ser razonable: la ocasión es calva y hay que vivir alerta...

Señores, por que cada día estrechemos más nuestras filas gloriosas. Por vosotros y por la bellísima dote de mi novia...

Y apuró torpemente la copa con que chorreó la blanca pechera y el negro frac, lanzando luego el cristal que gimió despedazándose en medio de la mesa.

Generales aplausos y carcajadas resonaron entonces en honor del canalla.

SONETOS (1)

I

LOS CONQUISTADORES

(De J. M. Heredia)

Á Lucio V. López

Como banda de azores, libre y fiera,
altiva y pobre, de sufrir cansada,
parte de Palos gente aventurera
por visiones heroicas alentada.

Rodeando el mundo, conquistar espera
el oro de Cipango, y empujada
á la no vista Occidental ribera,
en alas del Alisio va llevada.

Grandioso despertar á cada aurora
esperan, y responden á su anhelo
aves que pasan y celajes rotos;

Y, á la tarde, agrupados en la prora,
miran subir por el oscuro cielo
del fondo de la mar astros ignotos.

Octubre 20 de 1892.

(1) Creemos que serán leídas con gusto estas bellas traducciones del maestro *De la Barra*, desconocidas entre nosotros, que se publicaron en la *Revista Nacional* de Buenos Aires el año 1893 acompañadas de la siguiente carta:

«Rosario de Santa Fé, Marzo 20 de 1893.—Señor don Carlos Vega Belgrano.—Buenos Aires.—Mi señor y amigo: Le incluyo tres sonetos para la *Revista*, si es que ella quiere acogerlos. Los dos primeros fueron traducidos del francés á petición de Lucio López, quien en meses pasados me escribía: «Hé aquí los versos de «Heredia que le ofrecí: los dos sonetos de que le hablé, «y que revelan la índole de este admirable rimador de «mosaicos del grupo parnasiano. Espero, pues, su tra«ducción.»

El amigo me ponía á prueba encomendándome aquella obra especialísima; que no es fácil empresa reproducir en otra lengua los esmaltes admirables de Heredia, quien, si por un lado es de los Parnasianos, por otro está ligado al siempre famoso cantor del Niágara.

Hice lo que pude, siquiera para mostrar mi deseo de complacer á tan buen amigo, quien hoy recorre feliz los valles y montañas de mi lejana patria, dejando á su superior ingenio el cuidado de bautizar el segundo de los sonetos con un nombre que respondiera á la idea de su autor.

AÑO III SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE MARZO DE 1898 NÚM. 112

II

EL PLATERO VIEJO

(De J. M. Heredia)

¿Quién esculpe un jarrón como el maestro?
¿Ruiz ¿Ximénez? ¿los Arfes?... Hoy Saavedra
no engasta como yo la rica piedra,
ni en burilar metales es más diestro.

Pinté en plata, esmalté, con amor y estro,
y un cruel remordimiento ora me arredra:
Baco y las Ninfas, pámpanos y hiedra
fice en vez de la Cruz, consuelo nuestro!

¡Hay más aún!... damasquiné una daga,
obra infernal que mi conciencia agobia
y compromete el celestial tesoro!...

¡Ah! quiero, ahora que mi luz se apaga,
morir como Fray Juan el de Segovia,
fiel, cincelando un incensario de oro!

Octubre 21 de 1892.

III

LA VÍSPERA

¡Pobreza y majestad!... Alta la frente
llenos de fe, y en sus harapos fieros
parten de Palos: la atrevida gente
confía en Dios, y más en sus aceros.

Tras de un Imperio van aventureros
soñando en los tesoros del Oriente,
y en rumbo occidental, aires ligeros
ciegos los llevan por la mar turgente.

Surcan sus carabelas nuevas olas,
nuevos astros alumbran en el cielo,
y, al aire las banderas españolas,

ya aprestan los soberbios arcabuces
que dioses los harán, y en nuevo suelo
tronando esparcirán las nuevas luces.

Rosario de Santa Fé, Octubre 20 de 1892.

E. DE LA BARRA.

Heredia escribe de un *Vieil Orfevre*, español, quien á la vejez manifiesta el orgullo del oficio, y el misticismo de su tiempo y su raza. Se arrepiente de haber ejecutado obras maestras acaso, pero mundanas, y capaces de comprometer su salvación, y en un rapto de arrepentimiento manifiesta el deseo de morir como fray Juan de Segovia, famoso platero á quien sorprendió la muerte trabajando una Custodia para su iglesia.

Correspondiente del *Orfevre* francés, es el vocablo *Orfebre* del castellano antiguo, y ambos provienen del latín *aurum*, oro y *faber*, fabricante, artífice, obrero.

También se dijo *orice*, y de allí salió *orifice* (*aurifex*, de aurum y facere), que es forma más moderna.

Pero sobre todas estas voces prevaleció la denominación de *platero*, con que se designó á los del oficio y se honraron los maestros del gremio, algunos muy notables, como Ruiz, Ximénez, y los tres Arfes, hijo, padre y abuelo, de origen alemán.

Decir el *Orfebre Caduco* es exacto, pero pretensioso; y el *Orifice anciano* no es más expresivo y sencillo que el *Platero viejo*. Este, además, es el que conviene el artífice del siglo XVI, posterior á Juan de Segovia.

Ignoro lo que opine Lucio López, quien no me ha contestado sobre este punto.

Por último, agrego un tercer soneto de mi propia factura, inspirado sin duda en los *Conquistadores*, de Heredia, que acababa de traducir cuando lo compuse; pero de muy distinta índole.

Junto con esta recibirá Vd. un ejemplar de mis «Nuevos Estudios sobre Versificación» que acaban de publicarse en Chile, como un recuerdo amistoso de su afectísimo amigo y seguro servidor.— *E. de la Barra.*»

Sueño

AMADA, anoche en mi lecho
lloré mucho en ti pensando,
y tuve en mi inquieta fiebre
un sueño triste y extraño.
Del balcón en que otros días
me juraron fe tus labios
como una estatua al pie estaba
en mi dolor abismado.
Allá en el cielo la luna
tenía el rostro muy pálido
y brillaban las estrellas
con fulgores funerarios.
Del silencio se extendían
sobre la tierra los brazos,
mientras un monstruo siniestro
voltejeaba en el espacio.
Haciendo su faz horrible
una mueca de sarcasmo,
un demonio junto al muro
con un puñal en la mano,
mostrábame aquel balcón
donde mintieron tus labios...
Y ese puñal me atraía
con un prestigio malvado,
dando vida aquí en mi pecho
á las ansias de empuñarlo,
mientras en su hoja la luna
quebraba argentados rayos...
Amada, anoche en mi lecho
lloré mucho en ti pensando
cuando preso de la fiebre
tuve un sueño triste, extraño.

A. Y

La segunda juventud

TREINTA y siete años. Ni uno más ni uno menos. Casi una vieja. Si no me mirase usted con ojos de enamorado—y ya es



Señorita TERESA MAC-CLURE BESA

Pequeñita, delicada, graciosa.

Ya la creéis una japonería, ya una elegante muñeca que, aburrida, se ha escapado como una locuela de su escaparate.

En la luz de sus ojos muy obscuros, flota una mezcla de alegrías y nostalgias de mundos lejanos.

El tesoro de azabache de su cabellera es maravilloso. Si ella lo soltara, caería sobre su espalda como un manto de duelo régio. Transformada entonces en la imagen peregrima de la Noche, pensaríais que para ella habían sido escritos los versos del artista inmortal.



¿Qué yo soy del Cenáculo?... Mentira!
A mí nada me arredra,
ora empuñe la lira
ora la trompa emboque
yo seré yo; el árbol, no la hiedra!...
—¿Y qué árbol es este? — Un alcornoque!



DR. HANS HARTHAN

Director del Conservatorio Nacional de Música



¡Abuelito mío, hasta luego!

AÑO III SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE MARZO DE 1898 NÚM. 112

sabido que los enamorados no «saben ver»—habría usted advertido que tengo la cabeza llena de canas. ¡La nieve del invierno, que diría un poeta cursi! Yo le ruego á usted que me mire como me miran los demás, desapasionadamente, y notará usted los estragos que ha hecho en mí el tiempo.

Y aproximó su cara á la del joven, sonriendo, algo pálida por la emoción.

Él, por toda respuesta, quiso abrazarla; pero ella le contuvo con un gesto.

—Hablemos antes. Usted es un loco extraño; un loco que se obstina en no recobrar la razón. Y yo quiero volverle al juicio, curándole de ese antojo que siente usted por mí. ¡Ay, pobre niño! usted no sabe lo peligroso que es enamorarse de una mujer como yo, gastada por la experiencia, desilusionada, aburrida!... Fuera una crueldad, de la que no quiero hacerme responsable, unir mis treinta y siete años con sus veinte. ¡Tengo lástima de su juventud y no quiero mezclarla con mi vejez!

Calló un momento, ahogada por la emoción, sin fuerzas para continuar hablando.

—Y supongamos,—¡la carne es frágil!—que yo me enamorase de usted.

Se llevó la mano á la cabeza, como horrorizada de aquella idea.

—¡Oh, no quiero ni siquiera pensarlo! Usted no sabe cómo aman las mujeres á mi edad. Con toda el alma!... Y yo tengo ya derecho á descansar, á vivir sólo para mí, sin preocuparme de nadie...

Hizo una pausa, y después continuó, ya algo más tranquila:

—Leo en su pensamiento como en un libro abierto. Sí, ya sé lo que va usted á decirme: que exagero, que estoy en lo mejor de mi edad, que soy aún joven y hermosa. ¡Lo que se dice siempre en estos casos!

Se interrumpió para sonreirse.

Y acaso tendría usted razón al hablarme así. Todavía soy, todavía puedo parecer agradable á los hombres... Pero ya he comenzado á bajar la cuesta, mientras usted apenas si ha comenzado á subirla. Nos separa un abismo; el abismo de los años. Hoy, y gracias á la buena voluntad que parece usted tenerme, todavía puedo parecerle joven y hermosa... Pero ¿y mañana?

Y yo no soy capaz de consentir, ¡soy muy orgullosa!, que llegado el momento inevitable de la desilución, continuara usted *haciendo* como que me quería... ¡Nó, yo no me siento capaz de sufrir semejante humillación!

En una palabra, amigo mío; he entrado ya en la *segunda juventud* de que hablan los poetas. Soy casi una anciana. Ya le he dicho á usted que tengo la cabeza casi blanca. Míreme usted, yo se lo ruego, como me miran los demás, y ya verá usted como me encuentra algo vieja.

Y sonriéndose, aproximó su cara, pálida aún por la emoción, á la cara del joven.

Él la estrechó contra su pecho sin decir palabra, y ella se dejó abrazar sin oponer resistencia alguna.

—¡Ay, niño mío, qué loco eres y qué loca soy. Pero prométeme que me has de amar siempre, siempre...

MIGUEL SAWA

BRINDIS NEGRO

Para LA REVISTA CÓMICA

REINA Muerte, salud! Mi novia amada,
el vaso de licor, alegre, apuro:
—por tu seca mejilla descarnada
y de tus cuencas por el hoyo oscuro.

Quiero beber contigo:—por la *nada*
que entre las sombras de tu imperio auguro.
por que me arranques de la vida airada,
de esta inmunda cloaca de lo impuro.

No te vayas! Escucha mis reclamos,
en mis oidos tus palabras zumba,
besa mi frente que la duda quema.

Oh! sé mi esposa ya. Y unidos vamos
al lecho voluptuoso de la tumba
y, ahí, apuremos la embriaguez suprema.

FRANCISCO MOSTAJO

Arequipa (Perú)

HISTORIA DE UNA ROSA

ERA el mes de Abril.

En los hermosos jardines de Casa Bermeja una linda rosa rodeada de tres capullos se balanceaba en el aire ostentando su hermosura y bizarría.

Las otras rosas tenían envidia de ver aquella magnífica flor conservarse con todos sus capullos, mientras que ellas apenas abrían sus pétalos eran tronchadas por el huracán.

Más ¡oh desgracia! también aquella flor sufrió horriblemente, no la muerte ligera y benéfica, sino la muerte lenta cruel y llena de amarguras. ¡Pobre flor!...

AÑO III SANTIAGO, 1.ª SEMANA DE MARZO DE 1898 NÚM. 112

Cogieron una rosa que florecía a su lado, la que la resguardaba del sol, del frío y del viento, la deshojaron y en seguida la arrojaron en el polvo inmundo: así murió asesinada humillada y escarnecida; sólo sus capullos doblaban tristemente los pétalos, como si conocieran el vacío que dejara.

Después la otra rosa con sus capullos fué arrebatada por el huracán, lejos, muy lejos, á valles desconocidos de extraños países. ¡Con cuántos abrojos no tropezó en el camino! ¡Cuántas espinas no iban á clavarse en sus ya marchitas hojas! Y aquella pobre flor no tenía otro consuelo que el benéfico rocío que caía sobre ella; entonces sus hojas mustias adquirieron un poco de lozanía para poder conservar la vida de sus capullos, de aquellos capullos que aun no abrían y ya caminaban á la muerte.

Por fin, la pobre rosa llegó al término de su jornada; hoy es un tronco, pero sus capullos son frescos y hermosos. Sólo dos fueron rodando, rodando, en busca tal vez de mejor suerte.

En cambio, queda una rosita que presta calor á aquel viejo tronco declinado: ella crece, sí, crece lozana entre espinas y abrojos.

MARÍA

Santiago, á 17 de Febrero de 1898.

LA ONDA

NADA más extrañamente encantador que aquella onda de cabellos negros de un matiz sedoso y con relampagueos de azabache que cae ondulando sobre el terso marco de esa frente mate-pálido donde morarían las más risueñas esperanzas y los más vagos ensueños de dicha.

Sí, esa onda de cabellos negros da aquel rostro singularmente hermoso, todos los atractivos y fascinaciones de una peregrina belleza y esa onda, al destellar, como rayos de luz sus brillantes reflejos, parecía encubrir bajo la seda de sus hilos negros, el nido donde se ocultaran las ideas desconocidas que á modo de abejas de oro con el zumbido del amor revolotearían por los rincones de aquella coquetuela cabecita.

Hay deslumbramientos irresistibles en estos séres misteriosos. Un cerrar rápido de ojos, una palpitación de largas pestañas, un mohín ligero, cualquier ademán, les da nuevos encantos y seducciones.

Pero, nada, como la onda de pelo negro de que hablaba. Describir ese rostro con esa onda es querer robar matices y tonos á la paleta del que dió vida á las *Madonas*, es querer robar un retazo de Andalucía con cielo azul y gracia inimitable.

Ese rostro ligeramente moreno sin la onda, se transforma, aparece demudado, sin vida, casi muerto. Pierde sus colores, los ojos negros sus chispazos, la boca sus risas de perlas... se va el encanto!

Cae la onda, cubre la bella frente y nace un ángel!

La onda semeja una diadema de perlas negras, puesta sobre la sien de hermosa soberana para marchar sobre los corazones y desvanecer las cabezas.

Esa onda es un poema. Su lectura mata.

LEONCIO RODRÍGUEZ SEÑORET.

Febrero, 10-98.

EL PLACER

Sully Prudhomme

Dos seres que sojuzga
el triunfador deseo,
por el placer atados,
hasta la muerte libertad no tienen.

Fatigado un instante,
á veces distraído
se queda el carcelero, y menos duros
sus rigores aquejan.

Los infelices pálidos, entonces,
presos de intensa languidez se yerguen,
de su infamia espantados,
cada cual sacudiendo su cadena
con ansias de troncharla
ó de arrancarse el corazón del pecho.

La acerada atadura
está ya por ceder, cuando Él al ruido
de los anillos que la fuerza agita,
abre los grandes ojos en que flota
un duelo poderoso.

En sus fatales brazos
les muestra ardiente, voluptuosa tumba:
y en silencio atraídos
caen ellos de nuevo, mientras huye
de vanas contriciones
el efímero enjambre...

A. Y.

Publíquense ó nó, «La Revista Cómica» no devolverá los originales que se le envíen.

Imp: Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio



—Mire Vd. vecina, como se le entran.
—Y á Vd. vecina, como se le salen.

AÑO III SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE MARZO DE 1898 NÚM. 113

y un torrente de lágrimas y sangre
marcando fué sus huellas.

¿Cuál fué la causa del furor humano
que, fiera contra fiera,
arrojó á los armados caballeros
y conturbó la tierra?

Hoy no se sabe!... ¿La ambicion acaso?
¿acaso las creencias,
que encienden en furor el fanatismo
y la historia ensangrientan?

¿Del moro y el cristiano el odio ciego
presenció esta palestra?
¿O aquí el conquistador, cruel y potente,
tremoló sus enseñas?

Asesinos de pueblos inocentes,
hoscas, rapaces fieras
no hartas de matar, fueron los héroes
de la gloria sangrienta.

¡Héroes son los que mueren por la Patria!
Y alcanzan gloria cierta
los que aman la Justicia, y el martirio
sufren en su defensa.

¡Cubra el olvido las pasiones locas
que á los hombres afrentan!
¡Cubran las flores con su manto puro
la infamia de la guerra!

E. DE LA BARRA

Limache, marzo 24 de 1896.

MAL HUMORADAS... EN PROSA

El laurel es una planta que puede comprarse en cualquier jardín...

*

La estupidez suele ser una gran cualidad... porque es lo único que puede salvar de responsabilidad.

*

Los grandes hombres se llevan haciendo recetas para hacer el bien público... Sólo falta farmacéuticos que las despachen.

*

Exagerar la virtud, haciéndola una cualidad que nadie alcanza, equivale á hacerla imposible en la tierra.

*

Por desgracia es muy frecuente hallar vencidos que aceptan puestos en las cocinas del vencedor.

*

¡No sólo de mármol y de bronce debían hacerse las estatuas y las tumbas!...

*

—Mi amigo X?
—La humildad más orgullosa que he conocido.—

*

En Chile todos los autores se quejan de *falta* de fondos, pero ninguno de *falta* de talento.

*

Entre casadas:
—Qué vino te gusta más?
—El mismo que á ti:... el *adulterado*.

A. DE GÉRY

Un adiós

Bruma ligera sobre el mar en calma
con silenciosa majestad se tiende
formando como un ruedo de penumbra
allá en las lejanías; aquí el sitio
cubierto está con la verdosa yerba
que baña la onda, agonizando encima.
Se muere el sol, y la tristeza baja
transfigurada en los solares rayos
de la colina que á su paso opone
las verdes cabelleras de los árboles.

Como una garza de pausado vuelo
que con la punta de sus alas riza
las aguas, una nave se sumerge
en la neblina que del mar se eleva.
La blanca vela por el viento hinchada
lleva el sollozo de un adiós muy dulce
que de la orilla sin cesar recibe.
¡Adiós! ¡adiós!

La joven prometida
sobre los hombros de su hermana apoya
languideciente brazo, la otra mano
agita el melancólico pañuelo
en cuyos pliegues pósase el espíritu
de aquel que parte y que quizás no vuelve.
¡Ay! pero él, al mirarla en lontananza,
sabe que el lino de su barco envuelve
un beso y un adiós y una esperanza!

ROBERTO BRENES MESÉN



¡Milicianos, á la victoria!



Es un ángel de hermosura
desterrado de los cielos
porque allá sus dulces ojos
mil envidias encendieron.

SEÑORITA IGNACIA ZAÑARTU IÑIGUEZ



DON ISIDORO ERRAZURIZ
Ministro de Chile en el Brasil
† el 12 del presente.

AÑO III SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE MARZO DE 1898 NÚM. 113

La señorita de Colombier

Era muy simpático aquel joven teniente y llevaba con mucha gracia y soltura el brillante uniforme de artillero. Su rostro ligeramente bronceado resplandecía al fuego de unos ojos negros de vivo mirar y muy penetrantes.

Día á día se paseaban juntos por los vastos y risueños jardines de aquella hermosa casa que á modo de broche de flores adornaba el frente de la histórica ciudad de Valencia. En aquel jardín se hacían sus confidencias, se contaban sus impresiones y aquellos sueños de rosa que aletean en las cabezas de veinte años. Se amaban. Él, muy severo y con gran emoción le contó sus sentimientos, sus ambiciones de gloria, de galones conquistados entre humos de batalla y redobles de tambor. Y todo, todo sería por ella. Tenía fe en el mañana, y visiones de poderío y grandeza. Ella, muy roja, tímida, como asustada, oía atenta aquellos relatos dichos con una voz flexible, llena de entonaciones atrayentes y que ejercía extrañas fascinaciones. Muy luego iría á las guerras. La Francia lo necesitaba. Él, amaba, amaba á la vieja Francia, su madre, aquella que le dió vida entre los rígidos muros de la escuela militar de Brienne.

¡Cuántas veces no se entregó á sus sueños de gloria, allá en los oscuros rincones del claustro militar, mientras sus camaradas reían y jugaban como niños! — Sí, debía ser algo... y para *ella*.

Un día, bello día, en el alegre jardín cogían cerezas. Ella de pie en una escalera de mano, sonriendo, le pasaba los rojos frutos. Y con una gracia encantadora y un coquetuelo ademán, le alargó sus labios de los cuales pendía colgada de un hilo blanco una cereza muy roja y muy grande que confundía sus matices con el carmín de una boca pequeñita. El joven teniente estiró su corta talla, y cayeron en sus labios... las *dos cerezas*. Ese fué el compromiso solemne...

Los años pasaron. El nombre de Napoleón llenaba el mundo, los pueblos eran suyos, los hombres sus esclavos. La Europa resonaba diariamente al tumulto de marchas triunfales, de ovaciones de multitudes delirantes, y las capitales palpitaban al eco del galope de aquellos soldados invencibles. Las lluvias de flores caían sobre las crines del caballo blanco y sobre las puntas del tricornio, de aquel tricornio plomizo por los humos de la pólvora y agitado por los soplos de la victoria!

Una vez pasó por Arjón y en una gran audiencia, entre las oleadas de ávidos pretendientes avanzó tímidamente una mujer aún muy joven y hermosa, venía á pedir algo para su esposo, antiguo soldado y hombre fiel y leal al Emperador.

Napoleón le estrechó efusivamente ambas manos y la oyó muy emocionado. ¡Venían á la mente del extraño coloso, recuerdos de juventud y de días gratos!

Esa dama era la señorita de Colombier, la bella niña de Valencia, de aquellos tiempos cuando el corso vestía el uniforme de teniente. Le concedió cuanto quiso y al despedirse le entregó un pliego y una cajita, diciéndole: «Permitidme, mi buena amiga, que os ofrezca esta cinta roja para vuestro esposo, en cambio de la hermosa cereza que me disteis hace tiempo.»

Era la cinta de la Legión de Honor.

Leoncio Rodríguez Señoret.

Febrero 28 de 1898.

Al Biobío

Como indómito potro que soberbio
el duro freno aprieta
y al sentir el jinete se recoge,
inclina la cabeza
y parte dando saltos, desbocado,
como rápida flecha,
y corre, corre, sin que valla alguna
detenga su carrera,
sintiendo el tosco látigo en las ancas
y en el ijar la espuela,
hasta que al fin rendido, ensangrentado,
sin bríos y sin fuerzas,
camina paso á paso sudoroso,
jadeante, por la arena —
el Biobío, así, desciende raudo
de la alta cordillera
y formando cascadas de alba espuma
se agita entre las peñas
y corre por las lomas, baja al valle,
en los montes serpea,
murmura entre las rocas, se desliza
silencioso en las selvas
y se pierde por fin entre las olas
que el grave mar despliega.

¡Cuántas veces, oh río soberano,
ha ido á tus riberas
á derramar sus lágrimas la india
de suave tez morena!
¡Cuántas veces habrás, río, escuchado
sus ayes y sus quejas
cuando el desastre del antiguo Arauco
patriótica lamenta!
¡Cuántas veces, oh río poderoso,
has llevado la pena

AÑO III SANTIAGO, 3.ª SEMANA DE MARZO DE 1898 NÚM. 113

al hogar infeliz del que no sabe
que cosa es la riqueza!
¡Cuántas veces, oh río, has presenciado
con regia indiferencia
la titánica lucha, el heroísmo
de la Nación chilena!...

Yo he visto, río, en épocas mejores,
surcar tus aguas tersas
á la nave ligera de anchas hélices
que el piloto gobierna.
Y ahora sólo las pesadas balsas
que la corriente lleva
con lento paso en tus dormidas ondas
se deslizan apenas.
Dime, río: ¿son estas de los años
fatales consecuencias,
ó á ti, también, de mi querida patria
te alcanzan las miserias?...

¡Oh Biobio, si en glorioso día
labran en tus riberas
la tumba fría que mis restos guarde
como morada eterna,
cuando ya nadie á visitarme vaya,
cuando la cruz de piedra
que mi sepulcro marque, ni una lágrima,
ni una corona tenga,
corre tú á verme, majestuoso río,
dile á tus olas frescas
que vayan en tropel hasta la tumba
donde duerma el poeta
y que le den un beso cariñoso
sobre las sienes yertas
de su cráneo desnudo, sin delirios,
sin vida y sin ideas!...

P. Contreras Gómez

1897

Esperanzas...

Á R...

Cuando ruge la tormenta
un día tras otro día,
mientras en ruinas asienta
su triste soberanía;
¡cómo su angustia cruënta
torna el pecho en alegría
si un girón azul se ostenta
allá en la cumbre sombría!...
Así rasgando de mi alma
el fúnebre, denso tul,
tu voz que mis penas calma
y resucita mi anhelo,
pone un pedazo de azul
en el horror de mi cielo.

A. Y.

Invocación á la fantasía

Surge hada portentosa.

Fulgura la mágica varita y despliega ante mi pupila hipnotizada el escenario de tus soberbias ilusiones, porque ansío la felicidad de una hora y la idealización de una realidad.

Bajo tus alas radiantes me siento embebido por el rosicler etéreo de una alborada primaveral, y me alzo del fango á la región leve, donde las nubes cuajan sus grumos de vellón, amaranto y esmeralda.

Tú que desafías la irónica mueca de la amarillenta calavera.

Tú que creas la encantadora ilusión de la inmortalidad ultraterrena, con sus feéricos jardines de perenne bienaventuranza; con sus arrobadores boscajes oreados por celestial ambiente, plácido y armonioso; tú, diosa acude á mí, y disipando las lobreguezes del espíritu, las incertidumbres del criterio y sus cavilaciones neuróticas, méceme en la gasa leve de tu falda, y sea feliz sin dejos de amargura, siquiera una hora de inefable ensueño, no turbado por las pesadillas de las brutales intermitencias con que la realidad nos advierte que aun cuando la cabeza respire bajo la portada luminosa del Olimpo, nuestro planeta se asienta en una pocilga infecta.

Tú, creadora de las artes, á cuyo extraño influjo nacieron con genial soplo de vida la *Venus de Milo*, la *Iliada*, el *Partenón*, *La Divina Comedia* y *Parcifal*, acude á mí y puebla mi cerebro de soberbias creaciones.

Tú, que fecundas el páramo de la realidad y conviertes en oasis la monótona aridez de la existencia burguesa y rutinaria; ven ahora, te ruego, hada gentil, con tus maravillosos reflejos ópticos á bañar de luz suave mi solitaria estancia, donde espero, contando con zozobra la marcha lenta del tiempo, á la visión estática de mis vigilias, á la virgen de mis sueños.

Sí; acude, y aureola nuestras frentes con el iris de tus pupilas hipnóticas.

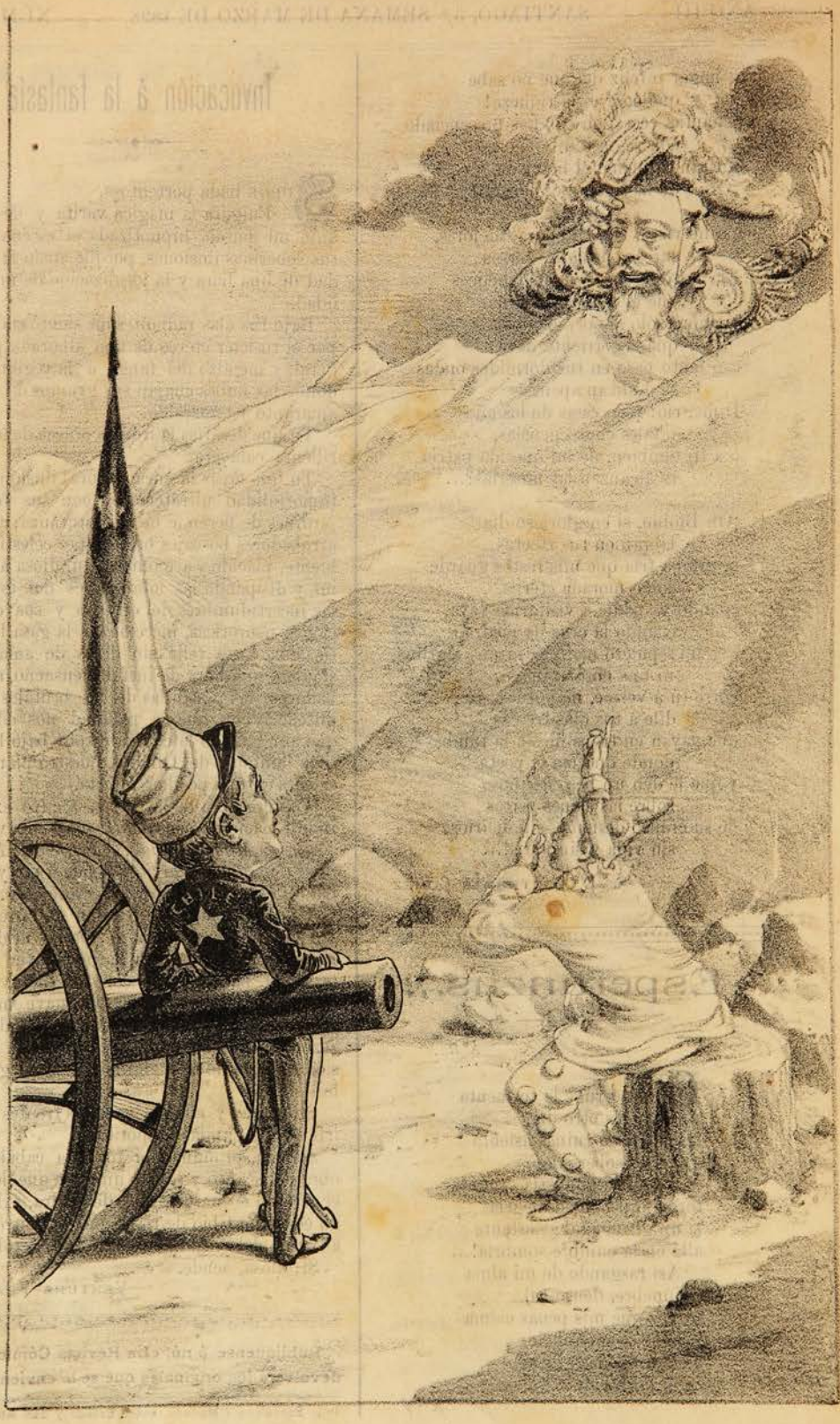
Sí; ven, pronuncia la fórmula cabalística; obre el encanto y sea yo un titán que lleve en el cerebro el sacro paraíso del Indra, exhalando ese vaho tibio de rosas que se entreabren al ritmo del crujido de sus tiernos pétalos.

Sí; diosa, acude.

Ventura Fraga

Publíquense ó nó, «La Revista Cómica» no devolverá los originales que se le envíen.

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio



¡Mirad, ya empieza la comedia!
¡já, já, já, já! . . . . . .

La Revista Cómica

Año III

No. 114

ES PROPIEDAD



Don Emilio Zola

AÑO III SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE MARZO DE 1898 NÚM. 114

La Revista Cómica

PERIÓDICO ILUSTRADO-LITERARIO

SALE Á LUZ LOS DOMINGOS

DIRECTORES

Abelardo Varela y Luis F. Rojas

SUSCRIPCIONES

Por un año (50 números)..... $ 4.50
Por medio año (25 números)..... 2.50
Número suelto..... 0.10
Id. atrasado..... 0.20

Oficina y Administración: Moneda, 25-F

CASILLA 1043

EMILIO ZOLA

Esa cabeza sólida, compacta, ciclópea, puesta sobre un cuello de atleta, que de un rudo golpe ha hundido la Estatuaria entre los hombros, es hecha con fragmentos de roca, para que dure por lo menos doscientos años. Porque es necesario que el poeta (que no cree serlo) tenga tiempo para asombrarse de todo y de describirlo todo...

Así caracteriza al gran novelista, Teodoro de Banville, el brillante cincelador de Camafeos.

Se debe agregar que es necesario que Zola viva por muchos años, para que Francia tenga un valiente que en todo tiempo, sin cobardía, sin necias complacencias, le grite la verdad.

Zola, condenado, exponiendo su vida por amor á la justicia, personifica hoy todo el nobilísimo ardor con que su patria proclamó y luchó en otros tiempos por los humanitarios, inmortales principios en que descansa la sociedad moderna.

El pueblo francés, rasgando la venda que manos cobardes é inicuas han puesto sobre sus ojos, muy luego ha de conocer su error.

Y, si antes la justicia no fuera hecha, el último día de la prisión de Zola será el primero de su gloria.

Digna coronación de su obra artística, Zola se impone hoy al respeto de los buenos como heroico apóstol de la verdad.

MOSAICOS

La tierna niña, contrita, postrada á los pies del sacerdote, con una dulce voz que tiembla, confiesa sus pecados.

—Padre mío, tengo un tormento en el alma. Ayer mi primo Alberto me obsequió una rosa; y cuando sus manos tocaron las mías, estuve por desfallecer. Desde ese instante sólo pienso en mi primo.

—Hija mía, no pienses más en él, ni recibas más rosas de su mano. La rosa es tentación. Teme las espinas que lleva ocultas.

.....

—Vuelvo otra vez, padre mío, á imploraros perdón. Ayer me dijisteis que olvidara á mi primo; llegando á casa, desvanecióse mi propósito, y estuve toda la tarde en la ventana contemplando á mi primo que paseaba la calle.

—Hija, mal sigues mis consejos. Has vuelto á pecar.

—Pero, ¿por qué puede ser pecado mirar á mi primo?

—¡Ah! cuando una niña abre una ventana para mirar á un hombre, por esa ventana entra Satanás. Tú has sido siempre un ángel; pero si hoy no te enmiendas, ya no te podré absolver.

.....

—Padre mío, tengo una duda. Ayer, estando en el jardín, mi primo y yo nos besamos. ¿Será pecado besar?

—¡Horror! ¡qué has hecho infortunada? Tu pecado es muy grave.

—¿No se besan los pájaros? ¿También pecan las palomas...?

—Tu inocencia te salva;—dice suspirando el sacerdote, que todavía no puede olvidar los besos que dió cuando era niño, á una prima tan ingenua y hermosa como su penitente,—te perdono, hija mía, pero no vuelvas á besar á tu primo...

Là=bas

Silenciosa por el lóbrego vacío del abismo.
con las alas extendidas y serenas,
va volando mi pobre alma como un cisne moribundo,
con los ojos impregnados de nostalgia y de tristeza.

Va volando, y allá lejos, como lánguida pupila
que se entreabre somnolenta,
ve á una estrella solitaria que despacio
se desliza en las tinieblas.

Hacia ella va mi alma,
temblorosa, bajo el peso de las penas
que la afligen;
y al hallarse junto á ella
la acaricia suavemente con sus alas,
y con sus labios la besa,
porque mi alma reconoce
que la estrella
es la psique de mi amada,
es su triste compañera.

Silenciosas, por el lóbrego vacío del abismo,
va mi alma... va la estrella...

Emilio Berisso.

Buenos Aires.

AÑO III SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE MARZO DE 1898 NÚM. 114

IDEAL

De la existencia, amigo, en la carrera
seguimos la visión del ideal,
reflejo de otro mundo y otra esfera
cuyo manto de azul no empaña el mal.

En este mundo el ideal existe;
ideal en los seres es la esencia.
Llega un día seguro, en que reviste
su ropa de verdad toda existencia.

En todo sér que vive hay un momento
de sublime y total revelación!
de verdad, ideal del pensamiento,
y de dicha, ideal del corazón.

Juventud, primavera, blanca espuma,
aroma, amor, aurora virginal:
llámalo como quieras; él en suma
es el momento eterno é ideal.

Pero la ley del mundo es movimiento,
florece el árbol y la flor se pierde,
soles diversos queman con su aliento
la dicha al corazón y al campo el verde.

Y así la luz del ideal se apaga,
se esconde el sol de la verdad temprano;
en un caos mortal el hombre vaga
buscando el ideal y en vano, en vano!

¡Viva el festín! La música recrea,
sonrisas de mujer buscan la tuya,
el champaña en las copas espumea,
¡hurra! tregua al dolor; que aquí concluya!

¡Cómo nos arde de placer la frente!
¡Cómo se alumbra el corazón oscuro!
Las olas del licor traen á la mente
sueños de ayer, visiones del futuro.

En espléndido, inmenso panorama,
tus ojos ven el universo entero,
de las muertas cenizas brota llama,
las rosas del amor crecen ligero.

Pero ¡cuidado! que el festín se alarga,
en turbulento piélago te meces;
el fondo de la copa es hiel amarga,
goce es la espuma, perdición las heces.

¿Ambicionas amor? ¿sueñas ardiente
ser Fausto de una blanca Margarita?
Parricidio y prisión, gritan *¡detente!*
¡detente! en tu alma la conciencia grita.

¡Ah! si al abrir la flor mágica y fresca,
no la tronchara el golpe matador,
¿volarían Paolo y su Francesca
juntos aun en alas del amor?

Y la monja Eloísa ¿lamentara
su ausente amado al pie de los cipreses,
si en el dulce festín ella apurara
la copa del amor hasta las heces?

Á su borde se asoman frescas rosas;
color de oro es la copa del amor,
hay en su fondo imágenes hermosas;
son sus heces el llanto y el dolor.

Despierta, antes que lleguen á tu labio
antes que tu alma ardiente se envenene.
Olvidarse y gozar es ley del sabio;
cuando se esconde un sol, otro sol viene.

¡Ah! la gloria también tiene sus luces,
morir grande es un raro privilegio,
los que ella eleva caen pocas veces
cual Graco en Roma y Garibaldi en Regio.

En su copa bebieron hiel amarga
César tirano, Bonaparte preso.
La cuenta de la historia es cuenta larga;
Sila se perdió en sangre, en oro, Creso.

Ideal de la gloria es la creencia
en lo bello y el bien, en patria y arte.
Si en tu senda no alumbra la conciencia,
miraje engañador puede extraviarte.

De gloria y de placer sigue la huella;
culpa tuya ha de ser si tú padeces.
Alza la copa, amigo; bebe en ella:
pero si es tiempo aún, deja las heces.

Ley del mundo es esterno movimiento,
dicha y verdad existen para el hombre.
De la vida ideal goza el momento;
lo que viene después no tiene nombre!

ISIDORO ERRÁZURIZ

Cuentos á Luz

I

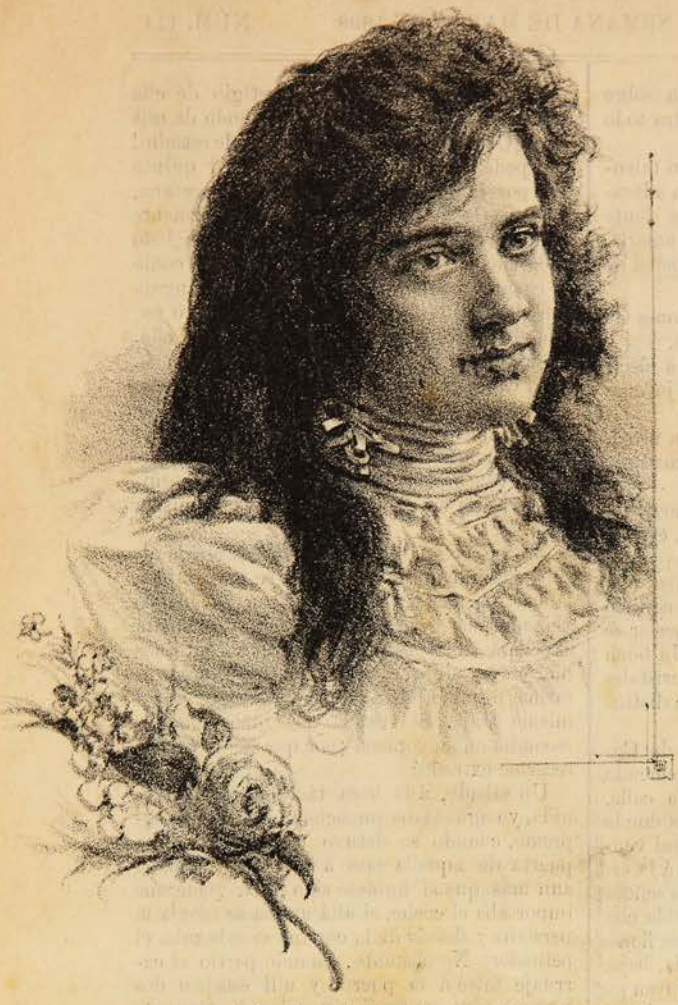
ÚLTIMO AMOR

Ven!—dije á Luz, y entramos en el saloncito amueblado con un ajuar de color granate. Había en el centro una mesa de billar sobre un parquet lustroso, de madera de naranjo. Un espejo, dos vistas de París, unos cuantos medallones colgados en el muro



Don Mariano Galé

Distinguido actor dramático



Graciosa, gentil, alegre,
bella como los Amores;
á su paso van cayendo
rendidos los corazones.

Señorita Blanca Zegers Renard

Hemos acordado suspender nuestra publicación por el término de tres meses, á fin de cumplir con nuestros deberes de ciudadano y de patriota.

Esperamos que nos habréis de perdonar esta interrupción.

LOS DIRECTORES

AÑO III SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE MARZO DE 1898 NÚM. 114

tapizado con papel de ramos salmón sobre fondo perla y un reloj de comedor, era todo el adorno de aquella pieza.

Luz cuenta nueve años, pero su raro talento, herencia de su madre, la hace tan adorable, tan seductora, que á su lado no se siente pasar el tiempo, ni se puede dejar de amarla.

Sentóse Luz en el sofá y yo, muy cerca de ella, en un sillón.

El ruido de tacos y las conversaciones de los jugadores apagaban nuestras voces.

—Ahora—la interrogué—me vas á decir por qué no me prefieres á todos esos jóvenes que te rodeaban antes.

—Porque... yo soy uva verde para usted.

—Oh! no importa, aguardaré á que madure.

—Y la novia que dejó en su país?

Casi me turbé al escuchar esa respuesta—Ah! lo olvidaba—le contesté. Pero sí, es preciso narrarte la historia de mi último amor.

Frente á mi casa, donde yo ocupaba una pieza con ventana á la calle, hay un edificio de dos pisos. En una vidriera del superior se leía con frecuencia: «Se arrienda». Un buen día ya no vi el rótulo. Detrás de los cristales caían persianas y tras éstas apenas se distinguían las cortinas de color celeste.

Una mañana estudiaba mi lección de Código Civil, cuando sobrevino un tremendo temblor. Toda la vecindad salió á la calle, como es costumbre en aquellos países donde tiembla casi todas las semanas. Abrí mi ventana, y en la puerta correspondiente á la escala del edificio del frente, apareció una señora no menos elegante que tu mamá, vestida con una bata de fondo blanco con grandes flores lila y llamaba á grandes voces: «¡María, baja, baja!» Pocos instantes después, una joven de la estatura de Olivia, tu vecina, se asomó á la puerta. ¡Qué bella la vi! Sus ojos, grandes como los de tu hermana y tan negros como los tuyos, parecían dos tacitas de esencia de café. ¿Te acuerdas de aquellas ovejas que mirábamos entrar á la lechería todas las tardes, allá en San Bernardo? Pues bien, los cabellos sueltos y recién bañados de aquella joven al caer ondeantes sobre sus espaldas, semejaban un rebaño de ovejas negras subiendo por la pendiente de una loma. El blanco peinador que vestía hacía resaltar el rosado mate de su rostro.

¿No has observado tú, amiguita, que cuando alguien te mira con fijeza, tú también vuelves á ver? Algo semejante sucedió esa vez. La vi, la vi con insistencia tanta que sentí repentinamente clavárseme sus ojos en los míos. La sangre se me agolpó á la cara y se pusieron á jugar dentro de mí, como cachorritos sedientos, los impulsos de amar á aquella joven. Cuando volví de mi aturdimiento ella ya no estaba á la puerta.

Pasé cuatro días sin otro vestigio de ella que su imagen persistente en el fondo de mis ojos. ¡Cuán tristes eran mis horas de estudio! ¡No poder mirarla una vez más! Al quinto día por la tarde, de codos en mi ventana, atisbaba la de mi vecina, cuando felizmente vi moverse una persiana y hacerse á un lado la cortina celeste. Mi corazón temblaba como tu canaria cuando tiene frío; no distinguía con claridad la fisonomía de María; pero poseía el seguro presentimiento de que era ella. Sí, era ella.

Al cabo de un corto rato tornó á moverse la persiana y cesé de mirar la cortina. ¡Qué dichoso me sentí después! Por nada en el mundo habría dado aquellos dos ó tres minutos de ventura. En adelante quizás conseguiría divisarla en el mismo lugar y á la misma hora.

No me engañé; todas las tardes María alzaba suavemente la persiana y se amparaba á la cortina: bella, muy bella con su blanco peinador, sus grandes ojos negros y su suelta cabellera á las espaldas. Así pasaron unos nueve días sin que se me ocurriese preguntarme por qué María llevaba siempre aquel mismo traje. Si vestida de igual modo se escondía en mi corazón ¿por qué había de parecerme extraño?

Un sábado, á la hora tácitamente convenida, yo aguardaba impaciente el instante supremo, cuando se detuvo un carruaje á la puerta de aquella casa á la cual yo amaba aun más que si hubiese sido mía. ¿Qué me importaba el coche, si allá arriba se movía la persiana y detrás de la cortina se esbozaba el peinador? No obstante, cuando partió el carruaje miré á la puerta y allí estaban dos personas que me eran conocidas: la elegante señora y María, con su traje de alumna, que venían del colegio de las monjas de Sión, donde la joven había vivido interna aquellos últimos quince días, durante los cuales fuí tan venturoso, mirándola con su blanco peinador, su cabellera suelta y sus grandes ojos negros detrás de la cortina.

El viento, jugando con la persiana, también había jugado con mi corazón.

ROBERTO BRENES MESÉN

Marzo, 98.

PESIMISMO

En la cruël desilusión que á modo
de niebla gris tu corazón invade,
ves el mundo, y su vista te persuade
de la infinita vanidad de todo.

AÑO III SANTIAGO, 4.ª SEMANA DE MARZO DE 1898 NÚM. 114

Dios, para tí, es un déspota beodo
que á la injusticia la irrisión añade,
y sin que al grito del mortal se apiade,
goza amasando en lágrimas el lodo.

Delante del misterio que te asombra,
con tu siniestra negación reemplazas
cuanto en la vida con amor se nombra;

Y es que en tu orgullo, cuando el bien
[rechazas,
tomas por noche universal la sombra
que en torno tuyo con tu cuerpo trazas.

EMILIO FERRARI

"Penas del amor"

(VALS DE LUCERO)

Para Manuel Francisco Calle

Escucha... ¡Qué romantica harmonía
la que surge, en suspiros, del pïano!
¡Cómo vibran las notas! ¡Cómo llegan
hasta el alma ideal, desde el pïano!

¡Cómo vibran las notas!... Avecillas
quejumbrosas que vienen de otro cielo,
aletean, suspiran y sollozan
y cantan las nostalgias de su cielo.

¡Cómo llegan al alma... Se acurrucan
dulcemente en su fondo, en ese nido,
y despiertan la turba de recuerdos
y la turba de ensueños, en su nido.

Sugestiona la música. Remueve
las más hondas, más íntimas ternuras
y hace surgir de los dolores mismos
no sé qué poesías de ternuras.

¡Oh magia peregrina la del ritmo!
hunde, con la inconciencia de los sueños,
en niebla sonrosada de memorias,
en embriagante atmósfera de sueños.

Escucha... Las fugaces harmonías
se pierden y se alcanzan y repiten,
imploran, acarician y se quejan
y, en ternuras de ruego, se repiten.

¡Cómo vibra el piano!... Si parece
que en su oculto cordaje sollozara
una alma comprimida por la pena
que á otra alma suplicase sollozara.

¡Cómo vibra el piano!... Esa harmonía
es el lánguido vals de los recuerdos,
es *Penas del amor*, el vals que trae,
en tropel, á la mente los recuerdos.

A su ritmo ideal, en otro tiempo,
transcurrieron las horas, como albas
que se esfuman y pasan y no vuelven,
las horas del amor, fugaces albas.

¡Cuántas veces su regia manecita
dió al piano la vida de la nota
y mezclóse á los dúlcidos acordes
el beso fugitivo, como nota!

¡Cuántas veces, relámpagos de fuego,
las miradas de amor se entrecruzaron
y en ellas, como efluvios de las almas,
flúidos de pasión se entrecruzaron!

¡Cuántas veces palabras de ternura
los labios formularon como arrullo
y *Penas del amor*, el valse triste,
no fué sollozo entonces, sino arrullo.

.....
.....
.....
.....

¡Oh valse melancólico!... Sus notas
poco á poco se pierden en el aire:
así son los deliquios: pasan, pasan;
así son las ternuras: aire, aire.

Calló el piano al fin... Ya no se queja
una alma estremecida en su cordaje.
Calló el piano al fin... Y aun tremula
de mis nervios enfermos el cordaje.

Oh! Dormid mis recuerdos de otro tiempo
en el frío sepulcro de mi alma.
Dejadme por piedad... ¡Cómo quisiera
no tener ni recuerdos en el alma!

FRANCISCO MOSTAJO

Arequipa (Perú), 1898.

Publíquense ó nó, «La Revista Cómica» no devolverá los originales que se le envíen.

Imp. Barcelona - Moneda, entre Estado y San Antonio



Señores, todavía es tiempo, arrojad esas armas y dad al mundo tan hermoso espectáculo de cordura y noble patriotismo.

ÍNDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN EL PRESENTE VOLUMEN

	Págs.
Dos Palabras, por los Directores...	402
Mosaicos, por la Redacción.....	402
Génesis, por J. V. C. (Julio Vicuña Cifuentes).....	402
A la luna, por O. S. Z. Z. (Federico González G.).....	403
En un álbum, por P. CH. (Luis Leiva Ch.).....	403
Tentación y Virtud, por Salvador Allende C.....	403
... .	403
¡Y crean ustedes...!, por Timoleón (Eduardo Kinast).....	406
¿Te acuerdas?, por C. Vero M.....	407
Vibraciones, por C. Vero M.....	407
Mosaicos, por la Redacción.....	410
Ella, por Julio Vicuña Cifuentes...	410
¡Un año!, por Raul (Eduardo Kinast).....	411
A una ingrata, por Edmundo Dantés (Federico González G.).....	414
Nota al viento, por Julio César del Prado (Federico González G.)...	414
Clamor, por O. Z. Z. (Federico González G.).....	414
El óbolo del plumerero, por Du Roy (Oscar Parodi).....	415
Noche Sombría, por Julio Brignole.	415
Mosaicos, por la Redacción.....	418
Desde el mar, por J. (Julio Vicuña Cifuentes).....	418
Gotas de acíbar, por A. Mauret Caamaño.....	419
Un cuasi suicida, por L. L. Ch. (Luis Leiva Ch.).....	419
Nocturno, por Carlos Ledgard.....	423
Mosaicos, por la Redacción.....	426
Monólogo, por A. Bórquez Solar...	426
Violetas blancas, por Julio César del Prado (Federico González G.)	430
El viejo y el asno, por J. V. C. (Julio Vicuña Cifuentes).....	431
Espera, por G.....	431
A Laura, por Pancho (R. Fernández Montalva).....	431
Mosaicos, por la Redacción.....	434
... por J. (Julio Vicuña Cifuentes).	434
Paráfrasis, por J. V. C. (Julio Vicuña Cifuentes).....	435
Libi, por M. Celarón G.....	435
Cantares, por O. Z. Z. (Federico González G.).....	435
Bibelot, por Horacio Olivos y Carrasco.....	438
La rana y el buey, por J. V. C. (Julio Vicuña Cifuentes).....	438
Vibraciones, por C. Vero M.....	438
A Cuba, por Comici.....	439
Hípicas, por Raul (Eduardo Kinast)	439
A Adela, por Julio Brignole.....	439
Mosaicos, por la Redacción.....	442
A un amigo, por J. V. C. (Julio Vicuña Cifuentes).....	442
Cantares, por O. Z. Z. (Federico González G.).....	442
Un joven desgraciado,...(Luis Leiva Ch.).....	443
Ansias, por A. Mauret Caamaño...	446
Mosaicos, por la Redacción.....	450
En el campo, por J. V. C. (Julio Vicuña Cifuentes).....	450
Filigrana, por Horacio Olivos y Carrasco.....	450
Así pasó, por O. D. Ratnoc.....	451
Las cabras y los chivos, por J. V. C. (Julio Vicuña Cifuentes).....	454
Recuerdos, por S. S.....	455
Fidelidad, por Wile.....	455
Historia, por Abelardo Varela.....	455
Mosaicos, por la Redacción.....	458
Ultima escena, por Abelardo Varela.....	458
Erotidia, por José M. Barreto.....	458
Idilio, por C. Vero M.....	459
El león viejo, por J. V. C. (Julio Vicuña Cifuentes).....	459
El secreto del peñón, por Fidel Yáñez R.....	462
Cantares, por O. Z. Z. (Federico González G.).....	462
A mi amada, por C. Vero M.....	463
Mosaicos, por la Redacción.....	466
Caridad, por Carlos Ledgard... ...	466
Falordia, por José. M. Barreto.....	466

	Págs.
A Leucónoe, por Julio Vicuña Cifuentes	467
La canción de la campana, por A. Bórquez Solar	467
Cantares, por O. Z. Z. (Federico González G.)	470
El diez por ciento, por Timoleón (Eduardo Kinast)	471
En la cumbre, por Abelardo Varela	471
Mosaicos, por la Redacción	474
Ante el cadáver de un amigo, por Ricardo Fernández Montalva	474
En el cementerio, por Federico González G.	475
Los espectros, por Rocambole	475
A... por J. V. C. (Julio Vicuña Cifuentes)	475
Junto á una tumba, por Remember (Julio Vicuña Cifuentes)	478
La locura, por Abelardo Varela	478
Ultratumba, por O. Z. Z. (Federico González G.)	478
Asociación de alabanzas mutuas, por Raul (Eduardo Kinast)	478
Sócrates á sus amigos, por J. V. C. (Julio Vicuña Cifuentes)	479
Mosaicos, por la Redacción	482
Recuerdos, por Esperanza (Josefina Isaza Márquez)	482
Ultima vibración, por Juan Laurenty	483
En el cementerio, por Esperanza (Josefina Isaza Márquez)	487
El mambi, por J. J. P. (José Joaquín Palma)	487
La ninfa, por A. Alvear (A. Varela)	487
Sueños, por C. S. C. (Carlos Santos y Carrasco)	486
Para una mujer, por A. Mauret Caamaño	486
Celos, por Pancho (R. Fernández Montalva)	486
Mosaicos, por la Redacción	490
Ayer y hoy, por J. V. C. (Julio Vicuña Cifuentes)	490
Flores de tinieblas, por Villiers de L'Isle Adam	490
El borrico maldiciente, por Alguien (Julio Vicuña Cifuentes)	491
Embriágate, por Carlos Baudelaire.	491
Recuerdos, por C. S. C. (Carlos Santos y Carrasco)	494
Evolución, por Abelardo Varela	494
La pesadilla, por A. Alvear (A. Varela)	494
Mosaicos, por la Redacción	498
La mariposa, por J. V. C. (Julio Vicuña Cifuentes)	498
¿Fué un sueño?, por A. Alvear (A. Varela)	498
Juanito y su madre, por Alguien (Julio Vicuña Cifuentes)	499
Sauvée, por Philibert Germain	499
En la playa, por L. L. Ch. (Luis Leiva Ch.)	499
La noche, por J. V. C. (Julio Vicuña Cifuentes)	502
La desesperación de la vieja, por Carlos Baudelaire	502
Sueños, por C. Vero M.	503
El espejo, por Carlos Baudelaire	503
Mosaicos, por la Redacción	506
Remember!, por Esperanza (Josefina Isaza Márquez)	506
El presente de Selim, por Edmundo de Goncourt	506
Americana, por Arturo B. Pellerán	507
Americana, por Fed. Henríquez y Carvajal	507
Boceto, por Julio César del Prado (Federico González G.)	510
Primavera, por Otoño (Julio Vicuña Cifuentes)	510
Las bondades de la luna, por Carlos Baudelaire	510
Soneto, por Edmundo Dantés (Federico González G.)	511
Las señoritas estrellas, por Teodoro de Banville	511
Soneto, por O. Z. Z. (Federico González G.)	511
Mosaicos, por la Redacción	514
Soledad del alma, por Otoño (Julio Vicuña Cifuentes)	514
Elixir del corazón, por Paul D'Auranger (Luis Leiva Ch.)	515
El ensueño, por Carlos Ledgard	518
Romance, por C. Vero M.	518
La gran canalla, por A. Bórquez Solar	518
Estrellas que pasan, por A. V. (Abelardo Varela)	519
Mosaicos, por la Redacción	522
La gloria, por J. V. C. (Julio Vicuña Cifuentes)	522
El bastón de Verlaine, por Leon Durocher	523

	Págs.
Poesía, por Ricardo Fernández Montalva	526
Anglomanía, por Paul Bourget	527
A una mujer, por Otoño (Julio Vicuña Cifuentes)	527
Mosaicos, por la Redacción	530
Elisa, por Esperanza (Josefina Isaza Márquez)	530
El sentido de la vista, por Teodoro de Banville	530
A..., por Rosa (Rosa Isaza Márquez)	531
En una noche de agonía, por Otoño (Julio Vicuña Cifuentes)	531
De mala suerte, por... (Luis Leiva Ch.)	531
Destino, por Abelardo Varela	535
El reloj, por Carlos Baudelaire	535
¡Pulvis omnia! por P. Germain	535
Deseos, por C. Vero M.	535
Mosaicos, por la Redacción	538
A..., por Otoño (Julio Vicuña Cifuentes)	538
Pro Cuba, por Espartaco (Julio Vicuña Cifuentes)	538
A Laura, por Lauro González L...	539
En el álbum de una niñita, por Esperiencia (Julio Vicuña Cifuentes)	539
La máscara, por Fausto (R. Fernández Montalva)	539
Arpegios roncos, por A. Bórquez Solar	542
La tísica, por Carlos Ledgard	542
La idea eterna, por J. (Julio Vicuña Cifuentes)	543
La Hoja, por Orión (Julio Vicuña Cifuentes	543
Mosaicos, por la Redacción	546
A., por Infortunio (Julio Vicuña Cifuentes)	546
La flor del olvido, por C. Vero M.	546
Historia de una rosa, por M. M.	547
Rosita, por Esperanza (Josefina Isaza Márquez)	547
A... que iba al baile, por Otoño (Julio Vicuña Cifuentes)	550
Virginia y Pablo, por Villiers de L'Isle Adam	550
A la luna, por Orión (Julio Vicuña Cifuentes	551
Mosaicos, por la Redacción	554
En el álbum de una niñita, por Otoño (Julio Vicuña Cifuentes)	554
Perfumes perennes, por Gaspar Deburau (Abelardo Varela)	554
¡Batid, batid tambores!, por Walt Witman	554
Rimas, por O. Z. Z. (Federico González G.)	555
Le Ballon, por Philibert Germain	555
En la plaza, por... (Luis Leiva Ch.)	555
Rimas, por E. R. E.	558
Aquí abajo, por Abelardo Varela	559
El loco y la Venus, por Carlos Baudelaire	559
Epigramas, por J. V. C. (Julio Vicuña Cifuentes)	559
Rima, por A. V. (Abelardo Varela)	559
Mosaicos, por la Redacción	562
Adiós, por Orión (Julio Vicuña Cifuentes)	562
Rimas, por Carlos Ledgard	562
El arte, por Oscar Wilde	563
A orillas del Bio-Bío, por Lauro González Letelier	563
Muchacha de las calles, por Paul Bourget	563
Rimas, por O. Z. Z. (Federico González G.)	566
Arieta olvidada, por A. V. (Abelardo Varela)	566
La obrera, por Teodoro de Banville	566
Balada, por Francisco Dendarien (Federico González G.)	566
El buen Dios, por Teodoro de Banville	567
Lied, por Abelardo Varela	567
Humorada, por A. V. (Abelardo Varela)	567
Mosaicos, por la Redacción	570
Cuerdas rotas, por R. Fernández M.	570
Sola!, por Julia	570
Balada, por Lauro González Letelier	571
Madrigales amargos, por Gaspar Deburau (Abelardo Varela)	571
Imposible, por Juan de Sánchez (R. Fernández M.)	571
Anhelos, por O. Z. Z. (Federico González G.)	574
Ven!, por... (Ricardo Fernández Montalva)	574
El Deuteronomio, por Du Roy (Oscar Parodi)	575
Afinidades, por A. Varela	575
Mosaicos, por la Redacción	578
Anhelos, por Esperanza (Josefina Isaza Márquez)	578
Vibraciones, por C. Vero M.	578
Eros, por Fauno (Abelardo Varela)	579

	Págs.
La mujer en Chile, por Violeta.....	579
Mis pensamientos, por C. Vero M..	582
La mujer, por... (R. Fernández Montalva).....	582
Vibraciones, por M. M.....	582
Aniversario, por Abelardo Varela.	583
Spleen, por Gaspar Deburau (Abelardo Varela).....	583
Pérdida de aureola, por Carlos Baudelaire.....	583
¡¡...!! por C. Vero M.....	583
Mosaicos, por la Redacción.....	586
Jehová, por Julio Vicuña Cifuentes.....	586
La primavera, por Teodoro de Banville.....	586
Homenaje, por Federico González G.....	587
Las olas, por A. V. (Abelardo Varela).....	587
El deseo de pintar, por Carlos Baudelaire.....	587
Pasión, por Gaspar Deburau (Abelardo Varela).....	590
Tristezas, por C. Vero M.....	590
El secreto del viejo músico, por Villiers de L'Isle Adam.....	590
Mosaicos, por la Redacción.....	594
Serenata, por Manuel B. Ugarte...	594
La reina de las hojas, por Aimé Jirón.....	598
Canción, por Ever.....	599
Matinal, por Gaspar Deburau (Abelardo Varela).....	599
Nieves, por Celia.....	599
Para A..., por C. Vero M.....	599
Mosaicos, por la Redacción.....	602
Cantares, por Oscar.....	602
La mujer, por Esperanza (Josefina Isaza Márquez).....	602
Sic transeunt omnia, por Philibert Germain.....	603
Impresión de claustro, por Paul Bourget.....	603
Chermidor.....	606
Angel demonio, por A. Bórquez Solar.....	606
Dos amores, por Celia.....	606
Entre las ramas, por Gaspar Deburau (Abelardo Varela).....	607
El amado perfume, por Catule Mendès.....	607
Cantares, por F. (Federico González G.).....	607
Mosaicos, por la Redacción.....	610
Margarita, por D. Contreras Gómez.....	610
Los negocios, por Teodoro de Banville.....	610
Sur le Paraguay, por Philibert Germain.....	611
Adélfica, por Gaspar Deburau (Abelardo Varela).....	614
En el campamento, por Timoleón (Eduardo Kinast).....	614
Efluvios, por C. Vero M.....	614
Soneto, por Edmundo Dantés (Federico González G.).....	614
El aposento doble, por Carlos Baudelaire.....	614
Los tres claveles, por A. Mauret Caamaño.....	615
Mosaicos, por la Redacción.....	618
Don Juan, por Federico González G.....	618
A Soledad W., por Lorenzo A. Martínez.....	618
Adélfica, por Gaspar Deburau (Abelardo Varela).....	619
Orfeo, por Paul Fort.....	619
Al ilustre general Maceo, por Carlos Velarde y Fuentes.....	622
En el campamento, por Timoleón (Eduardo Kinast).....	623
La ninfa, por A. Bórquez Solar...	623
Mosaicos, por la Redacción.....	626
A la Serena, por Benjamín Vicuña Solar.....	626
En el campamento, por Timoleón (Eduardo Kinast).....	627
La gran obra, por Miosotis.....	627
¡Gloria!, por José S. Chocano.....	630
De René Brickles, por M. V. M. (Moisés Vargas Molina).....	630
Entrada á Jerusalén, por Gaspar Deburau (Abelardo Varela).....	631
Rimas, por A. Mauret Caamaño...	631
En el tiempo de otoño, por A. Bórquez Solar.....	631
Mosaicos, por la Redacción.....	634
Cinco de Mayo, por Don Pedro II.	635
Farsa para un idiota, por Jorge Brandimbourg.....	635
Quejas del alma, por Always (Rosa Isaza Márquez).....	638
A Ester, por Julio Vicuña Cifuentes.....	638
Nocturno, por Filemont.....	638
La muerte de Jesucristo, por Federico González G.....	639

Págs.

Para una morena, por A. Mauret Caamaño 639
Mosaicos, por la Redacción 642
¡...!, por Esperanza (Josefina Isaza Márquez) 642
Condición miserable, por Abelardo Varela 643
Bellas Artes, por L. Blanc (Daniel 2.° Tobar) 643
¡Vencido!, por Toujours (Julio Vicuña Cifuentes) 646
Rimas, por O. Z. Z. (Federico González G.) 646
Madrigal amargo, por Gaspar Deburau (Abelardo Varela) 646
El gin, por Teodoro de Banville.. 646
La muerte del cóndor, por José S. Chocano 647
De primavera, por C. Vero M..... 647
Mosaicos, por la Redacción 650
Dans le harem, por Philibert Germain 651
Afinidades, por A. Varela 651
Rataplán... plan... plan..., por A. Bórquez Solar 651
Una tarde en el campo, por Julio Vicuña Cifuentes 654
A Ester, por C. de Idahue 654
Adélfica, por Gaspar Deburau (Abelardo Varela) 655
Súplica, por Otoño (Julio Vicuña Cifuentes) 655
Notas bibliográficas, por la Redacción 655
Mosaicos, por la Redacción 658
Improvisación, por Esperanza (Josefina Isaza Márquez) 658
Vita nova, por Otoño (Julio Vicuña Cifuentes) 658
Nocturnal, por Guy de Malivert... 659
Siempre, por Always (Rosa Isaza Márquez 663
Adélfica, por Gaspar Deburau (Abelardo Varela) 663
Sueño, por Edmundo Dantés (Federico González G.) 663
¿Por qué?, por Toujours (Julio Vicuña Cifuentes) 663
Notas bibliográficas, por la Redacción) 663
Mosaicos, por la Redacción 666
¡Siempre tú!, por A. V. (Abelardo Varela) 666
Homo ferox, por Philibert Germain 667

Págs.

Adélfica, por Gaspar Deburau (Abelardo Varela) 667
Las vocaciones, por Carlos Baudelaire 667
Envidia, por José S. Chocano 670
Epístola, por Francisco J. Urzúa S. 671
Mosaicos, por la Redacción 674
Los murciélagos, por Salvador Rueda 674
Adélfica, por Gaspar Deburau (Abelardo Varela) 675
Prenez-garde, por Philibert Germain 675
Epigrama, por Atieri 675
Nerviosa, por Flamme (Abelardo Varela 675
La señora Luna, por Teodoro de Banville 678
El vino del amor, por A. V. (Abelardo Varela) 678
Otoño, por C. Vero M. 678
El cóndor generoso, por Juan de Dios Bravo (Luis Barros Méndez) 679
Notas bibliográficas, por la Redacción 679
Mosaicos, por la Redacción 682
¡Así...!, por Esperanza (Josefina Isaza Márquez) 682
Invitación, por A. V. (Abelardo Varela) 682
¡Basta!..., por O. Z. Z. (Federico González G.) 682
Nocturnal, por C. Vero M. 683
Bellas Artes, por Severo 683
Cuadro, por Leopoldo Lugones.... 686
A ti, clavel, por M. de Anjou..... 687
El pavo real y el águila, por Esopillo. 687
La rosa y el lirio, por Toujours (Julio Vicuña Cifuentes) 687
Mosaicos, por la Redacción 690
Adélfica, por Gaspar Deburau (Abelardo Varela) 690
Noche de amor, por José Pardo.... 690
Hibernus, por Abelardo Varela.... 691
Vox populi, por Villiers de l'Isle Adam 691
Asunto grave, por A. Q. (Adolfo Quirós) 695
Mosaicos, por la Redacción 698
El poeta y la belleza, por Isaías Nugent Scott (Santiago Escuti Orrego 698
El niño y la estrella, por A. V. (Abelardo Varela) 699

	Págs.
La création, por Philibert Germain	699
Tanto tienes, tanto vales, por M. de Anjou	699
Horas de calma, por A. V. (Abelardo Varela)	703
Íntima, por Ruy Blas (Rosendo Guzmán)	703
Mosaicos, por la Redacción	706
¡Qué triste es despertar! por Esperanza (Josefina Isaza Márquez)	706
Mis versos, por Eduardo Grez P.	706
Suspiro, por A. Varela	707
Simbólica, por A. Bórquez Solar	707
Horas de Angustia, por Always (Rosa Isaza Márquez)	707
Harmonía, por Aníbal Urrutia D.	710
Adélfica, por Gaspar Deburau (Abelardo Varela)	710
La bolsa de púrpura, por Alejandro Parra	710
El vino de la muerte, por A.	711
La infancia, por C. Vero M.	711
Madrigal amargo, por G. D. (Abelardo Varela)	711
Mosaicos, por la Redacción	714
Pensamientos de la tarde, por D. Dublé Urrutia	714
Ofrenda á Celmira, por A. Bórquez Solar	714
El secreto, por Alejandro Parra M.	715
Invernal, por Federico González	718
La lavandera de Tibás, por Roberto Brenes Mesén	718
Sorpresa..., por Leoncio Rodríguez S.	718
Crepuscular, por Alberto Cabero	719
Adiós, por O. Z. Z. (Federico González G.)	719
A..., por Ricardo Fernández Montalva	722
La memoria, por Roberto Brenes Mesén	722
La duna, por Samuel A. Lillo	722
A la naturaleza, por Isaías Nugent Scott (Santiago Escuti Orrego)	723
Heroísmo, por Leoncio Rodríguez S.	723
Mi laúd, por Diego Dublé Urrutia	725
Vespertina, por A. Bórquez Solar.	726
Verdades de un loco, por Imbert Galloix (Alberto Cabero)	726
Para entonces, por A.	727
La semana al lápiz, por Arturo A. Ambrogi	728
Mosaicos, por la Redacción	730
Returned Again, por Esperanza (Josefina Isaza Márquez)	730
Hoja, por Manuel B. Ugarte	730
Adélfica, por Gaspar Deburau (Abelardo Varela)	730
Siempre el emperador!, por Leoncio Rodríguez Señoret	731
Perfil de mujer, por M. Cabrera Guerra	734
Esperanza, por Always (Rosa Isaza Márquez)	734
Íntima, por C. Vero M.	734
Dos divas, por Tomás de la Fuente C.	735
¿...?..., por Toujours (Julio Vicuña Cifuentes)	735
Un sonnet, por P. Germain	735
Siluetas literarias, por Arturo Ambrogi	736
Mosaicos, por la Redacción	738
La tarde, por Julio Vicuña Cifuentes	738
El Náufrago, por Alejandro Parra M.	739
Melancolía, por Roberto Brenes Mesén	739
Adélfica, por Gaspar Deburau (Abelardo Varela)	739
El tambor Víctor, por Leoncio Rodríguez Señoret	742
Fleurette, por Philibert Germain	743
Los nenúfares, por D. Dublé Urrutia	743
Cinegética, por Leopoldo Lugones.	743
«*La Creación*», por la Redacción.	743
Notas bibliográficas, por la Redacción	743
Insulares, por A. Bórquez Solar	744
Mosaicos, por la Redacción	746
En la selva, por Samuel A. Lillo	746
Alas enfermas, por D. Dublé Urrutia	746
En el Conservatorio, por M. A. M. de F. (Marcial A. Martínez de Ferrari)	747
La verdad de los sueños, por Julio A. Grez Padilla	747
En los trenes, por A. Bórquez Solar	747
Calma, por Federico González G.	751
Vuelo, por For Ever	751
Mosaicos, por la Redacción	754
Por la tarde, por Diego Dublé Urrutia	754

	Págs.
¿Recuerdas? por Julio Flores (Abelardo Varela)	754
¡Perdón! por Alejandro Parra M.	755
El peñasco, por Samuel A. Lillo	755
En su devocionario, por Roberto Brenes Mesén	755
Gambetta, por Leoncio Rodríguez Señoret	758
¡Excelsior!, por A Varela	758
Romanza de la noche, por Cárlos Ortiz	759
Simpatía, por Gaspar Deburau (Abelardo Varela)	759
Ocaso, por Ricardo Fernández Montalva	760
Mosaicos, por la Redacción	762
¡Qué importa!, por José Santos Chocano	762
El violín de Albertini, por Horacio F. Rodríguez	762
Rasgos de lápiz, por Arturo A. Ambrogi	763
Íntima, por Ricardo Fernández Montalva	763
Nostalgia, por A. Varela	763
En la alcoba, por J. Federico Barreto	766
En la Escuela de Medicina, por Roberto Brenes Mesén	766
Adélfica, por Gaspar Deburau (Abelardo Varela)	766
Incertidumbre, por Esperanza (Josefina Isaza Márquez)	766
Falordia, por Carlos Ledgard	767
Sombras, por Benito Esteller	767
Insulares, por A. Bórquez Solar	768
Mosaicos, por la Redacción	770
Protesta, por José Santos Chocano	770
Rayo de la luna, por Ricardo Fernández Montalva	770
El mejor poema, por José M. Barreto	771
Palmira, por Eduardo Grez P.	771
Instantánea, por A. Ambrogi	772
La muerte, por Carlos Ledgard	774
Cuando menos se piensa..., por Juan de Sánchez (Ricardo Fernández Montalva)	775
Nerón, por Horacio F. Rodríguez.	775
Mosaicos, por la Redacción	778
Póstuma, por Octavio Espinosa y G.	778
Mi quimera, por Ricardo Prieto M.	778
Estío, por Samuel A. Lillo	779
Fantasía, por Alejandro Parra M.	779
Hambre, sed y frío, por Eduardo Grez P	779
Luchando, por Gaspar Deburau (Abelardo Varela)	780
Temores, por A. V. (Abelardo Varela)	782
Cinematógrafo, por José M. Barreto	783
Idolatría, por Francisco Mostajo	783
Las ondinas, por Ricardo Fernández Montalva	783
Mosaicos, por la Redacción	786
Primavera, por A. Varela	786
Amor, por Ricardo Prieto M.	786
El Hospital, por Leoncio Rodríguez Señoret	786
Adélfica, por Gaspar Deburau (Abelardo Varela)	787
Sombras del alma, por Eduardo Grez P.	787
¡Malditos nervios!, por A. Alvear (A. Varela)	790
Consejo, por Roberto Brenes Mesén	791
Phriné, por Juan Montalvo	791
Mosaicos, por la Redacción	794
En las ruinas, por Esperanza (Josefina Isaza Márquez)	794
En un álbum, por Roberto Brenes Mesén	794
..., por Eduardo Grez P.	795
Loa, por A. Bórquez Solar	795
Íntima, por J. Antonio Solórzano	798
¡Qué lástima!, por A. Mauret Caamaño	798
La grúa, por Leoncio Rodríguez S.	798
De «Sagesse», por A. Varela	799

Autores y Pseudónimos

A

A., págs. 711 y 727.
Alguien (Julio Vicuña Cifuentes), páginas. 491 y 499.
Allende C., Salvador, pág. 403.
Always (Rosa Isaza Márquez), págs. 638, 663, 707 y 734.
Alvear, A. (Abelardo Varela), págs. 487, 494, 498 y 790.
Ambrogi, Arturo A., págs. 728, 736, 763 y 772.
Anjou (de) M., págs. 687 y 699.
Atieri, pág. 675.
A. V. (Abelardo Varela), págs. 519, 559,

566, 567, 587, 666, 678, 682, 699, 703 y 782.
A. Q. (Adolfo Quirós), pág. 695.

B

Banville (de), Teodoro, págs. 511, 530, 566, 567, 586, 610, 646 y 678.
Barreto, J. Federico, pág. 766.
Barreto, José M., págs. 458, 466, 771 y 783.
Baudelaire Carlos, págs. 491, 502, 503, 510, 535, 559, 583, 587, 614 y 667.
Blanc, L. (Daniel 2.° Tobar), pág. 643.
Bórquez Solar, A., págs. 426, 467, 518, 542, 606, 623, 631, 651, 707, 714, 726, 744, 747, 768 y 795.
Bourget, Paul, págs. 527, 563 y 603.
Brandimbourg, Jorge, pág. 635.
Bravo, Juan de Dios (Luis Barros Méndez), pág. 679.
Brenes Mesén, Roberto, págs. 718, 722, 739, 755, 766, 791 y 794.
Brignole, Julio, págs. 4, 15 y 439.

C

Caebro, Alberto, pág. 719.
Cabrera Guerra, M., pág. 734.
Celarón G. M., pág. 435.
Celia, págs. 599 y 606.
Comici, pág. 439.
Contreras Gómez, D., pág. 610.
C. S. C. (Carlos Santos y Carrasco), páginas 486 y 494.

CH

Chocano, José Santos, págs. 630, 647, 670, 762 y 770.

D

Dantés, Edmundo (Federico González G.), págs. 414, 511, 614 y 663.
D'Auranger, Paul (Luis Leiva Ch.), página 515.
Deburau, Gaspar (Abelardo Varela), páginas 554, 571, 583, 590, 599, 607, 614, 619, 631, 646, 655, 663, 667, 675, 690, 710, 730, 739, 759, 766, 780 y 787.
De L'Isle Adam, Villiers, págs. 490, 550, 590 y 691.
Dendarien, Francisco (Federico González G.), pág. 566.
Directores (Los), pág. 402.
Don Pedro II de Alcántara, pág. 635.
Dublé Urrutia, Diego, págs. 714, 725, 743, 746 y 754.
Durocher, León, pág. 523.

E

E. R. E., pág. 558.
Esopillo, pág. 687.
Espartaco (Julio Vicuña Cifuentes), página 538.
Esperanza (Josefina Isaza Márquez), páginas 482, 487, 506, 530, 547, 578, 602, 642, 658, 682, 706, 730, 766 y 794.
Experiencia (Julio Vicuña Cifuentes), pág. 539.
Espinosa y G., Octavio, pág. 778.
Esteller, Benito, pág. 767.
Ever, pág. 599.

F

Fauno (Abelardo Varela), pág. 579.
Fausto (Ricardo Fernández Montalva), pág. 539.
Fernández Montalva, Ricardo, págs. 474, 526, 570, 722, 760, 763, 770 y 783.
Filemont, pág. 638.
Flamme (Abelardo Varela), pág. 675.
Flores, Julio (Abelardo Varela), pág. 754.
For, ever, pág. 751.
Fort, Paul, pág. 619.
Fuente C., Tomás, pág. 735.

G

G. pág. 431.
Galloix, Imbert (Alberto Cabero), página 726.
G. D. (Abelardo Varela), pág. 711.
Germain, Philibert, págs. 499, 535, 555, 603, 611, 651, 667, 675, 699, 735 y 743.
Goncourt (de), Edmundo, pág. 506.
González G., Federico, págs. 475, 587, 607, 618, 639, 718 y 751.
González L., Lauro, pág. 539, 563 y 571.
Grez Padilla, Eduardo, págs. 706, 771, 779, 787 y 795.
Grez Padilla, Julio, pág. 747.

H

Henríquez y Carvajal, Fed., pág. 507,

I

Idahue (de), C., pág. 654.
Infortunio (Julio Vicuña Cifuentes), página 546.

J

J. (Julio Vicuña Cifuentes), págs. 418, 434 y 543.
Jirón, Aimé, pág. 598.
Julia, pág. 570.
J. J. P. (José Joaquín Palma), pág. 487.
J. V. C. (Julio Vicuña Cifuentes), páginas, 402, 431, 435, 438, 442. 450, 454, 459, 475, 479, 490, 498, 502, 522 y 559.

L

Laurenty, Juan, pág. 483.
Ledgard, Carlos, págs. 423, 466, 518, 542, 562, 767 y 774.
Lillo, Samuel A., págs. 722, 746, 755 779.
L. L. Ch. (Luis Leiva Ch.), págs. 419 y 499.
Lugones, Leopoldo, págs. 686 y 743.

M

Malibert (de), Guy, pág. 659.
M. A. M. de F. (Marcial A. Martínez de Ferrari), pág. 747.
Martínez, Lorenzo A., pág. 618.
Mauret Caamaño, A., pág. 419, 446, 486, 615, 631, 639 y 798.
Mendès Catulle, pág. 607.
Miosotis, pág. 627.
M. M., págs. 547 y 582.
Montalvo, Juan, pág. 791.
Mostajo, Francisco J., pág. 783.
M. V. M. (Moisés Vargas Molina), página 630

N

Nugent Scott, Isaías (Santiago Escuti Orrego), págs. 698 y 723.

O

Olivos y Carrasco, Horacio, págs. 438 y 450.
Orión (Julio Vicuña Cifuentes), páginas 543, 551 y 562
Ortiz, Carlos, pág. 759.
Oscar, pág. 602.
O. S. Z. Z. (Federico González, G.), página 403.
Otoño (Julio Vicuña Cifuentes), págs. 510, 514, 527, 531, 538, 550, 554, 655 y 658.
O. Z. Z. (Federico González G.), páginas 414, 435, 442, 462, 470, 478, 511, 555, 566, 574, 646, 682 y 719.

P

Pancho (Ricardo Fernández Montalva), págs. 431 y 486.
Pardo, José, pág. 690.
Parra M., Alejandro, págs. 710, 715, 739, 755 y 779.
P. Ch. (Luis Leiva Ch.), pág. 403.
Pellerán, Arturo B., pág. 507.
Prado (del), Julio César (Federico González G.), págs. 414, 430 y 510.
Prieto M., Ricardo, págs. 778 y 786.

R

Ratnoc, O. de, pág. 451.
Raul (Eduardo Kinast), págs. 411, 439 y 478.
Redacción (La) (Mosaicos), págs. 410, 418, 426, 434, 442, 450, 458, 466, 474, 482, 490, 498, 506, 514, 522, 530, 538, 546, 554, 562, 570, 578, 586, 594, 602, 610, 618, 626, 634, 642, 650, 658, 666, 674, 682, 690, 698, 706, 714, 730, 738, 746, 754, 762, 770, 778, 786 y 794.
Redacción (La) «La Creación», pág. 743.
Redacción (La) (Notas Bibliográficas), págs. 655, 663, 679 y 743.
Remember (Julio Vicuña Cifuentes), página 478.
Rodríguez, Horacio F., págs. 762 y 775.
Rodríguez Señoret, Leoncio, págs. 718, 723, 731, 742, 758 y 786.
Rocambole (Eduardo Kinast), pág. 475.
Rosa (Rosa Isaza Márquez), pág. 531.
Roy (Du) (Oscar Parodi), págs. 415 y 575.
Rueda, Salvador, pág. 674.
Ruy Blas (Rosendo Guzmán), pág. 703.

S

S. S., pág. 455.
Sánchez (de), Juan (Ricardo Fernández Montalva), págs. 571 y 775.
Severo, pág. 683.
Solórzano, J. Antonio, pág. 798.

T

Timoleón (Eduardo Kinast), págs. 406, 471, 614, 623 y 627.

Toujours (Julio Vicuña Cifuentes), páginas 646, 663, 687 y 735.

U

Ugarte, Manuel B., págs. 594 y 730.
Urzúa, Francisco J., pág. 671.
Urrutia D. Aníbal, pág. 710.

V

Varela, Abelardo, págs. 455, 458, 471, 478, 494, 535, 559, 567, 575, 583, 643, 651, 691, 707, 758, 763, 786 y 799.
Velarde y Fuentes, Carlos, pág. 622.
Vero M. C., págs. 407, 438, 459, 463, 503, 518, 535, 546, 578, 582, 583, 590, 599, 614, 647, 678, 683, 711 y 734.
Vicuña Cifuentes, Julio, págs. 410, 467, 586, 638, 654 y 738.
Vicuña Solar, Benjamín, pág. 626.
Violeta, pág. 579.

W

Wilde Oscar, pág. 563.
Wile, pág. 455.
Witman Walt, pág. 554.

Y

Yáñez Fidel, pág. 462.

INDICE

DE LOS RETRATOS PUBLICADOS

En el presente volumen

CABALLEROS

A

	Págs.
Alfonso, Paulino	545
Altamirano, Eulogio	721
Ambrogi, Arturo A	717
Amengual, Santiago	673
Amunátegui, Gregorio Víctor	457
Araya Echeverría, Ramón	585

B

	Págs.
Balmaceda, José Manuel	509
Bañados Espinosa, Julio	529
Baquedano, Manuel	681
Barros Méndez, Luis	729
Besa, José	777
Blanco Viel, Ventura	657
Bórquez Solar, Antonio	701
Brenes Mesén, Roberto	772
Bruna Vicencio, Ramón	753
Bulnes, Gonzalo	449

C

Cabrera Guerra, Marcial	736
Cánovas del Castillo, Antonio	716
Carvallo E., Ventura	441
Claro Solar, Luis	665
Cortínez, Eulogio	609

CH

Charlín, Raimundo	641
Chocano, José Santos	724

D

Dávila Larraín, Vicente	516
Dublé Urrutia, Diego	708

E

Errázuriz, Federico	425
Errázuriz, Isidoro	636
Errázuriz, Raimundo	521
Escuti Orrego, Santiago	713
Espejo, Juan Nepomuceno	785

F

Fernández Montalva, Ricardo	696
Figueroa, Pedro Pablo	696

G

Gandarillas, José Antonio	497
Germain, Philibert	598
González, Juan Francisco	697
Goñi, Luis	637
Grez Padilla, Eduardo	701
Gubernatis, Conde de	444

H

Hügel, Raoul	748
Hurtado y Arias, Enrique	580

	Págs.
I	
Ibáñez, Adolfo	761
Idiarte Borda, Juan	732
Irarrázaval Zañartu, Alfredo	896
L	
Lira, Máximo R.	433
M	
Maceo, Antonio	536
Mac-Clure Besa, Eduardo	636
Mac-Iver, Enrique	513
Martínez, Arístides	705
Martínez de Ferrari, Marcial	649
Medina, José Toribio	537
Molina, Ernesto	769
Montt, Jorge	417
Moraes (de), Prudente	633
Moscoso, Tránsito	753
Munizaga, Enrique	481
N	
Nercasseau y Morán, Enrique	551
O	
Orrego Luco, Augusto	409
Ortúzar, José Manuel	793
P	
Parra M., Alejandro	701
Pérez, Marco Antonio	733
Piccione, Enrique	660
Prats, Belisario	577
Préndez, Pedro Nolasco	696
Puga Borne, Federico	561
R	
Rengifo, Osvaldo	473
Rodríguez Mendoza, Emilio	696
Rodríguez Mendoza, Manuel	593
Rosales, Justo Abel	516
S	
San-Cristóbal, Diego	505
Santa Cruz, Vicente	625
Solar (del), Fidelis P.	617
U	
Ugarte, Isaac	489
Urzúa Cruzat, Domingo	544
Urrutia, Gregorio	737
V	
Valdivieso, Samuel	437
Varela, Federico	401
Varela, Federico	696
Velasco, Fanor	745
Villanueva, Augusto	465
Villegas, Enrique	601
Z	
Zegers, Julio	569
SEÑORITAS	
Cristina Gana H.	456
Julia Castellón V.	456
Rosario Ossa O.	487
Celia Larraín T.	487
ARTISTAS DE AMBOS SEXOS	
Sra. M. Marí	429
Antonio Aramburo	560
Adalguisa Gabbi	646
Giovani Dimitresco	672

FIN